Rada y Delgado

# VIAJE Á ORIENTE

DE LA

FRAGATA DE GUERRA

# ARAPILES



# VIAJE Á ORIENTE

DE LA FRAGATA DE GUERRA

# ARAPILES

Y

DE LA COMISION CIENTÍFICA QUE LLEVÓ Á SU BORDO,

ESCRITO POR EL DOCTOR


D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO,

PRESIDENTE DE DICHA COMISION,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DIRECTOR Y CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE DIPLOMÁTICA, GEFE DE SEGUNDO GRADO DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS, Y DE LA SECCION 1.ª DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL, ETC., ETC.


ADORNADA CON LÁMINAS EN ACERO, LITOGRAFIADAS Y CROMO-LITOGRAFIADAS,

hechas por dibujos que tomó directamente en los lugares estudiados,

EL ARTISTA DE LA COMISION


D. RICARDO VELAZQUEZ,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO, PREMIADO CON LA ENCOMIENDA DE ISABEL LA CATÓLICA POR LOS MÉRITOS CONTRAIDOS EN ESTA COMISION, ETC.


TOMO II.


BARCELONA.

EMILIO OLIVER Y COMPAÑÍA, EDITORES,

RAMBLA DE CATALUÑA, 36, BAJOS

1878

BARCELONA.
TIPOGRAFÍA DE «LA ACADEMIA,»
*Rambla de Cataluña, n.º 36.*
1878.

# VIAJE A ORIENTE.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### DEL PIREO Á BESIKA-TROYA.

### I.

En la amanecida del dia 22 de Julio abandonamos la bahia de Phalero, y dejando por estribor la isla de Egina y por babor la isla Phleva, hicimos rumbo hácia la extremidad meridional del Ática, determinada por el cabo Colonna. Navegamos con solo dos calderas, y á las once nos encontramos en el meridiano del citado cabo, permitiendo lo corto de la distancia á que pasamos de él, que distinguiésemos perfectamente algunas columnas del arruinado templo de Minerva que se elevan aun en su cumbre, y cuya construccion se atribuye á los tiempos de Pericles. Á medio dia estábamos enfrente del canal de Mandri, en el que se encuentra el puerto de Laurium, célebre por las minas de plata que se explotan en sus inmediaciones, y cuya riqueza, conocida desde la mas remota antigüedad, producia en tiempos de Temístocles lo suficiente para que cada ciudadano de Atenas disfrutase de una renta anual independiente de la parte que percibia el Estado.

Dejando por babor el citado estrecho de Mandri y la isla Makro Nisi, entramos en el canal de Zea, formado por la isla de este nombre y la anterior; viendo al paso la pintoresca poblacion de San Nicolás, situada al N. O. de la indicada isla de Zea. Desde este punto se hizo rumbo hácia el canal de Doro, que separa las islas de Negroponto y de Andrós, y al anochecer desembocamos en el mar á quien dió su nombre Egeo, sepultándose en sus olas al tener noticia de la supuesta muerte de su hijo Teseo.

Durante la noche nos dejó adelantar muy poco el viento N. E., y encontramos muchos buques con rumbo opuesto al que seguiamos; y al amanecer el dia 23 teníamos por babor la isla de Skyros y por estribor la de Psara; y habia refrescado tanto el viento de proa, que hubo necesidad de encender una caldera mas para salir avante.

Á medio dia nos situamos en latitud 38º 57′ N. y longitud 31º 35′ E.

Continuó la fragata su marcha la noche del 23 al 24, y el 24 entramos en el canal que separa la isla de Ténedos de la costa de Anatolia, fondeando á las ocho de la mañana enfrente de la poblacion que lleva el nombre de aquella isla, y que guarda el recuerdo de la guerra de Troya, pues en ella se supone que se escondieron los griegos cuando fingieron levantar el sitio en aquella ciudad homérica, dejando el célebre caballo de madera tan fatal á los troyanos, lo cual parece justificar su proximidad al lugar de aquel acontecimiento. La poblacion hoy no tiene grande importancia: está habitada casi en su totalidad por griegos: tiene un castillo antiguo, del tiempo en que la dominaron los venecianos; y goza, sin embargo, de alguna reputacion en Oriente por su industria vinícola. Á la entrada del estrecho en el castillo de Kun Kale, hay una estacion telegráfica servida por turcos, en la cual vimos los aparatos telegráficos impresores que ahora empiezan á usarse en España.

Al situarse horas antes por marcaciones la fragata en latitud 39º 59′ N. y longitud 44º 21′ E. de Hierro, no pudo menos de producirnos grata impresion, por los recuerdos de la época clásica que evocaba uno de los puntos que sirvieron para dichas marcaciones, que fué el célebre monte *Athos*, situado en el extremo S. E. de la península de

Akté, la mas oriental de los tres promontorios que de la Macedonia se internan en el mar Egeo, y de la cual nos encontrábamos á la distancia de 76 millas.

Fondeada, como queda dicho, la fragata bastante lejos de tierra, por no permitir otra cosa el estado del mar, muy picado por el viento N. E., vino á visitarnos en aquella bahia, apenas resguardada de los vientos del N. al S. por el O., el vice-cónsul de Austria, que allí, como en muchos puntos de Oriente, desempeña diferentes vice-consulados, teniendo entre ellos el de España; y como llegase á media noche, con gran riesgo de que se hubiera sumergido la frágil lancha en que iba, tripulada por dos griegos, quedó á bordo hasta el dia siguiente 25, en que se brindó á acompañarnos á tierra en la expedicion que yo deseaba hacer á la Troade. Poco grato en verdad era lo que de ella nos contaba, pues refirió que los habitantes de aquella llanura casi desierta, son beduinos, tan salvajes y tan viciosos, que hacia muy poco tiempo habia pasado por allí un buque inglés, y habiendo saltado á tierra en la playa de Besika varios oficiales y marineros, fueron bárbaramente maltratados, forzándolos y hasta mutilándolos despues. Á pesar de tan poco halagüeña perspectiva, con que, segun el relato del vice-cónsul, nos brindaba aquella inhospitalaria tierra, teatro donde se desarrollaron las épicas escenas del primer poema del mundo, no vacilé en visitarla. Estaba acostumbrado á oir hablar mucho de peligros en todo Oriente y á no encontrarlos. Habia oido hablar mucho de la falsía griega en el Ática, y me habia abandonado con harta frecuencia á muchos griegos, á quienes no conocia, que me hablaban de antigüedades, que me llevaban para verlas á parajes solitarios ó á barrios extraviados, á donde iba completamente solo y hasta desarmado, y nunca tuve el mas ligero motivo para arrepentirme de mi confiada conducta. Así es que, aun cuando no puse en duda las palabras del vice-cónsul, creí que sin riesgos, puesto que tan buena habia sido hasta entonces mi estrella, podia emprender la proyectada excursion á la Troade, y para ello, al amanecer del dia 24 de Julio me dirigí, á la playa de Besika en un bote de la fragata, acompañado de mis compañeros de comision, el reputado artista D. Ricardo Velazquez y el

diplomático Sr. D. Jorge Zammit y Romero, el mencionado vice-cónsul, el guardia marina D. Luis Morphy, (que debe ser el mismo que ahora tanto se ha distinguido en los recientes hechos de armas, llevados á cabo por nuestro ejército y marina en el archipiélago filipino), y por dos cabos de mar, escogidos por el comandante de la fragata, puesto que no quise llevar, por no creerlo necesario, la escolta que con el mayor interés puso á mis órdenes.

Los peligros que en tierra no creia encontrar, pudimos haberlos tenido de otro género, pero no menos graves, al atravesar á remo la larga distancia que nos separaba de la costa, pues el mar seguia bastante agitado, los golpes venian por la proa, y al reventar las olas contra nuestra frágil embarcacion, no solo nos puso completamente calados, sino en peligro de zozobrar: hubo momentos en que los marineros sintieron agotarse sus fuerzas, y no sé qué habria sucedido sin el valor y decision de dicho guardia marina, que lanzándose sobre los remos y empuñando uno de ellos, empezó á bogar con tal vigor, y á excitar de tal modo á los marineros que tripulaban el bote, que sacando fuerzas de flaqueza lograron triunfar en aquella desigual lucha, llegando, despues de mas de una hora de penosa travesía, á la playa de Besika, por aquella parte, al S. O., algo mas resguardada y por excepcion de menuda arena, pues la mayor parte de la costa es roquiza, donde atracó el bote y pudimos saltar á tierra.

No puedo menos de recordar el aspecto que presentábamos con la ropa pegada á la piel por el improvisado baño que habiamos sufrido, y sobre todo, el atento y generoso vice-cónsul, que habia ido á hacer la visita oficial de etiqueta, y por consiguiente, de frac y sombrero de copa, todo lo cual estaba destilando agua, asi como su espesa y larga barba rubia.

Ya en tierra, el vice-cónsul, que conocia prácticamente el país, nos llevó á la poblacion, teniendo que andar á pié mas de dos horas por un terreno accidentado, seco y árido, hasta que llegamos á las primeras casas donde habia una tienda que llamaban café, y que á no dudarlo, hubiera quedado vencido en la competencia con la mas humilde de nuestras tabernas del Rastro. Por supuesto, en el tal café solo habia el

líquido que le daba nombre, aguardiente de Mastika, con el que los turcos, porque no es de uva, han creido poder burlar las prescripciones del Coran, y sus correspondientes *narguiles*, con receptáculo de bronce ó cobre dorado, su larga manga y su boquilla de ámbar ó de asta de búfalo; boquilla que presenta al poco escrupuloso fumador, el que llamaríamos nosotros mozo del café, húmeda todavia con su saliva, pues para ver si el paso del humo se verifica sin entorpecimiento, es costumbre que el mozo ó criado, al servir el narguilé, pegue unas cuantas chupadas, con lo que puede decirse que está fumando á cada momento á costa de los parroquianos. Esto no quita que tambien cuando lo tiene por conveniente, y con esa franqueza tan caracteristica en aquellos paises, se siente muy tranquilo á fumarse uno de aquellos narguilés, como si en nuestros cafés se sentara un mozo al lado nuestro á tomarse un sorbete.

Habiendo descansado algun tiempo, lo necesario para que nos buscaran unos malisimos caballos, que por toda montura llevaban un sucio, miserable é incómodo aparato que servia para sujetar los fardos ó carga, y no para montar, atalaje á que llaman en griego *sagmarion*, y á los que hubo que ponerles sendas cuerdas á los lados, con unas lazadas en los extremos haciendo veces de estribos, salimos para Kun-Kale, habiendo visto antes el túmulo no explorado llamado Besika-Tepé, de que despues todavia hablaremos; pasando en el camino por Neocorion, la poblacion quizá mas importante de toda aquella comarca; viendo unas antiguas ruinas antes de llegar al promontorio Sigeo; despues el pueblo de Ieni-schéri; mas allá los túmulos llamados sepulcros de Aquiles y de Patroclo; y por último, poco mas allá de un antiguo cementerio turco, el castillo de Kun-Kale, de que he hablado, y donde existe la referida estacion telegráfica.

Kun-Kale tiene un pequeñisimo, pobre y sucio caserio, donde sin peligro de que se nos llame exagerados, puede decirse hay muchisima mas poblacion de cigüeñas que de hombres, las cuales se pasean tranquilamente ó están paradas en los techos bajos de las casas con terrados, á la manera de nuestras poblaciones alicantinas de la costa. El gobernador de aquel castillo, turco como de unos cuarenta y cinco

años, nos recibió con mucha afabilidad fumando su largo *chibú*, y demasiado ligero de ropas, y nos dispusieron un almuerzo que dificilmente pudo aceptar mi descontentadizo estómago, almuerzo durante el cual, mas me llamó la atencion una de las vasijas en que lo sirvieron, con labores en que se veia la tradicion del arte árabe, que tan familiar nos es á los granadinos.

La causa de haber tantas cigüeñas es el respeto que las tienen, porque libran los campos de sabandijas, ayudando de este modo á los perezosos habitantes del país en las escasas tareas que dedican á la agricultura. — No lejos del cementerio, vimos una fuente adornada con inscripciones coránicas; pero seca, como la mayor parte de las que encontramos.

Tomamos despues la vuelta á una poblacion no lejana, que debió ser un arrabal de Neocorion, donde nos alojamos en casa de unos griegos conocidos del vice-cónsul, y donde nos dieron una cena de huevos y gallina, algo mas aceptable que la de Kun-Kale. En una habitacion muy baja de techo nos acomodamos todos, sobre camas compuestas de pequeñas y estrechas colchonetas, plagadas de pulgas.

Al amanecer del siguiente dia, salimos en las mismas sillas y caballos, dejando á la derecha las montañas *Bunarbaschi*, adonde quieren reducir la antigua Troya la mayor parte de los escritores, tales como Lechevalier, *Viaje á la Troade* (París, 1802); el inglés Rennel, en su obra titulada *Observaciones y topografía de la llanura de Troya* (Lóndres, 1814); Forchhammer, en una monografía publicada en el *Diario de la Real Sociedad geográfica inglesa*, 1842; Maudit, *Descubrimientos en la Troade* (París. Lóndres, 1840), y otros, incluso Choisseul Gouffier, en su *Viaje pintoresco de la Grecia*, publicado en 1820, y Nicolaïdés, en 1867; y seguimos á buscar las orillas del *Scamandro*, para vadearle y continuar hasta el paraje llamado *Hisarlik*, donde nuestro ilustrado amigo, por correspondencia, aunque no nos conocemos personalmente, el prusiano Enrique Schliemann, habia fijado poco tiempo antes de nuestro viaje el verdadero emplazamiento de la antigua Troya, llevando nosotros su precioso libro como el mejor guía. Atravesamos una llanura tristísima,

y pudiéramos decir desierta, en la que no hallamos mas que un miserable pueblecillo, llamado Erkasikevi, y no lejos vimos un canal, abandonado y de época dificil de fijar á una simple inspeccion, que indudablemente tuvo por objeto recoger las aguas que en las temporadas de las lluvias se desprenden de la parte montañosa que se levanta al S., parte montañosa donde está Bunarbaschi, y cuyas aguas, roto hoy el canal por la incuria y el abandono que tiene en completa esterilidad aquellas regiones, se separan por la llanura de la Troade, á la parte izquierda del Scamandro, convirtiendo toda la superficie en un continuado pantano, donde solo encontramos cigüeñas, tortugas, ó mejor galápagos, y búfalos de hermosa y brillante piel negra, los cuales nos veian pasar tranquilamente. Aquella llanura tan célebre, y que despierta con razon tantos recuerdos del periodo verdaderamente épico de la guerra de Troya, es mas inhospitalaria que los célebres beduinos de las cercanias de la playa de Besika, pues á causa de los muchos pantanos que la cubren, tiene impregnado el aire de miasmas palúdicos, que hacen estacionarias, rebeldes y peligrosísimas las fiebres malignas, que con la mayor facilidad allí se adquieren en los meses de Julio y Agosto, época precisamente de nuestra expedicion.

Llegamos, por último, á las orillas del rio homérico, el célebre Scamandro, que hoy lleva el nombre de *Menderé* y cuyas aguas en la estacion de verano corren sobre un lecho de finísima arena, que se ve á través de los límpidos cristales de aquel rio, entonces clarísimo y transparente. Al verme en sus orillas, una emocion inexplicable se apoderó de mí; y no era en verdad el recuerdo de los diversos pasajes homéricos que tan célebres han hecho aquellas riberas, sino otro mas grato á mi corazon: el recuerdo del encantador país donde pasé mi infancia y los primeros años de mi juventud, el recuerdo de Granada, que evocada á tanta distancia, tomaba en mi espíritu mayor y mas indefinible encanto: porque las orillas del rio que riega la llanura troyana, se parecen tanto á las orillas del Genil, por la parte en que pasa lamiendo los piés de la sultana granadina, que es imposible ver el uno sin recordar las otras. La misma exuberante vegetacion en sus

orillas de juncos, sauces, tamariscos y juncias; la misma claridad en sus aguas; el mismo curso lento y apacible murmullo; la misma fresca sombra bajo sus sauces y tamariscos.

En el rio de Homero se encuentra tambien el loto, que no crece en las orillas del Genil.

Pasado el primer recuerdo que evocó el sentimiento, volvieron á surgir de las profundidades de la memoria los recuerdos históricos; y al ver aquellas frescas y frondosas orillas, no pude menos de repetir la descripcion que el mismo Homero hace de ellas, descripcion conforme enteramente con lo que en el dia puede observar el viajero, hecha por el poeta de Chios en el canto XXI de la *Iliada*, versos del 350–352, citada oportunamente por mi respetable amigo Schliemann.

«Entonces se inflamaron los olmos, los sauces, los tamariscos, los lotos, los juncos y las juncias, que crecian en gran número sobre las hermosas orillas del rio.»

Con verdadera veneracion bajé del caballo, y me incliné sobre aquella corriente divinizada por Homero, bebiendo con avidez su clara linfa, que con verdad sea dicho, no satisfizo mi sed, pues estaba mas caliente de lo que el terrible calor que experimentaba en aquel momento (eran las doce del dia) hubiera deseado.

El Scamandro desciende del monte Ida, como ya lo dijo con exactitud Homero (canto VII, v. 19–22), y su curso muy tortuoso, si fuese en linea recta, seria de 64 kilómetros. Atraviesa al principio una extensa llanura en el interior, despues se abre paso por un estrecho valle á través de las últimas vertientes del Ida, y en seguida entra en la llanura de Troya, que atraviesa de Sur á Norte, hasta desembocar en un lago de agua salada formado por las marismas, no lejos de Kun-Kale. Tiene aguas constantes, á causa de los muchos riachuelos y fuentes que le son tributarios, y no siempre ha corrido sobre el mismo lecho que hoy, sino que al llegar á mas de dos tercios de la llanura, se inclinaba hácia el E. recibiendo las aguas del Simoïs, llamado Dumbretk-Su, á 1,700 metros al N. O. de Hisarlik, donde, como ya he indicado, creo estuvo la antigua Illium Novum. El lecho que en estas épocas tuvo el Scamandro todavia se vé bien claramente, y aun sirve en invierno

para desahogo del cauce principal, cuando aquel viene muy crecido.

Á su entrada en la llanura de Troya, el Scamandro recibe las aguas del rio *Kimar-Su;* nombre cuya primera palabra, *Kimar,* es una corrupcion de la palabra griega καμαρα bóveda; y que le lleva á causa de un gran acueducto extremadamente ancho, que le atraviesa 10 kilómetros mas arriba de su confluencia con el Scamandro.

Como el Scamandro es el único en que desembocan todas las aguas que bajan de las montañas del Ida, durante las lluvias invernales, el rio homérico rápidamente se agiganta, desborda de su cauce, inunda la llanura, y entra con tal impetuosidad en el estrecho valle que se abre entre las montañas de Ené y Burnabaschi, que llega á una altura de diez á doce metros por encima de su nivel del mes de Julio, época en que yo le visité, dejando al descender, como señal inequívoca de su paso, esas yerbas que se adhieren á las orillas y á los árboles de los sitios por donde ha estado corriendo el agua.

Su arena es rojiza, á lo que quizá deba el nombre de Xanthos, con que, segun Homero, le conocian los dioses.

La llanura al otro lado de este rio, ó sea á su derecha, presenta el mismo aspecto que el opuesto, aunque elevándose muy lentamente el terreno, que empieza en sus ondulaciones á denunciar las próximas montañas de N. E., ofrece menos motivos á los pantanos, sin embargo de lo cual hay tambien en este lado canales que pudiéramos llamar de desagüe, cuyas primeras obras acaso se remontan á la época romana, y que revelan previsora solicitud para sanear aquellos históricos y pintorescos parajes.

Pasado el rio sagrado, divisamos á lo léjos y hácia el N. una suave eminencia, coronada por una planicie, sobre la cual divisábanse claramente vestigios de antigua poblacion; pero antes de llegar á la exploracion arqueológica, no quiero pasar en silencio algun detalle de nuestra marcha, porque demuestra, ó lo afortunados que fuimos, ó que habia mas de imaginario que de real en los peligros que nos habian referido. Á la parte O. de la eminencia llamada Hisarlik, objeto principal de nuestro viaje, en la llanura, se alzaba una tienda de campaña, sola, y sin que por aquellos alrededores se viese, aunque á distancia,

ninguna otra. Nuestros guias, que eran griegos, al verla, nos dijeron que pasásemos sin hacer alto en ella, pues allí habitaba un *moro bravo;* y excitada mas con esto nuestra curiosidad, lejos de seguir el consejo de los guias, nos fuimos derechos á la tienda. Al sentir el trote de los caballos, presentóse en ella el habitante de aquella frágil morada, que tenia todo el aspecto legendario de los hijos del Desierto. Fumaba su indispensable pipa, y lejos de recibirnos mal, nos ofreció otra, señal inequívoca de hospitalidad; nos dió agua; y aunque sin entendernos, estuvo deferente y obsequioso. Contentos con nuestra buena fortuna, volvimos riendas hácia Hisarlik, y en la pendiente S. de ella encontramos abundante rebaño, sesteando bajo un sombrajo hecho muy rudimentariamente con hojas de palmera, ramas y cañas secas; rebaño que despues supimos era del *moro bravo,* que nada tuvo para nosotros de ello, y que guardaban tambien bajo aquella protectora sombra dos ó tres pastores, los cuales nos acogieron perfectamente. Allí reposamos algun tiempo, pues el calor y el sol nos habian fatigado no poco; bebimos leche, que nos dieron los pastores de la mejor voluntad; adquirí yo una bellísima moneda incusa, griega y de las mas antiguas del arte monetal, de las características, que, aunque con poca abundancia, se hallan siempre en aquel paraje, y que el pastor habia hallado aquella misma mañana y subimos, por último, á la planicie de Hisarlik, donde se veian las recientes señales de los trabajos realizados un año antes por el citado Enrique Schliemann, al cual habian conocido los mismos pastores que nos acogieron á la sombra de su cabaña.

Pero antes de ocuparnos por completo de la investigacion arqueológica, no creo fuera de propósito consignar algunas observaciones hechas sobre el suelo de la llanura de Troya. Este es de buena arcilla. No falta quien crea que antes de estar seco, en épocas primitivas, estaba cubierta aquella llanura por el mar, formando un golfo, y que su superficie se ha ido haciendo con los depósitos que al fondo iban arrastrando los rios; otros, que no es aluvial, y que su formacion es tan antigua como la de los promontorios Sigeo y Rethé. Las rocas ó montañas que rodean la llanura, son de piedra arenisca calcárea. Como ya he indicado, el clima es muy mal sano, porque con los grandes calores los pan-

tanos exhalan miasmas pestilenciales, que producen las fiebres perniciosas, las cuales, como sucede con todas las enfermedades propias de un país, atacan con mas preferencia á los extraños que á los naturales. Sin los pantanos, el clima seria sano y el terreno fértil, pero ha llegado á tal extremo la falta de poblacion en aquella comarca y el abandono, que se necesitarian grandes trabajos de colonizacion para volver aquel territorio al estado que tuvo en la época antigua y en la Edad media, sirviéndonos de comprobante para lo último el testimonio de un español, conocido del público desde hace poco mas de un año, por la inteligente solicitud de nuestro compañero el Sr. Jimenez de la Espada.

Me refiero al manuscrito que se conservaba, con otros muchos códices que la avaloran, en la riquísima biblioteca particular de S. M., redactado por el caballero andaluz (de Córdoba) Pero Tafur, el cual, segun las palabras de su docto comentador, «con no poca instruccion, con muy buen juicio, con la bolsa repleta, y muy recomendado por su Rey y valedor D. Juan II, por los años de 1435 á 39, recorrió la Italia, Judea, Chipre, Egipto, Rodas, Frigia, Grecia, Tartaria, Suiza, Alemania, Flandes y Borgoña, dejándonos el sabrosísimo fruto de tan interesante expedicion en sus *andanzes é viajes*.» Ya antes de él habian andado por aquellas partes de Oriente, en los principios del siglo XV, con su embajada al Gran Tamerlan, en tiempo de Enrique III, el madrileño Rui Gonzalez de Clavijo y sus compañeros; pero en el viaje escrito de estos, con error atribuido á Rui Gonzalez, apenas se hace mas que mencionar á Troya, mientras en el de Pero Tafur se escriben acerca de ella estas palabras, que transcribo, porque he de tener ocasion de áplicarlas luego á mis investigaciones arqueológicas.

Dice así el atrevido viajero: «Ficeme pasar á la Turquía, que es un pequeño estrecho, á un lugar que llaman Foja Vieja, que se dice que es una puerta de Troya, é en aquella tienen facimiento ginoveses, é fallé allí uno mi amigo, que conoscí en Sevilla, é roguéle, pues él tenia tanta noticia con los turcos, que enviase un onbre suyo conmigo que me levase fasta Troya, é me buscase cavallo alquilado, é ansí lo fizo; é caminé por tierra dos jornadas por aquel lugar que dizen que era Troya, non fallando persona que supiese dar razon ninguna, é fuí fasta llegar al

Elion (Illium novum) que dizen: *este es pegado à la mar enfrente del puerto de Tenedon.* Toda esta tierra es poblada á caserias, *é an los turcos por reliquias los edificios antiguos é non desfarian ninguno de ellos, antes farán sus casas juntos con ellos;* é lo que mas vi para conoscer que aquel fuese el *Elion* de Troya, fué ver grandes pedazos de edificios, é mármoles, é losas, é aquella ribera é aquel puerto del Tenedon enfrente, é muy grande otero como que caida de grande edificio lo hubiese fecho.—É deste non pude saber mas, é volvime, etc.»

*¡Cuanto mutatus ab illo!* Aquellos turcos que, depositarios de las ricas tradiciones de la antigüedad, conservaban hasta con religioso cuidado, como reliquias, las ruinas de la antigua Ilion, hoy caidos en la mas bárbara servidumbre, que es la de la ignorancia, no solo han ido dejando perder aquellas tradiciones, y han visto desaparecer con indiferencia aquellas ruinas, sino que, abandonando hasta los canales que daban salubridad al clima y fecundidad al suelo, le han convertido casi en inhabitable, abandonando la histórica y rica Troade á las cigüeñas y á los búfalos.

Y no es que aquella llanura no fuera siempre pantanosa. Su posicion entre montañas, y limitada por èl mar al O. y N. la predispone á ello, y ya, refiriéndose á estos pantanos, decia Homero *(Odisea, XVI,* 472–475).

«Cuando llegamos á la ciudad y á la alta muralla, nos extendimos armados delante de la ciudadela, en medio de espesas maderas y entre los juncos de un pantano.»

Pero vengamos ya á la descripcion de la colina llamada Hisarlik, cuya posicion responde perfectamente al sitio en que Pero Tafur, segun acabamos de ver, fijó el emplazamiento de Ilion, cerca del mar, enfrente de la isla de Ténedos, y en una pequeña eminencia, donde se veian restos de mármoles, y grandes edificios, y aun un otero, formado con las ruinas de otros, todo lo cual concurre al pié de la letra en el paraje que al cabo de cuatro siglos ha tenido la fortuna de volver á visitar un español, aunque desgraciadamente sin la repleta bolsa que llevaba el afortunado cortesano de D. Juan II.

Todo alrededor de aquella colina aparece sembrado de fragmentos de piedras labradas, mármoles y cerámica, verdadero detritus que dejan siempre las ciudades que pasaron. Cuatro columnas solitarias, casi enterradas, parecen indicar la existencia por aquellos parajes de templos ó palacios, nombre que por esta causa se da á aquel lugar, pues Hisarlik significa «palacio.» La colina vendrá á tener cuarenta metros de alto sobre el nivel de la llanura, presentándose la subida mucho mas suave por el Sur que por el Norte, por cuyo lado desciende casi perpendicularmente. Esta colina es menos elevada, próximamente en veinte metros, que la cadena montañosa de que forma parte, siendo, puede decirse así, su punta ó terminacion, cadena de montañas que viene de la parte del Este, y cuyas principales alturas se hallan en el antiguo Thymbrius.

El aspecto de esta cadena montañosa responde á las palabras de Strabon, que situa sobre montañosa espalda á la célebre *Ilium Novum*.

La cima de esta colina forma una sola planicie de 233 metros de largo, por otro tanto de ancho; y los trabajos llevados á cabo por Frank Calvert, cuya coleccion de antigüedades, sacadas en su mayor parte de estos lugares, tuvimos la fortuna de ver en Chanak-Kálah (Dardanelos), y los practicados despues por Enrique Schliemann, han hecho ver que en gran parte es artificial, y que ha sido formada por las ruinas y los restos de templos y palacios que allí existieron. Una ligera excavacion hecha á la parte oriental dejó ver las ruinas de un gran edificio, de grandísimos sillares, unidos sin cemento, indicio seguro de su antigüedad.

Ya Calvert y Schliemann habian notado, al fijar en aquel sitio la antigua Troya, que para encontrar las ruinas del palacio de Priamo y de sus hijos, las de los templos de Minerva y Apolo, era necesario levantar toda la parte artificial de aquella colina, y que nuevos restos de edificios pondrian de manifiesto que Troya se extendia hácia la montaña, porque las ruinas del palacio de Ulises, las de la acrópolis de Micenas, y la gran tesoreria intacta de Agamenon, prueban hasta la evidencia que las construcciones de la Edad heróica tenian grandes pro-

porciones. La Pergamo de Priamo debia ser muy extensa, cuando en la vasta plaza que formaban tres palacios y á lo menos dos templos, quedaba todavia espacio para que el pueblo troyano hubiera podido reunirse delante del palacio real, segun testifica Homero.

Para fijar la situacion de la antigua y combatida capital hay necesidad de establecer dos series de investigaciones: Primera, desde los tiempos homéricos hasta el establecimiento de la nueva Ilion. Segunda, desde esta hasta nuestros dias. Lo primero se encuentra demostrado por la tradicion antigua de los mismos pobladores de *Ilium Novum*, entre los cuales era doctrina corriente que la antigua Ilion no fué enteramente destruida ni abandonada, lo cual testifica el mismo Strabon (XIII, I, pág. 111, edicion de Tauchnitz), y confirma tambien el mismo Homero, en la profecia que pone en boca de Neptuno, diciendo que bien *pronto reinarian sobre los troyanos Eneas y los hijos de sus hijos y sucesores;* de donde se infiere, que si en tiempo de Homero no hubiera existido un reino troyano con un descendiente de Eneas por rey, hubiera puesto en boca de Neptuno una ridicula y falsa profecía, lo cual no está conforme con el alto sentimiento religioso de Homero, y con su fé ciega en la sabiduría de las divinidades y su constante veracidad.

Troya debió ser destruida de nuevo despues de los tiempos de Homero, porque Strabon cuenta que los habitantes de Sigea, de Retea y demás ciudades vecinas, se repartieron el territorio de Troya despues de su destruccion, pero que los volvieron á Ilion, cuando su reconstruccion bajo el dominio de los lidios; y añade tambien, que Hellanicos, autor muy antiguo, confirma la identidad de la antigua villa con la *Ilium Novum*. (Strabon XIII, pág. 113.)

La dominacion de los lidios comienza evidentemente 800 años antes de Jesucristo; y aceptando, como ya se ha indicado, que en tiempo de Homero existia un reino troyano y una ciudad de Troya, resulta que, enlazada á acontecimientos históricos, solo se pierde de vista á Troya por el espacio de dos siglos, durante el cual las tradiciones no se borran, habiendo llegado sin alteracion, segun el testimonio de Hellanicos, á los lidios, que la rehacen.

La tradicion además, está sostenida por varios datos históricos. Segun Herodoto (VII, 43), «Xerges pasando por la Troade antes de su invasion á Grecia (es decir, 480 años antes de Jesucristo), llegó al Scamandro y subió á la Pergamo de Priamo, porque quiso verla, y habiéndola visto y enterádose de cuanto creyó conveniente, sacrificó á Minerva Iliona mil bueyes, y los mágicos hicieron libaciones á los manes de los Héroes.» Es, pues, evidente, segun este pasaje, que existia una Ilium, con su acrópoli *Pergamo*, y con su templo dedicado á la Minerva de Ilion, y que tenia la certidumbre de que aquella ciudad ocupaba el mismo sitio que la Ilion de Homero, la *Pergamo de Priamo*, como la llama Herodoto.

Otro testimonio de la existencia de *Ilium Novum* en el mismo sitio de la Ilion homérica, es el que nos ofrece Jenofonte (I, I, 4) cuando dice que el general lacedemonio Míndaros hizo sacrificios á Minerva en *Ilium*; pero mayor lo proporciona todavía el citado Strabon, cuando da cuenta de la visita que Alejandro el Grande hizo á *Ilium* y á su Pergamo (Strabon, XIII, I, pág. 99, edicion citada), porque era fanático de la Iliada de Homero, á la que llamaba *gran provision de virtudes militares*, poniendo siempre el volúmen en que la llevaba escrita, con su espada debajo de su almohada, segun el testimonio de Plutarco. (Vida de Alejandro el Grande, VIII.)

Arriano cuenta que el mismo Alejandro el Grande cuando su visita á Ilion, sacrificó á Minerva Iliona, dejó colgadas sus armas en el templo de esta diosa, y tomó en cambio algunas de las armas sagradas que habian sido conservadas de la guerra de Troya, siendo tal su veneracion por aquellas armas, que hacia se las llevasen sus mas escogidos guerreros delante de él en las batallas.

Tambien hizo en el mismo Ilium, y en el templo de Júpiter Herceio, sacrificios á Priamo.

Plutarco añade, que Alejandro, despues de haber pasado el Helesponto, subió á Ilium, sacrificó á Minerva, é hizo libaciones á los manes de los héroes, y despues de haber regado con aceite la columna funeraria de Aquiles, corrió como era costumbre, completamente desnudo, alrededor de la tumba con sus compañeros, ofreciéndole una

corona de flores, y felicitándole por haber tenido durante su vida un amigo fiel, y durante su muerte un gran cantor de sus glorias.

Al recorrer la ciudad, examinando sus curiosidades, hubo uno que le preguntó si queria ver la lira de Alejandro, á lo que le respondió que le importaba poco de ella; que lo que él deseaba ver era la lira de Aquiles, con la cual se habia cantado la gloria y las acciones de los grandes hombres.

Conocido el culto que Alejandro el Grande tenia por Homero y sus héroes, es evidente que cuando él visitaba con tanto detenimiento á *Ilium Novum*, y en ella sacrificaba á Minerva, era porque tenia la certidumbre de que allí estuvo la antigua Ilion.

*Ilium Novum*, engrandecida y embellecida por Alejandro, segun el testimonio de Strabon, cayó despues en decadencia, de tal modo, que, segun Demetrio Escepsis, no tenia ni techos en las casas cuando los romanos hicieron sus primeras invasiones en Asia; que estos la levantaron de la postracion en que estaba; pero que volvió á sufrir de nuevo gran decadencia por la conquista de Fimbria en la guerra contra Mitrídates, habiendo tomado aquella ciudad, despues de un sitio de nueve dias, lo cual dió orígen á una exclamacion de orgullo en el general vencedor y á una notable respuesta. Dijo el primero: «Agamenon necesitó una armada de mil naves y diez años para conquistarla, mientras que él, Fimbria, habia necesitado solo nueve dias.» La respuesta de los ilios fué: «Porque la ciudad no ha tenido ahora un Héctor que la defienda.»

Derrotado y aniquilado á su vez Fimbria por Sila, este recompensó á la ciudad con grandes mejoras; proteccion que todavía elevó mas Julio César, queriendo imitar á Alejandro, de quien era gran admirador, y además porque creia tener pruebas evidentes de su parentesco con los ilios. Así fué que, no solo les ayudó á reedificar sus monumentos, sino que les hizo grandes donaciones de terrenos, les conservó la libertad y les declaró exentos de impuestos.

Segun el testimonio de Justino, en la primera expedicion romana al Ásia, los habitantes de *Ilium Novum* y los romanos se trataron como amigos que se encuentran despues de una larga separacion, porque los romanos creian descender de antiguos troyanos.

Nadie, pues, ponia en duda la identidad de la *Ilium Novum* con la antigua Troya, y asi continuó la tradicion constante hasta la Edad Media, encontrándola conservada con gran respeto, hasta por los turcos, en el siglo xv, segun el testimonio citado del español Pero Tafur.

Pero al querer fijar en los modernos tiempos la indubitada situacion de aquella histórica ciudad inmortalizada por Homero, divídense los pareceres, sosteniendo los menos que fuera Bunarbaschi, y Schliemann con Calvert y algunos otros, entre los que tenemos el honor de contarnos, que Hisarlik; y son tan concluyentes las razones aducidas con motivo de esta disquisicion por el primero de dichos arqueólogos, que vamos á reproducirlas, en gran parte, por haberlas visto confirmadas por nosotros mismos en los parajes objeto de la investigacion.

Es verdaderamente inconcebible como, llevando la Iliada en la mano y recorriendo aquellos lugares, pueda conciliarse la posicion de las alturas de Burnabaschi con las indicaciones del poema.

La distancia de aquellas hasta el campo griego ó sea el promontorio de Sigeo es de catorce kilómetros, y los combates y todas las frecuentes idas y venidas de que habla la Iliada, no se conciben si hubieran mediado mas de cinco kilómetros entre la ciudad y el campo griego.

Estudiemos como ejemplo de ello el relato de la primera batalla. Por la noche Júpiter ordenó al dios de los sueños descendiese cerca de Agamenon, y le impulsara á armar á los griegos prometiéndoles que ocuparian á Troya al tercer dia. Al romper el alba, Agamenon reunió á los griegos, contó á los jefes su sueño, y propuso, para conocer sus intenciones, regresar á la patria: al tener noticia de esto las tropas se dispersaron dando gritos, y abalanzándose á los buques les pusieron á flote, deteniéndoles Ulises y persuadiéndoles de que no debian abandonar la empresa. Pronúncianse, con tal motivo, largas peroraciones por el mismo Ulises, Héctor y Agamenon, á consecuencia de las cuales se adopta la resolucion de continuar el comenzado asedio. Los soldados se esparcen por el campo para preparar el

desayuno. Agamenon sacrifica un toro á Júpiter, y reune á los jefes para esta ceremonia; Héctor pronunció un nuevo discurso; despues Agamenon coloca el ejército en órden de batalla, y los guerreros se alinean para el combate delante de su campeon en la llanura del Scamandro.

Los troyanos tienen conocimiento de tales preparativos por Iris: se arman, y abren todas las puertas de la ciudad corriendo fuera de ella con gran estruendo. Los dos ejércitos se encuentran en la llanura, pero esta no debia ser muy grande cuando desde encima de las puertas Sceas, Elena reconoce á los jefes de los griegos y va diciendo sus nombres á Priamo, ni el ejército griego debia estar mas allá de un kilómetro, porque para reconocer á cualquiera persona á tal distancia se necesita muy buena vista.

Paris provoca á Menelao á combate singular. Héctor pronuncia un discurso y Menelao otro. Héctor envia heraldos á Troya para buscar corderos vivos, y Agamenon manda con el mismo objeto á Taltibios al campo griego. Como el ejército griego no podia encontrarse sino lo mas á un kilómetro de las puertas Sceas, deberia distar por lo menos trece kilómetros de su campo, si Troya hubiera estado en las alturas de Burnabaschi, y en tal caso, Taltibios no hubiera podido volver, con el cordero vivo, en menos de seis horas. Su ausencia, sin embargo, hubo de ser tan breve, que Homero ni siquiera hace mencion de ella: parece, pues, evidente que la distancia que hubo de recorrer fué muy corta.

Se hicieron sacrificios y solemnes juramentos; se llevó á término el combate singular; Paris fué vencido por Menelao y salvado por Vénus; Pandaros arrojó una flecha á Menelao hiriéndole; sostienen grande coloquio Agamenon y Menelao; es llamado Machaon, hábil en el arte de curar, y venda la herida.

Agamenon pronuncia numerosas alocuciones para animar á los jefes de los griegos, y al fin se traba la lucha entre ambos ejércitos.

Minerva conduce fuera de la contienda al impetuoso Marte, y hace que se siente en las orillas del Scamandro. Los troyanos son rechazados hasta los muros de Troya, y excitados al combate por Apolo y

Marte. Durante la lucha se envian á cada instante á Troya y al campo griego los heridos y el botin cogido á los enemigos, armas, carros y caballos. Los griegos á su vez ceden retrocediendo de espaldas *(reculando)* delante de los troyanos victoriosos, que los rechazan hasta cerca de sus mismos barcos.

Los griegos, sin embargo, vuelven á obtener ventajas, entablándose mas recia la batalla entre ellos y los troyanos, en la llanura que se extiende entre el Scamandro y el Simois; pero retroceden de nuevo, y Héctor vuelve victorioso á Troya á ofrecer sacrificios á las divinidades; llegando en el espacio de tiempo invertido en la conmovedora escena y el hermoso coloquio de Glaucos y Diomedes.

Héctor tiene una larga conversacion con su madre, con Paris, con Elena, busca á su mujer Andrómaca, la encuentra, y despues de un extenso y tierno coloquio con ella, tiene lugar la escena patética con su hijo.

Héctor vuelve al combate con Paris y se encuentra con el ejército apenas han salido de las puertas. En efecto, las tropas debian encontrarse delante de las puertas Sceas, porque Minerva y Apolo, que habian tomado la forma de dos buitres, se posan en la copa de un haya para gozar del espectáculo que ofrecian las espesas líneas de los combatientes, herizadas de cascos, de escudos y de jabelinas: aquel árbol se encontraba en frente ó al lado de las puertas Sceas.

Héctor y Paris matan á muchos enemigos, y Héctor provoca á singular combate al mas valiente de los griegos. Á esta provocacion siguen algunos momentos de pausa, porque nadie se atreve á oponerse á Héctor; pronuncia un discurso Menelao ofreciéndose á combatir con él, y despues tienen lugar nuevas alocuciones de Agamenon y de Nestor, ofreciéndose nueve héroes á luchar con Héctor, por lo cual apelan á la decision de la suerte. Esta designa á Ajax, hijo de Telemon, que se regocija por ello, revistiéndose el *cobre resplandeciente*. Los dos adversarios pronuncian sus correspondientes discursos, y despues luchan hasta la noche, trocándose sus presentes.

Los griegos vuelven á su campo; los jefes se reunen en la tienda de Agamenon, donde este rey inmola un buey: se divide la víctima y sus

trozos se asan en una hoguera, cenando los guerreros poco despues.

Considérese la multitud de incidentes de este solo dia: asamblea general en el campo griego; largo discurso de Agamenon y dispersion de las tropas para poner á flote los barcos; extensos discursos de tres héroes; preparacion de la comida; sacrificio hecho á Júpiter, por Agamenon, de un toro; nuevo discurso de Nestor; formacion del ejército en órden de batalla. En todas estas diversas ocupaciones debieron invertirse por lo menos cuatro horas, de modo que bien serian las diez de la mañana cuando las tropas avanzaron por la llanura del Scamandro, aproximándose tanto á las puertas Sceas, que Elena reconoce á los jefes griegos. Sigue despues, provocacion á combate singular por Paris; discurso de Héctor y de Menelao; envio á Troya y al campo griego de mensajeros, para buscar corderos vivos; solemne sacrificio; combate singular; numerosos discursos de Agamenon; batalla; los griegos rechazan á los troyanos, acorralándolos hasta los muros de Troya, y son rechazados á su vez, retrocediendo de espaldas hasta sus navíos. Los griegos avanzan de nuevo y se traba una terrible batalla en la llanura, que se dilata entre el Scamandro y el Simois. Los griegos retroceden nuevamente; Héctor se vuelve á Troya; largos discursos de él, de Hécuba, de Paris, de Elena y de Andrómaca. Los griegos debian haber avanzado de nuevo, porque Héctor y Paris se encuentran al salir de las puertas Sceas; discursos de Héctor, de Menelao y de Nestor; y, por último, combate singular, terminado por la noche, y vuelta de los griegos á su campamento.

Resulta, pues, de todos estos hechos, consignados en diferentes pasajes de los cantos II, III, IV, V, VI y VII de la Iliada, que la distancia entre la ciudad y el campo griego debió ser recorrida por lo menos seis veces en el espacio de tiempo comprendido entre las diez de la mañana y las siete de la tarde: dos por el enviado que fué á buscar el cordero, y, por lo menos, cuatro por el ejército, una de ellas retrocediendo y todas ellas sin contar la gran pérdida de tiempo ocasionada por los discursos, sacrificios, batallas y combates singulares.

Es, pues, evidente que la distancia entre el campo griego y Troya era muy corta, y, á lo más, de cinco kilómetros, de donde lógica-

mente se deduce, que si hubiera estado Troya en las alturas de Burnabaschi, las cuales, como ya se ha indicado, distan del cabo Sigeo catorce kilómetros, habrian tenido que andar los combatientes desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde ochenta y cuatro kilómetros, sin contar las pérdidas de tiempo producidas por las diferentes causas que acabamos de mencionar.

En cambio, la distancia de Hissarlik ó de *Ilium Novum*, que reemplazó á la Troya homérica, es en línea recta hasta la costa de cuatro kilómetros, y de cinco por el Nordeste, hasta el cabo Sigeo, que en tiempo de Strabon designaba todavía la tradicion como el lugar en que estuvo el campo griego, escribiendo á tal propósito (1). «Despues de Retea se halla Sigea, ciudad destruida, el puerto de los Acheos, el *campo Acheo*, el pantano ó lago llàmado Stomalimno y la embocadura del Scamandro.»

Nuevas pruebas sacadas de la Iliada aduce Schliemann, en corroboracion de su acertado juicio, que por lo curiosas é importantes y por lo poco conocidos que son estos datos en nuestra patria, vamos tambien á dar á conocer á nuestros lectores.

*Al amanecer del segundo dia* Idaios es enviado por los troyanos al campo griego, á fin de proponer un armisticio para quemar los muertos. Los griegos reunidos en asamblea consienten en ello, y apenas Idaios lleva la noticia á Troya, empezaron á reunir cadáveres y leña para quemarlos, elevándose en aquellos momentos el sol.

*El tercer dia*, despues de haberse ocultado el astro del dia en el horizonte, Héctor llevó á acampar á los troyanos en la ribera del Scamandro, y luego mandó llevar de la ciudad toros y carneros, conduciéndolos [*inmediatamente* desde Troya, á pesar del lento paso de estos animales, sobre todo durante la noche. Es, pues, evidente que el espacio comprendido entre el campo griego y Troya era muy corto, y que el Scamandro pasaba cerca de la ciudad; y, en efecto, como lo demuestra el antiguo lecho de aquel rio, este se reunia á una distancia

(1) XIII, I.

de 1,700 metros de *Ilium* con el Simois (Dumbrek Su), y corrian confundidos en direccion Noroeste hácia el mar.

Strabon confirma tambien la union de estos dos rios cerca de *Ilium Novum* (1). El Scamandro corria entre el campo griego é Ilion, de manera que los griegos no podian aproximarse á la ciudad sin pasarle cerca del mar, como se dice tambien en la Iliada (XIV, 433 y XXIV, 350). Próximo á este paraje, en direccion de Troya, estaba la tumba de Ilus; y Héctor, que acampaba con su ejército en la orilla derecha del Scamandro, reunió consejo cerca de esta tumba. Próxima á ella estaba tambien la *higuera salvaje* ó el Erineux, citada como existente bajo los muros de Troya.

La gran proximidad del Scamandro al campo griego está claramente indicada en los versos 11 al 13 del canto X, donde se dice, «que Agamenon miraba á la llanura troyana, y que el gran número de hogueras encendidas delante de *Ilium*, el sonido de los caramillos y de las flautas y el tumulto de los guerreros le llenó de sorpresa.» Este solo pasaje de Homero bastaria para demostrar hasta la evidencia el error de los que han pretendido llevar la situacion de Troya á once mil y mas metros del paraje ocupado por el campamento griego, pues no hay ser humano que á tal distancia pueda escuchar el sonido de las flautas y caramillos.

El cuarto dia en que tuvo lugar la tercera gran batalla, despues de mediodia los griegos rechazan á los troyanos hasta las puertas Sceas, y son á su vez rechazados hasta sus buques, donde se traba un terrible combate, tras el cual los troyanos son vencidos de nuevo, para volver con mas furor á arrojar á los griegos sobre sus barcos, causándoles una espantosa carniceria. Patroclo rechaza otra vez á los troyanos hasta los muros de Troya, é intenta por tres veces escalarlos, combatiendo los griegos hasta la noche en las puertas Sceas.

Lo mismo en esta tercera batalla que en la primera, los griegos atravesaron en poco mas de medio dia lo menos cuatro veces el espacio

(1) XIII, I.

comprendido entre su campo y Troya, además del tiempo empleado en los largos y encarnizados combates.

Al principiar el último combate de la Iliada los griegos se arman cerca de sus naves, y los troyanos en lo alto de la llanura entre el Simois y el Scamandro, tomando los dioses parte en el combate, sobre todo Minerva y Marte. Minerva anima á los griegos con sus gritos detrás de los navíos y de la orilla del mar, mientras Marte excita á los troyanos á la lucha gritándoles tambien, ya desde la cima de Pergamo, ya de Callicolona; lo cual desmuestra que la ciudadela de Troya estaba muy cerca de lo alto de la llanura entre el Simois y el Scamandro y que Callicolona es una de las hermosas colinas al E. de Hissarlik, que bordan el valle encantador por el que el Simois corre en direccion de E. á O.

Homero confirma que la union del Scamandro y del Simois se verificaba cerca de Troya, cuado dice: «pero cuando las diosas se aproximan á Troya y los dos rios, allí donde las ondas del Simois se unen á las del Scamandro...» (V, 773-775), demostrando tambien el corto espacio que mediaba entre el campo griego y Troya con estas palabras (XXIV, 662-663): «porque tú sabes cuán estrechados estamos en la ciudad, y que tenemos que ir á buscar la leña léjos de las montañas;» lo cual dice á propósito de que Priamo pide á Aquiles le conceda un armisticio de once dias para los funerales de Héctor, porque la ciudad estaba muy oprimida por el asedio y tenian que ir á buscar la leña para la pira, léjos, á las montañas. No habria habido necesidad de tal peticion ni de semejante trabajo si Troya hubiese estado en *Ileon Kome* ó en Bunarbaschi, porque los troyanos no hubieran tenido nada que temer de los griegos por la parte de sus cercanas montañas.

Otra observacion importante. Desde que principió la guerra, las mujeres troyanas no se atrevian á salir de la ciudad á lavar la ropa á las dos fuentes donde lo tenian por costumbre, y si Troya hubiera estado en Bunarbaschi, es decir á catorce kilómetros del campo griego, las troyanas hubieran podido seguir lavando sus ropas en las dos fuentes que brotaban al pié de los muros de la ciudad, sin peligro de verse sorprendidas por los griegos, á quienes podian ver acercarse

desde mucha distancia, teniendo tiempo de acogerse á sus hogares.

Dichas dos fuentes mencionadas por Homero, así como todos los demás detalles indicados, fuentes la una caliente y la otra muy fria, se encontrarian indudablemente en el terreno pantanoso que hay bajo *Ilium* por el lado del Norte, en el mismo pantano donde Ulises y Menelao estuvieron emboscados, (*Odisea,* XIV, 469–475). Nada significa que hoy hayan desaparecido dichas fuentes, porque esta clase de manantiales son fenómenos que aparecen y desaparecen á consecuencia de los terremotos frecuentísimos en la Troade, país eminentemente volcánico y fecundo en fuentes de aguas con elevada temperatura. El ya citado Frank Calvert ha hecho la importante observacion de que muchos de estos manantiales calientes se han perdido y han vuelto á aparecer en los tiempos modernos; y hace pocos años se vió que las fuentes de Tongla, calientes y saladas, durante un terremoto desaparecieron, volviendo á brotar al cabo de algunos meses. La fuente mas cálida en la misma llanura de Troya está en la actualidad á dos kilómetros de la aldea de Akchi–Kévi, y tiene una temperatura constante de veinte y dos grados: hay muchas fuentes de buen agua al pié de la colina de Hissarlik.

El emplazamiento de *Ilium Novum,* como ya indicamos, mide una circunferencia de cinco kilómetros, claramente determinado por los restos en muchos parajes, aunque á flor de tierra, de las murallas de circunvalacion, y las pendientes para subir á la planicie son tan suaves que se las puede atravesar corriendo sin peligro de caer. Al contemplar aquellas ruinas no puede menos de recordarse y comprenderse la célebre triple carrera de Héctor y Aquiles alrededor de los muros troyanos.

Mientras mas se medita sobre los datos que el mismo Homero ofrece y se les compara con la topografía de aquellos lugares, mas se afirma el convencimiento de que la antigua Ilion estuvo en Hissarlik, pudiendo asegurarse que desde el momento en que se descubre esta altura en la llanura de Troya, aquella colina sorprende el espíritu observador del viajero, pues desde luego se presenta á su vista como destinada por la naturaleza á haber sustentado una importante ciudad protegida por

fuerte acrópolis. Aquella posicion bien fortificada dominaria toda la llanura de Troya y toda la comarca, no habiendo ninguna otra que pueda compararsele; y siendo circunstancia tambien importante para la tésis que venimos sosteniendo, que desde Hissarlik se ve el monte Ida, desde cuya alta cima Júpiter miraba á la ciudad de Troya (Il., VIII, 47-48), circunstancia que no concurre en las alturas de Bunarbaschi.

Convencidos de que la colina de Hissarlik era el lugar en que se alzó la antigua Troya, bien hubiéramos deseado emprender en ella escavaciones, seguros de encontrar unas sobre otras las ruinas de las diversas poblaciones que allí se habian ido sucediendo, para lo cual formamos un cálculo de la profundidad á que debian encontrarse los restos de la ciudad homérica; cálculo que con mas elementos realizó dos años despues el mismo Enrique Schliemann, y que le dió los maravillosos resultados que causaron la admiracion del mundo sabio y de los amantes de las ciencias históricas por la novedad, riqueza y gusto artístico de los objetos allí encontrados, dándole motivo para una nueva obra no menos interesante que la primera.— La necesidad de seguir un itinerario trazado de antemano, y el poco tiempo de que nos era dado disponer, impidieron la realizacion de nuestros propósitos, y nos despedimos de aquella inmortal llanura, no sin haber visitado antes algunos de los túmulos que en ella se elevan, principalmente los llamados de Patroclo, de Antiloco y de Aquiles, debiendo advertir que no son los únicos que por allí se encuentran, pues hay varios que nos recordaron las *mamoas* de Galicia. De los que debieron cubrir las cenizas de los dos primeros héroes mencionados apenas queda mas que una ligera elevacion sobre el suelo y el recuerdo de otro montículo parecido, que para nivelar el terreno se ha destruido, lo mismo que casi se habia hecho con su compañero. En cambio, como á dos kilómetros de distancia en la extremidad de la llanura, sobre una pequeña eminencia se encuentra un túmulo funerario con 53 metros de diámetro en su base y 34 de altura, aunque en la antigüedad debió ser mucho mayor, túmulo atribuido con razon á Aquiles, como ha ob-

servado acertadamente Schliemann, porque su situacion responde exactamente à las indicaciones que el alma de Agamenon da en el infierno à la de Aquiles en los versos 80 à 84 del canto XXIV de la *Odisea*.

«Encima de la urna, el sagrado ejército de los valientes griegos, elevamos una tumba sin tacha en la ribera que avanza sobre el ancho Helesponto, para que fuera visible desde lejos en el mar à los nacidos, à los presentes y à los venideros.»

El terreno inmediato al Sur de este túmulo está sembrado de ese detritus de tejas, vasos y otros restos de cerámica que revela la existencia de antiguas ciudades, despertando en la memoria el recuerdo de la antigua Achilleion, edificada por los hijos de Mitilene, y cuyos habitantes hicieron durante muchos años la guerra á los atenienses que ocupaban la ciudad de Sigea, situada á un kilómetro de distancia, en la eminencia del promontorio del mismo nombre, ciudades ambas que, segun el testimonio de Strabon, fueron destruidas por los habitantes de *Ilium Novum*.

Despues emprendimos la vuelta á Besika, encontrando á nuestro regreso alguna mas animacion en aquella extensa llanura, pues vimos varios labriegos acompañados de sus mujeres que regresaban de las faenas del campo à sus pobres hogares, conduciendo en brazos à sus hijos pequeños ó rodeados de los mayorcitos, cuadros de familia que, trayendo mas vivamente à mi memoria, de donde nunca se apartaba, el recuerdo de la mia, cubrieron con densisima niebla de tristeza mi espiritu, hasta el punto de parecerme que ya habia de estar separado de ella para siempre. Si algun mérito puede haber en este viaje, tan à deshora emprendido y con tanto afan aprovechado, es el supremo esfuerzo de mi voluntad para dejar à tan larga distancia y con tan dificiles medios de comunicacion, llevado solo del insaciable afan de la investigacion cientifica, á los séres que forman la mitad de mi vida, y de los cuales no habia comprendido nunca pudiera estar separado breve espacio de tiempo.

Si hay alguno de mis lectores que mire este párrafo como una puerilidad ó un alarde innecesario de *sensibleria*, que lo pase por

alto, pues al fin y á la postre, bien pocas veces en las páginas de este libro figura la personalidad de su autor, como acontece con frecuencia en casi todos los que tratan de viajes.

Antes de embarcarme tuve la fortuna de poder adquirir un notable relieve de mármol, que se habia encontrado hacia poco entre las ruinas de Hissarlik y que estaba en el huerto de la casa de un iman turco, relieve que copiamos en la adjunta lámina, y que aunque de época relativamente cercana, si se compara con la antigüedad homérica, representa un jefe militar precedido del *accenso* (1). Esta importante escultura, traida á nuestro Museo antes de las citadas y fecundas escavaciones de Enrique Schliemann en aquellos parajes, puede decirse que fué de las primeras antigüedades traidas á los museos de Europa de tan remotos é históricos lugares.

Á nuestro regreso á la fragata encontramos á su comandante dispuesto á hacerse de nuevo á la mar, pues la bahia de Besika ofrece muy pocos recursos, y solo á fuerza de muchas diligencias pudieron adquirirse algunos víveres frescos. No es dificil hacer aguada en un riachuelo que desemboca en la playa.

Aquella bahía no proporciona resguardo para los vientos del Norte al S. por el O. y únicamente debe considerarse como un fondeadero, donde los buques que se dirigen al Bósforo pueden esperar tiempo favorable; pero esta ventaja la obtendrán igualmente fondeando en toda la costa de Asia desde el canal de Tenedas, que es el sitio mas seguro, hasta la boca misma de los Dardanelos.

El movimiento de buques que embocan este estrecho es tan considerable, que ofrecen ocupacion á muchos vapores remolcadores destinados exclusivamente á conducirlos por él.

(1) Los accensos, así civiles como militares, debian preceder con los lictores á determinados magistrados y altos jefes de la milicia, como lo demuestra una moneda de la familia Junia, en cuyo reverso se ve á Junio Bruto precedido del accenso y de un lictor y seguido de otro. La tradicion de esta costumbre romana la encontramos en los *cawas* de Oriente, que preceden á las personas de elevado rango, y por cuyo número y lujosas armas y vestiduras se juzga de la importancia del personaje que los tiene á sueldo.

En la misma llanura de Troya, y poco antes de llegar á Besika, encontramos á un turco de buena posicion, á caballo, y precedido de un cawa, con bordada chaquetilla, ancha faja, lujosas armas en la cintura, y una corta pica al hombro, pero descalzo, que nos recordó el grupo de mármol á que nos referimos en el texto.

# CAPÍTULO II.

## DE BESIKA Á LOS DARDANELOS.—CHANAK–KALEH.

Á las once de la mañana del dia 25 de Julio dejamos la bahía de Besika, quedando á medio día cerca de la entrada del estrecho de los Dardanelos.

Embocamos este paso, y venciendo una fuerte corriente contraria, no obstante haber atracado á muy corta distancia de la costa de Europa, que es donde tiene menos velocidad, nos encontramos entre los castillos de los Dardanelos, sitio el mas angosto del canal, á las dos y media de la tarde, y pocos momentos despues dejamos caer el ancla en el fondeadero de Chanak–Kaleh, que es el limite hasta donde se consentia llegar á los buques de guerra.

Confirmada por el tratado de Paris de 30 de Marzo de 1856 la regla invariable del gobierno turco, de tener cerrado el paso de los Dardanelos y del Bósforo á los buques de guerra de todas las naciones, pero reservando á este la facultad de permitirlo en algunos casos, habia hecho uso de ella muy contadas veces, y esto dió lugar á esperar que la *Arapiles* podria llegar hasta el Mar Negro; pero discutidas por la diplomacia rusa en los últimos meses de aquel año ciertos puntos importantes del referido tratado, se afirmó mas el gobierno otomano en su decision de no consentir el paso por dichos

canales á ningun buque de guerra extranjero, y consecuencia de ello fué que se le negase la autorizacion que pidió para llegar á Constantinopla á la fragata de guerra americana *Guerrière* en aquel próximo pasado mes de Junio, y que fracasasen las gestiones hechas por nuestro gobierno con igual fin respecto á nuestra fragata.

Al fondear en Chanak-Kaleh llegó á bordo el vice-cónsul de España en dicho punto Sr. D. Francisco Carabeli, que se nos ofreció para cuanto pudiéramos necesitar; y despues de saludar á la plaza, que contestó en seguida, saludamos tambien con arreglo á instrucciones al citado vice-cónsul á su regreso para tierra.

El dia 27 fué el señor comandante de la fragata, acompañado del agente español á visitar al gobernador general del distrito, que comprendia la costa de la Anatolia y las islas del Archipiélago, pertenecientes á la Turquía, y al gobernador que mandaba las numerosas fortalezas del estrecho, siendo acogido por dichas autoridades con señalada distincion. Al devolver ambos la visita en persona dentro del plazo marcado por la etiqueta, fueron recibidos á bordo con los honores debidos á su rango, y saludados con los cañonazos correspondientes; habiendo tenido ocasion de saber que habian quedado muy complacidos, tanto de la fragata, como del recibimiento que se les hizo.

La poblacion de Chanak-Kaleh, situada en la costa de Asia, es poco importante; pero es, sin embargo, la principal de las seis que hay á uno y otro lado de los Dardanelos, y la residencia de las autoridades, y de los cónsules de casi todas las naciones, presentando un agradable y pintoresco aspecto la linea accidentada de casas que ocupa el frente de la orilla, formando lo que solemos llamar en España la *cortina del muelle*, con las banderas de colores varios simbolizando las diversas naciones del mundo, izadas en las moradas de sus cónsules ó agentes. Tiene unos 15,000 habitantes, la mayor parte griegos, y su única industria la constituye la fabricacion de objetos de alfarería, principalmente jarras, en cuya forma y dorados se ven las reminiscencias del arte pérsico; jarras y otros objetos de tan singular cerámica, que acuden los habitantes á vender en botes al

costado de los buques que llegan á aquellas aguas. A esta industria debe su nombre, que no quiere decir otra cosa sino *castillo del Alfarero*.

Aunque la multitud de embarcaciones que pasan por el estrecho tienen que comunicar con ella, bien para obtener el permiso indispensable si se ha de seguir al interior, bien para entregar el que traen para salir, su movimiento comercial es insignificante.

El caserío es pobrísimo, y construido casi en su totalidad de madera ennegrecida por el tiempo, lo cual, pasada la primera línea de casas que dan sobre el mar, le da un aspecto desagradable; de manera que, excepcion hecha de las casas de los cónsules y de algunos edificios del gobierno, apenas hay en Chanak una habitacion de mediana apariencia.

Los Dardanelos estaban á la época de nuestro viaje defendidos por numerosas baterías en ambas orillas, entre las que habia dos ó tres de muy reciente construccion, y algunas abandonadas y muy antiguas. Se comprende lo difícil de forzar este paso en tiempo de guerra, porque los buques que lo intentasen se encontrarian bajo el fuego de los cañones turcos durante un largo espacio de tiempo, aunque lo hiciesen á toda velocidad; pero sin obstruirlo con torpedos, no creia nuestro comandante que dejase de lograrlo una escuadra de buenos buques acorazados. Prueba de ello es, que cuando no habia mas medio de propulsion para los buques grandes que el viento, ni mas costados que de madera, forzó dicho paso en 1807 la escuadra inglesa, al mando del almirante Duck Worth, y en algunos de los renombrados cañones de bronce de gran calibre de dichas fortalezas, que arrojan balas de mármol, y que aun las guarnecen en parte, se ven hondas señales de los proyectiles ingleses, que se conoce los atacaron muy de cerca y que tenian buenos artilleros. Dichos cañones solo pueden considerarse en el dia como un objeto de curiosidad y como un arma inofensiva para los buques; pero al lado de ellos los hay modernos, capaces de perforar las mejores corazas.

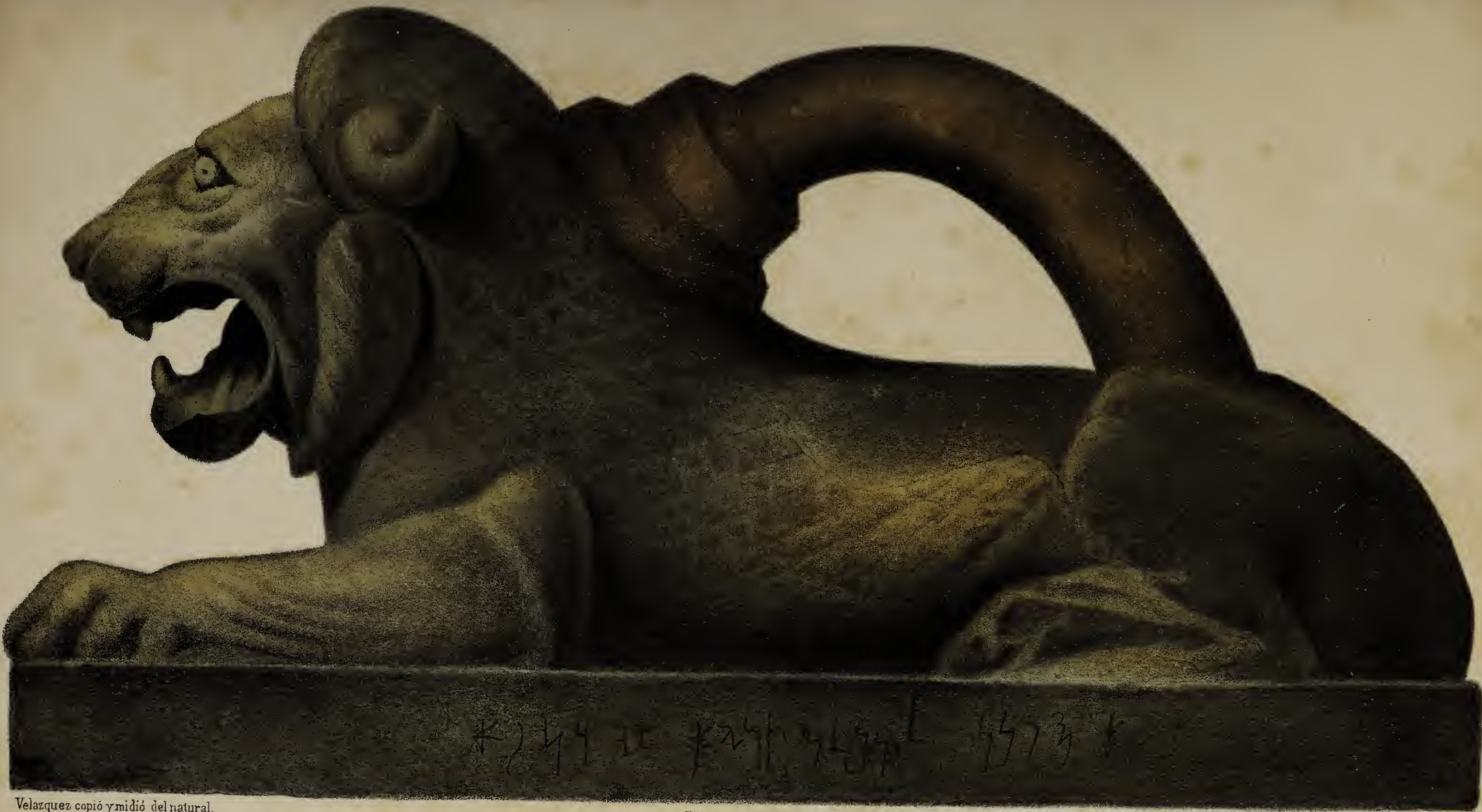
Poco hubiéramos hallado que estudiar en monumentos ú objetos de los predilectos ramos de nuestras aficiones, la Arqueología y el Arte,

á no haber tenido la fortuna de conocer al cónsul de Inglaterra, hermano del ya citado Mr. Franck Calvert por sus exploraciones en la Troade, el cual, en la bellisima casa que posee no lejos del puerto, ofreciónos la mas favorable acogida, y ocasion de admirar, entre varios curiosos objetos adquiridos por la inteligente actividad de su citado hermano (ausente á la sazon), que consistian principalmente en vasos griegos, el admirable TALENTO DE BRONCE encontrado en Abydos, y que damos por vez primera reproducido de todo su tamaño y tal como se encuentra, calcado sobre la notable copia sacada con su acostumbrada exactitud por nuestro compañero el Sr. Velazquez.

Este verdadero monumento para la dificil historia de las pesas y medidas antiguas fué encontrado en el año de 1861 por un labriego turco, en el emplazamiento de la antigua Abydos, el cual lo vendió al citado Mr. Franck Calvert, quien, deseoso de que las investigaciones de los hombres dedicados á estos estudios recayese con fruto sobre tan peregrino objeto, envió fotografías y calcos de él á Mr. H. Waddington, que confió á Mr. Vogüé su estudio, el cual lo dió á conocer con una interesantisima monografía en la *Revue Archéologique*, trabajo que tenemos á la vista y que seguimos en gran parte al dar á conocer á nuestros lectores tan peregrino monumento, pudiendo apreciarle debidamente por haberle estudiado con el original á la vista.

Como pueden ver nuestros lectores en la adjunta lámina, este ponderal es de bronce, llevando sobre la espalda del leon, el asa. Su altura total es de veinte centímetros, su longitud de treinta y cuatro á treinta y cinco, y su peso de veinte y cinco kilógramos, seiscientos cincuenta y siete gramos. Bajo la base ó plinto sobre que el animal descansa, se encuentra una hoja suplementaria de metal, destinada sin duda á completar el peso, hoja metálica en parte destruida. Mr. Calvert evalua el fragmento que falta en una ó dos libras inglesas. El resto de la superficie del monumento apenas ha sufrido con la accion del tiempo.

El arte, que claramente se revela en la parte escultórica de este notable ponderal, es el asirio, aunque inferior como ejecucion al leon asirio de Khorsabad, que se conserva en el Louvre. Hállase en él, sin



Velazquez copió y midió del natural.

Reinquar cro^mo Lit.

Lit de J.M. Mateu Calle de Recoletos 4 Madrid.

TALENTO DE BRONCE ENCONTRADO EN ABIDOS.

Tamaño natural.

embargo, el mismo tranquilo sentimiento de la fuerza muscular, el mismo vigor acentuado y duro del modelo, el aspecto de grandiosidad arcáica, que da á las obras, aunque imperfectas de la alta antigüedad, esa especial fisonomia que ningun arte ha podido reproducir. Ademas el trazo general es el mismo, la disposicion de las piernas y de los brazos, las arrugas de la cara, el contorno de la melena son enteramente iguales, diferenciándose solo en algunos detalles de ejecucion, tales como el dibujo de la melena, que en el de Khorsabad está formado por mechones rizados y simétricos, y en el de Abydos, el escultor siguió un procedimiento á que llama con razon *cursivo* Mr. Vogüé, resultando una especie de estriado rudo y anguloso, pero que demuestra el objeto que el artista se propuso al trazarlo, como queriendo dar á entender que aunque conocedor del natural, no tenia que descender á detalles, una vez expresado su pensamiento de representar el simbólico leon de las tradiciones asirias, en un objeto cuyo principal destino era mas industrial que artístico. En el trazado general de la figura, en los acentuados caractéres del modelado, sentidos sin duda alguna por el natural, ya demostró su competencia: descender á detalles, debió parecer nimio al que de tal manera, con tal vigor y acierto sabia expresar su pensamiento artístico. Semejante manera de terminar sus obras era muy comun en los monumentos arcáicos; y no debe darse á tales faltas de minuciosa conclusion y de maneras convencionales en los detalles valor alguno cronológico, porque abraza semejante sistema épocas diversas en la historia del arte, aun despues del siglo de Pericles.

Hay tambien otra consideracion que no debe perderse de vista al juzgar bajo el criterio artístico este notable monumento. Destinado á un uso meramente industrial, debian existir moldes hechos por buenos artistas, en los cuales se irian vaciando los ponderales, segun lo exigiese la necesidad; y las manos subalternas que se ocupaban en este trabajo ya puramente mecánico, alterarian á menudo el modelo primitivo en aquellos pequeños detalles.

No es, pues, el arte la mas segura guia para la investigacion de la época á que este peregrino objeto se refiere: hay que pedir su auxi-

lio á la lingüistica y á la epigrafía para conocer la época en que fué fundido, y que desde luego puede considerarse posterior al de Khorsabad, y á los célebres de Nimrud, conservados en el Museo Británico, de los cuales el primero es de fines del siglo VIII, contando los segundos cerca de una centuria mas de antigüedad.

«Que el leon de Abydos, de que vamos ocupándonos es un peso ó ponderal, no puede ponerse en duda, despues de que la ciencia, gracias á los esfuerzos de Mr. Layard, se encuentra en posesion de una serie completa de ponderales asirio-fenicios, descubiertos por este célebre orientalista en Nimrud (1), y desde que se lee la inscripcion grabada en el zócalo, que reducida al hebreo dice :

אספרן לקבל סהריא זי בספא

*Contrastado en presencia de los conservadores de la plata (ó del dinero).*

La interpretacion del texto no puede ofrecer ninguna dificultad: אספרן es palabra del arameo bíblico, casi puro, por אַסְפֵּרִין tercera persona de plural del pretérito *Aphel* del verbo סַפַּר que significa á la vez escribir y contar, doble acepcion que responde perfectamente á la idea expresada por el verbo *contrastar*, ó sea traducido literalmente, *hicieron contrastar*. סתריא es plural enfático de סתר, que no se encuentra en la Biblia con valor sustantivo, pero que se deriva sin violencia del verbo סְתַר , el cual se encuentra con frecuencia en el sentido de *sellar* y de *proteger*. Estas dos acepciones se encuentran repetidamente usadas en los numerosos derivados de esta misma raiz, así en el siriaco como en el árabe, y justifican la traduccion que hemos adoptado. La misma idea se habria expresado en hebreo por שֹׁטֵר *scriba, magistrado*, raiz muy relacionada con la nuestra, sobre todo si se tienen en cuenta las permutaciones de letras, de que el arameo ofrece tan frecuentes ejemplos. Pero sea la que quiera la etimología que se acepte, es evidente, segun el contexto, que סתריא

(1) *Discoveries in the ruins of Nineveh.* — Duque de Luynes. *Mémoire sur le sarcofage d'Esmunazar.* — Norris, *Journ. of the Asiatic Society.* — Vazquez Queipo, *Essai sur les syst. métric.*

designa á los funcionarios cuya mision era vigilar cuanto dijera relacion así á las transacciones del comercio de la plata, como á la conservacion de los fondos públicos.

»זי, pronombre relativo, indica el genitivo y responde exactamente al די del arameo bíblico y del siriaco; siendo de notar que esta partícula se encuentra exclusivamente en esta forma en todos los monumentos arameos originales encontrados hasta el dia; monedas del Asia Menor, piedras grabadas, papiros é inscripciones de Egipto; y si bien no se ha dado todavía explicacion satisfactoria á este hecho, no se le podria buscar en diferencias cronológicas, porque los monumentos descubiertos pertenecen á un largo periodo de años, y aunque la forma זי parezca la mas antigua á causa de su conexion con el pronombre hebráico זֶה y de la persistencia de la forma די en los dialectos modernos, es lo cierto que las dos formas han sido empleadas simultáneamente, y que la stela de Carpentras, p. e., es de la época ptolemáica, y posterior á la redaccion de muchos caldeismos de los libros sagrados.

»El alfabeto de nuestra inscripcion es el alfabeto arameo, que se encuentra, con algunas variantes, en casi todos los monumentos pertenecientes á su familia lingüística, cualquiera que sea su origen. Las diferencias que presenta con el alfabeto fenicio, están marcadas desde hace mucho tiempo y definidas con exactitud; pero sus caractéres peleográficos distan mucho de haber sido estudiados con el mismo cuidado y el mismo éxito. Por punto general, la paleografía semítica está por formar y sus reglas por establecer: por mucho tiempo ha reinado la mayor incertidumbre acerca de la edad de las inscripciones anteriores á la era cristiana, acerca de las modificaciones introducidas por el tiempo en la forma de las letras, y las indicaciones que pueden ofrecer en cuanto á su clasificacion cronológica. Cuando yo publiqué la inscripcion de Bodaschtoreth (1), ninguna luz habia brillado para iluminar tales tinieblas; por lo que me vi en la necesidad de permanecer en una prudente reserva, y de invocar la imposibilidad en que me encontraba de decidirme entre dos hipótesis que ponian un mismo monumento

(1) *Mém. de l'Acad. des Inscr. et Belles Lettres,* S. E., T. VI.

á muchos siglos de distancia entre sí. Hoy, aunque la incertidumbre no ha cesado, puede procederse con alguna mas seguridad. Desde la publicacion de mi memoria se han hecho importantes investigaciones así en Alemania como en Francia, que han dado resultados positivos.

»Me seria imposible, sin salir de los límites de esta noticia, abordar un asunto tan vasto como la paleografía semítica; pero puedo indicar en breves palabras los puntos principales de la nueva teoría, al menos aquellos que nos es indispensable conocer para fijar la época del leon de Abydos; reservándome para mas adelante una demostracion, que reclamaria mayor desenvolvimiento de ideas, las cuales serian hoy prematuras.

»Considero como demostrada la existencia de un alfabeto semítico primitivo, tronco comun de los alfabetos fenicio y arameo, de los cuales se derivan, no solo todas las escrituras semíticas, sino todos los sistemas gráficos del Occidente. Este alfabeto primitivo, que á su vez proviene sin duda de otros sistemas mas antiguos, ofrece la mayor analogía con el de las monedas asmoneas, adoptado por las aficiones arcáicas de los judíos, relacionado tambien con las formas griegas mas antiguas. En este sistema, el *men* y el *schim* son ondulados, el *lamed* no tiene mas que un gancho, el *tau* es cruceiforme. Las inscripciones fenicias, que se relacionan mas con este tipo primitivo, son las de los leones de Nimrud (que son á la vez las mas antiguas cuya fecha se haya fijado con exactitud), la tercera y cuarta maltesa, las leyendas de numerosas piedras grabadas, la mayor parte inéditas, y cuya descripcion tendrá lugar en otro trabajo extenso sobre la materia.

»La escritura para la cual propusimos el nombre de *Sidonia* (1), es decir, la de Eschmunazar, de Badaschtoreth, de los reyes de Byblos, de las inscripciones de Atenas, seria por lo tanto relativamente moderna.

»Del sistema primitivo al sistema sidonio, la transicion se ha realizado insensiblemente por dos séries de transformaciones de que los leones de Nimrud ofrecen un ejemplo; con posterioridad á ellos, es

(1) Mem. cit. p. 21.

decir, despues del siglo VIII, fué cuando el último sistema debió recibir su forma definitiva.

»En la rama aramea realizóse análogo trabajo, empezando por alterar profundamente la forma de ciertas letras mientras se respetaban otras; sucediendo despues á este sistema mixto un alfabeto perfectamente caracterizado, que ha ido en la serie de transformaciones diversas alejándose del tronco comun, á medida que el dialecto se separaba del lenguaje primitivo.

»La mas radical de estas alteraciones es la que abrió las curvas de las letras primitivas, dando al *beth*, *daleth*, *aïn*, *qôph*, *resch*, su forma caracteristica. Esta alteracion no parece mas antigua que del establecimiento de la monarquía persa en el Asia occidental, porque muchos cilindros asirio-persas del Museo Británico (1) tienen leyendas arameas con los caractéres de curvas cerradas, y uno de ellos, entre otros, que lleva en la parte superior de su composicion grosera imitacion del Ormuzd persa, no puede ser anterior al siglo VI. Esta alteracion basta para separar profundamente el arameo del fenicio. Una transformacion comun á los dos alfabetos, es la de que en el *mem* y el *schin* sustituya una barrita transversal á las ondulaciones primitivas; alteracion sin duda alguna posterior al siglo IX; porque los leones de Nimrud tienen todavía letras onduladas. En arameo este principio se extendió al *samech*, que en fenicio conservó siempre sus numerosos zig-zag; y

así se trocó en

como en

y en

»El *samech* del leon de Abydos es, por lo tanto, de una forma secundaria, y confirma nuestra opinion, el verla en las monedas cilicias del cuarto siglo, despues en los monumentos ptolemáicos, y en fin,

(1) Véase la descripcion de estos cilindros en los *Phoenizische Studien* del doctor Levy, Breslau, 1857. II. Heft, p. 24 y sig. fig. 1, 3.

que esta misma forma, por una postrera simplificacion, produjo el *samech* palmireniano, *samech* al que solo una ligera diferencia separa de la letra cuadrada del alfabeto hebreo moderno.

»Me es imposible seguir aquí en sus transformaciones sucesivas á través de las edades las demas letras del sistema; limitándome á aquellas que figuran en nuestra inscripcion, y cuya historia puede darnos puntos de partida cronológicos. De este número son el *zaïn* y el *iod.* Como ya hizo notar Mr. Waddington (1), estas dos letras han tenido comunes destinos, y transformaciones, por decirlo así, paralelas. No podré decir cuál fuera su forma primitiva, que ningun monumento nos ha revelado todavía, aunque me inclino á creer que debia ser asaz complicada, acercándose al *zaïn* por extremo característico que he encontrado en las monedas judáicas de Eleazar (2). El tipo mas antiguo que conocemos es muy parecido á nuestra Z, con la adicion de un segundo trazo horizontal para el *iôd,* habiendo dado origen al *zèta* y á la *iota* griegas arcáicas. Los alfabetos fenicio y arameo han conservado este carácter simultáneamente hasta una época relativamente moderna, y despues cada pueblo le ha modificado siguiendo su genio peculiar; en arameo, el *zaïn* está reducido á un simple trazo vertical, y el *iôd* á un sencillo trazo cortado á la izquierda por otro pequeño trazo horizontal. Mr. Blau ha fijado perfectamente este hecho hoy incuestionable (3). El *iôd,* asi transformado ⊣, se encuentra, no solamente en las monedas cilicias, en las piedras grabadas y en monumentos descubiertos en Egipto, sino sobre los papiros Blacas, con una forma cursiva, que es la evidente generadora del *iôd* palmireniano y del *iôd* cuadrado hebráico. Añadiré ademas que se encuentra igualmente en los alfabetos arcáicos de Italia.

»La época en la cual estos dos tipos del *iôd* y del *zaïn* fueron definitivamente adoptados, está indicada por la numismática. Existe una serie de monedas cilicias, y un grueso darico con tipo de carro,

(1) *Revue numismatique,* Diciembre 1860, Enero 1861. *Etudes de numism. asiatique.*

(2) *Revue numismatique,* 1860, p. 283.

(3) Cf. Waddington, *Mem. cit.*

que llevan á la derecha por única leyenda la palabra aramea מזדי. La significacion de esta palabra no ha sido determinada todavía de una manera satisfactoria, pero su lectura es indudable.

»En el darico está escrito:

»En las piezas cilicias:

»La primera leyenda pertenece todavía al alfabeto mixto, la segunda al nuevo: hay que colocar por lo tanto entre estas dos emisiones el abandono del primer sistema. El darico fué acuñado todo lo mas hácia la mitad del siglo v, en tiempo de Artagerges *larga mano*, ó Dario Ochus; en cuanto á las piezas cilicias, las mas antiguas llevan los nombres históricos de Pharnabazes y Teribazes, y son de fines del siglo v ó principios del iv. Hay que colocar, por lo tanto, hácia la segunda mitad del siglo v la transformacion definitiva del alfabeto arameo.

»Resumiendo en breves palabras las observaciones precedentes, clasificaremos los diversos géneros de escritura empleados por las poblaciones arameas, en la siguiente forma:

»Desde una época indeterminada hasta próximamente el siglo vi, alfabeto semítico primitivo y fenicio arcáico.

»Durante los siglos v y iv, alfabeto mixto arameo-fenicio.

»A partir de fin del siglo iv, alfabeto arameo propiamente dicho.

»Estos periodos no son de un rigorismo absoluto, que en el estado actual de la ciencia seria imposible establecer. Fácilmente se comprende que no pueden tener el carácter de reglas inapelables, porque de pueblo á pueblo, de ciudad á ciudad, las transformaciones de la escritura, como las del idioma, han sido lentas ó rápidas. Creemos, sin embargo, que sufren la marcha general de las variaciones paleográficas, y estamos persuadidos de que futuros descubrimientos, completando y rectificando nuestra teoría, vendrán á agru-

par nuevos hechos en el cuadro que hemos bosquejado á grandes rasgos.

»Si aplicamos los datos que preceden á la inscripcion del leon de Abydos, encontraremos que pertenece al sistema que hemos llamado mixto.

»El *zaïn*, el *iod*, el *caph*, pertenecen todavia al fenicio arcáico: las letras de curvas cerradas, al contrario, están profundamente deformadas: el *samech*, como hemos demostrado, supone un *mem* rayado, y no es muy antiguo: el *tau* mismo es el de las monedas cilicias.

»Por otra parte, el estilo de la escultura nos lleva á fijar la época del monumento hasta donde es posible, en los límites asignados por la paleografia, ó sea el siglo VI.

»Es cierto que en esta época gran parte del Asia Menor estaba ocupada por poblaciones semiticas, Mr. Waddington (Mem. cit.) ha afirmado, con ayuda de la numismática, que los habitantes de la Cilicia, de la Capadocia, de la Paflagonia, desde el Mar Negro hasta el golfo de Issus, pertenecian á la raza de Sem; nuestro leon nos demuestra la presencia de esta misma raza hasta las orillas del Bósforo, mezclada con las colonias griegas que poblaban las ciudades del litoral.

»El lenguaje de estos pueblos era el arameo; es decir, el hablado por todos los semitas á partir de cierta época, desde el Egipto hasta el Mar Negro. No está, sin embargo, todavia bastante esclarecido el papel que haria en aquellas épocas este dialecto, que parece haber precedido al árabe, como intermediario universal de las poblaciones orientales. Los libros de Esdras nos le presentan como la lengua vulgar de los judios, y de las relaciones oficiales de la corte de Persia con las poblaciones vencidas de la Siria; los monumentos que á cada instante se descubren, ya en Mesopotamia, ya en el Asia Menor, ya en el Egipto, nos lo presentan en puntos muy lejanos los unos de los otros; y sabido es que es el idioma del semitismo cristiano con el nombre de siriaco.

»Los fenicios propiamente dichos; es decir, los habitantes de los territorios de Tiro, Sidon, Biblos, y algunas otras ciudades del litoral,

fueron los últimos en sufrir la influencia aramea, y conservaron tambien mas que otros pueblos la pureza del lenguaje primitivo. Pero en las colonias apartadas, como Cartago, Malta, Gades, y las factorías aisladas, como las de Atenas y Marsella, las inscripciones fenicias reproducen casi sin modificacion las formas hebráicas, al mismo tiempo que el hebreo pasaba entre los judíos al estado de lengua sagrada ó de lengua muerta. Algunos aramaismos que se han creido encontrar en los textos fenicios, aun admitiendo que estén perfectamente comprobados, no son mas que excepciones.

»Así, no creo que el leon de Abydos perteneciera á una colonia fenicia establecida en el Bósforo; pero sí, que sirviera para los cambios de los fenicios con los indígenas arameos: en efecto, sobre la grupa del animal, se ve grabado el carácter siguiente:



que es un *resch* fenicio, si no es un *rho* griego arcáico, y que sin duda figura como la letra numeral 100, indicando el peso del bronce, refiriéndose á una unidad para los que lo usasen conocida. Sabido es que el transporte de materias preciosas y particularmente la plata, era una de las ramas mas importantes y mas antiguas del comercio de los fenicios. Sabido es tambien que desde la mas remota antigüedad la plata pesada, ya que no amonedada, se empleó en el mundo semítico como signo representativo de valores en los cambios. La Biblia ofrece numerosos ejemplos de semejantes transacciones, de acuerdo con lo que enseñan sobre el particular escenas figuradas en los bajo-relieves egipcios.

»La *plata* mencionada en nuestro ponderal es, pues, ó el género comercial transportado en los barcos fenicios, ó esta materia específica dividida en cantidades determinadas para los usos del comercio y las necesidades del tesoro público. En ambos casos los funcionarios á quienes estaba confiado el cuidado de velar por el depósito del precioso metal, estaban al mismo tiempo encargados de contrastar los pesos y medidas; y tales magistrados formarian indudablemente parte de la organizacion local, indígena, independiente, que funcionaba bajo

la alta soberania del rey de Persia. Los pesos de Nimrud destinados á la transacciones mercantiles de las caravanas fenicias con Ninive, están contrastados por funcionarios ninivitas (1) en nombre del rey de Asiria. Es indudable que en las numerosas factorias que tenian diseminadas en el mundo antiguo, los fenicios se valian de los sistemas métricos locales y de los pesos autorizados y marcados por las autóridades locales tambien. El uso de poner de tal modo sobre los pesos el signo exterior de la garantia pública y al mismo tiempo el nombre de los magistrados, es comun á todos los pueblos y á todas las épocas de la antigüedad. Casi todos los pesos originales que se encuentran en nuestras colecciones llevan ó el nombre ó el monograma de un agoranomo, de un rey, de un edil, ó de un emperador romano.»

Pasando á estudiar este célebre leon bajo el punto de vista de la metrologia, aunque modestamente Mr. Vogüé dice que deja este estudio para los sabios que se ocupan especialmente de tal linaje de investigaciones, consigna importantes datos, cuya exactitud comprobamos cuando tuvimos la fortuna de examinar detenidamente este notable monumento, en el gabinete de Mr. Calvert en Chanak-Kaleh. El célebre leon de Abydos en su estado actual pesa 25 kilógramos 657 gramos; su peso primitivo, teniendo en cuenta lo poco que ha perdido, seria de poco mas de 26 kilógramos. Es, por lo tanto, con toda evidencia un *talento*, pero un talento que no pertenece al sistema de los leones de Nimrud; porque estos forman una série cuyo talento es de 29 kilógramos 800 gramos, dividido en sesenta minas, ó treinta minas dobles. El Sr. Vazquez Queipo ha dado á este sistema el nombre de asirio-fenicio, y probado, por otra parte, la identidad de los talentos ático y euböïco, evaluándolos, en números redondos, á 25 kilógramos 500 gramos. El leon que nos ocupa, segun esto, seria un *talento euböïco*, y, salvo error, el primero descubierto hasta el dia,

(1) Sus nombres con terminacion aramea indican sobradamente su nacionalidad. Sigo la interpretacion que ha dado á las inscripciones de los leones el duque de Luynes (*Mem. sobre Esmunazar*, p. 817), confirmada por la inscripcion del leon de Abydos. Mr. Norris ha creido encontrar la mencion de dos séries de pesos, la una *real*, la otra *del país*. Semejante traducion está contradicha por los pesos mismos, que no concuerdan con la pretendida distincion (V. Vazquez Queipo, *Ensayo sobre los sistemas métricos* I, 340), y por la paleografía, que no permite dar arbitrariamente á un mismo carácter valores diferentes.

circunstancia que aumenta su valor, si ya no lo tuviera subidisimo bajo el punto de vista del arte y de la paleografia.

Despues de haber admirado, estudiado, y deseado (por qué no decirlo), el admirable monumento ponderal cuya descripcion acabamos de hacer, y el estudio de cuya inscripcion hemos transcrito de la notable monografía de Mr. Vogüé, que tan en claro y con tanto acierto la ha puesto, bajamos al salon de la preciosa casa inglesa que posee en Chanak el citado Sr. Calvert, donde nos esperaba un delicado refresco, y la atentisima familia de este señor, sobresaliendo entre ella sus dos bellísimas é instruidas hijas. La principal bebida que nos sirvieron, y que despues tuvimos ocasion de volver á saborear en varios puntos de Turquia, fué un agradabilisimo refresco hecho con zumo de cerezas, cuyo nombre no queremos consignar por ser eufónico de una palabra poco aceptable para oidos pulcros.

Pero mientras mi compañero Velazquez y yo habiamos pasado la tarde entera de aquel inolvidable dia en el precioso gabinete de antigüedades donde se conservaba el Leon, la familia de Mr. Calvert obsequiaba á nuestro compañero Zammit y á varios oficiales de la fragata con un paseo á caballo por el parque y sus pintorescos alrededores, paseo que debió parecerles delicioso solo con que mirasen los esbeltos talles y hermosos rostros de las señoritas que los acompañaban.

Por la noche, no contentos con tantas bondades los dueños de aquella encantadora morada, nos invitaron á una pequeña reunion de confianza, para que oyésemos una especie de concierto de instrumentistas del país, concierto que trajo á mi memoria los de nuestras bandurrias y guitarras, pues de una y otra clase, de formas parecidisimas á las nuestras y tocadas *á punta* sobre cuerdas metálicas, se encontraban entre los instrumentos que tocaron aquellos músicos, colocados en el descanso de la escalera, de modo que sus melodías llegaban mas gratas á nuestros oidos veladas por la distancia que los separaba del salon. De análoga manera hemos visto años despues colocados á los músicos de las bandas de guitarristas y bandurristas de Madrid en

los espléndidos bailes del opulento magnate español duque de Fernan Nuñez. En cuanto á la música que de aquellos tañedores oimos, y que consistió casi toda ella en aires y sonatas del país, tuvimos la desgracia de que no llenase cumplidamente nuestros deseos; y aunque encontramos algunas veces cierto parecido con nuestros aires populares andaluces, en la comparacion salieron estos victoriosos, pues nada oimos que pudiera compararse al animado y sensual *Vito,* ni al bullicioso *Fandango,* ni á la *Caña* lánguida y tranquila, ni á la apasionada *Soleá.* Y es que sucede con la música de Oriente lo que en breve tuvimos ocasion de observar respecto al arte. Esa música como ese arte tan lleno de encantos y de poesía, aunque influida en parte por elementos orientales, se conformó en nuestra patria como en parte alguna, y tomó un carácter especial, que quedó para siempre entre nosotros como recuerdo imperecedero de aquellos que llamamos bárbaros, y cuyo espíritu vive en nuestro idioma, en nuestras costumbres, en nuestra literatura, en nuestras tradiciones, en nuestro organismo y hasta en nuestra política. El que quiera buscar las costumbres, y la música, y el arte oriental, tan poetizados por Lamartine, por Victor Hugo y por Zorrilla, que no vaya á buscarlos á Oriente, que se quede en España, en nuestras poblaciones del litoral andaluz.

---

# CAPÍTULO III.

## DE CHANAK—KALEH Á CONSTANTINOPLA.

Al siguiente dia de aquella noche de gratísimo recuerdo nos despedimos del distinguido cónsul inglés y de su inolvidable familia, modelo perfecto de la familia inglesa; y como, segun dejamos apuntado, nuestra fragata no podia continuar su viaje á Constantinopla por ser buque de guerra, con arreglo al entonces vigente tratado de Paris, tomamos pasaje en un vapor de las mensajerías francesas, cuyo nombre evocó dulces recuerdos en mi memoria, porque llevaba el del gran rio de nuestra patria, *L'Èbre*.

Á poco de tomar posesion de nuestro camarote en aquel francés Ebro, que iba á conducirnos á la renombrada reina del Oriente, empezamos nuestras mentales observaciones acerca de los personajes que nos rodeaban y que iban á ser nuestros compañeros de viaje en aquella corta navegacion; no pudiendo presumir que en tan breve espacio mi buena fortuna me presentara ocasion de estudiar un cuadro acabado de costumbres turcas *pur sang*, y de costumbres de aquellas que no pueden fácilmente estudiarse, que es casi imposible conocer, porque se refieren á pormenores de la vida íntima de familia.

Habia embarcado con nosotros un jefe turco de alta graduacion, que desempeñaba importante puesto, no recuerdo en qué punto del

estrecho, y que trasladado á otro iba á Constantinopla, habiendo *levantado su casa,* como decimos en España, llevando consigo cuanto le pertenecia. De él eran unos magníficos caballos árabes, que habiamos visto embarcar, de él tambien el harem, que despues de aquellos hermosos animales, y con no mayores miramientos, vimos tambien llevar á bordo. El jefe turco, hombre como de cuarenta á cincuenta años, de agradable presencia y grave continente, habia tomado cámara de primera, y tranquila y muelle posesion de su camarote, precisamente al lado del mio, sin volver á ocuparse para nada de su *caballeriza,* que cuidaban de colocar lo mejor que podian sus esclavos en el vapor, ni de su harem, que para él era lo mismo, si era tanto.

Le acompañaba un secretario turco tambien, jóven como de veinte y cinco años, instruido á la europea, que hablaba francés, inglés é italiano muy correctamente, y que estaba de ordinario sentado delante del camarote, esperando las órdenes de su señor y entre tanto leyendo en un libro, que pude ver, cuando mas tarde trabé conversacion con él, que eran las orientales de Victor Hugo.

Como este jóven, cerca de los magnates turcos se encuentran otros que, buscando acomodo y viendo lo apreciados que son, cuando reunen alguna ilustracion y cultura, se dedican al estudio de los idiomas, para lo cual tienen una facilidad maravillosa los hijos del pais que cultivan su inteligencia, á la caligrafía, pues los turcos gustan mucho de la perfeccion en sus escritos, y á algunos otros conocimientos de historia y geografía, con lo cual logran el aprecio de los señores á quienes sirven, y tener con ellos esa influencia que siempre ejerce la superioridad de la inteligencia y la cultura sobre la orgullosa inepcia ó la necia y altiva ignorancia.

Á la parte exterior de la primera cámara, sobre la cubierta, habian colocado á las pobres mujeres del harem, en un grupo que guardaban dos eunucos y una vieja gruñona, grupo entre el cual se veian tambien dos hijos del pachá y de alguna ó algunas de aquellas mujeres que, cubiertas con su indispensable velo, vistiendo sus ámplios trajes y envueltas en anchos caftanes, estaban acurrucadas sobre

una estera de junco egipcio, las unas echadas con abandono sobre el brazo ó sobre cualquier envoltorio de los que consigo llevaban, las otras fumando ó comiendo dulces de mastika, y algunas acariciando á los niños, con esa admirable expresion maternal, cuyo bendito idioma es el único universal que se conoce en toda la extension de la tierra. Entre aquellas pobres mujeres allí arrinconadas y expuestas á la intemperie, sin mas que un ligero toldo de lona que el capitan del vapor mandó extender sobre ellas, creo que por iniciativa propia mas que por peticion, no ya del señor, pero ni de los eunucos, habia alguna negra como el ébano, de agraciadas formas, y que debia ser esclava, pues apenas iba cubierta con un caftan de algodon rameado, que parecia una de aquellas colchas de *filipichin* de nuestros abuelos; ligero traje, que en uno de los vaivenes del buque, como la negra fuese mareada y cuidase poco de su persona en las angustias de su triste estado, solia entreabrirse descubriendo unas formas escultóricas. En cambio habia dos, que parecian muy jóvenes, casi unas niñas, de ojos negros y rasgados y de manos blanquísimas, cuyo perfil de correccion perfecta á juzgar por las líneas que marcaba el velo, y mas aun por lo que este indiscreto dejaba ver en algunos momentos que solia desprenderse de las sienes de sus dueñas, revelaba la pura raza circasiana.

Y ya que hemos hablado de los eunucos, queremos aprovechar la ocasion que se nos presenta de rectificar un error en que se encuentra la generalidad de las gentes que se muestran aficionadas y hasta presumen de entendidas en achaque de costumbres orientales. Se cree generalmente que estos desgraciados séres son pequeños, rechonchos, hasta mal conformados y contrahechos, y el tipo del eunuco, que se conoce en medio de cualquier grupo de que forme parte, por numeroso que sea, es precisamente todo lo contrario. El eunuco es alto, delgado, de fisonomía angulosa y dura, de mirada suspicaz é inteligente, y su cuerpo presenta una particularidad, que hace no pueda confundírsele con ninguno, la cual consiste en la desmesurada longitud de sus piernas flacas y huesudas. Vistos á cierta distancia ofrecen el mismo aspecto de un hombre subido sobre zancos; siendo relativamente á

sus piernas muy corto el torso, que á veces parece de un niño. Cual sea la causa de tan extraña conformacion, no la hemos podido averiguar. Á alguien oimos que consistia en la bárbara mutilacion á que apenas nacidos se les sujeta, quedando por ello sin desarrollo la parte principal del cuerpo, debiéndose la desproporcionada longitud de sus piernas á la costumbre que desde muy niños tienen de montar á caballo, ejercicio que continuan despues cuando están encargados de los haremes, yendo delante de los carruajes donde salen á pasear las mujeres que guardan. Acaso haya alguna exactitud en estas conjeturas, pues recordamos al propósito, que los postillones de las antiguas diligencias y sillas de posta, tienen tambien las piernas excesivamente largas, en comparacion con el resto del cuerpo.

Los eunucos, que tan importante papel juegan en la sociedad turca y en las intrigas de los serrallos, no deben su triste condicion á fortuitos accidentes, sino á una verdadera especulacion de los padres en determinadas comarcas, que desde poco despues de nacer los mutilan, dedicándolos á tan triste servidumbre.

Los que vigilaban el harem del pachá nuestro vecino, guardaban en los extremos del femenino grupo aquellas doce mujeres, que mas nos recordaban un redil de ganado, que conjunto de atractivas hermosuras. Los pasajeros indígenas les inquietaban poco, pero no asi los europeos, y principalmente los franceses y los españoles, que, la verdad sea dicha, no sabiamos apartarnos de aquel reducido espacio, atisbando con impertinente curiosidad cuanto aquellas mujeres hacian, á despecho de los eunucos y de la vieja gruñona, que nos lanzaban, los unos miradas de verdadera indignacion, la otra de profundo rencor, llamándonos en el enérgico idioma turco, *perros cristianos*. Nosotros nos haciámos los desentendidos y continuábamos nuestras observaciones, que en verdad nos hicieron rectificar juicios é ideas erróneas hasta entonces sugeridas por viajeros y poetas, que mas se dejaron llevar de su soñadora fantasia que de la cumplida narracion de la verdad. Aquel dia pudimos convencernos hasta la evidencia del verdadero estado de abyeccion en que se encuentra la mujer en Turquia, convertida en instrumento material de placer, y á la que, lejos

de considerarse con ese caballeresco amor en que hemos soñado siempre los que veiamos la civilizacion oriental por el prisma de los árabes andaluces, tratan sin el menor miramiento, como lo demuestra la manera con que á las suyas conducia aquel buen señor, que ni una sola vez durante todo el viaje se cuidó de salir de la cámara á ver si podian necesitar de algo, ó á dirigirles al menos algunas palabras de amistad ó de afecto.

Las pobres mujeres á su vez apenas hablaban entre sí, y permanecian indiferentes á cuanto las rodeaba, con esa insensibilidad que tanto se acerca á la estúpidez, como á la crueldad, la indiferencia y desvío de sus señores.

Llegada la hora de la comida, el pachá se sentó á la mesa general de la cámara, donde comió de cuantos manjares en ella se presentaron, sin cuidarse de averiguar si en su confeccion habian intervenido grasas ó carnes prohibidas por Mahoma, mientras á las mujeres les servian los eunucos su correspondiente *pilaf*, especie de arroz á la valenciana, con tortas de pan, de tan poca altura como amplio diámetro. Terminada la comida el afortunado turco se retiró á su camarote, cuya puerta parecia guardar sentado, segun lo tenia de costumbre, el kaleb ó secretario, y poco despues, sin duda para que le ayudara á soportar los *horrores* de la digestion, hizo que el pobre kaleb saliese de la cámara, y de entre el grupo de mujeres condujese una, y precisamente de las de tipo circasiano y menor edad, al camarote, la cual salió pasado breve rato para volver con sus compañeras, sustituyéndola en la *cabina* del señor otra y despues otra hasta cuatro: tras de lo cual ya no debió tener mas gana de conversacion con sus mujeres aquel afortunado mortal, oyéndosele dormir ruidosamente en satisfecho y reparador sueño.

Ya comprenderán nuestros lectores el efecto que á nosotros europeos y españoles habia de producirnos aquella asquerosa poligamia, y cuantas gracias dariamos á Dios recordando á nuestras madres, á nuestras hermanas y á nuestras hijas, por haber nacido en Occidente, y á la sombra de la bendita y redentora cruz, que habia librado en las comarcas donde se levantó triunfante á la hermosa mitad del gé-

nero humano, de la horrible tiranía del vicio y de la sensualidad, convirtiendo tan bajos instintos en los sublimes arrobamientos y generosas aspiraciones del amor cristiano.

La idealidad caballeresca de tan fecundo y dulce sentimiento no es ni pudo sér nunca fruto del mahometismo sensual y grosero, y que convierte las purísimas creencias cristianas, de donde toma origen, en material é informe agrupacion de narraciones materialistas, aun en medio de lo fantástico de sus descripciones. Si en los mahometanos españoles, y sobre todo en los granadinos, se encuentra informado el espíritu caballeresco y romántico, debido es, no á la índole de su religion y de sus instituciones, sino á la influencia de la sociedad cristiana, y sobre todo de los llamados bárbaros, que trajeron del Norte, convertidos al cristianismo, la idealidad propia de las razas del Septentrion, idealidad que no podia menos de ser acogida con ardor y elevada á grande altura por la imaginacion ardiente y soñadora de los hijos del Oriente y del Mediodia. Por eso los árabes andaluces sentian la caballerosidad, la abnegacion, el amor idealista en el alto grado que nos demuestran sus tradiciones y su historia, y por eso tambien los que no tuvieron ese roce continuo con los cristianos, esa influencia directa del elemento germánico, quedaron sumidos, como continuan hoy y continuarán mas que nunca á medida que vayan conociendo mejor las corrientes materialistas de ciertos pueblos europeos, en esa vida de lastimoso abandono y de instintos materiales, esa *vida sin familia,* que los condena al aniquilamiento y á la muerte.

No es posible dudarlo. La familia, el hogar, es la providencial base de las sociedades que están llamadas en los misterios de lo porvenir á elevarse sobre las ruinas del viejo mundo. Allí donde no hay familia, donde la multiplicacion de la especie es un hecho material y aislado, sin lazos de amor en el amor del alma, la sociedad está amenazada de muerte, llámese la nacion donde tal suceda Imperio Otomano ó Estados-Unidos de América; que no solo se mata en gérmen la hermosa y fecunda eflorescencia de la familia con el poligamismo oriental, sino con el *socialismo práctico* que solo busca hijos ó individuos para el Estado, absorbiendo y anulando la familia

en su entidad poderosa, ó en el mezquino individualismo que sustituye al espontáneo afecto de los padres de familia el *cálculo* egoista de los esposos, relacionando sus afecciones naturales en proporciones aritméticas con sus medios materiales de subsistencia ó con su riqueza. Por tan diversos y al parecer opuestos caminos se va al mismo fin; que Dios en sus inescrutables arcanos guarda igual castigo para el hombre que desprecia y deja en abandono su espíritu, que para el que pretende en su insensato orgullo dominar con él así los pueblos transitorios como las leyes inviolables de la naturaleza.

Continuando la obra del desencanto que en mí iban produciendo, á medida que las conocia, las costumbres orientales, cuando vi levantarse y andar dificilmente á aquellas mujeres que el kaleb conducia al camarote del pachá, noté, como despues tuve ocacion de comprobar, que el tipo de belleza (siempre relativo y nunca absoluto en lo humano), de aquellos sectarios de Mahoma, no es la mujer delgada y ligera, aquella mujer de quien decia el poeta

tu cintura es esbelta
como las palmas,
tu cabellera suelta
red de las almas,

sino la mujer linfática, obesa, de abultadas formas, hasta el punto de que, ponderando un hijo del pais delante de nosotros cuánto le agradaba una de sus mujeres, nos decia: «tiene un cuerpo que no puedo abarcarlo con mis dos brazos extendidos.» Esta es la *¿poesía?* del amor de aquellos hombres, que por nada del mundo dirigirán una galantería á una mujer cuando la encuentran en su camino, que ni siquiera repararán en ella, que no beberán en sus miradas ese indefinible encanto que encontramos los hombres de Occidente, abismando nuestro sér en los misterios indefinibles de una mirada en que se confunden dos almas, en que se realiza aquella encantadora definicion del amor dada por un poeta francés: «El amor es ser dos y no ser mas que uno; un hombre y una mujer que se deshacen en un ángel; es el cielo.»

Por eso aquellas desdichadas mujeres, que solo han de encontrar muestras de aprecio halagando los sensuales instintos de sus señores, pasan su vida procurando engordar, lo cual consiguen, ya por el uso de alimentos poco nutritivos, pues por la falta de actividad y de vida apenas sienten estimulo para comer otros manjares que golosinas, ya por la vida sedentaria del harem; si bien la obesidad que alcanzan es á costa de su salud, teniendo todas aspecto de cloróticas, y sufriendo la multitud de enfermedades que el empobrecimiento de la sangre ocasiona. Asi los hijos que conciben llevan ya en si mismos el gérmen del linfatismo, con lo que la raza va degenerando de dia en dia; lo cual, unido al abuso de los placeres sensuales, del opio y del tabaco, especialmente persa, mezclado con sustancias fuertemente estimulantes y narcóticas, hacen corta y valetudinaria la vida del turco, que á los cuarenta años puede llamarse, no anciano, sino viejo. Entre los licores estimulantes, á que son muy aficionados, á pesar de los preceptos coránicos, se cuenta el aguardiente de *mastika*, que sin duda alguna, por no ser de vino, toman con menos escrúpulo aun los mas guardadores de los preceptos de Mahoma.

Pero todavia, y al narrar nuestras impresiones y estudios en Constantinopla adonde nos conduce rápidamente *L'Èbre*, habremos de volver con mas amplitud á tratar cuanto se refiere á las costumbres turcas, pues ahora por seguir tratando de ellas no hemos de pasar inadvertidos ante los recuerdos que evocan los diversos lugares que parecen van desfilando delante de nosotros al recorrer los Dardanelos en demanda de la codiciada sultana del Bósforo.

El estrecho de aquel nombre, llamado tambien Galipoli, conocido por los antiguos con el nombre del Hellesponto, separa, como es sabido, la Europa del Asia, une el mar de Mármara al Archipiélago, y se extiende desde Galipoli á la extremidad del Chersoneso Trácico en una longitud de 67 kilómetros, con una anchura variable desde 1,262 metros á 7,590. La corriente que llevan las aguas del mar de Mármara al Archipiélago hace 5,560 metros por hora, y los vientos del Norte durante el estío, y los del Sur durante el invierno, reinan y soplan con violencia. En los antiguos tiempos el Hellesponto

era difícil de atravesar á los buques de guerra; pero desde la aplicacion del vapor á la navegacion, la rapidez de la marcha anula las defensas militares del estrecho, fundadas principalmente en las dificultades de las corrientes marítimas. Jerges 480 años antes de Jesucristo; los cruzados en la tercera expedicion, en 1189; los turcos en 1356, atravesaron de una á otra orilla, pero el estrecho puede decirse que solo fué remontado una sola vez á viva fuerza en 1807, por la flota inglesa.

Reciben el nombre de viejos y nuevos Dardanelos las fortificaciones construidas para guardar el estrecho. Los nuevos Dardanelos están á la entrada, hácia el Archipiélago, y de ellos ya hemos dado noticia, al pié de los cabos Eleonte por la parte de Europa, y Sigeo por la de Asia, mediando entre ambos no mayor distancia que 2,800 metros. Diez y sies kilómetros mas arriba se encuentran los viejos Dardanelos, con obras tambien de defensa en ambas orillas, á distancia de 1,500 metros, y á pesar del armamento defectuoso de estas fortificaciones, pueden á causa de las sinuosidades y de las corrientes. causar daño al enemigo, en una extension de 12 kilómetros. Á cierta distancia de Galípoli hay mejores defensas militares, en Bohalia ó Sestos (Europa) y Nagara ó Abydos (Asia).

El estrecho segun se avanza en él ensancha sensiblemente, presentando á uno y otro lado altas colinas, dominadas en la parte de Asia por el monte Ida, encontrándose á la izquierda en el lado de Europa la península encerrada entre el mar Egeo y el Hellesponto, península á que los antiguos dieron el nombre de Chersoneso Trácico, y unida al continente por un itsmo de 8 kilómetros de anchura, cerrado en la Antigüedad por una muralla flanqueda por tres fortalezas, Cordia, Lisimaco y Patliea. A pesar de tener noticias de las muchas ruinas que allí se encuentran no pudimos detenernos á visitarlas, ni tampoco á Galipoli, la antigua *Callipolis*, que, situada cerca de la entrada del mar de Mármara en el canal, se descubre entre la bruma, por la silueta de los antiguos castillos genoveses que la dominan. Edificada á 210 kilómetros de Constantinopla, tiene un buen puerto, estacion de buques de vapor, que al llegar nosotros estaba cubierto por

bosque de mástiles y aparejos de las muchas embarcaciones que á él acuden, y que hacen con la pequeña ciudad comercio activo de lana, algodon, granos y tafiletes, de los que se encuentran hermosas fábricas en la industriosa poblacion, que apenas cuenta 18,000 habitantes, y que se halla defendida por diez y ocho baterías. Galípoli, á juzgar por el exterior, es una ciudad pequeña, pero limpia y pintoresca, aspecto debido al carácter de las construcciones turcas y á los colores varios que las adornan, contrastando la blancura de los minaretes con el tono pardo de las antiguas fortificaciones genovesas. Su posicion á la entrada del mar de Mármara hace que la dársena que forma su puerto sea un lugar de arribada inapreciable para los buques que sufran cualquier avería en aquel mar, ordinariamente tan tranquilo, pero algunas veces terriblemente tempestuoso por las tormentas que descienden de las altas montañas del Olimpo.

La vista de aquella marítima poblacion evocaba para nosotros los españoles recuerdos de gloria imperecedera.

Allí invernaba aquel puñado de valientes catalanes y aragoneses que, al mando de Roger de Flor y Berenguer de Entenza, habian realizado hazañas verdaderamente épicas, asegurando á Andrónico en su vacilante trono, cuando celoso este de tantas hazañas é ingrato con sus valedores, *como sucede siempre á los débiles al valerse del auxilio de los poderosos, que tan luego como no les juzgan necesarios pretenden deshacerse de ellos*, llamó por medio de su hijo primogénito, Miguel Paleólogo, á Roger, haciéndole asesinar en medio de los encantos de un festin; accion indigna é indigno refinamiento de la mas pérfida ingratitud, para la que no ha tenido ni tendrá bastante execracion la historia, por mas que haya arrojado sobre ella su baldon durante cuatro siglos, y siga arrojándolo mientras exista la humanidad (1).

Allí tambien, cuando olvidados los beneficios, y sin temor de las nuevas alianzas con los que antes eran enemigos, numeroso ejército de turcos, griegos y alanos se dirige á Galípoli con órden de no dejar

(1) Palabras del autor de esta obra en el prólogo.

un solo español con vida, temen su empuje y retroceden al solo reto de Berenguer de Entenza que, llevando la guerra hasta las puertas de Constantinopla, deshace una poderosa flota griega, mandada en persona por otro hijo del emperador.

De allí tambien, cuando la traicion vuelve á tender sus infames lazos al digno sucesor de Roger, y fingiéndose amigos, los envidiosos genoveses le llevan á sus naves, y despues de arrojarse sobre los desprevenidos catalanes y aragoneses que le acompañaban, se apoderan de él y le conducen prisionero á Génova, la cortísima hueste que quedó aislada en Galípoli al mando de Bernardo de Rocafort, teniendo contra sí dos grandes y poderosos imperios, el griego y el turco, se lanza con tal bravura sobre sus enemigos que, al decir de Montaner, mataron hasta seis mil de á caballo y veinte mil peones, arrollando en seguida de igual manera otro poderoso ejército mandado por el mismo asesino de Roger, Miguel Paleólogo; haciéndose de tal modo temidos, que al solo nombre de catalanes huian despavoridos los falaces griegos, siendo la mayor maldicion que podian lanzar contra los que mal querian: *La venganza de catalanes te alcance.*

Allí, por último, tuvo lugar aquel rasgo de sublime valor y abnegacion heróica, repetido dos siglos mas tarde en las arenas del golfo mejicano por Hernan Cortés, de echar á pique sus naves Rocafort, Ramon Montaner, Siscar, Caldés, Alvaro y demás capitanes resto de la expedicion de Roger de Flor y Berenguer de Entenza, para triunfar ó perecer en Galípoli con los mil doscientos infantes y doscientos caballos que les quedaban.

Con verdadero amor de patria contemplamos aquellas ondas bajo las cuales se hundieron las únicas esperanzas que pudieran alimentar los héroes españoles de volver á sus queridas playas, donde les esperaban las dulces afecciones de su edad primera; y á la verdad hubiéramos deseado ver algo que nos recordase tan increible hazaña, de la cual, segun pudimos averiguar durante nuestra permanencia en Chanak, no queda ni la mas ligera tradicion en aquella ciudad de mercaderes turcos y griegos. ¿Qué les importan á ellos nuestras glorias? Si fuera posible borrar en las páginas del libro de la historia tan épicas hazañas,

hace tiempo lo hubieran intentado. ¿Cómo habian de conservarla los turcos, que cincuenta y dos años despues, en 1356, realizaban, tomando á Galipoli, abandonada ya de los españoles, su primera conquista en Europa?

Exaltado el espíritu con tales recuerdos, y pensando que si se hubiese dejado realizar su gran pensamiento al vencedor de Lepanto, acaso hubiéramos visto la bandera roja y gualda ondeando sobre las fortificaciones de Galipoli, volvimos los ojos con dolor á la costa de Ásia para abismarnos en otros recuerdos, que ahogasen en nuestro pecho el sentimiento de ver siempre á nuestra patria generosa y grande, prodigando su sangre y sus tesoros en favor de toda causa levantada y noble, y no sabiendo nunca obtener ventajas positivas de sus sacrificios. España vivió y vivirá siempre la vida de los genios. Viven para la gloria, y desde sus elevadas regiones desdeñan lo mundano y perecedero.

En la vecina costa asiática, Lamsaco evocó en nuestra memoria el recuerdo de Priapo, que en ella recibió culto, y la fama de sus vinos renombrados en la Antigüedad; recuerdos bien pronto oscurecidos por los mas gratos del filósofo Anaximenes, que allí vió la luz del dia, y que fué uno de los preceptores de Alejandro, al cual debió Lamsaco su salvacion cuando, irritado el conquistador contra ella, porque habia seguido la causa de Dario, quiso destruirla, valiéndose para libertarla de su enojo el hábil filósofo de un rasgo de feliz astucia; pues como al verle Alejandro dirigirse á él, previendo que iba á demandarle gracia para su pueblo, jurase no acceder á nada de lo que el filósofo le pidiera, este le suplicó destruyese á su patria, lo que el conquistador macedonio tuvo que denegarle por no faltar á su juramento, salvándose por tal medio la patria de Anaximenes.

Tambien no lejos de aquel histórico lugar se ve el monte *Ægos-Potamos,* en la actualidad Kara-ova-sou, cerca del paraje en que Lisandro ganó la célebre batalla que terminó la guerra del Peloponeso. Poblacion hoy de escasa importancia, vimos con auxilio de nuestros anteojos el artístico exterior de su renombrada mezquita, y poco despues entramos en el mar de Mármara, la antigua Propontide. Á la

derecha detuvo nuestras ávidas miradas un archipiélago compuesto de tres islas principales y algunos islotes, que dan su nombre á aquel mar, á causa de las canteras de mármol que guardan en su seno, archipiélago que casi oculta la península de Cizico en que se encontraba la ciudad del mismo nombre tan célebre en lejanos dias por sus templos, su Pritaneo, digno rival del de Atenas, sus gimnasios, sus estadios, su puerto, sus arsenales y sus fortificaciones, de todo lo cual solo queda la memoria, siendo tanta y tan opulenta grandeza para la destructora mano de los siglos,

*como arista seca al fuego.*

Al encontrarnos en el mar de Mármara y despues de haber observado que las costas é islas que hay que recorrer en este viaje están perfectamente alumbradas con buenos faros, los horizontes se dilataron; y ya la naturaleza con sus variados panoramas, ya la memoria y la fantasía con sus evocaciones de lo pasado, nos hicieron olvidarnos de cuanto nos rodeaba á bordo del *Ebro,* incluso el pachá y sus pobres y bellísimas mujeres.

Accidentada cordillera erizada de abruptos picos, cubiertos de perpétuas nieves, nos revelaba los nombres del Ida y del Olimpo, de donde bajan á regar las llanuras y los valles griegos el Æsepo, el Rhadio, el Scamandro y el Simois.

Ámplia y triste, apenas nos dejaba comprender que allí estuvo la Misia y el reino de Bitinia, donde reinaron Antígono, Lisimaco, Prusias y Nicomedes; levantándose todavía con vida presente en el fondo del espacioso golfo que se dilata ante nosotros, Nicomedia, tan célebre en la Antigüedad, Apamea y Cios, ocultas bajo los modernos nombres de Mundania y Gemlik. A la parte de Europa, ya ocultos por las nieblas del crepúsculo, veíamos el lugar que en lo antiguo ocupó Perinto, cuyas gigantes ruinas dan elocuente testimonio de su grandeza, y Selimbria y Bysantho, hoy Rodosto, y tantos otros parajes llenos de pintorescas y artísticas perspectivas, de memorias históricas, de inspiradores recuerdos, que necesitarian tiempo y espacio de que ya no

podemos disponer, porque la noche avanza rápidamente, y esperamos con ansiedad febril el momento en que los primeros rayos del sol brillen en el horizonte, para contemplar á Constantinopla surgiendo sobre las últimas neblinas de la noche como fantástica aparicion de un ensueño oriental.

Ya se percibe entre sus brumas la masa imponente de la ciudad, que empieza á dibujar sobre el transparente fondo azulado del cielo, esclarecido por los primeros rayos de la aurora, la accidentada silueta de sus mezquitas y de sus minaretes. Las *islás de los Principes,* que encontramos á la derecha; la costa de Ásia, que se acerca y parece avanzar á colocarse delante de la Europa, en vano pretenden separar nuestra atencion y nuestras miradas de aquella agrupacion de palacios y de templos, de torres y de cementerios, de jardines y de tranquilas aguas, que ya ilumina con sus primeros rayos el sol naciente. Acabamos de doblar la punta del Serrallo; el capitan ha dado la voz de *fondo;* rueda la pesada cadena del ancla; el vapor queda inmóvil casi en frente del *Cuerno de oro;* y nosotros, inmóviles tambien sobre cubierta, contemplando la realidad de nuestro sueño. Hemos llegado á Constantinopla al amanecer del dia 30 de Julio; y Stambul con sus mezquitas; Pera con su caserío á la europea; Galata, Scutari, el Bósforo, el mar de Mármara, un cielo azul brillando intensamente como el de mi inolvidable Andalucía; árboles por donde quiera, buques de todas las naciones, forman en torno mio cuadro tan vario y deslumbrador, que durante mucho tiempo apenas puedo hacer otra cosa que admirar en silencio.

Bien pronto la alegre voz de mis compañeros, que me llamaban la atencion hácia el complemento del cuadro de costumbres turcas que nos habia ofrecido la familia del pachá, me sacaron de mi verdadero arrobamiento, para hundirme en el desencanto de la vida real.

El pachá estaba sobre la toldilla, grave y sereno, mirando á un *kaike,* que se aproximaba á todo el andar que podian imprimirle cuatro vigorosos remeros, y que conducia á un jóven, compañero probablemente del kaleb, y servidor por lo tanto del jefe turco. Apenas atracó el kaike al costado del vapor, cuando con ágil rapidez subió el

jóven á bordo, y dirigiéndose á la toldilla se colocó de rodillas con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, en la mas humilde actitud, delante de su señor. Este se dignó tocarle en el hombro con un ligero junco que á manera de baston llevaba, y tras esta *cariñosa* demostracion se levantó el jóven, retirándose despues de dar la bienvenida á su amo, para ocuparse en el desembarco de todo el equipaje y comitiva. El pachá se dirigió solo á la escala con su secretario para embarcar en otro kaike, y al pasar por delante del grupo de las mujeres y de los niños, acurrucados junto al mamparo de la cámara, no tuvo para las unas ni para los otros la mas leve sonrisa ni la mas insignificante frase de afecto. Las mujeres y los niños á su vez le vieron pasar con indiferencia, y poco despues de haber salido el jefe de aquella ¿familia? con direccion al desembarcadero, llegaban en otra lancha de grandes dimensiones dos viejas turcas que mandaron bajar á unas y otros, perdiéndose luego la pesada embarcacion entre la multitud de kaikes, lanchas y botes que cubren materialmente la superficie del agua por aquella parte del puerto.

---

# CAPÍTULO IV.

## CONSTANTINOPLA.

### I.

Despues que vimos perderse en las sinuosas calles de embarcaciones que nos rodeaban las que conducian á tierra aquella abreviada síntesis de la sociedad musulmana, que la casualidad habia puesto delante de mis ojos durante algunas horas, aproveché los momentos que los dependientes de la embajada española, atentamente enviados á bordo por nuestro representante en aquella córte, empleaban en las necesarias formalidades y requisitos que hay que llenar antes de tomar tierra, en contemplar de nuevo con mas calma y detenimiento el panorama que se extendia ante mis atónitas miradas. Stambul, la ciudad turca por excelencia, destacaba sobre el brillante cielo el elegante perfil de sus mezquitas; en la parte que forma la extremidad del Cuerno de oro, levantábase el antiguo serrallo, rodeado de sombrías murallas y de robustas torres, sobre las cuales los jardines de aquel misterioso recinto forman una diadema de verdura, tejida por corpulentos plátanos y cipreses coronados de cúpulas y elegantes techumbres y minaretes; despues, Santa Sofía, monumento que él solo necesita un libro para narrar su historia y hacer su descripcion crítica; el Ahmédyeh, con seis minaretes; la mezquita del sultan Bayazid ó Bayazeto, la mas elegante de todas; los imponentes ó ricos edificios religiosos de Suleiman-

yéh, Sedja-Djamissi, sultan Selim y sultan Mahomed, dominando con sus imponentes masas las humildes habitaciones de madera de los Osmanlis, mezquitas que, á pesar de su grande extension, no bastan para las religiosas prácticas de los musulmanes, por lo cual se ve un número considerable de minaretes, sobresaliendo por encima de los techos de las casas, indicando otra multitud de pequeñas mezquitas y de memorias que la devocion ha levantado. Altos cipreses elevando como aspiracion del alma á lo infinito sus agudas y oscuras ramas al cielo, plátanos con su follaje de brillante color verde prestan sombra á aquellos venerados templos, y su verdura contrasta y armoniza de una manera indescriptible con la blancura de los minaretes y los tonos oscuros de las casas que los rodean.

Volviendo las miradas á la orilla opuesta encuéntrase la mercantil Galata, con sus calles escalonadas y difíciles, trepando hasta la cima de la colina en que se asienta, y que corona Pera, la ciudad aristocrática, con sus casas edificadas á la europea y los palacios de las embajadas: despues el barrio turco de Top-Khane, que desciende á su lado hasta el mar con sus oscuras casas de madera y techumbre angulosa, quedando oscurecidas bien pronto estas modestas moradas con el cuartel de la marina, los grandes edificios de la artillería y el moderno palacio de Dolma-Bagtché, construido de piedra y mármol: mas allá, el barrio de Funduklu; y una série no interrumpida de palacios, de *villas* sombreadas por masas compactas de verdura, bañando sus piés en la rápida corriente del Bósforo, que forma una curva á algunos kilómetros de Constantinopla, donde las dos líneas de ambas orillas se confunden aparentemente, pareciendo unirse la costa de Europa á la del Asia, que como la primera está cubierta de suntuosos edificios, entre los que sobresale el palacio de la sultana *validé*, ó sultana madre, que habitaba á la época de nuestro viaje la que lo era del sultan entonces reinante, cuya muerte, al principiar la reciente guerra contra Rusia, ha sido el principio de un tristísimo periodo para la moderna historia del vacilante imperio otomano.

Mas allá, proyecta sobre el limpio azul del cielo la desigual y pin-

toresca línea de sus edificios, Scutari, el barrio asiático de la europea Constantinopla, prolongándose el cabo en que se asienta frente del Cuerno de oro, y la Torre de Leandro, como centinela avanzado del otro continente, que levanta sus blancos muros sobre el islote de rocas que le sirve de base, y que resiste hace multitud de siglos las rápidas corrientes que la combaten, estrellando en él la violencia con que se precipitan desde las cercanas ondas del Mar Negro. Si á este panorama, sin rival en el mundo, se añade el espectáculo vertiginoso del movimiento incesante de innúmeros buques de vela y de vapor, de kaiques, de lanchas de carga y de barcos de todas clases que surcan en todas direcciones el Cuerno de oro; el verdadero bosque de mástiles y jarcias que oculta el pié de las colinas; la multitud que, como humano hormiguero, cruza sin tregua los puentes que atraviesan aquel brazo de mar, se tendrá una idea imperfecta y ni siquiera aproximada de tan admirable conjunto, del indescriptible cuadro que atrae con sus encantos y desvanece con su variedad.

Por desgracia, al penetrar en las calles de aquel conjunto de ciudades que forman la gran ciudad, el encanto desaparece. Apenas se han apoderado los *kamales* ó mozos de carga, que llevan sostenida con la cabeza una especie de tosca almohada que les cae sobre la espalda, para soportar mejor el peso y las angulosidades de los fardos, (costumbre que se conserva de la misma manera entre los mozos de cordel de Granada), y se empieza la difícil ascension al barrio de Pera, donde se encuentran fondas á la europea en casas de *piedra*, circunstancia que tienen buen cuidado de consignar en sus anuncios, por la frecuencia con que se suceden los incendios en Constantinopla, siéntese creciente malestar y disgusto, porque las molestias físicas de la penosa marcha, nos arrancan del grato y encantador ensueño que embargaba el espíritu al contemplar desde la toldilla del vapor la celebrada reina del Oriente.

Las calles por donde se atraviesa, mas que este nombre merecen el de sucias callejuelas, con un declive inusitado, y con desiguales cantos que destrozan los piés, haciendo veces de adoquinado; callejas estrechas, sin órden ni número ni nada que las designe, y formadas por

los incoherentes edificios que sus dueños han ido levantando sin sujecion á regla alguna de policía urbana ni menos de higiene, hasta el punto de que en algunas de aquellas innobles callejuelas, los salientes miradores, que se encuentran en la mayor parte de las casas, llegan á tocarse. Casi todas estas casas (y aun pudiéramos suprimir el casi) son de madera, ni pintada ni limpia, á excepcion de las cubiertas embadurnadas con colores chillones; sin que sea cosa extraña, sino muy corriente, ver convertida la estrecha vía en depósito de toda clase de inmundicias, que arrojan tranquilamente desde las ventanas, cubiertas todas ellas con rejas y espesas celosías. Una de las partes esencialmente características de aquellas bajas habitaciones con cubierta en extremo apuntada, casas mas debidas al trabajo del carpintero que al del albañil, es la que hemos calificado de mirador, y que apoyada en largos montantes avanza sobre la calle, á veces dos ó tres metros. No tienen de comun con nuestros alegres miradores, mas que el estar fuera del plano del edificio avanzados en el espacio, porque aparte de esto, parecen grandes confesonarios, cerrados con espesas celosías, tras de las cuales consumen lentamente su vida las pobres mujeres turcas de la clase media y pobre, y aun muchas de la mejor acomodada, en los meses invernales. Aquel amplio mirador, rodeado de divanes mas ó menos ricos, segun la fortuna de sus dueños, es la habitual morada de la mujer turca, que encerrada en él, se entrega, mas que á domésticas faenas, á las que es muy poco aficionada, á escasas labores, á fumar el *narquilé* ó el *chibú*, á tomar helados ó dulces, á pintarse la cara, sobre todo los ojos, las uñas y las puntas de los dedos, á tocar algun instrumento de cuerda que, ya recuerdan los antiguos salterios, ya las pérsicas guzlas, ó á criar á sus hijos, sin tener trato apenas, excepto con alguna amiga, que suele visitarla cuando, seguida de la dueña ó del eunuco, *va á tiendas*, es decir al bazar de las sedas, cubierta con su tentador velo, y balanceándose al andar, como poco acostumbrada al ejercicio, y torpe por su molesta obesidad. Aquellas visitas suelen ser sin embargo peligrosas para los maridos, ó los amos mejor dicho, pues haciéndose capa las unas á las otras, suelen dar cima en ellas á ga–

lantes aventuras. Los ámplios miradores de las casas turcas, que forman la habitacion predilecta de la mujer en Constantinopla y en casi todas las poblaciones del imperio, especie de *boudoir* oriental, en que pasan las largas horas de su habitual servidumbre las mujeres, atisbando para entretener en algo el tiempo y satisfacer su ingénita curiosidad lo poco que acontece en las casi solitarias calles, nos explicaron el destino de los templetes de la Alhambra de Granada que, como el mirador de Lindaraja, no eran otra cosa que departamentos especiales de las predilectas del monarca, y unas y otras aplicaciones varias de un mismo tema de los kioscos persas.

Los oscuros y tortuosos callejones en que tales casas se levantan ofrecen muy poco en que puedan distraer su atencion las pobres reclusas, á no ser algun que otro viajero, ó el turco vecino que vuelve á su casa. Tanto silencio y tanta soledad, da á aquellos callejones caractéres indefinibles de tristeza desconsoladora, que contrasta con la animacion y el ruido de las grandes arterias de la poblacion, en las que no se encuentran habitaciones destinadas á servir de viviendas á los celosos hijos de Mahoma, los cuales prefieren para edificarlas, ó mejor dicho, labrarlas, lugares apartados de los grandes centros.

En aquellos apartados laberintos de sucias callejas, vive sin embargo una poblacion exhuberante, llena de vida, de rencores y de instintos belicosos, que los convierte á menudo en sangriento campo de batalla, como si en ella viviera el espiritu que impulsó á continuas y sangrientas luchas á los dominadores de la gran ciudad, lo mismo en la época de los emperadores romanos y bizantinos que bajo la dominacion musulmana.

Aquella poblacion inquieta y ruidosa, no la componen sin embargo séres racionales. La forman falanges numerosas de perros, á los que bien pudiéramos llamar salvajes, por su aspecto de ferocidad y por sus costumbres.

No hemos podido averiguar la razon que hace vivan tan respetados entre los turcos aquellos animales que, lejos de temer por vagamundos el castigo que la estrignina les hace sufrir en ciertas capitales europeas, no solo gozan de inmunidad absoluta sino aun de pro-



Lit de J. M. Mateu Cll^e de Recoletos 4

J. Acevedo cromo lit.

CABALLOS DE ALQUILER EN LAS CALLES DE CONSTANTINOPLA.

teccion. Pero sin que podamos explicar á nuestros lectores la causa, es lo cierto que en las calles de Constantinopla, principalmente en las mas apartadas, viven innumerables falanges de perros, que forman verdaderas asociaciones caninas, hasta el punto de darse terribles combates entre los de un barrio y los de otro, y á veces entre los de una calleja y su vecina, cuando perros extraños penetran en territorio que no es el suyo. Aquellos animales viven constantemente en las calles, sin que reconozcan dueño alguno, pues aunque á veces entran á comer en las casas, donde suelen tambien criar á sus hijos las hembras, apenas han satisfecho su necesidad ó han dado de mamar á los que han de sucederles, salen á la calle sin que el agradecimiento les ligue, como en Europa, á sus bienhechores, hasta el punto de respetarlos como amos. El perro en Turquia es completamente libre, y si ama la compañia del hombre es porque cerca de él encuentra los medios de atender á sus necesidades, no porque entre uno y otro se establezca esa mútua simpatia que se convierte en verdadero afecto. Allí el perro pasa su vida en la calle, y hasta en la calle se reproduce por lo general y cria sus hijos, alimentándose con los desperdicios que arrojan por las ventanas los vecinos, ó con lo que les dan algunos, sin que por esto, como queda indicado, logren domesticarlo. Durante el dia el tránsito por las calles no es peligroso, porque los perros están acostumbrados al movimiento de la poblacion, por escaso que sea en ciertos puntos, pero en cerrando la noche, se corre grave riesgo de ser devorado por aquellos feroces cuadrúpedos, sobre todo en los intrincados barrios turcos. Acaso esto sea el verdadero origen de la consideracion que estos les tiênen, pues por tal medio pueden dormir descansados sin temor á malhechores ni á galanteos, que en verdad puede asegurarse nadie fuera osado á penetrar en tales sitios despues de puesto el sol.

Á tales encantos hay que añadir el de la completa oscuridad que en tales barrios reina, no conociéndose en ellos ni el mas rudimentario alumbrado.

Otra de las particularidades que mas caracterizan á Constantinopla son los cementerios, que frecuentemente se encuentran, y que con

menosprecio ó ignorancia de la higiene pública están confundidos con las casas, sin cerca que los resguarde, y sin que inspiren por su misma abundancia y por la constante vista de ellos el sentimiento de sublime tristeza que nuestros cristianos campos santos. Sin embargo de aquella *urbanizacion* de los cementerios ofrecen al artista y al poeta atractivo poderoso, como veremos al hacer la descripcion de los principales.

Tal es el aspecto general, la primera impresion que Constantinopla produce al viajero, ya contemplada desde la toldilla del vapor en que llega ante ella, ó al recorrer por primera vez sus calles. En cambio la visita de los monumentales edificios que la enriquecen le indemnizan con usura de la mala impresion que lleva á la fonda europea donde ha de encontrar cómodo alojamiento en el barrio de Pera, despues de atravesar las pobres, sucias y solitarias calles que á él conducen.

Pero antes de entrar en el exámen de aquellos monumentos, y mientras nos proporcionamos el correspondiente y necesario *firman* para la visita de las mezquitas, evoquemos los recuerdos históricos que encierra la codiciada ciudad del Bósforo.

## II.

Vencedor de Licinio y dueño del mundo podia ya Constantino llevar á efecto los planes que meditaba hacia tanto tiempo; y asi como habia establecido en el imperio una nueva politica debia prepararle una nueva capital. Los emperadores, creacion del pueblo, encontraban en Roma muchisimas personas acostumbradas al mando á consecuencia del derecho que habian ejercido sobre la familia y sobre los esclavos, por lo cual conocieron la necesidad de someterlas, y para ello de hacerse amigos de las clases plebeyas. De aqui provino el exterminio de las casas senatoriales, producido mas bien por envidia de su poder y por la necesidad de restaurar el erario con sus pingües fortunas, que por la sed de sangre. En tiempo de Galieno, de todas las antiguas familias solo existia la Calpurnia.

En remplazo de ellas se introducia gente nueva, ampliando el derecho de ciudadanía, escogíanse entre los eunucos y libertos los confidentes, y se dieron buenas leyes en favor de los esclavos, que, elevados de improviso al mando, se hacian orgullosos é ineptos, soberbios y avaros. De este modo quedaba destruida la antigua raza conquistadora.

Alimentábase aun Roma con su antigua grandeza; pero ¡ cuánto la debia humillar al verse dominada por emperadores extraños á sus gloriosos recuerdos, al ver despues á Diocleciano establecer en otra parte la verdadera sede del dominio, y el ver á sus señores por mucho tiempo lejos de ella y hasta por toda la vida! Mientras estos permanecieron en Roma, gozábase el pueblo en una sombra de autoridad, que creia adquirir cuando los veia mendigar su favor con liberalidades, con juegos y con afabilidad, ó cuando bajo las ventanas del palacio ó en el teatro, con aplausos ó con silbidos, aprobaba ó rechazaba un acto ó una ley.

Pero ya habian cambiado los tiempos. Diocleciano habia convertido la corte frugal de Augusto en la de un rey oriental; habia abandonado la toga con que se enmascaraba la tiranía, y habia abierto entre los súbditos y el emperador el abismo que mantiene en Ásia el hábito de la servidumbre. No se cautivaba, pues, ya el ánimo de la plebe, no se respetaba al Senado, no se veneraban las costumbres patrias: solo se trataba de humillar con el fausto, de atemorizar con la fuerza.

Las provincias, acostumbradas á la servidumbre, se doblegaban fácilmente á la nueva política. Pero el romano, á donde quiera que volviese la vista, encontraba recuerdos de otra naturaleza, en el monte Aventino, en el Foro y en el Capitolio, en la sombra de los Gracos, en la mirada austera de Caton, en el puñal de Bruto. Mientras que el emperador permanecia en Roma, debia usar, con la majestad del Senado y con la familiaridad del pueblo, una condescendencia que discordaba de las nuevas instituciones y repugnaba á los que estaban habituados á la dócil obediencia de las legiones y de las provincias.

Además Constantino queria establecer la nueva politica sobre una nueva religion, y Roma podia considerarse como la metrópoli del politeismo. No que este tuviese en ella un centro, una unidad, sino porque principiando por su fundador, Roma habia acogido una série de tradiciones gentilicas, á las cuales estaban unidas sus victorias y el orgullo de sus buenos dias; y pudiera decirse que Júpiter Capitolino amenazaba desde su roca al que violase sus altares, aunque estuviese dispuesto á dividir sus honores con otro Dios nuevo ó renovado. Advenedizos de todas partes del mundo habian llevado allí sus supersticiones; era, pues, Roma como un zarzal en que no podia crecer la nueva planta.

Todo acto público, conforme al orígen sacerdotal del gobierno patricio, era consagrado por ceremonias religiosas; inaugurábanse con sacrificios las asambleas; se elevaba en el Senado la estatua de la Victoria, y las solemnidades llamaban al emperador al circo ó á los templos. Habiéndose propuesto Constantino establecer la nueva creencia, manifestaba disgusto por las costumbres profanas, sin disimulo alguno, y el pueblo y los patricios se llenaban de despecho y se escandalizaban al verle vilipendiar lo mas sagrado y querido para ellos. Pero él, en vez de atemorizarse se decidió á alejarse de aquella gente envilecida y orgullosa, y trasladar la capital del imperio á una ciudad que no tuviese memorias que echar en cara, ritos que cumplir, ni tumbas que venerar.

De este modo explica con su acostumbrada exactitud y alto criterio histórico el célebre historiador italiano los motivos de la fundacion de Constantinopla, como nueva sede del imperio romano, notándose la elevacion de miras y la profunda política del primer emperador cristiano en la eleccion de lugar para el desarrollo de sus planes innovadores.

La nueva capital del imperio no podia ser escogida al acaso, guiándose solo por accidentales ventajas. Era preciso que á la salubridad de su clima, á la hermosura de su cielo, á la fecundidad de su territorio, uniese condiciones que pudiéramos llamar estratégicas, para que pudiese el emperador dirigir sus miradas simultáneamente

asi á las hordas invasoras de los septentrionales, como al amenazador poder de los persas; y por ello, abandonando el proyecto que ya habia acariciado Augusto de fundar la silla del imperio en los campos en que Troya habia dominado en un tiempo la entrada del Hellesponto, fijóse en la antigua aldea tracia que, situada en los confines del Ásia y de la Europa, presentaba fácil defensa por el estrecho brazo que la unia al continente, y hácia el mar podia interrumpir las comenzadas invasiones de godos y sármatas por el Euxino, al mismo tiempo que extendia sus brazos anhelante de recibir las riquezas del Oriente y del Ocaso.

La situacion privilegiada de aquella, en un principio, humilde aldea griega, la habia convertido en república independiente y rica, que logró enseñorearse del mar Egeo y del Ponto Euxino. Fundada por Byzas, cuyos compañeros fueron argivos y megarienses, perteneció sucesivamente á Dario, á los jonios, á Jerges, á Esparta y Atenas, que se hicieron cruda guerra para asegurar su posesion, pero acabando por comprender su importancia, se declaró independiente, colocándose bien pronto entre las primeras ciudades marítimas. Filipo el Macedonio la sitió inútilmente; y mas tarde, aliada de los poderosos romanos les prestó lealmente su ayuda cuando las guerras contra Mitridates, y protegida por la señora del mundo, gozó por algun tiempo de libertad.

No habia de ser esta duradera. El absorbente imperio romano cuando concedia sus favores, jamás lo hacia desinteresadamente, sino con propósitos ulteriores de trocar la amistad auxiliadora por el completo y absoluto dominio, que esta es ley indeclinable de la historia y de la humanidad en las relaciones de los poderosos con los menos fuertes; y asi bien pronto quedó absorbida por el imperio, como la Tracia, en el siglo primero de nuestra era. Tomando partido en los fines del segundo por Pescenio Niger, sostuvo un sitio de tres años contra Septimio Severo, al cabo de los cuales logró reducirla este emperador, que la entregó al saqueo de la soldadesca, mandando arrasarla despues; y aun cuando Caracalla empezó á levantarla sobre sus ruinas, solo Constantino puede considerarse como el fundador de la

nueva ciudad, en que habia de realizarse la vasta y profunda política del cristiano emperador.

En los primeros tiempos de la historia, la poblacion tracia que alli existia llamóse *Ligos;* tomando, al ser colonia griega, el nombre de Bizancio. Cuando fué capital del imperio se llamó *Nea Roma,* ó Nueva Roma, y por adulacion ó agradecimiento al último fundador, ciudad de Constantino, Κοσταντινονπολις, de donde formóse en breve el nombre de Constantinopla. Las gentes de los alrededores y de los cercanos campos, que acudian á ella, decian en su lenguaje dórico vulgar: «vamos ες ταν βολιν» (á la ciudad), y la eufonia *es tan Bolin,* produjo el que los soldados turcos cuando la sitiaban empezaran á llamarla *Estambul,* nombre que quedó en aquella lengua, y que los imanes con una leve alteracion convirtieron en palabra de significado religioso, diciendo *Islam bul,* ciudad de la fé; conservándose sin embargo mas generalizado, aunque escrito casi siempre con *S* líquida entre los europeos, el nombre de Stambul, originado de la citada frase vulgar. En los antiguos anales rusos se la llama *Zaregorod,* y los valacos y búlgaros, *Zaregrad,* esto es, ciudad real; conociéndola los escandinavos en el siglo x bajo el nombre de *Myklagard,* ó sea, la gran ciudad.

Asentada la nueva capital de Constantino sobre un promontorio triangular que se apoya por su base en el continente europeo, mientras que por el frente se inclina al Ásia, que apenas dista quinientos pasos, la rodea por el Sur la Propontide ó mar de Mármara, mientras el puerto llamado el Cuerno de oro por su forma y por las riquezas que á él afluian, se abre por el Septentrion. El rio Lico, que conserva el nombre de la primitiva aldea tracia, renovando las aguas le limpia del fango; y las mareas, apenas sensibles, jamás impiden la entrada á las mayores embarcaciones, que en número de mil doscientas pueden guarecerse en el puerto y llegar en algunos sitios á las casas. En tiempo de los cruzados cerraba aquella entrada, que tiene poco mas de doscientos cincuenta metros, una gruesa cadena. La punta del triángulo penetra en las aguas del Bósforo, tortuoso canal, que une la Propontide con el Euxino, y que tiene una milla

de ancho y diez y seis de largo. En su parte mas angosta, frente á Bizancio se eleva la pequeña Crisopolis (Scutari), y despues, cuando empieza á ensancharse hácia la Propontide, la colonia griega Calcedonia. Despues de atravesar por espacio de veinte millas la Propontide descúbrese Nicomedia, la favorita residencia de Diocleciano, y en una península á Cizico, famosa por su comercio. El mar, la costa, la atmósfera, todo parece hermosear á porfía aquellos encantadores lugares.

Constantino, ya que no podia rodear á su nueva ciudad de la divina aureola con que todos los paganos pretendieron engrandecer sus orígenes, hizo creer á sus áulicos que se le habia ordenado en sueños transformar á la decrépita matrona en jóven de florida belleza; y como al trazar, con el antiguo rito romano, el círculo de la nueva ciudad, hubo alguno que se atreviese á llamar su atencion sobre la inmensa extension que le daba, solo respondió: «Proseguiré hasta que se detenga el que invisible camina delante de mí.»

«Para fabricar los muros, los pórticos y los acueductos destinó sesenta mil libras de oro; no habia allí desórden ni deformidad, como en la mayor parte de las ciudades, fabricadas al acaso y á voluntad de los particulares en el curso de los siglos, sino que un genio solo trazó el plano, y las artes de Grecia y el poder de Roma cooperaron para edificarla sobre aquel modelo. Las selvas del Ponto y los blancos mármoles del Proconeso suministraban sin cesar materiales: calles, palacios, basílicas, iglesias, todo fué trazado y edificado en proporcion á la grandeza de la metrópoli. Los alrededores se adornaron con el exceso de la riqueza de la ciudad, formándose así un jardin continuado. Pero la ansiedad del emperador apresuraba los trabajos, de modo que posponia la solidez á la prontitud.»

«No pudiendo crear artistas para hermosearla renovó las injusticias de la antigua Roma, transportando allí todo lo mejor que habia en el Imperio. Grecia, Ásia é Italia tuvieron que cederle estatuas de númenes y de héroes, bajos relieves y obeliscos; el Apolo Pitio y el Esminteo, los fatídicos trípodes de Delfos, las musas del Helicon, la diosa Rea arrebatada del monte Didimo en donde la habian co–

locado los Argonautas, fueron á adornar el Foro, el Palacio, el Hipódromo en que se verificaban las contiendas de la carrera y de la lucha.»

«Aunque Constantino no hubiese trasladado á Constantinopla todo lo bueno y precioso de Roma y de Italia, el haberla hecho sede del emperador habria atraido allí naturalmente, magistrados, cortesanos, y la multitud de aquellos que querian vivir de liberalidades, ó vender las adulaciones, ó excederse en opulencia, ó ejercer las artes del lujo. Constantino dedicó la iglesia principal á la eterna sabiduria (Santa Sofia) y se preparó su sepulcro en la de los Apóstoles: en los alrededores se elevaron muy pronto ocho baños públicos y cincuenta y tres privados, cincuenta y dos pórticos con átrios cómodos y deliciosos jardines, dos teatros y cuatro basilicas para las asambleas, catorce templos, otros tantos palacios, cuatro mil trescientas ochenta casas sin contar las pobres habitaciones de los plebeyos, y en menos de un siglo, despues de concluidos los edificios de aquel vasto recinto, se edificaron tantas casas fuera de él, que habrian sido suficientes para construir una nueva ciudad. Constantino regaló los palacios á sus favoritos con ricas posesiones en el Ponto y en el Asia (1).»

Pero aquella misma rápida elevacion fué causa de que, levantándose sin tener que vencer obstáculos ni sostener empeñadas contiendas, careciese la nueva poblacion de las severas virtudes que engendran y fomentan la necesidad de luchar para existir. En cambio introdújose en ella multitud corrompida con todos los vicios de la vieja y panteista Roma, multitud interesada y aduladora de los Césares, tanto mas fácilmente cuanto que no tenian que aparentar hipócrita respeto á las antiguas tradiciones, y á cuya depravacion contribuia el cielo purísimo y voluptuoso de la nueva ciudad, y las influencias, allí mas fáciles y cercanas que en parte alguna del Asia, de la India y del Egipto; depravacion que, refinada por el genio y la fantasía de los griegos, habia de convertir bien pronto á la capital constantiniana en sentina de vicios y en manantial inagotable de funestos delirios, haciendo de los neo-griegos, de los bizantinos, todo lo contrario que

(1) Cantú, siguiendo á Kammer, Constantinopolis und der Bosphorus.

habian sido los primeros griegos en las grandes épocas de su historia.

Siete años despues de haber instalado la silla de su vasto imperio en Bizancio, Constantino, acometido de mortal dolencia, pidió el bautismo que, aunque cristiano, no habia querido hasta entonces recibir, para que de este modo la virtud de aquel sacramento le purificase de todas las faltas de su vida; y el 22 de Mayo de 337 murió en Nicomedia, despues de un reinado de treinta y un años; y por una singular contradiccion, la idolatria por él destronada le elevó á la categoria de Dios, mientras los cristianos veneraban su memoria como la de un santo.

Sin que podamos detenernos á hacer el juicio de este príncipe, á quien tanto debió la Iglesia y la noble causa de la dignidad humana, no podemos prescindir, cuando le consideramos como el fundador de la gran metrópoli bizantina, de consignar que las grandes y radicales reformas que introdujo en el imperio, favoreciendo y dañando á la vez tantos intereses, habia de producir grandes encomios de los unos y grandes vituperios de los otros; pero nadie puede disputarle sus elevadas y grandes dotes militares; su amor á las ciencias y las letras, que cultivó con ardor; su predileccion por las artes; su elevado espíritu; sus nobles aspiraciones; y su amor á la humanidad, demostrado con sabias leyes encaminadas á destruir las farsas con que á la sombra de otras antiguas y mal interpretadas abusaban los poderosos de los débiles, á fomentar la agricultura, á protejer y enaltecer el trabajo, y á levantar en todas las esferas la decaida dignidad del hombre, aplicando las sabias y santas máximas de la divina religion que, con fervor y convencimiento y no por cálculo, como algunos han supuesto, habia abrazado.

Para que no puedan juzgarse nuestras palabras hijas mas de apasionada admiracion que de tranquila y serena crítica, lícito ha de sernos recordar algunas de las leyes por él dictadas, cuyas disposiciones hacen el mejor panegírico del primer emperador cristiano.

Cuando la sociedad estaba impregnada del paganismo, no podia Constantino de un solo golpe promulgar leyes que aboliesen lo pasado é hiciesen triunfar lo justo y lo bueno sobre el interesado formularismo antiguo; y, sin embargo, constante en su noble propósito de elevar el

espíritu sobre el cuerpo, el hombre moral sobre el material, sustituyendo el arbitrario derecho civil por las inalterables máximas del derecho natural, y fiel á las inspiraciones de las doctrinas religiosas que habia abrazado, derogó la ley que castigaba el celibato; restringió la facultad de divorciarse, y mandó á todas las ciudades de Italia y despues á las de África, que socorriesen á los padres que no pudiesen criar á sus hijos, á fin de que no se pervirtiesen; castigó el rapto con un rigor, (puesto que el reo era quemado vivo y despedazado en el Anfiteatro), que casi rayaba en crueldad, pero que tiene disculpa en el horrible estado de desmoralizacion á que habia llegado el pueblo romano; cuidó de los intereses de los pupilos, mandando que los menores tuviesen una hipoteca legal sobre los bienes de sus tutores, garantizándoles los bienes inmuebles; extendió el derecho de las madres á la sucesion de sus hijos; levantó el amor á la verdad mediante el juramento que debian prestar los testigos antes de declarar; impuso penas á los litigantes temerarios; extendió el uso de los codicilos, y no exigió como necesarias las palabras sacramentales en los legados; estableció la apelacion, para ante los magistrados superiores, de las decisiones de los de inferior categoría; procuró la igualdad ante la ley, estableciendo que los guerreros estuviesen sometidos como los demás ciudadanos á la autoridad ordinaria en las causas civiles, y en las criminales, para todos los súbditos, hasta para los *clarísimos;* estableció un solo fuero; abolió las fórmulas de los contratos, fuentes de embrollos y de pleitos; estableció un registro de las sentencias para imponer á los jueces la responsabilidad moral; castigó y amonestó con las mas severas penas á los magistrados prevaricadores ó negligentes; hizo menos dura la detencion de los sospechosos; dispuso que los encarcelados por delitos contra el fisco encontraran en su prision las condiciones de higiene y de posible comodidad; y mitigó las penas aflictivas, aboliendo la de la marca en la frente y la de muerte en cruz.

Para fomentar la agricultura, prohibió á los empleados públicos que quitasen, por deudas al fisco, los bueyes, los esclavos y los aperos de labranza, así como que usasen para las comunicaciones oficiales los

animales destinados al campo; durante la siembra y la recoleccion, dispensó á los labradores de todo servicio personal, y hasta de la obligacion de santificar las fiestas; y rebajó el interés del dinero y de los granos, aunque no todo lo que merecian la falange de usureros y agiotistas que vivian del sudor del pobre.

Creó y sostuvo bibliotecas públicas, y fomentó las artes al mismo tiempo que engrandecia el culto y propagaba la verdadera religion, edificando innumerables iglesias, dotándolas á todas con ricos vasos, ornamentos y otras obras de artes, que de otro modo apenas se hubieran cultivado.

Tales medidas, tan sabias disposiciones, no solo disculpan, sino que justifican los encomios de sus panegiristas, y hasta oscurecen sus defectos, hijos en su mayor parte de la misma elevacion de sus aspiraciones, tales como el amor á la excesiva pompa del imperio, el afan de riquezas para realizar sus vastísimos planes, y hasta su debilidad en la corte con los cortesanos en quienes creia reconocer superiores dotes. Dejémosle pues rodeado de la merecida aureola de grande con que ha pasado á la posteridad, que, aparte del severo juicio de Dios, bien expió en vida sus errores con las amarguras domésticas que sin cesar le atormentaron por el carácter de su esposa Fausta, y la envidia que en ella despertaron especiales merecimientos del hijo de Constantino Crispo, discípulo de Lactancio y fruto de amores juveniles, el que despertando los celos de la madre de Fausta, por la sombra que pudiera hacer á Constantino, Constancio y Constante, llevaron al desgraciado emperador hasta el punto de decretar la muerte de su hijo, acusado por la indigna matrona de haber atentado á su castidad (de la que sin embargo se cuidaba bien poco con gentes de la mas baja ralea que servian en las caballerias imperiales), y mas tarde, á cruel venganza contra esta mujer indigna y contra sus cómplices, ya que le era imposible de otro modo demostrar su justo enojo y el pesar que por la muerte de su hijo predilecto, una vez descubierta su inocencia, destrozaba su corazon.

En el testamento de aquel tan grande como infortunado emperador, pagando mas tributo al amor paternal que á la razon política, dividió sus vastos estados entre los tres hijos que acabamos de mencionar, á

los cuales habia asociado como césares dos de sus próximos parientes, Dalmacio y Anibaliano, primero y único César romano este último que recibió el título de *rex*, pues todos los demás usaban y usaron el de *nobilísimos*; y como era natural sucediese, á los herederos legítimos se unieron bien pronto como pretendientes otros cinco primos, dos hermanos del emperador difunto, y aun algunos principales cortesanos, aprovechándose de encontrarse ausentes de Constantinopla los Césares en tan críticos momentos. Bien pronto tuvieron noticia los hijos de Constantino de tales manejos, y llegando el primero Constancio á la capital, se apoderó de los que pretendian dividir con ellos el imperio, dándoles muerte; y como al mismo tiempo surgiesen diferencias entre Constantino y Constante por no estar contento el primero con la parte que le habia tocado, recurrieron á las armas muriendo este en la lucha, con lo que ya quedaron dominadores, puede decirse, de todo el orbe entonces conocido, Constante y Constancio, conviniendo en que el primero reinase en todo el Occidente y el segundo en Oriente.

Este es el periodo del gran cisma de los arrianos, que tantos disturbios y tanta sangre habia de costar á la humanidad. La herejia de este sacerdote de nacion líbica, y rector de una de las nueve iglesias de Alejandría (1), cundió rápidamente, y produjo en la capital bizantina escenas sangrientas que de aquí en adelante forman el repugnante fondo sobre que se destacan todas las figuras del cuadro histórico que Constantinopla ofrece á los ojos del observador, lo mismo bajo la dominacion cristiana que bajo la musulmana. Paulo, obispo de Constantinopla nombrado por Constantino, y despues desterrado por él, fué llamado á su silla por Constancio, y desposeido nuevamente por un concilio, celebrado en la capital, le reemplazó Eusebio de Nicomedia, que murió en breve. Con ocasion de esta vacante, los

(1) Arrio quiso explicar la existencia de Cristo, y presentó la generacion del Verbo como la idea architípica que despues es realizada por el artista: no niega el Verbo, sino la Encarnacion del Verbo. Los ortodoxos creemos que Cristo es como el pensamiento eterno de Dios, coexistente con su actividad eterna, de la misma sustancia que Dios, y Arrio reconocia en él la fuerza, la verdad, el porvenir, pero no queria identificarlo con Dios. Tampoco hacia de él un hombre, sino un sér distinto, de sustancia análoga á la de Dios, una criatura típica que Dios engendró para que sirviera de modelo á los hombres. Su teoría era un ensayo de explicar la Trinidad compaginándola con las ideas platónicas sobre el Verbo, delirio que trae á nuestra memoria el de algunos titulados filósofos, que pretenden amalgamar el cristianismo esencialmente divino, con sectas filosóficas modernas meramente humanas.

católicos querian restablecer á Paulo, y los arrianos á Macedonio, enconándose tanto los ánimos, que unos y otros contendientes, olvidando los preceptos y máximas evangélicas, acudieron al vulgar y bárbaro recurso de las armas, para dirimir su contienda. Difícil hubiera sido conocer el resultado de la lucha entablada, que costó la vida al jefe de la caballeria imperial, muerto á manos de fanática multitud, porque quiso arrancar á Paulo de una iglesia donde se habia refugiado, si Constancio no hubiera acudido rápidamente desde Antioquía, donde á la sazon se hallaba, imponiendo respeto con su presencia á los dos partidos beligerantes. A instancias del pueblo y del senado perdonó á la ciudad y desterró á Paulo; pero ya quedaba arrojada la semilla que habia de producir la division de las iglesias griega y latina.

Tambien en el reinado de Constancio, y como nota característica de él, encuéntrase la gran influencia palatina de los eunucos, llamados con acertada frase por un escritor contemporáneo, ministros de las voluptuosidades del emperador, y que aspiraban á ser ministros del imperio; costumbres é influencia que se creia eran solo propias de la época muslímica, y que, como otras muchas de la historia de los mahometanos, no fué mas que importacion en la sociedad musulmana de romanas prácticas. Eusebio, aunque eunuco, llegó á ser el gran dignatario áulico de Constancio, y á ejercer un verdadero dominio sobre el monarca; que esto sucede siempre que el refinamiento del lujo y la molicie abate el espíritu, hundiéndole en la vergonzosa servidumbre del vicio.

Las guerras contra Sapor, rey de Persia, absorben no escasa parte del reinado de Constancio, que, aunque educado, como sus hermanos, por los mas célebres filósofos, oradores y jurisperitos, y por su mismo padre, en el conocimiento de los hombres y del gobierno, distó mucho de ser digno sucesor del autor de sus dias. Su hermano Constante entre tanto era destronado y muerto por los sicarios del usurpador Magnencio, que se hizo proclamar emperador de Occidente; trono usurpado que le disputó bien pronto Nepociano, sobrino de Constantino, terminando aquellas luchas por la intervencion de Constancio, el cual, aparentando querer vengar á su hermano, se puso en

armas contra los usurpadores, consiguiendo la muerte de estos y quedar único poseedor de todo el imperio, en mal hora dividido por su padre.

En medio de la debilidad que formaba el fondo del carácter de este príncipe, se dejaba arrastrar, acaso por la misma causa, á los mayores extremos de crueldad, hasta el punto de que, como fuese antigua costumbre la de presentar al emperador las sentencias de muerte antes de ejecutarlas por si queria ejercer su alta prerogativa perdonando á alguno de los condenados, lo cual se habia verificado en mas de una ocasion durante el mando de sus prodecesores, Constancio las confirmaba todas, sin que ni la misma emperatriz se atreviese á implorar su clemencia en favor de los desgraciados que iban á morir.

A la muerte de Constancio (361), que recibió el bautismo, como su padre, en tan supremo instante, Juliano, llamado el *Apóstata,* sobrino del fundador de Constantinopla, le sucede, apresurándose á marchar sobre la ciudad del Bósforo donde fué recibido con verdaderos transportes de entusiasmo. Y no era extraño sucediera de esta suerte. Los abusos cometidos á la sombra del débil y pobre carácter de Constancio habian llegado á tal extremo, que disculparian la acogida hecha por aquel pueblo cristiano á un atrevido usurpador, educado tambien en el cristianismo pero apóstata de la religion verdadera, si no tuviésemos hartas pruebas de la versatilidad de aquel falso y mudable pueblo, en que se habian confundido todas las malas condiciones de las razas de Oriente y de Occidente. En la casa imperial el lujo escandaloso habia llegado á tanto, que Juliano encontró en ella *mil* cocineros, *mil* barberos, y á este tenor una multitud casi innumerable de eunucos.

Semejante desórden, tan desdichado desconocimiento de los deberes de los príncipes y de la difícil ciencia de gobernar, no podia producir otros resultados. Habian de pasar muchos siglos, y aun tienen que trascurrir no pocos años, antes de que los hombres colocados al frente de los pueblos comprendan los inmensos deberes de su penosa mision; sin que por esto sea de ellos toda la culpa, sino de la marcha natural de los sucesos, del estado de adelanto en que los mismos pueblos se encuen-

tran, y de las naturales condiciones de la índole humana, que rara vez sabe aplicar á tiempo la máxima que en nuestro pobre juicio encierra todo el problema de la felicidad de los individuos, de las familias y de las naciones: saber detenerse para conseguir avanzar. Si todos hubieran sabido detenerse á tiempo en el camino de las prosperidades y de las ambiciones, la humanidad no encontraria en la historia de su pasado esas inmensas desdichas que oscurecen siempre los cortos dias de su ventura.

Constantino, por sus victorias, su politica, sus leyes, su conversion, parece debiera haber asegurado para siempre en su nueva ciudad la paz y la dicha del mundo; pero como ha dicho con grande acierto un escritor contemporáneo, Constantinopla habia recibido en herencia de Roma el pecado original de su madre: el mundo vencido estaba harto de cónsules, de procónsules y de emperadores. Millones de hombres llamados bárbaros por los ciudadanos de una sola ciudad, volvian sus miradas hácia la Italia por encima del Ponto Euxino, atentos al ruido de las divisiones intestinas en que se agitaban los vencedores, y esperando el momento propicio para romper la fuerte esclusa que el brazo poderoso de Constantino habia elevado sobre el Bósforo de Tracia y las arenas danubianas.

El dia de las represalias se acercaba, y los guardadores del Imperio no se apercibian de ello: los tres hijos de Constantino, léjos de continuar las gloriosas tradiciones de su padre, parecia que con sus discordias habíanse propuesto inaugurar el período de la completa decadencia y ruina del Imperio, animando con su depravado ejemplo á los ambiciosos y á los heresiarcas. Las predicaciones del Evangelio, la fé decretada por los venerables ancianos de Nicea, esparcia apenas por el mundo sus admirables máximas de caridad fraternal y de congregacion pacífica, únicas que, dando por resultado una poderosa fuerza moral y material, podian conjurar la invasion de los bárbaros. Por desgracia no sucedia así, y el Oriente continuaba las faltas del Occidente. El emperador Juliano, discípulo de la escuela escéptica de Atenas, al apostatar de la fé cristiana, daba nueva vida á los dioses vengadores, padres del paganismo, y tanto en el promontorio Tracico,

como en el Queresoneso Taurico, se elevaron nuevamente los altares, donde la humanidad debia seguir ofreciendo en ciega hecatombe la sangre de sus hijos desventurados. Cuarenta años habian transcurrido apenas desde la muerte de Juliano, cuando Atila, el azote de Dios, levantó su frente enrogecida sobre los horizontes del mar Negro. Atila tambien habia sido educado en la fé cristiana; pero cuando los principes de la civilizacion oriental apostataban, bien podian los bárbaros seguir tan alto ejemplo. El arrianismo y la apostasía penetraron en las tiendas nómadas de los Hunos; el mundo se entregó á disputas sin límites y tras de ellas el imperio habia de encontrar su total aniquilamiento, hundiéndose para siempre en un mar de sangre.

No lo olvideis, gobernadores de los pueblos, fundadores de monarquias, conquistadores insaciables, ha dicho acertadamente un escritor contemporáneo (1). Roma no quiso contentarse con ejercer su dominacion en los territorios comprendidos entre los Alpes y el golfo de Tarento, entre el Mediterráneo y el Adriático, el mas hermoso pais del mundo, sino que pareciéndole estrecho quiso conquistar las Galias, la Iberia, la Pannonia, la Germania, el Africa, el Ponto, la Scythia, la Persia, el Asia menor, la Grecia, la Macedonia, toda la tierra, en fin, tal como Teodosio la representaba en su mapa, corriendo el cuarto siglo de Jesucristo. Cuando Roma sometia un pueblo, escogia lo mas selecto de los prisioneros, y cargando de cadenas á aquellos bárbaros, los llevaba abrumados de vergüenza detrás de su carro triunfal, haciéndoles blanco de los insultos y de las bufonadas del pueblo rey. Con frecuencia los príncipes, los jefes de aquellos bárbaros, adornaban el cortejo del cónsul victorioso, y levantaban con sus piés desnudos el polvo de la via Apia. Elevábanse despues por todas partes arcos de triunfo, esos eternos provocadores de represalias, esos insultos monumentales á los pueblos vencidos, esas humillaciones petrificadas, que llaman pronto ó tarde el martillo de los humillados. El carro triunfal habia pasado; pero los cinceles de los escultores le inmortalizaban sobre el granito; pero los simulacros de los bárbaros se destacaban sobre las cornisas; pero las estátuas de los

(1) Méry.

reyes lloraban su esclavitud, y los bajos relieves con permanente vida guardaban afrentas inolvidables sobre los estilobatos de las columnas, las curvas de los arcos, los vastos lienzos de los muros capitolinos. El universo conocido habia enriquecido con sus despojos ópimos los templos de Júpiter Tonante, de Marte, de la Fortuna Viril, de Venus victoriosa. Solo el templo de la Concordia estaba vacío; el templo de Jano veia enmohecerse el hierro de los goznes de sus puertas, nunca cerradas. Los mejores, los mas tolerantes, los mas sábios entre los príncipes, Trajano y Antonino, cedieron tambien á la embriaguez del triunfo, é inmortalizaron sus victorias sobre el mármol mas puro, mas épico, mas injurioso que Paros habia dado á los escultores. Constantino mismo, por último, y Tito, *las delicias del género humano*, elevaron las cornisas de sus monumentos, cubiertas de bárbaros vencidos, delante del sangriento coliseo, donde resonaban como suspiros del infierno las maldiciones de los moribundos. Tenia pues que llegar mas ó menos pronto el *gran dia, el tiempo inevitable* profetizado por el poeta, *summa dies et ineluctabile tempus;* el dia en que el vencido convertido en vencedor derribase «con injurioso pié la erguida columna,» *injurioso pede stantem columnam.* Los sordos estremecimientos que preceden á las tempestades, sentíanse sobre las cabañas de los bárbaros y en las soledades de la Pannonia, y en las orillas de los rios que caen en el mar Caspio, y las riberas todas del Ponto Euxino. Entre aquellos dos millones de bárbaros que vagaban pidiendo un pedazo de pan sin recibirlo en medio de la inmensa Roma, encontrábase mas de un aventurero que, rompiendo su fé de cautivo, se encaminaba hácia Brindis ó Anxur, y oculto en las sentinas de los barcos de la Quersoneia reaparecian en cualquier muelle del Euxino é iban á la morada del Scita, del Dacio, del Pannonio, del Sarmata, á contarles lo que habian visto en Roma; y al escuchar sus narraciones, los ojos de los bárbaros dirigian al Occidente miradas feroces, y la punta de sus puñales seguia la direccion de sus miradas. El gran nombre de Constantino fué todavía bastante poderoso para detener á los bárbaros mas allá del Danubio, pero su muerte y las divisiones intestinas estallando en la corte de Constantinopla, y los cismas desolando la cristiandad naciente, y la

apostasia abatiendo el lábaro triunfante, desencadenaron la invasion que rompió todos los diques del Euxino. La inminencia del peligro devolvió la conciencia de su situacion á la corte de los emperadores de Oriente. Joviano se apresuró á abjurar la apostasia de Juliano su predecesor; Valente y Teodosio el Grande levantaron de nuevo la cruz de Constantino en los templos de la Roma oriental, y marchando contra los bárbaros bajo el estandarte de Cristo, les empujaron hasta sus desiertos y defendieron las orillas del Bósforo de una invasion. Pero los grandes jefes faltaron; sucedieron los débiles á los fuertes. Alarico habia invadido la Italia, y dado, á pesar de sus descalabros, un golpe terrible al imperio de Occidente, porque enseñó de nuevo á los hombres del Norte el camino de Roma, camino olvidado desde tiempo de Breno. Teodosio II, hijo de Arcadio, era muy jóven y muy débil para continuar la obra de su abuelo Teodosio. Reaparecen las divisiones; las malas semillas arrojadas por Juliano germinan vigorosas; el cisma vencido en Nicea repasa la Propontide; cubre con su voz tumultuosa las dos orillas del Bósforo; y resplandor siniestro refleja sobre el Ponto Euxino, anunciando el azote de Dios; era el rayo de Atila.

Los desiertos, las florestas, los valles, las montañas, los rios de la Europa salvaje y de la llanura del Asia habian dado sus contingentes á aquel ejército de Hunos, conducido por el rey de la devastacion; y los bárbaros quisieron justificar el nombre que el orgullo romano les habia dado. No era para ellos cuestion de conquista sino de destruccion. Allí acudieron de los montes Cárpatos, del Tanais, del mar Caspio, de las pantanosas lagunas Meótidas, del Boristenes, de todas las zonas inclementes donde la dureza del aire despierta en el hombre la sed de sangre. Era la emigracion completa de la barbarie corriendo á la ruina de la civilizacion. Hombres, mujeres, viejos y niños, carros de tribus nómadas, rebaños de ganados sin número, caballos de largas crines, todo se lanzaba en confusion formidable hácia la ciudad de Constantino, peristilo de la aborrecida Roma, y segunda capital del imperio de Occidente. Aquellos hombres de la desolacion y de la venganza, cubiertos con pieles de bestias salvajes, y la cabeza con pesados cascos, bajo los cuales salian sus largas é incultas cabelleras, con sus hor-

ribles y aplastados rostros ennegrecidos por el sol, parecian extender sobre la tierra una especie humana desconocida, ó gigantescas legiones de las edades antidiluvianas. Atila conducia aquel inmenso tropel de fuerzas humanas al pasturaje del mundo, y marchaba á su cabeza, sacudiendo su negra lanza, partiendo el pan negro con sus fieles guerreros, bebiendo el agua de las fuentes en el hueco de la mano, durmiendo, cubierto de grosera manta, bajo los árboles ó bajo las estrellas, dando así á todos el ejemplo de esas virtudes salvajes que divinizan á un jefe, y que arrastran en pos de él á la multitud. Aquel humano huracan, aquella tromba viviente, pasó sobre Constantinopla, y abatió todas las cruces santas, como la tempestad abate las espigas; la estátua ecuestre de Constantino cayó al suelo delante de la iglesia de los Apóstoles; y el estandarte del Lábaro fué arrojado á las aguas del Bósforo. Algunos hombres de poca fé dudaron entonces de la palabra de Cristo, y creyeron que las fuerzas del infierno habian prevalecido contra la Iglesia: rasgóse el velo del templo como en Jerusalen; los arrianos se convirtieron; los sectarios de Juliano el Apóstata se arrodillaron delante de las reliquias del Calvario, dadas por santa Elena á la ciudad de Constantino, y los santos obispos, cubierta la cabeza con el lino sagrado, esperaron confiadamente la brisa del cielo, que levanta las espigas despues del huracan.

Y el azote de Dios pasó: tenia que terminar su mision. Constantinopla era la primera etapa de aquel ejército indescriptible que debia caer sobre la Italia y sobre Roma, la cual parecia haber abierto de propósito la via Apia para facilitar la invasion de Atila; y el gran camino, pavimentado con trozos de roca, retembló bajo los piés del rey de los Hunos. Pero antes de llegar al término de su marcha devastadora, asolaban la magna Grecia, decapitaban los templos de Pesto, destrozaban sus jardines de rosas con las ruedas de los rudos carros, esterilizaban la feliz Campania, demolian á Capua, saqueaban el templo de Augusto en Nola, y destrozaban los circos, los templos y los monumentos de los suburbios de la campiña romana, hasta llegar Atila ante los muros de Roma, como el ángel exterminador ante las ciudades de Pentápolis.

Pero allí un anciano venerable dijo al rey de los Hunos, como Dios al Occéano: «De aquí no pasarás;» y el feroz guerrero detúvose por la primera vez ante el pontífice Leon; y ¡cosa estraña! la mirada de aquel venerable sacerdote, pronto para el martirio, fué mas poderosa con su dulce debilidad, que todos los ejércitos de la tierra. Sálvase Roma; sus templos, ya cristianos, ya gentiles, fueron respetados; y desde aquel dia la invasion de los hombres del Norte tomó diverso carácter, porque la influencia del vencedor pacífico de Atila, haciendo conocer á los invasores la nueva religion, convirtióles, por misterioso arcano, en breve tiempo á ideas completamente desconocidas para ellos, rudos guerreros que parecian enviados por providencial destino para ahogar la civilizacion pagana.

Constantinopla ve comenzar para ella una nueva era despues de la muerte de Teodosio II, periodo en el cual los cismas, que por desgracia afligian á la Iglesia, movieron mas ruido que las guerras.

La raza imperial, hija de Teodosio, extinguese oscuramente con Anastasio I, y cede el puesto á la raza Justinianea, cuyo último emperador será Focas, y que habrá de reconocer la supremacía de los papas y someter el rito griego al poder romano; medida tanto religiosa como política, con la que aquel emperador creyó poder terminar las disputas y las controversias religiosas, que amenazaban ser eternas en Constantinopla, ya olvidada de Atila, y que volvia de nuevo sus miradas á la apostasía de Juliano, apenas recordado el peligro de la pasada invasion.

El cisma de Eutyches, condenado en el concilio de Calcedonia, encontró bien pronto quien le prestase apoyo en el emperador Zenon, que entró triunfante en Constantinopla, haciendo en seguida poderosos esfuerzos para reunir á todos los cristianos del Oriente en una misma comunion ortodoxa. Revueltas continuas siembran de luto y de desolacion toda la Europa durante el reinado de este emperador, y Teodorico funda en Italia el reino de los ostrogodos. Anastasio sucede á Zenon, mostrándose favorable á los heresiarcas, y en su tiempo los Hunos, los Godos y los Búlgaros amenazan constantemente á Constantinopla, por lo que, para contener sus invasiones, edificó una muralla de cuarenta

millas de longitud, cerrando el espacio comprendido entre el mar Negro y el mar de Mármara, á imitacion del muro de Trajano ó de la muralla de los Pictos.

Pero es triste condicion de la humanidad, que formará su nota característica hasta que la verdadera civilizacion del Evangelio haya hecho de todos los hombres, separados por nacionalidades pasajeras, una sola raza de hermanos, unidas por la única fraternidad posible, la de luchar constantemente cuando no en guerras de las que se llaman extrañas, en luchas intestinas por opiniones encontradas, por ideas abstractas, y á veces por meras palabras. Constantinopla gozando de paz, protegida por aquel infranqueable muro, parece como si se hubiera declarado á sí misma la guerra, y continuó sus constantes disputas teológicas ó filosóficas que, comenzadas por Arrio, no debian terminarse sino ante la invasion de un segundo Atila, mas terrible que su predecesor. Y no se limitaron aquellas disputas á luchas escolásticas y de academia, sino que las herejías de Arrio y de Eutyches hicieron tan numerosos y fanáticos prosélitos, que al fin estalló una guerra de religion. Vitalieno al frente de sesenta mil hombres marcha sobre Constantinopla, y sus bajeles consúmense abrasados en el Bósforo por fuego destructor, invencion de un filósofo ateniense, diverso, sin embargo, del fuego griego de Calinico. Justino, sucesor de Anastasio, consigue la concordia de la Iglesia de Oriente, decreta universal sumision á las decisiones de los concilios de Nicea y de Calcedonia, y prohibe que los heresiarcas pudiesen obtener empleos oficiales ni distinciones; á pesar de cuyos buenos propósitos y medidas, tan necesarias en un país siempre amenazado por vecinos belicosos, y cuya seguridad no podia apoyarse sino en los beneficios de una larga paz interior, nuevas sediciones religiosas estallan en Constantinopla en medio de las solemnidades de los juegos circenses, lo cual dió pretexto á que el emperador los suspendiese en todos sus dominios.

Una época de verdadera prosperidad y grandeza principió en breve. La estrella de Belisario se levanta sobre el horizonte de la historia oriental. Justiniano es aclamado emperador, y señala el principio de su reinado con señaladas victorias conseguidas contra los bárbaros que,

habiendo pasado el Danubio, fueron derrotados por Germanico, sobrino del emperador, y vencidos y sometidos igualmente los pueblos situados entre el Phasis y el Tauro, que manifestaron culpables intentos contra Constantinopla. Justiniano aprovechó tan buenos auspicios para atender á la gobernacion interior de sus estados, siempre quebrantada por disputas y contiendas religiosas y de ambiciones personales, y principió la promulgacion de su famoso código, reduciendo á meditada filosofia y fácil legislacion el cúmulo inmenso de leyes romanas que, segun el dicho de Eunapio, era carga de muchos camellos. Aquel código donde los legisladores futuros habian de encontrar el verdadero reflejo de toda la sabiduría antigua y la base de sus modernos cuerpos legales, contribuyó poderosamente al mejoramiento de las costumbres públicas y á establecer órden y concierto, y por lo tanto prosperidad, en todos los ramos de la administracion, conseguido lo cual convirtió su atencion el emperador á los cuidados que reclamaban las ciudades de sus dominios, que privadas de recintos fortificados se encontraban siempre á merced de los invasores en ambas orillas del Euxino. No contento con esto, atendió tambien al engrandecimiento artistico, que tanto contribuye al verdadero progreso de los pueblos, y levantó por todas partes, y sobre todo en Constantinopla, soberbios edificios donde parecia volver á nueva vida el arte griego y romano; llegando en su afan de demostrar su horror al vandalismo de su época, hasta el punto de levantar sobre sus ruinas la noble ciudad de Palmira, destruida por Aureliano, reedificada por Diocleciano, y devastada y destruida de nuevo en los principios del siglo sexto.

La promulgacion del código Justinianeo, anunciada al mundo en 529, y la sumision del gran legislador al soberano pontífice Bonifacio II, dieron á Constantinopla nueva vida, hasta el punto de que hubiérase dicho que la edad de la barbarie habia pasado para no volver, y que la antigua Roma de los patricios renacia sobre el Bósforo para dar al universo leyes y virtudes nacidas del pensamiento cristiano, leyes y virtudes de la civilizacion verdadera.

Pero Constantinopla parecia destinada á eternas inquietudes. Nueva invasion de bárbaros la amenaza, cuando los Eslavones, aquellos pue-

blos originarios de las razas del Don y del Volga, aparecen sobre las orillas del Euxino, á la vez que los Búlgaros pasan el Danubio y se dirigen á los Balkanes, y la Persia amenaza tambien á Constantinopla, llegando su general Azarethé á pasar el Eufrates y tomar el camino del Bósforo. Todo parecia conjurarse contra la capital del imperio, pues hasta Belisario, que mandaba el ejército de Justiniano, fué derrotado en Calinico. Aquella derrota fué sin embargo la noche tras de la cual debia alzarse esplendente la aurora y el largo dia de sus triunfos, con los que consiguió detener á los Persas en el camino de Constantinopla, obligando á Cosroës, el mas sabio de los reyes que gobernaron la Persia, á ajustar una alianza con Justiniano.

Constantinopla comenzaba á respirar tranquila, cuando las turbulencias interiores volvieron á turbar su paz. Las antiguas facciones formadas á consecuencia de las disputas del arrianismo, adormecidas cuando la guerra exterior desolaba el Euxino, despertaron á los primeros resplandores de la paz, comenzando sus actos sediciosos en el vasto recinto del circo, y los mismos hijos de la gran ciudad aprestáronse parricidas para destrozar las entrañas de su madre. Hallábase Constantinopla en todo el apogeo de su magnificencia. La punta de tierra que avanza sobre la rada, era un verdadero paraiso, que recordaba el que el emperador Gallo habia levantado en Arles á las orillas del Ródano. Los bosques de mirtos, los sicomoros, los fresnos salvajes y las acacias mezclaban en aquella floresta sus verdes ramas, cubriendo rotondas de mármol, capillas cristianas, estátuas de héroes y de mártires. No lejos del palacio del emperador desarrollaba su elipse aquel célebre circo, igual en dimensiones al de Flaminio, porque Constantinopla, aunque cristiana, necesitaba todavia los placeres de la Roma pagana, si bien ya no corria la sangre en aquellos populares espectáculos. Veiase sin embargo en el vasto recinto, como en los antiguos tiempos, la *spina* cubierta de estatuas y obeliscos; la doble *meta* para los carros, los *proceres* y los anchos *vomitorios*, todo en fin escepto el humano sacrificio, los pobres gladiadores ó los mártires cristianos destinados á morir, para que encontrase emociones dignas do su *grandeza* el pueblo rey. Mas allá levantábase vario y rico agrupamiento

de basílicas, de palacios, de baños y de monumentales edificios, dominándolos á todos en una altura, Santa Sofía, la maravilla de la arquitectura bizantina, edificada por Constantino y enriquecida por la piedad de Elena.

Tantos encantos no eran parte á detener en su obra de verdadera barbarie á los hijos de la gran ciudad. Reducidas las facciones á exigua existencia si habian de contentarse con la estéril lucha de sus mútuos rencores, comprendieron que les era mas útil adunar sus esfuerzos contra un enemigo comun, y se reunieron con una sola aspiracion (por lo menos hasta que ya no se creyeron necesarios los unos á los otros), contra el emperador, sus ministros y sus favoritos, llegando á tanto su audacia que trataron de apoderarse de la ciudad por sorpresa y entregarla al saqueo, yendo mas allá en sus furores que los mismos bárbaros. Ni la inocencia detuvo el acero, ni la belleza de los monumentos la tea de los incendiarios. El asesinato, la devastacion, el pillaje con todos sus horrores sembraron de ruinas y de muerte los extensos ámbitos de la ciudad constantiniana; los palacios, los edificios públicos y particulares, y hasta la santa basílica de Santa Sofía fueron consumidos por el incendio. Aquel rio desbordado necesitaba un fuerte dique y no era en verdad bastante á conseguirlo Justiniano, que mas bondadoso que enérgico, mas humano que ambicioso, consideró que no merecia la corona conservarse á precio de un mar de sangre, y prefirió abandonar la ciudad, cruzar el Bósforo y ganar la Trácia seguido de los pocos amigos que quisieron compartir su suerte. Dios, sin embargo, en sus inexcrutables arcanos, lo dispuso de otro modo; y una mujer, la emperatriz Teodora, demostró una vez mas que en las crísis solemnes de la vida tienen las mujeres un valor superior al del hombre. Con sus enérgicas palabras detuvo al emperador que ya ponia su pié sobre la ligera embarcacion que debia conducirle al otro lado del Bósforo, y despertando en él los heróicos sentimientos de sus abuelos, decidióle á sucumbir luchando.

Por ventura, Belisario, el gran general que habia salvado el imperio de las invasiones de los persas, estaba al lado del emperador y resolvió hacer un esfuerzo desesperado para vencer la sedicion y conservar lo

que todavia pudiera salvarse de la destrozada ciudad. A la voz del glorioso general, que tantas veces les habia conducido á la victoria, los soldados acudieron fieles á sus puestos, y en breve un ejército leal marchaba contra el Circo, donde 50,000 rebeldes se habian encerrado, convirtiéndole en casi inexpugnable fortaleza. La batalla no se hizo esperar, y generalizada bien pronto por todos los extremos del vasto edificio, presentaba horrible cuadro de exterminio y de destruccion, alumbrado como gigantescas antorchas por los incendiados monumentos, envueltos en las sinuosas y ondulantes ráfagas de rojizas llamas y de torbellinos de humo denso. Cuando tan terrible conflicto tenia lugar, los rebeldes habian ya nombrado un nuevo emperador que les incitaba enérgicamente á la pelea, puesto que bien conocia Hipacio, que tal era el nombre del usurpador, le iba en ello no solo la codiciada corona, sino la vida. La lucha continuaba cada vez mas encarnizada, y estaba indecisa la balanza del triunfo, cuando para vergüenza de los bizantinos, que así desgarraban el seno de la madre patria, los mismos bárbaros, que otras veces habian amenazado á Constantinopla, acudieron, llevados por un sentimiento de amor á la justicia que siempre distinguió á aquellos pueblos, á colocarse bajo las banderas de Justiniano y á combatir por él contra los rebeldes. Todavía despues de esto duró la terrible batalla un dia y una noche sin cesar un punto. Treinta mil rebeldes, sin contar los leales, murieron en aquella terrible hecatombe, ofrecida en aras de la locura y la soberbia. El Circo convirtióse materialmente en un lago de sangre; y tantos cadáveres fueron sacados de entre ellos por la puerta oriental, que recibió desde entonces el terrible nombre de *puerta de los muertos.*

Por ventura las nuevas que á la sazon llegaron de Africa, dieron tregua á las discordias civiles de Constantinopla. Gelino, nieto de Genserico, habia establecido á los vándalos en Africa, y semejante vecindad era constante motivo de inquietud para Justiniano, que encontraba en aquel fecundo suelo abundantes cosechas de grano, mas de una vez comprometidas al otro lado del Euxino por las sediciones de los bárbaros. En su consecuencia y para desvanecer sus recelos, quiso asegurarse de la posesion de aquellas fértiles comarcas, á cuyo fin partió de

la Propóntide con quinientos buques de transporte, dirigiéndose sobre la reedificada Cartago. Auxiliado en aquella importante empresa por Belisario, sus victorias fueron tantas como sus combates y batallas, llegando la buena suerte de sus armas hasta á haber hecho prisionero al rey de los vándalos Gélimer, volviéndose á Constantinopla con tan señalada fortuna, despues de haber establecido leyes civiles y cristianas en las provincias de Africa. Agradecido el emperador á los buenos servicios de su predilecto general, otorgó los honores del triunfo á Belisario, que entró en Constantinopla á la antigua usanza romana, sobre carro triunfal, seguido de los bárbaros vencidos con su rey Gélimer, á quien, acaso por escarnio, acaso por respeto, se habia dado un manto de púrpura.

Despues de tan señalada victoria, la previsora mirada de Justiniano fijóse en Italia, donde la dominacion de los ostrogodos y de los descendientes de Odoacro en el trono de Roma inspirábanle serios temores; y tomando pretexto de los crímenes de Teodato, sobrino de Teodorico, y del traidor asesinato de la cristiana reina Amalasonte en una de las dos islas solitarias del lago de Bolsena, envió á Italia al vencedor de Gélimer. A su paso para la ciudad de Rómulo, tan esforzado y sabio general como hábil político, apaciguó las turbulencias de Sicilia, y despues de entrar en Nápoles continuó su marcha sobre Roma, en cuya ciudad Teodato, acusado de traicion por su ejército, fué asesinado por los mismos soldados, que nombraron para sucederle á un guerrero de fortuna llamado Vitiges, el que, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo impedir que Belisario entrase en Roma sin hallar resistencia, y que en poco tiempo quedase toda la Italia sometida á Justiniano. No era sin embargo Vitiges débil carácter que cediese ante los reveses de la fortuna, y bien pronto dirigióse sobre Roma al frente de formidable ejército, pareciendo imposible que Belisario pudiera resistir el asedio con la escasa guarnicion de que podia disponer, por haber tenido que dejar en las ciudades de la magna Grecia, del Brutium y de la Campania, fuertes destacamentos que asegurasen las ventajas obtenidas, y en caso necesario cubriesen su retirada. Un año entero resistió heróicamente el bizantino, y auxiliado por una escuadra que le envió

Justiniano y que logró arribar á Ostia, decidióse á fiarlo todo al éxito de una batalla, y saliendo de Roma al frente de cinco mil guerreros, obtuvo completo triunfo contra Vitiges en la vasta llanura que atraviesa la via Flaminia, obligándole á levantar el sitio y mas adelante á declararse completamente sometido á las armas del vencedor de Gélimer.

Ya era tiempo: mientras Belisario sometia á la Italia, Cosroës amenazaba á Constantinopla, y aquel incansable general, con una rapidez que causa verdadera maravilla, al recordar lo difícil de las comunicaciones en aquella época, apenas conquistada Rávena, último refugio de Vitiges, aparece sobre el Euxino para combatir á los persas, y lucha y vence, y la égida de su nombre y de su valor libran á Constantinopla de la constante amenaza de sus enemigos. Como á la sazon un nuevo meteoro atravesara la Italia desolándola, Belisario aparece de nuevo á las orillas del Tiber, y salva á Roma del furor de Totila, volviendo á Constantinopla sin terminar la completa sumision de aquel nuevo enemigo, por obedecer las órdenes de Justiniano, que confia á Narses la terminacion de aquella campaña. El astro de Belisario se eclipsa ante el del nuevo general, afortunado tambien en sus empresas. La palabra traicion, pronunciada á deshora por envidiosos aulicos en los consejos de Justiniano, determinan la caida del vencedor de Cosroes, que muere segun unos en la miseria y ciego, pidiendo limosna con su glorioso casco en la mano, delante de la estatua ecuestre de Adriano, segun otros, y parece version mas exacta y conforme con el carácter de Justiniano, habiendo merecido de nuevo el favor y aprecio de este, que le devolvió con su estimacion las altas dignidades de que le habia desposeido en un momento de alucinacion.

Al recorrer la historia de Constantinopla, el reinado de Justiniano preséntase como para vindicar á ese período tan profundamente despreciado con el denigrante nombre de Bajo Imperio, de los ataques que con mas ligereza que conocimiento, se le dirigen. Teniendo que sostener desde la ciudad del Bósforo constantes guerras con Godos, Hunos, Persas, Vándalos y Herulos, consigue tenerlos siempre á raya, no solo obligándoles á respetarle, sino conquistándoles territorios; realiza el

sueño de los emperadores cristianos, arrancando á Roma del poder de los Godos, para colocar en ella la Cátedra de San Pedro, y sin que tan vastos propósitos le aparten de los fecundos y verdaderos caminos de la prosperidad de los imperios, mientras sus soldados combaten contra multitud diversa de enemigos en las tres partes del mundo entonces conocidas, los artistas levantan los derribados altares, y ábrese de nuevo, dominando á todos los monumentos de Constantinopla, la gran basílica de Santa Sofía con arreglo á los planos del arquitecto Antemio de Tralles, secundado despues de su muerte por Isidoro de Mileto, basílica que desde entonces habia de ser respetada en lo porvenir, lo mismo por fanáticos iconoclastas que por sacrílegos conquistadores mahometanos.

Pero ¡ay! que parece destino siempre de los grandes hombres, el de no dejar tras de sí sucesores dignos de su fama. Justiniano muere en Constantinopla á la edad de ochenta y dos años, despues de un reinado glorioso de treinta y nueve, y su sobrino y sucesor Justino, designado por él mismo, es uno de esos emperadores de transicion, tan comunes en la historia, *una fecha mas que un hombre,* segun la oportuna expresion de un escritor de nuestros dias.

En el reinado de Justino el imperio perdió en Italia aquella preponderancia que habia conquistado en tiempo de Justiniano al precio de tanta sangre, á pesar de que Narses, anciano de noventa años, fuese todavía señor de aquella comarca, y de que su nombre y su fama mantuviesen alejados á los bárbaros de un país tantas veces devastado por ellos: pero desgraciadamente y por un accidente imprevisto, Narses tuvo noticia del mal juicio que merecia á la emperatriz y de las injurias de que era objeto; y aquel anciano venerable que tantos dias de gloria habia dado á su patria, convertido para la venganza en traidor repugnante, no encontró mejor medio para saciar su enojo que llamar al rey de los lombardos y entregarle la Italia, cuya conservacion le estaba confiada. Bien pronto arrepentido de su indigna conducta quiso volver sobre su acuerdo, pero ya era tarde; y un nuevo Atila con el nombre de Alboino, pero seguido de los mismos ejércitos de pueblos bárbaros y nómadas, se precipitó de lo alto de los Apeninos,

é invadió la Italia, y se dirigió á Roma, no atreviéndose sin embargo á atacarla por temor á las fortificaciones con que Belisario la habia puesto á cubierto de nuevos ataques. De este modo la hija seguia protegiendo á la madre; Roma debia la conservacion de su caduca existencia á la combatida Constantinopla.

No vivia sin embargo en ella el genio superior de Justiniano. Justino, olvidado de su glorioso antecesor, olvidado de su imperio y hasta olvidado de sí mismo, anticipaba en su palacio del Bósforo las voluptuosas costumbres de la raza que habia de dominar allí mas tarde, y dejaba que Alboino le arrebatase las conquistas de Belisario y Narses, y que el sucesor de Alboino procurase volver todas aquellas comarcas á la adoracion de los dioses del paganismo, en odio á la salvadora idea cristiana, asistiendo con la mas vergonzosa atonía al desmembramiento de la Italia, al establecimiento en ella de los duques lombardos, y á la amenaza constante de aquellas invasiones contra los dominios del imperio griego. Por fortuna la Providencia deparó á los bizantinos un salvador. Al ver en triste estado de verdadera imbecilidad, como natural consecuencia de sus excesos, á Justino, y á la patria próxima á su ruina, Tiberio, patricio de singular energía, decidió salvarla, y adoptado por el emperador, y ejerciendo en tal concepto el poder soberano, empezó por enviar una expedicion en socorro de Roma, reducida al último extremo por el pagano duque lombardo de Spoleto, socorros que salvaron á la capital del mundo cristiano, defendida heróicamente por el papa Benito I, de su completa ruina y de todos los horrores del paganismo victorioso; continuó por derrotar á Cosroës en gloriosa batalla á las orillas del Eufrates, demostrando que no habia muerto en los romanos de Oriente el heróico valor de los soldados de Sila, y por apoderarse mas adelante de la Mesopotamia; y acabó por devolver al decaido imperio bizantino, cuando ciñó la corona como emperador propietario, su perdido esplendor.

Mauricio en tanto, su digno y heróico general, derrotaba los ejércitos del nuevo rey de los persas Hormisdas, y se preparaba dignamente de este modo á ceñir la corona que le dejó Tiberio en su lecho de muerte.

Poco afortunado Mauricio en los principios de su reinado, vió derrotados á sus generales en la nueva campaña emprendida contra los persas, y á los bárbaros devastando la Mysia y estableciéndose en las orillas del Euxino, cercando á Constantinopla, sin poder conseguir que se retirasen sino despues de haber recibido fuertes sumas pagadas por el emperador. A tantas desgracias hubo que añadir bien pronto la de un incendio que asoló á la capital, y de un terremoto que arruinó muchos de sus artísticos monumentos; reveses de la fortuna que no lograron abatir el levantado espíritu de Mauricio, pues tan luego como empezó á reponer á su pueblo de tantas desgracias, intentó continuar la gran obra principiada por Justiniano. No creyéndose sin embargo en disposicion de distraer sus ejércitos que necesitaba para la seguridad interior y para las invasiones siempre amenazadoras de los pueblos vecinos, aprovechándose de la paz y alianza ajustada entre su predecesor y el rey de Francia, envió sus embajadores á Childeberto excitándole á invadir la Italia para arrojar á los lombardos, prometiéndole costear los gastos de esta guerra con los subsidios que enviaria desde Constantinopla. Childeberto, viendo en esto ocasion para aumentar sus estados y su influencia, aceptó la oferta, é hizo espediciones sin resultado á aquella Italia tan querida de los bizantinos, cuyos emperadores á pesar de hallarse en situacion que podemos llamar defensiva respecto de sus vecinos del Mar Negro y Caspio, miraban con verdadero amor la cuna de sus antepasados y sobre todo á Roma, sede universal de la Iglesia de Jesucristo. En este verdadero amor filial, pocos se distinguieron tanto como Mauricio, pues en su reinado los Persas hicieron esfuerzos desesperados no solo para invadir el imperio, sino para apoderarse de la codiciada Constantinopla, esfuerzos que mantuvieron en constante alarma al emperador para resistir aquellas tempestades que siempre avanzaban sobre las ondas del Mar Negro y del suelo de Tracia, donde no en vano creyeron habia nacido el demonio de la guerra, el *Mars Threicius*, ó dios Marte, de su simbólica teogonia.

Las turbulencias, siempre promovidas por la sed de mando, agitan á su vez la corte de Persia, y de tal suerte que se ve obligado su emperador á pedir auxilio al de Constantinopla, otorgándoselo este con

larga mano, pues le envió á combatir por él un ejército de 60,000 hombres; refuerzo que obligó al usurpador Varamo á huir, abandonando cuanto tenia, y que dió por inmediato resultado para los bizantinos, tratado de paz eterna con los Persas. Con esto parecia que Constantinopla debia ver asegurada su paz exterior por algun tiempo, pero si lo habia conseguido con los Persas, quedábanle todavía los inquietos Abaros, que aparecian por la parte de Odesus (hoy Odesa) y de Tomes, la célebre ciudad del poeta de los *Tristes;* necesitándose todo el esfuerzo y pericia del general bizantino Prisco, para abatir su orgullo en cinco combates, asegurando por algun tiempo de este modo la seguridad de Constantinopla.

Pero, ¡cuán mudables son los favores de la fortuna, y qué ingrata la humanidad! A raiz de los anteriores acontecimientos, cuando en paz duradera y estable con la Persia, y vencidos los Abaros, parecia llamada Stambul á gozar de la calma y de la tranquilidad que tanto habia menester, y á cultivar las fecundas artes de la paz protegida por su emperador, aprovecharon los pretorianos el reposo para proclamar nuevo emperador y derrocar al legítimo, Mauricio. Como era difícil encontrar motivo que cohonestase su accion indigna, culpábanle de haber ajustado una paz innecesaria con Cosroës; y aclamaron á Focas, que se dirigió rápidamente á la ciudad para ocupar el usurpado trono, y que no contento con tan indigno proceder, persiguió tenazmente al fugitivo Mauricio, hasta encontrarle y hacerle sufrir vergonzosa é inmerecida muerte por mano del verdugo. La pobre víctima, acordándose de la resignacion cristiana que animó á los mártires, exclamó, elevando los ojos al cielo al exhalar el último suspiro en un triste dia del mes de Noviembre de 602: «Señor, sois justo.»

Bien pronto Focas sufrió las consecuencias de su infame conducta. Indignado el rey de Persia al ver de tal suerte asesinado á su antiguo valedor, rompió el tratado de perpétua paz con él ajustado, comenzando de nuevo la guerra que por espacio de veinticinco años desoló el imperio bizantino. En vano Focas, obligado á dejar su ociosa y muelle vida por atender á la defensa de la patria y del usurpado trono, pretende oponer sus soldados á los innumerables ejércitos que por todas

partes levanta Cosroës. Los Persas invaden todas las comarcas vecinas; se apoderan de Jerusalen, y renuevan para la ciudad santa los terribles dias de Ciro. A su vez los judios, animados por el éxito que obtienen las armas persas, se levantan contra Focas y se reunen á los ejércitos victoriosos: en la córte sucédense sin interrupcion las intrigas y las maquinaciones para derrocar al soberano, y aun darle muerte; y las miradas todas en el comun peligro y ante la ineptitud del usurpador, conviértense al Africa, donde Heraclio recibe incesantes súplicas para que acuda á salvar á la patria.

Aunque vacilante en un principio, generosa y patriótica decision le impulsa á dirigirse al Bósforo; y poniendo el rumbo de sus naves á la Propontide, despues de lijera detencion en Cizico, donde recibe la imperial corona de manos del obispo, sigue su viaje á Constantinopla, encuentra delante del castillo de la antigua Scutari á la armada de Focas, que trata de cerrarle el paso, lucha y vence, y entra en Constantinopla entre las aclamaciones entusiastas de la variable multitud, mientras rodaba la cabeza de Focas en la galera de Heraclio.

La guerra, con tanto empeño y fortuna sostenida por los persas, entra en un nuevo periodo en tiempo de Heraclio. Comprendiendo Cosroës la diferencia que habia entre el último y el nuevo emperador, y queriendo poner fin con la codiciada conquista de Constantinopla á una empresa tantas veces acometida y tantas veces frustrada, ordena un verdadero plan estratéjico, auxiliado por tres naciones auxiliares, interesadas todas en la destruccion del imperio que miraban como su comun enemigo. Abaros, búlgaros, eslavones y persas marcharon unidos bajo las banderas de Cosroës, que dividió sus numerosas fuerzas en tres grandes ejércitos, destinado el uno de ellos á operar directamente contra Heraclio; el otro á defender la frontera; y el tercero, conducido por Sarbar, á dirigirse desde luego sobre Constantinopla por el camino de Trebizonda.

No estaba ocioso, mientras tales planes se fraguaban, Heraclio, que apercibido de ellos, levantó á su vez tres ejércitos que oponer á los de su poderoso enemigo. Al frente de uno de ellos dirijióse en persona Heraclio para combatir á Cosroës en Armenia; pero al mismo tiempo

Sarbar por el camino de los Balkanes conducia el ejército de eslavones, abaros y búlgaros, y despues de haber conseguido algunas victorias en pequeños encuentros al atravesar las llanuras de Andrinópolis, llegaba al Bósforo y establecia el asedio de la ciudad constantiniana. Pocos eran los defensores, pero lo que les faltaba de fuerza material lo suplieron las fuerzas sin medida del espiritu. Colocada por el venerable Patriarca la estrechada ciudad bajo el amparo de la Virgen, enarbolado el lábaro cristiano sobre la elevada cúpula de Santa Sofia, y la alta torre de la iglesia de los Apóstoles, ofreciendo sus vidas á pecho descubierto sobre los baluartes los sacerdotes sin mas armas que la cruz sacrosanta en las ungidas manos, resonando en el aire los coros de las vírgenes, de los niños y de los ancianos que cruzaban tranquilos las calles de Constantinopla en largas procesiones entonando himnos á la Virgen, ofrecia la cristiana ciudad espectáculo indescriptible, que inflamaba con santo ardor el pecho de sus defensores, reduplicando sus fuerzas. Era la lucha de la fé que salva contra la materia que aniquila; del espiritu contra la fuerza bruta; de la razon contra la injusticia.

Y triunfó la fé: los sitiadores enfurecidos al ver que un corto número de combatientes osaban oponerse á su paso, esforzaron sus ataques, pero todo en vano. Despues de un último y terrible asalto conocieron la inutilidad de sus esfuerzos, y huyeron avergonzados á ocultar su derrota en direccion del Ponto Euxino. Tan señalado triunfo acrisoló la fé de los sitiados, y la iglesia de Constantinopla instituyó para recordarlo perpétuamente, y en testimonio de su cristiana gratitud, una festividad que fijó en el sábado de la quinta semana cuadragesimal, en honor de la *Reina de todos los Santos.*

Pero mientras los hijos de Constantinopla conseguian con la visible proteccion del cielo tan señalado triunfo, Heraclio realizaba una empresa digna de los mejores tiempos de Grecia y Roma. Al frente de un ejército de cincuenta mil soldados, pasó el rio Halys, atravesó el Tauro, batió á los persas en Mesopotamia, y tomó á Ninive. Tan repetidos reveses sembrando el descontento entre los soldados de Cosroës les incitaron á la rebelion, hasta el punto de levantarse contra él

su propio hijo privándole del trono y de la vida, inútil crimen que en nada mejoró la suerte de los persas, pues el parricida Siroës se vió obligado á demandar la paz, impotente para continuar la guerra. Heraclio al aceptarla, cristiano antes que todo, impuso como primera condicion que la Santa Cruz arrebatada por Sarbar á Jerusalen fuese entregada á la Iglesia de Constantinopla, condicion que fué aceptada por Siroës, tras de lo cual Heraclio, despues de seis años de ausencia y de empeñadas campañas, volvió á la capital del Bósforo, haciendo su triunfal entrada á la usanza de los antiguos emperadores, en ostentoso carro tirado por elefantes, carro de triunfo oscurecido, sin embargo, por el lujo y la riqueza de otro que conducia el mas alto trofeo que general victorioso ha podido ostentar en la tierra. La cruz verdadera, donde el Salvador del mundo dió la vida humana por la salud eterna del linaje humano. Recibida por el patriarca Zacarias la inmensa reliquia, y colocada sobre el altar de Santa Sofia, recibió durante algun tiempo la adoracion de los fieles cristianos, pero Heraclio, que no consideraba completa su obra hasta colocarla de nuevo en Jerusalen, salió de nuevo de Constantinopla con el sagrado madero, llegó á la ciudad santa, subió descalzo la *Via Dolorosa* haciendo las catorce estaciones del ritual, poco hacia establecido, y por su misma mano colocó la cruz sacrosanta en la iglesia de la Resurreccion.

Tan prósperos sucesos, tanta fé y tantos merecimientos no pudieron libertar á Heraclio del sentimiento que en breve habian de producirle las eternas desavenencias de su pueblo. Apenas despejados los horizontes de las nubes que con las invasiones extranjeras los cubrian, léjos de aprovechar la paz para reparar los daños causados con tan contínuas guerras, volvieron á entregarse los bizantinos á sus estériles disputas, y la hidra de las heregias á levantar su múltiple cabeza, animada y sostenida por la soberbia humana. Apolinario con sus eternos sofismas sobre la unidad de las naturalezas del hijo de Dios; Nestorio, con sus metafísicas sutilezas sobre las dos voluntades de Jesucristo en la tierra; Eutyches, no admitiendo mas que una sola naturaleza en el Mesías; Teodoro, el fanático obispo de Faran, exagerado defensor de la doctrina de Eutyches, hicieron de Constantinopla

un foco de disputas eternas que no solo conturbaban el corazon de la Iglesia, sino que ponian en peligro la seguridad de la patria.

En medio de aquella tempestad de disputas escolásticas, los mas fuertes habian de sentirse arrastrados por alguna de las opuestas corrientes, y el mismo emperador se hizo monothelista, y publicó un decreto en favor de las ideas de Teodoro, tanto para destruir las demás sectas buscando la unidad indispensable para la vida de los Estados, como por creer que aquella doctrina era la mas conforme con el dogma ortodoxo. Roma, sin embargo, encargada de velar por la pureza del dogma, condenó tambien el monothelismo, y Heraclio cumpliendo fielmente sus deberes, se inclinó delante de la autoridad del Sumo Pontifice, y abjuró su error.

Pero ¡ ay ! que mientras los bizantinos agotaban sus fuerzas en estériles disputas académicas, levantábase en el Oriente resplandor siniestro, amenazando oscurecer con sus sangrientos reflejos el sol de la verdad. El nombre de Mahoma resuena por primera vez en el mundo el año de 622, y aquel conductor de caravanas, que habia recorrido con la profunda é investigadora mirada de los génios superiores, al ejercer su oficio, los paises de Saba y del golfo Pérsico; la supersticiosa Caldea; las orillas del Ganges, conociendo las religiones de Confucio y Brama; los voluptuosos cultos de los indios, y la pureza de la religion de Jesucristo, cuyo elevado espiritualismo no podia comprender su imaginacion ardiente y sensual, como la de todos los árabes, concibió el proyecto de amalgamar tan varias creencias, y fundar una nueva religion acomodada á los caractéres entusiastas de los pueblos de Oriente.

El momento no podia ser mas oportuno para la realizacion de su gigante pensamiento. Poblaba la atmósfera del mundo occidental constante rumor de sangrientas batallas y de disputas académicas; los mismos que seguian las eternas máximas del Evangelio parecian olvidados de ellas, y Mahoma al ver que el santo código de Jerusalen no era cumplido, creyóse en el deber de dar uno nuevo, y poniendo su filosofia en accion, no concibió mejor modo de extender su doctrina, que el de la fuerza de las armas. Meditó su Koran, libro en que

se confundia el ascetismo cristiano y la voluptuosidad oriental, y creyéndose, acaso de buena fé, providencial enviado por los altos decretos de la Providencia, lanzóse á la conquista del mundo.

La aparicion de Mahoma en el horizonte asiático habia de producir no solo radicales cambios en los destinos de la humanidad, sino que, como ha dicho acertadamente un historiador de nuestros dias, si se quitase á Mahoma de la historia, no tendrian razon de ser los grandes hechos y los mas importantes acontecimientos de la Edad Media. Mahoma, por lo que respecta al asunto concreto hoy de nuestros estudios, es un nombre inseparable de los recuerdos históricos de Constantinopla, porque gracias á las locuras de los hombres, el Koran reemplazará en breve bajo las bóvedas de Santa Sofía al Evangelio de los cristianos.

Las primeras llamaradas de aquel incendio amenazador, levántanse en los extremos del Imperio, envolviendo á los romanos orientales. El gobernador bizantino de Bostra rechaza indignado las proposiciones de Mahoma para abrazar la nueva religion, y entrega á los verdugos el enviado del falso profeta. A la noticia de tal afrenta Mahoma se lanza sobre los romanos con un ejército de tres mil hombres, y alcanza un primer triunfo, que es la primera jornada del camino que ha de conducirle á Constantinopla. Para vengar esta derrota, Heraclio envia un cuerpo de ejército á la Arabia, pero entretanto los partidarios de Mahoma habian aumentado de una manera sorprendente, y cuando el general de Heraclio llega ante ellos, admirado del número, no previsto, de sus contrarios, abandona el territorio invadido. El falso profeta envanecido con esta, que pudo considerar, y con razon, segunda victoria, dirije su mensaje al mismo Heraclio invitándole á abjurar de su fé y adoptando la nueva creencia; mensaje á que el emperador ni aun quiso contestar. Mahoma, sin embargo, no se indigna por el desprecio, y se contenta con fijarse entre Medina y Damasco para preparar sus planes, que tenian por principal propósito la conquista de Constantinopla.

El momento oportuno no habia llegado sin embargo. La estrella de Heraclio brilla con radiantes resplandores, y sus renombrados triunfos

sobre los persas hacen comprender á Mahoma que no es tan hacedera empresa como pensaba, apoderarse de la capital del Imperio. La muerte le sorprende antes de que hubiera podido intentarlo siquiera, pero su pensamiento le sobrevive, y sus sucesores acabarán por realizarlo.

Desgraciadamente los cristianos, ciegos en sus disputas y en sus extravios, no comprendieron toda la importancia de aquel á quien juzgaron como simple sectario, y olvidando que la fuerza de la unidad es la sola que vence todos los obstáculos, sin tener en cuenta que la salvacion del Imperio estribaba en permanecer fieles al lema de: *Unus Deum, unum baptisma, una fides,* continuaron en sus encarnizadas controversias, mientras Abubeker se preparaba á realizar el pensamiento de su antecesor Mahoma. Dotado de las virtudes que arrastran á la multitud, la mayor parte de las veces apreciadora con su buen sentido práctico del verdadero mérito, sóbrio, justo, casto, piadoso, enemigo del lujo y del fausto, precedíale tal fama, que vencia sin luchar, abriéndole las poblaciones sus puertas considerándole como á un ser superior. Así fué rápidamente sometiendo todas las provincias aliadas de los romanos, consiguiendo señaladas victorias sobre las tropas de Heraclio. Su sucesor Omar, mas violento y sanguinario, pero no menos activo y guerrero, acabó la conquista de la Siria, destrozó á los ejércitos de Heraclio en Yarmuk, apoderóse de Jerusalen, Cesarea, Tiro y toda la Mesopotamia, y contando sus victorias por sus combates, puso digno remate á sus empresas con la conquista de Alejandría, y á su fama de ignorancia y barbarie, con el incendio de la irreemplazable biblioteca de aquella ciudad, donde parecia haberse refugiado todo el saber del mundo antiguo.

Tantos reveses apresuraron la muerte de Heraclio (641); y los reinados de sus sucesores, Constantino III, Heracleonas y Constante II, pasaron sin dejar rastro digno de ocupar una página en la historia. Constante III, viendo á Constantinopla amenazada por los sarracenos, y temeroso de no poder defenderla, volvió sus miradas á Roma para hacerla capital del Imperio, si aquel extremo llegase, á cuyo fin trató de librar á Italia de la dominacion de los lombardos; empeño vano que se convirtió para el emperador bizantino en vergonzosa derrota, pues

tuvo que refugiarse vencido á Sicilia, encontrando la muerte en Siracusa, en medio de los desórdenes de crapulosa orgia.

Los asesinos de Constante nombraron emperador á un corpulento y valiente armenio, pero no pudieron gozar de su triunfo. Con una actividad y una cólera, justificada por la traicion de los asesinos y el amor filial, el jóven Constantino se embarcó para Sicilia, y apoderándose de los traidores les dió muerte, enviando sus cabezas á Constantinopla, como terribles precursores de su regreso á la capital del Imperio. Pero apenas habia dejado á Siracusa el ofendido y vengado príncipe, cuando los sarracenos desembarcaron en Sicilia llevándolo todo á sangre y fuego, como elocuente manifestacion del escaso temor que ya les inspiraban las armas bizantinas. El poder musulman iba de dia en dia estrechando el círculo de hierro, con que se habia propuesto rodear á Constantinopla. El califa Moavia habia establecido su córte en Damasco, y desde allí enviaba sus generales á todas las naciones para obligarles á abrazar el Mahometismo, ó destruirlas sin piedad si rehusaban acceder á tan bárbara imposicion.

Constante, mas conocido como emperador por Constantino IV Pogonato, léjos de intimidarse por tan constante amenaza, prepárase á seguir las gloriosas huellas de Mauricio y de Heraclio. Numerosa escuadra, sobre cuya arboladura ondeaba el estandarte verde de Mahoma, habia entrado en el Helesponto y dado fondo en la Propontide, esperando nuevos refuerzos de Sicilia, de Africa y de Cilicia para atacar á Constantinopla. La nueva de tan terrible invasion llenó de legítimos temores el corazon de los mas esforzados, y dando trégua á las fatales cuestiones que en mal hora les traian divididos, solo pensaron los bizantinos en el comun peligro. Por ventura el desaliento no penetró en el ánimo esforzado del emperador ni de su pueblo, que veia como feliz augurio el nombre glorioso que el jefe del Estado llevaba; pero por grandes que fueran los alientos de unos y otros, el peligro era de tal magnitud, que casi parecia imposible esperar otro apoyo ni otro socorro que el de la Providencia.

Y el cielo en efecto pareció escuchar los fervientes ruegos del emperador y de sus súbditos. Cuando aquella flota de mil naves avanzaba

como inmensa tromba cargada de irresistibles y asoladoras tempestades, un hombre superior, un sabio griego, de nombre Calinico, ofrecióse á destruir toda la formidable escuadra por medio de un fuego que él habia inventado; y despues de comprobar el mismo emperador la exactitud de sus ofertas y los efectos de aquel invento destructor, perdido hoy para la ciencia, pero que debia tener muchos puntos de contacto con la pólvora, confióle la defensa de la ciudad. Y no tuvo ciertamente porque arrepentirse. Como rayos del cielo caian sobre los barcos enemigos inflamados globos que los asediaban con tan activo fuego, que en breves momentos quedaban reducidos á pavesas. No hay para que decir el número de buques y de hombres que en los frustrados ataques á la ciudad perderian los mahometanos, viéndose obligados á levantar el sitio al aproximarse el equinoccio de otoño, temerosos de que los trastornos de la naturaleza en aquellos dias se uniesen á los desastres de los hombres, refugiándose en Cyzico, donde los restos de la flota pasó el invierno esperando mejores dias para la comenzada empresa; que no es el carácter árabe fácil de disuadir en sus empeños, y tiene para la guerra inquebrantable tenacidad. Así fué que, léjos de abandonar sus propósitos, á pesar de aquel terrible enemigo que no conocia mas que por sus efectos incendiarios y destructores, despreciándole por no tomarse el trabajo de estudiarlo en su insensato orgullo, cualidad tambien inherente á aquella raza, aprestaron mayor número de buques durante la estacion invernal, y en los primeros dias de primavera la armada sarracena apareció delante de Constantinopla, para continuar el interrumpido asedio. Pero si tenaz insistencia les animaba, no era menor la constancia y el esfuerzo de los sitiados, que rechazaron vigorosamente una y otra vez el asalto que daban á la ciudad por mar y por tierra los sarracenos con las tropas de desembarco, llegando hasta los mismos baluartes, aunque con desastrosos resultados. Tan continuas derrotas no hacian desistir, sin embargo, á los sitiadores, que aunque rechazados con enormes pérdidas al pié de las murallas, devorados por las llamas que consumian sus embarcaciones bajo la accion asoladora é inapagable del fuego griego, volvian de nuevo al ataque, viendo trascurrir así siete años, y renovando en cada

primavera sus ataques. Al séptimo año Calinico habia perfeccionado cada vez mas su terrible invento, é ideado los brulotes incendiarios del mismo fuego, que por la procedencia de su autor llamóse griego, y por tal medio en una sola noche toda la flota sarracena apareció incendiada. Huyendo de aquel terrible torbellino de fuego, y aun á riesgo de perecer al hierro de los bizantinos, saltaron los mahometanos, que pudieron escapar de las llamas sobre la arena, pero allí les esperaba un decisivo ataque preparado por Constantino, y huyendo á la desbandada los pocos que pudieron escapar con vida, viéronse perseguidos hasta la Propontide, donde en los escasos buques que allí habian quedado, apenas pudieron hacerse á la vela, para llevar la nueva de tan completo desastre al califa de Damasco.

Al mismo tiempo que tan señalada victoria obtenian los bizantinos en las orillas del Bósforo, otros cristianos, el ejército de los Maronitas refugiado en las gargantas y en las cavernas del Líbano, causaron grandes pérdidas á los sarracenos en Siria, por lo que el altivo Moavia léjos de imponer su ley á los soldados de la cruz, se vió obligado á pedir la paz á Constantino, que no tuvo inconveniente en aceptarla, mediante el pago de un tributo impuesto por el vencedor al orgulloso y abatido emir.

A tiempo terminaba esta guerra. Nuevos enemigos, aunque ya conocidos por sus crueldades, amenazaban la codiciada Constantinopla, y tenia necesidad el emperador de todos sus guerreros para rechazarlos. Aquellos enemigos eran los Búlgaros, terror del Occidente, que conducidos por su jefe Asparuk, pasaron como avalancha asoladora el Borystenes y el Dniester, é hicieron alto en Varna á las orillas del mar Negro. Desde allí se lanzaron sobre todas las comarcas danubianas, fija la vista en Constantinopla, por lo que Constantino dispuso rápidamente una armada que se hiciese á la vela con un ejército de desembarco, á fin de arrojar á aquellos invasores de las bocas del Danubio. Asparuk esperó tranquilo á los bizantinos cerca de su cuartel general en los alrededores de Varna, y como en aquel dia, fatal para las armas cristianas, un ataque de gota retuviese en el lecho al emperador, los soldados, privados del influjo de su jefe, se abandonaron á pueriles te-

mores, y fueron completamente derrotados, teniendo que ajustar Constantino forzada paz, que sin embargo de imponerle tributo, alejaba á los Búlgaros de las murallas de Constantinopla.

Con la terminacion de una y otra guerra, parecia que la capital del Imperio debiera entrar en un periodo de fecunda tranquilidad, para reponerse de las enormes pérdidas que habia sufrido; peroléjos de ello, y olvidándose de los males pasados, las heregías reaparecieron con mas fuerza que nunca, como si ahogados sus orgullosos gritos con el estruendo de la guerra, encontraran propicia ocasion de asordar al mundo en el silencio de la paz. En tan extrema situacion, y sintiéndose Constantino mas impotente para combatir aquellos enemigos interiores, que con sus armas de palabras hacian mas daño al Imperio que con sus espadas los Mahometanos y los Búlgaros, acudió á Roma suplicando al soberano Pontífice interpusiera su autoridad suprema en aquel conflicto religioso, súplica que, como no podia menos de suceder, encontró salvadora acogida en el padre comun de los fieles, el cual ordenó la convocacion de un concilio en Constantinopla. Ciento sesenta obispos y legados del Papa reuniéronse en el palacio de Constantino para examinar la doctrina monothelista de Teodoro; y despues de diez y ocho sesiones, el concilio decidió que la Iglesia habia reconocido siempre en Jesucristo dos naturalezas, la divina y la humana, y dos voluntades, la que tenia en el cielo como segunda persona de la Santísima Trinidad, y la que tenia en la tierra como hijo del hombre, despues de su purísima encarnacion.

Con esto calmáronse los espíritus rebeldes; todos acataron la decision del concilio; restablecióse la calma; y como si Constantino solo esperase este momento supremo para entregarse al eterno descanso, despues de tan agitada y gloriosa existencia, murió en el año 685, habiéndole precedido el califa Moavia.

Si el orgullo, eterna causa de las desgracias de la humanidad, no hubiese estimulado á Justiniano II, deseoso de hacer su nombre célebre, á romper los sabios tratados ajustados por su padre con Sarracenos y Búlgaros, una larga y tranquila paz hubiera engrandecido á Constantinopla, elevándola cada vez mas por la insuperable fuerza de la

inteligencia, sobre todos los pueblos y todas las razas que poblaban la tierra entonces conocida. Pero, ganoso de gloria, juzgando que esta solo puede alcanzarse sobre sangrientos trofeos en los campos de batalla, rompió las hostilidades contra los Sarracenos, y consiguió en un principio sobre ellos fáciles é injustas victorias, lo mismo que sobre los Búlgaros, hasta que, repuestos unos y otros de la sorpresa producida por el no esperado ataque, hiciéronles sufrir reveses, sobre todo, los Sarracenos, que, al mando del califa Abdelmelik, alcanzaba una completa victoria sobre Justiniano en Cilicia, haciéndose dueño de la pequeña Armenia.

El camino de los errores avanza en rápida é inevitable pendiente hácia el abismo, una vez dados en él los primeros pasos. Justiniano impotente para combatir á los enemigos que habia provocado, léjos de procurar los medios para reponerse de las pérdidas sufridas, y colocarse en condiciones de proseguir unas luchas tan insensatamente iniciadas, ó de ajustar de nuevo decorosas paces, á cuya sombra pudiera prosperar el Imperio, dedicóse á edificar voluptuosas residencias en el promontorio Tracico y en las orillas del Bósforo, gravando á sus vasallos cada vez mas con fuertes é injustificados impuestos, cuya falta de pago se castigaba con terrible muerte en la horca ó en la hoguera. Tales actos de tiránica locura no podian dejar de producir fatales consecuencias para el emperador. La indignacion popular llegó á su colmo, y Leoncio, al frente de los que con harta justicia se levantaban contra su Príncipe, prendió á Justiniano, proclamándose emperador. Contra lo que en aquel desgraciado periodo solia ser comun, no abusó Leoncio de su triunfo : aunque el pueblo pidió la muerte de Justiniano, pena á que se habia hecho acreedor con sus maldades, Leoncio se contentó con desterrarle perpétuamente á Querson, en el Ponto Euxino.

Pero el imperial desterrado, creyéndose todavia en la plenitud de su poder, léjos de haber aprendido resignacion en la desgracia, insultaba y amenazaba constantemente á la ciudad que le servia de residencia, cansando de tal suerte á sus habitantes, que resolvieron deshacerse de aquel huésped intolerable. Al tener noticia del complot que contra él se tramaba, Justiniano se refugió entre los pueblos de las lagunas

Meotidas, y allí casó con la hija del Kan de los khazares, llamada Teodora. Alentado el Kan con aquella alianza, empezó á demostrar intenciones hostiles contra el Imperio, hasta el punto de que Leoncio tuvo que dirigirle amenazadores mensajes, que dieron por resultado tal disgusto en el jefe de los khazares, que decidió asesinar á su yerno, creyendo así librarse del enojo de los bizantinos. Por fortuna para el desterrado emperador, Teodora descubrió la trama, y advertido Justiniano, mató por sí mismo á los asesinos, y huyó con su esposa á las orillas del Danubio, donde, obrando con una indignidad inconcebible, decidió á los Búlgaros á que le siguiesen á Constantinopla. Tan repugnante proyecto se vió, sin embargo, coronado del mejor éxito. Justiniano entró por sorpresa en la capital del Imperio, se apoderó nuevamente del trono, y se entregó á horribles actos de la mas cruel venganza. Todos cuantos juzgaba enemigos morian á manos de los verdugos; los habitantes de la ciudad de Querson fueron pasados á cuchillo; la cabeza de Leoncio cayó en medio de los juegos del circo; el patriarca Calinico, á pesar de sus gloriosos servicios y de su sagrado carácter, sufrió el horrible suplicio de que le sacaran los ojos; y solo porque la ciudad de Rávena habia manifestado su aprobacion al justísimo destierro que le privó del poder supremo, prendió á las personas mas notables de la poblacion, incluso el arzobispo, los mandó decapitar, é incendió por todas partes la ciudad. Tales y tantos fueron los horrores con que señaló su segundo advenimiento al trono, que el rey de los Búlgaros, indignado de tan repugnante matanza, pidió le pagasen sus servicios para volverse á su pais; y obrando el bárbaro con mas lealtad que el civilizado emperador, así que hubo recibido el estipulado premio, léjos de apoderarse de Constantinopla, como le hubiera sido fácil conseguir dentro de ella con su ejército, esperó á hallarse en sus estados para obrar en consecuencia del rompimiento que habia surgido, y declarar la guerra á Justiniano; guerra en la cual, como no podia menos de suceder, este quedó vencido.

Cuando tal acontecia en las orillas del Danubio, los soldados que habian tenido la poco envidiable mision de cumplir los terribles decretos del emperador en la capital del Quersoneso, cansados de tantas

crueldades, proclamaron otro emperador con el nombre de Filipo ó Felipico; y á pesar de que Justiniano desplega una actividad digna de mejor causa, y forma rápidamente una flota para marchar en contra de su competidor, la de este, impulsada por viento favorable, llega á la capital burlando los esfuerzos de Justiniano, que en vano se afana por adelantarla. Constantinopla acoge como á un salvador á Filipo, y Justiniano, abandonado de todos, sin conservar á su lado mas soldado fiel que su escudero Elio, muere asesinado por este, que al ver el éxito de la empresa acometida por Filipo, quiso ganar las albricias de su traicion.

No habia de ser, sin embargo, muy duradero el triunfo de Filipo: dos patricios le asesinan á su vez en un festin, y vacante el trono, pueblo y magnates reunidos en Santa Sofía el dia de Pentecostes de 715, eligieron para ocupar tan codiciado puesto á un personaje, que, por sus relevantes prendas, gozaba del general aprecio. Llamábase Artemio, y tomó al ceñir la corona el nombre de Anastasio II: al mismo tiempo se designaba para el mando supremo de los ejércitos á Leon, apellidado el Isaurico, que habia adquirido fama de entendido general en las campañas contra los Búlgaros.

Mientras tales sucesos tenian lugar en Constantinopla, el califa Walid, siguiendo la política y los propósitos de sus antecesores, preparaba nueva espedicion contra Constantinopla, á cuyo fin aprovechaban los marinos sarracenos las abundantes maderas que el Líbano les ofrecia, construyendo en breve tiempo gran número de embarcaciones para dirigirse con fuerte armada á las aguas del Bósforo. Noticioso Anastasio de tales aprestos, mandó construir á su vez una flota encargada de incendiar la sarracena, pero antes de que tuvieran ocasion de luchar contra el enemigo comun, los soldados estimulados por la ambicion y el oro de un cobrador de impuestos llamado Teodoro, destituyeron al jefe del Estado, y proclamaron á Teodoro emperador, obligando á Anastasio á tomar las sagradas órdenes en un monasterio de Tesalónica.

Mal avenido este con su nuevo estado, trató de recuperar la corona, en ocasion en que ya la ceñia Leon Isaurico, aquel que fué nombrado

generalísimo de las tropas al mismo tiempo que Anastasio emperador. El momento escogido por este para llevar á cabo sus designios no podia ser menos á propósito, pues ya los sarracenos estrechaban á la ciudad con sus bajeles en las aguas del Bósforo; y así fué que, convertida la atencion de todos hácia el comun peligro, la intentona de Anastasio pasó para casi todos inadvertida, así como su muerte y la de sus principales parciales, que les hizo sufrir Leon.

Los sarracenos intentaron infructuosamente un asalto general; el fuego griego que ya habia tan oportunamente salvado á Constantinopla, libróla tambien esta vez, y los enemigos vieron en breves horas destruidas por el terrible fuego griego sus naves, ganando á duras penas, los escasos que pudieron salvarse, el territorio fronterizo.

Tan importante triunfo, llenando de orgullo á Leon, le llevó á los excesos de la mas horrible tiranía, sostenida además por el fanatismo de los iconoclastas, secta que Leon habia abrazado con tanto ardor, que no solo mandó destruir todas las piadosas imágenes que habia en Constantinopla, sino dar muerte en el acto á todas las mujeres que, fieles á sus creencias, se arrodillaban delante de una estátua ó de un cuadro. El vértigo de las malas pasiones arrastra siempre de uno á otro exceso, de uno á otro delito, de barbarie en barbarie, á los que le dejan apoderarse de su cerebro, y Leon, creyendo en su ciego fanatismo, como hay quien con diversa tendencia aparenta todavía creer, que los adelantos de las ciencias y de las letras perjudicaban á la pureza del dogma, pretendió detener la ineludible marcha del progreso humano, y como si se propusiera rivalizar con el califa Omar, destructor de la biblioteca de Alejandría, mandó incendiar la de Constantinopla y destruir por completo el magnífico edificio en que se conservaba, edificio con ocho pórticos monumentales, y depósito de cuarenta mil volúmenes. Imposible parece el extremo de barbarie á que llegó Leon en este horrible atentado. El bibliotecario, que por la universalidad de sus conocimientos era llamado *Ecuménico*, y todos los profesores que en aquel científico establecimiento conservaban y defendian el tesoro de la ciencia y la literatura antiguas, perecieron tambien abrasados en la inmensa hoguera, á fin de que ningun documento, ni palabra

alguna, conservase un solo gérmen del inapreciable depósito que acababa de estinguirse.

Comó triste complemento de tales horrores, la peste y los terremotos sembraron tambien el espanto entre los habitantes de la gran ciudad; y aunque Leon muere envenenado, castigo exiguo para sus *merecimientos*, léjos de encontrar reposo con su muerte los desgraciados bizantinos, tuvieron *digno* continuador de las *hazañas* del Isaurico en Constantino, encarnizado enemigo de los antiguos ritos, y fanático jefe de los iconoclastas. Ni una imágen escapó á su furor insaciable, ensañándose contra las corporaciones religiosas, cuyos conventos fueron derribados; y es imposible calcular hasta donde hubiera llegado en su delirante persecucion, si el cuñado de Constantino, de nombre Anastasio, no hubiera conseguido que le proclamasen emperador, entrando victorioso en Constantinopla, mientras aquel se hallaba ausente ocupado en las eternas guerras contra Búlgaros y Sarracenos. Desgraciadamente para el usurpador, Constantino, á falta de otras cualidades, tenia la de la actividad, y volviendo á la capital, la puso estrecho bloqueo, apoderándose al fin de ella, de su cuñado y de los dos hijos de este, condenando á los tres á perpétuo encierro y á perder los ojos.

Las decisiones de un concilio celebrado con motivo del apasionado sistema de los iconoclastas, calmaron las persecuciones á que se entregaban, y unido esto á la necesidad que se sentia cada vez mas apremiante de reparar los terribles males que venia sufriendo el Imperio, produjo en Constantino Copronymo tan favorable cambio, que se le vió abandonar sus antiguos hábitos y consagrarse á la verdadera gobernacion de su pueblo, siendo una de las primeras medidas que adoptó la de repoblar la capital, que con tantos sitios, pestes, asesinatos y terremotos, habia quedado reducida á menos de la mitad de sus habitantes. El emperador instó á los cristianos de las provincias para que fueran á establecerse á la capital, lo cual fué verificándose mas rápidamente de lo que podia esperarse, sobre todo con los habitantes del Peloponeso, que casi quedó desierto. A la sombra de aquellos dias de calma, las artes que, como fecunda semilla, florecen agradecidas apenas sienten el benéfico influjo del sol de la paz, renacieron bien

pronto, sobre todo en sus aplicaciones industriales, entre cuyos productos merecen especial mencion los órganos, por aquel tiempo inventados y traidos á las iglesias de Occidente, como digna manifestacion de la piedad religiosa de la época, en las regiones de la armonia y del sentimiento.

La paz, sin embargo, no podia ser muy duradera. El califa Harun-al-Raschid, con la tenacidad propia de su raza, amenazaba la capital del Imperio, y Constantino era débil dique contra el torrente mahometano. Por fortuna para la causa de la cristiandad, su hijo y sucesor Leon IV, habia casado con una mujer superior, la ateniense Irene, cuya influencia, aun en los últimos dias de vida de su esposo, hizo alcanzaran importantes victorias sus generales en Asia, contra los sarracenos ; y empuñando con mano fuerte las riendas del Estado á la muerte de Leon, en nombre de su hijo Constantino VI, apellidado Porfirogeneto, conocedora de las necesidades del Imperio, constantemente amenazado en sus fronteras por enemigos que no le permitian trégua ni reposo, é interiormente por ambiciosos vulgares, que no le dejaban espacio para reponerse de sus desgracias, trató de impedir lo uno y lo otro, consiguiéndolo en parte, mientras su hijo obedeció sumiso la voluntad materna. Pero cuando este, mal aconsejado y pervertido, quiso gobernar solo, demostrando bien pronto su inutilidad para tan difícil empresa, sufrió derrotas de los Búlgaros, y las influencias vergonzosas de intrigas palaciegas, que le llevaron hasta el punto de repudiar á su legitima esposa Maria, sentando en el trono á una de sus cortesanas. La licencia y el libertinaje conducian rápidamente á su ruina al Imperio, cuando Irene, con un valor y una entereza incomprensibles, comprendiendo que habia que sacrificar á su hijo en aras del bien público, tuvo el terrible valor de apoderarse de él, y de privarle de la vista, tras de lo cual aquella mujer varonil y bárbaramente heróica, gobernando sola y con una energia comparable solo á su generosidad y levantados pensamientos, dió al Imperio bizantino los mejores dias de su historia, teniendo siempre á raya los enemigos exteriores, y atendiendo con previsora y liberal grandeza á mejorar la condicion de su pueblo y á impulsar sus adelantos.

Desgraciadamente las intrigas de los ambiciosos pudieron mas que las grandes dotes de la emperatriz, en aquella córte degenerada, y cuando apenas empezaban á sazonar los fecundos frutos del gobierno de Irene, mezquino complot la arrojó del trono para colocar en él al gran tesorero imperial, Nicéforo, que era en un todo la antitesis de la emperatriz desposeida; y que, avaro, cruel, vengativo y cobarde, ajustaba vergonzosas paces con los sarracenos, atento solo á aumentar sus tesoros, y perdia casi todo su ejército y la vida en una emboscada hábilmente preparada por los búlgaros.

El cuadro que despues de él ofrece la historia de Constantinopla, no puede ser mas desconsolador. Stauraco, Miguel, Leon el Armenio, Miguel el Tartamudo, y su hijo Teófilo, pasan uno tras otro sobre el trono, dejando apenas huella digna de su paso, pues los brillantes triunfos que alcanza Leon contra los búlgaros, quedan oscurecidos por la sombra que proyecta en aquel periodo el reinado de Miguel el Tartamudo, perseguidor, como todo ignorante, de los adelantos de la inteligencia, y tan mal defensor de la integridad del territorio, que se dejó arrebatar la Creta, la Sicilia y la Dalmacia. Su hijo Teófilo amenaza borrar hasta las últimas esferas del arte con su persecucion insensata á las imágenes, furor que le lleva hasta el extremo de mutilar á un inofensivo monje que se dedicaba á la pintura; y solo reposa el fatigado espíritu tras la narracion de tantos y tan trascendentales extravios, al encontrar el nombre de otra mujer, la emperatriz Teodora, que ejerciendo el poder á nombre de su hijo Miguel, cambió rápidamente el aspecto de los asuntos públicos, introduciendo el órden, la moralidad y la economía en la Administracion, entregando á su hijo, al llegar á la mayor edad, un estado próspero y floreciente. Pero la duracion de estos periodos de tranquilidad y de adelantos parecian vedados al pueblo bizantino. Teodora tenia un hermano, Bardas, avaro de poder y de riquezas, que para conseguir sus innobles propósitos y apoderarse por completo de la voluntad de su sobrino, no vaciló en hundirle en todas las vergonzosas degradaciones del vicio, hasta el punto de que el pueblo de Constantinopla le apellidase con razon Miguel el Beodo. Bien pronto, sin embargo, espió Bardas todas sus faltas: su misma víctima

en un momento de embriaguez, ó acaso de razon en que comprendiera todos los males que le habian acarreado los vergonzosos consejos de su tio, mandó al aventurero Basilio le matase, asociándole en seguida al trono como cumplida paga de su delito; y Miguel, á su vez, expió su crimen, muriendo á manos del mismo Basilio el Macedónico, que, de este modo, quedó dueño del poder absoluto.

Imposible parece que un reinado que tuvo por origen el crimen, pudiera ser tan próspero para el Imperio, y que un príncipe de tan oscuro origen y manchado con la sangre de su predecesor y del ambicioso Bardas, se hiciera digno por sus cualidades y sus victorias del preeminente lugar que ocupa en la historia de aquel pueblo, de aquel Bajo Imperio, larga y prolongada agonía del coloso romano.

Hacia mucho tiempo que el trono de Constantinopla no se habia visto ocupado por tan gran príncipe, como Basilio el Macedónico. Soldado desde su juventud, habia aprendido en los campos de batalla, como se forman los guerreros y los generales, y asi durante su reinado las tropas del Imperio obtuvieron incesantes victorias. Teniendo por constante aspiracion el bienestar de sus vasallos, la justicia fué siempre su norte; la legislacion, ordenada en sus *Basilicas*; el derecho, religiosamente respetado; y no contento con el bien que dispensó en vida, dejó una obra escrita á su hijo Leon, para el mejor gobierno de su pueblo, en la que se confunde con admirable maridaje cuanto de bueno encerraban las antiguas escuelas filosóficas paganas y la eterna moral del Evangelio. Su hijo Leon el Filósofo continuó los trabajos legislativos de su padre, añadiendo á las *Primeras Basilicas* las *Posteriores*, y á tales obras debe el glorioso nombre con que ha pasado á la historia, pues en lo referente á la conservacion del territorio, los Búlgaros y los Sarracenos continuaron sus tenaces incursiones, llegando los segundos hasta Tesalónica en terrible razzia.

Los escesos á que desde casi su primera edad se entregó su hermano y sucesor Alejandro, le privaron bien pronto del trono y de la vida, precisamente en los momentos en que empezaba una nueva guerra contra los Búlgaros, que amenazaban muy de cerca á la capital del Imperio. Constantino Porfirogeneto, sobrino de Alejandro, le sucede,

cuando apenas contaba seis años, bajo la tutela de su madre, con lo cual, fácilmente se comprenden las luchas que se entablarian entre guerreros y cortesanos para apoderarse de la suprema influencia, y hasta del mismo Imperio, poniéndose al frente de los dos opuestos partidos, Leon Focas, que habia logrado alcanzar victoria sobre los Búlgaros, al cual apoyaba el ejército, y Lecapeno, que mandaba las fuerzas marítimas. El primero, queriendo ganarlo todo por la fuerza, lo perdió todo, pues habiendo levantado el estandarte de la rebelion en Asia, con una ligereza y versatilidad propia de aquel pueblo, vióse en breve abandonado por sus soldados. Lecapeno, mas cauto, buscó el triunfo de sus propósitos en manejos cortesanos, y habiendo conseguido enlazar á su hija Elena con el Emperador, alcanzó tambien por la influencia de esta, verse asociado al Imperio, y ser en realidad el único soberano de Constantinopla. Los Búlgaros volvieron durante este periodo á turbar la paz del Imperio, pero conseguida la paz por medio de alianzas y de dádivas, trascurrieron largos años sin que volviera á encenderse la guerra entre Búlgaros y Bizantinos; periodo durante el cual Lecapeno procuró fomentar las artes para asegurar por este medio su poder, perdiéndole, sin embargo, en el favor popular de que gozaba, el haber elevado á la alta dignidad patriarcal á su hijo menor, estallando con tal pretexto una conspiracion que le arrojó del poder, con lo que desde entonces empuñó las riendas del Estado solo, Constantino Porfirogeneto.

Como sucede con frecuencia, el periodo, que pudiéramos llamar de desgracia para este príncipe, fué fecundísimo para su pueblo y para la humanidad. Consagrado al estudio durante los muchos años en que Romano Lecapeno le habia tenido verdaderamente usurpado el poder, convirtióse en un verdadero sabio, cuyos conocimientos enciclopedistas abarcaban todos los diversos ramos de las ciencias, hasta entonces cultivadas por el entendimiento humano. Sus tratados de Agricultura, de Medicina, de Diplomacia, de *Virtudes y Vicios*, han llegado hasta nosotros, demostrándonos la generalidad de sus conocimientos, y haciéndonos deplorar la pérdida de otras muchas obras, de las que solo tenemos la noticia. Comprendiendo de este modo aquel Empera-

dor la importancia de difundir los conocimientos y de proteјer las ciencias y las artes, abrió lo mismo en la capital que en las provincias, escuelas públicas; protegió decididamente á los sabios, á los hombres de letras y á los artistas; y para dar á estos digno empleo, restauró los ruinosos monumentos de Constantinopla, y levantó otros muchos. Tan importantes cuidados, léjos de apartar su atencion de los otros ramos de la administracion pública, como sucede siempre en los que profesan verdadero amor á las letras y á las artes, le hizo mirarlos con el mayor interés, rindiendo tal tributo à la justicia, y siendo tal la fama de sus virtudes, que le atraian el respeto y consideracion de todos sus enemigos, hasta el punto de que los mahometanos de Africa y de Bagdad, que habian vuelto á romper sus hostilidades contra el Imperio, apesar de haber conseguido una importante victoria en la isla de Creta, fueron los primeros en proponer condiciones de paz ventajosas para el Imperio, las cuales, aceptadas, prometian nuevo y fecundo periodo de prosperidades y engrandecimiento.

Imposible parece que tan gran príncipe hubiera de morir envenenado por su mismo hijo, y, sin embargo, nada fué mas cierto por desgracia. No se extinguen tan fácilmente en el corazon del hombre los gérmenes del mal, y venian muy arraigadas en Constantinopla las disolventes teorías que tienen por base para los ambiciosos, la inicua máxima, de no reparar en los medios para llegar al fin. Romano el jóven, envenenó á su padre, y, como justo castigo á su horrible crímen, murió tambien envenenado á su vez por la emperatriz Teofana, que aspiraba á ejercer el supremo poder en nombre de sus menores hijos.

Al recorrer la historia de Constantinopla, el nombre y el recuerdo de esta emperatriz, destácanse sombríos sobre el extenso cuadro, como para hacer resaltar mas y mas las virtudes de Constantino VII. Aquella incalificable mujer, ciega por la ambicion, que corria parejas en ella con sus libidinosas aficiones, tan pronto quiere asesinar á Nicéforo Focas, valiente general cuya competencia temia, como se une con él en matrimonio, cuando vé que las aclamaciones de la multitud le llevan irremisiblemente al trono: de igual manera estrecha entre sus brazos al

que antes era su mortal enemigo, como se une á Juan Simisces, el mejor general del Imperio despues de Nicéforo Focas, para quitar á este la vida al cabo de seis años de continuas luchas con Sarracenos, Búlgaros y Alemanes: del mismo modo aparece sufrir resignada el destierro á que su mismo cómplice la condena, despues de haberse apoderado del trono, como trabaja hábilmente desde el fondo del convento en que la tenia recluida, para derramar mortal veneno en la copa del emperador.

A su muerte, estéril para Teofana, van sucediéndose en el trono del Imperio emperadores oscuros, cuyos nombres apenas guarda la historia. Basilio y Constantino, hijos ambos de Romano el Jóven, Romano Argiro, Miguel el Paflagonio, elevado desde la mas humilde esfera al trono, por los viciosos amores de la emperatriz Zoé, madre de Constantino VII, y que apesar de sus años ocupa una página tristemente vergonzosa en los anales de aquel pueblo. Teofana al menos habia luchado por ambicion, siendo el vicio en ella móvil secundario; Zoé, se vé arrastrada á todos sus escesos por insensato amor, que le hace conceder sus fáciles favores, y con ellos su influencia palaciega, lo mismo al pobre dependiente de una tienda de tráfico, cual lo fué Miguel Paflagonio, que al hijo de oscuro calafate, llamado Miguel tambien, aunque mas conocido con el sobre-nombre del oficio de su padre; y mas adelante, cuando vengada de las ingratitudes de este último amante, que despues de haber sido elevado por ella á las alturas del trono, se vió desterrado á uno de los monasterios de la Propóntide, donde hizo le sacasen los ojos, fijóse en Constantino Monomaco, de cuna ilustre, pero de escasa inteligencia, é incapaz para hacer frente á los dos grandes acontecimientos que amenazan durante su reinado la existencia del Imperio: las disputas teológicas, que daban origen al cisma que dividió, como todavía subsiste, la iglesia griega de la comunion romana, y la aparicion, por vez primera, del mas terrible enemigo que los bizantinos tuvieron, enemigos que, andando el tiempo, habian de concluir por aniquilarles. Servian de base á la division cismática, las doctrinas de Focio, el célebre autor del *Nomo-canon*, sostenidas por el patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, con pretesto de

acusarse á la comunion romana, por haber intercalado en el símbolo de los padres de Nicea la palabra *filioque*. Eran los segundos, gentes salidas de los desiertos del Asia, las formidables hordas del Turkestan, que, organizadas por Seldjuk, habian llegado á tal punto, que uno de los nietos de este, Thogrul–Beg, se apoderó de toda la parte oriental de la Persia, hasta el mar de las Indias, de las costas del mar Caspio, de Géval, del Irah pérsico y de las ciudades importantes de Hamadam y de Rey, amenazando muy de cerca el imperio de Constantinopla. Al mismo tiempo, y por la parte del Danubio, le ponian tambien en peligro los Patzinacos, belicosa gente que no cesaba de hacer incursiones en su territorio. Viéndose de tal modo y por tan encontrados elementos combatido Constantino Monomaco, trató ante todo de ajustar paces con los turcos Seldjucidas; pero con mal éxito, pues estos miraban casi con desprecio al Emperador de Constantinopla, que no tuvo otro medio sino aceptar la lucha, quedando en ella destrozado su ejército, y consiguiendo solo la retirada de aquellos nuevos invasores, á fuerza de dejar casi exhaustas las arcas imperiales, pagando á los enemigos á peso de oro una vergonzosa paz. La vida de Constantino Monomaco llegaba á su término, y á pesar de sus esfuerzos para nombrar sucesor, no pudo conseguirlo, apoderándose del trono otra mujer, la septuagenaria Teodora, que á pesar de su edad avanzada y de la debilidad propia de su sexo, hubiera llevado dignamente la corona, si los ambiciosos, que ni un instante cesaban en su sistema de intrigas y conspiraciones, no le hubiesen obligado á entregar el mando á Miguel Stratiolico, guerrero encanecido en los campamentos, el cual vióse tambien en breve destronado por Isaac Comneno. Hijo de una de las familias mas ilustres de Constantinopla, revistióse la púrpura imperial en la basílica de Santa Sofía, en medio de aclamaciones tan universales, como de poca seguridad, en aquel pueblo falaz y veleidoso. Isaac Comneno ofrecia ser un buen príncipe, cuando la muerte de un hijo querido, hundiéndole en profunda melancolía, le hizo abdicar la púrpura para entregarse por completo en el retiro á su dolor, no sin haber entregado antes la corona á su antiguo compañero Constantino Ducas, por cuya muerte se apoderó del mando supremo su viuda Eudoxia, que compartió bien

pronto su tálamo y su trono con Romano Diógenes, afortunado guerrero que combatió en un principio con fortuna á los turcos, pero cuyo valor temerario le llevó á caer en sus manos, creyéndole por muerto en todo el Imperio. Eudoxia puso inmediatamente la corona sobre las sienes de Miguel VII, hijo mayor de su primer marido Constantino Ducas; y como andando el tiempo, Romano Diógenes, habiendo conseguido la libertad, tratase de volver á investir la púrpura, Eudoxia aparentó no reconocerle, y le condenó á la pena, tan usada en aquella época, de arrancarle los ojos. Miguel VII, avaro sin límites, solo deja á la historia su poco envidiable renombre de *Parapinacio*, que le granjeó su rapacidad, y despues de él Niceforo Botaniato, lleva aquel vacilante Imperio á los últimos límites de su combatida existencia, y hubiera perecido por completo sin el brazo poderoso de Alejandro Comneno, que, apoderándose de Constantinopla, demostró desde sus primeros actos, que léjos de ser un vulgar ambicioso, tenia las cualidades necesarias para ser á la vez el fundador de importante dinastía, y el salvador, aunque por breve tiempo, de aquel imperio caduco. Alejandro Comneno, sin embargo, cometió grave y fundamental error, origen de las ulteriores desgracias que pesaron sobre Constantinopla. En frente de los ejércitos débiles y afeminados por el refinamiento de la cultura oriental, levantábase en Occidente la poderosa sociedad de la Edad Media, con su feudal organizacion, tan penosa para las últimas clases sociales, como poderosa y fuerte para la guerra. Entre estas nuevas sociedades vivian los normandos, raza belicosa, que apoderada de la Sicilia, de la Calabria y de la Pulla, aventurábase en el Epiro, y amenazaba á Constantinopla. Alejo Comneno, en lugar de combatirlos, hubiera debido atraerlos, aliarse con ellos, vigorizar, con la sávia de aquella gente nueva y esencialmente guerrera, el decaido espíritu de sus ejércitos, para luchar contra los enemigos comunes del nombre cristiano. Pero apesar de sus grandes cualidades, ni Alejo ni el Imperio griego podian comprender el levantado pensamiento de tales alianzas, ni la grandeza de las expediciones que el Occidente preparaba sobre el Oriente, á la voz de Pedro el Hermitaño, mas que para conquistar territorios, con el cristiano pensamiento de ganar las eter-

nas promesas, libertando del poder de infieles la tumba de Jesucristo.

El emperador bizantino educado en las antiguas tradiciones del Imperio romano, estaba muy léjos de poder apreciar el elevado impulso que habia levantado las Cruzadas; y en verdad tampoco era el mejor medio de que pudiera comprenderlo, la conducta que desde las primeras expediciones de Pedro y de Gautier, observaron los guerreros de la cruz, bien discordante con el propósito de que blasonaban. Apoderándose de cuanto les convenia, al mismo tiempo que predicaban las sublimes ideas del menosprecio de todas las cosas de este mundo, hicieron concebir á Alejo las mas desfavorables ideas de sus intemperantes huéspedes, apresurándose para librarse de ellos á darles bageles que los condujesen á Ásia, donde el sultan Suliman, que reinaba en Nicea, los destruyó completamente.

Pero á aquellas primeras muchedumdres armadas sucedieron ejércitos organizados, y Alejo temió á los soldados de la cruz mas que á los mismos infieles, hasta el punto de que habiendo arrojado una tempestad en Dyrrachium, á Hugo el Grande, hermano del rey de Francia, Filipo I, y uno de los principales caudillos de la cruzada que avanzaba sobre el Oriente á las órdenes de Godofredo de Bouillon, Alejo lo retuvo prisionero y rehusó entregarlo á este que lo reclamaba, lo cual fué causa de que Godofredo le declarase la guerra, dirigiéndose con pasmosa actividad sobre Constantinopla. Ante tan grave amenaza, Alejo, procediendo con mejor acuerdo devolvió la libertad á los prisioneros y recibió amistosamente á los cruzados, que permanecieron seis meses en la capital ó en los alrededores, señalando todavía la tradicion, la pradera y los centenarios árboles bajo los cuales acostumbraba á descansar Godofredo.

Conocido de nuestros ilustrados lectores es el éxito de esta cruzada, cuya relacion no puede apartarnos de nuestro principal propósito, bastándonos con recordar que aunque en mayor escala siguieron los nobles paladines de aquel generoso caudillo el ejemplo de las primeras bandas de aventureros, puesto que aprovecharon sus victorias para irse repartiendo los territorios que conquistaban, estableciendo en ellos ducados, señorios, principados y hasta reinos, sobre los cuales

pretendia Alejo ejercer el derecho de soberanía, por haber formado aquellas comarcas, antes de su ocupacion por los sarracenos, parte del vasto imperio bizantino.

Al ocuparnos, si bien brevemente, de este periodo de la historia de Constantinopla, lícito ha de sernos reproducir las palabras de un autor francés, porque esta circunstancia le libra de todo cargo de parcialidad, al juzgar á los guerreros de su pàtria en aquella cruzada. «Mucho se ha dicho y escrito en todas partes acerca de que Alejo Comneno tuvo durante toda la cruzada con los guerreros de Occidente una conducta equívoca. La de los cruzados á su vez no fué mejor. Si él usó de astucia, de doblez, de diplomacia, ellos usaron de violencia. El uno encontró en su debilidad los recursos comunes á la debilidad misma; pero ¿puede decirse que los otros no abusaron de su fuerza en provecho propio? Así, Boemundo, uno de los príncipes normandos establecidos en Sicilia, que ya antes de la cruzada habia guerreado contra el Imperio y contra Alejo, desde el principio de la campaña, se formó un principado en territorios de Edessa y de Antioquía. Alejo no rehusaba darle la investidura, pero el príncipe normando no queria deber mas que á su espada lo que con su espada habia conquistado. Para cualquiera que conozca esta historia, es evidente que los caballeros occidentales en Asia, apenas se cuidaron del objeto principal que les habia lanzado á la guerra. Se consideraron desde luego como en país conquistado, y cuanto caía bajo su mano lo miraban como buena presa. Los amaños y las falsedades diplomáticas están muy léjos de tener nuestras simpatias; pero nos vemos obligados á sostener, que Alejo Comneno reivindicando los territorios del Imperio de Constantino hacia bien, y que las luchas que para ello sostuvo contra Boemundo, contra los pisanos, contra los genoveses, contra los florentinos, son las mas bellas páginas del reinado de este emperador, y contribuyéron no poco á asegurar la suerte de su dinastía. Ninguna familia hubiera podido durante aquella época velar mas eficazmente en Constantinopla por los intereses del Imperio. Así, á pesar de las intrigas palaciegas á las que ningun emperador podia sustraerse, conservó intacta su autoridad, apoyado siempre por el clero, el pueblo, los soldados, y la mejor parte de los dig-

natarios de la córte. Sus ejércitos, en las guerras que sostuvieron contra el principe de Antioquía, no fueron siempre afortunados, y sin embargo jamás se hizo por ello cargo al emperador; demostrando todavía mas la necesidad que hay de no dejarse arrastrar por falsos sentimientos, lo que hizo Boemundo, cuando habiendo ajustado sus paces con Alejo, no dió parte alguna de las riquezas de que le colmó á los compañeros de sus guerras, de sus fatigas y de sus peligros, mientras la conducta de Alejo Comneno, con Bertrand, hijo del conde de Saint-Gille y Tolosa, muerto delante de Trípoli de Siria, fué muy diferente y demuestra una vez mas, que los griegos no se condujeron tan mal con los cruzados, como los historiadores han querido decirnos (1).»

La situacion de Alejo era doblemente difícil, pues además de las contiendas que le obligaban á sostener los que debian haber sido sus naturales aliados, se veia combatido por los turcos de Khorassan, obligándole á ponerse al frente de sus tropas, y rechazarlos; gloriosa campaña en que recobrando todo el valor y energía de su edad juvenil, el emperador bizantino obtuvo la victoria contra aquellas numerosas y fieras hordas que todo lo asolaban á su paso, llevando dos años despues la guerra hasta el mismo territorio del sultan de Iconio, y obligándole, ayudado del heróico valor de su sobrino Nicefóro, á pedir la paz, que el emperador le otorgó con ventajosas condiciones para su pueblo, volviendo á Constantinopla ceñido con bien ganado lauro y con abundantes riquezas y trofeos, prendas de la victoria. Tan dado á los asuntos interiores de su pueblo como incansable en la guerra, cuidó con especial predileccion, animado por caritativo espíritu cristiano, de la suerte de los soldados inválidos, de los enfermos y desvalidos, y poco despues tan agitada vida terminaba en medio del luto general de sus vasallos, (1118), dejando la corona á su hijo Juan Comneno, que superó las buenas cualidades de su padre.

Afortunado en la guerra contra los turcos, los patzinacos del Danubio y los sérvios de la Hungria, conservó con valor y prudencia la integridad del Imperio; y de los nuevos vecinos, hermanos en creen-

(1) Méry.

cias pero contrarios por la ambicion, consiguió el juramento de fidelidad y vasallage, que no logró obtener Alejo, juramento que le prestaron los condes de Edessa y los príncipes de Antioquía; dejando al morir á su hijo Manuel el Imperio floreciente y respetado, y en vías de recuperar la antigua influencia que en anteriores épocas habia egercido en los destinos del mundo.

Por desgracia Manuel Comneno, si habia heredado el valor de sus antepasados, no así la lealtad de su padre, demostrando con sus actos una doblez y mala fé, que con justicia manchan su memoria, pues no tiene disculpa alguna su proceder con los cruzados y con los señores de Occidente, cuando estos le tenian reconocida la preeminencia de su soberanía. Imposible parece, que entre hermanos en religion y en propósitos, é infieles y eternos enemigos, Manuel se pusiera de parte de estos, y no solo dejara de secundar la segunda cruzada, sino que llevase su verdadera perfidia hasta advertir al sultan de Iconio, de los grandes preparativos que hacian contra los turcos, Conrado, emperador de Alemania, y Luis, el jóven rey de Francia, prevencion inicua que produjo la completa y desastrosa derrota de los cruzados.

Al proceder con tan insigne mala fé, Manuel Comneno, llevaba, sin embargo una intencion política, que explica su conducta aunque no puede disculparla. El ambicioso emperador aspiraba á levantar el imperio bizantino sobre el mundo entero, y mas temor le inspiraban para el logro de sus planes los mismos cristianos que tenia dentro de sus dominios, que los infieles de las fronteras, á quienes podia combatir abiertamente, y á quienes estaban acostumbrados á vencer, lo mismo él que sus gloriosos progenitores. Así fué cómo trató de anular por completo el influjo de los occidentales en Oriente, favoreciendo contra ellos á los mismos turcos, y cómo pretendió arrojar de Italia á los normandos, comenzando con tan próspera fortuna la campaña encaminada á tal propósito, que gran número de plazas de la Pulla y de la Calabria cayeron en poder de sus tropas. Astutos, sin embargo, los enemigos aparecieron de improviso, amenazando á la capital del Imperio con poderosa flota siciliana en las aguas del Bósforo, lo que le obligó á cambiar de conducta por el momento, aceptando la paz que le ofrecieron.

Mas afortunado en sus planes por la parte de Asia, al mismo tiempo que recibia el pleito homenaje de los señores cristianos de Antioquia y de Jerusalen, alcanzaba señaladas y repetidas victorias contra los turcos, hasta el extremo de obligar al sultan de Iconio á solicitar la paz; paz, que, sin embargo, no fué mas que insegura tregua, pues al acercarse los últimos tiempos de su reinado, tuvo el emperador que emprenderla de nuevo.

El pueblo húngaro y la aristocrática república veneciana, dieron tambien dias de verdadera prueba á Manuel Comneno, pero sobre unos y otros alcanzó importantes triunfos; y todo parecia propicio para la realizacion de los vastos proyectos de éste, cuando tuvo necesidad de comenzar de nuevo la guerra contra los turcos, mandados por el sultan Azzeddin que reinaba en Iconio, y dirigirla con gran prevision y cuidado, porque los infieles habian decidido jugar el todo por el todo en aquella nueva campaña, y lo mismo Manuel Comneno, cansado de aquella lucha tenaz, con un enemigo dotado de una persistencia abrumadora. Por desgracia para las armas cristianas la derrota de Myriocéfalos echó por tierra todos los planes del emperador, y hundió en los sombrios abismos de una melancolia sin esperanza al tercero de los Comnenos.

Abstraido en su tristeza, olvidó asegurar la sucesion del trono, puesto que no dejaba mas que un hijo, Alejo, de edad de doce años, y no era en verdad el combatido gobierno de una minoria, lo que necesitaba aquel Imperio tan combatido por propios y extraños. Asi fué, como poco despues de morir Manuel Comneno, desatáronse las ambiciones hasta alli comprimidas, logrando imponerse á todos Andrónico, cuya horrible tirania le hizo en breve de tal manera odioso, que todas las clases sociales se sublevaron contra él, colocando en el trono á Isaac, el Ángel, el cual, si bien no era tan cruel como Andrónico, tenia un carácter falto de energía y de todas las cualidades que se necesitaban para detener el imperio en su rápida decadencia. Si á esto se agrega la falsedad y mala fé, que presidia á todos sus actos, y de que dió señalada muestra, movido por recelos injustificados, en sus relaciones con Federico Barbarroja y con Ricardo, rey de Inglaterra,

cuando trataron de socorrer con sus ejércitos á los cristianos de Oriente, se comprenderá el descrédito que le rodeó en vida y el poco envidiable nombre con que ha pasado á la posteridad, así como el rápido aumento que fué adquiriendo la dominacion musulmana, perdidas las conquistas de Juan y de Manuel Comneno, y ocupados los generales que debian combatir á los infieles en combatir solo por su medro personal, olvidados completamente del bien y de la salud de la patria. Obedeciendo á tan pequeños y rastreros fines, Isaac Comneno, que siguiendo las gloriosas tradiciones de la mayor parte de sus antepasados, debiera solo haber procurado alcanzar renombre y gloria, y salvar el amenazado imperio, combatiendo á los musulmanes, atendió solo á formarse un reino en la isla de Chipre, que apenas pudo disfrutar, pues le privó de él Ricardo Corazon de Leon, á su paso para Palestina, entregando la isla á los caballeros del Temple, que mas tarde se declararon en favor de Guy de Lusignan. A su vez Alejo, hermano del vacilante emperador Isaac el Ángel, arrojaba á este del trono, instigado por su propia ambicion, y por la de su mujer Eufrosina, llevando su crueldad hasta el extremo de arrancar los ojos á su desposeido hermano, para impedirle de este modo que pudiera algun dia aspirar á la corona.

El mahometismo en Oriente ganaba terreno de dia en dia. La victoria de Tiberiade habia demostrado hasta donde rayaba el poder y la fortuna del sultan Saladino, y á pesar de los gigantes esfuerzos de Felipe Augusto, Ricardo Corazon de Leon, y el emperador de Alemania Federico Barbaroja, los brillantes hechos de armas de la flor de los guerreros de Oriente y de Occidente no produjeron los buenos resultados que eran de esperar, por la mala fé y los celos indignos de Isaac el Ángel. Los esfuerzos de toda la caballería cristiana eran ineficaces, cuando su principal enemigo, peor todavia que los mismos ejércitos musulmanes, puesto que sus armas eran la doblez y el engaño, estaba en la capital del imperio de Oriente. Así fué como apenas volvieron á sus hogares cubiertos de laureles, aunque pobres de riquezas los caballeros de Alemania, Inglaterra y Francia, los cristianos de la Palestina y de la Siria, abandonados á

sus propios recursos no pudieron resistir el empuje de las armas muslimicas, y el odiado pendon del profeta volvió á tremolar triunfante sobre el sepulcro de Cristo.

Imposible parece, que al ver Constantinopla tan inminente el riesgo, no pensara, siquiera por amor á su propia conservacion, en volver sobre sus pasados extravíos, y por el contrario viese con culpable indiferencia, los progresos de las armas musulmanas en Ásia, viviendo entregada completamente á sus interiores contiendas y sediciones. El sucesor de Isaac el Ángel, Alejo III, extremó las maldades de sus predecesores, sin que lograsen mejorar sus malos instintos las buenas cualidades, á vuelta de grandes vicios, que demostró su ambiciosa mujer Eufrosina, ni detener la ya próxima muerte del imperio oriental, que debia bajo su tiránica dominacion casi llegar á su postrer instante.

La toma de Jerusalen por los infieles, resonó como un grito de suprema é inmensa angustia de la cristiandad profundamente desolada, en los estados de Occidente. Inocencio III levanta de nuevo el estandarte de la Cruzada, que bien pronto reunió á su sombra los mas heróicos paladines de la Francia, ganosos de gloria, é inflamados por entusiasta sentimiento cristiano, á la elocuente voz del sacerdote Foulques, que es el Pedro el Hermitaño de esta quinta cruzada.

Para atravesar los mares en demanda de las comarcas asiáticas, los cruzados, cuyo propósito era caer impetuosos sobre la Palestina y el Egipto, habian contratado con la poderosa república de Venecia el trasporte, en buques de aquella poderosa reina del Adriático; pero cuando reunido el ejército bajo los muros de Venecia y prontos los buques á darse á la vela, se trató de realizar el pago convenido, encontráronse los cruzados faltos de los recursos pecuniarios que habian menester, y ofrecieron pagar con su sangre, ya que no con su dinero, el servicio que Venecia habia de prestarles, conquistándole á Zára, que habia caido bajo las vencedoras armas del rey de Hungria. Aceptado el convenio, nuevas proposiciones, de quien menos podian esperarse, torcieron tambien los principales propósitos de los cruzados.

Hallábase refugiado en Venecia, huyendo de la persecucion del cruel esposo de Eufrosina, Alejo, hijo del destronado Isaac el Ángel, que al

ver reunido el numeroso y florido ejército de los cruzados, propuso á sus jefes y al Dux de Venecia, Dandolo, una expedicion sobre Constantinopla para restablecer á su padre Isaac el Ángel, en el trono, haciéndoles á cambio de tan importante servicio grandes promesas. Semejante proposicion no podia menos de ser aceptada, por guerreros ávidos de aventuras, y por un hombre de Estado como Dandolo, quedando bien pronto convenido aquel tratado, trás del cual se ocultaba la ruina del Imperio de Oriente.

Alejo III en tanto, ni aun presentir pudo, apesar de sus constantes recelos, la sombria nube que le amenazaba de la parte de Occidente, y cuando los cruzados se presentaron delante de Constantinopla, y conoció sus verdaderas intenciones, aunque acudió á las armas para rechazarlos, apenas pudo resistir el primer dia de combate, huyendo cobardemente, y dejando el campo á sus contrarios, que colocaron sobre el trono, sacándole de la prision donde yacía, al ciego Isaac el Ángel, asociado por su ceguera á su hijo Alejo. Agradecido á la eficaz ayuda que los cruzados acababan de prestarle, les rogó no abandonasen á Constantinopla, colmándoles de toda clase de obsequios y presentes; pero bien pronto, desagradecido y desleal, temió á sus poderosos huéspedes, pensando únicamente en deshacerse de ellos, cuyo propósito atizaba sordamente el espíritu siempre hostil de los griegos contra los latinos. Acumulados por tal medio los combustibles de la nueva hoguera, faltaba solo una chispa para inflamarla, y esta la puso fácilmente Alejo Dúcas, apellidado Murzuflo, que atacó á un cuerpo de franceses, rompiendo abiertamente las hostilidades con sus antiguos valedores. No rechazaron los latinos la lucha; y como ya habian aprendido con que facilidad se elevaban en aquel imperio sobre las gradas del trono á los emperadores, derrocaron al ingrato Alejo IV apoyando la proclamacion de Nicolás Canabe, con lo cual, léjos de aquietarse Murzuflo, se lanzó á sus mas violentos arrebatos, apoderándose del nuevo emperador, matándole con sus propias manos, y ciñéndose él mismo la corona.

Tan inaudito atentado cometido contra el emperador, que acababan de elevar al trono, colmó el enojo de los latinos, que sin consideracion

alguna para los que tan ingratos se les habian mostrado, declararon abiertamente su propósito de apoderarse de Constantinopla, intimando á Murzuflo, la rendicion y la entrega de la ciudad. Como no podia menos de suceder, el usurpador rechazó tales proposiciones, pero bien pronto el resultado de la lucha le hizo conocer la inutilidad de sus esfuerzos, puesto que los latinos se apoderaron rápidamente de gran parte de la capital, teniendo él mismo que abandonarla, mas atento á conservar, huyendo cobardemente, la vida, que á perderla con gloria, luchando al menos como valiente, sino como bueno. Teodoro Lascaris, pretende, despues de hacerse proclamar emperador, resistir al enemigo, apoyado en los barrios extremos de la ciudad, y en los alrededores de Santa Sofia. Pero todo en vano. El incendio completa la obra de las armas, y las iglesias, los palacios, los ricos almacenes de los mercaderes cayeron en poder de la soldadesca, que lo llevó todo á sangre y fuego. Los cruzados quedaron dueños completamente de la capital y por consecuencia del imperio, apresurándose á instalar en la silla de Santa Sofia como patriarca de la comunion latina al noble y virtuoso veneciano Tomás Morosini, y á nombrar emperador, recayendo todos los sufragios en favor de Balduino conde de Flandes; con lo que el antiguo imperio griego quedó destruido, levantándose sobre sus ruinas el imperio latino de Constantinopla. Mientras tales y tan radicales variaciones se hacian en la ciudad del Bósforo, los venecianos, mercaderes antes que todo, llevaban á su aristocrática república los ricos despojos de la victoria, por donde el lujo y refinamiento oriental se extendió en las comarcas de Occidente.

El antiguo imperio no conservó su integridad bajo el mando de sus nuevos señores. Habian sido muchos los jefes de la cruzada y de aquella empresa sobre todo, y sino habian de reproducirse entre los latinos las destructoras contiendas de los griegos, era indispensable desmembrar el territorio y crear con los despojos del coloso nuevos estados, que saciasen la sed de mando y de poder de aquellos valientes y ambiciosos guerreros. Asi fundaron un reino en Tesalónica, un principado en la Acaïa, un ducado en Nicea, cuyas coronas se adjudicaron respectivamente Bonifacio, marqués de Montferrato, Guillermo

de Champlite y Luis, conde de Blois, repartiéndose á tal tenor títulos, honores y riquezas los demás campeones de la cruz, que de todo habian tratado desde su salida de Venecia, menos de cumplir el cristiano propósito que les hizo empuñar la espada.

Los griegos, sin embargo de tan prósperos sucesos para los latinos, estaban muy léjos de conformarse con la impuesta dominacion. Teodoro Lascaris busca en Asia alianzas con los turcos, sus naturales enemigos, para combatir á los cristianos occidentales, mientras otros señores griegos refugiados en la córte de los búlgaros, escitaban á su rey, celoso enemigo de los latinos, para que les declarase la guerra. No necesitaba este de muchos estímulos, para levantar bandera contra los cruzados, y al primer pretexto que la fatalidad le presentó, rompió las hostilidades con próspera fortuna, pues apenas comenzada la guerra Balduino cayó en su poder, siendo tratado por el vencedor con indigna crueldad. Enrique, hermano de Balduino, que en los primeros momentos de tal desastre tomó el título de regente y despues la diadema imperial, unido á su antiguo compañero de armas, el rey de Tesalónica, vengó aquella derrota, si bien su triunfo no fué tan importante que obligase al rey de los búlgaros á dejar en paz el nuevo imperio por largos años, rompiéndose por el contrario en cada uno de ellos con abrumadora tenacidad las hostilidades por parte de aquel incansable enemigo, que aprovechaba los momentos de su forzado reposo despues de ser vencido, para prepararse á nuevas lides.

Por la parte de Asia, en tanto, Lascaris se aprestaba á la guerra; pero ni aun en la desgracia los bizantinos podian dar tregua á sus rencores, luchando en la misma córte del sultan de Iconio, el antiguo emperador Alejo con el último que solo durante algunas horas vistió la púrpura imperial. A tal extremo llegan tan insensatas maquinaciones, que Alejo excita nuevamente al sultan para que declarase la guerra á Lascaris, á lo cual se anticipó este, y estando á punto de ser vencido, salvó su naciente trono matando por su misma mano á su enemigo.

Enrique entretanto habia muerto, y los barones reunidos le dieron por sucesor á Pedro de Courtenai, conde de Auxerre, que habia casado en segundas nupcias con Yolanda hermana de Balduino; pero Pedro

de Courtenai no pudo llegar á Constantinopla ni al trono imperial, sino despues de haber estado expuesto á ser victima de Teodoro Comneno, príncipe de Epiro, que aspiraba secretamente á reivindicar lo que consideraba como herencia de su familia.

La anarquia habia destruido el imperio griego, y la anarquia se apoderó bien pronto del latino: y fué de tal suerte, que despues de la muerte de Pedro de Courtenai, hubo al mismo tiempo tres emperadores; Roberto, sucesor de Pedro, en Constantinopla; Teodoro Comneno en Tesalónica; y Vatacio, sucesor de Lascaris en Nicea, sin contar á Alejo Comneno que reinaba oscuramente en Trebisonda, nuevo estado que acababa de formarse á las orillas del mar Negro (1222).

Desgraciadamente ninguna virtud, ninguna cualidad de esas que se imponen por su alteza ó por su atrevimiento, distinguian á aquellos ambiciosos magnates, de los cuales el único que parecia obedecer en todos los actos de su vida á un pensamiento determinado y de importancia fué Vatacio, al pretender el restablecimiento de una dinastia griega en el trono de Constantinopla, y por tal medio procurar devolver á aquel imperio su antigua preponderancia. Como si la fortuna favoreciese sus propósitos, Juan de Brienne que sucedió á Roberto durante la menor edad de su hermano Balduino, harto combatido estaba por los años, para poder empuñar con mano fuerte las riendas de tan vacilante Estado, y Vatacio aprovechando esta circunstancia que le facilitaba el logro de sus designios, aliado con el rey de los búlgaros, marchó resueltamente sobre Constantinopla. No habia contado al acometer tan atrevida empresa, con el carácter verdaderamente heróico, en medio de su ancianidad, que distinguia á Juan de Brienne. Resuelto este á morir con gloria antes que abandonar cobardemente el puesto de honor que las circunstancias le habian confiado, reunió un corto ejército de tres mil peones y solo ciento sesenta caballos, y con tan exíguas fuerzas salió á buscar á su enemigo, que reunia mas de cien mil. Tan audaz como admirable resolucion, obtuvo la merecida recompensa. La escasa hueste del de Brienne derrotó al numeroso ejército contrario; y como al mismo tiempo que tan épica hazaña realizaba, la flota de los venecianos dispersaba á la escuadra enemiga, que á duras

penas pudo refugiarse en Lamsaco, Constantinopla quedó libre por el momento de la dominacion que tan poderosamente le amenazaba: y hemos dicho por el momento, porque sin necesidad de enemigos armados ni de ataques á viva fuerza, la dominacion latina en Constantinopla tocaba á su término, porque las cualidades que le distinguieron en su principio, iban desapareciendo de dia en dia. Para que hubiera podido sostenerse aquel imperio bajo el cetro de los latinos, era necesario que las potencias de Europa, cuna de la caballería, le hubiesen enviado sus guerreros, que alentados por el espíritu elevado y hazañoso de la época en los paises de Occidente, prestase la sávia de su energía á los soldados bizantinos, cansados ya de combatir con tan opuestos enemigos, y desprovistos del entusiasmo y la fé ciega en una causa, cualquiera que ella sea, fuente siempre segura de grandes acciones. Juan de Brienne, templado en el yunque de Occidente, apesar de sus años, lograba infundirles el aliento que les faltaba, y realizar tan épicas hazañas como las que acabamos de referir contra Vatacio, á quien logró tambien rechazar en una segunda intentona, que con perseverante empeño volvió á acometer; pero el aliento que á los suyos infundia era el de su ejemplo y el de sus prendas personales, no el de la idea, que sobrevive hasta despues de grandes adversidades é infortunios.

Balduino II, comprendiendo que la salvacion del imperio latino en Oriente, estaba en el apoyo que le prestasen con sus soldados las potencias occidentales, levantó un ejército en Francia de sesenta mil hombres, recurriendo para sostener los grandes gastos que tal empresa le ocasionaba á arrojar en los crisoles de las casas de moneda, los ricos tesoros de las iglesias; pero faltábale para completar tan salvador pensamiento la audacia y la confianza en su propio valer, prenda de segura victoria en las empresas humanas. Si Juan de Brienne hubiese dispuesto de las considerables fuerzas que animadas de entusiasta espíritu caballeresco llegó á reunir Balduino, hubiera salvado el imperio, aunque hubiera tenido enfrente á Vatacio, cuya perseverancia abrumadora, formó siempre la cualidad distintiva de su carácter; pero desgraciadamente no fué así, y Vatacio aprovechándose hábilmente de las faltas de sus adversarios, sino llegó á

apoderarse de Constantinopla logró dilatar considerablemente los confines de sus estados, y dejar preparados los acontecimientos para que sus sucesores pudieran conseguirlo. Si su hijo Teodoro Lascaris, que le sucede, no lo alcanza por su prematura muerte, Miguel Paleologo como tutor del nieto de Vatacio Juan Lascaris, llegó un dia á las puertas de Constantinopla, sin que Balduino II adormecido en sus placeres ni siquiera se apercibiese de ello en su voluptuoso palacio de Blaquerno, hasta que oyó las aclamaciones de los soldados de Miguel Paleologo, y la ciudad entera ocupada por sus enemigos, que se apoderaron de ella sin derramar una sola gota de sangre. El 15 de Agosto de 1261, entró este en la ciudad por la Puerta Dorada, á pié, sin ningun signo exterior de la magestad imperial, dirigiéndose ante todo á dar gracias á Dios en Santa Sofia por el restablecimiento del imperio griego en la capital del Bósforo instalándose en el palacio Bucaléon. Tanta humildad llevaba sin embargo un oculto propósito indigno. Miguel Paleologo no tuvo bastante abnegacion para entregar su fácil conquista al legítimo soberano, el jóven Lascaris, en cuyo nombre gobernaba, y no contento con haberle tenido encerrado hasta entonces en un castillo de Asia, arrojó la máscara tras de la que ocultaba su usurpacion, ciñóse la diadema, y mandó arrancar los ojos á su desgraciado pupilo.

Imposible parece que habiendo subido al trono por medio de accion tan indigna, demostrase en tan elevado puesto, relevantes cualidades. Durante los largos años de su reinado, consiguió tener á raya los numerosos enemigos que por todas partes le rodeaban, asi á los orientales, búlgaros, turcos y sarracenos, como á los occidentales, sin embargo de tener estos, príncipes tan esforzados, como Cárlos de Anjou, hermano de S. Luis, uno de los generales mas afamados de su tiempo. El oscuro y pequeño imperio de Trebisonda, que pudiera en lo porvenir haber adquirido importancia perjudicial á Constantinopla, dejó de inspirarle recelos, pues gracias á sus hábiles manejos, Juan Comneno, en aquel mandaba á la sazon, renunció al título de emperador y á todo distintivo de dignidad imperial, contentándose con recibir en cambio la mano de Eudoxia, hija de Miguel Paleologo, y el título de Déspota. Mayores

empresas se preparaba á acometer para el engrandecimiento de su imperio, cuando le sobrevino la muerte, dejando el trono á su hijo Andrónico II, en cuyo reinado volvieron á suscitarse con mayor empeño las cuestiones religiosas, declarándose el nuevo emperador violento partidario del cisma, que destruia la fuerza de la unidad tan necesaria á los poderes cristianos, facilitando el triunfo á un nuevo enemigo, los turcos otomanos, que mas afortunados que los seldjucidas, destruidos por los mongoles, habian logrado fundar poderoso imperio con las ruinas de todas las potencias musulmanas del Asia, y fijaban su atrevida mirada, ávidos de nuevas conquistas, en la ciudad de Constantino, aspirando nada menos que á fijar en ella, la capital del nuevo imperio.

Temeroso Andrónico II de los nuevos enemigos que ya muy de cerca la amenazaban, asoció en el imperio á su hijo Miguel, y no encontrándose bastante poderosos para poder oponerse al torrente invasor, recurrieron á demandar socorros á los paises de Occidente; ocasion que dió origen á una de las mayores glorias que nuestra pátria registra en sus anales, á la expedicion de catalanes y aragoneses, que asombró al mundo, y que hubiera podido ella sola asegurar en el trono al emperador bizantino, si la insigne perfidia de este no hubiera convertido contra sí, las armas de sus mismos valedores.

Viejo y valetudinario Andrónico, veia rápidamente hundirse el imperio de que era indigno, combatido por los incansables otomanos, y por la desgracia en el interior de su hogar; pues como providencial castigo de sus traiciones y sus crímenes, vió morir uno tras de otro, en breve plazo, á la esposa que amaba, y á su hijo y compañero en el imperio, Miguel, y á su nieto Andrónico, amargando los últimos dias de su ancianidad con incesantes conspiraciones, que terminaron al fin con arrebatarle la corona, sino la vida.

Por ventura el ingrato usurpador, ya que no tuviese otras cualidades, tenia al menos la del valor, y al ver que los turcos en su invasora marcha, habian llegado hasta Nicea, poniéndole ajustado cerco, marchó contra ellos, pero despues de un encarnizado combate, en que, por cinco veces consecutivas, fueron los bizantinos vencidos y vence—

dores, tuvieron al fin que abandonar el campo, salvando difícilmente herido á su emperador. Tan terrible derrota no fué sin embargo bastante para detener en sus propósitos al jóven Andrónico, y apenas restablecido de su herida, al saber que los turcos, animados con la victoria de Nicea habian invadido la Tracia con numeroso ejército, marchó contra ellos y los batió tan cumplidamente, que pocos fueron los que, salvándose del terrible desastre, pudieron volver á sus ciudades de Asia. Tan afortunado éxito, parece como que despertó en aquellos últimos restos de los poderosos señores del mundo, los hazañosos alientos de sus predecesores; y así fué como los generales de Andrónico saliendo por todas partes al encuentro de los persistentes otomanos, alcanzaban cada dia nuevas victorias, lo mismo que sobre los sérvios y los búlgaros, que tampoco cesaban de inquietar al emperador bizantino. Ayudaba poderosamente á Andrónico en aquellas numerosas guerras, su general Cantacuceno, guerrero en quien parecian haber revivido todas las grandes cualidades de los antiguos capitanes de la Roma de Augusto y de Constantino.

Pero desgraciadamente para el imperio, volvieron á recrudecerse en Constantinopla, las luchas que las herejías sustentaban, y de tal modo, que tomando parte en ellas el mismo emperador, fueron causa de su muerte, dejando demasiado jóven á su hijo Juan Paleólogo, para poder ceñir la diadema, y gobernar en tan difíciles circunstancias á un pueblo combatido por todas partes en el exterior, y destrozado interiormente por las heregías y las disputas teológicas. Solo una mano enérgica y poderosa podia empuñar el gobierno del Estado, sino para conducirle á seguro puerto, para sostenerle al menos en medio de las tempestades que le combatian; y comprendiéndolo así Cantacuceno, mas por patriotismo que por afan del poder soberano, animado y sostenido por los grandes talentos de su esposa Irene, declaró abiertamente su voluntad de ceñir la corona, y la ciñó en efecto, apesar de la declarada oposicion que le hacian todos los que llamándose sostenedores del emperador legítimo, mas que en sostenerle pensaban, como acontece siempre, en sus medros personales.

Y á la verdad, que era tiempo de que un hombre superior, empu-

ñara con mano fuerte las riendas del Estado. No solamente amenazaban los musulmanes á Constantinopla, sino que los genoveses establecidos en Gálata trataron de apoderarse tambien de la capital, poniéndola sitio. Cantacuceno para rechazar la agresion que de tan cerca venia por las aguas del Bósforo, tuvo que reunir rápidamente una escuadra que rechazase á la flota enemiga; pero esta vez la suerte no le fué propicia, pues antes de librar el combate, vió dispersados sus bajeles por violento huracan, que dió el triunfo sin que luchasen á los atrevidos genoveses. Lo que con la fuerza de las armas no habia podido conseguir, lo consiguió Cantacuceno con su diplomacia, y comprendiendo que mas que dominacion material y aspiraciones de conquista, guiaban á los genoveses intereses mercantiles, ajustó con ellos un tratado que les daba en tal concepto ventajas productivas, y terminada de este modo aquella contienda volvió sus armas contra los sérvios, venciéndoles en repetidos encuentros; tras de lo cual, creyendo asegurada la paz del Imperio, quiso coronar dignamente los largos merecimientos de su vida, devolviendo la corona que solo para salvar la pátria habia ceñido, al hijo de Andrónico, Juan Paleólogo. Sin comprender toda la grandeza de tal accion, encontró en su misma familia los primeros obstáculos para realizarla; y mas cansado de esta lucha estéril y vergonzosa, que de sus largos y continuos trabajos, como general y como político, encerróse en un cláustro, donde consagrado solamente á Dios terminó sus dias, mientras su hijo Mateo se empeñaba en sostener sobre sus sienes la corona, que al fin ciñó el hijo de Andrónico. Mientras estas últimas é intestinas luchas, tenian lugar, los turcos habian hecho incesantemente rápidos progresos. Dueños de Galípoli, habianse tambien apoderado de Ancira en Asia, y establecido la córte de sus dominios en Europa, en la misma Andrinópolis.

En vano Juan Paleólogo al ver tan inminente por aquella parte el peligro, recurre á perjudiciales alianzas con los sérvios, los húngaros y los búlgaros, que reunidos quisieron detener el poderoso empuje de los turcos. En vano el papa Urbano IV predica una nueva cruzada: aquellos fueron destrozados por los ejércitos sarracenos, y este no

logra inflamar el espíritu de los guerreros de Occidente, que cansados de las deslealtades bizantinas habian llegado á mirar ya con indiferencia la suerte de aquel caduco imperio.

Juan Paleólogo, aislado en su impotencia, no tuvo ni el pensamiento siquiera, de morir luchando, y prefiriendo vergonzosa paz á gloriosa muerte, llevó el colmo de la ignominia hasta reconocerse tributario del sultan Amurates. Muerto este antes que Juan Paleólogo, su sucesor Bayaceto mostró claramente sus propósitos de no contentarse con el arreglo ajustado por su predecesor, sino con llegar al fin supremo de los ambiciosos sultanes turcos, que era la posesion de Constantinopla; y fácilmente lo hubiera conseguido, á no haber tenido que atender á la propia conservacion de sus estados, impetuosamente acometidos por el célebre Tamerlan, siendo completamente derrotado el ejército turco en terrible batalla reñida delante de los muros de Ancira, en Frigia, tras de la cual quedó prisionero Bayaceto, con sus mujeres y sus hijos; muriendo de vergüenza en el camino, el soberbio sultan, cuando encerrado en una caja de hierro, le llevaban los mongoles á Samarcanda, como inestimable trofeo de la victoria.

Manuel Paleólogo, hijo y sucesor de Juan, quiso aprovecharse del desórden y de la confusion que tal derrota habia producido entre los otomanos, y para conseguirlo, aplicando la doctrina, elevada tres siglos despues á principio, por Maquiavelo, de «dividir para reinar,» atizaba en secreto el fuego de las contiendas civiles, que destrozaba el poder otomano, sostenidas por los cuatro hijos de Bayaceto, que todos aspiraban á ocupar el trono de su padre. Poco habian de valerle sin embargo sus falsos manejos al débil emperador bizantino. Amurates II ciñó la espada de los sultanes soberanos, y apenas se vió investido con el supremo poder, dirigió sus ambiciosas miradas á la ciudad del Bósforo, teniendo el mismo emperador, que habia soñado con destruir por medio de la falacia y de la astucia, ya que no podia con las armas, la amenazadora preponderancia de los turcos, que reconocerse tributario del segundo Amurates, lo mismo que su sucesor Juan Paleólogo; vergonzoso tributo que no le libraba de ir viendo de dia en dia desmembrarse el imperio, y caer en poder del otomano sus mejores provincias.

No habia de ser, sin embargo, Amurates, el sultan á quien estaba reservado el completo logro de los ambiciosos propósitos de sus antecesores. Murió sin dejar terminada su empresa, dejando el trono y el encargo especial de darla cima, á su hijo mayor Mahomet II, digno heredero de sus talentos y de su valor.

Los últimos dias del imperio griego se acercaban. Su vacilante trono recayó por muerte del último Paleólogo, en Constantino, déspota del Peloponeso, destinado á ver hundirse para siempre en la sima de lo pasado á aquel coloso, cuya larga y penosa agonia de gigante tocaba á su término. La realizacion del *Venit summa dies et ineluctabile tempus*, que en son de profecía escribió un siglo antes el gran artista regenerador de la pintura en la Edad Media, el florentino Cimabue, vá á cumplirse.

Y cosa extraña. Con Augusto nació el imperio romano de Occidente y con Augustulo terminó. Constantino creó el de Oriente, y Constantino se llama tambien el desgraciado emperador destinado á verle morir. La guerra tanto tiempo anhelada por los otomanos, tan temida por los últimos emperadores griegos porque sabian se disputaba en ella la posesion de la ciudad sagrada, estalla al fin, apenas transcurrida la primera mitad del siglo XV. Innumerable ejército de sarracenos avanza sobre Constantinopla, que ya no tiene para destruir á sus contrarios el fuego de Calinico, perdido con la vida de aquel sábio para los ingratos bizantinos que causaron su muerte. Tiene es verdad el de la pólvora, apenas generalizada en los ejércitos un siglo antes. Pero sus contrarios la conocen tambien, y la amenazan con piezas de batir colosales, como la renombrada *Basilica* que lanzaba proyectiles de piedra, de peso de mil libras, cañon colosal cuyo recuerdo despierta en la memoria los que se conservan en los Dardanelos, alguno de los cuales lanzaba todavía en los principios de este siglo balas de piedra de ochocientas libras. La lucha habia de ser titánica y lo fué en efecto.

Al tenerse noticia del inminente peligro que amenazaba á la capital de aquel imperio, que guardaba todas las tradiciones del mundo antiguo en los confines de la Edad Media y en los albores de la mo-

derna, acudieron á defenderla como á madre comun y querida, asi los cristianos del Peloponeso como los italianos de Tarento, los genoveses, y los siempre valerosos y esforzados catalanes. Todos reunidos á los soldados del último Constantino, apenas sumaban sin embargo una pequeña parte del inmenso ejército turco, que elevan los historiadores á trescientos mil hombres, y á mas de doscientas naves. Indudable parece la victoria para los Osmandis, pero no se extingue sin luchar con la muerte y ponerla á punto de vencimiento, la vida de un estado poderoso. El primer ataque de los sitiadores, á pesar de su número y de su ardimiento fué victoriosamente rechazado por los soldados de todas las naciones, que defendian á la ciudad constantiniana; los buques quedaron detenidos y en riesgo de perderse por la gruesa cadena que cerraba el puerto, sumergida en el agua, de modo que no pudieron apercibirse de ella los desprevenidos marinos; y la colosal pieza de artilleria, la *Basilica,* que pensaban los sitiadores habia de poner espanto en los sitiados sólo con el estampido de su detonacion, sembró la muerte en torno de sus mismos servidores, saltando en pedazos á impulsos de su misma carga. El astro de Constantinopla parecia recobrar su antiguo brillo. Constancia y union, y los defensores de la gran ciudad hubieran asombrado al mundo, con su épica resistencia.

Pero ¡ay! que la discordia surge entre sus escasas filas. El demonio de la controversia, como si quisiera servir á la causa de los infieles para castigo de las faltas y crímenes del imperio cristiano, penetra entre los defensores de Constantinopla, que por acudir á las disputas de retóricos y sofistas, descuidan la salud de la pátria, puesta en su último trance.

Y sin embargo, al llegar momentos supremos, renace el antiguo valor y realizan prodigios de heroismo. Cuando Mahomet despues de cegar el foso de los muros por la parte de tierra, avanza sus torres de sitio, siguiendo antiguas enseñanzas romanas, para combatir con los sitiados al nivel de sus murallas ó dominándolos, las disputas cesan y acuden al punto del recinto amenazado soldados, retóricos, sofistas, monjes y sacerdotes, animados de un solo pensamiento. A la cabeza de los heróicos defensores marcha el legado del Papa, el obispo Isidoro, el general Justiniani y el emperador Constantino. El esfuerzo es titánico,

feroz la acometida, pero enérgica y vigorosa la resistencia, y las orgullosas torres del sitiador rodaron por el suelo, arrastrándole en completa derrota.

El espíritu de los sitiados fortalecido con tan señaladas victorias cobra nuevos brios, contribuyendo á darles alientos, cinco buques que llegan como socorro del cielo por la parte del mar de Mármara. Genoveses eran los cuatro y uno griego, que habiéndose dado á la vela en Chíos franquearon el Helesponto y la Propóntide, y atravesando victoriosamente la flota turca penetraron en el puerto de Constantinopla llevando á los sitiados, soldados, marineros y víveres. A tan débil socorro, y al de los pocos guerreros griegos, italianos, genoveses y españoles que desde el principio de la guerra habian acudido á derramar su sangre en defensa de la ciudad de Constantino, redújose sin embargo todo cuanto la cristiandad hizo para salvarla. Tales habian sido las falacias de aquellos emperadores, que ni el comun peligro de ver la llave del Mediterráneo y del mar Negro en poder de los infieles, fué bastante para que los estados cristianos de Occidente acudiesen á socorrer á sus hermanos.

Los reveses que acababa de sufrir Mahomet, no fueron parte á que su espíritu decayese. Antes bien, cobrando mayores brios, en la siguiente noche del dia en que tan victoriosamente fueron rechazadas y destruidas sus torres de sitio, quiso reproducir sus ataques por mar, y para ello, viendo que no podia forzar la entrada del Chrysocéras, (hoy Cuerno de Oro) por la cadena que hemos dicho la defendia, sugeta por un lado en la punta del serrallo, y por otro en la orilla de Galata, concibió el atrevido proyecto de transportar por tierra sus galeras del Bósforo al Cuerno de Oro, donde la poca profundidad del fondo impedia que los buques bizantinos, mas pesados que los suyos, pudiesen ir á combatirlos. Tan osado y colosal proyecto se llevó á cabo con prontitud y misterio inconcebibles: sacadas las galeras á tierra, fueron impulsadas sobre un camino de tablas convenientemente preparadas para que las quillas pudiesen resbalar sobre ellas, y al romper el dia un grito general de asombro resonó entre los defensores, sorprendidos de tamaño atrevimiento, y atacados á consecuencia de él

instantáneamente por mar y por tierra. En vano el incansable Justiniani dispone con rapidez increible brulotes para incendiar las enemigas naves; Mahomet consigue sorprender y apresar aquellas máquinas incendiarias, y tendiendo un puente de barcas que enlazó á Galata con el Cuerno de Oro, colocó las piezas de artilleria casi debajo de los bastiones de la muralla, á fin de abrir brecha y dar un asalto decisivo.

A la proximidad de tan gran conflicto, Constantino mas temeroso de los desastres que iba á sufrir su pueblo, que de su misma suerte, envió mensageros á Mahomet con proposiciones de paz; pero, como no podia menos de suceder, fueron rechazadas, intimando al desgraciado emperador la rendicion ó el asalto.

Al llegar á esta última y triste página de la historia de Constantinopla cristiana, licito ha de sernos transcribir la breve narracion de tan supremo dia, que siguiendo al historiador Phramsés, testigo ocular de los sucesos, hace un historiador extranjero.

El 29 de Mayo de 1453, dia para siempre memorable en los anales del mundo, dia en el que parecia iba á triunfar la barbarie, y en el que sin embargo principia una era de gran civilizacion, Mahomet prepara su ejército para el asalto general, con la plegaria, el ayuno y las abluciones.

A su vez el emperador Constantino, reunió sus principales gefes y les dirijió una arenga que la historia hubiera debido conservar, y con la que hizo verter lágrimas á cuantos la escucharon. Debió ofrecer aquella escena un espectáculo indescriptible. El último emperador de Constantinpla, llevando el mismo nombre que su glorioso fundador, mostraba á sus soldados aquella augusta ciudad que durante mil años, habia sostenido el inmenso peso de la agonia de Roma; aquella ciudad que guardaba el destino del Universo y de la religion de Jesucristo; que tantas veces habia rechazado el torrente de los bárbaros; y que en aquel dia supremo, solo tenia algunos millares de cristianos para sostener el choque del Oriente armado. ¡Qué pensamientos tan conmovedores debió expresar el emperador en aquellas últimas palabras, en aquel último adios de todo un mundo agonizante! Excitado de tal modo el ardor de los suyos, Constantino se dirigió á Santa Sofia con to-

dos los grandes de su córte, donde recibieron la comunion de manos del obispo Isidoro. Habia pasado el tiempo en que los esclavos que iban á morir saludaban al César. En aquel dia el César y los suyos decian á Dios, *morituri te salutant.*

Y se lanzaron al circo, donde los cristianos debian entregarse á Mahomet. Soldados, sacerdotes, monjes, prelados, emperador, todos habian jurado sepultarse bajo los muros de la ciudad. Habian cesado las disputas. Las mujeres oraban.

Despues de la puesta del sol, el emperador montó á caballo, recorrió los baluartes, y se dirigió á la puerta de San Roman, con el bravo Justiniani. Poco despues la noche vió comenzar la mas terrible de las batallas, y ofreció á la historia una nueva noche de *Ilium.* Por las forzadas puertas los mahometanos se precipitaron á la ciudad, y encontraron en las estrechas calles una desesperada resistencia, una exclusa humana que hubiera detenido otra vez mas la oleada sarracena, si hubiera estado en el poder humano realizar tal prodigio, cuando el cielo tenia resuelto el principio de nuevos destinos. Combatióse toda la noche con un encarnizamiento de que ofrece pocos ejemplos la historia. El emperador Constantino renovó en aquella horrible noche todos los prodigios del antiguo heroismo y sostuvo el valor de sus soldados, manteniéndose siempre á su cabeza y defendiendo cada grano de polvo de aquella ciudad santa, de aquel dominio de Cristo y del gran Constantino. Pero la oleada sarracena avanzaba sin cesar; nuevos infieles llenos de vida y de valor reaparecian sobre los cadáveres de sus compañeros; un clamor expontáneo, clamor de trescientas mil voces anunciaba un ejército que podia cubrir todas sus pérdidas. El sol apareció en el horizonte mostrando el escaso número de los que se defendian y todo un mundo de sitiadores. El bravo Justiniani cayó herido de un balazo, y su muerte desalentó á los cristianos rendidos ya despues de tan terrible batalla, sostenida sin cesar durante toda una larga noche. El mismo emperador desapareció entre un torbellino de mahometanos, y su voz que reanimaba todavia tantos actos de inútil heroismo, dejó de oirse en medio de la formidable lucha empeñada en la puerta de San Roman. La caballeria sarracena entró en violenta

carga atropellando á los pocos defensores que quedaban en Constantinopla, y en medio de aquel caos de hombres, de cadáveres y de caballos, destacóse como el arcángel infernal de Medina, Mahomet II, atravesó la ciudad, y subió á galope la cuesta que conduce á Santa Sofia, para dar gracias á Dios el primero por su victoria, en un templo cristiano. Menos piadosos que él los sarracenos se esparcieron por los barrios de Constantinopla, haciéndola sufrir todos los horrores que parecen reservados para las ciudades tomadas por asalto (1).

(1) El autor francés que siguiendo á Prhamsés, describe con vigoroso colorido la toma de Constantinopla, supone que el pintor Cimabue escapó providencialmente de aquella horrible matanza y de la batalla que la precedió, dejó la espada, tomó de nuevo los pinceles, y dejando aquella pátria de las artes, de la gloria y de la religion en poder de los turcos, logró embarcarse, seguido de alguno de sus discípulos, arribando á la primera tierra que pudo de la Propóntide, como nuevo Eneas del arte, que llevaba á Italia sus Penates y sus dioses vencidos. Añade, que concediendo la Providencia á esta colonia artística viento favorable, la protegió contra las sirtes del Archipiélago, en el estrecho de Scylla, en las tempestuosas costas de la Trinacria, conduciéndola como por la mano sobre el mar Tirreno, y haciéndola desembarcar en las costas hospitalarias donde brillaba todavía la gloriosa cruz de los caballeros pisanos; y siguiendo el entusiasta escritor el vuelo de su ardiente fantasía, continúa su brillante narracion asegurando que aquellos, llevando consigo todas las facultades creadoras, rica fantasía, tesoro inapreciable de sentimientos y de recuerdos recogidos en medio de la terrible confusion de todo un mundo destrozado, dejando su primera vida entre las ruinas del Oriente, resucitaban al otro lado de los mares, en una orilla tranquila, con fe en la mision que iban á cumplir, porque sabian que la Providencia siempre sábia, salvándoles milagrosamente, les reservaba para algo misterioso y grande. Apenas llegados á los jardines de la Toscana, cuna luminosa de las artes, continua, Cimabue pintó la primera Vírgen para la iglesia de Santa María Novella. La imágen santa creó el arte italiano y despertó el antiguo entusiasmo de aquel pueblo, que en otras épocas habia abandonado sus ciudades para saludar la trireme que conducia la pagana Cibeles, madre de los dioses. Las doncellas de Empoli del Ponto de Era y de Sanminiato, vestidas de blanco y coronadas de flores, acompañaron conduciéndola en triunfo, á la Madonna de Cimabue en el valle del Arno; corrían de todas partes para ver la Madonna salvada de Constantinopla; y la Italia entera parecia reunirse en Florencia para inaugurar aquella fiesta de la tierra y del cielo, y seguir el cuadro del pintor en aquella oscura capilla de los Rucellaï, donde los cirios, las lámparas, el incienso, las flores, forman una atmósfera de perfumes y de perenne resplandor. Cuatro siglos han transcurrido; Florencia ha sufrido sitios, batallas, contiendas civiles, incendios, todos los azotes que parecen reservados para las nobles ciudades, y á pesar de ello la Madonna de Constantinopla jamás ha sufrido un insulto; güelfos y gibelinos se han prosternado ante ella, y todavía se admira con su aureola inmutable aquella primera Madonna que triunfó de Mahomet. Cimabue no es, sin embargo, mas que el precursor; al lado de él va á nacer en un establo el Mesías del arte italiano, Giotto, el pastor del valle florentino, y todos los grandes artistas procederán de este niño y seguirán la via luminosa que él les trace. Todos irán, con el Evangelio en la mano, á crear la pintura mural en el *Campo santo* de Pisa y en todos los claustros toscanos. Ghirlandaio y Perugino serán los mas ilustres de esta pléyade, y ofrecerán al mundo á Miguel Ángel y á Rafael... Admiremos cómo todo se encadena y se liga con maravillosos lazos de union para hacer brote la vida del caos sarraceno y rejuvenezca el mundo cuando el sepulturero de Medina parecia enterrarle.» Despues de otros brillantes periodos en que con el mismo poético lenguaje continúa describiendo la marcha siempre progresiva del Renacimiento del arte en Italia, y la legítima gloria que en él toca á los Pontífices, termina insistiendo en el pensamiento que le inspiró la caida de Constantinopla, de donde supone surge con Cimabue ese movimiento gigantesco del arte en la Edad Media. «Hé aquí porque permitió Dios que Constantinopla fuese tomada por un hijo de Mahoma. La Providencia tiene en sus manos el hilo conductor de sus designios, y conduce siempre á sus fines misteriosos este pobre mundo, que se agita ciegamente sin saber nunca dónde va.»

Al leer los párrafos que casi literalmente dejamos transcritos del elegante escritor francés, no hemos podido menos de sentir un movimiento de verdadero estupor, y de acudir en seguida á todos los libros que de historia del arte tratan, para convencernos de que no era injustificada nuestra estrañeza. Creimos desde el primer momento que el narrador traspirenáico, llevado del vuelo de su fantasía, habia cometido un gravísimo error histórico, suponiendo que Cimabue se encontrase en el asalto de Constantinopla, y que despues de luchar como bueno contra los infieles, salvase el arte con sus discípulos conduciendo su

Al siguiente dia Mahomet ordenó que se hiciesen las mas activas investigaciones para descubrir el cadáver del infortunado Constantino, el cual fué reconocido fácilmente entre un monton de cadáveres por sus coturnos de púrpura adornados con águilas de oro, signo caracteristico de la dignidad imperial. Su cabeza separada del destrozado tronco, sirvió durante muchos dias de sangriento trofeo sobre la columna de pórfido elevada en la plaza llamada Augusteon por Justiniano I, permitiéndose despues á los pocos griegos que pudieron escapar de la general matanza, cumplir sus fúnebres deberes con los mutilados restos de su emperador. Aquel dia fué de verdadera demencia para el terrible vencedor. Celebróse en el Bucalion una orgia de lujuria y de sangre, donde las cabezas sangrientas de distinguidos jefes bizantinos eran servidas á la mesa de Mahomet en platos de oro, mientras al pié

célebre Madonna á Florencia; y en efecto, el error existe. Cimabue ni estuvo en tan supremos instantes dentro de la ciudad constantiniana, ni, lo que es mas grave, pudo estar, porque hacia mucho tiempo que habia dejado de existir. Todos cuantos autores se han ocupado en la historia del arte están de acuerdo en que Cimabue nació en 1240, de donde se deduce que, habiendo tenido lugar el asalto de Constantinopla por Mahomet II la noche del 23 de Mayo de 1453, para que Cimabue hubiera podido encontrarse en él, seria necesario que hubiera vivido DOSCIENTOS TRECE años, longevidad á que no hay noticia haya llegado ningun individuo de la raza humana, despues de las generaciones bíblicas. No puede prescindirse por lo tanto de rectificar tan grave anacronismo en que se fundan todas las bellas imágenes del autor francés, repitiendo con un poeta español contemporáneo

Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.

La pintura, además, habia renacido antes de que existiese Cimabue. Aun sin contar las multiplicadas miniaturas de los manuscritos, en los cuales piadosos monjes ensayaban á pintar con movimiento y expresion asuntos sagrados, sin conocer apenas antiguos modelos, ya en el año 1000 se pintaba la cúpula de la abadía de Cluni, la pintura mural mas antigua de Francia; el concilio de Arras elogiaba las pinturas; habia producido general admiracion la Vírgen de Guido de Siena (1221) que se conserva en los Dominicos de la ciudad de aquel nombre; habian pintado muchos cuadros Mino de Simone, Simon Memmi, Ambrosio y Pedro de Lorenzo, todos de la escuela sienense, el pisano Giunta (1202) cuyo Cristo de Asis se atribuye equivocadamente á Margariton, Gelasio de Nicolas en Ferrara, y el citado Guido, Ventura y Ursone en Bolonia. La pintura, pues, habia salido de la imitacion servil de ciertas formas convencionales que la separaba de la verdad y hasta del misticismo, antes de Cimabue; pues todos ó la mayor parte de los artistas citados que le precedieron, adquirieron precisamente su fama por apartarse de la tirania de los tipos sancionados por una viciosa práctica, buscando la dulzura, la dignidad y la expresion, que aun para los mas espirituales cuadros puede encontrarse siempre dentro del tipo humano. Cierto es que Cimabue fué educado por los griegos, pero no en Constantinopla, sino en Florencia, donde recibió lecciones de dos pintores bizantinos llamados á esta ciudad por el Senado para pintar una de las capillas de la iglesia subterránea de Santa María la Nueva, viviendo dos siglos antes de la toma de Constantinopla, y léjos de salvar el arte de la ruinas de esta ciudad, ya en aquella época aventajó á sus maestros en el dibujo, en la invencion, y en el colorido menos oscuro y mas limpio, como se ve sobre todas sus obras en los dos grandes cuadros de Santa María la Nueva, en esa Madonna que supone el escritor francés salvada del saqueo de Constantinopla por su autor, y en la Santísima Trinidad; y si la mencionada *Vírgen con el niño Jesus* que hoy se admira todavía en dicha iglesia de Santa María la Nueva, fué llevada como en triunfo por el pueblo á la iglesia para la cual se habia pintado, no fué porque le entusiasmase el arte importado de las orillas del Bósforo, sino porque á pesar de ignorar todavía Cimabue la perspectiva y los secretos del claro-oscuro, su gran estilo, su dibujo severo y original á la vez que lo natural y expresivo de sus figuras, desarrollaban en el arte una nueva vida iniciada por sus predecesores, pero no elevada á la altura que él supo darle con su génio superior.

de la columna de Arcadio, y sin respeto á los mas rudimentarios principios del derecho de gentes, se inmolaba á los representantes de Venecia y España, en union de sus inocentes hijos. Afortunadamente aquella embriaguez de vino y de sangre, empezó á ceder pasados los primeros dias que siguieron á la conquista, como si quisiera Mahomet demostrar con ello la violencia de su enojo é imponerse por el terror á los vencidos, para atraérseles despues con sus buenas obras. Antes de entrar por completo en esta senda, á ser ciertas antiguas narraciones y composiciones dramáticas, cerró el periodo de tan sangrientos dias, con un nuevo y repugnante crímen, que algunos podrán enumerar cual rasgo de admirable grandeza, no menos bárbara sin embargo que la de Bruto y Guzman el Bueno, por elevado que sea el móvil que á todos impulsara. Mahomet amaba tiernamente á la griega Irene, amores de que murmuraban sus guerreros y sus generales por creerlos indignos del califa, y porque temian pudieran aminorar su entereza en tan críticas circunstancias. La murmuracion podia tomar fácilmente carácter de sedicion y comprometer el éxito de tan codiciada conquista, por lo que Mahomet tomó una resolucion que quiso revestir de conmovedora solemnidad. Convidó á los magnates de su corte á un gran festin, que tambien debian presenciar sus soldados; y cuando todos estuvieron reunidos, hizo comparecer á Irene, radiante de juventud y de hermosura, realzada por ostentosas galas, y por su misma mano la dió muerte.

Sea ó no cierto este nuevo crímen en la historia sangrienta de Mahomet, poco despues de sus primeros actos de feroz barbarie para la ciudad conquistada, emprendió diverso camino, como si pretendiese borrar con sus nuevos actos las huellas de sus recientes crímenes. Reedificó los edificios que el incendio ó el saqueó habian destruido; mostróse no solo tolerante sino generoso con el culto cristiano, respetando sus ceremonias y entregando á los fieles todas sus mejores iglesias, excepcion hecha de Santa Sofia que, por su preeminencia y su renombre se reservó para convertirla en mezquita; nombró un patriarca apostólico, al que hizo consagrar con arreglo al ceremonial de los emperadores bizantinos; repobló á Constantinopla, llamando á los

cristianos con promesas de completa seguridad; y llevó nuevas familias griegas de Trebisonda, Sínope y otras ciudades de las orillas del mar Negro y del mar de Mármara.

Despues de atender con tan prudentes medidas á borrar en cuanto era posible las huellas del bárbaro saqueo y devastacion de la conquista, dirigióse á Andrinópolis, donde hizo una ostentosa entrada triunfal, y donde, vergüenza causa decirlo, recibió adulatorias felicitaciones de varios príncipes cristianos. Reconocieron el nuevo imperio turco enviándole sus embajadores, el Gran Maestre de los Hospitalarios de la isla de Rodas y la altiva y aristocrática república veneciana; sometiósele el déspota de Sérvia; calmáronse por temor al nuevo poder que, atemorizando al mundo se habia levantado triunfante en la capital del antiguo imperio, las luchas que de muy antiguo conturbaban el Peloponeso; y mostrándose tolerante el afortunado conquistador con mas prevision política que fidelidad á la intransigente doctrina de Mahoma, no solo dejó á los griegos en el libre ejercicio de su religion y de su culto externo, sino que juró solemnemente que jamás serian sus nuevos vasallos inquietados en sus personas y en sus intereses, proponiéndose por el contrario dispensarles mayor proteccion aun, que la que habian tenido en tiempo de los emperadores cristianos (1).

Asegurada la paz, y habiendo dado ejemplo de alta severidad á los mismos infieles, mandando decapitar á su gran Visir Khalil, por sospechas de traicion, dedicóse á embellecer á Constantinopla y sus alrededores, levantando la mezquita de Eyub, y el palacio conocido hoy con el nombre de *El Serrallo viejo,* donde queria establecer su residencia imperial.

No habia, sin embargo, de gozar durante mucho tiempo de calma, que ni la índole de la época lo permitia, ni su carácter activo y emprendedor podia avenirse fácilmente al reposo. Los tratados de paz en aquella época tenian muy poca importancia, sosteniéndose solo mientras los juzgaban convenientes las partes contratantes; y asi se explica como vemos bien pronto tremolar en son de

(1) La fórmula de este juramento, escrita en griego, consérvase todavía en los archivos de la casa imperial de Austria, diciendo en ella el emperador: «Que prestaba dicho juramento por el Gran Profeta Mahoma, por el Coran, por los 124,000 profetas, por la espada que llevaba en el cinto y por el alma de su padre.»

guerra los pendones turcos, ya en las fronteras de la Sérvia, ya en las aguas del Archipiélago, donde en vano tratan los turcos de someter las islas de Téos y de Rodas, siendo derrotadas sus galeras y condenado á muerte, por haberse dejado vencer, el jefe que las mandaba. No era Mahomet, sin embargo, hombre que se abatiese fácilmente por las contrariedades de la fortuna; y léjos de intimidarse por los reveses sufridos, dispuso una expedicion de mucha mayor importancia; empresa cuyo atrevimiento bastaba solo para oscurecer los pequeños descalabros sufridos delante de las islas del Archipiélago. Tratábase nada menos que de la conquista de Hungria, y el ejército que para realizar tal pensamiento puso Mahomet en armas, contaba 150,000 hombres, mandados por el mismo emperador. El sitio de Belgrado debia ser la segunda página en la historia de aquel incansable conquistador despues de la del sitio y toma de Constantinopla, y lo hubiera sido, en efecto, si la cristiandad, despertando de su culpable letargo, no se hubiese lanzado á impedirlo con una nueva cruzada, bendecida por el pontífice Calixto III y predicada con incansable fé por el monje Juan Capistrano. Si de igual manera hubiese acudido en defensa del último Constantino, acaso las armas turcas no hubieran triunfado en Constantinopla, y no se vieran todavia luchando, aunque en extrema decadencia, con las modernas potencias europeas.

La que reputaba Mahomet como fácil victoria, fué derrota cumplida. Por mar y por tierra se vieron vencidos los mahometanos, y obligado Mahomet á levantar el sitio, volvióse á Andrinópolis, ocultando, sin embargo, como hábil político, su derrota, con magníficas y largas fiestas que mandó celebrar, tomando pretexto para ellas, de la solemne circuncision de sus dos hijos. Aquellas festividades, sin embargo, bajo su aturdidora apariencia, ocultaban nuevos y ambiciosos proyectos del conquistador mahometano, con los cuales pensaba reponerse de las pérdidas sufridas en Hungria. No contento con la sumision del déspota de Sérvia, quiso conquistar su territorio por completo, para convertirlo de nuevo en una provincia del imperio, y lo consiguió bien pronto, entrando á saco sus principales ciudades, y llevando á Constantinopla 200,000 prisioneros; quiso conquistar el Peloponeso, y todas las anti-

guas plazas fuertes, lo mismo de Esparta que del Atica, cayeron en su poder; inspirábanle fundados recelos los refugiados de Sinope, la ciudad querida de Mitridates, de Lúculo y de Pompeyo, donde el árbol de las libertades griegas amenazaba crecer rápidamente, fortalecido por las esperanzas que inspiraban los últimos descendientes de los Comnenos, y cubrir con su amenazadora sombra á la capital del Bósforo, y Mahomet tomó tambien á Sinope, y aquellos últimos restos de las dinastias imperiales bizantinas, desaparecieron en un mar de sangre, que envolvió en sus rojas oleadas á todos los cristianos de la costa asiática del Euxino; indignóse, ó aparentó indignarse por las crueldades de Wlad que tiranizaba la Valaquia, y le batió casi con la rapidez de su marcha, ejerciendo en ella, desde entonces, un protectorado que equivalia á una verdadera dominacion: todos los obstáculos parecian desaparecer ante la voluntad irresistible del conquistador de Constantinopla, éxito que pareciera fabuloso, sino recordásemos que le facilitaban sus mismos enemigos el éxito venturoso de todas sus empresas. Si la cristiandad no hubiese estado dividida y destrozada por el cáncer de las discordias intestinas, nacidas de mezquinas rivalidades, ni Constantinopla hubiera caido en poder de Mahomet, ni, ya que fué conquistada por el incansable jefe turco, hubiera dejado de reconquistarla, aprovechando los favorables dias en que el sultan sostenia empeñadas guerras en el Danubio, en Trebisonda ó en apartadas regiones del Euxino.

Y sin embargo de tanta y tan próspera fortuna en todas sus empresas, escepcion hecha de la, para él, desastrosa expedicion á Hungria, habia de encontrar nueva resistencia á sus vastos y ambiciosos planes en una roca casi abandonada y perdida en medio del Mediterráneo: en la isla de Rodas. Los guerreros que la defendian, monjes á la vez que soldados, comprendiendo, mejor acaso que todas las potencias cristianas, la mision y las necesidades de su época, lograron detener ante la roca aislada que les servia de asilo, el poder de aquel incansable enemigo. En vano extremaron los jefes que á la conquista de la isla envió Mahomet, todo cuanto el genio de la destruccion habia podido inventar de mas terrible hasta aquella época; todo fué en vano, y el

general turco apenas pudo salvar escasos restos del numeroso ejército que á bordo de su escuadra llevaba, para realizar la que juzgaron fácil empresa. Aquella inesperada resistencia, pareció despertar á todo el Occidente del culpable abandono en que tenia la causa de la religion verdadera, y con ella la de la única civilizacion posible ya en el mundo. Venecia, Nápoles y Roma aliáronse contra Mahomet, obligándole sus escuadras, que se dirigian á prestar su apoyo á los persas, contra aquel debelador del mundo antiguo, á armar precipitadamente trescientas naves y á ajustar la paz con la república veneciana.

Pero si estas potencias cristianas ponian verdaderos temores en el corazon de Mahomet, no era tanto que le impidiese dilatar sus conquistas por otras regiones, hasta el punto de apoderarse de la Caramania, conseguir importantes ventajas sobre los húngaros, tomar á Belgrado, devastar la Croacia, la Styria, la Carniola, la Carinthia y la Esclavonia, arrebatar á los genoveses las importantes posesiones cercanas al mar de Azoff, la Crimea y Cafa, invadir la Besarabia, alcanzar brillante victoria sobre los moldavos en el valle de Aghadi-Denisi, deteniendo solo su marcha triunfadora los muros de Scutari, cuya resistencia parecia advertirle de que en vano proyectaba nueva expedicion contra la isla de Rodas.

La muerte (1481) llegó misteriosa y á deshora, frustrando los nuevos planes de aquel conquistador incansable, en quien parecian haberse reunido todas las grandes virtudes y todos los grandes vicios de su época. Sus hijos Bayaceto y Dschem ó Zizim, distaron mucho de ser dignos sucesores de su padre, á pesar de las buenas dotes de carácter y de poeta que adornaban al segundo, y con las que se hizo amar de reyes y señores cristianos, incluso el mismo Pontifice, que dispensaron su proteccion al príncipe desterrado y proscrito por la ambicion de su hermano, y de la actividad guerrera y diplomática de este para conservar y engrandecer los vastos dominios que habia heredado de Mahomet, cuyo imperio no quiso dividir nunca con Dschem, apoyado por los genizaros, que en aquel entonces, por la primera vez, demostraron sus instintos de rebelion y de insaciable codicia, estimulada por las fáciles concesiones de Bayaceto, atento solo á encontrar en ellos fuerza que le mantuviera en el poder soberano.

La historia de este sultan parece un episodio de la de Mahomet II. Guerras casi continuas, con victorias, reveses, paces mal ajustadas y peor sostenidas, treguas rotas cuando convenia á cualquiera de los que las estipulaban, y siempre en aquella lucha incesante el cuadro que se encuentra casi constantemente en la historia de Constantinopla y que ha llegado con toda su vigorosa y sangrienta entonacion hasta nuestros dias; luchas eternas á las que sirven de constante teatro las orillas del Danubio, y que presentan siempre los mismos nombres geográficos, desde Belgrado hasta Varna, desde Widin hasta los Balkanes.

Poco afortunado Bayaceto en las diversas guerras que emprendió, mas obedeciendo á la necesidad que á sus deseos, fué batido en los encuentros que con ellos tuvo, por los mamelucos de Egipto, por el ilustre español, gloria de su siglo, Gonzalo Fernandez de Córdoba (1) que le arrebató á Egina y Cefalonia; por Pedro de Aubusson que devastó sus costas hasta la entrada de los Dardanelos; y si pretende aumentar sus estados por la parte del Austria, la Styria y la Carinthia, un ejército austriaco, atravesando por entre senderos cubiertos de cadáveres que habia ido dejando como huella de su paso el feroz Bayaceto, ataca á los Osmanlis en Villak y los destroza, abandonándose las tropas victoriosas á horribles represalias, hasta el punto de no llevar tras sí cautivos ni prisioneros, porque todos los vencidos perecieron al filo de la espada. El almirante veneciano Benedetto Pesaro incendia una escuadra turca; los navios pontificios recorren, sin que osen resistirles, el Archipiélago; el almirante francés Ravestein toma á Mitilene: el imperio otomano estaba en gran peligro: parecia que una nueva cruzada lanzaba al Occidente sobre el oriente muslimico: ilustres capitanes, llevando el terror á las flotas turcas bloquean el Helesponto, amenazan la Propóntide, se enlazan con los invictos caballeros de Rodas y dominan el Archipiélago desde la isla de Creta hasta Tenedos; y cuando todo parecia brindar á la cristiandad para lanzarse sobre Constantinopla y abatir el estandarte mahometano, elevando de nuevo la

(1) El mismo historiador que hace poco citamos, viéndonos en la precision de rectificar el grave anacronismo cometido al llevar á las terribles escenas de la toma de Constantinopla por Mahomet II al pintor Cimabue, vuelve á caer en error al narrar estos acontecimientos, llamando el *Cid* á *Gonzalo Fernandez de Córdoba*, y despues nombrándole solo por *el Cid*. Aunque nuestros ilustrados lectores no se dejarian sorprender fácilmente por tal error, creemos cumplir con un deber de conciencia histórica anotando esta equivocacion, que indudablemente será efecto solo de un *lapsus plumæ*.

sagrada cruz sobre la cúpula de Santa Sofia, causa profunda admiracion el hecho inexplicable de que al pedir la paz el sultan vencido en todas partes, se la conceda, desarme sus escuadras y vuelva á sus ciudades con la gloria de tales razzias, pero sin ningun resultado trascendental para el triunfo definitivo de aquella titánica lucha de los siglos medios.

Al recorrer á grandes rasgos la historia de Constantinopla durante el reinado del segundo Bayàceto, no pueden dejarse en olvido los terribles terremotos que casi arruinaron á la capital y á sus cercanas *villas* el 14 de Setiembre de 1509. Mil casas, cien mezquitas, los muros del serrallo, gran parte de los baluartes, y tres de los que daban nombre al célebre castillo de las siete torres, cayeron al impulso de las oscilaciones de la superficie terrestre, que desde el indicado dia se repitieron durante mes y medio, y que desolaban á la vez otras muchas comarcas de Europa y de Asia, en las cuales quedaron tambien casi arruinadas Demotika, Gallipoli y Andrinópolis. A tal punto llegaron los fundados temores del emperador, que no creyéndose seguro, y con razon, en ningun edificio, vivia en una tienda, completamente aterrado por el terrible fenómeno, que bien pudieron haber aprovechado las naciones cristianas para caer sobre Constantinópla, pues durante mucho tiempo quedó abierta á las invasiones sin medios materiales de resistencia, ni espiritu vigoroso en sus habitantes para suplirlos con el heroismo. Bayaceto tuvo tiempo y espacio sin embargo para reedificar la capital de su imperio, empleando en ello un verdadero ejército de obreros, mientras veia acercarse la época fatal de su decadencia.

Mas amante de las dulzuras del serrallo que de los afanes de la guerra, aquel *sofi* (el contemplador) como le llaman los historiadores otomanos, no empleaba sus abstracciones en estudios científicos ó literarios, sino mas bien, y con harta frecuencia, en extremar sus crueldades. Fué, segun la acertada frase de un escritor extranjero, como una mezcla de Sardanápolo con menos grandeza babilónica, y de Luis XI, pero con mas crueldad, porque tenia una crueldad inútil, un lujo de crueldad, que Luis XI no se permitió nunca. Cuando dos de sus hijos pretendiéron declararse independientes en sus gobiernos, hizo estrangular á uno y envenenar á otro; pero si desgraciado y poco

apto para la guerra y violento y sanguinario en su gobierno, fué astuto y á la verdad hábil político, consiguiendo establecer con la Europa cristiana verdaderas relaciones diplomáticas, recibiendo en su córte embajadores de las primeras potencias, y entre ellas de la Rusia, que acreditó cerca de él su primer enviado Plesttschéïef.

No eran estos, sin embargo, los medios de hacerse amar de sus feroces y sanguinarios genízaros, que ya habian manifestado bien claramente la decisiva influencia que habian de tener en la elevacion y caida de los emperadores turcos, y que estaban muy léjos de poder apreciar, como lo está siempre la fuerza bruta, los progresos que las ciencias y las artes hicieron durante aquel reinado en Oriente, por la proteccion que, á pesar de sus crueldades, dispensó siempre Bayaceto á los historiadores, los poetas y todos los que se dedicaban al cultivo de la inteligencia, hasta el punto de ser el palacio imperial una verdadera córte de poetas y de hombres de entendimiento superior, entre los que sobresalian los célebres cronistas Neschri é Idris, Djaffet y Saadi, y el mismo príncipe Selim á quien el cultivo de las musas de Medina no le estorbaba alimentar ingrata ambicion y aspirar al trono en vida de su padre, trono al que subió con ayuda de los genízaros, que rechazaban la eleccion que para sucederle habia hecho Bayaceto en favor de su hijo mayor Achmet.

Bayaceto, enfermo y anciano, entregó sin resistencias inútiles el codiciado trono á Selim, y marchó en voluntario destierro á su ciudad natal, Demotika, muriendo en el camino, ó de pesar, ó, como algunos quieren, por el influjo de malignas yerbas.

No se habian engañado los genízaros al prestar su apoyo á Selim, que bien pronto se hizo acreedor al epiteto de *el Gauz*, ó el inflexible, con que le designaron. Su reinado empezó, como el de Bayaceto, por una guerra fratricida, en la cual, si al principio fué contraria la fortuna á Selim, bien pronto le concedió sus mudables favores, logrando derrotar completamente á su hermano Achmet, haciéndole prisionero. Parecia que con esto debieran haberse satisfecho los ambiciosos deseos del triunfador, pero léjos de ello y de mostrarse generoso con su vencido hermano, condenóle á muerte, sin que sintiera al menos remor-

dimiento, ni siquiera pena, su bárbaro enojo, al ver la joya que como recuerdo postrero le envió su desgraciado hermano momentos antes de exhalar el último suspiro.

La ejecucion de Achmet no era, sin embargo, suficiente para calmar la intranquilidad que producia en el espíritu de Selim todo lo que pudiera inspirarle el menor recelo. Mas de una vez habia dicho que para gozar el placer de la soberanía era indispensable reinar sin temor, y consecuente con esta idea, mandó matar tambien á su otro hermano Korkud y á cinco de sus sobrinos. Sus primeros dignatarios, el mismo gran visir, apenas ejercian su cargo mas tiempo que un mes, recibiendo la órden de destitucion casi siempre de manos del verdugo. Tales violencias, tan irritante despotismo, léjos de despertar en las naciones de Occidente deseos de librar á la religion y á la humanidad de tan terrible enemigo, pasaron para ellas inadvertidos, llevando la degradacion hasta el punto de que los estados cristianos se apresurasen á enviar sus embajadores á Selim, felicitándole por su elevacion al trono, y para renovar tratados de alianza y de comercio, entre los cuales merece especial mencion el celebrado entre el soberano de Rusia y Selim, concediendo este al primero la libertad de comercio para los cereales en la Crimea.

Con tales arreglos, bien hubiera podido dedicarse el sultan á la buena administracion de sus vastos dominios y á fomentar las fecundas artes de la paz; pero ni eran estas las corrientes de aquella época, ni al carácter violento y sanguinario de Selim podian satisfacer las útiles y hermosas campañas de la inteligencia. Fanático por creencia ó por perversidad buscaba pretexto para sostener la guerra, necesidad imperiosa de sus levantiscos genízaros, y fácilmente lo encontró en Asia, dándole un carácter tanto mas grato á los mahometanos, cuanto que les servia de base la conservacion del dogma muslímico en toda su pureza. Reconocian los persas á Alí y á sus doce imanes como verdaderos profetas y los Osmanlis, que se consideraban como los verdaderos ortodoxos, solo reconocian con tan privilegiado carácter á Mahoma. El cisma de los sectarios de Alí habiase extendido por todas las ciudades turcas del Asia, y Selim tuvo con ello mas que sobrado pretexto para llevar á

ellas todos los horrores de la persecucion mas encarnizada, persecucion y guerra, tras de la cual se ocultaba un pensamiento ambicioso del emperador turco, que aspiraba á enriquecer y aumentar sus estados con la conquista de la Persia. Sufrieron los *schiis*, que asi llamaban á aquellos cismáticos, toda clase de horribles tormentos, pereciendo á manos de los verdugos mas de cuarenta mil; y cuando creyó con esto tener completamente dominados á los cismáticos de los territorios turcos, y que ya no podian servirle de obstáculo para sus proyectos sobre la Persia, dirigióse al Schah, Ismail, invitándole á que renunciase á sus errores y le cediese sus estados. Violenta aunque natural contestacion obtuvo tan peregrina propuesta, y en breve Selim, depuesto ya todo hipócrito acomodamiento, se dirigió al codiciado territorio con un numeroso ejército de ciento cuarenta mil guerreros, y derrotando á Ismail en la llanura de Tschalridan, entró en la capital, Tebriz; y hubiera continuado su conquista si las exigencias siempre crecientes de los genízaros y el temor de que durante su ausencia pudieran proclamar nuevo emperador, no le hubiesen obligado á volver á Constantinopla, donde impuso algunos castigos á los mas inquietos de aquella altiva y tiránica milicia, contentándose con haber obtenido como resultado de su invasora expedicion, aumentar el imperio otomano con las vastas provincias de Diarbekir y Kurdistan.

Pero no se limitaron las persecuciones religiosas de Selim á destruir el cisma muslímico; tambien los cristianos que vivian en Constantinopla á la sombra de solemnes promesas, se vieron despojados de sus iglesias y en peligro de tener que decidirse por uno de los dos extremos del terrible dilema, que pensó imponerles: abrazar el Islamismo, ó morir. Por fortuna, advertido á tiempo el patriarca cristiano por el gran visir, animado aquel venerable sacerdote del santo valor de los mártires, no vaciló en presentarse ante el sultan, acompañado de numeroso clero, pidiendo el cumplimiento de las promesas de Mahomet; y como algunos veteranos genízaros de la época del conquistador de Constantinopla, apoyasen las pretensiones del patriarca, testificando la exactitud de sus asertos, el emperador mas temeroso de disgustar á los genízaros, que convencido, respetó la vida de los cristianos, con-

tentándose con quitarles sus iglesias, aunque dándoles en cambio para las ceremonias de su culto otras labradas de madera: tal vez en los diabólicos proyectos de sus sangrientos instintos, pensó que de tal modo pudiera serle fácil, en momentos escogidos al propósito, completar con las llamas del incendio sus planes de exterminio.

Incansable en sus proyectos de engrandecimiento apoderándose de los territorios de sus vecinos, ó sea cometiendo esos grandes robos que los hombres en su ciega locura ensalzan y enaltecen con el pomposo nombre de conquistas, deseó tambien apoderarse de las hermosas provincias de la Siria, de Palestina y Egipto; pero como los mamelucos que en ellas imperaban eran tambien ortodoxos ó de la secta de los *sunnis*, ó creyentes, que asi se llamaban en contraposicion á los *schiis*, tuvo que buscar otro pretexto para la declaracion de guerra, y con el sútil ingenio que siempre distingue á los ambiciosos, lo encontró fácilmente, en la ayuda, verdadera ó supuesta, que mas ó menos directamente habian prestado á los persas en la pasada campaña, aplicando á tal propósito aquellas palabras del Profeta de Medina, «el que presta auxilio á los impios, tambien lo es.»

Con tal seguridad, y aparentando cumplir un deber de jefe religioso de su imperio, se puso al frente de poderoso ejército, atravesó el Asia menor, franqueó el Taurus y entrando en la Silicia, acampó bajo los muros de Alepo. Los mamelucos, mandados por su octogenario sultan Kanssu Ghavid, trataron de oponerse á su marcha devastadora, pero quedaron derrotados, y Selim penetró en la ciudad, dirigiéndose á la gran mezquita para dar gracias á Dios por su triunfo, recibiéndole en ella el acomodaticio iman como á su soberano y defensor invicto de la ley muslímica. Aquella única batalla, dióle tambien la Siria y la Palestina, y despues de haber visitado á Damasco y de ir en peregrinacion á Jerusalen, ciudad tambien respetada y santa para los musulmanes (1), atravesó el desierto de Arisch y entró en Egipto.

(1) Como ya hemos dicho antes de ahora, en una de las monografias de la obra que fundamos y dirigimos con el título de *Museo español de antigüedades*, los musulmanes profesan gran veneracion no solo á San Juan, sino á Jesus, que ocupa entre ellos lugar mas elevado que el Precursor, leyéndose en el Coran, que Jesus habia nacido sin padre, y que fué producido por la sola palabra de Dios, de donde le llamaron el *Verbo divino*, ó simplemente *Verbo* (sura IV-169). Lo colocan en la primera línea que Adan, en cuanto que uno y otro fueron producto de una creacion especial, llamándole ademas, el *espíritu de Dios*.

El Koran pone en boca del Ángel Gabriel, al anunciar á Maria el nacimiento de Jesus, las siguientes palabras: «Dios os

No menos afortunado que en las anteriores expediciones, Selim, derrotó al nuevo jefe de los mamelucos, Tuman-Baï, que habia sucedido al octogenario Kanssu-Chavid, muerto de pesar despues de su derrota. El nuevo triunfo de Selim en la llanura de Rédania dió al incansable sultan turco el dominio del Egipto; terminando con la muerte de Tuman Baï, á quien Selim ahorcó delante de una de las puertas del Cairo, el gobierno de aquellos antiguos esclavos, de aquellos mamelucos circasianos que habian logrado fundar una dinastia cuya duracion llegó á ser de 134 años, dando durante ella nueva organizacion al Egipto, y mereciendo por su valor y sus cualidades, que á pesar de su exajerado fanatismo, Selim, les dejase participacion muy importante en la nueva y vasta provincia del Egipto, con que acababa de engrandecer el imperio turco.

Como desgraciadamente el éxito reviste hasta con apariencias de grandeza y de justicia las mayores usurpaciones, el Scheriff de la Meca ofreció al conquistador las llaves de la Caaba en bandeja de plata, y desde entonces Selim asumió el protectorado que en ella ejercian antes los Califas de Egipto, quedando, por tal manera, como jefe supremo y absoluto de la religion mahometana, extendiéndose su espiritual autoridad desde las tribus africanas del Magreb hasta las Indias orientales. Selim, con tantos y tan repetidos triunfos y tal preponderancia, llegó á intimidar á Europa, hasta el punto de que el papa Leon X, hubo de proclamar nueva cruzada, en la cual se alistaron, aunque por mera competencia y con pasajero fervor, casi todos los reyes y potentados (1).

anuncia su Verbo: su nombre será el Mesías ó Jesus; será vuestro hijo, y estará rodeado de respeto en esta vida y en la otra (sura III-45).» Y mas adelante: «El Mesías es Jesus, hijo de María, y Jesus es el espíritu procedente de él (sura IV-169).»

Los musulmanes creen todos los milagros de Jesus que menciona el Evangelio, y que obró la mayor parte de ellos con su aliento; de donde toman orígen las frecuentes alusiones de los escritos orientales al soplo del Mesias. Este y la mano blanca de Moisés, son para ellos emblema de todo lo mas poderoso y saludable.

Nosotros hemos tenido la fortuna de ver en Jerusalen á los musulmanes orando ante el sepulcro del Salvador.

(1) Curiosa en estremo la noticia de los auxilios y fuerzas con que se obligaron á concurrir á esta empresa cada uno de los Estados de Europa, no nos parece fuera de propósito consignarla en este lugar, tomándola de una antigua crónica de Francisco Muralto de Como, pues nos ofrece multitud de datos de grande importancia, para lo que pudiéramos llamar Estadística y Administracion militar de aquella época.

«Todo príncipe cristiano deberá pagar un quinto de sus rentas anuales: los particulares que tengan mas de cien ducados al año, pagarán, por cada ciento, cinco florines; los demás un florin por año; y si es menester se venderá la tercera parte de las rentas de las iglesias y santuarios: los eclesiásticos satisfarán dos décimas de sus emolumentos anuales.

»El emperador Maximiliano suministrará la mitad del ejército, contando entre su gente y la de sus confederados 70,000

Realizados los propósitos de Selim en Oriente, volvió á Constantinopla por Damasco, donde se detuvo para recibir el pleito homenaje de las tribus árabes del desierto de Siria, que todavia no habian hecho reconocimiento formal y seguro de su poder. Ya en la capital de su vasto imperio dedicóse á organizar los asuntos de su administracion interior, y renovó las tréguas con los húngaros y la capitulacion de Venecia, de la cual recibió el tributo, que antes pagaba la mercantil república á los mamelucos, por la libre navegacion del Nilo.

Con tan prósperos sucesos no estaban realizados, sin embargo, todos los propósitos de Selim, ni cumplido el que pudiéramos llamar testamento de Mahomet II, que legó á sus sucesores, no solo el empeño de propagar por las regiones asiáticas su poder y de avasallar el África, sino de sentar su trono sobre las ruinas de Grecia y Roma, y adquirir por fuerza de armas los dominios todos de la cristiandad entera. La muerte, sin embargo, no le dejó llegar á tan extremo límite, pues poco despues de su regreso á Constantinopla murió en la pequeña aldea de Ograschkoi, donde, hijo ingrato y parricida, habia sostenido sangrienta batalla contra su padre. Escuchando los versículos del Coran, que quiso le fueran leidos al sentir aproximarse su última

hombres de á pié, cada uno de los cuales recibirá al mes cuatro ducados de oro; 4,000 soldados vestidos de blanco; 12,000 hombres armados á la ligera y 100 bocas de artillería. El duque de Borgoña pondrá mil lanzas de á cuatro caballos cada una, 2,000 soldados ligeros á la tudesca y 25,000 lansquenetes á pié; el rey catolico 1,600 soldados, 3,000 genízaros á la italiana y 20,000 españoles; el rey de Inglaterra 500 ginetes, 1,000 archeros de á caballo y 10,000 infantes; el rey de Hungría, comprendiéndose en esta la Bohemia, 500 ginetes, 3,000 soldados ligeros y 5,000 arcabuceros bohemios; el rey de Polonia 400 ginetes y 3,000 arqueros á la turca. El rey de romanos pasará con un cuerpo de ejército por Hungría hácia Belgrado, Andrinópolis y Constantinopla: los víveres le seguirán por el Danubio. Mandará el rey de Francia el otro cuerpo de ejército del Campo, de 70,000 infantes, 4,000 ginetes y 12,000 soldados ligeros, y él dará 2,500 ginetes franceses, 5,000 hombres de infantería ligera y 20,000 gascones, normandos y de Picardía. El Papa, Venecia, Saboya, Florencia y otros estados de Italia, aprontarán 1,500 ginetes, 7,000 ballesteros, mosqueteros y medias lanzas, y 20,000 infantes nacionales, de los cuales una tercera parte llevarán fusiles. Las ligas helvéticas suministrarán 20,000 infantes, y si es preciso 6,000 aventureros escogidos. El rey de Francia avanzará por el Friuli, Dalmacia y Grecia; los italianos pasarán á Cátaro por Ancona y Brindis, ó por Bari y Oziato. La tercera parte de su ejército será marítima, y se encargará de llevar los forrajes á Grecia y Morea, donde se nombrará otro gefe que, segun la opinion general, será el rey de Portugal. Este aprontará 30 carabelas; el Senado veneciano 100 galeras, de las cuales tiene ya dispuestas 80; el rey de Francia y Génova 25 galeras, igual número de carracas, 40 galeones y 20 barcos; el Papa y el rey Católico 25 galeras y 30 naves de Vizcaya; el rey de Inglaterra 10 grandes carracas: total, 150 galeras, 35 carracas, 120 barcos, galeones y carabelas, y multitud de naves de transporte. Cada galera cuesta al mes 500 ducados; cada carraca 600; el barco 300; el galeon 200; la carabela 50. El ginete recibe cada mes 10 ducados; el soldado ligero 5; el de infantería 4. Todos los cuerpos de ejército costarán ocho millones y medio de oro, y segun el cálculo anteriormente indicado, se sacan doce, sin contar los ornamentos y tesoros de las iglesias.»

hora, dió su último suspiro precisamente en el momento en que el iman leia: «la palabra del Omnipotente es la salud.»

Por la muerte de este personaje que tanto y tan verdadero terror llegó á inspirar al mundo con su extraña mezcla de crueldad y de espiritualismo místico, de actividad y de inaccion, de poesía y de materialismo, subió al trono de Constantinopla, abriendo el décimo siglo de la Egira, y siendo tambien el décimo (1) sultan de su raza, á la edad de 25 años, Suleiman, llamado el Magnífico, al tiempo que ocupaban los tronos de Europa, personajes como el papa Leon X, Francisco I en Francia, Enrique VIII en Inglaterra y el emperador Cárlos V en Alemania y en España. Bien pronto sus frecuentes y vastas expediciones le granjearon el lauro de capitan insigne; sus planes, tan árduos como acertados, el concepto de gran político, acreditándole de tal la union que proyectó del Don y del Volga, con la que hubiera realizado á la vez la del Mar Cáspio y el Negro, gigante proyecto que hubiera hecho imposible el futuro engrandecimiento de Rusia. Afortunado en sus empresas militares, conquistó rápidamente á Belgrado, que habia resistido el poderoso empuje de Mahomet II, ciudad que podia considerarse como la frontera de la cristiandad por aquella parte, y que abrió á sus ávidas miradas las puertas de Hungría; y dirigiéndose despues á Rodas, última colonia de los cristianos en Oriente y puesto avanzado en el Archipiélago, desde donde podian amenazarse á la vez la Palestina, la Siria y el Egipto, acometióla con 300 velas y 100.000 hombres de desembarco, y aun cuando 600 caballeros y 4.000 soldados lograron detener desde aquella gloriosa roca tan gigantesco ataque, la traicion de un médico judío le abrió las puertas de la plaza en la madrugada del dia de Navidad de 1522, con lo cual no tuvo ya nada que temer para sus ulteriores proyectos por aquella parte, teniendo desde aquel dia un nuevo punto de apoyo para sus empresas en la isla de Rodas, y una importante estacion marítima para los viajes del Cairo y las peregrinaciones de la Meca.

(1) El número 10 es sagrado entre los otomanos, como el número 9 entre los tártaros, y de la coincidencia de las dos cifras históricas, ambas con el número 10, que concurrieron en la elevacion al trono de Suleiman, dedujeron los musulmanes que habia de ser un gran príncipe el nuevo emperador, viniendo los hechos á justificar el augurio.

Las revueltas de los inquietos genizaros turbaron poco despues en sus planes á Suleiman, pero calmadas bien pronto y habiendo hecho sentir el peso de su poder á Persia, convirtió de nuevo su atencion á Europa, donde las ambiciones de los príncipes cristianos habian de contribuir á aumentar la importancia del emperador turco. Ocupaba el trono de Hungría á la sazon el cuñado de Carlos V, Luis II, cuya herencia, caso de que muriese sin hijos, debia recaer en la poderosísima casa de Austria. Tal engrandecimiento despertaba violentos celos en Francisco I, de Francia, que, conociendo las constantes aspiraciones de la Puerta otomana sobre Hungría, estimuló al ambicioso sultan para que se precipitára sobre aquel reino. No necesitaba el jefe turco de muchos estímulos para tal empresa, y así fué que al principiar el verano de 1526 lanzóse sobre la Hungría con un ejército de 100.000 hombres, devastó la mayor parte de su territorio, y como en la llanura de Mohacz, á la orilla occidental del Danubio, le esperase Luis II con fuerzas muy inferiores en número, destrozóle fácilmente; jornada desastrosa para la Hungría, que perdió á su rey, ahogado en un pantano, al querer buscar su salvacion en la fuga. Pocos dias despues entraba Suleiman victorioso en la capital del reino húngaro, la antigua Sicambria de los romanos, la Buda de los modernos, celebrando en ella las fiestas del Beyram, y enviando á Constantinpla 100,000 prisioneros de guerra, que fueron vendidos como esclavos. Despues, mas admirador de las obras de arte, que humano y generoso, hizo sufrir toda clase de crueldades á los vencidos, al mismo tiempo que llevaba para adornar el hipódromo de Constantinopla las mejores estátuas de la antigüedad que habia encontrado en la saqueada capital. Con esto, y no entrando en sus planes que la Hungría formase una nueva provincia del Imperio se contentó con declararla tributaria de la Puerta, poniendo en ella un rey todo hechura suya, el magnate Juan Zapolya, que antepuso su indigna ambicion á los nobles sentimientos de la patria.

Como no podia menos de suceder, el Austria intentó vengar el desastre de Mohacz, lográndolo el archiduque Fernando que batió completamente á Zapolya en la llanura de Toka; y cuando Suleiman acude rápidamente desde Constantinopla para restablecer en el trono á su pro-

tegido, la guarnicion de Viena, á la cual puso sitio el atrevido sultan, le derrotó por primera vez, obligándole á volverse vencido á Constantinopla.

A pesar del mal éxito de esta última campaña, todavia pesaba mucho en la balanza europea el vasto y poderoso imperio mahometano; y parece imposible que un rey que aspiraba al dictado de cristianísimo, Francisco I de Francia, apenas recuperada su libertad y vuelto á sus estados desde el alcázar de Madrid, donde tan generosamente le habia tratado su vencedor Cárlos V, incitara de nuevo al sultan para que declarase otra vez la guerra al Austria. No necesitaba de tanto Suleiman para atravesar el Danubio, y buscando el primer pretexto que tuvo á mano, reapareció con numeroso ejército en los campos de Hungria, apoderándose de Gürs, despues de largo sitio. Las ventajas que consiguió por tierra perdiólas, sin embargo, por mar, pues su escuadra fué derrotada por la de Cárlos V, perdiendo á Coron, en la Morea, y los castillos de los Dardanelos. Viéndose con tan profunda herida, casi en el corazon de su imperio, Suleiman, para restañarla, ajustó la paz con la intervencion del Pontifice, tratado en el cual el altivo jefe del Islamismo no vaciló en llamar Padre al jefe de la Iglesia Clemente VII, y hermano al Archiduque de Austria.

Pero si de este modo ponia tregua por la parte del Norte á sus guerras con los que para él eran infieles, bien pronto volvia sus armas contra los mahometanos cismáticos, dando pretexto religioso la disparidad de apreciaciones, aunque dentro de una creencia religiosa, á sus constantes aspiraciones sobre la Persia. Contiendas de gobernadores fronterizos fueron la señal de la lucha, tras de la cual Suleiman, en victoriosa marcha, llegó hasta Tebriz que le abrió sus puertas. Bagdad rindióse tambien sin atreverse á hacer resistencia, y el afortunado conquistador pasó el invierno en aquel delicioso país, organizando sus ulteriores proyectos y visitando los venerandos lugares, donde segun la leyenda islamita, entre el Tigris y el Eufrates, al lado de Adan, de Noé, de Ezequiel y de Esdrai, reposan las cenizas de los seis grandes imanes de la familia del Profeta; al mismo tiempo que enviaba mensajes anunciando su victoria á Venecia y á Viena, llegando á tal ex-

tremo la poca dignidad de alguna potencia del Occidente, ó por lo menos de su rey, que envió su embajador hasta aquel remoto confin del Asia á felicitar al vencedor Suleiman en nombre de su soberano Francisco I.

Por fortuna, ya que la causa de la cristiandad era tenida en tan poco por el descendiente de aquellos célebres cruzados que llenaron con la fama de sus hazañas la historia de los siglos medios, las pacíficas conquistas de la civilizacion obtuvieron ventajas prácticas, pues desde entonces datan las célebres capitulaciones entre Francia y Turquía, en las que se reglamentó la libertad recíproca de comercio de ambas naciones, el establecimiento de consulados en las principales escalas de Levante, y el convenio de que en ningun caso pudieran reducirse á esclavitud los prisioneros de guerra.

Como si todo contribuyese á hacer cada vez mas próspera la fortuna de Suleiman, vivia por aquellos dias entre los árabes un audaz aventurero que, puesto al frente de verdadera horda de piratas, llamó bien pronto por su audacia y su valor la atencion del Sultan, de quien, usando de sagaz política, reconocióse servidor y vasallo. Suleiman, conociendo con la penetracion de los génios superiores todo el partido que podia sacar de aquel atrevido aventurero, le envió el sable de honor, la cola de caballo y el tambor, codiciadas insignias de la dignidad de Sandschak-Bey, y bien pronto el pirata Khair-Eddin, que así se llamaba aquel audaz hijo de Mitilene, aunque mejor le apellidaron siempre Barbaroja, por el color de su barba, era el capitan pachá ó almirante de la escuadra otomana, y se disponia á caer sobre el Occidente á pesar de los antiguos convenios y paces; que eran entonces débil garantía como lo han sido siempre, cuando ha creido un ambicioso que estorban á sus planes, los mas solemnes tratados, que la necesidad ajusta la mayor parte de las veces.

Y no es lo mas grave en tal proceder la conducta de Suleiman, sino que le servian de incentivo las instigaciones del rey de Francia Francisco I que, no pudiendo vencer en buena lid á su elevado competidor Cárlos V, buscaba envidioso los medios de hostilizarle, y, si hubiera podido, destruirle, no frente á frente en los campos de batalla, pues

así tenia seguridad, adquirida por la experiencia, de ser vencido, sino con agenas armas y por enemigos de su raza y de su creencia. Intentaba el francés por tan indigno medio, no solo hostilizar los estados del emperador, sino separar á los venecianos de su amistad con éste, y forzarles á abandonar la neutralidad en que permanecian encerrados. Con ochenta velas dirigióse el pirata almirante desde el Cuerno de Oro á las costas de Italia, y principalmente sobre Nápoles. A la nueva de tal empresa aprestó Venecia sus escuadras, mas sin recelo alguno de guerra, porque al reflexionar que Suleiman no habia de acometer á dos enemigos juntos, cuando solo tenia probabilidades de vencer á uno, parecióle infundada cualquier desconfianza. Francisco I conjeturaba de una manera análoga, pensando que, en el hecho de tener los venecianos guerra si se adherian al emperador, y paz si contemporizaban con el turco, aflojarian en sus relaciones con aquel, y darian al principio seguro á su rompimiento; pero franceses y venecianos se equivocaban, pues los planes del Sultan dirigíanse lo mismo contra los unos que contra los otros, pues aspiraba á poner cima al sueño de los grandes conquistadores: á la dominacion universal. Barbaroja devastó las costas de Italia; aterró á Nápoles y á Roma; puso tambien en temor á los venecianos hasta el punto de que ofrecieron humildes satisfacciones á mas supuestos que reales agravios, y volviendo las ferradas proas á la costa de África, se apoderó de Túnez, donde hacia mas de seiscientos años gobernaba la dinastía de los Beni-Hafs. Sin embargo, poco tiempo logró conservár esta importante conquista el pirata-almirante, pues Cárlos V repuso en su trono al desposeido soberano haciéndole su tributario, si bien Barbaroja indemnizó á su emperador de este revés sometiendo á su dominio todas las costas berberiscas, gran número de islas del Archipiélago y la fortaleza de Castelnuovo en la ribera de la Dalmacia, al mismo tiempo que Venecia le cedia por nuevos tratados dos plazas importantes y los castillos de Nadin y Urana, tambien en la Dalmacia.

Al mismo tiempo que por la parte de Occidente tan prósperos se presentaban los sucesos á Suleiman, el pachá que en su nombre gobernaba el Egipto penetraba en el mar de las Indias, batia á los portu-

gueses, se apoderaba de la ciudad de Diu y se imponia por la fuerza á los árabes del Mar Rojo; y como si con tantas prosperidades no bastasen para el engrandecimiento del afortunado Sultan, la muerte de Zapolya y la menor edad de su sucesor, que excitó la ambicion del archiduque Fernando, dividiendo en bandos á la Hungría, despertó de nuevo las mal dormidas aspiraciones de Suleiman, que acudiendo presurosamente, batió al Archiduque, se apoderó de Buda convirtiendo en mezquita su antigua iglesia de Santa María, y llevando despues su triunfante enseña á Valpo, Siklos y Stuhkveissemburgo, consiguió que mas de la mitad de aquel reino abrazase el islamismo, imponiendo tal temor á las demás naciones de Europa, que todas anhelaron la paz con el indomable desolador del nombre cristiano, celebrándose el tratado que la aseguraba, en 1547, tratado que no vacilaron en firmar el mismo Pontífice y el emperador Cárlos V.

Pero mientras con tal suceso se engrandecia en el exterior, horribles dramas de familia ensangrentaban el serrallo en Constantinopla, luchas de amor y de ambicion, consecuencias ineludibles de la repugnante poligamia oriental, que en todo tiempo han sido los verdaderos móviles de todas las agitaciones y desastres de la nacion turca. Compartian las preferencias imperiales una circasiana, cuyo nombre no ha pasado á la historia, y la rusa Roxelona, mujer de menos belleza que su rival, pero de mas inteligencia, y sobre todo de voluntad de hierro. Ambas habian hecho sentir al emperador las dulces emociones de la paternidad, habiendo sido la primera la circasiana, y mas fecunda la rusa; pues mientras aquella dióle un hijo, de nombre Mustafá, Roxelona era madre de cuatro príncipes, Selim, Mohamid, Bagesid y Dschihaughir; y esta sultana altiva y que ambicionaba el poder para el mayor de sus hijos, despertando recelos en el sultan contra Mustafá, obtuvo fácilmente contra él una sentencia de muerte, que fué ejecutada en la misma tienda de Suleiman, á donde habia acudido Mustafá inocente de la conjuracion que contra él se tramaba, y obedeciendo al llamamiento del autor de sus dias. Aquel indigno asesinato debió cubrir de duelo el corazon de la ambiciosa Roxelona, pues el último de sus hijos, Dschihaughir, que amaba tiernamente á Mustafá, al verle muerto

se atravesó el corazon, cayendo exánime al lado de su hermano.

Horrible cuadro es el que presenta en este periodo la historia de Constantinopla, escrita con sangre, como funesta consecuencia de las intrigas del serrallo; que tales son siempre los tristes resultados de poner en olvido las nociones de la moral eterna, y de la asquerosa poligamia, que eleva á institucion social el adulterio del hombre, no menos perjudicial á la sociedad y á la familia que el de la mujer. Tales son tambien las consecuencias de reconocer en el padre el bárbaro derecho de vida y muerte sobre las mujeres y los hijos, borrado hacia muchos siglos por el bendito cristianismo de las leyes de Roma, y conservado como elocuente y tristísimo ejemplo de la aberracion y la locura humanas en aquellos pueblos que no podian comprender otros medios de propagar su dogma y de imponer su autoridad que los de la violencia y la muerte. Imposible parece que hayan existido períodos en la vida de la humanidad, durante los cuales se sustituyeran los puros y santos afectos del alma, en el mas elevado de todos los amores del hombre, porque es el que mas le acerca á su Creador, por los violentos arrebatos de la pasion y los inmensos remordimientos del parricida. Y, sin embargo, es cierto. Bien dijo un escritor, cuando afirmaba que la historia del hombre es mas horrible que la de los tigres y las panteras.....

Con la muerte de Mustafá y de su hermano de padre Dschihaughir, no terminaron los horrores de aquel sangriento cuadro. Como si Roxelana, ébria ya de instintos homicidas, quisiera extinguir hasta la descendencia de Mustafá, y vengar en el hijo de este tierno y afable adolescente de doce años la muerte que se habia dado Dschihaughir, obtuvo tambien la condenacion de aquel inocente niño, á quien no logró salvar ni su conmovedora y humilde resignacion, cuando contestó al eunuco que le noticiaba la inicua sentencia: «Si el sultan lo ha mandado, sus órdenes son para mí tan sagradas, como si viniesen de Dios.»

Aquella série de horribles y parricidas ejecuciones no terminó con esto. Pocos años despues morian tambien estrangulados por el fatal cordon Bajesid ó Bayaceto, otro de los hijos de Roxelana, que osó as-

pirar al supremo poder, instigado acaso por los amigos de la circasiana para buscar venganza de los indignos manejos de aquella mujer criminal, y no solo pagaba él con la vida su atrevimiento, sino que morian tambien de la misma manera sus cuatro hijos.

Suleiman decretaba tales ejecuciones arrastrado por la fatal influencia de Roxelana, pero sintió bien pronto el castigo que impone á toda accion culpable la severa justicia de la conciencia. Una tristeza abrumadora, tristeza sin consuelo ni esperanza, se apoderó de su espíritu, y bien pronto aquel anciano, encorvado mas que por el peso de los años por la pesadumbre de sus crímenes, sostenia difícilmente su vida, que respetaron siempre las armas enemigas, contra los mudos, pero terribles ataques de los remordimientos. Solo las emociones de nuevas guerras podian distraer, sino calmar su espíritu, y así acogió con verdadero ardor, impropio de su avanzada edad y de sus padecimientos, la ocasion que se le presentaba de declarar nuevamente la guerra á la Hungría, por no haberle pagado el sucesor de Zapolya el tributo convenido. Al frente de poderoso ejército, sin parar mientes en su edad casi octogenaria y en los dolores de la gota que le atormentaban, conducido en litera llegó despues de treinta y cinco dias de marcha delante de Sziget, que defendia el valiente general húngaro Zing, y tras de repetidos asaltos disponíase á dar el decisivo y á entrar en la plaza, cuando la muerte le sorprendió en su tienda, teniendo su visir oculto el cadáver hasta que vió conseguido el triunfo, para evitar que la triste nueva hubiese entibiado el ardor del ejército y comprometido el éxito de la empresa.

Por la muerte de Soliman, llamado por los occidentales *el Magnífico*, y por los turcos *el Legislador*, sucedió en el trono de los osmanlis el hijo de Roxelona, Selim, que tuvo necesidad apénas ciñó el turbante de los sultanes, de sofocar con mano fuerte una sublevacion de genízaros, autorizando despues su severidad y su poder con la expedicion afortunada que dirigió contra Chio, á la que siguió la sumision de todo el Yemen. Despues continuó durante su reinado la série de felices empresas y de grandes crueldades, que formaron la historia de su padre, pero sin llegar á la altura del primero, en las elevadas con-

diciones de carácter que le granjearon la admiracion hasta de sus mismos enemigos.

El reinado de Suleiman fué indudablemente para el imperio turco el que lo levantó á mayor altura; sin que las continuas guerras que llenaban por completo y constantemente el fondo del cuadro, fuesen obstáculo para los pacificos trabajos de la inteligencia. Con razon se ha dicho que nunca se vieron en Constantinopla más artistas ni más poetas; y mientras el atronador ruido de los combates resonaba en todos los pueblos de las tres partes del mundo entónces conocidas, elevábanse soberbios edificios, como la suntuosa y elegante mezquita de Soliman, construianse puentes, acueductos, bazares y otras obras públicas de no menor importancia, y multitud de poetas cantaban las glorias de la patria y de su expléndido soberano, demostrando en sus hipérboles y comparaciones la riqueza inagotable de la musa oriental.

Y no era extraño que asi sucediera. Soliman, como todos los hombres verdaderamente grandes, era expléndido y generoso, y su magnificencia trascendia á todo cuanto le rodeaba. Guardaban sus escuderos dos mil caballos en sus caballerizas; la tela de su tienda estaba tejida con hilo de oro, y el suelo cubierto con tapices de Persia; su caftan resplandecia con las piedras que lo bordaban; la gualdrapa de su caballo brillaba con los rubies, topacios y esmeraldas que la cubrian; y un colosal diamente de Golconda despedia sobre su frente rayos de luz, al sujetar, como inestimable cintillo, las airosas plumas que adornaban su turbante.

Desgraciadamente para Soliman y para su pueblo, aquel hombre extraordinario se dejaba dominar por el amor á sus mujeres, y ya hemos visto hasta qué punto le arrastraron sus influencias, convirtiéndose en su época, y continuando desde entónces hasta nuestros dias el serrallo en un foco de incesantes maquinaciones politicas.

Selim, no menos escrupuloso que su padre en guardar los tratados, pero ménos hábil que el autor de sus dias, rompió á deshora, sin razon ni pretexto, la paz ajustada con Venecia, disponiéndose á realizar el sueño de toda su vida, la conquista de la isla de Chipre, más acaso que por aumentar con ella sus dominios, por amor al balsámico

jugo de sus viñas, licor á que, sin embargo de las prescripciones del Coran, se mostraba tan apasionado, que mereció el dictado de *Mest* ó bebedor, con que ha pasado á la posteridad. No era, sin embargo, empresa tan hacedera la conquista de aquella isla, que no necesitase Selim ménos de un año para reducirla á su dominio; pero habiéndose visto obligada á capitular Famagusta, su principal ciudad y plaza fuerte, los conquistadores se esparcieron rápidamente por toda la isla, saqueándola y devastándola, y asesinando á un gran número de cristianos, entre ellos el gobernador de Famagusta, inhumanamente sacrificado.

Aquel innecesario alarde de bárbara fiereza, fué, sin embargo, útil á la causa de la cristiandad, porque tales crueldades hicieron comprender á Europa la necesidad, cada vez más apremiante, de poner un dique á las armas otomanas, y de unirse, para conseguirlo, contra el enemigo comun. El pontífice romano Pio V., fué el promovedor de aquella alianza, que, bajo el nombre de la Santa liga, firmaron el 25 de Mayo de 1571, el Papa, España y Venecia, reuniendo en breve poderosa escuadra de las tres naciones, que, al mando de D. Juan de Austria, alcanzó en las aguas de Lepanto la mas señalada victoria naval que registran los anales del mundo. Con razon el Pontífice, en su entusiasmo aplicó al heróico vencedor de Alí, aquellas palabras del Evangelio: «Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamó Juan.»

Despues del famoso combate naval que hizo cambiar por completo los destinos del mundo, poniendo dique á la ambicion otomana, y de cuyo glorioso triunfo no se sacaron todas las ventajas que hubieran podido conseguirse, si se hubieran realizado los levantados propósitos de D. Juan de Austria, que aspiraba á conquistar á Constantinopla (1) aprovechando el estupor que la inmensa derrota habia producido entre los turcos, Selim cayó en un abatimiento profundo, encerrándose en lo mas recóndito del serrallo, donde murió en breve víctima de su profunda melancolía.

Murad III, hijo mayor de Selim, le sucede en el trono, pero su vi–

(1) El mismo dia de la victoria de Lepanto, se rompió la bóveda de la mezquita de la Meca, cuya coincidencia causó verdadero terror entre los fanáticos otomanos. La iglesia cristiana, reconocida á los favores de la Providencia, instituyó la festividad de la Vírgen de las Victorias, que se celebra el 7 de Octubre, aniversario del gigante combate del Oriente y el Occidente. En la poética plegaria de la Letanía de la Vírgen añadióse tambien entonces: *Auxilium cristianorum, ora pro nobis.*

da transcurre entre estériles luchas de favoritos y de mujeres, no sin que faltasen en ella las acostumbradas ejecuciones de cuantos pudieran algun dia aspirar al supremo poder, muriendo de tal suerte y sin mas causa, sus cuatro hermanos. Las victorias de sus generales Osman Pacha y Ferah Pacha en la Pérsia, que dieron por resultado la sumision del Daghistan, y del Khan de Guherdan, fueron débiles resplandores de gloria, que apagaron bien pronto las revueltas de la Valaquia, la Moldavia y la Transilvania, que se sublevaron asesinando su guarnicion turca. La decadencia del imperio otomano habia comenzado á la muerte de Suleiman ó Soliman, y se precipitaba rápidamente. Murad, debilitado por los placeres del serrallo, sin energia de cuerpo ni de alma, supersticioso como todo ser débil, acabó su inútil existencia como pudiera una mujer nerviosa y apocada. La vibracion de los cañonazos que disparó saludando á la plaza, segun práctica, un buque egipcio al entrar en el Cuerno de Oro, haciendo saltar los cristales de un kiosko, prodújole tan pueril terror que murió de miedo, digna manera de terminar sus dias y su dominacion el que solo supo decir al comenzarla en el dia de su coronacion: « tengo hambre: dadme de comer.» Como natural consecuencia de la vida femenina que hacia, y de su numerosisima poligamia, tuvo este feliz mortal ciento y dos hijos, de los cuales, veinte vivian cuando él murió, si bien solo quedó uno al siguiente dia, pues los otros diez y nueve, fueron previsoramente extrangulados.

Durante el reinado de Murad III, el caballero de Germiny, embajador de Francia en Constantinopla, estableció los Jesuitas en el convento de San Benito en Galata, institucion que habia de contribuir poderosamente, sin temor á la inquinia turca contra el nombre cristiano, á suavizar las rudas y bárbaras costumbres de los otomanos; y gracias á aquellos primeros Religiosos de Galata, que con el sublime valor de los mártires, inspirado solo por la Fé y la Caridad, sembraron en tierra tan ingrata la semilla del Evangelio, las conquistas pacíficas de la civilizacion cristiana triunfarán al fin en las orillas del Bósforo.

Quedó solo de la numerosa descendencia de Murad, Mahomet III, que

comenzó acallando el interesado motin de los sipahis, con las riquezas del tesoro imperial, y que, distando mucho de ser un héroe, y más aficionado, como el autor de sus dias, á las delicias del serrallo que á la vida de los campamentos, vióse en la imperiosa necesidad de ponerse al frente de su ejército, sino habia de perder ignominiosamente la corona y la vida. Los cristianos, conocedores de sus verdaderos intereses, y perdido ya todo temor al coloso que declinaba rápidamente, tomaron la ofensiva, y húngaros y alemanes, entrando en las posesiones turcas por el mes de Julio de 1595, batieron á las tropas del sultan, y las arrojaron de Gran, de Wisigrado, de Petrinia y de Bukarest. A tales desastres de la contraria suerte en los campos de batalla, uniéronse para completar el terror que habian producido entre los degenerados osmanlís, la terrible peste que diezmó á Constantinopla, y el espantoso terremoto que derribó sus principales edificios. Mahomet, ante tantas y tan repetidas desgracias, abandonó su dulce retiro, y para conjurar la cólera del cielo elevó públicas plegarias con arreglo al muslímico rito en el vasto recinto del Meidan ó Hipódromo, proponiéndose ofrecerle como en expiatoria ofrenda la sangre de los cristianos de la capital; idea que hizo abjurar en un solo dia y abrazar el islamismo á multitud de judios y de griegos. Mas acertado anduvo en aprovechar aquella ocasion, para prohibir, como atentatorio á los preceptos del Coran y justa causa para excitar la cólera del cielo, el uso del vino, que habia llegado á dominar completamente á los hijos de Omar, disponiendo que fuesen destruidas las bodegas y las tiendas de bebidas, así como que se arrojasen las mujeres públicas al mar. Con estos alardes de religiosidad y de cruel justicia no era bastante para acallar las crecientes murmuraciones de su pueblo, que no podia sobrellevar las victorias de los alemanes y de los húngaros, y que obligaron al pacífico Mahomet á partir para Hungría al frente de su ejército, acampando ante los muros de Erlau en el mes de Setiembre de 1596. O mal defendida ó bien sitiada la plaza, se rindió bajo la fé de una capitulacion honrosa, pero el sultan, fiel á las tradiciones de su familia, faltó á su palabra, entregando la confiada ciudad á todos los horrores de un bárbaro saqueo. Tan im-

prudente conducta estuvo á punto de encontrar cercano su castigo. A pocas horas de Erlau encontraron los turcos el ejército aleman y húngaro mandado por el archiduque Maximiliano, y tal espanto se apoderó al comenzar la batalla del cobarde sucesor de Soliman, que á duras penas pudo el visir impedir su fuga, aún que no que se ocultara como una mujer durante la pelea, donde mas seguro creyó encontrarse. Poco le hubiera valido su prudencia, si los cristianos, despues de haber obtenido completa victoria, no se hubiesen abandonado al pillaje en las tiendas de sus enemigos, lo cual, haciéndoles caer en una emboscada, que al verles abandonados á su sed de botin les prepararon rehaciéndose los vencidos guerreros, no les hubiera sido causa de que no solo perdiesen cuanto habian logrado en aquel dia, sino que la victoria se convirtiese en horrible derrota, quedando los vencedores completamente destrozados y deshechos. Tan inesperado triunfo sacó de su indigno escondite al *animoso* emperador, que, verdadero héroe por fuerza, entró triunfante en Constantinopla, donde el pueblo le aclamó en medio de las mayores demostraciones, como digno descendiente del gran conquistador cuyo nombre llevaba.

Pero aquellos dias de forzada é injusta gloria habian de durar poco. Los cristianos vuelven á campaña en el siguiente año, y la pérdida de Raab y de otras muchas plazas importantes, coincidiendo con las de Tebriz y de Bagdad en Pérsia, obligan al apocado emperador á pedir la paz á Alemania, poniendo por mediador á Enrique IV.

A tales desastres agregáronse las repetidas revueltas propias de todos lo reinados de príncipes débiles é incapaces, revueltas que, en vano pretendió ahogar en sangre con repetidas y crueles ejecuciones, en una de las cuales murió uno de sus hijos; manteniendo por temor recluido en el serrallo al presunto heredero de la corona, que á la prematura muerte de Mahomet, completamente agotado por los placeres á la edad de treinta y tres años, ciñe al fin con el nombre de Ahmed I, el cual sigue las huellas de su padre durante un estéril reinado de catorce años, que empieza el vicio y termina la crueldad. Si consiguen apoderarse los otomanos de algunas plazas de Hungría, logrando ver en el trono á su protegido y partidario, Bocskai, continúan

perdiendo gran parte de la Pérsia, donde el pachá Cicala es derrotado y muerto Kœsa, y toda el Asia continua destrozada por rebeliones sangrientas, que repiten los soldados casi diariamente en Constantinopla. Las guerras de Hungría y de Transilvania siguen, entre tanto, hasta que la paz de Sitvatorok las pone término, dando carácter completamente nuevo á la dominacion otomana en Occidente y fijando sus límites. A virtud de ella desaparecen aquellos vergonzosos signos de vasallaje, que, en forma de tributos anuales, llevaban los embajadores; se establecen las relaciones diplomáticas bajo un pié de perfecta igualdad; la Transilvania respira casi libre del yugo de los otomanos; la mitad de Hungría queda emancipada de toda humillante carga; establécense saludables principios del derecho de gentes, tales como que los ataques, sorpresas é irrupciones debian cesar y la declaracion de las indemnizaciones por los daños causados, y restitucion de prisioneros ó cautivos, con acuerdo lo uno y lo otro de árbitros nombrados por ambas partes beligerantes; introdujéronse todas las formalidades diplomáticas usadas en las cancillerías europeas; las actas dejaron de imponerse á los plenipotenciarios cristianos sin que les fuese permitida su lectura, sino que, examinadas por sus dragomanes ó intérpretes y despues de firmadas por los diplomáticos turcos, eran enviadas á la formularia aprobacion del Sultan; y, en una palabra, por aquella paz firmada ante las murallas de Komorn, el dique infranqueable á los conquistadores otomanos, la Turquía comenzó á entrar en la corriente de reformas del continente europeo; conquistas de la civilizacion impuestas al débil Ahmed, como lo hubieran sido á otro mas poderoso, pues la fuerza de las ideas en la marcha de las naciones es irresistible.

Y no eran estas solas las pérdidas que de dia en dia iba sufriendo la altiva dominacion otomana. Los cosacos, á su vez, sorprendieron á Sinope, forzaron la entrada de su puerto, el más fuerte y más rico de la costa occidental del mar Negro, y despues de pasar á cuchillo á sus habitantes y de saquear la ciudad, la redujeron á cenizas por el incendio, último desastre que produjo en el alma del emperador profunda melancolía á la cual no pudo sobrevivir. Veinte y ocho

años contaba apenas y catorce de reinado, cuando dejó el trono con la vida, y como recuerdo de su amor á las artes, la magnifica mezquita que lleva su nombre, y de la cual en breve habremos de ocuparnos. A pesar de las crueldades de este emperador, nótase, y con razon, que, á diferencia de sus antecesores, respetó la vida de su hermano; y no careció de iniciativa para la organizacion de su pueblo, pues á él se debe la revision y codificacion de las leyes y disposiciones imperiales, reunidas en un *kanunamé*, todavia en vigor.

Otro hecho de índole á la verdad bien diversa tuvo lugar tambien durante su reinado; la introduccion del tabaco en el imperio turco y de allí en toda la Europa; en recuerdo de lo cual ha llegado casi hasta nuestros dias en muchas poblaciones extranjeras, la costumbre de poner en las tabaquerías, á manera de histórica muestra, un turco, ceñida la cabeza con tradicional y exajerado turbante.

A la muerte de Ahmed, le sucedió su tio Mustafá, principe imbécil que pasaba su vida arrojando pedacitos de oro á los peces, y que á pesar de haber repartido los principales cargos del imperio á sus favoritos, llegó á tal extremo en su verdadera insensatez, que sus mismas hechuras le destronaron, ciñendo la cimitarra de los sultanes, en la mezquita de Eyub, al príncipe heredero de Ahmed, Osman, el mayor de sus siete hijos. Cruel y sanguinario aún en la hermosa juventud de la vida, abierta siempre á toda generosa aspiracion y nobles sentimientos, mató á su hermano Mahomed, cuyas brillantes cualidades creyó podian perjudicarle, y como soberano concluyó de ajustar la paz con el Schah de Pérsia, disponiendo despues una expedicion contra la Polonia, en la cual se proponia castigar las incursiones de los cosacos; campaña desastrosa que costó la vida á más de ochenta mil otomanos al otro lado del Dniester, y á consecuencia de la cual perdió tambien la suya Osman de vuelta en Constantinopla, pues como quisiera arrojar la culpa de su derrota sobre los genizaros, estos se sublevaron y le dieron muerte, volviendo á colocar sobre el trono á Mustafá, para gobernar mejor y más fácilmente á la sombra de su imbecilidad. Los eunucos y las mujeres se apoderaron, sin embargo, del poder supremo, y Mustafá fué segunda vez desposeido, cle-

vando al trono los genízaros, instigados por la sultana Validé Kaseemu Mahpéïker, (rostro de luna), á Murad, cuarto de su nombre, uno de los hermanos de Osman, que apenas contaba once años, lo cual ponia las riendas del Estado en manos de su madre.

Los primeros años de este reinado estaban muy lejos de prometer los dias de verdadera restauracion para el imperio turco, que se sucedieron cuando el nuevo sultan estuvo en edad de poder dirijir por sí mismo los negocios públicos. Los schiis de Pérsia, invaden y saquean las fronteras orientales del imperio, se fortifican en Bagdad y baten á las tropas turcas; el Khan Mokamed Gherai se subleva en la Crimea, acobarda las tropas del Pachá, y proclama su raza, descendiente de Gengis-Kan y de Timur-Leng, más noble que la de Osman; los cosacos, renovando las invasiones de los Ruricos del siglo VIII, llegan hasta los muros del serrallo, incendian á Buyukdere en la orilla derecha del Bósforo, y arrebatan inmensas riquezas; y el Pachá de Erzerum, Abasa, levanta el estandarte de la rebelion en las orillas del Eufrates, y desola el Asia menor. Pero cuando estos últimos acontecimientos tenian lugar, ya Murad estaba en edad de obrar con iniciativa propia, y hábil político, cuando el gran visir Khosrew, despues de una lucha de seis años vence al rebelde y quiere conducirle prisionero ante su soberano, este le perdona y le dá el gobierno de la Bósnia, aparentando creer que el móvil de la conducta de Abasa fué el deseo de vengar la muerte de Osman; y como por instigaciones de la Rusia declarase la guerra á Polonia, dió el mando de su ejército al nuevo gobernador de la Bósnia, que demostró en aquellas campañas las excelentes dotes que poseia, llevando sus armas victoriosas hasta mas allá del Dniester, que tantas veces habia presenciado las derrotas de los otomanos. Tan feliz éxito en sus empresas, no le libró, sin embargo, de la muerte. «La venganza se difiere, pero vela siempre,» habia dicho más de una vez con terrible calma Murad, y cuando ya no creyó necesarios los servicios de Abasa, le condenó á muerte con pretexto de una acusacion que contra él se lanzó, á propósito del manejo de caudales de los lugares santos.

Dotado el implacable emperador de constitucion enérgica y poderosa

para resistir toda suerte de fatigas corporales, y de clara y pronta inteligencia para ponerse rápidamente en la dificultad de los más complicados asuntos, era á la vez que hábil en los ejercicios físicos, elocuente y estudioso, dedicándose con afan al exámen de la legislacion, sobre todo, de la militar, lo que le valió el nombre de, *el Chazi,* organizando y estudiando la administracion de justicia, cuyos magistrados elegia con cuidado extremo, y procurando á la vez, guerrero antes que todo, levantar el nombre otomano con las victorias de sus armas. Tan relevantes cualidades detuvieron, á no dudarlo, la decadencia del imperio, pero no le conquistaron renombre digno de aplauso, porque manchó las mejores páginas de su vida con horribles é inútiles crueldades, que si pudieron tener explicacion, ya que no excusa, en la barbarie de los tiempos durante los primeros reinados de sus antecesores, no tienen disculpa cuando se realizaban casi al mediar la décima séptima centuria.

Si al emprender en el mes de Marzo de 1635, con actividad é inteligencia, la campaña contra la Pérsia, para reconquistar de los schiis las plazas poco hacia perdidas, tiene necesidad de mostrarse inflexible con sus soldados, á fin de restablecer la disciplina del ejército, su severa justicia toma bien pronto el carácter de bárbara crueldad, por el lujo sangriento de las ejecuciones y de los suplicios, para los cuales daba él mismo la señal, abriendo y cerrando los dos primeros dedos de su mano derecha. El uso del tabaco, al que atribuia, y no sin razon, parte del enervamiento que debilitaba á sus soldados, fué prohibido por Murad, de tal modo, que la pena impuesta á los contraventores, consistia en el terrible empalamiento; pero el éxito de tal rigor parece justificó su inflexible crueldad, pues la victoria siguióle de cerca, y la capital de Pérsia, Tébriz, cayó en su poder, quedando, despues de un horrible saqueo y de pasar á cuchillo miles de prisioneros, reducida á cenizas.

Suspicaz en medio de su fortuna, y temiendo pudieran servir de punto de apoyo á ambiciones de sus enemigos, despues de la conquista de Erivan, y en medio de los suntuosos festejos con que celebraban sus victorias, mandó dar muerte á sus dos hermanos Soliman

y Bayasid; y sin que el doble fratricidio produjera en su espiritu el mas lijero remordimiento, regresó á Constantinopla, en la que hizo una entrada verdaderamente triunfal, à la manera de los antiguos emperadores romanos.

Pero con la conquista de Tebriz y Erivan, no estaban satisfechos los deseos del emperador. Bagdad, *la casa de salud y la ciudad de los santos*, segun era llamada por los musulmanes, que la consideraban como el santuario del Islamismo, era por su posicion y por su fortaleza, el principal baluarte de la Pérsia, y por su importancia y situacion, la plaza mercantil que podia considerarse como la llave del comercio entre el Asia menor, la Pérsia y la India. Apoderándose de ella, quitábase á los pérsas su principal apoyo para ulteriores esperanzas de independencia; y Murad, comprendiéndolo asi, marchó sobre Bagdad, con un ejército de doscientos mil hombres, tomándola despues de repetidos asaltos, en el último de los cuales, que fué el general y decisivo, murió el gran visir, á quien habia reconvenido por el tiempo que tardaban en apoderarse de la plaza, el impaciente sultan. Ante tan declarada fortuna, el Schah humilló la frente y pidió la paz, cuyas condiciones dictó el vencedor, el cual volvió á Constantinopla entrando en ella, segunda vez triunfante, sobre un caballo gualdrapeado de hierro, cubiertos los hombros con una piel de tigre, y blandiendo en la mano su ferrea maza.

Tan victoriosa carrera debia llegar muy pronto á su ocaso. Ocho meses despues de su segundo triunfo, y cuando contaba apenas veinte y ocho años de edad, (Junio de 1639) veia llegar el término de su corta vida, agostada en flor por los excesos de los placeres voluptuosos á que era locamente apasionado. Su memoria fué venerada por los musulmanes, que á pesar de sus crueldades, le amaban porque veian en él al poderoso restaurador del imperio, que desde la muerte de Soliman, marchaba rápidamente á su ruina, y repetianse con entusiasmo las alabanzas que en su loor habian escrito historiadores y poetas, en el hiperbólico lenguaje oriental, tales como aquella de Naïma: «Jamás el circulo del mundo ha visto otro Padischa que pueda compararsele. Del huevo de su sable sale el pájaro de la vic-

toria. La cabeza del enemigo cae al pié de su estribo de oro. ¡Mil años de vida para el vencedor! Señor poderoso de diez y ocho mil mundos! que tu espada descanse, fiero leon: ya nada te resta que castigar con sangre.» De tan encomiástica y aduladora alabanza, la última parte era la más exacta, pues aquel tirano, que, con bastante exactitud por sus crueldades han llamado algunos el Neron otomano, habia hecho perecer entre horribles dolores de bárbaros tormentos á mas de cien mil desgraciados, entre los que se contaban los europeos, griegos ó francos de Pera y de Galata, á los cuales habia además confiscado sus bienes, y el venerable patriarca de Constantinopla, Cirilo, á quien despues de haberle hecho conducir por brutal soldadesca al castillo de las Siete Torres, con los piés desnudos y una cuerda al cuello, mandó degollar: dos horas antes de exhalar el último suspiro, recordando que aun le quedaba con vida un hermano, de nombre Ibrahim, le mandó matar; sentencia que no llegó á ejecutarse, porque la sultana Validé pudo impedirla, salvando á su hijo y conservando un sucesor para el imperio.

Inconcebible seria tanta crueldad á mediados del siglo XVII y en la civilizada Europa, sino se recordase que cuando tales desmanes se realizaban, Venecia, segun la poética frase de un escritor extranjero, moria de languidez á la orilla del pálido Adriático, que Inglaterra se agitaba sin poder atender mas que á sí misma abrumada por la revolucion que sintetizaba Cromwell; que Francia gemia al secar el cadalso, húmedo con la sangre de los Morcillac y Montmorency; que España distaba ya mucho de ser la poderosa nacion de Felipe II y D. Juan de Austria, y que no se escuchaban en medio del general movimiento los poderosos acentos del padre de los fieles.

Poco se hubiera perdido á la verdad, aparte de lo repugnante y bárbaro del crimen, en que se hubieran cumplido los deseos de Murad, respecto á su hermano Ibrahim. Débil por naturaleza, entregado en absoluto á la vida del harem, sus mujeres disponian de las plazas del Estado, de los cargos públicos y de la suerte del Imperio. Aquella vida de placeres no habia sin embargo enternecido el corazon del nervioso sultan, que al mismo tiempo que no podia vivir durante los inviernos en Constantinopla, sino rodeado de sus pieles de Marta zi-

belina, mandaba matar á los que su capricho, su suspicacia ó la venganza de una mujer le indicaban, con una tranquilidad aterradora. Tan inútil y cruel soberano habia de atraer bien pronto sobre sí el enojo de los ulemas, que incitando á los genízaros consiguieron su destitucion, y no impidieron su muerte.

Antes de ella los levantiscos genízaros habian proclamado Padischa al hijo mayor de Ibrahim, que apenas contaba siete años, para mejor gobernar á su sombra, empuñando las riendas del Estado en su nombre la sultana Validé Mahpeïker, que durante la minoría de Murad IV, habia igualmente ejercido la suprema autoridad. Los buenos deseos de esta mujer, dotada de grandes condiciones de mando, se estrellaban, sin embargo, ante las difíciles circunstancias que le tocaba atravesar, exhausto el tesoro, sublevados los mercaderes por el creciente aumento de los impuestos, y amenazadas constantemente las fronteras del Imperio por enemigos incansables. A tales contrariedades, uniéronse bien pronto otras más graves por ser mas íntimas, como que nacian y se desarrollaban en el recinto mismo del serrallo. La madre del nuevo sultan, la griega Tarkhan, celosa de su autoridad maternal y ambiciosa de poder, se puso al frente de un partido, que bien pronto se formó contra Mahpeïker, como se forma siempre en países donde el egoista y envidioso sentimiento individual se sobrepone al fecundo y generoso amor de la patria; partido, que llevó sus feroces instintos hasta el extremo de asesinar á la anciana Validé, que tantos dias de verdadero explendor habia dado al Imperio, que habia prodigado tantos beneficios, y cuyo nombre conservan dos mezquitas y uno de los característicos edificios de la hospitalidad turca, llamados *Caravansail.*

El jefe de aquella insurreccion de eunucos y de mujeres, Soliman, eunuco tambien, fué nombrado en recompensa de su crimen gobernador del serrallo; elevado puesto que convirtió en escandalosa granjería, hasta el punto de que la misma sultana Tarkhan, tuvo que quitarle su lucrativo é influyente puesto, sustituyéndole por el antiguo gobernador del Egipto Tarkhundji Ahmed, cuya rigorosa administracion, basada en una severa justicia, no podia ser bien recibida en aquella corte acos-

tumbrada al favoritismo y á la violencia. Así fué como bien pronto los pachás y los bostandjis, influyendo contra él en el ánimo del jóven sultan consiguieron su muerte, que recibió tranquilamente delante del Padischa, el cual no manifestó por ello el menor signo de compasion ni de terror.

Los acontecimientos exteriores amenazaban poco despues de nuevo la integridad del Imperio. Los habitantes de la Anatolia y de la Tracia, cansados de sufrir las tiranías y abrumadoras exacciones de sus pachás, acudieron tumultuosamente á Constantinopla para pedir justicia contra sus opresores, y uniéndose á ellos los sipahis y los genízaros, que no perdonaban ocasion de lanzarse á todo género de revueltas, llegaron hasta las puertas del serrallo en amenazadora actitud. Como á perros hambrientos calmó sus furores Mahomed, arrojándoles treinta cabezas de los que designaban los sublevados como sus principales enemigos, y satisfechos con esto, las llevaron á la plaza del Hipódromo y las colgaron á manera de sangrientos frutos en un plátano secular, á cuyo pié, andando el tiempo, y á manera de providencial expiacion sufrida por los descendientes de aquellos feroces soldados, debia exterminarlos Mahomed II.

Poco despues el almirante veneciano Moncenigo, echaba á pique á la entrada de los Dardanelos, la escuadra turca compuesta de setenta naves, apoderándose de Lemnos y de Tenedos; desastre para las armas otomanas, de que un año mas tarde (1658) alcanzaban reparacion cumplida, pues la flota veneciana á su vez, fué allí mismo batida por la que nuevamente armaron los turcos, y recobrada la posesion de aquellas dos islas, gracias á las acertadas y enérgicas medidas del nuevo visir Mahomed Képrili, hijo de un labriego albanés, que, muy jóven todavía, obligado por la necesidad entró en Constantinopla, llegando en breve por su claro talento y relevantes dotes, desde las cocinas del serrallo, donde logró obtener ínfimo puesto, á las mas altas dignidades de la córte. Dotado de una energía inquebrantable, ahogó con fuerte mano las revoluciones que en el interior desgarraban el corazon del Imperio, dando muerte en Alepo, á treinta pachás rebeldes; rechazó hasta mas allá del Dniester, á los sublevados cosa-

cos; y sustituyó al príncipe de Transilvania, Rakisky, rehusando un tributo de quince mil ducados, por un feudatario que le pagaba cuarenta mil. Nada resistia á la fuerza de aquel espíritu reformador, que así atendia á reorganizar la administracion, como la hacienda; la escuadra, como el ejército; y que hubiera conseguido levantar á desusada altura la nacion turca, si le hubiera alcanzado la vida; dejando, sin embargo, al sultan como supremo legado, al darle su último adios en su lecho de muerte, los sabios consejos, de que nunca le gobernasen las mujeres; que jamás confiase el sello del imperio á hombres ávidos de riquezas; que procurase tener siempre provistas las arcas del tesoro; y que ni un dia tuviera en perjudicial reposo ni á su persona ni á su ejército.

Afortunadamente para Mahomed y para la Turquía, Képrili dejó un hijo, Ahmed, heredero de sus grandes cualidades, realzadas por el estudio, pues pertenecia á la corporacion de los ulemas, entre los cuales se distinguió bien pronto. Elevado al cargo de visir, abandonó en breve el sistema de terror, seguido por su padre, sistema, que, una vez conseguido el objeto de su adopcion, no solo es innecesario sino perjudicial, y sustituyéndole por una digna y animadora benevolencia, captóse las simpatías y el aprecio público. Apoyado por los tres principales dignatarios, el jefe del serrallo, el del ejército y el del sacerdocio, los tres fuertemente unidos á Ahmed Képrili por los vínculos de cercano parentesco, era el verdadero soberano, pues Mahomed apenas se ocupaba en otros negocios que en disponer cabalgatas y partidas de caza, dándose por satisfecho en su pueril orgullo, con que aduladores cronistas se entretuvieran en apuntar, como altos merecimientos, los acertados tiros que lograba ó los saltos de su caballo, y con que en sus despachos se le apellidase, «dominador de Europa y de Asia, señor del mar Blanco y del mar Negro, glorioso é invencible soberano de los hombres.»

Una guerra extranjera dió ocasion en breve para que el respetado visir, demostrase sus grandes dotes de capitan insigne y hábil político. El emperador de Austria penetró en la Transilvania, donde se apoderó de las plazas fuertes de Szeklhyd y de Seriwar, y acudiendo

Képrili con poderoso ejército, consiguió recuperar la última y apoderarse además de Neuhausel y de Ujiwar. En San Gotardo sufrió una derrota al querer oponerse con mas ardimiento que prudencia, al ejército combinado de Húngaros, Austriacos y Franceses, pero indemnizó con usura al imperio de aquel descalabro, que solo produjo la gloria del vencimiento á los cristianos, con la toma de Candia, isla que era para los modernos orientales lo que la de Creta para los antiguos, y en la que no pudieron resistir los venecianos el esfuerzo y ataques de los turcos, á pesar de que aquel asédio de dos años tenia fuertemente excitada la atencion de Europa, y de la escuadra que Luis XIV envió en su socorro. Bien es cierto que asi esta, como dos mil hombres enviados por el Papa, abandonaron casi sin combatir á los venecianos, por causas que no es propio de la ocasion presente dilucidar.

A la toma de Candia sucedieron nuevas victorias. Los cosacos de Ukrania, al mando de su jefe ó hetman Doronzesko, se sublevaron contra la nobleza polaca que les oprimia, y pidieron auxilios á la Crimea, tributaria de la Puerta, y despues á la Puerta misma. Comprendiendo Képrili los importantes resultados que de aquella campaña pudiera obtener, no vaciló en concedérselos, y nombró á Doronzesko Sandschak Bey de la Ukrania, como si aquel territorio fuera ya un bajalato otomano. La Polonia elevó sus quejas por esta, que no sin motivo, consideraba como intrusion extraña, y Képrili le dió por respuesta lanzar sus ejércitos al otro lado del Dniester, apoderándose bien pronto de Kaminiek, Lemberg y Lubrin, sufriendo la Polonia una verdadera devastacion, viendo la media luna del profeta sustituir en las iglesias á la cruz sagrada, reducidos á la esclavitud treinta mil prisioneros, y á su rey Miguel Koribut, firmando un vergonzoso tratado, por el que cedia á la Puerta la Podolia y la Ukrania, y se obligaba á pagar un tributo anual y crecidas sumas como indemnizacion de guerra (1672).

Un año despues de haber obtenido tan grandes victorias, celebraba Turquia con la Francia importante tratado, que demuestra hasta qué punto, y en medio de la preponderancia que lograba darla

Krépili, al influjo de las nuevas ideas sobre las relaciones de los pueblos, el moderno Derecho de gentes, se abre paso á través de la tradicional barbárie de pasadas épocas. Por aquel tratado, que es una de las páginas más importantes de la historia moderna, rebajábanse en un tres por ciento los derechos de importacion para los objetos de comercio franceses, como ya se habia establecido para las de procedencia otomana en los puertos del rey cristianisimo; declarábase libertad completa para el comercio francés con la India por el mar Rojo; reconocimiento del absoluto protectorado de los católicos en Oriente, á favor del rey de Francia; libertad de erigir iglesias cristianas en todos los dominios del imperio otomano, sin necesidad de obtener prévia autorizacion; facultad para poder fabricar vino á los franceses establecidos en Pera y Galata, y de venderlo á los cristianos; se pactaban seguridades de no ser inquietados en su marcha los peregrinos católicos que fuesen á Jerusalen, ni en lugar alguno de los dominios turcos; consignábase que los Santos Lugares entrasen en posesion de los latinos por haber sido conquistados por los franceses durante las cruzadas; y la obligacion de no recibir en los puertos turcos mas que buques con pabellon francés, escepcion hecha únicamente de embarcaciones de Inglaterra, de Holanda y de Génova.

Pero los prósperos sucesos conseguidos por Képrili habian de convertirse bien pronto en duros reveses. El gran mariscal de Polonia, Juan Sobieski, indignado por la capitulacion ajustada por el rey, Koribut, sublevó al reino contra ella, dando por pretexto para no cumplirla, pretexto á la verdad legitimo, considerada la cuestion bajo el punto de vista legal, de que no habia sido ratificado por la Dieta; y siguiendo la accion á la amenaza, arrojó á los turcos de Lublin y de Lemberg, atravesó el Dniester sobre el hielo, batió á los tártaros, y les hizo veinte mil prisioneros; y cuando acude Képrili al frente de sus turcos acostumbrados á vencer, sufre terrible derrota en las llanuras de Choczim, dejando sobre el campo cincuenta mil hombres. El triunfo de Sobieski encontró merecida recompensa, pues como hubiese muerto el rey Miguel Koribut, fué elegido en su lugar, justificando la eleccion con las repetidas victorias que siguió obteniendo sobre los turcos en

dos campañas sucesivas; pero sus esfuerzos individuales, sin el concurso de los poderosos Estados de Europa, si le conquistaban mucha gloria no podian ofrecerle garantías durables de seguridad, y tuvo que someterse á una paz, para él vergonzosa, pues en aquellos arreglos vióse obligado á ceder la Podolia y una parte de la Ukrania al hetman Doronzesko, que, como ya dijimos, se habia reconocido tributario de la Sublime Puerta. Este resultado tan opuesto á las esperanzas y proyectos de Képrili precipitó su muerte, que tuvo lugar en una humilde alqueria, camino de Andrinópolis, dejando á su pátria y á la posteridad un nombre respetado, y á pesar de sus últimas derrotas aumentado el imperio que habia sabido levantar de su pasada postracion, continuando la obra de su padre, con la Creta y la Podolia y con la Ukrania como tributaria.

La anexion de esta última habia de ser sin embargo perjudicial para la Turquía. Olvidando sus deberes de gratitud y sus juramentos, Doronzesko se unió bien pronto á la Rusia, poniéndose bajo la proteccion del Czar Federico III, y despues de una campaña de tres años, la dominacion otomana quedó abatida en la orilla izquierda del Dniester; terminando aquella empeñada contienda con un hecho de inmensa trascendencia en la historia del imperio turco y de toda la Europa; la libre navegacion del mar Negro, asegurada á los rusos por el tratado de paz que puso término á la empeñada lucha.

Complicaciones europeas llamaron de nuevo á la guerra las armas otomanas. La Hungría, sometida mal de su grado despues de la batalla de Mohazc, en 1526, á la casa de Austria, sacudiendo el yugo austriaco con el auxilio de los turcos y el conde Emerik Tékéli, coronó á éste bajo el protectorado del Sultan, declarándose el nuevo rey su feudatario, y mas aun su vasallo, sin parar mientes en las humillantes frases del decreto imperial para su investidura, en las cuales se consignaba «que todos aquellos que hundian su frente en el polvo del suelo de nuestra Sublime Puerta, gozaban de perfecta seguridad, y no tenian nada que temer de sus enemigos.»

Las reclamaciones de Leopoldo I de Austria no se hicieron esperar mucho tiempo, pero no hallaron eco en el divan; y por el contrario,

aceptando el condicional reto, puesto que no se dieron las explicaciones pedidas, diez mil otomanos, reunidos á las tropas de Tékéli, el rey feudatario de Hungría, entraron vivaqueando por las posesiones húngaras del Austria, aprovechando el nuevo visir, sucesor de Képrili, Kara-Mustafá, la ocasion que se le presentaba, para comenzar la realizacion de su gigantesco pensamiento, que consistia nada menos que en extender la dominacion musulmana á los vastos limites que habia alcanzado en su mayor apogeo la del coloso romano. Creyendo que nada era tan fácil como sojuzgar á la capital de Austria, púsose al frente de poderoso y lucido ejército, en cuyos trajes brillaba el fausto oriental en todo su explendor, y al cual seguia de cerca otro ejército de mujeres, pues los magnates no quisieron dejar de llevar consigo sus haremes, como quienes mas que á los peligros de la guerra, marchaban á una expedicion de placer.

En su imprevisora impaciencia, ó en su jactanciosa confianza, se olvidaron de asegurar la retirada, y, seguros de su triunfo, plantaron los turcos sus tiendas delante de la capital austriaca (1683): durante cuarenta y cinco dias estrecharon fuertemente el asedio, poniendo á los sitiados á punto de rendicion, despues de diez y ocho asaltos y veinte y cuatro combates, en que siempre fueron rechazados los austriacos que intentaban obligar á los otomanos á levantar el cerco; pero bien pronto mudóse la voluble fortuna. El duque de Lorena, Sobieski, y los principes electores de Baviera y de Sajonia acudieron en auxilio de los sitiados, y sus fuerzas, combinadas bajo el mando supremo del rey de Polonia, cayeron sobre los turcos, el 12 de Setiembre, con tal bravura y acertada direccion, que, segun la hiperbólica frase de un historiador, al ponerse el sol de tan terrible dia, solo habia enemigos muertos ante los muros de Viena. Al siguiente Sobieski entró en triunfo en la capital, y al enviar al Papa las banderas cogidas al enemigo, parafraseaba con modesta y cristiana grandeza las palabras de César: «Vine, ví, Dios ha vencido.» Despues, y sin adormecerse con la victoria, corrió á perseguir á los fugitivos otomanos, que dejaron en aquella desgraciada huida mas de diez mil hombres, entre los que se contó el ambicioso visir, á quien el sultan, segun costumbre, no pudiendo vengarse en sus

enemigos, mandó estrangular, como ridículo y cruel desahogo de su impotente enojo.

Aquella victoria tenia inmensa importancia para la causa de Occidente, porque, conocidos los ambiciosos proyectos del visir, si hubiera conseguido el triunfo habria continuado sin detenerse en su devastadora marcha; asi como vencido, era la ocasion de lanzarse resueltamente contra el invasor islamismo. Conociéndolo Inocencio XI, predicó la décima cuarta cruzada, á la que respondieron Austria, Polonia y Venecia, resolviendo que la accion fuera combinada y simultánea contra el imperio turco, atacándole por la Hungría, el Austria; por la Podolia y la Moldavia, la Polonia; y por la Dalmacia y el Peloponeso, Venecia.

Austria cumplió como buena, apoderándose victoria tras de victoria de Wisegrad, Vaizen y Pesth, y de Vérovig en la Croacia, cuya posesion gozaban los turcos desde mas de tres siglos, deteniéndose solo ante los muros de Buda, donde el pachá Scausch se defendió á la desesperada, no pudiendo resistir sin embargo al segundo sitio que la puso, pasado un año, el mismo duque de Lorena, cayendo en poder de los alemanes casi al mismo tiempo que Neuhausel.

Los venecianos á su vez, mandados por Morosini, entraban en la Dalmacia y batian á los turcos arrojándoles de todas sus plazas fuertes, y reunidos á los toscanos y á los caballeros de Malta, recorrieron el mar Jonio y se apoderaron de sus islas, tan poéticas en sus nombres como en sus recuerdos, quedando en breve la Morea poblada por cristianos, y poniendo digno remate á tantas hazañas Morosini con la destruccion de la flota turca en el Pireo, y la toma de Atenas (1).

La campaña de los polacos no produjo tan brillante resultado, pero en cambio, cuando los otomanos, levantándose en poderosa reaccion, hicieron un esfuerzo supremo para vengar la pérdida de Buda, y se lanzaron, en número de sesenta mil soldados mandados por el pachá Soliman, creyendo exterminar las tropas del duque de Lorena, en la llanura de Mohacz sufrieron una derrota decisiva.

(1) Agradecido el Senado de Venecia á los eminentes servicios de Morosini en esta campaña, mandó colocar su busto en el palacio de los Dux, con esta gloriosa inscripcion: «Á Morosini, el Peloponesíaco, en vida;» por donde el afortunado vencedor de los turcos empezó á gozar de la posteridad antes de morir.

Tantos y tan repetidos desastres llevaron la mas funesta desesperacion al exaltado espíritu de los osmanlis, que, atribuyendo la causa de sus desgracias á la imprevision de sus jefes, se lanzaron á los mas violentos atentados, cayendo la cabeza de los generales bajo el sable, siempre pronto á derramar sangre, de los genízaros, y desposeyendo los ulemas al inútil emperador.

El nuevo sultan Soliman II no puede detener tampoco la marcha de los austriacos, que se apoderaron una tras otra de las importantes plazas de Lippa-Illok, Peterwardein, Erlau y Belgrado; pérdida esta última que llenó de profundo pesar á los otomanos, porque Belgrado era su Dorol-Djiad, ó *casa de la guerra santa.*

La nacion turca marchaba rápidamente á su completo aniquilamiento; pero como la del imperio bizantino, su larga agonia habia de ser la agonía de un coloso, que lucha enérgica y porfiadamente con la muerte. Todavia en el reinado del segundo Soliman su buena suerte le depara á un sucesor de los célebres Képrili, de nombre Mustafá, que comprendiendo era necesario para luchar con fruto entrar en el camino de grandes reformas, empezó por estudiar y corregir las leyes arbitrarias casi siempre de la Hacienda turca, reorganizó las fuerzas del pais, y poniéndose al frente del ejército, consiguió repetidas victorias sobre los austriacos, recobrando á Nissa, Widin, Semendria y Belgrado, y rechazando á sus ejércitos hasta mas allá del Danubio, de la Savia y de la Moravia. Tantas ventajas habian de ser sin embargo pasajeras. Ahmed II habia sucedido á su hermano Soliman, y aunque Képrili continuó desempeñando el mismo elevado puesto y la misma suprema influencia que en tiempo de su antecesor, su afortunada estrella caminaba á su ocaso, como la del imperio. La batalla de Peterwardein fué la mas completa derrota para las armas turcas, y Képrili murió en ella combatiendo con un valor heróico, sin que pudiera ser encontrado su cadáver.

Tantos desastres no abatieron el espíritu de los hijos de Osman. Mustafá II, hijo de Mohamed IV, que sucede en el trono á Ahmed, se dirige con enérgica proclama á sus pueblos, llamándoles á la guerra santa, y evocando los recuerdos, siempre conmovedores para sus va-

sallos, del primer Soliman, consigue respondan á su voz, reuniéndose en breve poderosos ejércitos de mar y tierra, que comienzan la gigantesca lucha con buena fortuna: aquellas primeras victorias fueron, sin embargo, solo risueña aurora de tempestuoso dia. Bien pronto Pedro de Rusia, llamado el Grande, se apodera de Azof, en la embocadura del Don, plaza que consideraban los turcos como inexpugnable baluarte contra las invasiones de los Czares; el príncipe Eugenio destroza completamente, en el paso de Zenta, el numeroso ejército otomano, que mandaba en persona el mismo Mustafá, y éste se ve obligado á aceptar una paz vergonzosa, por la mediacion de Inglaterra y Holanda, y con intervencion en el Congreso que la decidió, de Rusia, Polonia y Venecia, paz que puede decirse deshizo el poderoso imperio otomano. Por ella toda la Transilvania y la Hungria, menos la ciudad de Temeswar, pasaron al dominio del Austria; Rusia conservó la plaza de Azof y hasta diez leguas de territorio alrededor; la Ukrania y la Podolia volvieron á formar parte de la Polonia; y Venecia conservó la Morea hasta el istmo, asi como la Dalmacia.

Mustafá, como todos los espíritus débiles, quiso olvidar su vergüenza ahogándola entre placeres, y, retirado en su harem de Andrinópolis, solo despertó de su voluptuoso letargo cuando los gritos de los genízaros le anunciaron que acababa de ser desposeido por los ulemas, sustituyéndole su hermano Ahmed, tercero de este nombre, que solo fué dócil instrumento de los insaciables genízaros. Fieles éstos siempre á sus tradiciones crueles y sanguinarias, asesinaron al jefe de la religion, el Cheikh-ul-Islam, Feizullah, arrojando despues su cadáver á las fieras, y sepultaron en un calabozo á Mustafá, con sus cuatro hijos, donde tardaron bien poco en envenenarle.

Á pesar de que Ahmed III no tenia ninguna de las condiciones necesarias para levantar á Turquia de su postracion, las circunstancias políticas y las combinaciones de los sucesos le favorecieron hasta el punto, de que el poder musulman volvió á causar serias inquietudes á los Estados cristianos de Europa. El desastre de Pultawa habia llevado á Bender en la Besarabia, á Cárlos XII, y Ahmed le concedió la franca y leal hospitalidad musulmana, digna de los mejores tiempos de la Edad

antigua en Oriente. El sultan, al ver en sus estados al rey de Suecia, tratóle como á su elevada condicion cumplia, interesándose en su desgracia, lo mismo que la sultana Validé; y á pesar de que Ahmed, conocia las cualidades de Pedro el Grande, á quien llamaba, como sus soldados, *el del bigote blanco (Ak-Bik),* al recibir la noticia de que los rusos habian derrotado á los mil hombres que Cárlos XII habia dejado en observacion en las fronteras de la Moldavia y penetrado en territorio turco, declaró la guerra á la Rusia, y en breve un ejército de ochenta mil otomanos y cuarenta mil tártaros, cayendo sobre los rusos, les hicieron retroceder hácia el Pruth, ventaja de que no sacaron los turcos todo el partido que pudieran, pues se contentaron al firmar la paz con la restitucion de Azof, y la completa libertad para que Cárlos XII volviera á sus estados. Con esta victoria, despues de tantos desastres, el antiguo renombre otomano volvió á ser para las potencias occidentales motivo de nuevos temores, hasta el punto de que se celebrasen alianzas entre España, Portugal, Génova y la Toscana, á consecuencia de las cuales buques de estas naciones y de los caballeros de Malta recorrieron en son de guerra el mar del Archipiélago, y rotas las hostilidades, el príncipe Eugenio logró decisiva victoria en Peterwardein, rindiéndose de nuevo Belgrado, así como Témeswar, la última posesion otomana en Hungría.

Las ventajas obtenidas sobre los rusos en el Pruth, fueron fugaz llamarada de luz que se extingue. La paz de Passarowitz firmada á consecuencia de las últimas derrotas, desmembró el imperio, quitándole á Peterwardein, Temeswar, Belgrado, Semendria, y gran parte de la Valaquia y de la Servia, y, si bien conservó la Morea, dejó en manos de los venecianos importantes plazas en la Dalmacia y en las islas Jónicas, y mayor hubiera sido su desgracia, si los meticulosos cálculos del equilibrio europeo no lo hubieran impedido.

Mas prósperos sucesos parecian indemnizar á Ahmed, por la parte de la Persia, de tantas desgracias. Las turbulencias de aquel país diéronle pretexto para enviar á él sus ejércitos, que no tardaron en apoderarse de Erivan, Hamadan, Tebriz y Kermanschahu; victorias que no fueron bastantes á impedir nuevas insurrecciones de los genizaros

en Constantinopla, las cuales no se apaciguaron ni con la muerte del gran visir Ibrahim, ni con la de los grandes dignatarios á quienes designaron los sublevados, pues, como siempre acontece, cada vez mas exigentes á medida que eran mayores las concesiones, no se dieron por satisfechos hasta que desposeyeron al sultan, el cual murió á los pocos años envenenado, despues de pasar el resto de su vida entre las flores, que amaba con locura, hasta el punto de haber creado una dignidad especial para atender al cuidado de los jardines, con el nombre de *jefe de las flores*, expidiéndole pomposo diploma encerrado en un marco de rosas doradas, y escrito en hiperbólico estilo relacionado con las cualidades de aquellos hermosos productos del reino vegetal (1).

El nuevo sultan Mahamud I ejercia su cargo nominalmente, pues el verdadero emperador era el jefe del último complot de los genizaros, Patrona-Khalil, el cual, con todos los suyos, fué á su vez vencido y muerto por los grandes dignatarios de la córte, á cuyo frente se hallaba el jefe militar, Tossab-Osman. Durante el reinado de Mahamud, nuevas guerras dieron ocasion á los turcos de demostrar que no habia muerto en ellos el antiguo valor y hazañoso espiritu; pues en la campaña que emprendió contra el Austria, á consecuencia de haber declarado ésta buena presa la toma de Azof, arrebatada de nuevo por los rusos á los otomanos, consiguió repetidas victorias, terminando á los tres años por el decisivo triunfo de Krozka en Servia, á consecuencia del cual se ajustó la paz de Belgrado (1739) que devolvió, no solo esta plaza, sino la de Azof, y muchas otras plazas fuertes de las provincias danubianas á la Sublime Puerta; éxito debido no solo á las afortunadas armas de los turcos, sino tambien á los trabajos de la diplomacia francesa, lo cual valió á esta nacion gran preponderancia en Turquia, y ventajas positivas para el comercio, asi como para la suerte de la Iglesia católica en Oriente. Á esta influencia extranjera y á las

(1) Hállanse en él las siguientes notables palabras: «Ordenamos por este diploma, que todos los floricultores reconozcan como su jefe supremo al portador del presente escrito; que sean todo ojos como el narciso, todo orejas (ú oidos) como la rosa, que no tengan diez lenguas como la flor de lis; que no se conviertan por la aguzada parte de la lengua en la espina del granado, mojándola en la sangre de palabras inconvenientes; que sean modestos, y que tengan, como el boton de la rosa, la boca cerrada, sin hablar fuera de tiempo, como el jacinto azul esparce sus perfumes, antes de desearlo; y que, por último, se inclinen modestamente como la humilde violeta, pues tal es nuestra voluntad imperial.»

buenas disposiciones de Mahamud, debiéronse grandes y trascendentales reformas en Constantinopla, á la cual enriqueció el emperador con bibliotecas, mezquitas y fuentes monumentales, velando tambien por el cumplimiento de los preceptos korànicos y por la moralidad de su pueblo, à cuyo fin prohibió, bajo severisimas penas, el uso del vino, mandando cerrar todas las tabernas y hosterías en que pudieran servirse licores espirituosos. Haciendo extensiva su previsora solicitud à todo cuanto pudiera contribuir à mejorar la condicion de sus vasallos, dictó severas leyes suntuarias contra el excesivo lujo de las mujeres, y hasta sobre las formas de los trajes, para evitar que éstos fueran incentivos para el vicio; el cual procuró reprimir con tal rigor, que una de las mas hermosas cortesanas de Constantinopla fué condenada à muerte por su deshonesta conducta, arrojándola al Bósforo. Los paseos públicos fueron tambien prohibidos à las mujeres, y aun el salir de casa les fué permitido solo dos veces á la semana.

Todo parecia indicar que el imperio turco habia entrado nuevamente en útiles reformas y en camino de verdadero progreso, cuando una nueva guerra de religion volvió á desgarrar el seno del imperio, á consecuencia de las reformas que en la religion muslimica, tal como á la sazon se practicaba, quiso introducir Abdul-Wehab para restituirla à su antigua pureza, reforma que, si bien aceptaron los letrados de Arabia, Egipto y Siria, fué resueltamente condenada por los ulemas de Constantinopla.

Á la muerte de Mahamud, ocurrida poco despues de haber mediado el siglo XVIII, le sucedió en el trono su hermano Osman III, que lo ocupó tres años; tranquilo reinado, sin contratiempos, pero sin gloria, durante el cual, gracias á los esfuerzos de su gran visir Raghib, gozó la Turquia de completa paz, tanto exterior como interior. El mismo personaje continúa ocupando tan alto puesto, cuando à la muerte de Osman sube al trono Mustafá III, hijo de Ahmed III, en 1757; demostrando en breve que si habia sabido con prudente tacto conservar en paz el imperio por tan largo periodo de tiempo, estaba dotado tambien de la suficiente energia, así para contener el Egipto, que los mamelucos iban emancipando poco à poco del poder del Sultan, como para contener

con mano fuerte á los genízaros, siempre turbulentos. Tan buen guerrero como hábil hacendista, de clara inteligencia cultivada por el estudio, y á la vez dotado de viva y poética imaginacion, parecia destinado por la Providencia á levantar á grande altura el imperio, cuando poco despues de haber terminado con Federico II ofensiva alianza contra el Austria, punto de partida del camino que se proponia recorrer para reconquistar las provincias danubianas, imprevista dolencia cortó sus planes y el hilo de su vida, en los momentos precisamente en que mas necesarios eran sus talentos para la suerte de Turquía.

La guerra entre la Rusia y la Puerta era inminente. Catalina II, la que no sin razon, á pesar de sus grandes extravíos, ha pasado á la posteridad enaltecida con el epíteto de grande, á pretexto de defender la independencia de la Polonia, cubrió con numerosos ejércitos las orillas del Vístula; y poco despues de haber compartido su tálamo y su trono, con su favorito Estanislao Poniatowsky, sublevó á los valacos y los montenegrinos, vasallos de la Puerta, atrincherándose con soberbias fortalezas en las fronteras del imperio otomano. Violados de este modo los tratados por la Rusia, nada de extraño tiene que el Sultan arrojara en los calabozos de las *Siete Torres* al embajador ruso; ni que en breve pusiera en pié de guerra numeroso ejército, comenzando una campaña en que bien claramente se veia la explosion del largo y profundo rencor concentrado durante muchos siglos en el corazon de uno y otro imperio.

El Khan de Crimea, guerrero casi salvaje, pero de una impetuosidad y valor indomables, tártaro de sangre y de costumbres, descendiente de Gengis-Khan, rompió las hostilidades, lanzándose al frente de sus indomables tártaros, con su tosco vestido de pieles, arrancadas á los blancos lobos de la Laponia, sobre las provincias rusas del Dniester y del Dnieper, y en menos de un mes llevó la tea del destructor incendio á más de cien pueblos, redujo á esclavitud á treinta mil cristianos, y Dios sabe á donde hubiera llegado en su impetuosa é irresistible marcha, si los rusos, creyéndose débiles ante su enemigo frente á frente, no hubieran recurrido al cobarde recurso de envenenarle.

Y á la verdad, que muerto el terrible Khan de Crimea, la victoria podia considerarse por los rusos. Atacando á la Turquia á un mismo tiempo por Saliente, Poniente y Norte, bien pronto el príncipe de Gallitzin tomó á Choczin, Romanzoff á Yassy y á Galatz, sometiéndosele todos los Boyardos de la Moldavia; y poco despues caian en poder de los soldados de Catalina ó se entregaban tras inútil resistencia, Bukarest y Slatina. A tantos reveses para las armas turcas, unióse bien pronto la pérdida total de la escuadra, presa de voraz incendio en el mes de Julio de 1770, y la entrada de la flota rusa, al mando del conde Orloff, hasta los mismos Dardanelos, bloqueando á Sestos y Abydos; con lo que, puesta en el último trance la *sublime* Puerta, vióse en la necesidad de buscar su salvacion en un tratado, por la mediacion del Austria.

Eran las principales bases de este arreglo, el pago por el sultan de once millones, doscientos cincuenta mil florines como indemnizacion de guerra; la concesion de privilegios comerciales en los mares de Levante; y la cesion á Rusia de la pequeña Valaquia; obteniendo, en cambio, la devolucion de las últimas conquistas de la Rusia, y la libertad de Polonia, que trataban de dividirse el Austria, la Prusia y la Rusia. Pero mientras tales negociaciones se ajustaban en las cancillerias de Viena y de Constantinopla, Catalina presentaba al rey de Austria otro proyecto de tratado, que recordaba la fábula del Leon. Segun él á la Rusia debian entregarse la Moldavia, la Valaquia y la Crimea, dando al Austria la Bósnia y la Dalmacia, ó lo que es lo mismo, dejar reducido el imperio turco á poco mas de la capital de Constantinopla; y aun la conquista de esta, segun escribia la ambiciosa reina de Rusia á Voltaire, era cuestion de tiempo.

Como no podia menos de suceder, tales *arreglos* no llegaron á realizarse, continuando la guerra, en tanto, por todos los límites del imperio, asi en Besarabia, como en Moldavia, Valaquia, Crimea y Bulgaria, y con ella la no interrumpida série de reveses para los turcos. Batidos segunda vez en Giurgewo, (Marzo de 1771) como lo habian sidó un año antes; derrotados en Tulja; perdida la Crimea; acobardado el Khan Saïm Ghirai, y refugiado en Constantinopla; sin soldados con

que renovar tan incesantes pérdidas; y exhausto el erario, parecia llegado el último momento de la Turquia, cuando el nuevo visir Muhsinzadé haciendo un supremo esfuerzo, logró reunir cuarenta mil soldados, entrando con ellos en Schumla, en el centro de los Balkanes, tras de lo cual logró un armisticio y que se abriese un congreso para buscar acomodo y fin á tan empeñada contienda: congreso para el que la Rusia rehusó la intervencion de otras potencias y que no dió el resultado que se deseaba, porque el gigante del Norte desvanecido con sus victorias, imponia como condiciones *sine qua non*, la mas ámplia amnistía para las poblaciones de la Moldavia y de la Valaquia, que habian tomado las armas contra la Puerta; la independencia de la Tartaria y la Crimea garantizada por la Rusia, si bien conservando esta en la Crimea las fortalezas de Kertsch y de Yéni-kalé; libertad de navegacion en todos tiempos para los navíos rusos por el mar Negro y el del Archipiélago; y el protectorado de todos los vasallos del imperio otomano que profesasen la religion griega. Tales condiciones, que como ultimatum indiscutible presentaron los diplomáticos rusos, fueron rechazadas por el sultan, á quien obligaron los ulemas á continuar la guerra; en la cual, si obtuvieron los turcos importante victoria en Rurtschük (Bulgaria), fueron batidos una, y otra, y tercera vez, en Bazardjïk, Kara-Su y Kaïnardjé.

A tantas desgracias uniéronse bien pronto las complicaciones de la guerra civil, bastante ella sola para destruir los mas fuertes imperios. Ali-Bey conmovia el Egipto para restablecer á los mamelucos, y el árabe Tahir á los beduinos de la Siria, para formar en ella un reino independiente; intentos de los que, por el pronto, logró triunfar la Puerta con la comprada muerte de aquellos dos ambiciosos jefes, pudiendo así atender con mas desahogo á la empeñada guerra contra los rusos, que habian atizado aquel naciente incendio, si bien con poca fortuna.

Por este tiempo, murió el sultan, sucediéndole su hermano Abdul-Hamid, mas dado á pacíficos trabajos caligráficos, que á las activas y enérgicas medidas de que su agonizante imperio necesitaba. Así la guerra continuó en las orillas del Danubio, dejándose batir, cada vez

que luchaban, los acobardados turcos, hasta el vergonzoso extremo de pedir los mismos jefes del ejército al sultan, procurase la paz, viéndose obligado en vista de ello, los mismos ulemas á consejarla, y pasando la Puerta por la humillacion de firmar las mismas, sinó mas onerosas condiciones que habia rechazado en Bukarest, pues reconoció la independencia politica de la Crimea, de la Besarabia y del Kuban, entregando á la Rusia las plazas de Tangaroc, Azof, Yenikalé y Kertch; reconoció á ésta la libre navegacion en el mar Negro y en el Mediterráneo; accedió á retirar los buques de la escuadra otomana que á la sazon se hallaban en el Archipiélago; dió á los rusos el protectorado exclusivo sobre los vasallos turcos que profesaran la religion griega, y en cambio de tales y tan trascendentales concesiones obtuvo solo la devolucion de la Moldavia y la Valaquia.

Esta paz, firmada en Kaïnardjé el 21 de julio de 1774, léjos de contentar al partido que amaba la integridad del imperio turco, fué solo considerada como un armisticio, preparándose para comenzar de nuevo la guerra. Á este fin reorganizóse el ejército turco, alistóse la escuadra, y avivando en los otomanos el deseo de combatir á su implacable enemigo, nuevas usurpaciones rusas en la Crimea, donde las intrigas y el oro de Catalina habian conseguido que el Khan Saim-Gherai abdicase en su favor, tras de lo cual declaró la Czarina que el Chersoneso taurico, la isla de Taman y el Kuban quedaban reunidos á su imperio, y aumentado éste por lo tanto con los nuevos gobiernos del Cáucaso y la Tauride, si en un principio no creyéndose bastante poderosos para declarar la guerra, se resignaron á sufrir aquellas humillaciones, bien pronto, creyéndose fuertes con el apoyo de Prusia y de Inglaterra, arrojaron la forzada máscara, pretendieron ejercer el derecho de visita en los buques rusos que pasaran por delante del Cuerno de Oro, aprisionaron al embajador ruso, y declaróse la guerra santa en las mezquitas, á la vez contra la Rusia y contra el Austria, auxiliadora de los rusos. Ochenta mil turcos marcharon hácia el Danubio, y la escuadra bloqueó la desembocadura del Dnieper, mientras otro cuerpo de ejército tomaba posiciones en Oczakoff á la orilla derecha del Boristenes. Con buenos auspicios para la Puerta

comenzó la campaña, con tanto entusiasmo y ardimiento abierta por los turcos, obteniendo señaladas victorias sobre los austriacos en Moldavia y en Hungría; pero no lograron sostener tan importantes ventajas, y batidos en Choczyn, obligados á levantar el sitio de Kilbum, y destruida la escuadra en la desembocadura del Boristenes, Oczakoff fué tomada por asalto, y Abdul Hamid solo dejó á su sucesor, Selim III, hijo único de Mustafá, reformas que emprender, un enemigo orgulloso y triunfante que abatir, y desastres que reparar.

Selim tenia veinte y nueve años cuando subió al trono de los Osmanlis, y estaba dotado de grandes condiciones de carácter, fortalecidas por el estudio, y por la influencia de la moderna civilizacion. Señalando su advenimiento al trono con liberalidades y actos de clemencia, rehizo el ejército, y hubiérase puesto á su frente saliendo personalmente á campaña, á habérselo permitido sus ministros, que, comprendiendo cuanto valia el nuevo padischa, temian exponerle á los azares de tan encarnizada guerra. Pero á pesar de los buenos deseos y de los esfuerzos organizadores del Sultan, la suerte no favoreció á sus soldados, que fueron batidos en Fokschan y completamente derrotados en Ramnik, cayendo Ismail, despues de una resistencia heróica, en poder de los enemigos, con lo que la Besarabia, la Valaquia y Belgrado quedaron bajo su dominio. Es tal la influencia de los buenos gobernantes para sus pueblos, que, sin embargo de tales desgracias, Selim consiguió una paz ventajosa del Austria por el tratado de Sistowa (1791), devolviendo esta potencia cuanto habia tomado á la Puerta, excepcion hecha únicamente de Choczym; y si continuó la guerra todavía un año mas con la Rusia, la paz de Yassy devolvió igualmente sus conquistas á Turquía, conservando solo en su poder los moscovitas á Oczakoff y el territorio de Odessa.

Sucesos de muy diversa índole obligaron pronto á Selim á entrar en nuevas campañas, promovidas ahora por enemigos de su misma creencia. El incendio de la revolucion en Siria y en Egipto apénas quedó sofocado con la muerte de sus primeros iniciadores, pero distaba mucho de haberse extinguido; y tal incremento llegó á tomar bajo la

enérgica y poderosa iniciativa de Passwan-Oglu, que vióse precisado el Sultan á reconocer su poder, quedando casi desmembrado del imperio otomano el Egipto, region donde las armas francesas abrieron un nuevo mundo á las ciencias históricas, con el admirable descubrimiento de Champollion (*le Jeune*) á propósito de la célebre piedra de Rosseta, cuya interpretacion hizo la luz en aquella simbólica escritura, que habia tratado de descifrar antes á priori el jesuita Kirker.

Selim tomó parte, aunque pasajera, en la célebre coalicion de la Europa contra la Francia, pero aceptando bien pronto la paz de Bonaparte, volvió á su neutralidad para entregarse á introducir en su imperio las reformas que su clara inteligencia le presentaban como indispensables, si habia de poder la Turquía resistir sin sumergirse el empuje de la oleada innovadora, que la marcha de los siglos empujaban sobre las viejas sociedades. El Sultan empezó sus reformas por la organizacion de un cuerpo de ejército á la europea, dividido en las tres armas de infantería, caballería y artillería, cuerpo preferente en el que hizo entrar á lo mas escogido de sus tropas; pero esta reforma encontró graves resistencias, como acontece siempre en la lucha de las innovaciones llenas de esperanzas, que representan lo porvenir y el progreso humano, con la tradicion, agobiada de desengaños y de obstinados desalientos, que pretende galvanizar sin fruto el cadáver de lo pasado.

Á estas dificultades que estorbaban al Sultan seguir en sus buenos propósitos, agregáronse bien pronto nuevas complicaciones europeas, que, acumuladas á las que tenia que vencer en el interior de su imperio, poníanle en los mayores conflictos, capaces de abatir y anular espíritus menos vigorosos. Inspirados sus consejeros por influencias distintas y opuestas, la de Francia y la de Rusia, no podia encontrar Selim en su divan apoyo seguro para ilustrar su entendimiento en tan difíciles circunstancias; y apremiado á la vez por el czar Alejandro, que, tomando pretexto de la destitucion de los gobernadores de la Moldavia y de la Valaquia, se apoderó de una y de otra restableciendo á los príncipes depuestos; por la Inglaterra, que le exigia entrase en la liga general y le entregase su escuadra; y combatido en el

interior por las sublevaciones de Ali en Janina, de Czerni-Jorge en Servia, de Passwan Oglu en Vidin, de los mamelucos en Egipto, de los siriacos en sus comarcas y de los Wehabis en la Arabia, vióse amenazada por todas partes la existencia del vacilante imperio, cuya capital lo estuvo muy de cerca por la escuadra inglesa, salvándola, no solo la energia del Sultan, sino la oportuna intervencion del embajador francés Sebastiani, que organizó su defensa, haciendo á los buques de la Gran Bretaña cruzar la Propóntide y repasar los Dardanelos, bajo el fuego mortifero de sus castillos.

Pero mas que á los enemigos exteriores, debia temer Selim á los que cerca de si tenia, en su propiá capital, en su mismo palacio, que le aborrecian por reformador; y coaligadas las verdaderas bandas de los antiguos artilleros, compuestas de aventureros sin fe ni ley, con los genizaros, y con esa parte del pueblo que, en todas las épocas y en todas las naciones, se encuentra siempre pronta al desórden y á la licencia, vió degollar sin poder impedirlo, porque dificilmente conocen los buenos la traicion de los que les rodean, á sus queridos *nizams-djérids*, que formaban el escogido cuerpo establecido por él á la europea, para que de alli salieran los que habian de generalizar la reforma por todo el ejército, y hasta los mismos ulemas, arrastrados por la corriente de los descontentos, declaráronse contra el Sultan, desposeyéndole y colocándo en su lugar á Mustafá, cuarto de su nombre, el cual, si al principio, y contra la costumbre de los usurpadores, respetó la vida del desposeido padischa, pronto se arrepintió de su clemencia, mandándole estrangular al tener noticia de que una parte del ejército se declaraba en su favor.

No pudo gozar Mustafá, sin embargo, el fruto de su crimen. Aquel ejército, que avanzaba impetuoso á las órdenes de su general Baraiktar, le desposeyó y arrojó del trono, y no pudiendo colocar en él á Selim, pues solo encontraron su cadáver, ciñeron el simbólico turbante de los sultanes á Mahamud II, que participaba de las mismas ideas del infortunado reformador. Baraiktar, informado en ellas, y su mas ardiente partidario, las acometió de frente, como gran Visir de Mahamud, y queriendo vengar el asesinato de Selim, condenó á

muerte á todos los instigadores de la insurreccion que costó la vida al infortunado Selim, condena que alcanzó hasta á veinte mujeres del Serrallo, las cuales encerradas vivas, en sacos, segun la antigua usanza, fueron arrojadas al Bósforo. Restablecidos los nizams-djérids, dirigió bien pronto sus ataques contra los genizaros, que, acostumbrados á ejercer decisiva influencia en los asuntos del imperio, no podian resignarse á la pérdida de su influencia, pero no estando por el momento bien preparado el plan, y dejándose arrastrar mas por la imprevisora impetuosidad que por la prudencia, vióse sitiado en el Serrallo por los mismos á quienes queria destruir, y que pedian con las armas en la mano la deposicion de Mahamud y el restablecimiento de Mustafá. El sitiado Sultan imposibilitó esto último, porque, á manera de providencial expiacion, hizo estrangular á Mustafá, en el mismo sitio donde éste habia hecho morir á Selim; y como al mismo tiempo se dirigiese á los genízaros, declarándoles, para mas fácilmente dominarles, el mejor sosten de su imperio, y éstos comprendiesen que Mahamud, único vástago del poderoso árbol de Osman, era la sola esperanza de la Turquia, pusiéronse á su lado para restablecer el órden; servicio que sin embargo no habia de librarles de su decretado exterminio.

Era imposible gobernar con aquellos inquietos soldados, que, segun la expresion de un escritor turco, se consideraban como los reyes del pais. Cierto era que desde su institucion por el sultan Orkhan, acrecentada por Amurates I y por el primer Bayaceto, aquella *nueva tropa*, que esto quieren decir las palabras turcas *iéni thtcheri*, habia prestado grandes servicios á los sultanes otomanos; pero bien pronto, como los pretorianos de Roma, se hicieron aborrecibles por su insubordinacion, y por los excesos de todas clases á que se entregaban, hasta el punto de ser imposible gobernar con ellos (1). Así fué como

(1) Los genízaros fueron en un principio un cuerpo de infantería, compuestos de jóvenes que de niños se robaban á las familias cristianas, y á los que se les instruia en el islamismo. Este cuerpo de infantería constó en un principio de 6,000 hombres, despues de 10,000, y mas adelante no tuvo ya número fijo, reclutándose entre los mismos turcos. Los grados de sus oficiales se designaban con nombres tomados de los que se daban á los empleados en las cocinas del Serrallo: se reunian al rededor de la caldera donde se guisaba su rancho, y la señal de sus sublevaciones era volcar sus marmitas. Esta tropa escogida, que organizada con regularidad, como decimos en el texto, contribuyó poderosamente al engrandecimiento del imperio

Mahamud, considerándoles como un peligro inminente para la causa del imperio y de la misma religion musulmana, resolvió abiertamente disolverlos, y si fuese necesario, exterminarlos, á cuyo fin reunió á todos los altos dignatarios del imperio, haciéndoles ver la necesidad que tenian todos los verdaderos musulmanes de instruirse en las modernas ciencias militares, para poder combatir á los infieles; manifestacion que fué aceptada con entusiasmo por toda la asamblea, decretándose pocos dias despues la instruccion á la europea del ejército. Los genizaros, refractarios á toda innovacion, porque veian en ellas, su completo aniquilamiento, reuniéronse en número de cerca de 30,000 hombres en la noche del 15 al 16 de Junio de 1826, en la plaza del Et-Méidan ó del hipódromo, y volcando sus marmitas en señal de sublevacion, se entregaron al saqueo y al pillaje durante la noche, llevándolo todo á sangre y fuego. Mahamud ya tenia previsto semejante acontecimiento, y habia reunido desde el dia anterior en los patios y cuarteles del Serrallo un verdadero ejército, que, animado por la vista del estandarte del Profeta, tremolado sobre el trono por el Sultan, y por las peroraciones de ulemas y estudiantes, que, como representantes de la inteligencia, aborrecian á aquellos dignos representantes de la fuerza bruta, se lanzó contra los genizaros, trabándose horrible batalla en el hipódromo, y en las calles de Constantinopla, batalla que terminó con la muerte de todos los genizaros, siendo tantos los cadáveres que cayeron al Bósforo, que sus aguas permanecieron rojas durante tres dias.

Al siguiente de tan tremenda justicia, un decreto del emperador declaró suprimido el cuerpo, y para arrancar de raiz todo lo que con ellos pudiera relacionarse y ser causa de nuevos trastornos, otros decretos ó hatti-schérifs abolieron á los monjes ó dervises bektachis, afiliados á los genizaros, demoliendo sus tékies ó conventos, y decapitando á los mas inquietos, al mismo tiempo que se expulsaban de

turco, llevó á tal grado sus abusos, que segun hemos oido decir en la misma Constantinopla á personas imparciales que los alcanzaron antes del año 26, en que fueron destruidos, nada habia seguro de su rapacidad y de su incontinencia, llegando á tal extremo, que forzaban á las mujeres en público, les arrebataban sus joyas, mataban despiadadamente á los que osaban impedirlo, y hasta llegaba el caso, en los momentos de revueltas, que ellos mismos á cada instante provocaban para mejor entregarse á sus vandálicos instintos, de cortar las orejas y los dedos de donde pendian arracadas ó se ostentaban sortijas, cuya riqueza tentaba sus codiciosos instintos.

la capital mas de 20,000 turcos, por sospechas de ser partidarios de los destruidos genizaros.

«Purgado asi el imperio de yerbas salvajes é inútiles, y embellecido con los triunfos de una organizacion nueva,» segun la frase de un escritor otomano, hasta en los signos exteriores quiso demostrar el padischa su completa decision de recibir la cultura europea, apartando de su frente y de sus hombros los antiguos y ostentosos trajes orientales, y adoptando para sí y para todos los funcionarios públicos el traje que hoy vemos usan sus embajadores y diplomáticos, sustituido el antiguo turbante por el *fez* rojo, con larga borla de seda.

Mientras tales acontecimientos tenian lugar en la capital del imperio, veiase éste atacado á la vez en el exterior por los rusos, así en el Danubio como en la Moldavia, en la Valaquia y en Besarabia; siendo derrotado en Battin (Bulgaria) un ejército otomano, y apoderándose los vencedores de Rutschuk, Nicópolis y Turnowo, quedando completamente arrasadas Nicópolis y Silistria. La Servia, aprovechándose de tan favorables circunstancias, se declaró independiente; y aun cuando al firmarse la paz entre Rusia y Turquia, por mediacion de la Francia, paz por la cual solo conservó Rusia de sus conquistas las plazas situadas sobre la orilla izquierda del Danubio, entre Galatz y el Mar Negro, la Servia volvió á la obediencia en virtud de una completa amnistia que le fué ofrecida, como semejante promesa no se le cumpliera, y los pachás turcos tratasen aquel pais con una desesperante tirania, levantóse de nuevo, y aun cuando los nobles propósitos de Czerny-Georgio, no obtuvieron el éxito apetecido, más afortunado Miloch Obrenovitch, consiguió que la Puerta reconociese la independencia de su pátria, estableciendo en ella, como avanzada de las modernas instituciones europeas, una monarquia constitucional, implantada entre dos imperios absolutos.

Pero con la concesion hecha á la Servia no habian de terminar las sublevaciones de pueblos y razas, sujetas solo al poder otomano por la fuerza de las armas; que tal acontece siempre cuando despues de la conquista, la politica de los dominadores no tiende á la necesaria uni-

ficacion, borrando con acertadas medidas las huellas de antiguas nacionalidades.

La Albania, insurreccionada contra la Puerta, permaneció en abierta hostilidad durante medio siglo, sostenida por el famoso y romancesco Ali de Tepelen, conocido en historias y novelas por el pachá de Janina. Elevado á tan alto puesto militar desde una guarida de bandidos por las condiciones que le adornaban, recorrió triunfante durante cincuenta años las riberas del Achelous y del Peneo, las orillas del poético lago de Arechusia, el Pindo y el Tempé, y el valle de Dodona, el de las proféticas encinas. Enérgico hasta la inflexibilidad, cruel hasta la barbarie, valiente hasta rayar en lo temerario, apasionado hasta el fanatismo, jugando su poderío por un placer deseado, y su vida por un capricho, era un conjunto de grandes cualidades, que, con otra educacion que la criminal (1) que recibió en su infancia y en su adolescencia, hubiera asombrado al mundo con su grandeza. Mientras vivió, la Albania era de hecho independiente, y hubiera acabado la Puerta por reconocerlo así de una manera oficial, aunque mal de su grado, si la traicion no hubiera vencido, con su imprevisto golpe, al confiado pachá (2).

Menos afortunada fué la Puerta con la Grecia, que recobró su independencia tras una campaña digna de los tiempos heróicos de aquella tierra clásica del arte, guerra en que tanto se distinguió el gran autor de *Childe Harold.*

La Rusia ponia casi al mismo tiempo en nuevos conflictos al imperio otomano. Tenaz en sus constantes aspiraciones á la dominacion del Bósforo y de su codiciada capital, tomó pretexto de verdaderas ó supuestas violaciones del tratado de Bucharest, y de actos violentos llevados á cabo en la Sérvia, la Moldavia y la Valaquia, y declarada nuevamente la guerra, se apodera fácilmente de estos dos últimos principa-

(1) Tenia quince años cuando su madre le hizo formar parte de una cuadrilla de bandoleros, y cuando volvia de sus expediciones sin haber conseguido fruto alguno de sus rapiñas, aquella mujer inverosímil le decia: «Vete á hilar, pues no eres hombre.»

(2) Consérvase su sepulcro en uno de los cementerios exteriores de Constantinopla, aunque no contiene mas que la cabeza. Es notable la inscripcion de su estela funeraria, por la tolerancia que en ella se nota, como si ya vencido y muerto el terrible enemigo, se hubiera querido hacer alarde de consideracion á sus grandes cualidades.

dos; y aunque Silistria y Rutschuk rechazan victoriosamente el asedio que las oprime, Varna cae en poder de los rusos por la traicion de su pachá Jusuf.

Para la nueva campaña del siguiente año (1829) el emperador Nicolás organizó un ejército de ciento sesenta mil hombres, á cuyo frente puso al conde Diebitsch, poderoso adversario, con el que en vano trataba de rivalizar el pachá Reschid, que mandaba el ejército turco; y asi fué como, despues de una sangrienta victoria en Kulektscha (Bulgaria), valiéndose de militar estratagema pasó los Balkanes, presentándose cuando menos lo esperaban delante de Andrinópolis. Desprevenida ó acobardada, esta ciudad abrió sus puertas al vencedor.

Con tan completo éxito, parecia natural que el emperador moscovita se hubiera dirigido sobre Constantinopla, pero temió escitar justa emulacion y temores en otras potencias poderosas, que no hubieran podido mirar con indiferencia aquel engrandecimiento del coloso del Norte, y obtuvo pocas ventajas de su triunfo, contentándose con la gloria alcanzada, y con el alarde de su poder; con el distrito donde se encuentra en Asia la fortaleza de Akulziké; con la libertad de navegacion por el Bósforo y los Dardanelos para los buques con bandera rusa; y con el privilegio para los rusos de no ser juzgados en Turquia mas que por sus cónsules ó embajadores; continuando por la parte de Europa siendo el Pruth el lugar donde partian límites ambos imperios. La Moldavia, la Valaquia y la Servia conservaron sus derechos bajo el protectorado de la Rusia, y la Puerta se obligó á pagar una fuerte indemnizacion al gobierno y á los súbditos rusos que habian sufrido por razon de la guerra.

Pero con esta paz, firmada en el otoño de 1829, no habian de terminar las guerras á que parece condenado el imperio turco. Mehemet Ali, el insurreccionado pachá de Egipto, y su hijo Ibrahim, ponen en grave riesgo la vida del imperio, obteniendo repetidas victorias hasta el punto de amenazar á Constantinopla, y de obligar á la Puerta á pedir socorro á sus eternos contrarios los moscovitas; socorro que hizo detenerse en su marcha triunfante á Ibrahim, sin atreverse á luchar contra la escuadra y el ejército ruso que el Czar habia enviado en

apoyo de su antiguo enemigo, y que firmase el convenio de Kutayeh, contentándose Mehemet Ali con el pachaliato de Adana y el gobierno de la Siria. La Puerta, agradecida, pagó su proteccion á la Rusia, con el tratado de Hunkiar Kilessi, por el cual, si la poderosa potencia del Norte se obligaba á defender á Turquía contra todos sus enemigos interiores, la Turquía en cambio se comprometia á cerrar los Dardanelos á la marina de guerra de las demás naciones, con arreglo á las cláusulas estipuladas en el tratado.

Las reformas en tanto continuaban abriéndose paso á pesar del fanatismo musulman, tan apegado á la tradicion, pues ya en el año 1829 fundábanse periódicos en Constantinopla, y en los subsiguientes hasta el de 1835 adoptábanse medidas sanitarias, entre ellas las previsoras cuarentenas; edificábanse lazaretos que impidiesen la propagacion de las enfermedades epidémicas tan comunes en Oriente, por causas de que tambien habremos de ocuparnos en lugar oportuno; creábase una escuela militar y otra de medicina; y establecíanse embajadas permanentes en las capitales de las demás potencias.

Los acontecimientos que desde esta época se han ido sucediendo en aquel imperio, han acaecido en nuestros dias, por lo que no haremos mas que recordar, la sumision, en 1837, de la regencia de Trípoli y de los Kurdos; la nueva rebelion de Mehemet Alí; las victorias de Ibrahim su hijo, principalmente en Nézib; las operaciones militares de los ingleses en Siria, y el bombardeo de Beyrut, que, provocando una guerra general inminente, dió por resultado los tratados de los meses de julio de 1840 y 1841, en virtud de los cuales se concedió á Mehemet Alí y sus sucesores el vireinato de Egipto, aunque bajo la soberanía de la Puerta; el tratado de Balta Liman entre la Rusia y la Turquía, sin embargo de lo cual la agresion de la primera dió orígen á la célebre guerra de Oriente (1853 á 1856), en que tan activa parte tomaron apoyando á la Turquía, Francia, Inglaterra y Cerdeña; el célebre tratado de Paris, que la puso término, despues de la destruccion de la escuadra turca en Sinope, y del sitio y toma de Sebastopol; el *haitti-humaïon* de 1856 en favor de los cristianos; el convenio del año 1858 regularizando la situacion de los Principados unidos de la

Moldo-Valaquia; la muerte de Abdul Medjid y el advenimiento de su hermano Abdul-Aziz; y las últimas y rápidas sucesiones de sultanes y la reciente guerra turco-rusa, cuyos resultados distan todavía mucho de satisfacer á la política europea.

Tal es á grandes rasgos el cuadro histórico que Constantinopla ofrece al viajero, que, no contento con satisfacer la curiosidad presente, vuelve la vista á lo pasado, para encontrar en la comparacion de uno y otro útiles enseñanzas para lo porvenir.

## III

«Cuando se oye hablar de una nacion, de un imperio, de un Estado inmenso, que cubre »con su nombre las dos porciones mas hermosas de Europa y de Asia, y que abraza mas »de la mitad del litoral del Mediterráneo, estas palabras de nacion y de imperio, nos dan »naturalmente la idea de alguna cosa análoga á lo que definen entre nosotros. Os repre- »sentais en seguida una pátria, familias, propiedad, tierra cultivada y embellecida por la »mano del hombre, moradas permanentes donde la familia se multiplica y sucede á la fa- »milia, una consanguineidad del hombre y de la tierra, si me es lícito valerme de esta »expresion, y de aquí el sentimiento de la propiedad, segunda naturaleza del hombre so- »cial, de donde viene ese otro sentimiento de propiedad colectiva, que llamamos patrio- »tismo. ¡Error! nada de esto existe. Algunas hordas superpuestas á la tierra, sin »echar jamás raices como en nuestras poblaciones de Occidente; pueblos de nombres, de »orígen, de religion, de costumbres diversas, arrojados los unos en los desiertos de la »Arabia ó del Egipto, los otros en las cimas inaccesibles del Líbano ó del Taurus; estos, »fundando en las soledades de la Siria interior, Alepo ó Damasco, las dos grandes *cara- »vanserails* en los límites del desierto de Bagdad para las caravanas de la India; aquellos »en los fértiles valles de la Macedonia y de la Tracia; griegos, árabes, armenios, búlgaros, »judíos, maronitas, drusos, mutualis, servios, viviendo aquí y allá, donde el viento de la »fortuna los ha colocado, sin pensamiento, sin afecciones, sin costumbres, sin leyes, sin »religion, sin pátria comun, hoy sometidos, mañana rebelados; pachás que Constantinopla »va enviando para imponer ó ejecutar suplicios, sin otra mision que la de arrancar á aquellas »poblaciones los precarios recursos que su trabajo caprichoso ha podido reunir, y para ha- »cer el vacío á su alrededor; bandas indisciplinadas atravesando con el nombre de ejército, »provincias, cuyos habitantes huyen á su aproximacion; poblaciones errantes, hoy aquí, »mañana allá, para que la tiranía no sepa dónde encontrarlas; llanuras sin arados, mares »sin navíos, rios sin puentes, tierras sin poseedores, aldeas hechas con adobes y ramas, »una capital de madera, ruinas y desolacion por todas partes, ved aquí el imperio otomano.

»En medio de esta ruina, de esta desolacion, que hace y deshace sin cesar, algunos milla- »res de turcos por provincias, concentrados en las ciudades, ensimismados, sin valor, sin »trabajar nunca, viviendo miserablemente de expoliaciones legales sobre el trabajo de las »razas cristianas y laboriosas, hé aquí los habitantes, hé aquí los señores de aquel imperio. »Y aquel imperio, vale él solo tanto como la Europa entera: su cielo es mas hermoso; su »tierra mas fértil; sus puertos mayores y mas seguros; sus producciones mas variadas y »mas preciosas, y contiene una superficie de 60,000 leguas cuadradas.

»¿Quereis conocer su situacion militar y política? Héla aquí: la Valaquia y la Moldavia »no reconocen mas que la soberanía nominal de la Puerta, y son en realidad casi indepen- »dientes, á la sombra de las garantías de Rusia. La Servia, que forma por lo menos la »tercera parte de la Turquía europea, á cada instante sublevada y enteramente cristiana, »ha consagrado definitivamente su separacion y su independencia durante el mando del »príncipe Miloch, hábil y valeroso patriota digno de emancipar y de civilizar á un pueblo. »Los búlgaros, que cubren los dos flancos de los Balkanes con sus vastas y numerosas »poblaciones y que se extienden hasta las cercanías de Andrinópolis, nacion numerosa, »proba, trabajadora, admitiendo pocos turcos en su seno, y aspirando á rechazarles por »completo. Las montañas de la Macedonia están pobladas de razas griegas y albanesas, »que la mayor parte son cristianas tambien, y que se sublevan á cada ocasion favorable »para conquistar la borrascosa libertad de que la Morea les ofrece constante ejemplo. La »Morea y el Negroponto están ya completamente emancipadas bajo la tutela de las poten- »cias europeas. Las llanuras desde Andrinópolis á Constantinopla completamente despobla- »das; solo se encuentran á distancia de una jornada de marcha algunos khanes desiertos, »ó algunas aldeas en ruinas habitadas por turcos y griegos, de los cuales solo estos culti- »van pobres campos, que se les conceden al rededor de sus arruinadas viviendas.

»En cuanto á las islas del Archipiélago, los ingleses poseen las siete islas jónicas; los »griegos han comprendido en su independencia todas aquellas que miran á su costa. Las »dos mas bellas, Candia y Chipre-Candia, pertenecen al pachá de Egipto; Chipre es toda- »vía de los turcos, pero esta posesion de 80 leguas de largo por 20 y 25 de ancho, toda »cultivada, toda fértil en producciones de los trópicos, mantiene solo á una poblacion de »25 á 30,000 griegos chipriotas gobernados por algunos centenares de turcos. Subleva- »ciones repetidas estallan allí frecuentemente, y solo les impide proclamar su independen- »cia, la falta de garantía para conservarla.

»Rodas está en el mismo caso. Stanchio, Mitilene, Chio, todos pueblos de griegos, no »han entrado sino murmurando y condicionalmente bajo la sumision de la Puerta. Samos »resiste todavía sola á las armadas del gran Señor.

»La principal parte del Asia menor, en que solo están habitadas las riberas, aquella in- »mensa Caramania que encerraba otras veces muchos reinos, no encierra hoy mas que

»desiertos. Allí, sin embargo, es donde la poblacion mahometana se encuentra todavía en »grandes masas. Pero si se exceptúa á Brusa, Smirna, Konya y Kutaya, cuatro grandes »ciudades en que la poblacion turca domina, el resto está en poder de los turco-manos, »raza salvaje y errante que cubre los flancos del monte Taurus, y que se refugia en ellos »contra las tiranías de los pachás, descendiendo para conducir sus hordas por las llanuras »ó desolarlas si se las disputan. Tendreis una idea de la fuerza del lazo nacional que une »aquellos paises y aquellas ciudades á la capital, cuando sepais que, en la última guerra, »dos oficiales, enviados desde una distancia de 50 leguas á Smirna por Ibrahim pachá, hi- »cieron reconocer su autoridad á esta ciudad de 100,000 almas, y que todas las poblaciones »de la Caramania no les opusieron un solo soldado. La Siria, aquel jardin del mundo, es »todavía la mas bella y mas fértil comarca de Oriente. Los árabes errantes, los árabes »cultivadores, los drusos, los mitualis, los maronitas, los musulmanes y los griegos sirios, »se la dividen; los turcos constituyen apenas la vigésima parte de la poblacion. Las ciu- »dades del litoral, Alexandreta, Latakia, Trípoli, Beyruth, Saïde, Jafa y Gaza, cuentan »con gran número de cristianos.

»El Líbano casi completamente está en poder de los maronitas, nacion árabe y católica »de dos millones de hombres, que ha conquistado, por su valor y sus virtudes, una inde- »pendencia de hecho, que posee y que cultiva, que ama el comercio y la civilizacion, y que »será el gérmen de una raza de hombres dominadora en aquella parte del mundo. Reco- »noce la autoridad del gran emir de los drusos, el emir Beschir, anciano político y guer- »rero, que los turcos y los egipcios han contemplado igualmente, que puede con una »simple órden levantar hasta 40,000 combatientes, que hace temblar á Alepo, Damasco, »Jerusalen y las costas, volviendo en seguida á su palacio de Ptédin, ó de Dahel-el-Kamar »en el corazon de sus dominios, inaccesible fortaleza de cien leguas de circuito. No obedece »á los turcos, mas que como los poderosos súbditos de la Edad Media obedecian á su sobe- »rano. Damasco se eleva vasta y aislada en medio del desierto. Su poblacion es turca, »pero encierra treinta mil armenios cristianos y muchos judíos. El resto del territorio está »saqueado mas que poseido por tribus árabes, familias independientes de la gran familia mu- »sulmana que pasan á medida de su rapacidad ó de su capricho, de una dominacion á otra.

»Jerusalen se levanta en los confines de la Siria, entre la Arabia Petrea y los desiertos »del Egipto, ciudad neutra, pobre, impotente, acostumbrada á todos los yugos, centro co- »mun de todas las creencias cristianas y ciudad santa tambien para los musulmanes, que »han levantado la mezquita de Osman sobre los cimientos del templo de Salomon. Despues »viene el Egipto; allí se desenvuelve en estos momentos una de las escenas mas maravi- »llosas de los dramas fugitivos de Oriente. Conoceis la rebelion de Mehemet Alí, y la glo- »ria de su hijo Ibrahim, grandes hombres uno y otro, el padre por la política y el hijo por »la espada. Yo he asistido á sus triunfos; yo le he visto derribar, al empuje de sus solda-

»dos, las murallas de Jafa, que Napoleon mismo no habia podido quebrantar, atravesar »conquistando la Siria entera, someter á Damasco y Alepo, dispersar dos veces á fuerza de »audacia los dos últimos ejércitos del Sultan, cautivar al gran visir y solo detenerse á al- »gunas leguas de Constantinopla, ante una carta de un embajador europeo. Hubiera en- »trado sin obstáculo, hubiera triunfado en la capital misma del imperio, hubiera fundado »una dinastía nueva aunque reprobada por las leyes y las costumbres, todo el Oriente se »humillaba ante él como ante Alejandro, pero una palabra del Occidente le detiene, retro- »cede, y deja sin terminar su obra de poder y de gloria.

»Este hecho solo basta para mostrarnos el imperio de la civilizacion sobre la barbarie: »la barbarie misma triunfante tiene la conciencia de su debilidad; lo cual os dice cuanto »pudiera hacer la Europa si tuviese la inteligencia y el sentimiento de su mision. Ibrahim »no civiliza; conquista y alcanza victorias; somete á su genio y á su audacia poblaciones »acobardadas, á las cuales el nombre de su opresor importa poco. No se ocupa mas que »de soldados; no tiene administracion mas que para su ejército: todo queda en Egipto y en »Siria bajo el mismo pié de barbarie que antes de su llegada: es un meteoro que brilla y »que pasa, que destruye y no edifica, y que al morir no dejará tras de sí mas que el ruido »y el resplandor deslumbrante de un meteoro. Estas conquistas os esplican las de Alejan- »dro: en las comarcas donde no hay nacionalidad, ni propiedad, ni patria, el conquistador »no encuentra mas que esclavos, y la victoria es siempre aceptada.

»Por este cuadro rápidamente bosquejado veis que el imperio otomano no es un imperio, »sino una aglomeracion informe de razas diversas, sin cohesion entre sí, sin interés, sin »idioma, sin religion, sin costumbres uniformes y sin unidad ni fijeza de porvenir. Allí no »hallareis otra cosa que una vasta anarquía constituida; en los fenómenos políticos no se ha »visto jamás otro ejemplo. El soplo de vida que la animaba, el fanatismo religioso, está »extinguido; su funesta y ciega administracion ha devorado la raza misma de los vencedo- »res, y la Turquía perece falta de turcos.

»En el centro de aquella vasta anarquía, la capital del islamismo se eleva, un pié sóbre »la Europa y el otro sobre Asia. El sultan Mahmud, príncipe elevado por la desgracia, »príncipe que siente la decadencia del imperio y que no la puede contener, parece haber »desesperado de su trono y de su pueblo, y pide un resto de reino, una apariencia de forma »y de imperio á la potente Rusia, que en vano ha pretendido combatir. La Rusia sola ha »impedido la ruina de aquel trono; el desmembramiento definitivo de aquella sombra de »soberanía. Algunos dias mas, y el sultan no existiría, y Constantinopla hubiera visto »entrar á los árabes. Que la Rusia retire su mano interesada pero protectora; y el imperio »se derrumba todavía. Y á pesar de esta proteccion humillante de su enemigo, la Puerta »tiembla, y el sultan no duerme sueño tranquilo. Ha sido grande solo un día. El día en »que destruyó á fuerza de disimulo, de valor personal y de audacia de espíritu, el imperio

»hereditario de los genízaros. Pero hay estados en que el principio vital está en sus mis-»mos vicios, y en que una reforma mata en lugar de regenerar. Tal ha sido el imperio »otomano. El espíritu militar, que no era mas que el fanatismo popular, ha desaparecido »con los genízaros. No hay ejército; las costumbres nacionales rehusan plegarse á refor-»mas débil y ciegamente sostenidas. Ya no hay espíritu otomano.»

»Y entretanto, señores, ¿qué hará la Europa? Si comprende que esta última sombra de »soberanía se desvanece, ¿permanecerá eternamente armada frente á frente de ella, espec-»tadora de las últimas y lentas convulsiones del imperio de Oriente, ó se hará la guerra á »sí misma para impedir que las desmembraciones de aquel imperio no pertenezcan á una »ó á otra de las potencias que la componen? ¿Se impedirá para siempre á fuerza de ejérci-»tos y de tesoros llenar el vacío espantoso que una revolucion probable prepara en Orien-»te, y se condenará á aquella hermosa parte de la Europa y del Asia, á una viudez, á una »esterilidad, á un desierto eterno? No, esto sería más bárbaro que la barbarie misma, y »no sería posible. La Rusia, señora del mar Negro y de los puertos del Bósforo, centinela »avanzado sobre los límites del Oriente, favorecida por los vientos del Norte, que reinan »nueve meses de los doce del año en aquel mar, llegará siempre la primera á las orillas »donde su destino ó su ambicion la llamen; y teniendo por otra parte la simpatía de reli-»gion entre la inmensa poblacion griega de aquella parte del mundo, llevará siempre »al espíritu nacional un elemento de triunfo que no podemos combatir. ¿Qué hacer pues? »Helo aquí.»

»Lo porvenir está siempre escrito en lo pasado con caracteres que no comprendemos, »pero que se explican y se revelan con los acontecimientos y los tiempos. La Europa hará »lo que ya se ha hecho, y lo que habia realizado con otro espíritu de conquista aquel im-»perio romano á quien hoy reemplaza. Ella rehará el *orbis romanus;* aquel mundo ro-»mano de que encuentran las huellas en todas las ruinas de aquellas ciudades romanas que »se elevaban otras veces en todas las riberas del Asia menor. Formará de nuevo aquel »mundo antiguo, aquella dominacion universal, no por la fuerza de las armas y por una »ambicion de gloria estéril, sinó por el solo y natural predominio de sus luces y por un »espíritu de generosidad y de filantropía. Y lo hará sin obstáculo, sin lucha, sin derramar »una gota de sangre humana, tenida en muy diversa estima que en la antigüedad pagana. »Pero ¿cómo hacerlo? Fijando y promulgando su voluntad soberana.»

»Señores, el estampido del cañon de Navarino, ha tenido largo eco en Oriente. Ni aún »en sueños los grandes opresores de aquella parte del mundo han llegado hasta querer »luchar con Europa. Habeis visto al mismo conquistador en toda la embriaguez de sus »victorias, á Ibrahim, detenerse y volver á sus desiertos, á la simple notificacion de las »potencias llevada por un tártaro á su campamento de Koniah. Esto os dice lo que suce-»dería cuando la Europa levantase su voz poderosa y unánime. Y por otra parte, no lo

»dudeis. Una inmensa simpatía os llama; las poblaciones cristianas os tienden de antemano »sus brazos; hasta el Islamismo espera y se resigna, y el fatalismo ahora habla como la »razon, con el sentimiento de lo que debe ser.»

»He aquí, señores, lo que los poderes de la Europa me parecen llamados á realizar más »ó ménos tarde, hé aquí la idea que yo traigo de los sitios mismos donde está en todos los »espíritus, en los instintos de todos los pueblos, y de la que querría haceros partícipes á »vosotros que componeis el gran consejo de la Francia y el foco principal de los pensa»mientos políticos de Europa.»

»Si el imperio otomano sucumbe bajo su propia impotencia de vida, los Estados europeos »abrirán un Congreso, y la Francia unida á sus aliados, debiera establecer en principio:»

»1.° Que ninguna potencia aislada podrá intervenir en los acontecimientos de Oriente, que »seguirán á la caida del imperio.»

»2.° Que un protectorado general y colectivo del Occidente sobre el Oriente, será admi»tido como base de un nuevo sistema político europeo.»

»3.° Que las primeras condiciones de este nuevo derecho público serán, la inviolabilidad »de las religiones, de las costumbres, y de los derechos de las soberanías parciales esta»blecidas, preexistentes en aquellas comarcas. La fuerza jamás debe obrar sobre las reli»giones, que solo á las conciencias y á las lúces toca modificar y esclarecer.»

»4.° Para regularizar este protectorado general y colectivo, la Turquía europea y la »Turquía asiática, así como los mares, las islas y los puertos que de ellas dependen, serán »distribuidas en protectorados parciales ó en provincias, parecidas á aquellas provincias »de Africa y de Asia, donde los romanos enviaban sus poblaciones y sus colonias, y estos »protectorados corresponderán, segun las convenciones subsiguientes, á las diferentes po»tencias europeas.»

»5.° En caso de guerra entre las potencias de Europa protectoras de estas provincias, »los protectorados de Oriente permanecerán en completa neutralidad.»

»Bajo estas bases preliminares se establecería un vasto sistema de pacífica dominacion, »que repoblaria, que civilizaría una parte del globo, y fundiría con ayuda del tiempo en »una comunidad de parentesco, de razas, religiones, costumbres, industrias é intereses la »Europa y el Asia.»

»No me detendré sobre la division territorial, y la mayor ó menor extension de los »protectorados correspondientes á cada Nacion. Esto sería la obra del Congreso, de la »combinacion discutida de los diversos intereses y conveniencias.»

»Hay dos derechos, que los siglos han visto á su vez prevalecer sobre la tierra. El de»recho de la fuerza ó de la conquista, derecho feroz y bárbaro, que jamás invocaré, dere»cho brutal contra el cual se funden y se desenvuelven todas las civilizaciones; y otro no »menos dominador, no menos infalible, pero más moral y más divino, que es el que yo

»invoco, el que el mundo reconoce, el que os hará triunfar sin combate y sin obstáculo, el »derecho de la civilizacion.»

»Yo no os diré, por esto derribad el imperio otomano. Abrid plaza á la civilizacion por »medio del sable. Violentad los derechos establecidos, las nacionalidades, las costumbres, »las leyes, las religiones atrasadas. Dios no lo quiera. Tengo demasiada fé en la providen»cia; respeto demasiado el destino; sé bien como el hombre acostumbra á considerar su »débil razon como la razon suprema de las cosas. Pero, si os diré: «Atended, preparaos, »meditad, aconsejaos y dejad que se abra paso una idea fecunda, una idea civilizadora, »que encontrará tarde ó temprano su hora oportuna. Fundad la santa alianza de la civi»lizacion.»

Asi hablaba en la Cámara de Diputados de la nacion francesa en la sesion del 8 de Enero de 1834 el gran poeta y hombre político Mr. de Lamartine, á propósito de la cuestion de Oriente, que entonces como ahora preocupaba el espíritu de todos los hombres pensadores; y hemos querido transcribir sus palabras, tanto por no ser muy generalmente conocidas, como porque ellas condensan un gran pensamiento, y porque pintando con calientes colores el cuadro que ofrecia el vasto imperio turco hace cuarenta y cinco años, al pasar ahora nosotros á describir, aunque no con las vigorosas pinceladas del poeta y del político, sino con la calma del viajero observador, el estado actual de aquel imperio, podrán apreciarse los adelantos que han ido haciendo las pacíficas conquistas de la inteligencia, aun sin haberse realizado la atrevida idea de Lamartine, lo cual prueba, cuan fecunda seria esta en resultados si el coloso llegara á perder la forzada union de las partes que le componen, y qué inmensos horizontes pudieron abrirse á las ambiciones rivales de Occidente, á la vida, al comercio, á la industria, á la impaciente actividad de las poblaciones modernas.

Es una gran verdad la que en aquella misma sesion indicaba tambien el pensador poeta. En medio de los progresos maravillosos que por todas partes nos rodean, la sociedad gime y se agita con inquietud incesante. Le falta alguna cosa, que pide ciegamente á la política, á la guerra, al trabajo, y que no es fácil darle sin recurrir á medios que se aparten de la rutinaria marcha que seguimos. Su civilizacion creciente,

sus luces cada vez en aumento, su instruccion, descendiendo hasta las mas desgraciadas clases sociales, le han creado necesidades nuevas, necesidades imperiosas, que en el estado presente no puede satisfacer. Le hacen falta dos cosas. En el sentido del espiritu, moral y religiosidad, sin cuya base nada durable puede edificar el hombre. En el sentido de progreso humano, una esfera de accion mas amplia y mas en armonía con las fuerzas y con las ambiciones que la instruccion desenvuelve, y desenvolverá mas cada dia; un alimento proporcionado á su infatigable actividad, á su sed de trabajo y de riqueza.

«Si Roma no hubiera poseido el mundo, sino hubiera esparcido incesantemente sobre el »universo romano, como una colmena demasiado poblada, su sobrante de fuerza, de vida y »de accion; sino hubiera tenido provincias que dar á gobernar á sus demagogos, tierras que »dividir á sus veteranos, ¿no hubiera perecido cien veces destrozada por sus propias manos, »ahogada por su mismo exceso de vitalidad y de energia? Bien lo comprendia así, y por eso »fué su instinto la conquista.»

«La Europa moderna, es lo que era Roma; pero su instinto es el trabajo y la civiliza»cion; instinto sublime, tan superior al de Roma, como nuestra moral de religion y de »caridad es superior á la esclavitud, derecho público de la barbarie. Que la Europa se »conozca; que colonice el Ásia y el Africa, que se extienda, que se extienda sobre aque»llas orillas desiertas con la exhuberancia de su actividad, con sus nobles pasiones, con »su civilizacion y su religion progresivas; que se desborde sobre aquellas regiones de»siertas, que una política celosa y suicida queria cerrarle para siempre.»

Despues de estos elocuentes razonamientos, el cuadro que pasamos á presentar á nuestros lectores del estado de Turquia en la época de nuestro viaje, demostrará como han variado, las condiciones de aquel imperio, sino en toda la amplitud, que la causa de la humanidad y de la civilizacion reclaman, á lo menos en el pensamiento de algunos jefes de aquel pais, introduciendo reformas, que si bien rechazadas por la inercia y el abandono propio de aquellas razas tan muelles y soñadoras, como poco prácticas en la esfera de accion de nuestra vida, se van abriendo paso, á la manera que el grano arrojado á la tierra rompe con tierno pero poderoso tallo la dura corteza que le cubre, para convertirse á la luz del sol en dorada espiga de ópimo y sazonado fruto.

«Sabido es que en los primeros tiempos de la monarquia otomana, »los preceptos gloriosos del Koran y las leyes del imperio eran reglas »siempre veneradas. Asi el imperio crecia en fuerza y en grandeza, y »todos los súbditos sin escepcion habian conseguido en el mas alto »grado la ventura y la prosperidad. Hace ciento cincuenta años, una »sucesion de accidentes y de causas diversas han hecho que se olvide »aquella conformidad de la vida con las prescripciones del código sa- »grado, de las leyes y de los reglamentos que de uno y otro emanan, »y la fuerza y la prosperidad anteriores se han convertido en debili- »dad y empobrecimiento. Y es que un imperio pierde toda su estabi- »lidad, cuando deja de observar sus leyes. Estas consideraciones están »siempre presentes á nuestro espíritu, y desde el dia de nuestro ad- »venimiento al trono, el pensamiento del bien público, de mejorar el »estado de las provincias y del alivio de nuestros pueblos, no ha ce- »sado de ocuparnos exclusivamente. Si se considera la posicion geo- »gráfica de las provincias otomanas, la fertilidad del suelo, la aptitud »y la inteligencia de sus habitantes, nos convenceremos de que apli- »cándose á encontrar los medios eficaces, el resultado, que con el »apoyo de Dios esperamos obtener, podrá alcanzarse dentro de algu- »nos años. Asi pues, llenos de confianza en los auxilios del Altísimo, »apoyados por la intercesion de nuestro Profeta, juzgamos conveniente »buscar con instituciones nuevas, los medios de procurar á las pro- »vincias que componen el imperio otomano, los beneficios de una »buena administracion.»

De este modo razonaba el sultan Abdul-Medjid en el preámbulo del *hatti-chérif*, que establecia las bases de una reforma radical en el imperio turco, el 3 de Noviembre de 1839, fecha con razon tenida por la mas gloriosa de la historia moral de aquel pueblo; y en cuyo dia con toda solemnidad, en presencia del sultan que lo habia inspirado, reali- zando pensamientos ya presentidos por Mahamud, ante toda la corte compuesta de los ulemas, de los cheikhs, de los imanes, de los khatibes, de los embajadores, de los cónsules, de los patriarcas, de los rabinos y de todas las demás personas de alta importancia del imperio, en el pala- cio conocido con el poético nombre de, *Casa de las rosas,* Reschid

Pachá, ministro de Negocios Extranjeros, leyó en alta voz despues del preámbulo transcrito, las nuevas disposiciones, que emanadas de la voluntad soberana del emperador, introducian radicales reformas para poner en armonia su imperio con las demás naciones de Europa. Parecia que las palabras del gran poeta francés pronunciadas en el Parlamento de Paris cuatro años antes, habian despertado levantados pensamientos en el jefe de aquel pueblo poco previsor, que veia tan de cerca su próxima ruina, y á los estados de Europa próximos á caer sobre él para repartirse sus despojos.

Y hay en las reformas de Turquía iniciadas por Mahmud II y realizadas por Abdul-Medjid, en aquel *hatti-chérif*, que contiene en gérmen el *tanzimat* ó nueva organizacion del imperio, un fenómeno extraño para los que estamos acostumbrados á ver las revoluciones de las naciones europeas. En estas, las revoluciones parten del pueblo para imponerse á los poderes gubernamentales; en Turquía, la revolucion arranca del trono, para abrirse paso difícilmente por entre el pueblo.

La reforma en Turquía, como ha dicho con gran acierto un escritor contemporáneo, es el resultado del estudio y de la razon en el pensamiento de su soberano. No ha tenido allí el poder que defenderse contra las impaciencias de un pueblo que siente sus males, se irrita contra ellos y busca su remedio, sin saber antes si el remedio está en mano de los que le gobiernan ó en él mismo, y que producen concesiones, la mayor parte de las veces sin bastante meditacion, arrancadas por la violencia, dictadas por el miedo, y sorprendidas por la astucia. En Turquía el soberano es el liberal, y el pueblo el reaccionario.

Y allí, esto que para nosotros es un verdadero fenómeno, tiene clara y natural razon de ser, porque arranca de la organizacion, de la vida tradicional del imperio turco. El poder legislativo tal como le comprendemos en Europa, no existe allí. El Sultan es el único depositario de la ley, su representante y su intérprete, siempre que haya necesidad de traducirla en realidad de gobierno. De aquí la posibilidad de alterar y modificar la ley siempre que no se altere su espíritu, y la facilidad de regularizar las revoluciones y de prevenirlas, si el jefe del Estado tiene prudencia y prevision para ello. Así, ni aun el partido progre-

sivo de Turquia, inspirado en los modernos adelantos politicos de Europa, vió en las reformas de Abdul-Medjid innovaciones radicales de los antiguos principios, sino una reforma basada en las antiguas instituciones de la monarquia, y una reorganizacion en armonia con los mas sanos principios de la tradicion. Fácilmente se comprende toda la fuerza que un jefe de Estado hábil y de talento puede encontrar en semejante doctrina, que le permite conducir á su pueblo por los nuevos caminos de las reformas, sin que pueda decirse que falta á aquel axioma, en que el poeta Saadi parece sintetizó las relaciones entre los pueblos y sus jefes: «El Sultan obedece á la ley por la cual el pueblo le obedece á él.»

Con tales antecedentes, tiempo es ya de que pasemos á presentar á nuestros lectores, aunque con la brevedad que nos permite la índole de este libro, el cuadro que presenta la organizacion de aquel vasto y heterogéneo Estado, despues del hatti-chérif de Abdul-Medjid.

«El gobierno de la Puerta, ha dicho Ubicini en sus *Cartas sobre la Turquia*, es una monarquia absoluta en la forma, pero moderada en la realidad, primero por las instituciones y las condiciones mismas de la soberania, despues por las costumbres, que mas que en ninguna otra parte modifican allí ó limitan hasta cierto punto, la accion del poder. Depositario de la ley el Sultan ó padischa, hace que se cumpla ó la modifica por medio del *Visir*, jefe supremo de la administracion, y del *Muftió Cheikh-ul-Islam* (el antiguo, el anciano del Islam), cuyas principales atribuciones consisten en la interpretacion de la ley. Jefe del cuerpo jurídico y religioso de los *Ulemas*, el Mufti sanciona y hace ejecutar por su *fetva* toda órden emanada de la autoridad soberana.»

Las bases bajo las cuales ésta debe ejercerse están comprendidas en tres partes principales del hatti-chérif ya citado, de 3 de noviembre de 1839. Completa seguridad para los súbditos del imperio en cuanto atañe á su vida, su honor y su fortuna; arreglo y distribucion de los impuestos; y llamamiento al servicio de las armas, asi como la duracion de éste. Bajo estas bases el tanzimat ó nueva organizacion ha dividido en leyes las cuatro partes de que se compone, y que se refie-

ren: 1.° al Consejo de Gobierno; 2.° á la division administrativa y financiera; 3.° á la administracion de justicia; y 4.° á los asuntos militares.

Los ministros, que llevan el título de *muchir*, tienen atribuciones análogas á los de las demás naciones de Europa, y auxiliados por otros funcionarios, tambien de elevada categoría, componen con el *Cheikh-ul-Islam*, y bajo la presidencia del *Visir*, el consejo privado que delibera sobre todas las cuestiones de interés general y de política exterior, completando otros diez consejos superiores, que son los de Estado, de Instruccion pública, de Guerra, de Artillería, de Marina ó Almirantazgo, de Cuentas, de Agricultura, de Minas, de Política y de Obras militares, estas primeras categorías de la organizacion administrativa.

El tesoro particular del Sultan (*hazné*) que en otros tiempos ascendia á grandes sumas, por multitud de procedencias, queda reducido á una dotacion fija anual, que equivale á 92.000,000 de reales, con lo cual tiene que atender á los gastos de la casa imperial, gastos cuantiosos, á pesar de no ser ya éstos, ni con mucho, los de las fastuosas épocas de la Edad Media y principios de la moderna.

Los empleados principales de la córte son: el *Kizlar-agassi*, (jefe de los eunucos negros), gran mariscal ó jefe de palacio, que tiene el rango y la consideracion de muchir; dos imanes; el gran jefe de la etiqueta, y otros cuatro mas inferiores, cargos que participan del carácter de nuestros gentiles-hombres de cámara y mayordomos de semana; un primer secretario y otros cuatro; ocho ayudantes de campo de los cuales el primero ejerce el cargo de secretario militar; un tesorero de la corona y un tesorero particular; el jefe de los eunucos blancos; el caballerizo mayor; el mayordomo mayor; jefe del guardaropa; primer paje, jefe de los pajes ó *itchoglans;* jefe del relicario, donde se conservan el estandarte, el sable y el manto del Profeta; dos refrendarios; y el jefe de los ugieres.

Las divisiones administrativas sufrieron una reforma en el año 1868, segun la cual el territorio del imperio otomano quedó dividido en *vilayetos* ó departamentos, administrados por un *vali* ó gobernador ge-

neral, nombrado por el Sultan, vali asesorado por un consejo de administracion, que recuerda nuestros consejos provinciales, y cuyos individuos han de proceder de las diversas poblaciones, sean ó no musulmanas, del valiato.

Estos vilayetos ó valiatos, se dividen en *sandjaks* ó distritos; los distritos en *cázas* ó cantones, y éstos en *nahiés* ó municipios. El sandjak está administrado por un *mutessarif*, nombrado igualmente por el Sultan, y asistido por un consejo de distrito; el caza por un *mudir*, puesto por el mutessarif, mudir que tiene tambien su consejo cantonal, y los nahiés tienen sus alcaldes ó *mukhtares*, elegidos por los vecinos, y un consejo de ancianos, manera de Ayuntamiento, que cuida de la reparticion de los impuestos, y hace los oficios de un tribunal de jueces de paz. El Montenegro y las demás provincias de la Turquía europea llamadas tributarias tienen su organizacion especial, siendo en rigor estados distintos del resto del imperio, mal unidos á éste con lazos mas nominales que verdaderos.

Las rentas con que se sostiene la Hacienda turca proceden de los impuestos siguientes: la *Dîme*, que el Estado, á manera de señor censatario del suelo, impone sobre los productos de la tierra, y sobre los animales domésticos, relacionados con la propiedad rural. El *Verghu*, que consiste en un impuesto del 10 al 25 por 100 sobre la fortuna en bienes muebles, inmuebles ó comerciales de todos los particulares; el *Bedel-askerié*, impuesto para la redencion del servicio militar, que ha reemplazado al antiguo *haradj*, ó capitacion, á que estaban sometidos todos los adultos varones, no musulmanes; la renta de aduanas, que se cobra de todas las mercancías sin distincion, que entran en Turquía; un derecho fijo é invariable de 8 por 100, y de 2 por 100, sobre las exportadas; los impuestos indirectos además del de aduanas, que constituyen los derechos de patente, de timbre, de los licores espirituosos, las sedas, el tabaco, etc.; los diversos ingresos de las salinas, bosques, minas, correos, telégrafos y otros análogos; y los tributos del Egipto, de la Moldo-Valaquia, la Servia, la isla de Samos, del Monte Athos, que llegan á cerca de cincuenta y seis millones de reales.

El producto de las rentas ordinarias de la Turquía estaba evaluado

en el presupuesto de 1869 á 1870, en 419,747,375 pesetas, ó sean 1,678,989,500 reales; subiendo los gastos previstos á 432,428,500 pesetas, ó sean 1,729,714,000 reales, lo que da un déficit de 12,881,125 pesetas (51,524,500 reales); déficit que, unido al presupuesto extraordinario, llegaba á 65 millones de pesetas, ó sean 260 millones de reales.

Como se ve por estas sumas, los diversos impuestos con que cuenta el Estado en Turquía, apenas permiten atender á las grandes mejoras materiales que necesita aquel imperio, pues si bien en los años regulares, cuando el impuesto, que la mayor parte de las veces se percibe en especie, puede ser fácilmente convertido en metálico, ó cuando las circunstancias políticas no hacen indispensables gastos extraordinarios, casi llega á establecerse fecundo equilibrio entre los ingresos y los gastos; en cambio, cuando el gobierno se ve obligado á gastos imprevistos, hay que recurrir á impuestos onerosos, ó á la emision de bonos del Tesoro, que aumentan sin término la deuda flotante, pareciéndose en esto mucho aquella situacion financiera á la de nuestra pátria. En el presupuesto de gastos de Turquía, el ejército absorbe 90 millones de pesetas; la marina 17; la Deuda pública 127.

La administracion de las rentas turcas está encomendada en cada valiato á un *muhassebedji*, ó administrador de rentas, á las órdenes del vali ó gobernador, y directamente responsable ante el ministro de Hacienda; en cada distrito ó sandjak, á un *mal-mudiri*, dependiente del administrador de rentas de la provincia ó valiato, y en cada caza ó canton, al mudir, que, como dijimos, depende del mutessarif ó subgobernador del sandjak ó distrito.

Los empleados de superior gerarquía gozan exhorbitantes sueldos, que no guardan proporcion con los que disfrutan los de mas inferior escala, á manera de lo que sucede tambien en algunas naciones de Occidente; sin que la explendidez con que son recompensados les ponga á cubierto de la maledicencia, murmurándose de ellos, que, léjos de seguir las exhortaciones y el ejemplo de los sultanes, atienden mas al aumento de sus peculios y á conservar sus tradicionales hábitos de lujo y explendor, que á la economía y moralidad en el manejo de la gestion que respectivamente les está encomendada.

La organizacion judicial, enteramente modificada por la ley de 4 de abril de 1869, es una imitacion de la que hay en los estados europeos. Así, comprende, además del consejo de los ancianos, de que ya hemos hablado, y que hace las veces de los juzgados de paz, tribunales de canton y de distrito, presididos por un cadí, que entienden de los asuntos en primera instancia; tribunales de apelacion análogos á nuestras audiencias, que residen en la capital de cada valiato; y por último, tribunal supremo de justicia en Constantinopla, de cuyas decisiones no hay ulterior recurso. Este tribunal supremo está dividido en dos presidencias, la una en Europa, la otra en Asia, dirigidas respectivamente por un *cazi-asker*, vulgarmente llamados *càsiles-ker*, especie de gran juez, que ocupa el rango inmediato despues del Mufti ó cheikh-ul-Islam. Otros tribunales mixtos completan esta organizacion, que pueden dividirse en cuatro clases: tribunales presididos por los jefes de las comuniones extrañas á la oficial, que juzgan de los asuntos que surgen entre sus asociados, si las partes no prefieren acudir á la justicia turca: tribunales mixtos de comercio, que entienden en las diferencias que sobrevienen entre extranjeros y súbditos otomanos; consejo de policía, encargado de perseguir los crímenes y delitos cometidos por los turcos contra los extranjeros, ó por éstos contra aquellos; tribunal mixto marítimo para las contiendas que ocurran en asuntos de comercio marítimo entre indígenas y extranjeros; y, por último, hay jueces especiales llamados *mufetich*, que juzgan los asuntos relativos á los *vakufs*, ó sea bienes de las mezquitas libres de impuestos, y que constituyen la dotacion del ulema.

La religion oficial de la Turquía encierra el gérmen de la legislacion. Esta puede dividirse fundamentalmente en ley teocrática ó *Cher'iat*, á la vez religiosa y civil, y en el *Kanum*, ó ley propiamente civil y política. La primera de estas leyes está basada sobre la religion misma, y no puede alterarse, como tampoco puede alterarse la religion. La segunda emana del soberano, debiendo estar, sin embargo, limitada por la primera, cuyo espíritu ha de respetar. Las fuentes de aquella legislacion son: 1.° el Koran; 2.° la *Sunna* ó tradicion, formada con la reunion de consejos, preceptos y decisiones orales del Profeta, for-

mando una historia minuciosa de su vida y costumbres, cuyo ejemplo debe servir de norma á los musulmanes; 3.º El *Idjma-y-Ummet*; y 4.º El *Kyass*.

El Koran, libro recogido y publicado en idioma árabe en el año 635 de nuestra era, dos despues de la muerte del Profeta, es una mezcla de las doctrinas judías y cristianas, que Mahoma habia aprendido del monje nestoriano que le sirvió de maestro, y de tradiciones orientales. Deducido de él existe un catecismo que encierra la parte dogmática, condensada en 58 artículos, por *Omer Nesséfi*. La base sobre que todas las disposiciones koránicas se apoyan, es la célebre mision del Profeta y la profesion de fe muslimica, tan repetidas una y otra en inscripciones y monedas de todos los pueblos que siguieron la religion de Mahoma: «Dios es único, no tiene compañero, no engendró ni fué engendrado,» «no hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.» Los musulmanes, rechazan todo símbolo, y casi en absoluto los misterios, de tal modo, que la creencia en ciertas disposiciones místicas de la ley, no constituye obligacion de fé. Como código político y civil, el Koran contiene el gérmen de los grandes deberes sociales, y hasta de instituciones políticas, tales como la igualdad, el mútuo auxilio, el respeto á los débiles, la sumision á las leyes. La sociedad musulmana, pues, no encontraria en los principios esenciales de su códico religioso obstáculos para el verdadero progreso, sino fuera por la poligamia, la intolerancia y el fanatismo, tres costumbres, que van tambien modificándose, pues la primera, limitada por las mismas condiciones que para su práctica exige el Koran, es casi desconocida en el pueblo, y va haciéndose menos comun en las clases ricas, á medida que van teniendo mas instruccion; la intolerancia se ha ido modificando por el trato continuo de los turcos con los cristianos; quedando solo, como la mas difícil de vencer, la doctrina del fatalismo, que aun no teniendo su origen en Mahoma, ni en sus comentadores, y á pesar de la oposicion que le hacen los mismos depositarios de la interpretacion religiosa, ejerce entre aquellos creyentes una influencia muy difícil de contrarestar.

Otra de las cuatro fuentes de la legislacion turca es el *Idjma-y-*

*Ummèt*, que es la coleccion de las decisiones dadas sobre ciertos puntos de derecho ó de religion, por los cuatro primeros kalifas; y el *Kyas* es la última de dichas cuatro fuentes, inmensa aglomeracion de decisiones de jurisprudencia y de *fetvas*, consideradas como cuerpo consultivo.

La compilacion de las leyes turcas es conocida en el imperio con el nombre de Multèga: data del reinado de Mahamud (1824), y comprende ocho códigos: el religioso, el político, el militar, el civil, el de procedimientos civiles y criminales, el penal, el de comercio, y el de la caza, códigos todos ellos voluminosos, escritos con proligidad oriental, y en un estilo mas ampuloso que preceptivo. Aquellos antiguos códigos, sin embargo, han sufrido reformas con arreglo á las influencias europeas, y el gobierno del Sultan formó un nuevo código penal en 1830, otro administrativo en 1846, y otro de comercio en 1850, basado el primero de ellos en los dos grandes principios de la igualdad absoluta ante la ley, sin distincion de origen y de creencias, y en la necesidad de las formas jurídicas ó del procedimiento criminal, para imponer las penas en todos los crímenes y á todos los criminales (1).

Las ordenanzas, ó código administrativo de 1846, relativas á la administracion, están inspiradas en el gran pensamiento de moralizar á

(1) Este código penal es tan notable en su preámbulo y en sus principales disposiciones, y está además tan poco conocido en nuestra pátria, que creemos importante ofrecer en esta nota á nuestros lectores, algunos párrafos de dicho preámbulo y de sus artículos.

«Es notorio, dice el primero, que á consecuencia de la declaracion del hatti-chorif, de Gulkhané, el 6 de Chaban de 1255 de la Egira, los súbditos del imperio otomano quedaron dotados, sin excepcion, de perfecta seguridad en cuanto á su vida, su fortuna y su honor, y considerados todos como iguales ante la ley.

El Código penal que subsigue, redactado de órden imperial, tiene por objeto precisar las penas en que incurrirán todos los que en lo porvenir se hagan culpables de actos contrarios á las disposiciones contenidas en el mismo, sin consideracion alguna á la riqueza ni al rango de los delincuentes, etc.

Art. 1.° Estando decidido el Gran Señor, á impedir que muera, pública ni secretamente, ya envenenado, ya con cualquier otro género de muerte, ningun criminal, sin que antes su delito haya sido probado y condenado por la Ley, no será permitido á ningun empleado del imperio, ni á ninguna otra persona, matar ni mandar matar á un individuo, sea el que quiera, y el Visir mismo no podrá hacerlo, incurriendo, si infringiera este precepto, en la pena de muerte.....

Art. 3.° Toda injuria ó agresion de hecho, dicha ó ejecutada por un kawás, oficial ó cualquier empleado del Gobierno, sea cual fuere su rango, será motivo de proceso y se castigará con prision.

Art. 4.° Así como Su Alteza no usurpa los bienes y las propiedades de ningun particular, no es permitido á nadie apropiarse los bienes de otro ni obligarle á vender sus propiedades para apoderarse de ellas injustamente. Todo el que infrinja esta disposicion, una vez que su crímen resulte debidamente justificado, restituirá los bienes quitados á su propietario

los empleados públicos y de establecer la mas estricta imparcialidad en el gobierno; y el de comercio es un reflejo de los mas adelantados códigos de comercio europeos, entre los cuales ocupa tan distinguido puesto el de España.

Durante mucho tiempo, se ha creido que el Sultan ó padischa era en Turquía el jefe de los poderes temporales ó espirituales; pero los trabajos hechos por los modernos orientalistas han demostrado que la ley religiosa no establece entre aquellos creyentes gerarquía sacerdotal; que los ulemas no tuvieron en el principio otra supremacia que la ciencia y el estudio; y que consultados por esta razon con frecuencia, llegaron á ser, á la sombra de califas indolentes, un cuerpo importante, constituyendo al fin, á pesar de las prescripciones de los textos coránicos, una corporacion religiosa que llegó á disponer del imperio.

Estos ulemas son los doctores del islamismo; los que suplen con su interpretacion lo que en el Coran falta para las prácticas religiosas; los que establecen la disciplina, y, en una palabra, los intermediarios entre los creyentes y su Dios. Los califas, que en un principio asumian todos los poderes, así los civiles como los militares y los religiosos, poco á poco fueron perdiendo estos últimos, por falta de prevision y sobrado afan de imponer su dominio. Para asegurar la pronta ejecucion de sus órdenes, y presentarlas ante su pueblo, eminentemente religioso,

legítimo, y si fuere un funcionario público, será además destituido de su empleo, y desterrado por un año de la capital.

Art. 5.° Hallándose todos los ulemas, visires, oficiales del ejército, dignatarios y todos los demás funcionarios del imperio, suficientemente retribuidos, todo acto de concusion será castigado con tres años de baño ó mazmorra, además de la destitucion de su empleo. Serán castigados con la misma pena, el concusionario y el que le haga una oferta ilícita.

Art. 6.° Si el concusionario formase parte del departamento de Hacienda, la pena será de cinco años.

Art. 9.° Cualquiera que rehuse pagar el impuesto, será castigado con prision. Toda rebelion contra los empleados de policía, será asimismo castigada con dos años de baño ó de mazmorra; la rebelion á mano armada, con tres; si produjera heridas, con cinco; y si las heridas ocasionasen la muerte, la pena tambien será de muerte.

Art. 10. Los golpes y las heridas entre particulares, serán castigadas con tres años de baño ó mázmorra; si produjesen la muerte, la pena será igualmente de muerte.

Art. 11. Esta será tambien la pena por el asesinato. El robo con violencia, siete años de prision.

Art. 13. Serán castigados ejemplarmente, con arreglo á las prescripciones del presente Código penal, todos aquellos mohassils, hakimes y gobernadores militares, que en el ejercicio de sus funciones ejecutasen actos contrarios á las disposiciones arriba establecidas.

Art. 14. Las disposiciones contenidas en el presente Código penal deberán ser obligatorias para todos los súbditos, otomanos, ó raïas sin la menor escepcion; y habiendo de participar todos de los beneficios que de ellas han de resultar, es precisa consecuencia el deber en *que está todo el mundo de velar* para que ninguno impida que puedan ponerse en ejecucion por quien corresponda, siendo al mismo tiempo permitido á cualquiera pedir justicia.»

con una sancion y con un carácter que las hiciera todavia mas indiscutibles, acostumbraban pedir al ulema la declaracion de que sus decisiones estaban conformes con el Coran, y esta declaracion, que se llamaba la *fetva*, llegó á tener tanta importancia por su misma índole religiosa, que con ella se podia paralizar la accion del poder soberano, hallándose por lo tanto la autoridad del Sultan, sometida á la del sacerdote. Á esto hay que agregar, que en Turquía los Sultanes no fueron herederos de la dignidad del kalifato, desde mucho tiempo hacia despojada de la autoridad religiosa, ejercida por los sucesores inmediatos del Profeta, sino desde 1517, á consecuencia de la conquista del Egipto, arrancado al último Abasida por Selim primero.

Los ministros del culto, ó imanes, nombre que quiere decir «el que conduce, el que va delante,» se ocupan de la instruccion religiosa ó de las prácticas materiales del culto, adquiriendo, por su larga permanencia en las *médressés*, (madrisas, escuelas ó colegios), la instruccion religiosa, científica y literaria que necesitan para el ejercicio de su cargo, sin que el carácter sacerdotal se les confiera por ninguna clase de ordenacion. Se dividen en *cheïkhes* ó doctores, que tienen por único deber la predicacion; en *khatibes*, encargados de leer en nombre del Sultan la plegaria oficial de los viernes; en *imanes* ó *imames*, propiamente dichos, adscritos al servicio de las mezquitas, y que tienen á su cargo todo lo relativo á las ceremonias de los casamientos y de los funerales; en *muezzines*, encargados de anunciar cinco veces al dia las horas de la oracion desde los altos minaretes; y en *kaïmes*, especie de custodios ó sacristanes, á cuyo cargo está el órden interior, la limpieza, y todo cuanto atañe á la parte material de las mezquitas. Las tres últimas categorias no forman parte de la corporacion de los ulemas.

El cuerpo sacerdotal en Turquía con frecuencia ha sido opuesto á las reformas y al progreso, encontrando poderosos auxiliares para su pasiva resistencia en el espíritu desconfiado y lento de la gran masa de la poblacion musulmana, y en el fanatismo que los *derviches* inspiran al pueblo con sus excentricidades y sus predicaciones. En verdad y en justicia debe decirse, que hoy los ulemas van entrando tambien en

el camino de las reformas, aunque no sin que por esto hayan dejado sus antiguas prácticas, como se ha visto recientemente en la conducta observada durante los últimos acontecimientos que precedieron á la guerra de Turquía y Rusia, por los *softas* ó estudiantes de los colegios sacerdotales.

Además de estas diferentes clases de *imanes*, que pudiéramos llamar el clero secular, hay en Turquía diversas especies de *derviches*, que son en la religion musulmana lo que las órdenes monásticas en el catolicismo. Eran y aun son muchas y diferentes tales corporaciones religiosas, y se distinguen, ya por el nombre del fundador, ya por los ejercicios de devocion á los cuales se dedican con especialidad. Las mas conocidas desde que desaparecieron los *bektachis*, destruidos en 1826 con los genizaros, son los llamados *derviches gritadores*, que los franceses apellidan *derviches hurleurs*, y los *derviches giradores*, ó *derviches tourneurs*, como les denominan con gran precision nuestros vecinos transpirenaicos.

Los ejercicios deestos derviches, gritadores y giradores, son de lo mas curioso que debe presenciar un viajero en Constantinopla, encontrándose los primeros en Scutari, y los segundos en Pera, donde tienen sus tékiés ó conventos; y son tanto mas fáciles de estudiar, cuanto que, á diferencia de los otros religiosos mahometanos, así seculares como regulares, que no dejan á los curiosos extraños á su culto asistir á sus ceremonias, y los arrojarian de las mezquitas si tratasen de entrar en ellas durante las horas de la plegaria, los derviches permiten que entren los europeos en sus tékiés, con la sola condicion de dejar el calzado á la puerta, y penetrar en aquel recinto con los piés desnudos ó con babuchas. La descripcion de estos tékiés y de las costumbres de aquellos monjes turcos, habrán de ocuparnos especialmente en la seccion especial que á las costumbres de aquel país hemos de dedicar, antes de dar fin al presente capítulo.

Estraño parecerá, que habiendo dicho el Profeta, en odio á los monjes cristianos, *nada de monástico en el Islam*, existan monasterios en los estados musulmanes; y sin embargo, el origen de ellos se remonta precisamente á la época de los primeros kalifas.

Añadidos los textos coránicos treinta años despues de la muerte de Mahoma, con aquella otra máxima, «la pobreza es mi gloria,» el califa Alí, animado de un espíritu verdaderamente ascético, renunció voluntariamente á todos los bienes de este mundo, y bien pronto le siguieron numerosos partidarios, amantes, como buenos orientales, de la vida contemplativa, los cuales reunidos á Alí, á quien reconocieron por jefe, formaron la primera asociacion religiosa, conociéndose sus individuos con la denominacion de «los puros» ó *Safas-habi*. De este modo, los derviches ó monjes se introdujeron en el islamismo, extendiéndose rápidamente por las orillas del Mediterráneo, el mar Rojo, el Ganges y el Bósforo, llegando á contarse setenta y dos órdenes ó clases de derviches, entre la Arabia, Persia y Turquía, correspondiendo á esta última treinta y seis, de las cuales doce eran mas antiguas que el imperio otomano, habiendo sido las veinte y cuatro restantes fundadas desde los fines del siglo XIII hasta el XVIII.

Increibles parecen las extravagancias y hasta crueldades á que se entregaban algunas de estas órdenes, excesos de misticismo, en los que, sin desconocer influencias índicas, hallamos el cumplimiento de una ley general en la historia, pues el espíritu del hombre, colocado en condiciones análogas, presenta siempre iguales fenómenos á través del tiempo y la distancia. Citaremos, como prueba de nuestro dicho, á los derviches de la órden fundada por el yemenita Oweis, á quien, segun sus monjes, el ángel Gabriel habia ordenado renunciar al mundo, treinta y siete años despues de la muerte del Profeta, cuyos derviches se arrancaban todos los dientes en recuerdo de los dos que Mahoma perdió en la batalla de Ohod. Otro fundador, Seid-Almed-Rufaï, se tragaba carbones ardiendo, y se imponia otros crueles tormentos, que transmitió como en herencia á sus sectarios; pero esta severidad, y el ejercicio de la beneficencia y de las virtudes sociales, que practicaban en los primeros tiempos, convirtiéronse bien pronto en vida muelle y regalada, y en toda clase de abusos, llegando hasta á formularse el panteismo en las doctrinas de los derviches, asimilándose Dios á la materia, permitiendo á la razon individual la interpretacion del Coran, y hundiéndose, por último, en la sima del materialismo.

El origen de los misterios con que bien pronto procuraron rodear su vida, lo llevan los musulmanes hasta el indio Baba–Reten, que dicen vivió quinientos años, que conoció todas las plantas, y que importó de la India el uso del ópio en pastillas, para producir el éxtasis. La enseñanza de los derviches contiene dos grados, correspondientes á los diversos periodos del que aspira á entrar en cualquiera asociacion misteriosa, desde esta aspiracion, hasta quedar completamente iniciado. Despues, el dervich puede decirse no tiene mas ley que la obediencia ciega y la sumision absoluta á su cheikh ó jefe. Asi organizados, atrayéndose el fanático y ciego amor de las masas, con prácticas exteriores, para excitar la imaginacion viva é impresionable de aquel pueblo, con gritos y cantos frenéticos, con vueltas vertiginosas, con torturas públicas, con verdaderos martirios, sufrimientos á que ya acostumbrados, no producen en su embotada sensibilidad el efecto que creen los espectadores, excitaron y aun excitan tal respeto entre las clases inferiores de la poblacion turca, que aun en la actualidad seria imposible al emperador abolirlos de un golpe.

En anteriores épocas, queriendo unir su prepotente fuerza moral, á la material de las armas, llegaron á establecer algunos de ellos intimo maridaje con los genízaros, hasta el punto de vivir en determinado número dentro de sus cuarteles, aparentando rogar dia y noche por la victoria de sus armas. Todavia, si un dervich fuera condenado á muerte por cualquier grave y repugnante delito, el pueblo se inclinaria delante de sus restos, como si fuera un mártir.

Estos hechos despiertan en el viajero observador pensamientos nada favorables á la decantada religiosidad de Turquía, haciéndole comprender la oposicion que las reformas han encontrado en aquellos paises, entre los imames y los derviches, y sobre todo en estos últimos; y queriendo remontarse á los origenes de tal estado de cosas, lo primero que trata de investigar, es si encuentran su base en el dogma mismo, ó mas bien en las viciosas prácticas é interpretaciones de los que lo enseñan. Dice á este propósito un notable escritor extranjero (1), que cuando se

(1) Luis Enault.

estudia con atencion el pensamiento de Mahoma, á pesar de la oscuridad de su exposicion y de la incoherencia de su desarrollo, se puede hallar en el Coran un racionalismo ecléctico, y reducir el mahometanismo á deismo puro. El Coran, á nuestros ojos, es mas bien una teoria que una religion, dirigiéndose antes á la razon que á imponerse por la fé; dejando en paz las facultades místicas del alma, tan vivamente sobrescitadas por los derviches. Acaso esto sea un perjuicio, pues la fé es una de las mas imperiosas necesidades de la humanidad. Establecido el dogma de la unidad de Dios, como base inquebrantable de su sistema, el Coran da poca importancia à lo demás. El que diga: «no hay mas que un solo Dios», aquel comienza á entrar en el Paraiso. En otro pasaje añade: «La virtud no consiste en que volvais el rostro á levante ó á poniente; virtuosos son aquellos que creen en Dios y en el último dia, en el libro y en los profetas; que dan por amor de Dios socorros á sus parientes y á los huérfanos, á los pobres y á los viajeros y á los que les piden; que redimen los cautivos, que observan el precepto de la plegaria, que dan limosna, cumplen los contratos á que se obligan, se muestran pacientes en la adversidad, en los tiempos duros y en los de violencias. Estos son los justos y temerosos del Señor.» (Coran, cap. II, v. 172.)

Esta doctrina no es opuesta, en verdad, á la marcha de la civilizacion ni al progreso humano, sino que, por el contrario, con ella puede llegarse á la realizacion de todos sus ideales; á lo cual tambien contribuye la igualdad de clases que hay en Turquía, donde no son conocidas las diferencias de castas, pudiendo aspirar todos los asociados á los mas altos puestos, sea cualquiera el origen de su cuna, por lo que, no sin razon, se ha dicho que la sociedad musulmana es una vasta democracia bajo el principado de uno solo. Tales principios, establecidos por Mahoma para destruir las pequeñas oligarquías de los árabes, producen sentimientos de fraternidad, que hacen al rico generoso y hospitalario.

Pero al lado de tan fecundos principios religiosos y políticos, existe en Turquía, como en todos los pueblos mahometanos, otro que los anula por completo, y que tienen tambien su origen en el Coran. El dogma de la predestinacion ó el fatalismo. «El elegido, como el ré-

probo, están predestinados á ventura ó á desdicha eternas desde el seno de su madre.» «Las naciones tienen un fin, y cuando éste llega los hombres no pueden ni avanzar ni retroceder.» Con tales máximas se comprende bien el atraso de un pueblo, y mas si sus individuos, por las influencias del pais, son apáticos á predominio, por lo que encuentran mas fácil que buscar remedio á sus males en el estudio y el trabajo, repetir con mística piedad, «estaba escrito.» Desgraciadamente en nuestra sociedad española dejaron los conquistadores muslímicos infiltrada esa misma creencia, y nuestro, «estaba de Dios,» que vemos repetir con frecuencia, aun á las personas mas ilustradas, no es otra cosa qué el kismet, ó doctrina fatalista de los otomanos.

Los teólogos del Islam se han esforzado en combatir la predestinacion, como incompatible con la justicia divina; y queriendo buscar el medio de concordar racionalmente la preesciencia divina con la libertad humana, han reducido el kismet á tres puntos, declarando, que la predestinacion solo se refiere al estado espiritual; que no comprende á todo el género humano, sino á una parte de mortales predestinada; y que en nada se refiere al estado civil y político de los pueblos. Á pesar de tan hábil teoría, ha de pasar mucho tiempo antes de que se infiltre por completo en las masas, lo cual será difícil mientras existan en aquel pais derviches interesados en que la verdadera ilustracion no descienda á todas las clases, desterrando el fanatismo, fuente de todo atraso, cuando se trata de regenerar á los pueblos; sin que por esto se entienda somos partidarios de arrancar del corazon de éstos las creencias religiosas, pues el dia en que los asociados las pierdan, es el último de su felicidad individual y de su existencia colectiva.

Además de la religion mahometana, que es la que podemos llamar religion del Estado ú oficial, existen en Turquía cuatro comuniones importantes, que se dividen las poblaciones del imperio, cuales son: la católica ó latina; la griega; la armenia; ramas las tres del cristianismo; y por último, la religion hebráica. Corresponden á la primera, todos los vasallos cristianos del Sultan, que reconocen al Papa como cabeza visible de la Iglesia, y aceptan todas las prescripciones del símbolo católico, que son los latinos propiamente dichos; los griegos

unidos y melkitas; los caldeos; los siriacos unidos, y los maronitas; regidos espiritualmente por sus patriarcas y obispos respectivos, y en lo temporal, por un delegado, á quien se denomina el *Vekil*, nombrado por la Puerta, y que los representa cerca de ella. Los caldeos y siriacos, en lo civil, dependen tambien del patriarca armenio unido. Hay un vicario apostólico de la mision latina en Constantinopla, que lleva el nombre de arzobispo *in partibus* de Petra; y aunque su vicariato es muy extenso, solo cuenta de 13 á 14,000 católicos del rito latino, teniendo además bajo su jurisdiccion espiritual á los de los ritos orientales, griegos, maronitas, sirios y caldeos. Fuera de Constantinopla el número de católicos es muy escaso.

La mision corre á cargo del clero indígena, auxiliado por los clérigos seculares de diferentes diócesis, y por los misioneros apostólicos enviados por la Propaganda, pertenecientes á las órdenes religiosas que á continuacion se expresan:

1.° Menores conventuales ó franciscanos. Esta mision fué fundada por el beato Benito de Arezzo en 1219. — 2.° Dominicos, establecidos en Constantinopla desde el siglo XIII. — 3.° Padres capuchinos. El primer religioso que hubo en Constantinopla de esta órden fué S. José de Leonesa. — 4.° Recoletos. Estos misioneros se establecieron en Constantinopla en 1642. — 5.° Menores observantes. Tienen un hospicio en Constantinopla, cuyo superior está encargado de los negocios de los Santos lugares, con el título de Comisario de la Tierra Santa.— 6.° Lazaristas. En 1776 reemplazaron á los jesuitas, que desde 1583 hasta 1773, época de su abolicion, habian ocupado en Galata la casa é iglesia de S. Benito. — 7.° Los padres capuchinos, expulsados de la provincia de Tiflis (Georgia rusa), fundaron establecimientos en Trebisonda, Sansum y Sinope. Cuéntanse en Constantinopla ocho iglesias latinas, en Andrinópolis una, en Salónica otra y otra en Buyucdere: en los demás puntos donde los católicos están en menor número, no hay mas que capillas. Tiene además Constantinopla, hospitales católicos, sostenidos por franceses, austriacos ó italianos. Los armenios católicos, que no dependen de la jurisdiccion del vicario apostólico latino, tienen un arzobispo de su nacion, á quien el gobierno otomano da el

título de patriarca, aun cuando el verdadero reside en el Líbano. El número de armenios católicos residentes en Constantinopla asciende á 17,000, contándose entre ellos cerca de 60 sacerdotes.

La iglesia griega, cuyo cisma, verdaderamente declarado, se remonta al siglo XI, bajo el patriarcado de Miguel Cerulario, es una de las comuniones religiosas que, despues de la musulmana, cuenta en Turquía con mayor número de asociados. Esta iglesia, la base de cuyo cisma consiste en negar que el Espíritu Santo procede del Hijo, y en rechazar la autoridad del Papa, está dividida en tres fracciones, que son: la llamada por ellos, iglesia ortodoxa; la monofisita ó *eutichenea;* y la nestoriana. Comprende el conjunto de la iglesia griega, en el imperio turco, cuatro patriarcados: el de Constantinopla, subdividido en 102 diócesis ó éparchias, de las cuales 84 llevan el título de metrópoli; el de Alejandría, con cuatro diócesis; el de Antioquia con veinte, y el de Jerusalen con diez y seis. Estos patriarcas son independientes los unos de los otros, sin que ejerza el de Constantinopla sobre sus compañeros otra autoridad que la que se deriva de su título, de jefe civil de la comunion. Para el arreglo de los asuntos religiosos, tiene un consejo, ó sínodo, compuesto de doce metropolitanos, cuyos miembros, nombrados por él, pueden renovarse cada dos años. Para los negocios civiles existe un consejo nacional compuesto de doce individuos laicos, y además, la asamblea general, formada por el sínodo, el consejo nacional, y los notables de la comunion, asamblea que representa el poder constituyente. Esta asamblea, unida á los delegados de las diócesis, eligen el patriarca; y los metropolitanos y obispos son nombrados ó desposeidos por el sínodo. Los patriarcas, despues de su eleccion, necesitan recibir del Sultan una especie de executor ó breve de investidura, llamado *berat.* Los metropolitanos y obispos, reciben un sueldo fijo, que varía de 20 á 100,000 piastras, ó sea próximamente de 17,600 á 88,000 reales, aparte de los derechos de pié de altar. El patriarca percibe 770,000 piastras, equivalentes á 325,600 reales. Los sacerdotes que componen el clero inferior, llevan el nombre de *Papas*, y no tienen retribucion fija, viviendo de lo que les producen los derechos de estola, pié de altar, y las limosnas de los fieles: pueden ser casados, si ya lo

estaban antes de recibir las órdenes, pero los que se encuentran en tal caso, quedan excluidos de las dignidades superiores de la iglesia.

Antes de la guerra de la independencia griega, la iglesia de Grecia, propiamente dicha, dependia del patriarcado de Constantinopla; pero desde 1833 se declaró independiente, habiendo reconocido su autonomia dicho patriarca por una bula apellidada el *Tómos*.

Al lado del clero que podemos llamar secular, hay tambien en la iglesia griega de Oriente muchos monjes, llamados *caloyers*, que habitan en conventos y poseen extensas propiedades; cuyas granjas ó metokhis parecen verdaderas casas de placer; pues estos monjes, para nada se ocupan del ascetismo de la vida, ofreciendo el mas acabado tipo del monje perezoso, sensual é ignorante. Á diferencia, sin embargo, de los derviches ó monjes musulmanes, no son hipócritas ni tratan de ocultar sus flaquezas con estudiadas frases. Ellos mismos eligen y destituyen á sus superiores, cuyos cargos son vitalicios si no cometen faltas graves, y cada monje conserva la propiedad y la direccion de su fortuna, debiendo darles el convento, los articulos de primera necesidad, tales como el pan, el vino, el aceite, la leche y las legumbres frescas y secas. Estos conventos son mas bien agrupaciones de hombres cómodos y egoistas, que han convertido la religion en un materialismo epicúreo.

Sin embargo de tales condiciones, los que profesan en Turquia la religion griega, son sinceramente creyentes, observando con escrupulosidad las fiestas y los ayunos de la cuaresma, y tienen muchas iglesias y capillas, en las que se conserva en todas las manifestaciones del arte la antigua influencia bizantina.

La iglesia armenia, cuya doctrina se separa mas de la latina que de la griega, niega, como es sabido, la primacia del Papa, rechaza tambien la adicion del *filioque*, en el símbolo de los apóstoles, y no distingue como la católica las dos naturalezas; lo que ha hecho que se la coloque algunas veces entre las iglesias monofisitas. Obedecen á un jefe supremo, que lleva el titulo extraño de *Cathólicos*, y que reside en Echmiadzin, en la Armenia rusa. Este Cathólicos, ó jefe supremo armenio, da la investidura al patriarca de su comunion en Constan–

tinopla, que es al mismo tiempo jefe civil de los de la comunion, y su intermediario con la Puerta. Son elegidos por la asamblea general, compuesta de 400 individuos, nombrados por sufragio universal; y tienen dos consejos, llamados nacionales, el uno religioso, compuesto de catorce individuos, y el otro civil, de doce, para que le asesoren en los diversos asuntos de una y otra clase.

La comunion armenia se encuentra dividida en Turquía en 50 diócesis, no comprendiendo en ellas las que dependen de los patriarcados de Sis en Cilicia y de Jerusalen, diócesis gobernada por *aratchenortes*, que pueden ser obispos ó simplemente sacerdotes del clero llamado negro, ó secular, conocidos con el nombre genérico de *vartabeds*, sacerdotes especialmente encargados de la predicacion, y entre los cuales se eligen los obispos. Esta eleccion se hace por las asambleas provinciales, cuya eleccion debe ser aprobada despues por el patriarca y la asamblea general, y recibir los elegidos la investidura canónica del jefe supremo ó Cathólicos. Tiene tambien la iglesia armenia muchos monjes, pero, á diferencia de los griegos, pasan su vida entregados á prácticas austeras, y á la lectura de libros de liturgia, única que les es permitida. El sacerdote armenio no está atenido á renta fija, sino á los derechos que llamamos de estola y pié de altar, los cuales, hallándose préviamente establecidos, impiden la simonía.

Hay un pequeño grupo de armenios que reconocen la supremacía del Papa, los cuales no están separados de la iglesia romana mas que por pequeñas diferencias de rito, y que por esta causa reciben el nombre de armenios unidos ó católicos. Aunque poco numerosos los individuos que le componen, pues apenas llegan á 10,000, forman una comunion distinta, cuyo jefe, asimilado á los patriarcas griego y armenio, asume á la vez, como ellos, la autoridad religiosa y civil; y bajo este último concepto, el patriarca armenio unido, representa cerca del gobierno otomano á los patriarcados siriacos y caldeos unidos. Obedecen su autoridad religiosa, obispos, cuyo nombramiento, por sufragio universal ó por la Sede apostólica, suscita con frecuencia dificultades todavía no resueltas, y además sacerdotes de la Propaganda, que ocupan las altas dignidades, y sacerdotes para el servicio de las iglesias, sin mas retri-

bucion que el pié de altar. Unos y otros forman su clero secular. Viven solteros, aunque el celibatismo para ellos no sea de obligacion absoluta. El clero regular se compone de padres Mekhitaristas y padres Antoninos, cuyos religiosos están generalmente muy considerados por su vasta instruccion y la pureza de sus costumbres.

Á pesar de los esfuerzos de la sociedad bíblica entre las diversas agrupaciones cristianas de Turquía apenas se encuentra un protestante, no llegando á 5,000 los que hay en todo el imperio turco.

La religion hebráica cuenta con mayor número de afiliados, descendientes en su mayor parte de los judíos españoles, que dejaron á su pátria en las diversas épocas de la expulsion. Se dividen en dos fracciones, ó sean los Talmudistas y los Karaïtas; y tienen la direccion de sus asuntos civiles y religiosos, los rabinos, de los cuales el de Constantinopla, aunque no ejerce ninguna clase de autoridad sobre sus compañeros de otras poblaciones, lleva el nombre de Gran rabino, y goza, con respecto á la sociedad turca, los mismos privilegios que los patriarcas. Tiene como cuerpo consultivo, un consejo compuesto de seis miembros, de los cuales tres son rabinos y tres láicos. Para los asuntos judiciales hay un tribunal llamado Bet-din, que consta de tres jueces, y para lo que pudiéramos llamar la policía urbana, tienen un magistrado especial, al que dan el nombre español de Regidor. En las capitales de las provincias hay ocho rabinos, que tienen á sus órdenes otros nueve de menor categoría. La comunion israelita paga á unos y á otros, sostiene las sinagogas, y dando un alto ejemplo de caridad, paga los impuestos de los pobres que no pueden hacerlo.

Á pesar de tanta diversidad de cultos, generalmente se practican todos con entera libertad, la cual no excluye el ódio inveterado, que, principalmente en las clases inferiores y fanatizadas por los derviches, existe contra los cristianos, y que se traduce mas de una vez, como hasta en nuestros dias lo demuestra la experiencia, por esas terribles hecatombes de cristianos sacrificados cruelmente por el fanatismo musulman. En la época de nuestro viaje á Constantinopla, cuando en busca de antigüedades ó por estudiar las costumbres propias de aquel país, nos internábamos en el laberinto de sucias callejas, donde vive la

parte mas atrasada de la poblacion turca, oiamos á cada instante resonar en nuestros oidos, al mismo tiempo que nos lanzaban sus amenadoras miradas, la frase de «perro cristiano» con que se designa generalmente entre los turcos á todo el que profesa la religion de Jesucristo.

Uno de los ramos de la administracion turca en que mas se han sentido las modernas reformas, es el ejército y la marina. Antes de la destruccion de los genizaros, las fuerzas del imperio se componian de éstos, y de tropas que podemos llamar feudales, con las que contribuian los poseedores de los feudos, designados segun su extension con los diversos nombres de *timar*, *zaïmé* y *beylik*. Estas formaban la caballeria, asi como los genízaros la infanteria. El número de aquella fuerza se elevó, durante el reinado de Suleiman, á 200,000 caballos, habiendo bajado á 140,000 en tiempo de Selim. Los genizaros se dividian en *ortas* ó batallones, subdivididas en *odas* ó compañias, de las cuales cada una cuidaba de sus veteranos y sus retirados. Sus oficiales llevaban titulos tomados de diversas funciones domésticas, tales como *achdji*, cocinero, *sakka*, aguador, etc.; y su jefe superior era el *agha*, que solo dependia del Sultan.

Los repetidos excesos á que unas y otras tropas se abandonaron, y su constante insubordinacion, hicieron pensar en la reforma, que, como hemos visto en el número anterior, si bien se habia intentado desde el primer año de este siglo, no llégó á realizarse por completo hasta 1843, en que definitivamente quedó planteada por la ordenanza de Riza-Pachá, á la que ha servido de base, en lo relativo á la infantería, caballeria é ingenieros, la organizacion francesa, y la prusiana para la artilleria.

Con arreglo á dicho séraskierat, ó soberana disposicion, el *nizam* ó ejército otomano se compone de 80 regimientos, de los cuales 36 son de infanteria, 24 de caballeria, 10 de artilleria, 2 de ingenieros y 8 de cuerpos destacados. Su fuerza se eleva á 100,496 hombres, sin contar los estados mayores; y los soldados se reunen, ya por alistamientos voluntarios, ya por medio de la suerte, en la que solo entran los súbditos musulmanes. De la buena voluntad con que van á servir pude juzgar en uno de mis viajes al interior, viendo llevar á los que llamariamos

nosotros los quintos, que iban á sus cajas respectivas, atados como criminales, y conducidos entre bayonetas. El servicio activo dura cinco años, y despues permanecen siete en *rédif* ó reserva, durante los cuales celebran frecuentes asambleas y ejercicios, recibiendo mientras duran estos soldada y racion. Este rédif ó reserva forma, por lo tanto, en realidad un segundo ejército, compuesto de igual número de hombres y con las mismas divisiones y organizacion que el *nizam* ó ejército activo, por lo que puede en rigor hacerse subir el ejército de la Puerta á un efectivo de cerca de 300,000 hombres.

El ejército regular está dividido en seis cuerpos llamados *Ordou*, de los cuales uno forma la guardia imperial, hallándose los cuarteles generales de los demás diseminados por las principales ciudades del imperio, y mandado cada uno de ellos por un *muchir*, ó general, que tiene á sus órdenes dos ó tres *fériks*, ó mariscales de campo, y un número proporcionado de brigadieres, llamados *livas*.

En caso de necesidad el ejército activo puede aumentarse con un número indefinido de tropas irregulares, cuyos voluntarios, conocidos con el nombre de *bachi-bozuchs*, con su turbulencia y su insubordinacion, son mas perjudiciales que útiles en los ejércitos turcos.

La remuneracion de las tropas regulares, como sucede tambien en mas de un Estado en Occidente, no está en relacion de las necesidades y del trabajo de los jefes, oficiales y tropa. Mientras el sueldo, al cual se agrega el *taïn*, ó racion, asciende en los oficiales generales á cifras enormes, en los inferiores apenas alcanza para cubrir las precisas necesidades. Entre sueldo y raciones un muchir cobra 68,000 reales mensuales, un liva 8,000, y el *iuz bachi* ó capitan, y el *mulazim* ó teniente, solo algunos efectos de equipo y una mensualidad que no pasa de 320 reales para el primero y 200 para el segundo; mezquindad en las remuneraciones que bien á las claras se revela en el porte y traje de los oficiales subalternos, el mejor de los cuales cambiaria su posicion y su uniforme con el último de nuestros sargentos. La manera de marcar los grados difiere esencialmente de los ejércitos europeos, pues consiste en insignias que llevan en el pecho á manera de condecoraciones, y

que hay que tener cuidado para no confundirlas con las concedidas al mérito, que toman el nombre genérico de *nichan*.

El traje del ejército regular turco consiste en un pantalon rojo, levita abrochada, fez y fornituras, traje que con razon se dice hubiera podido haber estado mas en armonía con las costumbres y las tradiciones orientales, aunque la organizacion hubiera sido enteramente á la europea, como sucede con las tropas inglesas de la India y con los pintorescos zuavos del ejército francés.

La marina otomana, antes del incendio de su escuadra en Tchesné, en 1770, componíase de navíos pesados y de carabelas, cuya anticuada construccion los hacia de difícil gobierno. Desde aquella época, y durante un largo período de diez y nueve años, estuvo el imperio casi puede decirse sin armada, hasta que, en 1789, Selim llamó ingenieros navales franceses y suecos, los cuales, auxiliados con cuanto pudieron necesitar por el celo y el patriotismo del almirante ó capitan pachá Husseim, construyeron en seis años una numerosa escuadra, que fué destruida en gran parte en el combate de Navarino. La energía é inteligencia de Husseim reparó bien pronto aquel desastre, y en 1851 la flota turca constaba de tres navíos de 130 á 120 cañones; cuatro de 90 á 74; seis fragatas de 61 á 40; diez corbetas de 26 á 22; catorce brick-barcas de 20 á 12; seis fragatas de vapor; y veinte y ocho embarcaciones menores. Destruida de nuevo en parte, en Sinope, cuando la guerra de Crimea (1854), ha sido enteramente reconstruida desde aquella fecha, y contaba en 1867, 163 buques, la mayor parte de vapor, en esta forma: 52 fragatas, de las cuales cinco eran acorazadas, 19 navíos de vela y 92 barcos menores de todas clases.

La armada turca está mandada, como ya indicamos, por un almirante ó capitan pachá, cinco contra-almirantes, tres brigadieres y ocho coroneles ó capitanes de navío de segunda clase; contando en sus diferentes buques de guerra con 2,370 cañones y 40,000 soldados y marineros.

Cuando estuvimos en Constantinopla, visitamos, con el comandante de la *Arapiles* y los oficiales que le acompañaron, el arsenal, y pudimos persuadirnos, por lo que nosotros vimos y por la autori-

zada opinion de aquellos entendidos marinos, de que los turcos han llevado á la construccion naval todos los adelantos de la época. En una magnifica grada cubierta estaba en construccion una fragata acorazada, toda de hierro, de doble fondo, del sistema celular, perfectamente trabajada, y en las factorias del mismo establecimiento vimos fabricar planchas de blindaje de 18 centimetros de espesor, tan buenas como las mejores procedentes de Inglaterra.

En el Bósforo encontramos fondeada una fuerte escuadra turca acorazada, compuesta de trece buques en completo estado de armamento, y, segun nos informaron, el gobierno otomano tenia el pensamiento de aumentar considerablemente su fuerza naval.

En la orilla del Asia estaban tambien construyendo algunas baterias para cañones de grueso calibre, que puedan en todo caso impedir el paso del Bósforo á quien pretendiese intentarlo, y no es dudoso, decia el comandante de nuestra fragata en vista de los adelantos que en construccion naval alli encontramos, que si la ocasion se ofreciese contarian los turcos con excelentes torpedos que harian muy peligroso el atravesarlo.

Tanto aparato militar en dicho canal y en los Dardanelos, parecian indicar precauciones de próxima guerra, que en efecto no tardó mucho tiempo en estallar. La prediccion del comandante español cumplióse pronto, pero desgraciadamente para Turquía, que se lanzó á la lucha confiada en falaces alianzas, todo su valor y la pericia de sus generales han sido inútiles ante su constante enemigo, el coloso del Norte, que pretende anularla, y cuyos soldados penetraron al fin en Constantinopla, aunque sin atreverse, por temor á las demás potencias de Europa, á declararla conquistada, sino como garantia para la paz, que en los momentos en que publicamos estas lineas parece definitivamente ajustada.

Si del estudio de la organizacion de aquel pueblo, pasamos al de sus medios de subsistencia, á las fuentes de la riqueza pública, encontramos que existian hasta hace pocos años dos inconvenientes dificiles de remover para el desarrollo de la riqueza y de la industria, en los feudos militares de que ya hemos hablado, y los bienes de las mezquitas. Los primeros quedaron reunidos al dominio del Estado, cuando Maha-

mud destruyó la antigua organizacion del ejército: para hacer lo mismo con los segundos le faltó audacia. Estos *vakufs*, ó bienes de las mezquitas, equivalen á las dos terceras partes de la propiedad territorial, están exentos de impuestos, y confiados á colonos que pagan á la mezquita respectiva una renta, destinada á la dotacion del ulema y á la conservacion de los edificios. Aunque no es nuestro ánimo, ni la ocasion oportuna, de entrar en la cuestion de los perjuicios que á la agricultura y á la industria produce el estancamiento de la propiedad en las que, no sin razon, se han llamado manos muertas, apuntaremos al menos que, como la experiencia ha demostrado en otros paises, en el imperio otomano ejerceria beneficiosa y rápida influencia en el desarrollo de la agricultura la sustitucion del particular á la comunidad, del propietario al colono. Un gran paso ha dado el gobierno turco para los adelantos de este importante ramo de la riqueza pública, base y raiz de todas las industrias y las artes útiles: la ley de 1868, que reconoce á los europeos el derecho de poder ser propietarios en los territorios otomanos, lo cual antes les estaba prohibido; si bien burlaban la prohibicion, poniendo los bienes en cabeza de sus mujeres, madres y hermanas, cuando éstas pertenecian á la nacion turca. La pacífica conquista de la tierra por medio del arado y la esteva, realizará con las conquistas de la inteligencia, andando el tiempo, lo que no conseguirian sino con inútiles sacrificios de millones de hombres en los campos de batalla, las impacientes é insaciables ambiciones de los conquistadores.

Debido á la falta de estímulo, y á las cualidades especiales del carácter musulman, ni las admirables condiciones de fertilidad de aquel suelo, donde fácilmente pudieran cultivarse las plantas del antiguo y del nuevo mundo, ni las facilidades que para la exportacion y el comercio de cabotaje le dan sus mil cien leguas de costa, son estímulos bastantes para sacar á la agricultura del estado de postracion en que se encuentra en Turquía, hasta el punto de poderse decir, que relativamente son nulos sus productos. La explicacion de este fenómeno, dice á este propósito un escritor extranjero, no puede encontrarse ni en una disposicion particular de la raza otomana, cuyo carácter es antes que todo guerrero y pastor, mas que dado á las pacientes y penosas

tareas de la agricultura, ni á las prescripciones del Coran, que al contrario la honran y tienen en grande estima. Hay que buscarla en otras numerosas causas, de las cuales es la principal la falta de estimulo, por ser casi todos los que labran las tierras colonos de las mezquitas y no propietarios; en la casi nulidad de conocimientos teóricos y prácticos; la falta de brazos y de capitales; la escasez de caminos; y la exorbitancia de los impuestos y exacciones arbitrarias, que á pesar de todas las reformas introducidas en la administracion turca subsisten, matando en el productor todo estimulo, y agotando los gérmenes de su actividad. Una observacion de Tchihatchef, viajero de toda fé, da la medida exacta del decaimiento en que se encuentra la agricultura en aquellos paises. Un espacio de 60 millas cuadradas que se extiende desde Caraman al Singario y al lago salado Tutehly, apenas tiene 50 millas cultivadas. Nosotros mismos, al recorrer desde Beyrut á Damasco y despues á Balbek, las fértiles llanuras que separan al Líbano del anti-Líbano, quedamos maravillados de ver convertido en abrumador desierto, numerosas leguas de rica tierra vejetal, que pudieran convertirse en fertilísimos y productivos campos. Así la produccion del trigo en Turquía, evaluada en un total de 75 millones de pesetas, de la cual se exporta una cuarta parte, no es mas que la décima de lo que se podria cosechar. Las producciones expontáneas del suelo apenas se utilizan, y los bosques se entregan al primero que los solicitan sin mas obligacion que el pago de un 3 por 100 sobre el producto de la venta. Tal estado de cosas no ha podido menos de llamar la atencion del Sultan y de sus consejeros, que han comprendido la necesidad de adoptar apropiadas medidas para el mejoramiento de la agricultura; pero el estado del Tesoro y la constante inquietud en que les tienen las guerras exteriores, no extinguidas cuando de nuevo amenazando, esterilizan los mejores deseos de los gobernantes turcos.

En la industria manufacturera, el imperio otomano poseia en los primeros años de este siglo centros industriales de la mayor importancia, que, aunque no á la altura en que estuvieron, todavía sostienen un buen nombre, y mas lo elevarian si lograsen introducir sus productos á precios convenientes en los mercados europeos. Dierbekir y

Brusa producen todavía sus renombrados terciopelos, satenes y finísimas telas de seda, que desafian en delicadeza á los mas finos tejidos de la India; Bagdad sus célebres estampados, sus curtidos, su cerámica y su orfebrería; Alepo sus renombrados tejidos de oro y seda, de seda y algodon, y aun de algodon solo, de cuyos tejidos tuvo hasta 40,000 artefactos; Scutari y Turnovo en Europa sus muselinas, de las que logró contar mas de 2,000 telares; Samukou y Fagnitza sus hierros forjados; Damasco, Mostar y Travnik sus preciadas armas; San Stéfano, sus estampados; Angora, Chio, Salónica y Smirna sus tejidos comunes, sus tapices, guarnicionería y papeles; pero distan mucho de ser en cantidad de productos lo que fueron, aunque no desmerezcan en calidad, como ha podido observarse en la última Exposicion universal de Paris. Los sultanes y su gobierno han procurado alentar la industria creando fábricas imperiales de paños y de sedería en Nicomedia, fundiciones con altos hornos en Constantinopla, y tejares ó fábricas de ladrillos en Buyukdere; pero nada basta á contrarestar la competencia extranjera, que llena de géneros, principalmente ingleses, los mercados turcos, llevándose en cambio á bajos precios, para venderlos á muy altos en los mercados europeos, los productos de la industria oriental. Tanto por esto, como por sus relaciones con la India, se concibe el empeño que los ingleses tienen en conservar su influencia en los consejos de los sultanes. Tambien ha contribuido mucho al decaimiento de la industria manufacturera en Turquía la reforma del traje oficial, que ha hecho disminuir en una proporcion incalculable el consumo de las vistosas y ricas telas de que antes se componian los suntuosos vestidos turcos. Pero lo que la civilizacion ha hecho perder á aquellos industriales, á la civilizacion debieron y podian cobrarlo con usura, procurando se les abriesen los mercados europeos, donde la fácil moda, que tanta predileccion mostró siempre por los bellísimos y poéticos productos de la artística industria oriental, les daria mas valor del que tuvieron siempre en las épocas de su mayor apogeo.

El comercio, poderoso auxiliar de la industria, ofrece en Turquía mayor actividad, que fácilmente comprendimos, viendo los innumerables buques de vela que, además de los vapores, pasaban diariamente

por el Bósforo hácia el mar Negro, y los que se encontraban fondeados en su costa europea. Los de bandera italiana eran los mas numerosos, y despues seguian los griegos, los austriacos y los franceses; pero el comercio mas importante lo hacen los ingleses por medio de buques de vapor, y parece increible que el cambio de productos que se realiza por aquellas costas dé ocupacion á tan inmenso tonelaje, confesando ingénuamente que no teníamos cabal idea de la importancia de su comercio, hasta que hemos conocido el interior del Mediterráneo.

Honda pena nos causaba ver que nuestra nacion estuviese tan completamente agena á este movimiento, que ni en uno solo de aquellos buques tremolase la bandera roja y gualda, lo cual demostraba el hecho cierto, de que no existe relacion comercial alguna entre nosotros y los paises de Oriente. Plegue á Dios que algun dia sigamos la senda que nos tienen trazada los demás pueblos de la Europa culta, y que llevemos á aquellas fértiles comarcas nuestras producciones, dando de este modo fomento á nuestras fábricas y á nuestra marina mercante, de la misma manera que lo efectúa la Italia, que tanto tiene de comun con nuestra España, y cuya bandera, en cuanto al número de buques, es quizás la primera en aquella navegacion hasta dentro del Danubio.

«La España es completamente desconocida en todo el Archipiélago, en toda la Turquía y en el mar Negro; y así ha debido suceder desde que el descubrimiento de América nos abrió las regiones occidentales, donde la conquista de gloriosos laureles á tanta costa adquiridos nos hizo olvidar el camino de Oriente, tan trillado por nuestros antecesores; pero tiempo es ya de que, reconociendo los verdaderos intereses de la patria, procuremos recuperar nuestra vitalidad, allí donde podemos encontrarla sin tener que hacer otra cosa que quererlo; y donde no tropezaremos á cada paso con una raza ingrata que nos pague en ódio y malos procederes la sangre incalculable que nos debe, y el sacrificio que hicimos por verla próspera y feliz de nuestra industria y de nuestro bienestar.» (1)

Á pesar del aspecto de actividad que ofrece el movimiento de los

(1) Palabras del comandante de la *Arapiles* en el «Diario de Navegacion» de nuestro viaje.

puertos turcos, la falta de documentos oficiales dificulta la evaluacion aproximada del comercio interior de Turquía. Á falta de datos oficiales, Mr. Collas, en su obra sobre *La Turquía en 1864*, lo eleva á la cifra de 500 millones de francos, cifra que no parece inverosímil. El valor de los cambios entre la Turquía y las provincias tributarias, escepcion hecha del Egipto, es, en números redondos, de 92 millones, de los cuales cerca de 82 corresponden á la Moldo-Valaquia y 10 á la Servia. El comercio exterior, que en 1846 daba una suma de 430 millones, comprendidas en el cálculo la importacion y la exportacion, subió en 1865 á 1,200 millones. Hasta fin del último siglo, á consecuencia de la parte activa que la Francia tomó en los acontecimientos de Oriente y de su marcada proteccion al imperio turco, ocupó en el comercio de importacion, sobre todo en tejidos de lana y algodon, preferente puesto, que se ha ido dejando usurpar por Inglaterra, ocupando el segundo lugar, así como el tercero el Austria y la Italia.

Los principales buques de vapor que, pertenecientes á diversas empresas, se ocupan en el transporte y tráfico, son los de la Compañía otomana; de las Mensajerías Marítimas francesas; de la inglesa Peninsular y Oriental; del Lloyd austriaco, y de la Compañía rusa.

El número de buques de vela es casi incalculable por la falta de exactitud en los registros de entradas y salidas de buques, y varia segun las circunstancias políticas, y la demanda de los artículos que de allí se exportan á los mercados occidentales.

Para el comercio terrestre interior, el medio general que se conocia á la época de nuestro viaje, aunque empezaban á plantearse coches para viajeros en alguna comarca de la Siria, y ferro-carriles que despues enumeraremos, es el de las caravanas, que durante todo el año atraviesan en todos sentidos el territorio del imperio turco, recordando la arriería de nuestra pátria. Hay dos caravanas, sin embargo, mas renombradas que las demás, y que reunen un doble carácter mercantil y religioso. Nos referimos á las que parten cada año de Damasco y del Cairo para la Meca, la primera de las cuales se aumenta considerablemente con los peregrinos que van de Constantinopla, y que tardan

ochenta dias en llegar á Damasco, empleando otros cuarenta en ir desde esta ciudad al venerado término de su viaje. El número de peregrinos no baja de 60 á 70,000, y á ciertas costumbres de estas caravanas, que habrán de ocuparnos mas adelante, se debe en gran parte el desarrollo de enfermedades epidémicas, principalmente el cólera.

Como ya indicamos, tambien la Turquia ha empezado á construir vias férreas, en cuyo adelanto, como en muchos otros, se le ha anticipado hace tiempo el Egipto. Sin hablar de la Rumanía, que tiene ya cubierto su territorio por una red casi completa de ferro-carriles, ni de la Servia, que tambien tenia el suyo en construccion, los hay tambien de Rutchuk á Varna, de Kustendjé á Tcherna-voda, de Smirna á Cassaba y á Aidin, y en construccion estaba en Constantinopla, el año que nosotros la visitamos, la línea que debia unirla á Andrinópolis; existiendo en la actualidad otras en proyecto y en ejecucion, para enlazar la capital del imperio turco á la vasta red de los ferro-carriles europeos.

De épocas anteriores hay caminos ordinarios, practicables solo para caballerias, donde se encuentran casas de posta. Estas vias, cuyo conjunto llega á 25,920 kilómetros, son las que sirven para los correos á caballo; servicio postal ejercido por tártaros, y cuya organizacion, debida á Reschid-Pachá, funciona en quince lineas, ocho en Europa y siete en Asia (1). En las costas, el servicio postal se hace además por las líneas de vapores que ya hemos designado.

La instruccion pública no se encuentra tan descuidada en Turquía como generalmente se supone. Además de las escuelas griegas, armenias, israelitas y otras de que en breve hablaremos, hay establecimientos musulmanes, en cuya organizacion y clases, claramente se ve la influencia europea, como si quisieran desacreditar el injusto proverbio griego, que dice, «ignorante como un turco.» Hasta el año de 1845, en que se estableció una *Universidad otomana*, llevando á la instruccion pública del imperio, las ideas de reforma que ya hemos

(1) De estas líneas, siete parten de Constantinopla, para Salónica y Janina, Andrinópolis, Smirna, Alaïa, Damasco, Cesárea de Capadocia y Diarbékir; tres de Andrinópolis para Galatz, Widin y Monastir; una de Filippópoli para Belgrado; una de Komanova en Bósnia; otra de Monastir para Scutari de Europa; otra de Diarbékir para Bagdad; y otra, en fin, de Trebisonda para Erzerum.

visto se habian infiltrado en el espiritu de los sultanes para todos los ramos de la administracion, la instruccion, concentrada en los ulemas, habia sido exclusivamente religiosa y literaria, pero religiosa sobre todo.

Desde aquella época la instruccion primaria fué declarada obligatoria y gratuita, recibiendo el maestro un sueldo fijo, producto generalmente de los *mektebs* ó donaciones especiales de los turcos, que comprenden toda la importancia de este primer grado de la instruccion pública, la cual allí abraza las enseñanzas de lectura, ortografía, cálculo, moral y religion y escritura, siendo esta de las mas difíciles para un turco, pues se halla dividida en multitud de variantes, segun que se trata de la transcripcion del Coran, de actos jurídicos, de lectura, ó de registros de comercio. Así, el que lee y escribe correctamente, es llamado por sus convecinos *uqumuch*, y considerado como letrado y sabio en la sociedad turca, lo mismo que en la árabe y persa (1).

Hay en Constantinopla cerca de quinientas escuelas primarias, frecuentadas por 30,000 discípulos de ambos sexos, llegando la cifra de estos en todo el imperio, el año de 1863, época hasta la cual tenemos datos, á 493,885 discípulos.

Despues de cuatro ó cinco años que pasan los alumnos en estas escuelas primarias, pueden ser admitidos en los *Mektebi-ruchdié,* ó escuelas de adolescentes, donde se da la instruccion secundaria, que comprende las lenguas persa y árabe, composicion y estilo, historia religiosa otomana y universal, geografía, aritmética y elementos de geometría. Esta instruccion, como la primaria, es tambien gratuita, corriendo por cuenta del Estado el pago de los profesores, y la adquisicion de libros y material de enseñanza.

(1) Las diversas especies de escritura usadas en Turquía son las siguientes:

El Nessick, carácter reservado para el Coran y para los libros sagrados.

El Suluz, dedicado á las inscripciones decorativas.

El Diwani, para los actos oficiales.

El Tâlik, para los actos jurídicos.

El Siakâh, para los asuntos burocráticos de la Hacienda.

Y por último, el Rek'â, escritura de comercio y de correspondencia particular.

Las escuelas de los pueblos pobres ofrecen un aspecto particular, que fielmente representa la adjunta lámina, valiéndose el maestro de la caña tradicional, todavía en uso en las escuelas de niñas de algunos pueblos de España, llamadas, *Amigas.*

La instruccion superior ocupa especialmente la atencion del gobierno turco, hasta el punto de enviar personajes distinguidos á Francia, Inglaterra y Alemania, para estudiar el mecanismo de sus escuelas y universidades. Resultado de estos estudios fué el establecimiento de la Universidad y de escuelas especiales, de las cuales la primera, si bien tiene alguna analogía con otras de Occidente, presenta la particularidad de que entre sus asignaturas se halla comprendida la caligrafía; enseñanza importante en un país, donde, como acabamos de ver, hay tan diferentes clases de escritura, se imprime poco, y no puede enseñarse en las escuelas de instruccion primaria mas que la Rek–â, ó escritura vulgar. Hay además escuela de administracion, escuela burocrática, escuela normal, escuelá militar, escuela de artillería y de ingenieros, escuela de marina, escuela de agricultura, y, en fin, escuela de medicina, la cual es la única en que se admiten discípulos de cualquiera religion que sean. Para ingresar en las demás es preciso justificar que profesan los aspirantes la religion mahometana. Los profesores de la escuela de Medicina son casi todos europeos; la enseñanza se da en francés, y tienen una seccion dedicada á la Farmacia, habiendo sido la primera que ha publicado un Diario especial de sus estudios, titulado: *La Gaceta médica de Constantinopla.* Tambien ha servido de base á la sociedad imperial de medicina, formada durante la guerra de Crimea, y patrocinada despues por el Sultan, que ya ha publicado algunas interesantes memorias. — La enseñanza de facultad, segun una ley promulgada en Octubre de 1869, se compondrá de las facultades, de Letras, comprendiendo en ellas la Filosofía y la Moral; de Derecho; y de Ciencias naturales, físicas y matemáticas. Esta misma ley ha reorganizado completamente toda la enseñanza pública, estableciendo escuelas primarias á cargo de las municipalidades en cada pueblo ó aldea; escuelas primarias superiores en los burgos ó villas pequeñas; escuelas preparatorias en las villas de mas importancia; liceos imperiales en las capitales de vilayeto ó valiato; y escuelas especiales, establecidas la mayor parte en Constantinopla.

Además de atender el gobierno turco á la reorganizacion de sus escuelas, comprendiendo la gran importancia de facilitar los medios de

instruirse á todos los asociados, ha aumentado el número y la riqueza de las bibliotecas públicas. Cerca de mil hay de propiedad particular, pertenecientes á mezquitas, colegios y escuelas, en las que no es permitida la entrada, pero existen cuarenta que se abren al público, cinco dias á la semana. Estas bibliotecas se componen casi únicamente de manuscritos en vitela, encuadernados en tafilete rojo, negro ó verde. El titulo, está repetido en el canto como en los libros europeos, y en el corte, y los volúmenes se colocan de plano en armarios, con vidrieras ó alambrados. Todas estas bibliotecas tienen catálogos que puede consultar el lector, asi como tambien sacar extractos de estos manuscritos y aun copiarlos. Hay personas enteramente dedicadas á hacer estas copias, lo cual, antes de la introduccion de la imprenta en Turquia, era una ocupacion muy lucrativa. La mas célebre de estas bibliotecas es la del Serrallo, de que volveremos á hablar en la parte descriptiva de este capitulo; siendo notable la inscripcion colocada en lengua árabe á la entrada de la biblioteca de la mezquita de Mahomet II, escrita para rechazar el cargo tan generalmente hecho á los musulmanes, de ser enemigos de la instruccion y de las luces. *El estudio de las ciencias es de precepto divino para los verdaderos creyentes.*

Comprendiendo tambien el gobierno turco la grande importancia de los trabajos de clasificacion en las bibliotecas, ha establecido cinco grupos, en el órden siguiente: Escritos sagrados ó Teologia; Jurisprudencia; Filosofia y Ciencias; Poesia; é Historia. De estos grupos, los que presentan carácter mas especial, son los dos últimos, puesto que las bibliotecas de Constantinopla encierran tesoros de poesias pérsicas, de donde tomaron orígen todas las musulmanas, con sus místicos acentos de éxtasis piadosos, de lánguidos amores, de elegias y de lirismo soñador y contemplativo; de poesias turcas, didácticas, morales, sentenciosas, pero poco delicadas; y de árabes, vivas, ardientes, conmovedoras, llenas de accion y de aventuras, y escritas, á tajos, segun la feliz expresion de Luis Enault. Importante es tambien el ramo histórico, que comprende crónicas y biografias, unas y otras de gran precio, por su prolija minuciosidad, lo que las hace muy útiles como documentos para

la historia del pais, á pesar de su estilo enfático y metafórico, y de su falta de crítica y de plan.

La imprenta turca no se introdujo en Constantinopla hasta 1727, reinando Achmet III, aun cuando ya habia en aquella ciudad, de mucho tiempo atrás, imprentas armenias, hebreas y griegas. No poca resistencia del refractario espíritu de la vieja Turquía, tuvo que vencer el emperador, pero sobreponiéndose á todo su voluntad enérgica, ayudado por el Gran visir Ibrahim, y la cooperacion del jefe de los ulemas, que expidió su fetva aprobándola, decretó el establecimiento de la imprenta imperial en Constantinopla, el 5 de Julio de dicho año, autorizando la impresion en ella de toda clase de obras, excepcion hecha únicamente del Coran y demás libros canónicos. Desde entonces trabajó sin interrupcion, durante 29 años, hasta que, triunfando la política reaccionaria, estuvo paralizada durante otros 27. Impulsada de nuevo en 1783, por Abdul Hamid, ha seguido funcionando hasta el dia, produciendo multitud de volúmenes, referentes casi todos á enseñanzas científicas.

Tambien el periodismo ha tenido representantes en Turquía, desde que el francés Verninhac, enviado extraordinario de la República, en 1795 imprimió en Pera, en el palacio de la embajada, una *Gaceta francesa*, hasta los últimos diarios turcos, árabes y persas que se publican en la capital, y algunos en provincias, además de los que ven la luz, en francés, en italiano, en aleman, en inglés, en griego, en hebreo, en armenio y en búlgaro, ascendiendo el número total de periódicos y revistas á 47, de los cuales 39 ven la luz pública en Constantinopla (1).

Además de los establecimientos musulmanes de instruccion, existen en el imperio turco otros establecimientos de enseñanza, griegos, slavos, búlgaros, albaneses, armenios, armenios unidos, israelitas y otras escuelas europeas, de las cuales no creemos deber omitir alguna ligera noticia.

En las escuelas griegas hay cuatro diferentes grados: instruccion

(1) De esos periódicos y revistas, 11 están escritos en lenguas orientales (turco, árabe y persa), 9 en armenio, 10 en griego y búlgaro, 1 en hebreo, 5 en francés, y 3 en italiano, aleman é inglés.

primaria, en la que se sigue el sistema de la enseñanza mútua; secundaria; superior; y por último, la de la Gran escuela nacional. La enseñanza primaria se encuentra en casi todas las parroquias, siendo el *papa* ó cura, un diácono, y por excepcion un seglar, los que dan esta primera enseñanza elemental, limitada á la lectura y el catecismo. La enseñanza secundaria se recibe en las escuelas llamadas *helénicas*, que solo se hallan en las ciudades principales, ó en colegios particulares; la instruccion superior, en tres establecimientos que existen en Constantinopla y en la isla de Khalki; y, por último, en la gran escuela nacional, especie de escuela normal superior, se forman los profesores para todas las escuelas griegas del imperio.

Mucho mas atrasados los slavos, búlgaros y albaneses, apenas tienen en la Bósnia y en la Herzegovina una escuela por cada cien pueblos; escuelas donde solamente enseñan á leer, escribir y algo de aritmética, monjes y sacerdotes.

Á manera de los griegos, cada parroquia armenia tiene su escuela de instruccion primaria, costeadas por asociaciones libres de los principales vecinos; cincuenta y dos de estas escuelas existen en Constantinopla, donde concurren cerca de 4,000 niños y 2,000 niñas. En cambio, para la enseñanza secundaria, solo cuentan con el colegio Chahnazarian-Nubarian, en el barrio de Constantinopla, llamado Khass-Keuï, donde concurren próximamente ciento treinta alumnos, limitándose á esto la enseñanza pública, pues no tienen la superior.

Los armenios unidos sostenian en 1866, en Constantinopla, 11 escuelas, frecuentadas por 643 alumnos de ambos sexos, de las cuales, ocho eran de instruccion primaria, dos estaban dirigidas por los Mekitaristas de Venecia y de Viena, y la última, establecida en Orta-Keuï, daba una enseñanza mas general y de ampliacion.

Los israelitas tenian en 1869, en la misma capital del imperio, 29 escuelas primarias elementales, cuatro superiores, y un establecimiento de segunda enseñanza. En las provincias, los rabinos de segundo órden dan tambien una instruccion elemental, y solo la reciben mas completa en establecimientos anejos á las sinagogas, sostenidos por donativos particulares, los jóvenes que se destinan al sacerdocio.

Con razon se ha dicho que los israelitas en Turquía forman, lo mismo que en Africa, la parte mas ignorante y miserable de la poblacion, encontrándose solo algunos que alcanzan mayores conocimientos por haber sido educados en capitales europeas.

El espíritu de caridad y de verdadero amor cristiano y católico, se revela sobre todos los demás establecimientos de enseñanza que hay en Turquía, en los dirigidos por los lazaristas, las Hermanas de la Caridad y los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Los primeros tienen un colegio en Bebek, ribera de Europa; las segundas han abierto en su casa central de Gálata una escuela gratuita que da la instruccion primaria á quinientas niñas, y un establecimiento análogo anejo al hospital francés de Pera, donde acuden doscientas cincuenta; y los últimos, otras dos escuelas tambien gratuitas, en Pera y Gálata, á las que concurren quinientos alumnos. Sin contar estos establecimientos, existe en cada parroquia una escuela gratuita de niños. Las Hermanas de la Caridad tambien dan instruccion secundaria á ochenta y cinco jóvenes. Las damas de Lyon tienen además en Pera otros dos establecimientos, la escuela de S. José, donde cien niños pobres reciben instruccion elemental gratuita, y una casa-pension de instruccion secundaria, que tiene una sucursal en el barrio Kadi-Keui, y que cuenta 140 discípulos. Escuelas análogas se han establecido en Smirna, Angora y Damasco, cuyo crédito va cada vez mas en aumento, por la inteligente direccion que los tiene á su cargo, y los establecimientos de caridad para males y desgracias físicas á que van unidos, aplicando así los santos beneficios de aquella divina virtud, al mismo tiempo al cuerpo que al alma.

No terminaremos estas noticias referentes á la instruccion pública en el imperio turco, sin consignar un merecido recuerdo á la escuela nacional austriaca, al colegio nacional italiano, al bizantino y á las escuelas americanas, inglesas y prusianas, que tambien existen en Constantinopla, así como al Liceo Imperial de Galata-Seraï, compuesto exclusivamente de profesores franceses, que dan en francés la enseñanza de multitud de asignaturas de letras y ciencias.

Tantas fuentes diversas de instruccion están ya produciendo en aquel imperio sus naturales efectos. Todos los que desempeñan cargos oficia-

les, han sido educados á la europea, y raro es hallar un súbdito turco de mediana riqueza, que no posea el conocimiento de dos idiomas además del suyo, y nociones nada vulgares de Geografía y de Historia. Las mujeres de la colonia europea, aunque hayan nacido en aquel pais, aumentan sus gracias naturales con los encantos que les presta una instruccion sólida, á que sirve tambien de base el fecundo conocimiento de los idiomas; estudio para el que hemos observado tienen especial aptitud los hijos de aquel pais, aptitud que se desarrolla fácilmente con el roce contínuo de tantos y tan diversos extranjeros como se encuentran á cada paso en Constantinopla, y en las demás ciudades del imperio turco.

Y ya que de las varias gentes que allí afluyen hablamos, creemos oportuno dedicar algunas líneas á dar á conocer á nuestros lectores las diversas razas que pueblan el vasto imperio otomano, y que podemos dividir en, raza turca; armenia; semítica, representada por los judíos; slava; greco-latina, é india.

Los turcos, pertenecientes, como los hunos, á la poderosa raza scítica, despues de luchar con los chinos y con los persas, sirviendo de aliados á los romanos, ya hácia los fines del siglo sexto, sintieron la natural influencia de la civilizacion árabe y aun de la cristiana, modificándose hasta el tipo scítico primitivo, que se convirtió en el que conserva esta raza, cuyos rasgos principales son la nariz aguileña, la prominencia de los huesos maxilares y de los pómulos, la barba negra, y mas lácia que rizada, y el color generalmente moreno. Moradores en un principio sus antepasados de las llanuras de Copchac, en la Gran Tartaria, un numeroso grupo de la misma raza ocupó en el Asia Media el gran territorio cuadrangular que tiene por centro el Lago Aral, y por límite, al Poniente el mar Caspio y al Saliente las cadenas del Bolor. Durante muchos siglos se fueron extendiendo y tomando diversos caractéres, en relacion con la naturaleza que les rodeaba, la cual, como acontece siempre, influyó poderosamente en su carácter, convirtiéndose en tranquilos labradores, los que habitaban las orillas del Lago ó de los rios que en él afluyen, mientras los que vivian en cantones estériles, trocábanse en pastores nómadas, que llevaban sus rebaños aquí

ó allá, en busca de sustento. Corriendo el siglo IX, una de aquellas tribus, conducida por Seldjuk, dirigiéndose al Oriente penetró en el rico país de Samarkanda, y mientras las tropas de Mahamud, el primer príncipe de Oriente que tomó el título de Sultan, se extendia por la India, Seldjuk, se apoderó del Mawarannahar, atravesó el Oxus, y pidió y obtuvo tierras en el Korassan, al mismo tiempo que por conviccion, ó por cálculo, ó por ambas cosas á la vez, segun sus diferentes condiciones de inteligencia y de ambicion, abrazaban sus gentes el islamismo.

Un nieto de Seldjuk, Togrul-Bey, levantó su trono en Nischabur, y arrojando á los Ghaznididas á la India, despues de dos señaladas victorias, viendo así aseguradas sus fronteras por el Oriente, quiso dilatarlas por el Oeste, é invadió el Khowaresm, el Djordjan y el Irak-Adjimi, pudiendo apoderarse fácilmente en Bagdad, del califa Caïem, combatido por todas partes, así por los visires rebeldes, como por los emires de la Siria, y por los fatimitas del Egipto. Togrul-Bey, que era sinceramente religioso, hasta el punto de levantar mezquitas en todas las ciudades que conquistaba, trató con la debida consideracion y respeto al contrariado jefe de la religion muslímica, y alcanzó el pago de su buen obrar, recibiendo de este el poderío temporal de todos los estados del Islam, al mismo tiempo que se ponia bajo su proteccion, dándole aquella investidura con fastuosa pompa y conmovedoras ceremonias, en que bien claramente se reflejaba la influencia de prácticas análogas para las investiduras reales, en los estados cristianos de Occidente (1).

Entusiastas y guerreros los súbditos del nuevo soberano, que de tal manera compartia el supremo poder del Islamismo con el califa, bien pronto vencieron á los griegos, á los que conquistaron el Asia Menor, extendiéndose con la denominacion de Seldjucidas, por su primer caudillo Seldjuk, desde el Indo al Bósforo.

(1) Togrul-Bey, seguido de sus capitanes, que habian dejado sus armas para aquel acto, en señal de respeto, entró en el divan del califa, y se prosternó y besó el polvo delante de él, colocándose despues sobre un trono que se habia colocado al propósito, mientras un katib leía el *firman* que lo declaraba en nombre de Alah, señor supremo de todos los musulmanes. El califa le ciñó despues una espada magnífica, y le puso dos coronas en la cabeza, aludiendo á los dos hemisferios de que se le declaraba soberano, y despues le vistió siete túnicas de honor, y le presentó siete esclavas nacidas en las siete comarcas diferentes, entonces sometidas al imperio musulman, proclamándolo en seguida los heraldos en altas voces, soberano de Oriente y de Occidente.

La muerte sorprendió á Togrul en medio de sus ambiciosos proyectos, pero su sobrino Aly-Arslan, que le sucedió, invadió la Cilicia y sometió á los georgianos, viéndose en breve soberano de toda el Asia central; y Dios sabe hasta donde hubiera llegado con sus afortunadas empresas, si el puñal de un asesino no hubiera cortado su existencia. Su hijo Malek-Schah, no solo fué digno sucesor de tan esforzado caudillo, sino que con razon está considerado como el príncipe mas grande de su raza, distinguiéndose como guerrero y como legislador, y llevando á Bagdad y á todo su imperio los beneficios de una civilizacion, hasta entonces desconocida. Fundador de colegios y de mezquitas; protector de la agricultura y del comercio; para cuyo desarrollo y progreso abrió canales y extendió fecunda red de caminos públicos; reformando el calendario persa, cuya exactitud es aun hoy mas estimada que la de la misma reforma gregoriana, sus armas victoriosas avanzaron hasta el Bósforo, conquistando todo el pais que se extiende entre la Gran Armenia, la Georgia, el mar Negro, el Mediterráneo, la Albania y la Pequeña Armenia, dando así origen á la Turquía asiática. Aquel vasto y poderoso imperio, sin embargo, desmembróse con la division á la muerte de Malek, pues parece condicion característica de las razas orientales el saber combatir y conquistar, pero no organizar ni sostener un estado. Declarándose independientes, como acostumbraron hacerlo siempre los gefes de aquellas regiones y especialmente los mahometanos, tan luego como falta la voluntad poderosa que ha logrado imponerse al sentimiento individual y egoista de los que la estaban sometidas, se lanzaron á todos los horrores de la guerra civil, facilitando de este modo á otras gentes envidiosas de su poder, el triunfo, que, á permanecer unidos, no hubieran podido alcanzar. Así fué, como los mogoles, que aunque pertenecientes á la misma gran familia scítica, se habian conservado en el fondo de la Tartaria, extraños á los adelantos de toda cultura, cayeron sobre el Asia á manera de huracan devastador, siendo vanos cuantos esfuerzos hicieron los seldjucidas, reunidos bajo la conducta de Djelab-Eddin para oponerse á su marcha invencible.

Por aquel tiempo, otro gefe de hordas, Soliman-Schah, de la raza

de los tártaros Oquzienos, levantaba en las orillas del mar Cáspio y en el pais de Mérushahjan donde mandaba, su insignia guerrera, bajo la cual pronto vió reunidos mas de 50,000 hombres, con los cuales penetrando en la Armenia, llevó sus conquistas hasta el Eufrates, ahogándose en este rio al querer vadearlo con su caballo. Sus cuatro hijos, Ertogrul, (corazon recto), Sungur-tekin, (el alcon blanco), Fundogdi (sol saliente), y Dunidard, (el de la voz sonora), se dividieron sus conquistas y su ejército, volviendo el segundo y tercero hácia el mar Cáspio, donde queda su hi toria envuelta en nebulosidades legendarias, mientras el primero y el último se establecieron en Syrmalyzukur, donde murió Dunidard, quedando solo Ertogrul, que subyugó todo el pais comprendido entre Alepo y Cesarea, donde estableció el islamismo.

Al avanzar hácia Occidente, encuentra dos ejércitos combatiendo, uno el de los restos de los turcos Seldjucidas, mandados por Aladino, sultan de Iconio, y el otro las bandas mogolas de Gengiskan y de Octaï. Como viese Ertogrul, que los turcos comenzaban á retroceder, movido por un poderoso sentimiento de nobleza, se puso al lado del más débil, con el cual por otra parte, le unian parentesco de raza y comunidad de origen; y bien pronto la victoria se declaró por los turcos, obteniendo Ertogrul, de Aladino, en justo premio de sus servicios, honoríficas recompensas y extensos y hermosos territorios, en la antigua Leuca. Fiel siempre al sultan de Iconio, le consiguió todavía multitud de victorias, dejando al morir colmado de gloria y de bendiciones, un hijo mayor, de nombre Osman, llamado á oscurecer con sus hazañas y virtudes propias, el renombre heredado de su padre. Veinticuatro años tenia escasamente cuando le sucedia, y Aladino, le daba título de Emir, enviándole como insignias de su cargo el Tabl-Alem, ó sea el estandarte con la media luna de plata, el tambor, instrumento músico tomado de los tártaros, y la cola de caballo; concediéndole, al mismo tiempo, la facultad de batir moneda, y que su nombre se repitiera en la plegaria de la mezquita, para impetrar en su ayuda el favor del cielo.

Osman, á quien dieron el sobrenombre de Kara, que quiere decir

*negro*, por el color de su barba, sus cejas y sus ojos, bien pronto se distinguió combatiendo al lado de Aladino contra las tribus que se le rebelaban; y como poco despues el sultan de Iconio pereciese miserablemente en una mazmorra de Constantinopla, á donde le arrojó con maldad insigne el emperador bizantino, cuando acudió á él en demanda de socorro contra nuevas hordas de tártaros mogoles que le amenazaban, y pereciese tambien en breve combatiendo, su sucesor Mazud II, declarándose á su muerte independientes todos los emires, Osman, despues de 27 años de continuas batallas y de victorias, obtenidas tanto sobre las tropas bizantinas como sobre multitud de comarcas, hasta el extremo del Asia menor, y de haber devastado las orillas del mar de Mármara, fijó su residencia sobre una pintoresca eminencia del Monte Olimpo, á cincuenta leguas al S. de Brussa, llamada Afium-Kara-Hisar, (la Negra del ópio), (1) muriendo en Sugut, á la edad de 69 años, en el momento de recibir la grata nueva, de que su hijo Orkhan, acababa de conquistar á Brussa, capital de la Bithinia. Veinte y seis años iban apenas corridos, de la décima cuarta centuria de nuestra era, cuando el gefe de los Osmanlis, exhaló su último suspiro bendiciendo á Dios, y dejando á la posteridad grandes virtudes que alabar, y un sepulcro venerado que miran con religioso respeto los que se enorgullecen con llevar su nombre.

Y decimos se enorgullecen, porque los turcos miran hoy casi como una injuria se les llame turcos, nombre que reservan para las tribus tártaras, de donde en último caso ellos tambien descienden, llamándose en su lugar, con verdadero engreimiento de raza, *osmanlies*.

En toda la plenitud de la vida, á los 35 años, sucedió Orkhan á su padre Osman, y fiel á sus sábios y postreros consejos, despues de establecer la silla de su imperio en Brussa, afirmó sus amistosas relaciones con los emires de su misma raza que se habian declarado como Osman, Príncipes independientes de sus respectivos valiatos, á

(1) Los osmanitas ú osmanlis, que de una y otra manera se llaman, en recuerdo de Osman, cuentan aquella ciudad en el número de las sagradas, porque fué el patrimonio primitivo, la casa solar, por decirlo así, de Osman. Este nombre de tan melódica eufonía, tiene, sin embargo, un significado bárbaro, pues quiere decir tanto, como, el quebrantador de piernas. Osman, verdadero fundador del imperio turco, tenia una particularidad, que le distinguia de todos los jefes militares de su ejército. Sus brazos, como los del rey persa Artaxerxes, eran tan largos, que le bajaban hasta mas abajo de las rodillas.

la muerte de Mazud, y seguro ya de las alianzas de sus hermanos en religion y orígen, dirigió sus primeros esfuerzos contra las últimas posesiones de los griegos en el Asia menor, y aprovechándose de las disensiones de los bizantinos, se apoderó de Nicomedia y de todas las plazas fuertes de la Bithinia, tomando por asalto á Nicea, así como despues á Pergamo, la antigua capital de Atalo.

Rodeado de merecida gloria militar, y comprendiendo que los pueblos mas necesidad tienen de organizacion que de insensatas conquistas, ayudado noblemente por su hermano mayor Aladino, que á pesar de haberse visto prostergado por la voluntad de su padre, comprendiendo y apreciando las relevantes cualidades de su hermano rehusó compartir con él el imperio, y aceptó solo el cargo de visir, fundó importantes establecimientos públicos, así religiosos, como de caridad y de enseñanza, y organizó el ejército, que hasta entonces habia consistido solo en bandas de caballería irregular, convocadas cuando eran necesarias, sin tener casi en cuenta las fuerzas de infantería, dando á esta toda la importancia que tiene como verdadero nérvio de los ejércitos. Para ello la dividió en dos clases, compuesta la primera de soldados regulares y permanentes llamados *piadés*, con soldada y racion fijas, y otra de compañías irregulares convocadas solo en caso de necesidad, llamadas *azebs*, ó ligeras, que tenian derecho á racion pero no á sueldo; y para unos y otros estableció cierta uniformidad de traje, sobre todo en el tocado (1), que consistia en un casquete rojo rodeado de bandas de muselina formando el turbante, tocado especial que recibió el nombre de *bérek*. Dividida tambien la caballería en regular é irregular, formaba la primera en un principio un cuerpo compuesto de dos mil cuatrocientos hombres llamados *sipahis*, y constituian la segunda, bandas, que solo acudian al ejército al declararse la guerra y ser llamados á las armas. Estas bandas irregulares eran las mas temidas de los enemigos por sus crueldades, y sus soldados eran conocidos con el nombre de *akindjy*, así como su jefe con el de *tschausch*, palabra que mas tarde fué sinónima de verdugo.

(1) El tocado constituyó en todos tiempos uno de los mas lujosos atavíos de los orientales, que por medida higiénica se afeitan la cabeza. Los griegos del Asia, llevaban y aun llevan, gorros bordados de seda y oro, cuya moda se introdujo en Europa y en España usándose como tocado para el interior de las casas, con el mismo nombre de, gorro griego. Los seldjucidas llevaban su casquete rojo, rodeado de bandas de muselina de colores vivos que formaban el turbante.

Todas estas tropas de nueva creacion sufrian dificilmente el yugo de la disciplina, y para sujetarlas é imponerse con fuerza segura, establecieron los príncipes hermanos, que con tanto acierto procuraban organizar su imperio, un cuerpo escogido, cuyos individuos quisieron no estuviesen ligados con vínculos de parentesco ni de raza á los turcos, para lo cual los escogieron de entre los cautivos cristianos mas jóvenes y de mejor constitucion y aspecto, á los cuales bien pronto con seducciones ó amenazas se les hizo abjurar la verdadera fé y seguir el mahometismo; guardia escogida á la que el dervich Hadji-Begtasch, del órden de los Estáticos, dió el nombre de yeni-tscheri ó tropa nueva, cuando Orkhan fué á presentarle una comision de sus recientes soldados á nombre de los demás, para que recibiese la guerrera institucion sancion religiosa y nombre adecuado, de aquel respetable religioso que hacia vida contemplativa en un convento de Amasia (1).

Con el apoyo de este cuerpo escogido, Orkhan pudo continuar con mas seguridad sus reformas, comenzando por retirar el sueldo á los piadés, dándoles en su lugar terrenos en feudo, á condicion de que estuviesen prontos al primer llamamiento para la guerra: dividió sus estados en *sandgiaks* ó banderas, poniendo al frente de cada una de estas regiones, análogas á nuestras capitanias generales, á un sandgiakbey, señor de la bandera, formando varias de estas regiones la provincia, que obedecia á un pachá (2). La administracion de justicia se

(1) Aunque no hemos podido inquirir de una manera cierta, el orígen de que los yeni-tscheri ó genízaros usaran títulos y distintivos propios de las cocinas del sultan, ampliando lo que ya digimos, vamos á dar á conocer á nuestros lectores algunas noticias acerca de la organizacion de aquella extraña tropa, que andando el tiempo habia de ejercer tan decisivo influjo en las revoluciones del imperio. Estaban divididos en arranchados ó *marmitas,* y los oficiales tomaban su denominacion de la de los diversos empleados de las cocinas. Así habia *espumadores* y *aguadores,* como en nuestras tropas cabos y sargentos. Vestian túnica de paño moreno sujeta á la cintura con un cinturon de acero, y llevaban en la cabeza el bérek de los piadés, pero en lugar del turbante, el casco blanco de fieltro, estaba rodeado con una circunferencia de cobre dorado, que coronaba la frente. Una pequeña espumadera de madera colocada delante, hacia las veces de pompon ó plumero, y el tocado de los oficiales consistia en un alto gorro de fieltro blanco, cilíndrico y esféricamente redondeado por arriba, al que llamaban *uskuf,* gorro ó manera de morrion moderno que, enriquecido de pedrerías, fué durante muchos siglos el tocado predilecto de los sultanes. Los genízaros llevaban además una ancha banda que les caia del bérek hasta la cintura, en recuerdo de la amplia manga del derrvich que les dió nombre, porque al apoyar su mano en la cabeza de uno de los soldados la manga del venerado religioso caia naturalmente sobre las espaldas del soldado. La bandera que Orkhan dió á los genízaros como á los sipahis ó caballería regular, era roja, con la media luna del profeta, y el sable de Omar, que como algunos antiguos persas, tenia dos puntas.

El color rojo no era el del profeta, que habia escogido el amarillo para sus banderas, porque amarillo es el color del oro y del sol; los fatimitas prefirieron el verde, color de la expléndida naturaleza de los valles; los omníades el blanco, emblema de la luz del dia; los abasides el negro, emblema de la noche; y Osman el rojo, por la sangre vertida en los combates.

(2) Pachá, quiere decir, pié, manera figurada de expresar que los pachás son como los piés del soberano.

hallaba á cargo de un cadi, ó juez, que residia en la capital del sandgiakato.

Tales trabajos de organizacion no le impedian atender á los asuntos exteriores de Europa, interviniendo mas de una vez en los disturbios de la familia imperial bizantina, inclinándose ya del lado del príncipe, ya de Cantacuceno; y como se encontrase viudo á la sazon de su primera mujer Nilufer, pidió y obtuvo la mano de la hermosa Teodora hija de Cantacuceno, presentando con tal motivo las aguas de Galata espectáculo deslumbrador; pues una escuadra de treinta velas, ricamente empavesada, llegó hasta el Bósforo en demanda de la hermosa prometida, mezclándose por tal medio, segun la frase de un escritor contemporáneo, la sangre azul de los scitas con la bermeja de los césares.

Mientras Cantacuceno dirigió el vacilante imperio bizantino, Orkhan, contuvo sus ambiciosas aspiraciones contra los griegos, pero tan luego como cesó aquel en el mando, el sultan juzgóse desligado de todo compromiso, y desde entonces comenzó activamente la lucha, cuyas vicisitudes á grandes rasgos, hemos visto en el número de este capítulo destinado á los recuerdos históricos que la visita de Constantinopla despierta en el viajero, lucha que terminó con la toma de la capital del Bósforo por Mahomet II, siendo desde entonces objeto de continuas alarmas, celos y ambiciones para Europa los señores de la Sublime Puerta (1).

Tal es en abreviado apunte el orígen ó historia del engrandecimiento de aquella altiva raza, cuyos caractéres fisionómicos ya hemos apuntado, y cuyos individuos se distinguen fácilmente por la pesadez de su marcha, debida al hábito de sentarse sobre las piernas y á la costumbre de llevar doble calzado. Entre el pueblo, y sobre todo en los hombres dedicados á trabajos activos y de fuerza, encuéntranse, sin embargo, individuos ágiles, de prodigiosas fuerzas y de mas elevada talla que la generalidad de los turcos, cuya estatura es mediana por punto ge-

(1) Este nombre data de la época de Orkhan. Como este hiciera de la fortaleza de Brussa su residencia habitual, la puerta de entrada enriquecida con varios y vistosos ornatos del arte arábigo-bizantino, recibió el encomiástico nombre, propio del lenguaje figurado de los orientales, de, *Sublime Puerta*, nombre que por antonomasia se dió despues al gobierno de los sultanes.

neral. Tambien se hallan, sobre todo entre la gente bien acomodada, muchos que todavía adolescentes alcanzan una obesidad extraordinaria, lo cual depende, ya de las mezclas de razas otomana y georgiana, ya del empobrecimiento de la sangre de sus madres, que, debido á la vida de indolente reposo y de retraimiento que hacen, las convierte en linfáticas á predominio.

Aquellas mujeres, sin embargo, son hermosas, sobresaliendo en ellas el tipo de la Georgia, como que allí, por su mayor belleza se buscaron siempre con preferencia las compañeras, ó mejor esclavas de los turcos; hermosura que ofrece mezclados los tipos de nuestras valencianas y malagueñas, en el pálido mate de la limpia tez, y en la correccion de las lineas de las primeras, y en la brillantez de los negros ojos de las segundas, que parecen mas negros y mas brillantes en las turcas, por la blancura del velo que las cubre el resto del rostro, y que hace mas deseada su belleza, por la atraccion irresistible que á todo lo desconocido, ó conocido apenas, presta el misterio.

Los turcos tienen aspecto altivo y lo son en efecto, habiendo desarrollado y sostenido en ellos esta manifestacion de la soberbia humana la costumbre de dominar á razas que juzgaron, por haberlas vencido, mas inferiores; pero esta cualidad del carácter turco se ha modificado con los reveses que la mudable fortuna les ha hecho sufrir en los últimos tiempos, y hoy tienen mayor afabilidad y cortesía con los que no son de su raza, conservando además las buenas condiciones de probidad, buena fe, observancia de las leyes y de los contratos, y animadora hospitalidad.

—Despues de la raza turca, ocupa preferente lugar por su número en el imperio otomano, la raza armenia. Proviene de la comarca que les da nombre, en el Asia occidental, cuyos hijos, desde remotos tiempos, sostuvieron continuas guerras con sus vecinos, en las cuales casi siempre fueron vencidos, sin perder sin embargo, y á pesar del yugo de extranjeras dominaciones, los caracteres esenciales inherentes á toda nacionalidad. Sus límites han variado á consecuencia de las mismas guerras, pero siempre se designó con aquel nombre en mayor ó menor extension la comarca montuosa de las altas mesetas compren-

didas en las cuencas superiores del Araxus, de los dos Eufrates, del Tigris y del Tchoruk, entre las que sobresale la llanura especialmente llamada de Armenia, coronada por el monte Ararat, las montañas que rodean la cuenca interior del lago Van, y las que la enlazan por el O. con las cordilleras del Asia Menor, y hácia el NO. con las del Cáucaso. Los armenios presumen ser una de las naciones mas antiguas del mundo, y lo son en efecto, pretendiendo descender de Haïg, nieto de Noé, que de su nombre dió al pais el de Haïasdan, nombre que perdió por el de Armenia, tomado de Aram ó Armen, uno de sus reyes conquistadores, que vivió diez y nueve siglos antes de J. C. Son generalmente de talla elegante y de fisonomía inteligente; viven formando dilatadas familias, pues siempre procuran enlazarse con mujeres de su misma raza; y llevados por su especial aptitud para el comercio y la industria, se han extendido considerablemente, no solo por el imperio turco, sino desde la Hungria y la Italia hasta la China, del Turquestan al Niger. Segun la exacta descripcion que de ellos hace Lamartine, «los armenios son una soberbia raza de hombres, vestidos noble y sencillamente con una larga túnica azul, anudada al cuerpo por un chal de cachemira blanco. Sus formas son atléticas, sus fisonomias inteligentes aunque vulgares, el color encendido, los ojos azules, la barba blonda. Laboriosos, apacibles, de religiosa exactitud pero calculistas y astutos, ponen su genio traficante al servicio del Sultan ó de los turcos. Nada de heróico ni de belicoso en aquella raza humana; el comercio es su genio, y lo harán bajo el dominio de todos sus señores. Son los cristianos que simpatizan mejor con los turcos. Sus mujeres, que en los puros perfiles de sus rostros, aunque mas delicados, recuerdan la belleza tranquila de las inglesas ó de las campesinas de las montañas helvéticas, son admirables.» Esta descripcion, exactisima para los armenios del litoral y de los grandes centros de poblacion, no lo es tanto para los que se hallan léjos, en paises donde los llevan los independientes instintos del comercio, los cuales participan del carácter de las razas entre las cuales viven.

Los armenios suponen que ya tuvo noticia y hasta alguna relacion con Jesucristo su rey Abgar, y hablan tambien de predicaciones del

apóstol Tadeo; pero puede asegurarse que hasta principios del siglo IV no se introdujo el cristianismo en aquel pais, siendo el primer patriarca de Armenia, San Gregorio, el Iluminador. Aquellos creyentes se separaron bien pronto de la iglesia griega y de la latina, negando, por una falsa interpretacion de las decisiones del concilio de Calcedonia, el dogma de las dos naturalezas de Jesucristo, y sin caer en los errores de Eutyches, consideraron las dos naturalezas como existentes en realidad, pero unidas y fundidas en una sola. Tienen tambien teorías especiales acerca de la Eucaristia, el matrimonio, los sacerdotes, etc. Hay, sin embargo, 50,000 armenios católicos, sometidos, como ya indicamos, á un Patriarca que reside en Constantinopla, y los demás reconocen por gefe al *Católico*, que reside en el convento de Etchémiadzin, (Armenia rusa), sin embargo, de que hay gran parte que considera como tal, á otro patriarca que vive en la isla Akh-Thamar, del lago de Van, en la Armenia turca.

La Armenia á la época de nuestra visita estaba dividida entre la Rusia y la Turquía, siendo las principales ciudades de la Armenia rusa, Erivan, Etchémiadzin, Nakhtchivan y Urdabad. La Armenia turca formaba el Eyaleto ó Valiato de Erzerum; pudiendo considerarse tambien como comprendida en la region armenia una parte del Kurdistan.

Los armenios, si hemos de creer á sus historiadores, vivieron independientes mas de dos mil años antes de Jesucristo, dominados por príncipes descendientes de Haïg, que reinaba por aquel tiempo. Fueron tributarios de la Asiria desde Semíramis hasta Sardanápalo, sufriendo despues la dominacion de los persas. Alejandro extingue la sombra de soberanía que conservaban los Haïganeos, siendo gobernada la Armenia por los Seleucidas; y despues, cuando la formacion del reino de los Partos, por una rama de la familia de los Arsácidas. La pequeña Armenia, al O., tuvo sus reyes especiales, quedando reducida á provincia romana, 75 años antes de Jesucristo. La Gran Armenia, ó sea la parte del E. tuvo cierto periodo de grandeza en tiempo de Tigranes II, aliado de Mitrídates contra los romanos, pero bien pronto volvió á ser disputada su posesion por estos, los Parthos, y mas tarde por los persas Sassanidas, hasta que al acercarse á su fin el siglo IV de Je-

sucristo, quedó dividida entre los dos imperios rivales, gobernándola por medio de príncipes tributarios. Los persas, sin embargo, lograron apoderarse de ella completamente el año 28 del siglo v, gobernándola por medio de un magistrado superior, al que apellidaron Marzban, ó sea, guarda de la frontera.

Sometidos al cristianismo, sufrieron los armenios terribles persecuciones; y no fueron menores las que experimentaron, cuando despues de la caida de los Sassanidas, quedaron sometidos á los árabes. En el siglo noveno, y por la poderosa iniciativa de los Pagrátidas, consiguieron cierta independencia, pero al fin del onceno cayeron bajo la dominacion de los turcos Seldjucidas, subsistiendo solo un pequeño reino bajo la proteccion de los emperadores griegos, que fué gobernado por veinticuatro príncipes, descendientes de Rupen I, desde 1080 á 1375; pobre dinastía que, unida en los últimos tiempos á los Lusignan de Chipre, quedó miserablemente destruida por la invasion de los Mogoles. Desde entonces, sometida ya á los turcos, ya á los rusos, que se disputan aquellas desgraciadas comarcas, han conservado, sin embargo, los armenios, su lengua de antiquísima procedencia, ruda, de extraños sonidos, perteneciente al grupo de las lenguas árias con mezcla de palabras semíticas ó arameas, su religion, rama del gran tronco cristiano, y sus recuerdos y tradiciones nacionales (1).

(1) En tiempo de los romanos la Armenia estaba generalmente dividida, en *grande Armenia* y *pequeña Armenia*. La primera, comprendida entre la Colquide, la Iberia oriental y la Albania al N., el Ásia menor al O., la Mesopotamia al S., la Media al SE. y la Asíria al E., comprendia un gran número de paises y de los cuales los principales eran, la Acilisena, entre el Eufrates y el Araxes, la Sofena y la Gordyena entre el Eufrates y el Tigris, y los paises de los Trochi, de los chalybos y de los Phasis, al N. y al NO. La pequeña Armenia, que al O. del Eufrates formaba parte de la Capadocia, fué sometida por los romanos, segun se ha indicado en el texto, el año 75 antes de Jesucristo, y dada á diferentes príncipes tributarios, hasta que Adriano la convirtió en provincia romana, siendo su capital Melitene. En el siglo IV de Jesucristo hubo dos provincias de Armenia en la diócesis del Ponto; la *Armenia primera*, formada con la parte NE. de la Capadocia, y N. de la pequeña Armenia, siendo su capital Sebasta, y la *Armenia segunda*, formada con el S. de la pequeña Armenia, que tenia su capitalidad en Metilene. En tiempo de Teodosio II, (428 á 451,) la parte de la gran Armenia cedida al Imperio, se llamó condado de Armenia, con Teodosiopolis por capital. Á la muerte de Justiniano en 565, se llamó á este pais la *Grande Armenia*, y el *Ponto* formó la *Armenia tercera*, siendo su capital Trebisonda; y habia además una quinta provincia armeniaca, ó pequeña Armenia, al E. del Eufrates, que formaba parte de la diócesis de Oriente.

En la Edad Media distinguiéronse mucho los literatos armenios, bajo la doble influencia del cristianismo y de la Grecia, principalmente en trabajos religiosos, haciendo notables traducciones de los libros santos, Isaac y Mesrob, cuyo ilustre discípulo Moisés de Khorene fué el historiador de aquel pueblo. Las traducciones de los padres griegos, libros de piedad, cronologia, historia y otras ciencias, se multiplicaron en los siglos siguientes, y la literatura armenia, casi desconocida en Europa, tiene notables trabajos y documentos preciosos para la historia religiosa y general del Oriente. Desde principio del siglo diez y ocho, y despues de un período de decadencia y de oscuridad, los esfuerzos de la sociedad religiosa de los Mékhitaris-

—Los judios, pertenecientes á la raza semitica, han conservado en Oriente, como en todas partes, caracteres físicos y morales indelebles. El comercio, y sobre todo el comercio al por menor, absorbe enteramente sus aficiones mercantiles. Estos descendientes del pueblo escogido, llamados primero hebreos, despues israelitas, denominacion que tomaron del sobrenombre de Jacob, y por último, judæi ó judios, en la época de la cautividad de Babilonia, porque el reino de Judá, perdió el último su independencia, ha sufrido las vicisitudes que todos conocemos por la Historia Sagrada; y desde la última destruccion de Jerusalen por Adriano, en el año 35 del segundo siglo de nuéstra era, dispersos pór toda la tierra, en vano han querido, durante mas de diez y ocho centurias, volver á constituirse en nacion, pesando sobre ellos el terrible anatema á que les hizo acreedores su inmenso crimen. Despreciados por los cristianos, perseguidos por los emperadores, fueron tratados siempre como proscritos, en los diferentes estados que fundaron las gentes del Norte, encontrando solo alguna mayor tolerancia entre los musulmanes, á quienes mas de una vez prestaron auxilio en sus conquistas. Dedicados al comercio con la proteccion de los califas de Bagdad y de Córdoba, cultivaron las artes y sobre todo las ciencias, aun cuando las persecuciones comenzaron con mas furor durante la lucha de las cruzadas, y en España de la reconquista, habiendo tratado muchas veces en vano de sustraerles al furor popular los obispos cristianos, con caridad verdaderamente evangélica.

Considerados por todas partes fuera de la ley, viviendo en apartados barrios, perseguidos por el pueblo cuando los creian bastante ricos para apoderarse de sus bienes, siempre en continuo sufrimiento, sino en continua lucha, porque el judio apenas concibe la defensa propia, se han conservado, sin embargo, fieles á sus creencias religiosas y á sus costumbres especiales, notándose apenas en ellos la influencia de los pueblos entre quienes viven. Como apenas pueden poseer campos de

tas, órden establecida por Mekhitar (el que consuela) en la Isla de San Lázaro, cerca de Venecia, á principios del pasado siglo para la propagacion de la fé católica y de los estudios católicos entre los armenios, se ha operado una verdadera restauracion en la lengua y en la literatura armenia, trabajándose activamente en salvar las obras de sus antiguos escritores, y de darlas á conocer á la Europa culta.

labranza, no han podido continuar las buenas tradiciones agrícolas de los dichosos tiempos en que se establecieron en Palestina; conservando mejor aquel espíritu mercantil que tanto desarrollo alcanzó en la época de David y de Salomon, y que les hace reunir á veces pingües fortunas, alguna de las cuales ha llegado á considerarse como la primera del mundo. Estos ejemplos se encuentran, sin embargo, con mas facilidad fuera del imperio turco, que dentro de sus límites, por el temor que siempre tienen los judíos de ser víctimas del fanatismo musulman, excitado por la codicia. El mismo aislamiento en que viven en medio de las mas populosas ciudades, la tradicional repulsion con que por la generalidad son mirados, y el cumplimiento de una de sus leyes religiosas, que les obliga á no casarse sino con mujer judía, son causas de que conserven mejor que otros pueblos el tipo oriental de su raza. Su idioma, tan directamente enlazado con el árabe, el siriaco y el caldeo, aunque alterado durante la cautividad y mezclado con palabras de estos dos últimos idiomas, fué la lengua rabínica de la Edad Media, y se conserva entre los sacerdotes, hablándose muy poco por el pueblo, que mas bien se vale de la lengua turca. Los de Constantinopla y demás ciudades del Oriente, que recorrimos en nuestro viaje, hablaban castellano aunque muy italianizado y con giros mas propios de los siglos XV y XVI que de las épocas modernas; lo cual tiene fácil esplicacion por el poco roce que tienen con españoles y las muchas relaciones mercantiles que sostienen con los italianos, de donde ha resultado naturalmente, que siendo dos idiomas tan afines, el castellano de la época de la expulsion, que es el que aquellos judíos pueden conservar, se haya modificado por la influencia del italiano, que están oyendo hablar casi diariamente.

En cuanto á instruccion y condiciones sociales, los judíos en Oriente, por punto general, han llegado á un extremo de degradacion y de miseria indescriptibles. La costumbre de casarse demasiado jóvenes, la poca higiene que guardan tanto en sus vestidos como en sus habitaciones, mas por mezquina economía que por verdadera pobreza, y sobre todo, el hábito de la opresion, que todavía pesa sobre los israelitas en aquel imperio, principalmente en la Rumanía, han rebajado tanto el ca-

rácter de aquellos semitas, que imposible seria reconocer en ellos al pueblo, en que aun despues de la gran época de su historia, y de su dispersion por el mundo, sobresalieron los doctores de la escuela de Tiberiades, el rabino Judas Hakkadosch, autor de la *Mischna,* coleccion de tradiciones religiosas y de preceptos orales; el comentarista Asser, que escribió la *Gémara,* ó comentario, formando con ella el Talmud en el siglo VI; y tantos otros escritores como brillaron entre los judios, y que dejaron ricos tesoros que explotar en literatura profana, así de leyendas como de cantos, lo mismo de poemas morales que de historias, de genealogías, que de obras científicas, entre cuyos escritores ocuparon siempre lugar preeminente los rabinos y sabios judíos de España.

—La raza slava, está representada en Turquía por los servios y los bosniacos, cuyas frentes convexas y cuadradas están revelando las buenas cualidades que les distinguen, de valor, formalidad, generosidad y prevision. Aunque económicos y guardadores, tienen menos ambicion personal que los griegos, y en su trato con los extraños siempre aparecen modestos y diligentes. Las mujeres, aunque no tan bellas como las armenias, tienen una regularidad de facciones que las hacen muy agradables, pero lo mismo que las de todas las razas orientales, se agostan en una vejez prematura, no proporcionada verdaderamente á la precocidad del desarrollo, aunque este sea mayor que entre los pueblos occidentales.

A la misma raza slava pertenecen los búlgaros, de mediana estatura, á excepcion de los montañeses, y sobre todo en la Macedonia, de cabeza menos abultada que los servios y bosniacos, pero tambien de frente cuadrada y rostro prolongado, nariz aguileña y aspecto altivo. Las mujeres suplen lo que les falta de belleza, con su genio jovial y gracioso.

Los montenegrinos, aunque tambien slavos, tienen muchos puntos de contacto con sus vecinos los albaneses, parecido físico y moral que encuentra fácil explicacion en las frecuentes alianzas de familias que entre unos y otros se celebran.

Todos estos grupos de la raza slava, una de las mas extendidas variedades de la indo-europea, traen á la memoria sus orígenes asiáticos, y sus primeros pueblos en Europa y sobre todo en Italia, bajo la deno-

minacion de *Wendes* ó *Venetos*, y en las orillas del mar Negro y del bajo Danubio, con las de *Jazyges*, *Bastarnos* y *Roxolanos*, que fueron sometidos por sus vecinos los romanos, macedonios, scytas, godos y hunos. El historiador de los godos, Jornandès, les da por vez primera el nombre de Slavos, que significaba, hombres ilustres, y que acabó por expresar la idea de vasallos y esclavos. A la época de la gran invasion de los bárbaros, los slavos estaban esparcidos entre el Vistula, el Theis y el Volga, y se dividieron en tres ramas. Los Wendos ó slavos occidentales avanzaron hasta el Elba, y se dividieron en Tchéques, que ocuparon la Bohemia; Leckes, Polèzes y Lettones, que se establecieron en la Polonia y la Lituania; Moravios en la Moravia; Sorabos, Wittzos y Obotritas en la Pomerania, el Brandeburgo, Meklemburgo y Lusacia. Los slavos septentrionales, ó *Antas*, se unieron á los finnenses del mar Báltico, y formaron el principal núcleo de la nacion rusa. Los slavos meridionales, ó *Esclavones*, se libraron de la dominacion de los hunos despues de la muerte de Atila; pasaron el Danubio, y se extendieron al Sur de este rio, desde el Adriático hasta el Archipiélago, con los nombres de bosniacos, servios, esclavones y croatas. En el siglo XIV los servios llegaron á constituir una importante nacion, y bajo la enérgica voluntad de su emperador Duza, sometieron la mayor parte de la península helénica, y estaban á punto de fundar un nuevo y poderoso estado en Oriente, cuando Amurates I, destrozando á sus ejércitos en Cassova, les impuso el yugo de la dominacion turca. Los slavos del Oeste cayeron bajo el poder de Carlomagno, y despues de Otton I y de sus sucesores; y los del Norte formaron, dirigidos por algunos aventureros escandinavos, el imperio ruso, siendo sometidos primero por los mogoles y despues por los tártaros, hasta que recobraron su independencia por el esfuerzo de Ivan IV. Hoy la raza slava, en sus diversas agrupaciones, cuenta cien millones de individuos, de los cuales, setenta pertenecen solo á la Rusia, estando repartido el resto entre Austria, Prusia y Turquía. No todos profesan la misma religion, pues se dividen en católicos (17 millones), protestantes (2 millones), y griegos cismáticos (cerca de 80 millones), los cuales reconocen, los unos la supremacia religiosa del

Czar, los otros del patriarca de Constantinopla. La comunidad de religion y de raza, sirve de pretexto á la ambicion del emperador de Rusia, para propagar su política panslavista, que tiende á someter á su dominio todos estos pueblos.

— A la raza greco-latina pertenecen en Turquía los griegos, los zinzaros y los albaneses, de los cuales los primeros son bien conocidos, y ya nos ocupamos de ellos en el primer volúmen de esta obra. Los zinzaros forman una fraccion de la familia valaca moradora del Pindo, distinguiéndose solo del resto de su raza por sus costumbres nómadas; y en cuanto á los albaneses, lícito ha de sernos reproducir las palabras que Mr. Boué les dedica en su obra sobre la Turquía europea: « Acaso, escribe, son la mas hermosa raza de Turquía: se acercan mas á los griegos que á los slavos, y recuerdan los mejores tipos de los montañeses suizos por sus rostros ovales, su nariz larga y afilada, sus cuerpos mas bien delgados que gruesos, y sus formas elegantes. Los moradores sobre todo de la alta Albania, ofrecen ejemplos de perfiles idénticos á los de los soldados romanos, figurados en algunos arcos de triunfo de los primeros emperadores. Parecidos físicamente á los suizos, se les asemejan tambien en la facilidad con que sirven por dinero bajo pabellones extranjeros. A pesar de algunos ejemplos que pudieran probar lo contrario, se les considera como crueles y amigos del pillaje. Son vivos, inteligentes, espirituales, y sobre todo, aventureros. La hospitalidad es para ellos una religion; pero con demasiada frecuencia el brigandaje, que ha desolado las provincias de la Turquía y el Norte de la Grecia, ha tenido entre ellos su cuartel general. Las albanesas, sometidas á los trabajos mas penosos y á los peores tratamientos, son, sin embargo, cariñosas y risueñas. Su belleza, en las que pertenecen á familias bien acomodadas demuestra que, si llevasen una vida menos dura las mujeres del pueblo, serian tan hermosas como los hombres, á los cuales por punto general son inferiores. El uso del velo y de la separacion de las mujeres se observa con el mayor rigor entre los albaneses, aun siendo cristianos.»

Los albaneses, llamados por los turcos, *Arnuts*, y por ellos mismos, *Skipetars* (hombres de las rocas, montañeses), descienden de los Illi-

rios y de los Epirotas, y forman todavía dos poblaciones distintas y enemigas, que son los *Guègues* en la alta Albania, al Norte, y los *Toskos* en la baja Albania, al Sur. Con el nombre de *Stradiotas* se hicieron célebres combatiendo bajo las banderas venecianas. En el siglo XV, mandados por Scanderberg, resistieron heróicamente á los turcos, aun que tuvieron que sucumbir en la siguiente centuria; pero cristianos ó musulmanes, mas por la fuerza que por conviccion, vivieron siempre en eterna protesta contra sus opresores, lo cual no impide que, alistados como los antiguos suizos en España é Italia, por un sueldo fijo, bajo el pabellon otomano, sean los mejores soldados del imperio. — Á 1.600,000 habitantes asciende la poblacion de la Albania, de los cuales 200,000 son católicos, 500,000 griegos, y 900,000 musulmanes, que ocupan, en la vertiente occidental del Pindo, un pais inculto y agreste, mal regado por ramblas y torrentes, estéril aunque cubierto en parte de florestas, donde apacientan sus ganados de cabras, carneros y caballos albaneses, tan renombrados entre los orientales (1).

La última y mas original raza que puebla la Turquía es la india ó índica, á que pertenecen los Tchinghianés, extensa familia oriental de que se ven algunas ramas nómadas en Occidente, conocidas con el nombre de *bohemios* en Francia, de *gipsies* en Inglaterra, y de *gitanos* en España. Extranjeros en medio de los pueblos donde residen, huyen su sociedad y su civilizacion, y no presentan rastro alguno de historia política ó literaria, fuera del que ofrece el estudio de su idioma. Religiosos por conveniencia, sometidos á las leyes por su misma debilidad y por el temor de los castigos, hacen verdadera vida de salvajes, explotan á los pueblos donde residen, ó ganan con lo poco que les producen sus rudimentarias industrias, lo poco que tambien necesitan para su subsistencia. Sin jefe, excepcion hecha del que algunas veces les fijaba el gobierno turco para reglamentar sus impuestos anuales, se pasean con sus tiendas y sus caballos extenuados, de uno á otro extremo de aquel vasto imperio, acampando en los alrededores de las poblaciones, donde encuentran fácil despacho para los utensilios de cocina y algunos instrumentos

(1) Para la guarda de estos ganados tienen los célebres perros-pastores de Molossia.

de labranza, que hacen de hierro, cuya primera materia suelen tomar donde quiera que la encuentran, sin consideracion alguna á los sagrados derechos de propiedad. En esto, como en otros muchos detalles de la vida de aquellas gentes, se parecen á sus hermanos de España. Las mujeres, y principalmente las viejas, se pasean por las ciudades ó pueblos, diciendo la buena ventura; y los niños, en camisa (cuando la tienen), sucios y asquerosos, juegan delante de las tiendas de sus padres, ó piden limosna á los pasajeros. Á pesar de tan extrema pobreza, el tchinghiané, bajo su tienda, y en la intimidad de los suyos, se burla de todos los hombres civilizados y reniega de cuantos no pertenecen á su raza. Contribuye á este alejamiento, preciso es confesarlo, el desprecio con que en todas partes son tratados; si bien se observa, que á pesar de estar establecidos muchos de ellos, con domicilio fijo en las poblaciones, apenas han variado las condiciones que les distinguen.

La religion que profesan es tan superficial, que tanto los musulmanes como los cristianos, les tienen prohibido formar parte de toda gerarquía religiosa. Su inclinacion al robo, su astucia para el engaño, su vida errante de músicos ó de chalanes, sus festines y su propension á la embriaguez, les tiene alejados de toda sociedad medianamente culta.

Esta familia excepcional, cuyo orígen es la India, segun lo ha demostrado el estudio de la filología comparada, rechaza el nombre de tchinghianés, que se da á sus individuos, y se denominan *romies*, ó hijos de la mujer (romni), pues así como nosotros nos llamamos hijos de Adan, ellos se llaman hijos de Eva. El origen de este nombre acaso se encuentre en el dios índico, *Râma*, cuyo culto tendrian en el Indostan, tomando de él dicha denominacion, para distinguirse, despues de su salida de la India, de los demás pueblos y de las demás religiones. Esta conjetura, propuesta por el diligente y erudito orientalista, Alejandro G. Paspati, tiene más visos de verosimilitud, que la que supone, proviene aquel nombre de *rumi*, dado por árabes y turcos á los romanos ó cristianos, y con la cual por ampliacion designan tambien los indios á los turcos en general, aplicándoles el antiguo nombre *romaioi* de los bizantinos. El nombre de tchinghianés,

que les dan los turcos, tiene su raiz en zeughi, sustantivo y adjetivo pérsico, que significa en etiópico negro ó negra, asi como zungeé, de donde ha nacido el aleman *zigeuner*, el valaco *zigano* y *zingano*, el búlgaro *tchiganin*, y el *zingaro* ó *zingano* italiano. Los griegos los llaman *gyphtos*, palabra con que designan á toda persona despreciable y avara, derivada de *agyptios*, de donde procede el español *gitano* y el inglés *gipsey*; siendo probable que el color de su piel les haya hecho dar aquel nombre, mas bien que su pretendido orígen del Egipto, porque todo induce á creer que los tchinghianés se introdujeron en Turquía y de ella en Europa, por tierra. Los griegos llamaron tambien á los tchinghianés *catzibelos*, mercaderes de toda clase de utensilios, de tegidos de mimbre, hierro, lata y sus análogos.

No es nuestro propósito referir en este lugar la historia de las emigraciones de aquel pueblo, sobre la cual puede consultarse el gran trabajo de Grelman y sus continuadores. Apuntaremos, sin embargo, que este autor, despues de haber expuesto de una manera clara y precisa su primera aparicion en Alemania, en 1447, las costumbres y los hábitos nómadas de tan extrañas gentes, determinó su afinidad con los pueblos índicos por la comparacion de la lengua de los tchinghianés con las indias, y principalmente la indostánica. Sobre la época de su llegada al imperio turco, se cree que entraron por la Tracia poco antes de la conquista turca, puesto que los historiadores bizantinos Chrisoloras, Khaleocondylis, Juan Ducas, Juan Cantacuceno, y Phrantzes, no hacen la menor mencion de ellos.

Aunque numerosos en todas las comarcas de la Turquía, asi de la Rumelia y de la Anatolia como del Asia menor, puede asegurarse que, en la antigua Tracia, propiamente dicha, es donde se encuentran en mayor número; y aun cuando se carece de datos estadísticos acerca de tan extraños séres, se cree pasan de 200,000 los que hay en Turquía. Obedeciendo á su carácter nómada, hácia la mitad de abril ó mas tarde, si se atrasa la florida estacion, dejan sus *gyshlas*, ó cuarteles de invierno, y se dispersan por todas las comarcas cercanas, bajando algunos por el Norte de los Balkanes, hasta el Asia menor, mientras otros suben hácia el Norte de aquellas célebres cordilleras,

para bajar de nuevo á la mitad de octubre. Muchas familias hay que jamás salen de una provincia, la cual recorren, conociendo hasta en sus menores detalles todo el territorio, y lo que pueden necesitar sus labradores é industriales, que procuran proporcionarles, valiéndose de cualquiera clase de medios, pues para ellos es un axioma aquella inicua frase, de que todos son buenos si conducen al fin.

Los tchinghianés que, abandonando su vida errante, viven en las ciudades, son muy poco numerosos en relacion con los nómadas, existiendo entre unos y otros tal antagonismo y tal desprecio mútuo, que los sedentarios ó de las ciudades llaman bárbaros á los nómadas y se burlan de su pronunciacion ininteligible, ruda y áspera, de su desnudez y de su crasa ignorancia, mientras los nómadas á su vez, llaman á los sedentarios, *kalb tchinghianés*, ó sea falsos romies, vasallos ó esclavos, y otras frases no menos despreciativas. Este antagonismo no es solo debido al cambio de vida de los sedentarios, sino principalmente á la diferencia de religion, porque los nómadas son en su mayor parte musulmanes, y los sedentarios cristianos, aunque ni unos ni otros tienen gran fe en su respectiva creencia, porque la verdad es que apenas practican ni menos comprenden sus ceremonias y dogmas, aceptando tanto unos como otros únicamente los principios de una ú otra religion, cuando creen que de ello pueden sacar algun partido.

Como no hay regla general sin escepcion, algunas veces se encuentran tchinghianés cristianos entre los nómadas, que viven en mejor armonia que sus compañeros con los sedentarios y que hasta llegan á contraer matrimonio con las mujeres de éstos; pero, aunque errantes, viven separados de los otros nómadas.

Entre estos forman un grupo especial los llamados *zapari*, que son las gentes mas feroces de su raza, los cuales siguen la religion musulmana, y son toscos herreros durante el invierno, y saltimbanquis que enseñan osos y monos en las ferias y en las grandes ciudades. Tambien de ellos salen la mayor parte de los verdugos que hay en el imperio. Se les distingue entre todos los demás, por sus enormes tocados y sus anchos pantalones, que recuerdan los de sus congéneres de Andalucia. Á los caractéres físicos de todos los tchinghianés, del-

gados, de negros cabellos, de color moreno casi verdoso, de ojos negros y brillantes, agregan los zaparis mirada salvaje, andar provocativo y fiero, y la mas completa ausencia de todo sentimiento de moral, siquiera sea la que el supremo Hacedor marcó con indelebles caractéres en la conciencia humana. Hay entre sus sanguinarias costumbres una, sobre la cual deben meditar los arqueólogos, pues se encuentran, en nuestro pais sobre todo, muchos cráneos humanos que revelan la misma práctica. Los zaparis, despues de arrojar á sus víctimas en tierra, les atraviesan la cabeza con un clavo, generalmente de madera, sino lo tienen á mano de hierro. —Los tchinghianés sedentarios mas civilizados son los que viven en Constantinopla, donde hay cerca de ciento cuarenta familias, que viven repartidas en Yeni-Baghtche, Tchivar, Tchechme, cerca de la iglesia de los Claquernos, en Scutari, y en Kassim Pachá.

Hállanse tambien otros muchos en poblaciones cercanas á la capital y en las diversas provincias del imperio; pero como ya indicamos, los nómadas abundan mucho mas, teniendo, por decirlo así, su cuartel general en la Rumelia.

Algunos sedentarios de las cercanías de Constantinopla, suelen casarse con mugeres del pais, lo cual tambien se observa entre los gitanos de Andalucía; pero sus casas presentan el mismo aspecto que las tiendas de los nómadas en cuanto al escasísimo mobiliario. Bien es verdad que no les hace gran falta otra cosa, puesto que los inquilinos de aquellas pobres moradas, con el amor al aire y á la vida libre que les distingue, viven en medio de la calle con sus mujeres, de flexibles caderas, abigarrados trajes de colores vivos, principalmente rojo y amarillo, y negras y rizadas caballeras, adornadas ordinariamente con flores, siendo lo mas comun verlas sentadas, aun en los momentos de reposo, á la puerta de la casa, como si esta no tuviera otro objeto, que el de darles abrigo durante la noche. Poco aficionados á la cultura, apenas envian sus hijos á la escuela, mas para desembarazarse de ellos, que por deseo de que cultiven su inteligencia; y los hombres, por punto general, viven dedicados á la vida de saltimbanquis, recorriendo las aldeas, tocando y cantando, sobre

todo en las festividades públicas y en las férias, al compás de cuya música bailan sus mujeres lujuriosas danzas; siendo los menos los que se dedican al oficio de herreros ó al comercio de paja, carbon y leña, á trabajos de vendimia, ú otros del cultivo de la vid, y muchos los que ejercen el repugnante tráfico de, *zurcidores de voluntades*. En parte alguna se les permite ejercer ninguna clase de cargo por modesto que sea, en las iglesias, á no ser por rara excepcion, el de cantores; y aunque fueran cristianos, hasta hace algunos años, no se les enterraba en los cementerios de estos; costumbre que, todavía continúa para los tchinghianés que no están casados con mujeres griegas, si bien los que han contraido con ellas matrimonio, ó los que proceden de estas uniones, que ya forman una raza mestiza, se entierran al lado de sus compañeros de comunion religiosa.

Pero el tipo del verdadero tchinghiané es el nómada, aunque no pertenezca al grupo de los zaparis. Familiarizado con la vida de las poblaciones, sufre, sin embargo, las inclemencias de los elementos bajo su tienda, antes que avenirse á encerrarse entre las paredes y bajo los techos de las casas, dentro de las cuales parece que no encuentran sus pulmones y sus ojos, aire que respirar y espacio por donde dilatar sus miradas. Aunque vea tiritando de frio á sus pobres hijos casi desnudos ó desnudos completamente, aunque el calor sofocante del estío les abrase bajo la frágil y con frecuencia agujereada lona, preferirá morir con ellos bajo su tienda, que vivir mas cómodamente en las moradas con que le brindan las cercanas ciudades. Algunos suelen labrarse una especie de cabaña con ruedas, cubierta con cortezas de árboles, la cual conducen de un lado á otro tirada por bueyes, mientras la familia va detrás de su ambulante morada; y otros son tan pobres, que ni para esto ni para tiendas tienen, y acampan á la sombra de un árbol ó de una casa. Cuantas veces al verlos agrupados de este modo, recordaba los gitanos pobres de mi pátria, que de la misma manera van recorriendo diferentes lugares, formando el rancho á la luz de las estrellas, ó bajo los ardores del sol canicular.

La lengua hablada por estos tchinghianés nómadas, difiere tambien de la de los sedentarios, que olvidándose de muchas palabras, las susti–

tuyen con otras turcas ó griegas; pudiendo considerarse la que hablan los tchinghianés de la Rumelia, como la lengua madre de las que usan las diferentes familias de estas gentes, esparcidas por Europa y por América.

Á pesar de que ciertas prácticas parecen indicar entre ellos el recuerdo de una religion indostánica, no puede decirse que los tchingianés profesen mas religion que la musulmana ó la cristiana, aún cuando en realidad, mas de nombre que realmente, pues los que se llaman cristianos mueren sin haber sido bautizados, y sin haber sufrido la circuncision los musulmanes, cambiando de religion, con tanta facilidad como de domicilio, y burlándose con frecuencia de ella, como se burlan de todo lo que les es extraño. Es probable, que en un principio conservaran el recuerdo de su religion índica al venir á la Tracia, que se convirtieran bien pronto al cristianismo, religion imperante en aquella comarca á la época de su inmigracion, y que despues de la conquista del Imperio, por los musulmanes, muchos abrazasen el mahometismo; pero repetimos, que ni unos ni otros sienten el menor interés por el conocimiento ni la práctica de sus respectivos dogmas, mirando todo esto con una glacial indiferencia. Solo durante los meses de primavera, cuando los tchinghianés salen de sus cuarteles de invierno, se reunen en medio de un prado ó de un campo, procurando que haya cerca una fuente, para celebrar, léjos de los griegos y de los turcos, la fiesta característica de su raza, su kákkava ó fiesta de los caldeos. En ella y durante tres dias consecutivos, se entregan en medio de sus tiendas á festines, regocijos, danzas y cantos, teniendo obligacion cada uno de ellos, de inmolar un cordero, y de invitar á todos los pasajeros á su mesa, cubierta de flores y bien provista de vinos. Toda discordia, toda contienda, les está severamente prohibida durante esta festividad. Los bailes, los gritos, los cantos, constituyen su sola ocupacion en aquellos tres dias de verdadero vértigo y delirio, al terminar los cuales, pagan su impuesto anual, ó *tcharébachi*, arreglan sus disputas, y se marchan á recorrer el pais en diversas direcciones con sus tiendas y sus animales. Semejante festividad, sin embargo, es mas propia de los nómadas que de los sedentarios, muchos de los cuales, apenas la cono–

cen, y aun hasta entre los primeros, de las cercanías de Constantinopla, va cayendo en desuso, desde que la percepcion de su impuesto se cobra ya por los agentes del gobierno de una manera mas ordenada. La época en que comienza dicha festividad, generalmente, es el 23 de Abril.

Los tchinghianés, no tienen la mas pequeña nocion de ciencias, de artes, ni de letras; se curan cuando están enfermos, con algunos remedios empíricos que conservan las viejas de su raza, y llega á tanto su avaricia, ó su pobreza, que entre los nómadas es práctica muy seguida la de enterrar sus muertos durante la noche, ocultando cuidadosamente el lugar del sepelio, para no pagar á los imanes ó á los sacerdotes. Su literatura está reducida á algunos cuentos que suelen relatar sus músicos y cantores, cuentos en los que se nota la influencia de la fantasía oriental, pero en los que no se halla ningun indicio de sus orígenes índicos ni de su antigua religion (1).

## IV

La sociedad de Turquía y los usos y costumbres de los otomanos ofrecen tambien extensa materia de importante estudio para el viajero. Basada la organizacion social, en la igualdad coránica, no puede decirse, segun ya indicamos en otro lugar de este capítulo, que existe aristocracia hereditaria, pues hasta la transmision de los nombres gentilicios es allí casi desconocida; por lo cual entre todos los musulmanes hay necesidad de consignar los nombres del padre y aun del abuelo, para designar de una manera precisa á un individuo. Cada uno lleva su nombre propio, y un prenombre, por decirlo así, tomado de las leyendas religiosas ó de la historia nacional, al cual se añade para evitar confusion, un calificativo, derivado, ya de condiciones físicas, ya de cualidades morales, ya de defectos ó de bellezas, ya del lugar de donde nacen ó proceden. En las mujeres generalmente, estos calificativos constituyen su solo nombre, y casi siempre tienen un significado encomiástico. La perpetuidad de un nombre gentilicio, fuera de la familia imperial, se encuentra por excepcion muy raras veces.

(1) Al final de este tomo, transcribiremos algunos de dichos cuentos.




Teo Rufflé cromol.ª — Lit Donon. Madrid

DAMAS TURCAS EN TRAJE DE PASEO.

La distincion entre los musulmanes, depende solo del puesto oficial que ocupan, sin embargo de lo cual, hasta los últimos tiempos, y aun en la actualidad, los que se precian de verdaderos y antiguos musulmanes, miran á los funcionarios públicos con una especie de desden que no se toman la molestia de disimular, pues antes de la moderna organizacion los consideraban y eran en efecto, verdaderos esclavos del sultan.

Al estudiar la sociedad musulmana, una de las primeras instituciones que excitan más vivamente la curiosidad del observador, es la poligamia; y sin embargo, no debe culparse á Mahoma de ello, pues ya existia entre los árabes cuando empezó sus predicaciones, lo mismo que en todo el Oriente. El profeta de Medina, mejor la toleró que la autorizó, considerándola como una concesion á las antiguas costumbres. Así, recomendó la monogamia cuando dijo, que «el hombre que no tiene mas que una sola compañera, es digno de alabanza,» ó cuando al establecer que no se celebrasen matrimonios, mas que á lo sumo con dos, tres ó cuatro mujeres, añadia; «que no pudiendo sostenerlas convenientemente, solo se tomase una.» No era, sin embargo, el pensamiento que inspiraba á Mahoma, al hacer estas declaraciones, el de la moral cristiana: era mas bien un pensamiento político y social, puesto que el mismo Mahoma, despues de recomendar cierta continencia en cuanto al número de mujeres legítimas, autorizaba el uso de las esclavas.

La situacion de la mujer en la sociedad musulmana, es objeto de prescripciones concretas y precisas del Coran, que le ha consagrado un capitulo entero, cuyas prescripciones se han ordenado en el código *Multeka,* de que ya hablamos, tratándose en él con separacion de las condiciones del matrimonio y de sus diferentes impedimentos, á la manera de los códigos europeos; de la igualdad del trato del marido para con las mujeres legítimas, cada una de las cuales, cualquiera que sea su religion, su fortuna, su nacimiento, su edad, tiene derecho á que se le guarden igual género de consideraciones en todo lo referente á la habitacion y á los alimentos; disposiciones que entran en minuciosos detalles, que parecerian impropios de leyes generales, sino se

tuviera en cuenta el sútil ingenio de las gentes para quienes se dictaron. En estas disposiciones se desciende hasta prescribir la obligacion de dar el marido á sus mujeres la cantidad mensual necesaria para el sostenimiento del harem, y hasta á prohibir que los hijos de las unas puedan entrar en los departamentos de las otras. Igualmente se dan reglas á las cuales debe ajustarse la potestad marital, reglas que no están todas hechas en favor del marido, sino tambien de la mujer, pues si bien aquel puede prohibir á ésta salir de casa, recluirla en el paraje que le convenga, y hasta impedir que vea á ciertos parientes, le está vedado llevarla sin su consentimiento á otra ciudad, é impedirla que vea, por lo menos una vez á la semana, á sus padres, y una vez al mes á sus mas próximos parientes. Preceptúase tambien en dicho código, respecto al repudio y al divorcio, que el primero puede ser pedido por el marido solo, no concediéndose ordinariamente sino por razon de esterilidad, y volviendo en tal caso á la mujer su dote, ó asegurándole su decorosa subsistencia; mientras el divorcio puede ser pedido por ambas partes, y concederse, cuando se justifique legalmente el mútuo consentimiento, la insuficiencia de los fondos con que el marido contribuye para el sostenimiento de la casa, el alejamiento voluntario del marido, la apostasía, ó la impotencia.

Á pesar de estas prescripciones, la inferioridad civil y social de la mujer en Turquía resalta en ellas mismas; y no es estraño que asi suceda, cuando el Coran reconoce esta superioridad del hombre. «Los hombres, dice, son superiores á las mujeres, á causa de las cualidades con que Dios los ha elevado sobre éstas, y porque emplean sus bienes para dotar á las mujeres. Las mujeres virtuosas son obedientes y sumisas; conservan cuidadosamente, durante la ausencia de su marido, lo que Dios ha ordenado conservar intacto: reprendedlas todo lo que tienda á desobediencia; relegadlas á otro lecho; golpeadlas; pero asi que os obedezcan, no les busqueis disputa.»

Debe decirse, sin embargo, en justo tributo á la verdad, que rara vez los maridos turcos, á pesar de sus proverbiales celos, usan en toda su extension de las facultades que les da el Profeta en las anteriores palabras, recordando mejor aquellas otras del mismo Mahoma, cuando



J. Acevedo cromolit.

Lit. de J. M. Mateu Madrid

SEÑORAS TURCAS EN EL INTERIOR DE SUS CASAS.

dirigiéndose á los hombres dice: «Las mujeres son vuestro vestido, y vosotros el suyo.»

No se crea que à pesar de esta inferioridad legal, y religiosamente reconocida, el Coran convierta á la mujer en una especie de animal intermediario entre el bruto y el hombre, como algunos renombrados filósofos antiguos, pues le deja la responsabilidad moral de sus actos, y le da un alma inmortal como la nuestra. Cierto que sus deberes se reducen à muy poco, pues fuera de la fidelidad que tan severamente le está encomendada, se limitan á guardar ciertas costumbres, que el uso ha convertido en leyes, tales como no salir nunca sin el velo, ni sola, sino escoltada por esclavos ó criadas, que generalmente son viejas, cuando la posicion de la mujer les permite tener las unas ó los otros, ó bien de sus hijos ó alguna de sus compañeras, cuando pertenecen á mas humilde condicion. De esta manera pueden ir dondé quieran, y á veces suelen ir mas allà de donde debieran.

El velo que, como hemos indicado, debe siempre cubrir su faz, dejando al descubierto solamente los ojos, no es solo una costumbre, sino una obligacion religiosa, puesto que el Profeta prescribió á sus esposas, á sus hijas y á las mujeres de los creyentes, llevar siempre un velo sobre el rostro, añadiendo que aquel velo seria la marca de su virtud, y un freno para las palabras del público.

La superioridad que cree tener en Turquia el hombre sobre la mujer, como apoyada y sancionada por su ley religiosa, le lleva á mirarla con cierta gravedad protectora, pero sin que pueda, ni comprender siquiera, el galante apasionamiento de las razas occidentales. Generalmente es bueno para con sus mujeres, pero con la bondad de un sér superior, hácia un sér débil, que es necesario para su bienestar. Asi es, que en lugar de recibir dote, lo da él, y cuando no puede sostenerla, la mujer puede divorciarse; sin embargo de lo cual se ven muchos ejemplos, sobre todo en las clases pobres, de mujeres que emplean todo el tiempo que le dejan libre los quehaceres domésticos, en hilar, coser, ó en cualquiera otra clase de trabajo, para con su producto ayudar al sostenimiento de la familia.

La poligamia, sea por la necesidad que tienen los maridos de dotar

á cada una de sus mujeres legítimas, sea por la influencia del cristianismo, va cayendo en desuso, pero en cambio la suplen con el divorcio, para el que encuentran fácilmente pretextos, y con la esclavitud de las mujeres, que aunque abolida en principio en el imperio otomano, y aunque cerrados los bazares en que se hacia tan inicuo tráfico, continua mas ó menos públicamente, no siendo estraño ver en determinadas localidades, principalmente en Constantinopla, vender, aunque con cierto recato, esclavas negras llevadas del Sudan, del Egipto y de la Etiopía, ó blancas y hermosas circasianas y georgianas en el barrio de Top-Hané. Y, á la verdad, toda la culpa de ello no es de los turcos. El rigor con que son castigados los que se dedican á tan bárbaro comercio, por los cruceros rusos é ingleses, no logra impedir que muchos habitantes del Cáucaso, vayan á vender sus hijas á la capital del Bósforo; si bien, es cierto, que las autoridades turcas, léjos de impedirlo, pueblan sus voluptuosos harenes con aquellas hermosas odaliscas.

La vida del harem, á pesar de las influencias europeas y de las reformas del imperio, es todavia indispensable para el turco mas adelantado, que digan lo que quieran otros viajeros, dista mucho de mirar á la mujer con el alto concepto que las consideramos los cristianos. Las escenas que presenciamos á bordo de *l'Ebre*, la absoluta indiferencia con que las miran en la calle, en los carruajes públicos, ó donde quiera que tienen ocasion los turcos de encontrar á las mujeres, por lánguido y tentador que sea el brillo de sus ojos, nos convencieron de que la consideran como un agradable y preciso elemento de la vida, pero no como una espiritual compañera del alma.

Y, sin embargo, el cuidado que ponen en recatar su belleza, pareceria demostrar lo contrario, sino recordásemos que de la misma manera guarda el avaro su tesoro, no por el valor que en sí tiene, sino por la torpe fruicion de su miserable dueño. En todo paraje público á donde la mujer pueda concurrir, hay departamentos separados para ella. Los coches de los tranvias, que ya encontramos establecidos en Constantinopla, están dispuestos convenientemente para que no vayan confundidos los hombres y las mujeres; y en los vapores que á cada momento están saliendo del colosal puente flotante que mide una cuarta parte de milla en-

lazando la punta de Galata con la ribera opuesta del Cuerno de Oro, para los pueblecitos costaneros que se levantan á uno y otro lado del Estrecho, la parte de popa ocupada por la toldilla en otros buques, está completamente incomunicada con el resto de la cubierta por medio de grandes lienzos, cerrados con botones ó correas, que solo sueltan, al entrar dentro de aquella especie de tienda, las mujeres, para quienes está destinada. En la seguridad de que allí no pueden ya temer las imprudentes miradas de los hombres, se quitan el velo, por lo que mas de un europeo, codicioso de su siempre velada hermosura, suelen colocarse de manera, que por las indiscretas uniones del lienzo que sirve de puerta á aquel mujeril recinto, y que el viento entreabre con la violencia de la arrancada del barco, logren ver al descubierto tan guardadas bellezas, á las que, dicho sea de paso, no desplace ser miradas. Recordamos que en una deliciosa tarde, al dirigirnos á Buyukdere, en union de nuestro embajador y de uno de nuestros compañeros de comision, las miradas de éste hallaron medio de penetrar en la vedada toldilla, y empezaron á sostener tan nutrido fuego con las de una bellísima georgiana, que dentro de ella con otras turcas iba acompañada de una vieja gruñona, que no sé hasta dónde habria podido llegar en su atrevido asedio, si la vetusta dueña, apercibida del suceso, no hubiese acudido en defensa mas de su señor que de su señora, cerrando poco menos que herméticamente el pesado lienzo que cubria la entrada.

La indiferencia con que fuera del harem, y aun en la vida de familia, son miradas por los otomanos sus mujeres, escusaria su coquetismo, y aun, si fueran infieles, su infidelidad, si algo hubiera que pudiese disculparla; pero, á pesar de todo, sea que no conociendo otra manera de ser amadas les falta tentacion y estímulo para pecar, sea por la constante vigilancia que sobre ellas ejercen eunucos y viejas, unos y otras en constante antagonismo con amorosas lides, por estarles vedado entrar en ellas, es lo cierto que se observa mayor moralidad en la capital y ciudades de aquel vasto imperio, que en la mayor parte de los Estados de Europa, siendo allí desconocida la prostitucion, á cuyo repugnante y asqueroso oficio solo se entregan mujeres de procedencia estranjera, que disfrazadas con el traje, y fingiendo maneras y

costumbres muy características de las turcas, procuran engañar al crédulo y vicioso viajero de Occidente, que busca en fáciles amores la realizacion de soñadas y eróticas aventuras.

No quiere esto decir que no existan allí tambien mujeres veleidosas, que aprovechando los momentos en que van al bazar de las sedas ó á visitar á sus amigas, aunque acompañadas por la desconfiada y gruñona dueña, se dejen arrastrar por la insidiosa seduccion; pero tales casos forman escasas escepciones, que probablemente serán mas numerosas cuando empiezen á conocer los modernos *adelantos* en tales materias de algunas naciones de Europa.

Lo mismo que hemos dicho acerca de las esclavas, puede aplicarse á los esclavos. Prohibido igualmente se encuentra tan infame tráfico, y á pesar de ello los hay en Turquía, si bien debe decirse en honor de los turcos, que las condiciones de su existencia, de sus relaciones con sus dueños y de su emancipacion, son mucho mas beneficiosas para el esclavo, que las de sus hermanos de servidumbre en las regiones americanas.

Además de los esclavos, tienen los otomanos gran número de criados, llegando en Constantinopla á cuarenta mil, cerca de una tercera parte de la poblacion musulmana; siendo sobre todo exhuberante en las casas donde el marido tiene muchas mujeres, puesto que es de rúbrica que cada una tenga tambien su servidumbre propia; y como cada sirviente tiene su especialidad, de la que no le es dado salir, resulta que, en desempeñando sus funciones, queda completamente desocupado y en la mas peligrosa ociosidad casi todo el dia. Su sostenimiento está calculado en una cuarta parte de las rentas de cualquier casa turca, por lo que tan exagerado é inútil lujo suele ser causa de su ruina.

El interior de la casa turca está dividido en dos partes completamente separadas: el departamento de los hombres, *sélamlik,* y el de las mujeres, *odalik;* siendo el primero únicamente en el que penetran los profanos, no entrando ni el mismo marido en el segundo, cuando se hallan en él otras mujeres; y mientras aquel solo tiene los muebles mas precisos para la vida de su dueño y para sus asuntos y amigos, el odalik está decorado con el mayor esmero, viéndose al lado de los



*Letre dibᵒ y cromolitᵒ*

MEMORIALISTA TURCO (ARZUJALDJI)

ricos y vistosos muebles y objetos orientales, los prosaicos y con frecuencia anti-estéticos de Occidente.

La vida en el interior de las casas turcas ofrece tambien un carácter especial, por esta separacion de los dos elementos que componen la vida intima del hogar cristiano, bendecido por nuestra santa religion. El jefe de la familia come ordinariamente solo, servido por sus mujeres y sus hijas, si come en el harem, ó por sus criados, si lo hace en el sélamlik. Las mujeres comen siempre en el odalik; y en las familias bien acomodadas va introduciéndose la mala costumbre, para la union de los lazos familiares, de que los hijos coman tambien aparte.

Y ya que de comer hablamos, no nos parece fuera de propósito dar algunas noticias acerca de la cocina turca, en nada parecida á las europeas. No se recomienda, en verdad, por el ingenio de sus combinaciones, siendo su *nota característica* el empleo en altas dósis de estimulantes, sobre todo la pimienta, cuyos efectos se procuran dulcificar con el uso de leche cuajada. Entre las preparaciones de los manjares predomina el asado de carnero ó de pollo, dispuesto el primero en pequeños trozos colocados al fuego en largos y delgados asadores, ó enteros, y rodeados en uno y otro caso con un picadillo de cebollas y otras plantas, de sabor fuertemente escitante. El pollo se emplea además para dar mayor sustancia al *pilaf* ó *pilau*, especie de arroz á la valenciana, muy agradable, que constituye el plato favorito de los turcos. La carne de toro ó vaca no es comun en aquellos paises, porque se reservan tan útiles animales para los trabajos agrícolas; y el cerdo está prohibido con tanto y tan acertado rigor, que hasta para entrarlo en Constantinopla con destino á las mesas de los griegos, servios, ó de las otras comuniones que no lo tienen prohibido, se necesita un firmán. Es tal el horror que con razon inspira á los turcos por su maligna influencia para las enfermedades de la piel, y principalmente la lepra, que presenciamos en cierta ocasion una disputa, que pudo haber tenido funestas consecuencias, entre un marinero de la fragata de los que fueron á Constantinopla para llevar provisiones á bordo, y un *kamal* ó cargador, porque el primero dió al segundo, envuelto en un pedazo de papel, como si fuera un confite, un pequeño trozo de tocino.

Tambien están rechazados de la alimentacion turca, considerándolos igualmente como inmundos, el pavo, el ánade y la caza, por no creerla bien desangrada, á pesar de la costumbre que tiene el cazador turco de cortarle la cabeza apenas coge la presa.

Las ensaladas forman tambien parte muy integrante de la mesa turca, y las componen casi lo mismo que los occidentales, y de las mismas legumbres, especialmente de pepino y de otras plantas cucurbitáceas, que, usadas antes de su completa madurez, producen con demasiada frecuencia enfermedades del aparato digestivo, sobre todo en la época de los grandes calores. En su loca aficion á los estimulantes, hemos visto emplear en algunos puntos para la ensalada hojas de mostaza, así como tambien es muy comun que á la de lechuga le mezclen granada, lo mismo que se acostumbra en Andalucía. Tambien son muy aficionados á las frutas, principalmente las sandías y los melones, que sobre todo las primeras son muy pequeñas, y que mondan como muchas personas las naranjas y las manzanas, cortando la cáscara en espiral.

Pero si en el arte culinario los turcos han hecho muy pocos progresos, en cambio no sucede lo mismo con el de los confites, almendrados y pastas, que ejercen con mucha aceptacion, y en el que alcanzan pingües ganancias los que á su tráfico se dedican; lo cual proviene tanto del acierto con que los componen, como de la estremada aficion que á ellos tienen casi todos los orientales, y principalmente, segun ya indicamos, las mujeres de Turquia. Entre aquellos confites son los mas renombrados, el que llaman *raht-lokumia*, pasta que elaboran con *mastika*, las almendras, sobre todo garrapiñadas, y los anises, haciendo mucho uso en todos estos dulces de perfumes, sobre todo, la esencia de rosa, tan estimada en aquellos pueblos.

Los helados y sorbetes son tambien muy usados, pero no en las comidas como en Europa al final de todo festin, sino á cualquier hora, como una golosina mas, y golosina tanto mas apetecible y agradable, cuanto el calor es insufrible en aquellos paises durante el estío. Sin embargo, mejor que en los cafés turcos, se sirven los helados por vendedores ambulantes que se encuentran donde quiera que hay aglomeracion de

personas, en el puente, en los bazares, en los mercados; vendedores que llevan á la espalda garrafas con agua helada, de limon, de almendra, ó de cereza, ó bien entre nieve moldes de diferentes formas, copiados de los que usan los europeos ó comprados á los mismos, para lo que llamamos, quesitos helados, que sacan en el acto con la mayor destreza y presentan al transeunte á precio bien módico, en los platitos que á prevencion llevan sujetos con una correa, entre ésta y la faja.

Fuera de estas bebidas refrescantes, generalmente los turcos no beben mas que agua, escepcion hecha de algunos menos rigoristas, que, como digimos al principio de este capitulo, han creido poder eludir las prescripciones coránicas, no bebiendo vino, pero que en cambio se abrasan la sangre con aguardiente de mastika, especie de anisete que tiene esta resina en disolucion, y que cuando se echa en un vaso de agua le da un aspecto lechoso á la manera que nuestro aguardiente anisado; con otra clase de aguardiente llamado *raki;* con ron; con agenjos; y con otros licores no menos estimulantes. Recuerdo cierta tarde en que tuve que esperar cerca de una hora á un compañero mio en un café turco, y vi á un jóven effendi apurar á pequeños tragos, en copa tambien muy pequeña, sibaríticamente dispuesta al propósito, un frasco de aguardiente de mastika, que bien tendria las dimensiones de un frasco ordinario de ginebra. Afortunadamente para el Estado, semejante costumbre está muy poco generalizada, y la gran masa de la poblacion en las clases pobres, como en la media y aun en la elevada, usan muy poco de tan enervantes é inútiles bebidas, que solo debieran emplearse como preparado farmacéutico y por prescripcion facultativa.

Los festines, las comidas como se comprenden en Europa, puede decirse que se desconocen entre los turcos. Las mesas, lo mismo que las que les sirven para escribir y los demas usos de la vida, son pequeñísimas y muy bajas, adornadas con pinturas de colores vivos ó con incrustaciones de nácar, de maderas finas ó de concha, formando labores en que se refleja el sistema de ornamentacion árabe-persa informado en el bizantino. Sobre esta mesa se coloca un plato, ordinariamente de cobre, muy limpio y brillante, y labrado tambien por el mismo estilo, labores entre las que aparecen inscripciones ó leyendas, la mayor de

las veces simuladas, y en las que nada por lo tanto puede leerse (1), en cuyo plato se sirve el pilaf y la carne asada, ya en pequeños trozos, como indicamos, ya entero el carnero ó el pollo, y en el mismo plato á un lado el picadillo que le sirve de condimento. Alrededor de aquella mesa en miniatura y de aquel único plato se sientan los comensales á la manera oriental, con las piernas cruzadas en el suelo, sobre tapices ó cogines, ó permanecen en los cercanos divanes; y sin cucharas, ni trinchantes, ni tenedores, cada uno va tomando delicadamente lo que le acomoda del plato general, haciendo trozos de la misma manera el ave ó el cordero cuando se sirven enteros: todo lo que tienen para limpiarse los dedos es una servilleta, no mas grande que las que se usan en Europa para el thé. Verdad es que terminada la frugal comida, y aun antes de la ensalada y los postres, se lavan cuidadosamente las manos, para lo cual usan esbeltos y elegantes aguamaniles. Recuerdo con este motivo, que en el dia en que visitamos el Serrallo viejo, acompañados de nuestro embajador y de un alto dignatario de la casa imperial, se nos obsequió, en uno de aquellos bellísimos kioskos, con una comida, presentada y servida de tal manera, y que se compuso únicamente de pilaf, trocitos de carne, en verdad, delicadamente asada, con picadillo de cebolla, y para postre pequeñas sandias, poco mas grandes que naranjas, mondadas, segun ya hemos indicado, en línea espiral, y presentadas despues enteras, sirviéndonos por toda bebida agua de nieve. La mesita era un dechado de primor por sus embutidos, y el precioso plato prólijamente laboreado, de luciente plata.

Dicen que ya empiezan á introducirse entre los turcos los múltiples inventos de la cocina francesa, italiana é inglesa, pero esto forma rarísimas escepciones, y yo refiero las costumbres características del país, no las conocidas hasta la saciedad en Europa. Tambien, el dia de la presentacion oficial á los ministros turcos, vimos en sus despachos mesas

(1) Las inscripciones y las leyendas forman, como es sabido, un elemento ornamental que se encuentra en casi todos los objetos de arte ó de industria mahometanas; pero si en los edificios, en piedras finas, en alhajas, son realmente leyendas que por punto general demuestran la fé de sus dueños, pidiendo para ellos las bendiciones de Alah; en otros muchos objetos tales como telas bordadas, pañuelos, platos, etc., nada dicen, limitándose á imitar letras ó palabras para seguir la moda. Segun oí decir en Constantinopla, obedecia esto á prescripcion gubernamental, para evitar profanaciones del nombre de Dios y de sentencias coránicas, á veces mal copiadas, que con frecuencia contenian tambien el asunto de dichas leyendas.

grandes de escritorio iguales á las que nosotros usamos, pero esto no forma la regla general, y puede decirse están como de ceremonia, pues para el trabajo las prefieren pequeñas y bajas como las ya descritas.

Digimos que los turcos en su gran mayoría, apenas usan otra bebida que el agua, pero debemos añadir que con esta, ó en mayor proporcion, usan el café, aunque preparado de distinto modo que entre nosotros. Reducido á menudísimo polvo, puro ó mezclado con azúcar tambien pulverizada, lo ponen en agua en una cafetera especial, parecida á nuestras chocolateras, pero de boca ancha y vuelta hácia fuera, formando por uno de los lados un pico, para que pueda verterse con mas facilidad el líquido; cuya cafetera con el café y el azúcar se coloca al fuego, permaneciendo en él hasta que hierve el agua, sirviéndolo inmediatamente despues de esta simple decoccion, todavía hirviendo, en unas tacitas de porcelana muy pequeñas, sin asa, colocadas sobre una especie de hueveras *(zarf)* de metal ó de plata, prólijamente labradas, las cuales se cogen con el dedo pulgar é índice para beber el café á pequeños sorbos. Esta manera de preparar el café en Turquía hace que no tenga el gusto esencial y aromático, y la fuerza del café preparado á la europea, lo cual permite que puedan tomarse sin peligro, en aquel país cálido, varias tazas al dia. El polvo de café mezclado con el líquido produce al principio cierta repugnancia á los europeos, pero bien pronto encuentran mas agradable este sistema que el usado en Occidente; siendo tanto mas necesario en aquellos paises, cuanto que hay precision de tomar café con mucha frecuencia, pues la taza de café y la pipa, ofrecidas al recien llegado apenas ha tomado asiento en todas las casas y oficinas á donde hay necesidad de concurrir, constituyen un acto de cortesía, que no puede dejar de aceptarse.

Los establecimientes públicos en que se sirve esta bebida, ó cafés, son muy numerosos en Oriente, y de una sencillez casi primitiva. Un hornillo, algunas cafeteras de laton dorado ó *azofar*, como aun decimos en Andalucía, para cocer el café, tazas, pipas, narghilés, bajos taburetes de paja, ó un divan circular, y pequeñas mesas á manera de las ya descritas, forman todo su mobiliario. El local está abierto, como suele decirse, á los cuatro vientos; y generalmente, como sucede en París y

en las principales capitales de Francia, los consumidores prefieren instalarse en las calles ó plazas delante de los cafés, por mas que molesten y estorben á los transeuntes, á permanecer en el interior de los establecimientos. Verdad es que en estos es casi imposible respirar, por la pesada atmósfera que produce el tabaco, el café y las naturales emanaciones de tanta gente reunida, á lo cual contribuye no poco la costumbre de afeitarse tambien en los mismos cafés, que son generalmente al mismo tiempo barberías. Por eso se encuentran colgadas en las paredes, pequeñas, y la mayor parte de las veces súcias taquillas ó armarios, donde están colocadas las característicás navajas turcas de afeitar, mas cortas que las nuestras, y de hoja mucho mas ancha, sobre todo por la parte superior, siendo el mango generalmente de laton, adornado no pocas veces con breves inscripciones, en las que, como de costumbre, se hallan frases pidiendo á Alah la bendicion para los dueños ó para los que usen tales utensilios. La operacion del afeitado es curiosa para el europeo. Los turcos rara vez se afeitan la barba, adorno varonil muy preciado en todo Oriente, hasta el punto de que una de las maldiciones que las mujeres del pueblo lanzan contra los estranjeros, es la de, «Allah permita que las moscas te ensucien y sequen la barba.» Esta predileccion por tan natural y propio adorno del rostro humano, que parece signo de energía en los jóvenes, y de veneracion en los viejos, hace que, á pesar de las influencias europeas, sean muy escasos los turcos que se afeiten la cara, pero en cambio muchos de los que conservan los antiguos trajes, que, escepcion hecha de lo que llamamos nosotros el mundo oficial, son la mayor parte de los súbditos del imperio, para poder usar el turbante, se afeitan completamente la cabeza. Para esta dificil operacion, el turco tiene que someterse á una penosa postura, bajando la cabeza ante la *vacía* ó fuente en que se agita el jabon para que forme espuma, sufriendo las repetidas jabonaduras del aprendiz, y despues la lenta operacion del afeitado de manos del maestro ó del oficial, que convierte con frecuencia la cabeza de la resignada víctima en una especie de globo terráqueo, con las líneas tortuosas de sus cortaduras, descañonamientos, arañazos y otros excesos. Es tam-

bien curiosa la manera con que sientan el filo á las navajas aquellos rapa-cabezas, que allí apenas son rapa-quijadas: tienen una correa larga como de tres cuartas, y ancha como de dos pulgadas, que sujetan con un gancho por un extremo á la cintura, mientras tiran del otro con la mano izquierda, y en la superficie de aquella larga correa dada de aceite, y así extendida y tirante, pasan y repasan con frecuencia la navaja para suavizarla, á la manera que nuestros barberos hacen con las pequeñas correas adheridas á un trozo de madera para sentar el filo. Es raro el efecto que produce uno de aquellos barberos con sus amplios calzones, su chaquetilla turca y su fez, ó su turbante, y su larga correa colgada, pues mientras dura la larga operacion del afeitado no se la quitan, como que tienen que recurrir á ella con frecuencia para suavizar el filo de la navaja, creyendo mejor con disculpable inmodestia, que sus asperezas son causa de los estragos que producen en las peladas cabezas confiadas á su impericia, y no la rudeza de sus manos, de la cual pude juzgar por mí mismo un dia en que cometí la imprudencia de dejarme afeitar el rostro por uno de aquellos *artistas*, como se llamarian modestamente en Europa. Los cafeteros además de barberos suelen ser tambien sacamuelas, y aun cirujanos al por menor, martirizando á sus víctimas en la sala misma donde los demás parroquianos toman el café. Tambien en aquellos especiales establecimientos encuéntranse refinadas prácticas de coquetería varonil, y no es estraño ver en ellos á jóvenes griegos, dandys de Phanar, haciendo le engomen los bigotes y le pinten las cejas con pequeños pinceles. Además de los armarios para colocar los utensilios de la barbería, hay otros igualmente colgados de las paredes para las pipas y los narghilés, y cuadros con estampas barrocas y chillonas de asuntos diversos, comprados á negociantes franceses, italianos é ingleses en el barrio de Pera, sin embargo de las decantadas prescripciones coránicas.

La manera de tomar el café es tambien característica, pues como las pequeñas tazas no tienen asas, y se presentan sobre una especie de huevera de metal blanco, ó mas generalmente de cobre, labrada ó calada, hay que levantar la taza elevando la segunda, para no que-

marse los dedos. Al servir el café, siempre le acompañan con un vaso de agua, que el turco bebe siempre antes, mientras casi todos los europeos ó francos despues; y es tan característica aquella costumbre, que por bien que hable el turco un europeo, por bien y propiamente vestido que se halle, por mejor aspecto de raza que su rostro ofrezca, conocerán en seguida su origen los demás concurrentes, solo al verle dejar de beberse el indispensable vaso de agua antes de comenzar á sorber el café. El precio de cada taza no puede ser mas económico, pues apenas equivale á tres cuartos de nuestra moneda, pasando por un espléndido parroquiano el que da una piastra, cuyo valor equivale aproximadamente á seis cuartos. El dinero que cada parroquiano entrega se va echando en un cofrecito colocado cerca de la puerta, perfectamente cerrado con una llave que conserva el dueño, y provisto de su correspondiente hendidura para que pase la moneda, á manera de caja de cuestacion, ó cepillo de ánimas.

El café, lo mismo que entre los occidentales, no se concibe allí sin el tabaco, cuya planta aromática dista mucho de tener en aquellos países las delicadas cualidades de nuestros tabacos americanos. Generalmente lo venden los griegos que le reciben de la Tesalia, donde se cultiva, ó bien armenios, que lo llevan de las provincias septentrionales del Asia Menor. Se usa tambien el tabaco persa, y una embriagadora preparacion, el *hachich*, sacada del cáñamo, pero esto último en muy pequeña parte por los turcos europeos, siendo mas propio de los asiáticos y de los egipcios. El tabaco, sin embargo, en Turquía, sea porque le mezclen plantas estimulantes, sea por la manera especial de prepararlo, produce un olor en extremo acre, del cual se halla impregnado el aire en ciertas calles de Constantinopla, donde abundan los cafés, hasta el punto de producir tos y fatiga en las personas no acostumbradas á tan molesta atmósfera. Se usa generalmente en *tchibuks*, pipas cuyo tubo (á que suele darse mas especialmente aquel nombre), labrado de maderas finas, sobre todo de cerezo, ó jazmin en las mas lujosas, mide á veces dos y tres metros, teniendo en el extremo inferior adaptada la pipa propiamente dicha, ó recipiente del tabaco, formada de finísimo barro rojo, y alguna vez negro, y adornada con labores de

oro: al otro extremo, se sujeta con una larga espiga de madera, perforada en el sentido de su longitud, la boquilla, de ámbar amarillo, torneada generalmente en forma elíptica, y realzada con collarines y adornos, en los que con frecuencia intervienen otras sustancias preciosas. Estas boquillas son muy gruesas porque no se meten en la boca, sino que se acercan y unen á los labios para aspirar el humo. Algunas pipas llevan la parte destinada al tabaco y la boquilla adornadas con piedras preciosas, y hasta con diamantes. Desde hace algunos años, á consecuencia del aumento que ha sufrido el impuesto sobre el tabaco, va introduciéndose el uso del cigarro, pero no como los nuestros, sino pegados á una especie de boquilla de papel mas grueso, y á veces de madera; y para conservar la ilusion de la tradicional pipa, suelen ponerlos al extremo de largos y elegantes tchibuks hechos al propósito, en los que una pieza adaptada al tubo y formando ángulo con él, permite colocar el cigarro. Hay otras pipas tambien de barro mas ordinarias, pequeñas y económicas, con tubo corto, y boquillas de materias vítreas, imitando el ámbar, para el uso diario de las clases menos acomodadas. La diferencia entre estos diversos medios de usar el tabaco, constituye una manera de demostrar la diferente categoría de las personas en ciertos actos oficiales; pues mientras á las que reputan constituidas en mayor dignidad, ofrecen una larga pipa con tubo de jazmin, recipiente labrado con incrustaciones de oro y boquilla de ámbar, á las que juzgan de categoría secundaria, dan pipas cortas, y á las que consideran mas inferiores, sencillos cigarros. Todas son servidas como el café, por esclavos ó criados, en su mayoría negros, pero para colocar el recipiente de las primeras, que por su mucha extension hay que apoyar en el suelo, ponen unos platillos de cobre, á veces con adornos esmaltados, y aun de plata, permaneciendo el criado ó esclavo, sentado sobre las piernas, cerca de la pipa, hasta que queda bien encendida. Otro de los utensilios para fumar, que ya hemos nombrado con frecuencia, es el narghilé ó narguilé, compuesto de una botella, á cuya boca se adapta un aparato especial que contiene el recipiente para el tabaco, recipiente lleno de agujeros, á manera de colador, para que dé paso al aire y comu-

nique con el agua, perfumada frecuentemente con esencia de rosa, que se coloca en la botella. Este aparato, que es de cobre, de metal blanco ó plata, tiene un apéndice que comunica con un largo y flexible tubo de cuero, liado en espiral con finísimo alambre, todo hábilmente trabajado, à cuyo extremo está la boquilla, generalmente del mismo metal, y à veces tambien de àmbar. El flexible tubo tiene muchos metros de largo, pues su objeto es llevar el humo del tabaco desde el suelo ó una mesita en que se coloca el narghilé, hasta los labios del fumador, muellemente recostado en un divan. El tabaco especial que se fuma en estos aparatos es el llamado *tombéki*, mezclado con otras plantas de fuertísimo olor, y aunque lavado dos ó tres veces inmediatamente antes de colocarlo en pequeños trozos, pero no picado, en el recipiente, conserva propiedades muy activas debidas á los principios que lo componen, y principalmente á la mucha belladona con que se le mezcla. Como el tabaco está húmedo, hay que ponerle encima àscuas, cuidando un sirviente de avivar la combustion, para lo cual sopla fuertemente sobre ellas. El humo hay que absorverlo con grande esfuerzo, pues tiene que atravesar las sinuosas vueltas del flexible tubo, y desalojar el agua, à través de la cual pasa, produciendo un ruido especial, un gorgoriteo, si se me permite usar esta palabra para expresar la idea, sonido que se parece al que hacen los gatos cuando se hallan còmodamente adormilados, y que mejor recuerda el extertor de un pecho moribundo. Imposible parece que tanto placer encuentren los orientales en el uso de este aparato, y que sean locamente aficionados á él, no solo los hombres, sino las mujeres, y los mismos adolescentes. Aquella esforzada aspiracion necesita pechos de hierro, y predispone y hasta produce graves enfermedades pulmonares, siendo una de las causas del asma, que con frecuencia antes de los veinte años, padecen aquellos sibaríticos musulmanes. Y, sin embargo, se encantan y deleitan con su uso, hasta el punto de que viendo á un turco aspirar lentamente su narghilé, con los ojos fijos, y la fisonomía desprovista de toda expresion, se les creeria sumidos en espiritual éxtasis, sino fuera porque el ruido del agua que borbota en la botella denuncia la causa de aquella impasibilidad

tan cercana á la estupidez, y que termina generalmente con un prosaico y ruidoso sueño.

Indudablemente el uso del narghilé se ha extendido mas á causa de la proscripcion del opio en la Turquia europea, donde puede decirse que es hoy casi desconocido, desde que se mandaron cerrar los cafés en que sus apasionados se reunian cerca de la mezquita de Suleman; disposicion acertadísima, pues además de acortar la vida rápidamente el uso del opio, producia tal excitacion en los que lo usaban, que los volvia locos, causàndoles efectos de verdadero furor.

Otra de las costumbres caracteristicas de los turcos, es la del baño. Sabido es que la ley religiosa ha convertido en un deber para los musulmanes la purificacion material, dividida en tres grados: la locion, la ablucion y el lavado, enumerando minuciosamente los cuidados físicos y morales que cada uno de estos grados de purificacion requiere. No es del caso ocuparnos en dar á conocer á nuestros lectores aquellas prescripciones que pudiéramos llamar litúrgicas, limitándonos á describir los detalles del baño general, dignos de ser conocidos para prevenir á incautos, que llevados de relaciones de viajeros, quieran sufrir aquel verdadero tormento, para europeos que no están á ellos acostumbrados.

La tradicion de las célebres y antiguas termas romanas, perdida entre nosotros, como ha observado con gran acierto Mr. Gautier, se conserva en Oriente. El cristianismo, predicando la elevacion del espíritu sobre la materia, hizo caer en desuso los minuciosos cuidados del cuerpo perecedero, como prácticas propias de paganos: los musulmanes, en cambio, cumpliendo un deber religioso é higiénico, las han convertido en una necesidad y en un placer, y como los romanos, han hecho de sus casas de baños uno de los sitios, que comparten con el café, el privilegio de reunir á los turcos, poco espansivos y poco dados al trato de gentes, que forma en Europa uno de los mas constantes empleos del tiempo.

Los baños turcos son grandes edificios, cerrados por cúpulas que cubren un ámplio patio, adornado en el centro con una fuente; patio que tiene alrededor anchas galerias, tanto en el que pudiéramos llamar

piso bajo, como en el principal, en las cuales están dispuestos pequeños lechos, donde el bañista se sienta ó recuesta para despojarse de sus ropas. La cúpula que cubre aquel gran patio, como las bóvedas de las habitaciones destinadas al baño, reciben la luz por aberturas en forma de estrellas, lo mismo que las que se conservan en los baños árabes que aun quedan en Granada, sobre todo en los ya casi destruidos de la Carrera de Darro, adjuntos al cercano hospital árabe, que allí existió, y en el palacio de la Alhambra. Tienen los edificios balnearios en Constantinopla y en toda Turquía, como las termas romanas, verdadero carácter artístico, con su cúpula, sus columnas de mármol ó de alabastro, y sus revestimientos y adornos, en los que mas se refleja el estilo bizantino, que el mahometano á que estamos acostumbrados los españoles.

El lugar destinado á despojarse de los vestidos recibe el nombre de *muchéllah* y en él, despues de haber dejado el bañista su traje, acucioso servidor, le ciñe la cabeza á manera de turbante con largas bandas de algodon labrado á listas, lo mismo que la cintura y parte de las piernas, sujetando á los piés unas sandalias de madera, colocadas sobre dos aditamentos á manera de tacones, uno en el sitio natural del calzado, y otro en la parte de la planta, mas cercana á los dedos, cuyos aditamentos tienen generalmente de 6 á 8 centímetros de altura. Colocado sobre aquella especie de zancos, que tienen por objeto el que el pié trasudado por el natural ejercicio, no se enfrie y se suprima la transpiracion con el contacto inmediato del suelo siempre húmedo en todas las dependencias del establecimiento, es conducido por el mismo servidor que le ayudó en las operaciones anteriores á una primera habitacion, donde por medio de caloríferos subterráneos, el aire está saturado de vapor á una temperatura muy elevada, que produce en los europeos no acostumbrados á tales pruebas, ligera dificultad en la respiracion, la cual va desapareciendo á medida que el sudor aumenta. Despues de algunos minutos de sufrir aquella cálida atmósfera y de traspirar copiosamente, se pasa á otra sala donde la temperatura es mucho mas alta, sobre todo en la parte mas cercana al calorífero preparado en el centro del local, bajo el suelo. En aquel

verdadero horno se pasan momentos de fatigosa angustia, hasta que los pulmones se van acostumbrando á tan molesto ambiente, aumentándose la traspiracion de tal modo, que el bañista queda cubierto por un verdadero baño de sudor, que corre por todo el cuerpo, como si hubiera sufrido una prolongada lluvia. En tal estado, y cuando el servidor que hasta allí le ha acompañado cree que ya se halla suficientemente preparado para el sacrificio, le despoja de aquellos chales ó bandas con que le habia envuelto la cabeza y parte del cuerpo, y le sumerge repetidas veces, cuidando de que se moje bien la cabeza, en una tina ó pila de agua caliente, tendiéndole en seguida sobre una losa de mármol caldeada por debajo, como si fuera un cadáver en la losa de diseccion, comenzando en tal momento la parte mas molesta y dolorosa del baño; la operacion que los franceses llaman, *le massage*, y que nosotros no tenemos palabra bastante propia para explicarla en castellano, como no le llamemos, el amasado ó amasamiento. En efecto, á la operacion de amasar se parece lo que hacen con el pobre y resignado bañista, que va sufriendo los repetidos y rudos apretones de las nada blandas manos del implacable bañero, bajo las cuales crugen todas las articulaciones de las piernas, de los piés, de los brazos, de las manos y hasta del cuello y las espaldas; molesto ejercicio que sin duda tendrá por objeto facilitar los movimientos, pero que, no por su buena intencion y acaso por sus buenos efectos, deja de ser menos doloroso. Con tal tormento no han terminado todavía los que le restan que sufrir al bañista. En seguida empiezan las fricciones, que mas bien pudiéramos llamar desolladuras, pues el bañero cubriéndose la mano con una especie de guante sin dedos, á manera de las brozas con que se limpia á los caballos, hecho con un áspero tegido de pelo de camello, empieza á pasar fuertemente aquel asperon por todo el cuerpo, arrancando verdaderos rollos de arquerosa materia, producida por el sudor y la grasa natural de la piel, y dejándola poco menos que á punto de saltar la sangre. Despues de esta segunda operacion, queda el bañista abandonado algunos momentos, mientras su verdugo prepara jabon y estopas, y le cubre el cuerpo con una masa unctuosa y abundante que suaviza las carnes, produciendo un inexplicable consuelo. En tal situa-

cion, el bañista, bajo aquella capa de espuma, parece un hombre de nieve, siguiendo luego la mas agradable y última maniobra, que consiste en lo que pudiéramos llamar, el aclarado, para lo cual se da al bañista una escudilla llena de agua, por supuesto, caliente, para que se la arroje sobre la cabeza y en las espaldas, mientras el bañero derrama sobre él la menuda lluvia de una ducha ó regadera de agua, no menos caliente, hasta que desaparece el último vestigio de la general jabonadura. Al llegar á este punto, el pobre bañista ha perdido hasta la conciencia de su personalidad, y se deja conducir como una masa inerte, sin poder explicarse como haya quien resista semejante martirio diariamente, y vé, sin darse cuenta de ello, que vuelven á calzarle los altos chanclos y que le envuelven en nuevos chales, tambien calientes, pues no parece sino que se han propuesto cocerle, y que pasándole gradualmente por las mismas habitaciones balnearias, le llevan á un lecho ó divan, donde le dejan y donde él se deja caer completamente rendido y estenuado. Dicen que aquel reposo es el momento supremo de placer del baño turco. Lo comprendo bien: es el descanso despues de una paliza inverosimil, que tal resultado produce aquella continuacion de sudores violentamente escitados, de cocimientos, fricciones, desconyuntamientos, jabonaduras y otros martirios. En aquel lecho del reposo, sino del dolor, envuelto en mantas tambien calientes, se toma con placer inexplicable limonada fria, café ó helados, y se fuma la pipa ó el narghilé, disfrutando una muelle soñolencia, un placer negativo, una tranquilidad inexplicable, á que los orientales dan el nombre de *kief*, y que es el único placer que produce el baño. Lo que no puedo decir, es si merece aquel perezoso y dulce *far. niente*, las penas que para llegar á él se experimentan.

El baño turco, dicese que es de gran eficacia para curar muchas enfermedades, sobre todo las que son producidas por vicios en la sangre; y sin que neguemos que aquella traspiracion ultra-abundante, aquel completo revulsivo á toda la superficie del cuerpo humano, pueda servir para obtener tan benéficos resultados en determinados casos, tambien puede asegurarse que en otros muchos, produce verdadera anemia la continuacion de tan debilitante práctica, y mucho mas



Lit de J. M. Mateu Clle de Recoletos 4 — J. Acevedo cromo lit.

LOS TALUMBADCHIS Ó BOMBEROS DE CONSTANTINOPLA.

cuando, como sucede con frecuencia, va seguida de otros placeres, á veces asquerosos y repugnantes, á que suelen ser muy dados aquellos sibaritas, y á los que naturalmente predispone el perezoso y sensual *kief*. Aun sin esto, la transicion de aquel calor, si bien húmedo, sofocante, que se ha sufrido á veces por mas de una hora, pues no duran menos todas las operaciones del baño, á la atmósfera relativamente fresca del exterior, y á la impresion de los helados que se toman en los momentos de reposo, es ocasionada á padecimientos bronquiales y congestivos de los pulmones, necesitándose estar habituados desde muy jóvenes á tan bruscos cambios, para conservar á pesar de ellos la salud.

Otro de los parajes mas frecuentados y mas característicos de Constantinopla son los *bazares* ó mejor dicho el gran *Bazar*, palabra de orígen persa adoptada por los orientales, pues su nombre turco es *tcharché*. En la parte que pudiéramos llamar mas propiamente turca, de la inmensa ciudad del Bósforo, encuéntrase aquella féria universal, aquel verdadero pueblo de mercaderes, oculto, oscuro, lleno de maravillas, de tesoros y de recuerdos, dilatándose entre la colina de Nuri-Osmanieh y la de Seraskier.

Al ir á visitar el Gran Bazar, y antes de abandonar la plaza donde se encuentra la mezquita de la sultana Validé, detiene la curiosa atencion del viajero otro mercado especial, el Baluk, bazar ó pescadería, célebre en la historia de los Paleologos, que obtenian de aquel mercado grandes rendimientos. Abundante como pudiera serlo en aquellos tiempos la pesca en Constantinopla, se distingue tambien por los especiales pescados que en ella atraen las miradas de los gastrónomos, que tienen ampliamente donde escoger para saciar sus aficiones, ya con los jugosos salmonetes y rubios del Bósforo, cuatro veces mayores que los de nuestras costas; ya con las especiales ostras de las islas del mar de Mármara, que tan bien saben preparar asándolas sobre las brasas, los griegos y los armenios; bien con sabrosos bonitos ó chicharros y atunes, de que hacen abundante consumo los judíos, lo cual debe contribuir no poco á sostener las enfermedades cutáneas que les son tan comunes, sobre todo la lepra; ya con estimulantes

anchoas, que los marselleses han enseñado á preparar á los turcos; con esquisitas sardinas, de las que Constantinopla surte á todo el Archipiélago; con los, *ulufer*, pescados apreciadísimos como los mejores del Bósforo, que se pescan solo á la claridad de la luna; los *maquereaux* del Mar Negro, que hacen periódicamente siete invasiones sucesivas en las aguas de la ciudad, levantando un ruido que se oye desde ambas orillas; los *armados* ó peces espadas de grandes dimensiones; los rodaballos, llamados por los turcos kalkan-baluk; y otros muchos que seria prolijo é inoportuno enumerar, y que se agrupan entre los dos mares seguidos por los delfines, y cazados por innumerables alciones y otras aves marítimas, que disputan á veces su presa entre las mismas redes al afortunado pescador.

Despues de atravesar aquel mercado de la gastronomía, en el que casi todos los vendedores, turcos en su mayor parte, se hallan colocados alrededor de la plaza con su agradable mercancía amontonada sobre esteras de juncos, ó en largas mesas alrededor de las cuales se agrupan los compradores y verdaderos ejércitos de perros, puede ir el viajero al Bazar por una estrecha calle, tan estrecha que casi se tocan los miradores de las casas de ambas aceras, encontrando á uno y otro lado tiendas bajas y oscuras de mercaderes de tabaco, presentado sobre pequeñas mesas en forma de pirámide ó de ruedas, en el centro de cada una de las cuales se encuentra indefectiblemente un limon, sin duda para darle aroma y frescura, ya estén formadas del preciado *latakié* de Antioquia; del rubio y fino como la seda mas fina, llamado tabaco del serrallo; ó de fuerte *tombéki*, aunque éste para que no pierda su áspero aroma, se conserva mejor en botes de vidrio.

Avanzando por aquella estrecha y poco apacible calle, pues el fuerte olor á tabaco de todas clases que allí se vende produce una atmósfera pesada y desagradable, se llega á una antigua puerta abovedada que da paso á un gran edificio, atravesado por larga y cubierta calle compuesta de bajas y oscuras tiendas á uno y otro lado, y llena de personas, cajas, sacos y montones de las escitantes mercaderías que en él se venden. Aquel es el llamado bazar egipcio, donde se hallan reunidos todos los productos de la India, de la Siria, del Egipto y de la

Arabia, que reducidos despues á esencias, pastillas, polvos, y pomadas, sirven para los varios usos del tocador de las turcas y aun de los turcos, de sus haremes y baños, y para devolver las fuerzas á los pachás enervados, adormecer á las esposas desgraciadas, producir especial deleite á los fumadores, y esparcir el sueño, la embriaguez, y el olvido en la inmensa ciudad. Allí se encuentran apilados ó en sacos abiertos, con la parte desocupada vuelta hácia fuera sobre sí misma, de igual manera que se acostumbra en España, el sándalo, el antimonio, los polvos colorantes, los dátiles, la canela, el benjuí, los pistachos, el ambar gris, la mastika, el gengíbre, la nuez moscada, el opio, el hachich y otra multitud de drogas de olor tan vário como penetrante, y que forma una atmósfera mucho mas pesada que la ya bastante molesta de la calle de las tabaquerias, por donde hemos entrado en este bazar, con razon llamado tambien de las drogas, en el que á los pocos minutos se siente una pesadez de cabeza y un verdadero desvanecimiento, que dura mucho tiempo, aun despues de haber abandonado aquel abrumador recinto, que no podemos explicarnos como se encuentra tan falto de ventilacion, teniendo por necesidad que respirarse en él una atmósfera fuertemente viciada.

Para alivio del dolor de cabeza que tan pesada y estimulante atmósfera produce, se pasa antes de entrar en el Gran Bazar por entre ruidosos talleres de caldereria, y tiendas que podemos llamar tabernas turcas, de donde salen nauseabundos olores, y hay que abrirse paso por enmedio de una turba de pesadisimos é incomodos agentes de los mercaderes, que os cercan y os persiguen con tenacidad abrumadora, sin que haya medio de alejarlos ni de librarse de sus interesados y no pretendidos servicios.

Con tan poca alhagüeña preparacion se llega al Gran Bazar, que bien merece este nombre por el gran espacio de terreno que ocupa, y que forma segun la acertada frase de Gautier, una ciudad dentro de otra ciudad, con sus calles, sus callejuelas, sus encrucijadas, sus plazas y sus fuentes; inexplicable laberinto, donde es difícil no perderse, aun despues de haberle visitado muchas veces. Aquel vastisimo recinto de estilo marcadamente bizantino, está tambien abovedado y tiene para

ventilacion pequeñas cúpulas á manera de linternas, que le dan una luz tibia y zenital, tan amiga de los que venden como enemiga de los compradores, que apenas pueden distinguir entre las veladuras de su claridad indecisa, los defectos que en las mercancias pudieran encontrarse á plena luz. Al ver aquel estudiado sistema de medias tintas luminosas, recordamos que aunque por distinto procedimiento lo mismo se procura en las tiendas europeas, valiéndose de cortinas y trasparentes, sobre todo en las tiendas de España, en muchas de las cuales tiene el comprador que sacar lo que desea adquirir á la calle, para poderlo conocer y apreciar.

En tan inexplicable laberinto, cada calle es un bazar, y casi todas van á confluir á otra principal, cubierta por una bóveda formada con sillares alternados, los unos que fueron blancos en un principio, los otros de color gris oscuro, sistema muy usado en los edificios árabe-bizantinos, y en los mudejares de Sicilia, segun vimos al ocuparnos en el tomo anterior, de los edificios cristianos de Mesina. En aquellas calles cubiertas y medio oscuras pasan por medio de la multitud que las puebla, con lento paso, coches, caballos y camellos, produciendo entre todos un ruido que aturde y que marea antes de acostumbrarse á él, pero del que pronto apenas se apercibe el viajero, distraido con las palabras y los gestos con que por todas partes se procura llamar su atencion, conociéndose la diversa procedencia de los vendedores en la manera especial con que procuran despachar sus géneros: el griego llama y gesticula de una manera casi imperiosa, y sino le acomoda lo que le ofreceis, os lo indica con un signo negativo, que no consiste en mover la cabeza á un lado y otro, como en Europa, sino en levantarla echándola hácia atrás con una expresion indefinible de desden; el armenio, mas modesto, solicita vuestros favores con atentas maneras; el hebreo hace sus ofertas en voz baja y acercándose al oido como temeroso de que le escuchen y sorprendan sus riquezas; y el turco silencioso é inmóvil sentado en el suelo de su tienda sobre un pedazo de tapiz ó un almohadon, con el inexplicable aspecto de melancolia que da el fatalismo, fuma tranquilamente su pipa, dirigiendo miradas indiferentes á los compradores, en la seguridad de que por

mucho que se esforzase nada venderia sino fuese vender su destino.

El cuadro que ofrece el Gran Bazar es indescriptible, no pudiendo formarse idea de él, ni recordando el que presentan las extensas y diferentes galerias de las modernas Exposiciones de la industria. En estas, aunque con variedad de gustos segun el pais á que corresponda la galeria que se recorre, y la clase de industria, todo aparece presentado en elegantes ó artisticas instalaciones, en las que se ve la variedad de la invencion llevada á lo infinito, y el mayor órden en la manera de permitirse la entrada al público reina en las ámplias salas, imponiendo respeto en todas ellas con su severo uniforme, los representantes de la autoridad. En el bazar turco todo aparece revuelto y confundido; las bestias de carga; los carros de transporte; el coche de la elegante favorita; el ensimismado santon; el peregrino de la Meca; el risueño persa; el astuto griego; el atento armenio; el suspicaz judío; el curioso francés; la pesada mujer turca; la ligera europea, todo en abigarrado conjunto, destacándose sobre un mismo fondo de tiendas bajas y oscuras, en las que el mostrador está en la línea de la calle, y es tan bajo, que mas parece un divan para el mercader, que sentado á la manera oriental en uno de sus extremos fuma tranquilamente su pipa; de telas y mercancías colgadas de las paredes y de las bóvedas; de agentes, no turcos por supuesto, sino muchos de ellos extranjeros, sobre todo italianos; kamales ó mozos cargados; grupos de mujeres veladas; eunucos, y vendedores de confites y de helados; conjunto inexplicable que mantiene en el cargado ambiente una atmósfera de palabras de multitud de idiomas diferentes, convirtiendo aquel recinto en una verdadera Babel.

Y sin embargo, aquella confusion es solo aparente. El inmenso bazar está perfectamente ordenado. Cada mercancia tiene su departamento distinto que forma un bazar especial, en el cual puede mirarse todo, sin comprar nada, tomar café, conversar en el idioma que mejor agrade, y recrear los ojos en hermosas mujeres, veladas para mejor ser vistas. En pocos parajes de Constantinopla se pasa el tiempo mas agradablemente que en el Gran Bazar, sin darse cuenta de la rapidez con que transcurren las horas; y en aquella variedad que pudiéramos

llamar infinita, pocos departamentos ofrecen mas irresistibles atractivos, que el destinado á los vestidos y á las telas. Es una feria, un gran mercado de riquezas y de explendor, que hace perder la calma, la cabeza y el bolsillo. Hay que estar muy sobreaviso en aquella region de las tentaciones, para no verse expuesto á tener que detenerse en Constantinopla mas tiempo del que el viajero desearia, esperando la llegada de nuevos refuerzos pecuniarios. Brocados de Bagdad, tapices de Caramania; sedas de Brusa; tejidos del Indostan; muselinas de Bengala; chales de Madrás; cachemires de la India y de la Persia; tisús del Cairo; almohadones bordados con preciosos arabescos de oro; velos de seda con listas de plata; blondas de gasa con rayas encarnadas y azules; tapices de mesa de todos tamaños, de fondo rojo ó blanco, bordados á cadeneta y al pasado con labores y letras turcas ó árabes, que asi me hacian recordar el arte persa como las paredes de mi Alhambra; prendas envidiadas de mujeriles trages, desde el amplio *fëredjé* verde, anaranjado, ó color de jacinto, que cubre como general envoltura á la mujer turca, hasta el finisimo pañuelo bordado de oro, ó los cinturones de terciopelo que despues de adquiridos por sus dueñas solo deben ser vistos por el amo ó el eunuco; caftanes de terciopelo rojo adornados con armiños y cubiertos de estrellas; justillos de terciopelo amarillo; amplios pantalones de seda rosa; trages de casa de damasco blanco tejidos con flores de oro; vestidos griegos, armenios y circasianos de mil formas caprichosas, sobrecargados de adornos; trages no menos vistosos de niños; blancos albornoces tunecinos; listadas *cufias* damasquinas de seda y oro; ricas fajas y chaquetillas bordadas: todo el lujo que nos parecia desde Occidente fabuloso y quimérico, considerado como el delirio de un sueño antes de llegar á verlo con la existencia de la realidad, nos cerca, nos llama, nos embriaga, nos arrastra con irresistible atraccion, y el mas económico se vuelve explóndido, y el mas tacaño se convierte en pródigo.

Como antidoto contra la inexcusable tentacion, si es que alli no os asalta de nuevo, cual Proteo incansable, conociendo vuestras aficiones á lo pasado, podeis refugiaros en el departamento destinado á la venta de trages viejos, donde aparecen confundidos los mas extraños restos



J. Acevedo

Litog. M. Mateu Madrid.

BAZAR DE LAS SEDAS EN CONSTANTINOPLA.

de todo aquel lujo oriental, á manera de un elocuente «memento homo.» Allí de largas perchas clavadas en los muros, penden antiguos uniformes turcos; vestidos de los célebres bajás; dolmanes, lujosos un dia, ahora deslucidos y rotos; súcias túnicas de derviches; desgarrados y apuñalados restos del aspero albornoz de los beduinos; ajados cinturones de seda; turbantes deshechos; ricos chales destrozados; justillos, que conservan todavía las señales de las perlas que los enriquecieron; y otra multitud de ricos vestidos y ornatos mujeriles, de brillantes colores y de graciosas formas, que aparecen como aprisionados entre los groseros caftanes circasianos, las mohosas cananas, los tristes y largos ropones negros de los judios, y otra multitud de restos indescifrables, que producen sentimiento hasta de terror, pues parecen á la indecisa luz que alumbra la mezquina tienda, cuerpos muertos, colgados en aquel antro misterioso.

Mas agradable aspecto y nuevas tentaciones de arruinarse atacan por todas partes al viajero, en el departamento de las joyas, que es una pequeña calle, oscura y desierta, llena de tiendas, cuyo aspecto miserable, no puede ni remotamente, dar la mas pequeña idea de los tesoros que encierran.

Las alhajas están guardadas en cofres de encina, forrados y con ceños de hierro, colocados en la parte anterior de la tienda, pero siempre á la vista de sus dueños, que por lo general son turcos viejos, ó judios de larga barba y de mirada penetrante y desconfiada. Su manera de vender es tambien característica. Los unos, de pié delante de la tarima que guarda su tienda, cuando pasa por delante de ella un comprador, cuyo aspecto les hace creer que es persona rica y espléndida, ponen ante sus ojos un diamante de Visapur ó de Golconda, un záfiro de Ormúz, un rubi de Dgiamschid, un topacio del Brasil, ó una turquesa de Macedonia, que si es rechazado, antes de que termine el signo negativo de aquel á quien por tal medio se propone, desaparece rápido como el pensamiento entre las manos del mercader, yendo á ocultarse en los inescrutables arcanos de su bolsa ó de sus cofres. Otros paseándose lentamente, detienen al viajero, y lanzando alrededor miradas de desconfianza, sacan del seno un pedazo de lienzo súcio, y

despues de estarle desliando largo rato, al terminar sus últimos repliegues, presentan ocultos en él, tentadoras alhajas ó esquisitas piedras. Rara vez se atreven á abrir el cofre en que guardan sus riquezas, que son á la verdad de gran precio, pues sabida es la pasion que los orientales tienen por las alhajas y la pedrería. Péro apesar de ello, la mayor parte de aquellas piedras están generalmente sin labrar, porque los orientales no tallan ni el diamante ni el rubí, sea por atraso en el procedimiento industrial, sea por no disminuir, como naturalmente se disminuye por medio de la labra, el número de los quilates. Lo mismo sucedia en la época bizantina, como nos demuestran las alhajas de aquel remoto período.

Mas tentador, por el modesto precio de sus mercancías, es el bazar de las pipas, con su gran variedad de chibuks, formados con largos tallos de jazmin, de rosal, de cerezo, de arce, de limoncillo y de otras maderas finas; ó bien indios con menudas y prolijas incrustaciones de nácar; sus boquillas de ambar amarillo del Báltico, tan brillantemente pulimentadas, como de innumerables variedades en color y en trasparencia; sus pipas de Cesárea, con tubos realzados por hilos de oro y seda; sus narguilés de cristal de Bohemia, de metal y de plata, de varias y antiguas formas, con largos tubos de tafilete y á veces ricos adornos de oro y pedrería; y al lado de estas verdaderas alhajas, la multitud de pipas de barro rojo ó negro, principal artículo de consumo de los europeos, que quieren traer algun recuerdo, propio del Gran Bazar.

No menos agradable por su aspecto y por el placer que proporciona al sentido del olfato, es el departamento destinado á la perfumería, cuyos productos son tan queridos de los musulmanes, encontrando en ellos, al mismo tiempo que recreo para sus sentidos, el cumplimiento de un deber religioso, pues Mahoma dejó dicho, que las tres cosas que mas le aplacian, eran las mujeres, los niños y los perfumes. Allí puede encontrar el refinado gusto europeo, aromas y esencias, que jamás le ofrecerán iguales los mas refinados laboratorios químicos de Inglaterra ó de Francia. En aquel oloroso bazar podrá adquirir las famosas pastillas del Serrallo, para perfumar el aliento; la olorosa goma que sacan



J. Acevedo, cromo-litº
Lit de J. Mª Mateu Madrid.

Pasamanero. Constructor de pipas. Torneros. Bordador de babuchas. Armero.

ARTESANOS TURCOS DE CONSTANTINOPLA.

del lentisco las robustas hijas de Chio; esencias exquisitas de bergamota y de jazmin; de cedro y de azahar, y la incomparable de rosa; allí hay pomadas y cosméticos de todas clases, y jabones, y pastas depilatorias, y saquitos de almizcle, y aceite de sándalo, y ambar gris, y aloe para perfumar las tazas y las pipas, y otra infinidad de polvos, de aguas y de pomadas, que explican elocuentemente hasta donde llega el voluptuoso refinamiento de la vida oriental.

Otro de los departamentos que tambien llama la atencion del europeo, es el del calzado, donde se encuentran tegidas ó bordadas espléndidamente con oro, las babuchas para las mujeres, babuchas que en su mayor parte no tienen talon, cuya falta las hace de uso difícil para las europeas, las cuales, aunque lo tuvieran, difícilmente podrian calzarlas, á no ser andaluzas y sobre todo malagueñas ó gaditanas; tan pequeñas son aquellos verdaderos juguetes de terciopelo y oro en forma de babuchas, que están revelando los piés inverosímiles y enloquecedores de las bellísimas georgianas.

Colgados en las paredes de las tiendas los productos de aquella industria, que en Occidente presentan un aspecto triste y monótono por su color negro y la poca variedad de sus formas, las dan un aspecto resplandeciente y atractivo con sus vivos colores y el oro que las cubre. Allí hay babuchas de terciopelo, de pieles, de brocado, de satin, bordadas con plata, con oro, con perlas y hasta con zafiros y esmeraldas; pero en medio de tanto lujo, hay calzado de las mas caprichosas formas y al alcance de todas las fortunas, desde los zapatos de piel de Rusia, sin suela y á manera de suecos, con afilada punta terminada en una borla de seda de colores, usados en ciertas comarcas de la Grecia, hasta la ligera chinela de satin blanco bordada de perlas, que habrá de despertar mas de un deseo en algun afortunado Pachá; desde la característica bota amarilla, en la que rara vez queda sujeto el pié de las turcas, cuando salen á la calle, hasta la estrecha ó ancha babucha llena de arabescos, con que recorrerá indolentemente los tapices del harem. Aquel calzado no está, sin embargo, hecho á medida, ni rara vez se hace de este modo entre los turcos, y principalmente entre las turcas. Como éstas no tienen necesidad de atormentar sus diminutos piés,

atienden solo á la belleza y capricho de la forma y del adorno, cuidándose poco ó nada de la medida. Lástima grande seria el que trocasen aquel calzado tan original, tan rico, tan tentador, tan voluptuoso, por las extrañas y feisimas botitas occidentales, que deforman los piés y que solo se conciben en paises extragados por los caprichos, casi siempre ridiculos, de la moda. Cierto dia vimos á una bellísima circasiana calzada con bota parisiense de tacon extravagante y estrecha punta, y apartamos rápidamente la vista de aquella verdadera profanacion.

Tambien es curioso el bazar de los *fez* ó gorros, donde se encuentran de todos los paises, desde los altos de Marruecos, hasta los elegantes y pequeños con que las griegas de Smirna apenas cubren sus hermosas trenzas negras salpicadas con piezas de oro.

Imposible es dar siquiera una idea de la gran variedad que se halla en todos aquellos bazares, cuyo conjunto forma el Gran Bazar. Se necesitaria un volúmen extenso para indicar siquiera las ricas mercancias que se encuentran, ya en el departamento de la peleteria, donde se hallan, asi la piel sagrada de zorro negro, reservada otras veces solo al Sultan y al Gran-Visir, como las de marta, adorno especial de los caftanes de gala, y las de oso blanco, de oso negro, de zorro azul, de astracan, de armiño, de tigre, de cibelina y otras pieles no menos estimadas por los musulmanes; el bazar de los cuchilleros, con sus labradas armas, entre las que sobresalen las enormes tigeras turcas, de hojas bronceadas y nieladas, con dibujos de flores y pájaros fantásticos; el de los tiradores de oro; el de los bordadores; el de los quinquilleros; el de los sastres; el de los alfabareros; el de los mueblistas; el de cuantas industrias pueda soñar la fantasia, pues todas, y mas, ofrecen maravillosos objetos en aquella permanente y gigantesca exposicion de la industria oriental, que habla muy alto en favor de sus adelantos, con tanta pasion como injusticia, á veces, menospreciados por los europeos.

Pero hay entre aquellos innumerables departamentos uno especial, que, con razon ha dicho Teófilo Gautier, puede considerarse como el corazon mismo del Islam. Me refiero al bazar de las armas, tan acer-

tadamente descrito y juzgado por aquel viagero, que no encuentro mejor manera de darlo à conocer à nuestros lectores, que reproduciendo sus mismas palabras: «Ninguna de las nuevas ideas ha pasado sus umbrales; el viejo partido turco está allí gravemente agrupado, guardando hácia los *perros cristianos* tan profundo desprecio, como en la época de Mahomet II. El tiempo no ha transcurrido para aquellos dignos osmanlis, que echan de menos los genízaros y la antigua barbarie, acaso con razon. Allí se encuentran los grandes y anchos turbantes, los dolmanes forrados y galoneados, los largos pantalones á la mameluca, los altos cinturones y el puro traje clásico tal como se vé en la coleccion de Elbicei-Atika, en la tragedia de *Bayaceto,* ó en el Gentil Aldeano. Allí vuelven á hallarse aquellas fisonomías impasibles como la fatalidad, aquellos ojos serenamente fijos, aquella nariz aguileña encorbada sobre una larga barba blanca, aquellas megillas morenas teñidas por el abuso de los baños de vapor, aquellos cuerpos de robusto esqueleto que deshacen las voluptuosidades del harem y los éxtasis del ópio, aquel aspecto de turco *pur sang,* que tiende á desaparecer y que habrá necesidad de buscar bien pronto en el centro del Asia.»

«A las doce del dia, el bazar de las armas se cierra desdeñosamente, y aquellos mercaderes millonarios se retiran á sus kioscos á la orilla del Bósforo y miran con aire de enojo pasar los barcos de vapor, esas diabólicas invenciones de los francos.»

«Las riquezas amontonadas en aquel bazar son incalculables. Allí se guardan las célebres hojas de Damasco, historiadas con letras árabes, hojas de que se valia el sultan Saladino para cortar los almohadones de pluma al vuelo, en presencia de Ricardo Corazon de Leon, y uno de los extremos de la empuñadura de su gran mandoble, y que llevan por detrás tantas muescas ó hendiduras como cabezas han separado de los hombros de sus enemigos; aquellos kanjards, cuyo acero blanco y azulado hendia las corazas como leves hojas de papel, y que tienen por mango una caja de pedrería; vetustos mosquetes de rueda y mecha, maravillas de cincelado y de incrustacion; hachas de armas, que acaso servirian á Timur-bey, á Gengiskan, á Scanderberg, para aplastar los cascos

y los cráneos de sus contrarios; todo el arsenal feroz del antiguo Islam. Allí irradian, brillan y centellean bajo el rayo de sol que cae de la alta bóveda, las sillas y las gualdrapas y mantillas bordadas de plata y oro, de soles de pedrería, y lunas de diamantes, y estrellas de zafiros; los frenos, los bocados y los estribos de plata dorada, y los fantásticos caparazones, cuyo lujo oriental cubrió los nobles corceles del Nedj, dignos descendientes de los Dais, los Rabrâ, los Haffar y los Naâmah, y otras celebridades ecuestres del antiguo *turf* islamita.»

«Y cosa notable en la indolencia musulmana; aquel bazar está tenido en tanta estima, que no es permitido ni fumar en él. Esto lo dice todo, pues el turco fatalista encenderia su pipa sobre una caja de pólvora.»

No es extraño que los musulmanes miren con tal veneracion aquel mal llamado bazar de las armas, que en verdad es un verdadero museo, una histórica armeria, llena de los mas gratos recuerdos para los buenos mahometanos, porque en él encuentran reunidas cuantas extrañas y formidables armas se blandieron en defensa de la religion muslímica, de la Meca al Danubio, por sus fanáticos soldados, desde Mahoma hasta los últimos emperadores verdaderamente turcos, *no reformados*. ¿Quién sabe, dice á este propósito otro viagero dejando libre vuelo á la fantasia, si en aquel arsenal confuso y terrible se encontrará la cimitarra de Orkahan; ó el sable de madera, con el que el valiente brazo del derviche guerrero Abd-el-Murad hacia saltar las cabezas de un solo golpe; ó el famoso yatagan del sultan Muza, con el que hendió á Hasan desde los hombros hasta el corazon; ó el enorme sable del gigantesco búlgaro, que apoyó la primera escala en las murallas de Constantinopla; ó la ferrada maza, tan terrible para los cristianos, de Mahomet II; ó la gran cimitarra damasquina de Scanderberg, que partió en dos á Firuz-Pachá, bajo los muros de Seftigrad?

Pero entre los mil objetos que en el Gran Bazar revelan todos los esplendores de los grandes imperios de Oriente, hay un estudio no menos interesante que hacer; la exposicion animada que ofrecen los mismos mercaderes, entre los cuales pueden estudiarse tipos característicos de la vieja Turquia, que ya van desapareciendo. Al lado de los

mercaderes francos, bulliciosos, incansables, poliglotas, encuéntrase el mercader musulman, con sus enormes turbantes ó vistosas cufias, sus rostros impasibles, sus ojos sin expresion, su nariz corva, su larga barba, sus antiguos caftanes rojos ó anaranjados, sus anchos pantalones, su aspecto fiero y á la vez melancólico, su expresion indiferente y pensadora. Sentados en el fondo de sus nichos, que no otra cosa parecen sus pequeñas tiendas, con las piernas y los brazos cruzados ó fumando su pipa, miran tranquilamente pasar á los compradores, sin tener mas palabras para expresar su contento por los buenos negocios ó su disgusto por un mal dia, que las de, «Alabado sea Dios», en el primer caso; «Así sea», en el segundo. Algunos por fé ó por costumbre suelen leer el Coran mientras se acercan los compradores, y otros pasan y repasan con indiferencia las gruesas cuentas de los rosarios, que, mas por entretenimiento que por devocion, llevan siempre en la mano, repitiendo entre dientes los cien epítetos de Alá. Todos ofrecen, como dice acertadamente Edmundo Amicis, algo de extraño y de pintoresco; cada tienda es el marco de un cuadro lleno de color y de sentimiento, que ofrece al espíritu del observador la historia de una vida aventurera y fantástica.

Aquel hombre seco y bronceado, y de líneas atrevidas, es un árabe que ha guiado desde el fondo de su pátria distante sus camellos cargados de pedrería y de alabastro, y que ha sentido mas de una vez silvar en sus oidos las balas de los ladrones del desierto. Aquel otro, de turbante amarillo y de aire distinguido, ha atravesado á caballo las soledades de la Siria, cargado con las sederías de Tiro y de Sidon. El negro de mas allá, con la cabeza envuelta con un viejo chal de Persia, y la frente surcada de cicatrices que le han hecho los nigromantes para salvarle de la muerte, que tiene el rostro levantado, como si mirase todavía las cabezas de los colosos de Tebas y las cimas de las Pirámides, ha venido de la Nubia. Este hermoso moro de faz pálida y negros ojos, vestido con un gran albornoz blanco, ha traido sus jaiques y sus tapices de los últimos grupos occidentales de la cadena del Atlas. El cercano turco de rostro estenuado y turbante verde, acaba de llegar de la gran peregrinacion: ha visto á sus parientes y á sus

amigos morir de sed en las llanuras interminables del Asia menor, y ha llegado á la Meca haciendo esfuerzos supremos; ha dado de rodillas siete veces la vuelta de la Kaaba, y ha caido desmayado, cubriendo la piedra negra de ardientes besos. El otro coloso de blanco rostro, de arqueadas cejas, de ojos fulminantes, que tiene mas bien el aspecto de un guerrero que de un mercader, y que revela en toda su persona la ambicion y el orgullo, trae sus peleterias de las regiones septentrionales del Cáucaso, donde en su juventud derribó la cabeza de mas de un cosaco. Su vecino, el pobre mercader de lanas, de faz aplastada y pequeños ojos oblicuos, membrudo y fuerte como un atleta, hace poco repitió sus plegarias á la sombra de la inmensa cúpula que proteje la tumba de Timúr, ha salido de Samarcanda, ha atravesado los desiertos de la gran Bukharia, ha pasado por entre las hordas de los turcomanos, ha atravesado el Mar Muerto, ha escapado de las balas de los circasianos, ha dado gracias á Alá en las mezquitas de Trebisonda, y ha venido á buscar fortuna á Stambul, de donde volverá cuando sea viejo, al fondo de su Tartaria, que siempre conserva en el corazon.

El Gran Bazar, es el compendio abreviado del antiguo imperio otomano, que va desmoronándose dia trás dia á impulsos de las ambiciones de Occidente, poderosamente auxiliadas por los defectos de organizacion, por el carácter mismo de los pueblos, que componen el heterogéneo coloso, cuyo diverso origen y tendencias, nunca podrán fundirse en una verdadera unidad de pátria.

Ocupados en recorrer las calles de aquella Babel indescriptible, han trascurrido rápidas las horas, y se acerca el momento, en que mucho antes de la puesta del sol, debe cerrarse el Gran Bazar. La multitud se precipita buscando las salidas; los mercaderes griegos, francos ó armenios, recurren á sus últimos esfuerzos para procurarse buenas ventas; los caballos, los coches y las bestias de carga desfilan como largas caravanas á lo largo de las revueltas calles, buscando la salida; el crepúsculo anticipado por aquellas sombrias bóvedas empieza á envolver los objetos con misteriosas veladuras; sobre los mil ruidos que aturden y que pueblan el aire de intraducibles notas, percíbese dis-



J Acevedo cromo-litº

Lit de J. Mª Mateu. Madrid.

KAIK Y EMBARCACION DE TRASPORTE EN EL BÒSFORO.

tante la voz del muezzin, que desde el alto minarete de la cercana mezquita, recuerda al creyente la oracion de la tarde; fieles al religioso llamamiento, los unos hacen sus abluciones en las fuentes, los otros, como si se encontraran en el interior de la mezquita, prescindiendo en absoluto de todo cuanto les rodea, para el cumplimiento de la religiosa práctica, se entregan á la plegaria delante de su tienda; las sombras se espesan cada vez mas, las puertas empiezan á cerrarse, los mas perezosos apresuran el paso temiendo quedar perdidos durante la noche en aquel confuso laberinto y, transcurridos algunos momentos, la mas completa calma sucede á la anterior animacion, quedando sumido en sombra y en silencio el animado bazar.

Otros de los lugares donde pueden estudiarse las costumbres de aquella gran ciudad, no sin razon llamada la Lóndres de Oriente, son los paseos, aunque por la manera especial de ser de la familia y de la sociedad turca, no presenten por punto general el animado cuadro de los que estamos acostumbrados á ver en las ciudades de Occidente. Pocas en verdad como Constantinopla ofrecen tan pintorescos alrededores y lugares tan á propósito para el recreo de los sentidos y la soñadora contemplacion del espíritu.

Por todas partes paisajes deliciosos la rodean, ya se dirijan las miradas al mar de Mármara ya á las islas de los Príncipes, que semejan estensas manchas brillantes sobre el azul tornasolado y los cambiantes de las ondas; ya en mas cercano término á Scutari, la ciudad de las tumbas, donde duermen el sueño de la muerte generaciones enteras á la sombra de seculares cipreses; bien al Cuerno de oro, con los millares de buques de todas clases y de todas naciones que le pueblan, ó á las orillas del Bósforo, con sus palacios, sus kioskos, sus haremes de espesas celosías y sus florestas y jardines, cuyo conjunto escede á cuanto mas fantástico pudiera describir la rica imaginacion de un poeta oriental. Como ha dicho con grande acierto y brillantez de estilo Luis Enault, el Bósforo no tiene rival en el mundo. En ninguna parte se halla una multitud mas pintoresca, mas numerosa, mas diversa, que la que surca sus aguas: los kaiques se cruzan con los barcos de vapor; el remo lucha con la vela, los unos suben, los otros

bajan, rápidos ó pesados, segun su diferente destino; se atraviesa por entre una doble línea de palacios, de kioskos, de villas y de jardines; en ambas orillas las colinas se elevan en anfiteatros, coronadas de casas azules, blancas, verdes y rojas, medio ocultas entre rosas y jazmines; kioskos de una arquitectura fantástica, salen de entre un grupo de arbustos en flor, rocas sombrías rompen aquí y allá con su desigual silueta el horizonte á través de lianas flotantes; mientras el verde oscuro de los cipreses parece encerrar tan risueño cuadro en un marco severo.

Pero dejando aquí la parte descriptiva del admirable panorama que se estiende á los ojos del viajero por uno y otro lado del Bósforo, en el encantador viaje de Gálata al mar Negro, que todavía habrá de ocuparnos en otro número de este capítulo, nos fijaremos en los dos lugares á donde se dirigen las excursiones favoritas de los que viven en Constantinopla, y que no pudiendo tener casa de recreo en las orillas del Bósforo, van al menos semanalmente á visitarlas.

Estas excursiones se hacen á los parajes conocidos con los nombres de *Aguas dulces de Europa* y *Aguas dulces de Asia:* el primero de estos parajes se encuentra en las fuentes del Barbyces, riachuelo de corto curso que desemboca en el gran puerto con el Zydaris, no léjos de los cipreses de Eyub. La pradera siempre húmeda de las orillas de aquel apacible manantial, constantemente esmaltada por menuda yerba, sembrada de olmos, fresnos, plátanos, álamos y añosas encinas, conserva un antiguo kiosko imperial, oculto entre rosas y clemátides, y ofrece en abundantes tiendas y cafés, helados, cerveza y vino á los numerosos paseantes que en los domingos invaden tan encantador paraje, alternando con las hermosas armenias de bordados trajes y las griegas con sus ondeados cabellos cogidos con monedas de oro, las francesas y las italianas, vestidas con arreglo á las modas de Paris. Los hombres son todos *francos,* que en vano buscarán en aquella fresca pradera las damas turcas con que soñaron en las distantes regiones de donde proceden.

Para esto tendrán que ir á otro paraje llamado «Aguas dulces de



J. Acevedo cromolit.

Lit. de J. M. Mateu, Madrid

MUGERES DE LA CLASE MEDIA,
los viernes en las aguas dulces de Europa.

Asia», donde la escena y los actores cambian por completo. Al rededor de una fuente sombreada por grandes árboles, se agrupan las mujeres en posiciones graciosas y con cierto abandono, envueltas en el ámplio feredgé, que bajo sus anchos pliegues oculta sus formas, y veladas por la ligera muselina, que á excepcion de los ojos, les cubre la faz y á veces permitiéndose dejarle caer, para saborear mas comodamente el narguilé ó la pipa, que fuman en dulce abandono, reclinadas sobre tapices persas y muelles cojines, ó para tomar algun confite, frutas ó helado, que les ofrecen viejos y severos vendedores, los cuales procuran ahuyentar los insectos de su mercancía con mosquiteros de palma, de forma tan sencilla como elegante. Los hombres no se mezclan con estos grupos femeniles, sino que léjos de ellos y tambien sentados aspiran gravemente el humo de sus pipas ó de sus narguilés, sin dirigirlas, no ya la palabra, pero casi puede decirse sin mirar siquiera á las mujeres, y unos y otras pasan asi tranquilamente la tarde, hasta que al llegar la noche vuelven del mismo modo á sus hogares.

Estos paseos, que pudiéramos llamar caracteristicos de los dias feriados, no excluyen el mas general, sobre todo para los hombres, que tiene lugar en los cementerios. Al leer esta palabra, la mayor parte de nuestros lectores de Occidente, hallarán poco grato aquel paraje para esparcimiento y solaz, pero desaparecerá su estrañeza cuando sepan que la religion musulmana ha quitado á la muerte todo el aparato de lúgubres imágenes con que nosotros la hemos rodeado. Los musulmanes se pasean sin emocion alguna, lo mismo de dia que de noche en los campos de los muertos, colocados, sin temor alguno á miasmas deletéreos, en medio de las poblaciones, y se sientan en el mármol de los sepulcros, y alli se entregan á las dulzuras de la conversacion, del café y del tabaco, sin que todos estos actos revelen el mas ligero pensamiento de profanacion. En Oriente se vive con la muerte en una familiaridad intima. A veces se encuentra sobre la tierra, recientemente removida ó sobre sencilla losa funeraria, una mujer sentada á la que acompaña con frecuencia un niño, abismada en profunda y dolorosa meditacion, y poco mas allá indiferentes pa-

seantes, cual si nada viesen, tratan de sus asuntos ó fuman con la mayor tranquilidad.

El diferente sexo à que pertenecieran los difuntos alli enterrados, conócese fácilmente en la forma de sus monumentos sepulcrales que esparcidos en todas direcciones, sin guardar ningun órden ni concierto, pueblan el cementerio. Los de las mujeres son verdaderas estelas funerarias, en las cuales se hallan inscripciones dedicadas, como entre nosotros, à la memoria de las que alli descansan. Los de los hombres están generalmente en forma mas ó menos cilíndrica à manera de cipos ó pequeñas columnas, surmontadas por un turbante ó por el fez, teniendo aquellos cipos à veces collarines pintados é inscripciones, cuyos fondos están tan bien pintados y las letras de relieve hasta doradas, lo cual tambien sucede en las estelas funerarias de las turcas.

Una costumbre vimos que revela en el pueblo que la sostiene un sentido eminentemente poético. En algunas sepulturas que forman un rectángulo con la estela colocada verticalmente ó con ligera inclinacion à la cabecera, notamos en la losa que en sentido horizontal las cubre, pequeño hueco ó agujero que comunica con el interior en el punto correspondiente al rostro, y saliendo por aquel agujero un rosal. Preguntamos, aunque fácilmente se podia presumir lo que aquello significaba, y supimos, que con frecuencia, en las sepulturas de mujeres jóvenes, principalmente doncellas, se plantaba de tan estraña manera el arbusto querido de los orientales, y que cuando no se seca y crece alimentado por los jugos del cuerpo que alli reposa, se tiene por señal de feliz augurio acerca de la vida que en el paraiso de Mahoma goza la feliz criatura, cuya belleza, destruida por la muerte, da ser y vivifica à la flor de las flores, en cuya delicada fragancia creen aspirar los que amaron à la que alli descansa, su espiritual esencia.

Las tumbas de la gente menos acomodada están solo indicadas por una elevacion del terreno en forma prismática y por dos piedras colocadas à las extremidades, piedras sobre las cuales, segun la superstición mahometana, deben sentarse los dos ángeles, Nekir y Munkir para juzgar el alma del difunto.



J. Acevedo cromolit.

Lit. de J. M. Mateu Madrid

CEMENTERIO TURCO.

Tambien se ven algunos panteones ó enterramientos, limitados por pequeños muros ó verjas, en medio de los cuales se eleva una columna con su correspondiente turbante, rodeada de otras más pequeñas, ó de estelas planas. Son los panteones de pachás ó altos dignatarios, y de sus mujeres é hijos.

Y ahora que de cementerios hablamos, y de la reunion en ellos de la familia turca, despues de haber dejado de existir, como tan mezclada y confundida anda siempre la vida y la muerte, vamos á dar algunas noticias acerca de las ceremonias con que se verifican los matrimonios, el nacimiento de los hijos y las inhumaciones.

A pesar de que los turcos generalmente sólo se unen á mujeres de su misma raza, y sobre todo de su misma religion, tambien gustan enlazarse con griegas, eslavas y hasta zingaras ó tchingianes, si bien, cuando tal sucede, la mujer abjura ordinariamente su religion para abrazar la de su esposo, aunque no se les impone como condicion necesaria. La separacion de las mujeres y de los hombres, el cuidado con que se procura sustraer á las primeras de las miradas de los segundos, dificulta que el turco pueda escoger la mujer que más le atraiga por su belleza y dotes de carácter, asi como lo que nosotros llamamos galanteos, y el *festejar* de las provincias valencianas y catalanas, y sobre todo en las islas Baleares. Los casamientos turcos se arreglan generalmente por la mediacion de terceras personas, y el esposo, con frecuencia, no conoce el rostro completamente descubierto de su prometida, hasta despues de haber terminado las ceremonias nupciales. Estas van precedidas ordinariamente, de un contrato que se anota en lo que pudiéramos llamar registro civil, á cargo del juez (mollah, cadi ó naib), contrato en el que el futuro esposo se obliga á dar á su mujer el moviliario completo de la casa, batería de cocina y vestidos, asi interiores como exteriores. Despues sigue la presentacion al iman ó sacerdote, que recita una plegaria especial, y dispuesta ritualmente para el caso, y terminados todos estos requisitos, comienzan las fiestas de las bodas y tornabodas, que en las personas ricas á veces duran quince dias. Con frecuencia, las novias más parecen niñas que esposas, pues las prescripciones legales entre los musulmanes, declaran á la mujer apta para el matrimonio á los diez años, ó ántes si fuese nubil. facultad de que se

aprovechan con harta frecuencia las familias, casando á sus hijas en bien temprana edad. Verdad es, que en aquellos paises la mujer adquiere un desarrollo á los diez años, que envidiaria á los veinte una doncella del Norte de Europa.

El nacimiento de los hijos, y la imposicion de nombre al recien nacido, no va acompañado de ninguna ceremonia religiosa; pero generalmente se hace al sétimo dia, celebrándolo con fiestas de familia, como entre nosotros; y la circuncision, que es indispensable á todo musulman, como el bautismo á todo cristiano, no se verifica hasta los siete ú ocho años de edad, y entre las familias ricas hasta los catorce ó quince. Esta operacion, á pesar de ser muy delicada, la practican los barberos con una navaja de afeitar, poniendo á veces en grave riesgo la vida de los circuncidados, que reciben con tal motivo regalos de los parientes y amigos, como para endulzarles las bárbaras amarguras de aquel inútil sacrificio, que más fácil y agradablemente pudiera reemplazarse con asiduidad en la limpieza y aseo personales, á que es bien poco dado el musulman, á pesar de sus abluciones reglamentarias. Bien lo conoció así Mahoma, cuando tuvo que imponerles la limpieza como precepto religioso. Y la prueba de que la circuncision no es necesaria, se encuentra en todas las personas que, perteneciendo á distinta religion, no la practican, aunque nacen y viven en aquellos ardientes paises, sin que por ello sufran más enfermedades que los mahometanos.

Estos, cuando se hallan enfermos, apénas recurren á los auxilios de la ciencia médica, muy descuidada por punto general entre ellos, que por lo mismo miran hasta con veneracion á los extranjeros que la profesan. Un médico *franco*, ó aunque no lo sea, que tenga bastante descaro y poca conciencia para fingirlo, es buscado con afan, principalmente por las mujeres, que molestadas de continuo por las enfermedades á que las predispone su manera especial de vivir, desean encontrar alivio á sus dolencias. Y de tal modo inspiran confianza los médicos, ó los que se hácen pasar por tales, á los celosos turcos, que les permiten penetrar en los haremes, siendo debido á este privilegio, el conocimiento que algunos viajeros han tenido del interior de aquellas misteriosas moradas del sensualismo musulman. Nuestro querido y respetado amigo, D. Pedro Felipe Monlau,

cuando estuvo comisionado por el gobierno español para tomar parte en las conferencias internacionales que se celebraron en Constantinopla, con motivo del cólera, debió á su merecida fama de médico higienista, el haber visitado el serrallo del Sultan, y de ver sin enfadoso velo, y con la confianza que á las mujeres inspiran por punto general los médicos, á las más preciadas hermosuras de aquel paraiso á la mahometana. Recordamos á este propósito, que en uno de los dias en que visitábamos, acompañados de varios oficiales de la fragata, las mezquitas, tomando por médico á uno de ellos, acercósele un eunuco, proponiéndole fuese con él á visitar á unas damas pertenecientes al harem de uno de los más elevados funcionarios del imperio, teniendo el pundonoroso oficial abnegacion bastante para decir la verdad, y no haberse aprovechado de aquella circunstancia, que le hubiera facilitado la codiciada visita del interior de un harem, fingiéndose médico, por más que despues se limitase á propinar á las caprichosas retraidas cualquier remedio inofensivo, remedio que acaso les hubiera sido grato por la novedad, que tanto seduce en todas partes á las mujeres.

Entre las clases pobres, en los barrios extremos de la ciudad, todavía tienen la costumbre de exponer los enfermos á la puerta de las casas, aplicándoles los remedios que recomiendan los que pasan por delante, como de eficacia probada, de lo cual yo mismo he visto más de un caso, habiéndome atrevido alguna vez á indicar remedios puramente exteriores, de los que sin peligro hacemos todos los dias en nuestras casas, ántes de recibir la visita del facultativo.

Tambien contribuye á prolongar las dolencias entre los turcos el fanatismo musulman, que con frecuencia, sobre todo entre las clases más ignorantes, les hace abandonarse por completo á la voluntad de Allah, habiendo algunos tan fanáticos, que juzgan como un pecado oponerse á los decretos del Altísimo, dador de la salud y de la dolencia.

Cuando la última hora se acerca, tienen mucho cuidado en que ninguna mujer se aproxime al lecho del paciente, y apénas ha muerto, procuran con gran interés extenderle las piernas y cerrarle los ojos y la boca, costumbre que de la misma manera se observa entre nosotros. Despues proceden á las abluciones rituales con el cadáver, operacion que sólo debe

hacer un iman, estando prohibidos el embalsamamiento y la autopsia, salvo el caso particular de que la difunta sea una mujer embarazada, y dé señales de vida la criatura que alienta en su seno, en cuyo caso, por salvarla, es permitida la operacion quirúrgica necesaria al efecto.

La inhumacion sólo puede tener lugar veinticuatro horas despues de la muerte, y se hacia generalmente, y todavia se hace entre las clases pobres, á pesar de las prescripciones reglamentarias, sin colocar el cuerpo en ataud, y dando á lo sumo cuatro piés de profundidad á la fosa. Tambien se acostumbraba no cerrar completamente el sepulcro, lo cual era causa de muchas enfermedades epidémicas, que han ido desapareciendo con el establecimiento de intendencias sanitarias y la adopcion de medidas higiénicas propuestas por médicos franceses é italianos, y aceptadas por el gobierno turco.

Entre las costumbres caracteristicas del pueblo musulman, merecen especial mencion las que se verifican para celebrar los dos Bairam, uno de los cuales termina el ayuno de Ramadan, que, como es sabido, constituye la cuaresma turca, durante la cual está prohibido á los musulmanes comer y fumar, desde la salida á la puesta del sol. En esta época del año la puesta del sol se anuncia por un cañonazo, y no háya temor de que hasta que suene lleve á la boca el verdadero turco ni una migaja de pan, ni una gota de agua. Durante el Ramadan, acostumbran dar alboradas con flauta y tambor, derviches novicios, que suelen recibir en premio de su obsequio, piezas de tela ú objetos de vestir, que les arrojan por las ventanas, aunque sin dejarse ver, las generosas donadoras. La celebracion del Bairam, principia por un acto religioso, que consiste en dirigirse á hacer su plegaria el Sultan, con todo el aparato de su córte, á Santa Sofia, y que termina por una recepcion en palacio, á la manera de las europeas; desfilando ante el Sultan, con exageradas cortesias, todos los altos dignatarios del imperio, y sus principales corporaciones, miéntras el pueblo se entrega á ruidosas manifestaciones de alegria, que recuerdan el Carnaval de Occidente.

Y ahora que de ceremonias y de prácticas religiosas hablamos, creemos oportuno dar á conocer á nuestros lectores una de las que más trascendentales consecuencias trae, no sólo á la raza turca, sino á la humanidad

entera. Nos referimos á la peregrinacion á la Meca, cuyos detalles son difíciles de conocer, puesto que ninguno que no sea musulman puede acompañar á los peregrinos, y si lo hace fingiéndose mahometano, corre peligro de perder la vida en el acto, si fuera descubierto. Nosotros, sin embargo, hemos tenido la fortuna de poder consultar, además de los trabajos de algunos de estos atrevidos viajeros, tales como Jomard y Maltzan, á peregrinos turcos conocidos de la embajada española, y los capítulos destinados á esta peregrinacion, en la notable obra publicada en Constantinopla el año de 1870 por el caballero S. Zennaro, titulada, *Estudios sobre el cólera*, con ocasion de la epidemia de Constantinopla, en 1865, obra cuyo impresor, residente en Gálata, lleva el nombre español de M. de Castro.

La peregrinacion es un acto religioso, un viaje emprendido para ofrecer testimonio de la piedad de los creyentes á Dios, y está muy generalizado en Asia, como en muchas comarcas de Occidente, bajo diferentes formas, y en numerosas localidades.

En la India se celebran multitud de peregrinaciones en épocas diversas, lo cual se comprende fácilmente, á causa de las numerosas sectas idólatras que pueblan aquellas comarcas. En Pérsia son renombradas las de Mesched, Kom y Schahabdulahson, y en Turquía las de Bagdad, Casemen, Kerbellah y Nedjeb-Esref, que tienen por objeto ir á rezar sobre la tumba de algunos santos ó mártires, y sobre todas, las de Medina, en el Hedjaz, para orar en el sepulcro del gran legislador del Islamismo, y la de la Meca, la más grande, más famosa y más frecuentada, donde los musulmanes de todos los paises y de todas las nacionalidades acuden, para prosternarse ante el tabernáculo de Allah, en expiacion de sus pecados.

La peregrinacion á la Meca atrae al Hedjaz multitud inmensa de musulmanes en todas las épocas del año, pudiendo decirse que hay en ella una peregrinacion permanente. Los ejercicios religiosos, la partida de los peregrinos, no se hace desde luego y de una vez, sino lentamente, y una gran parte de los que no estuvieron en Medina, ántes de ir á la Meca van á la ciudad del Profeta, al volver de su peregrinacion, especialmente los javaneses y los indios. Cinco ó seis semanas despues de la partida de todos estos viajeros, principia de nuevo la peregrinacion á Medina para

adorar el sepulcro de Mahoma, afluyendo allí los habitantes de los países limítrofes del Hedjaz. Despues de la piadosa visita al cuerpo del atrevido instituidor del Islamismo, estos *hadjis* ó peregrinos pasan á la Meca, para celebrar en ella el Ramazan, y esperar el Kurban Bairam.

Las peregrinaciones ya eran conocidas de los árabes paganos, y Mahoma, al amalgamar la idolatría de aquellas gentes con el monotheismo de los hebreos, la impuso á todos sus sectarios, siendo desde entónces para los musulmanes el acto más importante de su vida religiosa, y uno de los puntos fundamentales del Islamismo ordenado por el Profeta, que quiso por tal medio mantener vivo el entusiasmo por sus creencias entre los pueblos donde se adoptaron.

Semejante deber es ineludible para todo musulman, de uno ú otro sexo, salvo algunas excepciones por causa de enfermedad, de infancia ó de vejez. Los sultanes, los príncipes, los altos dignatarios, y otras personas que pueden costearlo, cumplen aquel deber por medio de delegaciones, encontrando fácilmente, á cambio de algunos miles, y áun de centenares de piastras, quienes les sustituyan en aquella religiosa campaña.

El peregrino, ántes de cubrirse con el traje de penitente *(ehiran)*, se llama, *hallal;* con dicho traje, *mauhrim*, y despues que ha terminado la peregrinacion, *hadji*, título que le da derecho á la veneracion pública; pero que no adquiere si no se encuentra en la tierra santa, en la Meca, el dia de Kurban Bairam, y si no ha llenado todos los deberes establecidos para aquella práctica devota. Si llega en otra época, ó aunque sea al dia siguiente de las solemnidades, ya no tiene el derecho de ser considerado como *hadji*.

Cuando el musulman ha resuelto ir á la Meca para purificar y santificar su alma, ni la distancia, ni la miseria, ni los gastos, ni los sufrimientos, ni los peligros, le apartan de la realizacion de su propósito. El fanatismo lo desafía todo para adquirir el dichoso y anhelado título de hadji, y las fatigas que el buen creyente tiene que vencer, y las privaciones que se impone, son para él de poca importancia, á cambio de la celeste y sensual beatitud que le espera, si dejare la vida en la demanda.

Y se comprende este afan de cumplir con tan recomendado deber, si se tiene en cuenta que, segun la doctrina muslímica, la peregrinacion á la

Meca sirve para expiar y obtener el perdon de 70 años de crímenes y de iniquidades; que un dia de ayuno en aquella tierra santa, equivale á cien mil fuera de ella, y que un dracma dado de limosna en aquella ciudad, vale tanto como otras 100.000 limosnas hechas en otros sitios, siendo mayor la intensidad de estos merecimientos, cuando la víspera del Bairam *(arifè)* cae en viérnes, y en él se lleva á término la peregrinacion; pues entónces ésta, llamada *hadjî-ul-ekper*, equivale á otras 70. Así se comprende el afan con que los fanáticos musulmanes procuran alcanzarla, seguros de que, una vez conseguida, no hay obstáculos para ellos en el camino que ha de conducirles al tentador paraíso de Mahoma.

En los antiguos tiempos, como ha sucedido en casi todas las religiones, acudian á los lugares santos los ricos en mayor número que los pobres, á causa de las dificultades en los medios de comunicacion y de los grandes gastos que exigia el cumplimiento de aquel deber religioso. Entónces iban á la Meca los nobles, los pachás, los príncipes y las princesas, y áun algunos sultanes, como los que llevaron los primeros en tan elevado puesto los nombres de Omar, Ahmet y Soliman, haciendo la peregrinacion con un tren inmenso y multitud de servidores, de camellos y de toda clase de provisiones; hoy, por el contrario, la mayor parte de los peregrinos son de clase indigente, sobre todo entre los indios, javaneses, persas y tacruris africanos.

Los ricos viajaban, y viajan, con todas las comodidades posibles, sosteniendo su vida con buenos manjares, como conservas de carnes y pescados, buen pan, galleta, etc.; pero los pobres, que son la mayor parte de los peregrinos de estos tiempos, llevan por todo equipaje una alforja ó saco con todas sus riquezas, que consisten en algunos dátiles, queso, y tortas de ínfima clase.

Y sin embargo, el número de los peregrinos va en aumento, creciendo á medida que los modernos adelantos van haciendo más fáciles las comunicaciones; pero ha disminuido notablemente el número de animales que hay que inmolar, en cumplimiento de las ceremonias ó rituales.

Cuando estaba en mayoría la clase acomodada, cada peregrino sacrificaba 3, 5 ó 10 carneros, y áun bueyes, vacas y camellos, miéntras hoy el hadji de mediana posicion mata solamente un borrego, y los más pobres se reunen en grupos de tres ó de cuatro para inmolar otro.

El viaje en caravana era entónces más frecuente, porque no habia barcos de vapor ni caminos de hierro, y los peregrinos no se entregaban confiados al azar de los buques de vela, cuya marcha es siempre de incierta duracion, y cuyos naufragios eran muy frecuentes. La caravana de la Siria contaba antiguamente de 35 á 40.000 peregrinos, miéntras ahora se compone apénas de 5 á 6.000, porque en lugar de ir á la Meca en caravana ó por tierra, los peregrinos se embarcan en buenos trasportes en los puertos del Archipiélago para Constantinopla ó para Alejandría, y en Suez para Yambo y Djeddah. Los indios son los únicos que se embarcan, en pequeño número, en los vapores, haciendo la mayor parte el viaje en barcos de vela.

La caravana de Egipto, reforzada con la de Africa, compuesta otras veces de 40 ó 50.000 hombres, hoy ha quedado reducida de 5 á 6.000; y esta última, la de Africa, es tambien mucho ménos numerosa que otras veces, pues miéntras antiguamente llegaba á 40 ó 45.000, en la actualidad apénas cuenta 12.000 peregrinos. En cuanto á las caravanas particulares, la de Mascata, que en los pasados tiempos atravesaba el desierto para ir á la Meca, no existe hoy. Otra caravana, compuesta de indios y de persas, que tenia su punto de reunion en el golfo Pérsico, sobre todo en el Katif para ir á Nedjdh, y de allí á la Meca, está igualmente casi extinguida. Donde antiguamente se reunian de 12 á 13.000 personas, apénas llegan hoy á 3 ó 4.000.

La caravana de la Bukaria, que atravesaba las estepas de la Tartária y territorios de la Rusia y de la Turquía, para dirigirse á Damasco y alcanzar la caravana de Siria, está completamente suprimida; y este cambio de itinerarios, es debido, indudablemente, á la revolucion marítima producida por el vapor, y á la facilidad de trasportes que ofrecen las mensajerías francesas é inglesas, y sobre todo la compañía Azizié, establecida desde 1858 en el golfo Arábigo, que trasportan la mayor parte de los peregrinos.

Todas las caravanas, segun su diversa procedencia, se detenian antiguamente en puntos de descanso ó estaciones establecidas por el profeta; por ejemplo, en Zul-Huleifé ó en Aly-Kuyussu, los peregrinos de Medina; en Hudjhfé, los de Siria; en Zath-Irak, los de Irak; en Carem, los

de Nedjdh, y en Yelemlem los del Yemen; pero en la actualidad, la caravana siriaca, reunida en Medina con la del Cairo, se detiene en Rabuk, y los otros grupos de peregrinos procedentes de Africa y del Yemen, tienen su punto de reunion en Djeddah para ir á la Meca, en Nedjdh los que van desde la Arabia desierta, etc.

Veamos ahora el itinerario de estos peregrinos. De la Europa, del Africa, del Asia, de todos los países del Islamismo, los musulmanes, sea la que quiera su nacionalidad, acuden todos los años á cumplir el religioso precepto, dependiendo la eleccion del camino, de la posicion geográfica, y á veces del capricho.

El viaje por tierra es más ó ménos penoso para los vasallos turcos, segun el lugar en que residan, y se hace en caravana, dividida en compañias ó grupos.

Las caravanas organizadas y protegidas por el gobierno *(surrès)* más importantes, son las de la Siria, de Egipto y de Africa.

La caravana de Siria, que tiene su punto de reunion en Constantinopla, se forma con los peregrinos que llegan de cerca ó de léjos, y despues de las ceremonias de costumbre, parte precisamente de Scutari todos los años, el 12 de la luna de Redjeb, cinco meses ántes de la fiesta de los sacrificios, escoltada por un comisario civil y politico del sultan *(Surrè Eminy)*, por un médico, por un cuerpo de 400 soldados de caballeria y algunos cañones trasportados en camellos, y seguida de los tres camellos sagrados, de los cuales, el uno se encuentra en Constantinopla, el segundo en Damasco y el tercero en Egipto, siendo estos dos últimos los que van á la Meca, volviendo el de la capital, á poco de haber marchado la caravana. Estos camellos, que han de ser todos de una misma raza, con determinadas condiciones, son los que conducen el velo y el estandarte del Profeta, y van seguidos de otros camellos *(devè)* y de mulos *(katir)*, que llevan los regalos destinados al santuario. Llegados á Damasco, punto de reunion de todos los grupos de peregrinos provenientes de diversos paises, de la Rumelia, de las islas del Mediterráneo, de Bagdad, de Persia, de Tartária, del Afghanistan, de las Indias, de la Indo-China, de la China, etc., los peregrinos descansan algunos dias, esperando casi siempre á los que, procedentes del Asia Central, tienen, si son de la

parte septentrional de las Indias, que atravesar el Afghanistan y la Tartária, y por el mar Caspio llegar á Astrakan, ó por el rio Oral tocar en Oremburgo, para entrar en Rusia, y desde allí atravesar el Volga y el Don, penetrar en el mar de Azof, despues en el mar Negro, de él á Constantinopla, y de aquí á Damasco: muchas veces, de la Bukaria van á los puertos del mar Caspio, y de allí á las provincias caucásicas ó á la Persia. Ordinariamente, los viajeros prefieren atravesar el Afghanistan, para entrar en Persia por Hérat, dirigiéndose á Mesched, donde se encuentra la tumba de un descendiente de su Profeta, y despues de algunas plegarias, tomando la ruta de Téhéran, van á Bagdad por Kirmanschah, y de allí á Damasco. Algunos de Téhéran toman el camino de Tebris, de Tiflis y Poti, ó de Tebris pasan á Erzerum, y de allí á Trebisonda y á Constantinopla, para unirse á la caravana de Damasco. Otros grupos del lado Sudeste de las Indias, van, aunque en corto número, por el Afghanistan, atravesando el Sedjistan y el Ispahan, para venir á parar al golfo Pérsico. Los indios habitantes al Sur de su tierra natal, no podrian entrar en Persia por la via de Beludjistan, á causa de las barreras naturales, ó de las montañas elevadas de la frontera; pero estos pueblos, en su mayor parte, son idólatras y salvajes, y viven exclusivamente de su industria. Algunos, sin embargo, que han abrazado el mahometismo, se embarcan en buques de vela para recalar en el golfo Pérsico, bien en Bénder-Bucher, ó en Bénder-Abassi, y dirigirse en seguida de allí á Basora, á Bagdad y á Damasco. Todas estas agrupaciones de peregrinos, aumentadas con los que se les van reuniendo en el camino, al llegar á Damasco se funden en la caravana de Siria. El conocimiento de los diversos caminos que siguen, tiene la importancia de ofrecer al observador, nociones prácticas acerca del importante estudio, que más ó ménos á la larga deben hacer los paises occidentales, sobre las vias de comunicacion que enlacen y unan las muchas regiones que existen casi desconocidas en Oriente, pues allí donde logra establecerse, no ya una via férrea, pero siquiera un camino de condiciones ordinarias, se abre un cáuce fecundísimo para el progreso y la cultura modernas, que acaba por ir conquistando los paises mejor que las sangrientas invasiones de los ejércitos.

Todos los peregrinos concentrados en Damasco, dejan sus caballos en esta ciudad, cuando los tienen, para volverlos á tomar á la vuelta, y con escasas excepciones, continúan su viaje en camello, animal que resiste muchos dias sin comer ni beber. El viajero bien acomodado va sólo en su camello, jamás en dromedario, cuadrúpedo reservado más bien para las marchas rápidas; y los que cuentan con ménos recursos, alquilan uno de aquellos animales, y colocan á las mujeres en una especie de aguaderas (mafés), á uno y otro lado, colocándose ellos en el centro. Otros más ricos todavia que los primeros, van más cómodos, en una especie de litera colocada entre dos camellos, por el estilo de las que llaman en el pais Taktharavam, para el trasporte de enfermos. Muchos pobres, gracias á la ejemplar caridad de los musulmanes, son recibidos en la comitiva de los ricos, y hacen el viaje á sus expensas.

Dispuesto ya todo lo necesario, y todos reunidos, la caravana se pone en marcha. El gobernador de Damasco la acompañaba antiguamente hasta la Meca, por lo que tomaba el nombre de Emir-ul-hadji, ó sea, el peregrino; pero en la actualidad llega ordinariamente sólo hasta Djerka, tres ó cuatro estaciones más allá de Damasco, donde, despues de cuidar vaya bien aprovisionada, se despide, y vuelve á su ciudad. La caravana marcha á jornadas fijas, por el desierto, á las órdenes de su jefe, con direccion á Medina. Van divididos en grupos ó compañías, llevando cada uno la cantidad de viveres que puede, con arreglo á sus fuerzas, y otros, odres llenos de agua, además de la que llevan los camellos, que van con tal objeto. Algunos peregrinos, más previsores que sus compañeros, van dejando en determinados lugares, viveres depositados, para encontrarlos al regreso. En la travesia del desierto, dividida en cincuenta y cuatro estaciones ó paradas, los peregrinos, expuestos al polvo, á los ardores del sol, á los ayunos, á las privaciones, sufren mucho; y más sufrian ántes de que El Mahdi estableciese los *caravansails*, y depósitos de agua, perfeccionados por el Sultan Selim, que hoy se encuentran cada tres ó cuatro estaciones. Llegada la caravana á Medina, sitio de reunion general, se une con la de Egipto, y se detiene muchos dias para descansar, ó visitar el sepulcro del Profeta y hacer plegarias. La caravana de Egipto se forma, en parte, con peregrinos de aquellas comarcas, de las islas del Archipiélago, y de la

costa africana, es decir, de Marruecos, de Argel, de Túnez, de Tripoli, etcétera, que van á Alejandria por mar. El punto de concentracion es el Cairo, y ya dispuesta, sale escoltada por un Bey de Egipto, con su camello sagrado, que conduce los regalos y ofrendas para el santuario, y marcha tambien á jornadas fijas, que son en número de doce, del Cairo á Medina, donde se reune, como hemos dicho, con la caravana siria.

La caravana de Africa, reforzada durante el viaje, despues de haber perdido un pequeño destacamento, que se asocia á la caravana egipcia, se organiza en la Nubia, en Darfur, en Cordovan, y en el Sénaar, con los otros grupos de peregrinos del Africa central. Siguiendo á lo largo del Nilo, que atraviesa en Kenet, va á parar á Kosséir, desde donde distribuidos los viajeros en pequeños grupos, hacen la travesia del mar Rojo en barcas, para unirse á la caravana del Cairo, en su marcha hácia Medina, ó bien á la caravana general de la Siria y del Cairo, ya unidas, en su viaje á la Meca.

La caravana turco-egipcia se dirige asi unida á Medina, que se halla diez estaciones ántes de la Meca. En la aldea de Rabuck, ya próxima á Medina, se detiene para que los peregrinos dejen sus trajes de camino. y vistan, despues de la plegaria del Ehiram, el hábito de los peregrinos. hecho de tela de lino, dividido en dos piezas, la una para cubrir la parte superior, y la otra la inferior del cuerpo. Con este blanco vestido, purificados con la ablucion de todo el cuerpo, cortadas las uñas, y la cabeza descubierta, continúan su marcha hácia la ciudad santa, para cumplir los deberes esenciales á su culto.

En cuanto á la caravana particular de Elkatif, algunos indios, embarcados en buques de vela, recalan en el golfo Pérsico, y agregándose á los grupos de persas, turcos del Irak, y de los habitantes del litoral de Hadramonth, pasan el Elkatif para ir al lugar sagrado, aumentando su número en el tránsito, sobre todo con los habitantes del Yemen.

Todos los peregrinos que llegan por mar á Djeddah, se concentran alli, asi como los grupos del Yemen y del Bajo Egipto, porque Djeddah es su punto de reunion, desde donde se dirigen á la Meca.

No puede precisarse el número de peregrinos que cada año vaya á la Meca, eligiendo la via terrestre, ó mejor la maritima, sin embargo de

que los últimos son más numerosos. Los indios, durante algunos años del siglo XVIII, á causa de los trastornos políticos, descuidaron este viaje de devocion, pero cuando aquellas turbulencias cesaron, volvió éste á seguir su marcha ordinaria. La cifra media de los peregrinos reunidos en la Meca cada año, en el siglo precedente, era de 25 á 30.000; hoy se eleva á 60.000, si bien esta cifra presenta muchas oscilaciones. Se hace ascender á 180.000 la masa de peregrinos que en 1865 visitaron la Meca; y á esta inmensa multitud de hadjis, hay que añadir, la gran masa de negociantes, que con tal motivo afluyen á aquellos parajes, para el trasporte de víveres y objetos manufacturados, asi como la multitud de criados que van acompañando á los peregrinos. La peregrinacion al Hédjaz es, á la vez que una solemnidad religiosa, una especulacion industrial, una especie de gran feria.

Djeddah es una ciudad situada á la orilla del mar Rojo, edificada sobre la vertiente del monte Ghaswann, y está considerada como ciudad santa, siendo el punto de reunion de ciertas caravanas parciales ó grupos de peregrinos, que allí convergen de diferentes procedencias. No tiene puerto, es más bien una rada; y la operacion de desembarco, fácil para los pequeños buques que pueden acercarse á la orilla, es difícil para los grandes, que tienen que dar fondo á distancia de una milla de la costa. Cuenta con una poblacion de 16 á 18.000 habitantes, y recostada sobre una pendiente suave, está rodeada de muros, dando sólo ingreso á la ciudad dos puertas, que toman nombre de la situacion que ocupan, relacionadas con los dos grandes lugares objeto predilecto de la peregrinacion; así, una puerta se llama de la Meca, y la otra de Medina. Las casas, encaladas como en Andalucía, tienen, sin embargo, poca elegancia; las calles no están empedradas, lo que produce grandes polvaredas en verano, y lodo, que las pone intransitables en invierno. Hay, sin embargo, en esta poblacion mucho comercio, pues es el gran mercado donde los peregrinos cambian ó venden los productos del Yemen, del Egipto, de la Persia, de la Siria, de las Indias, por los cereales y comestibles que necesitan durante el viaje.

El clima es inhospitalario, pues miéntras de dia hace un calor sofocante, de noche se experimenta un frio húmedo, nada en armonía con los

ardores del sol miéntras se halla sobre el horizonte, y falta de aguas corrientes, sólo puede ofrecer á la sed de los peregrinos agua salitrosa de pozo, y poca de cisterna; no encontrando espacio bastante para alojarse los numerosos peregrinos de las caravanas, lo cual produce una insalubre aglomeracion de gente, que desarrolla focos de infeccion, dando origen á multitud de enfermedades, que fácilmente se convierten en epidemias.

La distancia de Djeddah á la Meca es de doce leguas, que los peregrinos salvan en dos noches, y lo mismo que los de Medina, sufren mucho por los frios nocturnos, vestidos como van ya con el ligero traje de peregrinos, descrito más arriba, teniendo, con frecuencia, que encender grandes hogueras para calentarse, y que ir muy juntos para prestarse mútuamente calor.

Pero ántes de dejar á Djeddah, la mayor parte de los peregrinos que allí acuden, hacen una visita nada ménos que á la tumba de Eva, madre del género humano, la cual dicen se encuentra á distancia de una legua escasa de Djeddah.

Un gran muro, rodeando un espacio rectangular, á cielo abierto, protege el pretendido sepulcro. Allí, los peregrinos, con los piés desnudos, abrasados por el sol de Arabia, aguardan pacientemente á que toda la caravana haya terminado de pagar, uno por uno, el lucrativo derecho de visita, que no haya temor perdone el guardian del *Santuario*. Sólo despues que ha terminado de pagar el último se abre la puerta, y los peregrinos entran en el suspirado recinto, en medio del cual se eleva una especie de capilla de cinco piés de largo por cuatro de ancho, surmontada por una cúpula de cerca de diez. Los muros de este *Santuario* están completamente destruidos, pero dentro de él, recibe loca adoracion una piedra rectangular de pié y medio de altura por medio pié de ancho, que, no se rian nuestros lectores, es conocida con el nombre de, ombligo de Eva. Y no es que crean en medio de su fanatismo aquellas gentes, que la tal piedra sea el mismo ombligo, sino que suponen corresponde en sus dimensiones al de Eva, que creen está enterrada debajo, cayendo aquella piedra encima precisamente, del vientre y del ombligo de la curiosa madre del género humano. Formado el cálculo matemático por las dimensiones que nuestro cuerpo tiene, en relacion con aquel pequeño punto de su abdómen, y

calculando las dimensiones de Eva por las que tiene aquella piedra, resultaria la esposa de Adam con quinientos piés de altura por doce solamente de anchura. Y esto, dado que Eva hubiera podido tener aquella parte del cuerpo humano, puesto que, como es sabido, está formada por el cordon umbilical, que sirve para el nutrimiento del feto, en el seno materno, y ni Adam ni Eva necesitaron para nada de tal órgano, puesto que no fueron engendrados.

Aquella célebre piedra, nuevo testimonio de la perenne locura humana, que recuerda otras análogas, tambien adoradas en la antigüedad, es de granito, y está bruñida á fuerza de los besos que en ella han estampado millones de peregrinos durante largos siglos. Y no se contentan aquellos fanáticos sectarios con tan duro objeto de adoracion. Tambien se prosternan en un sitio adonde dicen corresponde la cabeza del pretendido cadáver; despues se prosternan en otro paraje, donde dos piedras empinadas indican la supuesta correspondencia con los pechos de aquella mujer colosal; y despues de haberlas recorrido, rozándose todo lo más que puede con las piedras, el creyente pasa por delante de otro sitio, que se dice corresponde á una señal que Eva, suponen tenia en el cuerpo, acaso producida por una correccion cariñosa de su dueño y señor Sidi-Adam.

En el recinto de esta tumba, y en la linea que corresponderia á los hombros de nuestra gigantesca primera madre, la cual, segun la tradicion árabe, era más grande que el mayor monumento del globo, manera de comprender á los séres superiores, comun á la infancia y áun á la juventud de todos los pueblos, es tambien visitada y adorada la tumba de Osman, uno de los sucesores inmediatos de Mahoma, que pasa por haber restaurado en el siglo VII la tumba de Eva, construida, segun la misma tradicion arábiga, por la piedad filial de Set. A pesar de todo, no va más allá, históricamente hablando, del siglo IX de nuestra Era, la ereccion de aquel supuesto sepulcro, con el que de tan extraña manera se abusa de la fácil credulidad de los peregrinos.

Medina, situada en el límite del desierto, se halla á distancia de once jornadas de la Meca, y no hay peregrino que deje de detenerse en ella, bien al ir, bien al volver á este lugar, término y objeto supremo de su peregrinacion. Aquella ciudad, llamada así por excelencia, Medina, Medi-

net-el-Nébi, la antigua Jathreb, cuenta escasamente 12.000 habitantes, y está rodeada de un muro, cuya circunferencia mide 1.800 pasos. Las casas son de piedra y de dos pisos, y la dan aspecto de grandeza, palacios edificados por algunos sultanes y por vireyes de Egipto. Posee mercados públicos, jardines, árboles frutales y grupos de palmeras, esas gentiles columnas del desierto, adornadas con verdes penachos y dorados frutos.

Las principales calles de Medina están empedradas, si bien, como casi todas las de los pueblos musulmanes, son estrechas y tortuosas para librarse de los rayos del sol. Su mezquita, renombrada por su tamaño y por sus cinco minaretes, tiene cuatro puertas, y es de forma cuadrada, con pórticos ó arcadas alrededor, surmontadas de cúpulas. En el interior de esta mezquita, se admira la tumba del Profeta (el Hedjra), tumba que encierra tambien el cuerpo de Abu-Bekr y de Omar. Muchas arcadas sostenidas por columnas, y un enrejado de hierro muy espeso, de cuatro piés de alto, constituyen su arquitectura. La cúpula de este mausoleo es muy elevada, y su dorada aguja brilla desde muy léjos.

En el interior arde constantemente una lámpara de oro y de ricas piedras preciosas, y para custodia de este monumento hay cuarenta eunucos (ferrachs), mandados por el gobernador de la ciudad (Scheik-ul-Harem). Los peregrinos de cierta posicion se alojan, como en Djeddah, en las casas, y los otros fuera, bajo tiendas ó á cielo descubierto; deteniéndose todos algunos dias para hacer la visita de devocion al sepulcro del Profeta, sin embargo de que no es obligatoria, ántes de proseguir el camino á la Meca. Los primeros que llegan á Medina todos los años á cumplir aquella piadosa práctica, son los habitantes limítrofes del Hedjaz, concentrándose en esta ciudad tres meses ántes del Bairam para ir á la Meca; despues van los devotos de la caravana siriaca y egipcia; y terminadas las fiestas religiosas de la Meca, los javaneses, los indios, los persas y los tacruris. Por esto puede asegurarse, que la peregrinacion en Medina no se interrumpe.

El agua de los pozos es salitrosa, la de cisterna no es bastante; y en cuanto al clima, durante el dia el calor es intenso, y por la noche la humedad es muy fria.

El pais de Yambo, en las orillas del golfo Arábigo, á cuatro horas de

distancia de Medina, y á doce jornadas de Djeddah, es el punto de reunion de los peregrinos de la costa oriental ó abisinia, que quieren reunirse á la caravana turco-egipcia, que de Medina se dirige á la Meca. Los otros peregrinos que van á la Meca por Djeddah, despues de las fiestas religiosas, siguen la marcha de la caravana del Cairo á su vuelta, ó bien van por mar hácia Yambo, para pasar de aquí á Medina, con objeto de visitar el sepulcro de Mahoma. Cumplido este propósito, continúan su camino con la caravana del Cairo para volver á su pais, ó vuelven á Yambo para atravesar el mar Rojo, en malas barcas estacionadas en aquellos parajes.

Yambo apénas cuenta de 5 á 6.000 habitantes; tiene buen puerto, con fondo para buques de alto bordo, y goza de bastante importancia, porque es el gran depósito de víveres para los medineses, pudiendo asegurarse, que Yambo sin Medina no existiera, y viceversa.

La Meca, patria del gran legislador de los musulmanes, es célebre como cuna de su fe, atrayendo de todos los puntos del globo, donde la religion de Mahoma existe, millares de creyentes, que van á ella para adorar el tabernáculo del Señor.

Los peregrinos reunidos en Djeddah, van á la Meca en grandes grupos atravesando las llanuras arenosas y las colinas roquizas, que encuentran á medida que avanzan en el interior.

La gran caravana de la Siria, reunida á la del Cairo, al dejar á Medina, marcha igualmente por llanuras de arena, y atraviesa una cadena de montañas basálticas y de granito, que se prolonga hasta la Meca. Esta gran caravana se detiene á la mitad del camino, en la aldea de Rabuk, donde los peregrinos, despues de haber arreglado sus equipajes, se afeitan, se lavan, se purifican y se visten el blanco Ehiram, para entrar en la ciudad Santa. Kosai, hijo de Kelab, la fundó en un estrecho valle, por donde se llamó Wadi-Mekke, y está situada á 600 piés sobre el nivel del mar: rodeada de colinas y de gigantescas montañas grises y estériles, tiene la venerada ciudad escasa extension, sin embargo de lo cual se dice viven en ella de 30 á 50.000 habitantes.

Las casas hechas de piedra, cuyo color revela su procedencia de las cercanas montañas, están divididas en pequeños compartimientos por los

propietarios, que procuran sacar de los peregrinos todo el partido que pueden. Hay algunos palacios muy importantes, como el del Cherif de la Meca, dos colegios, tres baños y la gran mezquita. Las calles no están empedradas. La tierra y las rocas, de color fuertemente tostado, aparecen como quemadas durante el trascurso de los siglos por los ardientes rayos del sol.

La vegetacion es casi nula, ó mejor diriamos si afirmásemos que no existe, y hay para satisfacer la sed de los peregrinos, además de la salobre agua de pozo, buenas cisternas, y el agua corriente de las fuentes Sebil y Ain Arafat. El clima, como en todo el Hedjaz, es muy vário, pues miéntras un sol intertropical mantiene una temperatura en extremo cálida, durante el dia, las noches son muy frias, sucediéndose frecuentes y violentos temporales en los cambios de estacion. En el verano el polvo es tan espeso, que dificulta la respiracion, y en tiempo de lluvias, las calles, al decir de un viajero, son verdaderas cloacas, en las cuales el viandante no puede aventurarse sin peligro de dejarse el calzado en el lodo.

Los peregrinos nobles y ricos, sobre todo los pachás, los beys, las mujeres, encuentran hospedaje en los departamentos dispuestos al propósito en las casas; pero los de la clase indigente se agrupan confundidos con los criados y los animales, en mal sanas cuadras de los pisos bajos, donde se acuestan sobre esteras y muy apretados, por falta de espacio, comiendo sólo una vez al dia. Otros peregrinos, más previsores ó con más medios, se acomodan fuera de la ciudad en tiendas de campaña, cuya lona no les resguarda, sin embargo, lo bastante, ni de los ardores del dia, ni del frio de la noche.

El tiempo que los peregrinos permanecen en la Meca, es muy variable, dependiendo del que tarda la celebracion de la festividad religiosa; y terminada ésta, á pretexto de que no pueden profanar los lugares santos, se les obliga á volverse, no pudiendo exceder el tiempo que despues les permiten permanecer en la ciudad, de una ó dos semanas, prohibicion promulgada por el califa Omar I, y que ha sido religiosamente observada por sus sucesores. Los permisos para permanecer más tiempo son muy raros, y sólo se dan á ciertos personajes que aspiran á la gloria de morir y de ser enterrados en aquella comarca, segun la creencia muslímica, bendita del cielo.

Al entrar en la ciudad santa, el primer deber del peregrino es ir ántes de todo y directamente al templo de Dios, pasando por la mezquita de Medschir-el-Haram, para elevar la primera accion de gracias por la feliz llegada. Esta inmensa mezquita, fundada por Couza, reparada por el primer califa, reducida despues á cenizas, y reedificada por el príncipe Emir Biyik-Tahir, habiendo sido arruinada de nuevo, siglo y medio despues, fué reconstruida por Selim II, y terminada por Murat III. Sin embargo, como quedase muy maltratada á consecuencia de las tempestades y de los terremotos, necesitó frecuentes reparaciones, que han hecho á sus expensas los sultanes, cifrando en ello un título de gloria.

Las diez y nueve puertas de aquel célebre edificio están abiertas constantemente, lo mismo de dia que de noche, y la llamada Bab-Scheibé es por la que deben hacer su entrada los peregrinos, con los piés desnudos, ó á lo más con sandalias, para ir directamente á la Caaba, á cumplir con los demás ritos que en breve indicarémos. Apénas han atravesado la puerta, los peregrinos se encuentran en un vasto patio en forma de paralelógramo regular, de 250 pasos de largo, por 200 de ancho. Rodéale un gran pórtico formado por arcadas, que sostienen cerca de 500 columnas, la mayor parte de estilo árabe; y entre ellas, unas 30 de órden corinto, quince de órden jónico, y 50 de estilo bizantino, revelan haber sido aprovechadas de antiguos edificios, ó imitadas de las antiguas; materiales aprovechados é imitaciones, que caracterizan la infancia y áun la adolescencia y juventud de todo estilo arquitectónico. Algunas de estas columnas son de granito, otras de mármol, y en las bizantinas, han picado los fanáticos musulmanes algunas figuras que decoraban sus capiteles. Aquellas arcadas, que sostienen pequeñas cúpulas, de las que penden lámparas, constantemente encendidas durante la noche; y siete minaretes tan altos, como esbeltos y ligeros, de los cuales cuatro están colocados en los cuatro ángulos del edificio, forman con las agujas de las cúpulas la más agradable y característica composicion de este género de edificios. A lo largo de aquel ámplio pórtico, descansan los peregrinos, y beben y comen despues de la plegaria.

En el centro del gran patio de la mezquita se eleva el santuario ó Kéhabé (Beit-Allah), casa de Dios, donde se concentran las aspiraciones y las plegarias de millares de creyentes, de clima, costumbres, y razas

diversas. A ser ciertas las tradiciones musulmanas, el origen de este edificio sagrado llegaria hasta Abraham ó á su hijo Ismael; pero aunque nada puede decirse que confirme semejante aserto, está reconocido, como afirma ya Diodoro de Sicilia, que aquel templo se remonta á una altísima antigüedad.

Muchas veces fué destruido y nueve restaurado, debiéndose la última restauracion á Murat IV. Antiguamente tuvo la forma cúbica; pero hoy es más alto que ancho, y tiene una longitud de 18 pasos, una anchura de 14, y una altura de 35 á 40. El material de su construccion es la misma piedra de que están edificadas las casas de la Meca. En la fachada que da frente á la puerta de entrada del patio, se encuentra una pequeña puerta (Bab-Scherif), abierta á siete piés del suelo, á la que se sube por una escalera portátil de madera, allí colocada, durante la visita de los peregrinos, y despues depositada hasta la nueva peregrinacion, al lado de la estacion Mecam-chafy. El interior de este templo tiene la forma de una sala, cuyo plafond ó techo está sostenido por dos pilares, y los muros tapizados de inscripciones árabes. Numerosas lámparas de oro macizo, regalo del Sultan Murat III, adornan el venerado recinto, y el pavimento está formado por elegantes mosaicos, en los que claramente se vé la tradicion bizantina.

En aquel lugar supremo de la peregrinacion musulmana, los sectarios de Mahoma dicen reposan las cenizas de Ismael y de Agar, y ántes de la construccion de la ciudad, los peregrinos formaban un campamento con sus tiendas alrededor del lugar venerado.

El objeto que más directamente recibe la adoracion de los peregrinos en aquel santuario, es una piedra negra (Hadhjer-ul-ess-wed), como las que muchos siglos ántes del nacimiento de Mahoma, adoraban los árabes paganos, segun nos testifican Herodoto, Suidas y otros, asegurando Clemente de Alejandria, que ántes los árabes adoraban las piedras: *olim arabes lapidem adorabant.* Aquella piedra, de un óvalo irregular, incrustada en el muro del templo, muy cerca de la puerta de entrada, en el ángulo que mira al N. E., tiene de 6 á 7 pulgadas de latitud por 9 de alto, y sobre ella, despues de haber sido colocada en la tierra por los ángeles, al decir de los mahometanos, la hermosa Agar concibió á Ismael, origen de toda la familia árabe. Dícese que era blanca en algun tiempo;

pero que á fuerza de besos, los ardientes lábios de los peregrinos la han ennegrecido y hasta bruñido; sin embargo, no falta quien crea, como Burkardt, que es un fragmento de lava, miéntras Burton la considera como un areolito, y nuestro compatriota Ali-Bey, como un basalto volcánico.

Aquella reliquia venerada, testimonio elocuente del culto idolátrico á las piedras, que se pierde en la oscuridad de los tiempos, está de ordinario casi enteramente cubierta por un velo (Kisswé-y-Scerifé) y rodeada por un ancho friso, lleno de piadosas inscripciones tomadas del Korán. El velo debe renovarse todos los años, y los ministros del Kéhabé, á los cuales va á parar despues de la festividad, cortan ordinariamente en pequeños trozos el antiguo velo, para distribuirlo entre los que alcanzan tal distincion. Cuando la fiesta cae en viernes, entónces se remite entero al palacio imperial, y de una ú otra manera, aquellos trozos sirven siempre para colocarlos sobre los túmulos, atribuyéndoles virtudes milagrosas.

Uno de los ángulos de este templo, se llama, ángulo del Irak y otro de Siria, y entre ambos está colocada la canal de oro (Mizab), de tres piés de largo, sobre la plataforma del santuario, destinada á la corriente de las aguas pluviales. Aquella canal, de oro macizo, fué hecha por el sultan Ahmet I, y está tenida en gran veneracion por los musulmanes, que en tiempo de lluvia acuden á colocarse debajo, creyendo que las aguas que por ella caen, les lava y purifica, sobre todo si esto acontece durante las principales ceremonias religiosas.

Entre las reliquias que rodean la Caaba, se encuentra el renombrado pozo de Zemzem, que produce agua salobre, y que, segun la tradicion, brotó para calmar la sed de Ismael, cuando huia con su madre Agar, abandonada por Abraham, y perseguida por Sara. Este pozo, de boca cuadrada, tiene diez piés de ancho por cincuenta de profundidad.

Dícese que durante las sangrientas revueltas de la idolatria, arrojaron en él gran cantidad de oro y de armas, y dos ciervos de aquel metal, que estaban en la Caaba, permaneciendo todo allí olvidado, hasta que el abuelo de Mahoma (Ab-ul-Muttalif) lo descubrió, sacó los tesoros, y mandó distribuir á los peregrinos aquel agua sagrada, costumbre que consagró despues Mahoma al fundar su religion, en memoria de Agar y de Ismael. Aquel pozo tiene su guarda especial con dependientes subalternos (saká).

encargados de distribuir el agua á todos los peregrinos, que á su vez, y en cambio de tamaño favor, les dan regalos (baktchis) en dinero ó en objetos de valia. El peregrino bebe con profunda veneracion de aquel agua, y se lleva de ella un frasco, que conserva religiosamente durante su vida, echando de tiempo en tiempo algunas gotas en un vaso de agua para purificarse.

En el interior del pátio, alrededor del tabernáculo, se encuentra la estacion Macam-Ibrahim, reverenciada sobre todo por la piedra que encierra, la cual, segun la piadosa tradicion de los musulmanes, sirvió de escabel á Abraham, cuando el venerable patriarca construyó la Kéhabé ó Caaba. Las otras capillas, por decirlo asi, que la rodean, de diversas formas y dimensiones, consagradas al culto particular de los ritos ortodoxos, son el Macam-Hanefy, el Macam-Chafy, el Macam-Maliky, y el Macam-Hannebely, venerándose además en aquel recinto la silla del Profeta y de los Imames.

Al lado de la mezquita se encuentra el Mesdjid de Murat III, la madrissa de Soliman I, y los *turbès* ó tumbas artisticas de los Cherifs, las fuentes públicas y otros edificios ménos importantes.

La montaña de Arafat (Djebel-el-Rahma), llamada tambien montaña de la Misericordia, porque dicen se apareció en ella Dios al Profeta, tiene la altura de 250 piés, y se halla á seis horas de la Meca. Es de formacion granitica, y desde la base á la cima tiene tallado un camino para subir, en forma de escalera. A media ladera encuéntrase un lugar de descanso, sitio donde, segun los escritores árabes, nuestro primer padre encontró á Eva, perdida hacia 120 años, por lo cual tambien llaman á aquel paraje, lugar del Reconocimiento (Yeim-el-mulaka). La cima forma una planicie, desde donde el Profeta predicaba á los fieles, y en ella el Mollah dirige tambien sermones á los peregrinos, que los escuchan con el más profundo respeto, no mereciendo el titulo de hadji el que no ha estado en aquel lugar y oido el sermon: al mediar la fervorosa plática y al fin de ella, entonan cánticos religiosos todos los peregrinos. En la cima de aquel lugar venerado, arde por la noche una lámpara durante la visita de los hadjis.

Cerca de él se ven algunas pequeñas casas diseminadas en la llanura,

y deshabitadas de ordinario, sin que aquel lugar, completamente desierto, presente señales de vida cuando faltan los peregrinos. En cambio, al llegar éstos, las casas se pueblan, y la llanura se llena de tiendas, presentando el aspecto de una populosa ciudad improvisada; y para que nada falte al parecido, en medio de los hadjis se ven mercaderes, que ofrecen víveres de todas clases, y otra multitud de objetos, no faltando en aquella verdadera feria, bazares, cafés y tiendas de varios géneros; juglares; encantadores de serpientes; danzadoras ó almées, aunque de baja estofa; todo lo cual produce una animacion, un ruido desvanecedor, y escenas no muy en armonía con el piadoso viaje de los peregrinos.

Otro de los lugares visitados por éstos, es Mina, á dos horas de la Meca, en arenosa llanura, rodeada por una cadena de montañas basálticas, que se extienden hasta el Arafat. Treinta kilómetros tiene de longitud aquel desfiladero, y cerca de quinientos metros de anchura, y ya cerca de la aldea de aquel nombre, el desfiladero se estrecha hasta el punto de no tener más que 35 ó 40 metros de ancho, de donde le viene el nombre de wadi (estrecho). Una cincuentena de casas, todas de piedra, y de escasas dimensiones, componen aquella aldea, habitada solamente en tiempo de los sacrificios indispensables en la peregrinacion, y debe su nombradía á que cerca de ella suponen se encuentra la famosa piedra mesbé-Ismail, donde Abraham quiso sacrificar á su hijo, dando esta suprema prueba de obediencia al Creador. En los alrededores, encuéntrase alguna vegetacion, y hasta praderas, y por medio de este valle, pasa una corriente de agua subterránea, encerrada en un canal de un metro de ancho, corriente, que segun unos, procede del Eufrates, segun otros del Maslah, y para algunos del Taif.

La esposa bien amada del héroe de las *Mil y una noches*, Harun-el-Rachid, la hermosa Zobeida, dicen, hizo construir aquel canal, y llevar el agua hasta el Arafat; pero sea de su origen lo que quiera, deteriorado se hallaba por el trascurso de los siglos, cuando fué reconstruido por el califa Ahmet IV y el Emir Tchoban, y completó aquella verdadera obra benéfica Soliman I, llevando el canal hasta la Meca. Además de este pequeño rio, existe en el valle un gran depósito de agua ó lago, llamado el Buke.

La situacion topográfica de Mina, encerrada entre montañas calcina-

das por un sol ardiente, à lo que deben su color cobrizo, no la permite gozar de ambiente despejado, sintiéndose en ella un calor asfixiante durante el estio.

Con arreglo á las prescripciones de Mahoma, el Kurban-Bairam cae siempre en el décimo dia de la duodécima luna Zilhidjé; lo cual hace que la época de la peregrinacion varíe cada año en once dias, porque sabido es que los meses musulmanes son lunares, ó sea de 29 dias, de donde resulta, que aquel sagrado y devoto periodo, puede tener lugar en diferentes estaciones, lo cual ejerce diversa influencia en la salud de los peregrinos.

A causa de las grandes distancias, y de los obstáculos previstos ó imprevistos, todos los que van á la Meca no pueden llegar á ella en el mismo dia; pues si aproximadamente puede fijarse en el que llegará la caravana general turco-egipcia, es imposible preveerlo respecto á los peregrinos de diversos paises, que acuden á reunirse en Djeddah y en Nedjid, caminando diseminados en grupos hácia la Meca. Pero proceda de donde quiera, sean cualesquiera las causas que le hayan detenido, el musulman que desee obtener el titulo de hadji, debe encontrarse en la Meca, lo más tarde, el 7 del mes de Zilhidjé, para cumplir sus deberes religiosos en la Caaba, é ir á Arafat y á Mina, á ofrecer el sacrificio. Si ha pasado aquel dia, aunque sea sólo por algunas horas, el aspirante á hadji tiene que volver al año siguiente.

Todo buen creyente debe, ántes de entrar en la Meca, lavarse el cuerpo, cortarse las uñas y vestir el Ehiram, obligacion impuesta igualmente à toda persona que por otra clase de asuntos, no religiosos, tiene que ir á la ciudad escogida. El peregrino debe conservar aquel hábito penitencial, todo el tiempo que pase en los lugares santos, en prueba de veneracion, y durante este tiempo debe abstenerse de lavarse, peinarse, ni hacer nada que sea incompatible con la santidad del lugar; y si contraviniese à estas prescripciones, debe él mismo imponerse penitencias, que generalmente consisten en el sacrificio de un cordero más, ó en dar mayor limosna. Al ir á la Meca, debe ir salmodiando por el camino un cántico especial, conocido con el nombre de Telbyé, y una vez en la ciudad, con los piés desnudos, ó lo más con sandalias, ha de hacer sus abluciones y pasar, como ya indicamos, por la puerta ó Bab-Sceibé de la Mezquita,

para la ceremonia de la bienvenida, y al ver la Caaba, cantar las plegarias litúrgicas, llamadas Tekbir y Téhlil. En seguida debe dar siete veces la vuelta (tawaf) al santuario, dirigiendo sus pasos por detrás del muro Haitim, cantar el Telbyé, besar la piedra negra, tocar el velo sagrado, visitar la estacion Macam-Ibrahin, beber del pozo Zemzem, ir á Arafat, y de allí á Mina para el sacrificio. Además de estas devotas prácticas, obligatorias para todo musulman, hay otras que lo son únicamente para las sectas ortodoxas, y que consisten en visitar, con ciertas ceremonias, las capillas Macam-Hanefy, Macam-Chafy, Macam-Maliky, y Macam Hannbely, que segun dijimos, se encuentran alrededor del santuario; y para que no puedan tener dudas, cerca de cada Macam ó capilla, se encuentran unos dependientes de ellas, llamados *delhils*, encargados de instruir á los peregrinos acerca de sus deberes religiosos. Además, cumplidas las ceremonias de obligacion, puede el peregino renovar á su placer todas las plegarias, y visitar las demás capillas ó Macames, y la silla del Profeta y de los Imames, y la Madrisa, y las fuentes públicas, y cuantos lugares quiera.

Tres dias ántes de la festividad del Bairam, el iman lo anuncia al pueblo, y los peregrinos se preparan con nuevos ejercicios de devocion. El 8 de Zilhidjé, antevispera del Bairam (Yewm-Terwyé), despues de la plegaria del mediodia, y de una salva hecha por la guarnicion imperial, todos los peregrinos se ponen en marcha, dirigiéndose al monte Arafat, acompañados por el Cherif ó jefe de todos los imanes de la Meca, por el Surré-Eminy, ó comisario del emperador en el órden civil y político, por el Mollah, vicario del sultan en lo relativo á la religion, y por el cuerpo de los Imames, precedidos del camello sagrado (kehabénin-deveci), que conduce el velo y la bandera del Profeta, y de otro camello que pudiéramos llamar de respeto (jedek). La mayor parte de aquella multitud fanática va á pié, otros en animales de trasporte ó en litera, y durante la marcha, no cesan los disparos de armas de fuego, los redobles de tambor, y el sonido de trompetas, y otros instrumentos tan desacordes como ruidosos. Asi llegan á Musdelifé, dos horas distante de la Meca, y despues de un corto descanso, vuelven á emprender la marcha de la misma suerte, y al ponerse el sol, llega la peregrinacion al territorio del Arafat. Allí

las personas que tienen para pagar su excesivo alquiler, se alojan en las pocas casas que se encuentran, y las demás se guarecen en tiendas al abrigo del monte, ó viven á cielo descubierto si son pobres, pero procurando estar todas dentro del espacio prescrito por el Profeta. El Mollah, sentado en un sitial, á media ladera del Arafat, recita un sermon, generalmente muy largo, y despues de la salutacion final, la mayor parte de los peregrinos, particularmente los de la secta Chafy, suben á la cima de la montaña, donde el Omnipotente, dicen, derramó los tesoros de su misericordia. Durante la noche se enciende, segun ya vimos, una gran lámpara en esta cima, y todo aquel hormiguero humano, pasa el tiempo en elevar plegarias, en gritar ó en divertirse, pues aquel es un dia memorable de reconciliacion (jew-mi-arefé) para todo el Islamismo. Al siguiente dia 9, víspera (arifé) del Bairam, despues del *ezann*, ó plegaria de la tarde, todos se ponen en marcha hácia Mina, siempre precedidos del Cherif, del Mollah, y de los camellos sagrados, y con el indispensable acompañamiento de tiros, toques de tambor y de trompetas, y otros instrumentos.

Despues de algunos instantes de descanso en Musdelifé, los peregrinos, llenos de alegria por la fortuna de haber llegado hasta allí, al amanecer del consagrado dia 10 de Zilhidjé, llegan á Mina, la tierra elegida para el sacrificio (Kurbam). En aquella llanura, precisamente entre cuatro montículos ó pirámides, llamadas Mill, probablemente levantadas al propósito hace muchos siglos, toda aquella masa de séres humanos, movidos por una misma idea, forma su campamento, alojándose los más ricos en las únicas cuarenta casas que para ello se encuentran.

Esta última parte de la peregrinacion, recuerda entre los musulmanes el sacrificio de Abraham, pero con la diferencia de que, segun ellos, el inmolado debió ser Ismael, hijo de Agar, en lugar de Isaac, hijo de Sara. Antes de hacer su sacrificio los peregrinos, deben arrojar pequeñas piedras en el camino de Arafat á Mina, para atormentar, dicen, á un enemigo antiguo del Islamismo.

El sitio preferido para el sacrificio, es el Mesbé-Ismail, procurando estar los peregrinos lo más cerca de él que pueden, y sobre todo verle. Para que pueda aquél tener lugar, los mercaderes concentran en aquellas cercanías millares de carneros, que venden á los fieles á precios exorbi-

tantes, y que llevan generalmente del Yemen, tierra en extremo fértil, y áun algunos tambien de las comarcas africanas. No faltan peregrinos, que temerosos de los altos precios de aquellos especuladores, lleven consigo los animales que quieran inmolar, los cuales si no encuentran pastos en el Hédjaz, hallan raices, que saben sacar, escarbando con las pezuñas. Los sacrificios pueden hacerse no solamente en el dia fijado por la ley, sino tambien en los demás, y á cualquier hora, ya por exceso de devocion, ya por penitencia, en castigo de alguna transgresion de preceptos religiosos.

En la actualidad, segun indicamos, estos sacrificios van siendo ménos numerosos, porque los peregrinos en su mayor parte, pertenecen á las clases ménos acomodadas; pero en otras épocas, cuando iban á la peregrinacion muchos musulmanes ricos, se sacrificaban gran número de animales, cuya carne se distribuia entre multitud de familias de negros nómadas, que vivian en aquellas montañas, ó que acudian á ellas incitados por el codiciado festin, los cuales la devoraban, á veces, sin más que ponerla algun tiempo sobre las rocas abrasadas por el sol. Hoy no pueden obtenerla si no la roban, porque los peregrinos más pobres hacen cuantos esfuerzos son imaginables para que no se les escape, y se comen á los animales sacrificados, hasta el punto de no dejar de ellos, fuera de los intestinos, más que los huesos roidos. El número de los corderos inmolados es tan insuficiente para alimentar á la muchedumbre devota, que los peregrinos, generalmente pobres y hambrientos, tienen los ojos fijos sobre los ricos, para sorprenderles en la menor infraccion de las leyes religiosas, y cogerles algunos pedazos de carne, y con el mismo propósito suponen que las cumplen con frialdad, para gritar en seguida que han cometido un sacrilegio, una profanacion, y exigirles en el acto el sacrificio de otro animal en expiacion de su falta, arrancándose los unos á los otros, apénas acaba de morir, sus miembros palpitantes.

Dificil es poder precisar el número de animales que son inmolados en esta peregrinacion, pero los cálculos más aproximados dan un resultado de setenta mil. Para hacer el sacrificio, todo peregrino, bien por si mismo, bien cumpliendo el encargo que para ello haya recibido, debe matar al animal sujetándole con la mano izquierda, y teniendo el cuchillo en la derecha. El Cherif, y el Mollah, teniendo tambien su correspondiente carne-

ro, despues de recitar una plegaria de ritual, dan la señal del sacrificio, inmolando sus víctimas, y en el momento todas las cabezas de carnero, que se procura tener vueltas hácia la Caaba, caen á tierra, cortadas casi de un solo golpe, y la sangre corre, formando verdaderos arroyos por la llanura pedregosa de Mina.

Cumplido este sacrificio, el peregrino ya es Hadji. Pero para haber llegado hasta aquel punto, ¡qué série de privaciones y sufrimientos ha tenido que arrostrar, sobre todo, si ha ido por tierra á los lugares santos! Errante en la vasta soledad del desierto, en un océano de arena calcinada por el fuego del sol; estenuado por la fatiga, los ayunos y la miseria; atormentado por la sed, los insectos y el calor intertropical; privado de los medios necesarios para la restauracion de sus fuerzas, en medio del polvo que fatiga la vista é impide la respiracion; en lucha, algunas veces, con el Kamsin ó Simoun, que le derriba; perseguido, robado, ya que no asesinado, por los ladrones del desierto; luchando incesantemente contra el dolor, la desesperacion y la muerte; pagando de estacion en estacion, abundante tributo de víctimas á las enfermedades, sin los socorros de la ciencia, ni los auxilios de la familia, el pobre peregrino se hunde en la arena, que se amontona alrededor de él, y que con frecuencia le sirve de sepulcro, hasta que nuevos vendabales, removiendo las ondas arenosas del desierto, descubren sus huesos calcinados. Los que viajaban por mar no tenian ménos sufrimientos, y ántes del empleo de los barcos de vapor, pagaban tambien larga ofrenda de víctimas á las profundidades del mar tempestuoso.

Y con haber llegado á los lugares santos, no han terminado, sin embargo, sus pruebas. En Medina, en Djeddah, en la Meca, en el Arafat, en Mina, tienen que andar echados sobre la dura tierra, en medio de las calles ó en el campo, ó bien resguardados apénas con insuficientes tiendas. Revueltos con los animales, rodeados de inmundicia, sin comida que les fortifique, sin trajes convenientes para librarse del frio nocturno, devorados por toda clase de insectos parásitos, y por multitud de enfermedades, son mártires ántes de lograr ser hadjis, y rara vez se salvan, si llegan á contraer alguno de aquellos padecimientos. Esta narracion parece desconsoladora; pero más lo es, y más horrible y repulsivo, el espectáculo de aquellos

pobres peregrinos medio desnudos, arrastrando asquerosos andrajos, hediondos, quemados por el sol, desfigurados por los mosquitos y toda clase de insectos; mónstruos con rostro, que apénas conserva carácter humano; focos ambulantes de infeccion.

Despues de cumplir con tan penosos deberes, el peregrino puede lavarse el cuerpo, y dejar el hábito penitencial, aunque guardándolo cuidadosamente para que le sirva de mortaja, así como la barba, que llevan durante toda su vida en testimonio de su peregrinacion. Tambien usan los que conservan el antiguo traje musulman, turbante verde, distintivo característico de hadji.

Pero ántes de poder orgullecerse con él entre sus parientes y amigos, y ántes de abandonar á Mina, todavía tienen que resistir grandes calamidades, durante los cuatro dias del Kurban-Bairam. Si el dia del sacrificio cae en una estacion cálida y húmeda, de modo que el rio de sangre no se seca, y no se han enterrado los montones de despojos é intestinos de los animales sacrificados, todas aquellas materias orgánicas, todas aquellas inmundicias, entran inmediatamente en putrefaccion, y producen multitud de enfermedades, sobre todo fiebres intermitentes y perniciosas, desarrollándose del mismo modo el gérmen colérico, importado por los peregrinos de la India. La mortandad entónces es aterradora, y aumentando intensidad á la fermentacion de tanta podredumbre, la de los muchos que sucumben, y de las deyecciones coléricas, conviértense bien pronto las tierras sagradas en campos de desolacion y de muerte. El terrible azote asiático se ostenta entónces con todo su furioso poder, llegando al extremo de haber perecido en un solo dia, el año de 1865, cerca de 15.000 personas, y 60.000 durante toda la peregrinacion. Cuando tal acontece, y por desgracia sucede con frecuencia, el pánico hace olvidar los deberes religiosos, y los que pueden escapar con vida, dejan la llanura de los sacrificios, y huyen despavoridos, sin hacer la piadosa visita de despedida á la Caaba, ni besar de nuevo la piedra negra, ni llenar el frasco de agua bendita en el pozo Zemzem, buscando sólo el medio de llegar más pronto entre los suyos, y dejando en su rápida huida, sembradas de muerte las calles y las mezquitas.

La gran caravana, reorganizada instantáneamente, toma la vuelta, llega

á Yambo-el-Bakhel, y se divide en dos grupos; el uno que forma la caravana de la Siria, y el otro la de Egipto. El primero atraviesa las montañas, para pasar á Medina y penetrar en el desierto; el segundo continúa su ruta por el litoral, para ganar á Suez y Alejandría, llevando uno y otro la muerte consigo.

Muchos peregrinos se refugian en Djeddah y se dispersan, y otros vuelven á los paises que rodean el Hédjaz, miéntras no pocos, amontonados en trasportes ó en grandes barcas, atraviesan el golfo Arábigo, para desembarcar en Kosseyr ó en Suakin. Llegados á las comarcas africanas estos hadjis, se dividen en caravanas y en grupos diversos, para volver á su pueblo natal, siempre seguidos de cerca por el azote asiático, el terror y la muerte. Algunos se embarcan en Djeddah, amontonados en buques de vapor, ó de vela, y se dirigen á Aden, Makalla, Mascate, las Indias, llevando consigo la epidemia, é infestando los países en que hacen escala.

La caravana siria, caminando á pequeñas jornadas por el desierto, deja tras si, como fúnebre estela, largo rastro de muertos y moribundos, encendiendo tambien la funesta hoguera pestilencial, por Damasco y Alepo y demás pueblos de aquella region.

Tal es el triste resultado de las peregrinaciones musulmanas, que si todos los años no producen iguales efectos, es debido á diversas condiciones climatológicas, ó á que se cumplen con rigor las prescripciones del gobierno turco, acerca del entierro de los restos orgánicos, amontonados en Mina; y bien puede asegurarse que, si el cólera no es producido por tales causas, éstas desarrollan sus gérmenes, conducidos en estado latente por los peregrinos de las orillas del Ganges, esparciéndole y llevándole despues por todo el litoral, y por no escasa parte del interior de Africa, Asia, Occeania y Europa.

Imposible parece que las naciones, todas combinadas, no procuren poner límite á tan perjudiciales prácticas religiosas, y que, miéntras derrochan tesoros de sangre y de dinero por disputarse unos cuantos palmos de territorio ó influencias mercantiles y politicas, no paren mientes en aquellas costumbres que rechaza la civilizacion, y cuya reforma está sin cesar pidiendo, con los gemidos de millones de victimas inocentes, la atribulada humanidad.

Cierto que se han adoptado acertadas disposiciones para conseguir el saneamiento de algunas ciudades de la India. Conocemos el reglamento dado por un consejo legislativo en 5 de Junio de 1868, para los buques de vapor, destinados al servicio de los pasajeros indígenas, que salen de las posesiones inglesas, y el reglamento aplicable á los peregrinos de las posesiones holandesas, y algunas otras medidas sanitarias, tomadas en Persia, Turquía, Rusia y Egipto; pero todo cuanto se haga será insuficiente, miéntras subsistan las peregrinaciones como subsisten todavía, y sean el mejor vehículo para desarrollar y esparcir la epidemia por todo el mundo. Buenos son los lazaretos y las cuarentenas; pero mejor sería que no hubiera necesidad de ellos, porque se acudiera á cortar el mal en su orígen, y si la ciencia no ha podido pronunciar todavía su última palabra acerca de la verdadera causa productora del cólera, quítese, á lo ménos, al terrible viajero del Ganges, los medios de recorrer triunfante, llevado por sus víctimas, las mejores comarcas del mundo [1].

—Al hablar de las prácticas religiosas del fanatismo musulman, no podemos omitir las que se refieren á los célebres derviches *volteadores* y *gritadores*, y al hacerlo, lícito ha de sernos reproducir la narracion, que de sus extrañas ceremonias hace Mr. Teófilo Gautier, por ser difícil describirlas con más exactitud y acierto.

«Los derviches volteadores (tourneurs) ó *mèvlèvis*, tienen monasterios ó *tèkiès*, en gran número de ciudades del imperio otomano. Al contrario de lo que sucede con otros mahometanos, que impiden á los profanos asistir como curiosos á las ceremonias del culto, y los arrojan, ultrajándoles, de las mezquitas, si tratan de entrar en ellas durante las horas de la plegaria, los derviches permiten penetrar á los europeos en sus tèkiès, sin más condicion que la de dejar el calzado á la puerta, entrando con los piés desnudos ó con babuchas.

Muy sencilla la fachada del tèkié, se compone de una puerta, surmontada por un cartucho ó cartela, historiado con una inscripcion turca, un muro abierto por ventanas con rejas, y una fuente adosada y enrejada,

(1) Al final de este tomo, daremos por apéndice, aunque en abreviado extracto, las opiniones que, acerca del cólera y de su transmisibilidad, su clasificacion, orígen, principios y demás referente al mismo ha consignado en su citada notable obra, el caballero S. Zennaro.

provista de calderetas de hierro, sujetas con cadenas, para que los pobres puedan beber cómodamente. Aunque nada tiene de monumental, no carece de carácter.

El interior se parece á cualquiera otra habitacion musulmana. Nada de largos cláustros con arcadas, ni de corredores interminables, á los cuales abran las celdas, ni de patios silenciosos donde crece la hierba. Nada del aspecto frio, triste y sepulcral del convento, como se le comprende en los paises católicos; sino agradables habitaciones, pintadas de colores rientes é iluminadas por el sol.

La sala donde se ejecutan los valses religiosos de los volteadores, tiene tanto de salon de baile como de espectáculo. Un suelo de madera formando labores, unido y encerado, rodeado de una balaustrada, ocupa el centro. Esbeltas columnas sostienen una galeria, donde se halla el departamento del Sultan y el de las mujeres: la orquesta da frente á esta tribuna.

Despues de no poco tiempo de esperarlos, salen los derviches, desfilan lentamente, dos á dos, delante de su jefe, sentado, y le saludan con las demostraciones del más profundo respeto. El tocado de estos monjes musulmanes, consiste en un gorro de fieltro de una pulgada de espesor, de color rojizo ó negruzco, y que á nada puede compararse mejor que á una maceta invertida. Un chaleco ó almilla, una chupa de tela blanca, una inmensa saya del mismo color, y unos calzoncillos estrechos, y tambien blancos, componen su traje.

Comienzan las plegarias y con ellas las genuflexiones, las prosternaciones, los dengues acostumbrados del culto musulman, que serian risibles, sin la conviccion y la gravedad de los fieles. A las salmodias del Koran, se une á seguida obligado acompañamiento de flautas y de darbukas, marcando éstas el ritmo, y ejecutando las flautas al unisono, un canto de elevada tonalidad y de dulzura infinita. Inmóviles en medio del recinto, los derviches parecen embriagarse con aquella música tan delicadamente bárbara. Al fin, uno de ellos abre los brazos, los eleva, los extiende, y principia á girar lentamente sobre si mismo; otro le sigue, despues un tercero le imita, y, por último, toda la banda, arrastrada por vértigo irresistible. El iman se pasea en medio de los grupos dando palmadas, sea para apresurar ó detener el ritmo, sea para animar á los valsadores, y aplaudir su piadoso celo.

Los valses se detienen un instante. Bien pronto las darbukas marcan un ritmo más precipitado, el canto de las flautas se hace más vivo, y los derviches vuelven de nuevo á la danza con redoblada actividad, que, sin embargo, no tiene nada de febril. De repente un derviche se detiene, se deja caer de rodillas, el rostro contra la tierra, y un hermano sirviente acude á cubrirlo con una capa ó manto. Poco tiempo despues todos caen sumidos en el éxtasis; pero se levantan en breve, hacen una ó dos veces su paseo circular, y salen de la sala como entraron...»

*Derviches gritadores.*—«La sala de los derviches gritadores de Scútari, es un paralelógramo desnudo de todo carácter arquitectural. En los lisos muros hay suspendidos tamboriles y cartones que tienen escritos versiculos del Koran. En la parte del Mihrab, por encima del tapiz, donde se sienta el Iman y sus acólitos, el muro presenta un género de decoracion terrible que hace pensar en el taller de un atormentador ó de un inqüisidor; la forman una especie de dardos, terminados por un corazon de plomo, de donde penden cadenillas, agujas afiladas, masas de armas, etc. Al frente del Iman están alineados los derviches, repitiendo al unisono una especie de letania. A cada versiculo balancean la cabeza de delante atrás y de atrás adelante, con un movimiento parecido al de los monos, que acaba por producir un vértigo simpático. A las veces, uno de los espectadores musulmanes, atürdido por aquella oscilacion irresistible, deja su puesto balanceándose, se mezcla á los derviches, se prosterna, y empieza á agitarse como un oso en su jaula. Bien pronto todo el mundo se pone de pié; los derviches forman una cadena, pasándose los brazos por detrás de la espalda, y comienzan á justificar su nombre, lanzando del fondo de su pecho un grito ronco y prolongado, *la Ilah il allah!*, que no parece pertenecer á voz humana.

Toda la banda, con gran precision de movimiento, retrocede un paso, se echa hácia adelante con un aliento simultáneo, y gruñe con tono sordo, ronco, que semeja el refunfuñar de un ama de gobierno de mal humor.

Los gritos sordos truécanse en rugidos; todo el grupo arrójase hácia atrás en monton, y despues se lanza hácia delante como una linea de soldados beodos, lanzando un supremo *¡Allah-hu!*

La exaltacion llega á su colmo; el Iman permanece de pié delante del Mihrab, animando el creciente frenesi con el gesto y con la voz. Un jóven adolescente se separa del grupo y se dirige al anciano; los sirvientes descuelgan de su clavo una aguja excesivamente aguzada, y la entregan al Iman, que atraviesa con ella de parte á parte las mejillas del jóven devoto, sin que éste dé la menor muestra de dolor.

Otros dos fanáticos se lanzan en medio de la sala, desnudos hasta la cintura; se les dan dos de aquellos dárdos agudos, terminados por un corazon de plomo y cadenillas de hierro, y empiezan á ejecutar una especie de danza de puñales, desordenada y violenta, con la diferencia de que en vez de evitar las puntas de los dardos, se precipitan sobre ellos para picarse y herirse.

Una hermosa niña de ocho años avanza sola hácia el Iman. El anciano la acoge con maneras amistosas y paternales, la niña se tiende sobre una zalea ó piel de carnero, y el Iman, con los piés calzados de anchas babuchas, se sube sobre aquel frágil cuerpo, sostenido por dos sirvientes, y permanece de tal modo, en pié, durante algunos minutos; despues desciende de su viviente pedestal, y la niña se levanta llena de alegría. Dos mujeres llevaron niños de tres ó cuatro años, que fueron extendidos sucesivamente sobre la zalea, y delicadamente pisados por el Iman. Aquella imposicion de piés, se dice, cura todas las enfermedades.

Estos espectáculos religiosos atraen más la atencion de los turcos, que los juegos ó diversiones profanas, por lo cual, aquéllos y éstas son muy poco numerosas; consistiendo los primeros, en ejercicios gimnásticos, luchas, tiro, juego de disco y de javelina, que se ejecuta á caballo, notándose en todos ellos, ya el reflejo de costumbres romanas, ya persas. Recordamos, á este propósito, haber presenciado una tarde, en una pequeña plazoleta, cerca del Serrallo viejo, una lucha en que no podian estar mejor conservadas las costumbres romanas. Desnudáronse los contendientes y se untaron todo el cuerpo con aceite, para que no fuese fácil á la mano del contrario hacer presa en la piel, por tal medio resbaladiza. A una señal del escaso número de espectadores que seguia á aquellos dos *atletas*, y que se habian reunido sólo para verlos luchar, como se juntan los ingleses para ver combatir á los *boxadores*, aquellos dos hombres, de estrecha

frente y morena piel, lanzáronse rápidamente el uno sobre el otro, enlazándose de mil maneras para derribarse. Era, en verdad, extraño el espectáculo que aquellos últimos representantes de los gladiadores romanos ofrecian, en medio de una ciudad muslímica; pero poco tiempo tuvimos para entregarnos á elucubraciones históricas, porque uno de los contendientes, habiendo conseguido que perdiese pié su contrario, le volvió rápidamente hácia abajo, y á manera de pison de empedrador, dió con él de cabeza contra el suelo, de tal manera, que retumbó el golpe como dado con cántaro vacio, produciéndonos un sentimiento de repulsion y de horror indescriptibles. Creimos que una conmocion cerebral seguiria rápidamente á tan bárbaro golpe; pero el vencido debia tener el cráneo y el cerebro á prueba de bárbaros, pues levantándose, aunque algo aturdido, se fué al sitio donde habia dejado la ropa, se vistió sin cuidarse para nada de limpiarse el cuerpo, que con el aceite y el sudor de la lucha, bien necesitaba un baño á uso del pais, lo mismo que hizo su competidor, sin que ni éste recibiera aplausos por su triunfo, ni el vencido vituperios, marchándose poco despues todos reunidos, sin algazara, ni la menor muestra de alegria ni de pesar. El carácter turco lleva á tal extremo su impasibilidad, que casi raya en insensatez.

Verdaderos edificios dedicados á diversiones públicas apénas se encuentran, á no ser en las grandes ciudades, como Constantinopla, y construidos por europeos, más bien en los barrios que ellos habitan que en los turcos; y las representaciones que alli se dan son mejor para espectadores francos que para los turcos, por lo cual, generalmente, son óperas italianas, ú obras tomadas de la literatura francesa. Hay, sin embargo, una especial representacion análoga á la que llaman los franceses *des marionnettes*, en las que siempre figura un mismo personaje, llamado Karagheuz, cuya pantomima, desvergonzada y lúbrica, explica suficientemente no pueda ser presenciada por las mujeres.

Hay tambien danzadores y danzadoras de profesion, que pertenecen, casi siempre, á la raza de los tchingianés, ó á la de los griegos, y entre esta especie de saltimbanquis, merecen especial mencion las *almeès*, que cantan y danzan en los cafés bailes voluptuosos, análogos á los de nuestras gitanas de Andalucia, y que terminan por movimientos rápidos

é incitantes, cuya vehemencia hace más de una vez que caigan á los piés de la excitada bailarina los trajes con que se cubre, quedando casi desnuda, sobre todo en la parte superior del cuerpo. Algunas de estas *almèes*, más *cantaoras* que bailarinas, improvisan tambien las coplas de sus cantos, demostrando verdadero ingenio poético; en todo lo cual, cuando asistimos á tales cuadros de costumbres populares, no pudimos ménos de hallar grandes semejanzas con parecidas costumbres andaluzas; sobre todo, en la Macarena de Sevilla, y en el Albaicin de Granada.

La música popular se encuentra, sin embargo, en un estado muy primitivo, á excepcion de la que pudiéramos llamar orquesta de palacio, que organizó, por primera vez, un hermano del ilustre compositor Donizzetti; siendo los instrumentos que tocan los músicos ambulantes, en número escaso, una especie de guitarras de muy pocas cuerdas, á veces de una sola; flautas de caña; darabukas, especies de bajones ó fagots, y tamboriles.

Las melodias son monótonas y plañideras, y los que cantan emiten la voz como los que lo hacen en nuestro pais á estilo flamenco, apoyando las notas en la garganta, ó dándolas un sonido nasal.

Antes de terminar todas estas noticias de costumbres turcas, con que hemos creido necesario preceder la parte descriptiva de los monumentos de Constantinopla, vamos á dedicar algunas palabras á una de las que más llamaron nuestra atencion, cual es la de los puestos de caballos de alquiler, al aire libre, que hay en determinados puntos, y que están en ellos colocados, como en los suyos nuestros coches de plaza. Aquellos caballos de raza turca, ó válaca, generalmente de pequeña alzada, adornados con las pintorescas sillas del pais, que tambien recuerdan las de Andalucía, con su mozo de espuela cada uno, que le sigue, por de prisa que le lleve el que lo alquila, prestan al viajero muy buenos servicios para atravesar las largas distancias que hay necesidad de recorrer, sobre todo en la capital. Tan fuertes como sóbrios, aquéllos auxiliares del movimiento humano, comen sólo dos veces al dia escasa racion de paja seca y de cebada; y aunque rápidos en sus movimientos, son de condicion noble, y rara vez ponen en riesgo la vida del jinete. En extremo seguros, y acostumbrados á las desigualdades de las montañas, no haya miedo de que resbalen en los caminos más roquizos y difíciles; y duros como sus

dueños, pueden pasar, y pasan con frecuencia, la noche á la intemperie, sin que por esto sufran los padecimientos que con frecuencia comprometen la vida de los caballos europeos, cuidadosamente preservados en abrigadas caballerizas. Las monturas del pais, con sus dos borrenes, que nos recordaban las sillas jerezanas de Andalucia, son para los que á éstas no están acostumbrados, incómodas aunque seguras. Los estribos son tambien muy parecidos á los que llamamos vaqueros, y algunos de ellos, sirven, como tambien los de Andalucia, en su ángulo posterior, de espuela.

Siendo de no menor importancia que el conocimiento de las costumbres caracteristicas de los pueblos, todo lo que se refiere á los medios de cambios y á la division del tiempo, no creemos fuera de propósito consignar algunas noticias acerca de lo uno y de lo otro; pues aunque una ley promulgada en el principio de 1870, año anterior al en que realizamos nuestro viaje, hubiera prescrito la adopcion del sistema decimal para los pesos, medidas y monedas en todo el imperio, en virtud de la cual, desde Marzo de 1871, todas las dependencias oficiales debian emplear exclusivamente el nuevo sistema, que debia ser obligatorio para toda clase de personas, todavia seguianse usando los antiguos, y se usarán durante mucho tiempo, pues sólo con el trascurso de éste logran desterrarse las antiguas prácticas, en paises tan apegados á sus tradiciones como los pueblos orientales.

Los antiguos pesos turcos eran, el *dirhem*, equivalente á 3 gramos 21 centigramos próximamente, y la *oka*, igual á 400 dirhemes, ó sea, 1 kilogramo 284 gramos. Hay tambien el *tcheki*, que varia segun la naturaleza de los objetos á que se aplica, de manera, que tratándose de madera y piedra, el tcheki vale 180 okas, y de ópio, 250 dirhemes solamente. Para la seda tenian un peso especial llamado *tefehs*, equivalente á 210 dirhemes, y para el aceite de rosa el *meskal*, que vale tanto como dirhem y medio.

En las monedas, la unidad era la piastra, *ghuruch*, cuyo valor ha sufrido diferentes alteraciones. A principios del siglo XVI, la piastra tenia un valor, con escasa diferencia, de 7 pesetas 90 céntimos, y en el primer año de nuestro siglo, sólo de una peseta 33 céntimos. La ley y el valor de las monedas, fueron frecuentemente alteradas por los sultanes; habiendo sufrido tales alteraciones, nada ménos que treinta y cinco veces durante

el reinado de Mahmud II; pero en la época de nuestro viaje, las monedas tenian una ley invariable. La piastra equivalia á 22 céntimos, y se dividia en 40 *paras*, habiendo piezas de 10 paras. Para las cuentas oficiales habia una unidad convencional llamada *kizè*, cuyo valor era de 500 piastras.

Las monedas de plata, múltiplos de las piastras, eran el *bèchlik*, que valia 5 piastras, y el escudo turco, *medjidiè*, de veinte piastras, ya muy raro en Constantinopla, valiendo en las provincias de 22 á 24 piastras, segun el cambio.

Las monedas de oro eran, la libra turca, *iuzlik*, pieza de 100 piastras, cuyo valor intrinseco es de 23 pesetas 55 céntimos, y la media libra, *ellilik*, de 50 piastras, y en valor intrinseco, 11 pesetas 63 céntimos. Estas monedas, que están bien acuñadas, y que recuerdan la guinea inglesa, se toman á veces en el comercio por 108 y 54 piastras respectivamente, por razon del cambio.

Además de estas monedas turcas, todas las europeas de oro y de plata circulan en aquel imperio, principalmente en la capital, sufriendo su valor tambien, las alteraciones consiguientes á los cambios de banca. Por punto general, el *napoleon de oro,* como alli se llama á la pieza francesa de 20 francos, vale de 93 á 96 piastras; el de plata de 5 francos, 24 piastras; y el franco 4 piastras y 24 paras; y, en esta proporcion pasa, recibiéndose con mayor estima y hasta ganando, á veces, en el cambio, la moneda columnaria española, y las antiguas de oro, desde Felipe V hasta Fernando VII inclusive. Comparte el favor del comercio con estas monedas de nuestra patria, el zwanzig austriaco.

Y ahora que de moneda hablamos, no queremos omitir un dato de la mayor importancia acerca del papel moneda, conocido otras veces con el nombre de *caimè*. Esta verdadera mistificacion de la riqueza, quedó abolida en Turquia el año de 1862, reembolsando el gobierno otomano su importe en totalidad, y quedando retirado todo aquel papel en tres meses. Y téngase en cuenta, que aquella enorme masa de papel moneda, que no tenia curso más que en Constantinopla y en la banca, se encontraba representada por 33.500.000 titulos, que pesaban 26.000 okas, ó sea 33.358 kilogramos. Medida acertadisima la de la supresion del *caimè*, ó papel moneda, cuya depreciacion iba siendo cada vez mayor, restableció el

crédito público, y salvó al Estado de una verdadera bancarrota; saludable ejemplo que no debieran echar en olvido muchas naciones de Occidente.

En las medidas itinerarias del imperio otomano hay bastante irregularidad, pues la legua se calcula por la distancia que un caballo de carga puede recorrer en una hora á paso ordinario ó de andadura, y de aquí, que á manera de lo que sucede en nuestras provincias de Valencia y Alicante, tengan la costumbre de contar las distancias por horas, mejor que por leguas, costumbre que es ocasionada á muchas inexactitudes, por las diferentes condiciones de los terrenos que hay que recorrer. Sin embargo, generalmente se calcula la legua como equivalente á cuatro ó seis kilómetros.

En medidas de longitud usábase el *pic,* ó *archina*, que varía entre 66 y 70 centímetros, y además solia emplearse, aunque muy raras veces, otra medida llamada *indazè*, equivalente á 0,64.

La medida agraria tomaba el nombre de *deunum*; y estaba representada por un cuadrado de 40 pasos de lado, ó segun Mr. Boué, de 45 *pics* ó *arquinas*, representando un valor medio de cerca de diez áreas.

Las medidas de capacidad para las materias secas, variaban tambien, siendo la más usada la llamada *kilès,* para los granos, cuya relacion con la oka, oscilaba entre diez y diez y ocho okas, segun la localidad ó la materia que habia de pesarse, siendo el tipo adoptado en el comercio extranjero el de 20 okas. En algunas localidades de Siria se miden por *ardebs* la cebada, el maiz y el trigo, dándole para la cebada un peso de 95 okas, de 100 para el maiz, y de 110 para el trigo.

La medida de capacidad para los líquidos tomaba tambien el nombre de *oka*, y representaba un peso de 400 dirhémes, de donde se sigue que su capacidad varía, segun el peso específico del líquido medido.

Los otomanos han adoptado para la division del tiempo el año lunar, dividido en 12 meses, compuestos alternativamente de 30 y de 29 dias, los cuales llevan los nombres siguientes: Muharrém, 30 dias; Safer, 29; Réby-ul-Ewel, 30; Réby-ul-Akhir, 29; Djémazi-ul-Ewel, 30; Djémazi-ul-Akhir, 29; Rédjéb, 30; Chaabán, 29; Ramazán, 30; Chewal, 29; Zil-Qaádéh, 30; Zil-Hidjéh, 29. El año lunar, por lo tanto, de los turcos, se compone de 354 dias, sin que tengan ningunos complementarios para

concordar su calendario con el órden natural de las estaciones. Asi es, que segun dijimos al hablar de las peregrinaciones á la Meca, el año para ellos principia, tanto en Estío como en Otoño y en Invierno; de donde resulta, que para reducir una fecha musulmana á otra de la Era Cristiana, no basta quitar de esta última el número 622, data de la Hegira, y Era de los musulmanes, sino que es necesario para obtener una cifra exacta, deducir tantas veces once dias, como hay años solares comunes, y tantas veces doce dias, como hay años bisiestos. La division de las horas del dia, se cuenta desde la salida del sol, apreciada por aproximacion, y por consecuencia, de diversas maneras. Asi, un reloj, para tener la hora á la turca, debe ponerse en hora diariamente. Para los asuntos entre sí no usan los musulmanes más fecha que la Hegira; pero para todo lo que se refiere á los asuntos internacionales, se ponen en los documentos cancillerescos tres fechas, ó sea, la de la Hegira, la que llaman á la griega, y la de nuestro Señor Jesucristo.

Para terminar el presente número de este capítulo, vamos á dar alguna idea, siquiera haya de ser muy ligera, de la índole de la lengua turca, sobre la cual tantos trabajos especiales han dado Mr. Dubeux, Redhouse, Malouf y otros turcófilos.

El turco llamado *osmanli*, ó sea el idioma hablado en el imperio otomano, sin haber perdido el sello caracteristico de su origen, sufrió la trasformacion que el Koran impuso á todos los dialectos asiáticos; ofreciendo, como el persa y el indostánico el singular fenómeno de un vocabulario extranjero, dentro de una gramática esencialmente indígena. Desde el dia siguiente de la toma de Brusa por el Sultan Orkhan, sabios doctores del Iraq y del Khorazan acudieron á facilitar la propaganda de su religion por medio de interpretaciones del sagrado libro, al mismo tiempo que abrian escuelas del idioma arábigo. La cultura intelectual que siguió al establecimiento de los turcos en Constantinopla, no pudo realizarse, sino teniendo por elementos de ella la de naciones vecinas, y la más antigua originaria de Grecia y Roma, que encontraba en la capital del Imperio conquistado por el esfuerzo de Mahomed II. Pobre y sencillo en su origen, como todos los dialectos tártaros, tuvo que enriquecerse con los elementos de la lengua árabe, y con el tecnologismo de la filosofía, las ciencias y

la teologia, que, hasta con exceso, habian sido cultivadas en la capital de Bizancio. El persa, ya rico de suyo, y más acaudalado todavia por su alianza con el idioma del Hedjaz, dió á los poetas de Stambul fáciles medios para expresar con armoniosos epitetos y ricas metáforas, todos los pensamientos de su exuberante fantasia. Asi, de la fusion realizada por la conquista entre el idioma de los conquistadores y las dos lenguas más armoniosas de la familia semita é indo-europea, resultó una lengua rica y exuberante, propia para la expresion de los afectos apasionados y de las descripciones fantásticas, formando una literatura, que, como dice un escritor contemporáneo, no tendria rival, si la fecundidad fuese el solo mérito de las producciones del espiritu.

Pero este resultado, sin embargo, no fué igualmente útil para todos. El que podemos llamar nuevo idioma de los conquistadores, la original y rica literatura que contribuyó á formar, quedaron sólo dentro del estrecho círculo de la aristocracia de la ciencia y de la córte, y á las clases populares fueron descendiendo muy lentamente tales adelantos. Asi es, que la lengua literaria, por los muchos elementos que toma de las otras dos lenguas musulmanas, resulta de una sintaxis complicada, ofreciendo su conocimiento grandes dificultades á los mismos orientales, lo cual no sucede con el turco vulgar, cuyo fácil y claro mecanismo le hace muy asequible á los europeos.

Sencilla en extremo su gramática, carece de artículo y de géneros: los nombres se forman regularmente añadiendo al radical, que permanece invariable, desinencias, á la manera de lo que sucede con el latin; y estas mismas desinencias, unidas á las sílabas *ler* ó *lar*, segun que el vocablo pertenezca á la clase débil ó á la clase fuerte, forma el plural [1]. El adjetivo es indeclinable y se coloca siempre ántes del nombre; y en los

(1) Para que nuestros lectores puedan formar idea de este sistema de declinacion, vamos á presentar un ejemplo:

Radical, *ev*, casa.

| SINGULAR. | | PLURAL. | |
|---|---|---|---|
| Nominativo........ | *ev*, la casa. | Nominativo........ | *ev-ler*, las casas. |
| Genitivo............ | *ev-iñ*, de la casa. | Genitivo........... | *evler-iñ*, de las casas. |
| Dativo............. | *ev-é*, á la casa. | Dativo............. | *evler-é*, á las casas. |
| Acusativo.......... | *ev-i*, la casa. | Acusativo.......... | *evler-i*, las casas. |
| Ablativo........... | *ev-den*, de la casa. | Ablativo........... | *evler-den*, de las casas. |
| Locativo........... | *ev-dé*, en la casa. | Locativo........... | *evler-dé*, en las casas. |
| Instrumental....... | *ev-ilé*, con la casa, ó *ev-lé*, por la casa. | Instrumental...... | *evler-ilé*, con las casas, ó *evler-lé*, por las casas. |

verbos el imperativo es el tema de la conjugacion, de tal manera, que sirve de radical para el infinitivo. Los tiempos se componen de participios presentes, pasados ó futuros, á los cuales se añade para formar las personas el verbo sustantivo auxiliar *imek*, ú *olmak*, ó sea el verbo *ser*.

En la forma de los participios y de los gerundios, así como en los nombres verbales, presenta gran riqueza; pudiendo decirse qúe hay una sola conjugacion como una declinacion tambien única; y la sola diferencia entre los verbos de la clase débil y de la clase fuerte consiste en el empleo de las vocales de una ó de otra clase. Uno de los más ingeniosos procedimientos de los idiomas, es el que en turco preside á la formacion de los verbos derivados en todas sus variedades, el cual consiste en la adicion de una ó de muchas letras caracteristicas, entre la radical y la terminacion; por ejemplo: de *sevmek*, amar, cuya raiz es *sev*, intermediándole la silaba negativa *me*, y escribiendo *sevmèmek*, significa, no amar; añadiendo la silaba *eh*, y escribiendo por lo tanto *sevehmèmek*, no poder amar; intermediando la silaba *tir* y escribiendo *sevtirmek*, hacer amar, etcétera. La mayor parte de estas formas compuestas, da á un solo verbo acepciones diversas, que no pueden traducirse en otros idiomas, sino por medio de frases. En la colocacion de las palabras, el turco tiene tambien una prosodia especial, pues las circunstancias accesorias de lugar ó de tiempo, se colocan ordinariamente al principio de la frase, despues el sujeto, luégo el régimen, y por último el verbo. Para decir, por ejemplo, «hoy te he dado un caballo», dirá un turco: «hoy yo á ti un caballo he dado».

El sistema de numeracion turca consta de cifras comunes á las de los árabes y de los persas, siendo muy parecido al que hoy usamos, como tomado de los primeros. Hasta el nueve tienen los signos que son conocidos, y desde el nueve exclusive en adelante, marcan las decenas con un punto, haciendo las veces de nuestro cero, las centenas con dos, el millar con tres, etc.

## V

Todavia ántes de entrar en el exámen de los principales monumentos de Constantinopla, creemos necesario ocuparnos, si bien con la brevedad

que la índole de este libro impone, en consignar algunos juicios acerca del arte que constituye otro de los caractéres distintivos del pueblo turco. Dos elementos principales concurren á su formacion. El bizantino y el mahometano, que si bien nacido del primero, tiene rasgos especiales y propios.

La Grecia habia trasmitido á Italia los principios de su arte, y los romanos, al asimilárselo, fueron de innovacion en innovacion, viniendo á caer en un estilo amanerado y especial, que en Occidente produce el arte llamado latino, y en Oriente el bizantino, contribuyendo á la formacion de este último, el griego, el latino y el persa. Este arte oriental cristiano, nacido á orillas del estrecho más oriental tambien del mar de Mármara, que separa á Europa de Asia, extendiéndose hácia Occidente, mezclándose y modificándose con el latino, recibiendo la sávia y el espíritu razonador de los pueblos del Norte de Europa, habia de producir la más típica expresion del idealismo cristiano; así como dilatándose por el Oriente, y recibiendo de una manera más directa las influencias persas para la parte gráfica, y las del sensualismo en el sentimiento religioso, debia dar vida á las más acabadas y prolijas conclusiones del arte árabe en los palacios granadinos. Es indudable que el arte mahometano, acerca de cuya existencia anterior á las predicaciones de Mahoma habremos de decir algunas palabras, recibe sus primeros elementos del arte bizantino, modificándolos con los que toma de los otros pueblos orientales, con quienes la gente muslímica tenia relaciones, ya por la guerra, ya por el comercio, como la Pérsia, y por ella la China, la Siria y la India, así como de los pueblos del Norte del Africa y de España; elementos, que manejados y alterados por su fantástica imaginacion, crean una arquitectura completamente distinta de la arquitectura cristiana.

Y contribuyen á darle carácter especial, así en la parte constructiva como en la decorativa, las circunstancias especiales en que se encuentra el pueblo musulman, al desarrollarse entre ellos el arte bizantino. Como dice acertadamente, en su notable trabajo sobre el arte mudejar en nuestra Península, el docto arquitecto y nuestro compañero de comision, Don Ricardo Velazquez, las construcciones de sillería, siempre costosas y difíciles, lo eran mucho más en los países ocupados por los árabes, como

la Pérsia, la Siria, el Egipto y el Norte de Africa, en los cuales era necesaria la antigua organizacion politica y social y la del Imperio romano, que despues de su dominacion la sustituye, para hacer posible la realizacion de las soberbias construcciones, asombro del mundo moderno, cuyos poderosos elementos de accion apénas bastarian para trasportar á largas distancias las colosales piedras que se encuentran en aquellos monumentos, y que representan millares de esclavos, cuyas fuerzas y cuya vida se agotaban al dar realidad, por ejemplo, á los gigantescos proyectos de los arquitectos egipcios. La nueva organizacion y el nuevo sentimiento que el espíritu del cristianismo introdujo en las sociedades antiguas, y la tolerancia impuesta por la necesidad, á causa de la falta de cultura de los conquistadores árabes, hacian ya imposibles tales procedimientos, y de aquí el que tuvieran que recurrir, en un principio, al aprovechamiento de materiales de edificios arruinados, ó demolidos de propósito, para la construccion de sus palacios y mezquitas. A esto se agrega, que en la Siria, y áun en Pérsia y Egipto, siempre debió ser difícil la construccion con piedra silleria, razon por la cual, áun en épocas muy anteriores al mahometismo, se desarrolló allí, ántes acaso que en ninguna otra parte, la fabricacion y empleo de materiales artificiales, como el ladrillo, ya seco al sol (adobe), ya al fuego, ya, finalmente, vidriado. La mayor de las pirámides de Dahschur, elevada en Egipto por el rey Asychis de la tercera dinástia (5147 á 4934 ántes de J. C.), construida con adobes; la pirámide de Nimrud, levantada por Shalmanu ó Divanubar, que reinaba en Siria hácia el año 900 ántes de J. C.; los muros del palacio de Korsabad, edificado por Sargina (729 á 712 ántes de J. C.); las inmensas murallas de Babilonia y la torre de Belo, monumento el más antiguo, despues de las pirámides de Ménfis; la muralla de Susa, y los palacios de Sarbistan Ispahan y Ctesiphon, ya de la dinastia de los Sasanidas en Pérsia, prueban cuán antiguo y general fué en aquellas regiones del mundo antiguo, el empleo del ladrillo para las construcciones arquitectónicas, distinguiéndose, especialmente Babilonia y Ninive, cuyo palacio de Korsabad, recuerda no poco el sistema de construccion empleado por los árabes. El arte mahometano, al ostentarse, aunque con prestados elementos, con aspecto de originalidad, adopta este sistema constructivo,

extendiéndolo á sus dilatados dominios, en los que ya los constructores romanos y bizantinos habian llevado el empleo de los materiales artificiales, incluso los tapiales de hormigon, que en las últimas épocas de las construcciones mahometanas en nuestra Península, parece el seguido más preferentemente por aquellos alarifes.

Pero la arquitectura árabe, más constructiva en Oriente que en España, y sobre todo la rama del arte mahometano, que podemos llamar estilo turco, lo es tanto más, cuanto que reproduce y se inspira siempre en las construcciones bizantinas directamente, sirviéndole de prototipo la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, para sus mezquitas.

Y no es extraño que tal aconteciese en el arte mahometano, cuando el bizantino tenia ya adoptados multitud de elementos de otras artes orientales, precisamente las mismas que más tarde informan el mahometano.

Despues de haber fijado la silla del imperio Constantino en Constantinopla, como dice con harta razon uno de nuestros más distinguidos y ménos apreciados arqueólogos [1], la capital del Imperio era demasiado reducida para admitir en su seno á la mucha gente, que segun vimos en el número de este capítulo dedicado á los recuerdos históricos de la ciudad del Bósforo, acudia á establecerse en ella, y hubo necesidad de erigir gran número de edificios. Los discípulos del Salvador, más numerosos que los paganos de Bizanzio, se apresuraron á levantar las muchas iglesias que necesitaban, tanto ó más urgentemente que las habian necesitado en Roma al abrazar Constantino la fe de Jesucristo; y fuese por la necesidad de edificar mucho y con precipitacion, careciendo de construcciones antiguas de que poder tomar materiales elaborados, fuese por deseo de desviarse de las formas adoptadas por los idólatras, por no querer copiar servilmente lo antiguo, por influencia de estilos arquitectónicos anteriores al arte greco-romano, ó por la reunion de todas estas causas, la arquitectura cristiana comenzó á desarrollar vigorosamente en Constantinopla un estilo con marcadas diferencias del latino y de todos los hasta entónces usados. Acabamos de indicar que algunos géneros de arquitectura de épocas más

---

(1) D. Manuel de Assas, al que puede decirse debe España gran parte del renacimiento de estos estudios, que hasta él se encontraban, ó desconocidos, ó en una estéril confusion.

antiguas, pudieron influir en la formacion de este nuevo estilo arquitectónico; y en efecto, tal influencia se nota en la ornamentacion, tomada en gran parte de la ninivita y de la pérsica. Sabido es que de la Pérsia habian recibido las naciones vecinas el gusto de la literatura y de las artes, y que los primeros emperadores de Oriente tuvieron á sus órdenes arquitectos persas, como Constantino I á Metrodoro, y Justiniano II, que empleó á otro del mismo país para diseñar sus magníficos monumentos. No es, pues, sorprendente que al estilo de arquitectura que se formaba en Constantinopla, se trasmitiese el sistema de ornamentacion persa, compuesto de relieves, formando caras y ángulos parecidos á las cristalizaciones de los minerales, sistema que los persas habian ido formando paulatinamente, tal vez tomando las ideas de los de Nínive y Babilonia.

A pesar de que el carácter de esta obra no permite disquisiciones didácticas, siendo el arte arquitectónico bizantino el que obedeciendo á los antecedentes históricos y artísticos expuestos, predomina en los monumentos que hemos de visitar, creemos necesario traer á la memoria que, poseedores los romanos del gran elemento constructivo, del arco, y por lo tanto de la bóveda, arco y bóveda, que si fueron conocidos de otros pueblos, se obtenian más bien por un procedimiento de aproximacion gradual de los sillares, que por el empleo de las dovelas, cuya presion mútua produce una fuerza resistente mayor que la de los mismos muros verticales, le llevaron á un alto grado de perfeccionamiento, siendo para los bizantinos el elemento generador de su arquitectura. Así fué cómo las iglesias en los estados orientales, se cubrieron con bóvedas, y señaladamente con las de media naranja ó cúpulas, que cargaban sobre muros ó arcos, cuando la parte del edificio que cubrian era circular ó de otra forma que á ésta se aproximara, ó sobre muros y arcos ó pechinas, cuando era cuadrada y la bóveda inscrita en esta figura habia de producir espacios angulosos, que no podian dejar de cubrirse con segmentos de bóveda, formando las pechinas que acabamos de mencionar, y que acaso toman este nombre por su parecido á ciertas pechinas ó conchas, sobre todo las llamadas de *peregrino*; y cómo los arcos, que en Roma habian sido de semicírculo ó de porcion de círculo, menor que la mitad de éste, se multiplican en el arte de Bizanzio, usándose, ya peraltados, como se ven junto al ábside de Santa

María y San Donato de Murano en Venecia; ya apuntados rectilíneos, de que quedaba muestra en las antiguas murallas de Constantinopla; ya conopiales, como los emplearon en la fachada principal de San Márcos de Venecia los arquitectos bizantinos allí llevados por el gobierno veneciano, para plantear sus obras; ya ojivales, como se ven en Santa Irene de Constantinopla, y en la hoy mezquita de *El Aksa*, iglesia edificada por Justiniano en Jerusalen; ó ya de herradura, especie de arco, cuya invencion con marcado error se atribuye á los árabes, y que hoy está reconocido con sobrada justicia como bizantino, encontrándose usado como elemento ornamental hasta en obras romanas, segun puede verse en notables cipos funerarios traidos de Leon á nuestro Museo Arqueológico Nacional; como elemento constructivo, en muchas iglesias cristianas de Armenia, anteriores á la conquista árabe, entre las que citarémos la antigua iglesia de Seleucia y la catedral de Dighour; y en nuestra patria, en diversos fragmentos arquitecturales, tambien anteriores á la invasion muslímica, en adornos de documentos diplomáticos, y, sobre todo, en la iglesia visigoda de San Juan Bautista, que se conserva en Baños, cerca de Palencia, edificada por Recesvinto, á la cual hemos dedicado especial estudio en la obra que fundamos y dirigimos, intitulada *Museo español de antigüedades*, que ya hemos citado ántes de ahora en el presente libro [1]. Caractéres fueron tambien del arte bizantino, las columnas que sobre fustes cilíndricos poligonales ó de otros cortes, tienen capiteles en forma de pirámide truncada inversa, á veces lisos, á veces cubiertos con adornos, en los que se refleja directamente la influencia ornamental persa, á diferencia de lo que sucedia en las iglesias de Occidente, en las cuales, los capiteles, ya se tomasen de antiguos edificios destruidos, ya se hiciesen nuevos, copiándolos, aunque toscamente, de los antiguos, imitaban siempre los de los cinco órdenes clásicos. No quiere esto decir que los arquitectos bizantinos olvidasen por completo en los capiteles la tradicion romana, pues algunas veces los labraban al estilo corintio, aunque muy imperfectamente, como se ve en la mezquita de Santa Sofía y en San Ciriaco de Ancona, iglesia edificada cuando todavía esta ciudad obedecia

(1) Tomo I, pág. 561.

á los emperadores griegos. No ménos propias de este oriental arte cristiano fueron las ventanas gemelas y los ajimeces, usados en él por vez primera; y en la parte ornamental, las impostas corridas bajo los arcos; los frontones doblegados por su parte inferior; las molduras llamadas bisantes; las parejas de séres con figura humana, ó de animales simétricamente colocados, y á veces con un jarron ú otro objeto en medio; el ataurique, ó follajes de poco relieve, y éste muy por igual, en que las hojas suelen presentar de frente una de sus caras; los impages, adornos hecho con una sola línea, presentando figuras más ó ménos caprichosas, y cuyo perfil resulta igual mirado al derecho que al revés, á semejanza de las ensambladuras de madera, que presentan *colas de milano*, hácia arriba macizas, y vanas hácia abajo; los arciones, ó labor á manera de red; los círculos en diversas combinaciones; los cuadros y rombos; las escamas y los sembrados de flores ú otros objetos, ornamentaciones hechas frecuentemente con un mosáico especial llamado *fosefeisa*, el cual estaba formado de trozos de materias vítreas, ya coloridas ó ya trasparentando el color que por detrás se les ponia, ó bien en los dorados, llevando la parte dorada por detrás en la cara que pegaba al muro, para que la parte de oro quedase á la vista, y más brillante por la trasparencia propia del vidrio: tambien formaban parte de estos elementos ornamentales, diversas clases de mármoles y jaspes, y pinturas sobre fondo dorado. En las combinaciones de los adornos, nótase, á veces, no sólo la tradicion persa, sino tambien la de antiguos monumentos helénicos; que el arte del pueblo, estético por excelencia, se refleja en todos los estilos de la antigüedad.

El arte mahometano, inspirado en estos mismos elementos eminentemente decorativos, llega á un grado difícil de superar á la fantasía, sin embargo de tener limitados estrechamente sus recursos, por la prohibicion de reproducir la naturaleza animada, bajo cualquiera forma que fuere, prohibicion que reconocia por causa el evitar la idolatría, y que no siempre fué rigorosamente seguida; y á pesar de ello, y acaso por lo mismo, presenta tal riqueza de ornamentacion, una variedad de formas y de elementos con sólo los recursos de las combinaciones geométricas, y una flora convencional, que ningun otro estilo logra alcanzar, especialmente en el decorado de las superficies planas, al paso que en la parte construc-

tiva no crea un elemento más de los que le presta el arte bizantino.

Este, en la disposicion general de sus grandes construcciones, sobre todo en las religiosas, reune la antigua disposicion de las basílicas, vastos edificios de planta rectangular, destinados entre los romanos á la contratacion y á la administracion de justicia, y á iglesias en los primeros tiempos en que el cristianismo pudo ostentarse libremente á la luz del dia, y las rotondas, originariamente consagradas á templos muy pequeños ó á monumentos funerarios, como los mausuleos de Augusto, de Adriano, de Cecilia Metella, en Roma, y que fueron despues, en tiempo de Constantino, empleados para baptisterios é iglesias, como la de Santa Constancia en la misma Roma, y la del Santo Sepulcro en Jerusalem.

«Las construcciones de forma circular, dice con acierto M. Batissier, coronadas por una cubierta semiesférica, recordando la bóveda del universo, sobre la cual está colocado el trono de Dios, fueron, sobre todo, imitadas por los cristianos de Oriente. Los arquitectos bizantinos, adoptando la cúpula, la inscribieron en el centro de un cuadrado, dividido en dos naves principales, cortándose en ángulos rectos por el centro, de manera que el interior del monumento semejase una cruz griega, es decir, una cruz de cuatro brazos iguales. Perfeccionando más, por lo tanto, esta manera de construccion, en lugar de levantar la cúpula sobre un muro circular, como la del Panteon de Roma ó la del Santo Sepulcro, la elevaban sobre cuatro grandes arcos sostenidos por cuatro pilares, en los ángulos de un plano cuadrado, de donde resultaron las pechinas para enlazar ambas formas geométricas.» A fin de dar mayor ligereza, y por consiguiente mayor desenvolvimiento á estas cúpulas, las construian interiormente de tubos cilíndricos de barro, unidos los unos á los otros, y áun en forma de cántaros y de macetas, como encontramos nosotros algunos en las ruinas que ponian de manifiesto los trabajos del ferro-carril, que se estaba haciendo en la época de nuestra visita á Constantinopla, materiales ingeniosos de construccion, de que trajimos algun ejemplar al Museo Arqueológico. Semicúpulas cerraban los arcos, sobre los cuales se apoyaba la rotonda central, y coronaban las cuatro naves ó brazos de la cruz, de los cuales, el terminado por la entrada principal, estaba precedido de un pórtico ó *narthex*, el opuesto formaba el santuario, y los laterales estaban cortados

á cierta altura, por una galeria destinada á las mujeres; añadiéndose, á veces, pequeños ábsides coronados de semicúpulas. Tanto la rotonda central como las semicúpulas, llevaban en su base ventanas, que les daban más atrevimiento y ligereza.

No todas las iglesias bizantinas estaban hechas, sin embargo, por el mismo modelo. En un principio, del siglo VI al VIII, tienen una sola rotonda rebajada, elevándose sobre un plano cuadrado, y la fachada es tambien rectangular, terminada en su parte superior por una cornisa horizontal, sin fronton que indique la forma de la cubierta á dos vertientes, porque se cerraban los edificios sólo con terrazas ó con cúpulas. Una ó más puertas, tambien rectangulares, daban entrada al templo, comunmente adornadas con molduras muy labradas, y su dintel protegido por un arco de descarga; diferenciándose muy poco de la central las fachadas laterales. Los ábsides, generalmente en número de tres, eran mejor semicirculares que poligonales; y las mujeres tenian sus tribunas colocadas en la parte alta de las naves, pero sin llegar al santuario. Estas tribunas tomaban luz por ventanas abiertas al exterior.

El arte bizantino, como hemos dicho, sirve de norma á las construcciones turcas religiosas de Constantinopla; y acerca de las vicisitudes que el otro elemento, que constituye el estilo turco, el arte mahometano, sufre á traves de los tiempos, lícito ha de sernos reproducir los siguientes párrafos de una notable monografía de dicho Sr. Assas, publicada en el mencionado *Museo español de antigüedades*, por ser difícil concentrar mejor cuanto en el presente caso creemos necesario exponer.

«Siendo la arquitectura una de las artes que manifiestan el progreso de la civilizacion de cada pais, y que sólo puede existir en pueblos que hayan subido á cierto grado de cultura, es natural que no naciese un estilo arquitectónico entre los árabes anti-islamitas, y que ni áun desarrollasen notablemente ningun otro importado del extranjero. Consta, sin embargo, por numerosos documentos, que ya desde el siglo que inmediatamente precedió al del nacimiento de Mahoma, los hijos de la Arabia hicieron importantes construcciones, imitando la arquitectura de los paises vecinos. Conviene, respecto á esto, tener presente, que los árabes eran una rama de la gente semitica, derramada desde la Siria y la Caldea, hasta

el golfo Pérsico y riberas del mar de las Indias; y que si bien los meridionales y de la raza de Ismael, como gente nómada y habitando en tiendas de campaña, permanecieron más tiempo retrasados en las bellas artes, no así los del Septentrion, moradores de Siria y Mesopotamia, más agrícolas que pastores, colindantes con las naciones de Pérsia y Grecia, y que desde muy antiguos tiempos se hicieron sedentarios. Así es, que en la arquitectura arábiga entraron, durante aquel primitivo período, cuatro diversos elementos, á saber: el asirio, el persa, el egipcio y el griego; adquiriendo el elemento asirio, los árabes que moraban en la Siria y Mesopotamia, y que poblaron ciudades en estas regiones, y á él pertenecian los muchos ídolos venerados en la Meca, y las inexactas copias de leones y otros animales, que aún subsisten en Córdoba, Marruecos y Granada; el elemento persa, que es más notable, tamáronle durante la antigüedad, por el trato y cercanía de los árabes de la Caldea y reino de Hira con los persas, y la dominacion de éstos en el Yemen; recibieron el elemento egipcio en sus peregrinaciones por Egipto, ántes y despues de establecerse el Islamismo, y con la dominacion de los abisinios en sus meridionales comarcas, conservándose, en efecto, detalles de ornamentacion egipcia en las ruinas de la célebre ciudad de Petra, antigua capital de los nabateos; y, por último, admitieron el elemento neo-griego, que poco ántes de la aparicion de Mahoma comenzó á introducirse entre los árabes de la Siria (que hasta monedas y armaduras tomaban de los griegos), y sobre todo despues de publicarse el Koran, cuando la gente arábiga, en el camino de su prosperidad, imitó, al erigir sus mezquitas y alcázares, la arquitectura bizantina, género y elemento los más importantes de cuantos la suministraron dechados para sus modificadas copias. Apoyan las ideas que acabamos de enunciar, las siguientes noticias acerca de monumentos árabes.»

«El famos dique de Mareb, imponente presa que contenia las aguas de muchos arroyos y torrentes de la comarca del Yemen, ó Arabia Feliz, el cual se dice erigido por el rey Locman, durante nuestra vulgar Era, y que bastó para hacer floreciente aquel país, convirtiendo los torrentes, de destructores de los productos de valles y campiñas, que de tiempo en tiempo inundaban, en benéficos raudales, que con su riego fecundaban las plantas de innumerables huertas y praderas.»

«El célebre alcázar de Iram, es el primero mencionado en la historia de los árabes, remontándose la época de su fundacion hasta los tiempos fabulosos. Cuentan arábigos autores, que Xeddad, antiguo príncipe ó *emir* árabe del antiguo linaje de Ad, edificó este magnífico palacio, adornado de suntuosas columnas y circundado de deleitosos jardines, tratando de rivalizar con el Paraíso.»

«El templo de la Meca, denominado *Beit-al-haram* y *Caba* ó *Cahaba*, que se dice fundacion de Ismael ó de Abraham, y que, áun cuando no cuente tan remota antigüedad, era indudablemente frecuentado por los árabes desde mucho tiempo ántes que el del nacimiento de Mahoma, venerando en él los ídolos adorados por todas las tribus arábigas, cuyo número era de 364. Por el Azraqui, historiador árabe, que murió en el año 223 de la Egira, dejando escrita una historia de la Meca, se sabe que encerraba la Caba seis columnas, en las cuales se veian esculpidas las imágenes de Abraham y varios profetas, de la Vírgen María con el Niño Jesús en sus brazos, de los ángeles, y otras figuras relativas á diferentes cultos y creencias religiosas, admitidas á la sazon por los árabes. En las paredes de la Caba, sobre tapices de seda, se leian en letras de oro las siete Moallacas, famoso poema y primer vestigio de inscripciones y leyendas en musulmanes monumentos, imitacion acaso de los antiguos egipcios.»

«Habia, además de la Caba, otros varios templos dedicados á diversos ídolos, como el de Uzza en Najla, el de Allat en Taif, y el de la Meca, ampliado y enriquecido en tiempo de Mahoma, y posteriormente, si bien conservando siempre en el interior su primitiva forma. Pero no fueron éstos los únicos templos existentes en la Arabia, durante aquella remota antigüedad: el rey abisinio Abrahá labró en Sanaa, capital del Yemen, hermosísima iglesia cristiana, con objeto de atraer al cristianismo la devocion de las tribus, y colgó en medio de ella, segun cuentan, brillantísima perla, frase que tal vez en figurado sentido querrá indicar suntuosísima lámpara.»

«En alcázares y palacios son muy célebres los fabricados entre los años 390 y 400 de la Era Cristiana, cerca de Hira, capital del reino árabe del Irac ó Caldea, por su emir Annoman I, por mano del arquitecto

Sennamar, griego segun dicen, para hospedar con gran esplendidez en ellos al príncipe persa Bahram Gur, hijo del rey Yezdegend, y que se denominaron Jawarnag y Sedir, nombres pérsicos ambos, que en la lengua de Pérsia se dicen Jorengah y Seh-Dir, y significan *pórtico* ó *cenador* el primero, y *los tres pabellones* el segundo; dando estas circunstancias márgen á sospechar haber sido persa el arquitecto director de tan magníficos palacios.»

«La misma influencia de la arquitectura pérsica, se observa en el alcázar, nombrado Gomdan, célebre en las historias y poesias árabes, habitado en los años de 622, por el príncipe himyarita Seif-Ebn-Dzi-Yazan, aliado de Cosroes, rey de Pérsia, que le ayudó á conquistar el Yemen. Segun la más admitida opinion, este monumento fué fundado por un emir del linaje de los Himyanitas, llamado Alixrad Yahsob ó Xarahbil-Ebn-Asur—Dzuladzar, nacido 68 años ántes de la Era vulgar, y que habiéndose apoderado del Yemen, elevó el Gomdan en Sanaa, córte de sus estados, para mansion digna de su grandeza. Subsistió este palacio siendo morada de los reyes himyanitas, hasta que á mediados del siglo VII, fué destruido, al par que la inmediata iglesia, por árabes mahometanos, de órden del califa Otzman.»

«Tambien mencionan los árabes otro alcázar, que llaman Sindad, coronado por altas almenas, y que radicó junto al arroyo del mismo nombre, cerca de la ciudad de Hira, y de los palacios del Jawarnag y el Sedir.»

«El poderoso rey de Pérsia Josrú Annxirvan ó Cosroes I, cognominado el *Justo*, y que comenzó á reinar en el año de Cristo 531, fundó sobre la orilla derecha del Tigris, en Madain, antiguamente Ctesifon, capital de los Parthos, el más afamado y pasmoso de los alcázares, mencionados en arábigas historias, entre todos los erigidos en la época anterior al mahometismo, y que se conceptuó la obra más suntuosa de Oriente. Denominóse El Iwan, nombre persa ó árabe, que significa pabellon ó cenáculo; otros le llaman Thak-Iwan, es decir, *el palacio de la cúpula*, y finalmente tambien se dijo Thak Quesra, ó Thak Josru, cuya traduccion es, la cúpula de Cosroes.»

«De anterior época que los enumerados monumentos, es decir, de tiempo de los primeros emperadores romanos, son las magníficas construcciones

subsistentes, aunque ruinosas, en el valle del rio Guadimusa, al pié del monte Hor, en Arabia, pertenecientes á la antigua Petra, *ciudad de sepulturas*. Admiranse alli los restos de suntuoso anfiteatro, pórticos y sepulcros, arcos triunfales, ademas de numerosos enterramientos que rodean á la poblacion, tallados en las rocas, de primorosa decoracion y ornato, de los géneros siriaco, griego y egipcio. Estos y otros monumentos, con que á la Arabia dotaron extranjeros artistas, pudieron servir á sus habitantes sedentarios, como importantes dechados para sus inspiraciones, al construir alcázares y mezquitas.»

«Pero á pesar de los enumerados precedentes, y áun de cualesquiera otros que se puedan traer á debate, es indudable, que en el nacimiento y desarrollo del arte mahometano, ha tenido mayor influencia el cristiano que ningun otro, anterior ó contemporáneo. Sabido es que Mahoma, para erigir la más primitiva mezquita, reedificando la Cahaba, incendiada á fines del siglo VI, apresó una embarcacion cargada de materiales, destinados á erigir cristiana iglesia, y obligó, á viva fuerza, á dirigir la edificacion del templo islamita, á dos arquitectos, copto el uno y griego el otro, que á bordo de la nave se encontraban. Habilitáronse en seguida para los ritos del Islam iglesias cristianas, especialmente cuando las mahometanas conquistas se extendieron á los paises de Egipto, Fenicia, Siria y Asia Menor, cultas regiones en que fué cediendo el devastador afan de los árabes, al par que se mitigaba su nativa ferocidad y el primitivo fervor de su fanatismo, tomando algo de la civilizacion de los conquistados.»

«Constantinopla, capital del imperio romano de Oriente, era, á la sazon, el asilo donde se habian refugiado las ciencias y las artes de los más cultos paises de Europa y Asia, en medio de los cuales se hallaba situada. Sus artistas, que al par de hombres científicos, habian sido llamados á todas las naciones cincunvecinas, y enseñado á la Pérsia á volter arcos y cúpulas, como en recompensa de lo que su estilo arquitectónico habia tomado de la arquitectura persa, fueron tambien pedidos por las capitales sometidas al Koran, segun lo manifiestan Kadji-Jalifat y Abd-Allatif, en su *Relacion del Egipto*, y como lo confirman Ebn-Said, y Ebn-Jaldun, ántes del siglo XIV, en sus *Prolegómenos históricos*. Ebn-Said manifiesta que, entre las condiciones exigidas por el califa Walid á Justiniano, para

hacer la paz, fué una la de que este emperador daria mosaicos para la gran mezquita de Damasco... Tambien sabemos por Abd-Allatif, que los dos minaretes ó alminares de la gran mezquita de Damasco, eran realmente de arquitectura griega, y que los árabes no hicieron en ellos otra modificacion que añadirles balcones circulares, necesarios en el culto del Islam, para que el muezin ó almuedano convoque desde ellos, con grandes voces y contorsiones, á los creyentes de Mahoma, para que vayan á la mezquita á hacer su azalá ú oracion.»

«Aunque el testimonio de escritores árabes, no deja duda de haber tomado los musulmanes á la escuela bizantina los principales elementos de su sistema arquitectónico, es cierto, sin embargo, que debieron inspirarse tambien en los monumentos erigidos en Pérsia durante las dinastias de los Arsacidas y Sassanidas (226-552), por medio de artistas persas ó griegos, puesto que, cuando conquistaron la ciudad de Madain, se admiraron de la suntuosidad y belleza de los monumentos que contenia.»

«Difícil, si no imposible, es averiguar cuáles serian los caractéres del estilo pérsico de aquella época, porque pocos monumentos arquitectónicos subsisten en Pérsia; pero es creible que de los persas tomasen los sarracenos la profusion de ornatos, la pompa y magnificencia que ostentaban en su córte los soberanos de los imperios orientales. Permanecen allí los palacios de Sarbistan y de Firuzabaz, y el de Cosroes (Tak-Kesra), situado en la ribera del Tigris, entre las ruinas de Ctesiphon, que los anticuarios creen construido durante los primeros siglos del cristianismo; volteándose sobre todos, vistosas cúpulas de griega forma, y abriéndose en ellos arcos, no semicirculares, sino afectando ovoide figura, muy pronunciada y estrechada hácia su vértice. El coronamiento de numerosas construcciones mahometanas, consta de almenada galería con merlones, detalle de que no se conoce ejemplar alguno en los antiguos monumentos de Italia ni de Grecia, y que se encuentra en Taki-Bostan ántes del tiempo del rey Sapor I (238—271 de Cristo), en donde se debe buscar probablemente el origen de la mayor parte de las arábigas galerias almenadas.»

«Si echamos ahora rápida ojeada á las mezquitas, veremos que las más antiguas se construyeron con materiales tomados de edificios anti-

guos, siéndolo de monumentos griegos ó romanos las columnas que sirven de sostenes; los capiteles son imitaciones más ó ménos degeneradas del corintio; las bóvedas son semicúpulas ó domos sobre pechinas; los ornatos son inscripciones de caractéres árabes, y otros que están tomados del estilo bizantino, y que éste á su vez debió tomar de la ornamentacion persa, puesto que parecen imitados de los tapices de esta nacion y de la India, no sólo por su dibujo, sino tambien por los vivos colores que los engalanan. Los bizantinos mosáicos de vidrio esmaltado, aumentaron el lujo de los edificios, y despues fueron sustituidos por alicatados, es decir, taraceas de loza vidriada de diferentes colores, de que existian importantes fábricas en la Pérsia; adorno que se remonta á la antigüedad más lejana, puesto que los Señores Botta y Flandin han descubierto bellos fragmentos de él, sepultados bajo las ruinas de la antiquísima y destruida ciudad de Nínive. Otro elemento arquitectónico que se encuentra en la mayor parte de los monumentos sarracenos, consiste en una serie de cupulitas, de pechinas, de nichitos sobrepuestos unos á otros, no sólo llenando el vacio de los ángulos entrantes que presentan las construcciones, sino tambien exornando las cornisas, los capiteles y áun otros miembros arquitectónicos. Las combinaciones de tales nichitos, con razon comparados con las estalactitas, se emplearon con increible profusion, y dieron á la arquitectura mahometana muy original carácter. No se puede, en verdad, aseverar de incontestable manera, qué muslimes, si los de Egipto, los de Berbería ó los de España, fueron los primeros en emplear tan complicadas combinaciones; pero no es aventurado afirmar que su uso corresponde al período de las conquistas de los aglabitas y de los fatimitas.»

«Los conquistadores muslimes extendieron la arquitectura mahometana, creada del modo que dejamos indicado, así hasta los orientales confines de la India, como á las más occidentales costas de Africa y de Europa, conservando sus caractéres generales, si bien con ciertas modificaciones consiguientes á las necesidades que la diversidad del clima produce, en tan diferentes y áun distintas regiones; á la variedad de materiales proporcionados por cada pais; y, finalmente, á las múltiples y desemejantes ideas que las construcciones encontradas en los subyugados países debieron inspirar á los artistas islamitas.»

«A consecuencia de lo dicho, los grandes edificios construidos por los sectarios del Koran, tanto en el Asia como en el Africa y en Europa, tienen muchisimos puntos de semejanza con los del Bajo-imperio; los mayores monumentos de Hispaham, la mezquita que en Jerusalen ocupa el área del templo de Salomon, la edificada en honor de Omar, la gran sala de Yusuf, en el Cairo, y otros muchos edificios, manifiestan la imitacion del estilo bizantino; y por fin, en todos los paises mahometanos fueron desarrollándose el arco y la bóveda, en consonancia con los del Bajo-imperio, viéndose ejecutar las varias clases de tales elementos arquitectónicos, con especialidad las cúpulas, en la India, en la Pérsia, en la Siria, en Egipto, en Africa, en Sicilia y en España. Los estilos de la arquitectura de los paises sometidos al mahometismo, y en particular el persa, el indiano, el egipcio y el latino, tuvieron alguna influencia en el arte mahometano, si bien no tan marcada como la del bizantino; así se ve que la Pérsia, ademas de prestar su ornamentacion arquitectónica, ya directamente, ya por medio del arte neo-griego, trasmitió en algunas ocasiones su escultural escuela de séres animados: las columnas de las pagodas de la India fueron copiadas en las mezquitas de aquella oriental region; y finalmente, el Egipto, Sicilia y España, le inspiraron nuevas formas de capiteles, fustes y basas, y otros detalles arquitectónicos.»

«Los caractéres que más clara y principalmente diferencian el estilo mahometano del bizantino, son en suma: 1.° Inscripciones arábigas que, á manera de caprichoso ornato, suelen llenar entrepaños ó formar vistosas cenefas horizontales, verticales ó áun en otras varias direcciones.—2.° La ausencia, casi siempre, de figuras humanas y de otros séres animados, á consecuencia de estar prohibido por el Koran representarlos en pintura, y más principalmente en escultura; prohibicion que, sin embargo, no siempre observaron los mahometanos.—3.° El lujo de la ornamentacion, que áun cuando era bastante grande en la arquitectura bizantina, se desplegó mucho más en la mahometana, hasta el extremo de cubrir, frecuentemente, con los adornos las paredes, bóvedas y miembros arquitectónicos, presentándolos á veces como revestidos de suntuosos tapices, de ricas cristalizaciones, y de variadas estalactitas.»

No es, sin embargo, en la rama del arte mahometano, que pudiéra-

mos llamar estilo turco, donde con más profusion se encuentran estos ornatos, notándose en sus edificios la falta de aquellos preciosos y menudos relieves ornamentales, que en mil combinaciones cubren los muros de las construcciones españolas, sobre todo en el rico periodo, llamado con razon naserita ó granadino. Acostumbrados nosotros á ver desde niños en aquella inimitable Alhambra el dechado más puro, más original, más perfecto y más científico del arte mahometano, los edificios turcos con sus paredes, frecuentemente lisas ó pintadas con labores por el procedimiento del *estarcido* ó pasado, labores en las que apénas se conservan las tradiciones propias del arte, nos produjeron verdadero desencanto, por más que en algunos capiteles, en la eleccion de los materiales, en la combinacion de los miembros arquitectónicos, en las menudas labores de algunos de ellos, se conserve siempre cierto carácter oriental, que les presta gran atractivo; pero no es á Constantinopla, sobre todo, donde hay que acudir para estudiar el arte arábigo; mejor podrá estudiarse en otras comarcas de aquel vasto imperio, en Egipto, en ciudades fronterizas de Pérsia, y sobre todo, para conocerle en toda su grandeza y apogeo, en nuestra España, en Granada, en aquella Alhambra, que despues de haber recorrido el Oriente, y de no encontrar nada que pueda ni remotamente comparársele, se levanta en el vasto campo de lo pasado y de lo presente, como reina sin rival en el extenso campo del arte muslímico.

Los principales edificios del Islamismo, como sucede en todos los pueblos, son los templos ó mezquitas, las cuales, ya fuesen de las principales ó grandes (aljamas), ó de las pequeñas (mesjid), en su planta primordial, y áun en la más perfeccionada, están formadas por un átrio rodeado de pórticos, uno de los cuales se dilata en naves cubiertas, que forman el verdadero templo. La misma mezquita, la casa de Dios, se divide en átrio *sahan*, y en santuario ó *djami*, en sentido estricto. Desde el centro del átrio ó pórtico, donde se encuentran fuentes, que con frecuencia son notables y verdaderas obras monumentales de los arquitectos mahometanos, cubiertas á las veces con cúpulas, y que tienen por objeto el que los fieles puedan cumplir las purificaciones prescritas por el Profeta [1], siguien-

(1) Estas purificaciones, sea por escasez de agua, ó por tibieza en su estricta observancia, van quedando casi reducidas á una fórmula, hasta el punto de que la mayor parte de las fuentes que habia para las abluciones, en los patios de las mezquitas que visitamos, estaban secas.

do la direccion de la Meca, y entrando en el santuario, se ve al extremo de las hileras de columnas, el *Mihrab*, primorosamente adornado, el cual es un nicho ó pequeña capilla, en su parte superior, por lo comun, en forma de concha, imitacion, á no dudarlo, del ábside en las basílicas cristianas. Detras del Mihrab, está á veces la raudha ó sepulcro del fundador. A la derecha del que ora, el cual se dirige al Mihrab, se halla el púlpito, *membèr*, ó *almimbar*, surmontado por un verdadero tornavoz, piramidal ó cónico, á cuyo púlpito da acceso una escalera de pendiente rápida, con balaustrada ó barandilla, generalmente formada con elegantes adornos. Este púlpito ó almimbar, es donde todos los viernes se pronuncia la chotba, ó dígase la oracion, por el príncipe supremo de los creyentes, ya se llame Kalifa, como en lo antiguo, ya Sultan, como ahora. Al otro lado del Mihrab, se encuentra la tribuna reservada al sultan, que llaman *Maksura*; y delante del mismo Mihrab hay ademas otra tribuna llamada *Khutbah*, donde el Iman pronuncia la plegaria, y una plataforma cuadrada, que denominan *Mastabah*, desde la cual, otros servidores del templo, repiten en altas voces la invitacion á la plegaria. Ademas del almimbar para la plegaria del viernes, suele haber otro púlpito para predicaciones, lamado *Kursi*, aunque lo más comun es que aquellas se digan desde el Khutbah.

El lugar en que debe estar colocado el Mihrab en la mezquita, no es arbitrario, pues la *Kibla* ó direccion en la cual ha de hacerse la plegaria, se encuentra establecida en la sura II, áun cuando se nota diferencia entre el versículo 109, que trata el primero de ella, y los 138 al 145, en que queda definitivamente establecida. Dice el primero: «A Dios pertenece el Oriente y el Ocaso; á cualquiera parte que os volvais encontrareis su faz; Dios es inmenso y lo sabe todo.» En el 136 se lee, refiriéndose Mahoma á los no musulmanes, que viendo á los mahometanos volverse así á un lado como á otro del cielo, para hacer su plegaria, no podian explicarse esta variacion: «Los insensatos entre los hombres preguntarán: ¿qué es lo que les hace variar de su *Kibla*, aquella que habian adoptado en un principio? Respondedles; el Oriente y el Occidente pertenecen al Señor, que conduce á los que Él quiere por el camino recto.» Pero poco despues, y en la misma sura, añade (v. 138): «No hemos establecido la precedente

*Kibla*, sino para distinguir de entre vosotros aquel que siga al Profeta, de aquel que lo deje. Tal mutacion es una molestia, pero no para aquellos á quienes Dios dirige. No dejará Dios el fruto de nuestra fe, porque está lleno de bondad y misericordia para los hombres.» Es decir, que aquellos que ántes del establecimiento definitivo de la *Kibla* de la *Meca*, se volvian al hacer la plegaria hacia Jerusalen, no por eso verian frustradas sus esperanzas de hallar la recompensa de sus buenas acciones en el cielo. A fin, sin embargo, de evitar toda duda, en el siguiente versículo (139), escribe Mahoma las siguientes palabras, dirigiéndose al creyente: «Te hemos visto volver el rostro hacia todos los lados del cielo; pero *de hoy en adelante* queremos que le vuelvas hacia una region en la cual te complacerás. Vuélvuele, pues, hacia la region del oratorio sagrado (el oratorio sagrado es la traduccion literal de *Mesjid elharan*, esto es, el recinto del templo de la Cahaba, en la Meca). En cualquier lugar en que esteis, volveos hacia aquel paraje. Los que han recibido las Escrituras saben que esta es la verdad, y que viene del Señor, y Dios no desatiende sus acciones.» Y en el 140 añade: «Aun cuando tú hagas, en presencia de aquellos que han recibido las Escrituras, toda suerte de milagros, ellos no adoptarán tu *Kibla*; tú no adoptarás la de ellos. Entre ellos mismos, los unos no siguen la Kibla de los otros.» (Alude á los judios y á los cristianos). Y más adelante, en el versiculo 144: «De cualquier lado que te encuentres, vuelve tu rostro hacia el oratorio sagrado. Esta es la verdad que viene de tu Señor, y Dios no deja de ver tus acciones.» Todavia en el versículo 145 vuelve á repetir el mismo precepto, añadiendo: «En cualquier lugar en que esteis, volved vuestro rostro hacia este lado (el oratorio sagrado), á fin de que los hombres no tengan ningun pretexto de disputa contra vosotros.»—El lugar, por consiguiente, en que ha de colocarse el Mihrab, lugar que marca la *Kibla*, ó direccion hacia la cual ha de hacerse la plegaria, no debe ser arbitraria en las mezquitas, por estar determinado en las disposiciones koránicas que hemos trascrito [1].

---

(1) En la obra del aleman Federico Schach, titulada *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, galanamente traducida á nuestro idioma por el distinguido académico D. Juan Valera, se dice á este propósito, del *Mihrab* y la *Kibla*, lo siguiente: «La direccion de la *Kibla* (*Koran*, sura X, 87,) está señalada en un lugar, el Mihrab (*Koran*, sura III, 33).» No hemos encontrado exactitud en tal cita, pues este último versículo, perteneciente á una sura ó capítulo, en que trata de la familia de Imran, dice únicamente lo que sigue: «Y al llegar aquí Zacarías, se puso á

Tambien servia y sirve el Mihrab, para conservar el Coran como libro divino (Coran, IV, 84; XLVI, 2-7; LIII, 4), que se guarda cuidadosamente en el cielo (Coran, XIII, 39; LXXXV, 21); pero esto no deja de tener excepciones, pues en Damasco, segun el testimonio de Ebn-Batuta (I, 202), se conservaba en una capilla enfrente del Mihrab (costumbre que hemos visto observada todavía cuando en este mismo viaje visitamos aquella célebre mezquita, y en Córdoba, al decir de Almakkari (I, 360), estaba en el Almimbar. En las mezquitas de Constantinopla, que visitamos detenidamente, tampoco vimos el Coran guardado en el Mihrab.

Hallábase éste, y hállase todavía en los templos muslímicos, segun hemos indicado, en direccion á la Meca, y enfrente de la puerta de entrada al santuario ó templo propiamente dicho, si bien no siempre á los extremos de la nave central, sino en un sentido normal á las mismas, ó sea hacia el centro del muro, paralelo á las naves. En la mezquita de Damasco, la más celebrada del Islam, así se encuentra, lo mismo que en las de Egipto. En Constantinopla, como en España, por el contrario, el Mihrab se colocaba al extremo de la nave central, á causa de haber sido en una y otra parte las iglesias cristianas adaptadas al culto de los vencedores muslímicos. En Constantinopla, donde, como ya indicamos, ha servido de modelo la célebre iglesia cristiana de Santa Sofía, el Mihrab de sus mezquitas se encuentra tambien al final de la galería ó nave central, allí donde se alzaba en otros tiempos el altar cristiano. La de Aksa en Jerusalen, lo tiene del mismo modo [1].

---

rogar á Dios. Señor, concededme una posteridad bendita. Tú te complaces en atender las plegarias de los que te imploran. Sus ángeles le llamaron, hallándose rogando en el santuario.» Y en el primero sólo se leen estas palabras: «Hicimos entónces á Moisés y á su hermano esta revelacion: Disponed para vuestro pueblo casas en Egipto, y haced de ellas casas de adoracion. Observad exactamente la plegaria, y dad alegres nuevas á los creyentes.» Como se vé, ninguna de las dos citas guarda relacion con el propósito á que se han aducido. Sin duda alguna hubo equivocacion en estas citas, pues, como puede comprobarse fácilmente, los versículos del *Koran*, que dicen relacion á la *Kibla*, y por consiguiente al Mihrab, son los que dejamos trascritos en el texto. Hacemos esta advertencia, no por pretencioso alarde de enmendar lo dicho por un sabio extranjero, sino para evitar que pudieran caer en error y propagarle, los que hicieran las mismas citas sin compulsarlas, fiados en la respetable autoridad del autor en que las encontraban.

(1) Ejemplo de ello nos ofrece en España la mezquita de Córdoba, monumento el más importante de aquella época, en el que mejor que en ningun otro puede estudiarse la propia manera de ser de los templos muslímicos en nuestra patria; debiendo advertir que si hoy no resulta en la nave principal el Mihrab, es por las adiciones que para aumentar la grande Aljama, se hicieron despues de edificado aquél. Sin embargo, nótase en la colocacion del Mihrab de la mezquita de Córdoba, una verdadera infraccion del precepto muslímico, cuya causa no nos podemos explicar. Hallándose la Meca al Sudeste de España, hacia allí debian dirigirse el *Mihrab* y la *Kibla*, y sin embargo, la direccion de una y otra en la mezquita de Córdoba, fué hacia el Sur, acerca de lo cual se refiere la

Las mezquitas son, ademas de edificios religiosos, el punto céntrico de varios establecimientos de beneficencia y de enseñanza. En torno suyo se agrupan el hospital, el *Caravan-serail* ó Caravansera, como se lee en antiguos escritos españoles, el hospicio para los pobres, á veces casas de baños, fuentes, escuela para los niños ó de instruccion primaria, la escuela superior ó madrisa, y bibliotecas. En algunas mezquitas de Constantinopla, vimos dar la enseñanza de las madrisas dentro del mismo santuario. Las grandes mezquitas están generalmente rodeadas de un vasto recinto plantado de árboles, en el que se encuentran aquellas dependencias y hasta un pequeño cementerio, ademas del turbé ó tumba del fundador, que, como ya dijimos, se encuentra casi siempre detras del Mihrab.

Todos aquellos establecimientos están sostenidos con el producto de ricas dotaciones dejadas con tal propósito por los fieles á las mezquitas, de modo que éstas no son únicamente edificios destinados á la plegaria, sino centros de asilo, de socorro, de estudio, donde se depositan ademas los caudales pertenecientes á los viajeros y á los menores, viéndose con frecuencia fardos con efectos de gran valor, y hasta con dinero, amontonados en las mezquitas, sin más guardas que el respeto que impone la santidad del lugar.

Y á propósito de esta proteccion universal que dan aquellos templos á

---

siguiente anécdota: «Miéntras se estaba haciendo la obra, se suscitó una acalorada disputa entre los arquitectos, respecto del punto hacia el cual debia mirar la *Kibla*, con objeto de colocar el nuevo Mihrab ó santuario donde debiese estar realmente. Unos pretendian que debia estar al Sur, como habia estado siempre, y como la habia situado An-nasir en su mezquita de Azzahara (1), al paso que los más entendidos en matemáticas y astronomía, sustentaban que debia fijarse un tanto inclinada hacia el Oriente. Divididos así los pareceres, el faquí Ab-Ibraim se presentó á Al-haken, y le dijo: ¡Oh, príncipe de los creyentes! Todas las gentes de esta nacion han vuelto constantemente sus rostros al Sur al hacer sus oraciones: los Imames que te precedieron, los doctores, los cadíes y todos los muslimes, en general, dirigieron siempre sus miradas al Sur, desde los tiempos de la conquista hasta hoy; al Sur inclinaron siempre todos los *tabies*, como Musa Ibn Nosseyr y Haush As-san'ani (¡Dios los perdone!) las *kiblas* de cuantas mezquitas erigieron en esta region. Recuerda ¡oh príncipe! aquel proverbio que dice: «Mejor es seguir el ejemplo de los otros y salvarse, que perderse por no seguir la senda trillada.» Oido lo cual, exclamó el kalifa: «¡Por Alah, dices bien! Seguiré el ejemplo de los *tabies*, cuya opinion en esta materia es de gran peso.» Y mandó que la *kibla* se pusiese donde el faquí proponia (2). Esta infraccion del precepto muslímico debió ser general en toda España, y continuar en práctica hasta los tiempos del Rey Sabio, pues vemos que en la Partida III, título 11, ley 21, que trata de la manera en que deben jurar los moros, se hallan estas palabras: «El moro que hubiere de jurar, debe estar de pié, é tornarse de cara, é alzar la mano contra *mediodía*, á que ellos llaman alquibla.»

La razon de esta mudanza de la kibla en nuestra patria, debe ser la práctica traida por los sirios, que naturalmente la tenian al Sur, siguiendo en tal manera la tradicion, sin entrar en averiguaciones geográficas, que produjeran entre los creyentes los legítimos escrúpulos, que ya asaltaron sobre el particular á los entendidos arquitectos de Al-haken.

(1) No se pierda de vista que el Mihrab de Córdoba fué edificado por órden de Al-hakem II, sucesor de Abderrahman III, An-nasir, que edificó á Medina Azzahara.
(2) MADRAZO. *Recuerdos y bellezas de España*, tomo de Córdoba, tomándolo de escritores árabes.

todos los que necesitan de ella, voy á consignar tambien una circunstancia que llamó poderosamente mi atencion, por no estar en armonía, sino al parecer todo lo contrario, con aquel respeto. Como en ellos encuentran hospitalidad todos los que la necesitan, es muy frecuente ver dentro del mismo templo camas, ó mejor pudiéramos decir camastros, con frecuencia de estera, donde sin que sospechen puedan profanar la santidad del recinto, duermen con la mayor llaneza fervorosos creyentes. Verdad es, que actos análogos tenian, y áun tienen lugar en iglesias cristianas, recordando á este propósito lo que sucedia en Santiago de Galicia, y lo que sucede en algunas iglesias de nuestras provincias de Levante, en vísperas y dias de ciertas festividades.

Los minaretes, que son en las mezquitas lo que los campanarios en las iglesias cristianas, sólo pueden llegar á cuatro en las mezquitas de fundacion imperial, teniendo las demas sólo uno ó dos. Estas construcciones tan características de los templos mahometanos, son torres altas y esbeltas, con dos ó tres órdenes de balcones que las rodean, donde el muezzin ó el almuedano sube cuatro veces al dia para llamar á los fieles á la oracion. Aunque constituyen uno de los miembros arquitectónicos más propios y elegantes de los templos mahometanos, en Turquía pierden con frecuencia su esbeltez y ligereza por el remate cónico y negro, probablemente de pizarra ó plomo con que terminan, y que las hace parecerse, segun la frase de un viajero, á grandes velas con su apagador. A pesar de ello, los minaretes prestan indefinible poesía á las mezquitas y á las ciudades; pero no elevan nuestra mente á las misteriosas regiones del misticismo y de lo infinito, como las esbeltas agujas de las torres en nuestras iglesias ojivales, donde parecen colosales índices de los siglos de fe señalando al cielo. El minarete habla sólo á la poesía estética, por la elegancia y esbeltez de las líneas: el campanario de la iglesia católica habla al espíritu, porque todas las partes que lo componen van ascendiendo varias, pero unísonas, á confundirse en la piramidal aguja que la corona, como se confunden las notas graves, ligeras ó estridentes de sus campanas, en un solo sonido armonioso y solemne, que traduce en medio del espacio sin voces y sin palabras, la muda plegaria del alma, en que acaban por reunirse los pensamientos todos de la existencia humana.

Ademas de las grandes mezquitas, llamadas, segun vimos, *djami*, ó aljama, lugar de reunion (significando, como tambien dijimos en sentido estricto, el santuario), hay otras muchas pequeñas, segun ya indicamos, que se denominan *mesjid*, lugar de plegaria, cuya última palabra ha dado origen á la española mezquita, con que determinamos indistintamente á unas y á otras.

Hemos hablado de los *turbès* ó tumbas de los sultanes ó de los príncipes, que son por punto general los fundadores de las mezquitas, y ahora debemos añadir, que aunque ordinariamente van unidas á ellas, hallándose situadas detras del Mihrab, tambien se encuentran separadas, formando edificios aislados, para cuya conservacion se dejan por los que las ordenan edificar, dotaciones análogas á nuestras memorias pías por el alma de tal ó cual difunto. En el centro de estos turbés se encuentra la que podemos llamar cámara sepulcral, y en medio de ella un gran catafalco cubierto con ricas telas negras, bordadas á veces con oro ó plata, como nuestros paños mortuorios. En la parte que corresponde á la cabeza del catafalco, hay un turbante, y delante de los piés un enorme cirio siempre encendido. Imanes adscritos al turbé entonan en determinadas horas salmodias funerales, y á veces, en aquel recinto de la muerte, duermen el eterno sueño al lado del Sultan ó fundador, su esposa, sus hijos, ú otros individuos de su familia; pero sus catafalcos son más pequeños, estando en relacion su tamaño y lujo con la clase de parentesco que unia en vida á los séres que bajo de él reposan, con el jefe de la familia. Cerca de estos turbés se encuentran fuentes, que son con frecuencia verdaderas obras monumentales, con servidores encargados de dar agua á todo pasajero que la pida; y en la parte exterior de tales edificios, cerca de las caladas ventanas por donde se da el agua al fatigado viandante en calderetas de dorado y labrado azófar, que recuerdan los acetres granadinos, hállanse inscripciones pidiendo plegarias por el alma del benéfico fundador, que allí cerca reposa. Ingeniosa manera de enlazar la recompensa al beneficio, y de atraer oraciones en favor de los difuntos afortunados. Bien es cierto que apénas consiguen sus propósitos de ultratumba, pues raro es el transeunte que despues de satisfacer la sed que le acosa, se vuelva á las ventanas del turbé, para murmurar una plegaria por el alma del difunto.

Otros de los edificios caracteristicos del imperio turco, y generalmente de todas las regiones donde en Oriente impera el mahometismo, edificios que hace poco hemos mencionado, son los *kans* ó *caravansèrails*, llamados tambien, segun dijimos, en antiguos autores españoles, caravensaras, los cuales responden al carácter eminentemente hospitalario de aquellas gentes, y que son una especie de hospederías situadas tanto en las ciudades como en los caminos; vastas construcciones, fortificadas algunas veces por la parte exterior, para mayor seguridad en tiempo de guerras y revueltas, y siempre contra los ataques de malhechores en cuadrilla, cuyos edificios tienen interiormente un patio rodeado de un pórtico ó cláustro cubierto, al que dan las puertas de almacenes y salas, donde los viajeros encuentran asilo y descanso mediante una ligera retribucion. Estos edificios no presentan nada de notable bajo el aspecto artístico; pero no puede omitirse su noticia, porque forman una de las notas más características de aquellos países.

Los de Constantinopla sirven de grandes depósitos y centros de contratacion para el comercio extranjero, y ofrecen la particularidad de que cada nacion de las que allí sostienen activas relaciones comerciales, tiene el suyo. No hay para qué decir, que no le hay para España, cuya casa de legacion, apénas serviria en cualquier ciudad de segundo órden para una modestísima familia.

## VI

La descripcion más ó ménos extensa que las condiciones de este libro nos permiten de los edificios y monumentos notables de Constantinopla, creemos deba comenzar por las murallas que rodean á la codiciada poblacion, murallas cuya visita forma una de las casi imprescindibles obligaciones del viajero en aquella ciudad. Sin que entremos en inútiles disquisiciones acerca del primero que rodeó á Bizancio de murallas, nos contentaremos con apuntar que ya existian en tiempo del Emperador Severo, el cual, despues de haberlas mandado destruir, las reedificó; que Constantino el Grande unió las de Bizancio á Constantinopla; que Arcadio restauró la parte que habia derribado un terremoto; que Artemio, tutor de Teodosio el

Jóven, las extendió á la parte del continente en los principios del siglo v, logrando ver terminadas las nuevas obras, gracias á su incansable actividad, en el breve plazo de dos meses; y que habiendo sido derribadas en parte, poco tiempo despues por nuevos terremotos, Constantino Ciro (no el poeta de este nombre, natural de Panópolis, sino otro asi llamado, Eparca de la ciudad), las reedificó tambien en el breve espacio de sesenta dias, colocando encima de la puerta llamada Xylokerkon, cerca del *Jardin Dorado*, una inscripcion, en que se declaraba, que «el Emperador Teodosio, siendo Eparca Constantino las reconstruyó en sesenta dias,» noticia que repetia otro epigrafe en la Puerta Real. Los nombres de Leon el Grande, que restableció los muros en la parte del Mediodia; de Tiberio Absimare, que edificó la muralla que resguarda á la poblacion por el lado del mar; de Leon el Isaurico, que reedificó esta misma parte de aquellas defensas y propugnáculos, que habia sido destruida por un terremoto, y de Teófilo, que levantó los muros de la parte del Jardin Dorado, van unidos á los de aquellas notables edificaciones, callando la historia los de aquel ó aquellos que hicieron duplicar los muros de la parte del Continente, segunda muralla que existia en tiempo de los emperadores latinos, segun se desprende de una carta dirigida por Balduino I á Arnoldo Lubesensis; escribiendo Pachinoro á este propósito (libro V, cap. X.), que como la muralla de tierra estuviese ya contramurada, Miguel Paleólogo, ántes de la conquista de Constantinopla, habia tambien contramurado la del mar. Andronico las reedificó más tarde, y despues de su muerte el regente Alejo las fortificó más y más, elevando las murallas exteriores que corren á lo largo del gran foso, y se extienden, desde el palacio ahora llamado Tekvur-Seray, hasta el Jardin Dorado.

Acerca de la importancia y extension de estas fortificaciones, ya decia el caballero de San Jorge, Manuel Chrysoloras, despues de compararlas á las de Babilonia, que la multitud de torres que las coronaban era innumerable, y su magnitud y su altura tales, que cualquiera de ellas bastaba para llenar de asombro al observador; siendo notables sus monumentales escaleras, sus sólidas construcciones y sus hermosas puertas, pudiendo decirse lo mismo de la contramuralla, que ella sola bastaria para defender cualquiera otra ciudad, y tal la anchura y la profundidad de

los fosos, que llenos de agua, hacian de Constantinopla una ciudad completamente rodeada por el mar.

La célebre muralla de Constantinopla, mide por la parte del S., á lo largo de la Propóntide, desde la punta del Serrallo al castillo de las Siete Torres, de 8 á 9 kilómetros; por el lado de tierra firme, desde las Siete Torres al Cuerno de Oro, 6 kilómetros y medio; y por el lado Norte, á lo largo del Cuerno de Oro hasta la punta del Serrallo, poco más de 5. Para recorrer con provecho, y hasta con comodidad, tan extenso perimetro, se debe ir por mar en kaique, desde la punta del Serrallo hasta las Siete Torres; despues recorrer, á caballo, los muros de la parte de tierra, desde las Siete Torres hasta Eyub, y desde Eyub hasta el primer puente, costeando, el Cuerno de Oro. Para hacer su descripcion, empezaremos desde este lugar.

*Yalì-Kieuchk* y el kiosko llamado de los Sépedjiler, donde el Sultan da al capitan pachá su audiencia de consigna, es lo primero que se encuentra en el punto en que los muros del Serrallo se enlazan con el Cuerno de Oro, y á seguida una bateria, con cuyos cañones se hacen los saludos de ordenanza al Sultan; el elegante pabellon de gusto chinesco, llamado *Mermer-Kieuchk*, y la puerta de los cañones *(Top-Kapussi)*, flanqueada por dos garitas, con los tinglados, donde se encuentran los cañones destinados á anunciar con su solemne estampido el principio del Bairam y el nacimiento de los hijos del Emperador. Despues se halla la pequeña puerta de hierro, llamada *Dèmir-Kapu*, el hospital de Mohamed, enclavado en el muro, y el plano inclinado de madera, por donde las sultanas culpables, ó que se reputaban como tales, para deshacerse de ellas, eran arrojadas al mar encerradas en un saco. Encuéntrase despues el kiosko de las perlas *(Indjulu-Kieuchk*, y la terraza de Gulhané, sostenidas por dos arcadas ojivales, al pié de uno de cuyos pilares se halla la fuente llamada del Salvador *(Aiasma tou Sótiros)*, y en el mismo paraje donde otras veces se elevaban las termas de Arcadio. El depósito de la fuente, situado debajo de Indjulu-Kieuchk, corresponde al lugar en que estuvo la antigua iglesia de la Madre de Dios *(Hodègètria)*, que poseia una fuente milagrosa para curar á los ciegos; iglesia que estaba colocada cerca del ángulo Nordeste del recinto del palacio. Desde el mismo sitio se ven los jardines del hospital de Gu-

lhané, y más léjos Santa Sofía; y pasando despues el Faro se llega á la puerta llamada de la Caballeriza *(Akheur-Kapussi)*, por las grandes caballerizas del Sultan que tiene al lado. Un pequeño muelle rectilíneo, de 120 metros de longitud, situado al Este de esta puerta, fué en algun tiempo célebre, porque allí se embarcaban los visires que caian en desgracia, frecuentemente más para el camino de la otra vida que para el del destierro; muelle, que, segun acertadas congeturas, ocupa el lugar mismo del antiguo puerto de Bucoleon, formado á fuerza de trabajo humano, socavando la roca, y protegido por dos salientes, que le dan el aspecto de un triángulo, cuyo puerto artificial estaba reservado al Emperador para cuando queria salir al mar. Pasando el faro que lo domina, se encuentra una gran parte de las murallas antiguas, elevadas sobre hermosas losas de mármol, viéndose en ellas tres antiguas puertas con columnas adosadas al muro, y otra de arco semicircular sobre el agua. Encima de ésta se ven los restos de una balconada ó mirador, que debió pertenecer á un palacio de los emperadores bizantinos, del que restaban tres arcadas, que tenian dos leones á los lados, en cuya obra escultural se nota claramente la influencia pérsica, siendo conocido todo aquel grupo artístico, que cuando nosotros lo visitamos estaba próximo á convertirse en ruinas, con la denominacion, que no sabemos á qué atribuir, de monumento de *Marcellus Leo*, cuando mejor pudiera considerarse como resto del magnífico palacio llamado del Aguila, que allí tuvo Teodosio el Jóven, á cuya época y á cuyo edificio parecen pertenecer tambien capiteles y otros notabilísimos restos arquitectónicos que tuvimos la fortuna de alcanzar á ver, aunque totalmente abandonados en aquellos parajes, algunos de los cuales eran verdaderas obras maestras del arte bizantino, en las que podian claramente verse los orígenes, y áun pudiéramos decir los originales de otros del mismo estilo, y áun del latino-bizantino y del románico, que se encuentran en nuestra patria. Muy cerca de aquellos restos se halla la puerta llamada *Tchadladèh-Kapu* ó puerta del Carnicero, algunas casas turcas, y una pequeña mezquita fuera de los muros, por encima de cuyos edificios se alcanza á ver la cúpula de ladrillo y el minarete de la pequeña Aya Sofía. Este paraje se dice corresponde al antiguo puerto Juliano, uno de los dedicados al comercio en la vasta ciudad, fundado ya muy mediado el siglo IV. Con-

firma esta conjetura del ilustrado Mr. Labarte, una antigua puerta que se conserva, flanqueada por dos columnas, y que hoy está tapiada. Hállase despues el promontorio y el pequeño puerto de *Kum-Kapu*, antiguo Puerto Sofia, edificado á principios del mismo siglo IV, y hoy completamente cubierto por la arena; y detras de la puerta Kum-Kapu, cerca de la cual se puede desembarcar, se dilata el cuartel griego de Kondoscalé, con sus iglesias *Hagia-Kyriaki*, y *Panhagia-Elpidos.* Las antiguas murallas en este sitio, presentan la particularidad de estar construidas con fragmentos aprovechados al propósito de columnas y capiteles, demostrando la ignorancia del constructor.

La puerta nueva ó *Yeni-Kapu*, flanqueada por dos antiguas torres cuadradas, entre las cuales se ha edificado el nuevo muro, se encuentra luégo; cerca de ella la iglesia patriarcal armenia, y despues un pequeño puerto *(Daud-Pacha-Kapussi*, tambien hoy completamente cegado, y que fué en mejores dias el puerto de Teodosio. El jardin de Vlanga ó *Vlangabostan*, con sus tres fuentes, de las cuales una está consagrada á San Focas, hállase cerca, asi como un barrio armenio, y despues la puerta del *Banco de arena* (Psammatia Kapussi), que corresponde al antiguo Puerto San Emiliano, del que todavía se ven los restos fuera de las murallas. El cuartel griego de Psammatia contiene la iglesia armenia, de *Sulu-Monastir*, y las de *Hagios Nicolaos* y *Hagios Polycarpos*, y cerca de ellas la mezquita de *Khodja Mustafá*, antigua iglesia de Hagia-Paraskevi, la iglesia de Belgrado, en el jardin de Ismael Pachá, la iglesia y la mezquita de *Exi-Marmara*, las mezquitas de *Hakim-Aly-Pachá*, de *Djèrah-Pachá*, y la cisterna de *Tchukur-Bostan.* Toda la parte Norte de este gran barrio habia sido destruido por uno de esos incendios, tan frecuentes en Constantinopla, y á que dan pábulo las casas de madera, en el año de 1865. Continuando á lo largo de las murallas, se llega á *Narli-Kapu*, la puerta de la Granada, cerca de la cual está la mezquita del Escudero (Emir-Akheur-Djamissi), antigua iglesia de San Juan Studios, en la *Via triunfal*, que se extendia desde la Puerta Dorada del Cyclobion hasta el palacio imperial de la primera colina, y que es la iglesia más antigua de las que todavía subsisten de la época bizantina en Constantinopla.

Más allá de Narli-Kapu los muros se encuentran con grandes brechas y trozos destruidos, hasta llegar bien pronto á la torre de Mármara, que por su buen estado de conservacion y sus hermosos sillares de mármol, forman contraste con los cercanos muros y torre, casi en estado de completa ruina.

Aquí se salta en tierra del kaique ó lancha en el desembarcadero de las Siete Torres, y dejando á la izquierda la estacion del camino de hierro de Andrinópolis, se sigue por la parte exterior de los muros, que se dirigen hacia el Norte, y que presentan en aquel paraje un triple recinto con sus fosos cubiertos de frondosos jardines. A la izquierda hállase un cementerio con hermosos cipreses, y despues una antigua puerta, actualmente tapiada, que adorna y flanquean dos columnas corintias de mármol. Esta puerta se dice es la célebre Puerta Dorada del Cyclobion, que habia sido edificada por el Emperador Teodosio, y por la cual Miguel Paleólogo entró victorioso en Constantinopla, cuando la tomó á los latinos; pero tal aserto está considerado como erróneo por otros escritores, pues la Puerta Dorada, la principal de Constantinopla, donde comenzaba la Vía Triunfal de los emperadores bizantinos, que terminaba en el palacio imperial del extremo Este de la ciudad, dicen tenía otras dimensiones, siendo un verdadero arco de triunfo, todo edificado de mármol, del cual, aunque ha desaparecido, queda la memoria conservada por los antiguos escritores. Sin embargo de esta disquisicion arqueológica, la que hoy se considera como la antigua *Puerta Dorada*, á que acabamos de referirnos, es mirada con verdadero terror por los muslimes, pues es tradicion tenida por profética entre los turcos, que los futuros conquistadores de Constantinopla penetrarán por ella. Acaso por esto alzan detras sus macizas moles, dos gruesas torres cuadradas, que forman parte del célebre castillo de las Siete Torres.

*Heptagyrgion* le llamaron los griegos, y tambien los historiadores bizantinos, *Cyclorion* y *Strongylon Castelion* (Torre redonda). Teófano, Cedreno, Pablo el Diácono, Leon el Gramático, hablan de esta fortaleza; y Procopio, en su libro IV, cap. VIII, dice al ocuparse de los monumentos debidos á Justiniano: «Esta fortaleza, situada en el arrabal de Constantinopla, se llama *Strongylon* (redonda), á causa de la forma de su construc-

cion.» Se reedificó por Isaac el Angel, poco ántes del sitio de Constantinopla por los latinos; pero el vandalismo, dice Choniates, de estos conquistadores, la destruyó completamente. Juan Cantacuzeno la habia fortificado, segun dice él mismo en su historia (libro IV, cap. 40), considerándola como inexpugnable: las dos torres entre las cuales se abria una de las puertas de la capital eran de grandes dimensiones y distintas de las otras, porque se habian construido con grandes sillares de mármol, tan bien colocados y enlazados, que parecian de una sola pieza. Juan Paleólogo, despues de haberse apoderado de esta fortaleza, la destruyó; pero bien pronto tuvo que reedificarla, empleando tambien en ella con profusion el mármol blanco, entre cuyos sillares mezcló, con verdadera barbarie, los materiales de la iglesia del Todopoderoso, construida por Leon el Sabio, de la iglesia de los cuarenta mártires, edificada por Mauricio, y buena parte de la de la de San Mucio, levantada por Constantino el Grande. Ademas separó una parte de la ciudad de la Puerta Dorada, hacia el mar, y mandó construir cerca un puerto de refugio para los buques.

Más tarde, obligado por el Sultan Bayazid, mandó derribar esta fortaleza, y despues de la conquista de Constantinopla, Mahomed II la reconstruyó en 1458, coronándola con siete torres de forma cónica y octógona, por lo que la llamaron *Yedi-Kulleh* (Siete Torres). En ella colocó sus tesoros; y despues sirvió á sus sucesores para custodiar á varios jefes y gobernadores de los cristianos, y á los embajadores de los reyes y emperadores extranjeros durante la guerra. *Yedi-Kulleh* se quemó en 1782, y fué reconstruido por el Sultan Abdul Hamid; pero la mayor parte de las torres fueron demolidas por considerarlas innecesarias.

El castillo de las Siete Torres ha servido, durante mucho tiempo, de prision de Estado, y ha presenciado terribles y tenebrosas ejecuciones. En él era donde los genízaros, en el periodo de su bárbaro poderío, encerraban á los sultanes, haciéndoles sufrir ignominiosas vejaciones y crueles tormentos, ó bien privándoles de la vida; habiendo llegado el número de los que asi sucumbieron dentro de aquel misterioso y terrible recinto, á siete, y siendo mucho mayor, y casi innumerable, el de los visires y otros personajes, cuyas cabezas sirvieron de repugnante y bárbaro trofeo, colgadas en las almenas.

La puerta de las Siete Torres, abierta en las murallas de la ciudad, tiene dos recintos para mejor defensa, y en la puerta interior se halla un águila esculpida en mármol. La entrada del renombrado castillo que da nombre á la puerta, está cerca de aquel paraje hacia la derecha, y en su interior apénas presenta más aspecto que el de unas colosales ruinas, quedando sólo una torre algo más alta que las demas, pero tambien arruinada, que aún mide 63 metros de altura, y á la cual debe subirse, para gozar del espléndido panorama que desde ella se divisa, y que hace olvidar al viajero los sangrientos recuerdos que evoca la en otro tiempo temida fortaleza.

Desde aquel elevado paraje, puede reconocerse la direccion de la antigua Via Triunfal de los emperadores bizantinos, á que hace poco hicimos referencia, y que, partiendo de la Puerta Dorada del Cyclobion, se dirigía al palacio imperial que se levantaba al Oriente de la ciudad, y pasando cerca de la mencionada iglesia de San Juan Studios, hoy mezquita del Escudero, continuaba por el foro de Arcadio, hoy Avret-Bazar, y el foro de Constantino, para desembocar en el Augustéon, extensa plaza entre Santa Sofía y el Palacio, en la parte más considerable del cuartel ó barrio comprendido hoy entre la fachada meridional de aquel gran templo, y el ángulo de la plaza del At-Meidan; gran espacio rectilíneo, de forma casi cuadrada, que media cerca de 140 metros de lado, y que no era en rigor una plaza pública, sino una especie de gran atrio, al cual daban muchas de las puertas de palacio y de Santa Sofía. El lado Norte lo formaba la fachada meridional de la Basílica; el Sur, la parte del palacio, imperial, que se denominaba La Chalcé; y el lado oriental, el mismo palacio que volvia en ángulo recto, uniéndose por aquel lado al ángulo Sudeste de Santa Sofía, con pórticos y con terrazas, y despues el palacio del Senado, y la iglesia de Santa María Chalcoprasianna, que tocaba á Santa Sofía. Por el lado opuesto, es decir, por el lado del Oeste, quedaba abierto hacia la ciudad; y el lado del Norte, formado, como hemos dicho, por el frente meridional de Santa Sofía, tenia varias entradas del gran atrio de la iglesia, de su peristilo, y de otras muchas partes del edificio, como el reloj, el pozo Sagrado, y el Batisterio, edificado á manera de pabellon saliente sobre el foro, en el centro del cual se elevaba el célebre

Miliario, que no era como en Roma una simple columna, sino un arco de triunfo, con dos arcadas, la una sobre la otra; arco que jugaba importante papel en las ostentosas fiestas de la antigua corte bizantina. La Via Triunfal era la calle principal, que tambien podia considerarse como central, notándose cierta especie de paralelismo á la misma, en muchas de las actuales calles de Constantinopla.

Volviendo á las ruinas del célebre castillo y á los tristes recuerdos que despiertan, encontramos en la parte interior de lo que resta de la torre donde, segun hemos dicho, se encerraba á los embajadores en tiempo de guerra, muchas inscripciones conmemorativas de su cautividad, notándose entre ellas las de los enviados venecianos de 1600 y 1704; y más sangrientas y terribles memorias evoca un pequeño patio llamado de las Cabezas, que, como su nombre indica, servía para las bárbaras decapitaciones que allí se hacian, y para conservar tan sangrientos trofeos de la más refinada barbarie, hasta el momento en que se las colocaba en las almenas. Como complemento de tan terrible cuadro, cerca de la torre de los Embajadores, consérvase tambien un pozo profundo, llamado pozo de la Sangre, donde iba á parar la de las víctimas sacrificadas en el patio de las Cabezas; y un muro de osamentas humanas, que se eleva á la altura de las murallas de la ciudadela; y la torre de los condenados á muerte; y la roquiza caverna donde se aplicaba el tormento.

Aquella temible fortaleza, hoy casi destruida por completo, sólo conserva el recuerdo de su importancia; y sus antiguas y numerosas guarniciones de genízaros están sustituidas por cuatro ó seis soldados que custodian aquellas ruinas y que permiten recorrerlas, y áun sirven de *cicerones*, mediante una pequeña gratificacion ó *baghchich*.

Volviendo á la parte exterior de los muros, enfrente de los cuales, segun ya indicamos, se encuentra la estacion del camino de hierro de Andrinópolis, el hospital armenio, y los hospitales griegos antiguo y moderno, siguen aquéllos por la parte de tierra, en direccion de Sur á Norte, con ligera inclinacion al Nordeste, formados por una doble muralla, separada una de otra siete metros, y más elevado el muro interior que el exterior, para poder, desde ambos á un tiempo, hostilizar al enemigo. Delante del muro exterior se abre un ancho foso, cuyo revestimiento de

silleria, por el lado del campo, se eleva á alguna, aunque escasa altura, sobre el suelo, habiendo debido estar todo realzado con almenas, á juzgar por las que conserva en muchos puntos.

Siguiendo á lo largo de este doble muro, se llega, al cabo de un cuarto de hora, á la antigua y maciza *Puerta de Rhegium,* hoy *Sèlivri Kapussi*, puerta de poca altura, formada por sillares de mármol trasversales, surmontados por una ojiva, y flanqueada por dos robustas torres octogonales, á la cual conduce un puente de tres arcos de medio punto, que el tiempo ha revestido con un hermoso tinte dorado: cerca de esta puerta, por la parte interior, se encuentra la mezquita de *Hakim-Alí-Pachá*, y por la exterior, enfrente de la puerta misma, un vasto cementerio, á la entrada del cual se muestra al viajero la tumba del célebre Pachá de Janina, Alí de Tébélen, tumba que nada ofrece de notable más que el recuerdo del personaje cuyos restos allí descansan, despues de su agitada vida, rodeado de cuatro de sus hijos.

En aquel paraje, llama la atencion del anticuario el pavimento á la usanza romana, debido al emperador Justiniano, conservándose, aunque muy separadas, las losas que lo formaron.

Notable es, por los recuerdos tradicionales que despierta, el monasterio de Baluklu, que se encuentra á un cuarto de hora de distancia, en el mismo cementerio, donde hay un estanque en que se conservan ciertos peces milagrosos, acerca de cuyos antecesores refiérese la siguiente anécdota: Miéntras el asalto de Constantinopla, por los turcos, llenaba de consternacion á los habitantes de la ciudad, un pobre lego que se ocupaba en freir tranquilamente unos peces, sin poder, ni sospechar siquiera, que aquéllos triunfasen; cuando se le dió la noticia de que habian penetrado vencedores en la codiciada poblacion, contestó, con la mayor incredulidad y confianza en el esfuerzo de los defensores, que ántes creeria que aquellos peces podian resucitar y salir nadando de la sarten, que en la victoria de los turcos; prodigio que se realizó apénas hubo terminado de hablar el confiado monje, venciendo de tal modo su obstinada incredulidad. Los peces del estanque de aquel convento, descendientes de aquellos otros que recobraron vida cuando ya estaban casi tostados por el fuego, son rojos por un lado y negros por el otro, en recuerdo, esto último, de lo que estaban sufriendo

sus antecesores en el momento de resucitar. Despues de oir la narracion de tan extraña y pueril conseja, referida por el lego que enseña el monasterio, se vuelve á continuar recorriendo los antiguos muros, y se encuentra, pasados otros quince minutos, la antigua *Puerta Mèlandi,* hoy *Yeni-Kapussi*, con cuatro columnas de mármol adosadas, y en el interior una segunda puerta flanqueada por dos torres cuadradas, en las que llaman la atencion del viajero, su simétrica construccion y las inscripciones griegas que conservan. Luego, y casi á la misma distancia de esta última, que las dos anteriores entre sí, se halla la Puerta del Cañon *(Top-Kapu)*, ó antigua Puerta de San Roman, cuya puerta, así como las robustas torres que la defendian, quedaron derribadas por lo célebres obuses de Mahomet II, pereciendo no léjos de ella el último emperador griego, Constantino Dragocés, verdadero héroe, digno de los mejores tiempos de la antigüedad. Como recuerdo de la victoria, se colocaron encima de esta puerta, cuando fué restaurada por los turcos, los obuses que habian servido para destruirla, á lo que debió el nombre con que es conocida. Cerca de ella se encuentra la puerta llamada de Xyloporta, que tanto quiere decir como *Puerta de Madera,* que fué la primera forzada por los genízaros, y enfrente de la cual se extiende la llanura de Daud-Pachá, donde Mahomet II estableció su cuartel general durante el sitio, que terminó con la toma definitiva de Constantinopla, y donde estaba tambien el campamento del ejército frances en 1855. En el mismo paraje en que la tradicion señala el cuartel general de Mahomet, levántase actualmente, como benéfica protesta de la humanidad contra la barbarie de la guerra, el hospital militar, vasto establecimiento que honra á la administracion turca, y que puede servir de modelo á muchos europeos, asistido por facultativos que han hecho sus estudios en Europa, pensionados por el gobierno del Sultan.

Entre la Puerta del Cañon y Edernè Kapussi, encuéntrase el valle del Lycus que se une al gran valle central de Constantinopla, y las murallas por aquellos sitios están más arruinadas que en los demas, y perforadas con grandes brechas, presentando pintoresco y poético aspecto aquellas mudas pero elocuentes ruinas, casi ocultas por exuberante manto de yerba y caprichosas plantas trepadoras, con que parece ha-

berlas querido cubrir compasiva la siempre fecunda y próvida naturaleza.

En lo más hondo del valle del Lycus, está la fuente de Beylerbey, á la sombra de un sáuce centenario; y enfrente otra antigua puerta, hoy tapiada, entre dos torres, amenazando inminente ruina. Por aquel paraje penetra en la ciudad un antiguo acueducto.

*Edernè Kapussi*, ó Puerta de Andrinópolis, en lo antiguo *Puerta Poliandria*, se encuentra despues, recordando al viajero el célebre ataque que en tiempo de Heraclio (625) resistió de los Avares, á consecuencia del cual quedó incluida en el recinto de la ciudad la barriada de Hebdomon. Esta puerta tiene un notable arco de medio punto, y un segundo recinto flanqueado por dos torres octógonas, notándose encima de la segunda puerta, incrustadas en el muro, tres grandes balas de mármol, como las que todavía alcanzamos á ver en las fortalezas de los Dardanelos. Cerca de esta puerta, por la parte de la ciudad, se encuentra la preciosa mezquita de la Sultana Mihrmah, hija de Soliman y de la célebre Roxelana; y más al Norte una hermosa construccion arquitectónica, con notables arcadas bizantinas, que la tradicion designa con el nombre de Palacio de Belisario; despues la mezquita de *Khairyèh*, antigua iglesia de *Chora*, y la mezquita de *Fèthièh*, ó de la Victoria, en otro tiempo iglesia del monasterio *Pantepoptou* (Aquel que lo ve todo), iglesia edificada por Ana Ducena, madre de Alejo, al fin del siglo XI. El paraje que vamos describiendo se ve con frecuencia invadido por los tchingianés nómadas, que le convierten con harta frecuencia en un desaseado campamento. Por la parte exterior de los muros encuéntrase el cementerio mayor de Constantinopla, atravesado por tres calles principales, en cuyo punto de interseccion se halla una notable fuente, conduciendo la de la derecha directamente á Eyub.

Siguiendo el exámen de las murallas, se encuentra entre Ederné-Kapussi y Égri-Kapussi un ángulo entrante, formado por un saliente inarmónico que la muralla forma hacia el Norte, cuando hasta aquel punto sigue en direccion casi recta hacia el N. E. y el Cuerno de Oro; cambio repentino de direccion que indica el paraje donde se unia á la antigua muralla de Teodosio el nuevo muro construido por Heraclio en 640, con el propósito de que quedasen dentro de la ciudad las barriadas del Hebdo-

mon y de Blaquernos; viéndose por encima de dicho ángulo entrante destacarse sobre el limpio azul del hermoso cielo de Constantinopla, el antiguo edificio bizantino, llamado por los turcos *Tekfur Seray*, antiguo palacio de Hebdomon, de que todavia habremos de ocuparnos.

En el muro de circunvalacion de Heraclio, llaman con justicia la atencion del viajero, las dos hermosas torres, llamada la una de Teófilo, edificada á mediados del siglo IX, y la otra de Isaac el Ángel, levantada ya cerca del final de la duodécima centuria.

*Egri-Kapussi*, ó puerta curva, corresponde á la antigua puerta Charsias, y conserva el recuerdo de la entrada triunfal por ella de Justiniano, y la cautelosa de Alejo Comneno, para apoderarse del trono. Aquella puerta es la que sirve de entrada al barrio de los Blaquérnos, en el que se encuentra la iglesia de Nuestra Señora, conocida con el nombre especial del barrio, y una fuente á la que se atribuyen virtudes milagrosas, en el mismo paraje en que se alzaba la antigua iglesia construida por la Emperatriz Pulqueria. Cerca se hallan tambien las célebres *prisiones del Anèma*, que se extendian bajo el palacio de los Blaquernos, descubrimiento que honra la sagacidad arqueológica del Dr. Paspati.

Vuelve á hallarse despues el Cuerno de Oro y la Puerta de Eyub ó *Haivam-Sèrai-Kapussi*, puerta del Cercado, en cuyo paraje evoca la memoria el glorioso recuerdo de la defensa que de aquella parte de los muros hicieron los venecianos, aliados de los griegos, durante el sitio de Constantinopla por los turcos [1].

Costeando el Cuerno de Oro se llega á Balata, el barrio judío, súcio y miserable; pero en el que se halla un verdadero tesoro, más precioso para los amantes del saber que los que avaros guardan en soterradas arcas y pobres vasos sus moradores, la biblioteca del *Metokhion*, ó sucursal del monasterio de Monte Sinaí, que encierra preciosos y apénas explorados manuscritos de gran interes para la historia. Más allá de *Balata-Kapussi* (la puerta del Palacio), que parece corresponder á la antigua puerta Basilika, se encuentra un gran espacio devastado por el incendio, hasta el barrio griego llamado *Phanar*, por haber sido fortificado á la luz de

(1) Esta puerta ha sido destruida recientemente para la construccion de un muelle en el lugar que ocupaba.

antorchas ó faroles, en griego *phanári*, barrio en que se encuentran muchas iglesias del rito griego, y entre ellas la patriarcal. Los edificios de aquella rica barriada se separan del tipo de la casa turca, demostrando el diverso carácter religioso y social de sus moradores, en su mayor parte opulentos é ilustrados griegos, de nobles familias, que han dado á Turquía gran número de hombres de Estado desde fines del siglo XVII, y á la Moldo-Valaquia muchas dinastias de hospodares.

Pasada la puerta de este barrio ó *Phanar-Kapu*, se encuentra *Pteri-Kapu*, *Yeni-Kapu* y *Aya-Kapu*, ó Puerta Santa, así llamada por la iglesia de Santa Teodosia, que se encuentra cerca, y no léjos de la mezquita *de las Rosas (Gul-Djamissi)*, edificada en el sitio que ocupaba el antiguo templo cristiano del *Rosario*. En seguida se halla la puerta *Djubatli*, con el barrio de su mismo nombre, donde principian los mercados musulmanes, la puerta de las Harinas, ó del Almacen *(Oun-Kapan-Kapussi)*, de donde arranca el puente de Mahamud, que lleva al pequeño campo de los muertos á la entrada de Galata. Sólo restan despues las puertas de Madera *(Odun Kapu)*, y la de las Prisiones *(Zindan-Kapu)*, hasta el puente de la Valideh, adonde salen tres puertas muy próximas la una á la otra, y que llevan los nombres de Puerta de la Pescaderia *(Baluk-Bazar-Kapussi)*, Puerta de los Judios *(Tchifut-Kapussi)*, y Puerta de los Jardines *(Baghtchè-Kapussi)*, que es la última que se encuentra ántes de los muros del Serrallo.

Terminada la excursion alrededor de Constantinopla, siguiendo la línea de sus antiguas murallas, vamos á ofrecer á nuestros lectores, en breve resúmen, la noticia de las antiguas regiones de Constantinopla. Lo mismo que en Roma, la capital del imperio de Oriente fué dividida en catorce regiones por Constantino el Grande, de las cuales Galata fué la décimatercera. Cada una de ellas tenia su Eforo ó curador, llamado Jefe de la region, y éste, á su vez, tenia bajo sus órdenes otros jefes inferiores, cuyo cargo era vigilar, sobre todo de noche, para impedir desórdenes é incendios en la ciudad. Ademas habia otros empleados (amphodarcas), que podemos llamar de policia urbana, encargados del buen estado y conservacion de la via pública.

Esta division de la capital duró hasta el tiempo de Arcadio, segun nos

dice un escritor anónimo de su tiempo, que nos ha conservado la descripcion de hermosos edificios públicos, columnas y otros monumentos notables que habia en cada region; pero no sabemos si continuó mucho tiempo despues de la muerte de aquel emperador.

Reinando Alejo Comneno, otro escritor anónimo, religioso, escribió cuatro volúmenes, referentes á las antigüedades de Constantinopla, y dividiéndola en tres principales partes, describió los templos, monumentos y otros edificios que contenia; trabajo de difuso estilo é inconexo, y plagado de errores, al decir de los críticos.

Otros varios escritores coetáneos se ocuparon de la descripcion de la ciudad del Bósforo, entre los cuales figuró Eudoxia, y Jorge Codino; pero casi todos escribian como de cosa conocida de sus contemporáneos, y no para la posteridad, ignorando, en su mayor parte, el origen real de lo que ellos mismos narraban, faltándonos, por lo tanto, una descripcion topográfica clara y precisa, de los monumentos y de las calles de la ciudad, como tambien exactas noticias de los continuos cambios que se sucedieron durante cuatro siglos. Con tan escasos datos, y los más seguros, aunque en corto número, que dan los restos de sus antiguos edificios y monumentos, vamos á ofrecer á nuestros lectores, siguiendo, entre otros, á Brown y Paspati, el resultado de las más aceptadas investigaciones, acerca de las antigüedades y monumentos de Constantinopla, considerándola dividida, como lo hizo el P. Gyllio, en colinas y regiones, dando en ellas, noticia al ménos, de sus principales monumentos.

La primera region es la de Bizancio, que comprende la primera colina, en donde está ahora el palacio de invierno de los Sultanes y la acrópolis de San Demetrio (hoy *Seray Burnoo*). Contiene las iglesias de Santa Mina, San Demetrio, Santa Bárbara, San Pablo, San Lázaro, San Miguel de Tziris y el convento de San Jorge de Mangano, cerca de Baluk-Khana. El *Manganes* ó *Mangana*, es un edificio en que se conservaban los *Manganos*, esto es, las máquinas de guerra para los sitios. Ademas estaban comprendidos en esta region los espléndidos baños de Arcadio, no léjos de la plaza en donde estuvo, en la orilla del mar, *Indjili-Kiuschk;* la columna de Teodosio; un establecimiento para los huérfanos; las casas reales de los *manganes* y la iglesia del Salvador, llamada tambien *Chalka.*

Esta iglesia, construida por Tzimiski, estaba situada enfrente de los Propileos de bronce, en la Plaza Mayor. Los griegos veneraban todavía hace algunos años, como objeto de tradicion, la Santa Fuente del Salvador, que estaba bajo el citado Indjili-Kiuschk. Toda esta region está ahora ocupada por el inmenso y espléndido Serrallo del Sultan.

La segunda region, situada en la misma colina, contiene el admirable y vasto templo de Santa Sofía, la antigua iglesia de Santa Irene (hoy comprendida en el recinto del palacio del Sultan, y llamada el Jeb-Khaneh, (Armeria), y la iglesia de la Santa Vírgen Patriciana). Contenia ademas el palacio del Senado, él de *Eubulus* y el grande y hermoso baño de Zeuxippo, así nombrado, porque segun la Mitología, allí fué donde Hércules amaestró los caballos de Diómedes, baños erigidos por Severo en el lugar llamado antiguamente por tal motivo bosque de Hércules, y embellecidos despues por Constantino el Grande con ricos mármoles, y estatuas de bronce de los hombres ilustres de la antigüedad. Esta region comprendia, ademas, parte del suntuoso foro, rodeado de columnas, algunas de las cuales se conservaron delante de la iglesia de Santa Sofía.

La tercera region, que estaba tambien en la primera colina, comprendia el convento de Odighitria y el de Sergio, ahora trasformado en una mezquita llamada *Kutchuk Aya Sofia* (Santa Sofía menor), la iglesia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y la de Santa Eufemia. Contenia, ademas, el gran circo ó hipódromo, el palacio del Questor, despues *Defterkhâna* (Archivos), el del Aguila y el puerto real Bukoleon, situado en la parte de la Propóntide, cerca de la plaza, hoy conocida con el nombre de *Tchatlady Kapassu*, ó la «Puerta Abovedada.» Hallábase en esta region el pórtico llamado *Sigma*, á causa de su forma, que tenia cierta semejanza con la letra griega Σ, pórtico que estaba situado entre *Tchatlady Kupussu* y *Còndoskelion*. Los historiadores bizantinos llaman á este sitio *Còndoskelion* y *Condoskalion*, y algunos hacen derivar este nombre de cierto Agallieno, que levantó alguna parte de aquellos edificios, y que era *Condoskèlos*, es decir, «de corta pierna,» miéntras otros pretenden, y creemos van más acertados, que proviene de las pequeñas dimensiones del puerto. El palacio de los Patriarcas, llamado *Tomaites* y *Makron*, fué convertido en una casa de fieras, y le llama-

ban *Triclinio*, porque tenia tres escaleras. Muchas escaleras de los palacios de los emperadores se llamaban tambien del mismo modo. Hallábase ademas en esta region la cisterna de Filoxeno, y el gran palacio de Dafna, que ocupaba el sitio en donde se encuentra hoy la mezquita del Sultan Ahmed, y parte del espléndido Foro de Augusto, que se extendia delante del Palacio.

La cuarta region estaba tambien en la misma colina, y contenia la iglesia de la Vírgen de los *Chalcopratianos*, y otras iglesias. La palabra *Chalcopratia* se derivaba de la plaza, en donde se vendian varios utensilios y géneros de cobre: ademas habia en esta region el famoso mercado de Milio, en que se hallaba colocada una gran campana de bronce para anunciar las ventas; el Pórtico real, rodeado de columnas, en donde se administraba justicia y se reunian los oradores y los jurisconsultos, y el resto del gran foro delante de Santa Sofía, y que Constantino el Grande denominó *Augusteon*, en memoria de su augusta madre Helena. Finalmente, encontrábanse en esta region, la gran columna de Justiniano; el Propyleeo y el puerto del gran Palacio, cubierto con tejas de bronce dorado; la iglesia de San Juan el Teólogo, arruinada y convertida despues de la toma de Constantinopla en casa de fieras, que subsistió hasta el año noveno de nuestro siglo; la plaza llamada la *Basilika*, en donde estaba la Biblioteca, y, finalmente, la inmensa cisterna de Constantino el Grande, conocida ahora con el nombre de *Yerè battan Seray*, ó «Palacio subterráneo».

La quinta region, situada en el valle formado por la primera y segunda colina, contenia la iglesia de la Vírgen de Urbicio, la de Santiago de Adelfoteo, la de Trifon y otras muchas. Ademas hallábanse en ella los baños de Honorio, la cisterna de Teodosio, el Pritaneo (llamado ahora *Pachá-Kapussu)*, morada oficial del Gran Visir, conocida tambien por «Sublime Puerta», el baño de Eudoxio, el Strategion (morada del generalísimo), un obelisco y un nymphœcun.

La sexta region comprende la segunda colina, y contenia la iglesia de Santa Irene, la de Santa Ana, las del Apóstol Tomás, Santa Tecla, San Pantelemon, San Miguel, San Andres y San Plato; el convento de Carpo y Papilo; el de San Julian, de San Procopio y la iglesia de San Teodoro

Tyron, donde está ahora *Vafà Maydan*. Esta region contenia ademas un antiguo palacio del Senado, construido por Constantino el Grande, en donde, siguiendo veneradas prácticas, los Emperadores eran investidos del traje consular. Sobre las ruinas de este edificio, despues de la toma de Constantinopla, el *Fatih* ó conquistador, erigió el palacio que llaman hoy *Eskè-Seray* (palacio del Seraskesat). En ella tambien estaba el Filadelfion y el espléndido Foro de Constantino, que los turcos llaman ahora el *Tchemberlistash*, espléndida construccion de forma elíptica, con pórticos suntuosos, y entradas á manera de arcos triunfales, en el centro del cual estaba colocada la renombrada columna dórica de pórfido, llamada Constantiniana.

La sétima region ocupaba la tercera colina y más de la mitad del valle de la segunda, comprendiendo en su recinto las iglesias de San Teodoro, de San Pablo, patriarca de Constantinopla, de San Anastasio y otras; los baños *Carrosianos*, construidos por Valentiniano, y llamados así del nombre de su hija *Carrosia*; y el palacio de Carien, edificado por Teófilo para sus hijas, que fué despues trasformado en un pritaneo para los genízaros, llamado *Aga-Kapussu*. Hacia el Oeste de la colina estaba el foro construido por Teodosio el Grande, en el que se hallaba el edificio de Lambros ó de los Lampteros, edificado por Modesto, eparca de Constantinopla en tiempo de Constantino el Grande; edificio que se conserva y lleva el nombre de *Besesten*. En el mismo foro estaba la gran columna escultural de Teodosio, derribada y rota por una violenta ráfaga de viento, en tiempo de Selim I. Contenia tambien, el Tetrapilon y el Anemidolion, el primero de los cuales, de planta cuadrada, estaba hecho á semejanza del templo de Jano en Roma con cuatro puertas en cada uno de sus lados, indicando las cuatro estaciones del año. Encima del Anemidolion habia una estatua de mujer, que, girando sobre un eje, indicaba la direccion del viento.

Cuando los latinos tomaron á Constantinopla, rompieron y destrozaron, no solamente esta espléndida obra, sino tambien la estatua de Juno, que estaba en el foro de Constantino; las de Páris y Bellerofonte; la de Hércules, obra maestra de Lisimaco, que habia adornado el hipódromo; la de Helena; y las que habia erigido Augusto en Actium, como recuerdo

de su victoria contra Antonio. Todas estas obras fueron fundidas por los conquistadores, para convertir el metal en moneda.

La octava region estaba situada detras de la tercera colina, y en ella lo más notable que habia era el palacio de Teodosio, en el lugar donde despues se ha levantado el mausoleo del Sultan Bayaceto.

La novena region se extendia hasta las Puertas de Condoskali, *Coom-Kapussi*, el puerto de *Yeni-Kapussi*, al Oriente de Vlanga. Con este nombre era conocida la casa que Andrónico Comneno ocupaba ántes de ser emperador. En esta region estaba la iglesia de la Santísima Virgen del Curador, las de Rabdos, de Santa Tecla, á la parte de Condaria, del Apóstol Santo Tomás y otras. Ademas contenia el convento de Mirelio, llamado ahora *Bodrum-Jamissee*, situado más arriba de los jardines de Vlanga, y más abajo las mezquitas del Sultan Bayaceto y *Laleli*; los baños de Anastasia, hija de Valentino, y la casa de Arcadia, hija de Arcadio, situada á la parte de la mezquita de *Shahzadeh;* los almacenes de trigo llevado de Egipto, que estaban al lado de Vlanga; y en fin, la plaza de Amastrion, en donde se conservaba el modium oficial de bronce, para la medida de las harinas.

La décima region ocupaba la cuarta colina, y contenia la nombrada iglesia de los Santos Apóstoles, sobre las ruinas de la cual se edificó la mezquita del Sultan Mahomet, la iglesia del Pantocrator (nombre dado á Dios significando el *Todopoderoso)*, ahora *Zeirek Jamissi*, la de Librius, de San Poliuto, de San Plato y de los Cuarenta Mártires; la de Panachrantos (ó Sin mancha), situada en el sitio conocido ahora con el nombre de *Hadjilar Kiush*, y la de Pantepopte, ó (El que todo lo vé). En esta region estaba tambien el gran acueducto de Valente *(Bastagan Kemeru)*, que existe todavía, la cisterna de Focas, la columna Marciana, un hospital, un nymphæum, y el hermoso baño de Constantino el Grande, que aún subsiste, aunque en muy mal estado, entre las mezquitas del Sultan Mahomed y la de Selim. Este baño, comunmente llamado *Tchukoor Haman*, se ha trasformado en un almacen de trigo y harina. Sócrates, el historiador, llama á este baño de Constancio; pero Eladio, lo mismo que Suidas, lo denomina baño de Constantino, y el cronista Alexandrino refiere, que en el consulado de Amantio y Albini, Constantino

el Grande empezó á erigir un baño público en Constantinopla, cerca de la iglesia de los Santos Apóstoles.

La undécima region ocupaba la quinta colina, que tiene dos cimas, y contenia la iglesia de Santa Teodosia, llamada ahora *Gul Jamissi*, situada al lado de la «Puerta del Santo» *(Ayà-Kapussu);* las iglesias del protomártir Estéban, de Prodromo, á la parte del Petrion; de la Santísima Vírgen de los Mogulianos; de Pammakarista ó (Virgen bienaventurada), iglesia llamada ahora *Fatièh Jamissi*, de San Acacio, y otras; el convento de San Everghétes, y el palacio de Placidia y Eudoxia. Estos tres edificios estaban situados cerca de la colina, encima de la cual se levanta hoy la mezquita del Sultan Selim. Todavía en el Petiron había otras iglesias dedicadas á la Virgen, al Profeta Elias y á Santa Eufemia.

La duodécima region estaba al Mediodia de la quinta colina, y se extendia hasta las murallas de la Propóntide. Ocupaba la sétima colina, y contenia las iglesias de San Mucio, de Santa Eleuteria y del Apóstol San Felipe; los conventos de San Constantino, de San Icasio, de Dius y de Pereolepto, llamado ahora *Sulu Monastir*; y, por último, el de religiosas de Procopia, que existe todavía al lado de Psamatia. Este nombre, segun los historiadores bizantinos, trae su origen de una estatua griega que estaba en aquel sitio, y de que los cristianos se burlaban, llamándola *Kàtà pseuma Theos* (falsa divinidad), y así, por corrupcion de la palabra *pseuma* ó *psoma*, la plaza tomó el nombre de *Psomathion* ó *Psamathia.* Esta region contenia, ademas, el palacio de Pulcheria á la parte de *Yeni-Baktcha;* el mercado del «Buey», situado entre las murallas del Continente, hacia la puerta de Melandisia, ahora *Mevrlevee-Kapussu*, y el foro del «Toro». Se llamaba asi á aquel mercado, á causa de un enorme buey de bronce llevado de Pérgamo por Teodosio y colocado en aquel sitio, buey que no era más que una infernal máquina para quemar dentro de él, lentamente, á los reos. Esta vasta region contenia, tambien, los pórticos de Trajano, las cisternas de Modesto y Mucio, la Puerta Dorada y la Acrópolis, llamada el Stronglyon ó Torre Redonda, conocida despues con el nombre de *Yedi-Kula* ó las «Siete torres». Veiase, tambien, en esta region la plaza de los Seis Mármoles. Este sitio, llamado primeramente

*Exokionion*, estuvo algun tiempo fuera de las murallas de Constantinopla, incluyèndose dentro de su recinto en tiempo de Teodosio el Jóven. Constantino el Grande colocó en aquella plaza una columna con su estatua, y los demas emperadores la enriquecieron con otras que trajeron de Cisico, cambiando la palabra «exo», que significa al exterior, por la de «ex», seis, y de ella la palabra *kionia*, columnas ó mármoles, llamaron á aquel paraje las «seis columnas ó los seis mármoles», nombre conservado por los turcos en el de *Alti-Mermer*.

La décimatercera region es la de Galata, de que habremos de ocuparnos especialmente.

La décimacuarta, y la última, ocupaba la sexta colina, que dividida en dos partes, contenia, en la primera el nombrado Hebdomon, conocido ahora bajo el nombre de *Edirneh-Kapussu*. Allí, segun Teofanes y Zonaras y el cronista Alexandrino, tenia lugar la proclamacion de los emperadores griegos, por el Senado y el ejército, y de allí eran llevados á Santa Sofía para recibir la consagracion. Se llamaba esta plaza *Hebdomon*, porque en la época en que Teodosio el Jóven extendió las murallas á la parte del Continente, era sólo un arrabal de la ciudad. Ademas, esta primera parte contenia la hermosa iglesia de San Juan Bautista; el convento de la Ciudad, llamado ahora *Kahrieh-Jamissee*; la cisterna de Bono; la iglesia de San Juan el Teólogo y la de San Jorge, cerca de la puerta de Adrianopolis, donde la hija del Sultan Soliman, *Mihri-Mah*, construyó una gran mezquita que lleva su nombre, y el convento de Manuel. Ademas hallábanse en ella, el palacio de Constantino, el Tribunal del Hebdomon *(Tekfoor-Seray)*, la espléndida iglesia de las Nueve Órdenes, la fuente de Aspario, tres magníficos baños y un teatro. En la parte baja de la colina, ahora llamada *Egri-Kapu*, hallábase una gran cisterna y la iglesia de la Santa Vírgen de Ciro, y al pié de la colina, á la orilla del Cuerno Dorado, consérvase la célebre iglesia de la Santísima Vírgen del Blackernes, la de los Apóstoles Pedro y Pablo hoy llamada (*Ayvan-Seray-Jamissee*), y las iglesias de San Nicolás y Santa Tecla. En el interior, y á la derecha de la puerta de *Ayvan-Seray*, hay un barrio turco, donde está la fuente de San Basilio, y en él puede verse todavía una pequeña iglesia bizantina convertida en mezquita, que debe ser una de las

mencionadas arriba con el nombre de San Nicolás y Santa Tecla, las cuales, segun los historiadores bizantinos, estaban situadas cerca del Blackernes. Cerca estaba tambien el palacio de este nombre, llamado Palacio Mayor, la torre de Anéma, la de Isaac y el baño público de Blackernes.

De tantos y tan notables monumentos, el azote devastador de la guerra apénas ha dejado escasos restos de algunos de ellos, por lo que con fundamento se dice que las antigüedades son realativamente poco numerosas en Constantinopla, comparadas con las obras inmensas emprendidas y terminadas por los emperadores romanos y griegos, para enriquecer las cuales no vacilaron en despojar de sus más ricas preseas á todas las provincias del Imperio, y áun á la misma antigua y opulenta capital de las orillas del Tiber. Pero ántes de entrar en el estudio de las antigüedades, que por ventura subsisten, creemos oportuno, ya que dimos á conocer las antiguas regiones en que Constantinopla estaba dividida en la época bizantina, ofrecer ahora á nuestros lectores el cuadro que hoy ofrece al viajero la moderna y heterogénea ciudad del Bósforo en los diversos cuarteles que la forman, teniendo por guía para esta parte de nuestro trabajo, no sólo nuestros propios apuntes, tomados en los mismos lugares de que tratamos, sino tambien los trabajos de otros viajeros.

Constantinopla ofrece un extraño conjunto de barrios diversos, más extraño aún para nosotros los españoles, poco acostumbrados á ver en nuestra patria agrupaciones numerosas de diversas nacionalidades y creencias, viviendo en el recinto de una sola ciudad. La parte principal la constituye Stambul, la antigua Bizancio, núcleo musulman de la corte de los sultanes; y despues se hallan los barrios de Galata y Pera, donde reside exclusivamente la gente franca; el de Phanar, reservado á los griegos, y Balata, para los judios.

Stambul es la ciudad turca por excelencia, la antigua residencia de los emperadores, y donde se hallan todavia los últimos restos de su poder; se eleva entre Pera y Scutari sobre una colina que lentamente desciende hasta el mar, cuyas tranquilas ondas, como las de un apacible lago, bañan los jardines del Serrallo. Como no puede ménos de suceder, es el barrio más considerable, del que se muestran verdaderamente celosos los turcos, y cuyas puertas se cierran al anochecer, no permitiendo á ningun cristia-

no tener en él su morada. Bien es verdad que fuera de sus escasos monumentos, sus palacios y sus mezquitas, ofrece poco atractivo para vivir en él á los hijos de las modernas sociedades.

Sin que nunca se haya pensado en regularizar los niveles de las antiguas siete colinas de Bizancio, hay que estar á cada momento subiendo y bajando cuestas, y las calles, que no obedecen á plan alguno, sino al capricho de los constructores de los edificios, forman un verdadero laberinto, del cual es imposible salir sino con guia muy experimentado, siendo, además, molesto en extremo andar por ellas, á causa de su detestable piso, que más las asemeja á un camino abandonado, que á calles de una ciudad medianamente culta.

Balata, el cuartel de los judios, como ya indicamos hace poco, es un verdadero lodazal infecto y repugnante. Las casas se caen sin que sus dueños procuren repararlas; las calles están siempre cubiertas de hediondo barro; los moradores se cuidan bien poco del personal aseo y compostura, atentos sólo á procurarse los sórdidos placeres de la avaricia, y, segun la gráfica frase de un escritor, viven tranquilos bajo una triple capa de desprecios, de vicios y de abandono.

El Phanar, en cambio, el cuartel griego de Stambul, se dice, y con razon, que tiene algo de comun con el *West-End* de Lóndres, y el faubourg Saint-Germain de París. Allí viven orgullosos de su alcurnia, pero débiles para levantarse á la altura de sus progenitores, los descendientes de los Paleólogos, de los Comnenos, de los Contacucenos y de los Ducas. La sangre imperial de Bizancio corre por las venas de los phanarienses. Sus casas, labradas de piedra, ya presentan cierto carácter monumental, con sus labrados balcones sostenidos por pilares ó por anchas y escalonadas ménsulas, que recordamos más tarde al ver los de las casas de los antiguos Caballeros de Rodas, ya con sus estrechas fachadas, sus espesos muros, sus altas rejas parecen moradas señoriales y fortificadas para resistir un asedio. Dentro de aquellos monumentales edificios, que despiertan en la imaginacion del viajero los recuerdos de espléndidos períodos históricos, *que nunca volverán*, viven mujeres pálidas y hermosas, de negros y soñadores ojos, de espiritual y triste sonrisa, de perfil griego, cuyas costumbres, cuya ilustracion y cuya inteligencia, contrastan poderosamente

con las de las pobres mujeres turcas, elocuente testimonio del engrandecimiento que la hermosa mitad del género humano debe á la santa y divina religion de Jesucristo.

Los hombres de aquella raza vencida, dignos de las compañeras de su existencia, aunque menospreciados por los conquistadores, que les llamaban *rayas* ó rebaños, supieron imponerse por la fuerza de la inteligencia, dominadora siempre, tarde ó temprano, de la inconsciente fuerza bruta, y no sólo conservaron la mayor parte de sus iglesias, sino tambien la libertad de su culto y su administracion privativa y exterior, gobernándose por un Consejo de Notables, y ejerciendo tal influencia por la superioridad de su cultura y de su genio, que los turcos solicitaron siempre sus servicios para los más difíciles cargos, sobre todo diplomáticos, y hasta, como ya dejamos apuntado, de ellos salieron los más distinguidos hospodares de la Moldavia, la Valaquia y la Sérvia. La guerra de la independencia, que desmembró de los dominios del Sultan el actual reino griego, como no po dia ménos de suceder, quitó mucha parte de su importancia política á los fanarienses, á lo cual contribuyeron tambien las tentativas de la iglesia ortodoxa de Rusia; pero la incansable actividad y la inteligencia de aquella raza privilegiada, ha encontrado digno empleo en las especulaciones del alto comercio y la banca, alcanzando envidiable crédito en todas las plazas mercantiles del mundo. Asi han logrado continuar dignamente las tradiciones de la opulencia y del buen gusto que distinguió siempre á sus antepasados, conservando en medio de su forzada dependencia de los turcos el triple prestigio que caracteriza á aquella raza: la hermosura, la opulencia y el genio.

En Phanar se encuentra la iglesia catedral de los griegos cismáticos, de la que habremos de ocuparnos más adelante.

Los Armenios ocupan tambien en Constantinopla un barrio especial, que lleva su nombre, y que tiene cierto punto de contacto con el de Phanar, en lo que se refiere á la limpieza, al órden y al gusto, en todo lo que forma el *confort* de los pueblos occidentales. La casa armenia ofrece un aspecto que atrae, con su jardin, sus limpias fachadas y pintadas ventanas y puertas; pero la raza armenia, como ha observado con razon un viajero, es más práctica, y busca mejor lo positivo que lo brillante. Se ocupa de

las artes constructivos, de industrias y de ciencias, y tiene notables arquitectos, ingenieros y médicos, pero no produce poetas. Hay la diferencia entre el griego de Phanar y el armenio, que existe entre el noble descendiente de ilustres familias, que áun en medio de la desgracia conserva esos rasgos especiales de distincion y de grandeza, que no se aprenden ni se enseñan, que forman una segunda naturaleza, y que se trasmiten con la vida, y el hombre de negocios, el activo industrial, el afortunado banquero, que procuran rodearse de todos los esplendores que sus riquezas les permiten adquirir, pero que no consiguen imitar, sino en parodia, la verdadera grandeza del aristócrata de antigua raza, cuyo disculpable orgullo, que la mayor parte de las veces es dignidad, sólo saben traducir por insufrible altaneria, demostrando, con más frecuencia de lo que deseáran, resabios de lo que fueron.

Los armenios han gozado tambien de la influencia que habia de darles su mayor ilustracion en la corte de los Sultanes, y á ellos están encomendados importantes puestos de la administracion pública, principalmente en asuntos financieros; han prestado sus servicios, como voluntarios, en los ejércitos turcos; hablan el idioma de éstos, áun cuando escriben con caractéres armenios; y sus costumbres exteriores tienen alguna semejanza con las turcas, presentándose sus mujeres cubiertas, tambien, con velo en la calle, y guardando cierta reserva en la admision de personas extrañas en la confianza de las familias. Sin embargo, reciben visitas á la manera que en Europa, pero las mujeres jamas hablan directamente con los amigos de sus esposos, de sus padres ó de sus hermanos, sino por medio de éstos, á los que sirven con un esmero y cuidado, que recuerda los de las mujeres de la clase media en algunas comarcas de España, principalmente en Andalucía.

Contrastando con estos barrios levántase Pera, cuyo nombre en griego πέρα, quiere decir, enfrente, nombre que corresponde con exactitud á la posicion que ocupa con relacion á Stambul; y su existencia data sólo del siglo XVI, en cuya época no era más que una pobre aldehuela. Empieza á figurar en la historia cuando tienen lugar los tratados de Soliman y de Francisco I, designándose como lugar de residencia para el enviado del rey de Francia, estando firmados sus primeros despachos

diplomáticos en las «Viñas de Pera». Pero bien pronto, el carácter activo y emprendedor de los franceses, convirtió en una floreciente poblacion la modesta aldea, haciendo acudir á ella, con esa poderosa atraccion que distingue á Francia de todas las naciones del mundo, industriales y mercaderes, no sólo de la capital y de los departamentos, sino de Inglaterra, de Italia y áun de Alemania. Pera está compuesta de una gran calle principal, á la que vienen á confluir otras, más estrechas y pequeñas, formadas todas por casas de piedra de dos y tres pisos, á la europea, y con tiendas al estilo, en un todo, de las de Lóndres y Paris. Este es el barrio, por excelencia, de los europeos, que en él encuentran fondas, generalmente sostenidas por industriales italianos, en las que se observan las mismas costumbres que en las de cualquier capital de Europa. Este barrio, sin embargo de la eterna desconfianza de los maridos ó amos turcos, suele verse concurrido por mujeres de los haremes, que con sus vistosos trajes, y veladas con el feredjé, acuden á comprar telas y objetos de lujo europeos, principalmente agua de Colonia y productos de perfumería, por los que tienen una aficion que excede á cuanto pudiera decirse para ponderarla. Estas expediciones no las hacen, sin embargo, solas, ni áun siquiera en union de alguna amiga, sino que van siempre seguidas de la gruñona dueña ó del huesudo y receloso eunuco, llevando como mejor preservativo la inocencia de sus hijos, que generalmente tambien las acompañan. Las mujeres turcas tienen, ademas, una manera especial de hacer sus compras en las tiendas europeas. Sea porque las de sus bazares tienen lo que llamariamos el mostrador, en la misma línea de la calle, sea porque, como dice con picante gracejo un escritor frances, los maridos turcos temen á los peligros de la trastienda, es lo cierto, que los comerciantes de Pera tienen que sacarles las mercancías á la puerta, pues por ningun pretexto pasarán el dintel.

Las embajadas de todas las naciones occidentales se agrupan en esta importante poblacion, que tal nombre merece mejor que el de barrio, pues cuenta con más de veinte mil cristianos; pero miéntras todas tienen casas más ó ménos importantes, sobresaliendo entre ellas por su *humildad* la de España, la Rusia ostenta con aires de futura, ó por lo ménos pretendida señora, un soberbio palacio que domina el Bósforo, el

Cuerno de Oro, la tierra, el mar, cuanto abarcan las ávidas miradas de sus dueños.

En Pera hay teatros, donde se cantan óperas italianas y se representan *vaudevilles*, y comedias del antiguo teatro frances, traducidas al turco, á cuyas representaciones suele acudir alguna vez el Sultan y personajes turcos; pero no la generalidad de los osmanlis, que gustan mucho más de sus primitivos espectáculos del Karagheuz. En cambio, están muy concurridos de armenios y griegos, que penetran á veces más allá del escenario, tomando activa parte en intrigas de bastidores, por las que demuestran más aficion de lo que á la tranquilidad de sus familias conviniera.

Este importante barrio europeo, como dice acertadamente Luis Enault, ha servido al sultan para hacer ensayos de civilizacion, ántes de adoptar las reformas para Stambul. Así, en Pera se estableció la escuela de Medicina, que permitía las disecciones, á que tanta repugnancia y horror demuestran siempre los musulmanes.

Antes de terminar estos apuntes sobre tan importante barriada de Constantinopla, no podemos prescindir, amantes siempre de la justicia, de consignar, que los europeos encuentran en ella especialmente, la hospitalidad más digna y tolerante, guardándose á sus diferentes cultos un respeto inalterable, hasta el punto que en la procesion del Corpus Christi que celebran los católicos, van dándole escolta de honor con el arma al brazo los soldados del Sultan.

Galata es otro barrio que pudiéramos llamar europeo, y que ya en la Edad Media era la poblacion de los genoveses y de los venecianos, encontrándose todavía en sus antiguas casas recuerdos de familias italianas del siglo XV. Se atraviesa para entrar en él por puentes levantados sobre fosos, todavía á medio cegar, y una gran torre le domina, echándose de ménos sobre ella la bandera de los gonfalonieros. Las casas de piedra ó de ladrillo, macizas y reforzadas con almenas á manera de castillos, con rejas abiertas sin órden ni simetría, que avanzan sobre las puertas forradas de hierro, están revelando la morada del comerciante y del soldado, de cuyas dos cualidades sólo conservan sus actuales habitantes las del mercader. Sin embargo, no toda Galata presenta igual aspecto. Cuando

se desciende hacia el puerto se atraviesan callejas miserables, formadas por casuchas de madera, donde se agrupa una poblacion poco cuidadosa de las más elementales reglas de la higiene. Es un amontonamiento de jónios, de croatas, de griegos, de malteses y de dalmatas, poblacion compuesta y depravada, que vive á expensas del prójimo, ocupada en toda clase de reprobadas artes, respetada y amparada cuando se ve perseguida por la nacionalidad de su pais, donde probablemente ninguno de los individuos que la forman prodrá volver, sin exponerse á quedar en seguida bajo la accion de los tribunales de justicia. Por fortuna, ésta es la última capa social de Galata, donde el comercio digno tiene numerosos representantes. Aquel barrio, sin embargo, no ofrece el carácter, la fisonomia puramente europea, que encontramos en Pera, porque allí los levantinos están mezclados con los francos. Un comercio al por menor, de increible actividad, se desarrolla en aquellas calles estrechas, y nada limpias, siendo objeto de sus innumerables transacciones toda clase de efectos y de todas procedencias, lo mismo orientales que occidentales; pero sin presentar el colorido caracteristico que presta especial encanto á los bazares de Stambul, sino el triste movimiento del Temple de Paris ó del Rastro de Madrid.

En medio de tanta vulgaridad, la atencion del viajero se separa del mundo real que le molesta y fatiga, para fijarse en un monumento de celebridad europea, en la torre de Galata, llamada en otros tiempos Torre de Cristo, que se levanta entre cipreses en un rincon del pequeño campo de los muertos, dominando con su imponente mole casas, árboles y sepulcros.

Galata, que como hemos dicho era la décimatercia region de Constantinopla, fué llamada en lo antiguo *Sikai* ó, Las Higueras, á causa del gran número que de ellas habia en el terreno que hoy ocupa la populosa barriada en toda la punta Norte del Cuerno de Oro. En opinion de Juan Szesse y P. Gillius, el nombre de Galata se debe á los galos que pasaron por aquel paraje en el año 270 ántes de Jesucristo, conducidos por Breno. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que ya existia en la época romana, y hasta se dice tuvo templos paganos, aumentándola y engrandeciéndola Justiniano, que de su nombre la llamó, Justinópolis.

Los genoveses obtuvieron despues de Miguel Paleólogo, permiso para establecer en ella una colonia mercantil, colonia que prosperó hasta el punto de extender su comercio, desde la Tauride hasta el Polus Mœtide y la embocadura del Tanais, con lo que llegaron á tal encumbramiento, que levantaron rebelde bandera contra el mismo Paleólogo, que los habia recibido tan generosamente en sus dominios; el cual les hizo sentir los efectos de su justo enojo, castigando por fuerza de armas tan negra ingratitud.

En tiempo de los Andrónicos y de Juan Cantacuzeno, aprovechando la buena coyuntura que les presentaba la guerra civil que habia estallado, entre los dos emperadores, tomaron de nuevo las armas los de Galata, para estar prevenidos á todo evento y la rodearon con murallas y fortalezas. Bien comprendia Juan Cantacuzeno el peligro que su poder corria dejándoles levantar aquellas fortificaciones; pero como se sentia inferior á los genoveses en fuerzas maritimas, no se atrevió á moverles guerra; con lo que, juzgándose cada vez más poderosos, llegaron hasta á dirigir sus ataques, abiertamente, contra los muros de Constantinopla, en tiempo de Juan Paleólogo, cuñado de Cantacuzeno, sin embargo de lo cual, nunca pudieron conseguir sus audaces proyectos de dominacion.

Dudosa su conducta, para algunos, durante el último asedio de Mahomet II, que terminó con la conquista de la ciudad y la desaparicion del imperio de Oriente, tomaron, sin embargo, las armas en defensa de los sitiados, por más que al ver eclipsarse por completo la estrella de los griegos, creyesen recobrar toda su preponderancia mercantil bajo la dominacion turca. Poco debieron durarles estas esperanzas, pues Mahomet II, despues de la toma de la ciudad, los arrojó rudamente de Galata, prohibiendo la navegacion del Ponto Euxino (mar negro) á todos los buques europeos.

En tiempo de los emperadores griegos, Galata contenia los baños y el foro de Arcadio, un teatro, un arsenal, la iglesia de San Miguel, la de los Macabeos, la del Profeta Samuel, de la Virgen, de San Ireneo, templo antiguo trasformado en iglesia por Constantino el Grande, y que despues Justiniano restauró con verdadera suntuosidad. Esta iglesia estaba situada en la entrada del Cuerno de Oro, en el sitio hoy llamado *Top-Klanch*; no quedando de todos aquellos edificios, en los modernos tiempos, más que

la iglesia latina llamada *Arab-Jamassee;* las murallas de la parte del mar (que las de la del Continente fueron derribadas por Mahomet II, dos semanas despues de la toma de la ciudad), y la torre de Galata, entónces llamada, como hemos indicado, «Torre de Cristo». Esta torre fué construida primeramente por Anastasio, con objeto de que sirviese de torre de señales, y á la vez de atalaya marítima, y aumentada por los genoveses en 1446. En 1794, Selim III la restauró por haber quedado muy maltratada en un incendio, y como despues volvió á sufrir la misma suerte, Mahamud II la reconstruyó en 1824.

Todo lo que restaba en Galata de sus antiguas murallas y puertas, fué destruido hace pocos años, por medida de policía urbana, conservándose sólo en lo más alto de la colina que forma la barriada, la expresada torre. De planta redonda, tiene en su parte superior una especie de linterna con cristales, y encima una galería de ventanas, estando todo surmontado por un remate cónico de bronce, que termina en una punta dorada. Desde su entrada, abierta hacia el Sur, una rampa, mejor que una escalera, dividida en ocho pisos, conduce á la citada galería circular de cristales ó linterna, donde se ha establecido un café, para servicio de las muchas gentes que de continuo suben á contemplar desde aquella altura, el admirable panorama de Constantinopla. Cuarenta y un escalones conducen á la segunda galería de ventanas, y esta torre, imponente por su mole, tiene por todo adorno debajo de la primera galería, una cornisa formada y sostenida por arquería ornamental.

En lo alto de la torre velan atentos guardianes dia y noche, para avisar en el momento en que noten el menor indicio de un incendio, guardianes que, ya acostumbrados á ella, apénas hacen alto en la magnífica vista que desde aquella altura se disfruta, y que es indudablemente de lo más bello que puede contemplarse. Desde tan elevado observatorio, abarca la mirada el Serrallo, el castillo de las Siete Torres, la cúpula de Santa Sofía, los minaretes de la mezquita Achmet, los verdes cipreses de Scútari, elevándose al cielo, como plegarias de la naturaleza por los que á su sombra descansan, la lejana campiña, las casas de recreo y los haremes, ocultos entre bosques de flores y verdura, las blancas líneas de los acueductos, casi borradas por festones de yedra, el Bósforo con su ondulante superfi-

cie, movida por las contrarias corrientes que le agitan, y el Cuerno de Oro, inmóvil, y el mar de Mármara, resplandeciente como un inmenso espejo en el que, iluminado por el espléndido sol de Oriente, refleja aquel hermoso cielo su inmensidad.

Cerca de la torre de Galata, encuéntrase uno de los conventos de los célebres derviches volteadores de que ya hemos hablado, una bellisima fuente turca, y el convento y la iglesia de los Franciscanos.

Deciamos hace poco, que las antigüedades eran relativamente poco numerosas en Constantinopla, si se las compara con los numerosos monumentos levantados por los emperadores romanos y griegos, y con efecto, fuera de la grande y pequeña Santa Sofía, y de las iglesias bizantinas, pocos son los restos que del antiguo poder romano quedan en la ciudad del Bósforo, como elocuentes y gigantes testimonios de su esplendor pasado. Entre ellos ocupa el primer lugar el Hipódromo, en turco *At-Meidan*, plaza de los caballos, que evoca todos los recuerdos históricos de Constantinopla. Aquel vasto espacio, con sus 370 metros de longitud, y sus 60 á 70 de anchura, es uno de los trazos más caracteristicos del mundo romano en la Edad Antigua y en la Edad Media, hasta la terrible catástrofe en que se hundieron los restos de aquellos grandes pueblos griego y latino, más que bajo el peso de las armas turcas, bajo la inmutable ley de la Providencia, que había marcado su última hora en el cuadrante de los tiempos.

Cuando Constantino Severo, queriendo dejar permanente memoria de su crueldad, más que de su justicia, destruyó casi completamente la antigua ciudad de Constantinopla, en castigo de su rebelion, y pasados los primeros y ciegos momentos de su cólera, quiso reedificarla, el primer monumento en que pensó, fué aquel colosal recinto dedicado á la lucha y á la carrera, como el que más propiamente podia representar, en el mundo de los orientales, la índole de aquel degenerado pueblo romano, que veia satisfechas todas sus aspiraciones siempre que tuviese *panis et circenses*. Severo, pues, fué el fundador del hipódromo; y como el terreno elegido para él no presentase toda la superficie necesaria para la gran extension que queria darle, hizo elevar pilares por la parte del Sur, en que el terreno de la colina desciende, y sobre los pilares gigantes bóvedas, que sostu-

vieran el ficticio suelo, ámplios subterráneos que se conocen hoy con el nombre de la *Cisterna fria.* Los sucesores de Septimio Severo, no sólo respetaron aquella obra gigantesca, sino que se extremaron en embellecerla; y tal importancia la dieron, que su eje sirvió como de orientacion para todos los grandes edificios bizantinos, tales como el palacio imperial levantado por Constantino, y la iglesia de Santa Sofía, por Justiniano, imponiendo su orientacion lo mismo al palacio que á la iglesia, á la ciudad que á los edificios públicos; pudiendo decirse con razon, como escribe un historiador extranjero, que el eje del Hipódromo, determinado hoy por los obeliscos, fué en cierto modo el centro hacia el cual gravitaba el mundo bizantino; por lo cual aquel histórico paraje es un monumento de gran precio para los trabajos arqueológicos, que tengan por objeto el deslinde de la antigua topografía de la ciudad.

Como todos los de su género construidos en la época greco-romana, el Hipódromo tuvo por modelo el circo Máximo de Roma, siendo su planta general una vasta superficie plana, cerrada en uno de sus extremos por una línea recta, y en el opuesto por un hemiciclo, y á los lados por otras dos líneas rectas, que se unian en ángulo recto á la del primer extremo. Las graderías para los espectadores, elevábanse en el hemiciclo; y á los lados, y en el opuesto lado rectilíneo, frente al hemiciclo, se levantaban construcciones especiales, palcos que pudiéramos llamar para los grandes personajes, y debajo las caballerizas, cocheras y guardaneses (carceres ó mangana), delante de las cuales se colocaban en fila los cocheros, prontos para comenzar la carrera, tan luégo como dada la señal, cayese la barrera que los contenía. En este mismo lado, y encima de las carceres, se elevaba la tribuna imperial (το κάθισμα), que mejor parecia ella sola un palacio, y que estaba unida al gran Palacio Imperial, y comprendida en su recinto. Este palacio era en efecto, como el Kremlim, como el Serrallo moderno, una especie de vasta fortaleza, que contenia dentro de sus muros iglesias, palacios y jardines. El Emperador por este medio podia asistir á los juegos del Hipódromo, sin dejar su palacio, puesto que su gran tribuna formaba parte de él. Con prudencia suma en aquella época de continuas revueltas, el palco imperial estaba separado de todas las graderías y sostenido por altas columnas, quedando aislado y dominando los mares de las

iras del pueblo, si como acontecia con frecuencia; se levantaban amenazadores. El verdadero palacio que formaba la tribuna del emperador, se componia de un *triclinium*, donde en los intervalos de los juegos invitaba el soberano á comer á sus altos dignatarios, de un *cubiculum*, donde segun la complicada etiqueta prescribia en determinados casos, pudiese cambiar de traje, y del palco propiamente dicho, en el que aparecia con toda la lujosa majestad de su corte, compuesta de numerosos oficiales palatinos, y de multitud de eunucos y servidores de menor categoría. A derecha é izquierda, en otros palcos, estaban los grandes dignatarios del imperio, y desde ellos se podia descender á otra terraza más baja, que avanzaba sobre la arena, formando una especie de π griega, de donde tomó el nombre de Pi, terraza que, como punto avanzado y primer escalon humano de aquella colosal gradería de guerreros, empleados y cortesanos, ocupaban las vistosas guardias imperiales, con sus vexilos ó estandartes. La Augusta ó emperatriz asistia detras de ventanas, cubiertas con enrejados ó celosias, al animado espectáculo, desde un gineceo perteneciente á la iglesia de San Estéban, próxima al circo, y edificada por Constantino, por no permitir aquella etiqueta tan rígida en el formulismo exterior, que se reuniesen personas de uno y otro sexo en tales actos, lo cual, léjos de producir saludables efectos para la moral, convirtióse en foco de reprobadas costumbres. La magnífica tribuna imperial, que con sus altas columnas formaba un monumental frontispicio, estaba enriquecida ademas con los famosos caballos de bronce, atribuidos á Lisippo, y que fueron llevados y traidos, primero á Constantinopla; despues, á consecuencia de la cuarta cruzada, á Venecia; instalados sobre el arco de triunfo del Carrousel, más tarde, como artístico trofeo de las victorias de Bonaparte; y restituidas á la patria de Dándolo al eclipsarse la buena estrella de los franceses en 1814, donde todavía causan, en San Márcos, la admiracion de artistas y viajeros.

El orígen y vicisitudes de estos caballos, ha sido objeto de largas investigaciones entre los eruditos. Se cree que fueron llevados á Roma despues de la toma de Corinto por los romanos, y que estuvieron colocados primeramente sobre el arco de triunfo de Neron, y despues de Trajano, llevándolos más tarde Constantino el Grande á su nueva ciudad para ador-

nar con ellos el Hipódromo. Otros, siguiendo á un historiador anónimo, contemporáneo de Alejo Comneno, á Papias y á Codino, dicen que fueron llevados directamente desde Chios á Constantinopla por Teodosio el Jóven; pero como estos historiadores no merecen toda la fe que la crítica histórica requiere, habiéndoseles encontrado más de una vez equivocados en sus noticias, no puede considerarse como resuelta y terminada por ellos esta disquisicion arqueológica. La materia con que están formados los célebres caballos, acusa su procedencia, pues consiste en aquella célebre amalgama de cobre, oro y plata, llamado cobre corintio, porque fué especialmente usado y áun ideado por los artistas de aquel pais, asegurándose que es la única obra que ha llegado hasta nosotros de aquel metal.

«Seria imposible, dice con razon un escritor de la vecina República, enumerar ni áun indicar siquiera, el número de estatuas ó de objetos de arte que se habian acumulado dentro y alrededor del Hipódromo. La Grecia, el Asia, el Egipto, la Sicilia, Italia y la misma Roma se vieron despojadas de sus riquezas artísticas ó religiosas en provecho de la nueva capital. Reconstituyendo con la imaginacion todas aquellas magnificencias, engrandecidas por tintas brillantes, por el *velárium* de púrpura, los trajes magníficos de los grandes, la multitud inmensa vestida tambien con sus mejores galas, las armas resplandecientes, y las banderas de los diversos bandos, el lujo de los carros, de los cocheros y de los atalajes, no tendremos más que una débil idea del espectáculo que debian ofrecer aquellas solemnidades á los ojos de los extranjeros, de los príncipes, de los enviados, de los comerciantes de todos los paises, que acudian á presenciarlas, y se comprenderá, aunque sin excusarla, la singular pasion que habia concluido por anular todas las demas en aquel pueblo decadente. Si el orígen de los juegos del circo se pierde en la noche de las historias primitivas de Grecia y Roma, es necesario convenir en que desde hacia mucho tiempo habian perdido el carácter civilizador que tuvieron en el nacimiento de las sociedades griega y romana. Miéntras duró la república en este último reino, no hubo cuestion de Verdes ni de Azules, ni de cocheros ni de facciones, porque el pueblo romano tenia otros más importantes cuidados. Solamente con el poder absoluto del César, aparecen las frívolas y turbulentas contiendas del Hipódromo. Adormecer con los placeres sensuales y

teatrales á los pueblos enervados por los goces de la materia, para hacerles olvidar sus libertades perdidas, ha sido siempre la política del cesarismo; la manía por los caballos y los cocheros, ejercia á la vez una accion enervante, que no tenian los combates de los gladiadores y de las fieras, y semejante régimen entrañaba á la vez la decadencia general del arte y de la literatura. Un pueblo loco por estos espectáculos, no podia interesarse por las obras maestras de la tragedia ni de la comedia antiguas. La época de los poetas habia pasado. El mismo Cristianismo, tan severo por los Padres de la Iglesia hasta el siglo IV contra los juegos del circo, suavizó sus censuras con los del Hipódromo, y hasta, desde el siglo VI al X, los patriarcas, los obispos asistian á ellos y los consagraban con bendiciones y cantos religiosos.»

La conducta de aquellos altos dignatarios de la comunion cristiana tiene sin embargo fácil explicacion, pues en los nuevos y ostentosos juegos de las carreras, no se derramaba bárbara é inútilmente la sangre humana, siendo por lo tanto un verdadero progreso en la marcha de la humanidad. Si se convierten pronto en orígen de discordias civiles; si toman el carácter de rivalidades políticas; si los partidos de los Azules y de los Verdes, se convierten en asociaciones poderosas reglamentadas y organizadas, con sus dignatarios, sus subordinados, sus cocheros privilegiados, su ejército de palafreneros y servidores, de artistas, de músicos y de multitud de adeptos, que se agitaban lo mismo en la capital que en las provincias; si la preferencia del emperador por los unos ó por los otros, toma el carácter de acontecimiento político que trasciende á todo el imperio, y es orígen de verdaderas revoluciones, sobre todo despues que el jefe del Estado los dejó organizarse en verdaderas milicias; si á consecuencia de ello la sangre corria con frecuencia, despues de las carreras del Hipódromo, hasta el extremo de cubrir su arena con 40.000 cadáveres, como sucedió en la gran sedicion de tiempo de Justiniano, culpa no es todo ello de los juegos que, considerados en sí mismos, nada ofrecian de repugnante ni de contrario á la dignidad del hombre, ni á la marcha civilizadora de la humanidad, sino de la decadencia que se notaba en todas las esferas de la vida pública y privada, efecto natural de la atonía de un pueblo en su decrepitud. Las mismas y más terribles cuestiones y sangrientos conflictos, pro-

dujeron las disputas teológicas, y no por eso hemos de culpar de ellas á la eterna religion del Crucificado. El apasionamiento por cuestiones de detalles y pequeñas causas que ciegan la razon y conducen al extravío del sentimiento, es más propio de naturalezas débiles que de temperamentos vigorosos; y los pueblos, como los individuos, se dejan arrastrar por él en los periodos de su decadencia, miéntras en los de su verdadera grandeza y apogeo, prescindiendo de pormenores sin verdadero valor real, sólo sienten el fecundo y generador impulso de los grandes ideales, de los elevados pensamientos.

El Hipódromo de Constantinopla despierta en la mente del viajero numerosos recuerdos históricos, que acuden en tropel al contemplar aquella vasta plaza, donde, como tristes y destrozados restos de la osamenta de un gigante, consérvanse el Obelisco, la Columna Serpentina y la Pirámide murada ú obelisco de silleria. Tras el horrible clamor de aquella titánica lucha, que cubrió con cadáveres el espacio de aquel recinto de la ostentacion y de los placeres públicos, en tiempo de Justiniano, se creen oir los gritos de muerte, precursores de la caida de Mauricio y del triunfo de Phocas; los alaridos de la multitud al ver mutilar á Justiniano II, y las aclamaciones de la misma, siempre mudable, *cual pluma al viento*, al verle entrar en triunfo; las horribles carcajadas y sarcasmos del populacho al apedrear en su tribuna al emperador Miguel, ó al pasear ignominiosamente, ántes de colgarle por los piés y abrirle, á Andrónico Comneno; los rudos y bárbaros ultrajes que, en aquella misma arena, hacian sufrir á los condenados á muerte, ántes de decapitarlos ó de quemarlos; los gemidos de las víctimas del enojo imperial, como consecuencia de la represion de las facciones por Belisario; las humillaciones de los reyes extranjeros vencidos, y allí llevados como trofeos con marcial y esplendorosa pompa; las locas y discordantes voces de la multitud en las delirantes fiestas carnavalescas; todo se cree oir y ver allí, confundido en fantástica agrupacion, que á ser posible representar en gigantesco cuadro, haria dudar de la razon del pintor que lo ejecutase, y que, sin embargo, sería pálido reflejo de una faz sólo de la inmensa locura humana.

Las carreras de caballos, como fiesta periódica, que recordaba el aniversario de la fundacion de Constantinopla, establecidas por Constantino,

celebrábanse en aquel inmenso recinto, al que daban acceso tres puertas. La llamada de Antioco, reservada sólo á los Emperadores, la segunda la de Décimo, y la tercera Nekra Pyli ó Puerta Triste. Todo alrededor del Hipódromo se extendian ámplios pórticos, desde donde, por escaleras de mármol, se subia á las gradas ó á las tribunas.

La vasta extension de aquel recinto disminuyó más tarde, porque se construyó en un lado la mezquita del Sultan Ahmet, comprendiendo mucha parte del terreno que ocupaba el gran Palacio, y en el otro un antiguo edificio llamado el Questorio, ó Tesoro del Erario. Este edificio, construido por Constantino el Grande, sirvió de palacio al Questor, y en modernos tiempos se destinó á una especie de Tribunal de Cuentas, llamado por los turcos *Defter-Khaneh.*

De las numerosas columnas, estatuas de dioses, de héroes, emperadores y gladiadores, como de todas las obras artísticas que adornaban el Hipódromo, debidas á los más esclarecidos artistas de Grecia, las que eran de bronce fueron fundidas para convertirlas en moneda, despues de la toma de la ciudad por franceses y venecianos, y lo que restaba, á consecuencia de la conquista por Mahomet II, fué destruido, arrebatado ó trasportado á otros parajes, salvándose sólo los tres monumentos que hemos mencionado, como por milagro, á la segur del tiempo ó á la más inexorable de la barbarie humana. Cuanto se habia conservado de los asientos de mármol, el Visir Ibrahim Pachá, de Parga, griego de origen, y privado del Sultan Soliman, lo trasladó al espléndido palacio que construyó en 1524, paralelamente al Hipódromo, en donde está ahora el *Mehter-Khaneh* (ó depósito de mercados), y la manufactura de *(Boyá-Khaneh).* Este Ibrahim Pachá, al volver de una expedicion que hizo con el Sultan Soliman, llevó á Constantinopla un inmenso botin arrebatado al real palacio de la ciudad de Ofen, en Hungria, del que formaban parte varias estatuas de bronce representando á Hércules, á Diana y á Apolo, las cuales colocó en el Hipódromo en 1526, frente á su propio palacio, y que tambien desaparecieron, porque los fanáticos musulmanes no quisieron sufrirlas despues de la muerte de aquel Visir. Las ocho magníficas y altas columnas que sostenian el pálco imperial, fueron separadas de su sitio para aprovecharlas en varios edificios públicos.

En el centro del Hipódromo, terminada por una triple meta en sus extremos, extendiase la *spina* en el sentido de su longitud, dividiendo la arena en dos pistas, la pista de la derecha, por la que pasaban los carros al salir de su punto de partida, y la de la izquierda, que recorrian al volver, despues de haber doblado la meta de la *spina*. Ésta contenia, en la línea de su eje, los tres monumentos que todavía subsisten, el Obelisco egipcio en el centro, la mal llamada Pirámide murada ó de silleria, que suele tambien denominarse con más propiedad el Obelisco murado, y la Columna Serpentina, que sostenia la trípode de Delfos. Al rededor de la gran explanada que formaba la arena, un ancho foso lleno de agua, llamado Euripe, separaba á los espectadores del Hipódromo, para protegerles contra los saltos de las fieras que solian exponerse algunas veces, é impedir que la multitud entusiasmada invadiese la pista. El Euripe, en la Roma pagana, estaba consagrado al dios Océano, en recuerdo sin duda del gran rio de este nombre, que segun las antiguas tradiciones griegas, rodeaba el que juzgaban disco de la tierra, y sirvió tambien algunas veces para exponer en él grandes animales acuáticos, tales como focas, cocodrilos é hipopótamos. Cuando estas exhibiciones dejaron de celebrarse, el Euripe desapareció, conservándose sólo el nombre á la zona donde ántes estuvo, y donde se colocaban los *cursores* ó guardias encargados de mantener el órden y de contener á los espectadores: con el mismo objeto, rejas ó balaustradas cerraban, despues que éstos se habian colocado, las escaleras y corredores que conducian y separaban las graderías. Éstas, cuyo número de gradas llegaba á 30 ó 40, eran de mármol, y han servido de cantera á los Sultanes para adornar el Serrallo y las mezquitas. Despues de la última grada superior, hallábase un ancho espacio, para poder pasear, rodeado de pórticos poblados de estatuas, paseo desde el cual abarcaba la mirada, en admirable conjunto, el Hipódromo, la ciudad, el mar y el Bósforo.

Pero las antiguas grandezas del Hipódromo, muy decaidas de su antiguo esplendor por el estado de penuria del erario bizantino, terminaron, en el tercer año de la décimatercia centuria, por la conquista de los latinos, que convirtieron en moneda el metal de las estatuas, sin que volvieran para aquel histórico recinto los dias de su pasada importancia, áun despues de la caida del imperio latino. Cien años ántes de la conquista de

los otomanos, al decir de un verídico escritor, ya estaba arruinado, como lo demuestra una estampa, citada por el mismo, en que se habia intentado copiarlo, del siglo XIV; y despues de la conquista turca, la destruccion continuó sin tregua, hasta no quedar de tantas obras de arte como le enriquecian, más que los tres notables monumentos citados.

En la actualidad, aquel recinto donde tantas veces resonaron los salvajes gritos de los genízaros, y donde, en las memorables jornadas del 15 al 16 de Junio de 1826, quedaron exterminados por Mahamud [1], es una gran plaza irregular, que mide 250 pasos de largo por 150 de ancho, formada en uno de sus lados por el muro exterior de la mezquita del Sultan Achmet, y en los otros frentes por ruinas, ó modernos, vulgares y nada limpios edificios.

El obelisco llamado de Teodosio, en el centro de la arena, es el principal de aquellos tres únicos restos de los numerosos monumentos que enriquecian la *spina*. Fué labrado por Thothmes III, recordando en sus jeroglíficos las victorias conseguidas por aquel Faraon en Mesopotamia, y ántes de ser trasladado á Constantinopla por Constantino el Grande, era uno de los más preciados monumentos de Karnak. Debió sufrir algun detrimento durante el viaje, pues la altura que hoy mide es solamente de cincuenta piés, casi cinco veces su latitud. De encontrarse completo este notable monolito, seria uno de los mejores de su clase, y digno rival del de Thothmes I en Karnak. Cuando fué colocado sobre el pedestal en que subsiste por el emperador Teodosio, hacia el año del Señor 379, siendo pretor Proclus, se le colocó sobre cuatro esferas de bronce, y se compusieron sus ángulos con intercalaciones de pórfido thebano. La base ó pedestal de mármol mide 12 piés de ancho y 8 de alto, y tiene adornados sus frentes con bajo-relieves, representando los aparatos de mecánica empleados para erigir el monumento, al emperador y el arquitecto dirigiendo numerosos obreros, de los cuales algunos parecen ocuparse en adornar el obelisco despues de su ereccion, y al emperador Teodosio sentado sobre su trono, rodeado de sus cortesanos, con el *mappa* en la mano y presidiendo las carreras desde el alto Kathisma. Todas estas esculturas son más impor-

---

(1) Véase la página 200 de este tomo.

tantes bajo su relacion arqueológica, por las noticias que nos dan para la historia de la mecánica y de las costumbres de aquella época, que bajo el aspecto artístico, viéndose en todas ellas los marcados caractéres de la completa decadencia del arte escultural en la época bizantina [1]. En otro frente del pedestal hay dos inscripciones, una en griego y la otra en latin, ambas ahora casi ilegibles, pero que nos enseñan, que los trabajos para la ereccion del obelisco duraron treinta y dos dias. Dichas incripciones, tales como las copiaron Hobhouse y Gyllus, decian así:

Difficilis quondam dominis parere serenis
Jussus et extinctus [2] palmen portare tyrannis
Omnia Theudosio cedunt sobolique perenni
Ter denis sic victus ego domitusque diebus
Judice sub Proclo superas elatus ad auras.

«Yo (figura que habla el obelisco) no estaba destinado en otro tiempo á obedecer á maestros imperiales, pero recibí la órden de llevar la palma despues de [3] la destruccion de los tiranos.»

«Y así fuí conquistado y dominado en treinta dias, y levantado hacia los cielos, siendo pretor Proclo» [4].

Κίονα τετράπλευρον ἀεὶ χθονὶ κεἰμενον ἄχθος
Μοῦνος ἀναστῆσαι (5) Θευδόσιος Βασιλευς
Τὸλμῆσας Προκλῳ ἑπεκέκλετο, καὶ τόσος ἕστη
Κίων ἠελίοις ἐν τριάκοντα δὺο (6)

«Teodosio fué el único que se atrevió á levantar esta columna cuadrangular, que yacia en tierra; confió el cuidado de hacerlo á Probo, el cual la erigió ó levantó en treinta y dos dias.»

Este obelisco, de granito rojo, tiene, aunque no completas sus ins-

(1) Están muy bien copiados en las *Antiquities of Contantinople* de Gyllus, E. Ball, 1729, lámina 8.
(2) Extincitis?
(3) Para recordar la victoria sobre
(4) Hobhouse. p. 951.
(5) Sin duda se refiere á una caida anterior que redujo el obelisco á sus presentes dimensiones.
(6) Long. Egypt. Antiq. I, p. 332.

cripciones jeroglíficas por la causa indicada de faltarle algun trozo en la parte inferior, pero lo que resta es suficiente para enseñarnos que fué labrado y erigido por el monarca egipcio cuyo nombre lleva, demostrando la inexactitud con que algunos han supuesto que el emperador Teodosio lo mandara hacer á imitacion de los antiguos.

En cada uno de los cuatro frentes de este monumento se vé á Thothmes III, de pié, ofreciéndole Amen el signo llamado la Cruz de vida, ó cruz con asa. En dos de estos repetidos grupos, el rey lleva el pschent del alto Egipto, y en los otros dos el del bajo, para indicar su completa dominacion en uno y otro; y de la misma manera ó parecida, el dios lleva la doble corona con plumas, ó doble corona real de Egipto.

Amen aparece en sus dos principales caractéres, de señor de los tronos de las dos tierras, y de Amen Ra, rey de los dioses, Señor del mundo.

Al frente de cada una de las inscripciones, se ve tambien al rey de rodillas delante de Amen, el cual está sentado en la caracteristica silla faraónica, presentándole el rey cuatro clases de ofrendas, entre las cuales el vino y la leche pueden todavía distinguirse, dándole el dios en cambio la vida y la felicidad.

Las inscripciones de estos grupos son verdaderos lugares comunes. Bastará transcribir la del lado oriental, que está en buen estado, tal como la traduce Mr. Chabas [1].

ENCIMA DE LA FIGURA SENTADA

«Amen, Señor de los tronos de las dos tierras,
Que tiene su morada (en Thebas), gran Dios,
Da toda vida, toda dicha, toda estabilidad.»

ENCIMA DEL FARAON DE RODILLAS

«El buen Dios, Señor de la tierra,
Maestro de hacerlo todo.

(1) Este obelisco se ha publicado, Lepssius, *Denkmaler aus Ægypten*, Abth. III, 60.

El rey del Alto y Bajo Egypto
Ra-men-Kheper, hijo del sol,
Thothmes, que da la vida, como él para siempre.»

Lo que sigue es el contenido de las cuatro lineas verticales de jeroglificos, traducidos por Lepsius:

LADO OCCIDENTAL

«El cielo, el real Horus
Vigoroso toro, reinando en la verdad,
El rey de Egipto Alto y Bajo
Ra-men-Kheper-iri-em-Ra, (1)
El que ha ido por la gran vuelta de Naharana, (2)
En fuerza y victoria, á la cabeza de sus tropas
Haciendo una gran mortandad...»

LADO MERIDIONAL

«El cielo,
El real Horus,
El vigoroso toro, reinando á traves de la
Verdad
El Señor de las diademas,
Poderoso como un rey,
Como el sol sobre lo alto
El halcon de oro
El de las diademas santificadas,
Guerrero dominador,
Rey del Egipto Alto y Bajo,
Ra-men--Kheper-Sotep-en-Ra, (3)
Él hizo (el obelisco) en

(1) Aprobado por el sol.
(2) Mesopotamia.
(3) Querido del sol, protegido por el sol.

Sus monumentos á su padre
Amen-Ra, señor de los tronos de
Las dos Tierras,
El erigió...»

LADO ORIENTAL

«El cielo,
El real Horus,
El que lleva la blanca corona,
Amado del sol
Rey del Egipto Alto y Bajo,
El amor de las dos tierras;
Ra-men-Kheper, hijo del sol,
Señor de la Victoria,
Castigador de toda la tierra,
Que ha establecido su frontera
En el cuerno (en el fin) de la tierra
Y en las extremidades de Naharana...»

(Aqui, cuerno de la tierra, se refiere á las montañas del Sur y á las extremidades de Naharana, frontera Norte de Egipto en aquella época.)

LADO MERIDIONAL

«Los cielos,
El real Horus,
Valeroso toro,
Amado del sol,
El rey de Egipto Alto y Bajo;
Ra-men-Kheper, que Kheper-Ra ha exaltado,
Hechura de Tum,
Criado
En los brazos de Neith la
Divina madre;

Como un rey
Ha conquistado todas las tierras.
Prolongada (es) su vida,
Señor de las fiestas de treinta años...» (1)

Este monumento explica con toda claridad en el ampuloso estilo oriental las glorias del reinado de Thothmes III. Egipto dominaba entónces en todas las naciones civilizadas, desde Armenia y el Cáucaso, hasta el Africa Central (2).

La *Columna Serpentina*, ó columna de bronce en forma de serpiente con tres cabezas, es otro de los monumentos que hemos dicho se conservan en el Hipódromo, y á no dudarlo, de los más preciosos y más auténticos que la antigüedad nos ofrece. Es el mismo que fué erigido delante del templo de Delfos, entre el grupo de los Phocidios y la gran ara, para colocar sobre las tres cabezas la trípode de oro, que los griegos ofrecieron á Apolo, por la victoria de Platea, ofrenda costeada con el diezmo del botin tomado á los persas en la célebre batalla.

Herodoto dice hablando de este monumento:

«Los griegos, despues de la victoria de Platea, habiendo reunido todo el botin, descontaron la décima parte para el dios de Delfos; y con su producto hicieron una tripode que ofrecieron al dios; la cual estaba colocada encima de una serpiente con tres cabezas, cerca del altar.»

Diodoro de Sicilia:

«Los griegos, habiendo apartado la décima parte del botin, constru-

(1) Los triacopterides, una de las más célebres festividades cíclicas de los egipcios.

(2) En el santuario interior de Karnak existe un hermoso bajo-relieve, que representa á Thothmes III ofreciendo estos obeliscos, con otros tesoros, á Amen Ra. Wilkinson, *Thebas*, p. 179.

Ademas de los colosos arrebatados á Karnak, existen todavía dos pequeños obeliscos de granito rojo, cada uno de cerca de 20 pies de alto, que difieren de los obeliscos ordinarios, principalmente en que llevan una representacion pintoresca del loto del Bajo Egipto en lugar de jeroglíficos. El cartucho de Thothmes III, que tienen fija la fecha de estos monumentos, que parecen haber sido labrados más para servir de simples ornatos que con objeto religioso. Thothmes III, despues de haber llenado el Egipto con sus monumentos, el Asia con sus desterrados, y la Arabia con sus traficantes, murió y fué reemplazado por Amenhotep II, monarca de un carácter completamente distinto, cuyo parentesco con Thothmes es desconocido, y cuyo reinado fué muy corto ó incierto, pues las listas de Manethon no le mencionan, y es solamente conocido por las inscripciones históricas *.

Hay tambien un pequeño obelisco de granito rojo, de Thothmes III, en Sion House (casa de Sion) no publicado todavía; procede de Elefantina.—W. R. Cooper. *A Short History of the Egyptian obelisks.*

* Lenormant, I, p. 236.



J. Cebrian litº

Lit. Donon. Madrid.

COLUMNA LLAMADA SERPENTINA,
en la plaza At-Meidan, ó del Hipódromo
en Constantinopla.

yeron un trípode de oro, que consagraron á Delfos (Apolo), con la inscripcion siguiente:

Ἑλλάδος εὐρυχώρου σωτῆρες τόν δ' ἀνέθηκαν,
Δουλωσύνης στυγερᾶς ῥυσαμενοι πόλιας.

«Los salvadores de la gran Grecia, consagraron este trípode despues de haber librado á las ciudades de una abyecta esclavitud.» (Diodoro, libro XI.)

Tambien Pausanias, en su libro I de los «Focianos», dice:

«Los griegos, despues de la victoria de Platea, consagraron un trípode de oro encima de un dragon de bronce. La parte de bronce de esta ofrenda existía, pero los reyes de Focis quitaron todo el oro.»

Zosimo, Sozomeno y Eusebio dicen lo mismo respecto á este monumento.

El spartiaco Pausanias inscribió sobre esta serpiente un dístico en honor de su patria; pero toda la Grecia reclamó contra aquella usurpacion de una victoria conseguida de consuno por todos los Estados, grabándose en su consecuencia, en lugar de aquel dístico, los nombres de todas las ciudades que habian tomado parte en las victorias de Platea y de Salamina.

Aunque, segun el texto últimamente citado, la trípode de oro habia desde muy antiguo desaparecido, la serpiente de bronce subsistió hasta la época de Constantino, que la llevó á su nueva capital, colocándola en el lugar, donde todavía se conserva, del Hipódromo. Muchas fueron despues las mutilaciones que sufrió tan importante monumento, pues la supersticion de los cristianos en la época bizantina, veia en aquel triple dragon algo de diabólico, hasta el punto de que reinando el emperador Teófilo, el patriarca de Constantinopla destrozó á martillazos dos de sus cabezas, no habiendo conseguido lo mismo con la tercera. Dícese que despues fué reparada aquella mutilacion, pero que cuando tomada Constantinopla, Mahomet II, al recorrer la vasta ciudad, visitó el Hipódromo, creyó que aquel monumento de las más legítimas glorias griegas, era un ídolo, y que arrojándole violentamente su maza de hierro, destrozó la cabeza á una de las serpientes; y que como des-

pues de este arrebato apareciesen muchos reptiles en la ciudad, se le aconsejó dejase en paz aquella triple serpiente de bronce. En el siglo XVI fué vista y dibujada por el ministro de Francia en Constantinopla, Mr. Cayol, y descrita por un sabio especialmente enviado á las orillas del Bósforo por Francisco I. Tambien se dice que aquel extraño pedestal sostenía en reemplazo de la trípode de oro, una estatua de Apolo, la cual mandó quitar para evitar supersticiones idolátricas, Soliman. En los primeros años del siglo XVII el monumento continuaba en el mismo estado; pero ya en el XVIII desaparecieron las cabezas, sin haberse podido averiguar su paradero, excepto la parte superior de una de ellas, que se dice es la misma que destrozó con su maza Mahomet II, y que se conserva en el Museo de Santa Irene, de que en breve hablaremos; resto escultural, cuya libertad de ejecucion, sencillez y al mismo tiempo firmeza de estilo, revelan la perfeccion artística á que los griegos habian llegado 478 años ántes de Jesucristo, así como en la parte, que llamaríamos industrial, de la fundicion de los metales. La cavidad del ojo tiene la forma de una semi-esfera de $0^m,3$ cent. de profundidad, por $0^m,4$ cent. de diámetro, cavidad que se duda si estaría llena con alguna incrustacion ó sustancia preciosa, para representar la pupila y lo blanco del ojo.

Despues de la destruccion del fanatismo, vino la más mezquina de los merodeadores, que redujeron el glorioso trofeo de las guerras médicas al mutilado tronco que hoy contempla el viajero. Sin embargo, aquel venerable resto, gracias á los acertados trabajos emprendidos en 1856, ha descubierto las inscripciones que le avaloraban, y hoy pueden leerse casi todos los nombres de los pueblos griegos escritos en aquella espiral superficie, desde la décimatercia vuelta hasta la tercera, no conservando las dos primeras rastro alguno de haberlas tenido; inscripciones que constituyen uno de los datos epigráficos más importantes de la antigüedad, puesto que conservan el nombre de las treinta y una ciudades griegas que batieron á los persas, corroborando la cifra y el dicho de Plutarco; nombres que empiezan por los de 'Απόλονι, θέο, 'Ανάθεμα, "Ελανον, Λακεδαιμόνιοι, 'Αθάναιοι, Κορίνθιοι, Τεγεάται, Σεκυόινοι, Αιγινᾶται, Μεγαρες, 'Επιδαύριο, etc.

El glorioso monumento sólo presenta hoy el aspecto de una columna retorcida ó funicular, pero estudiándola más detenidamente, se vén con

toda claridad los cuerpos de las tres serpientes, más delgados por abajo, y que van engruesando al llegar á la décimaquinta vuelta, y disminuyendo desde la veinticuatro, al acercarse á las cabezas, ó mejor dicho, al sitio donde las cabezas estuvieron.

Durante la guerra de Crimea, un arqueólogo inglés obtuvo licencia para hacer excavaciones al rededor de este monumento, y para poner al descubierto su extremidad, adquiriendo la conviccion de que faltan las colas de las serpientes, con cuya mutilacion debió venir á Constantinopla, ó romperse al colocarle, pues no hay memoria de que haya mudado de sitio desde que fué puesto en el Hipódromo.

El tercero y último monumento que se conserva en aquel histórico recinto, es el que se denomina, con poca exactitud, Pirámide murada, que se levanta á manera de obelisco, pero que en lugar de ser monolito, está formado con piedras superpuestas ó sillares. Aunque se atribuye su ereccion á Constantino Porfirogeneto, debia estar ya levantado en su época, pues la inscripcion griega que llevaba en el pedestal de mármol, declara que dicho Emperador lo mandó reparar, no construir. Todo el obelisco estuvo cubierto de planchas de bronce dorado, lo cual le daria suntuosa y rica apariencia, semejando un gran obelisco de oro de 94 pies de altura, por siete de lado en base y planta cuadrada. La inscripcion griega decia asi:

Τό τετράπλευρον θαῦμα τῶν μεταρσίων,
Χρόνῳ φθαρὲν, Κυνσταντῖνος νῦν δεσπότης,
Οὗ Ρωμανὸς παῖς, δόξα τῆς σκηπτοχίας
Κρεῖττον νεουργεῖ τῆς πάλαι θεωρίας.
'Ο γαρ Κολοσσὸς θάμβος ἦν εν τῆ 'Ρόδῳ,
Και χαλκὸς οὗτος θάμβος ἐστὶν ἐνθάδε.

«Este admirable coloso cuadrangular, deteriorado por el tiempo, fué reedificado por el emperador Constantino, padre de los romanos. Como el coloso de Rodas era una maravilla, éste es otra maravilla de bronce.»

Las planchas de cobre fueron arrebatadas, no se sabe fijamente en qué época, creyéndolas acaso de oro, y hoy ofrece aquel obelisco el triste aspecto de un esqueleto gigantesco, cuyas piedras desunidas y cuyo centro de gravedad perdido, amenazan con próxima ruina.

Tales son los escasos, aunque importantes restos de las pasadas gran-

dezas del Hipódromo, lugar que, ántes de las reformas de Mahamud, servía de sitio de tiro para ejercitarse los servidores del Sultan, y áun los Sultanes mismos, en lanzar saetas y arrojar la lanza; en el que en 1863, se verificó la exposicion industrial otomana; que á la época de nuestra visita se encontraba en completo abandono; y que despues tenemos noticias se ha convertido en un jardin público á la europea, con su música militar correspondiente un dia á la semana.

De las numerosas columnas monumentales con que los Emperadores bizantinos enriquecieron á Constantinopla, consérvase la conocida con el nombre de Columna quemada, *Kèkavmèni Stili*, así llamada por haber sido blanco del fuego del cielo, que la ha ennegrecido y deteriorado, así como las llamas de los barrios cercanos, en los incendios que frecuentemente los han consumido. Levántase cerca del At-Meidan, y fué llevada de Roma por Constantino el Grande, colocándola en el mismo lugar donde subsiste. Es de porfido y tenía encima una estatua de Apolo, que algunos han dicho era obra de Fidias y que provenía de Atenas, aunque Zonaras afirma que fué llevada de Heliópolis, ciudad de la Frigia. Esta estatua, cuyo paradero se ignora, fué sustituida, de órden del mismo Emperador, por otra suya, borrando la antigua incripcion que tenía en su base y el nombre de Apolo, y sustituyéndola con esta otra:

Κωνσταντίνῳ λάμποντι ἡλίου δίκην

«A Constantino, cuya justicia luce como el sol.»

Dícese que bajo el pedestal de esta columna colocó aquel Emperador algunas venerandas reliquias, cuya tradicion hace que sea saludada todavía con respeto por los cristianos. Esta columna de órden dórico, no es un monolito, como algunos suponen, sino que está compuesta de ocho trozos de porfido, cuyas junturas se hallan cuidadosamente unidas con grapas de bronce.

No están acordes los historiadores acerca de la suerte que cupo á la estatua que se levantaba sobre esta columna, pero la opinion más generalmente seguida es, que habiéndola herido un rayo, en tiempo de Niceforo Botoniato, quedó desquilibrada, y acabó por caerse lo mismo que la parte superior de la columna. Manuel Comneno la restauró colocando encima

una cruz, y como los frecuentes fuegos la deteriorasen cada vez más, le han adosado obra de mamposteria para conservarla, lo cual le ha quitado carácter, hasta el punto de que es difícil reconocer en aquel monumento, á primera vista, la magnífica columna de Constantino.

Manuel Comneno, para memoria de su restauracion, puso en ella la inscripcion siguiente:

Τὸ θεῖον ἔργον ἐνθάδε φθαρὲν χρόνῳ
Καινεῖ Μανουὴλ εὐσεβὴς Αὐτοκράτωρ

«El piadoso Emperador Manuel reedificó la excelsa obra que aquí existia y que el tiempo habia deteriorado.»

El sitio en que se encuentra esta columna, fué el antiguo Foro de Constantino el Grande, que se llama ahora el *Tchemberli-Tash* (la piedra circular), á causa de los ceños de hierro que la rodean para impedir su total ruina. En el voraz incendio que tuvo lugar el año de 1866, todas las casas que la rodeaban, y el cuartel contiguo á su base, quedaron destruidas, y la columna casi calcinada.

La columna de Marciano, que los turcos llaman *Keuztachi*, es decir, «la piedra de la doncella», se encuentra dentro de un jardin turco, cerca de la mezquita de Ibrahim Pachá, al lado de un mercado, que fué ántes el último cuartel donde los genízaros se refugiaron, y la mezquita del Sultan Mahomet II, no léjos del At-Meidan. Esta columna, de mármol blanco, que mide una altura de diez metros, lleva un capitel que parece de órden compuesto romano, pero en el que las pequeñas volutas de los ángulos y las hojas, más lo asemejan al capitel corintio. En tiempo de Constantino el Grande se la llamaba, no sabemos por qué, «la columna de Vénus,» y segun Codino, tenia la particularidad de revelar la falta de castidad de las doncellas. El mencionado capitel, dice de Hammer que sostenia un cuerpo de mármol, cuyos cuatro ángulos estaban adornados con bien esculpidas águilas. Tambien se dice que llevaba encima la estatua sentada del emperador Marciano que la da nombre, y el pedestal, hoy completamente soterrado, llevaba por adorno, en tres de sus lados coronas, y en el cuarto dos genios alados sosteniendo una cartela con la inscripcion siguiente: *Prin-*

*cipis hanc statuam Marciani cerne torumque, ter vovit quod Tatianus opus.*

La tercera columna es la que se ve en el jardin del Sultan, en el antiguo Serrallo, rodeada de cipreses, llamada comunmente «Columna de Simeon el *stilita*,» sin que se conozca la causa de esta denominacion. Fué erigida en el año del Señor 381, en honor de Teodosio, en memoria de la sumision de los godos, y del permiso que se les concedió para colonizar la Mesia y la Tracia. Era de órden corintio y llevaba encima la estatua ecuestre de Teodosio, que ha desaparecido, y ademas de la inscripcion latina que declara el motivo de su ereccion, *Fortunae reduci ob devictos Gothos*, tenia tambien la siguiente en griego:

’Έκθορες ἀντολίηθε φαεσφόρος ἥλιος ἄλλος,
Θευδόσιε θνητοῖσι πόλου μέσον, ἠπιόθυμε
’Ωκεανὸν παρὰ ποσσὶν ἔχων μετ’ ἀπείρονα Γαῖαν,
Πάντοθεν αἰγλήεις κεκορυθμένος, ἀγλαὸν ἵππον,
῾Ρηϊδίως μεγάθυμε, καὶ ἐσσύμενον κατερύκων.

«Te levantas del Oriente cual otro brillante sol,
Teodosio, tú, el generoso apoyo de los mortales
Y rodeado de todas partes con gloria y renombre,
Dominas fácilmente y animoso, hermoso y fiero caballo.»

Ademas de estas columnas, habia otras dos más celebradas que las ya descritas. La primera era la erigida en el foro de Teodosio el Grande, hoy llamado el *Taouk Bazaar*, ó el «Mercado de los pollos». La segunda en el foro de Arcadio. Estas dos colosales columnas, adornadas con esculturas, fueron llamadas por los historiadores bizantinos *Kooffee* (huecas), por estarlo en efecto; la primera fué erigida por Teodosio en el décimoctavo año de su reinado; y la otra, que estaba á la parte del Xerolofo, ahora el *Avrat Bazaar* (mercado de los eslavos), lo fué en el noveno año del reinado de Arcadio. Estas dos columnas, de una elevacion de ciento cincuenta piés, eran perfecta imitacion de las de Marco Antonio y de Trajano en Roma, y se enriquecen por la parte exterior con esculturas relativas á las victorias de Teodosio y Arcadio contra los Escitas, teniendo en su interior

una escalera espiral para subir á lo alto, de donde tomaron el nombre de huecas.

Despues de la toma de Constantinopla, un pintor veneciano las dibujó con licencia de Mahomet II, y Bandouri, en su obra sobre el Oriente, ha conservado afortunadamente aquellos dibujos.

La Columna de Teodosio, en tiempo de Selim I, fué derribada por una violenta ráfaga de viento, y su caida destrozó varias casas que la rodeaban, matando á muchos individuos. La de Arcadio existia todavia en 1695; pero los terremotos y los rayos la habian puesto tan deteriorada, que diariamente se temia por su caida. En tal estado, el gobierno del Sultan, deseando evitar los peligros y las desgracias que su caida pudiera producir, en lugar de restaurarla, encontró más cómodo el demolerla, dejando solamente el pedestal que existe todavia medio roto en el *Avrat Bazaar*, resto por el que puede juzgarse de la importancia y grandiosidad de la columna, pues mide seis metros de altura, distinguiéndose apénas las cuatro águilas y siete genios, llevando coronas de laureles en sus manos, que le enriquecian, pues puede decirse que, á consecuencia de los repetidos incendios, está completamente calcinada. Sin embargo, se penetra en su interior, encontrándose á seguida en una cámara sepulcral con un nicho, algunas labores en el techo, y despues una escalera bastante bien conservada, que permite subir á la parte superior de esta colosal ruina, disfrutando desde ella una hermosa vista, que se dilata por la ciudad y el mar de Mármara.

Algunos años despues de la toma de Constantinopla, se conservó la gran columna del Augusteon en el foro de su nombre. Esta columna, erigida por Justiniano en el decimosétimo año de su reinado, contenia la estatua ecuestre de este emperador; estatua que fué, lo mismo que la columna, derribada y rota, fundiéndose el bronce de que aquélla estaba formada, y haciendo una fuente con el pedestal. De esta columna estuvo colgada, segun Ducas, la cabeza del desgraciado y heroico Constantino, el último de los Paleólogos.

Otros de los notables monumentos más antiguos, si no artisticos, constructivos, que se conservan en Constantinopla, y que llaman, con justicia, la atencion del viajero, son los acueductos, á los que no pudieron ménos

de aplicar preferente atencion los emperadores, porque el suelo de Constantinopla apénas produce agua potable. Asi es, que ya desde remota época tuvieron que ordenar grandes trabajos hidráulicos, acueductos y extensos depósitos ó cisternas, de cuyas obras los turcos han conservado no poca parte, principalmente de los primeros.

Los dos más importantes de Constantinopla fueron construidos, el uno por Adriano y el otro por Constantino el Grande, y restaurados despues por Valente y Justiniano I. El último recibia sus aguas de cuatro grandes depósitos situados cerca de Belgrado, en el valle de Ebgad-ed-Din; y parte del rio Hidralio, que corre cerca de esta poblacion, alimentaba aquellos depósitos.

El acueducto de Valente recibia sus aguas de las cisternas de los pueblos de Aivas Kieuy, y Kalkali.

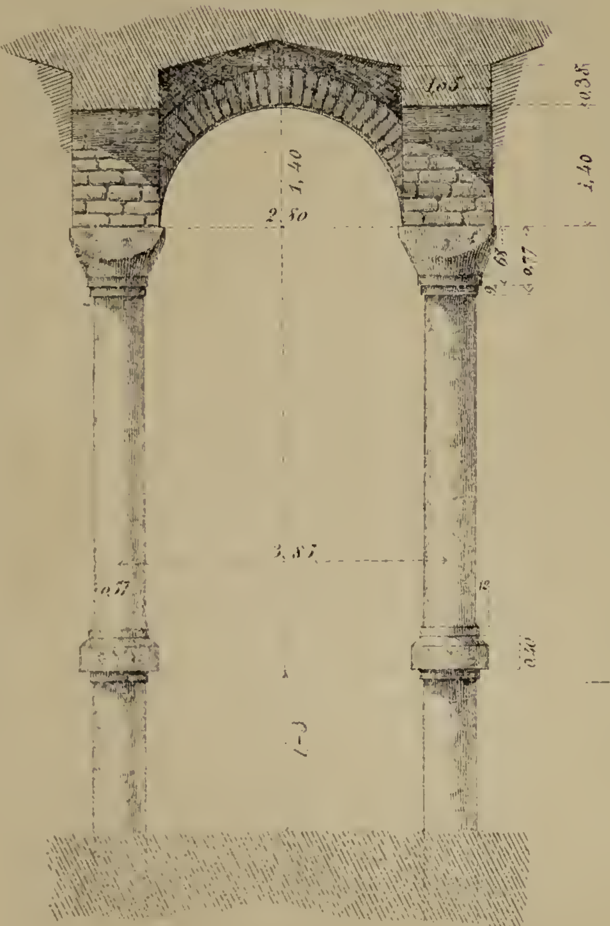
Andrónico Comneno llevó las aguas del primer acueducto á dos cisternas que construyó cerca del pueblo de Pirgos, asi llamado de la torre del tirano que lo fundó. Las cisternas de Andrónico fueron restauradas, en 1621, por el Sultan Otman II, hijo de Ahmed I.

Las cisternas de Valente fueron restablecidas por el Sultan Soliman el Magnifico, y otros de sus sucesores, que hicieron no faltase el agua en ellas, conduciéndolas por un canal sostenido por multitud de arcadas, que enlazan la tercera y cuarta colina, en cuyas colosales obras, se dice, invirtió Valente los materiales de las murallas de Chalcedonia, cuando aquel emperador las demolió, en castigo de la proteccion que daba la ciudad al rebelde Procopio, sobrino de Julian el Apóstata; siendo despues, y nuevamente, restauradas por Justino el Jóven, Constantino Iconómaco, Constantino Porfirogéneto (hijo de Porfiro), Romano Argiro y, despues de la toma de la ciudad, por Soliman.

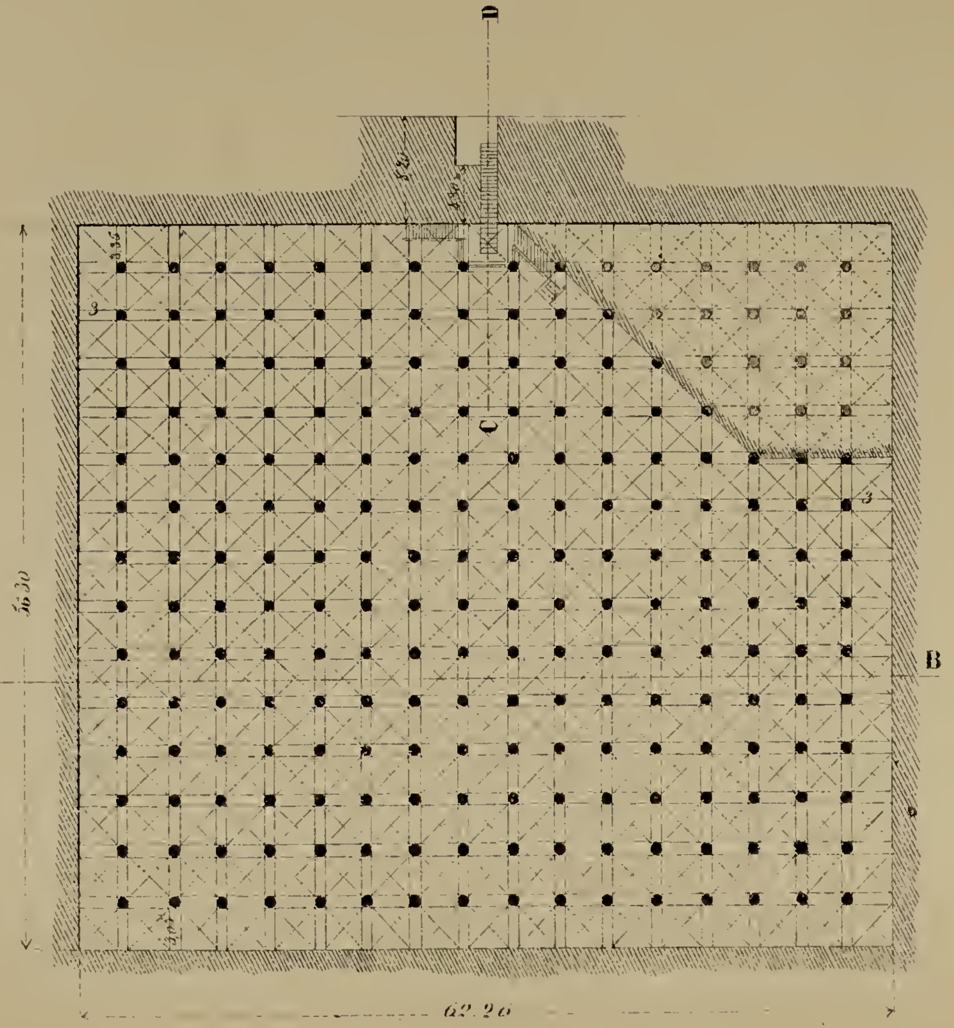
Ademas de estos dos grandes acueductos, habia otros subterráneos que llevaban el agua á varias puntos, y otras cisternas de la ciudad que la recibian del rio de Cydaris, en el valle de Ali-Bey-Kieuy. Estos canales subterráneos, construidos por Constantino el Grande, fueron sucesivamente reedificados por Teodosio I, Justiniano, Andrónico Comneno y el Sultan Soliman. Andrónico Comneno habia tambien reconstruido, á costa de crecidos gastos, el antiguo acueducto que concluye en el centro del



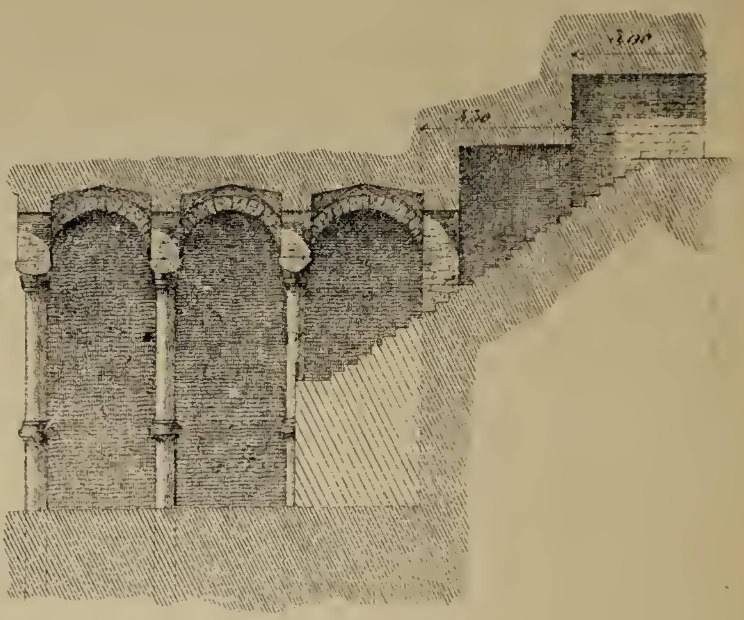

*Seccion segun la linea AB. Escala de 0.004 por mº*




*Detalle de un arco. Escala de 0.01 por mº*




*Planta, Escala de 0.0015 por mº*



*Seccion segun la linea CD*

R. Velazquez dibujó. J. Bustamante grabó Lit. Mateu, Barquillo, 4.

# CISTERNA DE LAS MIL Y UNA COLUMNAS
## (BIÑ-BIR-DÈRÈK) EN CONSTANTINOPLA.

mercado, reunió las aguas del rio Hydralio á las del canal, y construyó, cerca de Belgrado, un gran depósito, llamado por los turcos un *Bend*, del cual se surten los moradores de las cercanias de Blackernes.

Al mencionar las grandes obras hidráulicas llevadas á cabo por los emperadores bizantinos, injusticia seria no mencionar el acueducto de Mahamud I fabricado en 1732, que surte de aguas los barrios de Pera, Galata y Bechitk-Tach, y que toma su origen en dos *bend* ó depósitos, no léjos de Belgrado y Buyuk-Deré, depósitos que llevan los nombres, el uno de *Bend* Mahamud, y el otro *Bend* de la Valideh, ó sultana madre de aquel soberano. Las obras principales de construccion que se hallan en este acueducto, son 21 arcadas de silleria, dos *taksim* ó registros para dividir el agua á la entrada de Pera y de los cementerios, y una notable serie de pirámides hidráulicas (souterazou), erigidas á lo largo del camino de Pera á Buyuk-Deré, para aumentar la fuerza impulsiva del agua.

De las diez y nueve cisternas que habia en Constantinopla, sólo subsisten las que pasamos á enumerar; la cisterna Real ó Basilea, edificada por Constantino el Grande, con todo el arte y la suntuosidad que acostumbraban los antiguos romanos, cisterna que se conserva cerca y al Noroeste de Santa Sofia, y que los surcos llaman *Yere-Batan-Seray*, ó el palacio subterráneo. Sostienen sus bóvedas de ladrillo 336 columnas de 40 piés de altura, con capiteles en su mayor parte corintios, columnas que forman 12 hileras á lo ancho y 28 á lo largo, midiendo toda la cisterna 336 piés de longitud por 182 de anchura. Esta cisterna sirve todavia para el uso á que se la destinó, y surte á una fuente colocada en una depresion del terreno, cuyos cinco caños se abren bajo otras tantas ojivas.

La cisterna de las mil y una columnas (Biñ-Bir-Dérek), obra tambien de Constantino situada cerca del At-Meidan, entre esta plaza y la columna quemada, que se dice estaba en comunicacion con el antiguo y célebre palacio de Lausus, fué tambien conocida con el nombre de Gran Cisterna de Philógenes, uno de los senadores romanos traidos á Roma por aquel emperador, y que debió tener á su cargo la construccion de aquel gran depósito hidráulico.

El paraje en que se encuentra, se llama hoy Farli Pacha, del nombre de un cuñado del sultan Ibrahim, que cerca tenia un palacio por los años

de 1646. La cisterna se encuentra completamente seca, y está convertida en taller de cordeleros, en el piso superior, que es el que se conserva más visible, pues constaba de tres, siendo de mucha menor elevacion el segundo, y no pudiendo juzgarse de la altura del tercero, pues sólo se conjetura su existencia por una salida, ó mejor dicho, principio de bajada á él, que en dicho segundo piso se encuentra. El superior, que es el que ordinariamente se visita, está formado por arcos y bóvedas, que resultan cruzadas por la natural union de los cuatro casquetes, cruceria natural, y usada en todos los monumentos de esta clase por los romanos, y que no puede confundirse con las bóvedas de cruceria de los estilos románico y ojival, pues en las obras de aquéllos es un resultado de la construccion, y en éstos un dato constitutivo de las mismas.

Las columnas de la cisterna distan entre si 3 metros 85 centímetros en todos sentidos, pues comprenden espacios cuadrangulares, y miden 57 centímetros de diámetro, y 6 metros 59 centímetros de altura, comprendiendo los capiteles, que son de mármol y de esa forma general caracteristica bizantina, proveniente del persa, que vemos despues en multitud de monumentos hasta la época románica; pero no llevan labor alguna, sin duda por haber considerado inútil emplear más trabajo en unos sostenimientos destinados á estar siempre bajo la tierra sin lucimiento alguno. Estas columnas, á la altura de 1 metro 73 centímetros, tienen un resalto á manera de basa, y en él grabadas varias letras griegas, casi borradas, pudiendo leerse en algunas Σ. y Ρ., señales probablemente de los constructores. A pesar de ser casi cuadrado el espacio comprendido en este piso superior, la escasa diferencia entre su longitud y su anchura, se nota en que hay 16 hileras de columnas determinando la longitud, y 15 la anchura, dando un resultado de 124 columnas. La longitud total es de 62 metros 26 centímetros, la anchura de 56 metros 30 centímetros.

El segundo piso, apénas visitado por los viajeros, está sostenido por columnas de 2 metros 40 centímetros de altura. Segun cálculos de Fergusson, aquella cisterna podia contener agua bastante para todos los usos de la vida, durante diez ó doce dias, de una poblacion de 360.000 almas.

Nuestros lectores podrán formar exacta idea de este grandioso monumento, por la bien ejecutada y exacta lámina que de él acompañamos,

medida y dibujada sobre el terreno por nuestro querido compañero de comision, D. Ricardo Velazquez. A la izquierda de la escalera que hoy existe para bajar, está interrumpido el espacio, sin duda con las habitaciones de los cordeleros que allí trabajan, quedando separadas del rectángulo, como el dibujo indica, veinticinco columnas.

Ademas de las ya descritas, que son las principales, existen restos de otras muchas cisternas, entre las cuales merece mencionarse la de Teodosio, no léjos de la anterior, pequeña pero de hermosa construccion, con bóvedas en forma de cúpulas, y treinta y dos columnas; la del patricio Asparus, que vivió en tiempo de Leon el Grande, á la parte de Salma Tomruk, sostenida por 84 colosales columnas, hoy en seco, y ocupada tambien por cordeleros é hiladores de seda; la del patricio Bonus, contemporáneo de Heraclio, en el Hebdomon, no léjos del convento que existia en la plaza llamada Kachria, cerca de la via pública, conocido por Divan Yoloo, cisterna demolida hoy y convertida en una huerta; la de San Mucio, al lado de Psamatia, que estaba sostenida por veinticuatro columnas de granito, y que fué edificada por el emperador Anastasio, conocida ahora con el nombre de *Tchukoor-Bostan*; la mandada construir por el tirano Phocas, en el centro de la ciudad, y que contenia cuatro hileras de columnas de órden corintio, de las que sólo se conservaban dos en la época de nuestro viaje, cerca de *Zairek-Jamissi*; la del emperador Valente, edificada siendo eparca de la ciudad Modesto, cuyos restos conservábanse cerca de *Bodroom-Jamissi*; la de los doce Apóstoles, llamada así por la cercana iglesia de aquella advocacion, vasta cisterna cuadrangular, que estaba en ruinas, próxima á la mezquita del Sultan Mahomet el Conquistador, y de *Tchukoor Hamam* ó *Adji Tchshmeh;* la de Arcadio, construida por su órden, de la que todavía podian verse bóvedas y algunas columnas; y la que habia en el lugar que ocupa hoy un anchuroso huerto, cerca de la mezquita del Sultan Selim.

Todas estas cisternas, y otras de que se ha perdido la memoria, demuestran el cuidado que los emperadores bizantinos tuvieron de que no faltase á su pueblo el medio acaso más necesario para la vida, el agua, sobre todo en aquellos secos y cálidos paises. Hablando de aquellos depósitos tan primorosamente dispuestos, y de cuya magnificencia puede for-

marse idea por la descripcion que hemos hecho y lámina que acompaña de la de las Mil y una columnas ó Biñ-Bir-Dérek, Manuel Crysaloras, que escribia á principios del décimoquinto siglo, dice, que semejaban lagos y hasta mares, que unas eran subterráneas y abovedadas, otras descubiertas, y que las últimas tenian alrededor frondosos árboles y jardines, así como que la destruccion de ellas no debe atribuirse por completo á los turcos.

Hablamos hace poco de las *Pirámides Hidráulicas*, que se encuentran en diversos puntos de Constantinopla y sus alrededores, y ántes de que acabemos de ocuparnos de las obras que allí se conservan, y que tuvieron por objeto abastecer con suficiente caudal de agua á la ciudad, vamos á dar una idea, aunque sea de pasada, de aquellas ingeniosas obras, destinadas á facilitar la corriente del agua. Sabido es que las burbujas de aire que se acumulan en las partes altas de los conductos subterráneos de los acueductos, suelen detener la circulacion de las aguas. Entre los medios empleados para evitarlo, están estas torres ó pirámides, que los turcos parecen haber tomado de los bizantinos. En ellas, el agua que llega por un lado á estas torres, sube por tubos hasta lo alto, donde se encuentra un depósito de agua, cuyo nivel responde á la linea general que se tirase desde el punto de partida del acueducto, hasta su desembocadura ó fin. En aquel depósito el agua se despoja de sus burbujas, y cae por el opuesto lado á la continuacion del acueducto, para seguir su marcha. La más notable de estas torres ó pirámides, es la que se conservaba cerca de la columna de Marciano, al S. E., que Salzenberg ha copiado en su obra, y que es una torre octogonal, adornada de cuatro columnas adosadas de grande altura, sobre cuatro de los frentes del edificio. Ademas de este notable monumento hidráulico, los hay, como ya indicamos, en no escaso número, á la parte exterior de la puerta de Andrinópolis y en la floresta de Belgrado, construcciones imitadas por los turcos de las bizantinas.

Pasando á otro linaje de monumentos que caracterizan más á Constantinopla, y que llaman la atencion del que estudia la historia del arte, porque en ellos encuentra orígenes y modelos de occidentales estilos, vamos á ocuparnos de los edificios levantados por la piedad de los emperadores de Oriente, empezando por la iglesia de Santa Irene.

Construida por Constantino el Grande, en los principios de la cuarta

centuria, arruinada despues por un incendio, en tiempo de Justiniano, reedificada por este emperador, destruida de nuevo por un terremoto en el siglo octavo, y levantada otra vez por Leon Isaurico, parece haber conservado su primitiva planta despues de tantas vicisitudes, aunque se sospecha con fundamento que la primera, edificada por Constantino, fué más pequeña. No es la actual la única iglesia que hubo en Constantinopla dedicada á Santa Irene: Marciano levantó otra á la entrada del Cuerno de Oro, y otra habia en un paraje llamado Sykya (la higuera); pero de todas ellas, la más importante fué la que ahora estudiamos, dentro de cuyas naves celebró Teodosio concilio. Esta iglesia se encuentra cerca de la zeca real ó casa de moneda, y se halla convertida en armería, y sus edificaciones adjuntas en Museo arqueológico.

Por rara excepcion, la iglesia cristiana de Santa Irene nunca estuvo convertida en mezquita, sirviendo, desde hace mucho tiempo, para el uso á que está destinada, de parque ó depósito de armas.

La planta de esta notable iglesia bizantina es un rectángulo prolongado, con orientacion de Ocaso á Oriente, dividido el interior en nave central y laterales mucho más bajas, todas ellas cerradas con bóveda, y sostenidas por pilares de planta rectangular. Tiene dos cúpulas de 14$^{m}$,50 de diámetro; pero la que podemos llamar principal ó de crucero, es circular, y oblonga la que se halla hacia los piés de la iglesia, en la misma nave central, separándolas un gran arco, así como otro de más anchura continúa la nave hasta la capilla mayor; de modo, que la nave central está formada, despues del nartheh, primero por una cúpula elíptica, que tiene su eje mayor en el sentido de la anchura de la nave, despues por un gran arco, que apoya sobre gruesos pilares, luégo por la gran cúpula circular, mucho más elevada que la anterior, y despues por otro gran arco, tras del cual se encuentra el cascaron del ábside ó capilla mayor. La gran cúpula se levanta sobre un tambor circular, y aparece completamente diáfana, con veinte ventanas de arco semicircular, ventanas cuyos pilares ó macizos van reforzados á la parte exterior por contrafuertes, que llegan hasta el arranque de sus arcos. Sobre las bajas naves laterales se levantan las tribunas del gineceo ó sitio destinado á las mujeres. Los lados Sur y Norte del rectángulo general que forma la planta, están formados por dos gran-

des arcos, unidos mejor que cerrados por muros, pues éstos se presentan casi diáfanos, abiertos con tres órdenes de ventanas, disposicion que explica el origen de análogo cerramiento en los templos ojivales. En la actualidad, y temiendo acaso por la conservacion del edificio, gran parte de estas ventanas están cerradas; pero puede formarse idea del aspecto de atrevimiento y ligereza que tendria esta iglesia, en la que aparecen suprimidos los muros continuos, sustituyéndoles con órdenes de ventanas sobrepuestas. La construccion de los muros exteriores es de hiladas de mármol y ladrillo alternadas, y ofrece la particularidad de que las uniones ó lecho de la argamasa, principalmente en las de ladrillo, tienen un espesor de 4 á 5 centímetros, y llevan un relieve moldeado en forma, ya de greca angulosa ó ya de meandro. Las cubiertas están resguardadas con plomo, y los frontones con tejas.

El interior de este templo, en su decorado, es tan sencillo como majestuoso. Solamente le adornan algunas molduras de mármol blanco fuertemente perfiladas, y las bóvedas conservan todavía, en parte, la rica decoracion de mosaicos, á la manera bizantina, que las enriquecian. Los antepechos del gineceo faltan hoy, y no puede conjeturarse cómo estarian formados. El nartheh ó vestíbulo tiene tambien su piso superior á la misma línea que las tribunas del gineceo, piso terminado, en sus extremos laterales, por un arco, cuyo vano lo constituye una ventana con un zócalo, sobre el que se levantan dos columnas sosteniendo un friso, y encima otras dos columnas más pequeñas, cuyos capiteles tocan el arco, composicion que tambien explica los orígenes de los grandes ventanales del estilo ojival.

El nartheh conduce á una construccion más reciente, donde se ha establecido el Museo arqueológico, de que en breve hablaremos, y el interior de la iglesia está lleno completamente de armas modernas simétricamente colocadas, y que nada ofrecen de particular al viajero, sino el triste convencimiento de que lo único que se encuentra siempre más adelantado en todos los pueblos, es cuanto se refiere á los medios de destruccion, y de destrozarse la humanidad en fratricidas é inútiles luchas, que cada vez la apartan más y más de su anhelado perfeccionamiento. ¡Cuándo llegará el dia en que el hombre comprenda que el único medio de realizar su mision

en la tierra, es enlazarse con sus semejantes por el amor fraternal de su comun origen, y acercarse á Dios por las conquistas siempre fecundas de la inteligencia!

En el fondo del ábside encuéntranse tambien armas, que ofrecen recuerdos históricos. Allí está el temido alfange de Mahomet II; un brazal de Tamerlan; cascos circasianos; estandartes rojos y verdes, de los cuales uno llamado la bandera de Alí, lleva en el centro tres espadas sobre fondo rojo; cotas de malla; llaves de muchas ciudades conquistadas; y otros objetos análogos de interes para los turcos, por recordarles sus pasadas glorias. En el vestíbulo encuéntranse tambien los timbales y las célebres marmitas de los genízaros, grupos de antiguas alabardas, un arco de metal, persa, antiguos cañones y culebrinas, y formando extraño contraste con tan bélico aparato, la antigua campana de Santa Sofía.

En la parte alta ó galería del nartheh, hallábase colocado, cuando nosotros visitamos aquella célebre iglesia, el célebre Museo de los genízaros ó *Elbicèi-Atcka*, frase que, literalmente traducida, quiere decir, trajes antiguos; museo interesante hoy, que van estos desapareciendo, viéndose sustituidos por el uniforme *nizam*. En aquella coleccion indumentaria, de más de 300 maniquíes, se encuentran los principales funcionarios de los antiguos Sultanes, desde el visir y los ministros superiores, hasta los eunucos negros y blancos, y los oficiales y soldados de los genízaros, trajes todos llenos de variedad, y cuya descripcion necesitaría un extenso volúmen.

El Museo de antigüedades á que hace poco nos referimos, puede considerarse todavía en formacion, á pesar de los esfuerzos de su director, Carabella Effendi, con cuya amistad me honro, y en cuya compañía pasé no pocas horas estudiando aquellos restos de las pasadas edades. Fué fundado este Museo en 1869, siendo gran visir Alí Pachá, y es digno de ser conocido el breve, pero bien pensado reglamento, que para ello se dió, pues habla muy alto en favor de la cultura de ciertos personajes turcos, demostrándonos hasta dónde podrian llegar en el camino de los modernos adelantos, si no tuvieran que luchar á cada instante con la rémora de los tradicionalistas, que no se toman ni el trabajo de estudiar lo moderno, sólo porque lo es.

Dice así el preámbulo de este notable documento:

«Nadie ignora la alta importancia que tienen las colecciones de objetos antiguos, tanto bajo el punto de vista de los conocimientos históricos, como respecto á las ventajas especiales que producen; siendo éstos los móviles que han decidido á casi todos los países á fundar esos espléndidos Museos, donde semejantes objetos, expuestos convenientemente, atraen con justo motivo la admiracion de los conocedores en tales materias.»

»Así, el gobierno del Sultan, considerando á su vez la utilidad de tal institucion, particularmente en la vastas posesiones otomanas conocidas por su riqueza en antigüedades, como lo demuestran preciosos descubrimientos hechos en el país, había, hace tiempo, concebido el proyecto de fundar en Constantinopla un Museo, adoptando, entre otras medidas encaminadas al propósito, la de imponer á los que buscan antigüedadas, la obligacion de ceder al Estado, siempre que descubriesen dos ejemplares de un mismo objeto, uno de ellos. La experiencia, sin embargo, ha demostrado cuán raro es encontrar más de una pieza de un mismo objeto antiguo, y lo poco que se descubría era ademas fácilmente sustraido á la vigilancia de la Administracion. Por tales causas, todas las medidas adoptadas no han respondido al objeto propuesto, y el Museo en cuestion quedaba siempre en estado de proyecto. El gobierno de S. M. I., no queriendo continúe así por más tiempo obra de tal importancia, ha encargado, por medio de un Iradé Imperial al Ministro de Instruccion Pública, la redaccion de un reglamento más completo para la búsqueda de antigüedades, y proceder al mismo tiempo á la formacion del Museo antedicho. Conforme á esta órden imperial, aquel departamento tiene el encargo de ocuparse en todo lo que se refiera, así á la clasificacion, como á la conservacion de las antigüedades reunidas ó por reunir en este Museo, y á subvenir á sus gastos mediante un capítulo especial de su presupuesto.»

Véanse ahora sus artículos:

«Artículo 1.° Toda peticion de autorizacion para hacer excavaciones en los estados de S. M. I. el Sultan, debe ser previamente dirigida al Ministerio de Instruccion Pública, y en parte alguna podrán llevarse á cabo sin autorizacion oficial.

»Art. 2.° Queda expresamente prohibido, á las personas que hagan excavaciones en el imperio con autorizacion del gobierno, en los parajes donde no existan inconvenientes para ello, exportar al extranjero los objetos antiguos que puedan descubrir. Pueden, sin embargo, venderlos dentro del Imperio, ya sea á particulares, ya al Estado si los pidiese.

»Art. 3.° Todo objeto antiguo descubierto en propiedad particular, corresponde al dueño del terreno.

»Art. 4.° Las monedas antiguas, de toda especie, están exceptuadas de la prohibicion de exportacion, prescrita por el artículo 2.°

»Art. 5.° Toda autorizacion para hacer excavaciones, se entiende que es para los objetos que puedan existir bajo el suelo. No será permitido á nadie, fuere quien fuese, tocar ni causar desperfectos en los monumentos antiguos de cualquiera clase que sean, y lo mismo en sus accesorios que estén sobre la superficie de la tierra. Los contraventores á esta regla serán castigados con arreglo á la ley.

»Art. 6.° La resolucion acerca de las peticiones que, en materia de antigüedades, dirijan las potencias extranjeras, será objeto de un Iradé Imperial especialmente dado á propósito de la peticion.



R. Velázquez dib.º

Antiguo Medallon de Plata, Oro y Esmalte
que se conserva en el Museo Imperial de Constantinopla

(DIAMETRO 0.44)

»Art. 7.° Las personas que posean conocimientos especiales para la investigacion y descubrimiento de antigüedades, podrán demostrarlo en el departamento de Instruccion Pública, y ser encargadas de hacer excavaciones por cuenta del Estado, obteniendo con tal objeto misiones especiales del gobierno imperial. Las que se encuentren en tal caso están, por lo tanto, invitadas á dirigirse al Ministerio de Instruccion Pública.»

No son muy abundantes todavía los objetos que encierra aquel Museo, ni están organizados, como nosotros deseáramos, en un órden científico, á pesar de tener todos ellos su numeracion correspondiente, y de haber publicado el ya citado Sr. Carabella, un ensayo de catálogo con algunos de los objetos que juzgó más importantes, impreso en Constantinopla [1] poco despues de haber regresado de mi viaje, parte de cuyos trabajos tuvo la bondad de enseñarme ántes de que viesen la luz pública, haciéndome el honor de preguntarme mi opinion acerca de ellos, y sobre algunos puntos que consideraba dudosos en determinados monumentos. La mayor parte de ellos pertenecen al arte escultural, y hay tambien algunos de artes industriales y mixtas; y precisamente el más notable de todos los objetos que el Museo de Constantinopla encierra, pertenece á las últimas, siendo por su antigüedad, por su simbolismo, por la civilizacion y el pueblo que representa y por sus condiciones técnicas, monumento de inestimable valor, y que puede asegurarse es, en su género, único en los Museos de Europa.

Consiste en un gran disco ó medallon de plata pura, que mide un diámetro de 44 centímetros, y que tiene representada en su centro, en relieve de una altura de 0,m25 á la diosa de la teogonía fenicia, Astarté. Lleva collar de oro, tocado de lo mismo, con dos cuernos de 2 centímetros y 3 milímetros de altura, armillas ó brazaletes del mismo metal en los brazos y en las muñecas, manto, tambien de oro, sujeto al hombro izquierdo, cubierto de estrellas, y sandalias del mismo metal. Aparece graciosamente sentada sobre áureo sitial, sostenido por cuatro colmillos de elefante cruzados, y tiene á un lado el loro mitológico de la India, y al otro el ave mítica de Shingala (Ceylan), (Gallus ecaudatus de Temminck, *Strutthio Casuarius* de Linneo) [2], y debajo del plano en que descansan los piés de

(1) Constantinopla, imprenta de Zellich, calle Madressé, núm. 15, Galata.
(2) Este ave del archipiélago indio pone huevos verdes, de los que se dice que cada uno equivale á diez de gallina.

la divinidad, dos Métoros [1], vestidos y tocados tambien de oro como la diosa, sostienen con cuerdas doradas un tigre y un leopardo. El diámetro del círculo en el cual está sentada la Divinidad, es de 36 centímetros, y está inscrito en otro de 40, dividiéndose la zona comprendida entre ambos por cuatro medallones de oro de $0^m,1^c$ de diámetro, llevando un pequeño busto de ¿Adónis?, y todo lo demas cubierto de menuda labor, en cada una de las cuatro secciones diferentes, formando digno marco para tan notable composicion. El tocado de la divinidad lo forma una especie de turbante, sobre el que sobresalen los cuernos simbólicos, y el cabello cae en bucles de diferente, pero simétrica longitud, hasta los hombros, formando una linea mucho más corta sobre la frente. En la mano izquierda lleva el arco, y tiene la diestra levantada mostrando la palma, en actitud hierática. Las carnes todas, excepcion hecha de una pequeña parte del antebrazo izquierdo en que falta, están formadas de esmalte verde. A los lados del trono ó asiento de la diosa, se ven dos ¿leonas?, tambien de oro, con collares.

Para comprender esta notable obra de la orfebrería fenicia, cuya exacta copia, debida al inteligente pincel del Sr. Velazquez, hecha directamente del original por vez primera, damos en el adjunto cromo, que reproduce con toda exactitud la notable acuarela de aquel distinguido artista, lícito ha de sernos recordar algunas nociones de la teogonía india, de la cual derivaron, modificándose en su marcha hacia el Occidente, todas las del Asia central, de la Fenicia, del Egipto, del Africa, de la Grecia y de la Europa, asi septentrional, como central y meridional.

En el origen de aquella teogonia encontramos el gran principio de la unidad; aunque desgraciadamente y como resultado de encarnaciones alegóricas y sucesivas, debidas á la intencionada fantasia de la casta sacerdotal, cayó bien pronto en las nebulosidades de la Triada.

En el principio, Brahma, sér eterno y necesario, era el único dios conocido y adorado por el indio; pero despues de mil años, segun la leyenda religiosa, una encarnacion engendró á Siva, y produjo la adoracion del *limgam*. Nueva encarnacion produjo en seguida á Vichnu, y del acuerdo de estas tres divinidades provino la trimurti de Brahma, Vichnu y Siva.

(1) En indio, criados ó servidores encargados de los perros de caza.

Pero esta triada masculina estaba incompleta sin otra triada femenina, y bien pronto la formaron Parasacti ó Sarasvati, mujer de Brahma, Parvati, de Siva, y Lacmi, ó la hermosa, de Vichnu.

Emblema de la produccion, llevaba ésta en la frente el Lingam, y nacida de la espuma del mar, dió vida á Varas, que, como el Eros griego y el Cupido romano, montó sobre un leon, llevando el arco en la mano y á la espalda un carcax con cinco flechas, en número igual á los sentidos corporales. Su madre le acompañó llevada por un loro, como la Vénus griega, de ella derivada, era conducida por palomas.

Esta última personificacion de la triada femenina, aparece en Fenicia al lado de Melkarte, el gran dios de los descubrimientos y de la fuerza humana, el Hércules de las tradiciones fenicias, y toma el nombre de Astaroth ó Astarté.

Siguiendo en su fantástico, pero profundo simbolismo, la leyenda sacerdotal dice que la diosa, deseando recorrer la tierra, se puso una cabeza de toro á fin de no ser reconocida, y que consagró en Tiro una estrella caida del cielo, mito astronómico como todos los de la religion védica, que indica la conjuncion del planeta Vénus con la luna en el signo de Taurus.

Astarté amó á Adónis (Adon, Adod, Adad, el Señor); pero cazando éste en el Libano, fué muerto por un jabalí, y sus servidores, con los ciervos y animales monteses que su dueño habia domado, y con sus fieles perros, buscaron á la diosa en su templo de Byblos y la noticiaron el triste fin de su infortunado amante.

Cuando en los primeros dias de Junio el rio Adónis (hóy Ibrahim Nehr, Sandjiak de Tripoli), corria, como corre ahora y correrá siempre, miéntras tenga óxido de hierro en su cauce, de color rojizo, deciase que iba enrojecido por la sangre de Adónis, y ofreciase en su honor sacrificios fúnebres, que dieron origen á festividades religiosas, convertidas bien pronto en verdaderas orgias y escenas de lúbrica prostitucion. Este culto pasó á Antioquia, á Chipre, á Aténas, á Argos, á todos los pueblos de la antigüedad, que siguieron en diversos desenvolvimientos la religion védica, y duró hasta el siglo IV despues de Jesucristo.

Los cuernos que lleva en el artistico medallon que nos ocupa la figura de Astarté, asi se refieren al Lingam, como tambien á la caza, pues pa-

recen de ciervo, caza de que era protectora aquella divinidad, tanto por sus amores con Adónis, como por representar tambien la diosa, que despues llamaron los romanos, Diana cazadora. A lo mismo aluden las fieras que sujetan los Métoros, fieras que simbolizan al mismo tiempo los viajes victoriosos del Dionisios indio, ó sea la lucha del hombre con la naturaleza, y el triunfo del primero. El ave mítica de Shingala al lado de Astarté, aparece como emblema de la produccion y de la fecundidad.

Anterior probablemente al monumento que acabamos de describir, hállase otro, producto tambien de un arte oriental, el asirio, monumento que consiste en un trozo rectangular de mármol, de $0^{m},71$ de alto por $0^{m},47$ de ancho, dividido en dos compartimientos, superior é inferior. Esta antigüedad babilónica, de procedencia, por desgracia, desconocida, está muy bien conservada, y en la parte superior se ve á un rey asirio sentado sobre su trono, con la espada desnuda en la mano derecha, y ante él un hombre y una mujer en actitud suplicante; escena que así puede representar una peticion dirigida al soberano, como una imposicion de pena hecha por el mismo. En el compartimiento inferior se hallan sentados una mujer y un hombre, ante los cuales otro se inclina en actitud suplicante. En el marco de este curioso mármol se encuentran inscripciones en caractéres cuneiformes, cuya traduccion no estaba hecha, ni nos permitian hacer nuestros escasos estudios en la materia, áun siéndonos conocidos los admirables trabajos de Grotefend y de Burnouf. Estando hoy, gracias á las investigaciones de estos sabios orientalistas, claramente demostrado que en la escritura cuneiforme hay tres sistemas diversos, empleados casi siempre á la vez en los monumentos, el *babilónico* ó *asirio*, el *medo*, y el *persa*, siendo este último el ménos antiguo y más sencillo, sistema que emplea casi en iguales proporciones los trazos verticales y los horizontales, miéntras en el *medo* los trazos verticales son más raros y el uso del ángulo mucho más frecuente, y el *babilónico* se distingue por su mayor complicacion, y los trazos con inclinaciones varias y áun cruzándose los unos á los otros; y en cuanto al idioma á que responden aquellos caractéres, hallándose tambien marcadas diferencias, pues miéntras las inscripciones persas se refieren á una lengua derivada del *Zenda*, que se hablaba en Persia cinco siglos ántes de Jesucristo, la lengua asirio-babilónica se cree relacionada y formando parte de

la misma familia del hebreo, el siriaco y el árabe, es decir, de las lenguas semiticas; es indispensable un estudio profundo y especial de tan complicado ramo de la arqueologia, para poder atreverse á intentar siquiera la interpretacion de cualquier epigrafe cuneiforme, por sencillo que parezca [1].

Ademas de estos importantísimos monumentos, encuéntranse en el Museo de Constantinopla estatuas y bajo-relieves arcaicos y de la mejor época griega. Pertenecen al primer grupo dos estatuas de mujer casi completas, pues están rotas por debajo de las rodillas, que recuerdan, por su estilo, la estela que se conserva en el templo de Teseo en Aténas, conocida con el nombre de *Soldado de Maraton*, estela que ya hemos dado á conocer extensamente á nuestros lectores en el tomo primero de esta obra. Las dos estatuas visten una simple túnica muy ámplia, adornan el cuello de cada una de ellas cuatro collares, y su cabeza un tocado especial, á manera de los que se encuentran en figuras chipriotas, con las cuales tienen estas estatuas muchos puntos de contacto, sin embargo de haber sido encontradas en Rodosto (Rumelia), así como otras dos cabezas, una de hombre y otra de mujer, con los mismos caractéres artísticos, estando unas y otras esculpidas, no en mármol, sino en una calcárea fácil de labrar, lo mismo que las de Chipre; y ofreciendo tambien grandes analogías con las del Cerro de los Santos, en nuestra patria, segun tendremos ocasion de demostrar al ocuparnos más detenidamente en este viaje de la isla de Chipre, que tambien tuvimos la fortuna de conocer.

Entre las esculturas griegas del siglo de oro de aquel gran pueblo,

---

(1) A propósito de esta interesantísima materia de investigacion arqueológica, vamos á consignar el pensamiento que oimos en Constantinopla á nuestro ilustrado amigo Carabella, y que despues ha consignado por escrito en su Catálogo, pensamiento en el cual debieran fijar su atencion los sabios orientalistas que se dedican al especial estudio de los antiguos idiomas, en que están escritos los epígrafes cuneiformes.

Dice así:

«Entre las poblaciones diseminadas de las montañas que se ramifican entre Mossul, Diarbekir, Van y Suleimanié, hay que ir á buscar hoy los antiguos acentos de la lengua caldea, es decir, asirio-babilónica.

»Estas poblaciones son hoy llamadas todavía por los armenios *Childan* y *Assori*, y *Makin* por los Kurdos; y en estos nombres pueden reconocerse los de *Chaldeos* y *Magos*, así como el de *Asirios*, pueblo que primitivamente ocupó este país.

»Allí es, en mi sentir, donde se conserva la verdadera lengua caldea ó asirio-babilónica, si bien no he de tener la pretension, como han hecho tantos escritores occidentales, de buscar en este estilo corrompido por la servidumbre los capítulos de Daniel y de Esdrás, los acentos de la lengua hablada en los vastos palacios de Babilonia por *Atossa-Schem-Rami;* por *Nebi-n-Assar*, que dió su nombre á una era; por *Nébi-chad-n-Assar*, que redujo las tribus judías á cautiverio; por *Nebi-Pal-Assar*, á quien el judío Thanael explicó la amenaza celestial revelada por el brillo de la fosforescencia; ó, en fin, por el famoso *Assar-Haddan-Pal* (Sardanápalo), cuya orgía suprema y su castigo nos han sido trasmitidas por el arte, al mismo tiempo que por la historia de la condenacion profética de Nínive.»

ocupa preferente lugar en el Museo de Constantinopla un bajo-relieve, procedente de Budrun, en Halicarnaso, encontrado cerca de las ruinas de Mausoleo, y que representa una jóven que recuerda la fábula de las amazonas, pues aparece en actitud de correr, sujetándose con la izquierda mano los últimos pliegues de su traje flotante, y levantando sobre su cabeza con la derecha un hacha, en actitud de combatir. Tán hermosa escultura, que mide $0^{m},55$ de altura por $0,^{m}40$ de anchura, encuéntrase desgraciadamente cubierta por una especie de patina verde, con que la humedad constante del sitio en que estuvo soterrada durante muchos siglos ha sustituido al hermoso color del mármol en que está esculpida.

Otra de las notables obras de la antigüedad griega que allí se conservan es un relieve sobre fondo circular rebajado, en la forma llamada en términos de arquitectonologia *cartucho* [1], abierto en la superficie de un fragmento arquitectónico de mármol, que mide $0^{m},54$ de altura por $0^{m},48$ de ancho, cuyo relieve representa á Cleomenes rey de Esparta, que vivió 520 años ántes de Jesucristo; objeto de gran valor, que se halla en perfecto estado de conservacion, y que, encontrado en Cyzico (Bal-Kis), fué llevado al Museo Imperial por su conservador M. Goold en 1869.

Tambien pertenece al mismo brillante periodo del arte antiguo una estatua de mármol, representando á Hestia, divinidad de donde provino la Vesta romana. Esta estatua, de la misma procedencia que el anterior relieve, mide $0^{m},86$ de altura, y es notable por el estudio de pliegues que en el traje de la diosa se encuentra.

No ménos importante es otra estatua, tambien de mármol, de $1^{m},7$ de altura, hallada en Mytilene (Midilli), y que representa á una hermosa jóven de Lesbos, apoyado el brazo derecho en un pedestal y el izquierdo sobre la cadera. El admirable estudio del natural que acusa, asi en el desnudo como en los paños, la finura de ejecucion, la sobriedad y firmeza al mismo tiempo del dibujo, están revelando en esta notable estatua uno de los mejores periodos del arte antiguo, al que tambien pertenecen algu-

---

(1) Cartucho es un adorno escultural en piedra, en mármol, en madera ó en cualquiera otra materia, formando parte de un miembro arquitectónico, en medio del cual hay un espacio de forma regular ó irregular, cuya superficie es á eleccion del artista, plana, cóncava ó convexa, y que está destinada á recibir inscripciones, cifras, escudos ó bajo-relieves, para el decorado interior ó exterior de los edificios.

nas otras obras esculturales que allí se conservan, y de las que no creemos inoportuno dar noticia á nuestros lectores.

Un fragmento de bajo-relieve en mármol de Frigia [1] (*Synnada Mygdoniensis*, Eski Kara Hisar), de $0^m,87$ de altura por $0^m,54$ de longitud, de procedencia desconocida, representando la muerte de Alcibiades.

Cabeza en mármol con corona mural, simbolizando en una hermosa doncella la ciudad de Heraclea, situada en la costa asiática del mar Negro.

Fragmento marmóreo de relieve, representando el combate de Teseo contra los Lapitas, segun la tradicion legendaria griega, monumento de procedencia desconocida, pero de remota antigüedad.

Otro fragmento tambien de mármol, en el que se ve á Eros ó el Amor, llevando al hombro la maciza clava de Hércules, símbolo de la fuerza vencida por el amor. Procede de Heraclea, en el mar de Mármara, la antigua Perintho.

Hermosa tabla de mármol de $0^m,60$ de longitud por $0,^m50$ de altura, representando en relieve muy bajo, indicio seguro de su antigüedad, á *Asclepios* ó Esculapio, sentado, teniendo á su derecha, igualmente sentada, á su hija Hygia, que con una copa en la mano presenta un brebaje á una serpiente. Asclepios se apoya en una rama de árbol.

---

(1) Tuvo entre los antiguos gran celebridad el mármol de Synnada capital de la antigua Frigia Salutaria, llamada en más remota época Mydonia, de donde fué designada con el nombre de *Synnada Mygdoniensis*. En la época romana hicieron tan frecuente uso de él los ricos patricios de la ciudad del Tíber, que los poetas citaron el mármol frigio como emblema del lujo y de la riqueza (*). De este mármol está fabricado en Roma el panteon de Agripa, yerno de Augusto, primer emperador romano. De él son tambien las hermosas columnas de la basílica de San Pablo, *fuori muri*, que estuvieron ántes en la tumba de Adriano.

Pablo el Silencioso, secretario de Justiniano I, en su historia de Santa Sofía, dice: que la tinta general de este mármol era un blanco lúcido, con manchas casi circulares de color rosa y violeta.

Segun Strabon (Δοκίμιον) una variedad de esta roca, da, en cantidad considerable, mármol de un blanco amarillento de grano fino y muy cristalizado que, sin embargo, no ofrece resistencia á la labra, respondiendo á todas las cualidades que se exigen para el mármol de construccion. Este mármol blanco, generalmente se encuentra en la superficie de la cantera, y al penetrar en sus capas interiores, se le halla veteado ó manchado de azul, lila y violeta. En Europa apénas es conocida esta *calcárea compacta sacaroide*, que lleva grandes ventajas á muchos de los mármoles estatuarios y de construccion más renombrada.

En la antigüedad, segun el testimonio de Pausanias (*Atica*, lib. I, cap. 18), se empleaba frecuentemente este hermoso mármol para las estatuas policromas.

La pequeña aldea de *Seid-el-ar* (antigua Docimia) está situada en la entrada de estas canteras, á distancia de dos kilómetros de Eski Kara-Hissar.

Destruidos todos los caminos antiguos en el Asia Menor, es muy difícil designar el punto de la costa donde se embarcarían los prodigiosos monolitos que de aquellas canteras se sacaban para fustes de columnas, y aquellas tablas de tan sorprendentes belleza y dimensiones, y que tanto admiraban á Strabon (XII, p. 577).

El que visita hoy aquel país no comprende cómo podía verificarse la exportacion de tan colosales piedras, de lo que sin embargo dan buen testimonio Santa Sofía y los monumentos de Italia citados, á más de otros muchos que sería prolijo enumerar.—Carabella, *catálogo citado*.

---

(*) Horacio, lib. III, od. 2.—Ovidio, epístola XV.—Tubulo, elegía 3, lib. XIII.

Aunque ya de la época romana, pero de cincel griego, atrae poderosamente la atencion del artista, en aquel naciente Museo, otro bajo-relieve igualmente de mármol, de 1$^{m}$,86 de altura, que formaba parte de un grupo perteneciente al antiguo arco de triunfo elevado por Augusto en Tesalónica, en uno de cuyos lados el escultor habia representado la genealogía de Julio César, descendiente, al decir del poeta, de Ascanio, hijo de Eneas, hijo de Vénus.

*Nascetur pulchra Trojanus origine Cesar,*
*Imperium Oceano, famam qui terminet astris*
*Julius, a Magno demissum nomen Julo.*
(VIRGILIO. *Eneida*, lib. I, v. 286 á 288.)

Y en otro paraje:

*At puer Ascanius, cui nunc cognomen Julo*
*Additur (Ilus erat dum res stetit Ilia regno.)*
(Idem, lib. I, v. 267).

Pasajes por donde se ve que Ascanio llevó tambien el sobrenombre de Julo, llamándose Ilus cuando Ilion y su gloria fueron, de cuyo nombre tomó César el suyo, como nacido de la sangre más ilustre de los troyanos.

Este Julo, que fué considerado como el fundador de Alba Longa, el padre de la raza romana, el antecesor de Rómulo, el tronco de la Gens Julia, de donde nació Julio César, es el que, en los risueños años de su adolescencia está representado en el hermoso relieve de puro estilo griego que nos ocupa.

El jóven troyano, todavía imberbe, está de pié, desnudo, la cabeza de perfil, vuelta á la derecha, y el cuerpo más vuelto hacia adelante, tres cuartos de frente, revelando, en el trazo delicado de sus contornos graciosos y simétricos, aquel conjunto de finura, facilidad y energía, cuyo secreto monopolizó el arte griego en la antigüedad. De fisonomía dulce y tranquila, cubierta la cabeza con el sencillo y verdadero gorro frigio, lleva una ligera clámide echada descuidadamente sobre el

hombro izquierdo, cuyo brazo cae á lo largo del torso, sosteniendo una javelina, que apoya en tierra por la parte del hierro, y deja ver la extremidad de un *Acinaces* dentro de su vaina, miéntras la mano derecha se apoya sobre un ovalado escudo. Nada más sencillo que esta figura, pero pocas obras del arte artiguo reunirán, á tanta sencillez, mayor encanto.

Tambien es digno de especial mencion un relieve marmóreo de los llamados Heroom (Ηρῶων), ó monumento funerario en forma de pequeño templo ó *Ædicula*, que lleva un cuadro compuesto de un hombre vestido, una mujer con velo y un niño, los tres de muy poco relieve. Sobre un triclinium ó canapé de los usados por griegos y romanos para las comidas, está recostado el primero, elevando el brazo derecho en señal de invocacion ó dedicatoria al difunto, en cuyo honor se celebra el banquete fúnebre. Sobre un taburete de tres piés está sentada la mujer, envuelta en su velo, demostrando en su actitud profundo dolor, y en una mesa *tripodiana*[1] que se levanta en el centro, se ven varios platos, algunos con frutas, á las cuales tiende la mano el niño, indiferente al dolor de sus padres.

Los monumentos de esta clase tuvieron su orígen entre los griegos, y sólo se labraron en un principio en honor de sus héroes deificados; pero despues se usaron tambien por los particulares, como puede deducirse de la abundancia con que se encuentran tales escenas, no sólo en los monumentos funerários, sino tambien en los vasos pintados.

A la época greco-romana corresponde una notable y colosal estatua de mármol, de $2^{m}$,81, representando á Quinto Cecilio Metelo, llamado *Creticus*, aquel cónsul romano que en calidad de procónsul clavó las enseñas del Lacio por vez primera en la tierra hasta entónces libre é independiente de Creta, la antigua *Aeria*, asi llamada por lo apacible de su temperatura y la belleza del pais, cuando en el año 686 de la fundacion de Roma, 68 ántes de J. C., acudió á vengar la derrota y muerte del pretor Marco Antonio, que en vano intentó impedir que los cretenses ayudasen con sus escuadras á los piratas que infestaban los mares, impidiendo el comercio

---

(1) Estas mesas *tripodianas* ó *tripodions* eran, como su nombre indica, de tres piés, y servian para la comida de una á tres personas, colocándose donde mejor se quería, como hoy se hace con muebles análogos. Entre los personajes ricos eran generalmente de madera *thya*, que se llevaba del oasis de Júpiter Ammon, en la Lybia, entre el Egipto y la actual Cirenaica. Ciceron pagó por uno de estos tripodium, hecho de dicha madera, un millon de sextercios.

y llevando la desolacion y la muerte á las costas de Italia, de Sicilia y de Egipto.

Las principales poblaciones de Creta, tales como Gortyna, Knossos y Kydonia, quisieron oponerse al paso del inflexible descendiente de aquellos Metelos que habian conquistado la Sicilia y vencido á los cartagineses, sojuzgado la Macedonia y sometido á Yugurta; pero batidos completamente, tomadas sus ciudades una tras otra, á pesar de la heroica resistencia de sus defensores, vieron por último caer tambien, al empuje de las invencibles legiones romanas, el último baluarte de su independencia, la plaza fuerte de Hiérapytna, en el centro de cuya plaza fué erigida la estatua altiva del vencedor, como perenne recuerdo de su triunfo y amenaza permanente de la nacion triunfante. Esta estatua es la misma que se conserva en el Museo de Constantinopla, habiendo sido enviada á aquel notable depósito arqueológico por Costaki Pachá Adossides, Mutessarif de Lassythi en la isla de Creta, un año escaso ántes de nuestro viaje.

Encuéntrase en muy buen estado de conservacion, faltándole sólo el brazo derecho, que probablemente sostendria, apoyándose en ella, á juzgar por el movimiento general de la figura, una lanza. Lleva la cabeza ceñida con la corona de laurel y la falera en su centro, distincion obtenida por su importante victoria, que le valió el renombre de Creticus. Viste el guerrero traje de su época, sin que falte ninguna de sus piezas, el *thoracomachum*, el *pectoral*, enriquecido con figuras que representan victorias aladas, coronando á Roma, sostenida por la loba legendaria de Rómulo y Remo, y las *lamina aenea*, siendo notables los ricos y adornados coturnos de guerra que calzan sus piés, bajo uno de los cuales tiene sujeto á un jóven cretense. Esta estatua para mayor ignominia de los vencidos, fué costeada por ellos mismos, cumpliendo la órden ineludible del vencedor.

Monumento tambien de estilo greco-romano, aunque de la época que pudiéramos llamar del renacimiento del arte en Roma, el periodo de los Antoninos, consérvase en el Museo que nos ocupa un sarcófago con altos relieves, á cuya composicion sirve de asunto la historia de Fedro y de Hipólita. El espacio ocupado por las figuras está dividido en dos compartimientos, viéndose en uno de ellos á una mujer hermosa sentada, que se

vuelve hacia una jóven colocada detras de ella; en un ara se ve á Afrodita con un genio alado: Eros ó el Amor apunta con su arco á Fedro, miéntras habla con otra tercera mujer; y en el otro compartimiento de la derecha hay un jóven sentado, con la lanza en la mano, que mira á una esclava, la cual se ocupa en colgar en un templo las astas de un ciervo. Todavía se ven otra figura de un esclavo con un jabalí, y un caballo bebiendo en una pila cerca de un último personaje desnudo. Por cima de toda esta composicion corre una cornisa jónica, sostenida por dos cariátides que se apoyan en dos pedestales con un perro y una liebre. En el otro frente del sarcófago se ve á una mujer dormida y un héroe en el acto de embarcarse, representando acaso á Teseo y Ariadna, y en los laterales un águila y una esfinge.

Algunas obras esculturas de bronce consérvanse tambien en aquel Museo dignas de estimacion, entre las cuales figura sobre todas la célebre cabeza de la Columna Serpentina, de que hablamos al estudiar este célebre monumento; una estatua de bronce (0,$^{m}$31 de altura), representando á Hermes, el Mercurio de los romanos, en el momento de lanzarse al espacio con un pié sobre un globo, el caduceo en la mano y la antorcha, actitud en que tambien se conservan figuras de la misma divinidad en otros museos; otra muy notable (altura 0,$^{m}$72) de Hércules, con la piel del leon Nemeo en el brazo izquierdo, y la clava en la diestra, procedentes ambas estatuas de Monastir; y varias figuras grotescas representando á Sileno, ó bien sátiros y faunos.

De artes industriales y mixtas hállanse pocos objetos; la cerámica está representada por algunos vasos chipriotas, iguales á los que despues adquirí en Larnaca, y otros griegos pintados de figuras rojas sobre fondo negro, que aunque importantes, como todos los de su clase, no ofrecen motivo de especial descripcion.

Consérvanse tambien, de la época griega, un sello de bronce y fragmentos de otros, tan sencillos en su adorno como de buen gusto; espejos lisos; fragmentos de hojas de oro, que en su mayor parte debieron servir para diademas ó adornos de cabeza, todos con dibujos y áun con figuras de escaso relieve, repujadas; y cubiertas de urnas cinerarias de bronce, algun tiempo dorado.

Entre los objetos arqueológicos y artísticos que en aquel Museo se conservan de la época bizantina, son notables, un busto de hombre; el monumento del célebre actor Porfirios, que algun tiempo estuvo en el Hipódromo, cuya escultura, de tiempo de Justino II, lleva en sus cuatro frentes el retrato del afortunado artista, y la representacion de la salida de las cuadrigas, de la carrera y del triunfo del auriga vencedor, todo lo cual, aunque ejecutado de una manera verdaderamente bárbara y con total olvido de las buenas tradiciones artísticas, es importante bajo su relacion arqueológica, pues reproduce fielmente cuadros de una de las costumbres más características de la época á que se refiere, lo mismo que otro bajo-relieve representando juegos del circo, de peor dibujo todavía que el anterior monumento, conservado tambien en aquel depósito de antigüedades; y un bajo-relieve que se cree representa á Constante II, en el que se ve con efecto á un personaje que recuerda los bustos y las figuras que se hallan en las monedas de aquel emperador.

Del mismo estilo bizantino consérvanse, en aquel Museo, dos grandes sarcófagos de pórfido, uno de ellos completo y otro más pequeño, de *verde antico* delante de Santa Irene; otro sarcófago completo de pórfido; dos de la misma materia, sin sus respectivas cubiertas; una de éstas sola sin su correspondiente sarcófago; un fragmento esculpido de otro, en el que se ven representados genios celebrando las vendimias sagradas; y un obelisco tambien de pórfido. Excepcion hecha de éste, todos los demas llevan, por sólo adorno, una ó muchas cruces bizantinas, estrecha y sencilla bordura, y el monograma de Cristo. El uno de ellos es de forma oval y los otros rectangulares, midiendo más de dos metros de largo por uno y medio de alto; y las cubiertas en sus dos caras laterales, y por lo tanto más estrechas, figuran frontones de templos dóricos.

Estos monumentos, de gran valor por la materia en que están labrados, proceden de la iglesia de los Santos Apóstoles, fundada por Constantino el Grande para panteon imperial, en el mismo sitio que ocupa actualmente la mezquita de Mahomet II, y se cree sirvieron de sepulcros á Constantino I, y Constancio II, Juliano el Apóstata, Teodosio el Grande, Arcadio, Marciano y Pulqueria, y que el obelisco perteneció á la tumba de Constantino el Grande.

Ademas de los monumentos y objetos citados, hay en el grupo bizantino varias incripciones y epitafios cristianos, ya griegos, ya latinos, y abundantes y curiosos ladrillos, con monogramas de los emperadores reinantes en la época de su fabricacion.

Por la noticia que hemos dado de los objetos más notables del Museo de Constantinopla, se ve, que si bien no muy considerables en número, los hay en él de la mayor importancia para la historia de la antigüedad. Ojalá se cumplieran los deseos de Mr. Dumont, y se quitase de Santa Irene el depósito de armas que ocupa la iglesia, estableciendo en su lugar un verdadero Museo científicamente organizado! Ningun edificio convendria mejor para ello que aquel templo, único resto de la antigua y opulenta residencia imperial que coronaba otras veces la primera colina de la nueva Roma, y una de las obras más perfectas y mejor conservadas del primitivo arte bizantino.

Corría el año 25 del siglo IV de nuestra era, el 20 del reinado de Constantino, y el mismo en que inauguraba sus apostólicos trabajos el primer Concilio de Nicea, cuando aquel fervoroso emperador cristiano, queriendo rendir digno tributo á la omnisciencia y poder divino, elevó una basílica consagrada á la divina sabiduría, τῇ ἁγίᾳ σοφίᾳ, de donde vino el nombre al templo que habia de alcanzar tan alta celebridad en la historia del arte cristiano. Santa Sofía, pues, se elevó para rendir culto á uno de los más grandes atributos de la Divinidad, y no en honra y por devocion especial de una santa de aquel nombre, como con marcado error suele creerse.

El templo constantiniano fué, sin embargo, bien pronto insuficiente para el fervoroso culto de una poblacion que crecia sin césar, y Constancio, hijo de Constantino, lo amplió trece años despues, quedando reducido á ruinas en el reinado de Arcadio, el año 404, á consecuencia del incendio que inflamaron las enconadas pasiones con motivo del destierro de San Juan Crisóstomo. Teodosio lo reconstruye en 415; pero nuevo incendio lo consume en 532 durante la célebre revolucion producida por las cuestiones del Hipodromo, llamadas de los Victoriatos, en el quinto año del reinado de Justiniano, que hallando, como todo carácter levantado y enérgico, ocasion para mayores empresas en los momentos mismos de la

desgracia, decidió reedificarlo nuevamente, y de tal modo, que fuese el primer templo y la admiracion del mundo.

Su entusiasmo y su decision fueron tales, que no es extraño juzgase él mismo, y fuera cierto, le prestaba su auxilio la Providencia, auxilio que la rica fantasía popular revistió con formas maravillosas. Véase de qué modo describe aquellos colosales trabajos el ya citado Pablo el Silencioso, escritor contemporáneo [1]. Segun él, cien arquitectos dirigian los trabajos, y cada uno de ellos tenia á sus órdenes cien albañiles. Cinco mil obreros trabajaban en el lado derecho del edificio, é igual número en el opuesto. Un ángel habia revelado al emperador, en sueños, el plan del edificio; ángel que se apareció segunda vez la tarde de un sábado, bajo la figura de un eunuco vestido con blanco y resplandeciente traje, el cual se dirigió á un niño que durante las horas de descanso guardaba las herramientas de los albañiles, y le ordenó ir á buscar en seguida á los trabajadores, á fin de que la obra avanzase más rápidamente; pero habiendo rehuido el muchacho obedecer las órdenes del desconocido y extraño personaje, juró éste por la Sabiduría, es decir, por la palabra de Dios, que no se iría hasta que aquél no volviera de cumplir sus órdenes, y que entre tanto regresaba, él quedaría en su lugar guardando los trabajos. Cuando habiendo contado el aprendiz aquel sueño, que tomaron por aparicion, fué conducido á la presencia del emperador, no halló entre la multitud de servidores que le rodeaban al que le habia dado tan terminantes órdenes; y entónces el emperador, creyendo que debia haber sido un ángel el aparecido, dispuso para cohonestar su sentimiento, porque el aprendiz no hubiera cumplido las órdenes del que juzgaba celestial enviado, y la consideracion que aquél merecia por haber sido fiel á su consigna, que saliese desterrado para siempre á una de las Cicladas, haciéndole á la vez magníficos presentes.

Cuando el templo llegó hasta la cúpula, y faltaban recursos pecuniarios para continuar la construccion, el ángel se presentó de nuevo bajo la misma apariencia de un eunuco, con la misma resplandeciente y blanca vestidura, y condujo los mulos de la tesorería imperial á un subterráneo

(1) Puede verse la traduccion en aleman de su obra, hecha por F. Kortüm, en la de Salzenberg, intitulada: *Alt Christliche Baudenkmale von Constantinopel.*—Berlin, 1854.

abovedado, donde los cargó con cuatrocientas piezas de oro, que llevaron al emperador, el cual, al verlos llegar, reconoció en ello la mano milagrosa del ángel.

De este sér celestial, fueron, por lo tanto, el plano y los tesoros para la construccion de aquella maravilla; favores sobrenaturales, á que correspondió el emperador animando con su presencia á los trabajadores, hasta el punto de que ni en las horas dedicadas á la siesta, segun la costumbre oriental, despues de la comida del medio dia, se entregaba al descanso, aprovechándolas en recorrer las obras vestido con un modesto traje de lino, un pañuelo ceñido á la cabeza, y un baston en la mano, y en animar á los trabajadores, que nunca se encontraron tardos en ejecutar sus órdenes, movidos de su mismo entusiasmo y de la generosidad con que premiaba sus esfuerzos.

Para el mortero ó mezcla empleado, así en las obras de cimentacion, como en fijar los sillares, se habia usado en lugar de agua comun agua de cebada, y las piedras de los pilares enlazadas interior y exteriormente con grapas de hierro, estaban unidas por la parte interior para que tuviese el todo mayor cohesion, con una amalgama de cal y aceite, de que resultaba una fortísima argamasa [1]. Los vasos, con los que, segun ya hemos indicado, para darle mayor ligereza, se construia la bóveda de la cúpula, que excita hoy la admiracion de los artistas por su atrevimiento y ligereza, estaban hechos en la isla de Rodas de una arcilla especial, cuidadosamente escogida, y tan ligera, que doce de aquellos vasos apénas tenian el peso de un ladrillo ordinario. En la superficie de estos ingeniosos materiales de construccion, quedaba grabado, por tenerlo ya hecho el molde de propósito, un letrero en griego que decia: «Dios es quien la ha fundado, y nunca será destruida.—Dios la protegerá en la aurora de cada dia.»

Cuando la capilla, ó pequeño ábside, en forma de concha, del lado oriental, donde el altar debia colocarse, estuvo terminado, se suscitó discusion entre el emperador y los arquitectos, acerca de la manera de dar luz á aquel lugar, si por una ó por dos ventanas en arco. Con tal motivo,

(1) La tradicion de esta especie de estuco se conserva en nuestro país, sobre todo en las poblaciones que abandonaron últimamente los árabes, donde principalmente para unir los conductos del agua, se emplea una especie de estuco que llaman *zulaque*, compuesto de cal, aceite y cáñamo triturado.

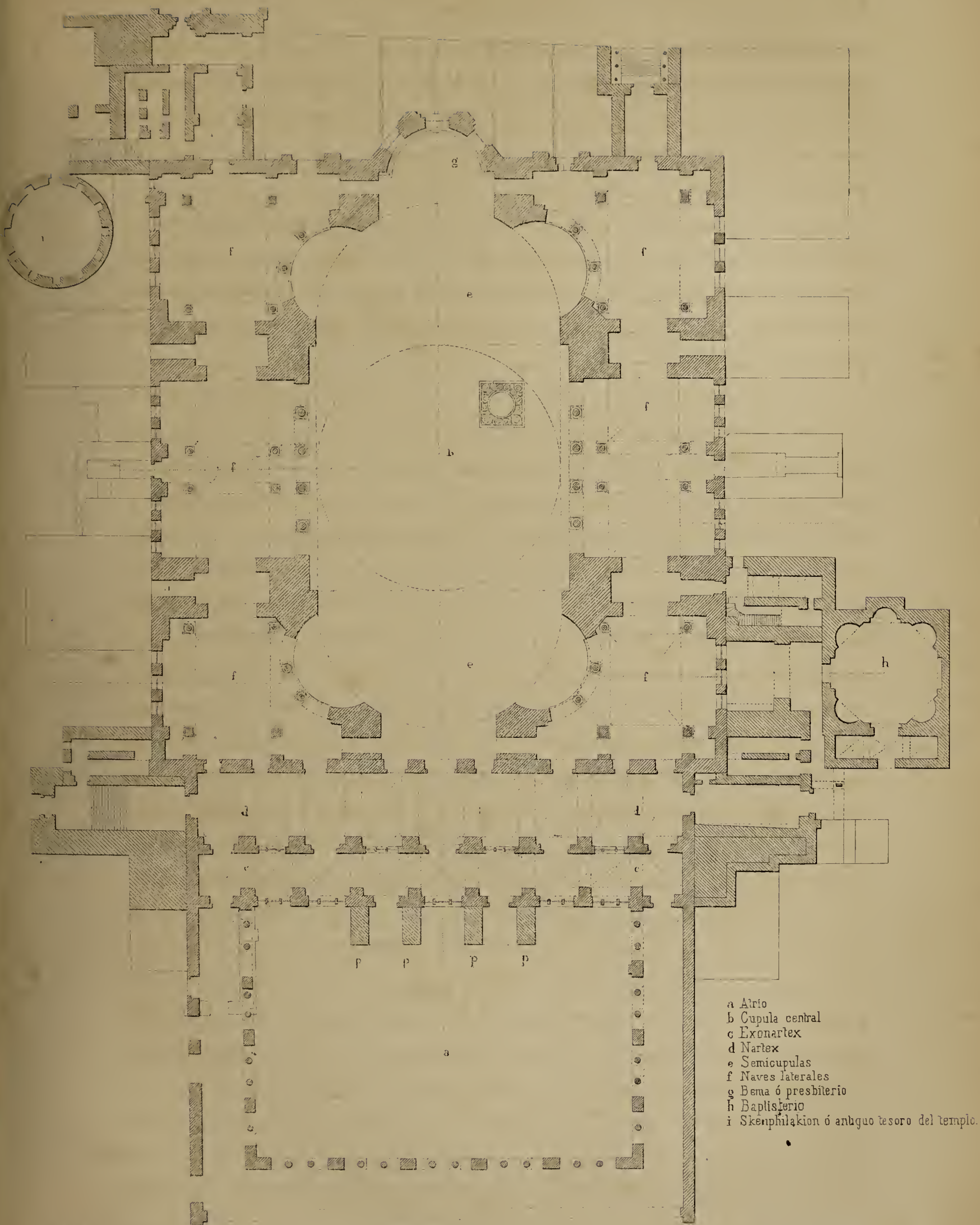
volvió á aparecerse el ángel á Justiniano, aunque no ya con sus antiguas blancas vestiduras, sino engalanado con la púrpura imperial y con sandalias rojas, terminando las dudas con decir, que la luz debia penetrar y caer sobre el altar por tres ventanas, en honor de cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad.

Apénas levantaban los muros un metro sobre la superficie, iban ya gastados en las obras 452 quintales de oro, lo cual no arredraba al emperador, que invertia en la realizacion de su colosal pensamiento cuantas sumas podia reunir de las provincias del Imperio y de los tributos de los llamados bárbaros.

Las obras prosiguieron cada vez con más ardor, despues de haber empleado siete años y medio en la preparacion de los materiales que debian servir para la construccion de Santa Sofía, construccion que duró despues otros ocho años y medio, de modo que se tardaron diez y seis en la terminacion total de tan magnífico monumento del arte cristiano.

Los arquitectos principales que le dirigieron por encargo del emperador, fueron Antemio de Tralles, é Isidoro de Mileto, y se emplearon en él todas las especies de mármoles, granito y pórfido más celebrados; el mármol blanco de Frigia, de rosadas y cárdenas vetas, el verde de Laconia, el azul de Libia, el granito egipcio y el pórfido de Lais. Lleváronse tambien allí las ocho columnas de pórfido que Aureliano habia quitado del templo del Sol en Baalbeek, y conducido á Roma; las ocho columnas de brecha verde del templo de Diana en Éfeso, y otras muchas de los templos de Atenas, de la Troade, de Cizyco, de Delos, de Isis y de Osiris en Egipto, monumentos todos del arte pagano, que contribuian á sostener el gran monumento que levantaba el arte á la religion verdadera; y en lugar de las estatuas y representaciones simbólicas de aquellos idolátricos cultos, cubrian los muros, formadas con el rico mosaico bizantino, las figuras de la Vírgen, de los Apóstoles y de los Evangelistas, y la Cruz Sagrada con la milagrosa frase del Lábaro constantiniano: *In hoc signo vincit.*

Poco tiempo despues de terminada la gran cúpula, la mitad oriental caia á tierra; pero no por esto decayó el ánimo del fundador, que restaurándole más sólidamente y con más magnificencia todavía, inau-




P. Velazquez, dibujó. J. Bustamante grabó. Lit. Mateu, Barquillo, 4.

PLANTA DE LA MEZQUITA DE SANTA SOFIA
EN CONSTANTINOPLA

guró de nuevo el venerado templo, con la misma suntuosidad que lo habia hecho la Noche-Buena del año 538.

Aunque el material de construccion fueron ladrillos, edificáronse los pilares con grandes piedras calcáreas, unidas de la manera que ya indicamos, y los muros interiores se cubrieron con ricas tablas de mármol. Las cornisas y los capiteles fueron dorados; las bóvedas de las naves laterales, pintadas á la encaústica; la cúpula y los arcos cubiertos de ricos mosaicos dorados y de colores, destacándose, en general, todo cuanto era pintura sobre fondo de oro.

Concluido el edificio, lo enriqueció con enorme profusion de vasos preciosos, de candelabros, de cruces, todo de oro macizo, con veinticuatro grandes evangelios, de los que cada uno pesaba dos quintales de oro. En el santuario estaba el altar, hecho de una mezcla de oro y de plata, de hierro y de platino, de perlas y de diamantes, materiales todos que se fundieron juntos para formarle, enriqueciéndole ademas las más raras y valiosas piedras incrustadas en él, estando sostenida la tabla de la mesa de altar sobre cuatro columnas de oro. El *Ciborium*, donde se conservaba el Santo Sacramento, estaba formado de cuatro columnas y cuatro arcos de plata que sostenian una cúpula de oro surmontada por un gran trozo del mismo metal, que pesaba ciento diez y ocho libras, y que sostenia una cruz, tambien áurea, de ochenta libras. El recinto del santuario, el púlpito, el trono del Patriarca, las sillas de los siete sacerdotes y todos los demas accesorios, estaban en armonía con aquella imponderable magnificencia.

Cuando todo estuvo terminado, y dispuesto para que pudieran celebrarse los divinos oficios, el emperador inauguró el templo con tan espléndido aparato, que apénas se concibe su descripcion. Matáronse mil bueyes, mil carneros, seiscientos ciervos, diez mil gallinas, que se distribuyeron al pueblo, ademas de 30.000 modios de trigo. El emperador, vestido con sus mejores galas, conducido en lujoso carro, y acompañado de todos sus áulicos, de sus generales y sacerdotes, recorrió en victoriosa marcha el Hipodromo y la Via Triunfal, y acompañado del Patriarca Eutiques entró en la iglesia, y avanzando solo, el primero, desde la entrada hasta el altar, cayó de rodillas, exclamando en arrebato de gratitud á

Dios, y de disculpable orgullo: ¡Bendito sea Dios, que me ha juzgado digno de terminar tal obra: te he vencido, Salomon!»

Catorce dias duraron despues los holocaustos, los festines públicos y la distribucion de socorros á las clases necesitadas.

La causa que produjo el hundimiento de la parte oriental de la cúpula, de que ya hemos hablado, fué un terremoto; pero los arquitectos atribuyeron este accidente á la precipitacion con que se quitaron los andamios al terminar los últimos trabajos, por lo cual, cuando se concluyeron los de la restauracion, se les dejó colocados durante un año; refiriendo los autores que se llenó la iglesia de agua, despues de este tiempo, hasta una considerable altura, y que sobre ella se fueron arrojando las piezas de los andamios, á fin, dicen, de no conmover el edificio como la primera vez, por el choque de tantas piezas de madera arrojadas desde lo alto al suelo. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que encargada la reconstruccion á Isidoro el Jóven, disminuyó el diámetro de la gran cúpula y reforzó los pilares, agregando en la parte exterior macizos contrafuertes. Sin embargo de esto, en el siglo x, el año 987, reinando los emperadores Basilio II y Constantino IX, se hizo necesaria una nueva restauracion, sufriendo tambien desperfectos en el año 71 del siglo xiv, á consecuencia de nuevos terremotos.

Cuando la toma de Constantinopla por los turcos, Santa Sofía fué el asilo de una multitud de sacerdotes, y de fugitivos de todas clases, que llenaban materialmente todo el recinto, y por encima de los cuales pasó, atropellándolos, á caballo hasta el altar mayor el temible Mahomet, repitiendo las palabras de su profesion de fe muslímica: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» Palabras que fueron la señal del asesinato y del pillaje, que cubrió de sangre y de víctimas todo el venerando santuario.

Cuenta una piadosa leyenda, que en los momentos de penetrar el conquistador en el templo, un sacerdote que estaba celebrando la Misa, queriendo librar de la profanacion el sagrado cáliz, desapareció por una puerta practicada en una de las galerías, y que apénas habia traspuesto el umbral, la puerta apareció tapiada con un muro de piedra; y añade la poética y piadosa tradicion, que cuando la iglesia de Santa Sofía vuelva á ser purificada por el culto cristiano, el muro caerá, aparecerá de nuevo la puerta,

y saldrá por ella el sacerdote á seguir su misa, interrumpida durante tantos siglos.

La tradicion hoy ha perdido, por desgracia, su encanto, pues dícese que aquella puerta es una que ha encontrado y ha abierto el arquitecto tesinés Fossati, durante los trabajos de restauracion que ha llevado á cabo, encontrando tan sólo detras de ella una estrecha capilla y una escalera completamente cegada por escombros.

El conquistador, como consecuencia inmediata de su triunfo, consagró á Santa Sofía al culto musulman, y construyó un minarete y los dos contrafuertes que prestan solidez al edificio por el lado Sudeste. Selim II elevó otro minarete, y Murat III los dos que hay á la parte Nordeste, colocando sobre la cúpula, colosal media luna, cuyo dorado sólo costó cincuenta mil ducados, llevando á término otras reparaciones en el interior, y el mismo colocó en el templo dos enormes urnas de alabastro, procedentes de Pérgamo. En tiempo del Sultan Abdul-Medjid, de 1847 á 1849, fué emprendida y terminada una restauracion general por el citado arquitecto Fossati, que valiéndose, ya de armaduras de hierro, ya de refuerzos hábilmente disimulados, consiguió dar solidez y nueva vida á las partes del edificio por cuya seguridad pudiera temerse.

Existen antiguos dibujos de Santa Sofía, entre los cuales citaremos los de Grelot (Du Cange, *Constantinopolis Christiana)*, cuya exactitud, así como la de la descripcion de Procopio, ha sido confirmada por los citados trabajos de Salzenberg, hechos precisamente cuando los de restauracion de Fossati le permitieron estudiar con toda amplitud aquel notable monumento bizantino. No creemos fuera de propósito trascribir algunos pasajes del historiador Procopio. *(De aedific. Jutiniani*, L. I, cap. 1.). «La iglesia sobrepuja á todos los demas edificios de la ciudad, y desde lo alto de ella se domina toda la poblacion. Su longitud y su anchura están tan bien tomadas, que resultan ambas dimensiones en perfecta armonía. Es de un esplendor incomparable. Está inundada por los rayos del sol. La fachada principal del templo (hacia el Oriente sin duda), donde se ofrece la víctima inenarrable, está así concebida: el edificio no se eleva en líneas rectas, sino en semicírculo, que los artistas llaman *semi-cilindro.* La salida (del ábside), vista por la parte exterior, forma un cuarto de círculo.

Encima de ella se levanta (vista por el interior), otra porcion del edificio en forma de media luna. Es admirable por su belleza, y sorprendente por su atrevimiento. De los lados se elevan dos columnas, no en línea recta, sino en semicírculo, y encima de ellas está suspendida la parte formando la media luna. En el centro del templo se levantan cuatro masas formando pilares, dos hacia el Norte y dos hacia el Sud, entre las cuales se elevan cuatro columnas. Los pilares son de piedras de grandes dimensiones, escogidas exprofeso, y artísticamente preparadas por hábiles obreros. Son verdaderas rocas verticalmente elevadas. Cuatro arcadas se apoyan sobre los pilares, y el centro sube á una elevacion extraordinaria. En la region superior, se levanta una construccion redonda, abovedada, por donde entran los primeros rayos del dia... Todas las bóvedas, adornadas con oro, aparecen espléndidas y resplandecientes por el brillo de las piedras. A los lados se encuentran dos galerías unidas al templo, que aumentan su anchura, y que tienen toda la longitud del monumento, pero sin su elevacion, estando igualmente abovedadas y cubiertas de oro. La una está destinada á los hombres, la otra á las mujeres, y no tienen nada de particular, ni se distinguen entre sí, pero su uniformidad contribuye á la belleza del edificio, y su semejanza forma su ornato.»

«¿Quién podrá dar una idea del coronamiento que cierra el lugar destinado á las mujeres? ¿Quién podrá contar aquellas numerosas galerías, aquellos patios rodeados de pórticos? ¿Quién describirá nunca el resplandor de las columnas que adornan el santuario?»

Y no deben juzgarse estas alabanzas hijas del entusiasmo de aquel escritor. El severo y grave Salzenberg dice, tambien, á propósito de este célebre monumento:

«El efecto general que produce en el viajero este edificio de tan complicada estructura, es el de la grandeza, del atrevimiento, del esplendor. Su vista excita la admiracion. La mirada abraza desde luégo la gran nave, penetra en seguida en las colaterales y el gineceo, despues se eleva de arcada en arcada hasta la cúpula majestuosa, cuya pintura, que otras veces ocupaba la parte más elevada, tenía un diámetro de treinta piés, y se presentaba desde la entrada de la gran puerta. A cada paso nueva sorpresa; la belleza de los materiales, la armonía de las proporciones, produ-

cen en el alma del espectador un sentimiento de satisfaccion, sin nada que lo turbe.»

En la actualidad es difícil reconocer exteriormente el plan primitivo de la basílica, convertida en mezquita. Macizos contrafuertes levantados por Murat III para sostener los muros que los terremotos quebrantaron, y una multitud de construcciones posteriores, baños, escuelas ó *mèdressès*, tumbas y *turbès*, ocultan las formas del edificio. Afortunadamente, los trabajos de los artistas que ya hemos citado, y nuestra propia observacion, poderosamente auxiliada por el estudio técnico de nuestro compañero señor Velazquez, nos permiten poder ofrecer á nuestros lectores la exacta planta de aquel histórico edificio, dibujada por este distinguido arquitecto.

Precede al edificio un atrio rectangular, rodeado de galerías cubiertas y abovedadas, sostenidas por columnas de dos en dos, alternando con pilares. Por el lado de esta galería, contigua al *nartheh*, se penetra en éste por cinco puertas, de las cuales una en el centro llama poderosamente la atencion del viajero, tanto por ser de bronce, como por los adornos de meandros, hojas de parra, y una inscripcion en letras de plata incrustada que la enriquecen. El *nartheh* tiene una longitud de S. á N. de 60 metros por 10 de ancho, y atrae todavía la atencion del viajero y del artista, con los restos de sus mosaicos antiguos y sus paredes revestidas de mármoles. Está cerrado por bóvedas de arista, y de él se pasa por nueve puertas al templo, no ménos rica la del centro que la anterior descrita. Penetrando por ella en la nave central, produce el interior del templo una sensacion indescriptible, mucho más grandiosa, como con razon dice un escritor extranjero, que la que causa la iglesia de San Pedro en Roma, porque desde el umbral de aquella puerta, la antigua Puerta Real, se abraza todo el conjunto, sin que sean bastante motivo para distraer al viajero de su contemplacion, las dos enormes urnas de forma oval á que hace poco hicimos referencia, llevadas de Mármara por Murat III, y que se encuentran poco despues de la entrada.

La planta del templo de Santa Sofía es la de la basílica, aunque ménos prolongada que la de las basílicas romanas, recordando, como indica acertadamente Ramée, por su forma general, la de Jano, y sobre todo la de Otricoli, cerca de Roma. El rectángulo de la planta mide 75 metros, 64

centímetros de longitud sin el ábside, y con el ábside 82, por 70 de ancho, y en el centro se eleva, sobre cuatro enormes pilares, la cúpula principal ó τρουλλος, con un diámetro de 35 metros, hallándose la parte más alta de ella á $61^m$,26 sobre el pavimento de la iglesia. Al Oriente y al Occidente de esta cúpula principal, se encuentran otras dos semicúpulas más bajas, como que terminan donde empieza el arranque de la mayor; y á uno y otro lado de estas semicúpulas se levantan otras dos más bajas, de modo que forman un admirable y gradual agrupamiento, tan sencillamente combinado, como de grandioso efecto arquitectónico.

Las cúpulas más notables por su dimension en los edificios de la Roma pagana, son las del Pantheon, la de la sala de baños, llamada templo de Minerva Medica, la de las Termas de Caracalla y de Diocleciano en Roma, y las de los templos de Mercurio, de Diana, de Apolo ó de Proserpina, y de Vénus en las cercanías de Puzzolo; pero todas ellas descansan en tambores cilíndricos de más ó ménos espesor, de más ó ménos elevacion, miéntras el problema de la de Santa Sofía estaba en cubrir la interseccion de una cruz, inscribiendo el círculo de la cúpula en el cuadrado de aquélla, lo cual se consiguió por medio de las pechinas, y por la combinacion de los sostenimientos, resultando una atrevida construccion, diferente en un todo del estilo clásico, que ya se había empleado ántes de Santa Sofía en San Lorenzo el Mayor, de Milan, y en San Juan, de Florencia.

La cúpula, en el templo que estudiamos, está sostenida por cuatro grandes arcos que se apoyan en los cuatro grandes pilares ya mencionados, y que forman cuatro pechinas, para el sostenimiento del anillo sobre el cuadrado. Encima de los arcos perpendiculares al eje de la nave, se apoyan las bóvedas semiesféricas, semicúpulas ó cascarones ya mencionados, que dan al plano de la nave central una forma ovoide, y contribuyen con la cúpula, y las más pequeñas semicúpulas sobre que se levantan, á formar aquel admirable conjunto de superposicion de cúpulas, sin aparentes puntos de apoyo, que dan al cerramento principal del edificio un aspecto de atrevimiento y ligereza indescriptible. La gran cúpula lleva en su basamento general cuarenta ventanas de arco semicircular, y cada una de las semicúpulas cinco, de modo que el edificio resulta inundado de luz, justificando las palabras de Procopio, áun sin contar la mucha que recibe

por las numerosas ventanas laterales. Entre los pilares principales que sostienen la gran cúpula, se encuentran á derecha é izquierda cuatro magnificas columnas de brecha verde, que son las que se dice pertenecieron al templo de Diana en Efeso. Detras, en las naves laterales, se hallan tambien otras más pequeñas de la misma clase. Las ocho columnas de pórfido, dispuestas de dos en dos entre los pilares, y notables por sus basas y capiteles de mármol blanco, son las que proceden del templo del Sol, edificado por Aureliano en Heliópolis. Las de las naves laterales son de granito egipcio, y están repartidas en número de cuatro para cada una de las seis grandes divisiones de la iglesia, siendo el número total de estos sostenimientos en la planta baja el de cuarenta, y apoyándose directamente sobre ellos los arcos de medio punto, con las arquivoltas enriquecidas por adornos bizantinos. Las grandes crujias laterales, llamadas antiguamente *catechúmenos*, están divididas en el sentido de su longitud en tres naves, que se comunican entre si por grandes arcos, y encima de ellas se extiende una tribuna que continúa por el lado occidental, encima del *nartheh*, tribuna que era el gineceo ó departamento de las mujeres.

Todas las columnas son, como acabamos de ver, de ricos y variados mármoles y jaspes, y llegan al número de ciento siete, cifra mística, que se dice es la misma de los emblemáticos sostenimientos en que se apoya el simbólico palacio de la Eterna Sabiduría, á que estaba dedicado el templo.

El muro comprendido bajo los grandes arcos laterales, está abierto por dos órdenes de ventanas de medio punto, de los cuales, el primero, que consta de siete, se levanta sobre otros tantos arcos, ó mejor dicho, simuladas hornacinas de mosaico, que contienen figuras de santos, obispos y mártires, leyéndose, en caractéres griegos de la época, á los lados de cada una de ellas, en el lado Sudeste, que es el mejor conservado, los nombres de Antímos, Basileos, Gregorio el Teólogo, Dionisios, Nicolaos, Gregorio el Armenio, y otros que no es fácil entender. A los dos extremos de esta línea, formada por las siete simuladas hornacinas, hay dos círculos, tambien de mosaico, conteniendo el *Crismon* tradicional de los antiguos cristianos. En los espacios de los macizos que quedan entre la hilera de las siete ventanas que, como hemos dicho, se abren encima, se ven tambien personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, con sus correspondientes nombres; y en los

extremos, de mayor dimension que las otras figuras, las de dos Profetas, llevando extendidos en la mano izquierda los volúmenes de sus escritos. En uno de ellos se lee claramente el nombre de Jeremías. Sobre este órden de ventanas corre otro, compuesto de cinco, de mayor altura las tres del centro, para que ocupen mejor el espacio comprendido en la curva del arco, y á los lados exteriores de las dos más pequeñas, completan la religiosa composicion otras dos figuras de personajes bíblicos, formados tambien con mosaico. El grueso ó intrados de los grandes arcos, se ve tambien enriquecido con figuras de la Historia Sagrada, diseñadas por el mismo procedimiento artístico-industrial, lo mismo que el que separa la nave central de la capilla que forma el ábside; siendo notable, en este último, una figura varonil con grandes alas, globo en la mano izquierda, y asta *pura* ó cetro en la diestra, como simbolizando la victoria cristiana que domina al mundo, en cuya manera de simbolismo se ven claras reminiscencias del pagano, que no podia ménos de reflejarse en la expresion gráfica del arte, propio de la nueva religion.

Las colosales pechinas están cubiertas con grandes figuras de querubines, representados de la manera más ideal que puede concebirlos la humana fantasía. Sólo se ve en ellas un grupo de alas desplegádas en todas direcciones, y todas, sin embargo, naciendo de una sola cabeza de ángel. No hay ninguna otra indicacion, por ligera que quiera buscarse, de cuerpo humano. Es la representacion gráfica del espíritu que se eleva en alas de eternales aspiraciones á lo infinito, llenando con ellas todo el espacio, como llenan aquellas agrupadas y contrapuestas alas, sujetas, sin embargo, á un solo centro inteligente, representado por la cabeza humana de un niño en la hermosa edad de las más puras ilusiones, el espacio en que están comprendidas aquellas pinturas, á que la industria del mosaiquista dió durable permanencia, y la fantasía del poeta elevacion sublime.

Otra de las composiciones más notables de mosaico que se hallan en aquella incomparable basílica, es la que existe sobre la puerta principal del *nartheh*.

La forma en el centro, Jesucristo cubierto con ámplio y blanco ropaje y dorada estola, sentado en riquísimo trono, que figura estar enriquecido con piedras preciosas; la hermosa cabeza y el sereno rostro, de expresion

dulcísima, destacándose sobre el nimbo crucífero, sosteniendo abierto sobre las rodillas el libro de la Eterna Sabiduría, y la derecha en actitud de bendecir á la usanza griega, con los dos primeros dedos extendidos y los otros dos encorvados, apoyándose el tercero en el pulgar; bendicion que así parece dirigida á los fieles todos del mundo, como á otra figura, vestida con lujoso traje imperial, y ceñida la cabeza con rica diadema, ostentando en su centro la cruz, que arrodillada, ó mejor dicho prosternada, con el cuérpo completamente inclinado sobre los codos, extendidas las manos y con la más ferviente expresion, le ofrece humildemente la fe de su alma y el suntuoso templo. Fácilmente se ve, en este personaje, representado al glorioso fundador.

A los dos lados de la figura principal de Jesucristo, que ocupa el centro de la composicion, se ven dos medallones, en el uno de los cuales, el de la derecha, está representada la Santa y Vírgen Madre del Verbo Divino, con sencillo y pudoroso manto de color de cielo; y en el otro un arcángel con el baston de peregrino y blanca túnica, en cuya figura acaso quiso representar el artista al divino mensajero de la tradicion piadosa, que dió al emperador los planos de la gigante construccion, y los recursos para terminarla. Tanto esta composicion, como todas las demas, destacan sobre fondo de oro, á la usanza del estilo á que pertenecen.

En el fondo del ábside una gran figura, que hoy apénas puede distinguirse, representaba tambien al Salvador con los brazos extendidos, en actitud de llamar á su seno de eterno amor á todos los hombres.

Imposible sería enumerar siquiera la multitud de adornos, formados tambien de mosaico, que rodean estas composiciones ú ocupan el lugar de molduras, con una profusion y una variedad indescriptibles. Su estudio solo necesitaría un volúmen, que sería de la mayor importancia para la historia de las artes ornamentales, pues nos demostraría cómo el arte bizantino mezcla y confunde en ellos los elementos persas con los antiguos griegos, resultando un arte que viene á tener su última y más delicada manifestacion en las minuciosas combinaciones del estilo naserita.

Desgraciadamente, las figuras apénas pueden reconocerse, embadurnadas con una tinta blanquecina con que las cubrió el fanatismo musulman en odio á la religion verdadera, y por respeto á las prescripciones coráni-

cas, que prohiben, para evitar la idolatría, la representacion de séres animados; pero en algunos puntos se distinguen, á traves de aquella profanadora capa amarillenta, los antiguos dibujos, sobre todo en las galerías laterales del gineceo, habiendo dejado sin embadurnar las alas de los grandes querubines de las pechinas, aunque no los rostros. Afortunadamente para los amantes del arte, aprovechando los trabajos de restauracion, copió alguna parte de aquellas composiciones, y los reprodujo en magníficos cromos, el ya citado Salzenberg, y el mismo Fossati los reunió en su gran obra intitulada *Aya Sofia of Constantinople* [1].

Estas composiciones y el dibujo de estas figuras, ofrecen gran motivo de meditacion y estudio para los amantes del arte, porque se ve en ellas el paso de la antigua tradicion pagana, á la nueva concepcion del arte cristiano. Las líneas generales, ciertas actitudes, el prolijo plegado de los paños, dejando, sin embargo, adivinar el desnudo, como alarde artístico del estudio del natural, todo esto se encuentra en aquellas figuras; pero se ve ir desapareciendo el naturalismo, aunque idealizado del arte greco-romano, para ser sustituido con una severidad, con una expresion indefinible de espiritualismo, que nada, absolutamente nada dice á los sentidos, excitando sólo ideas de contemplacion y de arrobamiento.

A causa de que el artista siente más que estudia, el dibujo va decayendo; pero la expresion lo suple con ventaja, dejando presentir los felices tiempos en que, adunados sentimiento y arte, habian de asombrar al mundo las arrebatadoras creaciones de Van Eyk, de Van der Weiden y de Fra Angélico, ó las más perfectas todavía, en el sentido técnico, de Rafael y de Murillo.

En el cuadro del *nartheh*, que hemos descrito, la expresion de todas las figuras es admirable. Jesucristo presentado de frente con la vista sin direccion alguna, completamente fija en el espacio, como llena y perdida en lo infinito, es la representacion más espiritual que puede darse del Hombre Dios. En el rostro de su Santa Madre, que lo contempla, hay tal arrobamiento, tanta ternura maternal, en medio de tanta severa tranquilidad y tanta pureza, que el más soñador devoto de la Vírgen no puede

(1) Lóndres, 1852.

representársela de otro modo; y en la del emperador, prosternado y rendido á los piés del que todo lo puede, y que sin embargo tomó carne humana para redimir nuestras culpas con humanos padecimientos, hay tal humildad, tan devoto recogimiento, tanto respeto, tan vehemente deseo de que su ofrenda sea grata á Dios, que dificilmente, si no imposible, seria igualarla siquiera al mejor de los modernos pintores, que ponen especial empeño en estudiar analiticamente las líneas que en el rostro humano marcan los diversos afectos del alma.

Y es que para traducirlos por medio del arte, no basta estudiarlos, es menester sentirlos, y cuando el sentimiento es afectado, cuando resulta sólo del análisis, que hasta pudiéramos llamar filosófico, pero no verdadero, le falta la *realidad*, y nunca logran conmover, las obras asi concebidas y ejecutadas, al que las contempla admirando el talento y el estudio, pero sin que se le comunique el sentimiento de la verdadera inspiracion que animó al artista.

Otros de los detalles, en que si bien obedeciendo á diverso órden de ideas, se detiene el viajero en Santa Sofía, son los capiteles de las columnas, que conservando los unos algunas reminiscencias de las antiguas formas greco-romanas, principalmente del órden compuesto, apartándose en su mayor parte de ellas, y sobre la base del tambor persa, que ya vimos liso completamente en la cisterna de Biñ-Bir-Dérék, ofrecen tal riqueza y variedad de ornatos, que hacen imposible su descripcion, siendo verdaderos modelos del arte bizantino, y viéndose tambien en la profusion de sus labores, en la tendencia que todas tienen á la combinacion geométrica y á la más estricta regularidad, la misma influencia persa que se nota en la forma generadora del capitel. Muchos de ellos llevan tambien en el centro de sus frentes un círculo con el *Crismon*, al rededor del cual se van agrupando las hojas menudamente picadas, ya más bien de cardo y apio, que de acanto, ó monogramas del nombre del fundador, que tambien suele repetirse en los collarines que enlazan el capitel al fuste. Los capiteles, por la parte inferior, se apoyan en un grueso *toro*, que va tambien prolijamente labrado.

Las grandes ventanas están formadas por la misma combinacion de columnas ó pilares superpuestos, en que vimos el orígen de los venta-

nales del estilo ojival: los huecos van ocupados por alabastro trasparente en la parte inferior, y por pequeños vidrios cuadrados en la superior.

Pero no todos los ornatos que tanto enriquecen la suntuosa basílica son de procedencia persa. En la célebre puerta del *nartheh*, que lleva en gruesos caractéres de plata, el nombre del vencedor Arcángel San Miguel, ΜΙΚΑΗΛ ΝΙΚΗΤΩΝ, encuéntranse molduras del más puro y grandioso gusto greco-romano, basadas en la sencilla combinacion de la greca y del meandro; pero con tanta grandiosidad en las líneas como primor en la ejecucion, así en las jambas y dintel, como en las mismas puertas de bronce, de tal riqueza y gusto, que exceden á cuanto pudiera ponderarse.

Santa Sofía, en conjunto y en detalles, es un templo donde se hicieron concurrir todas las excelencias del arte, en todos los estilos conocidos hasta el momento de su edificacion, para que resultase el templo más armónico, más grandioso y más cristiano que pudiera concebir la humana fantasía. Despues de contemplarlo se comprende la piadosa leyenda, que atribuye á plan divino aquella obra humana, inspirada por la piedad del más grande de los emperadores de Oriente, aunque no haya pasado á la posteridad con aquel calificativo, y realizada por el arte, vivificado por el mismo religioso sentimiento.

Antes de ver la basílica de Santa Sofía, sólo comprendíamos el arte cristiano bajo las espirituales formas del ojival estilo, aspiracion ideal del alma, que se eleva y abisma en lo infinito; pero despues de haber visitado aquel templo, comprendemos tambien el arte cristiano, con las bóvedas y los arcos semicirculares, por más que encontremos, sin embargo, marcada diferencia entre uno y otro. En el arte bizantino vemos toda la suntuosidad, el fausto, la riqueza de los antiguos imperios orientales, extremándose en grandioso agrupamiento para presentarse como digna ofrenda á la Divinidad; en el arte ojival hallamos la sencillez del sentimiento, que, sin presumir de riqueza ni de ostentacion, fia sólo á la pureza de las líneas la traduccion de su idea cristiana. Allí, ricos mármoles, mosaicos resplandecientes, plata, oro y piedras preciosas, cuanto la mente puede concebir de más rico y esplendoroso para extremar su amor y su respeto; aquí, mate-

riales pobres, sin la menor pretension de riqueza, pero con una expresion tan espiritual en la composicion y en el pensamiento generador del arte, que el alma arrobada en la mística idea que inspiró á los artistas, siente con su mismo sentimiento, y admira en silencio la fe profunda que puso al servicio del arte los adelantos de la ciencia. Santa Sofía es un poema oriental, lleno de luz, de riqueza, de color y de fantasía; los templos ojivales, son los cantos del Norte, tristes, amorosos, sencillos, pero impregnados de una poesía dulce y soñadora, como la azulada bruma de sus montañas. En la obra bizantina se ve al hombre y despues á Dios; en la obra ojival, se desciende, despues de adorar á Dios, á estudiar la obra del hombre.

Es indudable, que con los elementos de aquel arte se formó el nuevo; pero no por esto habremos de concluir, que el nuevo arte carece de originalidad. En la creacion de Dios, como en las creaciones de los hombres, los elementos son siempre los mismos; pero en el empleo que de ellos se hace, en su combinacion, está el gran secreto del arte; secreto que no se explica, que no pueden penetrar nunca los filósofos, que forma, y formará siempre, la desesperacion de las ciencias humanas, porque hay algo que está por cima del análisis y del estudio, hay un algo que no se razona y que por eso se llama inspiracion; porque es, en efecto, el *quid divinum*, que siempre reconocieron los más severos preceptistas.

Por desgracia, hoy, concretándonos al templo que nos ha inspirado estos pensamientos, Santa Sofía no presenta á los ojos del viajero el aspecto cristiano que tan acertadamente supieron darle los artistas que edificaron la renombrada basílica. Ademas de la capa de estuco amarillento con que se han cubierto los mosaicos donde quiera que habia forma humana, penden de las altas cornisas grandes discos verdes, ofrecidos por los sultanes con leyendas coránicas, en grandes letras de consumados calígrafos turcos; una placa de pórfido ostenta en caractéres árabes los nombres de Allah, de Mahoma y de los cuatro grandes califas, Abu Becker, Omar, Osman y Alí. Cordones de seda, con gruesos borlones, descienden por todas partes de las bóvedas, sosteniendo á poca altura sobre las cabezas de los creyentes, macizas ó cinceladas lámparas de oro, plata ó bronce, globos de cristal y huevos de avestruz; á la derecha del presbiterio, el

mihrab, que marca la *kibla*, ó direccion, hacia la cual ha de hacerse la plegaria [1], no estando orientado este antiguo templo cristiano como las prescripciones coránicas requieren, fuera de la antigua capilla del ábside, adosado á su pilar del lado del Sur, por lo cual todas las esteras ó tapices extendidos en el pavimento para hacer sobre ellos sus gimnásticas genuflexiones los creyentes, siguen aquella misma oblicua direccion, presentando discordante golpe de vista con las líneas arquitecturales del edificio, cuando se contempla su interior desde las tribunas del antiguo gineceo; de una gran pilastra, á la derecha del mihrab, cuelga un viejo tapiz, tenido en gran veneracion por los musulmanes, pues aseguran fué uno de los cuatro que sirvieron á Mahoma para orar sobre ellos; á la derecha del ábside, y adosado al gran pilar Sudeste de la cúpula, se ve el *mimbar* ó púlpito, con alto y piramidal tornávoz, y con barandilla delicadamente calada en la pendiente escalera que lleva unida, púlpito al cual sube todos los viérnes el iman para leer las suras del Koran que su ritual prescribe, teniendo en la mano, entre tanto, levantado un alfanje, y pendiendo á uno y otro lado del mimbar dos banderas, símbolo de victoria; enfrente de este púlpito muslímico hállase la tribuna del sultan, á la altura de la galería del gineceo, con un antepecho delicadamente calado en madera, y dorado; otros estrados ó *mastabas* sirven para los lectores del Koran, que sostienen en unos aparatos, á manera de los antiguos sitiales de tijera del siglo XVI; en lo más alto de la cúpula, destácase, en gigantescos caractéres, una inscripcion muslímica, que vertida al castellano quiere decir tanto como, «Dios es la luz del cielo y de la tierra,» inscripcion debida, como las de los colosales discos verdes ya citados, al célebre calígrafo mahometano Bitchakjizadéh-Mustafá-Tchélébi, que vivió en tiempo de Murat IV, y algunas de cuyas letras miden nueve metros de largo; supersticiones idolátricas ocupan el lugar de la verdadera religion, sostenidas por los sectarios del que llamaba idólatras á los cristianos, porque prestaban culto á los santos, y allí se encuentra una columna *que suda*, revestida con una chapa de bronce, que tiene una sola abertura para meter la mano y tocar el mármol siempre húmedo; la *ventana fria*, cerca del mihrab, á la parte

(1) Véase la página 372 de este volúmen.

del Norte, por la que sopla constantemente un viento fresco, que se dice ha inspirado á los más célebres doctores del Islamismo en sus predicaciones; la *piedra resplandeciente*, en la galería superior del lado del Oeste, que no es otra cosa que un trozo trasparente de mármol que hay en una ventana, y que aparece con luminoso resplandor cuando los rayos del sol lo hieren; siendo tambien objeto de veneracion especial un pedazo de piedra rojiza, ahuecada, que suponen, sin fundamento alguno, fuera el pesebre que sirvió de cuna á Jesucristo, lo cual no debe causarnos extrañeza, pues como ya hemos dicho anteriormente, los musulmanes, áun no concediendo su divino origen al Redentor de los hombres, sienten por Él especial veneracion.

Santa Sofía dista hoy mucho de ofrecer el admirable conjunto que presentaba en la época cristiana: sólo durante las nocturnas fiestas del Ramazan y del Bairam, en que el emperador va al suntuoso templo, acompañado de toda su corte y seguido de numeroso séquito, que lleva innumerables linternas de color, ó en ciertas solemnidades de la corte, que allí siempre se celebran, como el principal templo muslímico de Constantinopla, con su multitud de imanes, cheikhes, kiatibes, muezzines, lectores y cantores, que llegan á contarse por centenares, parece recobrar algunos destellos de su pasada magnificencia. De ordinario, la célebre mezquita ofrece triste y hasta miserable aspecto. Las naves laterales, cerradas y sirviendo para diversos usos, tales como los de tesorería y de biblioteca, bien para dar alojamiento á los idiotas ó que fingen serlo, por el respeto y la consideracion que inspiran á los musulmanes, ó á los enfermos que allí acuden, para que la influencia del venerando templo los cure, ó tener más francas las puertas de su sensual paraíso, muriendo bajo aquellas bóvedas venerandas, quitan al templo su grandioso aspecto, y causan al viajero amante del arte un sentimiento de profunda pena por aquella doble profanacion; no pudiendo armonizar el cuidadoso afan con que le hacen descalzarse, para no pisar el pavimento con las mismas botas ó zapatos que pisaron la calle, obligándole á entrar descalzo ó con unas babuchas, que á la puerta ofrecen servidores subalternos de las mezquitas ó gentes que con esto especulan, con los sucios camastros de los enfermos ó los idiotas, que á lo mejor se encuentran dentro de las naves. Con razon

un gran poeta comparó la mezquita de Santa Sofia á un colosal sepulcro, porque no se ven por todas partes más que señales de una horrible devastacion, que continúan en pequeña escala, pero produciendo grandes y tristes resultados los que la enseñan al viajero, pues por ganarse algunos basilikos, arrancan piedras de los ricos mármoles ó trozos de mosaico más ó ménos grandes, con cuyo procedimiento han conseguido dejar ya al descubierto mucha parte de los muros y arcos donde se conservaban, sobre todo en las galerías del gineceo.

Sin embargo de tanta profanacion, aquella colosal nave, cuyo espacio llenan centenares de lámparas, ofrece en los momentos de la oracion un espectáculo que nunca puede borrarse de la memoria. Ningun profano puede penetrar entónces; pero nosotros tuvimos la fortuna de poderlos presenciar, probablemente sin ser vistos, desde un ángulo de las tribunas superiores. Aquellos fervorosos creyentes, arrodillados sobre las esteras ó los tapices, los unos inclinados hasta tocar el suelo con la frente; otros inmóviles como estatuas, con la mano derecha delante del rostro para mejor abstraerse en su religiosa meditacion; algunos sentados con las piernas cruzadas al pié de los altos pilares; mujeres veladas de rodillas en un ángulo solitario; viejos sentados delante de los lectores del Koran; un iman haciendo repetir á los niños sus venerados versículos; una especie de vaga y monótona melodía producida por los ecos de los que leen ú oran, de los numerosos servidores de la mezquita discurriendo sin ruido bajo las ámplias bóvedas, como figuras de los que fueron, evocadas por tantas plegarias; la cristiana capilla del ábside desierta; las silenciosas galerías; el mundo de recuerdos que acuden en tropel animados por la contemplacion de tales escenas, producen tal impresion en el alma del que ha tenido la fortuna de asistir á ellas, que ni el tiempo ni la distancia pueden borrarla.

Pero por tales recuerdos no hemos de olvidar las disquisiciones arqueológicas con que todavía nos brinda aquel templo, para cuyo completo estudio se necesitarian extensos volúmenes; y con la obra de Salzenberg por guía y nuestra propia observacion, vamos á añadir algunas palabras acerca de ciertas edificaciones anejas al templo, que, gracias á la restauracion de Fossati, pudieron entónces apreciarse y ser comprendidas, y

cuya indicacion se encuentra tambien en la lámina que acompañamos, debida, segun dijimos, al tantas veces citado señor Velazquez.

El *atrio* de que ya hemos dado noticia, que precedia al templo por la parte de Poniente, estaba rodeado de pórticos, cuyos muros exteriores de ladrillo contenian muchas puertas, y cuyo frente interior estaba formado, segun tambien notamos, por columnas de mármol alternando de dos en dos, con cuadrados pilares de piedra; las galerías estaban cubiertas por bóvedas de que todavía se ven los restos, y los muros adornados con mosaicos. En medio de este recinto, ó sea en el centro del patio descubierto, habia un *phialè* ó fuente de piedra de Iassos, de donde brotaba agua en abundancia, como nos refiere Pablo el Silencioso. De este atrio, hoy sólo puede verse la parte descubierta ó patio, pues los pórticos ántes abiertos, están convertidos en habitaciones bajas de los imanes, formadas entre las columnas y los pilares que sostienen los pórticos. El muro exterior del Norte conserva grandes aberturas en arco, y la parte en que se enlaza con el ángulo recto de la parte Oeste, marca bien el límite del atrio por aquel lado. Hoy, en lugar del antiguo *phialè* de purificacion en el centro del patio, hay una fuente de mármol turca. El pórtico ó galería que formaba el lado oriental de este atrio *(c. c.)*, se apoya en el nartheh de la iglesia cubierto por bóvedas de arista y cerrado por un muro con grandes ventanas. Daban ingreso á esta galería, que pudiéramos llamar pronartheh, dos puertas que la ponian en comunicacion con las otras dos galerías del atrio, de los lados Norte y Sur, y otras dos en el centro, que comunicaban con el patio. Cada una de estas dos últimas estaba comprendida entre dos robustos y salientes pilares *(p. p. p. p.)*, cuyas cuatro gigantescas construcciones se hallaban enlazadas entre sí con bóvedas sobre las puertas, formando una especie de pórtico, al cual bien pudiera darse el nombre de *propyleos*, que Procopio emplea al describir la iglesia de San Sergio. Estos cuatro pilares formados con piedra de sillería, sobresalen á gran altura por encima de la cubierta de los pórticos, llegando á la que tiene el piso segundo ó gineceo; y muy sencillos en la parte inferior, llevan molduras despues que traspasan la altura de las bóvedas que los enlazan, hasta terminar en anchos plintos, sobre los cuales debieron descansar colosales estatuas ecuestres de los cuatro primeros

emperadores cristianos. De cada uno de estos pilares arrancan arbotantes que van á terminar, prestándoles apoyo y solidez en los altos muros de la iglesia, arbotantes que, aunque formados con materiales antiguos, parecen, sin embargo, haber sido hechos en épocas posteriores á la edificacion del templo, para darle mayor consistencia. Otros arcos prolongados que se ven encima, son ciertamente ya de la época turca.

A la parte oriental de la mezquita, entre las dos entradas que por aquella parte se hallan, se ven todavía los restos de construcciones abovedadas de un solo piso, cuyas cubiertas llegaban próximamente á los arcos de las ventanas inferiores de la iglesia. Dos puertas conducian desde estas construcciones al interior de ésta, cada una de las cuales tenia delante dos pórticos, de las cuales la una, la del Sur, serviria probablemente para entrada particular del emperador cuando queria ir al templo sin ceremonioso aparato, conducido en su silla de manos. El segundo pórtico, que correspondia á la segunda entrada del lado del Norte, fué destruido en la restauracion ya citada de Fossati, á presencia de Salzenberg, para construir una nueva entrada que conduce á la tribuna del sultan. Aquellos restos de edificaciones revelan la existencia en aquella parte posterior de la iglesia, del *diaconicum* y *secretarium*, dependencias de la antigua basílica, que contenia varias habitaciones reservadas á los sacerdotes para diferentes usos, salones de descanso para el emperador, ántes y despues de los divinos oficios, de lugar para dirigir arengas y dar su bendicion á los fieles el patriarca, para celebrar sínodos, y hasta para prision de los sacerdotes culpables; diversos usos de donde tomaban los nombres aquellas salas, de *vestiarium*, *metatorium*, *salutatorium*, *diaconicum* y *secretarium*. Allí tambien tenia su habitacion el *aedituus* ó guarda superior de la iglesia. Hoy, casi todo aquel espacio está cubierto por modernas obras de consolidacion, con numerosos contrafuertes y arbotantes, destinados á sostener, por aquel lado, las partes superiores de la basílica.

El *nartheh*, por la parte Norte, que corresponde al ángulo Noroeste de la iglesia, tenia un pórtico de entrada, al que se bajaba por 14 escalones, cuya puerta ha sido reedificada por los turcos. Aquel fué probablemente el antiguo *pórtico de los guerreros*, mencionado por Nicetas, donde se encontraba la imágen, en mosaico, del Arcángel San Miguel, y

donde aquéllos debian depositar sus armas, para cuyo uso probablemente serviria una pequeña sala que todavia se conserva al lado de este pórtico.

Siguiendo el mismo lado Norte de la basilica, y hacia su ángulo Nordeste, se halla otra edificacion redonda, separada y cubierta por una cúpula, que parece corresponder al *skeouphilakion* ó almacen, mencionado en los autores bizantinos, donde se conservaban los vasos sagrados y los ricos ornamentos. Su interior está dividido en dos pisos y no tiene ventanas, precaucion tomada probablemente para evitar hurtos é incendios; pero tanto arriba como abajo, conserva doce nichos en el muro, que servirian para contener los armarios, huecos de los cuales uno, en el piso bajo, era una puerta que comunicaba con la iglesia y la sacristia por una escalera, la cual conducia á las rampas por donde se iba al gineceo. Este edificio sirve en la actualidad de almacen de víveres para el *Imaret* ó cocina de los pobres, que está cercana; y nunca pudo haber servido de baptisterio, sino para el objeto indicado, y acaso tambien para tesoreria.

El antiguo y verdadero baptisterio estaba y era la edificacion que hoy se halla convertida en *turbé* de los sultanes Mustafá I é Ibrahim I, hacia el extremo Sur del gran *nartheh*, y enteramente opuesto al *skeuophylakion*, como refieren los antiguos escritores. Es un edificio cuadrangular por la parte exterior, y octogonal por la interior. Cuatro nichos se abren en los cuatro lados del octógono, sobre el cual se eleva una cúpula que apoya en un tambor octogonal con una ventana en cada lado. A la parte del Este, este edificio está prolongado por un ábside, que juega con la puerta colocada al lado opuesto, y que va precedida de un *nartheh*. Créese, por la construccion de este edificio, que es anterior á la última y gran restauracion de Santa Sofía por Justiniano, como lo indica el ábside rectangular en la parte exterior, diferente, por esta forma, de todos los demas que se hallan en las otras iglesias bizantinas de Constantinopla. Ademas de la puerta occidental del lado de su *nartheh*, este baptisterio tenia otra al Norte, actualmente murada, que conducia á un pequeño patio rodeado de su correspondiente claustro ó pórtico; y la gran abertura de los arcos hacia la puerta, presentaba una construccion de columnas, entre las cuales se encontraban una puerta y una ventana. El encuadramiento de la primera y las columnas se ven todavia, pero la de la ventana ha desaparecido. Este

pórtico comunicaba por un arco de medio punto, hoy dia tapiado, con un pasadizo practicado en el primer contrafuerte de la iglesia, donde se encuentra una escalera que conduce á una especie de entresuelo, unido con el segundo piso del pórtico, y de él por una escalera antigua, todavía practicable, se llega á la altura del gineceo, donde se encuentra una pequeña capilla cuadrada cubierta por una cúpula. Las cuatro pechinas conservan muy malos mosaicos, figurando ángeles que con las manos levantadas sostienen la cúpula. Antiguamente esta capilla no estaba iluminada, habiéndosela abierto recientemente un vano con cristales: se comunicaba con el gineceo por una puerta que ha estado durante mucho tiempo tapiada, y que es á la que se refiere la piadosa leyenda del sacerdote sorprendido por los consquistadores turcos en el acto de estar celebrando el incruento sacrificio, y que se dice entró por ella para salvar de toda profanacion la Sagrada Hostia, apareciendo tras él murada la puerta.

El baptisterio sirvió durante mucho tiempo, despues de la conquista, para almacen de aceite destinado á las lámparas del templo; pero más tarde, cuando la muerte repentina del sultan Mustafá I, fué trasformado en turbé, que recibió más tarde tambien los mortales despojos del sobrino de aquel emperador, Ibrahim; y entónces el depósito de aceite se trasladó al pórtico ya mencionado, que el baptisterio tiene á la parte del Norte, por donde se enlaza con la iglesia. Los demas turbés de sultanes y de sultanas que se encuentran hacia esta misma parte Sur de Santa Sofía, son de construccion turca, y pertenecen á Selim II con sus mujeres, cinco de sus hijas y diez y siete de sus hijos, extrangulados al subir al trono Murat III, y veintiun hijos y trece hijas de éste; el turbé del mismo Murat III, con muchas mujeres y príncipes de su familia, de los cuales diez y nueve perecieron tambien con el fatal cordon, al advenimiento de Mohamad III; el turbé de éste, y el de los príncipes ó familia de Murat.

Ademas del baptisterio, que formaba un edificio casi separado de Santa Sofía en la época bizantina, tuvo, por aquel mismo lado Sur, la gran basílica otros edificios anejos, mencionados en los historiadores bizantinos, que servian de *vestiarium* á los emperadores, cuando iban con todo el aparato de la corte al templo; el *reloj*, el *pozo sagrado*, el *metatorium* y *triclinium Thomaitis*, todos los cuales han desaparecido entre las nuevas con-

trucciones, siendo difícil reconocer sus restos, á pesar de los importantes trabajos que para ello han prestado Salzenberg y Labarte.

Al hablar de Santa Sofía no es lícito omitir la noticia de la gran cisterna, que se dice habia debajo de ella por la parte occidental, y que se dice corresponde á unos subterráneos á los cuales se baja por aberturas que hay en el pavimento de la iglesia, y cuyos subterráneos no han podido ser completamente explorados.

Ademas de la fuente del atrio, tiene aquella mezquita otra á la parte exterior del muro del Este, en la calleja que conduce á la entrada Norte del *narthek*, y otra al lado exterior del minarete que hay al SE.

Se ha pretendido por algunos que la iglesia de San Márcos de Venecia es una copia del célebre templo de Santa Sofía; pero basta visitar uno y otro para convencerse de que difieren, tanto en su planta como en sus alzados; siendo mucho más rica la iglesia de San Márcos, como de época más reciente, en mosaicos historiados, y teniendo fachadas con especiales y lujosos adornos, que rara vez se encuentran en las iglesias bizantinas del último período. La de San Márcos, dicho sea de paso, contiene obras de los tres diferentes periodos del arte bizantino, y sobre todo, del segundo y del tercero.

Tambien se ha dicho que la iglesia de San Vital de Ravena, es otra imitacion del célebre templo constantinopolitano, aserto no ménos inexacto que el anterior: más bien con la que guarda semejanza, es con la iglesia de San Sergio y Baco, llamada comunmente por los turcos Kutchuk-aya-Sofía, ó pequeña Santa Sofía, de que tambien habremos de dar noticia á nuestros lectores.

Pero ántes de pasar al estudio de los demas edificios religiosos, áun cuando perteneciente á un órden distinto de edificaciones, no podemos ménos de consagrar algunas líneas á uno de los más originales y ricos monumentos del arte turco. Nos referimos á la célebre fuente del sultan Ahmet III, que se encuentra en la plaza, donde se halla, de un lado, la mezquita de Santa Sofía, y de otro la entrada principal del Serrallo viejo. La delicadeza de aquel monumento turco ha hecho decir, y con razon, á un viajero italiano, que más que un edificio es una joya de mármol, con la que un sultan galante adornó la frente de Stambul, en

un momento de amor. A primera vista no parece una fuente. Tiene la forma de un pequeño templo cuadrado con cubierta á la manera china, cuyos bordes ondulados avanzan mucho más allá de los muros, dándole una apariencia de pagoda. En los cuatro ángulos tiene cuatro torrecillas redondas, que más parecen cuatro pequeños kioscos de elegante forma, rematados por esbeltas cúpulas, sobre cada una de las cuales se levanta una esbelta flecha, cúpulas que rodean como cariñosas hermanas menores á otra mayor, colocada en el centro. En los frentes de cada uno de los cuatro muros hay dos elegantes nichos, y entre ellos un arco en ojiva, bajo el cual lanza un dorado caño de bronce el agua en una pequeña taza. Al rededor del edificio corre una sencilla inscripcion en caractéres turcos, que traducida dice así: «Esta fuente te habla de su edad ó de su tiempo, en estos versos del sultan Ahmed. Abre la llave de ese manantial tranquilo y puro, é invoca el nombre de Dios; bebe de este agua inalterable y limpia, y ruega por el sultan.» Aquel pequeño y admirable edificio está todo hecho de mármol blanco, cubriendo toda la superficie innumerables y menudos ornatos, compuestos de arcos, nichos, columnas, polígonos, cintas, mosaicos, calados, incrustaciones, arabescos, todo con tanta riqueza combinado, con tanta minuciosidad dispuesto, con tan vivos colores, sobre todo el azul, y dorados enriquecido, que bien merece ser calificado como un prodigio de gracia, de riqueza y de paciencia artística, que da lástima ver expuesto diariamente al contacto de manos profanas, pues mejor parece hecho para ser conservado entre cristales. Bien demuestra aquel verdadero modelo de estilo turco el gusto artístico que distinguió siempre al sultan, por cuya iniciativa se hizo, sultan que no sin razon han llamado el Salomon del Bósforo.

Continuando el estudio de las otras iglesias bizantinas convertidas en mezquitas, que se conservan en Constantinopla, áun cuando no con la extension que lo hemos hecho con la de Santa Sofía, comenzaremos por la de San Juan Studios, hoy *Emir-Akheur-Djami*, ó como dicen vulgarmente *Imrahor-Djami*, que quiere decir, mezquita del escudero, situada cerca de Narli-Kapu, y de las Siete Torres, en el barrio de Psamatia, en la *Via Triunfal*, que se extendia desde la Puerta Dorada

del Cyclobion hasta el palacio imperial de la primera colina. Sin género de duda, es la más antigua de las iglesias cristianas, que por ventura todavía existen en Constantinopla, haciendo mencion de ella bajo la denominacion de, iglesia conventual de Studios, Ducange, llamándola de San Juan Bautista: formó parte en su origen de un monasterio, en el cual vivió el célebre escritor cristiano que más de una vez hemos citado, Pablo el Silencioso, llegando el número de aquellos monjes hasta mil, cuya ocupacion principal era la vida contemplativa y el culto; y como si áun en la época turca su destino fuera siempre el mismo, en la actualidad está ocupado lo que resta del antiguo monasterio, recompuesto con incoherentes fábricas posteriores, por un convento de derviches.

Se debe la edificacion de aquella iglesia conventual al patricio Studios, de quien tomó nombre, el cual la levantó por los años 436, en tiempo del emperador Leon el Grande. Los monjes que ocuparon el monasterio, se llamaban *acoimetoi*, ó sin sueño, porque constantemente, dia y noche, debian estar una tercera parte de ellos, por turno, ocupados en ejercicios y prácticas piadosas. Devastado por los latinos en el año cuarto del siglo XIII, Constantino Paleólogo Porfirogeneto, hermano del emperador Andrónico II, que reinaba hacia mediados del mismo siglo, la reedificó, rodeándola de espeso muro, y cerrándola con nueva cubierta. La planta de esta iglesia es muy sencilla, y recuerda la de las antiguas basílicas romanas, como todas las iglesias cristianas primitivas que se ven todavia hoy en Roma, Ravena y otros puntos, principalmente la iglesia de San Lorenzo, *Fuori muri* de Roma, con la que tiene grande semejanza. No forma la cruz dicha planta ni tiene cúpula. Es un rectángulo prolongado, dividido en tres naves, con una longitud de 25$^{m}$,42 metros, y una anchura de 24$^{m}$,94, sin contar el ábside, de forma curva por el interior, y presentando tres lados ó caras por el exterior, ábside que mide en su mayor salida 4$^{m}$,40 metros. No tiene ábsides secundarios en las naves laterales, y en su lugar, hay dos puertas, que sin duda darian al monasterio, de que la iglesia formaba parte. Delante de la iglesia tiene su correspondiente *nartheh* de 7$^{m}$,22 metros de anchura, el cual forma un pórtico abierto, que daria, sin duda, á un atrio rodeado de columnas, como todavia lo indican restos de muros que se encuentran á

los lados de la pequeña plaza que hay delante de la iglesia. Casi no debiéramos indicar que este *nartheh* se encuentra al Poniente, pues la orientacion de aquel templo, como todos los de su época, es de E. á O. La fachada de dicho *nartheh* la forman cuatro columnas de mármol blanco y dos pilastras en los frentes, que corresponden á las naves laterales. Las columnas y sus capiteles son una imitacion clarisima del órden compuesto romano, lo mismo que el adornado y rico entablamento que sostienen; pero á pesar de la libertad de ejecucion con que los capiteles y entablamentos están labrados, y de la elegancia del dibujo, se nota ya la libertad y adulteracion del estilo romano, revelando claramente su decadencia. Este pórtico, ó por lo ménos en los dos lados correspondientes á las naves laterales, parece debió tener otro piso, que hubo de comunicar con las galerías superiores de la iglesia, pues la altura de las naves laterales estaba dividida en dos partes, sirviendo la superior de gineceo. La puerta principal que conduce á la iglesia, es notable por las ricas labores de sus jambas y dintel que la encuadran; y el templo consta, como ya hemos indicado, de una nave principal con dos órdenes de columnas á los lados, y techo á dos vertientes de madera. Las columnas de la parte inferior de la izquierda son de verde antiguo y miden seis metros de altura, sosteniendo arquitraves de piedra, todo lo cual se remonta, indudablemente, á las primeras construcciones, así como los muros exteriores que son de ladrillo y se conservan en buen estado. Las antiguas columnas del piso superior ó gineceo debieron desaparecer, pues están sustituidas por otras de madera, indudablemente de construccion turca, lo mismo que la actual techumbre. Gylli alcanzó á verlas, y Salzenberg tuvo tambien la fortuna de poder estudiar algunos fragmentos de fuste y un capitel, que pertenecieron al mismo sitio. Los muros de la iglesia debieron estar cubiertos de ricos mármoles y piedras de colores, de los que todavía logró copiar tambien algunos el mismo autor, sirviéndole para los trabajos de restauracion de aquel templo, que ha publicado en las láminas 2.ª, 3.ª y 4.ª de su citada obra. El ábside no ofrece nada de notable, pues no habiéndolo aprovechado para la mezquita los turcos, se encuentra en completo abandono, destruida su semicúpula y sus muros, hasta no quedar en pié más que una tercera parte de la altura de éstos. Fuera de la iglesia, al Sur del atrio, se encuentra un *Imaret* turco,

y más al Sur la antigua cisterna del convento, sostenida por columnas corintias, que, segun el testimonio de Hammer, media 70 pasos de longitud por 57 de anchura, y contaba veintitres columnas de 55 centímetros de diámetro, siendo la distancia de columna á columna de $3^{m}$,14 metros; cisterna que Salzenberg no pudo encontrar, ni nosotros vimos tampoco, á pesar de que Pulcher, en su obra publicada hace dos años, diga que existe en buen estado de conservacion. No léjos del lugar en que debió existir, se halla una mina ó camino subterráneo, que no se sabe adónde conduce, y que no está completamente explorado. El incendio que en el año 82 del pasado siglo se cebó en las construcciones de madera, con que los turcos habian suplido las obras antiguas, perjudicó mucho á las que aún quedan en pié de jaspe y mármol, calcinando mucha parte de las columnas del lado derecho de la iglesia.

*Kuttiuk* ó *Kutchuk*, *Aya Sofía* ó pequeña Santa Sofía, es el nombre que lleva, convertida en mezquita, la antigua iglesia de San Sergio y Baco, que se encuentra al Sur del Hipodromo, cerca del mar, habiendo destruido el actual camino de hierro una parte del cementerio turco que la rodeaba, pues dicha vía férrea casi toca al ángulo Sudeste de aquel antiguo edificio. Por los antiguos escritores bizantinos sabemos que cerca de él estaba el palacio de Hormisdas, que habitó primeramente Justiniano, palacio que el mismo trasformó en convento al subir al trono. Segun Ducange, los monjes de aquel convento reconocieron, áun despues del cisma, la autoridad del Pontífice romano. La iglesia fué construida por el mismo Justiniano, en los primeros años de su reinado, hacia el 527 ó 528, y segun Procopio, estaba enlazada con la de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, con la cual dividia su atrio, su pórtico y sus propileos, lo cual demuestran claramente las impostas que se ven todavía en los muros, á la parte del Sur, y aberturas tapiadas por las cuales se comunicaban ambas iglesias. Una y otra eran de iguales dimensiones y de igual riqueza, diferenciándose solamente en que la una era rectagular y la otra redonda; no quedando, por desgracia, de esta última señal alguna, cubriendo el terreno donde se levantaba el ya citado cementerio turco. Afortunadamente no sucede lo mismo con San Sergio y San Baco, que á pesar de haber sido trasformada en mezquita por Mahomet II, se conserva todavía en es-

tado de poder estudiar la antigua obra de los arquitectos de Justiniano.

Es un edificio cuadrado que remata por una cúpula semiesférica; pero con la particularidad de que ésta no descansa ó está inscrita en un cuadrado, sino en una base octogonal, con sus correspondientes pechinas, pero en número doble. Cuatro semicúpulas flanquean la cúpula principal. Cuatro bóvedas de semicírculo de E. á O. y de S. á N. forman la cruz griega que constituye la planta, en el centro de cuya cruz se eleva la cúpula, sostenida por ocho macizos pilares cuadrados, ocupando los ocho ángulos del octógono. En los vanos que dejan estos pilares hay dos columnas de mármol con capiteles bizantinos, torpemente cubiertos de blanco, columnas que sostienen arcos de medio punto. Entre el piso inferior y el superior corre un friso, en el que se encuentra una inscripcion griega en caractéres iniciales, perfectamente conservada, que no creemos fuera de propósito reproducir:

ΑΛΛΟΙ ΜΕΝ ΒΑΣΙΛΗΕΣ ΕΤΙΜΗΣΑΝΤΟ ΘΑΝΟΝΤΑΣ
ΑΝΕΡΑΣ ΩΝ ΑΝΟΗΤΟΣ ΕΗΝ ΠΟΝΟΣ · ΗΜΕΤΕΡΟΣ ΔΕ
ΕΥΣΕΒΙΗΝ ΣΚΗΠΤΟΥΧΟΣ ΙΟΥΣΤΙΝΙΑΝΟΣ ΑΕΧΩΝ
ΣΕΡΓΙΟΝ ΑΙΓΛΗΕΝΤΙ ΔΟΜΩ ΘΕΡΑΠΟΝΤΑ ΓΕΡΑΙΡΕΙ
ΧΡΙΣΤΟΥ ΠΑΜΜΕΔΕΟΝΤΟΣ ΤΟΝ ΟΥ ΠΥΡΟΣ ΑΤΜΟΣ ΑΝΑΠΤΩΝ
ΟΥ ΞΙΘΟΣ ΟΥΚ ΕΤΕΡΗ ΒΑΣΑΝΩΝ ΕΤΑΡΑΞΕΝ ΑΝΑΓΚΗ
ΑΛΛΑ ΘΕΟΥ ΤΕΤΛΗΚΕΝ ΥΠΕΡ ΧΡΙΣΤΟΙΟ ΔΑΜΗΝΑΙ
ΑΙΜΑΤΙ· ΚΕΡΔΑΙΝΩΝ ΔΟΜΟΝ ΟΥΡΑΝΟΥ · ΑΛΛ ΕΝΙ ΠΑΣΙΝ
ΚΟΙΡΑΝΙΗΝ ΒΑΣΙΛΗΟΣ ΑΚΟΙΜΗΤΟΙΟ ΦΥΛΑΞΟΙ
ΚΑΙ ΚΡΑΤΟΣ ΑΥΞΗΣΕΙΕ ΘΕΟΣΤΕΦΕΟΣ ΘΕΟΔΩΡΑΣ
ΗΣ ΝΟΟΣ ΕΥΣΕΒΙΗ ΦΑΙΔΡΥΝΕΤΑΙ ΗΣ ΠΟΝΟΣ ΑΙΕΙ
ΚΑΙ ΚΤΕΑΝΟΝ ΘΡΕΠΤΗΡΕΣ ΑΦΕΙΔΕΕΣ ΕΙΣΙΝ ΑΓΩΝΕΣ

Cuya traduccion es como sigue:

«Otros reyes han honrado despues de su muerte á personajes cuyas acciones eran insignificantes; pero nuestro emperador Justiniano, movido por una gran piedad, honra con una espléndida iglesia al servidor de Cristo Todopoderoso, Sergio, á quien ni las llamas, ni el hierro, ni ningun otro género de suplicio abatieron, sino que todo lo sufrió por Jesus, ganando con su sangre el Reino de los Cielos. Que él tenga en su santa guarda el reino del Gran Monarca, y que aumente el poder de la protegida por Dios, Teodora, cuyo espíritu está siempre iluminado por la pie-

dad, y cuyos cuidados y fatigas no tienen más objeto que la bendicion y la prosperidad del país.»

Cuatro de los espacios intermediarios de dichos pilares del octógono, están reunidos por cortas arcadas que abrazan cuatro nichos semicirculares, cubiertos por las citadas semicúpulas, y los otros cuatro forman los brazos de la cruz, que tambien dejamos indicados. La cúpula está acanalada ó estriada, correspondiendo á cada una de sus diez y seis estrías, un nicho sobre cada pechina: á los lados se hallan ventanas abiertas en el octogonal tambor.

Los dos pisos, inferior y superior, de las naves laterales están sostenidos por columnas, en las que no se economizó ni el mármol blanco del Peloponeso, ni la brechá verde, ni otros mármoles y jaspes no ménos ricos. Los muros son de ladrillo. Los pilares de la cúpula, de piedra; y la superficie de las paredes, las bóvedas y los arcos debieron estar cubiertos de ricos mármoles y de mosaicos, á manera de los de Santa Sofía, todo lo cual ha desaparecido bajo una gruesa capa blanquecina con que los turcos los han cubierto, sustituyendo aquellos riquísimos ornatos con algunos arabescos torpemente hechos. Esta iglesia tiene tambien un moderno minarete, sostenido por una especie de pylon bizantino, y la iglesia, estando todavía ménos orientada hacia la Meca que la gran Santa Sofía, ofrece en su interior el más extraño aspecto, pues el mihrab, el member, el mastaba y la direccion de las esteras y tapices que cubren el suelo para hacer sobre ellas su plegaria los musulmanes, todo tiene una inclinacion mucho mayor, apartándose del paralelismo con las líneas del edificio.

Un ábside al E., y su correspondiente *nartheh* al O., completan aquella construccion, que mide próximamente 34 metros de longitud, 30 de anchura, 3 y medio metros de salida el ábside, 2 metros de anchura el *nartheh*, y $19^{m}$,33 de alto la cúpula.

Las columnas de este templo ofrecen la particularidad de que las de abajo sostienen un arquitrave, miéntras que de las de arriba arranca el arco directamente sobre el capitel. En muchos de éstos se encuentran monogramas, como en Santa Sofía la Mayor. Esta iglesia, se cree por algunos, fué gemela de la de San Baco, que ha desaparecido; pero otros suponen que no hubo más que una, dedicada á los Santos Sergio y Baco,

y que la otra iglesia mencionada por Procopio, *que estaba no léjos de la primera*, era de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, segun hemos dicho.

Tambien se ha creído encontrar analogía entre la iglesia de San Sergio de Constantinopla y la de San Vital de Ravena; pero no encontramos más analogía que la de ser un octógono el plano de la parte central, y el tener próximamente las mismas dimensiones, siendo por lo demas diferentes, en la disposicion de las ventanas, en la construccion de las bóvedas de las cúpulas, en las plantas de los muros exteriores, que en San Sergio es un rectángulo y en San Vital un octógono con contrafuertes, y otros varios detalles en que hay gran disparidad.

Al hablar de la basílica de San Sergio, no podemos, aunque haya desaparecido por completo, dejar de ocuparnos de la ya mencionada de los Apóstoles, que estaba unida con la anterior. Por fortuna nos ha quedado la descripcion que de ella hace Procopio, con tales detalles, que bien puede hacerse el diseño de ella, como lo ha hecho el aleman Hubsch, en su obra sobre los monumentos de la arquitectura cristiana. Dice así Procopio: «El Emperador Justiniano tenia una singular veneracion á los Apóstoles, é hizo en honor suyo lo que sigue. Habia en Bizancio desde los tiempos antiguos, un templo construido por Constantino, y dedicado á todos los Apóstoles; pero los años le habian quebrantado, y se temia que no pudiera permanecer en pié más tiempo. Justiniano le mandó demoler por completo, y se propuso levantarlo, no como habia sido, sino con más esplendor y grandeza. Hé aquí cómo llevó á término su piadoso deseo. Dos brazos se cortan en medio en forma de cruz; el uno hacia el E. y el O., el otro de N. á S. Por el exterior están rodeados de muros, é interiormente de columnas arriba y abajo. En la interseccion de los brazos, en lo que forma aproximadamente su centro, hay un lugar inaccesible para los que no celebran el Oficio Divino, el cual se llama naturalmente el *Santuario*. Los lados, en la direccion de los brazos trasversales, son de igual longitud; pero el lado que mira á Poniente es más largo, á fin de dar al templo la verdadera forma de la Cruz. La parte superior del *Santuario*, en la interseccion de los brazos, se parece á igual parte de Santa Sofía, sólo que es ménos extensa. Hállanse tambien cuatro arcadas de la misma forma, y unidas entre sí, estando la parte circular que las surmonta abierta con

ventanas. La bóveda esférica (la cúpula) que sobre ella descansa, parece suspendida en el aire y no tener ninguna base segura, á causa de las numerosas ventanas, próximas las unas á las otras, aunque la solidez del monumento no puede inspirar verdadero temor. En los cuatro lados la extension de las bóvedas es la misma que en el centro, sólo que la parte inferior de las cúpulas no lleva ventanas».

«Constantino habia dedicado este templo (el antiguo) á los Apóstoles, y ordenado que sirviera de sepultura á los emperadores, lo cual se observa hasta el dia.» De esta narracion resulta, como acertadamente interpreta Hubsch, que la planta era en forma de cruz; que la iglesia estaba abovedada en toda su extension; que las naves laterales tenían dos pisos, superior é inferior, sostenidos por columnas superpuestas, que se extendían entre los grandes pilares, los cuales, aunque no mencionados por Procopio, tenían que existir para sostener las cúpulas; y que éstas eran cinco, la mayor ó central, y una en cada brazo de la cruz, resultando un conjunto que indudablemente ofrecería el aspecto de grandeza y magnificencia que Justiniano quiso tuviera aquel panteon de los emperadores bizantinos.

Nada dice Procopio acerca de las dimensiones de este templo, pero el referido arquitecto le da las de San Márcos de Venecia, al ménos en lo que se refiere á la planta, porque comparando á San Márcos con la descripcion de Procopio, se ve claramente que en el templo veneciano se quiso imitar el de los Apóstoles de Constantinopla. Así, por éste, presenta dicho autor en su obra la fachada lateral de la iglesia de Justiniano, resultando los frontones semicirculares, como continuacion de las naves, abiertos por altas ventanas.

Otra iglesia que ha desaparecido desgraciadamente es la de Santa María de los Blaquernos, llamada tambien *Deipara* (Madre de Dios), iglesia igualmente descrita por Procopio, y cuyo dibujo por la sucinta relacion de aquel historiador puede restablecerse, comparándole con los detalles que el mismo autor ha dejado de otras iglesias edificadas por Justiniano, sobre todo Santa Sofía; pero no permitiéndonos la índole de este trabajo detenernos tambien en ella, ni ofreciendo tanto interes como la anterior, remitimos á nuestros lectores á la obra citada de Hubsch, para continuar

dando noticia al ménos, de las demas iglesias bizantinas que aún subsisten convertidas en mezquitas.

En la pendiente O. de la colina llamada de la Suleimaniech levántase otra mezquita, llamada Zerek Djamissi, que algun dia fué la iglesia denominada antiguamente Θεότοκος τοῦ Λιβός, y despues Hagia Théotócos, Iglesia de la Madre de Dios, perteneciente al monasterio de Lips, edificada por un patricio que llevaba este cognomen, no léjos de la iglesia de los Apóstoles, en tiempo de Leon el Filósofo. Restaurada por Teodora, madre de Andrónico, dió digno asilo á sus mortales restos, á los de sus dos hijos y á los de Irene, primera mujer de Andrónico el Jóven. En toda la disposicion de esta iglesia, así como en su ornato exterior, compuesto de sillarejos de mármol y de ladrillos, se ve claramente la época de su edificacion, á fines del siglo noveno y principios del décimo. Muchas restauraciones ha sufrido, de las que dan buena muestra el *nartheh* exterior y varios aditamentos y alteraciones en su antigua planta, como lo declara el pórtico arruinado del lado del Sur, y una sala cercana cubierta con su correspondiente cúpula, obras posteriores, probablemente destinadas á sepulturas de la familia imperial. Sin embargo, por lo que aún resta puede formarse idea de lo que debió ser un dia tan elegante edificio. Dicho *nartheh* exterior, hoy casi enteramente destruido, formaba una fachada con una gran puerta central, y á cada lado três ventanas de medio punto, separadas por dos columnas, con un macizo antepecho entre ellas. Grandes nichos desde el pavimento hasta la altura de los arcos de las ventanas llevaba la puerta á uno y otro lado, los cuales se repetian á los extremos de la fachada, más allá de las ventanas. Por encima de este primer cuerpo, que terminaba en una sencilla cornisa, destacábanse doce ventanas para dar luz al interior de la iglesia. Una pequeña cúpula octogonal cubria el centro de la rectangular planta, con ventanas bajo arcos sostenidos por columnas, y en los cuatro extremos levantábanse otras cúpulas más bajas, con ventanas del mismo género, pero fingidas, pues aparecen completamente muradas. Todas estas cúpulas, con sus altas facetas, á manera de torreon y su rebajada cubierta, indican una época mucho más reciente del arte bizantino, careciendo de la atrevida esbeltez y elegancia que alcanzaron las fabricadas en la época Justinianea.

Las dimensiones de esta iglesia son 16$^{m}$,33 de anchura y 39$^{m}$,66 de longitud. Tiene su correspondiente ábside al E., el cual, curvilíneo por la parte interior, presenta en la exterior cinco frentes adornados con nichos, y en el centro con tres grandes ventanas separadas por columnas.

La iglesia de Pantocrátor, hoy Kilissé-Djami, situada en la falda de una colina, cuyas pendientes escarpadas bajan al E. hacia el Cuerno de Oro, siendo llamada á causa de ello por los turcos *Sirek*, ó la altura, fué edificada bajo aquella advocacion de Pantocrátor, que quiere decir tanto como el Todopoderoso, en la primera mitad del siglo XII, por el emperador Juan Comneno, y sobre todo por su esposa Irene.

El edificio, tal como existe hoy y como Salzenberg lo ha estudiado y dibujado, consta de tres iglesias unidas, dos de las cuales tienen cúpulas de mediana altura, sostenidas cada una sobre cuatro columnas, siguiendo el gusto de las iglesias griegas de épocas ulteriores. Cada una de estas tres iglesias, que juntas formaban una sola, tenía su correspondiente ábside; y la del S,, que se cree estaba destinada á iglesia parroquial, más prolongada que las otras dos, se hallaba precedida de un doble *nartheh*. La del Norte serviría más bien para el convento adjunto. La del centro, con dos cúpulas ovales en sentido opuesto, debió ser el *Hèroon*, que contenía el sepulcro del emperador Manuel Comneno, y un trozo de piedra roja, sobre la cual era piadosa tradicion fué lavado y envuelto en el sudario, despues del descendimiento de la cruz, Nuestro Señor Jesucristo, venerada reliquia que dicho emperador Manuel Comneno llevó de Efeso á Constantinopla.

Ademas de la tumba de este emperador, hallaron en esta iglesia digno sepulcro las mujeres de los tres Comnenos, Juan, Manuel y Andrónico primeros, designando la tradicion como el de Irene, mujer de Juan, un gran sarcófago de brecha verde que hay delante de la antigua iglesia, hoy mezquita, y que sirve de fuente para las abluciones del culto musulman, sarcófago que no tiene inscripcion, pero que lleva una cruz griega inscrita en un círculo, en cada uno de sus frentes.

Los tres ábsides principales de esta irregular iglesia, y decimos los principales, porque las de N. y S. tienen ademas otros dos ábsides secundarios, cerrando las naves laterales, presentan por la parte exterior siete

frentes ó lados, en lugar de tres, como se observa en las iglesias más antiguas; indicando este aumento de frentes la tendencia á la forma semicircular. Los de la iglesia del Sur, llevan nichos que les dan un aspecto más ligero y elegante.

Los muros de toda la construccion, fabricados de ladrillo, sin mezcla alguna de sillares de mármol, estaban revestidos interiormente con placas de jaspes y piedras ricas, formando combinaciones y áun mosaicos; revestimientos marmóreos de que no queda más que un resto cerca de la puerta del centro, entre el primero y segundo *nartheh*, y parte del antiguo pavimento, no ménos rico, en la proximidad del sitio ocupado por el sepulcro del emperador Manuel. Las actuales columnas de mármol del interior, segun testimonio de Gylli, fueron ántes de granito rojo.

En la cima de la quinta colina, hacia el Sur, se encuentra la iglesia del monasterio Pantepoptou, ó de *El que todo lo ve*, hoy Féthiéh-Djami, ó mezquita de la Victoria, edificada por Ana Ducena, madre de Alejo, á fines del siglo onceno. De forma y proporciones elegantes, tiene *nartheh* y *exonartheh*, y la iglesia, aunque muy deteriorada por el fuego en la parte exterior, conserva todavía su antiguo carácter en el interior. Lo más notable que esta iglesia tiene, es en una cúpula lateral, la representacion en mosaico de los doce Apóstoles, imitacion, aunque desacertada, de Santa Sofía; y conserva el recuerdo de que á su alrededor los griegos levantaron el campamento de un cuerpo de ejército, en 1204, cuando la toma de Constantinopla por los latinos, á fin de poder desde aquella altura vigilar mejor, y dominar la flota de los venecianos, que operaba en el Cuerno de Oro. Mahomet II, á su entrada en Constantinopla, convirtió aquel templo en asilo para los pobres, por lo cual se la llama tambien «mezquita del antiguo asilo», Esky-Imaret-Djamisi.

Mayor importancia que la anterior tiene la iglesia de San Teodoro, llamada como mezquita *Vèfa-Sultana-Djamisi*, y que se conserva completa con su antigua y elegante forma. Data del noveno al décimo siglo, y es un edificio cuadrado, con cúpula central, dobles arcadas, ábsides semioctogonales, y dos *nartheh*, el uno interior y el otro exterior, con su fachada occidental, adornada con arcos y columnas de mármol, que llevan capiteles de profusa y esmerada labor.

En esta iglesia se conservaba como inestimable reliquia, la sagrada cabeza del gran mártir Teodoro, que cuando fué tomada Constantinopla por los latinos fué llevada con otras preciosas reliquias á Italia. Mahomet II la convirtió en mezquita, y se conserva en la plaza llamada Véfa-Maydan.

La iglesia de Panacrante es otra de las que mejor se conservan, aunque tambien convertida en mezquita, y evoca el histórico recuerdo de haber tenido entre las muchas riquezas y reliquias que la avaloraban la mitad de la cabeza del Apóstol San Felipe, cuya otra mitad, encerrada en una caja de plata, se veneraba en la iglesia de Santa Cruz del pueblo de Osmode, en la isla de Chipre.

Esta iglesia está formada por dos, con un *nartheh* comun, y cada una de aquellas tiene su cúpula propia, y sus ábsides secundarios de elegante forma. Sobre el *nartheh* debió estar el gineceo. Fué trasformada en mezquita por Selim I en 1520. Los arcos de forma ojival que se ven en alguna parte de esta iglesia, son de construccion reciente. En el exterior de uno de los ábsides, se ve una larga y estrecha losa de mármol, muy deteriorada por el tiempo ó por los incendios, en la cual sólo pueden leerse algunas frases, por las cuales se deduce que en el mismo paraje donde hoy está aquella iglesia, hubo otra de tiempo de Constantino, pues dicen asi... «de mi deseo... construyó un hermoso templo... Constant... inmaculada... hágalo feliz, lleno de virtudes celestiales... esclarecido morador y protector de la ciudad... agradecida por sus buenos propósitos... templo... ofrenda...»

Nada se sabe acerca del fundador de la actual iglesia.

Aunque muy deteriorada por el fuego, en el barrio ó cuartel de Vlanga, subsiste en estado de regular conservacion por la parte interior, la antigua de Myrelée, hoy *Budrum-Djamisi*, que fué construida por Romano Lacapeno, en el año 918, y que tenia adjunto un convento de religiosas, donde Catalina, mujer de Isaac Comneno, y su hija Maria, se consagraron á Dios. Tenia tambien *nartheh*, sobre el cual se encontraba el gineceo, y probablemente exonartheh, á juzgar por algunos restos de edificaciones, que donde debió existir se conservan. Esta iglesia sirvió de sepultura á su fundador, á su mujer Teodora, á su hija Augusta, mujer

de Constantino Porfirógeneto, y á otros personajes distinguidos de la corte. Los ábsides y el *nartheh*, son de buena fama y proporciones.

La iglesia de los Apóstoles Pedro y Marco, hoy mezquita, *Atik-Mustafá-Pachá*, existe todavía cerca de los Blaquernos, y fué construida en tiempo de Leon el Grande por los patricios Galviano y Cándido. Estos devotos magnates llevaron de Jerusalen la túnica de la Vírgen, que depositaron temporalmente en esta iglesia, trasladándola despues al hermoso templo de los Blaquernos, empezado por Pulqueria y concluido por Leon el Grande.

Su planta tiene la forma de cruz griega en el interior, bien marcada, y debió estar precedida de *nartheh*, á juzgar por los vestigios que de él se conservan. El adorno exterior, como en la anterior iglesia, falta completamente, y toda ella se encuentra muy deteriorada. Tiene delante una gran plaza, como sucede generalmente delante de toda iglesia bizantina, y llama la atencion del curioso en ella una antigua pila bautismal, hecha de un solo trozo de mármol, muy bien conservada.

El templo del apóstol San Andres, ó mezquita de Chodja-Mustafá-Pachá, cerca de la puerta de Silivria, ofrece poca novedad, sin embargo de lo cual pueden estudiarse en él notables capiteles bien conservados: debe su nombre al renegado Chodja-Mustafá, que, cristiano de orígen, se convirtió al islamismo en tiempo del sultan Bayaceto, el cual le tuvo en grande estima, hasta el punto de nombrarle su visir, y que, por las vicisitudes de la fortuna, acusado despues de la muerte de su valedor como uno de los principales agentes de Achmet, hermano de Selim I, hijo y sucesor de Bayaceto, fué condenado á muerte. Su sepultura se encuentra detras del ábside. En el patio que precede á esta mezquita y antigua iglesia hay una fuente para las abluciones y algunos pinos, en uno de los cuales se ven cadenas que han dado lugar á multitud de consejas.

La iglesia del Salvador, conocida tambien por el Convento de la Ciudad, está situada en el Hebdomon, no léjos de la puerta de Andrinópolis. La primera edificacion fué debida á Justiniano, pero no queda de ella el menor vestigio, habiéndola levantado completamente de nuevo María, mujer de Andrónico Ducas y cuñada de Alejo Comneno, en el siglo XI; sin embargo, como esta nueva iglesia amenazase ruina, Teodoro el Meto-

chista, gran logoteta de Andrónico, la restauró, embelleciéndola y engrandeciéndola en el siglo XIII. Recordando su nombre, consérvanse todavia por la parte exterior, cerca del moderno minarete, las siguientes letras griegas, en cruz, que forman el nombre de Teodoro:

Θ

O Δ

P

Convertida hoy en mezquita, lleva el nombre de Kahrijé-Djamissi.

Hablando del último restaurador de esta iglesia, dice Cantacuceno (libro I, cap. XI), que era un hombre de profunda erudicion, y de gran inteligencia, muy dado á la astronomia, y que por sus grandes cualidades y talentos administrativos, alcanzó gran favor del emperador Andrónico [1].

En aquel renombrado convento fué sepultado entre otros personajes, tales como Miguel Lingeli y el patriarca de Constantinopla, German, el sabio, aunque herético, Nicéforo Gregoras, que despues de haber estado alli recluido, falleció perseverando en sus erróneas opiniones.

Unido tambien al recuerdo de esta iglesia, va el de la célebre imágen llamada la Virgen de Odighitria, que se conservaba en el palacio imperial durante la Semana Santa, y que fué llevada á dicho templo para preser-

---

(1) Un poeta anónimo de su época le dedicó los siguientes versos:

....,Τον καλὸν μετοχίτην,
Λολοθετην μεγιστον, σοφιας λῆξιν,
Φοροῦντα χρυσῆν ερυθρὰν την καλυπτῖραν,
Ἣν δῶρον αὐτῷ, συναvεχοντι κρατος,
Ἄναξ ὁ λαμπρὸσ παρεσχεν Ἀνδρόνικος.

«El buen Metochita y gran Logoteta, hombre lleno de sabiduría, llevó una gorra encarnada, bordada de oro, que le regaló el glorioso rey Andrónico.»

Teodoro, cuando le hubo llegado la época de la desgracia, pronunció en aquel monasterio los sagrados votos, y falleció en él, escribiendo en su tumba, Grégoras, su discípulo en Astronomía, la siguiente alabanza:

Ὃς παροσ εν ςοφίη μέγα κῦδὸς ἔην γε θνητῶν
Βαιὸς ὡδὶ λάας τοῦ γε κεκευθε νέκυν.
Δῆμος σεπτῶν Μουσάων ὀλολύξατε πᾶσαι,
Ὤλετο κεῖνος ανὴρ, ὤλετο πανσοφίη.

«Una pequeña losa basta para cubrir los restos del que fué siempre la gloria de los mortales por su sabiduría. Llorad, divinas Musas.—Este hombre ha muerto y la sabiduría ha desaparecido con él.»

varla de profanaciones cuando el asalto definitivo de los turcos, encontrándose en ella despues de la toma de la ciudad.

Esta notable iglesia, puede decirse que es la única que queda en Constantinopla, con todos sus mosaicos historiados, descubiertos y en buena conservacion, así como sus frescos y relieves. Su fachada, aunque no simétrica, pues el minarete y la sillería inferior son obra turca, ofrece extraño, pero elegante aspecto, y buen conjunto. Las cúpulas inferiores están dispuestas sin bastante regularidad, con relacion á la principal; demostrando que aquellas construcciones se han alterado en diferentes épocas, la circunstancia de que el exterior de ellas no corresponde en nada al interior, y la de que los mosaicos con que están adornadas descansan sobre una construccion completamente separada de la cubierta exterior: así las aberturas de las ventanas exteriores no corresponden á las de las interiores, y están dispuestas irregularmente, y alternadas sin órden entre las figuras que por su parte interior las adornan.

La cubierta del exonartheh, como casi todas las de la iglesia, está formada con gruesas láminas de plomo, y parece que sobre el *nartheh* y el exonartheh debió existir otras veces una terraza practicable, parecida á la que se ve en la fachada principal de la iglesia de S. Márcos de Venecia.

Estudiando el adorno y la construccion interior y exterior de este templo, parece que en su orígen debió sólo constar del exonartheh, del nartheh, de la iglesia propiamente dicha, es decir, de la construccion en planta de cruz, bajo la cúpula, y del ábside principal, añadiéndosele despues los ábsides secundarios, y en una época todavía más reciente, los cuerpos de la derecha y de la izquierda de la nave principal. Los dos ábsides secundarios están cubiertos por cúpulas ricamente adornadas con mosaicos, que por fortuna se conservan muy bien, lo mismo que las bóvedas de ladrillo del exonartheh que sostienen hermosos mosaicos historiados, viéndose en la gran puerta que conduce al *nartheh*, á Jesucristo en actitud de bendecir, y en las bóvedas, las bodas de Canaá, en el acto de realizar su milagro el Salvador. Tambien en otros sitios de las mismas bóvedas, se ven figuras de santos aislados, de emperadores, y admirables dibujos ornamentales del trabajo más delicado, notables por la originalidad de las líneas y por la combinacion de los colores.

El nartheh está todavia adornado con más riqueza que el exonartheh: tiene las paredes cubiertas con ricos mármoles de colores, que forman elegantes dibujos y que llegan hasta la imposta de la bóveda, la cual está cubierta de no ménos ricos mosaicos, muy bien conservados.

Sobre la puerta que conduce á la iglesia propiamente dicha, la composicion musivaria representa al fundador de rodillas delante de Jesucristo, ofreciéndole su iglesia, y á derecha é izquierda de la figura del Redentor se lee una inscripcion que dice en caractéres bizantinos:

«Jesucristo
la tierra de los vivos.»

A la izquierda, y tambien de mosaico, se ve representada la Anunciacion de la Virgen, y en las otras bóvedas diversos pasajes de la Historia Sagrada, santos aislados y combinaciones ornamentales.

En los mosaicos de una de estas cúpulas están representados los reyes de Judea; y por punto general todos los de este nartheh, son obras notables tanto por su dibujo cuanto por la belleza de sus colores y su conservacion. La Santa Virgen con el Redentor, que se ve pintada al fresco en la cúpula de la derecha, parece ser trabajo más reciente, ya se atienda á su dibujo, ya á sus proporciones.

En la iglesia llama poderosamente la atencion la elegancia y riqueza del ábside; una hermosa ventana de tres compartimientos; las naves de la derecha y de la izquierda, aunque, segun ya se dijo, de construccion posterior; los hermosos mármoles de variados colores que cubren las paredes hasta la imposta de las arcadas, echándose de ménos los mosaicos que desde allí enriquecian las bóvedas y la gran cúpula, destruidos completamente. La misma cúpula no es hoy la antigua, sino una reparacion turca á causa de haber quedado la primera casi destruida por un incendio. Algunas de las cúpulas secundarias conservan notables frescos. A la derecha del ábside principal se encuentra un gran relieve en mármol, espléndido ornato que debió tener su compañero al lado izquierdo, donde se descubren todavia algunos vestigios que lo indican. Los adornos de la arquivolta son tambien de mármol y alto relieve, asi como los ángeles y la

figura del Redentor que se hallan en aquella composicion artística, estando formada la cruz de la aureola ó nimbo con rico mosaico. El ornato del medallon, donde se halla dicha figura del Redentor, está separado del fondo, que es de mármol rojo, algunos centímetros, lo que produce muy buen efecto. Los capiteles y modillones que sostienen la arquivolta están igualmente adornados con bustos de alto relieve, y estaban sostenidos por columnas gemelas, de las cuales sólo se conservan fragmentos. Bajo la arquivolta se ve una representacion de la Vírgen en mosaico, por desgracia en muy mal estado de conservacion.

En el centro de las bóvedas del exonartheh consérvanse adornos de mosaico, ya con fondo cobrizo, ya blanco, parecidos á los que se hallan en San Márcos de Venecia, en las pequeñas cúpulas de los ángulos, ó en las bóvedas de su nartheh.

La cúpula de la izquierda del nartheh de la iglesia del Salvador que vamos estudiando está cubierta de mosaicos en buena conservacion, con figuras tomadas del Antiguo Testamento, viéndose en el centro á la Vírgen y á su divino Hijo.

Imposible es dar siquiera una idea, á no acompañar nuestra descripcion con gran número de dibujos, de los demas mosaicos, revestimientos de mármoles, frescos y relieves que enriquecen este templo; detalles que encontrarán nuestros lectores en la citada obra de Pulcher, láminas XVI á XXX, obra donde puede decirse que por primera vez ha sido objeto de prolijo estudio aquella suntuosa iglesia cristiana, convertida hoy en mezquita como todas las demas que encontraron los conquistadores muslímicos en la ciudad del Bósforo, excepcion hecha de la conocida iglesia de la Vírgen de Muguliotissa, llamada por los turcos *Kan Klessiasee*, es decir, iglesia de la Sangre, porque en el asalto y toma de Constantinopla un considerable grupo de sus defensores se hicieron fuertes dentro del sagrado recinto, y sólo dejaron de combatir con un valor heroico cuando la vida dejó de animar su brazo, sucumbiendo todos abrumados por el número de los enemigos, bajo las venerandas naves, cuyo pavimento cubrieron materialmente con su sangre.

Fué construida por María, hija de Miguel Paleólogo, en el siglo XIII, y segun nos enseña el sabio príncipe de Valaquia y Moldavia Demetrio

Casimiro, quedó esta iglesia en poder de los griegos, porque Mahomet hizo donacion de ella, con todos los terrenos que la rodean, al arquitecto griego Cristodulos, «en testimonio de su gran generosidad,» como dice el rescripto de donacion ó *hati scherif*, que se conserva cuidadosamente en esta iglesia y que ha sido siempre respetado por los sultanes.

Los muchos pilares mal construidos que se han levantado en el interior para impedir la caida de la cúpula, y otras innovaciones desacertadas, le han hecho perder su primitivo carácter, siendo de notar en su interior un mosaico representando á la Vírgen, que se tiene en gran veneracion, y en el patio exterior en alto relieve la figura de Jesucristo, cuyo rostro por rara excepcion no lleva barba.

Todavía, y ántes de terminar esta reseña de las antiguas iglesias que enriquecian la Constantinopla cristiana, mencionaremos la de Pammakarista, *Fatijè Djamisi*, en cuyo convento adjunto, despues de la conquista, residió el primer Patriarca de Constantinopla, y en la que emperadores y príncipes hallaron cristiana sepultura, pero que convertida en mezquita por Selim I, perdióse completamente la memoria de sus sepulcros, conservando, sin embargo, una cúpula con mosaicos; y la de Perivlepte ó *Sulu Monastir*, abierta tambien al culto griego hasta 1643, en que fué entregada á los armenios, iglesia que fué muy rica en alhajas, pinturas y reliquias, pero de la cual apénas quedan escasos restos, por haberla destruido un incendio con todo el barrio que la rodeaba. Sobre sus ruinas edificaron los armenios una nueva iglesia y un colegio.

Al lado de tantos edificios un dia destinados al culto cristiano, apénas llaman la atencion del artista los templos griegos, armenios y católicos que se encuentran en la populosa ciudad. Como el más importante de ellos puede considerarse el de la patriarcal griega, dedicado á San Jorge, que se halla en el barrio de Phanar, todo él formado con madera, como la mayor parte de las iglesias de aquella comunion cristiana, con un exterior sin el menor ornato, de pesado color gris. El interior está dividido en tres naves separadas por columnas tambien de madera, que sostienen la galería superior, destinada á las mujeres, siguiendo la tradicion de los antiguos gineceos. El altar mayor se halla precedido de una galería de madera ricamente esculpida y dorada, con pinturas á la antigua manera bizantina, en

las que los dorados y los plateados, á veces hechos con placas de estos metales, apénas dejan ver los rostros y las manos. La silla patriarcal con dosel sostenido por esbeltas columnillas y cubierta de delicadas incrustaciones, es notable, lo mismo que el púlpito ó cátedra, y del techo, que nada ofrece de particular, penden muchas arañas. Unidas á la iglesia están las habitaciones del patriarca, que lo mismo que aquélla ocupan el sitio en que estuvo un antiguo convento de monjas.

Hagios-Kyriaki es otra iglesia griega situada cerca del pequeño puerto de Kum-Kapu, análoga á la anterior, pero donde el curioso investigador encuentra algunas pinturas bizantinas, así como en Panagia Elpidos, cerca de la precedente y de más elegante y antigua fábrica, con bien labradas silla patriarcal, cátedra y balaustrada del altar mayor enriquecida con dorados y pinturas.

Palæos-Taxiarchis, cerca de Balat-Kapussi, es una iglesia armenia que nada ofrece digno de mencion como no sea la abundancia de sus lámparas y arañas, y lo mismo sucede con las de Exi Marmara, cerca de Avret-Bazar, Hagia Paraskevi, ó iglesia del Viérnes Santo, Hagios Nicolaos y Hagios Policarpos, en el cuartel ó barrio de las Siete Torres.

Las iglesias católicas se hallan sólo en Pera y en Galata, y las del primero de estos cuarteles poco ofrecen de notable al viajero, aunque sí al que conserva la fe católica, pues cuando asiste en ellas á los divinos oficios despues de haber presenciado tantos y tan diversos ritos de religiones diferentes, encuentra un consuelo inefable, viéndose enlazado, á traves del tiempo y la distancia, con todos los que de la misma manera oran, creen y esperan, entre los cuales se encuentran los séres más queridos de su corazon. En Galata, sin embargo, hay una buena, aunque moderna, iglesia de los Lazaristas ó de San Benito, edificada por los genoveses y con una cúpula cubierta de plomo, raro privilegio debido á la benevolencia de un Cheik-ul-Islam, iglesia que tiene anejas escuelas dirigidas con celo é inteligencia por los hermanos de la Doctrina Cristiana y las hermanas de San Vicente Paul. Tambien en Galata debe ser visitada la iglesia de San Jorge en Perchembé-Bazar, donde se hallan algunos restos antiguos, y una gran iglesia armenia edificada en 1862.

Ademas de los antiguos templos cristianos, que convertidos en mezqui-

tas consérvanse por ventura en Constantinopla, hay otras de estas últimas edificadas de propósito por los emperadores turcos.

La más antigua de ellas es la llamada *Mohammedieh* ó mezquita de Mahomet II, situada en la cuarta colina y edificada en 1563 por el citado arquitecto griego Cristodulos, sobre las ruinas de la antigua iglesia ya citada de los Santos Apóstoles, fundada, segun indicamos, por Constantino, para servir de Heroon ó Panteon á los soberanos, y restaurada despues, hasta que fué destruida, ántes que por los turcos, por los latinos, que violaron las sepulturas de los emperadores, las cuales se encuentran en diversos parajes de la ciudad, principalmente, como ya vimos, en Santa Irene. Terminado el templo musulman en dicho año, quedó destruido en 1763 por un terremoto, reedificándolo Mustafá III, en un estilo más italiano que oriental, alterando casi completamente su primitivo carácter, sin embargo de lo cual esta mezquita sorprende por sus grandes dimensiones. Su extenso recinto contiene un gran número de establecimientos, destinados á la caridad y á la enseñanza pública, tales como imarets, escuelas, madrisas, hospitales, colegios, khan para los viajeros, baños cubiertos de pequeñas cúpulas, y otros edificios secundarios que forman una verdadera poblacion, nacida y aumentada al abrigo de la mezquita, que se levanta en medio de ellos imponente y majestuosa, con sus dos minaretes de dos pisos y su vasta cúpula central de 78 metros de altura, flanqueada de cuatro semicúpulas y de un número considerable de otras cúpulas secundarias, que dan al conjunto un aspecto de grandiosidad y de elegancia indescriptible.

El interior produce tambien en el ánimo del viajero verdadera admiracion por sus grandes dimensiones, viéndose en él, como en la mayor parte de las mezquitas de Constantinopla, segun ya indicamos, la imitacion de Santa Sofía.

Dividido en tres naves, la cúpula está sostenida por cuatro robustos pilares, formando las semicúpulas de los lados una cruz griega, y á excepcion de algunas columnas que se hallan en las naves laterales, todo lo demas es severo, hasta la frialdad, contribuyendo á este resultado el estar todo el interior pintado de blanco. De mármol de este mismo color es tambien el mihrab, que ocupa el centro del edificio al frente de la entrada, y

el member y mastaba. El verdadero templo está precedido por la parte del O. de un gran patio rodeado de magnífico pórtico ojival, sostenido por columnas de granito y de mármol. En el centro de dicho patio ó harem se encuentra una fuente para las abluciones, muy sencillo, con una cúpula cubierta de plomo y rodeada de cipreses. Adosado á la pared del pórtico corre en toda su extension un asiento de mármol, interrumpido solamente por las puertas de entrada. Ventanas adornadas con mármoles de diferentes colores se abren en aquellos muros para dar más frescura al ambiente, y por encima de ellas corre un friso que lleva en hermosos caractéres árabes escrita la primera sura del Koran. Contrastan con la severidad del interior del templo la puerta principal de entrada á la mezquita, enriquecida con preciosos y delicados adornos de estilo árabe bizantino. A la derecha de ella, por la parte interior se encuentra una lápida de mármol con un marco de lápis-lázuli, en la cual se lee en letras de oro la profecía de Mahoma: «Tomarán á Constantinopla. Dichoso el príncipe y dichoso el pueblo que realicen este pronóstico.»

Entre los edificios que, como ya dijimos, rodean á este templo mahometano, se encuentra el turbé del fundador Mahomet II, con planta y cúpula octogonal, precedido de un pórtico ó nartheh, y con dos órdenes de ventanas, sin adorno alguno en el exterior, é interiormente exhornado sólo en sus muros con versículos del Koran. Los restos del temible conquistador reposan bajo un gran catafalco con un enorme turbante encima y rodeado de una balaustrada, delante de la cual, á la cabeza y á los piés del catafalco, arden constantemente enormes cirios. Otros turbés se agrupan cerca del anterior, aunque más pequeños, consagrados, el uno á la madre de Mahomet II, Aselyma la Sabia, que se dice fué hija de Cárlos VII, rey de Francia, y el otro á la madre de Mahmud II.

No léjos del gran recinto de esta mezquita, hacia el E., se encuentra un edificio cuadrado con cúpula de ladrillo, que visto á cierta distancia semeja un monumento antiguo. Es el baño llamado de Mahomet II, conocido hoy con el nombre de *Tchukur-Hammam* (el baño bajo ó deprimido), edificio levantado por el conquistador en el mismo lugar que ocuparon las termas de Constantino el Grande. Todavía en los principios el siglo XVI conservaba toda su magnificencia, segun la entusiasta descripcion que de

él nos ha dejado Gylli; pero cuando la cercana mezquita cayó por efecto de un terremoto, tambien quedó casi destruido este baño, no alcanzándole la restauracion que de aquélla hizo Mustafá III. Gracias al estudio que de sus ruinas hizo en 1833 Mr. Texier, puede venirse en conocimiento de la disposicion y riqueza de aquel edificio, único que, no existiendo en Constantinopla ninguna de las antiguas y suntuosas termas construidas por los antiguos emperadores bizantinos, puede darnos idea de ellas, por la época de su construccion, pues lo mismo que en las mezquitas puede asegurarse que los arquitectos musulmanes no hicieron más que imitar los antiguos modelos que con tanta abundancia les ofrecia la ciudad conquistada. La afinidad que existe en los planos de este baño turco y las noticias que acerca de estas edificaciones nos ha dejado Vitrubio, robustecen la conviccion de que en esto, como en otras muchas obras, los mahometanos no hicieron más que seguir la tradicion romana. Por esta razon no creemos fuera de propósito dar á nuestros lectores, aunque sucinta, noticia de aquel establecimiento higiénico, que tuvo la fortuna de ver y estudiar Mr. Texier ántes de que hubiera sido desfigurado por incompetentes restauradores, conservando sus ricos materiales y sus columnas de jaspe, probablemente aprovechadas de las que enriquecieron en otro tiempo el templo de los Santos Apóstoles.

Aquel edificio pertenecia al género de los que los turcos llaman, *tchif-tèh*, porque contenia departamentos separados para los hombres y para las mujeres, con un horno ó *hipocausto* comun. Las dos divisiones estaban, sin embargo, unidas por un solo muro, que formaba por la parte exterior un gran edificio cuadrangular, de 37 metros de frente por 48 de profundidad, hallándose el baño de los hombres á la izquierda de la fachada, y el de las mujeres, algo más estrecho, á la derecha. Dicha fachada general no puede ser más sencilla, pues el muro, hecho con sillares, no lleva ningun adorno, lo mismo que las dos puertas de entrada que en él se abren. A la altura de las impostas habia pequeñas ventanas para ventilacion de la primera sala ó *apoditerium*. Esta era de planta cuadrada, con 17 metros de lado, cubierta por una cúpula con pechinas, y el circuito del muro estaba adornado con azulejos: en el centro brotaba agua en abundancia de una gran fuente de mármol, y al rededor de la sala corria un estrado tam-

bien de mármol con los lechos para descansar y desnudarse, separados por cortinas, desde los cuales se pasaba al *tepidarium*. La cúpula, edificada de ladrillo, estaba decorada interiormente con ornatos pintados y esculpidos, y perforada en su centro por un hueco circular ó linterna, por donde recibia aquel departamento luz zenital. Aquel hueco se cerraba por medio de un gran disco de placa de hierro ó de bronce, exactamente de la misma dimension que la abertura, cuyo disco estaba suspendido de lo alto de la cúpula, con una cadena de bronce, por medio de la cual se le hacia subir hasta cerrar completamente la lucerna, ó bien disminuir, acercándolo más ó ménos á ésta, la luz y la ventilacion; sistema indicado por Vitrubio en la descripcion de los baños romanos, como usado en éstos para graduar la temperatura en dicho *tepidarium*. La altura de esta sala en el baño que nos ocupa es de doce metros hasta el arranque de la bóveda, y de diez y siete añadiéndole el radio de ésta.

La segunda sala ó *tepidarium* y la tercera ó *caldarium* eran de forma octogonal, estaban cubiertas cada una de ellas por una cúpula ménos elevada que la de la primera sala, y en los ángulos se abrian gabinetes reservados, donde el calor era todavía más intenso, que recibian tambien la luz por arriba, estando cubiertos los pocos huecos por donde penetraba, con vidrios opacos. El baño de las mujeres presentaba exactamente el mismo plan.

Es opinion generalmente seguida, y muy verosimil, la de que la mayor parte de los baños turcos actuales están edificados en el sitio que ocuparon antiguos baños romanos ó bizantinos.

Al lado del baño de Mahomet II, y cerca, por lo tanto, de su mezquita, encuéntrase otro edificio, que para baldon de la humanidad servía hasta hace pocos años para el indigno tráfico de los esclavos negros. Aun cuando la esclavitud está abolida en principio en el Imperio Otomano, y el gran bazar de los esclavos está cerrado, veianse en este de los esclavos negros, hasta poco ántes de nuestro viaje segun testimonio de escritores verídicos, niños de ambos sexos y atezada piel, colocados á manera de una caballeriza. De estos pobres niños, llevados del Egipto y de la Nubia, muchos eran trasformados en eunucos, lo cual aumentaba terriblemente su mortalidad.

No léjos tambien de aquellos mismos sitios se encuentra un turbé moderno, construido por la madre de Mahamud, cuyos féretros ó catafalcos llevan encima, en lugar de turbante, el moderno fez; y allí cerca se han encontrado fragmentos de pórfido antiguo, restos, á lo que parece, de alguno de los sarcófagos imperiales, que pertenecieron á la iglesia de los Santos Apóstoles.

La mezquita de Bayaceto sigue en antigüedad á la anterior. Conocida con el nombre de *Bayezidièh*, está situada en la plaza de su mismo nombre, detras del bazar y enfrente del Seraskierat ó Ministerio de la Guerra. Edificada en 1505, pasa por la más elegante de Constantinopla y está flanqueada por dos esbeltos minaretes, aunque de una sola galería ó balcon. Dos patios la preceden: el primero sirve de bazar; el segundo se halla rodeado de un pórtico ojival de mármol blanco y rojo, sostenido por columnas de pórfido ó de brecha verde, con capiteles y basas de mármol blanco. Tiene en el centro una fuente octogonal, de mármol, para las abluciones, con un surtidor de agua que cae en una gran taza, y al rededor hermosos, aunque tristes, cipreses. La gran puerta de la mezquita es de mármol, con el dintel labrado en forma de estalactitas, y el interior se compone de una nave principal y de dos más pequeñas laterales. En el centro lleva su correspondiente cúpula, sostenida por pilares que tienen adosadas cuatro columnas de granito, y la tribuna del sultan se apoya sobre elegantes columnas de verde antiguo y de jaspe.

Da un aspecto especial á esta mezquita el gran número de palomas que se agrupan ó revolotean sin cesar sobre la cúpula, en los patios y en los cipreses, ó que acuden á beber á la fuente, sin que nadie sea osado á perseguirlas. Dícese que provienen de dos palomas zoritas ó campesinas que dió á Bayaceto un pobre que le pidió limosna y á quien socorrió generosamente. Aquellas hermosas y abundantes aves cuentan con una dotacion especial para su subsistencia, que corre á cargo de imanes subalternos, lo mismo que una distribucion de pan que se da todos los viérnes á los perros errantes, con lo cual excusado es decir que acuden éstos á centenares.

Al otro extremo de la gran plaza donde se levanta la mezquita de Bayaceto, está su turbé, que nada ofrece de notable más que un ladrillo colocado en la parte que corresponde á la cabeza del sultan, y que se dice está

hecho con el polvo que recogió sobre sus vestidos durante su vida, y principalmente en sus combates; orgulloso deseo que parece copiado del que tuvo en España el célebre Almanzor, que se dice sacudia cuidadosamente, despues de las batallas, sus vestidos y sus armas en una caja, para que con aquel polvo le cubriesen cuando muriera.

Con el nombre de *Schah-Zadè* ó *de los Hijos del Sultan*, es conocida la que Soliman, llamado el Legislador y el Magnifico, elevó para honrar la memoria de su hijo mayor Mohammed, que allí está enterrado con su hermano Mustafá, en un turbé que se levanta dentro de un jardin unido á la mezquita. Su cúpula, que se levanta en el centro de la cruz griega que forma la planta del templo, labrada con profundas estrias, y con una banda circular ricamente adornada en la base, es una de las más elegantes que se encuentran en su género, y siguiendo tambien el estilo de la de Santa Sofia, tiene á los lados cuatro semicúpulas, cada una de las cuales se divide en otras tres más pequeñas. El interior de las naves es muy sencillo, y por la parte exterior está precedida de su correspondiente patio rodeado de pórtico á la manera bizantina; pórtico sostenido en los cuatro ángulos por columnas de granito, siendo todas las demas de mármol y los muros de las arcadas tambien de mármoles en hileras alternadas rojas y blancas. Los dos minaretes están adornados con elegantes balcones ó galerias, que los circundan como á todos los de su clase.

Del mismo emperador es tambien fundacion piadosa la mezquita que lleva su nombre, *Suleimanieh*, edificada de 1550 á 1566 con los materiales de la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia, por el más celebrado de todos los arquitectos turcos, Sinan. Esta mezquita, y el Ministerio de la Guerra ó Seraskierat, ocupan casi toda la parte superior de la tercera colina.

La Suleimanieh está construida en una vasta explanada cubierta de cipreses y de plátanos: por la parte Norte hay una terraza, desde la que se disfruta una de las mejores vistas que ofrece Constantinopla del Cuerno de Oro y el Bósforo, terraza que domina las cúpulas de los baños de la mezquita, á los que se baja por una corta escalera, y las habitaciones de los sacerdotes y servidores del templo. Por la parte del Este, cerca de un cementerio, se eleva el turbé de Soliman, edificio octógono con un pórtico

exterior de la misma forma, con cubierta y cúpula acanaladas. Cuatro pilares de mármol blanco y cuatro de pórfido sostienen la cúpula en el interior, y bajo ella se encuentran tres grandes catafalcos que contienen los féretros del fundador y los de sus sucesores Soliman II y Ahmed II, otros más modestos de algunas princesas, y un plano en relieve de la Meca. Los muros están adornados con notables trabajos de cerámica y pinturas, y de la cúpula penden huevos de avestruz con sus características y lujosas redecillas para contenerlos, arañas, y lámparas de prolija y varia labor. Los catafalcos están cubiertos con magníficos chales y telas bordadas, distinguiéndose los de los sultanes por los turbantes que llevan encima: el del fundador está ademas rodeado de una balaustrada enriquecida con incrustaciones de nácar, y arden tambien colosales cirios á uno y otro lado.

Contiguo á este notable turbé se encuentra el de la célebre Roxelana, de planta octogonal como el anterior, pero más sencillo, aunque los muros llevan tambien interiormente análogos ornatos, notándose entre ellos el elemento árabe de la estaláctica.

El recinto de la mezquita de Soliman mide mil pasos de circuito en su perímetro, y tiene diez puertas exteriores, conteniendo ademas del templo gran número de establecimientos de caridad y de enseñanza, esa otra caridad de la inteligencia, no ménos meritoria que la del corazon; viéndose hacia la parte de Poniente los imarets, el hospital y el antiguo pabellon del agá de los genízaros; al Sur tres escuelas de primera enseñanza de las llamadas *mehteb*, cuatro superiores, academias ó madrisas, para las cuatro sectas de la fe muslímica, una escuela de medicina y bibliotecas; y al Norte extensos baños, khan para los viajeros y otros edificios secundarios. La fundacion sólo de aquella mezquita, con todos los edificios comprendidos en el recinto que la rodea, justifican el dictado de Magnífico y Legislador con que Soliman ha pasado á la posteridad. En la calle que se extiende á la parte Norte de este recinto, hay multitud de pequeños cafés, que era donde ántes de la sabia prohibicion del opio se reunian los que le fumaban, conocidos con el nombre de *tèriaki*, que quiere decir tanto como «comedores de opio».

La mezquita, á cuyo alrededor agrupó la prevision del magnífico Sultan tantos y tan importantes edificios, levántase casi en el centro de ellos,

precedida de su correspondiente gran patio, uno de cuyos lados es curvilíneo, y pórticos, cuyas galerías están sostenidas por columnas, que sustentan veinticuatro cúpulas pequeñas. En el centro tiene este patio la fuente de las abluciones, tambien cubierta por una cúpula, y tres puertas le dan ingreso, de las cuales una corresponde exactamente al centro de la mezquita entre los dos grandes minaretes que lleva á la parte del Oeste, pues tiene cuatro de estas elegantes torres, dos de tres galerías, que pudiéramos llamar pisos, y los otros más pequeños, solamente de dos. La puerta del vestíbulo está adornada siguiendo el estilo árabe, notándose tambien en sus ornatos el mismo empleo de las estalácticas, que se encuentra empleado con alguna frecuencia en los edificios religiosos turcos de Constantinopla, si bien no tienen la riqueza y lujo de fantasía que ofrecen las estalácticas del periodo naserita ó granadino en nuestra patria, que, como ya hemos dicho ántes de ahora, dista mucho del bastardeado estilo oriental de aquellos edificios.

La mezquita forma un rectángulo de 69 metros por 63, y el interior está dividido tambien en tres naves, elevándose en el centro la gran cúpula, sostenida por cuatro macizos pilares de planta cuadrada, entre los cuales se levantan á cada lado colosales columnas de granito egipcio, que no tienen ménos de cuatro metros de circunferencia en la base, y que parecen provenir del palacio imperial y del Augustéon de Justiniano, dándonos fé Gylhio de haber visto trasladar él mismo dos de ellas. Dícese que una sirvió para sustentar la estatua de Justiniano; otra, la de Vénus, en el Augustéon, y que las otras dos serian, probablemente, las columnas rojas que sostenian las estatuas de Teodora y de Eudoxia en el antiguo palacio imperial. Los capiteles son naturalmente más modernos, y de mármol blanco. La cúpula mide 26 metros de diámetro, en lo cual es menor que la de Santa Sofía; pero tiene en cambio seis más de altura. Lleva tambien á los lados cuatro semicúpulas, y diez más pequeñas, y tiene en la base, escritos con grandes caractéres, versículos del Koran. En el fondo de la nave central se encuentra el ábside, con cuatro ventanas cubiertas de vidrios artísticos, con frases é inscripciones en alabanza de Dios, obra del célebre vidriero contemporáneo de Soliman, Serhoch-Ibrahim, ó Ibrahim el Beodo, sobrenombre que acaso llevara porque, como muchos artífices

de mérito, se dejase dominar por el degradante vicio de la embriaguez.

Entre las ventanas de esta mezquita hay dos de vidrios opacos, llevados de Persia como trofeo de victoria.

El mihrab, flanqueado de dos enormes cirios, sostenidos por grandes candelabros, las cátedras, el asiento del sultan, todo es de mármol hábilmente esculpido, y las bóvedas están pintadas imitando tambien el mármol.

En las naves laterales encuéntranse siempre gran número de maletas y de cajas, conteniendo tesoros de creyentes, que los confian, como en los antiguos tiempos de Grecia y Roma, á la fidelidad de los sacerdotes del templo. Y en honor de la verdad y de los imanes, segun se nos informó, no se menciona caso de que hayan abusado de la confianza en ellos depositada.

La mezquita de Ahmed, ó el *Ahmèdièh*, situada sobre el At-Meidan, fué edificada en 1610 por Ahmed I. Está rodeada de un vasto recinto plantado de árboles, sobre los que se elevan seis elegantísimos minaretes de tres pisos. Antes de que se construyese esta mezquita, la Caaba de la Meca era el único edificio musulman que tenia seis minaretes, por lo cual Ahmed, para acallar las quejas del iman de la Meca, mandó construir en la Caaba otro minarete á fin de que tuviese uno más que el de su mezquita. Por el lado del Norte se encuentra una puerta de estilo árabe, por donde se entra en el patio que precede á la mezquita, rodeado de un pórtico con cuarenta pequeñas cúpulas, sostenidas por columnas de granito egipcio. En el centro de este patio se halla, como de ordinario, la fuente para las abluciones, rodeada de columnas y arcos ojivales. Hacia la parte oriental de la mezquita hay un pequeño pórtico de arcos tambien ojivales, construido con mármol blanco y negro, y con un gran número de pequeñas fuentes, que conduce á un plano inclinado y á una galería, por donde el sultan puede llegar á caballo hasta su tribuna, en el interior de la mezquita.

Este es sencillo, pero grandioso. Su planta forma un rectángulo de 72 metros por 64, y la cúpula principal, que mide una circunferencia de 31 metros, está sostenida por cuatro pilares de planta circular, pero cuya superficie semeja, para darle mayor ligereza, un haz ó reunion de pequeñas columnas. Estos pilares están rodeados hasta la mitad de su al-

tura de una zona plana, cubierta de inscripciones piadosas, y sus capiteles semejan estalactitas. Cuatro semicúpulas laterales dan al edificio la forma de una cruz griega, y los cuatro ángulos, mucho más bajos, llevan tambien cúpulas pequeñas. Ademas de los cuatro pilares ya descritos, sostienen las naves numerosas columnas de granito y de mármol, con esbeltos arcos ojivales. El *membèr* ó púlpito, de piedra labrada por el modelo del de la Meca, tiene un tornavoz con una corona dorada, que remata en una media luna. Aquel *membèr* conserva el histórico recuerdo de haberse leido desde él con gran solemnidad el decreto de proscripcion de los genízaros. El mihrab está adornado con incrustaciones de piedras duras, entre las cuales se señala con especial veneracion un trozo de la piedra negra de la Caaba. A uno y otro lado del mihrab se ven dos grandes candelabros con gigantescos cirios. Por lo demas, ninguna otra cosa de notable ofrece esta mezquita, que lleva por todo ornato inscripciones turcas al rededor de las cornisas, arañas, lámparas y huevos de avestruz, pendientes de las cúpulas.

Esta mezquita, despues de la de Santa Sofía, es la principal de Constantinopla, y en la que se celebran con grande aparato las fiestas del Bairam, las del natalicio del Profeta (Mevlud) y las de la partida para las caravanas de la Meca. Cerca del Ahmédich, al Norte del At-Meidan, está el turbé del fundador, cubierto con elegante cúpula, bajo la cual se ven su magnífico catafalco, cubierto con ricas cachemiras y alumbrado con grandes cirios, y al Oeste de la misma plaza del Hipodromo, el turbé del sultan Mahmud, monumento de estilo moderno, formado por una rotonda de mármol blanco con pilastras jónicas y alumbrado por siete ventanas con rejas doradas. El catafalco, cubierto de magníficas telas, lleva en lugar del turbante el fez, adornado con un airon que sujeta al fez gruesa roseta de diamantes. Al rededor de este catafalco hay una rica balaustrada con incrustaciones de nácar, y en él tambien se conservan dos cajas delicadamente labradas, la una en nácar, la otra en plata, que contienen preciosos manuscritos coránicos. En el mismo turbé se encuentran otros túmulos de la sultana Validéh, madre de Abdul Medjid, y de otras mujeres de su familia.

Aunque de ménos importancia que las anteriores, mencionaremos tam-

bien la *Selimièh* ó mezquita de Selim I, situada en la quinta colina, que se distingue por sus dos minaretes de un solo piso y tener una sola cúpula. Los pórticos que la preceden están adornados de hermosas columnas, y cerca de ella se ven antiguas cisternas descubiertas, hoy convertidas en jardines.

La *Yèni-Djami* ó mezquita de la sultana Validéh, situada en la orilla del Cuerno de Oro, á la extremidad del primer puerto, es más importante que la anterior. Edificada por la madre de Mahomet IV, que fundó tambien el gran khan que lleva su nombre, y otra mezquita en Scútari, la que ahora estudiamos ofrece un conjunto que llama la atencion del viajero, con sus dos minaretes estriados, cada uno de tres pisos; su cúpula central acompañada de cuatro semicúpulas y de otras muchas pequeñas, secundarias; su hermoso pórtico de arcos ojivales construidos con sillares de mármol; el vasto recinto que la rodea, sombreado por frondosos plátanos, á cuya sombra hay un verdadero bazar, donde puede el viajero adquirir multitud de objetos turcos; sus numerosas fuentes; sus imarets y madrisas, y el turbé de la fundadora, dividido en dos compartimientos, de los cuales el exterior contiene los catafalcos de nueve sultanes, que se distinguen por el turbante que llevan encima y por la balaustrada con incrustaciones que los rodea, entre los cuales se cuentan los de el ya citado Mahomet IV, hijo de la fundadora, muerto en 1687; Mustafá II, su nieto, destronado en 1703; Ahmed III, muerto en 1730; Mahmud I, en 1754, y Osman III en 1757. El otro departamento ó cámara interior contiene el catafalco de la sultana fundadora, rodeado de otros más pequeños.

Tambien al Este de aquella mezquita se encuentra en la calle que lleva desde el puente á la Sublime Puerta, calle denominada Vezir-Yolú, el turbé del sultan Abdul-Hamid, con preciosa cúpula y tres órdenes de ventanas, que contiene, no sólo el catafalco de este sultan, sino tambien el de Mustafá IV, asesino de Selim III, y otros quince, de los cuales cinco llevan turbante y diez el fez. El de Abdul-Hamid se distingue de los demas por los siete grandes y magníficos paños de cachemira que lo cubren.

Merecen ser visitadas igualmente la mezquita de *Nuri-Osmanièh*, ó sea, la luz de Osman, situada en la segunda colina, con el patio semicircular que la precede, rodeado de un pórtico sostenido por hermosas columnas de

granito, su interior sencillo de planta cuadrada, con una sola cúpula, los minaretes de doble piso, y cerca de ella un gran sarcófago de pórfido rojo, trasportado allí de la calle que iba de Santa Sofía á la puerta de Andrinópolis, sarcófago que pasa por haber sido la tumba de Constantino; y la mezquita de los tulipanes, ó *Laleli*, fundada en 1760 por Mustafá III, en una elevada planicie, desde donde se descubren hermosas vistas sobre el mar, con dos elegantes minaretes de poligonal planta, y el interior, aunque pequeño, enriquecido por hermosas columnas de mármol. Cerca de ella se encuentra el turbé del fundador y de Selim III, muerto en el año VII de nuestro siglo, edificio funerario adornado interiormente con larga inscripcion piadosa y conmemorativa, y con grandes candeleros de plata maciza al pié de cada catafalco.—Otras muchas mezquitas pudieran citarse; pero siendo de ménos importancia que las ya mencionadas, y pareciéndose todas, suprimimos este inútil trabajo, para dar noticia á nuestros lectores de otros edificios, aunque no dedicados al culto musulman, no por eso ménos importantes.

El más notable y que más excita la curiosidad del viajero, es el Serrallo, nombre que sin razon se confunde con el de *harem* (sagrado), ó departamento de las mujeres, pues Serrallo ó Serai, significa simplemente palacio. El Serrallo ocupa el punto más oriental de Stambul, llamado tambien, punta de los Jardines, y por los antiguos *Chrysokèràz*. Allí estuvo la antigua Bizancio y su Acrópolis, y allí, más tarde, el palacio de la emperatriz Placidia, las opulentas moradas de los personajes más poderosos del imperio, y á la parte oriental, en la orilla de la Propóntide, las termas de Arcadio, la iglesia de San Demetrio, la de la Virgen Hodégétria, ó sea, la conductora de los que no ven; y algo más al Sur, el gran Palacio Imperial, que ocupaba una parte de los jardines del Serrallo. Ningun resto queda de los numerosos y magníficos edificios que constituian el conjunto de aquella morada imperial; pero, sin embargo, puede restablecerse en alguna de sus partes con ayuda de los documentos históricos; y ántes de pasar al exámen de los edificios con que los conquistadores sustituyeron el palacio de los emperadores bizantinos, vamos á dar algunas noticias acerca de él, siguiendo á distinguidos escritores y viajeros, principalmente Ducange, Hammer, Labarte é Isambert.

No era el aspecto de aquel renombrado edificio parecido al que ofrecen los de nuestros días. En vano se buscaria en él una fachada suntuosa y regular, pues aquel palacio, edificado primero por Constantino, de quien llevó el nombre, reconstruido en parte por Justiniano, y añadido por espacio de cinco siglos con importantes construcciones por muchos emperadores, estaba muy léjos de formar un conjunto homogéneo, siendo únicamente confusa aglomeracion de edificios con más ó ménos acierto agrupados, y circuidos todos ellos en un vasto recinto por murallas fortificadas, que comprendian vastos jardines, anchurosas plazas, pórticos, salas de recepcion, habitaciones numerosas para el soberano, su familia, los grandes dignatarios del palacio y las guardias, asi como una profusion de edificios religiosos, iglesias, capillas y oratorios, que bien demostraban el creyente espíritu cristiano dominante en aquella época.

Tan vasto recinto, como ya hemos indicado, no ocupaba, sin embargo, toda la gran extension que más tarde abarcó el Serrallo de los sultanes, sino que sólo comprendia la punta del Serrallo propiamente dicha, frente á la corriente del Bósforo. Aquel sitio estuvo ocupado por la antigua Bizancio, situada sobre el golfo del Cuerno de Oro, y sobre el Bósforo, al Norte del paralelo de Santa Sofía. Dion Casio presenta al Bósforo cayendo como un torrente sobre el promontorio, «dilatando una parte de sus ondas á la derecha, donde forma un golfó y puertos (el Cuerno de Oro), y vertiéndolas con gran abundancia en la Propóntide, á lo largo de la ciudad. Constantino no la demolió, pero ensanchó su recinto. Diversos testimonios históricos demuestran que aquella parte de la ciudad contenia los ricos edificios que ya hemos mencionado. El Hipodromo, que segun ya vimos, había comenzado Septimio Severo, estaba fuera del recinto urbano, y Constantino encontró cerca del Hipodromo, sin tomar nada de aquél, los terrenos que juzgó necesarios para la construccion de sus palacios. Estaban éstos comprendidos entre el Hipodromo, Santa Sofía y el mar, es decir, la parte ocupada por la mezquita de Achmed, la Universidad y el barrio turco, que se extiende á lo largo del mar desde Tchatladéh-Kapussi, hasta los jardines actuales del Serrallo. La parte más septentrional que despues tuvo, fué añadida más tarde por el emperador Basilio el Macedónico. El palacio, pues, dominaba, colocado en una altura, el Hipodromo por la

parte oriental, desde donde se prolongaba por el Sudoeste hasta el mar, hacia la actual puerta ya citada de Tchatladéh, volviendo por el Noroeste en ángulo recto á la extremidad rectilínea del circo, para unirse por la iglesia de San Estéban, al palacio del Kathisma. El gineceo de la iglesia de San Estéban en el ángulo Nordeste del circo formaba la tribuna de la emperatriz, y todo el Kathisma constituia un anejo del palacio imperial, en forma de cuerpo avanzado ó saliente hacia el Noroeste, cuya profundidad podia ser evaluada, segun M. Labarte, en cerca de 80 metros. El muro de circunvalacion de este anejo, que él solo formaba un verdadero palacio, dilatábase por el lado del Norte á lo largo de un vasto establecimiento llamado las termas de Zeuxippo, volviendo hacia el Norte á otras edificaciones denominadas Numera, y á otros palacios que formaban todo el lado Sur de una gran plaza, el *Forum Augustèon* que se dilataba entre el palacio y la iglesia de Santa Sofía. Cerca del atrio de ésta y del baptisterio elevábase la estatua colosal ecuestre, en bronce, de Justiniano mirando al Oriente, como amenazando á la Persia, estatua de cuyas extraordinarias dimensiones puede juzgarse por las medidas de algunos de sus fragmentos que alcanzó á ver Gilly. Una pierna sola, segun este escritor, era tan alta como él, la nariz tenia nueve pulgadas, y nueve tambien una herradura del caballo, y el pedestal, segun Bondelmonti, se elevaba á 31 metros de altura. Otra multitud de estatuas y columnas adornaban el Augustéon, vasto y opulento recinto que el emperador atravesaba con gran pompa para ir del palacio á Santa Sofía en las grandes solemnidades, sin perjuicio de tener para el uso diario otros sitios por donde pasar del palacio á la iglesia.

El muro del palacio, extendiéndose por el frente oriental de la basilica, parece no debió pasar del ángulo N. O. de la misma, desde cuyo punto formaba un ángulo hacia el E. y llegaba al mar, y desde allí, volviendo hacia el S. E., costeaba la Propóntide hasta encontrar el muro occidental. Este recinto abrazaba toda la parte meridional de la primera de las siete colinas de Constantinopla, espacio con razon comparado al perímetro del Louvre y de las Tullerías con todos sus jardines.

Los edificios de aquella vasta ciudad imperial estaban casi todos edificados paralelamente entre sí y perpendiculares al eje del Hipodromo, sobresaliendo entre ellos hacia el mar el Palacio Sagrado, ó morada es-

pecial de los emperadores, sirviéndoles ademas para las solemnidades y recepciones. Entre estas grandes salas de recepcion habia algunas, mencionadas especialmente por los historiadores, tales como el Sigma, el Triconque, y la gran sala octógona del Trono, llamada Chrysotriclinium. Por la parte oriental el Palacio Sagrado daba sobre los jardines y sobre el mar, y se enlazaba por medio de galerías con otros palacios, llamados el Justinianeo y el Magnauro, y con Santa Sofía por un paso llamado, la escalera de madera. Al E. del último patio se elevaba el Faro, que tenía otro compañero en la orilla asiática, faros que eran el punto de partida y centro de todo un sistema de semáforos, que se extendian hasta los puntos más distantes del imperio, y que servían principalmente para trasmitir en breves instantes por medio de fuegos combinados de antemano, noticias sobre las incursiones de los bárbaros.

Ademas de tantos edificios, el recinto imperial tenía diseminados otra porcion de ellos, entre los que merecen especial mencion el Tzycanistérion, destinado á ejercicios ecuestres, la nueva iglesia basilica, construida en el siglo IX por Basilio el Macedónico, y ya casi en la orilla del mar el palacio de Bucoléon, verdadera fortaleza ó ciudadela, donde los emperadores quisieron asegurarse un punto fuerte de retirada y de defensa para las sediciones populares y del ejército, tan comunes en aquel imperio. Áquella fortaleza protegia tambien el puerto llamado de Bucoléon, reservado al emperador. Más al S. había otro edificio destinado á muy distinto objeto. Llamábase el palacio de Pórfido, y á él se retiraban las emperatrices cuando iban á ser madres, no saliendo de él hasta que, acompañadas de sus hijos, iban á dar gracias á Dios por el feliz suceso, á la cercana iglesia de Santa Sofía. Del nombre de Pórfido dado á este palacio, tomaron los príncipes bizantinos que en él nacieron, el nombre de Porfirogénetos.

Hacia el O., donde las amplias galerías de Marciano dominaban el Hipodromo, se encontraban los oratorios de San Pedro, de la Madre de Dios y de San Miguel, y subiendo hacia el N. el palacio Pentacubuclon, ó de los cinco cubiculos, casi en el mismo lugar ocupado hoy por la mezquita de Ahmed.

A pesar de tanta magnificencia, aquel antiguo recinto imperial, desde

la segunda mitad del siglo XII, fué abandonado por el palacio de los Blaquernos, reconstruido y aumentado por Manuel Comneno; y áun cuando el primero se conservaba todavía, si bien abandonado, al mediar el siglo XIV, cuando la entrada de Miguel Paleólogo, fueron demoliéndole poco á poco para aprovechar los materiales en los nuevos palacios, no quedando casi nada de aquellas antiguas edificaciones, cuando treinta años ántes de la conquista de Constantinopla por los turcos, la visitó Bondelmonti, sin que ya en el año 50 del siglo XVI Gilly pudiera hallar ni siquiera las más insignificantes ruinas.

Suerte análoga parece espera á las grandes edificaciones imperiales comprendidas en el nombre del Serrallo, cuya situacion ya apuntamos, y cuyo recinto fué mucho mayor que el de los emperadores bizantinos.

Aun cuando el conquistador Mahomet II habitó en un principio el Serrallo viejo *(Eski-Sèrai)*, que estaba donde hoy el Seraskierat ó Ministerio de la Guerra, bien pronto, no pareciéndole bastante digna de su grandeza aquella morada, levantó los edificios del Serrallo actual, trasladándose á ellos tan pronto como estuvieron terminados y destinando el Eski-Serai para residencia de las mujeres que dejasen á su muerte los sultanes. El nuevo Serrallo, llamado tambien, de los Jardines, se ha visto á su vez abandonado en nuestros dias por el sultan Abdul-Medjid, que trasladó su residencia al nuevo palacio de Dolma-Baghtché, desde cuya época el nombre de Eski-Serai ha pasado á ser el del antiguo Serrallo de los Jardines, conociéndose sólo con la denominacion de Seraskierat el que habitó en un principio Mahomet II.

Aquella antigua residencia de los sultanes turcos, tan llena de misterios y de terribles historias, estuvo á punto de desaparecer por completo, devorada por un incendio en el año de 1865, conservándose por ventura las principales salas y otras edificaciones que guardan más recuerdos de aquel ominoso imperio. Veinticinco sultanes pasaron allí su vida turbulenta ó abandonada; allí, á poco de haber conquistado á la codiciada capital, puso su pié triunfante el primero de aquella dinastía muslímica; allí llegó al zenit de su grandeza; allí tambien comenzó á hundirse en su decadente ocaso.

El Serrallo, cuya visita tan poderosamente atrae la atencion del via-

jero, no es, segun ha dicho con gran razon Edmundo de Amicis, un gran monumento artístico como la Alhambra; el patio de los Leones de este palacio árabe, vale más que todos los kioscos y todas las torres del palacio turco. Pero lo que presta gran interes al Serrallo es el ser un monumento histórico, sobre cuyas piedras, abandonadas ó ennegrecidas por el incendio, y en cuyos jardines seculares encuéntrase la crónica más íntima de aquel terrible poderío. «Es á la vez un palacio, una fortaleza y un santuario: allí estaba la cabeza del imperio, el corazon del islamismo; era una ciudad en la ciudad, una ciudadela augusta y magnífica, habitada por un pueblo y guardada por un ejército, que comprendia en sus muros una variedad infinita de edificios, de lugares de delicias, y de lugares de horror. Ciudad, campiña, palacios, arsenales, escuelas, mezquitas, donde se sucedian las fiestas y las matanzas, las ceremonias religiosas y los amores, las solemnidades diplomáticas y las orgías; donde los sultanes nacian, eran elevados al trono, desposeidos, aprisionados, muertos; donde se urdia la trama de todas las conspiraciones y se lanzaba el grito de todas las revueltas; donde afluia el oro y la sangre más pura del imperio; donde se blandia la espada inmensa que brillaba sobre la cabeza de cien pueblos; donde durante cerca de tres siglos la Europa inquieta, el Asia desconfiada y asombrada el Africa, han tenido sus miradas fijas, como en un volcan humeante que amenazaba al mundo.»

»Aquel palacio monstruoso está colocado sobre la colina más oriental de Stambul, que desciende suavemente hacia el mar de Mármara, hacia la embocadura del Bósforo y hacia el Cuerno de Oro... Dos mares y dos estrechos confluyen allí como en su centro; todas las grandes vías militares y mercantiles de la Europa oriental partian de allí; los acueductos de los emperadores bizantinos conducian á él torrentes de agua; las colinas de la Tracia le defienden de los vientos del Norte; el mar le baña por tres lados; tiene por perspectivas á Gálata por el Norte, á Scútari por el lado del Bósforo, y las montañas de la Bitinia le cierran los horizontes del Asia con sus nevadas cimas. Es un cabo solitario, situado al extremo de la gran capital, casi aislado, fuerte y hermoso, que parece hecho por la naturaleza para servir de pedestal á una gran monarquía, y para proteger la vida deliciosa y retirada de un príncipe, casi Dios.»

La colina que comprende el Serrallo está ceñida por una muralla almenada, flanqueada con robustas torres. Por la parte del mar de Mármara y del Cuerno de Oro, aquellos muros son los mismos de la ciudad; por la parte de tierra son los construidos al propósito por Mahomet II, para separar el Serrallo del resto de la poblacion, los cuales se extienden desde Yali-Kieuchk-Kapussi hasta Akheur-Kapussi. Por este muro queda independiente aquella histórica colina, de la en que se eleva la mezquita de Nuri-Osmanieh, formando un ángulo recto cerca de la Sublime Puerta, pasando por delante de Santa Sofía, y describiendo una gran curva de allí adelante, hasta reunirse con los muros de Stambul en la orilla del mar. Pero aquella vasta línea de fortificaciones es solamente la que marca y defiende el recinto exterior de aquella inmensa morada imperial. El Serrallo propiamente dicho, se levanta en lo más alto de la colina, rodeado á la vez por altas murallas, formando un vasto reducto central.

El carácter de aquella imperial residencia, dice con razon Lamartine, «no es ni lo grandioso, ni la comodidad, ni la magnificencia; son tiendas de madera dorada y calada. El carácter de aquellos palacios es el carácter del pueblo turco; la inteligencia y el amor á la naturaleza. El instinto de los parajes hermosos, de los mares brillantes, de las florestas umbrosas, de las fuentes, de los horizontes inmensos limitados por las nevadas cimas de las montañas; es el instinto predominante de aquel pueblo. Hállanse en él los recuerdos de un pueblo pastor y labrador que ama cuanto puede enlazarle con su orígen, y cuyos gustos son sencillos é instintivos. Aquel pueblo ha colocado el palacio de su señor, la capital de su imperial ciudad, en la pendiente de la colina más hermosa que hay en todo su imperio y acaso en todo el mundo. Aquel palacio no tiene ni el lujo interior ni las misteriosas voluptuosidades de un palacio de Europa. Tiene sólo vastos jardines, donde los árboles crecen libres y eternales como en una floresta virgen, donde las aguas murmuran, donde las palomas revolotean; cámaras con numerosas ventanas siempre abiertas; terrazas extendiéndose sobre los jardines y sobre el mar; y enrejados kioscos donde los sultanes sentados detras de sus persianas, pueden gozar á la vez de la soledad y del aspecto encantado del Bósforo.»

Hoy, sin embargo, aquel recinto tan lleno de recuerdos y de temerosas

historias, ha perdido casi todo su carácter desde que Abdul-Medjid le abandonó por su nuevo palacio de Dolma-Baghtché. El camino de hierro pasa á traves de sus muros exteriores; cuarteles y hospitales para soldados extranjeros establecióronse en su recinto; parte de aquellos jardines ha pasado á ser del dominio públicó, y aunque los muros principales se conservan, y aunque restan todavia algunas de las antiguas habitaciones, para estudiarle y comprenderle tal como fué y tal como constituia la nota más caracteristica del pueblo turco, es necesario completar con ayuda de la fantasia lo que á aquel cuadro falta; hay que poblarle de sus soldados, sus genizaros, sus mudos, sus verdugos, sus visires, sus odaliscas, sus sultanes, y las terribles y repetidas tragedias que alli dentro casi diariamente se representaban, como triste, pero elocuente testimonio de la suerte de la humanidad, cuando vive sumida en el miserable personalismo, olvidándose de su espiritu y de Dios.

De magistral manera ha trazado este cuadro el ya citado Edmundo de Amicis; cuadro que al narrar nuestras propias impresiones tenemos á la vista, aunque no por eso le reproduzcamos.

Para visitar el Serrallo, ó mejor dicho, los departamentos que aún quedan en él reservados, hay necesidad de obtener un permiso especial, y con él provistos, se desembarca en Sirkedji-Iskélessi, cerca de Yali-Kieuchk, el último kiosco del Serrallo por la parte del Cuerno de Oro, al lado del cual, y formando con él extraño contraste, se ha levantado una moderna estacion de ferro-carril. Se sigue despues la muralla del Serrallo hasta *Alai-Kieuchk*, que forma el ángulo del muro, segun dijimos, enfrente de Bab-Alí, Sublime Puerta ó Ministerio de Estado, y desde alli continúa su visita el viajero, encontrando al paso, ya un moderno edificio destinado á telégrafo eléctrico, ya una terraza de piedra sostenida por una columnata de tiempos anteriores á la conquista muslimica, ya el hospital militar de Gul-Hané, hasta llegar á la puerta más exterior del recinto, llamada Bab-Humayum ó puerta augusta, que da sobre la pequeña plaza donde se eleva la fuente del sultan Ahmed; gran puerta de mármol blanco y negro, adornada con ricos arabescos, sobre la cual se apoya un alto edificio de ocho ventanas, cubierto con un alero saliente, en cuyas obras se nota aquel estilo imitacion del persa, que siguieron los turcos, en los primeros años

despues de la conquista, ántes de que empezasen á imitar la arquitectura bizantina. Encima de aquella puerta se lee todavía sobre una losa de mármol la inscripcion puesta por Mahomed II: «Que Aláh conserve eternamente la gloria de su poseedor. Que Aláh fortifique sus cimientos.»

Aquella puerta, hoy mirada hasta con indiferencia, guarda sin embargo los más sangrientos recuerdos. Allí era donde casi diariamente aparecian colgadas en repugnantes clavos, dentro de dos nichos que se conservan todavía casi intactos, á derecha é izquierda de la entrada, las cabezas de los dignatarios de la corte que habian sido separadas del tronco durante la noche, más que por castigo de sus crímenes, por intrigas de sus contrarios ó por crueles veleidades del Gran Señor; allí tambien, otras cabezas alcanzaban mayor distincion, pues eran expuestas en fuentes de plata, al lado de las cuales se fijaban la acusacion y la sentencia; y delante de aquella puerta se amontonaban, ántes de arrojarlos al Bósforo, los cadáveres de los que habian sido estrangulados. Fuerte destacamento de *capidgis*, hijos de beys y de pachás, que recordaban las antiguas milicias de la *juventud romana*, guardaba la terrible puerta, en cuyos umbrales todo buen musulman debia murmurar al atravesarlos una plegaria por el Sultan.

Delante de aquella puerta esperaban tambien la órden de entrar en el primer recinto del Serrallo, los guerreros que desde lejanos países llevaban al Sultan los trofeos de sus victorias, las banderas enemigas, las cabezas alcanforadas de los contrarios muertos en la lucha, y sus armas y vestiduras ensangrentadas.

De aquella fatal puerta pasábase, y se pasa todavía, al patio llamado de los Genízaros, que aún subsiste, rodeado de irregulares edificios y sombreado por muchos grupos de árboles, entre los cuales sobresale el enorme plátano llamado de los Genízaros, cuyo tronco no pueden abrazar diez hombres. A la izquierda se encuentra la iglesia de Santa Irene, de que ya hemos hablado, convertida en arsenal, y más léjos aquellos irregulares edificios, que eran, el hospital del Serrallo, la tesorería, las caballerizas, las cocinas, los cuarteles de los capidgi, la Zeca ó casa de moneda, y las habitaciones de los grandes oficiales de la corte. Al lado del gran plátano se ven dos pequeños cipos de piedra, de los cuales se aparta la vista con

horror cuando se recuerda su destino. Eran los marmóreos tajos que servian para las decapitaciones.

Aquel gran patio era como un inmenso vestibulo abierto, siempre lleno con la multitud de parásitos que comian el *pan* y la *sal* del Gran Señor. Los panaderos y cocineros, para dar de comer á tanta gente inútil, contábanse por centenares, y sólo puede comprenderse cómo se sostenia aquel hormiguero humano, en el que se agitaban los altos turbantes de los genizaros; los grandes plumeros de los *solacks;* los plateados cascos de los *peiks*, guardas del sultan, con túnica tejida de oro, sujeta por un cinturon de piedras preciosas; el casquete de lana con largas trenzas de los *zuluf-tubaltadgi*, empleados en el servicio de los oficiales de la cámara imperial; los *kasseki* con su baston emblemático en la mano; los *baltaji* con su hacha; los lacayos del gran visir con su varilla adornada de cadenillas de plata; los *bostanji* ó guardianes de los jardines con sus grandes casquetes rojos; y una multitud inmensa é indescriptible de arqueros, guardas del tesoro, eunucos blancos y eunucos negros, escuderos y *tschausch*, hombres grandes y fuertes, de aspecto altivo, á no recordar que á cada momento atravesaban aquella vasta plaza, mejor que patio, los cobradores de los impuestos, seguidos de esclavos cargados de oro, dirigiéndose á las ferradas puertas de la tesorería, donde, como decia el gran visir de Soliman el Grande, Sokolli, habia riquezas bastantes para construir numerosas escuadras con anclas de plata y velámen y jarcias de seda.

Y sin embargo de tan inmensa multitud, «un órden minucioso y severo arreglaba los actos de todos en aquel desórden aparente. Todos se movian en aquel recinto como los autómatas sobre la mesa que encierra su mecanismo. Al amanecer aparecian los treinta y dos muezzines de la corte, escogidos entre los primeros cantores de Stambul, que anunciaban la aurora desde los minaretes de las mezquitas del Serrallo, y que se encontraban con los astrólogos y los astrónomos que bajaban de los terrados, donde habian pasado la noche estudiando el firmamento, para determinar las horas propicias á las diversas ocupaciones del sultan. Despues, el primer médico del Serrallo entraba para informarse de la salud del Padischa; el ulema institutor iba á dar á su augusto discipulo la enseñanza religiosa acostumbrada; el secretario privado le leia las súplicas recibidas en la

tarde precedente; los profesores de artes y ciencias pasaban al tercer patio para dar sus lecciones á los pajes del Sultan. Cada uno á su hora, todos los personajes empleados en el servicio de la augusta persona, pasaban por allí con objeto de recibir las órdenes para el dia. El *Bostangi-Baschi*, general de los guardias imperiales y gobernador del Serrallo y de las *villas* del Sultan, esparcidas en las orillas del Bósforo y de la Propóntide, iba á informarse de si placia al Gran Señor dar un paseo marítimo, porque á dicho funcionario estaba reservado el honor de llevar en tal caso el timon, y á sus *bostangis* manejar los remos. El montero mayor iba á interrogar los caprichos del Sultan, acompañado del gran alconero, que mandaba en jefe á los alconeros del alcon blanco, á los cazadores con buitre y con gavilan. El intendente general de la Casa iba despues con un batallon de intendentes de todas clases, de las cocinas, de la Zeca, de los abastecimientos, del tesoro; los unos marchaban tras los otros en un órden establecido de antemano, cada uno con sus memorias, con sus palabras preparadas, con servidores distinguidos por especiales trajes. Más tarde, los visires de la *Cúpula*, seguidos de un cortejo de secretarios y de familiares, pasaban para dirigirse al *Divan*; y todos, aunque fuesen á caballo, en carruaje ó en silla de manos, tenian que bajarse al llegar á la segunda puerta, que nadie podia atravesar más que á pié. A todas aquellas gentes podia, segun su cargo, reconocérselas por la forma del turbante, por el corte de las mangas, por la calidad de pieles de sus vestidos, por los ornatos de la silla, por la barba, que algunos llevaban corrida, miéntras otros sólo podian gastar bigote. En aquella multitud no habia ninguna confusion: el *mufti* era blanco, los visires se reconocian por el color verde claro, los dignatarios de palacio que ejercian cargos análogos al de nuestros gentileshombres ó chambelanes franceses, por el escarlata; el azul oscuro distinguia á los seis primeros oficiales legislativos, el jefe de los emires y los jueces de la Meca, de Medina y de Constantinopla; los grandes ulemas llevaban el violado; los cheicks el azul claro; el mismo color, pero muy pálido, designaba á los *tschausch* feudatarios y á los agás de los visires; el verde oscuro pertenecia á los agás del estribo imperial y al que llevaba el estandarte sagrado; los empleados de las caballerizas del Sultan vestian de verde muy bajo; los generales del ejército llevaban botas rojas, los oficiales de la

Puerta amarillas, los ulemas azules; y á la escala de los colores correspondia la escala de los saludos. El bostangi-baschi, jefe de la policia del Serrallo y capitan de un ejército de carceleros y de verdugos, cuyo solo nombre ó el ruido de sus pasos esparcia el terror, atravesaba el patio entre dos filas de cabezas prosternadas hasta la tierra. El jefe de los eunucos, gran mariscal de la corte exterior é interior, aparecia, y al instante los cascos, los turbantes, los penachos se inclinaban como abatidos por cien manos invisibles. El gran limosnero pasaba entre mil saludos obsequiosos. Todos los que estaban cerca del Sultan, el que cuidaba de sus estribos, el primer camarero que guardaba sus sandalias, el Silidar-Agá que limpiaba sus armas, el eunuco blanco que lamía el pavimento con su lengua ántes de extender el tapiz, el paje que vertía el agua para las abluciones del Sultan, el que llevaba su arcabuz en la caza, el que guardaba sus turbantes, el que cuidaba sus adornos de pedrería, el encargado de sus trajes de zorro negro, atravesaban en medio de demostraciones especiales de curiosidad y de respeto. Un murmullo discretamente preparado precedía y seguía el paso del predicador de la corte y del gran maestre del guardaropa, que arrojaba dinero al pueblo en las fiestas imperiales. Muchas miradas de envidia se fijaban sobre el musulman afortunado, que cada diez dias afeitaba la cabeza del Sultan de los sultanes. La multitud se abria con una atencion particular delante del primer cirujano, encargado de la circuncision de los príncipes, ante el primer oculista, que preparaba el colirio para los párpados de las cadinas y de las odaliscas, ante el gran maestre de las flores, muy ocupado con los caprichos de cien hermosuras, que llevaba sobre el caftan su poético diploma, adornado con rosas doradas. El primer cocinero recibia tambien saludos aduladores. Sonrisas ceremoniosas acogian al guardian de los loros y de los ruiseñores, que podian pisar el suelo de los kioscos más reservados. Habia allí millares de personas sometidas á una jerarquía minuciosamente graduada, gobernadas por un ceremonial en cincuenta volúmenes, vestidas con mil pintorescas libreas, y que desfilaban ó circulaban por el vasto patio, renovándose á cada minuto. De vez en cuando pasaba rápidamente un mensajero, y todas las cabezas se inclinaban. Ya era el visir *Karakulak*, encargado de trasmitir las comunicaciones del Sultan al ministro; ya un *capidgi* que

corria al palacio de un pachá sospechoso, para darle la órden de compa-recer inmediatamente ante el *Divan;* ya el *portador de las buenas nuevas*, que iba á anunciar al Padischa la feliz llegada de la gran ca-ravana á la Meca. Otros mensajeros especiales entre el sultan y los altos dignatarios del Estado, tenian cada uno su título, y con los vestidos espe-ciales que los caracterizaban se abrian paso, corriendo y desapareciendo por las dos puertas del patio... Despues cien marmitones, dos veces al dia, salian de las cocinas y llevaban á la sombra de los plátanos, bajo las arcadas y á lo largo de los muros, enormes pirámides de arroz y de car-neros asados; una multitud de guardias y de servidores acudian, y el gran patio ofrecia el alegre espectáculo del banquete de un ejército. Poco des-pues la escena cambiaba y se veia avanzar una embajada extranjera entre dos muros de seda y oro. Allí, como escribia Soliman el Magnífico al Schah de Persia, afluia todo el universo. Los embajadores de Cárlos V se codea-ban con los de Francisco I; los enviados de Hungria, de Servia y de Po-lonia entraban al lado de los representantes de las repúblicas de Génova y de Venecia. El *Pekesdgi-Baschi*, encargado de recibir los regalos, iba delante de las caravanas extranjeras á la puerta de Bab-Humaiun, y se veian avanzar entre mil espectadores, elefantes que llevaban tronos de oro, gacelas gigantescas, jaulas de leones, caballos de Tartaria y caballos del desierto, cubiertos con pieles de tigres y cargados con escudos hechos de orejas de elefante; los enviados de la Persia con vasos de la China; los mensajeros de los sultanes indios con cajas de oro llenas de piedras preciosas; los embajadores de los reyes africanos con tapices de pelo de camellos non natos y con piezas de telas de plata que hacian encorvar las espaldas á diez esclavos; los embajadores de los Estados del Norte, segui-dos de grupos de servidores cargados de pieles y de armas preciosas. Des-pues de las guerras en que se habian obtenido victorias, se llevaban, para que los viese el sultan, á los generales vencidos, cargados de cadenas, y á las princesas prisioneras veladas, con sus comitivas desarmadas y tristes, y multitud de eunucos de todas edades y de todo color, adquiridos como botin de guerra ú ofrecidos en temeroso dón por los príncipes vencidos, miéntras los jefes de los ejércitos vencedores se agrupaban á las puertas de la tesorería imperial, para entregar en ella las hachas y las espadas

adornadas con perlas, producto del saqueo de las ciudades persas; el oro y las alhajas quitadas á los mamelucos de Egipto; las copas de oro enriquecidas con topacios, del tesoro de los caballeros de Ródas; los trozos de las estatuas de Diana y de Apolo, arrebatados á la Grecia y á la Hungria; y las llaves de las ciudades y castillos conquistados, conduciendo otros al segundo patio las adolescentes y las doncellas robadas en la isla de Lesbos. La inmensa cantidad de provisiones de toda especie que se llevaban al Serrallo de los puertos del Africa, de la Caramania, de la Morea, del mar Egeo, pasaban ó se detenian entre aquellos muros, y un ejército de mayordomos y de secretarios estaban ocupados continuamente en registrar, en pagar, en arreglar, en disponer audiencias y en dar sus órdenes. Los inhumanos mercaderes de los bazares de esclavos de Brusa y de Trebisonda hallábanse delante de la segunda puerta esperando su turno de entrada, con los poetas llegados de Bagdad, para recitar al sultan sus composiciones. Los gobernadores en desgracia, que iban para conseguir vencerla, con una copa llena de oro, esperaban al lado de los mensajeros de un pachá, que deseaban ofrecer al Gran Señor una hermosa doncella de trece años, encontrada despues de tres meses de investigaciones en una cabaña de la Anatolia, y en medio de espías procedentes de todas las extremidades del imperio, de familias rendidas por la fatiga, que llegaban de provincias lejanas para pedir justicia, de mujeres y de niños de la plebe de Stambul, admitidos á someter sus querellas al Divan... Veianse tambien dignatarios del Estado que llevaban, sin saber lo que conducian, á un gobernador lejano, como presente del Gran Señor, un chal precioso, que ocultaba entre sus pliegues la sentencia de muerte del mensajero; los rostros radiantes de ambicion de los que habian obtenido una satrapía por medio de la intriga, y los pálidos y aterrados de los que entrevieron en el Divan la sorda amenaza de su desgracia próxima; los portadores de aquellos hatishérifs, inexorables como el destino, que se llevaban á millares á la grupa de un caballo, para sembrar la ruina y la muerte en el palacio de un virey; y los terribles mudos de la corte mandados al subterráneo de las siete torres para estrangular á los ilustres prisioneros. Y con ellos se encontraban los ulemas, los beys, los mollahs, los emires, que iban á las audiencias ó volvian de ellas, con la cabeza baja, las miradas

fijas en la tierra, las manos ocultas en sus grandes mangas; los visires, que llevaban en su bolsillo el Koran, para leer en la temida ocasion la plegaria á los muertos; y el gran visir, déspota espiado por el verdugo, que llevaba su testamento bajo el caftan, preparado siempre á morir. Y todos pasaban con una regular compostura, con lentos pasos, en silencio, ó hablando en voz baja la lengua correcta y de estudiada circunspeccion propia del Serrallo... En todos se leía un pensamiento, en todas las frentes se adivinaba el terror inspirado por un hombre que estaba encima de todo, que era el pensamiento de todos, delante del cual todo se inclinaba, se anulaba todo, todo se temía, creyendo en todas partes ver su imágen y escuchando su nombre en todos los ruidos.»

De aquel primer patio, donde en abreviado conjunto presentábase la miserable vida que arrastraba aquel pueblo degradado, bajo el ostentoso manto de grandeza que le cubria, pasábase al segundo patio por la gran puerta Bab-el-Sélam ó puerta de la Salud, llamada tambien Orta-Kapussi, que se conserva todavía intacta, adornada por columnas y flanqueada por dos robustas torres, puerta que todavía no es lícito traspasar sin haber obtenido para ello un *firman*.

Cuando el Serrallo era imperial residencia, esta entrada tenia dos puertas, la una por la parte exterior, la otra por la interior, de modo que cerradas ambas quedaba entre ellas todo el espacio del grueso del muro, en cuyo oscuro recinto, que comunicaba por un pasadizo secreto con la sala del Divan y con las habitaciones de los verdugos, recibian la muerte cuando ménos lo esperaban los personajes cuyo fin se habia decretado, sin que produjesen la menor emocion entre los soldados de la vecina guardia sus gritos.

El segundo patio, á que conduce esta terrible puerta, nos revela ya que se acercan los sitios reservados á aquellos temidos sultanes que, esclavos de su misma grandeza, se veian llamados á cada instante con frase adulatoria, dueños de los mares y de los mundos.

Aquel vasto patio irregular está rodeado de graciosos edificios y de cúpulas plateadas y doradas, y le prestan sombra grupos de hermosos árboles y gigantescos cipreses. A su alrededor se extiende una bella galería, sostenida por delicadas columnas de mármol blanco, con cubierta de ancho

alero, revestida de plomo. A la izquierda, entrando, está la sala del Divan con su brillante cúpula, iluminada por arriba con pequeñas ventanas de morisco estilo, y revestida de mármoles y arabescos de oro, sin otro moviliario que el divan, en el cual se sentaban los miembros del consejo, á cuyas decisiones y consultas asistia, sin ser visto, el Sultan, desde los tiempos de Soliman el Magnifico, detras de una pequeña ventana con una celosia de madera dorada, que todavia se conserva encima del sitio destinado al gran visir. Cinco veces por semana celebrábase aquel consejo, cuyas decisiones no eran ménos temidas por los mismos individuos que le componian, que por las personas extrañas á él. El gran visir se colocaba en el centro y frente á la puerta de entrada; cerca de él el visir de la Cúpula; el capitan pachá, grande almirante; los dos grandes jueces de la Anatolia y de Rumelia, en representacion de las provincias del Asia y de Europa; á un lado los tesoreros imperiales; á otro los guardasellos ó *nisciandgi*; más léjos, á derecha é izquierda, dos filas de ulemas y otros dignatarios de la corte; y en los ángulos los mensajeros y los verdugos. La más serena calma reinaba en las decisiones de todos aquellos precavidos y recelosos consejeros, pronunciándose las palabras en voz tan baja y con tan poca alteracion en los semblantes y en las actitudes, que los acusados no hubieran podido discernir cuál de aquellas graves figuras las habian pronunciado, y las sentencias de muerte se decretaban y se llevaban á cruel término, sin que un minuto despues de haberse ejecutado pareciese quedar recuerdo alguno de ello, pasando el Divan á otros asuntos con la misma impasibilidad que si se hubiera tratado del negocio más sencillo y corriente.

En el mismo segundo patio se encuentra la sala de las solemnes recepciones, delante de la cual siete grandes columnas de mármol de Mármara sostienen un ancho alero de orillas onduladas, siendo notable la minuciosidad con que está adornado con prolijas labores, pintadas, doradas y esculpidas, aquel precioso pabellon, que sombrea un hermoso grupo de soberbios plátanos. Allí tambien estaban los departamentos destinados á conservar los documentos importantes, ó archivos, el guardaropa de los trajes de ceremonia, los depósitos de tiendas de campaña, la casa del gran eunuco negro, y las cocinas de la corte, y allí tambien la habitacion del

jefe de cocina, que tenia á sus órdenes otros cincuenta secundarios, á los cuales obedecia un verdadero ejército de cocineros y de confiteros.

En el fondo de este segundo patio se abria la tercera gran puerta, adornada tambien con columnas de mármol, y cubierta por un grande y saliente alero, delante de la cual estaban de guardia noche y dia gran número de eunucos blancos y un batallon de *capidgis*, armados de sables y de puñales; la famosa *Bab-Seadet*, ó puerta de la Felicidad, que durante cerca de tres siglos ha estado cerrada para todo cristiano que no se presentase ante ella en nombre de un rey ó un pueblo, y ante la cual tantas veces resonaron los gritos de los sediciosos, que amenazaban hundir por la fuerza lo que en la fuerza estaba sustentado, cuadro de rebelion pintado con vivos colores en las siguientes palabras de Edmundo Amicis: «En el corazon de la noche, hordas armadas de genízaros y *sipahis*, con antorchas en la mano, rompian á hachazos las puertas del primero y del segundo patio, y se precipitaban ante la última, elevando con la punta de sus aceros las peticiones con que pedian las cabezas de los visires, y sus gritos de muerte resonaban más allá de los muros inviolables, en el retiro sagrado de sus soberanos, donde todo era confusion y espanto. En vano desde lo alto de los muros se les arrojaban sacos de monedas de oro y de plata; en vano los muftis, los cheiks, los ulemas, los grandes de la corte, arengaban, rogaban, querian con la dulzura desarmar los brazos rígidos por la cólera; en vano las sultanas-validés, mudas de espanto, mostraban tras las enrejadas ventanas á sus pobres é inocentes hijos. El monstruo de las mil cabezas, desatado y ciego, queria víctimas vivientes, carnes que desgarrar, sangre que verter, cabezas que clavar en la punta de las picas. Los sultanes, apoyándose en las almenas, se atrevian á llegar hasta las barricadas de la puerta, en medio de eunucos y pajes temblorosos armados de inútiles puñales; allí disputaban las cabezas una á una, prometian, lloraban, pedian gracia en nombre de su madre, de sus hijos, del Profeta, de la gloria del imperio, de la paz del mundo. Una explosion de amenazas y de insultos, un movimiento vertiginoso de antorchas y de cimitarras respondian á sus gritos impotentes; y entónces, por la puerta de la Felicidad, salian uno á uno temblando, para caer en medio de bestias feroces sedientas de sangre, los tesoreros, los visires, los eunucos, los

favoritos, los generales, y uno despues de otro eran destrozados por cien aceradas hojas, y pisoteados por cien piés. Asi Murat III entregó á Méhémet, su alconero favorito, que fué hecho pedazos delante de sus ojos; asi Mahomet III entregó al agá Othman y al jefe de los eunucos blancos, Ghaznefer, obligándole á saludar á la soldadesca delante de aquellos dos cadáveres ensangrentados; asi Murat IV les dió gimiendo á su gran visir Hafiz, cuyo pecho destrozaron á la vez diez y siete puñales; asi Selim III les arrojó todas las cabezas de su Divan; y miéntras los Padischa volvian á su retiro profiriendo imprecaciones, locos de dolor y de vergüenza, las mil antorchas de los rebeldes recorrian las calles de Stambul, iluminando los restos de los cadáveres arrastrados en triunfo, en medio de la ébria multitud.»

Imposible parece que despues de presenciar tales escenas, hubiese tanta ambicion por obtener el alto rango de Padischa, no siendo bastante compensacion para tantas humillaciones y vergüenza tanta, ni el gran poder de que el mundo les consideraba revestidos, ni el encantador conjunto del secreto retiro donde, como en un verdadero paraiso de Mahoma, apuraban la copa del placer y de la sensualidad aquellos sultanes, que se llamaban con loco orgullo, hermanos del sol.

Difícil, si no imposible, es describir aquel retiro con sus inmensos plátanos y cipreses, su intrincado laberinto de jardines, sus pequeños patios rodeados de pórticos, sus floridas calles formadas con kioscos y pabellones chinos, sus lagos rodeados de mirtos, sus pequeñas y blancas mezquitas, sus aleros incrustados y pintados, sus galerias, sus balaustradas, sus deliciosas vistas sobre el mar de Mármara, sobre el Bósforo y sobre Stambul; grupo de edificios que justifica las palabras ya citadas de Lamartine, pues era un campamento de piedra oculto entre bosques de verdura, que recordaba los de las errantes tribus tártaras, y que respiraba á la vez la tristeza de una prision, la austeridad de un templo, el encanto de la naturaleza.

El primer pabellon que se conserva por ventura en aquel abreviado mundo oriental, es el de la sala del trono, donde el Sultan recibia á los embajadores. El pequeño edificio en que se encuentra es de planta rectangular, y está rodeado por un hermoso pórtico de mármol, entrándose en ella por

bien labrada puerta, que tiene á cada uno de sus lados una fuente. La bóveda que cubre la sala está adornada con dorados arabescos, y las paredes revestidas de mármoles y azulejos formando combinaciones simétricas: en el centro hay otra fuente de mármol, y la luz entra por altas ventanas de vidrios de colores, encontrándose en el fondo el trono en forma de gran lecho, cubierto por un dosel franjeado con perlas, que se apoya sobre cuatro esbeltas y ligeras columnas de bronce dorado, adornadas con arabescos y piedras preciosas, rematando en cuatro bolas de oro con otras tantas medias lunas, de las que penden colas de caballo, emblema del poder militar de los sultanes. Es digna de especial mencion una notable chimenea que en esta sala se encuentra, con una preciosa cúpula de bronce, dorada y esmaltada, de estilo árabe damasquino, y una ventana con celosia, por donde los sultanes oian á los embajadores en los dias que no eran de gran recepcion. Ningun otro ornato se ve en esta sala, ni á la verdad lo necesita, inspirando aquella severidad oriental involuntario sentimiento de respeto. Pero bien pronto la memoria evoca memorias tristes, y aquel recinto se convierte en nuevo lugar de horror y de sangrientos recuerdos, más terribles á medida que se penetra en el interior del Serrallo. En aquella sala se han arrojado en vano á los piés de los recelosos Padischas sus hermanos y sus sobrinos pidiendo gracia, porque la incalificable politica musulmana encontraba como medio infalible de evitar las sediciones, el de tener encarcelados, ó con harta frecuencia matar, á aquellos infelices que no tenian más delito que su cercano parentesco con el Sultan. Sobre aquel pavimento marmóreo lanzaron su último suspiro los diez y nueve hermanos de Mahomet III, estrangulados por el terrible cordon de los mudos, y las numerosas victimas de sanguinarios sultanes, tales como Selim II, Murat IV, Ahmed I, é Ibrahim, espectadores impasibles y triunfantes de la desesperada agonia de sus victimas. Cuando tales recuerdos acuden á la imaginacion del viajero, la sala del trono se convierte en antro espantoso de fieras humanas.

Por fortuna al abandonarle con sus pasadas historias de horror, se atraviesa por un apacible jardin, lleno de olorosas flores y de patios rodeados de columnatas ojivales, tras de las cuales se hallaban las habitaciones de los *itchoglans* ó pajes, que allí hacian vida de colegio, prepa-

rándose con educacion adecuada para ocupar algun dia los altos cargos del imperio y de la corte, viviendo entre tanto en habitaciones suntuosas. Entre aquellos edificios se encuentra un grupo de varios kioscos sarracenos, uno de los cuales está ocupado por la biblioteca, á la que se sube por una graderia de mármol delicadamente esculpido. La puerta de bronce de aquel depósito científico y literario ostenta gran riqueza de ornamentacion, variada con relieves de jaspe y lapis-lázuli, y cubierta con un prodigioso cincelado de arabescos, formando combinaciones de estrellas, hojas y figuras de varias formas, tan bien entrelazadas que causa verdadera admiracion al que las contempla. En el interior, dividido en tres naves, la de en medio mucho mayor, sostenidas por columnas de jaspe con capiteles que recuerdan los de estalácticas granadinos, se conserva una rica coleccion de manuscritos árabes, colocados en artísticas estanterías de cedro, y un gran rolló de pergamino, en el que está ingeniosamente trazado una especie de árbol genealógico imperial, que lleva en ovales medallones los retratos de todos los sultanes, trabajo amanerado en que creimos encontrar la influencia persa. El número de los manuscritos que allí se conservan, segun me informaron los mismos empleados de la corte del sultan, que en union de nuestro embajador en Constantinopla tuvieron la bondad de acompañarme cuando visité aquella biblioteca, cuyo edificio y organizacion se debe á Achmet III, llega á cinco mil, así de Religion, como de Historia, Medicina, Astronomía y Poesías; tesoro inapreciable que permanece en el mismo estéril aislamiento, aunque no abandono, que todo lo que resta del antiguo Serrallo, y que convenientemente estudiado por doctos europeos, podía ser de gran utilidad para las ciencias y las letras.

La noticia de los antiguos documentos que allí existen ha sido durante mucho tiempo, y creemos lo sea todavía, un problema para los sabios de Europa. El presbítero Sevin, enviado por Francia en 1728 con una mision científica, para buscar y recoger manuscritos griegos, asegura que la antigua librería del Serrallo quedó consumida por las llamas en tiempo de Murat III. Sin embargo, el presbítero Toderini hizo el catálogo de aquellos manuscritos con la ayuda, segun el mismo, de un jóven servidor del palacio de los sultanes, catálogo que no es conocido.

El viajero De la Valle, que visitó á Constantinopla en el siglo decimo-

sétimo, manifiesta, que en su sentir los libros de Tito Livio, de los cuales no hay más que cuatro impresos, existen completos en la libreria del Serrallo. El Gran Duque de Toscana ofreció un premio de 5.000 pesos fuertes á cualquiera que quisiera venderle aquellos libros, y un encargado de Venecia cerca de la Puerta Otomana, ofreció tambien por ellos la cantidad de 10.000 pesos. Ni uno ni otro consiguieron su intento. Créese generalmente que habia, y que aún hay en aquella biblioteca, entre otros, ciento veinte manuscritos griegos, y algunos comentarios de la Sagrada Escritura; y si hemos de asentir á todo lo que se refiere acerca de tan importante depósito científico y literario, debe contener un gran número de obras griegas y latinas.

Los sabios que el Pontífice Nicolás mandó, en 1453, á Constantinopla y Grecia para buscar manuscritos eclesiásticos, y á los cuales habia prometido una remuneracion de 5.000 ducados por el original hebreo del Evangelio de San Mateo, afirmaron al Papa que, desde la toma de Constantinopla, aquel volúmen original estaba, sin ningun género de duda, en la biblioteca del Serrallo.

Constantino Laskaris, en su obra sobre los historiadores griegos y sicilianos, refiere que habia visto en la libreria de los emperadores, cerca de los dias en que el imperio bizantino debia desaparecer para siempre, todos los libros de Diodoro de Sicilia. Sabido es que se asegura escribió éste, en sesenta tomos, una historia universal, de la cual los cinco primeros y los del undécimo hasta el vigésimo existen todavía; pero los otros, desde el sexto hasta el décimo, y desde el vigésimo hasta el cuadragésimo, son desconocidos, como otros muchísimos de la antigüedad. Todo esto justifica nuestro deseo de que alguna de las naciones cultas de Europa procurase obtener del Sultan el permiso para que una comision de hombres competentes pasara á estudiar aquella biblioteca, y se les dejase al ménos publicar su catálogo, para que fuesen siquiera conocidas las importantísimas fuentes de los conocimientos humanos que allí pueden encontrarse ignoradas [1].

(1) Los emperadores bizantinos, imitando el celo que habían desplegado los Ptolomeos y Césares en la fundacion de bibliotecas, las establecieron tambien muy notables en Constantinopla. Constantino el Grande fué el primero que coleccionó un gran número de libros, coleccion que Julian el Apóstata aumentó de tal modo, que su número llegaba á 120.000 volúmenes. Valentiniano destinó al servicio de esta biblioteca siete hombres de letras, cuatro

El pabellon destinado á guardajoyas, mejor que á tesorería, encuéntrase á la izquierda, al salir de la biblioteca, revestido exteriormente de azulejos. En él fueron depositando, desde Mahomet II, todos sus trajes, armas y joyas los sultanes, costumbre que hacía más de cuarenta y seis años, segun nos informaron, se habia perdido. A pesar de que con los apuros del Erario una gran parte de los tesoros allí amontonados pasaron á las cajas de la Hacienda pública, sin embargo todavía quedan admirables colecciones de armas de fuego y blancas, sobre todo de los sultanes Selim III y Mahamud II, adornadas con turquesas, perlas, diamantes y otras piedras preciosas, con tal profusion, que hay algunas pistolas de gran tamaño en cuya coz se cuentan hasta 200 diamantes; puñales cuya empuñadura vale casi el producto de los impuestos de una provincia del Asia durante un año; copas labradas de una sola turquesa; y en escudillas de oro y de plata, los diamantes, las perlas, las esmeraldas amontonadas, como riquísima y brillante arena. Entre aquella profusion de indescriptibles riquezas, sobresale un trono persa, que se nos dijo habia sido tomado al schah Nadir por Ahmed IV, trono que es un asiento en forma de silla de tijera, pero cuyos frentes y cuyos almohadones están materialmente cuajados, formando vistosas labores con perlas y piedras preciosas. Tambien se conserva en aquel mismo curioso depósito el asiento ó trono, incrustado de nácar y pedrería, donde Ahmed III se sentaba para recitar sus plegarias en los dias del Ramadan; un tintero de oro enriquecido con diamantes, que perteneció á Mahamud II, el cual se preciaba de ser un gran calígrafo; una curiosa mesa llamada de los sacrificios, para la fiesta de los Carneros; admirables armas persas, principalmente arcos y flechas de gran mérito; sillas de

griegos y tres latinos, encargados de reunir los fragmentos de las obras que no estuviesen completas, de copiar lo que se hallase deteriorado, y de arreglar y escribir los catálogos en órden conveniente.

Teodosio el Jóven contribuyó despues á aumentarla; pero, reinando Basilisco, un terrible incendio la destruyó, con el Basilicon ó palacio del Senado á que estaba unida. Dícese que, entre los notables documentos de aquella biblioteca consumidos por las llamas, había una magnífica piel de dragon de 120 piés de largo, en que estaban escritos los poemas de Homero y la historia de los héroes griegos. El emperador Zenon la reconstruyó, siendo eparca de la ciudad Julian, y colocó su propia estatua encima de la puerta. La nueva biblioteca de Zenon, que llegó á contar en tiempo de Leon el Isauriano 36.000 volúmenes, fué quemada en tiempo de éste.

Los emperadores que despues de él ocuparon el trono, tuvieron en su palacio biblioteca imperial, donde recogieron cuanto pudieron reunir de antiguas obras; y aunque en el asalto y saqueo de Constantinopla por Mahomet II, dicen que los libros se vendían á carros y á bajísimo precio, es más que probable no sucediera lo mismo con los que había en la biblioteca de palacio.

El general Sebastiani, embajador de Francia en Constantinopla en 1807, aprovechando el favor que le dispensaba el sultan, hizo grandes esfuerzos para que se pudiese estudiar la biblioteca del Serrallo, pero no tuvieron resultados de importancia sus gestiones.

montar y muebles preciosos; una curiosa y notable coleccion de relojes, cubiertos tambien de pedreria, regalos de los reyes de Francia, España y Rusia; un tocador de lapis-lázuli incrustado de diamantes, que se nos dijo habia pertenecido á Catalina II; los penachos *(tugh)* de los sultanes con las rosetas en que se sujetaban, hechas con diamantes de gran tamaño; sellos de los mismos; y una curiosa y completa coleccion de monedas bizantinas y de todos los emperadores turcos, desde Mahomet II hasta nuestros dias.

No léjos de este pabellon, que da aproximada idea del antiguo fausto y opulencia de la corte turca, encuéntrase otro en el centro de un jardin solitario, pabellon completamente cerrado por gruesos muros sin ventanas, cuyo interior se iluminaba únicamente por arriba, y al que daba paso una pequeña y baja puerta de hierro, que ademas de sus cerraduras y cerrojos, se aseguraba tambien por la parte exterior con una gran piedra; edificio pobre, sombrio y triste, que bien revela su destino. Aquella era la famosa *kafess* ó jaula, llamada con inicua burla *jaula de los pájaros*, donde, desde tiempo de Mahomed IV se encerraba á los principes de la sangre que podian causar la más pequeña inquietud al sultan; y en aquella especie de sepulcro permanecian enterrados en vida, hasta que una revolucion de los genizaros les hacia trocar tan espantosa soledad por los esplendores del trono, ó la suspicacia del soberano les enviaba los terribles mudos para que acabasen con su vida.

Otra porcion de edificios encontrábanse y subsisten todavía, pabellones ó kioscos otógonos ó redondos, cubiertos con cúpulas ó con techos de formas varias, con encantadoras salas revestidas de nácar y adornos con inscripciones árabes; con ventanas de vidrios de colores, delante de las cuales pendian doradas jaulas de ruiseñores y papagayos; con misteriosos alhamies y muelles divanes, convidando al descanso y á la voluptuosidad; kioscos, en uno de los cuales tuvimos la fortuna de que nos fuera servido el kebab ó comida á que me refiero en la página 284, siendo, segun se nos dijo, los primeros *infieles* que habiamos logrado tanta ventura, y aquel kiosco uno de los preferidos por los sultanes, cuando vivian en el Serrallo viejo, para retirarse á escuchar la lectura de *Las mil y una noches*, hecha por barbudos labios de viejos derviches, ó mejor por los frescos

y delicados de encantadoras cadinas; lecturas que en el primer caso solian dar fácil sueño al Gran Señor, ó desvelarle más de lo necesario en el segundo, con la dulce melodia y la incitante belleza de la lectora.

Habia ademas pequeños kioscos para las meditaciones, para los conciliábulos nocturnos, para la realizacion de cualquier capricho, los cuales solian desaparecer tan pronto como se habia visto realizado; y en la parte más secreta del harem estaba la *cámara de las nobles vestiduras*, cerrada con plateada puerta, donde se conservaba el manto del Profeta, descubierto con gran solemnidad sólo una vez al año; su baston; su arco encerrado en una funda de plata; las reliquias de la Caaba; y el venerable y temible estandarte de Mahoma, conservado entre cuarenta cubiertas de seda, legendario pendon, cuya vista, segun la creencia musulmana, deja ciegos á los infieles que osan mirarlo.

En un ángulo de este tercer recinto, sombreado por más espesos árboles, arrullado con más intensas armonias de pájaros y fuentes, se elevaba el harem, compuesto de numerosos y pequeños edificios de mármol con elegantes cúpulas ó caprichosas cubiertas resguardadas con plomo, sombreadas por naranjos y cedros; separado de los demas jardines por muros revestidos de enredaderas y de hiedra; con calles empedradas de conchas á manera de mosaico; con caprichosos y exuberantes jardines; con un ambiente de calma y de delicia, y al mismo tiempo de religioso retiro, que no sin razon inspiró á un escritor italiano la notable frase de que, el harem era un vasto monasterio que tenia por religion el placer y por Dios al Sultan. En aquel retiro estaban los verdaderos departamentos imperiales. Allí vivian las cuatro cadinas ó amantes privilegiadas del Señor, cada una de las cuales tenia su kiosco especial, su pequeña corte, su servidumbre, sus ricos caiques forrados de seda, sus carrozas, sus esclavas y su asignacion *para pantuflas*, equivalente á la que nosotros llamamos *para alfileres*, asignacion á la cual se destinaba la renta de una provincia; y allí tambien habitaba la Sultana con su cortejo innumerable de *ustás*, divididas en grupos de veinte ó treinta, cada uno encargado de un servicio especial, y su corte, sólo comparable á la del mismo Padischa. En el harem tambien vivia toda la familia femenina de éste, tanto hermanas como sobrinas; las *ghediclù* ó doce hermosas esclavas, de las cuales cada

una tenia un titulo y un cargo especial, para el inmediato servicio del emperador; las cien *sciaghird*, especie de novicias que se preparaban para ir ocupando las vacantes que dejasen las anteriores, y una multitud de esclavas de todos los paises, de colores diversos, de distintos trajes, escogidas entre millares de mujeres, que llenaban aquel enorme gineceo como objeto de lujo, sin ser ni siquiera conocidas en su mayor parte por el Gran Señor.

Resucitemos por un momento aquella vida de delicias, de perfumes, de luz, de riqueza, de esplendor, de envidia, de celos, de odio, de tristeza, de embriaguez, de delirio, de calma, de abandono, de voluptuosidad, pero no de ternura ni de amor, y al hacerlo séanos lícito reproducir las acertadas palabras con que traza el ya citado escritor tan complicado cuadro: «El cielo está sereno, el aire lleno de efluvios primaverales, los jardines todos en flor. Por el laberinto de senderos todavía húmedos con el rocío vagan perezosamente negros eunucos con doradas túnicas, y pasan esclavas vestidas con telas rayadas de colores vivos, que llevan vasos y bandejas cubiertas con velos verdes entre los kioscos y las cocinas. Las *ustà* de la *Validè* se encuentran bajo los pequeños pórticos moriscos con las *ghediclù* del Sultan, que pasan altaneramente seguidas de las esclavas novicias, con la ropa blanca del Gran Señor. Todas las miradas se vuelven hacia un punto determinado. Han visto salir por una puerta y desaparecer por una escalera á la más jóven de las doce *ghediclù* privilegiadas, que sirve de copera ó escanciadora del Sultan, una jóven siria, bendita por Alá, que agradó al Gran Señor, el cual la ha concedido el título de *hija de la felicidad*, y á quien dará el manto de piel de zibelina, tan pronto como le anuncie que va á ser madre. Allá abajo, á la sombra de los plátanos, juegan los bufones del Sultan, vestidos con trajes carnavalescos, y deformes enanos tocados con turbantes inmensos. Más léjos, detras de un vallado ó seto, un eunuco gigantesco con signo imperceptible de cabeza y de dedos, ordena á cinco mudos, ejecutores de los suplicios, ir al encuentro del *Kislar-Agà*, que los busca para un asunto secreto. Dos jóvenes de belleza ambigua, engalanadas con un esmero femenino, se persiguen corriendo entre los cuadros de un jardin, sombreado por un enorme plátano. En otro lado, un grupo de esclavas se detiene de improviso y se abre

en dos alas, inclinándose para dejar paso á la *Kiaya*, gran gobernadora del harem, que las saluda con un ligero movimiento de su pequeño baston, adornado con hojas de plata, y que lleva en uno de sus extremos el sello imperial. Al mismo tiempo la puerta de un kiosco cercano se abre y sale una cadina con traje azul, envuelta en espeso velo blanco, y seguida de sus esclavas, que va con permiso de la gobernadora á jugar una partida de pelota con otra cadina, y que al volver una calle cubierta de sombra encuentra y saluda á una hermana del Sultan, que va al baño con sus hijas y servidoras. En el fondo de aquella pequeña calle ó avenida, delante del kiosco de otra cadina, debajo de una graciosa cubierta sostenida por cuatro columnillas altas y delgadas como troncos de palmeras, un eunuco espera la señal para que pase una judía, mercadera de joyas, que despues de mucho pretenderlo ha obtenido el derecho de entrar en el harem imperial, donde con sus alhajas llevará mensajes de pachás ambiciosos ó de amantes temerarios. Al extremo opuesto del harem, la *hanum*, encargada de visitar á las nuevas esclavas, va á buscar á la gobernadora, para decirle, que la jóven abisinia presentada la víspera, es digna de ser recibida entre las *gheduclú*, no teniendo en cuenta una ligera excrecencia que tiene en el hombro derecho. Miéntras tanto, en una pradera rodeada de mirtos, bajo un alto emparrado, se reunen las veinte nodrizas de los príncipes nacidos en aquel año, y un grupo de esclavas tocan la flauta y la guitarra en medio de un círculo de niñas vestidas de terciopelo azul y de raso carmesí, á las que la sultana Validé arroja bombones desde una terraza. Ved á las maestras que van á dar sus lecciones de baile, de música y de bordado á las *sciaghird*; ved á los eunucos que llevan grandes platos llenos de confites en forma de leoncillos y de papagayos; esclavas que conducen penosamente grandes vasos de flores y pesados tapices, regalos de una sultana á una cadina, de una cadina á la Validé, de ésta á sus sobrinas. La tesorera del harem, acompañada de tres esclavas, llega con la impaciencia de dar una buena noticia, reflejándose la alegría en su semblante. Los buques imperiales enviados contra las galeras venecianas y genovesas, las han encontrado á veinte millas del puerto de Syra, y han cogido todas las sederías y todos los terciopelos del cargamento para el harem del Padischá. Un eunuco llega corriendo

para anunciar á una sultana impaciente que la circuncision de su hijo ha resultado á maravilla, y un instante despues otros dos eunucos le siguen, el uno llevando á la madre en un plato de plata la parte cortada por el operador, el otro llevando á la Validé en un plato de oro la cuchilla ensangrentada. Las puertas se abren y se cierran sin cesar, las cortinas se levantan y caen para dejar paso á las noticias, á los mensajes, á los regalos de las madrinas. Quien pudiera mirar desde lo alto á traves de los techos y de las cúpulas, veria en una sala sentada tras un ajimez á una sultana mirando melancólicamente entre las colgaduras de raso las montañas azules del Asia, pensando tal vez en su esposo, hermoso pachá, gobernador de una provincia lejana, arrancado á sus brazos, segun costumbre; despues de seis meses de amor, porque no habia dado señales de hacerle padre; en otra pequeña cámara revestida de mármoles y de espejos, una cadina de quince años, que espera en aquel dia la visita del Padischá y juega como una niña con las esclavas que la perfuman y la adornan con flores, alabando sus más secretos encantos con alegria y admiracion serviles; sultanas jóvenes que se persiguen en los jardines corriendo al rededor de fuentes que brillan con peces dorados, haciendo crujir las conchas de los senderos bajo las babuchas de raso blanco; otras pálidas, sentadas en el fondo de oscuros gabinetes, meditando venganzas; salas cubiertas de brocado, donde niños condenados á muerte por haber nacido, juegan sobre cojines de raso con rayas de oro y bajo las mesas de nácar; hermosas princesas desnudas en baños de mármol de Paros; las *gheduclú* dormitando sobre tapices; grupos que van y vienen por las galerias cubiertas, por las escaleras secretas, por los vestibulos, por los oscuros corredores; y por todas partes curiosos rostros detras de las celosias, saludos silenciosos cambiados entre las terrazas y los jardines, señales fugitivas tras de los pabellones, diálogos en monosilabos de suspiro á suspiro, cortados de tiempo en tiempo por explosiones de risas sonoras y comprimidas, seguidas de rápido crujir de vestidos que se alejan á lo largo de los muros del cercado.»

«Pero no eran solamente intrigas amorosas y conversaciones pueriles las que se cruzaban en aquel laberinto de jardines y de templetes. La politica entraba alli por las hendiduras de todas las puertas y por los huecos

de todas las celosías, y el poder de los hermosos ojos en los negocios del Estado, no era menor que en los palacios de Occidente, aumentando la vida recluida y monótona la intensidad de los celos y de las ambiciones. Aquellas pequeñas cabezas cargadas de joyas, agitaban desde el fondo de sus prisiones perfumadas, la corte, los divanes, el Serrallo entero. Por medio de los eunucos se comunicaban con el mufti, con los visires y con los agás de los genízaros. Por los administradores de sus bienes, con los cuales podían conferenciar á traves de un pabellon ó de una celosía, acerca de sus intereses particulares, estaban al corriente de todos los pequeños acontecimientos del palacio y de la capital: así sabian de qué peligros estaban amenazadas, aprendian á conocer los hombres de Estado que debian temer, ó de quiénes podian esperar, y urdian pacientemente las conspiraciones misteriosas que precipitaban á sus enemigos ó elevaban á los que protegian. Todos los partidos de la corte y del imperio tenian allí una raiz, cien raices, ramificadas en los corazones de las Validés, de las hermanas del Sultan, de las cadinas, de las odaliscas. Allí habia querellas y debates infinitos por la educacion de los hijos, por el casamiento de las hijas, por las dotes, por la asistencia á las fiestas, por la sucesion de los príncipes en el trono, por la paz y por la guerra. Los caprichos de las hermosas enviaban ejércitos de treinta mil genízaros y de cuarenta mil sipahis á cubrir de cadáveres las orillas del Danubio, y flotas de cien navíos á ensangrentar el mar Negro y el Archipiélago. Los príncipes de Europa recurrian á ellas con cartas secretas para asegurar el éxito de sus negociaciones. De sus pequeñas y blancas manos salian los decretos, que daban el gobierno de las provincias y los altos grados del ejército. Allí las caricias de Roxelana echaron el lazo al cuello de los grandes visires Ahmed é Ibrahim. Allí los besos de Saffia, la hermosa veneciana, *perla y concha del califato*, mantuvieron durante muchos años las amistosas relaciones entre la Puerta y la República de Venecia. Allí las siete cadinas de Murat III gobernaron el imperio durante los veinte últimos años del siglo XVI. Allí la hermosa Makpeiker, *belleza de luna*, la cadina de los 2.700 chales, reinó sobre dos mares y sobre dos mundos, desde Ahmed I á Mahomet IV. Allí Rebia Gulnuz, la odalisca de las cien carrozas de plata, dispuso de los divanes imperiales en los diez primeros años de la segunda mitad del siglo XVII. Allí Sekerbuli, *el*

*terron de azúcar*, hacia viajar á su capricho como á un autómata, entre Stambul y Andrinópolis, al sanguinario Ibrahim.»

«¡Qué confusion de manejos, qué enredos de terribles espionajes y de pueriles habladurias debia haber en aquella pequeña y voluptuosa ciudad de omnímodo poderío! Pasando por aquellas calles me parece oir un murmullo acelerado de voces femeninas, que divulgan por sus cuestiones y sus respuestas toda la crónica intima del Serrallo. Y aquella debia ser una crónica extrañamente varia y embrollada. Se trataba de saber cuál seria la cadina que en aquel verano llevaria el Sultan á su kiosco de las Aguas Dulces de Asia, ó bien del dote que se daria á la tercera hija del Padischá, que debia casarse con el Gran Almirante; si era verdad que las hierbas dadas por el mágico Sciugaa habian hecho concebir á la tercera cadina, estéril hacia cinco años; si seria cierto que la favorita Giamfeda habia obtenido para el gobernador de la Anatolia, el gobierno de la provincia de Caramania. De kiosco en kiosco, corria la noticia de que á la primera cadina, que acababa de dar á luz felizmente, habia prometido el Gran Visir una cuna de plata maciza, incrustada con esmeraldas, oscureciendo de este modo á su predecesor; que el Sultan no elegiria á la esclava ofrecida por el pachá de Andrinópolis, sino la que le habia presentado la Kiaya-harem; que hallándose próximo á morir el gran eunuco blanco, el jóven paje Méhémet adquiriria, áun á costa del indispensable sacrificio, aquel cargo que hacia mucho tiempo ambicionaba. Deciase, pero en tono muy bajo, que no se abriria el gran canal del Asia Menor propuesto por el Gran Visir Linau, por no separar de su trabajo á los obreros que estaban ocupados en levantar un nuevo kiosco para la sultana Baffo; que la cadina Saharai, de edad ya de 35 años, llevaba dos dias y dos noches llorando, al pensar que podia ser relegada al Serrallo viejo; y que el bufon Ahmed habia hecho reir al Sultan de tan buena gana, que éste, para recompensarle, acababa de nombrarle agá de los genizaros. Y despues se hacian mil cálculos sobre las fiestas próximas con motivo del casamiento de Othman-Pachá con la sultana Ummetulla (un dragon de bronce debia arrojar fuego en el Atmeidan); sobre el nuevo vestido de la sultana Validé, todo de cibelinas, y en el cual cada uno de sus botones era una piedra preciosa que valia cien escudos de oro; acerca del nuevo obsequio del im-

puesto de la Valaquia, hecho á la cadina Kamarijé *(luna de belleza)*; sobre el pequeño lunar, color de rosa, descubierto en el cuello de la *sciamascirusta*, guardadora de la ropa blanca del Sultan; acerca de la hermosa cabellera rubia del embajador de la República de Venecia; y sobre la maravillosa carta que la primera mujer del Schah de Persia habia escrito por su propia mano respondiendo á la sultana Currem, *la gozosa*. Todos los rumores llegados de la ciudad, todos los incidentes notables de las discusiones del Divan, todos los rumores oidos durante la noche en el Serrallo, eran comentados y objeto de mil conjeturas en todos aquellos jardines, en cien grupos de pequeñas cabezas desconfiadas y curiosas. Allí tambien pasaban de boca en boca los madrigales anónimos de los Padischás, los versos de Abdul-Baki, *el inmortal*, y las brillantes poesías de Abû-Sud, «cada una de cuyas palabras era un diamante,» y los cantos saturados de opio y de vino de Fuzuli, y las canciones lascivas de Gazali. Pero todo cambiaba con los cambios de costumbres y de caractéres de los Padischás. Tan pronto pasaba á traves de aquel pequeño mundo una corriente de ternura y de melancolía, revelándose entónces en todas las frentes cierta graciosa dignidad, aminorándose la pasion del lujo, corrigiéndose las maneras, purificándose el idioma, naciendo el gusto por las lecturas piadosas, demostrando recogimiento y devocion, y las fiestas mismas, sin ser ménos espléndidas, tomando el carácter de ceremonias alegres, pero graves; tan pronto, por el contrario, subia al trono un Padischá educado desde la infancia en el vicio y en la locura, y entónces la diosa voluptuosidad reconquistaba su imperio; los velos caian; volvian á escucharse palabras atrevidas y explosiones de risas provocativas; veíanse de nuevo desnudeces sin pudor; los mercaderes de hermosas esclavas partian para la Georgia y para la Circasia; afluian mujeres de todas partes; cien odaliscas podian vanagloriarse con los abrazos del Gran Señor; los kioscos se poblaban de cunas; las cajas del tesoro imperial derramaban torrentes de oro; los vinos de Chipre y de Hungría corrian sobre las mesas cubiertas de flores; la orgía y la embriaguez llegaban á su colmo; los hermosos rostros de grandes ojos negros, tornábanse pálidos; y todo el harem sentia la rabiosa fiebre de voluptuosidad que en él reinaba, encendida por una atmósfera de perfumes y de vicio, hasta que se desvanecia repentinamente en una no-

che, ahuyentada por mil antorchas, al acercarse con la cimitarra de los genízaros el castigo de Dios.»

«Las noches pavorosas llegaban sordamente, á través de las flores, para aquella pequeña Babilonia. La rebelion no respeta el tercer recinto, como no respeta los dos que le preceden. La soldadesca echa por tierra las puertas de la *Felicidad*, é invade el harem. Cien eunucos defienden en vano con sus puñales la entrada de los kioscos. Los genízaros se lanzan sobre los techos, incendian las cúpulas, se precipitan en las salas para arrancar á los príncipes de los brazos de sus madres; las Validés son arrastradas fuera de sus retiros, y aunque se defienden con las uñas y con los dientes, caen bajo las rodillas de los baltadjis, y mueren estranguladas con los cordones de las mismas colgaduras de sus gabinetes. Las sultanas, al entrar, arrojan gritos de desesperacion á la vista de sus cunas vacías; se vuelven para interrogar á las esclavas, y no obtienen más respuesta que un silencio espantoso que las dice: «vé al pié del trono á buscar á tu hijo.» Los eunucos, aterrados, corren á anunciar á las favoritas, despiertas por el tumulto lejano, que esperan sus cabezas, y que se preparen á morir. Las tres cadinas de Selim III, condenadas al cordon y al saco, oyen durante la noche los gritos supremos, la una de la otra, y espiran en las tinieblas estranguladas por los mudos. Celos mortales y venganzas terribles, hacen resonar los kioscos con gemidos y gritos que esparcen el terror en todo el harem. La circasiana madre de Mustafá desgarra el rostro de Roxelana; las favoritas rivales abofetean á Sekerbuli: la sultana Tarchan ve brillar sobre la cabeza de sus hijos el puñal de Mahomet IV; la primera cadina de Ahmed I estrangula con sus propias manos á la esclava rival, y cae á su vez destrozado el rostro á puñaladas bajo los piés del Padischá, rugiendo de dolor y de rabia; las cadinas celosas se esperan en los corredores oscuros, se llaman á gritos, *carne vendida*, y luchan como tigres, clavándose en el cuello y en el pecho la punta de sus estiletes envenenados. ¿Quién podrá saber las muchas que habrán sucumbido sin tenerse siquiera noticia de su muerte, sofocadas en las fuentes, destrozadas las sienes á golpes con los puños de las espadas, desgarradas por el *Colbak* de los eunucos, aplastadas entre las puertas de hierro por los brazos de acero de diez rivales celosas hasta el frenesí? Los celos

ahogan los gritos, las flores cubren la sangre, sombras indecisas se pierden en el laberinto de calles oscuras, llevando un bulto negro; los centinelas de las torres en la orilla del mar de Mármara oyen indiferentes el ruido de un cuerpo pesado que cae en el agua, y el harem despierta con la aurora, como siempre, riente y perfumado, sin hacer alto siquiera en que uno de sus departamentos está vacio.»

Despues del tercer recinto, donde tan varios cuadros trazó en no lejanos tiempos la locura humana, al olvidarse ó desconocer el alto fin para que el hombre fué criado, se extiende un espacio cubierto de vegetacion vigorosa y sembrado de pequeños edificios, donde se levanta la columna de Teodosio, de que ya hemos hablado, y allí termina el elevado plano que forma el gran rectángulo central de los edificios del Serrallo. Hasta el extremo de la punta de éste, y en todo el espacio comprendido entre el circuito de los tres recintos y de los muros exteriores, á lo largo de los flancos de la colina, todo estaba ocupado por un bosque de grandes plátanos, de altos cipreses, de alamedas de pinos, de grupos de laureles, de terebintos y de álamos blancos, enredados con exuberantes vides, que sombreaban una porcion de jardines llenos de rosas y de heliotropos, los cuales gradualmente descendian hasta el mar, con marmóreas escaleras para facilitar la bajada.

A lo largo de los muros, enfrente de Scútari, estaba el nuevo palacio del sultan Mahamud, al que daba paso por el mar una gran puerta revestida de cobre dorado; y cerca de la punta del Serrallo elevábase el harem de estío, vasto edificio semicircular, que podia contener hasta cien mujeres, con extensos patios, baños espléndidos, y jardines, donde tenian lugar aquellas iluminaciones fantásticas, que se hicieron célebres con el nombre de fiesta de los Tulipanes. Delante de este harem, fuera de sus muros, en la orilla del mar, estaba la famosa batería del Serrallo, con veinte cañones, de formas bizarras, esculpidos é historiados, que fueron cogidos á los ejércitos cristianos en las primeras guerras europeas. Los muros tenian ocho puertas, tres por la parte de la ciudad y tres por la parte del mar, y caminos subalternos llevaban del palacio á los puertos del mar de Mármara, de manera que los sultanes podian salvarse en último extremo, embarcándose secretamente y refugiándose en Scútari ó en Top-Hané.

Bajo la denominacion de Serrallo se contaba, ademas de lo ya descrito, cerca de los muros exteriores y en las vertientes de la colina, muchos kioscos en forma de pequeñas mezquitas, pequeños fuertes y galerías, y de cada uno de ellos se subia por un sendero disimulado entre dos altas empalizadas de verdura, á las puertas secundarias del tercer recinto.

Hallábase entre ellos el kiosco Yali, hoy destruido, el kiosco Nuevo, que se conserva todavía y que es un pequeño palacio circular, cubierto de labores doradas y pintadas, y en el cual los sultanes iban al ponerse el sol á gozar de la vista que ofrecia el indescriptible movimiento de los barcos del puerto; el kiosco de los Espejos, cerca del harem de verano, kiosco donde se firmó el tratado de paz de 1784, por el que la Turquía cedió la Crimea á la Rusia; el kiosco de Hasan-Pachá, resplandeciente con sus dorados, y cuyas paredes cubiertas de espejos combinados al propósito, reproducian, formando fantástico espectáculo, las fiestas de los sultanes; el kiosco del Cañon, cerca de la batería de la Punta del Serrallo, por cuyas ventanas se arrojaban los cadáveres á las aguas; el kiosco llamado del Mar, en el que la Validé de Mahomet IV tenia sus Divanes ó consejos secretos; el kiosco de las Rosas, dominando la explanada donde los pajes tenian sus ejercicios militares y donde fué proclamada en 1839 la nueva Constitucion del imperio, con el famoso Hati-cherif de Gul-Hané; al otro lado del Serrallo el kiosco de las Revistas, desde donde los sultanes veian sin ser vistos pasar á todos los que se dirigian al Divan; el kiosco de Alai en el ángulo de los muros, cerca de Santa Sofía, desde el cual Mahomet IV entregó al ejército rebelado á su favorito Meleki y veintinueve dignatarios de su corte, asesinados sin piedad ante sus ojos; y al otro extremo de los muros el kiosco Sepedgiler, cerca del cual el Padischá daba su audiencia de despedida á los grandes almirantes que partian para lejanas guerras. Así la formidable residencia imperial, desde lo alto de la colina donde estaban reunidas y ocultas sus partes más vitales, se extendia por las pendientes y á lo largo del mar, coronada de torres, erizada de cañones, enguirnaldada de rosas; lanzaba por todos lados sus barquillas doradas; elevaba hacia el cielo como inmenso altar una nube de perfumes; miraba en las aguas las mil luminarias de sus fiestas; y arrojaba desde lo alto de sus muros, oro al populacho y cadáveres á las ondas, ayer bajo la domi-

cion de una esclava, hoy bajo el poder de un forzado, mañana juguete de la soldadesca, bella como una isla encantada, y siniestra como un sepulcro de seres enterrados en vida.

Hoy, aunque modificada por el progreso de las ideas y de la civilizacion, que se abre paso, mal que les pese, á traves de todas las preocupaciones y de todas las costumbres de las pasadas épocas, la especial existencia de la corte otomana palpita en el nuevo palacio de Dolma Baghtché.

Para visitarlo hay que atravesar el populoso barrio de Top-Hané, por entre una gran fundicion de cañones y un vasto arsenal, recorrer todo el Funduklú, que ocupa la plaza del antiguo Aianteion, y llegar á otra espaciosa, abierta sobre el mar, más allá de la cual, á lo largo de la orilla del Bósforo, se eleva aquel palacio, residencia actual de los sultanes.

Como dice con grande acierto un viajero, este palacio es la masa de mármol más grande que reflejan aquellas aguas, desde la punta del Serrallo hasta el mar Negro; y para poderla apreciar es preciso recorrer en kaique toda la fachada que mira hacia el Asia, y que mide aproximadamente media milla de extension lineal, viéndosela blanquear á gran distancia entre el azul del mar y el verde oscuro de las colinas de la orilla. Dolma-Baghtché no es tampoco, hablando con propiedad, un palacio, sino una caprichosa construccion arquitectónica, en cuyo conjunto, sin más unidad que la que le presta su destino, encuéntranse mezclados los estilos árabe, bizantino, romano, ojival, turco, del Renacimiento, y que sin embargo reune la majestad de los palacios europeos, con la gracia y el indefinible soñador encanto del alcázar granadino. Agrupacion de diversos edificios, como el antiguo Serrallo, tambien le convendria mejor el nombre de ciudad imperial que de palacio, pareciendo, segun la oportuna frase de Amicis, más que la residencia de un solo soberano, la de diez reyes hermanos ó amigos, que se hubieran propuesto pasar su vida en medio de la ociosidad y los placeres; y visto desde el Bósforo, una serie de edificios á manera de teatros ó de templos con indescriptible profusion de ornatos de todos los estilos arrojados en aquella masa de edificios, como dijo un poeta turco, por la mano de un loco. En aquellos palacios, que seria imposible describir detalladamente, encuéntranse hileras de columnas de capiteles dóricos y jónicos, pero esbeltas y ligeras como juncos;

ventanas encuadradas entre estriadas columnillas, y cornisas con festones; arcos en cuyas labores reprodujo diestro artífice rica aglomeracion de flores y frutos; elegantes terrados con marmóreos y calados antepechos; guirnaldas de piedra; arabescos relieves de mil formas; cornisas de diversos estilos con *collares de mármol*, y tanta y tan rica profusion de ornatos arquitecturales, que más parece todo el conjunto el delirio de un sueño misteriosamente realizado, que obra concluida de la humana fantasía auxiliada por el arte. Y, sin embargo, aquél no es el arte árabe, característico de la raza mahometana, que tiene su momento de mayor apogeo y que alcanza su mayor grandeza en las orillas del Darro, en mi incomparable Granada, precisamente cuando llegaba á su ocaso el astro que ilumina la raza que lo concebia, eclipsado por el sol radiante de Castilla. Aquel arte es el resultado de un gran deseo, encerrado en los límites de lo imposible. El deseo de realizar un ensueño oriental, sin sentir la influencia de la religion, de las costumbres, de la vida propia del pueblo para quien se levanta, que ya tampoco las siente casi más que en lo pasado. Es el eclecticismo que forma el único carácter posible del arte arquitectónico en nuestro siglo, desarrollando su obra bajo la impresion de una idea preconcebida, pero que no acierta á darle carácter, porque empieza por no sentirlo. Los arquitectos mahometanos de Granada respiraban en el ambiente de la fastuosa, ilustrada, creyente y poética corte de los Alahmares, y vivian identificados con aquella creencia, aquella ilustracion, aquella poesía, que lograban por ello traducir en sus obras; el arquitecto armenio que hizo á Dolma Baghtché sentia el arte mahometano por imitacion, como casi todos los artistas de hoy le practican, y á falta de inspiracion verdadera, aglomeró en sus obras los gustos todos de todos los estilos, para producir un conjunto que sorprende y maravilla, pero no una verdadera obra de arte mahometano, con carácter determinado y propio, como no se quiera hallarle en aquella misma heterogeneidad.—Delante de todos aquellos edificios se extiende una serie de pilares monumentales, tambien de mármol, que sostienen una elegante reja representando en feliz combinacion ramas y flores entrelazadas; y largas y amplias escaleras marmóreas bajan de las puertas y se pierden en el mar. Lo que produce mejor efecto en aquel extraño conjunto es la blancura de los edi-

ficios, que le hace parecer fresco, nuevo, riente, y que, en medio de mil faltas de armonia y de carácter, al destacarse sobre el variado fondo verde y florido de sus jardines, al reflejarse en aquellas aguas tranquilas como un lago trasparente, sin los terribles recuerdos de horror y de sangre del antiguo Serrallo, causa una impresion inexplicable de misterio y de amor, que acallando críticas sólo deja espacio para sentir.

El interior, con sus amplias salas pintadas al fresco con vivos colores, sus puertas de ricas maderas esculpidas y doradas, sus dilatadas galerías, sus pórticos moriscos, sus trasparentes cúpulas y su teatro para la corte, decorado todo al gusto moderno por M. Sechan, si no ofrece el interes del arte para los amantes de su historia, es digno tambien de ser visitado, porque demuestra hasta qué punto han ido compenetrándose las antiguas tradiciones orientales por las costumbres y el gusto de Occidente.—Y no sólo esta influencia se nota en el gusto artístico y decorativo. La vida del serrallo de Dolma Baghtché dista mucho de la vida que describimos en el Serrallo de los Jardines en tiempo de los Sultanes de pasados siglos. Aquel lujo, aquella fastuosidad, aquel sensualismo apasionado que arrastraba á tantos excesos, casi puede decirse que ha desaparecido. Nosotros vimos una tarde volver de paseo á algunas de las mujeres del Sultan, en sus bajas carrozas doradas, que nos recordaban nuestras sillas de manos de fines del pasado siglo, rodeadas de eunucos al lado de las portezuelas, y creimos asistir al desfile de mal ensayados y no mejor vestidos comparsas, en una representacion teatral. Todo aquel mundo de intrigas femeninas era un verdadero anacronismo en nuestro siglo, y todo va desapareciendo. Hasta la salida del Sultan los viérnes para ir á orar en la mezquita, dista mucho de ofrecer el cuadro de imponente grandeza que todavia presentaba á mediados de la pasada centuria. Sin embargo, es una de las escenas que atraen más preferentemente la atencion del viajero en Constantinopla. A la parte de Funduklú la puerta principal del palacio, sobrecargada de ornatos, se abre sobre una vasta plaza, que á no dudarlo es uno de los lugares más pintorescos de Constantinopla. De un lado el palacio y su lujosa puerta: de otro la moderna, pero elegante mezquita levantada por Abdul-Medjid, con sus dos esbeltos minaretes; enfrente el Bósforo; más allá las colinas de Asia, siempre verdes, salpicadas como un tapiz persa con ca-

prichosas labores formadas por kioscos, palacios, mezquitas y villas; más léjos la majestad riente de Scútari, coronada de fúnebres cipreses; y entre ambas orillas un bosque de mástiles, de velas y de jarcias, de ligeros kaiques, de barcas de carga, de antiguas naves turcas, de modernas embarcaciones europeas, de buques de guerra y de vapores con sus ondulantes penachos de humo, como campeones gigantes de la moderna civilizacion, abriéndose paso á traves de la tenaz resistencia de lo pasado. Aquella extensa plaza es la que atraviesa el Sultan, saliendo para ir á la mezquita, no sólo por cumplir un deber religioso, sino para dar testimonio á sus vasallos de que vive y de que no se les engaña, como ha solido suceder muchas veces, gobernando en nombre de un Padischá, que ya era sólo un cadáver.

Esta ceremonia, tal como se practica hoy, ofrece poca novedad; á un lado y á otro forman ancha calle, extendidos en línea, soldados con sus uniformes casi á la europea, y abre la comitiva una numerosa música imperial, que conserva todavía la organizacion que no hace muchos años le dió el maestro Donizetti, hermano del célebre compositor, detras sigue un destacamento de la guardia imperial, y despues el Sultan, solo, seguido de los grandes dignatarios de palacio y de los principales personajes del gobierno. El traje del emperador dista mucho del fausto y riqueza que ostentaban hasta principios del presente siglo sus predecesores. Larga levita, abrochada hasta el cuello con una sola hilera de botones por delante, pantalon claro, botas de tafilete, y sencillo fez, componian el atavío del Sultan el dia en que nosotros le vimos, haciéndonos pensar si tanta sencillez modestísima, como sucede con frecuencia, denota mejor que humildad, orgullo.

Más vistoso espectáculo ofrece á los ojos del viajero la salida del Sultan por el Bósforo, cuando la mezquita que tiene que visitar se encuentra á la opuesta orilla. Magníficas y elegantes barcas esculpidas y doradas, cubiertos los bancos y bandas con ricas telas y tapices que caen por los lados hasta tocar el agua, se agrupan delante de otra mucho más rica, destinada al Sultan, toda alfombrada de terciopelo rojo con estrellas bordadas de oro, y con una especie de tartana ó dosel de la misma tela, surmontado por cuatro globos de plata cincelada y un sol de oro, que forma un verdadero trono para el Padischá. Una balaustrada de plata rodea por

la parte de popa las bandas, y dobles cortinas de terciopelo rojo y raso blanco, recogidas con cordones de oro, adornan el pabellon imperial. El Sultan, sentado en su trono, lleva á los piés de éste á los principales personajes de la corte, y los soldados de la guardia permanecen de pié á uno y otro lado del pabellon. Veintiseis remeros, escogidos por su buena presencia y fuerte musculatura, que se percibe á traves de sus finas camisas de seda, abiertas por el pecho, impulsan tan acompasada como rápidamente aquella elegante embarcacion, que mide cerca de cien piés, y que hiende las aguas con la misma velocidad que si la moviera la ciega fuerza de una poderosa máquina de vapor, llevando detras á conveniente distancia, dándole convoy de respeto, otras dos ó tres muy parecidas, y despues los kaiques con catorce remeros, de los grandes pachás. Desde que el vistoso cortejo se percibe retumban las cercanas colinas y la poblacion toda, con el estampido del cañon de los fuertes del Bósforo y de los buques de guerra en él fondeados.

Más allá de Dolma-Baghtché se encuentra la barriada de Bechik-Tach *(la piedra de la cuna)* y el palacio del mismo nombre, inmediatamente despues del anterior, palacio del cual sólo se perciben por la parte de tierra las altas murallas y las copas de los frondosos árboles que sombrean sus jardines, que no pudimos ver durante nuestra permanencia en Constantinopla, y que edificado en 1679 para servir de residencia de Estío á los emperadores, era en el que habitó de ordinario Mahamud, deseoso de vivir alejado de la turbulenta guardia de los genízaros.

Esta barriada despierta importantes recuerdos para el arqueólogo historiador, porque ocupa el mismo lugar que la antigua *Petra Thermastis*, cerca de la que se encontraba el *Jasonion*, que las tradiciones griegas enlazan con la célebre expedicion de los Argonautas, y que en el Bajo Imperio llevó el nombre de *Diplokión*, ó doble columna. El puerto de Bechik-Tach corresponde al *Pentacoricon* ó puerto de los barcos de cincuenta remos, así llamado en memoria de la flota de Scytho Tauro, que allí estuvo fondeada cuando su expedicion contra Creta. En el mismo ancló la escuadra veneciana mandada por el Dux Dandolo.—En aquel puerto encuéntranse, como en otros muchos de Oriente, cafés sostenidos en pilares de madera sobre el agua, donde se disfruta de hermosas vistas

y pueden estudiarse cuadros de costumbres del pueblo turco. En la misma barriada es digno de ser visitado, por el personaje cuyos restos conserva, el turbé de Khair-Eddin, el célebre Barbaroja, y que consiste sólo en una piedra sin inscripcion, cubierta de musgo y de hiedra, rodeada de algunos plátanos. Tambien allí se hallan un convento de derviches Mevlevitas cerca del mar, y la tumba de Iahia-Effendi, personaje musulman cuya memoria veneran los turcos como la de un santo. El valle que sube de Bechik-Tach hacia Pera, es por donde Mahomet II trasportó sus galeras por medio de rodillos al Cuerno de Oro, apareciendo cuando ménos los esperaban ante los sitiados.

La Sublime Puerta, en turco Bab-Ali, llamada tambien Pacha-Kapusi, ó Puerta del Pachá, es, como su nombre indica, el palacio del Gran Visir, y el Ministerio de Estado. Situado en el valle que separa la primera de la segunda colina de Stambul, entre los muros del Serrallo, por la parte de la ciudad, y Yeni-Djami, visto desde el Cuerno de Oro, presenta un conjunto imponente. La entrada principal, que se halla enfrente de Alai-Kieuchk, en el ángulo occidental de los jardines del Serrallo, tiene la puerta adornada con pilastras jónicas, y encima una inscripcion turca y emblemas militares, sombreándola un gran alero, á la manera oriental. A uno y otro lado de la puerta hay una fuente. El patio que se encuentra despues, tiene gran extension, y los edificios que para las diversas oficinas hay alrededor, destruidos multitud de veces por los incendios y reedificados modernamente en estilo italiano, no conservan carácter alguno árabe ni turco.

Detras de todos estos edificios está la antigua Sublime Puerta, convertida hoy en Ministerio de Fomento ó de Comercio, cuyo edificio triste y viejo, pintado de rojo subido, nada ofrece de notable, á excepcion de la puerta exterior, cubierta por un elegante alero, vuelto hacia arriba, á la manera china.

El Seraskierat, ó Ministerio de la Guerra, está situado en la tercera colina de Stambul, en el sitio que estuvo el antiguo Serrallo, ó Eski-Seray, que habitó en un principio Mahomet II, despues de la conquista de Constantinópla, y que cuando estuvo concluido el Serrallo de los Jardines, sirvió para residencia de las mujeres viejas del harem, y despues para el

objeto á que sigue destinado. El Seraskierat abraza un extenso recinto, en el cual se entra por dos puertas, la una al N. que da á una calle que conduce á la mezquita Yeni-Djami y el puente de la Validé, y la otra á la plaza de Bayaceto, enfrente de la mezquita del mismo nombre. Por ambas puertas se entra á un gran patio, donde se encuentran sin formar órden alguno edificios modernos y sin interes, destacándose en el centro la alta torre del Seraskierat, que es el punto más elevado de Constantinopla, y desde el cual, por esta razon, se gozan mejores vistas. Para llegar á lo más alto hay que subir 179 escalones, y al extremo de ellos se encuentra una galería circular, con cristales, donde hay vigías constantemente de guardia para dar la voz de alarma cuando vean la menor señal de incendios. Como en la torre de Gálata, en la habitacion central de esta galería, los guardianes tienen establecido un café á la turca, para servicio de los muchos curiosos que suben á disfrutar desde aquella altura el hermoso panorama que por todos lados se encuentra.

Tambien visitamos en nuestra corta, pero bien aprovechada permanencia en Constantinopla, el arsenal marítimo, *Ters-Hané* (del árabe *dar-sinaa*, el taller), que se encuentra á la orilla del Cuerno de Oro, y que contiene las diversas dependencias del Departamento marítimo, la casa del Capitan-Pachá, edificio de madera con un fronton dórico, el hospital de Marina, vasto establecimiento dispuesto á la europea, y las gradas de construccion.

Este arsenal tiene tres diques de carena, construidos de piedra, de los cuales el primero puede recibir buques de las mayores dimensiones. Nos llamó mucho la atencion el procedimiento de que se valen para cerrar los citados diques, por su economía y sencillez. La compuerta no es más que una gran plancha de madera que se apoya inclinada sobre los muros del antedique, y que se sostiene fija por la presion exterior del mar. Para colocarla llenan de agua un gran cajon que tiene á la parte de adentro, hasta que se apoya en su asiento, y para quitarla basta con desaguarlo para que flote y para que pueda ser conducida donde convenga, de manera que es facilísimo componerla ó renovarla cuando sea necesario; circunstancias que no reunen las que empleamos en nuestros arsenales, ni áun los mismos barcos portas que hemos empezado á adoptar, segun las acertadas observa-

ciones hechas por el comandante de nuestra fragata, el ya citado señor D. Ignacio Tudela, consignadas en su diario de navegacion.

En este mismo arsenal pudimos persuadirnos de que los turcos han llevado á él todos los adelantos de la época. En una magnífica grada cubierta, segun hemos ya indicado, vimos en construccion una magnífica fragata acorazada, toda de hierro, de doble fondo, del sistema celular; y en las factorías planchas de blindaje de 18 centímetros de grueso, tan buenas como las mejores de Inglaterra. Verdad es que, segun pudimos tambien observar por nosotros mismos, el jefe de aquellos ingenieros navales, que nos acogió con la mayor cortesía, obsequiándonos en su elegante pabellon amueblado á la europea, habia recibido su educacion científica en la Gran Bretaña, y estaba al alcance de los últimos adelantos en los difíciles estudios á que habia dedicado la actividad de su privilegiada inteligencia. Los trabajadores de aquel arsenal ofrecen extraña mezcla de tipos, idiomas y costumbres, pues hay muchos griegos, armenios, franceses, ingleses, y hasta españoles.

Los cuarteles del Piri-Pachá, de Hass-Keui, de Halidji-Oghli y de Sudlujé, que no léjos se encuentran, nada ófrecen de particular más que su organizacion, tambien europea, y más allá de ellos (en uno de los cuales, el de los *kumbaradjis* ó artilleros, se hallaba instalada la Escuela de Medicina), se encuentra el cementerio de los judíos, árida planicie cubierta de cipos funerarios, planos ó cúbicos, con escasas inscripciones, cipos que nos recordaban los que se descubren en España de la época en que aquella raza Deicida vivia entre nosotros, sobre todo los encontrados en las faldas de Monjuich, en Barcelona, que se conservan en el museo de esta ciudad. La plaza de la Flecha, *Ok-Meidan*, se encuentra hacia el mismo paraje, y lleva este nombre porque era el sitio donde los sultanes se ejercitaban en arrojar la azagaya ó venablo, conservándose un elegante kiosco con una especie de tribuna que domina la plaza, y que era desde donde los sultanes lanzaban aquel arma arrojadiza. Todo aquel vasto espacio está sembrado de pequeñas columnas, ó más bien trozos cilíndricos de mármol, destinados á conservar la memoria de los sitios hasta donde habian llegado los *djèrid* ó venablos, arrojados por los emperadores. Desde esta plaza se goza de la hermosa vista que ofrecen Stambul, Eyub y el Cuerno de

Oro, y dirigiéndose hacia el Norte se encuentra el precioso valle de Piale Pachá, y en él la moderna mezquita del mismo nombre, rodeada de magníficos cipreses.

Otro de los lugares que debe visitar el viajero en Constantinopla, en el fondo del Cuerno de Oro, es el suburbio de Eyub, nombre que toma del compañero del Profeta y encargado de llevar su estandarte, que murió en el primer sitio de Constantinopla puesto por los musulmanes el año 668, y cuyo cuerpo encontró nueve siglos despues Mahomet II, que le dedicó una mezquita, la cual por esta causa se llama mezquita de Eyub, monumento de especial veneracion para los musulmanes. En ella es donde tiene lugar la importante ceremonia de ceñirse los sultanes la cimitarra de Othman cuando suben al trono, y está completamente prohibida la entrada en aquel templo á los cristianos, aunque obtengan para ello un firman. Sin embargo, por la parte exterior puede juzgarse de su elegante arquitectura, estando fabricado todo él con mármol blanco, y cerrándole una esbelta cúpula en el centro y otras más pequeñas y semicúpulas alrededor, en cuya disposicion se ve la influencia del modelo que todas las mezquitas tuvieron en la bizantina basílica de Santa Sofía. Entre las verdes y abundosas ramas de los árboles que le rodean, destácanse dos altos minaretes con dos pisos ó galerías delicadamente adornadas, y un gigantesco plátano que extiende sus robustas ramas en el recinto sagrado, dominando á sus compañeros. La tumba de Eyub no se halla dentro de la mezquita propiamente dicha, sino á su parte Oeste, en un patio contiguo, formada por un kiosco, al que sombrean tres hermosos árboles, y dentro del cual arden constantemente gran número de lámparas. A la parte Norte está el turbé de la sultana Validé, madre de Selim III, y á su lado la tumba de Hussein-Pachá. No léjos encuéntrase la madrisa, y un hospicio (*taby-Khân*); y todos los alrededores de la mezquita están materialmente cubiertos por ricos monumentos funerarios, de los altos dignatarios de la corte, hechos de ricos mármoles con doradas labores, y rodeados de flores y de árboles. Entre ellos, hacia el Sudeste, llama preferentemente la atencion del viajero el turbé de los Cheikh-ul-Islam, ó jefes del clero mahometano, edificio rectangular con una pequeña cúpula de planta dodecagonal sostenida sobre columnas. El interior, sin embargo, es muy sencillo, desta-

cándose sobre los negros y lisos catafalcos, grandes y blancos turbantes.

Como los musulmanes tienen verdadero fanatismo por todo lo que se relaciona con los recuerdos del Profeta, se creen más próximos á su sensual paraíso, si logran que sus restos descansen cerca del lugar consagrado por la tumba de Eyub, y de aquí la abundancia de sepulturas de todas clases que cubren la superficie de la barriada, hasta el punto de hallarse las calles formadas por los sepulcros, y las casas en medio de ellos. Eyub es verdaderamente un vasto cementerio, cuya vista entristece el espíritu á pesar de los muchos árboles que crecen entre las tumbas y los edificios, y del hermoso panorama que se disfruta desde lo alto de la colina que se extiende detras de la mezquita, viéndose en pintoresco é indescriptible conjunto el Cuerno de Oro, toda Constantinopla, el valle de las Aguas dulces de Europa, Scútari, el monte Bulgurlu y otros parajes no ménos encantadores y variados. En Eyub se encuentra la célebre fábrica de los característicos gorros turcos, llamados *fez*, de la cual se surte principalmente el ejército.

Top-Hané, ó *Casa de los cañones*, es el nombre de otro pequeño arrabal, á que da nombre el parque de artillería que en él se encuentra, con una fundicion de cañones montada á la europea; una mezquita, con sus correspondientes cúpulas, mezquita á cuyo alrededor se encuentran multitud de memorialistas ó arzujaldji; y la célebre fuente de Top-Hané con sus cuatro frentes delicadamente esculpidos con arabescos y versículos del Koran, en un tiempo dorados y pintados.

Esta barriada excita mucho la curiosidad de los viajeros, porque en ella viven los circasianos que se dedican al comercio de las esclavas blancas, comercio ilegal hoy, y por lo tanto prohibido, pero que se sigue haciendo, aunque aparentemente á escondidas de las autoridades turcas, que son las primeras en aprovecharse de tan tentador contrabando.

Antes de terminar el extenso capítulo que por su grande importancia hemos tenido que dedicar á la capital del imperio turco, vamos á mencionar siquiera las principales poblaciones que se encuentran á uno y otro lado del Bósforo, y que forman en ambas orillas, desde Constantinopla hasta el mar Negro, los más encantadores paisajes que puede soñar la fantasía. Tomemos por punto de partida el puerto de Top-Hané, é iremos

recorriendo la orilla europea hasta dicho mar, para seguir despues dando la vuelta por la orilla asiática hasta Scútari y Calcedonia. Antes de ello, no creemos fuera de sazon recordar que el estrecho de Constantinopla, que separa la Europa del Asia, y por el cual las aguas del Ponto Euxino, hoy mar Negro, corren hacia el mar de Mármara, la antigua Propóntide, debe su antiquisimo nombre de Bósforo, en griego βόσπορος, palabra compuesta de βόῦς, toro, y πόρος, pasó, á la leyenda griega, segun la cual la vaca Io habia atravesado aquel estrecho nadando. El exámen geológico de las orillas del Bósforo y las rocas volcánicas que se encuentran á ambos lados del estrecho en su embocadura por el mar Negro, parecen confirmar la antigua tradicion, segun la cual, el Ponto Euxino era un mar distinto en un principio del Mediterráneo, abriéndose los dos estrechos, del Bósforo y de los Dardanelos, á consecuencia de un gran cataclismo terrestre, acaso simbolizado en el diluvio de Deucalion.

Las sinuosidades de este estrecho forman siete cuencas sucesivas, señaladas en cada orilla por siete promontorios, que corresponden cada uno alternativamente á siete bahías que se abren en la ribera opuesta, indicando el desgarramiento de la costra terrestre que produjo el Estrecho, en aquellos lejanos dias en que se abrió por las titánicas convulsiones de la tierra. Como natural consecuencia de estas violentas curvas, las aguas se precipitan de una orilla á otra con la misma ondulacion que las costas tienen, lo cual produce corrientes de unas á otras bahías de Europa y Asia, cuyo fenómeno ya señaló Polibio. De estas corrientes, la última se estrella en la punta del Serrallo, produciendo, rota allí su violencia, la apacible ría del Cuerno de Oro, miéntras el resto se precipita en el mar de Mármara, en direccion de la Calcedonia. El Bósforo tiene una longitud de cerca de 27 kilómetros, siendo casi igual la que mide la orilla de Europa con sus ondulaciones, y la de Asia, pues la primera tiene 31 kilómetros y 38 la segunda. La anchura de este notable canal abierto por la naturaleza, varía desde 550 metros próximamente, hasta 3.200. Su punto más estrecho está entre los castillos de Europa y de Asia, y el mayor en los golfos de Bey-Koz y Buyuk-Deré, en los que llega á 2.500 y 3.200 metros; su profundidad es grande por donde quiera que se arroje la sonda.

Partiendo, como ya indicamos, del puerto de Top-Hané, pasando suce-

sivamente por delante de Funduklú, el palacio de Dolma Baghtché, y el pequeño y pintoresco puerto de Béchik-Tach, se encuentra el palacio de Tchéragan, vasto edificio de madera construido por Mahamud, que presenta una artística columnata sobre el mar, con un fronton corintio en el centro. Este palacio, restaurado por el sultan Abdul-Azis, que hizo de él su residencia favorita, está rodeado de otras edificaciones que forman una serie no interrumpida de pequeños palacios y pabellones de verano, construidos no sólo por personajes de la familia imperial, sino tambien por los altos dignatarios de la corte.

Aquellos edificios son todos de madera y planchas metálicas, en cuyo sistema de construccion se nota la influencia de antiguas tradiciones orientales, y forman un pintoresco conjunto, á que da más encanto la imaginacion, cuando al fijarse las curiosas miradas del viajero en las celosías de aquellos pabellones, cree ver detras de ellas los pálidos rostros de las hermosas turcas, que perezosamente reclinadas en muelles cojines entretienen sus largas horas de abandono y fastidio, viendo pasar los barcos de vela, los vapores y los kaiques, que puede decirse pueblan las aguas del Estrecho.

*Orta-Keui*, que quiere decir, la aldea de enmedio, segundo punto donde los vapores hacen escala, es una poblacion importante, poblada de banqueros armenios, cristianos y judíos, y en la cual se encuentran kioscos imperiales y palacios de aquellos opulentos comerciantes. Más allá de Orta-Keui se dobla el promontorio de Defterdar, y se encuentran multitud de casas de campo, y el antiguo palacio de Mehemet-Alí-Pachá.

*Kuru-Tchechmè* (fuente seca) se encuentra despues, ocupando el mismo paraje que la antigua Hestia ó Anaplos, con su pequeño puerto y una mezquita edificada á mediados del siglo XVII. Aquel paraje despierta importantes recuerdos para el arqueólogo y el historiador. Allí fué donde, segun la narracion griega, Medea abordó con Jason de vuelta de la Cólquide, plantando el célebre laurel que tan famoso se hizo en la antigüedad; allí, donde Constantino edificó una iglesia que dedicó al arcángel San Miguel; y donde en el siglo V vivieron Simeon y Daniel, llamados los Stilitas, aquellos singulares anacoretas que tuvieron su retiro encima de una columna.

*Arnaut-Keui*, ó la aldea de los albaneses, tercer punto de escala para los vapores, viene despues, en la cual se encuentra una notable fuente turca, de tiempo de Murat IV. La corriente en aquel paraje es tan violenta, que los kaiques tienen que llevarse á remolque. Doblado un cabo que á causa de la violencia de las aguas se llama, cabo de la Corriente (Akindi-Burnú), se encuentra un antiguo palacio de Ahmed-Fédhi-Pachá, pariente del Sultan.

*Bebek* es la cuarta estacion ó punto de escala, que se halla en la parte central y más resguardada, por lo tanto, siendo una de las mejores y más hermosas bahías del Bósforo. Su seguro puerto, siempre lleno de barcos y de vapores, sus orillas en forma de anfiteatro, cubierto de vigorosa vegetacion, y el pueblo dilatándose en un estrecho valle, ofrecen delicioso conjunto visto desde los buques, y no ménos agradable impresion cuando se salta en tierra. En Bebek tiene tambien el Sultan un pabellon ó kiósco, y se encuentran otros edificios importantes, tales como baños; una mezquita edificada en el pasado siglo, en medio de hermosos bosquecillos de plátanos; la fábrica de galleta para la escuadra; la escuela francesa de los lazaristas; y otra escuela protestante americana. Las casas, edificadas en la misma orilla, tienen pequeños diques para las embarcaciones de su servicio particular. Tambien se encuentran delante de Bebek unos ingeniosos puestos de espera para la pesca, sostenidos á manera de jaulas, en altas pértigas sobre las aguas, puestos donde se colocan los pescadores para esperar el paso de los pescados con la corriente, y lanzar oportunamente sus redes.

Bebek está en el mismo punto que ocupó la antigua Chélæ, donde hubo un célebre templo dedicado á Artemisa Dictynna, del cual no queda más que el recuerdo.

Poco tiempo despues de haber abandonado á Bebek, la línea hasta allí no interrumpida, de aldeas, kioscos y casas de campo, que bordan la risueña orilla del Bósforo, se encuentra cortada por un cementerio con su sombrío agrupamiento de pinos y de cipreses, por encima de los cuales se descubren los fuertes muros de Rumili-Hissari, la quinta estacion ó lugar de escala de los vapores. Aquel es el punto más estrecho del canal, segun ya indicamos, y donde por esta causa la corriente adquiere más violencia,

habiéndole llamado á causa de ello los griegos μέγα ρεῦμα, ó la Gran corriente, y los turcos Cheitan-Akindisi, ó corriente de Satanas.

El castillo de Europa, ó Romuli-Hissari, que allí se levanta, fué edificado por Mahomet II en 1452, un año ántes de la toma de Constantinopla, y por más que reclamó el último Constantino contra aquella transgresion de los tratados, el altivo conquistador, que ya se habia propuesto marchar directamente á la realizacion de su propósito, que no era otro sino la conquista de la ciudad, contestó siempre de la manera más altiva, hasta el punto de amenazar con desollar vivos á los mensajeros si volvian á enviársele. Las fortalezas que como punto de apoyo para sus ulteriores operaciones de asedio levantó Mahomet, quedaron terminadas en tres meses, á pesar de tener sus muros diez metros de espesor y proporcionada altura. Dícese que tuvo el capricho el atrevido guerrero, de que las fortificaciones de la nueva ciudadela figurasen en caractéres árabes su nombre, representando cada una de sus tres torres la letra *mim*. Terminadas las obras, en las que empleó más de dos mil trabajadores, colocó en las torres cañones, que lanzaban enormes balas de mármol, con cuyos fuegos dominaba completamente el Bósforo.

Como en su afan de concluir cuanto ántes aquellas obras, Mahomet no reparase en destruir, para encontrar materiales, cuantos edificios existieran en los alrededores, encuéntranse enclavados en aquellos muros, sobre todo en los de la torre del O., muchos trozos de obras antiguas y bizantinas, tales como columnas, capiteles y arquitraves. Algunos de estos restos acaso pertenecerían al antiguo templo de Mercurio ó Hermaeon que allí hubo, y cerca del cual presenció Darío desde un trono tallado en la roca el paso de su ejército de seiscientos mil hombres, que conducia contra los Escitas, y que cruzaron el Bósforo en aquel paraje por atrevido puente, que debió ser de barcas, hecho al propósito, y en recuerdo del cual Mandrócles de Samos, que le habia dirigido, levantó dos columnas de piedra, destinadas á perpetuar el nombre de los pueblos que tomaron parte en la atrevida expedicion. Por aquel mismo punto, como el más estrecho del canal, debió ser por donde más tarde atravesaron el Bósforo los célebres Diez mil al volver de Asia; despues los Cruzados; y por último los Turcos. En aquel mismo paraje es donde estuvieron tambien en tiempo del

imperio griego las célebres prisiones de Estado, conocidas con el significativo nombre de torres del Leteo ó del Olvido, que fueron destruidas por Mahomet II.

La aldea que se formó á la sombra de Rumili-Hissari nada ofrece de notable; pero entre sus casas de madera encuéntranse muchos capiteles y fragmentos arquitectónicos de la época bizantina, restos, sin duda, de los materiales que allí mandó amontonar Mahomet II para la edificacion de su fortaleza. El promontorio donde ésta se levantó corresponde, en sentir de M. Dumont, al Πυρρίας κύων de los griegos.

*Balta-Liman*, ó el puerto del Hacha, llamado en la antigüedad *Gunaicopolis*, que quiere decir tanto como «la ciudad de las mujeres», es el sexto punto de escala para los vapores, con bahía de buena profundidad, donde desemboca un riachuelo. En Balta-Liman sólo hay que digno de notar sea, el antiguo palacio de Réchid-Pachá, donde se firmó el tratado de comercio de 1838, el de las cinco potencias de 1841, y la convencion de 1843 relativa á los Principados Danubianos; y el llamado Campo de los Mártires *(Chèhidler)*. Despues se encuentra en una pequeña bahía plantada de cipreses el sitio en que estuvo la antigua Kyparádes de Dionisio Bizantino, lugar hoy llamado Emir-ghian-oglu-Baghtché, en cuya ribera se halla una mezquita que remata en un globo de madera dorada erizado de rayos; y más allá la sétima escala ó estacion de *Stenia*, en el puerto más natural y más profundo de todo el Bósforo. Stenia es una pequeña poblacion cristiana en su casi totalidad, que recuerda el nombre de Stenos, Leostenes y Sostenios, que llevó en lo antiguo la ciudad que allí existia. El primer nombre debe traer su origen de la estrechez en aquel paraje del canal, el segundo del fundador de Megara, y el tercero del templo y de la estatua alada, representando á la Victoria, que los Argonautas levantaron en aquel paraje en honor del genio salvador que les había socorrido en su lucha contra Amico, rey de los Bebrysos, templo y estatua que Constantino el Grande consagró más tarde al arcángel S. Miguel. Este puerto era muy renombrado y temido en la antigüedad, porque á él arribaban las escuadras de los países que amenazaron el imperio griego-bizantino, tales como las de los búlgaros en los principios del siglo VIII y las de los rusos en los comienzos y á mediados de la décima centuria.

*Yeni-Keui*, octavo punto de escala, descubre poco despues su poblacion de 10.000 habitantes griegos y armenios, y sus fecundos y pintorescos alrededores, cubiertos de viñas y de pinares; y despues que se dobla el promontorio donde aquella poblacion se levanta, en el mismo lugar en que estuvo la antigua Cantes Bacchia, en cuyo promontorio se ha construido una batería rasante, se encuentra la graciosa bahía de Kalender, con un kiosco del Sultan, bahía preferida como lugar de paseo y esparcimiento por los habitantes de *Therapia*, noveno lugar de parada de los vapores, cuyo nombre griego, que significa curacion, está justificado por la salubridad de aquella atmósfera, sin cesar purificada por las frescas brisas del mar Negro. A estas favórables condiciones debe el ser la residencia favorita de los griegos y de los diplomáticos, teniendo en él los embajadores de Francia, Inglaterra é Italia, preciosos palacios de verano, y el Sultan un elegante kiosco. El puerto está protegido por una batería rasante, de moderna construccion, y en los edificios del muelle encuéntranse cafés, hoteles y casas de recreo rodeadas de jardines. La poblacion llega á 5.000 habitantes, en su mayor parte griegos. En los jardines de la embajada francesa encuéntranse algunos bajo-relieves antiguos, y aras, restos de la coleccion de antigüedades reunida por el conde Choiseul-Gouffier.

Dejando á la izquierda el pequeño promontorio calcáreo de Kiretch-Burnu, donde se encuentra un *agiasma* ó fuente santa, consagrada á Santa Eufemia, se halla el profundo golfo de Buyuk-Dére, la antigua Vathykolpos, con el pequeño puerto de Kéfeli-Keui y las hermosas praderas del gran valle á que Buyuk-Dére debe su nombre, en medio de las cuales se destaca el magnífico plátano llamado de Godofredo de Bouillon, y más léjos el acueducto de Mahmud I.

*Buyuk-Dère* (el gran valle), penúltima escala de los vapores del Bósforo, es uno de los más encantadores sitios de recreo que pueden encontrarse en el mundo. La orilla describe en aquel punto un arco, que las olas bañan tranquilas y acariciadoras, y elegantes moradas se levantan en las playas, al pié de apacibles colinas y sobre un fondo de parques y jardines cubiertos de flores. Los ricos negociantes de Constantinopla tienen allí preciosas casas de campo, adonde van todas las tardes en los vapores que salen sin cesar del puente de Stambul, despues de terminados sus negocios

en Constantinopla. En la playa de Buyuk-Deré pasean á la puesta del sol hermosas damas armenias y griegas con lujosos trajes; las luces de los cafes y de las casas mezclan sus reflejos en las aguas con las plateadas de la luna y los cambiantes de las estrellas; y una brisa saturada de perfumes y de frescura sopla dulcemente, como el aire de un abanico agitado por la mano invisible de la noche, segun dice con su acostumbrado ingenio Teófilo Gautier.

El plátano de Godofredo, de que hace poco hicimos mencion, se encuentra en el paseo más frecuentado, que es una gran pradera con un bosquecillo de plátanos seculares, y está formado por una aglomeracion de siete ú ocho troncos fuertemente unidos por la misma naturaleza hasta constituir un solo tronco. Las ramas de aquel árbol colosal, mejor que ramas, parecen árboles horizontales, y las raíces, retorciéndose y sacando fuera de la tierra sus gigantescas curvas, parecen enormes serpientes enroscadas á su sombra. La tradicion que da nombre á aquel gigante de las florestas dice que bajo él tuvo su tienda Godofredo cuando acampó en aquel paraje con el ejército de la primera Cruzada en 1096; pero aunque tal relato le dé poético interes, no se halla apoyado en dato alguno histórico, siéndole contrario el testimonio de Ana Comneno, que dice estuvo Godofredo, ántes de embarcarse para Calcedonia, acampado entre el puerto Kosmidion, en el fondo del Cuerno de Oro, y San Focas, en los alrededores de la Propóntide. No es, sin embargo, inverosímil que un destacamento del ejército de los cruzados hubiera podido acampar en Buyuk-Deré. El Valle de las Rosas y el Kestané-Su (arroyo de los Castaños) ofrecen otro delicioso paseo al N., detras del palacio de Rusia.

Como dice con gran acierto Isambert, Buyuk-Deré es el mejor paraje para el viajero que quiera conocer bien el Bósforo y los alrededores de Constantinopla, pués ademas de la belleza del pais, alli encuentra fácilmente kaiques para visitar la orilla asiática, el monte del Gigante, el golfo de Beikoz y otros lugares no ménos pintorescos, y caballos para hacer una excursion hacia el mar Negro ó bien á la floresta de Belgrado, para cuya última excursion basta con un dia. Baghtché-Keui está situado sobre la cadena de colinas que cierran al Norte el largo valle de Buyuk-Deré, á cinco kilómetros del mar. Se llega á él á traves de hermosos bosques de

plátanos y cipreses, y al pasar bajo la gran arcada del acueducto de Mahamud I se dilata la vista por un vasto é indescriptible panorama del valle y del mar. Aquel acueducto fué edificado, segun ya indicamos, por dicho emperador en 1732 para surtir de aguas á Pera, Gálata y Bechik-Tach, notable obra hidráulica ideada por este sultan, pues Soliman el Grande no habia hecho más que restaurar los acueductos de los antiguos emperadores bizantinos.

Belgrado se halla á cinco kilómetros más allá de Baghtché-Keui, en medio de una floresta que no tiene ménos de 28 kilómetros de circunferencia, y que cubre las pendientes de la pequeña cadena de montañas que el Balkan extiende hasta el Bósforo, siendo aquélla la única floresta que se encuentra en la Tracia á los alrededores de Constantinopla. De su conservacion depende el gran depósito de agua de la capital, por lo que hay guardias especiales que velan con el mayor cuidado por la conservacion de la floresta y del acueducto, pues en caso de guerra, el ejército enemigo que se apoderase de aquella floresta podia dejar sin agua potable á Constantinopla. La aldea de Belgrado, que se denominaba, Petra, en tiempo de los bizantinos, está situada en un valle, entre dos depósitos hidráulicos, llamados el *gran Bend* y el *pequeño Bend*, y á uno y otro lado del primero encuéntranse dos más pequeños. De estos dos depósitos van las aguas á *Bach Havouz*, ó gran cisterna de Pyrgos, edificada tambien por Andrónico Comneno y reparada por Osman II. Al O. de Belgrado, en el valle de Evhad-eddin, se encuentra otro depósito llamado de *Aivat*, edificado en 1766 por Mustafá III, cuyas aguas van por dos acueductos, de los cuales el uno es el denominado especialmente el *gran acueducto*, y entrando en la gran cisterna de Pyrgos, reunidas todas aquellas aguas, se dirigen á la ciudad atravesando dos valles por dos acueductos, uno de los cuales lleva el nombre de *gran acueducto de Justiniano*.

Ademas de estas gigantescas obras hidráulicas, la floresta de Belgrado ofrece á los amantes de la bella naturaleza los paseos más encantadores y los sitios más pintorescos de vegetacion, que traen á la memoria la de las florestas del Norte; pues comprende especies muy diversas, como el haya, el abedul, la encina, el plátano, la carrasca, el pino, el olmo y el álamo blanco, y alimenta mucha caza menor, ciervos, gamos y faisanes. Tantos

y tan variados atractivos hacen de las aldeas de Baghtché-Keui y Belgrado la residencia favorita en los meses de primavera, de los francos, griegos y armenios de Constantinopla, abandonándola sin embargo en el verano, porque la misma abundancia de las aguas hace sea ménos saludable durante la época de los grandes calores.

Volviendo á Buyuk-Deré para terminar la descripcion de la orilla europea del Bósforo, encontramos el *Mezar-Burnu*, ó cabo de las Tumbas, que forma por el N. E. el golfo de Buyuk-Deré, y que debe su nombre al cementerio de la aldea de Seri-yer (Sol amarillo), que en él se encuentra, célebre por sus jardines. El Mezar Burnu de hoy es el antiguo promontorio *Simas*, donde existió un templo dedicado á Vénus Meretricia, muy venerado por los navegantes, siendo la bahía de Sari-yer la antigua *Sclètrinas*. Despues se halla la pequeña poblacion de *Ieni-Mahallè*, último punto de escala de los vapores en la costa de Europa; más allá el fuerte de *Teli-Tabia*, y un poco más léjos el castillo de *Rumili-Kevak*, que cruza sus fuegos con los de Iucha y Anaduli-Kavak en la orilla opuesta.

Desde este punto hasta la embocadura del estrecho en el mar Negro, el Bósforo es sólo un canal recto que va abriéndose segun se acerca á aquel mar, y cuyas orillas escarpadas y desnudas ofrecen un aspecto mucho más severo que el que nos presenta hasta aquel paraje. El fuerte de Teli-Tabia fué construido por el ingeniero frances Monnier en 1794, y Rumili-Kévak por el sultan Murat IV. Antiguas tradiciones designan aquel paraje como en el que Jason dedicó un ara á Cibéles, y allí tambien estuvo el Serapion ó templo de Serapis, edificado por los moradores de la antigua Bizancio. En el siglo XIV de nuestra Era los genoveses establecidos en Galata, menospreciando la autoridad vacilante de los emperadores, levantaron en ambas orillas fortalezas que les asegurasen la posesion del estrecho, extendiendo entre ambas una fuerte cadena que cerraba el canal. Todavía se ven las ruinas de estas fortalezas en la parte de Europa, aunque peor conservadas que las de Asia. Al pié de Rumili-Kévak, M. A. Dumont ha encontrado los restos de un vasto dique que avanzaba hacia el centro de la corriente, ocupando cerca de la tercera parte de la anchura del canal, dique que correspondia con otro cuyos restos se reconocen tambien enfrente en la costa de Asia; notable trabajo hidráulico, que demuestra el propó-

sito que tuvieron sus constructores de impedir la navegacion del Bósforo, dejando sólo un estrecho paso, que fácilmente pudiera cerrarse, para los buques. En las cercanas alturas hállanse los restos del monasterio de Mauro-Molos, y más al O., cerca de Zekeré-Keui, las de una torre redonda, llamada por los antiguos *Turris timaea*, ó *Torre de Ovidio*, que debió servir de faro en las época griega ó romana.

El antiguo puerto de los Efesios, hoy *Buyuk-Siman*, es el primero á que pueden arribar en la orilla europea los buques que entran del mar Negro, puerto que está protegido por el promontorio de Karibtché, antigua Gypopolis ó Ciudad del Buitre, á la que se refiere la fábula del rey Phineo, atormentado por las Harpías. Sobre este promontorio se levanta una fortaleza, y en el centro del pequeño golfo que el promontorio contribuye á formar, una roca aislada, que el citado M. Dumont cree pueda ser la misma conocida por los antiguos con el nombre de Dotinéa. Pasando este puerto, el Bósforo va ensanchando considerablemente hasta llegar á Rumili-Fener, ó Fanaraki, el Fanal de Europa, ó pequeño Fanal, que señala su fin, marcado por tres puntas salientes en esta orilla de Europa que vamos describiendo, cuyas puntas están fortificadas con importantes baterías. Enfrente de aquellos tres promontorios se ven las célebres rocas ó islotes *Cianeas* ó *Simplegadas*, llamadas por los turcos *Eurèkè-Tachi*, las cuales suponía la fábula eran movibles, hasta que quedaron fijas despues de haber pasado la nave *Argo*. Aquella fábula se explica fácilmente por la situacion especial de los islotes, pues hallándose unidos al continente por una especie de istmo que las aguas del mar dejan unas veces descubierto y cubren otras, cuando acontece lo primero, como no se ve solucion de continuidad entre las rocas y la tierra, parece que están unidas, y cuando acontece lo contrario quedan aparentemente separadas. En una de aquellas rocas se conserva un pedestal con parte de una columna, llamada, no sabemos por qué, columna de *Pompeyo*, que parecen restos de un ara, en la que habia esculpidas cabezas de toros, emblema de la agricultura y de la fertilidad. Dicen varios autores haber visto en ella una inscripcion latina en que se leia *Divo Caesari Augusto*, lo cual nos indica que aquel monumento honorario habria sido dedicado á Augusto despues de su apoteósis; pero el tiempo ha borrado aquellas letras.

El fuerte de Kila, cerca del promontorio, Eski-Fanaraki, tiene por objeto proteger las obras de defensa del mar Negro. Más allá de la aldea de Derkos, á una jornada de Constantinopla, se ven los restos de la muralla de Anastasio, destinada á contener las irrupciones de los bárbaros.

Tomando la vuelta, como ya indicamos, para regresar á Constantinopla por la costa asiática, encuéntrase lo primero en dicha orilla la fortaleza de *Riva*, á la entrada de un delicioso valle, cuya fortaleza está construida con el mismo objeto que la de Kila en la parte de Europa, ó sea proteger las obras de defensa del Bósforo. Un rio desemboca en él por aquella parte, que conserva el nombre, que parece español, de *Rivas*, pero cuyo nombre trae su origen del rio *Rebas*, mencionado en la leyenda de los Argonautas.

La roca de *Colòne* ó *Kromion*, unida á la tierra firme por el acarreo de las arenas, se halla despues, y luégo el cabo *Kum-Burnu*, el antiguo promontorio *Ancyraeon* ó *Cabo del Ancla*, de donde los Argonautas aparejaron definitivamente sus naves para remontar al rio *Phasis*, que descendiendo del Cáucaso atravesaba á *Aea* y *Phasis*, desembocando en el Ponto Euxino. Despues de Kum-Burnu encuéntrase la bahia de Kabakos, donde hay dos extensas y curiosas grutas, en las que debieran hacerse excavaciones, bahia en la cual se marcan algunos islotes cuando las aguas están muy bajas, rocas llamadas las Cyaneas de Asia, y que no son más que escollos submarinos. Despues encuéntrase el *Fanal de Asia*, llamado *Anaduli-Feneri* ó *Fanaraki*, que marca la entrada del Bósforo, moderno faro que algunos creen edificado sobre otro antiguo, denominado *Torre de Medea*. En esta parte levántase un fuerte, casi enfrente de *Karibtchè* de la costa de Europa, fuerte conocido con el nombre de *Poiraz*, corrupcion de la palabra *Bòreas*, el Norte. *Fil-Burnù* ó cabo del Elefante, que despues, se encuentra, está igualmente fortificado, y despues que se dobla su punta, se halla una bahia de irregular contorno, que dominan rocas acantiladas, hasta el *promontorio de Hieron*, que conserva en su cima las ruinas del castillo genoves, de que ya hablamos, y á su pié la moderna fortaleza y la aldea de *Anaduli-Kabak*.

El promontorio Hieron ó Sagrado debe este antiguo nombre al templo de los Doce Dioses que en él consagró el argivo Phrigos, y en el que dejó

ricas ofrendas Jason, á su vuelta de la Cólquide. No léjos se elevaba tambien el templo de Júpiter favorable (Ζεὺς οὔριος), edificado por los Calcedonios, y que Justiniano convirtió más tarde en una iglesia dedicada al arcángel San Miguel; demostrando aquellos antiguos monumentos religiosos las equivocadas ideas que tenían los marinos griegos acerca de lo peligrosa que creían la navegacion del mar Negro. Excavaciones bien dirigidas por Millingen hace pocos años, han descubierto muchos fragmentos arquitectónicos que pertenecieron al *Hieron* ó templo de los Doce Dioses, entre otros un arquitrave que se veía encima de una de las puertas del castillo genoves. Estos fragmentos, segun verídicas noticias, pertenecen á la buena época macedónica, y su estilo es el de los templos del órden jónico más elegante, encontrándose entre sus elementos decorativos la media luna de Bizancio y otros atributos desconocidos á los arquitectos de Aténas, cuyos detalles, dice M. Dumont, bastan para presentarnos en el siglo IV ántes de Jesucristo el orígen del estilo greco-sirio, que se encuentra en Balbec, en Laodicea, en Damasco y en casi toda el Asia Menor, aunque con exceso en los ornatos, debido á la decadencia del arte.

Tambien descubrió el mismo M. Millingen un hermoso bajo-relieve, que representa una escena de Rhabdomancia, el cual debió, sin duda, ser uno de los numerosos ex-votos que los marinos ofrecieran á la divinidad de aquel templo; y tenemos noticia de una inscripcion abierta en una lápida marmórea que debió pertenecer al mismo templo de Júpiter Urios, aunque no sabemos si fué descubierta en aquellas excavaciones, inscripcion que tenía por objeto invitar á los navegantes á ofrecer sacrificios ante la estatua de dicha divinidad, erigida por Tito Antipater. Desgraciadamente no conocemos estas importantes antigüedades, que hoy deben encontrarse en Inglaterra, más que por la mencion que de ellas hacen otros escritores.

El promontorio Hieron, último contrafuerte de las montañas de la Bytinia, enfrente de la postrera estribacion del Hemu en la orilla de Europa, forma una defensa natural del Bósforo contra las invasiones del N., por lo que desde tiempos muy remotos ha tenido fortalezas que servían á la vez de puntos fortificados, y de aduana ú oficina para el pago de los derechos establecidos por el paso del Estrecho.

Tan importante posicion no podia ménos de ser disputada en todas épocas, y así vemos á Prusias, rey de Bithinia, apoderarse de ella, quitándola á los bizantinos; ser teatro de terribles combates contra los hérulos al mediar el siglo III; contra los godos en la segunda mitad de los siglos IX y X; y más adelante apoderarse de ella á los genoveses, edificando el castillo cuyas pintorescas ruinas aún subsisten mejor conservadas que las de su compañero de la costa europea; posesion que bien pronto fué interrumpida por los venecianos en el año 50 de la décimacuarta centuria, y por los mismos bizantinos que allí resistieron los primeros ataques de los turcos.

En los muros exteriores del castillo genoves encuéntranse monogramas bizantinos, que sería curioso interpretar.

Algo más léjos, al pié del *Monte del Gigante*, encuéntrase la batería de *Iucha-Tabia*, que cruza sus fuegos con la de Teli-Tabia en la orilla opuesta, y el pequeño fondeadero de *Sudlidjè*, con un café, y algunas casas sombreadas por hermosos árboles, donde se desembarca para subir en veinte minutos por un agradable sendero á dicho monte, el más alto que se encuentra en las orillas del Bósforo, y cuya cima se eleva sobre el nivel del mar, 180 metros. Su base forma dos promontorios, el uno llamado *Madjiar-Burnu* ó cabo del Húngaro, al Norte, y el *Selvè-Burnu* ó *Mezar-Burnu* al Sur, formando ambos la pequeña bahía de Umuryéri, que los separa enfrente del golfo de Buyuk-Deré. El primero de estos promontorios llevó en lo antiguo el nombre de *Argyronion*, y el segundo el de cabo *Actorechon*.

El nombre de Monte del Gigante trae su origen, no de su grande altura, sino de una leyenda griega, segun la cual, Amycus, rey de los Bebricios, fué muerto por Polux en el combate del Cesto, y enterrado en aquella montaña; tradicion que explican los musulmanes diciendo que á quien allí dieron colosal sepultura no fué á Amycus, sino al hebreo Ioucha ó Josué. Una fosa de seis metros de largo por uno y medio de ancho, circuida con piedras y cubierta de flores y arbustos, que se encuentra en la montaña más allá de las ruinas de la iglesia de San Pantaleon, que edificó Justiniano, está venerada cual si fuera realmente el sepulcro de Josué, que guardan y cuidan con esmero dos derviches, como que para ellos es fecunda fuente de limosnas.

Desde la cima del Monte del Gigante se descubre un panorama magnífico, que se dilata por el N. hasta el mar Negro; por el S. hasta el largo promontorio Buz-Burnu, al extremo del mar de Mármara; por el E. en una region montañosa y pintoresca de frescos valles y apacibles colinas; y al O. por el Bósforo y la costa de Europa ya descrita, quedando oculta Constantinopla por una ondulacion del terreno. Tambien se ve de la costa de Asia por el S. á Hunkiar Iskelessi, el golfo de Bey-Koz, la punta de Kandlidjé, la de Kandilli, enfrente de Rumili-Hissar, y la bahía de Tchenghel-Keui, dominada por el monte Bulgurlu. Del Monte del Gigante puede bajarse por agradables sendas al precioso valle de Tokát, ó hacia el kiosco Hunkiar-Iskelessi, atravesando hermosas praderas, y por otro que desciende al SO. se llega al citado fondeadero de Umuryeri, donde se toma el vapor para continuar costeando la orilla asiática del Bósforo.

Doblado el cabo Selvé-Burnu se llega al pequeño puerto y kiosco, tambien mencionado, de Hunkiar-Iskelessi, ó el puerto del Señor, á la entrada de un fresco valle, que ha sido en todos tiempos morada favorita de los sultanes en los ardientes meses del verano. Así Mahomet II edificó allí un kiosco, y Soliman el Magnífico un palacio, que habiéndose arruinado, reedificó Mahamud I á mediados del pasado siglo, y que tuvo la misma suerte que el primero. Selim III construyó en el valle una fábrica de papel, cuyo lujo es digno de un palacio, y allí se firmó en el año 1833 el celebre tratado de Hunkiar-Iskelessi, que cerraba los Dardanelos á las escuadras extranjeras. El kiosco actual fué edificado y ofrecido al Sultan por Mehemet-Alí, pachá de Egipto, y se dice costó seis millones de pesetas, lo cual no es extraño, pues en aquel edificio rectangular con cuatro cuerpos salientes sostenidos por columnas, se han prodigado, aunque con más fastuosa profusion que gusto, ricos mármoles y lujosos ornatos. La pequeña poblacion que lleva el mismo nombre del puerto, es tambien residencia de verano muy estimada por los ricos armenios de Constantinopla.

Continuando la orilla se llega á *Bey-Koz*, décimo y último punto de escala para los vapores que salen del puerto de Stambul é importante poblacion turca que ha dado su nombre al golfo más espléndido del Bósforo. Este golfo recibió en la antigüedad el nombre de *bahía de Amycus*, y en ella fué donde, segun la tradicion, mató Polux al rey de los Bebrycios. Un

laurel plantado en el lugar donde fué derrotado y muerto, dícese tenía la propiedad de enloquecer á los que cogiesen sus ramas. En la parte más entrante de la curva del golfo se conservan los bosques y la aldea de *Sultanieh*; pero nada resta del delicioso kiosco que allí edificó, en tiempo de Murat III, Usdemir-Oghli-Osman-Pachá con los despojos de las ciudades que había conquistado en Persia.

La bahía de Bey-Koz era muy renombrada por la abundante pesca del pez-espada que en ella se hacia, y que hoy ha desaparecido del Bósforo. Tambien conserva el recuerdo, que ya puede considerarse como histórico, de haberse reunido en ella la escuadra anglo-francesa, ántes de entrar en el mar Negro el año 1854.

Continuando nuestro viaje costanero por la orilla del Asia, encontramos la bahía de las Higueras, ó *Indjir-Keüi,* con hermosos jardines y una fábrica, cuya alta chimenea contrasta con los elegantes minaretes turcos que se ven no léjos de la mezquita de *Pachá Baghtchessi*, edificada por Mustafá III. *Tchibuklu*, noveno puerto de escala de los vapores, hállase despues, con su pequeña bahía y el recuerdo del convento de los *Veladores*, que allí fundó en el siglo V. el abad Alejandro, cuyos frailes debian estar rezando y cantando noche y día sin interrupcion.

*Kanlidjé* (la villa sangrienta), octava estacion de los vapores, sigue despues. Edificada en la punta del mismo nombre, Kanlidjé-Burnu, presenta risueño y pintoresco aspecto, con sus jardines y sus pequeñas *villas* fabricadas sobre terrazas susperpuestas á manera de anfiteatro. En sus alrededores encuéntranse restos de construcciones bizantinas, y principalmente de una vía ó camino que seguía la direccion del litoral, y al que iban á confluir otros varios del interior, para facilitar el comercio de la Bithinia.

El castillo de Asia, *Anaduli-Hissar*, situado enfrente de Rumili-Hissar, fué como éste, edificado por Mahomet II, que le llamó Guzel Hissar, ó el castillo hermoso. Hoy está enteramente desarmado, y sólo conserva cuatro ruinosas torres, al S. de las cuales se encuentran otras ruinas, y entre ellas las de una mezquita que parece no haber estado nunca cubierta, circunstancia rara en las provincias occidentales del imperio otomano, y más comun en Egipto y Siria. Muy cerca del pequeño pueblo, que lleva el

mismo nombre de la fortaleza, se halla el hermoso valle *Gueuk-Su* ó rio celestial, el antiguo *Aretè*, en cuya embocadura encuéntrase la célebre pradera y el kiosco de las *Aguas dulces de Asia*, lugar de recreo muy frecuentado por los turcos, que acuden los viérnes á pasar horas de dulce *far niente*, reclinados sobre tapices de Smirna, á la sombra de los frondosos fresnos, plátanos y sicomoros, que crecen en tan encantador paraje. Una bellísima fuente arquitectural de mármol blanco, tada cubierta de arabescos é inscripciones doradas, con grande y saliente alero y esbeltas cúpulas, rematadas con altas agujas y medias lunas, se ve desde el Bósforo, designando con su elegante contorno, que destaca sobre el hermoso fondo verde del valle, aquel renombrado paseo tan querido de los Osmanlis. El kiosco imperial que en él se encuentra fué edificado por Mahmud I, y reconstruido por la sultana Validé, madre de Abdul-Medjid, y es del mismo gusto que el palacio de Dolma-Baghtché. En el valle de Areté ha reconocido M. Dumont restos de edificios bizantinos, un hipogeo que parece haber servido para sepulcro, y los restos de una hermosa via pavimentada del Bajo Imperio. Anaduli-Hissar es la sétima estacion de los vapores.

*Kandilli* (ó la linterna) es la sexta, y debe su nombre al farol de señales que hay encima de la poblacion, en lo alto de la colina de Idjadieh, donde se halla tambien un cañon para anunciar los incendios. Aquella parte de la costa llamóse en lo antiguo περιρρυον, á causa de la violencia que en ella tiene la corriente del Bósforo, y el pueblo pasa por ser el mayor y mejor situado de aquella costa. No léjos se encuentra otro kiosco imperial, y más allá las alturas de *Kulèli* con la aldea de su nombre, donde tienen los vapores su quinto punto de escala. En la plaza se halla un extenso cuartel de caballeria. En la parte más elevada que domina la poblacion, hay un jardin con un kiosco casi oculto entre los árboles que le rodean, y que recuerda una de las tristes historias del Serrallo. En aquel mismo sitio, reinando Selim I, habia una torre, donde Soliman estuvo oculto tres años por la animosa compasion de un bostandji-bachi, que áun á riesgo de perder la vida, decidió salvarle del furor de su padre Selim, que habia ordenado su muerte; por lo cual agradecido el príncipe, cuando subió al trono colmó de mercedes al bostandji, y derribó la torre que tan tristes recuerdos despertaba en su alma, levantando en su lugar un kiosco rodeado

de magníficos jardines. En aquel mismo paraje hubo, en tiempo de los emperadores bizantinos, una iglesia del arcángel San Miguel, que durante la Edad Media se consideraba como el celestial guardador del Bósforo.

*Tchengel-Keui*, así llamado por una antigua ancla de hierro que se dice encontró Mahomet II en aquel punto, es el cuarto lugar de escala, y en él se encuentran hermosas casas de recreo, y un kiosco imperial que guarda el recuerdo de las sangrientas ejecuciones ordenadas por Murat IV. Más allá se ve el gran palacio de madera pintada de color amarillo y gris, con más aspecto de convento que de palacio, edificado por Mahamud II en el pueblo de *Beylerbey-Keui*, que se levanta donde estuvo la antigua *Chrysokèramos* de los bizantinos, y en que hoy tienen su tercera estacion los vapores. Pásase despues por delante de *Istauros*, con su antigua iglesia griega convertida en mezquita y adicionada con dos minaretes y un jardin imperial debido á Ahmed III, y se llega á *Kuzgundjuk* (el cuervo pequeño), segundo punto de escala, con su puerto de Eukuz-Liman ó del Buey, y sus almacenes de trigo, que es la última poblacion que precede á Scútari, y primer punto donde los vapores se detienen.

Este suburbio de Constantinopla debe su nombre de *Uskudar*, de donde se ha formado Scútari, á aquel vocablo persa, que quiere decir tanto como, parada, por la posicion especial que ocupa, pues es el primer punto de escala para los que van de Constantinopla á Asia, y el último para los que llegan á la capital de cualquier punto del imperio. Scútari se llamó en lo antiguo *Chrysopolis*, nombre derivado segun unos de Chryses, hijo de Agamenon, y segun otros de la palabra, *chryseis*, porque aquella poblacion fué el lugar de depósito que los persas tuvieron para los productos de los impuestos que habian exigido á los habitantes de la Propóntide, siendo Chrysopolis dependencia de la Calcedonia. Polibio la menciona tambien como el punto de embarque para pasar el Bósforo, donde, siguiendo el consejo de Alcibiades, los atenienses establecieron una dependencia destinada á cobrar por ello derechos de portazgo. Tambien conserva el recuerdo de la célebre expedicion de Jenofonte, pues allí se detuvo con sus diez mil compañeros ántes de regresar á Europa; y el del socorro que los atenienses dieron á los de Bizancio contra Philipo de Macedonia, elevando los últimos

para perpetuar su agradecimiento, tres estatuas colosales cerca de la playa.

En la actualidad Scútari es el más importante de los suburbios de Constantinopla; y edificada en anfiteatro por la natural configuracion del terreno, ofrece el más pintoresco aspecto, visto desde aquella ciudad. En el desembarcadero se hallan cafes flotantes, que tan comunes son en Oriente, al rededor de los cuales circula en aglomerado agrupamiento multitud innumerable de kaiques, canoas, lanchas de todas clases y barcas de carga. Apénas se ha puesto el pié en tierra, excitan la curiosidad los blancos muros de Buyuk-Djami, mezquita moderna, que con su minarete, su cúpula, sus terrados con cúpulas más pequeñas cubiertas de plomo, entre las cuales se ven sobresalir los árboles, produce en la composicion de aquel encantador paisaje una nota caracteristica que no puede fácilmente olvidarse. Delante de ella y en el centro de la plaza que la precede, adonde viene á confluir la principal calle del arrabal, se levanta una fuente que recuerda la de Ahmed III, de que ya tienen noticia nuestros lectores. Las casas de Scútari, pintadas de color rojo en su mayor parte, con tiendas tambien casi todas en la planta baja, lo que le daba el aspecto de un verdadero mercado, al año de abandonar nosotros á Constantinopla, fueron casi todas consumidas por un incendio.

No léjos de la anterior mezquita, hacia la derecha, se encuentra la de la sultana Validé, Gulnuch, madre de Ahmed III, mezquita adornada con dos esbeltos minaretes de dos pisos ó galerías; el turbé de la misma, con calada cúpula; y dos khans ó albergues para peregrinos y viajeros; y siguiendo la referida calle principal se llega á un punto en que se bifurca, encontrándose en la de la izquierda una escuela turca, y al extremo de la de la derecha el famoso cementerio que tan célebre ha hecho el nombre de aquel extenso barrio, poblado con cincuenta mil habitantes. Dícese, y acertadamente en nuestro juicio, que el gran cementerio de Scútari es el mayor, el mejor situado y el que cuenta más sepulcros en todo el Oriente mahometano, á pesar de la cercana poblacion y cementerios de Eyub. Forma un inmenso bosque de cipreses que cubre extenso y montuoso terreno, atravesado por anchas calles, con una longitud de más de una legua; y abandonados los cipreses á sus naturales crecimientos, ofrecen las

más extrañas formas, entrelazándose á veces sus ramas como en selva virgen, á cuya apacible sombra duermen el eterno sueño creyentes muslimes bajo sepulturas de mármol, con planas y labradas estelas, ó cilíndricos cipos rematados con el turbante ó con el fez, clavados unas y otros casi verticalmente en la tierra, pero sin que por esto falten sepulcros horizontales á manera de arca ó ataud. Entre aquellas fúnebres calles se ven tranquilamente sentados á la manera oriental, hábiles canteros labrando los funerarios monumentos, silenciosos, pero incansables artistas, dignos de aquel bosque de la Muerte. Tambien se alzan entre los innumerables sepulcros, como los poderosos sobre los humildes, algunos turbés, pues el suelo de Scútari está considerado como tierra sagrada, lo cual no fué bastante para impedir que entre todos aquellos sepulcros de séres racionales se levantase un monumento funerario con elegante cúpula, sostenida por seis columnas de mármol, bajo el cual descansan los restos... del caballo preferido del sultan Mahmud.

Más allá del cementerio se encuentra la gran llanura de *Haidar-Pachá*, llamada tambien *Doghandjilar Meidan* ó llanura de los Alconeros, qne se extiende entre Scútari y los grandes cuarteles próximos á Kadi-Keui, llanura que tanto sirve para campo de maniobras militares como para paseo. En algun tiempo sirvió tambien para revistar los ejércitos otomanos ántes de partir para el Asia, con ocasion de guerras ó revueltas. No léjos de esta histórica llanura hay una mezquita y un jardin, en el que se halla una fuente, célebre en la antigüedad con el nombre de *Hermagoras*. Ademas, á la derecha y hacia el Sudoeste se eleva la mezquita de Selim, con su elegante cúpula y sus dos minaretes de una sola galería; el gran cuartel, tambien de Selim, ó Selimieh, flanqueado con cuatro torres en sus ángulos, y un gran edificio pintado de rojo, que sirvió de hospital al ejército inglés en la guerra de Crimea, á que concurrió como ¿aliada? del imperio turco la Gran Bretaña; y entre el gran hospital y las orillas del Bósforo, pero más cerca de éstas que de aquél, se ve el cementerio cristiano de los ingleses muertos en aquella campaña, en el que se alza un obelisco de granito sostenido por cuatro ángeles, obra del escultor Marochetti, dedicado á la buena memoria de aquellas inútiles víctimas de la ambicion humana.

Tambien encuéntranse en Scútari, el Tekié ó convento de los derviches gritadores, enfrente de él una mezquita con los muros pintados de verde, y otra de la sultana Validé madre de Murat III.

Al visitar á Scútari no debe prescindirse de una excursion al monte Bulgurlu que se halla cerca, y para la cual se atraviesa entre otros parajes por el cementerio armenio, con sus anchos sepulcros casi cuadrados. Pasado éste, el camino ofrece á uno y otro lado agradable apecto, por las hermosas casas de campo y de recreo que lo pueblan, entre las cuales gozan merecida celebridad la de Riza-Pachá y la en que murió Mahamud II. Extensos viñedos producen en aquellas laderas el célebre vino de Tcharich, tan estimado en Constantinopla. El camino atraviesa la aldea de Bulgurlu-Keui, y volviendo á la izquierda se dirige á la montaña, pudiendo llegar hasta la mitad de su altura en carruajes á la europea, que suelen encontrarse en Scútari, ó en carros de bueyes, medio de locomocion muy usado en los alrededores de Constantinopla. Despues hay que completar la ascension á pié hasta llegar á la cima, que se halla coronada de thuyas y de hayas. La vista que desde allí se disfruta compensa lo molesto del viaje, que puede hacerse en una hora.

Al Sur se descubre el mar de Mármara; al Norte, la costa de Asia, que se prolonga hasta el mar Negro; al Este, el golfo de Nicomedia, las montañas y las llanuras asiáticas; y dentro de estas gigantescas líneas el inmenso cuadro que ofrece en primer término el Bósforo desde Buyuk-Deré hasta Stambul, apareciendo como un gran lago aislado, á un lado Scútari, y al otro Constantinopla en toda su extensa magnificencia. En esta deliciosa altura encuéntrase un kiosco construido por Mahomet IV, soberano que no fué el primero en manifestar su preferencia por aquellos parajes, pues ya los emperadores bizantinos tuvieron en aquella montaña, llamada entónces Damatris, un palacio de recreo, donde se reunian para expediciones venatorias.

De Bulgurlu puede pasarse en poco tiempo á Kadi-Keui, la aldea del Juez, interesante para el historiador y el arqueólogo, porque en el lugar que ocupa estuvo la antigua Calcedonia, poblacion edificada por los megarienses diez y siete años ántes que Bizancio (676), llevando en un principio los nombres de *Prokèrastis*, de *Colpusa*, y por último, de ciudad de los

Ciegos, porque sus fundadores no habian hecho alto, al establecerse en aquellas comarcas, en la admirable situacion de Bizancio. Sin embargo, Calcedonia llegó á ser una ciudad floreciente y cabeza de un pequeño Estado, que comprendia toda la orilla asiática del Bósforo, habiendo tenido un templo muy célebre dedicado á Apolo. Despues de la expedicion de Darío contra los Scitas, quedó en poder de Otano, general persa: aliada, tan pronto de los Atenienses como de los Lacedemonios, formó al fin parte del reino de Bitinia, y pasó á los romanos por la postrera voluntad de Nicomedes, setenta y cuatro años ántes de Jesucristo. En tiempo del imperio gozó de los privilegios de las ciudades libres; pero abandonada á las incursiones de los bárbaros reinando Valeriano y Galieno, quedó bajo la dominacion del persa Cosroes durante diez años, en el siglo VII de Jesucristo. Los emperadores bizantinos apénas se ocuparon de ella más que para sacar materiales de sus edificios con destino á los nuevos que levantaban en la cercana Constantinopla, conducta que despues continuaron los turcos, hasta dejarla completamente destruida; y áun el recuerdo de su nombre se habria perdido, si no la hubiera hecho célebre el Concilio general que en ella se celebró el año cincuenta y uno del siglo V, en el que se condenó la herejía de Eutiques. Hoy, con su nombre moderno de Kadi-Keui, puede sólo considerarse como un sitio de recreo para los habitantes de Pera, pues situada enfrente de la punta del Serrallo, donde puede decirse que empieza el Bósforo, con sus cafés y sus hermosos puntos de vista, ofrece grato aliciente para esparcimiento y descanso los dias festivos. El actual *Liceo*, que allí se encuentra, dícese que está edificado en el mismo paraje en que estuvo la antigua basílica de Santa Eufemia, donde se celebró el citado Concilio; pero áun cuando así fuese, puede asegurarse á lo ménos que no tendrían lugar sus sesiones en la pequeña y estrecha capilla que se conserva, y donde se supone se celebraron, pues sus pequeñas dimensiones no permiten, ni pudieron permitir nunca dentro de ella, la reunion de tantas personas como en dicho Concilio general, y aunque hubiera sido particular, debieron reunirse: en la actualidad se está allí edificando una iglesia católica.

Siguiendo la costa hacia el Sur, á distancia de medio kilómetro, se encuentra el cabo Moda-Burnu; y es tambien otro de los puntos desde los que

se disfrutan mejores panoramas del Bósforo, y en donde se encuentra no escaso número de casas de recreo, y un gran establecimiento de jesuitas. El puerto natural de Fanar-Burnu parece ser el antiguo *Eutropios*, y en la punta del cabo se levanta un faro, en el mismo sitio en que se cree hubo un templo dedicado á Vénus Marítima.

Enfrente del puerto de Scútari, sobre una aislada roca, se levanta la *Torre de la Virgen*, mal llamada *Torre de Leandro*, por suponer que en aquel estrecho y por aquel punto pasó Leandro para buscar á Hero, narracion que, como es sabido, se refiere al Helesponto, segun vimos en su lugar oportuno. La Torre de la Virgen ó de la Doncella, en turco Keuz-Kulessi, debe su nombre á una leyenda oriental, no ménos poética que la fábula griega. Dícese que una gitana habia predicho al sultan Mohammed, que su hija, á la que amaba en extremo, moriria á consecuencia de la venenosa picadura de una serpiente, y que para evitarlo y aislarla de la tierra por donde pudiera llegar el temido reptil, construyó en aquella roca una torre, donde guardó á la doncella, pero sin que por eso dejase de llegar la fama de su hermosura á los más remotos confines del globo. Noticioso de ella el hijo del Schah de Persia, enamoróse ciegamente de Mehar-Chégid (que éste era el nombre de la hija de Mohammed), y consiguió llegase hasta su retiro un ramo de flores que en simbólico lenguaje llevaba entre sus perfumes y matices la apasionada declaracion del amor del príncipe. Por desgracia, entre aquellas flores habíase deslizado un áspid, que al aspirar la hermosa sus perfumes clavóle su aguijon envenenado; y hubiera muerto á pesar de la desesperacion del padre y de cuantos remedios aplicaron los más afamados médicos, á no haberse presentado de improviso el atrevido amante, que aplicando sus labios á la herida, con más deseo de salvar tan preciado tesoro que temor de la muerte, consiguió extraer el veneno y salvar la existencia de la que tanto amaba; rasgo de abnegacion y de amor que Mohammed recompensó dignamente, perdonándole su atrevimiento y el grave riesgo en que puso la vida de la doncella, entregándole su mano.

Sea lo que quiera de esta leyenda, la torre á que nos referimos se cree existia ántes de la dominacion turca, y que la edificó Manuel Comneno para defensa del Bósforo y para sostener la pesada cadena que lo cerraba

por aquella parte, extendida entre la punta del Serrallo y la ribera de Galata.

Con esto terminamos este largo capítulo, que por la importancia de la capital del imperio turco, en posicion, historia, costumbres y monumentos, no podia contenerse en más reducidas dimensiones. Bien hubiéramos querido, si de más tiempo hubiéramos dispuesto, visitar á Brusa y el monte Olimpo, á Nicomedia y á Nicea en las costas asiáticas; pero el itinerario estaba trazado de antemano, y aunque con sentimiento, tuvimos que dar nuestro adios de eterna despedida á la ciudad del Bósforo, no sin abandonar con verdadero pesar á nuestro embajador el Excmo. Sr. D. Antonio Aguilar, que casi ni un momento se separó de nosotros, acompañándonos á todas partes con una solicitud que demostraba el gran interes con que veia cuanto á la madre patria pudiera interesar y al progreso y adelanto de nuestros estudios, en todo lo que se refiere á aquellos países apénas conocidos de los españoles, y donde, como hemos dicho ántes de ahora, tiene ancho camino abierto nuestro comercio [1]. Reciba desde las modes-

---

(1) Como complemento á este largo capítulo, y por la utilidad que para el comercio español pueda reportar su conocimiento, vamos á trascribir en esta nota los principales párrafos de un notable y trascendental informe, dado al Gobierno español desde Constantinopla, el año ántes de nuestro viaje, por el citado cónsul D. Juan de Dios Rojas, acerca del comercio de aquella populosa capital y puertos del mar Rojo, que pudiera ser un gran foco de riqueza para el de nuestra patria:

«Si se tienen en cuenta los grandes elementos y los recursos inmensos de las costas de este imperio, mar Negro y Danubio, fácil es apercibirse del desenvolvimiento y grande importancia comercial de estos países. Hay naciones que tienen muy poco comercio con estos puertos, y para las que por sus condiciones es fácil establecerlo en una gran escala, pudiéndose poner entre ellas España en primer lugar. Basta echar una ojeada sobre los estados oficiales de importacion y exportacion, para convencerse de que tal vez no haya otros países que por la naturaleza de los productos de su suelo respectivo, pudieran establecer un comercio de cambio tan estable, recíproco y ventajoso como España y los puertos citados.

Todo comercio que tiene por base los productos de una industria cualquiera, debe necesariamente decrecer á medida que la industria del país consumidor se desarrolla y perfecciona. Puede haber países cuyas ventajas de fabricacion en ciertos objetos formen una excepcion de la regla; pero estas excepciones no pueden destruir un principio deducido de la naturaleza de las mismas cosas. El comercio entre España y los puertos indicados se basaría sobre los productos naturales del suelo respectivo, y tendría que aumentar progresivamente en proporcion del crecimiento y desarrollo de la industria en bien de los dos países.

España tiene necesidad de cueros, sebo, seda, algodon, drogas, semillas oleosas, harinas para sus colonias, gomas, cera vírgen, opio, ruibarbo, esponjas, rubia, pelo de cabra, alfombras, tapices y esencias.

Entre los artículos que más despacho y mejor colocacion tienen en esta plaza y demas puertos citados, figuran en primera escala los tejidos de algodon y de lana, terciopelos, rasos, sedas y gorros colorados *sin forma*, cuchillería, vidriería, loza, papel y libritos de fumar, quincalla, hierro, plomo, esparto, corcho, estaño, azufre, frutas secas, vinos, aguardientes y géneros coloniales, tales como azúcar, café, añil, pimienta, clavo, canela, cochinilla, nuez moscada, genjibre, azafran, petróleo y cigarros de la Habana.

La naturaleza ha hecho que estos países cambien con ventaja el exceso de sus productos. España posee una marina mercante bastante numerosa y más que suficiente, para cargar sus mercancías sin recurrir á marinas extranjeras.

En presencia de tales elementos podría creerse que existe un gran comercio entre estos puertos y España. Sin

tas páginas de este libro el sentimiento de nuestra gratitud, que vivirá miéntras nos dure la existencia, así como nuestro cónsul D. Juan de

---

embargo no es así: nuestros buques en general van en busca de los productos de que España escasea, á Inglaterra y puertos del Mediterráneo, arribando los cereales de Oriente en bandera extranjera á nuestras costas. Estos productos, habiendo ya pasado á manos de un segundo especulador y sufrido el coste del flete y los gastos inherentes á una segunda expedicion, resultan puestos en España á un precio mucho mayor, que disminuye el consumo, y siempre en beneficio del extranjero; y á su vez los puertos de Oriente reciben los productos españoles por Marsella y otros puntos intermedios sobrecargados con los mismos gastos, y las mismas causas producen los mismos efectos. Este sistema de cambios, separándose de la vía trazada por los buenos principios de economía política, es evidentemente contrario á los intereses comerciales y agrícolas de ambos países.

Tal es, sin embargo, el estado actual del comercio de España con los puertos citados. Buscando la causa de este estado de cosas, de este *statu quo* que detiene el desenvolvimiento del comercio, se percibe fácilmente que el derecho diferencial de bandera y otras infinitas trabas con que se grava á la marina mercante y al comercio, han detenido la marcha progresiva que se observa en otras naciones, que deben su preponderancia á las franquicias concedidas en favor de estos elementos de riqueza.

De cualquiera manera que se mire esta cuestion, es evidente que las concesiones por parte del Gobierno español en favor de la marina mercante, no podrían dañar al comercio extranjero, sino que, al contrario, abrirían las vías directas y naturales al comercio, modificarían los precios de una infinidad de artículos exóticos necesarios, y facilitarían la salida de otros productos, dando un nuevo rumbo al comercio exterior.

La sola lectura de lo expuesto hasta aquí sobre el comercio de Constantinopla y los puertos del mar Negro, bastaria, en mi juicio, para conocer lo hacedero que sería que los comerciantes españoles entablasen relaciones con este país, estableciendo una casa de comision, relaciones ventajosas á sus intereses, y por tanto, al comercio de la Península en general.

Los diferentes artículos de gran valor que de España ó de sus colonias llegan, ó mejor dicho, venían ántes á este imperio, y que se pueden importar directamente de nuestros puertos, y los que de esta plaza se exportan é indirectamente se introducen en España, son pruebas suficientes de que si se lograse que los comerciantes españoles hiciesen algunos ensayos, se conseguiría viesen palpablemente las ventajas que debería producirles el comercio con Turquía.

Hoy se aprovechan los extranjeros de la falta de relaciones mercantiles directas para comerciar y obtener lucro, en artículos que los españoles podrían vender á precios relativamente mucho más bajos, y que no obstante les dejarían grandes beneficios.

En mi humilde opinion. el mejor medio de dar principio á relaciones comerciales entre España, Constantinopla y el mar Negro, sería el establecimiento en esta corte (Constantinopla) de una casa-comision con un capital de 200.000 escudos, dividido en cien acciones, las cuales deberían repartirse en su mayor parte entre Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Cádiz, Málaga y otros puertos comerciales del litoral de España, con el objeto de interesarlos en el éxito de la empresa.

Los accionistas sólo podrían ser españoles, y negociantes ó banqueros.

Este establecimiento estaría dedicado especialmente á las comisiones de importacion y exportacion de España, y á las recomendaciones de buques españoles.

Los accionistas celebrarían en Barcelona cada fin de año una junta general, por sí mismos ó por sus apoderados, escogidos entre los accionistas presentes en dicha ciudad, para el exámen de la liquidacion anual del establecimiento y tomar las resoluciones que creyesen necesarias para el bien comun, y que dicho establecimiento debería seguir exactamente.

En la primera junta general se nombraría el director y subdirector, que sería el encargado de la Caja y de la direccion interior. Los dos tendrían la firma conjuntamente del establecimiento, al que se propone dar el nombre de «Sociedad Española Bizantina.»

Ninguno podría ser director ó subdirector, si no tuviese á lo ménos cinco acciones el segundo y diez el primero. y ambos deberían ser hombres expertos en todos los ramos de importacion y exportacion, y conocedores de los mismos.

Establecido el socio que hubiera de representar la casa en esta córte, daría la preferencia cuando pudiera y fuese compatible á los españoles moradores en Levante, tanto para las comisiones del interior del imperio, como para dependientes de escritorio, reconocida la ventaja del conocimiento en los idiomas del país.

Cuando las cien acciones se hubieran colocado, la junta general encargaría á uno de sus individuos la recaudacion de su importe, y el ponerla á disposicion del establecimiento.

Dios Rojas, su encantadora y amable familia, el secretario de la legacion Sr. Cológan y el intérprete Sr. Marinits, cuyas atenciones y cariñosa soli-

---

Cuando la conveniencia lo exigiese, la junta general podría abrir nuevas suscriciones para aumentar el capital, ó bien en caso de mal éxito resolver la disolucion de la compañía.

Formalizada la casa comision en esta córte, y conseguido, por ejemplo, que un buque español hiciese viaje á este puerto con mercancías adaptadas para este mercado, y llevase de retorno las de que España carece ó escasea, y casi con la seguridad de poder cargar de cereales para Francia ó Inglaterra, es bien sencillo que si el comerciante de Marsella y demas puertos del Mediterráneo gana, el lucro del español debería ser mucho mayor, áun cuando diese sus mercancías más baratas, porque ademas de la ganancia que debería realizar el cargador extranjero sobre la que ya habría efectuado el vendedor en el puerto intermedio con el mismo artículo, y que, haciendo un cálculo aproximado, no bajaría de un 10 por 100 la diferencia en favor del español, debe añadirse á lo expuesto el beneficio que resultaría, ademas de que podrían embarcarse otras mercaderías directamente, que, aunque en escala mucho menor, se enajenarían con facilidad, adaptándolas al gusto de estos mercados.

*Compras.*—Las compras se hacen en Constantinopla por medio de corredores, al contado y crédito, á plazos de 31, 61, 91 días segun la clase de mercancías. Luégo que los corredores están de acuerdo sobre el negocio, lo comunican á las partes, que lo aprueban de viva voz, á ménos que se trate de mercancías de que no puede disponerse inmediatamente, en cuyo caso se formalizan las condiciones por escrito, y si ocurre alguna dificultad en la entrega del género, ó se suscita alguna desavenencia acerca de su calidad, la cuestion se decide entónces por lo comun, bien por medio de árbitros que se nombran, ó pagando una indemnizacion segun las bases ó términos en que estuviese extendido el contrato. Esta costumbre, que tiene casi fuerza de ley, facilita mucho los negocios y disminuye el número de gastos de justicia.

*Fletes.*—Los fletes se pagan ordinariamente por el comerciante que debe recibir la mercadería, al precio estipulado en la plaza donde el buque hubiese cargado; éste es variable, segun la demanda de cereales de Europa, ó el número de los buques disponibles en este puerto y en los del mar Negro. Cuando hay buena cosecha llegan al precio de 3 á 4 francos por carga de Marsella (130 fanegas); pero en tiempo de calma se encuentran buques á 2 francos por C. M. para el Mediterráneo.

IMPORTACION

*Café.*—Este es, sin duda alguna, el artículo de comercio de más consumo en este país, y llega del Brasil, Estados Unidos de América y Marsella; la mayor importacion la efectúan generalmente los puertos del Mediterráneo. Segun un cálculo aproximado, no bajarán de 60.000 á 70.000 sacos, y su precio medio es el siguiente: Brasil, las 100 ocas, de 770 á 860 piastras; Estados-Unidos y puertos del Mediterráneo, de 720 á 950 piastras, segun las calidades. El café conocido como de segunda clase, y cuyo grano sea algo verdoso, es el preferido, y puede calcularse su consumo en 25.000 sacos.

*Azúcar.*—Ingles, de 242 á 250 piastras; el refinado frances y de la Habana en panes, de 280 á 300 piastras. Su consumo por término medio es de 50.000 á 60.000 barricas. El azúcar de segunda clase de la Habana es muy estimado, y podrían colocarse fácilmente de 1.000 á 2.000 cajas por año, al precio de 190 á 200 piastras los 45 kilogramos: este artículo se vende generalmente al contado.

*Añil.*—De Bengala y Madras, el primero de 118 á 130 piastras la oca, y el segundo de 140 á 160. Con el añil sucede como con el café, azúcar y demas mercancías para estos puertos, que sus calidades no deben pasar de medianas, pues las superiores difícilmente pagarán su valor.

*Hierro.*—De Inglaterra, las barras llamadas planas de todas clases, de 60 á 65 piastras los 50 kilogramos; para clavazon, de 70 á 74; y de 90 á 100 en hoja. Con el hierro se suelen hacer cambios por otras mercancías, y las ventas se efectúan á plazos cortos y á veces al contado. La importacion es de unas 60.000 toneladas. Las hojas de este metal se emplean por lo general para forrar puertas y la construccion de casas, las cuales revisten con objeto de evitar los fuegos tan frecuentes en esta corte.

*Cochinilla.*—Argentina ó plateada, de 55 y 60 piastras la oca; Morrellana de 50 á 55. Puede calcularse su consumo anual en 400 á 500 sacos ó *Surrones.*

*Plomo.*—Estos mercados están siempre abastecidos de plomo frances, de España, y particularmente del remitido de Marsella. Su precio medio es de 104 piastras el quintal turco, equivalente á 56 kilogramos 500 gramos. La venta fácil en general.

*Manufacturas.*—Las manufacturas, consideradas con relacion á su importe, es el ramo de comercio de más impor-

citud jamas se borrarán de nuestra memoria, aunque nos separen el tiempo y la distancia.

---

tancia en Turquía: Inglaterra, Francia, Alemania y Suiza abastecen copiosamente este mercado. En la actualidad, las manufacturas alemanas compiten para la venta con las inglesas y francesas, si es que no obtienen la preferencia, pues casi todos los consumidores de este país no calculan si la duracion ó bondad del género está en relacion con su valor, siempre que desembolsen lo ménos posible.

*Mercancías de fácil colocacion.*—Aceite, aceitunas en barriles, aguardiente, albayalde, algarrobas, almendras, avellanas, azafrán, azogue, cigarros de la Habana, idem de Manila, chocolate, corcho en hojas, felpudos, garbanzos, pasas de Málaga, plomo en tubos. Todos los vinos de España en botelles y barriles.

EXPORTACION

*Algodon.*—De Adana, 11 piastras la oca; Georgia, 10; Persia, 9 3/4; Ghieve, 11 3/4; Smirna 12. Grande exportacion de este artículo en Adana y Smirna.

*Pieles de liebre.*—De Anatolia: su precio medio de 46 á 56 francos las 100.

*Drogas.*—Su exportacion es de grande importancia. Las drogas y gomas forman uno de los principales renglones de comercio, que está casi exclusivamente monopolizado por los judíos. Trieste y los Estados-Unidos consumen gran parte; pero Inglaterra es la que exporta la mayor cantidad. Pocas veces se nota variacion en el precio de estas drogas.

*Opio.*—Este es uno de los mejores artículos por su valor para especular con él. Los Estados-Unidos exportan gran cantidad é igualmente la Holanda', aunque en porcion mucho menor. Asimismo se embarca para el Mediodía de la Europa. Este artículo está sujeto á grandes variaciones en el precio. Por lo general el opio se vende al contado, y puede decirse que, siendo un producto exclusivo de la provincia de Anatolia, el mercado para su venta es el de Smirna, donde se carga la mayor parte para Inglaterra, siendo el precio medio de 440 piastras la oca.

*Rubia.*—Entre los artículos para tintes que produce la Turquía, la Rubia es el que ocupa el primer lugar. La cosecha de esta raíz es, por término medio, de 100.000 quintales turcos, y su precio de 180 piastras quintal. Su exportacion se verifica para Inglaterra, Trieste y Rusia.

*Grano de granilla.*—Esta simiente, que se usa para dar el color amarillo, viene principalmente de Caissar (Cesárea), y se exporta para Francia y Alemania. El precio de este producto, uno de los más ricos de Turquía, es de 20 á 22 piastras oca.

*Esponjas.*—Las esponjas han sido y son uno de los renglones de gran exportacion, y particularmente para los mercados de Francia é Inglaterra. Se cogen en las islas del Archipiélago y en el mar de la Siria, y los precios varían considerablemente, segun sus cualidades, tamaño y figura. Si se juzga de las ganancias sobre este artículo por la gran cantidad que se embarca, los beneficios deben ser considerables.

*Pelo de cabra.*—El pelo de cabra de todas calidades puede estimarse en 50.000 á 60.000 quintales.

*Cera virgen.*—De este artículo de comercio se embarcan dos terceras partes para Marsella.

*Ajonjolí.*—Esta semilla oleaginosa forma uno de los ramos ó artículos del comercio de exportacion, que en años abundantes cargan muchos buques para Marsella.

*Simiente de adormideras.*—El mercado de Smirna está siempre abastecido de esta simiente para poder cargar algunos buques. Se exporta para Marsella exclusivamente, donde la usan para las fábricas de jabon.

*Seda en rama.*—De Brusa y Georgia de primera calidad: su precio en el mercado de esta plaza es de 50 á 52 francos la oca.

*Esencias.*—Precio, 18 piastras.

*Cereales.*—Trigo tierno de Burgas, Varna y Baltzik, de 27 á 29 piastras el kilo turco, admitiendo la libra turca en los pagos por valor de 115 piastras.

*Idem duro.*—De Burgas, Rodosto y Baltzik, de 31 á 32 piastras el id.

*Maíz.*—De Anatolia y Danubio, de 12 á 15 piastras kilo.

*Cebada.*—Danubio y mar Negro, de 12 á 12 1/2 id. id.

*Harinas.*—Saco de 60 ocas, primera calidad 120 piastras, segunda 110, tercera 105. Depósito en esta plaza 40.000 sacos.

Para la inteligencia de los pesos y medidas mencionados en esta memoria, téngase presente lo que dijimos en la pág. 349 y siguientes de este volúmen.

# CAPITULO V

## DE CONSTANTINOPLA Á CHIPRE

### I

### DE CONSTANTINOPLA A SMIRNA—MITILENE

A bordo del vapor frances que lleva el nombre de otro rio español, el Tajo *(le Tage)*, salimos de Constantinopla para volver á la fragata, que, como dijimos, habia quedado fondeada en los Dardanelos delante de Chanah-Kaleh, experimentando todo el tiempo que allí permaneció constantes vientos frescos del NE., con excepcion del dia 8 de Agosto, que desfogó con extremada violencia una turbonada de corta duracion y de carácter circular, que entró por el ONO. y dió la vuelta por el S., arrojando mucha piedra de gran tamaño.

En la mañana del siguiente llegamos á bordo, y á las nueve, estando listos, nos pusimos en movimiento para salir de los Dardanelos, llevando encendidas cuatro calderas. A las diez y media, francos de puntas, gobernamos en busca del canal de Tenedos, en el cual estábamos á medio dia, y en saliendo de él gobernamos hacia cabo Baba, dando todo aparejo en ayuda de la máquina. A las dos y media embocábamos el canal de Mitilene, atracando la costa de la Anatolia para dar resguardo al bajo que hay en el centro de él. A las tres y media, estando NS. con la farola del cabo Siviriji, se hizo rumbo á costear la isla de Mitilene, y á las siete y media, encontrándonos en la rada de la capital del mismo nombre, dimos fondo en once brazas de agua.

A pesar de estar ya puesto el sol, se envió á tierra para refrendar la

patente de sanidad, y para ser admitidos á libre plática, lo cual se obtuvo fácilmente.

La gran isla del Archipiélago, á cuya capital acabamos de llegar, situada en la costa de la Anatolia, á la entrada del golfo de Edremid, está separada del Continente por un canal de 20 kilómetros de ancho. Mide 60 kilómetros de longitud por 60 de anchura, y ofrece los dos puertos más seguros del Asia Menor, siendo el mayor el de Kaloni, que se halla al O. La isla presenta el aspecto más agradable, porque siendo muy accidentada tiene los valles y las laderas de sus montes cuidadosamente cultivados con hermosas viñas y olivares, las cimas y puntos elevados cubiertos con bosques de pinos, terebintos y lentiscos, y en las llanuras árboles frutales, exportando, sólo de aceitunas, cinco millones de kilogramos.

Los primeros habitantes de la isla fueron los Pelasgos, procedentes de la Argólida, que cayeron bajo la dominacion de los Troyanos; pero ciento veinte años despues de la guerra de Troya fué conquistada por los Eolios y los Aqueos, recibiendo leyes y organizacion de Pitaco, despues de haber pasado por diferentes formas de gobierno. Tomada por Ciro, se levantó contra Darío, que logró someterla, y despues de la guerra médica, como hubiera formado alianzas con los Atenienses y faltase á ellas, fué tratada cruelmente por los de Aténas, que se apoderaron de la isla. Más tarde quedó sometida á Alejandro, y por último á los romanos, poseyéndola despues en las diversas épocas de su preponderancia en Oriente los Bizantinos, los Latinos, los Genoveses, hasta que Mahomet II se apoderó de ella en 1462, quedando desde entónces sujeta al imperio turco, en el que forma parte del eyalato ó waliato de las Islas.

En la actualidad cuenta con 100.000 habitantes, de los cuales 62.000 son turcos. Las principales ciudades de Mitilene, llamada antiguamente Lesbos, fueron Mitiline, que despues dió nombre á toda la isla, Ereso, Antissa, Methymna y Pyrrha; y si bien no evoca recuerdos históricos de gran importancia, en cambio tuvo hijos célebres que hicieron imperecedera su memoria, tales como los historiadores Hellanico, de Mitilene, Cares y Teófanes, los filósofos Pitaco y Teofrasto, los poetas Terpandro, Arion, Lesches, Alceo, y sobre todos la poetisa, Safo, que más que ningun otro inmortalizó su nombre.

Imposible es detenerse ante la antigua Lesbos, y pisar su fecundo suelo, sin que acudan á la memoria los recuerdos de aquella mujer tan superior como desgraciada, que nacida en Mitilene, hija de Escamandrónimo, y de Cleida, y esposa durante poco tiempo de Cércola, contemporánea de Alceo, floreció al espirar el sétimo siglo ántes de Jesucristo. Safo, llena con sus recuerdos toda la isla, como con su nombre el mundo, y sin embargo no se encuentra en aquélla ni un solo monumento que la recuerde, pues un sencillo monumento sepulcral que dentro de una mezquita se halla, y que dicen es la tumba de Safo, no tiene carácter alguno de antigüedad, ni hay en apoyo de semejante atribucion el más insignificante testimonio. Sin embargo, al recorrer las calles de aquella poblacion, que presenta el triste aspecto de abandono que la mayor parte de las de la Turquia Asiática, llevábamos abstraida completamente la fantasía con el recuerdo de la gran poetisa, que amando desmedidamente, cuando ninguna ley habia sido hecha para tanto amor, no logró encontrar la solucion de lo ideal con la realidad, no alcanzó á comprender las reales existencias del mundo invisible, y confundiendo dos cosas bien distintas, el espíritu y la materia, atormentada por un amor que en la tierra no podia saciar, dejó escapar del pecho su divina esencia, quedando entregada en insensata lucha al terrible suplicio que impone el sentimiento desbordado por la furia de los sentidos.

Escaso tiempo permanecimos en Mitilene, pues llegamos por la tarde y salimos á las nueve de la mañana del siguiente dia, sin embargo de lo cual recorrimos toda la ciudad, hallando sólo para satisfacer nuestra curiosidad arqueológica unas columnas caidas de un antiguo templo de Apolo, convertido más tarde en iglesia cristiana. Tambien vimos un pequeño museo arqueológico, tan pobre de objetos como de clasificacion, pero que sin embargo demuestra buen deseo en los que lo formaron, y permite concebir la esperanza de que algun dia podrá acrecentarse con valiosos objetos, si se llevan á cabo en la isla, y sobre todo en Mitilene, excavaciones bien dirigidas, que tenemos la seguridad de que habian de producir satisfactorios resultados. Mitilene y sus hermosos alrededores producen excelente vino, algodon, aceite y frutas, entre las que se cuentan los acreditados higos llamados de Smirna, que exporta á Europa.

La capital está defendida por algunas obras de fortificacion, y su pequeño puerto, en el que vimos fondeada una goleta de guerra turca, tiene buenas condiciones para las necesidades de su comercio.

A las nueve de la mañana del dia 11 levamos el ancla, dirigiéndonos hacia al Sur en demanda del golfo de Smirna, empleando cuatro calderas y todo el aparejo portable. A medio dia quedó por babor el golfo de Sandarli, y gobernamos para atracar la costa del E. en la entrada del golfo de Smirna, continuando con cuatro calderas encendidas y buen tiempo. Se dió el resguardo conveniente al cabo Mermendgi, y desde él se gobernó á franquear los bancos de la orilla del E. aproximándonos á la isla Larga.

A las $3^h 40^m$ estábamos al S. y á corta distancia del primer faro flotante, y se puso la proa á la boca del puerto, indicado por otro faro tambien flotante y por el castillo de Sanjak, ó de la bandera. Dentro ya del puerto, nos dirigimos á fondear enfrente del barrio Europeo, situado en la parte N. de la ciudad, y á las cinco, encontrándonos en sitio conveniente, lo efectuamos en ocho y media brazas de fondo fango.

Hallamos en el puerto muchos buques mercantes y una fragata y una goleta turcas, de guerra.

Se saludó en seguida á la plaza, y se nos contestó tiro por tiro por la indicada fragata, porque la plaza sólo tiene unas insignificantes fortificaciones sin artillería.

El puerto es tan extenso, que con la poca brisa que experimentábamos en él, se hacia molesto barquear por la marejada que se levantaba.

Vino á bordo el vicecónsul español D. Rómulo Bernar, y se le saludó al cañon á su regreso para tierra.

## II

### SMIRNA—SARDES—EFESO

El golfo de Smirna forma una rada magnifica, prestándole abrigo el monte Mimas al S., el Pagus al E., y el Sypilo al N., y mide una longitud de 50 kilómetros por 20 de anchura. La ciudad que se levanta en la parte



MONUMENTO DE SESOSTRIS
en Kara Bell.

más entrante del golfo, se llama por los turcos *Ismir*, y es el punto comercial de más importancia en las escalas de Levante. Tiene una poblacion de 130.000 almas, y las transacciones mercantiles que realiza anualmente con Inglaterra, Austria, Francia, los Estados-Unidos, la Turquía y otros paises, se eleva á la enorme cifra de cuatrocientos millones. Los principales artículos que exporta son: la rubia de los tintoreros, escamonea, agallas, productos del Kurdistan, higos, pasas, tabaco, algodon, dátiles, opio, lanas, seda hilada ó en rama, capullos de gusano de seda, pelo de cabra, maíz, cebada, trigo, aceite de oliva, esencia de rosa, cera, sésamo ó segrin, que tambien llaman en las provincias andaluzas de España ajonjolí, sanguijuelas, esponjas, y preciosos tapices, llamados de Smirna, que se fabrican en las poblaciones del interior, sobre todo en Uschak; é importa á su vez tejidos de todas clases, cristalería, quincalla, porcelana, metales, principalmente hierro, hulla, relojes, bisutería, tabaco elaborado, azúcar, café, vinos, aguardiente, licores, salazones y quesos. De Smirna arrancan dos caminos de hierro, el uno por Aidin, el otro en direccion de Scútari por Brusa y Kutahieh, que han contribuido con su fecunda influencia á aumentar el movimiento comercial de aquel puerto.

La ciudad está dividida en parte alta, ó barrio turco, y parte baja, ó barrios francos, los cuales están poblados por negociantes extranjeros, bajo la autoridad directa de sus cónsules, y sin depender para nada del gobernador turco. Hay ademas el barrio griego y el barro judío, ofreciendo cada uno de ellos los caractéres peculiares de sus moradores, notándose sin embargo en todos que si por la parte exterior las casas ofrecen poco artístico aspecto en general, son cómodas interiormente, y no falta nada en ellas de cuanto pueda proporcionar la riqueza. Las calles son malas y horriblemente empedradas; las tiendas de pobre aspecto, y carece de buenos edificios, de plazas y de paseos.

Como en todas las poblaciones de Oriente, abundan en Smirna los cafés, ya al estilo turco, ya al estilo europeo, únicos puntos donde se pueden pasar las calurosas noches de verano; y en uno de ellos, situado á la orilla del mar, que recuerda los *cafès cantantes* de Paris, y en el que actores franceses entretienen á la concurrencia declamando ó cantando, se reune lo más escogido de la poblacion franca.

Tiene tambien alrededores pintorescos, en los que las gentes acomodadas poseen fincas muy bellas de recreo para la estacion de los calores, y los cónsules extranjeros hermosas casas pertenecientes á sus respectivas naciones, excepto España, que en todas partes se distingue por su abandono, pues no de otra suerte puede calificarse la pobre y poco digna manera con que la encontramos representada en Oriente, á pesar de los buenos deseos de los dignos empleados diplomáticos y consulares. El vicecónsul de España en Smirna habita un modesto cuarto alquilado, en el que tiene que invertir una gran parte de su corto sueldo.

Diversas y contradictorias opiniones se han emitido acerca de la posicion de la antigua Smirna, las cuales pueden conciliarse, como hace el Conde d'Estourmel, considerando que aquella antigua colonia de Efesios tuvo fases distintas. La Smirna eólica, conquistada por los Jonios, á cuya confederacion quedó unida, habia sido fundada cerca de siglo y medio despues de la guerra de Troya, y fué destruida por los Lidios: ocupaba parte de la escala actual de Burnabat, y apénas quedan de ella vestigios. La tumba de Tántalo, de que despues hablaremos, parece marcar el lugar de su necrópolis. La segunda Smirna fué la soñada por Alejandro el Grande dormido en la cima del monte Pagus, añadiendo la leyenda griega que las Eumenides, cuyo templo estaba cercano, le habian marcado el lugar; y realizada por sus sucesores, á ella acudieron los habitantes de la primera, que andaban errantes por las montañas. El emplazamiento de esta segunda Smirna, llamada la reina de la Jonia, tan floreciente en tiempo de Strabon, y que tan alto grado de esplendor alcanzó en la época griega y romana, no deja lugar á dudas, á pesar de los escasos restos que de ella quedan. La Smirna de la Edad Media fué sustituyéndola lentamente, extendiéndose por la orilla del mar.

En la Edad antigua fué embellecida por Lisimaco, y estuvo bajo la dominacion de los reyes de Pérgamo, y despues bajo la de los romanos. Cuando la gran revolucion de Asia, 88 años ántes de Jesucristo, fué la capital de Mitridates. Casi destruida por Dolabella durante la guerra civil que siguió á la muerte de César, y despues por un terremoto en tiempo de Tiberio, restaurada por Marco Aurelio, formó despues parte del imperio de Oriente hasta la llegada de los Turcos seljucidas en 1094, reconquistándola

los Griegos tres años despues. En 1312 se apoderaron de ella los Otomanos, á quienes la toman en 1334 los cristianos coaligados, destruyéndola Tamerlan en 1402, y levantándose de nuevo para seguir las vicisitudes de los dominadores de Oriente, hasta quedar bajo el poder de la Media-luna, formando parte de la Turquía Asiática.

Smirna aparece hoy pobre de antigüedades, despues de haber sido fecundo manantial de ellas para los gabinetes públicos y particulares de Europa y de Asia. Sin embargo, en la época de nuestro viaje y despues, el cónsul de Suecia y de Noruega, Sr. Spiegetthal, á quien tuve el honor de conocer y la fortuna de que me acompañase á ver todo lo que de notable hay en aquella poblacion, con una solicitud y un interes que nunca agradeceré bastante, llevó á cabo importantísimas exploraciones, de cuyo resultado tuve la satisfaccion de que á ruego nuestro enviase notables noticias á la Academia de Nobles Artes de San Fernando, en cuyo archivo y biblioteca se conserva el riquísimo álbum de vistas fotográficas de todos los monumentos que exploró, y una Memoria, tan corta como interesante, que nos complacemos en reconocer nos sirve de guia al dar noticia de las antigüedades de Smirna. Dispénseme la modestia de aquel distinguido extranjero, que por sus trabajos ha merecido ser individuo correspondiente de las Reales Academias de Stokolmo, Cristianía, Berlin, Munich y la ya citada de Nobles Artes de nuestra patria, si consigno en este lugar de mi libro su nombre y la expresion más sincera de mi gratitud, ya como particular, ya como uno de los jefes del Museo Arqueológico Nacional, para el que me hizo valiosas donaciones de objetos esculturales descubiertos por él mismo, quitándolos para dármelos de su jardin, donde las conservaba.

Smirna y los escasos restos de los monumentos que atestiguan su pasada importancia, han sido objeto de trabajos especiales, debidos á Texier, Arundel, Hamilton y otros no ménos distinguidos arqueólogos, cuyas huellas no podemos seguir, tanto por hallarnos muy léjos de la merecida reputacion de estos celosos y doctos investigadores de lo pasado, cuanto porque el escaso tiempo que permanecimos en aquella poblacion no nos permitió hacer detenidamente el estudio de sus antigüedades. Sin embargo, supliendo el tiempo con nuestro buen deseo, y teniendo por guia al ya

citado Sr. Spiegetthal, á quien tanto deben la arqueologia y la historia por sus bien dirigidos trabajos y exploraciones, asi en Smirna como en Efeso, Sardes, Rodas y otras importantes comarcas del Asia Menor, conseguimos reunir las noticias que vamos á ofrecer á nuestros lectores, ampliadas con la citada Memoria del diligente cónsul sueco.

Los monumentos de la antigua Smirna, destruidos por diversos conquistadores y pueblos bárbaros, ofrecen escasisimos restos que puedan ocupar la inteligente investigacion de la ciencia, y sólo á fuerza de grandes trabajos, de cuantiosos gastos y de pacientes excavaciones, pueden encontrarse algunos fragmentos arquitectónicos de aquellos renombrados templos de Poseidon, Nemesis y Apolo, tan célebres en la antigüedad. Entre los verdaderos escombros de este último, el citado Sr. Spiegetthal ha tenido, sin embargo, la fortuna de hallar un notabilisimo relieve marmóreo, de un metro de altura y setenta centímetros de ancho, representando á Apolo y á Narciso en uno de los pasajes ménos conocidos de aquellas simbólicas creencias de la mitologia griega. En esta composicion escultórica aparece Apolo, bajo la que pudiéramos llamar advocacion Dionisiaca, con la piel de pantera, al lado del caballo en que, segun la fábula, realizó sus civilizadoras expediciones, llevando en la mano izquierda una lanza, y Narciso á la izquierda del caballo, con las bridas en la siniestra y arrojando con la derecha el *disco*. Detras de Apolo se ve un árbol corpulento con dos gruesas serpientes enroscadas entre las ramas; y al pié del árbol un hombre sentado, sujetando dos perros y con una lanza en la mano izquierda, pendiendo del mismo árbol dos liebres, producto de la terminada caceria.

La leyenda de que parece cuadro explicativo este relieve, cuenta que Apolo amaba á un hermoso jóven griego, llamado Narciso, su compañero inseparable en todas sus atrevidas expediciones, y que un dia, volviendo de caza, jugando al disco, recibió éste un golpe de uno de ellos y murió, salpicando con su sangre las flores que crecian en el lugar del trágico suceso, y que manchadas desde entónces de rojo, llevan el nombre de Narcisos.

Pero donde se encuentran los rastros más arcaicos y anteriores á la llegada de los Eolios es en la vertiente del monte Sipylo, en la parte que

domina á Burnabat, frente de Smirna. Alli se ven restos de antiguas murallas, que debieron pertenecer á una poblacion importante, murallas que recuerdan las de antiguas ciudades de Capadocia y de Frigia. Grandes tumbas en forma de túmulos se levantan aqui y allá en la pendiente de la montaña, cuya cima está coronada por una acrópolis y por antiguas fortificaciones de construccion verdaderamente ciclópea. Entre aquellas ruinas y notables túmulos, unas y otros conocidos con la denominacion de *Tantaleyas*, se halla la tumba de Tántalo, citada por Pausanias, el cual menciona tambien el trono de Pelops, labrado en la roca, que dice se encontraba cerca de aquélla, y desde el cual se veia la llanura Aeólica, y al pié de la montaña el templo de Plastenes, madre del dios. El Sr. Spiegetthal cree haber descubierto aquel trono, y ha llamado la atencion de los arqueólogos europeos acerca de su hallazgo, y él mismo, auxiliando los trabajos del profesor Curtius, ha explorado varias de aquellas tumbas tumulares, encontrando en ellas muchas monedas de plata de la colonia Clazomene, pertenecientes á remotísimo periodo, objetos de barro, vasos de bronce y muchas hachas y puntas de lanza, de cobre.

Pasando el puente llamado de las Caravanas, se entra de seguida en la antigua necrópolis de la Smirna romana. A uno y otro lado numerosos sarcófagos de mármol blanco con cariátides esculpidas demuestran el respeto y consideracion que tenian los antiguos con los restos mortales de sus parientes ó amigos; y siguiendo aquel camino por espacio de media hora, se llega á un lago de agua dulce, sombreado por hermosos árboles, lago conocido con nombre de Baños de Diana, hoy *Chalka-Bunar* y que fué la fuente sagrada del templo de Jano, que lo mismo que el de Diana en Efeso, estaba servido por sacerdotes y sacerdotisas. Aquel lago, rodeado de muchos árboles seculares, tenia al rededor habitaciones apropiadas para el baño de los sacerdotes, con pavimentos de artísticos mosaicos, y la gran fuente del lago, cerrada por una puerta de hierro en el fondo del baño, surtia de agua potable á Smirna, que pagaba por ello cierto impuesto al templo. Los antiguos tubos por donde el agua iba á la ciudad encuéntranse todavia en los alrededores del lago, á la profundidad de veinticinco piés ingleses. Entre las ruinas que se hallan cerca de los llamados Baños de Diana veianse hermosos restos del templo de Jano y antiguas arcadas,

y al hacer obras de reparacion en aquel gran depósito hidráulico, se han encontrado una hermosa estatua de Diana, una cabeza de Vénus y otra de Bacante, y la mitad de una estatua colosal muy parecida á la célebre Vénus de Milo.

De otros monumentos ó edificios de más recientes épocas apénas queda en Smirna más que la fortaleza edificada por Juan Ducas, en el mismo sitio en que estuvo la antigua acrópolis de Júpiter Olímpico; fortaleza cuya parte Sur conserva muros de tiempo de Alejandro Magno. Encima de la puerta occidental, por la parte exterior y á la derecha entrando, estaba el busto de la amazona Smirna, busto que por órden del gobernador turco se llevó al Museo de Santa Irene, en Constantinopla.

A la entrada de su magnífica puerta septentrional se ven sobre el arco dos águilas esculpidas y una inscripcion en honor de Juan Ducas, que pinta de una manera elegante y poética la extrema miseria de que el emperador Juan Comneno había sacado á la ciudad, terminando por una súplica al Todopoderoso para que concediera largo y feliz reinado al emperador y á su bella esposa. El interior de esta fortaleza arruinada es sólo un monton de escombros, y en ella tambien se encuentra una pequeña mezquita, que se dice haber sido la antigua iglesia metropolitana dedicada á San Juan. En su vestíbulo conserva dos columnas corintias de las más notables de este órden que la antigüedad nos ofrece, y no léjos se halla una vasta cisterna subterránea, con seis grandes arcadas en el sentido de su longitud y cinco en el de su anchura, probablemente de época bizantina. Al lado de la puerta occidental del castillo, á la derecha bajando hacia el mar, se encuentran las ruinas del antiguo y hermoso Stadio y del Anfiteatro, que se extendian, parte sobre el monte Pagus y parte en direccion de la ciudad sobre grandes arcadas, de que todavía se conservan vestigios. Encima de este Anfiteatro aún existe buena parte de la iglesia bizantina de San Policarpo, que despues sirvió de mezquita y que hoy se encuentra abandonada.

No léjos de ella, las excavaciones del Sr. Spiegetthal han dado por resultado el hallazgo de muchas cámaras con mosaicos de gran belleza, representando, ya un combate entre un leon y un toro, ya un zodiaco, ó bien una lucha de muchos guerreros. Tambien descubrió en el mismo paraje el

diligente é ilustrado investigador figuras ó estatuitas de barro cocido muy bien conservadas, y monedas de Smirna de tiempo de Lisimaco y de Alejandro. Todos estos objetos fueron enviados por el celoso cónsul á los Museos de Stokolmo y de Cristiania.

El monte Pagus fué el paraje donde los suntuosos templos y otros edificios públicos de la época griega y romana se levantaron, así como la parte baja de la montaña contenia la necrópolis, encontrándose todavía entre los restos de las tumbas de los guerreros griegos, escudos y espadas mohosas y casi deshechas, así como en otras de niños romanos, objetos de sus juegos infantiles.

A estas, si bien escasas, importantes noticias de la antigüedad griega y romana debemos añadir otras no ménos interesantes para la causa de la civilizacion del mundo, puesto que se refieren á los primeros tiempos del cristianismo. Smirna fué la primera ciudad que vió reunida en su seno una pequeña sociedad de fieles; su iglesia, una de las siete del Apocalipsis; y su primer obispo, San Policarpo, discípulo de San Juan. Presúmese que éste es el *Angel* de la iglesia de Smirna, á quien se refiere el Apocalipsis en estas palabras dictadas por el Espíritu del Señor: «Sé tu tribulacion y tu pobreza, mas rico eres, y blasfemado por aquellos que dicen que son judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanas. No temas ninguna de las cosas que has de padecer. El diablo hará que seais encarcelados para probaros, y sufrireis diez dias de tribulacion. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.»

El santo obispo fué preso por Herodes, tetrarca de Smirna, y conducido al Anfiteatro, permaneció fiel á su santa creencia, á pesar de las ofertas y amonestaciones para que abandonase la verdadera religion si queria librarse de los tormentos que le amenazaban, sufriendo al fin con resignacion la muerte, que le dieron los *confectores* ó encargados de rematar á los gladiadores y á las fieras en el circo, pues las llamas de la hoguera á que le arrojaron parecian respetar á aquel venerable anciano de ochenta y seis años. Los restos del anfiteatro á que hace poco nos referimos, evocan el triste recuerdo de la muerte de este y de otros mártires de la Fe.

La memoria de San Policarpo evoca tambien la de San Ignacio, obispo de Antioquia, que viviendo aquél y rigiendo la iglesia de Smirna, estuvo

de paso en esta ciudad cuando se dirigia á Roma para sufrir el martirio, visitándole en ella muchos obispos y cristianos que apresurados acudian á verle. En la misma ciudad escribió á algunas iglesias sus epístolas, que han llegado hasta nuestros dias [1].

El celo evangélico no ha dejado de producir sus buenos efectos en aquella ciudad, donde existen muchos establecimientos católicos, como puede verse en los datos que trascribimos en la nota, tomados del abate Mislin, y donde, segun éste consigna, llamando la atencion especialmente sobre

(1) Aunque nosotros no tuvimos tiempo de enterarnos detenidamente del estado de la iglesia de Smirna, cuyo arzobispo se titula Vicario Apostólico del Asia Menor, tomamos los siguientes curiosos é importantes datos para los que tenemos la fortuna de llamarnos y ser católicos, de la obra del abate Mislin, titulada *La Tierra Santa*:

ESTABLECIMIENTOS RELIGIOSOS CATÓLICOS DE SMIRNA

IGLESIAS PARROQUIALES

En la ciudad..... { Capuchinos: San Policarpo. / Recoletos: Santa Maria.

Extramuros..... { Santa María, en Burnabat. / San Juan Bautista, en Budja.

IGLESIAS PARTICULARES ABIERTAS AL PÚBLICO

El Sagrado Corazon, convento de Lazaristas.
El colegio de la Propaganda, convento de los mismos.
Capilla de las Hermanas de la Caridad.
Capilla del Hospital frances.
Otra dos capillitas.
Smirna cuenta con 14.000 católicos.

ESCUELAS DE NIÑOS

El colegio de la Propaganda.—*Profesores:* 6 lazaristas y 8 externos eclesiásticos ó legos; alumnos, 160, de los cuales 75 son internos.

El colegio de los Mechitaristas.—*Profesores*, 6; alumnos, 30, todos armenios.

Escuela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana.—*Profesores:* 7 hermanos; 300 alumnos en las clases de dia, y 60 en las de noche, entre los cuales se cuentan 40 griegos cismáticos.

El Sagrado Corazon.—*Profesores:* 5 lazaristas y 2 hermanos, sin que haya datos para fijar el número de alumnos.

Escuela de Capuchinos.—*Para la parroquia y la escuela:* 8 presbíteros y tres hermanos; alumnos, 30.

Escuela de Recoletos.—*Para la parroquia y la escuela:* 8 presbíteros y algunos hermanos; alumnos, 40.

Escuela del Sr. Roux (mixta).—*Profesores legos*, 7; alumnos, 80, de los cuales 56 son católicos.

Escuela de la Conferencia de San Vicente para niños de ambos sexos, 50 alumnos.

ESCUELAS DE NIÑAS

Escuelas de las Hermanas de la Caridad: 18 religiosas y 450 alumnas, entre las cuales se cuentan 80 armenias cismáticas y algunas griegas.

Cinco escuelas á cargo de algunas señoritas. La principal tiene 45 discípulas; otras dos 20, y las restantes 15.

ello, *todos los establecimientos de educacion*, *asi como los oradores sagrados*, *gozan de ilimitada libertad*. Como nuevo dato de esta tolerancia, cita el mismo autor el hecho importante de que en Smirna, lo mismo que en Constantinopla, celébrase públicamente y con la mayor solemnidad la procesion del Córpus, acompañando los niños de las escuelas al Santísimo Sacramento entonando himnos, espectáculo que algunas veces ha producido tal entusiasmo á los mismos jefes turcos, que les há hecho enviar las músicas militares para dar más solemnidad al acto.

En cambio, los griegos de Smirna, segun el mismo autor, parece están empeñados en no desmentir aquel antiguo proverbio, *greca fides*, *nulla fides*, pues en una poblacion donde se alberga tanta variedad de gentes, y en la que se celebran muchos matrimonios entre griegos y católicos, bajo la promesa de educar á los hijos en la Iglesia católica; de cuantos griegos se han casado con estas condiciones, *ni uno solo ha cumplido su palabra*.

El gobernador turco que habia en Smirna en la época de nuestro viaje, y á quien visitamos con el comandante de la fragata y nuestro vicecónsul, era una persona que continuaba la política de tolerancia que allí encontró establecida el citado abate Mislin, que reunía conocimientos nada vulgares, sobre todo en asuntos de Marina, y que habia desempeñado en algun tiempo el Ministerio de Hacienda en el gobierno del Sultan.

En Smirna tambien tuvimos la satisfaccion de ver el único establecimiento mercantil español que encontramos en todos los países de Oriente que recorrimos, establecimiento fundado hacia cinco años por el ilustrado jóven catalan D. Néstor Ferrando, el cual se ocupaba en remitir algodon del pais á las fábricas de Cataluña, proporcionando asi flete á una línea de vapores que hacen la carrera á Barcelona, y que son los únicos buques españoles que surcan periódicamente las aguas de Levante. Aquel entendido comerciante, casado en el pais con una señora tan virtuosa como bella y amable, puede decir que ha fijado la base de una colonia española, que andando el tiempo será abundante fuente de riqueza para el pais y punto de apoyo para que nuestra influencia en aquellas regiones, donde es completamente nula, adquiera la importancia que le corresponde. ¡Ojalá muchos imitaran su ejemplo!

A las cinco de la mañana del dia 13 de Agosto salimos de Smirna;

pero ántes de proseguir la relacion de nuestro viaje creemos del mayor interes dar algunas noticias de dos históricas poblaciones y de algunos importantes monumentos, que aunque no visitamos por falta de tiempo, pudimos juzgar por los datos y fotografías que acerca de los mismos nos facilitó el citado Sr. Spiegetthal. Nos referimos á Sardes y á Efeso, ciudades ambas tan célebres en la historia antigua, y tan relacionada la segunda con la de nuestra religion, que no creemos ocioso consignar cuanto acerca de una y otra logramos saber, con tanto más motivo, cuanto que en nuestro pais no es fácil hallar en otras obras españolas estos datos.

Entre la falda del monte Tmolus y el rio Hermus, á la orilla derecha del Pactolo, se eleva una alta montaña que domina ancha y fértil llanura, en la cual se abren hacia el Oeste los valles del Hermus y del Caystro. Al pié de esta montaña estuvo Sardes, hoy Sart-Kalé, la célebre capital de los reyes lidios, casi á igual distancia de Smirna que Efeso, ó sea unos 60 kilómetros, áun cuando Sardes está al Este y Efeso al Sur.

El territorio que ocupó la primera de estas ciudades abunda en restos prehistóricos, tanto de la época paleolítica como neolítica, y habitado en un principio por los Pelasgos, bien pronto una nueva raza sometió ó arrojó á aquellos antiguos habitantes, siendo dueños del pais hasta la conquista persa.

Los Lidios, que habian sucedido á los Pelasgos en la posesion de Sardes, eran semitas. El cuadro etnográfico del capítulo X del Génesis menciona á Lud como uno de los cinco hijos de Sem, de quien se cree descienden los Lidios, si bien admitiendo despues dos elementos en la gente lidia, el uno pelásgico, el otro relacionado con la fuente aramea.

Los Lidios fueron gobernados por tres dinastías sucesivas, conocidas con los nombres de Atyades, Heráclidas y Mermnades. De los Atyades apénas se tiene más noticia que la de haber empezado á reinar hacia el sigls XVI ántes de la Era cristiana. La dinastía de los Heráclidas, segun Herodoto, tuvo principio por los años 1200 ántes de Jesucristo, habiendo sido su primer soberano Agron, hijo de Belo, procedente de las orillas del Tigris; siendo de notar que Agron es un nombre enteramente asirio, que quiere decir, el fugitivo. Los Heráclidas dieron veintidos reyes á la Lidia, y ocuparon el trono cerca de cinco siglos, hasta que Candaulo, el último

de ellos, fué asesinado, de acuerdo con la infiel mujer de aquel rey, por Gyges, que se apoderó de su tálamo y de su trono, siendo el primero de la dinastía de los Mermnades, la cual tomó este nombre del de Gyges, cognominado Mermnas. La subida de Gyges al trono, segun los datos cronológicos de Herodoto, debió tener lugar en el año 713, y su muerte en el de 675 ántes de Jesucristo; pero hay que notar una diferencia de algunos años, porque en las inscripciones conservadas en el Museo británico, Asorbanipal, rey de Asiria, mencionado en sus relaciones con Gyges, rey de los Ludios ó de los Lidios, se habla de una embajada y de presentes que recibió hacia los años 667 ó 666.

La dinastía de los Mermnades abre el periodo plenamente histórico de la Lidia, cuyo estado tenía dos poderosos enemigos: los Griegos, que se habían establecido en sus costas y que les interceptaban el mar; y los bárbaros, es decir, los Tracios, cuyas bandas atravesaban á cada instante el Bósforo, y los Cimmerianos, última rama de los Celtas, retrasada en la inmigracion de su raza, que arrinconados en el Cáucaso por los Scitas, atravesaban de vez en cuando los desfiladeros, arrojándose como desolador torrente sobre el Asia Menor.

Durante mucho tiempo estos pueblos llenaron á la Lidia de espanto con sus repentinas invasiones, y la misma capital, Sardes, sintió su empuje, terrible situacion que inspiró al poeta Callinos de Efeso, cual si fuera el Tirteo de la Jonia, admirables versos que en medio de su excelencia recuerdan la marcha acompasada y sostenida con que los Cretenses atacaban á sus enemigos, al són de la flauta y de la lira.

La historia no dice si el poeta consiguió comunicar el fuego que le inspiraba á los Jonios, enervados por sus riquezas; pero los Lidios supieron resistir y rechazar á los bárbaros.

El asesino de Candaulo, Gyges, acometió la difícil empresa de someter á los Griegos del Asia Menor, y bien pronto logró apoderarse de Colofon, Magnesia y Sipylo, saqueando á Smirna y á Mileto. Al fin de su vida fué, sin embargo, desgraciado, como providencial expiacion de su crímen.

Una nueva y más poderosa invasion de los Cimmerianos le obligó á llamar en su ayuda á los Asirios, que no se la otorgaron sino á condicion de que habia de someterse á la supremacía ninivita; pero bien pronto,

como acontece con harta frecuencia, los mismos aliados fueron sus enemigos, y los Cimmerianos, instigados por el rey de Asiria, devastaron completamente los fértiles territorios lidios, el año 663; terrible invasion en que el usurpador Gyges perdió la vida. Su hijo Ardys le sucede, y en su reinado tiene lugar una segunda invasion de los Cimmerianos, que se apoderaron de Sardes, quedando reducido el rey á la ciudadela; pero no siendo el intento de aquellos invasores conquistar territorios, sino recoger los ricos despojos de la guerra, se retiraron despues del saqueo, y Ardys pudo dedicarse á seguir los proyectos de su padre contra las ciudades griegas. Sadyates y Alyathes, sus sucesores, continuaron el mismo plan, devastando los territorios de las ciudades jónicas por espacio de once años, dejando el último, despues de una guerra victoriosa, el trono á su hijo Creso, que la continuó, causando incalculables daños á los vencidos, y aumentando con el producto de los saqueos en las florecientes, ricas y artísticas poblaciones griegas sus tesoros, hasta el punto de haberse hecho proverbiales las *riquezas de Creso.*

Ademas de esto, la Lidia era abundantisima en metales preciosos, y las arenas del Pactolo llevaban oro en abundancia, creyéndose fué Creso el que acuñó la primera moneda de oro conocida en el mundo antiguo, y cuyos ejemplares son por esta causa muy estimados entre los numismáticos.

La guerra entre Creso y Ciro habia de poner sin embargo término á tantas prosperidades, y en la última batalla que se dió en la vasta llanura de Thimbria, hoy llanura de Almietly, quedó destruido el poder de los Lidios; demostrando el gran número de túmulos que en ella se encuentran, y los muchos huesos que contienen, el encarnizamiento con que lucharon aquellos dos pueblos por conseguir la supremacia del Asia Menor. El señor Spiegetthal ha explorado uno de aquellos túmulos, y á juzgar por el número de éstos y los restos que en él se encuentran, pueden calcularse en más de 80.000 cadáveres los que perdieron la vida en aquella terrible hecatombe de la ambicion humana.

Ciro, despues de la toma de Sardes, confió su custodia y su gobierno á un persa, llamado Tabalo; y encargando al lidio Pactyas del trasporte á Persia de los tesoros de Creso, volvióse á Ecbatana, llevando consigo,

como el mejor trofeo de la victoria, al vencido y ántes opulento rey de Lidia.

Las diferentes dominaciones que han pasado sobre aquel codiciado territorio, apénas han dejado huellas de su paso, lo cual trae á la memoria aquellas palabras del ángel del Apocalipsis refiriéndose á Sardes: «Sé cuáles son vuestras obras. Estáis reputados como séres vivientes, pero estáis muertos.»

Sardes, dominada despues y sucesivamente por los romanos, los griegos y bizantinos, há sido casi destruida muchas veces por los terremotos, por Tamerlan y por los Turcos, hasta que quedó completamente abandonada en los primeros años del siglo XVI, y los pocos cristianos que en ella continuaban fueron conducidos á la aldea de Salikly y á la ciudad de Alaskeir. Hoy, con las obras del camino de hierro que pasa por en medio de la que fué populosa ciudad de Sardes, se han descubierto muchas ruinas de sus antiguos edificios, llamando hacia aquel olvidado territorio la atencion de los doctos, que á él acuden de casi todos los paises cultos.

Entre aquellas informes ruinas lo que llama preferentemente la atencion del viajero es la antigua Necrópolis de Sardes, conocida hoy con el nombre de Bin-Tepé, ó las mil colinas. La llanura, limitada al Norte por el rio Hermes, que corre de Este á Oeste sobre un lecho muy bajo, está compuesta de terrenos arenosos, y en la época de las grandes lluvias, y á consecuencia del deshielo de las nieves en las montañas de Frigia, el rio se desborda é inunda la llanura. Los Lidios abrieron un canal que conducia las aguas del lago Gyges, que rodea por un lado aquella vasta necrópolis. El grupo de las tumbas se halla en el centro de una planicie que domina las demas, situacion que recuerda la de los célebres túmulos de las llanuras de Argel. El mayor de aquellos sepulcros parece á primera vista una pequeña montaña; pero bien pronto, examinándola de cerca, se ve que está formada por la mano del hombre. Aquel monumento funerario, segun Herodoto, es el sepulcro del padre de Creso. Dice á este propósito el padre de la Historia: Hay en Lidia un monumento que no cede en nada por su grandeza á los de los Egipcios y los Babilonios, que es la tumba de Alyattes. Se levanta sobre un gran basamento elevado el cono de tierra amontonada, á la manera del monumento funerario de Rodas,

que vimos y estudiamos, y de que hablaremos más adelante, y en su cima destacábanse cinco stelas de piedra, en las cuales se habia consignado por medio de inscripciones al propósito, la parte de trabajo que habian prestado para la ereccion del monumento, artistas, obreros y cortesanos. En el año de 1854 el Sr. Spiegetthal lo exploró y midió, resultando de sus trabajos que el diámetro de tan colosal sepulcro llega á 250 metros, y su circunferencia á 1.175. Una gran cantidad de tierra acumulada al rededor de la base demuestra que su altura y áun su diámetro debian ser mayores en otros tiempos, porque las colosales piedras que formaban el basamento estaban enterradas cerca de 25 piés, á causa del movimiento del terreno en las diferentes vicisitudes por que ha pasado aquella comarca. Segun dicho señor, la altura primitiva debió ser de 680 piés ingleses, ó 207 metros. El mismo encontró muchos fragmentos de una de las citadas stelas que coronaban el cono, y que era de piedra calcárea, aunque por desgracia tenian completamente borradas las inscripciones; pero de esta falta le indemnizó otro curioso hallazgo, que consistia en una inmensa piedra en forma de hongo con ranuras, la cual probablemente habria servido de ara para los sacrificios humanos que se hacian por los Lidios. La cabeza de esta piedra era plana por encima y media aproximadamente ocho piés de diámetro.

Entre otros monumentos funerarios, el mismo ilustrado investigador encontró otra piedra con inscripcion cuneiforme en que decia: «A la memoria de Panthea, Abradat, y á los más fieles de todos los servidores.» Segun los libros de Kyropædia, núm. V de Jenofonte, parece que en la batalla de Sardes, una mujer conocida por su gran belleza, llamada Panthea, cayó en poder de Ciro, consiguiendo que su marido Abradat fuese aliado de éste, y que como en uno de los combates con los enemigos muriese Abradat, Panthea se sacrificó sobre el cadáver de su esposo, y sus servidores siguieron su ejemplo, matándose tambien en ofrenda de fidelidad, junto á sus amos; rasgos de abnegacion que quiso perpetuar Ciro con aquel monumento funerario.

El lago de Gyges, que como hemos dicho toca á esta vasta necrópolis, fué ya conocido por Homero, mencionándolo en su *Iliada* (II, 863 y XX, 386), y mide 13 millas inglesas de longitud por 5 de anchura, abun-

dando en sus aguas la pesca, sobre todo de carpas. En épocas primitivas ó prehistóricas, debió no sólo ser conocido, sino habitado, porque en él ha descubierto el mismo cónsul de Suecia á que venimos refiriéndonos, instrumentos de piedra pulimentada, puntas de flechas, huesos de animales que hoy no existen, como el Mammud, señales de habitaciones lacustres con restos de comidas y objetos de uso doméstico.

Sardes era una verdadera ciudad aristocrática: Los palacios reales y de los magnates ocupaban las planicies del O., y los ciudadanos y mercaderes la parte baja del Pactolo, en el punto por donde atraviesa el camino de las caravanas. A la parte NE. de la Acrópolis se ven las ruinas del Teatro, del Stadio y de diversas habitaciones y Agoras ó mercados, monumentos todos que no van más allá de los tiempos de Tiberio; pero el lugar más importante de todos los mutilados restos de la ciudad de Creso, es en el que estuvo el templo de Cibeles sobre el Pactolo, donde existen ruinas que pueden considerarse como las más antiguas de Sardes. A cinco metros de profundidad encuéntranse los restos de aquel templo, del que todavia existen en pié dos gigantescas y grandiosas columnas con hermosos capiteles jónicos, que en breve desaparecerán tambien, derribadas, como sus compañeras, por los terremotos, pues la destruccion de aquel monumento avanza rápidamente en su obra de exterminio. En el año de 1764 existian todavia cinco columnas con un colosal arquitrave, y en 1699 se conservaba la puerta principal del Naos. Hoy sólo quedan las dos columnas, levantándose sobre aquel *campo de soledad*, como elocuente testimonio del esplendor pasado y de la instabilidad de las grandezas humanas.

El templo á que pertenecieron, que se orientaba N. NE., era díptero jónico, con ocho columnas, cuyo diámetro era de dos metros, y la distancia de una á otra, medida desde sus ejes respectivos, de 5,20. El Sr. Spiegetthal ha excavado al rededor de las columnas hasta encontrar su base, y medida su altura resulta ser la de $21^{m}$,28. El mismo celoso investigador ha encontrado entre aquel verdadero detritus muchas figuras de barro, ex-votos dedicados á Cibéles, inscripciones, mármoles de escaso valor, y muchas monedas atenienses, romanas y bizantinas.

Si nuestro tiempo no hubiera estado tan inexorablemente prescrito en el viaje, hubiéramos hecho una excursion á Sardes, como deseaba el Se-

ñor Spiegetthal, la cual no hubiera sido inútil para el estudio y para las colecciones del Museo Arqueológico, así como la que tambien proyectaba para la cercana Efeso.

Esta antigua ciudad jónica del Asia Menor, á 60 kilómetros S. de Smirna, situada en la desembocadura del Caystro y cerca del mar Egeo, fué importantísimo punto de escala en aquellas regiones y centro del maravilloso comercio de ideas establecido entre la Grecia y el Oriente. Metrópoli asiática de las religiones, conservó siglos enteros uno de los ídolos más venerados del paganismo, hasta que, para completa ruina de sus falsos ritos, predicó allí el Apóstol de las gentes. Atribuida á las Amazonas la construccion del primer templo de Diana, reconstruido despues en veintidos años á expensas de toda la Grecia, incendiado por Erostrato el dia en que nació Alejandro, para perpetuar por cualquier medio su nombre, se levantó con más fausto y esplendor tercera vez bajo la direccion de Chiromócrates, enriqueciéndole los primeros artistas de la Grecia, pues Praxiteles esculpió el ara y Parrasio y Apeles le pintaron; pero la estatua de oro de la diosa y las riquezas amontonadas en aquel templo, estimularon la codicia de los bárbaros, y fué saqueado por los godos que desembarcaron en el Asia Menor durante el período de anarquía militar que atravesó Roma en el siglo III de nuestra Era, acabándole de destruir despues Constantino en odio á las prácticas paganas.

El primer templo dícese era egipcio, lo cual justifica una vez más la influencia del arte y de la cultura faraónica en el arte y la civilizacion griega, y su primitiva estatua recordaba la adoracion de los betilos en las edades remotas (1). Despues que ya tuvo forma humana, con sus ban-

(1) Véase lo que acerca de esta primera forma de la divinidad decíamos en nuestra Memoria sobre las *Antigüedades del Cerro de los Santos*, en España:

«La primitiva forma del sol divinizado, era un *cono ú obeliseo de piedra.* Herodiano (V, III, § 10), describe así la forma del dios Elagabalo, representado del mismo modo en las monedas de Emesa. λίθος δὲ τίς ἐστι μέγιστὸς, πάντοθεν περιφερὴς, λέγων εἰς ὀξύτητα, κωνοειδὲς αὐτῷ σχῆμα, μέλαινά τε ἡ χροιά.—*Es una piedra grandísima, por debajo circular, tirando á rematar en punta. Su forma es cónica y su color negro.*

La misma tenía la luna, ó Diana de Éfeso, la Vénus de Pafos y la celeste de Cartago. Tácito (Hist., II, 3), nos dice: *Simulacrum Deae non effigie humana: continuus orbis, latiore initio, tenuem in ambitum, metae modo exurgens, et ratio in obscuro*; é indudablemente, igual sería la Diana que dió nombre á la vecina Denia. Cilíndrica desde la cintura abajo, es tambien la estatua de Nebo, que se conserva en el Museo Británico.

La razon no es oscura en nuestro siglo de grandes y positivos adelantos históricos. La llama del hogar fué la primera que se simbolizó por aquella figura. La adoracion de los betilos ó conos truncados, responde á la marcha progresiva de las primeras religiones.



E. Letre lit.º Lit. Donon. Madrid.

PUERTA LLAMADA DE LA PERSECUCION
en Efeso.

das de jeroglíficos recordaba más y más su orígen egipcio, así como sus dos brazos sostenidos horizontalmente por dos báculos ó litnos, su tosca antigüedad. Los griegos despues la desenvolvieron á medias de aquellos ligamentos, le multiplicaron los pechos é hicieron de ella una Panteha con los atributos más diversos, conservando, sin embargo, la restriccion de copiarla siempre en ébano. Allí se mezclaron las opiniones medo-pérsicas sobre el culto de la luz y sobre los dos principios; y con nombre persa llamaban Megabisos á sus sacerdotes, extranjeros siempre, eunucos, que hacían las ceremonias en union de las vírgenes, y que se mostraban grandes maestros de artificios y de mágicas imposturas.

Efeso en tiempo de los romanos fué considerada como la principal ciudad del Asia Menor. Antes de ellos Creso la despojó de su independencia, y despues pasó al poder de los Persas. En los tiempos de su autonomía estaba gobernada por un senado presidido por los Epicletas, y á tanto llegaba el orgullo individual de sus hijos, que á pretexto de que todos aquellos que fuesen superiores á sus conciudadanos no se les impusieran, hicieron una ley inspirada por la sórdida envidia, para que todos los que sobresaliesen por su talento ó su virtud fuesen á distinguirse á otra parte, á lo cual sin necesidad de ley tambien obligan muchos pueblos modernos. Efeso, sin embargo, se orgulleció con haber sido patria de Heráclito, Parrasio y Apéles.

Al hablar de Efeso no puede olvidarse á S. Pablo, que vivió en aquella ciudad dos años, en cuyo tiempo estalló contra él la célebre sedicion de Demetrio y de los plateros de Efeso, que fabricaban templos de Diana, de plata, con cuya industria se enriquecian. Como las predicaciones del Apóstol les irrogaban graves perjuicios, organizaron un motin que al fin logró apaciguar el juez de la ciudad con estas palabras: «Varones de Efeso, ¿quién hay que no sepa que esta ciudad está honrada por la gran Diana, hija de Júpiter? Y pues esto es incontrovertible, debeis sosegaros y no hacer nada inconsideradamente. Estos hombres que habeis traido ante mí ni son sacrílegos ni blasfemos contra vuestra diosa. Mas si Demetrio y sus

El orígen de este culto procede de la edad llamada prehistórica, ó de las hachas de piedra, que se tomaron andando el tiempo por piedras caidas del cielo, si bien á veces eran verdaderos aerolitos. Entre los asirios este númen se llamaba *Nin* ó *Nannaea*, el cual dió su nombre á la capital Nínive, llamada constantemente *Ninos* y *Ninus* por Herodoto, Diodoro, Josefo, Plinio, Estrabon y Tácito. Su nombre egipcio es *NNIA*, como ha demostrado Champollion. En caractéres uniformes se lee *Ninua*.

oficiales tienen alguna querella contra alguno, audiencia pública y procónsules hay; acúsense los unos á los otros» (1). Este llamamiento á la equidad de los Efesios, produjo el buen efecto que esperaba el prudente y sabio magistrado que las pronunció.

Tambien Efeso evoca el recuerdo de S. Juan Evangelista, pues vivió en ella mucho tiempo ántes y despues de su destierro á Patmos, y en ella terminó sus dias. Dirigiéndose desde Patmos al ángel de la iglesia de Efeso, habia dicho: «Moveré tu candelabro de su lugar, si no te corrigieres.» (Apocalipsis, II, 5.) Há mucho tiempo que se cumplió este vaticinio, y actualmente entre las ruinas de Efeso, que ocupan una vasta extension, sólo se halla la humilde aldea de *Aja Seluk*, esto es, *Agios theologos* ó Santo teólogo, que es el nombre que daban á S. Juan.

Efeso tambien conserva el recuerdo del célebre concilio que allí se celebró y que es conocido con el nombre mismo de la ciudad, y el de la debatida cuestion acerca de si la Santísima Vírgen residió tambien y hasta murió en ella, cuestion que hoy parece resuelta en sentido negativo, sin embargo de lo cual la traslacion de la Madre de Dios á Efeso en compañía de S. Juan, despues de haberse cumplido todas las profecías hechas por su Divino Hijo, ha inspirado uno de los más hermosos cuadros de la moderna escuela purista española (2).

Pero desgraciadamente á recuerdos, y casi nada más que á recuerdos, está reducido cuanto resta de la antigua ciudad. Destruidos los antiguos templos, cuyas columnas y ricos materiales sirvieron para varios edificios de Constantinopla y de otras ciudades cristianas de Oriente, sólo se conservan los escasos fragmentos arquitectónicos que vamos á enumerar.

Ruinas llamadas del templo de Diana, que no son más que una masa informe de destrozados restos, entre los cuales sólo indican su antiguo destino grandes trozos de fustes de columnas estriadas, que como las de todos los templos griegos, no fueron monolitas, sino compuestas de diferentes piezas perfectamente unidas, segun vimos al ocuparnos de los templos de Aténas en el anterior volúmen.

Restos de muros de otro edificio que llaman el Gimnasio, pero cuya

(1) *Hechos de los Apóstoles*, XIX, 35-38.

(2) Nos referimos al de D. German Hernandez, que se conserva en el Museo Nacional de Pinturas.

construccion en su mayor parte es romana, lo mismo que sucede con las de un Teatro que apénas conserva recuerdos de lo que fué.

Otro resto de un muro con un gran arco de la época romana imperial, que no sabemos por qué se denomina por el Sr. Spiegetthal puerta del templo de Lisímaco.

Puerta igualmente romana, llamada de la Persecucion, sin que conozcamos tampoco el orígen de este nombre, flanqueada por dos robustas torres, y en el centro un arco cuyas dovelas han desaparecido, conservando sólo dos en el arranque del lado izquierdo del espectador, y con fajas ornamentales encima. En el torreon de la derecha hay una hilada entera, formada con trozos tendidos de antiguos fustes de columnas.

Acueducto romano, que conserva casi todos sus pilares construidos de sillería, y parte de sus arcos, obra hidráulica que á juzgar por la notable fotografía que tenemos á la vista, ofrece muchos puntos de contacto con el acueducto de Segovia.

Curioso monumento funerario que llaman la tumba de San Lúcas, labrado á manera de ara romana, con una cruz en el centro y debajo de ella el toro con que se simboliza á aquel Evangelista.

Restos de una antigua iglesia de San Juan, convertida despues en mezquita y hoy completamente abandonada, pero que ofrece curiosísimos detalles y datos para la historia del arte mahometano-bizantino, en las dos cúpulas gemelas que conserva, en el arco que tiene sobre la puerta, con un *cascaron* ojival en forma de concha, apoyado sobre estalactitas, en las molduras y arcos de las ventanas, y en el minarete, aunque truncado.

Muros y torreones de una fortaleza de la Edad Media, en el mismo paraje donde debió existir la antigua Acrópolis.

De todas estas ruinas hemos podido juzgar casi como si las hubiéramos visto, por las magníficas fotografías del Sr. Spiegetthal.

Excavaciones bien dirigidas en todo el territorio que aquellas ruinas ocupan, pondrian de manifiesto importantísimos restos de las civilizaciones que allí se sucedieron, sobre todo de las épocas griega y romana. De allí proceden muchos notables monumentos que enriquecen hoy los museos ingleses, y un relieve que nos cedió con generosidad nunca bastantemente enaltecida, el mismo Sr. Spiegetthal para nuestro Museo Ar-

queológico; escultura que revela una vez más la influencia asiria en el arte griego, segun hemos tenido ocasion ya de observar al ocuparnos en el volúmen anterior de la estela marmórea que se conserva en el Museo de Aténas, conocida por «el soldado de Maraton.»

## III

### CHIOS — SAMOS

A las cinco de la mañana del dia 13 salimos de Smirna, en cuyo puerto sólo permanecimos treinta y seis horas. Encontramos el viento al N. manejable, y dando el resguardo necesario á los bajo-fondos de la parte del N., gobernamos á pasar á corta distancia de la península Kara-Burnu, cuyo extremo septentrional habiamos doblado al terminar este dia.

Al mediar el 14 pasábamos por el canal de Egri-liman, formado por las islas de Espalmador y la citada península de Kara-Burnu, del continente asiático, llevando por la proa la rada de Castro, en donde fondeamos á las dos y media en 22 brazas de fondo.

Se envió un bote para tomar entrada, y regresó con el permiso para comunicar con tierra.

A las cinco llegó á bordo el cónsul de Italia, manifestando que lo efectuaba en lugar de nuestro vice-cónsul, que hallándose en el campo, y teniendo noticia de que debiamos recalar por aquella isla, lo habia comisionado para sustituirlo y atendernos en cuanto se nos ofreciera.

La isla de Chios ó Scio, es conocida por los turcos con el nombre de *Saki-Andassi*, ó isla del Mastic ó Mástica, porque uno de sus principales productos es el mastic ó la mastica, goma perfumada del lentisco, de que tanto uso hacen los turcos para sus confites, y con la que elaboran un aguardiente más fuerte y embriagador que el de la uva. Presenta la isla una superficie muy accidentada, con montes pintorescos y agradables valles, y produce seda, limones, naranjas, vinos, aceite, algodon y la terebintina del alfonsigo, tan estimada para mascarla, por las mujeres turcas, abundando tambien las canteras de hermosos mármoles y jaspes. Es la isla principal del sandjakiato de su nombre, en el eyalato de las islas, y

forma parte del gobierno del Capitan-pachá. Tiene 60.000 almas, y su capital es Chios.

Esta isla, la más considerable de las Sporadas, despues de Rodas, *la más rica y la más brillante de las islas del mar*, segun el cantor griego, colonizada por los Pelasgos y los Jonios, fué llamada *Ophiusa*, ó isla de las Serpientes, y tambien *Pityusa*, ó de los Pinos. Los Cretenses y los Eubeos colonizaron igualmente en ella; y sus marinos prestaron muy útiles servicios á Jerges. Sometida despues por los Atenienses, tomó parte en la guerra social contra los hijos de Minerva, y cayó por último bajo el yugo de los reyes macedónicos. A la desmembracion que sufrió el vasto imperio unido por la poderosa voluntad de Alejandro, cae la célebre isla bajo el dominio de los reyes de Pérgamo, aliándose despues con Roma, pero conservando su condicion de ciudad libre, declarándose contra Philipo, rey de Macedonia; prestó más tarde su apoyo á Mitridates, y vióse reducida á provincia romana en tiempo de Vespasiano, desde cuya época se pierde su historia en la universal del pueblo romano, como se pierden los arroyos en el raudal de los grandes rios de lo pasado, para confundirse á su vez en el vasto mar de la historia humana.

Agitada continuamente en la Edad Media por las guerras que surgieron entre las pequeñas naciones que se formaron con las ruinas de la gran nacionalidad romana, cayó una y otra vez bajo el dominio de los emperadores griegos y latinos, los genoveses, los turcos y los venecianos, quedando los turcos definitivamente dueños de la isla en 1694, sin que volviese el azote de los combates á llenar de luto su pintoresco y fértil territorio, hasta la última guerra de la independencia griega en 1821; guerra en que los Chiotas se unieron al movimiento glorioso que levantó las ciudades y el continente helénico, no consiguiendo Chios, sin embargo de sus heroicos esfuerzos, sacudir el yugo de los Turcos, que ahogaron aquel supremo esfuerzo en rios de sangre.

Todavía, á pesar de los años trascurridos y de la actividad de los habitantes de la isla, se encuentran por todas partes las huellas de aquella terrible campaña, que costó la vida á más de 40.000 Chiotas. Al rededor de la capital, en una extension de cerca de dos leguas, se ven multitud de palacios de estilo italiano, adornados con columnas de mármol, arcadas

y ventanas del mismo gusto, en su mayor parte arruinados á consecuencia del incendio y del pillaje. Vistas desde el mar las pintorescas llanuras, las accidentadas vertientes de las montañas, presentan el aspecto de una ciudad antigua, convertida en ruinas por la terrible mano del tiempo, siendo, en realidad, el destrozado cadáver de una ciudad rica, jóven y llena de vida, reducida á tal extremo por el azote de la guerra, ese vértigo de sangre que áun despues de ver las estériles huellas de su paso, hay quien considera todavía como medio civilizador de la humanidad.

Pero dejando consideraciones y recuerdos históricos que asaltan la memoria al contemplar la renombrada isla, cuyas viñas daban el néctar, segun Horacio *(Od.*, III, 19, 5), vamos á concentrar nuestra atencion en dar á conocer á nuestros ilustrados lectores el paraje más célebre de la isla, llamado la *Escuela de Homero*, pues sabido es que Chíos es una de las siete ciudades que se disputan la gloria de haber sido cuna del cantor de Aquiles.

Smirna, Rhodas, Colophon, Salamis, Chíos, Argos, Athenæ.
Orbis de patria certat, Homere, tua.

Como á una legua de distancia al Norte de la capital, siguiendo la orilla del mar, pero teniendo que atravesar caminos difíciles, ya sobre arena y cantos rodados, ya á traves de rocas por sendas abiertas, más que á pico, por el continuo paso, tan pronto bajando á la playa como rodeando colinas por estrechas y altas veredas, que dominan hondos precipicios, se llega á un pintoresco paraje, donde el mar forma pequeña y apacible ensenada, arrullando con murmullo acariciador la menuda arena de la orilla.

Algunas casas, hermosos árboles y un cuartelillo de vigilantes de la Hacienda turca salpican el fondo de la pequeña llanura, que bien pronto se ve cerrada al Noroeste por una elevada montaña, que se levanta casi verticalmente, destacando su perfil sobre el azul del cielo en ondulada línea, precisamente cortada como con una repentina hendidura, en el lugar adonde se dirigen las impacientes miradas del viajero. Llámase aquella montaña, cuyo extenso corte sirve de fondo á la decoracion que desde el mar presenta en aquel punto la playa, *Montaña Rayti*, y tambien *Bri-*

*si Pachá* ó *Fuente dèl Pachá*, á causa de un manantial cristalino que brota en aquel paraje, bautizado por los hijos del país, en un arranque de adulacion turca, con aquel nombre.

Delante de ella, y como á unos cuatro ó cinco metros de elevacion, se levanta una roca, que tiene todas las apariencias de un escollo, separado de la montaña, y que en los conglomerados de sustancias marítimas que lo constituyen, indica haber estado cubierto por las aguas del mar, que todavía llega casi hasta besar los piés del monolito, cubierto en remotísimas épocas por sus aguas.

Esta roca, de la cual, á consecuencia sin duda de los temblores de tierra, tan comunes en las islas del Archipiélago, se han desprendido grandes trozos, presenta su superficie en forma de planicie oblonga, cuya longitud es de diez metros y de siete y medio su anchura. Aunque cubierta en mucha parte de maleza, se ve claramente que aquella superficie fué igualada por la mano del hombre, dejando al rededor dos gradas, de cuya existencia, personas no muy ancianas en verdad me daban testimonio, confirmando su veracidad restos de ellas cavados en la misma roca, á la parte que mira al mar, en una extension de cerca de tres metros, siguiendo la forma curva de la planicie.

En el centro de ésta levántase otro gran trozo de la misma roca, que debió dejarse para el objeto á que se destinara al labrar aquella superficie; trozo de roca que presenta una forma cuadrilonga, con una longitud de $1^m,72$ y una altura varia de 70 á 75 centímetros. Todavía se conserva sin destruirse por completo, en una línea, por su base de $1^m,10$, que va disminuyendo hasta 0,60 en su altura, presentando en su parte posterior una latitud de 0,85, y delante, indicando toda la extension que aquella especie de asiento tenia, una especie de plinto de 0,62 de longitud por 0,49 de latitud.

Aquella piedra, tallada, como va indicado, en la misma roca, es la *silla* donde, segun la tradicion constante, se sentaba Homero, vuelto hacia el mar, que, en efecto, presenta desde aquella eminencia la inspiradora extension de su tranquila superficie, para enseñar á sus discípulos, colocados en las gradas de que hablamos poco hace, los secretos del arte divino, ó para recitar los filosóficos cantos de la *Odisea*, allí tambien compuestos, segun pretenden los habitantes del país.

La *Silla de Homero*, nombre con que la designan, conserva, aunque casi perdidos por la accion de los siglos, algunos restos de relieves, de arte indudablemente griego y de época bastante remota, como lo indica el estar todo hecho sobre la roca misma, rebajándola y labrándola en lugar de haber traido sillares para hacer las gradas ó la silla, como se ve en Aténas en el templo de Baco. A juzgar por lo poquísimo que se conserva, la silla debia estar sostenida por cuatro grandes garras de leon ó de otro animal análogo, extendiéndose delante una superficie plana, á manera de plínto, como se ve en las sillas que ocupan las divinidades egipcias. Sobre cada uno de los costados de la que vamos describiendo se ve todavía, aunque, repito, casi perdidos los perfiles, la mitad posterior de un animal, que asi puede ser leon, como tigre ó grifo, animales todos de significacion histórica ó simbólica en la antigua mitología griega. Destruida por completo la parte anterior de la silla, en direccion oblicua de arriba abajo, no puede verse el resto de estos antiquísimos relieves, labrados sobre la misma roca, que traen á la memoria el monumento llamado de Sesostris en Kara-Bell, á distancia de 20 millas de Smirna, aunque el arte de aquel gigantesco relieve más parece asirio que griego, y la Niobe del mismo género que se ve en Magnesia, á 34 millas tambien de Smirna.

Tales son la *Escuela* y la *Silla de Homero*, que citan varios autores, pero que no he visto descritas por ninguno. ¿Sirvieron, en efecto, una y otra para los usos que la tradicion les señala? Difícil, por no decir imposible, es responder á esta pregunta. Ni una inscripcion, ni noticia alguna de antiguos viajeros ofrecen datos para poder establecer una teoría cierta. Lo poético del lugar en que se encuentra la roca, cuya superficie toda forma la *Escuela*, con la silla del *Maestro* en el centro; la antigüedad de aquellos trabajos escultóricos ejecutados sobre la roca misma, que se remontan, en efecto, á los primeros tiempos del arte griego; las alabanzas entusiastas que de Chios hace Homero en su *Himno á Apolo*, parecen datos para confirmar ó explicar al ménos la tradicion.

El monumento, en efecto, es de forma extraña y peregrina, y no tengo noticia de que se conozca otro de la misma clase. La superficie de una roca excavada hasta dejar gradas al rededor y una gran silla en el centro, no se presenta fuera de Chios, y de esta manera, en otro punto de Grecia.

El Areópago de Aténas recuerda algo de estas construcciones; pero allí fueron varias las sillas.

¿Pudo ser el sitio que nos ocupa lugar donde se reunieran los notables de Chios, bajo la presidencia del magistrado supremo, para tratar de los asuntos graves de la patria, á manera de lo que se verificaba en el célebre Areópago de Aténas?

Pero sin datos tampoco para esto, ¿á qué quitar á la secular roca la tradicion que la inmortaliza? Quede, pues, con ella miéntras la ciencia no descubra nuevos datos para esclarecer este punto; y puesto que la hora de salida se ha fijado para las cinco de la madrugada, volvamos á la rada de Castro, donde la fragata nos espera, ya que está muy entrada la noche, pues desde las cinco de la tarde hasta cerca de las once, hemos tenido que llegar á la *Escuela de Homero* y hacer su estudio, aprovechando lo largo del dia y la claridad de la noche, á más de las luces que llevábamos prevenidas, y dejemos perderse entre las brumas de la distancia aquella poética roca, al pié de la cual baila un grupo de jóvenes griegos hasta caer rendidos bajo las ramas de colosales plátanos, una danza que recuerda la danza prima de Astúrias, y las circulares de los antiguos helenos.

A las cinco de la mañana dejamos en efecto la rada de Castro, con su pequeño puerto para buques de escaso porte, un astillero y un castillo situado á la orilla del mar, dirigiéndonos para el Sur, llevando cuatro calderas encendidas, y teniendo el viento galeno del Oeste. A las seis habiamos rebasado la isla Panaglia, y se hizo rumbo al *freu* formado por la isla de Samos y las islas Nikaria y las Hormigas, dando las velas de cuchillo en ayuda de la máquina. A las doce habiamos pasado dicho freu.

Quedamos al medio dia del 15 al Sur de la parte occidental de Samos y navegando en el segundo cuadrante. A la una y media estábamos Norte-Sur del mundo con Pulo Samo, y á las dos y media con cabo Colonna, desde el cual se hizo rumbo á la poblacion de Tigani, en cuya rada fondeamos á las tres y cuarto enfrente de la boca del puerto, en veinte brazas de agua.

Se prefirió ir á aquel punto en vez de verificarlo á Vathi, que es la capital de la Isla, porque en él están las ruinas de la antigua Samos.

*Sussam Adassi* es el nombre turco que hoy lleva esta isla del mar

Egeo, que forma tambien parte del grupo de las Sporadas, y que se prolonga enfrente del promontorio de Mycale, de Este á Oeste, desde cabo Colonna hasta cabo Kerki, midiendo 40 kilómetros de longitud por 20 de anchura. Con sus abiertas costas y suelo montuoso forma, en union de las pequeñas islas de Nicaria, Patmos, Lero y Pleurna, un principado tributario de la Turquia.

Habitada en un principio por los Pelasgos, lo fué despues por los Jonios del Atica, y su gobierno democrático fué destruido por el tirano Polícrates, que pereció bien pronto. Libre de los Persas por la paz de 449, entró en la alianza de Aténas, fué entregada al gran rey por la paz de Antalcidas, y recobrada despues por los Atenienses. Desde entónces siguió la suerte de toda la Grecia. Los sucesores de Alejandro se la disputaron, los Romanos la poseyeron, los Bizantinos la heredaron, los Turcos se hicieron dueños de ella por derecho de conquista, y desde entónces vive entregada á las faenas de la agricultura y de su escaso comercio, que hace con los productos de su suelo, trigo, almendras, granadas, vino moscatel, aceite, seda y algodon. Hoy cuenta escasamente 25.000 habitantes, y son sus principales ciudades Vathi, la capital, como ya indicamos, y Khora.

Los habitantes de Samos son griegos casi en su totalidad, y aunque la isla pertenece á la Turquia, que nombra sus gobernadores, éstos toman el nombre de príncipes. Rige en ella una especie de sistema representativo que difiere mucho de la forma de gobierno del imperio turco, lo cual la hace aparecer hasta cierto punto como independiente, por más que en realidad esté sometida en un todo á su metrópoli.

Aquella isla tan renombrada en la antigüedad, patria de los poetas Prodico y Chœrilo y del gran filósofo Pitágoras, apénas conserva monumento alguno de su esplendor pasado.

El pueblo de Tigani, delante del cual fondeamos, es insignificante y puramente de campo; tiene un pequeño puerto artificial con una farola que indica su entrada; al O. de él y á la falda de un monte hay otra poblacion que parece mayor, pero cuyo nombre no pudimos saber; y por toda la costa S. de la isla se ven, ya en los montes, ya en la orilla del mar, grupos de casas de poca consideracion.

Este puerto es tan poco conocido, que ni siquiera hacen mencion de él

los dos derroteros italianos que el comandante de la fragata tenia á la vista.

En Tigani hay una iglesia del rito griego, pobre construccion de época muy reciente, hecha con los materiales extraidos de antiguas ruinas, y en ella se ve el pentagrama que distinguia á los pitagóricos.

Tambien, y cerca de una arruinada fortaleza de la Edad Media, probablemente de genoveses ó venecianos, hallamos un sepulcro moderno, formado con piedras á manera de ataud, con un apéndice indicando el lugar de la cabeza, apéndice que se tapaba con una piedra cuadrada, que no estaba unida con argamasa, y que habiéndola separado nos dejó ver en el interior de aquel aditamento un braserillo con lumbre encendida. Cerca habia una modesta casa. No pudimos averiguar el significado de aquella extraña costumbre, que parece una reminiscencia del antiguo culto del fuego, enlazado á prácticas funerarias. Acaso tuviera simplemente por objeto quemar perfumes, en ofrenda á la divinidad por el eterno descanso del difunto.

En Samos se elevaba el magnífico templo de Jano, tan célebre en la antigüedad, cuyos escasos restos se hallan á cuatro millas al O. de Tigam, restos que estudiamos haciendo una notable acuarela de la única columna que se conserva en pié, nuestro compañero el Sr. Velazquez.

A pesar de las escasas noticias que se conservan acerca de la historia de aquel renombrado monumento religioso, dícese que Reco y su hijo Teodato, en el siglo VII ántes de Jesucristo lo empezaron, adoptando para su obra el órden dórico, y que Polícrates, á quien Herodoto atribuye todas las obras importantes de Samos, lo continuó, si bien siguiendo diverso estilo, para lo cual debieron relabrarse las columnas, como hizo Hermógenes en el templo de Baco, y Cossutio en el de Júpiter Olímpico de Aténas.

Sin embargo de estas noticias que la erudicion nos ofrece, nosotros encontramos no léjos de la única columna que se conserva en pié, una piedra de mármol blanco de más de metro y medio de largo por medio de alto y 60 centímetros de ancho, en la cual claramente se leia:

ΔΡΑΚΩΝ ΔΡΑΚΟΝΤΟΣ
ΘΑΛΙΤΗΣ... ΑΥΔΗΙΟΥ
ΚΑΛΛΙΚΡΑΤΗΣ ΚΑΛΛΙΒΟΥ
ΚΑΛΛΙΚΡΑΤΗΣ ΚΑΛΛΙΚΡΑΤΟΥ
ΝΕΩΠΟΙΗΣΑΝΤΕΣ ΗΡΗΙ

ΘΕΜΙΣΤΟΚΛΗΣ ΞΕΝΚΡΑΤΟΥ
ΕΠΟΕΙ

ó sea

Δρακων Δρακοντος
Θαλιτης αυδηιου
Καλλικρατης Καλλιβου
Καλλικρατης Καλγικρατου
νεωποιησαντες Ἥρῃ

Θεμιστοκλης Ξενοκρατου·
εποει

cuya traduccion literal parece la siguiente:

*«Dracon, hijo de Dracon, Thalites, hijo de... Audeyo,*
*Kalicrates, hijo de Calibas, Kalicrates, hijo de Kalicrates*
*habiendo levantado el templo á Juno...*
*Temistocles, hijo de Xénocrato*
*lo hacia.»*

En esta curiosa inscripcion nos encontramos, primero cuatro nombres, que probablemente serian de magistrados, y despues otro, el de Temistocles, que indudablemente se refiere á un arquitecto. Los caractéres griegos de la inscripcion son de muy buena época, por lo que creemos haber descubierto el nombre del verdadero arquitecto del templo de Juno en Samos, pues Policrates no es el arquitecto, sino el tirano por cuya iniciativa se hizo aquella y otras muchas obras importantes de Samos, y que con ellas y el brillo de sus victorias y su preponderancia sobre la Jonia, logró velar la dura servidumbre que impuso á sus conciudadanos.

Tambien encontramos cerca de la anterior inscripcion otro fragmento muy maltratado, pero que se refiere al mismo templo, cuyo sentido no se puede comprender:

...ΔΙΑΤΕ... ΙΗΙ
...ΙΟΥΠΡΟΣ... FΗΝ
...ΝΚΑΙΤΗΙΠΡΟΣ ΤΟΘΕ
ΗΡΗΙ

La última palabra en dativo, *revela* una dedicatoria á Juno.

Ademas de la única columna que del famoso templo se mantiene aislada

en medio de sus ruinas, como anciano solitario rodeado de los sepulcros de sus hermanos y de sus hijos, consérvase tambien un fragmento de capitel y una basa, todo de gigantescas dimensiones. Las columnas no tienen ménos de 6 piés, ó sea 1$^{m}$,96 de diámetro en su base, de modo que siguiendo la proporcion del jónico primitivo debieran medir de altura ocho diámetros, lo que daria un resultado de 48 piés de altura, ó sea 15$^{m}$,68. La basa con sus complicadas molduras no tiene todavía la perfecta sobriedad, que no es incompatible con la riqueza, y á que despues llegó el órden jónico. Debajo de la basa hay una especie de plinto con ocho canales ó estrías horizontales, y despues la basa, en forma de *toro*, presenta otras nueve; estando unas y otras inspiradas en las estrías de filete plano y vertical de las columnas ordinarias y en armonía con ellas. Con arreglo al estilo á que corresponde tiene un diámetro de altura.

La columna que permanece en pié no está acanalada, sin duda porque no llegó á concluirse; y de los capiteles, únicamente se ha encontrado un toro adornado de huevos esculpidos, y entre ellos puntas de lanza. Otro fragmento de voluta tambien se ha hallado, pero dudan algunos anticuarios, tales como los autores de las *Antigüedades Jónicas*, sean del mismo templo, por lo que hay que esperar á que exploraciones en verdad fáciles y poco dispendiosas, den un resultado cierto para decidir sobre este punto dudoso. Nosotros, á haber dispuesto de más tiempo y más recursos, pudimos hacerlas; y si el éxito hubiera coronado nuestros esfuerzos, habríamos contribuido á esclarecer la historia del órden jónico, que con los datos que suministran los relieves descubiertos en la Asiria, las tumbas con capiteles y volutas planas pintadas que se hallaron en el Asia Menor, y el capitel de Myra, con el descubrimiento de un capitel jónico del templo de Samos, podria marcar el progresivo desenvolvimiento de este órden arquitectónico, que llega al prototipo de su belleza en el templo del Erecteon de Aténas, que ya hemos estudiado en el volúmen anterior.

Pero el momento de la partida estaba irrevocablemente determinado, y despues de haber obtenido la exacta copia de la columna que aún subsiste, y de haber estudiado y recorrido aquellas ruinas, entre las que claramente se veia el lugar que habian ocupado sus compañeras, volvimos á bordo, no sin abismarnos en tristes meditaciones al considerar cómo pasan

y se desvanecen las grandezas humanas, y cómo el tiempo, segun la feliz expresion del poeta,

«Las tragó como arista seca el fuego.»

Imposible parece, á no atestiguarlo la historia, que en aquella isla, hoy de tan escasa importancia, hubiera existido la célebre ciudad de Samos, que mereció ser considerada como una de las principales ciudades por su comercio y poder marítimo; que formó establecimientos en Creta, Sicilia y Egipto; cuyas naves, lanzadas por los huracanes más allá de las columnas de Hércules, recogieron en la española Tartéside más oro que el que poseia toda la Grecia, con el cual los samosienses fabricaron el famoso templo, cuyas ruinas acabamos de abandonar; que las artes constructivas y de ornato llegasen entre ellos á tal grado de perfeccion y de adelanto, que el samosiense Mardroclo lograse construir sobre el Bósforo un puente para Darío; que sus conciudadanos Recó y Teodato, ademas de haber dirigido las primeras obras del templo, perfeccionaron el cartabon, el nivel y otros instrumentos científicos, asi como la fundicion del hierro; y sus artistas cerámicos lograsen general renombre por la especial perfeccion de sus vasos.

A las cuatro y media de la madrugada del dia 15 de Agosto abandonamos la rada de Tigani, gobernando á pasar por la parte O. de las islas de Gadaino, dejando por babor la boca del estrecho de Samos, en la cual, ó lo que es lo mismo, entre Samos y Micale, se dió el célebre combate en que atenienses y espartanos derrotaron á los persas en el mismo dia en que se ganaba tambien la célebre batalla de Platea.

A las seis y veinticinco minutos estábamos EO. con las islas Gadairo, y se hizo rumbo al SSE. en busca de la isla Kalolimnos, dejando por estribor las Sporadas y por babor la costa del Asia Menor.

Se dió todo el aparejo de cruz, y no se apagó la máquina á pesar de tener bien entablado el viento favorable, porque el paso de las angosturas que se encuentran en esta derrota parecia aconsejarlo asi, y ademas porque era conveniente llegar en el dia á Rodas, evitando pasar la noche entre canales más ó ménos estrechos.

A las nueve y cuarenta minutos estábamos tanto avante con la torre de la isla Kalolimnos, y desde este momento se gobernó á la voz para salir del golfo de Mandelyak por el estrecho de Cos.

A las once nos encontrábamos entre las dos farolas que indican el paso de dicho estrecho, y cuando estuvimos fuera de él se fué gobernando para el S., rodeando la parte E. de la isla de Cos y en demanda del cabo Krio, extremo occidental de la peninsula de Dorian.

La poblacion de Cos, de la cual pasamos á mediana distancia, presenta agradable aspecto, y llama la atencion por la blancura de sus casas y fortificaciones. Desgraciadamente no pudimos detenernos ni un momento, y pasamos ante ella sin haber podido visitar las ruinas de los célebres templos de Esculapio y de Vénus, evocando el recuerdo del padre de la Medicina, Hipócrates, y del gran maestro de la pintura griega, Apeles, que allí se dice vió tambien la primera luz.

Al desembocar el estrecho de Cos se deja por babor el golfo Ceramico, en el que se encontraba en remotos tiempos la renombrada ciudad de Halicarnaso, patria de Herodoto y de Dionisio, y que hoy lleva el nombre de Bodrun, sin más importancia que la que le presta su pasado.

A medio dia estábamos al SE. de la isla Cos, y nos situamos por marcaciones en 36° 45' de latitud N. y 33° 35' de longitud E.

Navegábamos á medio dia del 16 al 17 de Agosto con cuatro calderas y con aparejo de cruz y foques, entre la península de Dorian y la isla de Cos, llevando la isla de Nicero por la proa y las de Piscopi y Scarpandro por la mura de babor. A las doce y media se empezó á descubrir la isla de Rodas, y á la una, rebasado cabo Krio, se metió sobre babor, rebasando á atracar lo más S. de la isla de Seskli. A las cuatro y media estábamos tanto avante con el islote Trompetto, y se puso la proa á la punta de las Malinas, extremidad N. de la isla de Rodas y de la rada del mismo nombre, en la que fondeamos á las seis y media el ancla de babor en 25 brazas de fondo arena. Se hallaba fondeado en el mismo sitio un hermoso yatch del Virey de Egipto, cuyo comandante envió á bordo un oficial con los ofrecimientos de costumbre, y dentro del puerto del N. habia dos pequeñas goletas de guerra turcas.

## IV

### RODAS

Pocas islas han sido conocidas con más diversos nombres en la antigüedad.

Segun el testimonio de Plinio (*Hist. Nat.*, V, 36), Rodas, «*vocitata est antea* OPHIUSA, ASTERIA, AETHRAEA, TRINACRIA, CORYMBIA, PAEEESSA, ATABYRIA *ab rege: deinde* MACARIA *et* OLOESSA».

Strabon (*Geogr.*, XIV, 2) nos da á conocer otros dos nombres atribuidos á la misma isla, que son los de STADIA y TELCHINIS.

Ademas Amiano Marcellino (XVII, 7) añade el de PELAGIA.

La etimológia de estos diferentes nombres es fácil de explicar, y el antiguo discípulo de la Escuela francesa de Aténas M. V. Guerin, lo hace satisfactoriamente en su obra apénas conocida en nuestra patria, publicada en el año de 1856 con el título de *Voyage dans l'ile de Rhodes*.

Rodas fué en un principio llamada OPHIUSA (Ὀφιοῦσσα), á causa de las numerosas serpientes que pululaban en su limosa superficie, cuando empezó poco á poco á salir del mar que ántes la cubria. A esta época debe referirse tambien la denominacion de PELAGIA (Πελαγία), que prueba habia nacido del seno de las aguas, y la de OLOESSA (ὀλόεσσα), (mortal ó perniciosa), que debia á la misma causa por la cual fué denominada *Ophiusa*.

Más tarde debió recibir el nombre de ASTERIA (Αστερία). En efecto, su belleza y el fulgor de los rayos del sol que la iluminaban, haciendo resplandecer sus montañas y sus orillas, la debieron dar cierta apariencia de un astro, ó bien porque se la viese desde léjos en el mar como una constelacion que se elevaba á la extremidad del horizonte. Otros han imaginado para explicar esta palabra cierto rey *Asterius*, cuya existencia es más que problemática. Yo creo que se la llamaria *astro* por su hermosura, tan alabada de los antiguos, usando de una hipérbole oriental todavia en uso, pues es muy frecuente ver apellidar *sol*, *luna* y *estrella* á una persona ó un objeto para enaltecer su belleza.

El epiteto de *Aethraea* (Αἰθραία) tiene por base la pureza y la serenidad

trasparente y *etèrea* de la atmósfera que rodea la isla. Segun Plinio *(Hist. Nat.*, II, 62), el cielo de Rodas no se cubre jamas de nubes tan espesas que sean bastantes á privarla de la vista del azul del cielo durante un dia entero: «*Rhodi nunquam tanta nubila obduci, ut non aliqua hora sol cernatur.*» Meursius *(Rhodus*, t. III, p. 687) cita muchos pasajes de poetas antiguos que la dan el epíteto de *clara*.

«*Laudabunt alii* claram *Rhodon*», dice Horacio (l. I, od. 7).

«*Aut claram Rhodon*» dijo tambien elegantemente Marcial (l. IV, epigr. 55).

Y Lucano:

«........*Claramque relinquit*
*Sole Rhodon.*
(l. VIII, v. 248.)

Esta serenidad del cielo de Rodas, y durante el dia este brillar no interrumpido del sol en las tres cuartas partes del año, y que áun durante el invierno jamas está completamente interceptado por las nubes, hizo que los antiguos consagrasen aquella isla al dios de la luz, como nos testifica entre otros Manilius: «*Tuque domus vere solis, cui tota sacrata es*» (IV, v. 763); y de la atmósfera pura, trasparente, etérea que disfrutó siempre, debió tomar orígen el nombre de Aethræa.

Se la llamó tambien Trinacria (Τρινακρία) porque presenta, como la Sicilia, tres promontorios principales.

El nombre de Corymbia (Κορυμβία) lo debe á su elevacion sobre el nivel del mar, ó bien á la abundancia con que en su superficie se produce la hiedra.

El de Pœcessa (Ποιήεσσα) se explica por la fertilidad de su suelo, siempre cubierto de verdura y de vegetacion (ποιά ó ποίη, hierba), y el de Atabyria (Αταβυρία) por su montaña más alta, así llamada. Al tratar de este nombre algunos etimologistas, y áun el mismo Plinio, inventan otra vez para explicarle cierto rey Atabyrius, que dicen reinó en la isla, y del cual ni la historia ni la fábula hacen mencion.

El epíteto de Macaria (Μακαρία) le fué comun con otras islas del archipiélago, por ejemplo, con Lesbos y Chipre, las dos tan ricamente dotadas por la naturaleza, que fueron llamadas, como Rodas, Islas Afortunadas. Otros

atribuyen el origen de este nombre á uno de los Heliades, llamado Macar, que habia colonizado á Rodas.

Puede explicarse el nombre de STADIA (Σταδία), ya por la inmovilidad de esta isla despues de las grandes conmociones que experimentó al elevarse sobre la superficie del mar, ya por su forma alargada y elíptica, que le da cierta semejanza con un *stadio* antiguo. Segun el sabio Bochart (*Geog. sacra*, p. 399), este nombre es de origen fenicio, derivado de la palabra fenicia *Tsadia*, que significa *desolado*, *despoblado*. Los griegos, dice, cambiarian la colocacion de la *t* y de la *s*, y la isla pudo recibir esta denominacion cuando estaba devastada por las serpientes que la infestaban en un principio.

Rodas fué llamada tambien TELCHINIS (Τελχινίς) por los primeros habitantes que se establecieron en ella, y que se llamaron Telchinos. Los Telchinos, denominados hijos del mar por Diodoro de Sicilia (V, 55), están considerados como fenicios por la mayor parte de los críticos. Segun la fábula, fueron los encargados por Rhea del cuidado de educar á Neptuno, y este dios, cuando llegó á la juventud, enamorado de Halia, su hermana, tuvo de ella seis hijos y una hija, llamada *Rhodas*: de ésta añádese recibió la isla el nombre que lleva todavía. Tal fábula no puede citarse más que como noticia curiosa, estando destituida ante la crítica de sólido fundamento.

Me parece inútil refutar la opinion de los que pretenden que este último nombre provendria de un capullo de rosa labrado en cobre, que se encontró cuando se echaron los cimientos de Lindos, una de las más antiguas y más importantes ciudades de la isla (Dapper, *Descripcion de las islas del Archipiélago*, p. 88). Bochart (*Geografía Sacra*, p. 398) deriva el nombre de Rhodas de la palabra caldea *Iarod*, serpiente, dragon, que los fenicios por aféresis habrian pronunciado *Rod*, y relaciona, por lo tanto, este nombre con el de *Ophiusa*. El de RHODOS, con el que ha llegado hasta nuestros dias, variando sólo la *o* en *a*, se cree sea debido á la abundancia de rosas que produce la isla, por lo que esta flor se encuentra representada en sus monedas, que tienen en el anverso la cabeza de sol rodeada de rayos, y en el reverso una flor entreabierta. Sin embargo, Dapper en su Apéndice sobre las monedas de las islas, se inclina más bien á creer que la

flor representada en dichas monedas es la del granado, como opina tambien Spanheim y M. Guérin, porque dice que examinando bien dichas monedas es difícil confundir la naturaleza de la flor en ellas representada, siendo flor de granado y no capullo de rosa.

En apoyo de esto cita una antigua tradicion, que parece en efecto estar simbolizada en las monedas. Cuando el sol acabó con sus rayos de secar la isla (anverso de la moneda, cabeza de Apolo rodeada de rayos), ántes cubierta por las aguas del mar, el granado fué uno de los primeros árboles que brotaron en aquel suelo vírgen, árbol que, por la belleza de su flor y lo agradable de su fruto, fué tambien uno de los primeros que causaron más encanto desde el principio á los que comenzaron á colonizar la isla, y de aquí la flor del granado en el reverso de la moneda. Este árbol es todavía muy frecuente en Rodas, y los griegos modernos lo designan ordinariamente con la palabra ῥοδιον ó ῥόδι, con apócope: en griego antiguo se empleaba la palabra ῥοιά ó ῥοά, para indicar el mismo árbol y su fruto; pero su flor, en razon á su apariencia, bien pudo llamarse ῥοδιον, es decir, pequeña rosa, denominacion que se aplica hoy al árbol mismo; y como segun el mismo autor, esta flor es la que se encuentra grabada en las antiguas monedas de Rodas, deduce que el nombre de ῥόδος fué dado á la isla, más por la abundancia de sus granados que por la de sus rosas.

Respetando esta opinion de Dapper y de Guerin, creemos que la palabra ΡΟΔΙΟΝ, que en las mismas monedas se halla encima de la flor representada en su reverso, es el nombre de esta misma flor, que es una rosa entreabierta, y no una flor de granado; de modo que tal tipo es el *emblema parlante* de la isla. Examinando con cuidado varios ejemplares de estas monedas, y sobre todo una magnífica de plata que nos fué cedida para el Museo por el cónsul de España en Rodas, se ve clara y distintamente que el cáliz de la flor representada en estas monedas es de una rosa, sin poderse confundir nunca con el de la flor del granado; no dejando lugar á duda alguna el capullito que se ve á la derecha, que es de rosa.

Hay ademas un dato comparativo, que excluye toda vacilacion, acerca de la flor que el artista griego quiso representar en las monedas que nos ocupan. La antigua ciudad de Rodas (hoy Rosas, en Cataluña) fué fundada ó colonizada al ménos, por los Rodios, que en recuerdo de su patria pu-

sieron el mismo nombre de la isla de que procedian á la colonia española. A traves de los siglos han llegado igualmente hasta nosotros las monedas que batieron en dicha colonia, y tambien en el reverso de ellas pusieron una rosa; pero no presentada como en las monedas de la isla, sino por la parte posterior, viéndose sin género de duda que es una rosa, y no flor de granado. Si lo que trataron de hacer los colonizadores griegos de la española Rodas fué, como era natural, reproducir, aunque con alguna diferencia para el cambio, la moneda de su pais, si el nombre de la metrópoli y el de la colonia era el mismo, y si en la moneda española una rosa es el emblema parlante de la ciudad, la consecuencia lógica es que la flor de las monedas de la isla que llevaba igual nombre, fuese tambien una rosa.

Para nosotros, pues, no cabe duda en que la flor representada en las monedas de la isla del archipiélago griego es una rosa, y no una flor de granado, atribucion con la cual resulta clarísima la leyenda que de su nombre tiene, sin necesidad de recurrir á buscar forzadas etimologías, como tienen que hacer Dapper y Guerin para alterar la naturaleza de la flor representada en las monedas rodias.

Pero dando ya por terminada esta digresion, que hemos creido necesaria por tratarse del nombre actual de la isla y por estar relacionada su historia con la de una importantísima colonia española, del exámen de los demas nombres dados á la isla resulta que, léjos de tener poca importancia su conocimiento, se relaciona y explica la historia de los primitivos tiempos de la isla. Recorriendo esas diferentes denominaciones, ya la vemos en un principio cubierta por las aguas del mar, despues elevándose sobre ellas y presentando su húmeda superficie cubierta de reptiles á los rayos del sol, que fecundándola bien pronto con el benéfico influjo de sus rayos, la convirtió en hermoso verjel, donde fueron estableciéndose diferentes colonias, de las cuales la más antigua fué la de los *Telchines*. Los referidos nombres revelan al mismo tiempo, ora su forma, ora su belleza, ya su más alta montaña ó el dulce clima y la etérea atmósfera que la avaloran, concluyendo por confirmar las noticias que nos trasmitieron antiguos historiadores; prevaleciendo entre todos ellos el de Rodas, cuando los habitantes de la isla, en la época de la guerra del Peloponeso, sintieron la necesidad de la fuerza que da la union, y concentraron toda la acti-

vidad de la vida pública en la parte septentrional de la isla, que ofrecia grandes ventajas para la navegacion y para la defensa, dejando sólo con la de la agricultura y del arte las antiguas ciudades de Lindos, de Camiros y de Ialysos, que se dividian ántes la preponderancia de la isla.

La forma de ésta, como ya hemos indicado, es la de una elipse prolongada, extendiéndose de NE. á SO. al mediodía de la antigua costa de la Caria, de la que sólo está separada por un canal que apénas mide 12 kilómetros de ancho. Su longitud, á vista de pájaro, es de cerca de 78 kilómetros, y su mayor anchura del cabo Monolitos al cabo Lindos, de 39. Su circunferencia, sin tener en cuenta las sinuosidades de la costa, aproximadamente de 186, cifra casi idéntica á la de Plinio, que la da CXXV millas de circuito (*Hist. Nat.*, l. V, c. XXXVI), ó sean cerca de 186 kilómetros, por más que esta medida resulte algo mayor que la de Strabon, que la reduce á 900 estadios (*Geogr.*, l. XIV, c. XI), ó sea 171 kilómetros.

Está situada en el antiguo mar Cárpato, al que, si bien no llegó á imponer su nombre, lo dió á la mayor parte de las islas que bañan sus aguas, pues se llamaron todas ellas islas rodias, sin exceptuar á la misma de Cárpatos, hoy Scarpanto, situada entre las islas de Creta y la de Rodas, á 40 millas de la primera y 50 de la segunda, que lo dió á aquella parte del mar Egeo.

Diferentes promontorios ó cabos señalan las partes más salientes de sus costas, siendo los principales al N. el cabo Kum-Burnu ó cabo de las Arenas, cubierto de molinos de viento, lo que hace que tambien se le llame Punta de los Molinos; al E. el cabo Lindos; al S. el cabo Prasonisi, llamado tambien cabo Tranquilo, que se cree corresponda al antiguo *Panos acron* de Ptolomeo, y al O. el cabo Monolitos, denominado igualmente cabo Kandura.

De N. á S. se extiende una gran cordillera, que abraza casi toda la longitud de la isla, cordillera formada por una serie de altas planicies no interrumpidas, que van elevándose gradualmente hacia el centro, en el que se encuentra el gigantesco monte *Atabyrios* de los antiguos, hoy Tayros, levantándose más de 700 metros sobre las demas.

Esta montaña se interpone, por decirlo asi, entre otras dos que forman

igualmente dos grandes macizos, de los cuales el uno, al N., llamado monte de *San Elías*, se extiende de E. á O., y el otro al S., denominado *Gramitis*, se dirige del NO. al SO. Ademas de estas tres grandes montañas, de las cuales la primera domina la isla entera y todas las islas vecinas, Rodas tiene muchas otras al E. y al S. ménos considerables, pero que relacionadas con las anteriores completan su esqueleto montañoso y que dejan entre sus últimas pendientes y la orilla, onduladas y fértiles llanuras, donde, á pesar de las malas prácticas agrícolas, se cogen abundantes cosechas de trigo y cebada, se cultivan frondosas viñas, de las que se obtienen vinos muy apreciados, aunque no tanto como los de Chipre; se recolectan higos tan estimados como los de Smirna; y crecen hojosas moreras, donde en otras épocas se criaban abundantísimos gusanos de seda, cosecha que á causa de los excesivos impuestos que sobre esta produccion pesan, ha ido disminuyendo de dia en dia. Tambien producen aquellos valles y laderas naranjas y limones en tal abundancia, que se calcula pueden cogerse anualmente dos millones de las primeras y un millon de los segundos, y otros frutos que apénas bastan para el consumo del país, tales como cerezas, priscos, ciruelas y manzanas. El olivo podia ser una gran fuente de riqueza para la isla, pues los magníficos árboles de esta especie que en ella se hallan, demuestran con su lozanía y dimensiones el poder de la savia que los vivifica; pero casi abandonado su cultivo, el aceite que producen no tiene valor alguno para la exportacion. Tambien se da fácilmente en la isla el algarrobo, árbol ya mencionado como uno de sus especiales productos por Plinio.

Hemos hablado del atraso de sus prácticas agrícolas, y con este motivo no podemos ménos de recordar que el procedimiento seguido para la trilla es casi el mismo que se emplea en la mayor parte de los pueblos más atrasados de España, ó sea el de hacer que pisoteen las parvas bueyes ó mulos, arrastrando éstos ademas trillos, que allí llaman *volossiri*, con la parte inferior cubierta de pedazos de hierro ó de pedernal, iguales en un todo á los que por aquí se usan.

Como auxiliares de la agricultura encuéntranse muy pocos caballos, pero en cambio abundan mucho y son muy vigorosos los mulos, que, á pesar de ello, alcanzan poco valor.

Como productos minerales de la isla, Plinio ya mencionó el albayalde, la greda blanca ó tiza, mármoles de diversos colores y ágatas; encontrándose tambien en ella una tierra bituminosa, llamada *ampelites*, de que habla Strabon (l. VII, cap. V), y que disuelta en el aceite se daba á las viñas para destruir los insectos que las atacan.

En muchos puntos de las montañas y en las mayores alturas abundan los conglomerados de conchas marinas y arenas, confirmando las antiguas tradiciones que conservan el recuerdo de que la isla surgió sobre las ondas, á consecuencia de un movimiento volcánico de la tierra.

Es circunstancia digna de notarse la de que las montañas de Rodas no alimentan animales feroces, excepcion hecha de algunos jabalíes, chacales y zorros, abundando en cambio mucho los ciervos y la caza menor.

Las serpientes, que dieron nombre á la isla, tampoco abundan hoy, pero no dejan de hallarse culebras, y sobre todo víboras, lo cual hace que la mayor parte de los hombres del campo lleven altas botas para precaverse contra sus mordeduras. Es probable que el recuerdo de aquellas numerosas serpientes que en otros tiempos la infestaban, y que segun un pasaje de Diodoro eran de tan prodigioso tamaño y mala condicion, que devoraban á muchos habitantes, diese origen, pasando los siglos, á la conocida leyenda del caballero Gozon, que con valor heroico, cual otro San Jorge, dícese mató á un dragon terrible que asolaba la isla; asunto representado en una pintura al fresco conservada en la casa de un turco, donde se ve á un caballero armado de todas armas dando muerte á un gigantesco cocodrilo, animal que no tiene nada de fantástico, por más que sea difícil explicar su presencia en la isla de Rodas. No creemos por demas advertir que tan curiosa pintura, copiada en el notable atlas de monumentos de Rodas, dado á luz en el año de 1828 por el coronel belga Rottiers, demuestra haber sido ejecutada en el siglo XVI, ó acaso despues, si la copia está fielmente reproducida, pues nosotros no tuvimos la fortuna de ver el original.

Debe haber contribuido no poco á la disminucion de animales feroces en la isla, la destruccion creciente de los magníficos bosques que cubrían sus montes, y que si se conservaran y explotasen convenientemente, constituirían una de las mayores riquezas de Rodas. A esta abundancia de ar-

bolado debe el tener no pocos manantiales, principalmente á la parte del E. y del O., si bien sufriendo gran disminucion en sus caudales durante los meses de los grandes calores, hasta el punto de quedar algunos completamente secos.

La historia de Rodas se halla envuelta durante las remotísimas épocas de sus primitivos pobladores en las mismas nebulosidades que las de todos los antiguos pueblos; pudiendo sólo traslucirse acerca de sus aborígenes, que estos fueron egipcios y fenicios, en una época tan remota que se eleva á fines del siglo XVI ántes de Jesucristo, y cerca de tres ántes tambien de la guerra de Troya. Despues, siguiendo la leyenda griega y al cantor de la *Iliada*, dícese que Tlepolemo, hijo de Hércules, que vivía en Argos, habiendo tenido que abandonar á su patria á consecuencia de una muerte involuntaria, se refugió en aquella isla, reedificando y engrandeciendo las tres ciudades de Lindos, Camiros y Ialysos, y que llevó socorros desde Rodas á los griegos que sitiaban á Troya, en nueve buques tripulados por los belicosos rodios, los cuales, añade el poeta, habitaban la isla divididos en tres ciudades, Lindos, Ialysos y la blanca Camiros, muriendo Tlepolemo ante los muros de Ilion. (*Iliada*, II, v. 628 y siguientes y 653 y los que subsiguen). Poco despues de la guerra de Troya, Altemenes, hijo de Ciso, dejó la Argólida, á consecuencia de disgustos con sus hermanos, y acompañado de buen número de dorios que quisieron seguir su suerte, á los cuales se unieron algunos pelasgos, pasó primero á Creta y despues á Rodas, desde cuya época los dorios empezaron á predominar en la isla, ocupando las antedichas ciudades, y estableciéndose tambien en la isla de Cos y en el continente asiático, en Gnido y Halicarnaso, formándose la confederacion que tomó el nombre de Hexapola dórica, ó de las seis ciudades, que fueron Lindos, Ialysos, Camiros, Cos, Gnido y Halicarnaso, siendo la primera de las tres poblaciones rodias la más importante por sus fortificaciones y su comercio, y renombrada por su templo de Minerva y Apolo, sus monumentos, y sus calles adornadas de estatuas, segun el testimonio de Píndaro. Numerosas colonias fundaron los Rodios del X al VI siglo ántes de la Era Cristiana, en una época, por lo tanto, bien anterior á la fundacion de la capital, que llevó el nombre de toda la isla; colonias de las cuales fueron las más importantes la ya citada Rosas en España, y áun

las de las islas Gimnasienas ó Baleares; Parténope, que andando el tiempo habia de llamarse Nápoles, en el país de los Opicos ó sea en Campania; Salapia en Apulia; Sibaris en Lucania; Roda y Rodanusia, cerca de las bocas líbicas del Ródano; Soli en Cilicia; Gagæ en Licia; Téos en Jonia; y otras muchas en la Caria y en la mayor parte de las islas cercanas á Rodas.

Para realizar tales trabajos de colonizacion desde un extremo al otro del Mediterráneo, desde la España hasta el Egipto, donde, reinando Amasis, se establecieron en Naucratis, era preciso que los Rodios poseyeran en tan remotas épocas una poderosa marina y extenso y floreciente comercio, lo cual hubo de dar origen á aquel antiguo adagio griego Ἡμεῖς δέκα Ῥόδιοι, δέκα ναῦς, *diez Rodios, diez navíos.*

La ciudad que llevó individualmente el nombre de toda la isla, Rodas, fué fundada al acercarse el final de la guerra del Peloponeso, por los habitantes de las tres antiguas ciudades ya citadas, Lindos, Ialysos y Camiros, que de comun acuerdo quisieron formar una nueva y poderosa, digna de tener lugar preferente entre todas las que se disputaban el dominio del Mediterráneo, y confiaron la direccion de los trabajos á Hippodamo de Mileto (Strabon, XIV, 2), el mismo que construyó el puerto del Pireo y el gran muro que le enlazaba con Aténas, de que hablamos en el volúmen anterior.

Situada la nueva ciudad á la extremidad N. de la isla, pero mirando al Oriente, sobre una colina, en anfiteatro que se elevaba desde el puerto, enriquecida con numerosos templos, de los cuales eran los principales los del Sol, Isis, Júpiter Salvador, Esculapio y Diana, con estatuas, con cuadros, con una poderosa escuadra en sus aguas, y bien pronto renombrada por el rápido florecimiento de sus artes y de sus ciencias, su posesion habia de despertar el espíritu de conquista propio de la época, y la reina de la Caria, la célebre Artemisa II, que tan elocuente ejemplo de amor conyugal dejó á las generaciones que le sucedieron en el célebre mausoleo que para tumba de su esposo, de quien el monumento tomó nombre, levantó en Halicarnaso ó en sus alrededores, quiso poseerla, y logró apoderarse de ella, levantando para perpetuar el recuerdo de su conquista, una estatua que la representaba victoriosa y á Rodas vencida, colo-

cando tan humillante representacion de su triunfo en un templo y consagrándole con fórmulas religiosas, lo cual impedia, no sólo que la destruyesen, sino que ni áun la pudieran mover del sitio en que estaba; por lo cual los Rodios, segun nos enseña Vitrubio (II, 8), cuando consiguieron sacudir el yugo de los Carios, rodearon el conmemoratorio monumento de un edificio destinado á recibir los enviados de la Grecia, ocultándole completamente, por lo que le denominaron ἄβατον, ó el *inaccesible.*

Alejandro el Grande la intimó más tarde la rendicion, y la ciudad le abrió sus puertas, recibiéndole con gran solemnidad, dirigiéndose desde ella el conquistador macedónico á Lindos, sacrificando en el templo de Minerva, donde, segun testimonio de Plinio (l. XIX, c. 1), brillaban en infinito número ofrendas egipcias y fenicias de gran valía material y artística.

Despues de la muerte de Alejandro, Rodas, libre de extranjeras dominaciones, pareció sentir la vergüenza de su pasada debilidad, y cuando Demetrio Poliorketes, hijo de Antigono, rey de Siria, trató de apoderarse de ella con poderoso ejército y temerosas máquinas de batir, decidieron defenderse á todo trance, y lo hicieron de tal modo, con tan gran fortaleza, que si los enemigos derribaban un muro se encontraban detras otro y luégo un tercero, edificados en medio de los combates y de los asaltos con los mismos materiales de los edificios públicos.

Tan gloriosa defensa excitó á su favor los ánimos de los Etolios y de los Atenienses, que mandaron al campo de Demetrio como mediadores hasta cincuenta enviados, varones de prudencia y de sabiduría, los cuales consiguieron al fin terminar la lucha y que Demetrio levantase el asedio, quedando los Rodios como sus aliados. Y bien lo merecia el ilustre guerrero, que dando digno ejemplo á los de épocas más recientes y que se llaman más civilizadas, cambió todo su plan de ataque al saber que con el primero podia destruirse una de las obras maestras de pintura, debida al pincel de Protógenes.

Para durable y digna memoria de tan heroica defensa resolvieron levantar una estatua como no la hubiese igual en el mundo, y tal fué el orígen del célebre *Coloso de Rodas*, de proverbial fama. Acerca de esta gigantesca estatua, constantemente enumerada entre las maravillas de la tierra, dice Plinio (H. N. XXXIV, 18):

«Entre todas estas obras maestras la más admirada fué el Coloso del Sol en Rodas, hecho por Charés de Lindos, discípulo de Lysippo, nombrado anteriormente. Tenia de alto 70 codos. Esta estatua fué derribada cincuenta y seis años despues por un terremoto; pero á pesar de estar caida excita la admiracion. Pocos hombres pueden abrazar el pulgar: los dedos son más grandes que la mayor parte de las estatuas. Vastas cavernas aparecen en el interior de sus rotos miembros. Dentro se perciben piedras enormes, con el peso de las cuales el artista habia procurado afirmar y mantener sólidamente su estatua. Se dice que tardó en concluirla doce años y que costó 300 talentos (5.608.800 rs., ó 1.402.200 pesetas), producto de las máquinas de guerra que habia abandonado Demetrio, cansado de las dilaciones del sitio.»

Philon de Bizancio, en su obra de las *Siete maravillas del mnndo*, dió ántes de Plinio algunos detalles sobre la manera de haber ejecutado la colosal estatua, que confirman la naracion del célebre naturalista.

«El coloso, dice, era de 70 codos y representaba al Sol. Se reconocia al dios en sus atributos. El artista habia afirmado interiormente su estatua por medio de barras trasversales y de piedras gigantescas, siendo la parte de la obra oculta más admirable que la que estaba á la vista.» El mismo escritor añade que este coloso, á causa de su magnitud, no pudo fundirse sino pieza á pieza, y que el artista tuvo que proceder como un arquitecto en la construccion de una casa, elevando sucesivamente y como por pisos toda la estatua desde los piés hasta la cabeza; y añade enfáticamente, «despues de haber empleado 500 talentos de estaño y 300 de hierro, hizo por un prodigio de arte y de audacia, un dios igual al Dios verdadero, y dió al mundo un segundo sol.» A pesar de tantas alabanzas, Philon no dice el nombre del artista, y no habla tampoco de la caida del coloso, lo que hace creer á M. de Caylus (*Hist. de l'Acad. des Inscript.*, *Memoire sur la sculpture des anciens*, t. XXV, p. 363), que este escritor debió vivir ántes de aquel desastre. Sin embargo, la generalidad cree que floreció despues; y bien pudo verle caido, pues segun Strabon (XIV, 2), el coloso se rompió por las rodillas, de modo que la parte inferior de éstas permanecia en su punto, y los rotos pedazos de la estatua pudieron ser estudiados interior y exteriormente.

El terremoto que derrumbó tan célebre obra de arte, comparable sólo en la época moderna á la estatua de la libertad que los anglo-americanos tratan de levantar en el puerto de Nueva-York para servir de faro, estatua cuya colosal cabeza llamaba la atencion de los que visitaban el Campo de Marte en la última Exposicion Universal, más por sus gigantescas dimensiones que por su verdadera belleza artística, fué el famoso cataclismo terrestre del año 222 ántes de Jesucristo, que cubrió de ruinas á Rodas, la Caria y todas las islas vecinas. Despues de él, Ptolomeo Evergetes, rey de Egipto, envió á los Rodios grandes sumas para ayudarles á reconstruir su ciudad, prometiendo hasta 3.000 talentos para que levantasen de nuevo el Coloso; pero no lo intentaron, ocultando su falta de atrevimiento con la pretendida respuesta de un oráculo que lo prohibia, y los restos de la gigantesca estatua quedaron esparcidos en el mismo paraje donde cayeron hasta el año 12 del reinado de Constante (653 despues de J. C.), ó sea un espacio de cerca de nueve siglos [1].

En el mismo siglo VII, habiéndose apoderado los sarracenos de Rodas bajo la conducta de Moavia ó Moawiah, para dejar expedito el puerto mi-

(1) No creemos fuera de propósito consignar los grandes recursos con que diferentes Estados acudieron á remediar el gran desastre que aquella terrible convulsion de la tierra causó en Rodas, destruyendo, ademas del Coloso, el puerto, las dársenas y los palacios y edificios públicos, generoso concurso que demuestra, no sólo la magnanimidad de los donantes, sino la gran importancia de que gozaba la marítima y aristocrática república.

«Hieron y Gelon de Siracusa contribuyeron con setenta y cinco talentos de plata, cinco para el aceite necesario á los ejercicios de la palestra, calderas y cántaros de plata para el mismo objeto, diez talentos para los sacrificios, otros tantos para los pobres, y cincuenta catapultas de tres codos. Declararon ademas exentos de derechos á todos los rodios qua llegasen á su reino; y como para manifestarles su gratitud por haber aceptado sus socorros, erigieron en el mercado de Rodas dos estatuas que representaban á aquel pueblo coronado por el siracusano. Ptolomeo les ofreció trescientos talentos de plata, un millon de medidas de trigo, madera para construir seis bajeles de cinco órdenes de remos y diez de tres, estopa y tela para el servicio de éstos, y veinte mil medidas de trigo para proveer diez triremes, ademas de doce mil que les dió con motivo de los espectáculos. Aparte de esto ofreció tambien tres mil talentos de bronce para refundir el coloso, cien arquitectos y trescientos cincuenta operarios, pagados miéntras fuera menester hasta restaurar los edificios. Antígono envió tres mil vigas para techumbres, muchísimas tablas para tabiques, valor de tres mil talentos en hierro, de mil en brea, y otros tantos en resina y ciento de plata; á lo cual añadió su mujer, Criseida, cien mil modios de trigo y tres mil talentos de plomo. Seleuco, padre de Antioco, concedió varias inmunidades á los rodios que llegasen á sus Estados, y les remitió diez naves de cinco órdenes de remos, doscientas mil medidas de trigo, cinco mil codos de madera de construccion, resina y estopa para calafatear las naves. Igual generosidad mostraron Prusias, Mitrídates y otros señores del Asia, y áun más las ciudades; cuyas cosas hemos referido (dice Polibio), primeramente para mostrar la magnificencia de los Rodios en las instituciones públicas, cualidad que los hace dignos de elogio y de imitacion, en segundo lugar para dar á conocer cuán mezquinos son hoy día los dones de los reyes, y cuán poco reciben de ellos las naciones y ciudades; y, últimamente, para que los reyes que se alargan á dar cuatro ó cinco talentos, no crean haber hecho gran cosa, ni pretendan obtener de los Griegos la benevolencia y el honor que tuvieron los antiguos monarcas; y para que las ciudades, considerando la magnitud de los dones pasados, no remuneren desmesuradamente los pequeños y miserables de hoy con tan grandes y solemnes honores.» (César Cantú, *Historia Universal*, II, 62.)

litar, cuyos malecones obstruian los restos del coloso, los vendieron como bronce viejo á un mercader judío de Emesa, que necesitó para trasportarlos 900 camellos; de donde se infiere que siendo la carga de cada uno de éstos, por término medio, 250 kilogramos, el peso total ascendió á 225.000, en el cual no va incluido el de la piedra y hierro que interiormente tenia la estatua.

En cuanto al lugar que ésta ocupaba, andan discordes los pareceres, suponiendo unos que estaba á la entrada del gran puerto, con las piernas abiertas y los piés apoyados en las dos rocas sobre las que despues se alzaron las torres de San Miguel y San Juan, pasando los barcos por entre las piernas y teniendo un fanal en una de sus manos; los otros, que en la embocadura del puerto militar, ó llamado, de las galeras, paso más estrecho que el precedente; algunos, que á la entrada de la dársena interior del puerto mercantil, y los últimos, en mi juicio con más acierto, la colocan á la entrada del estrecho canal que ponia en comunicacion el puerto mercantil con el militar, paso cerrado, segun se cree, al fortificarse aquel paraje, por d'Aubusson. Las primeras conjeturas tienen en contra el cálculo matemático, puesto que dada la anchura de las respectivas entradas que debia dominar el coloso con la abertura de las piernas, no resulta en armonía con la altura conocida de la estatua, sino por el contrario en una enorme desproporcion, y la circunstancia de haberse conservado en tierra los fragmentos del coloso, pues si hubiera estado colocado donde suponen, al desplomarse hubiera caido en el mar. La última, que supone estuvo la estatua á la entrada del estrecho canal que unia el puerto mercantil con el militar, sobre ser la que confirma una no interrumpida tradicion, tiene ademas en su apoyo la condicion de la verosimilitud, conocida la anchura de aquel paso, hoy marcada por dos torres de la fortificacion, entre las que media un lienzo de muralla con un arco murado que se hallan en los muelles de la parte occidental del puerto mercantil, pues ya dijimos que d'Aubusson habia cerrado aquel paso y cegado el canal. El coronel Rottiers, que adopta esta última conjetura, dice al propósito: «La distancia que separa las dos torres es de 32 piés franceses; añadamos una veintena de pulgadas para la entrada de los piés en las basas, y concluiremos que la abertura de la estatua podia ser próximamente de 35 piés 4

pulgadas. Ahora bien: si una estatua de seis piés tiene una abertura de piernas de un pié ocho pulgadas, la altura de una estatua cuya abertura de piernas sea 35 piés y 4 pulgadas, será por el mismo cálculo de 106 piés. Por lo tanto, teniendo el codo pié y medio de Francia, los 106 piés equivalen, con algunas pulgadas de diferencia, á la altura de 70 codos romanos indicada por Plinio.»

La situacion, pues, propuesta en la última conjetura parece la más aceptable, puesto que resulta en relacion natural la distancia de las piernas separadas del coloso, con su altura. Ademas, si servía de faro, colocado en aquel paraje iluminaba los dos principales puertos de Rodas, y en su caida, estando tan cercana la tierra, pudo quedar en la orilla, causando sus colosales restos á los viajeros la admiracion de que habla el mismo Plinio, permaneciendo allí hasta los tiempos de Moavia.

Puede apoyar tambien esta conjetura, como acertadamente indica V. Guerin, la circunstancia de haber existido cerca de aquel paraje una antigua capilla, que en la época de los caballeros llevaba el nombre de San Juan el Coloso.

Sin embargo, á la conclusion indicada parece oponerse un texto de Philon de Bizancio [1], citado tambien por aquel autor frances, en el cual, hablando de la célebre estatua, se dice: «El artista empezó por colocar una basa de mármol blanco, y sobre esta basa afirmó los piés del coloso hasta la altura de los tobillos.» Pero este dato no nos parece enteramente digno de fe, pues no es creible que tan colosal estatua se colocase sobre una basa de mármol, piedra calcárea como es sabido, de escasa resistencia para resistir tan enorme peso. Sin embargo, V. Guerin lo consigna con prudente acuerdo, y nosotros al imitarle creemos proceder con la buena fe que debe presidir á las investigaciones del que sólo busca la verdad.

Tres mil estatuas de bronce y mármol, y entre ellas otras ciento, tambien colosales, adornaban ademas, segun testimonio de Plinio á Rodas: *Centum colossi alium nobilitaturi locum* (XXXIV, 18); llamaban preferentemente la atencion en el templo de Baco y en otros parajes, grandes vasos artísticos; relieves representando bacantes y centauros, debidos al

(1) *De septem orbis miraculis*, p. 16.

artista Akragas; los silenos esculpidos por Myos; la famosa cuadriga de Lisipo; el célebre cuadro de Protógenes; el Menandro y Auleos de Apéles; los de Meleagro, Hércules y Perseo de Zeuxis, y otra multitud de obras esculturales y pictóricas, que bien claramente revelaban el buen gusto artístico de los opulentos rodios.

Y no alcanzan merecida celebridad en el mundo antiguo aquellos insulares tan sólo por su amor á las artes. Instituciones legislativas, sobre todo en lo referente á asuntos comerciales, les dieron merecida nombradía, sirviendo durante mucho tiempo de norma en las transacciones mercantiles, hasta el punto de ejercer decisiva influencia, sobre todo en lo relativo al derecho marítimo en el de Grecia y Roma, y en el poder de ambos pueblos [1].

Entre las principales disposiciones de aquellas sabias leyes merecen especial mencion las que establecian que el hijo estaba obligado á pagar las deudas de su padre, áun cuando renunciase á la herencia. Cuando fuera preciso para librarse de un naufragio arrojar mercancías al mar ó pagar rescate á los piratas, el daño debia repartirse entre todos los dueños del cargamento, para lo cual, ántes de la partida, se averiguaba el estado del buque, aparejos y pertrechos, y la ley determinaba los pactos de las contrataciones, los salarios, las personas y el cargamento. Los contratos no adquirian fuerza obligatoria sino despues de inscritos en el registro público. Antes de quitar la vida á un criminal, se le borraba del número de los ciudadanos, y el verdugo no podia verificar la ejecucion dentro de la ciudad. A los que morian en defensa de la patria se les hacian exequias por cuenta del público, y se les daba á sus hijas un dote y á sus hijos todo el armamento militar.

Al lado de sus sabios legisladores vivian profundos filósofos y elegantes retóricos, á cuyas escuelas acudia la juventud más distinguida de Grecia y Roma, y durante mucho tiempo gozaron de creciente prosperidad bajo un gobierno aristocrático, cuyo jefe superior llevaba el título de Pritanio, así como sus senadores el genérico de Mastri.

A causa de la peligrosa vecindad con los reyes de Siria, Rodas, con-

(1) Puede consultarse sobre tan importante punto la Memoria escrita por Pastoret y premiada por la Academia francesa de Inscripciones y Bellas Letras.

siderándolos como los mayores adversarios de su marina, se alió con los Romanos contra Antioco. Polixénides, desterrado de Rodas y nombrado jefe de la armada de Antioco, vengó en los Rodios la derrota que los Romanos le habian hecho sufrir en las orillas de la Jonia, cerca del promontorio de Korikos, pues en un combate que dió contra sus compatriotas en la costa de la Caria, no léjos de Panormos, derrotó la escuadra rodia, mató á su jefe Pausitratos, y con él á la flor de la juventud de la isla. Léjos de arredrarse con tal reves, los Rodios resolvieron vengarle, y con la actividad é inteligencia que caracterizaba á aquella Venecia de la Edad Antigua, armaron veinte buques, y unidos á la flota de los Romanos, mandada por Livio, sitiaron á Patara, y aunque no obtuvieron sus propósitos desde luégo, aumentando su escuadra hasta contar treinta y dos galeras de cuatro órdenes de remos y cuatro triremes, se hicieron á la mar en demanda de la escuadra siria, y encontrándola cerca de Suda en la costa de Pamphilia, mandada y hábilmente dirigida por Aníbal, trabaron terrible combate, disputándose aquellos dos pueblos rivales el dominio del mar, y á pesar de la desesperada resistencia de los marinos y soldados de Antioco, los Rodios triunfaron. No contentos con aquella importante victoria, atrajeron de nuevo á las naves enemigas cerca del mismo promontorio de Korikos, donde habian sido derrotados, para que en el mismo lugar de la ofensa tuviera lugar la reparacion, y nuevo triunfo coronó sus esfuerzos, si bien auxiliados por los Romanos, que pusieron fin á aquella guerra con la victoria que alcanzó L. Scipion en las llanuras de Hircania á orillas del Hermus, ajustándose la paz con la cesion de la parte de Asia que se extiende más allá del Taurus. Aquella cesion, sin embargo, más fué motivo de querella que de tranquilo regocijo, pues, como acontece siempre al llegar la hora de repartirse los despojos, surgieron desavenencias entre los de Roma y sus aliados que habian de participar de ellos; querellas que terminó, con la autoridad que ya le daba su preponderancia, el Senado romano, dando á Eumenes la parte de Asia que se encuentra cerca del monte Taurus, y á los Rodios la costa de la Caria y de la Licia frontera á su isla, exceptuando á Telmissos y á Solis, que pasaron á poder del rey de Pérgamo, á pesar de las reclamaciones que contra esta excepcion hicieron los enviados de la Isla.

Desde entónces sus relaciones con Roma tenian más de ceremoniosas que de sinceras; y así fué, que cuando aquélla, en la guerra contra Perseo, pidió su apoyo á los Rodios, al mismo tiempo que se manifestaron prontos á enviarle poderosa escuadra, recibian al embajador de Perseo, y poco despues ofrecíanse como mediadores entre éste y los Romanos, pero más por favorecer al primero que á los segundos; conducta equívoca que fué bien pronto comprendida por Roma, y que estuvo á punto de servir de pretexto para que la orgullosa señora del Tíber declarase la guerra á Rodas y se apoderase de la Isla, habiendo sólo conseguido evitarlo á costa de la vida de algunos ciudadanos, que acaso los más inocentes pagaron por los verdaderos culpables, como acontece con harta frecuencia en los disturbios políticos, cual si hubieran sido los únicos favorecedores de Perseo.

A tan costoso precio se vió libre de la invasion que la amenazaba, y desde entónces permaneció fiel á los Romanos, hasta el punto de haber sido la única isla que resistió despues á Mitrídates. En las guerras civiles las escuadras rodias combatieron primero al lado de las de Pompeyo, y despues de la derrota de Farsalia, unidas á César, demostraron igualmente su audacia y su valor. Muerto César, se declaró contraria del ingrato Bruto, el antiguo discípulo de las escuelas rodias, el ciego asesino, que airado representante del patriciado creyó matar en César la democracia romana, sin prever que se alzaria tiranizándolo todo bajo la púrpura de los emperadores; y la opulenta capital sufrió el asedio de Casio, y el pillaje á que se abandonaron los soldados, cuando la traicion, ántes que su valor, les abrió las puertas, salvándose sólo de todas las obras de arte que á la sazon poseia la ciudad, la célebre cuadriga, obra maestra de Lysipo de Sicione.

En tiempo del emperador Claudio, Rodas perdió completamente su libertad en castigo de haber dado suplicio de cruz á muchos ciudadanos romanos; pero nueve años despues y reinando el mismo emperador, le fué devuelta. Vespasiano completó la obra de la política romana, y Rodas, lo mismo que la Acaia, la Cilicia y la Comagena, paises libres hasta entónces ó que parecian serlo, quedaron asumidos por completo en la gran nacionalidad romana, y considerados como provincias del imperio.

Constantino la hizo capital del gobierno Cibyratico. Declarada despues sede arzobispal con catorce obispos sufragáneos, durante el imperio

bizantino sufre sus vicisitudes. En 656, el año duodécimo del reinado de Constantino III, los árabes, bajo el califato del Ommiade Moavia, despues de haber vencido á los griegos mandados por su hijo, tomaron á Rodas y vendieron, como ya indicamos, á judios siriacos los restos del célebre coloso.

La historia bizantina no fija la época en que los árabes fueron arrojados de la Isla, pero no debió ser muy larga su dominacion en ella, porque cerca de cincuenta años despues de su invasion, vuelve á aparecer Rodas como el punto central de reunion para las escuadras bizantinas, reinando Anastasio II. Probablemente seria recuperada por los cristianos, á consecuencia de la gran derrota naval sufrida por los mahometanos en la bahia de Finika.

Despues de la division del imperio de Oriente y la toma de Constantinopla por los cruzados en el mismo año en que mediaba el siglo XIII, Rodas aparece poseida por los Genoveses y un principe italiano cuyo nombre no es conocido; y aunque despues Juan Cantacuzeno, en tiempo de Juan Ducas, trata de apoderarse de ella, no lo consigue, habiéndola defendido Villarduino, principe de la Acaia, siendo más afortunado el Protosebastos, Teodoro, enviado por el mismo emperador, que arrojó á los Genoveses, uniéndola al imperio bizantino. Poco estuvo, sin embargo, sometida á sus nuevos señores, porque su gobernador P. de la Gualla declaróse en ella independiente, alzamiento á la verdad no ménos efimero, porque los corsarios turcos entraron la capital y la saquearon repetidas veces.

Cuando tal acontecia, los caballeros de San Juan, que despues de la toma de Acre se habian establecido en Chipre, donde reinaban los Lusiñanes, y que desde Limisco no habian cesado de hostilizar á los infieles, como viesen turbado á cada paso su sosiego por las continuas disensiones de los Lusiñanes, conociendo la gran importancia de la posesion de la isla, decidieron apoderarse de ella y establecerse alli sólidamente, y Fulco de Villaret, hermano del gran maestre de la Orden, Guillermo, tomó por asalto la capital el 15 de Agosto de 1309, y en ménos de cuatro años sometió toda la isla, con las adyacentes Nysiros, Leros, Kalimnos, Piscopia, Calcis, Simia y Cos.

Dueños los caballeros de San Juan de tan importante posicion, desde




PRIORATO ESPAÑOL EN RODAS.

ella molestaban á los Turcos, ayudando á cuantos les hacian la guerra. Orkan la sitió inútilmente en 1315, y la gloriosa milicia, en vez de limitarse á la defensa, tomó la ofensiva, apoderándose de Smirna, que conservó desde 1343 á 1401, año en que le fué arrebatada por Tamerlan.

Enriquecida la Orden con los despojos de los Templarios, que se les abandonaron cuando éstos fueron abolidos, en el capítulo general celebrado en Mompellier por Elion de Villeneuve dividióse en ocho lenguas, que fueron Auvernia, Provenza, Francia, Italia, Aragon, Castilla, Inglaterra y Alemania, perteneciendo á esta última los prioratos de Dinamarca, Suecia y Hungría, division que demuestra la gran importancia y extension que habia alcanzado; y cuando Mahomet II, conociendo la importancia de Rodas, dirigió contra ella sus escuadras, Juan Bautista Orsini, trigésimo-octavo gran maestre, llamó en su defensa á los caballeros de todas las lenguas. Con el propósito de resistir al poderoso enemigo y poder sacar trigo de Africa, ajustó paces con el Sultan de Egipto, y el príncipe de Túnez, y obtuvo de la Orden un poder absoluto sobre los bienes y las fuerzas miéntras durase la guerra. Melid-bajá se presentó delante de Rodas con ciento sesenta velas, y logrando desembarcar cien mil hombres, sitió la capital; pero tan prodigioso fué el valor de los caballeros, que los Turcos se vieron obligados á retirarse, despues de ochenta y nueve dias de asedio, dejando nueve mil muertos y llevándose trece mil heridos.

Para conseguir hallarse en disposicion de resistir gloriosamente tan formidable ataque, habian llevado á cabo colosales obras de fortificacion que todavía sorprenden, hasta el punto de que en tiempo de Helion de Villeneuve, apellidado, y no sin razon, *Fèlix Gubernator*, Rodas quedó convertida en un verdadero baluarte de la cristiandad, opuesto al orgullo y la impetuosidad de los musulmanes.

Desgraciadamente el glorioso triunfo que los caballeros alcanzaron al rechazar victoriosamente la invasion turca en 1480, no les hizo previsores para fortificar igualmente el alto monte de San Estéban, que domina la capital y el arrabal judío, que en aquel asedio fueron los puntos de apoyo para los sitiadores, y que naturalmente habian de serlo igualmente cuande volvieran á intentar la conquista de la Isla; pero áun con tal olvido el

valor y la pericia de los caballeros hubieran triunfado tambien en 1522, si la traicion no esterilizara tantos y tan heroicos esfuerzos.

Soliman, llamado el Grande, despues de haberse apoderado rápidamente de Belgrado, que bien podia considerarse como una fortaleza avanzada de la cristiandad, arrojando á los habitantes húngaros á la orilla derecha del Danubio y trasladando á los búlgaros á Constantinopla, atacó con trescientas velas y cien mil hombres de desembarco la isla de Rodas, punto de comunicacion que necesitaba entre Egipto y la capital del Bósforo. Los caballeros de las ocho lenguas de la Orden, se repartieron la defensa de las fortalezas, bajo el mando del gran maestre Villers de l'Ile-Adam. Candía envió 500 hombres con Martinengo, hábil ingeniero, para dirigir los trabajos de defensa; pero Andres Amaral, canciller de la Orden, envidioso del gran maestre, haciendo traicion á sus juramentos, ayudó á los infieles, que sin esto, y á pesar de tener rodeada la ciudad con cien cañones, de los cuales no pocos lanzaban balas hasta de once á doce palmos de circunferencia (algunos de cuyos enormes proyectiles se conservan), no se hubieran apoderado de la bien defendida ciudad, pues en todos los asaltos que daban eran victoriosamente rechazados, pudiendo decirse que todos los caballeros lucharon como verdaderos héroes, trasmitiendo su vigoroso espíritu á sus mismas mujeres y áun á los niños, pues unas y otros llevaban tierras y materiales para cerrar las brechas, y proyectiles que lanzar al enemigo, prefiriendo la muerte al vencimiento. Refiere á este propósito el ingeniero y testigo ocular de aquella épica defensa, Jac. Fontani, en su libro *De belto Rhodio*, que una griega, habiendo visto caer á su amante esposo en el baluarte inglés, acudió con sus dos hijos en los brazos, los arrojó á las llamas, despues de persignarlos, diciendo: «son demasiado bien nacidos para caer vivos ni muertos en manos de los perros»; y luégo, tomando el manto y la espada de su esposo, se precipitó en lo más recio de la pelea, causando gran destrozo en los enemigos, hasta caer muerta cubierta de heridas.

Más de cien mil turcos habian ya perecido en los asaltos, y más hubieran perdido inútilmente la vida, si no se hubiera hecho creer al indomable gran maestre y á los caballeros que se habian agotado las municiones, ocultándolas traidoramente, lo cual fué causa de que entregasen la ciudad con

una honrosa capitulacion, saliendo Villiers de l'Ile-Adam con cinco mil personas, prometiendo que serian respetadas las que en la ciudad quedasen, sin embargo de lo cual los genizaros se entregaron á sus acostumbrados desafueros, profanando las iglesias y las imágenes sagradas.

Concedida por Cárlos V á la gloriosa milicia, tan indignamente vencida en Rodas, las islas de Malta, Gozo y Comino, Villiers murió en la primera de ellas, escribiéndose sobre su sepulcro: *Aquí reposa la virtud, vencedora de la fortuna.*

Despues, los recuerdos históricos de Rodas desaparecen en los acontecimientos del imperio turco, como un rio pierde hasta la memoria de su nombre cuando ha confundido sus aguas con las del mar.

Escasos, á la verdad, son los restos monumentales que nos quedan de la Edad Antigua en la famosa ciudad y en sus alrededores, abundando mucho más los de la Edad Media; pero á pesar de su escaso número, merecen especial mencion algunos que pasamos á enumerar, pertenecientes á aquellos remotos períodos. La antigua vía abierta en la roca, y los vestigios de un muro pelásgico, que se encuentran hacia el SE. de la barriada *Neo-Maras* son acaso los más antiguos. En el monte de San Estéban, donde estuvo la acrópolis de Rodas, se hallan restos de un vasto *temenos* ó recinto sagrado, del cual apénas quedan más que fragmentos de muros, notables por las dimensiones de los sillares que los forman, pues muchos alcanzan hasta cinco metros de longitud y anchura proporcionada. Tambien se encuentran en aquel paraje algunos trozos de columnas de mármol, que se cree pertenecieron á un templo de Apolo Pythio, por el contenido de una inscripcion encontrada entre ellos por Mr. Hedenborg, y otros fragmentos de entablamento y de columnas, que pertenecieron á un tercer templo, fragmentos que no son de mármol, sino de piedra arenisca, pero revestida de una durísima capa de estuco perfectamente pulimentado, que le da toda la apariencia del mármol. En la misma planicie de aquella antigua acrópolis encuéntranse tambien muchas cámaras sepulcrales, abiertas en la misma roca, ya de forma rectangular, ya oblonga, con techo plano ó con ligera curvatura, cual si fueran de bóveda muy rebajada, cámaras que tienen á los lados los nichos en que se depositaban los cadáveres. Como la acrópolis de Rodas estaba cubierta de templos y

bosques sagrados, es muy verosimil la conjetura de M. Guerin, que cree pertenecieron aquellos enterramientos, á sacerdotes, cuyos restos descansarian despues de su muerte, cerca de los santuarios á que estuvieron consagrados en vida.

En la barriada de Neomaras créese tambien estuvieron el famoso templo de Baco, que podia considerarse como un verdadero museo de pintura y escultura, por la abundancia de cuadros y estatuas que lo enriquecian, encontrándose hoy muchos fragmentos de las últimas en el jardin que perteneció al citado Mr. Hedenborg, y el templo de Esculapio mencionado por Diodoro de Sicilia.

De la antigua y célebre muralla que rodeaba la ciudad en una extension de 15 kilómetros, apénas quedan algunos escasísimos restos, habiendo servido sus materiales para los nuevos muros levantados por los caballeros de San Juan y otras obras anteriores y posteriores.

Entre los pintorescos alrededores de la histórica ciudad, merecen especial mencion los lugares llamados Symbulli y Sondurli, los cuales, lo mismo en las pasadas épocas que en la presente, han servido á los habitantes de Rodas para lugar de recreo y esparcimiento. El primero de ellos es un paraje encantador, á tres cuartos de hora de distancia del barrio Neomaras, y que toma el nombre de Symbulli, de una palabra turca que significa jacinto: en griego se la da tambien algunas veces el de Rodini; y ambas denominaciones le convienen, por la belleza de aquella colina que perfuman abundantes rosas y jacintos, y arrullan con apacible murmullo cristalinas fuentes y bullidores arroyos.

En la amanecida del dia 17 hicimos esta deliciosa excursion, y no habia pasado media hora desde que dejamos á Neomaras en direccion SEE., cuando despues de haber atravesado el barrio Catomaras, llegamos á un puente que voltea sobre un barranco que lleva las aguas de Symbulli al mar. Aquel puente es uno de los restos más notables de la antigua Rodas, y está formado con magníficos sillares colocados al parecer sin argamasa, sin embargo de lo cual la construccion se conserva casi como en los primeros dias de su construccion, no obstante haber pasado ya desde entónces más de dos mil años, pues creemos aquella notable obra contemporánea de los últimos tiempos de la república romana.

Despues de pasar este puente, nos encontramos bien pronto en el centro de una antigua necrópolis, hallándose en la parte de la orilla del mar, hacia el S., multitud de cámaras sepulcrales, abiertas, como las que anteriormente citamos, en la misma roca; y más cerca de la orilla unas salinas formadas artificialmente con pequeños compartimientos excavados en la superficie de rocas planas y á flor de agua, donde ésta penetra siempre que el viento de Levante empuja las ondas hacia aquella parte. Cuando el mar se retira, los depósitos quedan llenos de agua salobre del mar, que evaporándose lentamente con el calor del sol, deja en el fondo la sal que en disolucion contenia.

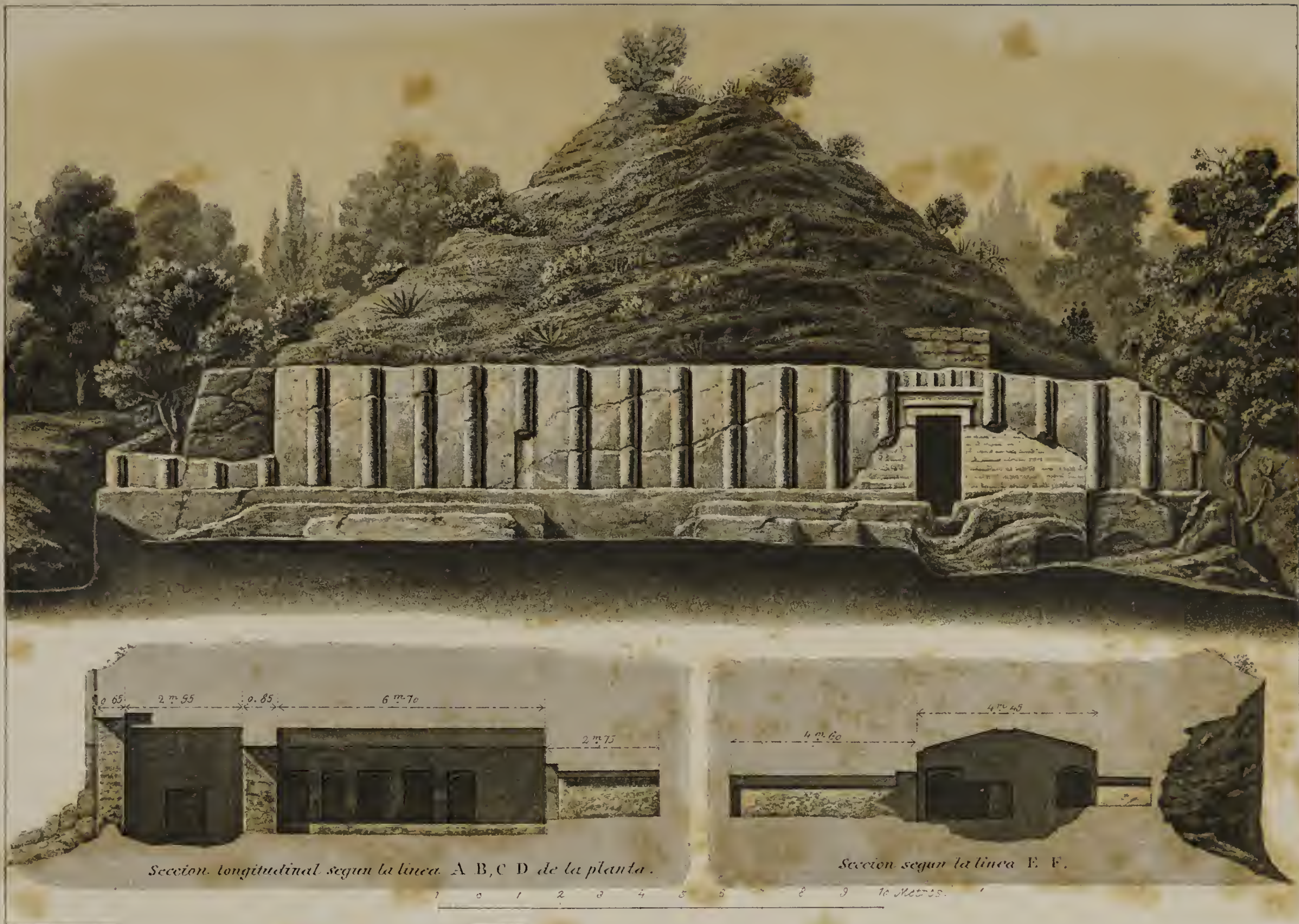
Las cámaras sepulcrales y enterramientos son de varias formas: rectangulares, curvas, con techos planos ó arqueados, adornadas con molduras y revestimientos de estuco, y conservando no pocas señales de haber estado cubiertas con planchas de mármol, en las cuales, y cerca de los nichos, se grabarian las inscripciones dedicadas á la buena memoria de los que en ellas descansaban. Estas cámaras sepulcrales así dispuestas, con los nichos alrededor, servirian probablemente para el convite fúnebre, costumbre que se remonta á la mayor antigüedad, y que todavia se practica en Oriente por los mahometanos y los judíos, y áun en muchas provincias de España, entre las clases ménos acomodadas de la sociedad, en los entierros de los niños.

Alejándonos de aquella abandonada ciudad de los muertos para dominar las colinas que se enlazan al monte de San Estéban por el E., llegamos despues de un cuarto de hora á la deliciosa planicie de Symbulli, que con sus gigantescos plátanos y álamos blancos, cubriendo el verde suelo de fresca sombra, los numerosos pájaros que pueblan sus ramas, el murmullo de sus puras y cristalinas fuentes, forma uno de los parajes más deliciosos que puede soñar la fantasía, y que despertó en nuestra memoria el recuerdo de la poética *fuente del Avellano*, en Granada. Para que el recuerdo fuese completo, veíamos llegar á cada instante asnos y mulos con cántaros, que sus conductores llenaban para llevarlos á la ciudad, cubriéndolos con ramas, como hacen los aguadores granadinos, y á muchos griegos y turcos que acudian á tan delicioso paraje á saborear, sentados á la sombra de los árboles, aquel agua fresquísima y reparadora. El manantial

de donde brota fué conocido indudablemente por los antiguos, y probablemente sería el mismo mencionado por Vibius Sequester (p. 102) con el nombre de *fons Inessa*. Las obras que hoy allí existen, sin embargo, han debido sustituir á las griegas y romanas, no pudiendo dárseles más antigüedad que la de la época de los Caballeros, siendo más modernas las inscripciones turcas que en algunas se encuentran.

Un camino empedrado con pequeños cantos blancos y negros, formando labores á manera de mosaico, sistema de pavimentacion muy conocido tambien en Granada y en algunos otros puntos de Andalucía, rodea un depósito ó estanque cuadrado, y al O. y N. se extiende un largo barranco producido por la accion de las aguas, ancho y profundo, en extremo pintoresco, y cuyos abruptos ribazos están cubiertos de exuberante vegetacion y hasta de árboles que juntan sus ramas ocultando el fondo, en el cual crecen abundantes adelfas en medio de un lecho de arena, completamente seco en estío. Enormes masas de rocas caidas de las alturas cercanas, demuestran los terribles efectos de los terremotos, tan frecuentes en la Isla. Este mismo barranco es el que se prolonga hasta el mar, y sobre el cual se encuentra el antiguo puente á que hace poco nos referimos. Un elegante acueducto, reparado en la época de los Caballeros sobre otro antiguo romano, lo cruza tambien, conduciendo las aguas de aquella colina á Rodas.

En tan encantador paraje hicimos alto, y despues de reposar algunos momentos del cansancio de la subida, y de beber con verdadera delectacion el agua riquísima de aquella fuente, ántes de continuar nuestra marcha en busca de un importante monumento de que la noche ántes nos habian hablado con mucho encarecimiento en casa de nuestro vicecónsul, evocamos el recuerdo de la tradicion literaria, que á manera de la que se refiere á la célebre *Escuela de Homero* en Chios, designa el paraje en que ahora nos encontramos, la bellísima planicie de Symbulli, como el mismo en que el célebre orador ateniense, Eschinos, daba sus lecciones de elocuencia. Sabido es que vencido éste por Demóstenes, tuvo que retirarse de su patria, y que eligió por residencia á Rodas, fundando en ella una escuela que llevó su nombre y que contribuyó poderosamente á preservar á los rodios del mal gusto y del énfasis asiáticos, dándoles aquel estilo,




Velazquez dibujó y midió.

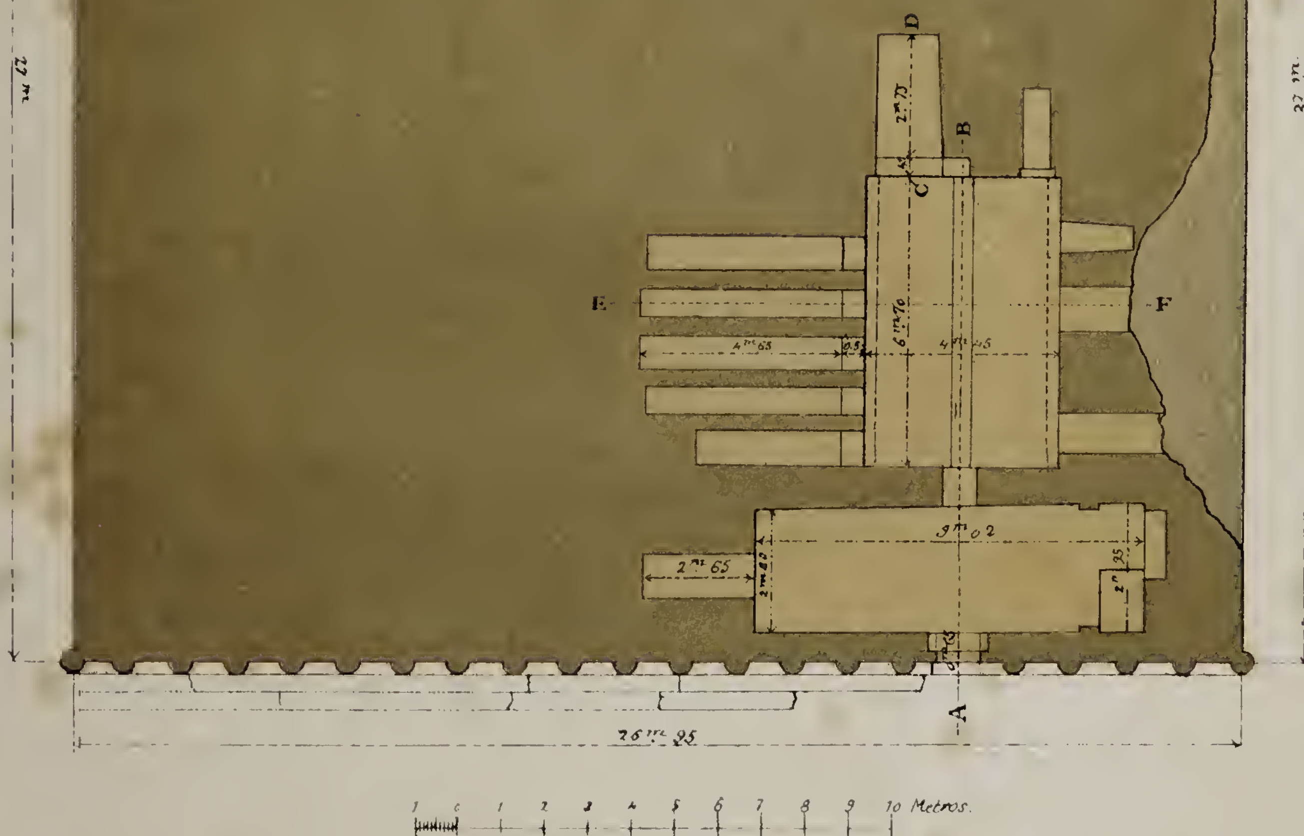
Kraus litº

MONUMENTO SEPULCRAL EN LA ISLA DE RODAS.



Vista perspectiva.

Planta.




*V. Lazquez dibujó y midió.* *Estampón por J. Mateu.* *Kraus litº.*

MONUMENTO SEPULCRAL EN LA ISLA DE RODAS.

cuya sonoridad, á la vez sencilla y noblemente austera, pero de formas puras y armoniosas, dirigiéndose ántes al espiritu que á los sentidos, es conocido en el mundo literario con el apropiado nombre de aticismo. La tradicion supone que el hermoso paraje de que hemos intentado dar una ligera idea á nuestros lectores, es el mismo donde dió sus lecciones el orador ateniense, y miéntras la crítica no nos presente motivos para destruir la tradicion, no hemos de ser nosotros los que intentemos siquiera desposeer aquel delicioso paraje del encanto que le prestan tales recuerdos.

Continuando nuestra marcha hacia el S., pronto nos encontramos en un lugar, donde en una extension considerable se encuentran grandes excavaciones de remotas épocas, vastas canteras con galerías subterráneas abiertas en una roca calcárea de fácil labra, parecida á la piedra *franca* que tanto abunda en nuestro litoral del Mediterráneo. Algunas, despues de haber sido explotadas para sacar sillares de construccion, convirtiéronse en catacumbas y cámaras sepulcrales, costumbre tambien seguida en otros muchos paises, y entre ellos en España, de lo cual dan buen testimonio, entre otras, las llamadas *Cuevas de Osuna* que hemos tenido la fortuna de examinar.

No léjos de estas canteras convertidas en necrópolis, rodeado de otras cámaras sepulcrales, algunas de las cuales tienen sus puertas labradas tambien en la roca, de tal manera que se ve en ellas la tradicion egipcia, encuéntrase el monumento cuyo estudio formaba el principal objeto de nuestra matutina excursion.

Consiste éste en un enorme fragmento de montaña, de planta cuadrangular, separada de la colina por la mano del hombre y coronada por una pirámide hoy de tierra, pero que en los tiempos en que se labró el monumento estaba formada por una gradería labrada tambien en la roca, de lo que se conserva algun indicio sobre la puerta por donde se pasa á las cámaras sepulcrales, que aquel inmenso monumento tiene en su interior, abiertas tambien á fuerza de trabajo en la roca misma. Cada uno de los cuatro frentes formaba como un amplio basamento de la pirámide, adornado con medias columnas, pero todas ellas realzadas en la misma roca, afectando la forma cilíndrica. La longitud de estos frentes ó lados era de cerca de 27 metros, teniendo las columnas 40 centímetros de diámetro;

los fustes, que es lo que hoy existe, 4 $1/2$ de altura, hallándose separadas entre si, un metro, á excepcion de las dos entre las cuales se abre la puerta, cuyo espacio equivale al de dos de los anteriores, más el grueso de una columna. No tienen ni señal de haberse intentado siquiera labrarlas con estrías, ni tampoco basas, y habiendo desaparecido por completo los capiteles, es imposible conjeturar el órden á que pertenecieron. De los cuatro frentes de este curioso y notable monumento sólo queda en regular estado el del lado N., que es el que damos exactamente medido y copiado del natural por el Sr. Velazquez en la primera lámina que acompaña á esta descripcion, donde se ven tambien las secciones segun las lineas A, B, C, D, y E, F de la planta, que con la perspectiva del monumento, se encuentra en la otra lámina adjunta. La altura total de éste es próximamente de 10 metros.

El número de las columnas era de veintiuna por lado; y las de los otros tres frentes han desaparecido por completo, estando hendida la roca de que se formó este gigantesco monolito, por las sacudidas de los terremotos. En el fondo de un barranco que hay á la izquierda del espectador hállanse fragmentos del mismo monolito con trozos de medias columnas, como las del lado ya descrito; y delante de éste se encuentra un pequeño espacio cercado con piedras, que no forma parte del monumento, hecho en época reciente para que sirviese de corral de ganado, aprovechando con el mismo fin y para refugio de los pastores durante lo frios del invierno, las cámaras sepulcrales.

La entrada de éstas, segun puede verse en la primera lámina, no estaba, como parecia lo más natural, en el centro, sino á uno de los lados, hacia la derecha, y su cornisamento revela, como el de las otras cercanas á que nos referimos hace poco, la influencia del arte egipcio. Pasada la puerta, se entra en un vestibulo, y de él, por otra no ménos mutilada que la exterior, á una cámara sepulcral de forma rectangular, cuyas paredes estuvieron revestidas de estuco. El techo está atravesado hacia el centro por un resalto, en el que parece haberse querido imitar el madero central del armazon de una techumbre á dos vertientes. A derecha é izquierda encuéntranse nichos, asi como en el fondo y en el vestibulo anterior, los cuales son de diferentes dimensiones, segun lo exigió el tamaño de los sar-

cófagos ó ataudes que en ellos se encerraron, y de los que no queda el menor vestigio. Algunos han supuesto que este vasto monumento funerario encerrase otras cámaras sepulcrales; pero si tal sucedió debieron hallarse sus entradas en los otros lados ó frentes, hoy destruidos, acaso con objeto de que el centro de la pirámide quedase macizo para evitar hundimientos. Hoy de tales cámaras no se halla el menor vestigio.

Descrito el monumento, surge inmediatamente el deseo de conocer, no sólo la época á que se remonta, sino el personaje para quien se elevara.

De los viajeros que le mencionan, el Dr. Ross [1], que no debió visitarla, refiriendo lo que se le dijo acerca de este monumento, escribe que le condujeron más allá de Symbulli, á unas antiguas canteras, donde habia algunas tumbas abiertas en la roca, de las cuales la una lleva el nombre soberbio de «tumba de los Ptolomeos, porque se descubrió allí una moneda de un Ptolomeo». El mismo viajero que á tan breve noticia limita cuanto dice acerca de tan importante monumento arquitectónico, no refuta esta denominacion, sin duda por considerarla, y con razon, arbitraria, pues el hallazgo de una moneda incierta de tiempo de los Ptolomeos, no es suficiente para deducir aquella conclusion. Podrá servir para darnos indicios acerca de la época en que el monumento se labró, pero no para deducir que perteneciese á uno de aquellos reyes egipcios de la dinastía ptolomeica, pues si bien es cierto que cuando el famoso sitio de Rodas por Demetrio, Ptolomeo, hijo de Lago, envió socorros á los Rodios, por lo que éstos le levantaron un templo, y más tarde Evergetes acudió tambien con grandes auxilios en favor de Rodas, despues del terrible terremoto que derribó el Coloso, no ha de inferirse de aquí que estos monarcas, ni ningunos otros de Egipto, escogieran aquella isla para lugar de su enterramiento, abandonando las orillas del Nilo, que tradiciones religiosas hacian sagradas.

La época sí nos parece pueda ser la ya indicada, pues en este monumento y en los que le rodean se encuentran marcadas influencias del arte egipcio, lo cual observaremos tambien en breve al estudiar otros peregrinos monumentos de la isla de Chipre.

---

(1) *Reisen auf den griechischen Inseln.*

No creemos deber pasar en silencio, porque pudiera ser causa de errores, la extraña mencion que el coronel Rotiers hace de un monumento tallado en la roca, en forma cuadrada, que dice fué un antiguo templo de Céres, y que estaba cerca de Symbulli. Si se referia al que acabamos de estudiar, procedió equivocadamente, á causa sin duda de no haberle visto y de fiarse de informes poco exactos; pero si hablaba de algun otro, ha debido desaparecer, aunque es difícil que un templo labrado en la roca viva se borre tan completamente del haz de la tierra, que no quede ni el menor vestigio de él.

Otro monumento análogo al presente consérvase en Lindos, en la misma isla, tambien adornado con medias columnas, que conservaba á la época en que le vió M. Guerin un entablamento adornado de triglifos, surmontado por un pequeño fronton, monumento que no pudimos estudiar por falta de tiempo, pero cuya noticia nos revela no era peregrina en Rodas la costumbre de labrar monumentos sepulcrales en grandes monolitos, separados de la roca misma. Cuando lleguemos al exámen de las antigüedades de Jerusalen, volveremos á hallar monumentos de esta especie.

Bien hubiéramos querido disponer de más espacio para haber recorrido el resto de la isla y estudiar las ruinas de las primitivas ciudades que en ella hubo y que ya hemos citado, Lindos, Ialysos y Camiros; pero teniamos, como ya hemos dicho más de una vez, marcado el tiempo y el itinerario, y regresamos á la capital para recorrer al ménos, y poder dar razon de ellas, las muchas edificaciones que por ventura subsisten de la época de los Caballeros, no sin indicar ántes, por creerlo necesario en una obra como la presente, los puertos que en Rodas se encuentran y las fortificaciones que los defienden [1].

Para llegar á Rodás, el navegante que va de Smirna tiene que doblar al NO. el cabo Kumburnu ó de las Arenas, llamado tambien cabo de los Molinos, porque en su punta baja y arenosa se encuentran varios molinos de viento. Despues hay que pasar con precaucion ante un escollo cubierto por las aguas, en el cual ya se han perdido muchos buques, y se deja á la derecha el lazareto, establecimiento poco notable, situado en medio de un

(1) Ademas de haber visto por nosotros mismos cuanto describimos en el texto, tenemos tambien presente para este estudio la citada obra de M. Guerin.

muelle de 140 metros de largo y que avanza en el mar de O. á E. Un pequeño fondeadero cuadrado, mal defendido contra los vientos del E. y cuyo mayor fondo apénas llega á cinco brazas, sirve de refugio á los buques detenidos por la cuarentena, y comunica con otro mucho más extenso, de forma oblonga, que se extiende de N. á S. El paso del primero al segundo forma una estrecha embocadura marcada por pequeños muelles que se unen el uno á la orilla y el otro á la extremidad septentrional del gran muelle de San Nicolas. La abertura que deja este doble dique, de los cuales el segundo está en gran parte destruido, apénas llega á cincuenta piés de ancho, y como la profundidad media de aquel paso escasamente mide dos brazas, la dársena á que da entrada es sólo accesible para buques de poca importancia.

Y sin embargo, en otras épocas aquel era el antiguo puerto militar, llamado tambien de las Galeras en tiempo de los Caballeros, y por los Griegos Mandraki ó establo, sin duda porque los buques, estando extendida la cadena que defendia su entrada, quedaban encerrados como los rebaños en el redil. Los turcos le llaman puerto del Arsenal ó Tersha-neh-Liman, por tener cerca un pequeño astillero, donde se hacen pequeñas embarcaciones, asi mercantes como militares, ó se carenan y componen las que se hallan en mal estado. La casa del Pachá, ó Seraia, llamada tambien, el Konak, se encuentra enfrente. Este puerto, casi rectangular, mide 330 metros de longitud por 200 en su mayor anchura, y es el más seguro de Rodas, sin embargo de que, por el abandono propio de los Turcos, se va llenando de arena, hasta el punto de que hoy su profundidad media apénas llega á tres brazas. El muelle, que le limita y le protege por la parte Oriental, tiene 335 metros de largo y 25 de ancho, creyéndose con fundamento que sus primeras obras se remontan á la época griega.

A la extremidad N. de este muelle encuéntrase el fuerte de San Nicolas, de forma redonda, con restos de antigua capilla, almacenes y cisternas, y en su plataforma superior y circular largos cañones que pertenecieron á los Caballeros, algunos de los cuales llevan la fecha de 1482 y 1507, y todos el escudo de armas de los respectivos paises á cuya lengua pertenecian los mismos caballeros. Al lado de estos cañones hay grandes

pilas de balas, muchas de ellas de piedra, como las que vimos en la fortaleza de los Dardanelos. En el centro de esta plataforma se levanta una torre más pequeña, que corona una linterna y que encierra un faro, á una altura del nivel del mar de 31 metros. Este fuerte fué construido en 1464, siendo gran maestre Pedro Raimundo Zacosta, cuyo escudo de armas se conserva todavia en la parte exterior, asi como el de Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, que contribuyó con 12.000 escudos de oro para esta notable edificacion. Encima de estos escudos se conservan todavia los restos de una mutilada estatua de San Nicolas, patron de los marinos, á quien el fuerte estuvo consagrado. Tan importante fortaleza, considerada como la llave de Rodas, por parte del mar, salvó á la ciudad, rechazando victoriosamente los ataques de las tropas turcas en el sitio de 1480, y fué defendido con un valor heroico en 1522 por el caballero frances Guyot de Castillane. Despues de la toma de Rodas, Soliman se apresuró á restaurarle, conociendo su gran importancia.

Al SE. del puerto del Arsenal está el gran puerto del Comercio, en forma semicircular, y defendida su entrada por dos torres: la de la derecha, viniendo del mar, es llamada por los Turcos *Arab-Kules*, ó torre de los Arabes, y la de la izquierda, *Dermen-Kules*, ó torre de los Molinos. La primera está edificada en la extremidad de una lengua de tierra que se dirige de O. á E. y que se une al SE. con el banco roquizo, mucho más considerable, que circunscribe el puerto del Arsenal y que continúa hasta el antiguo fuerte de San Nicolas, hoy fuerte del Fanal. La longitud de este segundo banco de arrecifes es de cerca de 100 metros, y en él los Rodios construyeron en la antigüedad un muelle, sobre el cual los Caballeros levantaron un baluarte que forma parte del recinto fortificado de la ciudad, con una altura de 12 metros, una anchura de 7 y una longitud de 90. Tambien en este baluarte, como en el fuerte anteriormente citado, se encuentran gigantescos cañones, ya desmontados, ya sobre antiguos afustes, con escudos de las diversas naciones á que pertenecian los caballeros. En algunos de ellos reconocimos el de España. La torre que termina al Oriente este baluarte es cuadrada, y se dice la fundaron primitivamente los Arabes, de quienes lleva el nombre. Los Caballeros la reconstruyeron en mayores proporciones, dándole la denominacion de San

Miguel. Esta elegante torre, flanqueada en los cuatro ángulos de su plataforma con preciosas torrecillas, sobre las que se destaca otra en el centro, se encuentra en muy mal estado á causa de los terremotos.

Enfrente de la torre de San Miguel y al extremo del muelle que hacia el E. cierra el puerto del Comercio, y que avanza en el mar de S. á N. paralelo al del fuerte de San Nicolas, se encuentra la otra torre, que hace poco mencionamos, de los Molinos ó Dermen-kules, que en tiempo de los Caballeros se llamaba torre de San Juan. Está separada de la de San Miguel 230 metros, que es la anchura de la boca del puerto mercantil, y el muelle, á cuyo extremo N. está edificado, que mide 250 metros de largo y 30 de anchura, tiene tambien subconstrucciones de la época helénica. Este muelle tiene ademas de la indicada fortaleza de los Molinos, baterías de defensa á uno y otro lado. Por la demasiada anchura de su entrada este puerto está muy expuesto á los vientos del N., lo cual podría evitarse prolongando oblicuamente este último muelle desde la torre de los Molinos, de SE. á NO., hacia el fuerte de San Nicolas, con lo cual podría recibir aquel puerto los buques de mayores dimensiones. En la actualidad se halla tambien muy sucio, y las arenas lo van llenando en muchas partes. Tiene ademas hacia el lado occidental pequeños diques para abrigo de los barcos pequeños. En el mismo fondo occidental de este puerto están las escalas de desembarque, y cerca una fuente adornada con columnitas de mármol, antiguas en su fuste, ya que no en los capiteles, y frondosas moreras que esparcen agradable sombra, bajo la cual se encuentran agradables cafés á la turca.

En otro tiempo, como ya indicamos, el puerto de las Galeras ó puerto militar comunicaba con el mercantil por un canal, cegado despues y reemplazado en gran parte por un jardin. Este canal, estrecho en sus dos entradas, se ensanchaba en la parte central, formando un seguro refugio para las embarcaciones de poca resistencia. Segun una tradicion constante en Rodas, el gran Maestre d'Aubusson fué el que le cegó, pues ántes tenía á uno y otro lado dos torres, unidas por un arco, que todavía se ve claramente, y que hoy aparece como un arco de descarga, pues está completamente cerrado su hueco por un muro, y por encima corre la muralla. Por bajo de aquel arco, ántes de haberse cerrado y de cegarse el canal,

pasaban los buques, y aquel tambien es el paraje en que, segun indicamos, la opinion más probable supone estuvo el célebre Coloso. Al lado de uno de los dos torreones se ve un bajo-relieve incrustado en el muro representando un ángel, que tiene en cada una de sus manos un escudo de la Orden con esta inscripcion que confirma la noticia de haber sido d'Aubusson el que cerró aquel paso.

«*Reverendus Dominus Frater Petrus d'Aubussonius*, *Rhodi Magister*, *murum hunc condidit magisterii anno secundo*, 1478.»

La actual ciudad de Rodas se extiende toda ella en anfiteatro al rededor del puerto mercantil; el militar ó puerto del arsenal hoy queda fuera del recinto fortificado. Ademas de estos dos puertos hay un tercero, que se encuentra al SE. del del Comercio ó mercantil, formado por una pequeña bahia limitada al O. por la parte más oriental de las vertientes de la ciüdad y por el largo muelle de los Molinos, que la separa del puerto de Comercio, y al E. protegida por un arrecife que describe una curva hacia el NO. Este puerto, abandonado desde hace muchos siglos, va cada vez más llenándose de arena, hasta el punto de tener en algunas partes solo tres piés de fondo. Todos estos puertos fueron ya conocidos de los antiguos.

La actual ciudad de Rodas, que como acabamos de decir se extiende en suave pendiente al rededor de su puerto principal, apénas cubre la cuarta parte de la superficie que ocupaba en otros tiempos la ciudad antigua. Su circunferencia será próximamente hoy de unos cuatro hilómetros, y está rodeada por muros que forman un poligono irregular, que tienden á la forma semicircular y eliptica, y que están flanqueados de trecho en trecho por torres y baluartes, defendidos ademas por obras avanzadas, que forman en muchos puntos una doble y formidable linea de defensa.

Los principales baluartes, dirigiéndose de Poniente á Oriente por el Sur, son los que recibian los nombres de *Francia*, *Alemania*, *Auvernia*, *España*, *Inglaterra*, *Provenza* é *Italia*, y debian estos nombres á que cada una de las lenguas de la Orden que se dividian la defensa de la plaza, enarbolando la bandera de su nacion en el baluarte que especialmente le estaba encomendado. El puerto y las torres que, segun hemos

dicho, le protegen, estaban de ordinario encomendadas á los caballeros de la lengua de Portugal.

La anchura de los fosos, muchos de ellos abiertos en la roca viva, varía entre 30 y 45 metros, y la profundidad entre 16 y 20. La escarpa y contraescarpa son de sillería, y el terraplen tiene 14 metros de ancho, con un muro de resguardo de 2 metros de altura, abierto con numerosas troneras, y lo mismo que en las fortalezas ya descritas, encuéntranse en estos terraplenes cañones antiguos, montados ó en tierra, la mayor parte tambien de la época de los Caballeros, con escudos, divisas é inscripciones, culebrinas y morteros gigantescos de igual procedencia, y pilas de enormes proyectiles de piedra, mármol y metal.

Por la parte del mar se abren tres puertas sobre el muelle de desembarque del principal puerto. La primera, situada al extremo meridional del muro que enlaza el muelle y la torre de San Miguel al baluarte de San Pablo, llamada hoy por los turcos *Tershaneh-Capu* ó puerta del Arsenal, en tiempo de los Caballeros se denominaba de San Pablo, por estar cerca la torre y el baluarte de este nombre, conservándose en la primera un relieve marmóreo en extremo mutilado del santo Apóstol, con una espada en una mano y el Evangelio en la otra. Debajo, y en medio de los principales escudos de armas de la Orden, se ve el del papa Julio II, con la inscripcion siguiente: *Divo Paulo conventus sancti Joannis hospitalis Petrus d'Aubussonius Rhodi Magister dedicavit.*

Esta puerta pone en comunicacion el muelle del puerto mercantil con la morada del Pachá, llamada el Konak, y con el astillero del Arsenal; pero para ir á la primera hay que pasar un puente levadizo que cubre el foso, y por delante de una batería que defiende la rada.

Las otras dos puertas se llaman, la una de la Marina *(Bahr-Capu)*, y la otra del Bazar *(Bazar-Capu)*. Esta en otro tiempo se denominó de Santa Catalina, y está defendida por dos elegantes torres que parecen encuadrarla. Encima de ella se conserva una inscripcion, hoy borrada, que declara haber edificado d'Aubusson aquella puerta y torres, en el primer año en que ejerció el cargo de gran maestre, que fué el de 1477 [1]. Nota-

(1) *Reverendus D. F. d'Aubussonius Rhodi magnus Magister hanc portam et turres condidit magisterii anno primo*, 1477.

bles esculturas de mármol blanco adornaban aquella puerta, representando la figura del centro á Santa Catalina, con el patrono de la Orden, San Juan, á la derecha, y á la izquierda San Pedro, patron del gran maestre; pero todas ellas se encuentran casi completamente destruidas.

Por la parte de tierra sólo se hallan dos puertas, una al O., llamada por los turcos *Eyri-Capu*, ó puerta oblicua, porque el camino que á ella conduce, ya sea por la parte de la ciudad, ya por la exterior, va serpenteando; y otra al S., denominada hoy *Guzel-Capu*.

La primera es la misma antigua puerta de *Amboise*, y tiene encima un bajo-relieve representando un ángel con las alas desplegadas y los escudos del gran maestre Emery d'Amboise, viéndose claramente la fecha de 1512, año en que debió edificarse la puerta y en el que terminó el alto cargo de aquel ilustre caballero. Esta puerta ponia en comunicacion la ciudad de los Caballeros con la que pudiéramos llamar poblacion civil, y para salir por ella hay que atravesar un puente levadizo, y despues otro de piedra, sostenido por tres arcadas, más allá del cuál se encuentra el camino flanqueado á derecha é izquierda por un parapeto que debió ser tambien edificado en tiempo del mismo gran maestre.

La puerta *Guzel Capu* era llamada, en la época de los Caballeros, de San Juan, y tambien se denominó Koskinu (puerta de Cosquino), porque se sale por ella para ir al lugar de este nombre. Encima de la puerta se conserva, aunque muy destrozado, un bajo-relieve de mármol, representando á San Juan, y tiene tambien su correspondiente puente levadizo y un puente de piedra de dos arcadas que le une al glásis.

El imponente y poderoso recinto fortificado de Rodas es sin duda alguna uno de los más notables, y el monumento más completo de arquitectura militar de los siglos XIV y XV y los primeros años del XVI, conservado, á pesar del tiempo y de los hombres, casi en el mismo estado en que le dejaron sus heroicos defensores. La historia de su construccion no está bastantemente averiguada. Es muy probable que los Caballeros, cuando llegaron á la isla en 1309 ya encontrasen la capital encerrada en los límites que hoy conserva, siendo la base del recinto fortificado probablemente bizantina, sobre la cual edificarian nuevas obras aquellos gloriosos guerreros, añadiéndole torres y propugnáculos, y profundizando y ensanchando los

fosos. Los grandes maestres aumentaron ó perfeccionaron aquellas fortificaciones, sobresaliendo entre todos ellos Pedro d'Aubusson, que despues del sitio de 1480 llevó á cumplido término considerables y previsoras obras, como lo demuestra su escudo unido al de la Orden que se halla con frecuencia en aquellos muros, los cuales, áun despues de los grandes adelantos del arte militar iniciados por Vauban, llaman la atencion de los hombres entendidos en tan difíciles estudios.

La ciudad de Rodas, dividida por su situacion especial á la falda de una colina, en ciudad alta y ciudad baja, lo estaba ademas en dos grupos por razon de sus habitantes, formando el uno la que puede llamarse ciudad noble ó de los Caballeros, la ciudad militar, y la otra la industrial y mercantil, cuya poblacion estaba formada de griegos y judíos. El recinto fortificado de que acabamos de ocuparnos limitaba la primera, ocupando la tercera parte de toda la ciudad, y la segunda se extendía al S. y al O.

La ciudad de los Caballeros conserva todavía el carácter especial que tuvo en los siglos medios y principios de la Edad Moderna, por lo que vamos á dar noticia siquiera de sus principales edificios, que evocan los gloriosos recuerdos de la noble, caritativa y heroica milicia cuyos ilustres caballeros los levantaron.

Poco despues de haber atravesado el puerto mercantil y la puerta de la Marina, se encuentra á la derecha una mezquita llamada por los turcos *Kanturi*, que fué el primer templo católico levantado en Rodas durante la dominacion de los Caballeros, siendo gran maestre Helion de Villeneuve. Estuvo dedicado á Santa Catalina, y en él tenían su enterramiento los sanjuanistas de la lengua de Inglaterra, á quienes servía de parroquia. Las necesidades del nuevo culto le hicieron perder su carácter, desnaturalizando la antigua fábrica una moderna fachada y un pórtico musulman.

Cerca de esta mezquita encontrábase una especie de armería, llena de antiguas armaduras, de corazas, picas, cimitarras, espadas, etc., y grandes pilas de balas de metal y mármol, y al lado de ella la habitacion del jefe de la artillería ó *bin-bachi*.

Delante de la mezquita Kanturi se extiende en suave pendiente la calle de los Caballeros, la más bella y más importante de Rodas, á pesar de

la tristeza que produce su aspecto de ciudad abandonada; pero ántes de recorrerla se detiene el viajero en un vasto edificio que se encuentra á la izquierda, destinado hoy á almacenes y algunas veces á cuartel, y que era el suntuoso hospital de los Sanjuanistas. Su principal fachada, que da á una plaza de medianas dimensiones, tiene la gran puerta principal con tres arcadas á un lado y cuatro al otro, falta de simetría que produce cierta extrañeza, la cual se olvida, sin embargo, al examinar sus elegantes adornos. Las armas de Villiers de l'Ile Adam, que con la estatua del santo patrono la decoran, acusan claramente la época de su construccion.

El interior consta de un piso bajo con un gran patio cuadrado, y al rededor grandes salas abovedadas, muchas de las cuales se encuentran en completo estado de ruina. En una de ellas, que servia de almacen cuando el coronel Rottier hizo su viaje y cuando nosotros la vimos, se conservaba la gran cadena que en tiempo de los Caballeros servía para cerrar el puerto, y que segun el testimonio de aquel viajero, tenía 750 piés de largo, y cada uno de sus ovales y enormes eslabones pié y medio de longitud. En el segundo piso, al rededor de un claustro ó galería con arcos de medio punto, sostenidos por columnas bajas y redondas, con techos planos formados por notables piezas de madera de arce ó sicomoro, y una extension total en su desarrollo de 117 metros, se halla la entrada de las cuatro vastísimas salas, en cuyos muros se ven escudos de la Orden. Alguno, como el citado coronel Rottier, ha creido que este edificio, mejor que á hospital, estaría dedicado á convento de los Caballeros; pero la tradicion constante que le ha considerado siempre como hospital está confirmada por la disposicion del edificio, análoga á la que se encuentra en los khans (caravanserails ó caravanseras) de casi todos los paises de Oriente.

Este notable edificio, en el que puede estudiarse la arquitectura civil del siglo XIV y principios del XV, fué empezado en 1335 por Helion de Villeneuve y terminado un siglo más tarde por la Riviere. La gran fachada principal es más reciente, pues ya pertenece á la época de Villiers de l'Ile Adam.

La calle de los Caballeros es la más recta y más ancha de la ciudad, atravesándola en toda su anchura, desde la mezquita *Kanturi* cerca de la antigua puerta de la Marina, hasta el lugar que ocupó la antigua igle-

sia patronal de San Juan; y decimos que ocupó, pues convertida por los Turcos en almacen de pólvora, voló todo el edificio, por haberse aquélla inflamado, quedando en lugar de él una especie de cráter volcánico. Algun que otro fragmento de losa sepulcral perteneciente á los enterramientos de los Caballeros, se encuentra entre aquel verdadero detritus del histórico edificio, habiendo traido el mayor que encontramos á nuestro Museo Arqueológico Nacional. La calle nos recordaba algunas de Granada, por su infernal piso en el centro y la forma y anchura de sus aceras, cubiertas con grandes losas de mármol, muchas de las cuales han pertenecido á monumentos de diferentes épocas, llevando algunas inrcripciones que han sido restauradas con gran sagacidad y criterio por el citado M. Hedenborg. Como se conservan exteriormente todas las construcciones que forman esta calle, aunque muy deterioradas y casi destruidas en el interior, á excepcion de muy pocas habitadas por familias turcas, ofrece un hermoso ejemplo, y áun pudiéramos decir el único, de una calle completa y aristocrática de los siglos XIV á principios del XVI. Encuéntranse en ella los edificios que sirvieron para los diferentes prioratos de la Orden, empezando en la parte más baja de la calle por el de Inglaterra y siguiendo despues sucesivamente los de Italia, Francia, España, Portugal y Alemania, con sus respectivos escudos esculpidos en mármol blanco. De todos aquellos prioratos el más elegante es el de Francia, en el que se ven, ademas de su escudo, el de d'Aubusson bajo un capelo de cardenal, dignidad que concedió á aquel gran maestre el papa Inocencio VIII por la heroica defensa que hizo de la ciudad en el memorable asedio ya mencionado. Las molduras que rodean las puertas y las ventanas están delicadamente ejecutadas, lo mismo que las gargolas, simulando cabezas de cocodrilos y otros animales. En la dificultad de copiar más de una de aquellas históricas fachadas por falta de tiempo y de aparatos fotográficos, el Sr. Velazquez escogió la del priorato de España, que damos en la adjunta lámina.

Al extremo de esta calle, que forma una suave pendiente, se encuentra á la derecha el palacio de los Grandes Maestres, que constituia en la noble ciudad una verdadera fortaleza interior. Desgraciadamente, á causa de los repetidos terremotos, tan frecuentes en la Isla, se encuentra muy deteriorado, conservándose, sin embargo, lo bastante para poder formar

juicio de sus numerosas salas, y entre ellas de la destinada á grandes recepciones, de la que se ven todavía dos columnas con capiteles jónicos, á propósito de las cuales dice Rottiers, que en los dias solemnes, cuando toda la Orden iba á cumplimentar al gran maestre, los priores y comendadores se reunian cerca de la columna de la derecha, agrupándose los caballeros al rededor de la de la izquierda, miéntras los grandes dignatarios de la Orden se colocaban en dos filas á los lados del gran maestre. Tenia tambien aquel magnífico palacio-fortaleza, capilla, y magníficos subterráneos abovedados, que debian servir, no sólo de almacenes para toda clase de provisiones y material de guerra, sino tambien como lugar de refugio, en caso de sitio, para las mujeres y los niños.

La puerta de esta morada señorial está defendida por dos pequeñas torres, y adornada con molduras hábilmente esculpidas, aunque casi completamente borradas por la espesa capa de cal que las cubre. Un triple foso y obras avanzadas protegen este palacio por el lado del O., y por el N. los muros y fosos del antiguo baluarte de Francia.

Ademas de la calle de los Caballeros, en la ciudad que hemos llamado noble, habia otras calles laterales, generalmente muy estrechas, y cuyas casas, de una á otra acera, se unen por cobertizos que sostienen arcos, ya de medio punto, ya ojivales. Todas estas calles están trazadas de manera que, más ó ménos directamente, van á desembocar en la gran vía central ó calle de los Caballeros. Los cobertizos que las enlazan tendrian probablemente por objeto facilitar la comunicacion por el interior de las casas con los prioratos y con el palacio del Gran Maestre, sin necesidad de salir á la calle en caso de sitio.

Fuera de esta ciudad noble, ó de los Caballeros, se extendia al S. y al O. la poblacion civil, en la que casi todas las casas datan tambien de la época de aquellos cristianos guerreros. Están edificadas á la manera oriental, con un patio interior y cubiertas con terrados; y algunas tienen tambien un pequeño jardin, en medio del cual se levanta como secular columna, esbelta y elegante una palmera, contemporánea de los antiguos habitantes de aquellas históricas moradas, muchas de las cuales conservan todavía molduras que forman retorcidos cables, encuadrando las puertas y las ventanas. Las calles y las callejuelas de esta poblacion forman un ver-

dadero laberinto, donde es fácil perderse sin experto guia, y el silencio más profundo reina en todas ellas. Las mujéres turcas viven en el interior de aquellas casas, completamente retraidas é invisibles, y los hombres pasan el dia en las tiendas del bazar ó en los cafés cercanos al puerto.

Entre las mezquitas que en esta parte de la ciudad se encuentran merecen especial mencion, la de Soliman, precedida de un pórtico de ocho columnas de mármol blanco, cuyos fustes son antiguos, y en la puerta de entrada otras dos preciosas columnitas, tambien marmóreas, artísticamente esculpidas, y adornadas con trofeos y cabezas de ángeles, obra italiana del siglo XV, mezquita que se cree fué primitivamente iglesia de los Santos Apóstoles; la mezquita Mustafá, precedida de un pórtico y una fuente, cuyas columnas de mármol son tambien antiguas, cerca de la cual un establecimiento de baños públicos ha reemplazado á una capilla de Padres Franciscanos, donde muchos grandes maestres tuvieron su sepultura [1]; la mezquita llamada de Hierro, á causa de los grandes barrotes de sus ventanas, capilla otras veces del antiguo convento de San Agustin, y la mezquita Ibrahim, precedida de un pórtico y de una fuente.

Para dirigirse al cuartel judío hay que atravesar los bazares, que nada tienen digno de mencion, despues de haber visto los de Smirna y Constantinopla. Dicho cuartel está en direccion de O. á E., y sus casas son tambien en su mayor parte de la época de los Caballeros, sobresaliendo entre ellas la que servia de casa de justicia ó Chancillería, y la del Almirantazgo de la Orden, adornadas con molduras, entre las que se repite el elemento funicular, y escudos de armas. No léjos de la casa del Almirantazgo se ven ruinas de antiguas iglesias cristianas, que estuvieron consagradas, la una á San Márcos, la otra á Santa Maria de la Victoria, levan-

---

(1) Rottiers refiere que descubrió él mismo, cerca de este edificio, la tumba de Roberto de Julliac, convertida en pila para agua. Los escudos de aquel gran maestre se hallaban en el centro, y los de la Orden á los costados. El epitafio en latin ocupaba la parte superior de la urna, en toda su longitud, esculpido en caractéres y con abreviaturas de la época.

Decía así despues de interpretado:

*Hic jacet in Christo religiosus et pater Ordinis frater Robertus de Julliaco, quondam magister sacræ domus hospitalis sancti Joannis Hierosolymitani, qui obiit die XXIX. mense Julii, anno Domini MCCCLXXVII. Cujus anima requiescat in pace.*

Guerin observa que á no haberse equivocado en su lectura Rottiers, esta fecha está en contradiccion con la que generalmente se da á la muerte de Julliac, la cual, segun la mayor parte de los historiadores de la Orden, acaeció á mediados de Agosto de 1376.

tada por d'Aubusson despues del famoso sitio de 1480, como testimonio de su agradecimiento al favor del cielo, por la victoria conseguida.

En diferentes puntos de la ciudad se encuentran fragmentos de columnas y otros miembros arquitectónicos de las épocas griega y romana, aprovechados para edificios más recientes. Tambien se hallan con mucha frecuencia pequeñas aras votivas ó tumulares, de mármol gris ó blanco, de 70 centímetros á un metro de altura, adornados de festones y cabezas de carnero ó de toro esculpidas, monumentos romanos que los turcos han colocado cerca de sus casas, á manera de piedras terminales.

La mayor parte de la poblacion de Rodas es griega, y está obligada á vivir fuera de las murallas, desde que se sublevaron contra los turcos. Tambien hay muchos judíos en su barrio especial, que hablan en español muy corrompido, y que descienden de los que fueron arrojados de España. Sin embargo de esto, al ver el pabellon de nuestra patria acudieron á recibirnos al muelle, y nos acogieron con muestras del mayor regocijo, precediéndonos cuando nos dirigíamos casa del gobernador, gritando con alegría, más en italiano que en español: «*¡gli spagnuoli; gli spagnuoli!*»

En todos los puntos de Turquía que hemos visitado, encontramos considerable número de individuos de la misma religion, que revelan idéntico origen; y segun nos informaron, el gran centro de ellos es Salónica, donde constituyen casi la totalidad de la poblacion, y donde tienen hasta periódicos en nuestro idioma. Todos aquellos judíos se consideran como españoles, y al hablar de la *Arapiles*, decian « nuestra fragata » con la mayor naturalidad.

A las tres de la tarde del dia 17 al 18 llegó á bordo, á devolver la visita oficial que se le habia hecho, el pachá ó gobernador, que recorrió toda la fragata, haciendo grande aprecio de su buen estado.

Al salir á tierra se le saludó al cañon, y nos contestó una batería de la plaza.

SALIDA DE RODAS PARA CHIPRE

Día 18 al 19 de Agosto.

Terminados los estudios que pudimos efectuar en dos dias sin levantar mano, y hasta aprovechando las horas todas de la noche, dimos la vela á

la puesta del sol, favorecidos por el viento entablado al NO. que deja franca la salida, y á las siete y cuarto navegábamos á rumbo con todo aparejo de cruz.

A las diez y media se perdió de vista la farola de la torre de San Telmo, situada á la entrada del puerto de Rodas.

Aflojó mucho el viento durante la noche, y amaneció despejado, pero con horizontes calimosos, viéndose por babor la costa de Caramania, á bastante distancia, y llevando orientadas todas las velas de cruz y las volantes de ambas bandas.

Se pasó revista de armas y se hizo ejercicio de carabina, y á medio dia nos situamos en 35° 43′ de latitud N. y 35° 28′ de longitud E.

Dia 19 al 20.

Empezamos este dia navegando al ESE., 5° S., con el viento en popa bonancible y todo aparejo.

Por llamarse el viento al SO. se metieron las alas de estribor.

La anochecida fué muy buena, y el viento nos hacia andar cerca de seis millas por hora; pero de noche calmó mucho, aunque siempre anduvimos lo necesario para mantener el buque á rumbo.

Amaneció de inmejorable cariz, pero casi en calma.

Se celebró el Santo Sacrificio de la Misa, y se leyeron las leyes penales.

Antes de medio dia braceamos á ceñir por estribor por haberse escaseado el viento.

Al terminar la singladura nos encontrábamos en 35° 25′ latitud N., y en 36° 56′ longitud O., habiendo andado en las veinticuatro horas 78 millas.

Dia 20 al 21.

Seguimos con viento flojo del tercer cuadrante, navegando al SE. ¼ E. con todo aparejo de cruz y volante de estribor.

A la puesta del sol, que fué buena, estábamos casi en calma y sin gobierno, por lo que á las siete y media se mandaron encender las calderas.

A las nueve se puso en movimiento la máquina y se aferraron las velas, por estar completamente en calma.

Amaneció con horizontes arrumazonados, ventolinas calmosas del S. y mar tendida del SO. La isla de Chipre por la mura de babor á larga distancia, y navegando con dos calderas.

A las nueve demoraba el cabo Arnauti, al N. 40° E. (a), y á medio dia nos situamos por observaciones y marcaciones en 34° 41' de latitud, y 38° 24' de longitud, siendo la distancia andada en esta singladura 80 millas.

Dia 21 al 22.

Empezamos este dia con la parte SO. de la isla de Chipre por babor y á regular distancia, y navegando al rumbo ESE. 5° S. con dos calderas, por ser el tiempo calmoso.

A las dos y media, habiendo tesado algo el viento, se orientó todo el aparejo de cruz.

A las seis y media nos situamos por marcaciones á Cabo Blanco y á Cabo de Gata, y poco despues se paró la máquina.

Anocheció despejado, viento bonancible del O., y la tierra á corta distancia, navegando á la vela á longo de costa.

A las $9^h$ $40^m$ estábamos NS. con la farola de Cabo de Gata, y se enmendó convenientemente el rumbo en busca de Cabo Kiti. Al amanecer teniamos este cabo al N. 11°, O. (a) 15 millas.

A las nueve se distinguió la poblacion de Larnaca, de cuyo fondeadero quedamos poco distantes al concluirse este dia.

A las doce y cuarto, hallándonos en la rada de Larnaca, se cargó y aferró el aparejo, y se fondeó el ancla de babor en 11 brazas de fondo.

Se envió á tierra á presentar la patente de sanidad; y sabiendo que los buques de guerra que llegan á aquel punto saludan al cañon, lo efectuó nuestra fragata á las cuatro, y nos contestó en seguida un castillo que hay próximo á la playa.

# CAPITULO VI

## CHIPRE

### I

Poco tiempo pudimos permanecer en la célebre isla, pero lícito ha de sernos decir que bien aprovechado, porque llegando en ocasion en que estaban recientes los célebres descubrimientos de Cesnola, tuvimos la fortuna de verlos y estudiarlos, adquiriendo preciosísimos datos, tanto acerca de la geografía como de la historia y antigüedades de Chipre, y espléndido donativo para nuestro Museo Arqueológico Nacional, hecho con desusada generosidad por el digno señor cónsul de Italia, que, ademas del de España, pasó á bordo á ofrecerse con la más exquisita finura para todo aquello en que pudiera ser útil, así en lo concerniente al buque como á la comision científica.

Gracias á la verdadera munificencia de dicho señor, vinieron á España esculturas y vasos chipriotas, cuando apénas tenian ejemplares de unas y de otros los demas museos de Europa, sirviendo para desvelar el misterio que envolvia todo lo referente á otras análogas antigüedades, descubiertas casi al mismo tiempo en España; hallazgos todos ellos de suma importancia para la historia de los pueblos colonizadores de la antigüedad, demostrándonos la inmediata relacion que existe, como de la misma procedencia, entre todos los restos de sus obras, que se van descubriendo en las costas de las penínsulas é islas de aquel *Mare Internum*, ó mar Mediterráneo, tan recorrido por todas las naciones del mundo antiguo, que se disputaron su dominio.

Por esta razon, todo lo que se refiere á las islas donde vivieron feni-

cios, asirios, griegos y romanos, tiene para nosotros vivísimo interes, pues participamos de su misma historia; y como ademas, despues de nuestro viaje, acontecimientos políticos han hecho cambiar de poseedor á aquella mal apreciada isla, creemos propio de una obra como la presente ofrecer á nuestros lectores, aunque en breve resúmen, cuantas noticias podamos condensar, en el sentido geográfico, histórico y arqueológico, aprovechando, ademas de nuestros propios apuntes y observaciones, estudios de otros viajeros y arqueólogos más afortunados, puesto que pudieron permanecer más tiempo en la Isla.

## II

La isla de Chipre, una de las más importantes del Mediterráneo, si es inferior en extension á las de Cerdeña y de Sicilia, no cede á esta última ni en riqueza ni en fertilidad, y su posicion geográfica le da sobre una y otra indisputable preferencia. Situada al extremo oriental de la cuenca del Mediterráneo, en el fondo del vasto golfo que baña las orillas del Asia Menor, de la Siria y del Egipto, domina las principales desembocaduras del comercio asiático, como acertadamente dice el Marqués de Sassenay, la entrada del istmo de Suez y los puertos de la Siria y de la Caramania. El aspecto que presenta su plano, si no justifica por completo la semejanza que los antiguos le encontraban con la piel extendida de un buey, tampoco la aleja por completo, y presenta tantas irregularidades, tantos cabos y puntas, que bien merece el nombre de Isla de los Cuernos, con que tambien ha sido conocida. Entre unos y otras los principales son el cabo Kormakiti, que mira á la costa de la Caramania, el San Epifanio, que forma la extremidad occidental de la Isla, los Zephgari y Gata, al S., el Greco, al E., enfrente de las costas sirias, y por último, al NE., el cabo San Andres, que termina la larga y estrecha península de Carpas, y que avanza en direccion al golfo de Alexandreta, península que forma la cola de la pretendida piel de toro.

Entre estos promontorios, el mar ha excavado grandes espacios, formando radas, golfos y bahías, entre las cuales son las principales: al NO.

las de Pendaia y Krysokho, separadas por la punta Pumo; al E. el golfo de Famagusta, célebre en las luchas del siglo XVI contra los Turcos; al S., las bahías de Piscopi y de Limassol, y la de Larnaca formada por los cabos Kiti y Pyla. En su mayor longitud, del cabo San Estéfano al cabo San Andres, mide aproximadamente 220 kilómetros, y su anchura varía entre los 40 y 105, reduciéndose á 12 en la mencionada península de Carpas.

Una circunstancia especialísima tiene esta isla en su constitucion orográfica, que la diferencia de todas las otras islas del Mediterráneo. Córcega, Cerdeña, Sicilia, Rodas, Creta, tienen, como parece lo más natural por el movimiento de elevacion de la capa endurecida del globo, las montañas en el centro y las llanuras hacia el litoral; y en Chipre, por el contrario, todo el centro está ocupado por una larga y ancha llanura, que se extiende desde la bahía de Pendaia al O., al golfo de Famagusta al E., entre dos cadenas de montañas paralelas, de las cuales la una, llamada de Cerynes, se extiende á lo largo del mar de Caramania, miéntras la otra cubre todo el SO. Aquella extensa llanura, asi resguardada, es una de las regiones más fértiles del mundo, teniendo sus tierras laborables de aluvion hasta siete metros de espesor, y fertilizada por inundaciones periódicas que le dejan un limo tan fecundante como el del Nilo. Dos largas ondulaciones apénas perceptibles la dividen en tres partes: la de Nicosia en el centro, la de Morpho al O., y la de Messoreé al E., llamada con razon uno de los tesoros de la Isla. Estas dos últimas se hallan tan poco elevadas sobre el nivel del mar, que la primera se ve invadida con frecuencia por las arenas, á la vez que las aguas, filtrándose por la costa oriental, forman pantanos salobres, que producen miasmas palúdicos en los alrededores de Famagusta y de Lanarca. Las aguas que riegan la Messoreé ó Mesoria van, las unas hacia el E., al golfo de Salamina, las otras al O., hacia donde se elevaba ántes Soloi. Esta fertilísima llanura era conocida en la antigüedad con el nombre de «la Afortunada» (ἡ μακαρία). El negro limo que depositan en ella las crecientes anuales del Pidias, antiguo Pediœos, llega en algunos puntos á muchos metros de profundidad, lo cual demuestra que si estas inundaciones fuesen bien dirigidas y distribuidas por medio de canales, podria darse á toda la llanura igual grado de fertilidad, miéntras hoy, corriendo las aguas sin direccion alguna, fecundiza ciertos

parajes, deja otros estériles, convierte á los unos en pestilenciales pantanos, y se evaporan con los grandes calores, dejando completamente seco todo aquel hermoso territorio, que á bien poca costa, y sabiendo distribuir y conservar los tesoros que pródiga la naturaleza les concede, podrian ser un verdadero paraiso y un foco inagotable de riqueza.

La cadena ó cordillera de Cerynes, que forma, segun ya indicamos, al N. el límite de las llanuras, se extiende en una longitud de 120 kilómetros del cabo Kormakiti al cabo San Andres, siguiendo la curvatura de la costa, y presentando por la parte de Nicosia el aspecto de una verdadera muralla de rocas. La vertiente N. es ménos abrupta y está cortada por numerosos valles ó cañadas, por las que corren torrentes y arroyos, cuyas aguas fertilizan la estrecha zona que se extiende entre el pié de las montañas y el mar. Esta cordillera, atravesada sólo por algunos desfiladeros estrechos y difíciles, ha sido en todos tiempos la barrera de la Isla contra las agresiones de los piratas de la fronteriza costa cilicia, habiendo servido más de una vez de último baluarte para la defensa del territorio. Dominada por elevados picos que recortan su limpia silueta sobre el clarísimo azul del cielo, ofrecen admirable golpe de vista desde el mar ó desde la orilla, y despiertan en el viajero deseos de recorrer aquellos altivos picos, de los cuales el Kantara, en el Carpas, mide 616 metros; el Pentedactylon, por encima de Kytrhea, 755; el Buffavento, que domina á Nicosia, 987; el San Elias 856, y el San Hilarion, de igual altura que el Vesubio, alcanza la de 1.018 sobre el nivel del mar. Tres de estas enhiestas cimas, Kantara, Buffavento y San Hilarion, conservan ruinas de castillos célebres en la Edad Media, el último de los cuales fué en tiempo de Lusiñan, á la vez que fortaleza, sitio Real. De lo alto de ellas gózanse maravillosas vistas, que abrazan al mismo tiempo las más hermosas comarcas de la Isla y el canal de Caramania.

El macizo del Olimpo, al S. de las llanuras centrales, ofrece un aspecto enteramente diverso del de la anterior cordillera. Está formada de montañas redondeadas que se levantan las unas sobre las otras, y que presentan suaves pendientes, cubiertas en las partes bajas de viñas, de olivares, de moreras y de ricos cultivos, y de arbolado ó bosque bajo en las cimas. El Troodos, el Olimpo de los antiguos, domina todo el grupo y levanta á

más de 2.000 metros su altiva cima, siempre cubierta de nieve durante los meses del invierno. Al lado de él se destacan, algo al NO., el monte Kikku, con una altura de 1.160 metros, célebre por el venerado santuario que tenia en su cima, y al E. el Adelfos con 1.693 metros. Dirigiéndose tambien al E., se encuentra el Machera (1.441 metros), y más léjos todavía, al extremo de la cordillera, el Stavro Vuni ó monte de Santa Cruz, que sirve de señal á los navegantes para reconocer el puerto de Larnaca. Numerosos ramales, que se destacan de la arista central, se extienden hasta las costas del S., del O. y del NO., y uno de estos ramales, conocido con el nombre de montes Acamantides, termina en el cabo San Epifanio, el promontorio Acamas de los antiguos. De la elevada cordillera del Olimpo, y sobre todo su punto culminante el Troodos, dijo acertadamente un viajero aleman, «que era una de las más bellas de que el hombre puede gozar sobre la tierra... Desde su cima se ve la Isla entera extendida á sus piés, como una perla verde engastada en el azul de las ondas. Por todas partes, al rededor de las costas, se ve el mar en todos sentidos, que parece subir hacia el horizonte, para escalar la bóveda del cielo, de un azul puro y limpio. Al NE. se destaca como altivo dominador el Taurus, vestido con su resplandeciente manto de blancas nieves. Despues la costa ciliciana se prolonga y retrocede en cadenas que se van extendiendo unas detras de otras hasta el lejano Kurdistan, miéntras al SE. se distinguen las cimas azuladas y vaporosas del Líbano».

Como en la mayor parte de las regiones del Mediodía y del Oriente, donde la imprevision humana no ha sabido acudir á evitar con los medios que hoy la ciencia posee las grandes sequías, casi todos los manantiales de la Isla llevan agua sólo una parte del año. El Pidias, que naciendo al pié del Machera pasa á Nicosia, atraviesa el Messorea y va á perderse en los pantanos que rodean las ruinas de Salamina, desbordado durante el invierno, queda completamente seco durante los meses de Junio, Julio y Agosto, y otros muchos manantiales desaparecen sumidos entre las arenas ántes de llegar al mar, áun en la época en que corren.

El principal afluente del Pidias es el Idalia, rio tributario que debe su nombre á la ciudad y al canton de Idalia, tan célebres en otros tiempos por el culto que en una y otro se daba á Vénus. Por la parte del O. el

Urios, que brota de las faldas del Adelfo, desemboca en el golfo de Pendaia, despues de haber recorrido la llanura de Morpho, y otros manantiales de curso más rápido que se trasforman en torrentes peligrosos durante la estacion de las lluvias y que están completamente secos en estio, descienden tambien de las montañas del O. Muy pocos son los que conservan agua durante todo el año, pudiendo sólo citarse entre éstos el Karis, que riega las ricas campiñas de Piscopi y de Kolossi, el Diariso y el Karo, en el distrito de Pafos, el Vassilipotamos, que debe su nombre á la madre de Constantino, el Xeropotamos y el Satrachos, que pagan el tributo de sus aguas al mar, despues de haber regado los encantadores valles de Solia y de Marethasse.

En la cadena central del Olimpo y del Machera, es donde la naturaleza chipriota se presenta con toda su grandeza y esplendor. Vénse allí montañas, cuyas cimas están coronadas por florestas de pinos, y cuyas vertientes cubren arbustos bien olientes, sembradas de encinas y de arces, y valles profundos en cuyo fondo borbotan torrentes impetuosos, recordando tan caracteristico conjunto bajo el ardiente sol de Siria, las regiones alpinas del continente europeo. Algunas gargantas profundamente abrigadas entre altas cimas, como Trooditissa, y algunos valles abundantemente regados contrastan por su vigorosa y brillante vegetacion con el verde sombrio de las florestas que cubren las cimas. La brisa, cargada de la frescura que recoge entre las nieves del Taurus, mantiene en aquellos privilegiados parajes un aire puro y vivificante áun en medio de los ardores del estio; y gracias á esta atmósfera húmeda y á las fuentes y arroyos sin número que en ellos brotan, los naranjos, los olivos, los algarrobos crecen al lado de los árboles de las zonas templadas, como los álamos blancos, los nogales, perales y cerezos, miéntras las pendientes de las montañas están cubiertas de arbustos olorosos, como mirtos, alerces ó cedros del Líbano y adelfas. A estos parajes acudian reyes y afortunados en otro tiempo á buscar refugio contra los ardores del clima de la Isla, que si en invierno es húmedo como en los más húmedos paises del Norte de Europa, y delicioso en primavera, en el verano es seco y abrasador como en el Sahara, sin que puedan penetrar en las fértiles regiones centrales las brisas del mar, detenidas por las altas montañas que las circundan.

En los buenos tiempos de la Isla, observa acertadamente M. Perrot, estos calores asfixiantes debian hallarse atemperados hasta cierto punto por los efectos de dos causas, que hoy no existen. El riego hábilmente dirigido, y la bienhechora influencia de vastas florestas. En Chipre como en Creta, cerca de todo lugar antiguamente habitado, se encuentran por donde quiera restos de largos canales ó conductos abiertos en las laderas de las montañas para recoger y conducir á vastos depósitos ó estanques cuanta cantidad podia obtenerse de agua de lluvia, y aún subsisten muchas de estas cisternas que recuerdan los aljibes de nuestras costas de Levante. Ademas encuéntranse los restos de otros canales que servian para conducir á grandes distancias las aguas de las fuentes y de los ríos, para distribuir entre los campos de cultivo la bienhechora linfa; y así conservadas y dirigidas con previsora solicitud unas y otras aguas, esparcian frescura en el ambiente, sostenian el verdor y la lozanía de las plantas en lugar de perderse, como se pierden hoy, sin provecho de la tierra ni del hombre. Desgraciadamente no es sólo en la isla de Chipre donde tal sucede, y nuestra Península pudiera presentar muchos ejemplos de tan punible abandono, así como del cuadro que hoy ofrece la en su tiempo exuberante riqueza forestal de aquel territorio.

Sabida es de todas las personas que aman el estudio siempre útil de la naturaleza, la benéfica influencia que para la conservacion de las aguas ejercen los árboles. Ellos las atraen con sus ramas elevadas al cielo, como brazos en oracion, de la tierra, implorando el benéfico rocío de la lluvia; ellos las retienen con sus raices y las desigualdades que éstas producen en la superficie y en las capas permeables, y ellos, en fin, impidiendo con su follaje la accion evaporante del sol, las conservan cariñosos bajo su fresca sombra, que sin ellos no existiría, prestándose de tal suerte mutuo auxilio, como madres cariñosas ó hijos agradecidos, aguas y árboles.

Todos los antiguos escritores nos presentan á la isla de Chipre cubierta de florestas, y de tal modo, que era necesario irlas destruyendo para ir conquistando el suelo y entregarlo á las faenas de la agricultura, habiéndonos conservado Strabon, tomada de Eratostenes, una ley chipriota que debia datar de la época ptolomaica, segun la cual todo el que con-

vertia un terreno en laborable lo recibia en pleno dominio, con excepcion de todo impuesto y tributo.

En aquella lucha con la naturaleza, el hombre, como acontece siempre, no supo detenerse á tiempo y organizar sus triunfos, y llegó á ser la primera víctima de su imprudencia. Cuanto la vegetacion forestal ha perdido, la esterilidad, el desierto ha ganado. La despoblacion de los montes mal dirigida, fué causa, entre otras, de las malas condiciones del clima chipriota y de la aminoracion de sus productos, como lo ha sido y lo es en España. Si en Chipre se hubieran adoptado disposiciones como las que debieron existir para la explotacion del Líbano durante la época romana, á juzgar por las inscripciones latinas abiertas en la roca, que ha leido con acierto M. Renan en diferentes lugares de los distritos de Akura y de Kartaba, y que prohibian disponer á la generalidad de ciertos árboles, que se reservaban los gobernantes para las obras públicas, los bosques se hubieran conservado, y todavía pudieran ofrecer aquellas maderas que los hicieron tan célebres en la antigüedad, aquellas planchas y piezas de durísimo é incorruptible cipres, que llevó á traves de los mares Alejandro *el Grande* para construir la escuadra con que se decidió á recorrer y conquistar los grandes rios de la Mesopotamia, el Eufrates y el Tígris, aquellas maderas con que los Ptolomeos construyeron las escuadras que les aseguraron el imperio de la cuenca oriental del Mediterráneo; aquellos bosques con que en la Edad Media se levantaron tantos castillos y palacios, tantas iglesias y abadías ojivales convertidas despues en mezquitas.

Y aquella riqueza forestal, mejor que la riqueza minera de la Isla, aquella riqueza tanto más fácil de explotacion, cuanto tiene delante de sí el camino siempre abierto y fácil para el comercio, del mar, se ha ido destruyendo hasta ser hoy casi nula por la falta de prevision de los diversos dominadores de la Isla, principalmente los turcos. Y téngase en cuenta, que entre los diversos árboles que allí crecian en abundancia, hallábase uno de los más buscados en la antigüedad y de mejor madera para todos los usos á que quiera destinársele; el cipres, cuyo nombre, así en griego κιπάρισσος, como en latin *cupressus*, parece indicar por excelencia el *árbol de Chipre*, árbol que ya apénas se encuentra fuera de los jardines ó de los cementerios.

Y es que en Chipre, como en España, existe en el ánimo de todas las gentes un grande y trascendental error. Cristiano ó musulman, dice á este propósito el autor últimamente citado, el paisano chipriota está convencido de que el árbol, como el aire y el agua, no tiene más dueño que el Dios que le ha criado: le parece tan natural ir á cortar un árbol cuando quiere, como bajarse á beber en una fuente cuando tiene sed. ¡Y si se contentara con tomar aquello de que tiene necesidad! Pero no: como todos los bárbaros, destroza mucho más de lo que consume. Hacia el fin de la primavera se le ve siempre pegando fuego á las yerbas crecidas ya secas, que abundan al pié de los tallos jóvenes. La llama se inflama en breve y corre adonde la lleva el viento ligera y rápida, demasiado rápida para poder incendiar el bosque verde, todavía húmedo y lleno de savia viva, pero lo bastante para tostar el follaje y calcinar y ennegrecer la corteza, deteniendo en plena actividad el movimiento de la vegetacion. Así atacados aquellos tallos y aquellas ramas, van secándose lentamente, y cuando llega el otoño, todo el pimpollar es sólo un bosque muerto que se rompe con facilidad, que se quiebra con ligero esfuerzo bajo la mano de los niños y de las viejas, que acuden á hacer su provision de invierno. Para facilitarla se ha sacrificado todo un cuartel de la floresta, y muchas veces ni siquiera lo aprovechan, porque ó bien olvidan el paraje, ó encuentran otro más cercano preparado de la misma manera por algun convecino.

Tales actos de verdadero salvajismo nos recuerdan los de nuestros pastores, que para tener buenas yerbas al año siguiente, prenden fuego al monte al dejarlo con sus rebaños.

Entre los árboles más celebrados de Chipre figuran los nogales y los plátanos, que, sobre todo los últimos, han arrancado verdaderos himnos de entusiasmo á viajeros ilustres, y que se elevan, en primavera, en medio de verdaderos bosques de flores que embalsaman el aire con sus perfumes, sobresaliendo el de la celebrada rosa chipriota, hija inmediata de la siriaca, que segun la leyenda mitológica brotó en el lugar que enrojeció la sangre de Adonis. El ambiente perfumado que desde la más remota antigüedad parece envolver la Isla en esa feliz época del año es tal, que los griegos llamaron á Chipre la *Isla bien oliente*, εὐώδης, y al decir de Homero, las Gracias ungian allí con aceite embalsamado el cuerpo de Vénus

y sahumaban sus vestidos con los olorosos perfumes de tantas flores.

Al hablar de la riqueza botánica de la Isla, licito ha de sernos mencionar dos plantas muy renombradas entre los naturalistas, que alli crecen con espontaneidad y abundancia, de las cuales la una parece haber dado nombre á la Isla, si no lo recibió de ella. Me refiero al arbusto que los fenicios y los hebreos llamaron *kopher*, palabra de donde se formó la griega *kypros*. Con arreglo á las descripciones que de ella dan Dioscórides y Plinio, es la llamada por los árabes *el hanna*, ó, como dicen los viajeros europeos, *el henné*, conocida por los botánicos con el nombre de *lawsonia alba*, y por los romanos con el de *ligustrum*, que casi de la misma manera ha pasado á nuestro idioma, y que los franceses llaman *troene*. Esta planta ha sido desde los tiempos más remotos muy preciada en Oriente por sus frutos y por sus flores, de las cuales, preparándolas por medio del aceite, obtienen un perfume muy estimado, y de las hojas un polvo verdoso que se ve con mucha frecuencia en todos los mercados de Levante. Este polvo, preparado de diversas maneras, sirve tambien para teñir de rojo ó de amarillo la crin, los cascos y las colas de los caballos, y á las mujeres para pintarse ciertas partes del cuerpo, tales como las uñas y los cabellos, los labios y los párpados, y combinado con el negro de humo, para pintarse y agrandarse los ojos, dándoles un encanto, vistos sobre todo á luz velada, imposible de describir. Y, dicho sea de paso, esta costumbre de pintarse es tambien tradicional, pues no de otro modo procuraban realzar su hermosura en los remotos dias del apogeo de aquellos imperios, las bellezas de Babilonia y Ninive. La otra planta á que nos referiamos en el principio de este párrafo es el *ladanum* ó *ledanum*, especie de láudano ó cista, que, como indica su nombre oficial y cientifico, *cistus creticus*, se encuentra en otras comarcas fuera de Chipre, principalmente en Creta, cubriendo faldas enteras de montañas con sus hermosas flores de un rojo claro. Por sus tallos y sus hojas cubiertos de filamentos vellosos, destila una especie de resina que se espesa con el aire, y que queda suspendida en gotas viscosas. El procedimiento que se emplea para recoger esta resina no sólo es ingenioso, sino el mismo que se usaba en tiempo de Dioscórides y de Herodoto. Los pastores, durante la primavera, que es cuando aquella secrecion se produce, conducen sus rebaños á

los parajes donde crece el ladanum, y como es natural, aquella viscosidad se va quedando pegada en las barbas á las cabras, de donde luégo la recogen; y cuando no pueden disponer fácilmente de los rebaños, sujetan al extremo de un palo una piel de cabra, la pasan por entre las plantas y despues recogen la resina que se ha quedado pegada á ella. El primer procedimiento hizo caer en un peregrino error á Herodoto, pues al referir que dicha resina la recogian de la boca de las cabras, supuso que se encontraba en ellas, y creyó que era un producto de aquellos animales, el cual destilaban «bajo la forma de sudor, como destilan los árboles la resina». Aquel producto vegetal era tan estimado entre los antiguos, que se creia bastaba para preservarse de la peste y de todas las epidemias, llevar un trozo en la mano y olerlo de vez en cuando: hoy apénas conserva importancia como droga medicinal.

Tambien se produce en abundancia en Chipre el célebre terebinto, el *liquidambar orientalis*, ó árbol de Cristo, como se le llama en las islas griegas, que produce el ámbar, tan codiciado de los antiguos para quemarle como incienso ante los altares de sus dioses, y que hoy es una de las materias más apreciadas por la moderna industria; y el célebre árbol de la *mastica*, que constituye la gran riqueza de Chíos, y de cuya resina hacen tanto uso los orientales para confites, pastas, perfumes y hasta licor, que deja atras en fortaleza al aguardiente.

Las riquezas minerales de la Isla le han dado en todos tiempos merecida nombradia, pues ademas de las partículas de oro que arrastran muchos de sus manantiales, hállanse cerca del monte Olimpo criaderos de plomo argentífero, amianto y cristal de roca en los contrafuertes del Troodos, y en otros muchos parajes, cobre en gran abundancia, hierro, alumbre y piedras preciosas, entre las que sobresalen las esmeraldas. Ademas, á lo largo de las costas existe gran número de pantanos que producen sal en abundancia, lo cual ha formado tambien en todas las épocas una de las fuentes de la riqueza chipriota.

En tiempo de Strabon, Chipre estaba poblada por ciudades florecientes. Los nombres de Lapethos, de Soli, de Cerynia, de Arsinoe, de Karpasia, de Salamina, de Citium, de Amathonte, de Curium y de Pafos, evocan un pasado de grandeza y de prosperidad, de que por desgracia só-

lo queda el recuerdo. Chipre no tiene hoy más que tres centros de poblacion, á los cuales pueda darse el nombre de ciudades: Nicosia, Larnaca y Limassol, pues Pafos y Cerynes no son más que pobres aldeas, y Famagusta un monton de ruinas. Pafos, cuyo lugar ocupa la miserable aldehuela de Baffa, conserva ademas del recuerdo de su fundacion, hacia el décimo siglo ántes de nuestra Era, por el fenicio Cyniras, que edificó en ella un templo dedicado á Vénus Astarté, ya célebre en la época de Homero, los restos del magnífico que hicieron los griegos sobre las ruinas del antiguo, y que, destruido por un terremoto en el siglo IV de nuestra Era, los cristianos sustituyeron con una capilla dedicada á la Vírgen. Nicosia, la antigua capital de los reyes de Chipre, está situada hacia el centro y en el punto culminante de la gran llanura central, distinguiéndose desde mucha distancia su vasto recinto de murallas coronadas por innumerables terrados, torres y minaretes, entremezclados con bosquecillos de palmeras. Es una verdadera ciudad de la Edad Media, con sus calles estrechas y tortuosas y sus puertas ojivales, surmontadas por los escudos de antiguas familias francesas, su antigua y elegante catedral de Santa Sofía, edificada en los principios del siglo XIII, sus iglesias de Santa Catalina y Santo Tomás, los restos de su antiguo palacio, convertido hoy en cárcel, y las tumbas profanadas y rotas de los antiguos Lusiñanes.

Nicosia es tambien notable por la abundancia de sus aguas y la riqueza de su vegetacion, estando las moradas rodeadas de jardines, donde crecen con verdadero lujo de vegetacion los limoneros y las moreras, los granados y los naranjos, muchos de los cuales cuentan larga vida de siglos, jardines que consuelan al viajero del mal efecto que le produce la suciedad de las calles y bazares. Su poblacion, que puede considerarse por iguales partes de cristianos y de musulmanes, apénas llega á 18.000 almas, y constituye su industria y su comercio el algodon, el vino, los tapices para alfombrar los suelos, las telas de algodon y el tafilete, productos, estos tres últimos, fabricados en la Isla, y de los cuales los cueros ó tafiletes gozan especial nombradía, pretendiendo los que los fabrican poseer para ello un método particular, cuyo secreto guardan cuidadosamente.

Limassol, aunque no tiene más que una calle, ofrece la particularidad

de que sus casas están hechas con piedra de silleria, lo cual es raro en la Isla. Casi todos sus campos están plantados de viñas que producen los célebres vinos de la Comanderia, los mejores y más renombrados de toda la Isla. Los viñedos donde se recolectan los vinos tintos, cuya calidad es con mucho inferior á la de los primeros, están concentrados al S. del Olimpo en los distritos de Pafos y de Kuklia, principalmente al rededor de Omodos de Kilani. Limassol es el gran centro que sirve de depósito para los vinos, una de las principales riquezas, como es sabido, de aquella isla.

Larnaca, la antigua *Cittium*, la Salinas de los Lusiñan, patria del estoico Zenon y del ilustre general ateniense Cimon, es la verdadera capital marítima, industrial y comercial de la isla de Chipre. Situada en el litoral S., á la parte occidental de un vasto golfo comprendido entre los cabos Pila y Mazoto, es la residencia de los cónsules y de la mayor parte de los negociantes extranjeros; sin embargo de lo cual su poblacion apénas llega á 8.000 almas. Segun M. Didot, esta ciudad debió ser construida sobre el cementerio de la antigua, de donde ha tomado su moderna denominacion de la palabra *larnax*, *larnakos*, ataud.

Vista desde el mar presenta un agradable golpe de vista, con sus casas cubiertas por terrados, como las de nuestras costas de Levante, los esbeltos minaretes de las mezquitas levantándose sobre ellas, y los ondulantes penachos de frescos bosquecillos de palmeras, que se alzan tras las paredes de sus jardines. El desembarcadero por el puerto de la Scala está formado con carcomidos escalones de madera á lo largo de un estrecho muelle. Las calles están bien defendidas contra los rayos abrasadores del sol y tambien contra la lluvia por aleros muy salientes y por esteras de junco, colocadas á manera de toldos. Las casas, edificadas con arcilla y paja, siguiendo la costumbre musulmana, tienen la menor comunicacion posible con el exterior, miéntras en el interior guardan frescos patios rodeados de elegantes pórticos ó galerias, que recuerdan la construccion de la casa romana y los cenadores de los *bajos* de Sevilla. Sus pavimentos recuerdan tambien los mosaicos romanos. El monumento más curioso de la Edad Media que se conserva en aquella poblacion es la iglesia griega de San Lázaro, de estilo bizantino, perteneciente á la primera mitad del siglo x.

Entre estas ciudades que acabamos de citar, y algunas 600 poblaciones, comprendidos burgos y aldeas, de las cuales más de la mitad apénas tienen casas con hogares, está repartida la poblacion de la Isla, que M. D'Orcet estima en 250.000 almas, distribuidas en 170.000 griegos, 14.000 maronitas, griegos unidos y católicos, y 66.000 musulmanes.

Las gentes que pueblan en la actualidad aquella isla son generalmente de buenas razas; los hombres altos y robustos, y las mujeres, por punto general, bellas, gozando las de Nicosia de merecida nombradía por su hermosura y por su distincion. Los griegos de Chipre no se parecen á los de la Helade, pues despues de tantas inmigraciones, guerras y calamidades de toda especie, la confusion de razas ha producido una poblacion neo-griega, en la que predomina el elemento asiático, y muy poco, ó casi nada, el de los antiguos helenos. Los ojos azules, los cabellos rubios y el color blanco de los pueblos del Norte, restos de la antigua dominacion francesa, apénas se encuentran en alguna que otra aldea. Los turcos de la Isla son religiosos y honrados en sus tratos, fanáticos hasta la ferocidad, é indolentes áun más que los griegos, que ya lo son mucho, pero que, sin embargo, despliegan mucha inteligencia en los negocios, y procuran extender la instruccion por todas partes, hasta el punto de ser difícil encontrar un campesino griego que no sepa leer.

Los turcos, poco amigos de introducir innovaciones áun entre sus mismos enemigos, dejaron al clero griego la mayor parte de las prerogativas de que gozaban en tiempo de los emperadores bizantinos, de donde resulta que han logrado sostener su influencia áun durante la dominacion musulmana. Así la Iglesia de Chipre goza de una independencia absoluta, estando gobernada por el patriarca de Nicosia y tres sufragáneos, todos los cuales obtenian muy buenas rentas. El obispo de Pafos, cuya silla episcopal viene hace más de un siglo vinculada en una familia, reune una renta de 300.000 pesetas, y el que pudiéramos llamar clero parroquial forma una especie de aristocracia rural bastante instruida, y que obtiene tambien buenos rendimientos de sus cargos.

En el desenvolvimiento de la riqueza agrícola está más que en ninguna otra industria el porvenir de Chipre, riqueza que en los antiguos tiempos era de gran importancia por el admirable sistema de riegos que fecundi-

zaba casi todos los territorios de la Isla, por medio de canales, hoy en su mayor parte destruidos y abandonados.

## III

Cuando se trata de averiguar quiénes fueron los primeros pobladores de aquella isla, surgen dificultades producidas por la falta de datos para precisar puntos de partida en esta investigacion, no ménos difícil que la del orígen de su nombre. Segun el historiador Josefo, «Chétim, hijo de Javan, hijo de Jafet, se estableció en la isla que ahora se llama Chipre, á la cual dió su nombre». Sea lo que quiera de esto, parece fuera de duda que los fenicios no la designaban de otro modo que por Chétim ó Kittin, siendo así denominada por todos los pueblos costaneros del Asia Menor. Los griegos, al contrario, le dieron desde la más alta antigüedad el nombre de *Krupos*, de donde se deriva Chipre, que segun M. Perrot debia ser Cypre, atendiendo á su orígen; pero como en los idiomas lo que admite el uso es la ley suprema, difícil, ó mejor dicho, imposible seria alterar la ortografía de este nombre, por más que este escritor frances haya comenzado á escribir Cypre en lugar de Chipre. El orígen del nombre griego se ha buscado, ya en las minas de cobre que tanto abundan en la Isla, ya en sus bosques de cipreses, ó bien, segun el célebre geógrafo aleman Engell, en la planta del Kópher, que, segun ya hemos visto, ocupa siempre preferente lugar entre las producciones de la Isla.

Respecto á los primeros habitantes de ella, lo único que aparece fuera de duda es que aquel preciado territorio debió ántes que á nadie á los fenicios los primeros rudimentos de la civilizacion, habiendo sido ellos los que llevaron á Chipre la primera cultura, los que roturaron sus campos y empezaron á explotar sus minas. Este aserto del sabio geógrafo se encuentra confirmado de una manera decisiva por los monumentos de todo género que se han encontrado en las ruinas y en las necrópolis chipriotas; habiéndose descubierto mucho mayor número de inscripciones fenicias en Chipre que en el territorio de la Fenicia misma, propiamente dicha. Como

no podia ménos de suceder, la costa oriental y meridional más cercana á la Siria fué la primera que recibió esta influencia, y donde la dominacion de aquellos célebres navegantes echó más profundas raíces, edificándose por aquella parte las tres ciudades de origen fenicio más incontrastable, Kition, Pafos y Amatonte. La primera, situada muy cerca de la moderna ciudad de Larnaca, hoy el principal puerto de la Isla, debió ser tambien en la antigüedad el más importante de los establecimientos fenicios, por el activo comercio que sostenia con el interior de la Isla y con el continente; y tal fué su renombre, que los orientales, principalmente los hebreos, dieron el de Kittin por extension á toda la Isla, designándola con este nombre los profetas judíos. Amatonte y Pafos, á su vez, gozaban de gran reputacion religiosa, pues en ella recibia culto la misteriosa divinidad siriaca que simbolizaba la Naturaleza, cuyo último desenvolvimiento fué la afrodita griega. Dados á la explotacion de las minas los fenicios, como en las demas islas adonde extendian su civilizadora influencia, y en las costas de España, descubrieron en Chipre grandes criaderos de cobre, tan inagotables, que llegaron hasta la época romana; metal de tanta importancia para los antiguos, cuanto que mezclado con el estaño formaba el bronce, liga que con preferencia empleaban para las armas y los utensilios de la vida aquellos antiguos pueblos. Y que por sus especiales cualidades, el cobre de Chipre era el más estimado en la antigüedad, lo demuestra elocuentemente la repetida mencion que se hace por griegos y latinos del metal ciprio, dando estos últimos á este metal el nombre de la isla donde en tanta abundancia y de tan buena calidad se encontraba, llamándole por esto *cuprum*, de donde se derivó nuestra palabra cobre, y las que designan este mismo metal en todas las lenguas modernas de Europa. Tambien los fenicios debieron sacar gran partido de los pantanos, donde por la evaporacion de la parte acuosa, producida por la accion del sol, quedaban abundantes salinas, que todavia hoy se explotan en grandes cantidades, tanto para el consumo de la Isla, como de las poblaciones de Siria: la más vasta de ellas separa á Larnaca de las ruinas de Kittion. Descubrimientos importantes en recientes exploraciones de la Fenicia han puesto fuera de toda duda el esmero con que tambien se dedicaban aquellos activos navegantes á las fecundas tareas de la agricultura, y dejaron tambien claras

muestras de ello en la Isla, que les recompensó pródigamente sus esfuerzos, para extender por toda la superficie los beneficios del trabajo agrícola.

Tambien, y al tratar de los primeros habitantes de Chipre, no pueden ménos de recordarse las tradiciones que Tácito recogió acerca del establecimiento en la Isla de colonias cilicias, descendientes de poblaciones semíticas, siendo indudable para Herodoto, que Cilix, hijo de Agapenor, fué un fenicio. No hay datos bastantes para poder fijar de una manera decidida la diferencia entre fenicios y cilicios, y el lugar de la Isla que éstos ocuparon, áun cuando se conjetura que los últimos debieron fijarse con preferencia hacia la costa N. de la Isla. Sus huellas, sin embargo, quedaron borradas por un nuevo pueblo, cuyo idioma se halla todavía en la mayor parte de la Isla: por los griegos. Créese su inmigracion en ella coetánea de la época en que fueron compuestos los poemas homéricos, pues Homero representa todavía á Chipre como habitada completamente por fenicios, y no figura entre los pueblos griegos que concurrieron al sitio de Troya. Segun el cantor de Chíos, Agamenon llevaba una espléndida coraza en los combates, que le había sido regalada por el gobernador de la Isla, el fenicio Ciniras, noticia que demuestra el grado de adelanto á que habían llegado los fenicios en la fundicion y en el grabado. Tambien desde muy temprano debió tener cultivo en aquella isla la literatura, pues á un chipriota, Stasinos, atribuye tradicion constante la composicion de los cantos cípricos. La colonizacion, pues, de la Isla por los griegos debió empezarse allá por los años del siglo x ántes de nuestra Era, y seguir hasta los principios del VIII, en cuya época hijos de la raza griega, señores ya de Creta y de Rodas, donde les habian precedido los fenicios, se lanzaron llevados por el afan de aventuras que distinguia su fecunda curiosidad, hacia aquella lejana isla que guardaba la entrada del mar sirio, y donde los semitas parecian tan sólidamente establecidos.

Que esta colonizacion, que andando el tiempo pasó á dominio, fuese por la fuerza ó más bien por amistosas relaciones, no hay dato alguno que lo resuelva; aunque más bien las vagas tradiciones que han llegado hasta nuestros dias demuestran lo segundo. Los fenicios no tenian tanto exceso de poblacion, que pudieran poblar por sí solos los territorios donde llegaban en busca de elementos de riqueza para su actividad incansable, pu-

diendo considerarse como una excepcion, cuyas causas no nos cumple en este momento averiguar, la fundacion en África del vasto imperio libiofenice. Así, se contentaban con asegurar la explotacion de los productos del país, y con defenderla, más que de invasiones extrañas, de las gentes indígenas, procurando mejor obtener sus propósitos por medio de vínculos de amistad, que por la fuerza. En un principio poseían en Chipre la region minera y las salinas, situadas en la parte de la Isla fronteriza á la costa siriaca, de donde venían, y es de creer que el centro de la Isla, el O. y el N., estuvieran casi desiertos. Los griegos, pues, no tuvieron que vencer grandes esfuerzos para fundar ciudades en Chipre, siendo extraño fenómeno que los del Asia Menor, y por tanto los más próximos á la Isla, no tomasen parte en aquella colonizacion, siendo de la Grecia Central y del Peloponeso de donde vinieron los principales colonos griegos, atribuyéndose á un hermano de Ayax el orígen de Salamina, situada en la costa oriental, en la embocadura del Pediæos, y por consiguiente en situacion de poder dominar toda la llanura de la Mesoria, si bien no falta quien cree que Salamina fué fundacion de los eginetas, así como Curion de los argivos; Golgos, de los de Sicione; Lapathos y Kerynia de los laconios; y la nueva Pafos, situada á poca distancia de la Pafos fenicia, hacia el O., de los arcadios, miéntras los atenienses se extendian por el Norte de la Isla y por la llanura de la Mesoria. Y sin embargo, el estudio de las inscripciones escritas en caractéres chipriotas, hecho por hábiles helenistas, ha demostrado que el griego que se hablaba en la Isla tenia un carácter eólico muy decidido, lo cual explica acertadamente M. Perrot por la circunstancia de que á pesar de ser sus puntos de partida tan diferentes, todas, ó casi todas aquellas bandas de emigrantes debieron pertenecer á las antiguas capas de la poblacion griega, que turbó y sublevó, hacia el siglo XII ántes de nuestra Era, la invasion dórica, las cuales estaban formadas, sobre todo, de tribus eólicas y aqueas, próximas parientas las unas de las otras, y que arrojadas de sus moradas primitivas en aquellos grandes choques y movimientos de pueblos de que habla Tucidides, algunos grupos de estas tribus debieron acabar por embarcarse para ir á buscar fortuna hacia el Oriente, en Argólida ó en Laconia, saliendo otras de los puertos del Atica, pero conservando todos entre sí estrechas relaciones.

En Chipre hubo de predominar el elemento griego, como predominó en la costa de Levante de nuestra Península. Ya lo hemos dicho ántes de ahora: la mayor parte de las inscripciones de Montealegre, cuyos monumentos tanta analogia guardan con los chipriotas, patentizan que la lengua de la region era la griega, modificada por dos elementos, el asirio y el egipcio, y en nuestra patria ademas con el ibérico; lo cual no es maravilla, puesto que no léjos de nuestro *Cerro de los Santos* descollaba el gran templo de la efesina Diana, que dió su nombre á Denia, y desde Ampurias, en la Iberia propiamente dicha, hasta Ménaca, en la Tartéside, Strabon nos muestra las playas de nuestro Mediterráneo, florecientes ó esmaltadas de colonias griegas, llegando esta influencia de tal modo hasta la época romana, que segun testimonio de Ciceron, la lengua griega era la que hablaban casi todas las gentes de la República, estando reducida la latina á sus confines oficiales.

El griego era el lenguaje del pueblo; y asi como hoy el que cruza las regiones de Levante puede conseguir que le entiendan poseyendo el italiano, asi tambien entónces sabiendo el griego podia cualquiera transitar, siendo comprendido, por todos los ámbitos del mundo que entónces se conocia. Asi se explica por qué vemos en caractéres griegos transcrita el habla, no solamente caldea, sino tambien egipcia, como lo hacen todavia junto á las riberas del Nilo los coptos, y junto á las del Tigris y del Eufrates los jacobitas. Mas desde el momento en que admitimos introduciéndose profundamente el elemento egipcio, hemos de reconocer un dialecto griego, que se distingue esencialmente de los cuatro generalmente conocidos. Las vocales sufren una trasformacion de que habló Plutarco tratando del idioma griego, en boca de los egipcios. La vocal *o* se trasforma en úpsilon, y el iotacismo tan propio del griego moderno, como nadie ignora, tiene sus fuentes en igual razon de organismo ó configuracion de los órganos vocales.

En buena inteligencia fenicios y griegos, las ciudades que éstos fundaron en la isla de Chipre prosperaron rápidamente, dando origen á pequeños Estados que gobernaban jefes hereditarios con el título de reyes, Estados que llevaron los nombres de Salamina, el más poderoso de todos, Sóli, Chytri, Curion, Lapathos, Kerynia, la Nueva Pafos, Kition y

Amatonte, cuyas dos últimas, sobre todo Kition, fueron más bien fenicias, hasta la época en que el inmenso genio de Alejandro pareció fundir en el crisol griego todo el Oriente. Nada sabemos acerca de la union federal que debió unir á aquellos pueblos, pero puede sin esfuerzo presumirse su existencia al verlos prósperos y felices por largo tiempo, en el reducido espacio de la Isla, ejerciendo una verdadera influencia que bien pudiéramos llamar dominacion, en el comercio marítimo de los mares Egeo y Siriaco, y fomentando y estimulando todas las artes, lo mismo las que tienen por objeto la realizacion de la belleza, que las útiles y las fecundas industrias fábril y agrícola, ya mejorando las que tenian establecidas los fenicios, ya introduciendo nuevos cultivos, como el del árbol griego por excelencia, el olivo, que cual mítico presente de Palas Atenea extendieron los griegos por todo el litoral del Mediterráneo y por sus islas. Así Chipre, cuyo suelo calcáreo en las cercanías del mar, tan favorable es para el desarrollo y crecimiento de aquel árbol, tan útil al hombre, cubrióse bien pronto de extensos olivares, en las faldas de las montañas y en las colinas de la misma costa, rodeando á toda la Isla como corona de abundancia y paz. Desgraciadamente las vicisitudes por que despues pasó Chipre influyeron de una manera desastrosa en tan próvido cultivo; pero los grupos de olivares que aquí y allá aún se conservan demuestran bien á las claras la ancha faja de que un tiempo la cercaron, interrumpida sólo por los abruptos picos de las montañas.

Contentos con la posesion de sus riquezas y con el bienestar que la fecundidad de la Isla y su trabajo les reportaban, los chipriotas, tanto fenicios como griegos, cuidáronse poco de vivir en completa independencia de soberanías extranjeras; indiferencia política que ha llegado hasta nuestros dias en los habitantes de aquella isla, y que habrá de facilitar mucho á sus actuales poseedores los ingleses el planteamiento de cuantas reformas quieran introducir. Así, por los siglos VIII y VII ántes de nuestra Era, siguiendo la suerte de Siria, Chipre vivió en dependencia más ó ménos directa del Imperio ninivita, siendo sus reyes tributarios del conquistador asirio, Sargon, como lo ha demostrado sin género de duda la célebre estela encontrada en Kition, escrita en caractéres cuneifornes, que se conserva en el Museo de Berlin. Aun sin esto, el arte de gran número de monumentos

esculturales descubiertos en Chipre, nos revela la directa influencia ejercida en el pueblo chipriota por las gentes de Nínive y Babilonia.

Y no es sólo el pueblo vencedor de Tiro el que de tal manera informa el arte de aquellos isleños, demostrándonos la paciente tolerancia de los chipriotas para extranjeras dominaciones. Hacia el siglo VI, en los momentos en que Babilonia se aproximaba rápidamente á su ruina, el Egipto logra, bajo la afortunada direccion de los príncipes Saitas, un brillante aunque último y corto período de poder y de fortuna guerrera. Despues de haber sometido la Siria, Amasis conquista la isla de Chipre, por más que su dominacion entónces sólo duró próximamente treinta años; y los persas bajo la conducta del heredero de Ciro, Cambises, conquistador del Egipto, ven fácilmente bajo su dominio á la Fenicia y á Chipre, quedando comprendidas una y otra en tiempo de Darío en la quinta Satrapía, si bien en todos estos cambios conservaban, aunque tributarios, sus reyes propios, fenicios ó griegos. Sólo en los principios del siglo IV ántes de nuestra Era, los griegos chipriotas sintieron el amor á su independencia y á sus tradicionales recuerdos de raza, uniéndose á los jonios para sacudir el yugo de los persas; pero el elemento fenicio no secundó sus esfuerzos, y las luchas interiores que esta discordancia había de producir impidieron la independencia de la Isla, á pesar de las gloriosas victorias de Cimon en Cilicia y en las mismas costas de Chipre, y de los gigantescos esfuerzos de Evagoras, que en vano trataba de infundir el espíritu helénico que le animaba, en un pueblo tan compenetrado por elementos orientales, lo mismo en sus artes que en sus costumbres, en su cultura que en sus creencias religiosas.

La destruccion del imperio persa por Alejandro y la conquista de Asia por el vencedor macedónico, parecian motivos poderosos para que aquellas influencias se sustituyesen completamente por el elemento griego; pero motivo de contienda Chipre entre Antígono y Demetrio por una parte, y Ptolomeo Soter por otra, quedó al fin agregada al Egipto, á pesar de los esfuerzos de los Seleucidas, que pretendian tenerla sujeta á la Siria, y durante la dominacion de los lágidas sufrió una nueva organizacion, desapareciendo aquellos antiguos y cortos señoríos que con título de reinos se dividian la Isla, sustituyendo su autoridad monárquica con otra á manera

de vireinato, dependiente del Ptolomeo que imperaba en Egipto, y absorbiendo el alto magistrado que la ejercía todos los poderes, así marítimos como militares, administrativos y religiosos, segun lo declaran notables inscripciones descubiertas en la Isla; y al acercarse al final de aquella monarquía greco-egipcia, en la que á pesar de su superioridad artística no habian podido los helenos librarse de las influencias religiosas y de arte del pueblo de los Faraones, ya Chipre se había convertido en un pequeño reino que servía para el sostenimiento y dotacion de los príncipes Lágidas ántes de ceñir la corona de los Ptolomeos.

Por aquel tiempo habíase levantado en Occidente un pueblo, que en medio de sus grandes faltas y de sus vicios, parecía llamado por la Providencia para dar unidad al mundo antiguo; y Chipre vió bien pronto delante de sus playas, poco tiempo ántes de venir al mundo nuestro Redentor, el barco que conducía á Caton, sin escuadra ni soldados, para tomar posesion de la Isla en nombre de Roma; empeño á que no opuso la menor resistencia, abandonando el rey Lágida cobardemente el puesto, y sin que tratase de oponerse su indiferente pueblo á que el enviado romano se apoderase de todas las riquezas del cobarde monarca, tesoro que llevó á Roma el austero republicano, convertido en moneda, y que aumentó el del Capitolio en cerca de 7.000 talentos, ó sean 160 millones de reales. Más tarde Augusto la comprendió en el número de las provincias cuyo gobierno dió al Senado, siendo confiada su administracion á un procónsul.

«Se podria formar curiosa compilacion con los epítetos hiperbólicos de que se sirvieron los escritores latinos para celebrar la fecundidad de aquella rica provincia, una de las joyas del Imperio. Queriendo dar una idea de la variedad de sus productos, Amiano Marcelino dice que sin llevar nada del extranjero se podía en Chipre equipar y dar á la vela un navío lleno de los géneros más preciosos. Maderas, aparejos, cordeleria, mercancías para el cargamento, todo, dice, se hallará á punto en la misma Isla, en sus florestas y en sus verjeles, en sus campos y en sus minas.

»Chipre habia sido algunas veces teatro de operaciones militares; navales combates se habian librado delante de sus puertos; pero jamas habia sido devastada por la guerra y la conquista. Sus antiguas ciudades subsistian con la misma diversidad de monumentos que en ellas habian ido

acumulando las diferentes civilizaciones cuya influencia se había hecho sentir en Chipre, desde la Fenicia, la Asiria y el Egipto hasta la Grecia clásica, la Grecia alejandrina y la Roma imperial. Los santuarios de la Vénus chipriota, heredera de la Astarté fenicia, estaban rodeados de árboles seculares, donde se posaban ó de donde se levantaban, moviendo gran ruido con sus alas, bandadas de blancas palomas, aves tan queridas de la diosa. Como dice Tácito á propósito de la peregrinacion que Tito hizo á Pafos al tiempo de su viaje á Oriente, los templos estaban todavía llenos de las ofrendas de los antiguos reyes. Ritos y símbolos, todo conservaba un sello especial, más bien asiático que griego, aunque la lengua helénica fuera entónces la que sólo se hablase en toda la Isla. Las prostituciones sagradas, una de las prácticas que mejor caracterizan las religiones siriacas, tenían allí su lugar marcado. Las *hierodulas* de Pafos, cortesanas agregadas al santuario por una especie de vocacion religiosa, cuyas insignias llevaban, no eran ménos célebres que las de Corinto». *(Perrot.)*

La corrupcion de costumbres en la Isla estaba á la altura de su fertilidad y de su opulencia, y una vida tan fácil y tan grata no era la más á propósito para formar corazones enérgicos, que siempre se funden en el yunque del infortunio, y rara vez en la plácida calma de la ventura. De aquí que los chipriotas jamas se distinguian por su amor á la patria, á sus instituciones y á su independencia, siendo su nota caracteristica el indiferentismo á todo lo que no fuera su egoísmo individual, mezquino y estéril, tan distante del egoismo colectivo de nacionalidad, como la generosa abnegacion de la sórdida avaricia. Y es de notar una coincidencia que parecerá extraña á los que no comprendan que en el seno de los mayores males se encuentra su remedio. De aquella sociedad voluptuosa y materialista salió el fundador de la doctrina más ascética que pudo producir el paganismo, y que encerraba el sentido más alto de moralidad que conocieron los antiguos pueblos ántes de que nuestra religion fijase de una vez para siempre sus inimitables preceptos: el estoicismo, la escuela de la abstinencia, de la abnegacion y del deber, nació con su fundador Cenon en la capital que se alzaba cerca de Larnaca, la renombrada Kition ó Citium.

La paz, que á pesar de todas las dominaciones por que sucesivamente

pasó la Isla, parecia haber fijado en ella su fecunda planta, vióse, sin embargo, interrumpida á deshora por un acontecimiento que parecia enteramente extraño á la vida de Chipre. La guerra de la Judea arrojó á aquellas fértiles costas multitud de judíos desterrados, que sublevándose en tiempo de Trajano, ávidos de las riquezas de los que les habian dado asilo y refugio, no vacilaron, ingratos una vez más sobre tantas otras, en caer de improviso sobre sus descuidados valedores, asesinando en aquella indigna *razzia* á más de doscientos cuarenta mil, lo cual les valió ejemplar castigo de los romanos, que los arrojaron de la Isla, prohibiéndoles para siempre arribar á ella.

El Cristianismo penetró bien pronto en Chipre, habiendo tenido la fortuna de ser evangelizada por el mismo San Pablo y por San Bernabé; y de tal modo prendió la buena semilla, que á la época del Concilio de Nicea ya existian en ella trece obispos bajo la jurisdiccion del metropolitano de Salamina. El contraste de la severidad de costumbres de la doctrina de Jesucristo, con las sensuales y voluptuosas de los hijos de Vénus y Epicuro, debió producir luchas más ó ménos violentas y la destruccion por el Cristianismo triunfante de multitud de figuras que simbolizaban el culto del error y de la impudencia. Así se explica cómo se han encontrado verdaderos depósitos acumulados de estatuas hechas pedazos, con la particularidad de estar reunidas muchas veces cabezas en mayor ó menor número, otras piernas, aquí torsos, más allá manos ó brazos. De uno de estos depósitos procede la coleccion de cabezas que trajimos para nuestro Muséo Arqueológico Nacional, de vuelta de nuestro viaje, y que publicamos, dibujadas con la mayor fidelidad en la adjunta lámina.

En la division del vasto Imperio romano, que tuvo lugar el año 335 de nuestra Era, Chipre quedó unida, como no podia ménos de suceder, por su posicion geográfica al Imperio de Oriente; y á pesar de las desgracias y trastornos que pesaron sobre las demas provincias, fiel á sus tranquilas tradiciones, continuó gozando de envidiable paz hasta el siglo VII, tranquilidad interrumpida por la llegada de los árabes á las costas siriacas, disputándose árabes y griegos durante tres centurias la posesion de la Isla, y en esta larga lucha sufriendo las terribles consecuencias que las guerras llevan siempre consigo; período que recordarán siempre con profunda pena

los amantes del arte y de la arqueologia, pues en aquellos dias de saqueo, devastacion y matanza quedaron destruidos los antiguos monumentos de Pafos, Idalia, Amatonte, Trimithus y Salamina.

Las ciencias y las letras perdieron como siempre las mejores páginas de la rica historia de aquel territorio, por más que el triunfo coronase al fin las armas bizantinas, quedando al acercarse el final del siglo x sujeta á los emperadores de Constantinopla; pero más sufrió despues por las exacciones y tiranías de gobernadores ambiciosos que la esquilmaron sin pudor, declarándose independientes, y más todavía bajo el yugo de hierro del emperador Isaac Conmeno, hasta que durante la tercera cruzada, Ricardo *Corazon de leon*, justamente irritado por la indigna mala fe de aquel emperador, se apoderó de ella, entregándola primero á la órden de los Templarios y despues á Guy de Lusiñan, rey de Jerusalen. Por espacio de tres siglos la Isla formó bajo la dinastía de los Lusiñan un reino floreciente, pero en 1373 los genoveses le impusieron su protectorado, siendo á su vez suplantados en 1485 por los venecianos; y con motivo de las pretensiones de la casa de Saboya á la herencia de los Lusiñan, los reyes de Cerdeña han continuado llamándose hasta nuestros dias reyes de Chipre y de Jerusalen.

Venecia se creia en tranquila posesion de la Isla, cuando el sultan Selim se apoderó de ella en 1541, haciendo memorable su victoria con las más bárbaras crueldades, como la de haber desollado vivo, enviando la piel á Constantinopla, al valiente general veneciano Bragadino, que habia defendido heroicamente á Famagusta. Desde entónces la Isla, á pesar de numerosos acontecimientos, quedó definitivamente en poder de los musulmanes, que establecieron en ella un pachaliato, cayendo bajo el régimen de insaciables gobernadores en un estado de postracion y casi puede decirse de abandono, de que sólo podria hacerla renacer la influencia inglesa, cuyo pabellon flota sobre la Isla, á virtud del tratado anglo-turco de 4 de Junio del año anterior.

Durante las diferentes dominaciones que se sucedieron despues del Cristianismo en aquel privilegiado territorio, nuevas industrias aumentaron su renombre y sus riquezas, iniciadas y engrandecidas por el genio emprendedor que distinguió á sus hijos, en medio de la inclinacion á los

placeres y á la molicie que parecia deber enervarlos. En tiempo de Justiniano, tan célebre en los anales de la jurisprudencia, se introdujo en la Isla el cultivo de la seda, que ántes tenian que obtener los ostentosos romanos de la China, comprando sus preciadas telas á mercaderes persas, que las llevaban en sus caravanas atravesando todo el Asia, en medio de mil peligros y con grandes dispendios, y que obtenian exorbitantes ganancias vendiéndolas á los emperadores y ricos magnates y damas de las cortes de Roma y de Constantinopla. Pero habiendo traido dos monjes en sus viajes á la India semilla del próvido gusano en el año de 557, como el Emperador, con sabia prevision, la repartiese á diversas comarcas de sus vastos dominios, en ninguna dió mejor resultado que en la fecunda Isla, que gozando ya de merecida celebridad por sus telas de lana, sus tapices y sus bordados, bien pronto montó telares, donde se hicieron tejidos de seda que rivalizaron con los de la India, y que aumentaron su nombradía y sus riquezas.

Nueva fuente de abundancia es para Chipre, en la época de los Lusiñan, la introduccion de la caña dulce, importada de la Arabia, y con ella de la industria azucarera, que tantós rendimientos producia, sin embargo de no conocerse entónces, como hoy, los procedimientos del refinado; y poco despues, el algodon llevado de la Persia; y la elaboracion de los vinos, siempre célebres en la antigüedad, pero que los caballeros de San Juan perfeccionaron en las extensas comarcas que poseian cerca de Pafos, de donde les vino el nombre de vinos de *la Comandería* ó de los Comendadores, con que en breve se hizo tan famoso en Europa.

No entra en el plan que nos hemos propuesto al emprender el presente estudio, detenernos en más detalles sobre las mil riquezas y productos de aquella isla afortnnada, bastando con lo expuesto para que nuestros lectores de España, donde por desgracia tan descuidados se hallan los estudios que tienen por objeto el conocimiento de los pueblos de Oriente, sin embargo de los beneficiosos resultados que podia reportarnos el iniciar y cultivar con ellos relaciones comerciales, tengan conocimiento, aunque á grandes rasgos, sobre todo en la época antigua, de lo más importante que así geográfica como históricamente se refiere á una isla que tantos puntos de contacto ofrece con nuestros puertos de Levante, y sus monumentos

arqueológicos, que descubiertos hace poco en nuestro suelo abren anchos y nuevos horizontes á la investigacion, ofreciéndonos el animado cuadro de las grandes emigraciones de los pueblos antiguos, que iban enlazando con sus diversas pero análogas civilizaciones islas y continentes, demostrándonos así providencialmente la unidad de la especie humana [1].

(1) Para que nuestros lectores puedan formar juicio de la importancia y riqueza de aquella isla, vamos á presentarles en esta nota el estado de sus productos en los últimos tiempos de la dominacion turca, ántes de entregarla recientemente á los ingleses, tomado de un curioso estudio de M. H. Capitaine:

INGRESOS

| | Pesetas. |
|---|---|
| Salinas.—Beneficio líquido del Gobierno | 1.000.000 |
| Aduanas.—Renta | 220.000 |
| Diezmo de los productos de la tierra | 1.000.000 |
| Impuesto directo (*Miri*) | 660.000 |
| Impuesto sobre el vino | 140.000 |
| Impuesto sobre los carneros | 120.000 |
| Derechos sobre las trasmisiones de dominio | 80.000 |
| Derechos de medida | 120.000 |
| Otros varios | 140.000 |
| Impuesto militar pagado por los cristianos | 200.000 |
| TOTAL | 3.680.000 |

GASTOS

| | |
|---|---|
| Sueldo del gobernador general | 38.000 |
| Gastos administrativos | 72.000 |
| Servicios de la Hacienda | 81.000 |
| Servicio sanitario | 12.000 |
| Policía | 123.000 |
| Fuerza armada | 112.000 |
| TOTAL | 438.000 |

De cuya comparacion claramente se desprende que el Gobierno turco ingresaba en sus arcas un líquido, producto de la Isla, de 3.242.000 pesetas.

Y ahora que de estados nos ocupamos, vamos á presentar tambien el del movimiento marítimo del puerto principal de la Isla, Larnaca, que fué donde fondeó la fragata *Arapiles*, en el mismo año de 1871.

| NACIONALIDAD. | Buques de vapor. | Toneladas. | Buques de vela. | Toneladas. | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|---|
| Turcos | » | » | 866 | 29.363 | Las costas de la isla de Chipre están provistas de tres faros desde el año 1864. 1.° El faro del cabo Gata, de luz fija, apareciendo cada dos minutos visible á 15 millas en el mar, establecido sobre una torre de piedra blanca, á 58 metros sobre el nivel de las olas. 2.° El cabo de Punta-Ciudad, de luz tambien fija, visible á 8 millas en el mar, sostenido por un mástil encima de una casa blanca, á 28 metros sobre el nivel del agua. 3.° El faro del Lazareto, al extremo de la ciudad de Larnaca, de luz fija y roja, visible á 4 millas, y construido como el precedente á 14 metros sobre el nivel del mar. |
| Ingleses | 7 | 5.414 | 4 | 929 | |
| Austro-húngaros | 53 | 64.354 | 6 | 1.288 | |
| Franceses | 2 | 769 | 2 | 346 | |
| Italianos | » | » | 18 | 3.754 | |
| Griegos | » | » | 54 | 7.669 | |
| Españoles | 1 | La *Arapiles*, de guerra. | » | » | |
| Holandeses | » | » | » | » | |
| Rusos | » | » | » | » | |
| Noruegos | » | » | » | » | |

## IV

No faltará quien juzgue todas las noticias que preceden, y áun las que vamos á consignar sobre los trabajos de investigaciones arqueológicas practicados en la Isla, si no extrañas, por lo ménos exuberantes; pero, sobre que ningun ramo de los conocimientos humanos puede estudiarse aislado, si el estudio ha de ser fructuoso, no es trabajo perdido el que aquí damos, toda vez que, segun indicamos más arriba, en vano buscaremos en nuestra patria estudios especiales sobre los diversos países del Oriente. Separados completamente de ellos, desconocida allí nuestra gloriosa bandera desde la épica hazaña de catalanes y aragoneses, juzgamos prestar un servicio á la cultura patria reuniendo cuanto va expuesto acerca de la geografía é historia de la Isla, y cuanto vamos á exponer en este número con relacion á la que podemos llamar historia de aquellos descubrimientos, pues ademas de que ésta esclarece el estudio del monumento ó monumentos de que luégo trataremos, hasta el punto de que sin ella no puede casi nunca formarse acertado y cabal juicio sobre los mismos, su relacion podrá producir en el ánimo de los que la lean noble emulacion, demostrándoles hasta dónde puede llevar la constancia y el amor á la ciencia, que logra descubrir á fuerza de persistencia y fatiga tras de estas pacíficas, aunque á veces tambien dolorosas campañas, un nuevo mundo para la historia de la humanidad.

No tenemos la menor noticia de investigaciones arqueológicas ni de monumentos chipriotas ántes del último pasado siglo, perdidos todos, destruidos por completo ó soterrados en las diversas invasiones, trastornos y vicisitudes por que pasó la Isla, segun vimos en el número anterior; y ni recuerdo habria durante la Edad Media de sus antiguos monumentos, cuando el viajero español Pero Tafur, que visitó á Chipre en la primera mitad del siglo xv, hallando tan favorable acogida en su rey, que le encomendó una embajada para el Soldan de Babylonia, no da la menor noticia ni hace la menor indicacion de uno solo de aquellos monumentos que allí debian haberse conservado, á no haberlos destruido, más que la mano del

tiempo, la locura humana, y de los cuales, á haber existido, algo hubiera indicado el español viajero, cuando se detiene á hablar de ellos si los encuentra en otros parajes, como le sucede al recorrer los campos donde fué Troya, segun hemos tenido ocasion de advertir en el capítulo primero de este volúmen.

Hay que llegar al promedio de la centuria XVIII para encontrar al viajero Ricardo Pococke dando cuenta en 1745 de treinta y tres inscripciones, copiadas en Larnaca y procedentes de la cercana Kition, epígrafes que formaron durante mucho tiempo el *corpus inscriptionum feniciarum*, donde la erudicion logró encontrar las estrechas relaciones que existian entre el fenicio y el hebreo. Desde entónces algunas y bien escasas antiguallas llegaban de aquellos países á los arqueólogos europeos, siendo sin embargo suficientes para que el sagaz conde de Caylus ya encontrase trazos característicos en algunas de las figuras que á deshora aparecian, sobre todo en los trajes, que clasificaba especialmente de chipriotas; quedando á tan poco reducido el estudio de aquellas antigüedades, que apénas empezaban á trasponer los límites de lo desconocido, pues, excepcion hecha de Caylus, ni Vinckelman, ni Zoëga, ni Visconti, ni ninguno de los arqueólogos del pasado y de los principios del presente siglo se ocuparon del arte chipriota.

Los primeros estudios emprendidos con propósito determinado acerca de la Isla y de sus antigüedades, fueron debidos al pensionado del Gobierno bávaro, Ludovico Ross, que en 1845 la visitó, recorriendo, aunque en el corto espacio de seis semanas, todos los lugares históricos de ella, y llamando la atencion de los sabios de Europa hacia lo mucho que allí habia que estudiar en vista de los escasos restos que habia visto y de las relaciones que habia oido á labriegos y áun á gente más acomodada, si bien revestidas de detalles fantásticos, hijos de la imaginacion impresionable de aquellos isleños, entre los cuales figuraba el del notable hallazgo de cierta estatua de bronce, de tamaño colosal, descubierta cerca de la antigua Tamassos en 1836, que tuvieron que deshacer los que la encontraron, temerosos, si se trataba de trasportarla á otro paraje, de que al verla los funcionarios turcos creyesen que con ella habian encontrado algun tesoro, y de que les exigiesen á palos la mentida riqueza; que así y sólo así se ad-

ministraba en las regiones sometidas al yugo del Sultan, á pesar de todos los adelantos que algunos de éstos han pretendido introducir en su pais.

No ménos triste para la ciencia es el recuerdo de otro funcionario europeo, tan *ilustrado*, que juzgando contenian tesoros en su interior las piedras que aparecian con inscripciones, las destrozaba todas en menudos pedazos por hallar la soñada riqueza.

Por este tiempo á nadie habia ocurrido hacer excavaciones en busca de antigüedades, por lo que ellas valen. Las antiguallas salian á flor de tierra, cuando los campesinos las arrancaban para dejar libres de *pedruscos* sus campos, y con ellas salian con frecuencia pequeñas figurillas de barro cocido, ó fragmentos de estatuas en piedra calcárea, material en que están labrados casi todos los monumentos esculturales que allí se encuentran; figuras que el primero recogió Ross, formando así la primera, aunque pequeña coleccion de antigüedades chipriotas que figuró en los museos extranjeros. Con tan escasos pero preciosísimos datos, el inteligente anticuario, con esa mirada adivinadora que tienen los hombres de verdadero talento investigador, comparando los objetos allí encontrados con los que habia tenido ocasion de estudiar en las islas del Archipiélago, ocupadas por los fenicios, halló que si bien no podia definir el arte fenicio, aquellos objetos tenian todos los caractéres de una civilizacion desconocida, y que se relacionaban entre sí, presumiendo que, principalmente las estatuas, eran fenicias.

Años despues, en 1846, M. Mas Latrie, aunque más aficionado á las antigüedades de la Edad Media que á las del ciclo antiguo, veia con un sentimiento que nosotros comprendemos perfectamente, por haberlo sufrido análogo en más de una ocasion durante nuestros viajes, llevarse á Berlin la célebre estela de Sargon, que acababa de descubrirse en Larnaca, sin poder adquirirla para su patria por falta de recursos; y en 1850 M. de Saulcy, que visitó tambien aquel puerto con ocasion de un viaje á Jerusalem, adquirió una preciosa coleccion de estatuillas que al año siguiente cedia al museo del Louvre, y dos vasos de metal, trabajados á martillo y con labores labradas á punzon, reconocidos hoy como uno de los más característicos productos de la industria fenicia, y uno de los cuales, de plata dorada, habia sido recogido en las ruinas de Kition, cerca de Larnaca.

Hacia el mismo tiempo, M. Péretié, despues primer intérprete del consulado de Francia en Beyruth, se dedicaba á nuevas investigaciones, que dieron entre otros notables resultados el hallazgo de la célebre placa de bronce conocida con el nombre de *tabla de Dali*, porque cerca de sus ruinas fué encontrada; tabla en cuyas treinta y una líneas de caractéres fonéticos encontró el duque de Luynes la mejor comprobacion de su pensamiento, deducido del estudio de varias monedas de la Isla, acerca de un alfabeto que, aunque proveniente del fenicio, toma caractéres especiales en aquel territorio, por lo que acertadamente ha sido calificado con el nombre de alfabeto chipriota, sobre el cual y otros monumentos posteriores ha publicado el resultado de sus investigaciones en 1877 [1].

M. de Vogüe, más afortunado que M. Renan, hizo en compañía de M. Wadington y con ayuda del arquitecto M. Duthoit, en los primeros meses de 1862, verdaderas y bien dirigidas exploraciones en la Isla, de cuyos trabajos dió cuenta el primero de estos célebres arqueólogos en la *Revista arqueológica francesa*, ensayando la fijacion de series cronológicas en los productos diversos del arte y de la industria chipriota. En aquellas exploraciones tuvieron la fortuna de tropezar con uno de los ángulos del célebre santuario de Golgos, que tan fecundo ha sido despues para Cesnola, y al mismo tiempo la desgracia de abandonar, apénas comenzadas, las excavaciones en aquel paraje, con lo que perdió Francia el rico tesoro que parecía reservado para aquel dichoso explorador, y para enriquecer el Museo, que la poderosa voluntad de los anglo-americanos ha fundado y engrandece á fuerza de incalculables dispendios.

Sin embargo, M. Vogüe y sus compañeros consiguieron encontrar vastas fosas llenas de estatuas, que parecen indicar momentos de lucha en que una religion vencedora y monoteista arrojaba á tierra y cubria con ella las imágenes de falsos dioses y de sus no más verídicos sacerdotes; y contentos con su buena suerte tomaron la vuelta para Francia, enriqueciendo el escaso número de antigüedades chipriotas del Museo del Louvre con cabezas y fragmentos de estatuas del mayor interes, con trozos arquitectónicos, y entre ellos curiosísimos capiteles, y con inscripciones fenicias,

(1) *Le Dechiffrement des inscriptions cypriotes*, «Journal des Savantes», Agosto y Setiembre.

chipriotas y griegas; todo lo cual, unido á lo que recogió M. Guillelmo Rey al recorrer la Isla, estudiando los monumentos que habian dejado los cruzados, pero no dejando por ello de adquirir tambien cuantos objetos pudo haber á mano de más remota antigüedad, ofreciéndolos despues generosamente al mismo Museo, dió grandisima importancia y variedad á aquella notable coleccion. Entre ellos merecen ser citados especialmente la estatua, casi del tamaño natural, de piedra calcárea, como lo son la mayor parte de las obras de estatuaria encontradas en la Isla, que lleva en la cabeza corona de hojas, la barba larga y puntiaguda, y el cuerpo cubierto con una túnica estrecha y ceñida, y algunos otros fragmentos cubiertos con una capa de pintura antigua, lo mismo que se halla en algunas de las estatuillas que trajimos de la misma procedencia al regresar de nuestro viaje á Oriente, y sobre todo el célebre vaso de Amatonta, debido á M. Vogüe, de 3$^{m}$,20 de diámetro por 1$^{m}$,85 de altura, tambien de calcárea porosa, y de peso de cerca de 14.000 kilogramos, monumento interesantísimo, no sólo por sus colosales dimensiones y buen estado de conservacion, sino por la ornamentacion que en sus cuatro fingidas asas le enriquece.

Pero cuando las investigaciones y los descubrimientos tenian en Chipre una importancia de que sólo nos dan ejemplo en Europa durante ciertas épocas los de Herculano, y principalmente los de Pompeya, es en los últimos diez y ocho años, yendo unidos á tan útiles y gloriosas tareas científicas los nombres de Maricourt, Lang y Cesnola. El primero, vicecónsul de Francia en Larnaca, habiendo encontrado casualmente en uno de sus paseos, y entre la arena de la playa, una pepueña estatua de barro cocido, emprendió exploraciones en mayor escala, que le dieron por resultado una buena coleccion de objetos, aunque la mayor parte de la época grecoromana, y haber fijado con esto, segun se supo despues por inscripciones en el mismo paraje encontradas, la existencia en remotos tiempos, alli donde hizo sus trabajos, de un templo dedicado á la divinidad protectora de los marinos, Demeter Paralia. Desgraciadamente, M. de Maricourt murió del cólera en 1865; pero bien pronto le sustituyeron en sus trabajos con mayor fortuna y en mayor escala, Hamilton Lang y Luis Palma de Cesnola. El primero, hombre de negocios, director de la sucursal de la

Banca otomana en Larnaca, dotado de la fuerza de voluntad que distingue á los hijos de Escocia, al mismo tiempo que estudiaba las riquezas naturales de la Isla, su agricultura, su industria y sus recursos, dedicóse tambien, áun cuando fuera para él ocupacion más secundaria, al descubrimiento y adquisicion de antigüedades, que no tardaron mucho tiempo en enriquecer el Museo Británico. Cesnola, hijo de una antigua familia de Turin, militar primero, al servicio de su patria, despues de la República americana de los Estados-Unidos, donde en la guerra de los separatistas llegó al grado de general de brigada, unido en matrimonio á una hermosa yankee, dejó tambien en aquella su segunda patria la carrera militar, aceptando el cargo de cónsul en la isla de Chipre. Activo y emprendedor, necesitaba ocupacion en que emplear la actividad de su inteligencia; y estimulado por el ejemplo de Lang, que entre otras varias adquisiciones habia logrado en 1870 la de 600 estáteros de oro, de Filipo y de Alejandro, y descubrir por sí mismo una inscripcion bilingüe, fenicia y chipriota, que fué de gran importancia, no sólo para la Epigrafía, sino para la historia religiosa de aquellos antiguos pueblos, decidióse á emprender tambien por su cuenta excavaciones, llegando bien pronto á explorar hasta tres mil sepulturas en los alrededores de Larnaca, en su mayor parte de la época greco-romana, y en muy poco número del período fenicio.

Antes de continuar la noticia de los célebres descubrimientos de Cesnola, no creemos deber omitir en esta abreviada reseña los nombres del sucesor de M. de Maricourt, M. Tiburcio Colonna Cecacaldi, que hizo en Dali y en otros puntos de la Isla importantes investigaciones, de cuyos buenos resultados sacó buen partido el Museo del Louvre, enriqueciendo sus colecciones, y el del griego Demetrio Piérides, que ha salvado y publicado multitud de inscripciones fenicias, chipriotas y griegas, y que ha prestado gran servicio á la Numismática con reunion y estudio de notables monedas halladas en aquellas comarcas; habiendo participado tambien del feliz hallazgo de los estáteros de oro.

El incansable cónsul anglo-americano, entre los diversos objetos y monumentos que sacó en sus excavaciones de Larnaca tuvo la buena fortuna de encontrar un sarcófago de barro, en forma de féretro de momia, enteramente parecida á las que M. Renan ha recogido en la necrópolis de

Sidon y enviado al Louvre; vasos de alabastro y de mármol con pequeñas inscripciones fenicias en sus bordes; y otros de barro, cuya decoracion oriental es una de las más seguras vias para conocer su historia.

Pero donde el incansable turinés encontró recompensados sus esfuerzos con una profusion inexplicable, fué en Dali y en Athienau, sobre el emplazamiento de la antigua ciudad de Golgos. En la primera, y en las faldas de sus colinas, encontró sepulturas greco-romanas superpuestas á las fenicias, y en estas últimas gran cantidad de objetos de cerámica, de las más variadas, más arcaicas y más curiosas formas; figuras de barro; una copa de bronce con figuras repujadas y retocadas despues al cincel; armas y útiles del mismo metal; y gran número de objetos de vidrio con bellísimas irisaciones, á cuyos vidrios se ha dado el nombre por excelencia de chipriotas, cuya copia, por medio de los adelantos de la química moderna, forma uno de los ramos de la industria contemporánea, que más han llamado la atencion en el último y universal concurso del Campo de Marte. En Golgos halló estelas funerarias del más extraño dibujo, un sarcófago en piedra calcárea, con bajo-relieves, cuyos asuntos pertenecian á la Mitología greco-romana, y sobre todo, el gran descubrimiento de la primavera de 1870, las numerosas estatuas pertenecientes sin duda alguna á un templo, probablemente de Afrodite, cuyo hallazgo guarda muchos puntos de contacto con el de nuestras estatuas del *Cerro de los Santos* en Montealegre, á que hemos dedicado especial estudio ántes de ahora. Nosotros tuvimos la fortuna de verlas en casa del mismo Sr. Cesnola, en Larnaca, con todas las demas antigüedades que habia reunido en su riquísima coleccion, y probablemente, si hubiéramos contado con medios pecuniarios de que casi careciamos en aquella expedicion científica, la coleccion Cesnola estaria hoy enriqueciendo el Museo Arqueológico Nacional; pues en aquellos momentos en que su afortunado propietario trataba de enajenarla para resarcirse, como era justo, de los grandes gastos que su amor á la ciencia le habia ocasionado, manifestó decidida predileccion hácia España, animado sin duda por el buen ejemplo del cónsul italiano, que nos habia hecho la importantísima donacion de objetos arqueológicos chipriotas, traidos por nosotros al Museo.

Aquellas estatuas fueron las que al regresar de nuestro viaje y hallar

en España las del *Cerro de los Santos*, nos hicieron comprender, por la grande relacion que entre ambas existe, su origen y significacion, incitándonos poderosamente al largo estudio que de estas antigüedades hicimos; y para que se vea hasta dónde llega esta analogía, lícito ha de sernos reproducir algunas de las palabras, que describiéndolas, las dedica el ya citado M. Perrot.

«En el mismo lugar al pié de un cerro que M. de Vogüe habia sondeado sin gran provecho, se descubrió una muralla que formaba un paralelogramo de 18 metros de largo por cerca de 9 de ancho. En el interior de este recinto contábanse hasta 72 pedestales, los unos adosados al muro, los otros, en número de 15, formando tres filas regulares, que dividen aquel espacio en cuatro naves. Delante de estas basas estaban tendidas, la mayor parte sobre el vientre, y por lo tanto la cara sobre la tierra, las estatuas, cubiertas por una capa de dos á tres metros de tierra. Esta tierra no era, sin embargo, floja, sino que dura y seca, resistía á la piqueta, pareciendo estar formada de ladrillos mezclados con argamasa y deshechos por la presion; siendo necesario para romperla humedecerla mucho con agua. Segun todas las apariencias, aquella masa correspondía á los muros derribados hacia el interior, los cuales á su caida habian derribado las estatuas, envolviéndolas en sus ruinas en medio de la vasta sala: un espeso monton de cenizas, entre las cuales aún se encontraban algunas grandes piezas de madera carbonizada, representaba el techo destruido por las llamas.»

«Difícil es no reconocer allí un templo y que éste fuera un santuario de Afrodite. A falta de todo documento escrito, es la hipótesis más probable, y que parece confirmarse por ciertos objetos encontrados en aquellos escombros, así como por los atributos de nuestras estatuas, y como porque ademas de esto, Afrodite es la gran diosa de Golgos, como lo fué tambien de Idalia y de Pafos. Pero sea como quiera, es lo cierto que 110 obreros trabajando sobre aquella cantera cerca de seis semanas, sacaron próximamente 300 estatuas ó estatuillas, todas envueltas con una especie de costra espesa y sólida, que era necesario humedecer primero, y raspar en seguida con un instrumento.» ¿Sería esta costra, decimos nosotros, la capa de preparacion que darían á la piedra para tapar sus muchos po-

ros, con objeto de pintarla encima, como hemos tenido ocasion de observar en alguna de las estatuillas que trajimos al Museo?

»Todas aquellas estatuas están labradas en el tufo calcáreo que dan en abundancia las montañas vecinas. Todas, lo mismo las más recientes que las más remotas, tienen aire de familia y caractéres comunes. En cuanto á las dimensiones, varían mucho. El primer monumento descubierto era un coloso, ó más bien un fragmento de coloso, cuya cabeza sólo fué encontrada. Tenia cerca de un metro de alto (0,84), lo que permite calcular que la estatua tendria cerca de siete metros. Otra figura que no se ha podido reconstituir por completo, media cerca de tres metros y parecia representar un sacerdote teniendo en la mano izquierda una copa y en la derecha una paloma. La estatua estaba dividida en tres trozos. La cabeza y los piés se hallaban separados del cuerpo. Tambien se ha logrado recomponer, salvo el brazo derecho, una figura de Hércules, mayor en algunos centímetros que la anterior y de peor ejecucion; pero lo que añade interes á este monumento, es un bajo-relieve esculpido sobre una de las caras del pedestal, y que dejaba ver todavía cuando se hizo el descubrimiento restos de color rojo, habiendo representado el artista en aquel relieve, no sin un exacto sentimiento de movimiento y vida, uno de los trabajos de Hércules, cuando el héroe atraviesa con su flecha al perro Orthros, miéntras el rebaño de Geryon huye tumultuosamente y trata de escapar de las manos poderosas del hijo de Alcmene. Otras de aquellas estatuas eran de tamaño natural; y en fin, cerca de 200 no llegaban á un metro de altura.»

«Las figuras de hombre eran las más numerosas; pero habia tambien muchas estatuas de mujer. La diversidad no era menor en lo que se refiere al estilo: algunos de aquellos trozos tienen una apariencia completamente egipcia; otros hacen pensar sobre todo en la Asiria; en fin, la influencia griega es muy sensible en las estatuas descubiertas en último lugar, próximas al muro occidental. Las figuras de estilo semejante se han encontrado en general cerca las unas de las otras. Cada siglo parece habia llenado con sus ofrendas y poblado con sus imágenes una parte del santuario, hasta el momento en que todos los lugares estuvieron ocupados. Desde entónces los guardianes del templo no tenian más que velar sobre

todos aquellos monumentos del pasado religioso de la Isla, y enseñarlos á los millares de peregrinos que atraia á Chipre la celebridad de su santuario, las singularidades de sus cultos, el esplendor de sus ceremonias, la belleza de sus cortesanas. Habia allí asunto apropiado para los relatos de los exegetas, aquellos sacristanes de la antigüedad.»

La noticia de tan admirables descubrimientos corrió bien pronto por Europa, y conocidos los principales monumentos por fotografías que remitió á los sabios de Occidente, Rusia envió á Chipre en el mismo verano de 1870 uno de los conservadores del célebre Museo del *Eremitorio* ó del *Ermitage*, encargado de negociar con el cónsul Cesnola la adquisicion de su notable Museo. El contrato no llegó por último á realizarse; pero el comisionado Doell aprovechó los dos meses que infructuosamente para su principal propósito pasó en Larnaca, formando el inventario de todas aquellas riquezas arqueológicas, que su mismo dueño, más ocupado en aumentarlas sin cesar que en contarlas, no habia formado, y de vuelta de su expedicion, ya que no pudo presentar los objetos adquiridos, ofreció á la Academia Imperial de San Petersburgo aquel trabajo, que la Academia mandó imprimir en sus Memorias, agregándole diez y siete láminas en que se copiaron los principales objetos de la coleccion.

Rotas las negociaciones con Rusia, estableciéronse con más empeño con Francia, demostrando gran interes el mismo Napoleon III en la adquisicion de aquellos importantes monumentos. La guerra franco-alemana interrumpió á deshora y deshizo por completo las negociaciones; y en tal sazon acertamos nosotros á llegar á la Isla, siendo acogidos de la manera más satisfactoria por el mismo Cesnola, y teniendo el sentimiento de que los acontecimientos políticos que por aquel entónces absorbian, como sucede casi siempre en nuestra patria, la atencion del Gobierno, no le permitiesen ni áun contestar á nuestros telegramas. La coleccion en seguida fué ofrecida á Inglaterra y áun conducida á aquella nacion, no sin haber tenido que salvar á fuerza de astucia su propietario las dificultades que para sacarla del territorio turco le presentó el Gobierno del Sultan; pero apénas llegó á noticias de los fundadores, por iniciativa privada, del Museo metropolitano de Nueva-York la existencia de tan importante, peregrina y numerosa coleccion arqueológica, decidióse a adquirirla, no sir-

viéndole poco de estímulo para ello el eterno antagonismo de los anglo-americanos y los ingleses; y venciendo en la lucha los primeros, el Museo de Nueva-York adquirió al fin la coleccion, compuesta en aquel entónces (1873) de 10.000 objetos, por la cantidad de 61.000 dollars, ó sea de 1.281.000 rs.

Con esto no terminó Cesnola su gran obra de exploraciones y descubrimientos. Volvió á su consulado despues de hecha entrega en los Estados-Unidos de su tesoro arqueológico, y en una segunda campaña, que duró tres años, exploró diferentes lugares de Salamina, de Soli, de Amatonte y de la antigua y nueva Pafos, que le dieron por resultado el hallazgo de objetos y monumentos análogos á los ya descubiertos, poniendo, sin embargo, digna corona; como premio á tantos esfuerzos y á tanta constancia, el hallazgo del tesoro de *Curium*, ciudad fundada por los argivos, y en cuyo emplazamiento, bajo un mosaico de época ménos remota, y á la profundidad de ocho metros, encontró cuatro cámaras talladas en la roca viva, que no eran otra cosa que el antiguo tesoro del templo de Curium, donde se habian conservado intactas las riquezas que le habian sido confiadas, ofrendas votivas que los sacerdotes guardaban cuidadosamente, y objetos de precio que los particulares depositaban en el santuario ántes de partir para la guerra ó para lejanas tierras.

«Los hallazgos hechos en aquellas cuatro cámaras sobrepujaron á todo lo que podia preverse, y áun á cuanto podia esperarse. Jamas se habian encontrado reunidas tantas joyas, de tan rara materia y de tan varios estilos. Habia allí brazaletes de oro macizo, de los que sólo dos pesaban más de tres libras inglesas, y otros muchos de doscientos á trescientos gramos. El oro se encontraba en profusion, bajo todas las formas; sortijas, zarcillos, amuletos, frascos, cajas, agujas de cabeza y collares; la plata era todavía más abundante, empleada así en alhajas como en objetos de vajilla, y habia tambien electrum ó liga de oro y de plata. Encontróse igualmente cristal de roca, cornalinas, onices, ágatas, todas las variedades de piedras duras ó de pastas vítreas, cilindros, figurillas de barro, vasos de arcilla, así como objetos de bronce, lámparas, trípodes, candelabros, sandalias, sillas, vasos, armas, etc. En este depósito reinaba cierto órden. Las alhajas de oro fueron recogidas sobre todo en la primera cá-

mara; la segunda encerraba la vajilla de plata, colocada sobre una especie de repisa tallada en la roca, á veinte centímetros sobre el suelo: por desgracia habia sido más atacada por la oxidacion que los objetos de oro; y de los montones de metal, que caian hechos polvo cuando el dedo los tocaba, no se pudo sacar más que un pequeño número de las copas que tanto llaman la atencion de los arqueólogos en estos últimos tiempos por su decoracion completamente inspirada en el arte egipcio. La tercera cámara contenía algunas lámparas y fíbulas de bronce, vasos de alabastro, y sobre todo grupos y vasos de tierra; y la cuarta los utensilios de bronce, entre los cuales se encontraron muchos de cobre y de hierro...»

«Lo que en todos estos objetos era más precioso todavía es la manera con que fueron labrados y la variedad de sus procedencias. Muchos escarabeos de esteatita, bien parecen de fábrica egipcia, leyéndose sobre uno de ellos el cartucho de Tutmes III. Cierto número de cilindros son ciertamente asirios y caldeos. Las inscripciones cuneiformes y los símbolos de muchos de ellos nos llevan próximamente, segun los asiorólogos, á la época de los argónidas, es decir, al siglo VIII ántes de nuestra Era. Son numerosas las piedras grabadas, en las que el carácter de los símbolos, del trabajo y de la montura nos autoriza á atribuirlas á los fenicios, los primeros que se cree grabaron sobre piedras duras. Por sus asuntos, que pertenecen á la mitología griega, por su estilo, en que se siente la influencia del arte griego, que se separa y emancipa de sus modelos orientales, muchos de aquellos grabados merecen contarse entre los más notables, y los más antiguos productos de la glíptica griega. Las alhajas propiamente dichas son siempre de una riqueza de invencion, de una finura y de una delicadeza de trabajo que admira: por su maravillosa elegancia, algunas de ellas se colocan entre las obras maestras de la orfebrería oriental y griega arcaica».

Con tal hallazgo, comprendiendo Cesnola que habia llegado á la cumbre de su fortuna, dió por terminados sus trabajos en la Isla y volvióse á su segunda patria, donde esta nueva coleccion le fué tambien comprada por el mismo Museo metropolitano que habia adquirido la anterior, en precio de 45.640 dollars, ó sea próximamente 958.400 reales. Nombrado secretario de aquel Museo, ocúpase en el estudio y arreglo de sus dos co-

lecciones para presentarlas dignamente al público; y como si con su salida de Chipre se hubiera cansado la fortuna de premiar los esfuerzos de los exploradores, ningun descubrimiento importante ha tenido lugar, ni ya podrán hacerse sino para los ingleses, á quienes hoy, como es sabido, pertenece aquel territorio, que todavía debe guardar tesoros para enriquecer todos los museos del mundo.

Tal es, en breve resúmen, la historia de los descubrimientos de aquella Isla, que hemos querido presentar á nuestros lectores, tanto porque á ellos pertenecen los objetos que allí adquirimos, como por los curiosos datos que nos ofrece á los españoles, en cuyas antiguas ciudades costaneras ó próximas á las orillas del Mediterráneo, se han empezado á descubrir, y cada dia habrán de irse descubriendo en mayor número, monumentos estrechamente relacionados con los chipriotas, como productos de unas mismas civilizaciones que en unas y otras partes hubieron de dejar la huella de su fecunda planta.

## V

Pero todavía, ántes de pasar al exámen de dichos objetos, por las mismas razones que acabamos de apuntar, y para mejor comprender su estudio, lícito ha de sernos reproducir, casi textualmente, las palabras con que el ya citado M. Perrot sintetiza la compenetracion de civilizaciones que en aquella isla tiene lugar, síntesis que se halla en completa consonancia con la teoría que venimos sosteniendo en el mismo sentido, aunque con relacion á los monumentos de nuestra patria hallados en el *Cerro de los Santos*, término de Montealegre, que tanta y tan importante semejanza tienen con los chipriotas.

Cuando los fenicios, no pudiendo ya vivir por el natural y progresivo aumento de su poblacion en la estrecha faja de tierra limitada cual inmensa barrera por las elevadas cordilleras del Líbano y del Antilíbano, buscaron nuevas comarcas donde establecerse conducidos por sus ligeras naves, las playas de Chipre fueron las primeras adonde abordaron, y aquella la primera etapa, el primer paso de una larga carrera de empresas marítimas y descubrimientos, que terminan por llevar las atrevidas

proas de los hijos de Tiro y de Sidon, hasta más allá de los confines del *Mare Internum*, hasta más allá de las columnas de Hércules, penetrando en el Atlántico. Kition fué el primer eslabon de aquella vasta cadena de establecimientos mercantiles y de puertos fortificados que enlazaron á los dos grandes emporios de la Fenicia con todas las costas del Mediterráneo, inclusas las más remotas playas del Africa y de la Europa occidentales. Sólidamente establecidos en la Isla desde tiempos remotísimos, pues á ello les brindaba desde esas ignoradas fechas lo inmediata que se hallaba á sus costas, los fenicios no interrumpieron durante más de diez siglos aquellas relaciones constantes y familiares, pudiendo asegurarse que no habia un solo buque salido de los puertos de la Siria, con destino al Asia Menor, de la Grecia ó de Italia, que no tocase en los puertos de Chipre, ni que dejase de detenerse de la misma manera en el viaje de regreso, ántes de entrar en la patria de donde salian, para completar su flete cargando algunas toneladas del metal tan abundante en la Isla, del celebrado cobre ciprio, que en tan grandes cantidades consumian los talleres de aquellas naciones. Para las grandes ciudades industriales del continente vecino, Kition, Amatonte, Pafos, eran como suburbios de Ultramar, y las ricas campiñas de la Isla, como un segundo territorio más espacioso y más fértil que el territorio fenicio, desigual y montuoso, cortado en angostos desfiladeros por altos promontorios, formados por las soberbias estribaciones que sostienen las cimas del Líbano.

Existía, pues, una corriente fenicia, que partiendo de las ciudades de aquel activo pueblo mercantil, bañaba las playas orientales y meridionales de Chipre, llevando las creencias, los cultos, la industria, las artes y las costumbres de la raza cananea. Cuando más tarde los griegos desembarcaron á su vez en aquellas costas, por efecto de la accion de aquella corriente lenta y prolongada, el suelo de Chipre, hasta en sus capas más profundas, si nos es dado valernos de esta hipérbole, estaba impregnado de aquellas influencias, que, como no podia ménos de suceder, sintieron tambien los nuevos inmigrantes, imponiéndoseles como el clima, como el aire mismo que respiraban, y continuando de la misma manera mucho tiempo despues de la fundacion de las primeras colonias Acheas. Los griegos de Chipre quedaron sometidos por el ascendiente de una civilizacion

que ya contaba con larga, propia y rica historia; y léjos de los grandes focos donde ardia más puro el sacro fuego del genio helénico, léjos de la Jonia, *aquella Primavera de la Grecia*; más léjos *todavia de Atènas, su rico y glorioso Estío*, y en íntimo y diario contacto con los fenicios, y por su mediacion, en relaciones con la Asiria, el Egipto, y más tarde con la Persia, habian de modificar los caractéres propios de su cultura, sintiendo la compenetracion ineludible de aquellas otras culturas orientales. A estos antecedentes hay que agregar, que en su movimiento de expansion y de conquista, uno despues de otro, aquellos grandes imperios asiáticos ó africanos se posesionaron de Chipre, de sus minas y de sus florestas, reduciendo á sus príncipes á la condicion de tributarios.

Tal situacion no podia ménos de producir más de un cruzamiento entre semitas y arios; y asi Herodoto, ya en el siglo v ántes de nuestra Era, se sorprendia de la diversidad de elementos que encontraba en la poblacion de Chipre, y creia hallar, ademas de griegos de diversas procedencias, fenicios, y hasta etiopes. Contribuia ademas á facilitar la mezcla de las diversas razas, el espíritu y los ritos del culto de Pafos, de Idália y de Golgos, por la licencia de costumbres que este culto provocaba y hasta parecia autorizar; y asi al rededor de aquellos santuarios que visitaban tantos extranjeros, en aquellos puertos que frecuentaban tantos marinos y comerciantes de todos los países, se habia formado una poblacion de toda clase de cruzamientos, de sangre mestiza, y que hablaba á la vez el griego y el fenicio, comprendiendo tambien los dialectos arameos de la Siria septentrional y de la Cilicia; pudiendo conjeturarse con grandes probabilidades de acierto, como indica el mismo Perrot, si bien formulándolo como pregunta, y procediendo al hacerlo con la prudencia que distingue á los verdaderos sabios, que el tipo étnico que nos ofrecen ciertos monumentos esculturales chipriotas, en el que parecen confundirse los caractéres egipcios, asirios y griegos, aunque predominando algo más los segundos, sea el tipo propio de aquella raza cruzada, que acabó por perpetuarse y trasmitirse á las generaciones sucesivas.

Aquellas alianzas, más ó ménos regulares, dieron origen al cabo de siglos á una raza secundaria, que tenia á la vez de la siria y de la griega, pero predominando más la primera al Sur de la Isla, y en el Poniente y

Norte la segunda. En Kition fácilmente se hallaria más de un rostro de expresivas líneas; en Salamina, en Curium ó en Soli, más de un perfil griego, más de una cabeza cuyo noble y puro dibujo recordase el de los bellos hijos de la madre patria; y lo mismo se notaba en los hábitos, las ideas y el carácter moral. El deseo de relacionarse con Grecia, de cultivar las artes y las letras, de imitar sus costumbres y su espíritu, era muy marcado en los príncipes de Salamina y Soli, que se asociaron con tanto ardor á la revolucion de los jonios hacia el fin del siglo VI ántes de Jesucristo, y entre los que más tarde secundaron los esfuerzos de Cimon, y en el célebre Evagoras que tan brillantemente luchó contra Artaxerxes y que mantuvo con Aténas relaciones afectuosísimas. Sin embargo, aquellas aficiones, aquellos hechos, quedaban reducidos á tentativas aisladas y sin fortuna, sin consecuencias generales para la civilizacion de la Isla. Con sus riquezas, Nicocles podia pagar bien caro á Isócrates el elogio de su padre Evagoras, pero no podia hacer que la mayor parte de sus vasallos sintiesen las delicadezas de las áticas frases del correcto retórico, porque el elemento griego estaba como ahogado y sometido á los elementos provenientes de los antiguos pobladores de la Isla.

En el órden moral, como en el órden físico, habíase establecido de un extremo á otro de ella una especie de eclecticismo que borraba toda decision en los trazos característicos de la cultura griega. Los fenicios de Chipre debian conocer con escasas excepciones el griego, como lo demuestra el uso de las inscripciones bilingües; pero los griegos de Chipre eran por su espíritu los ménos griegos de todos los griegos. Jamas tuvieron ni el amor á las libertades republicanas, ni la elevada é investigadora curiosidad de la inteligencia, ni la pasion desinteresada por lo bello. Parece como si se hubieran embastecido y bastardeado por aquella amplia mixtura de sangre asiática y africana, y no se encuentra entre ellos aquel amor al perfeccionamiento y al progreso que caracterizó siempre á la raza helénica pura. La poblacion chipriota, considerada en conjunto, y tal como nos la dan á conocer los antiguos textos y las obras de sus artes y de su industria en estatuaria y en cerámica, era de índole estacionaria y de temperamento conservador y tradicionalista. Gracias á las lecciones de los fenicios, discípulos y herederos del Egipto y de la Asiria, aquellas gentes

habian llegado desde muy temprano á un alto grado de pericia en agricultura y en industria, habian precedido con mucho en este camino á las tribus de la Grecia propiamente dicha y de las islas del mar Egeo; pero no las siguieron en su marcha progresiva, cuando éstas, tomando por punto de partida datos recibidos de las civilizaciones orientales, principiaron á abrir nuevos y gloriosos senderos en los dominios de la ciencia y del arte.

En el resto del mundo helénico los espíritus sostenidos en constante aspiracion por el movimiento de la vida pública y las luchas de la palabra, despiertos y estimulados por las especulaciones de la filosofía y las investigaciones de la historia, embriagados por el amor de las formas bellas y de las proporciones afortunadas, se emanciparon de la tradicion sin renunciar al beneficio de los métodos y los procedimientos que ésta les habia dado; pero los chipriotas, dócilmente sometidos á sus principios, satisfechos con sus riquezas, adormecidos por su culto voluptuoso, no sentian la necesidad de cambiar ni de perfeccionar lo que sus padres les habian trasmitido reglamentado, en una época en que Chipre era renombrada por la destreza de sus artesanos é industriales y por la brillantez de sus festividades religiosas. Su idioma, como lo atestiguan las inscripciones recientemente descifradas y las glosas de Hésychius, quedó como un dialecto especialísimo conteniendo muchas formas y palabras que no tenian curso fuera de la Isla; y sin que tuviese poetas ni escritores que la ennobleciesen cultivándola, y que la elevasen á la categoría de lengua literaria, habia desde muy antiguo representado los sonidos por medio de un alfabeto, cuyos signos parecian derivados de la escritura cuneiforme, siendo acaso la primera notacion aplicada á las palabras de la lengua griega. El alfabeto chipriota habria, pues, sido en su remota época un gran progreso, una invencion con gran justicia admirada por sus contemporáneos; pero por el carácter silábico y la multiplicidad de sus signos, es muy inferior al alfabeto llamado Cadmeo, que otros griegos, probablemente en el mismo siglo, sacaron del alfabeto fenicio para figurar las articulaciones de su idioma. Mucho ménos numerosas, y más cómodas bajo todos conceptos, las letras Cadmeas penetraron en Chipre; pero no consiguieron hacer cayese en desuso por completo la antigua escritura, á pesar de sus complicaciones y defectos, continuándose hasta en la época de los suceso-

res de Alejandro, y acaso despues, el uso del alfabeto chipriota en las monedas, en las inscripciones funerarias y votivas, en los contratos, cual si tuviera para aquellos insulares cierto carácter venerable y sagrado, acaso unido á preceptos religiosos hoy desconocidos; siendo esta persistencia en el uso de medios de expresion imperfectos teniéndolos mejores, un fenómeno hasta el dia casi único en la historia de la civilizacion griega.

En las artes plásticas conservaron la misma fidelidad á la tradicion y á la rutina. Aquella gran aspiracion de estudios, de esfuerzos y de genio que hácia la mitad del siglo V ántes de Jesucristo llevó á su perfeccion la arquitectura, la escultura y la pintura griega, no se sintió en Chipre sino muy débilmente y muy tarde. Hay que venir al siglo IV para encontrar en la numismática chipriota la influencia del estilo libre y noblemente emancipado de envejecidas prácticas, que imperaba hacia ya mucho tiempo en los territorios que pueden llamarse puramente griegos. De las estatuas allí encontradas, las que pueden considerarse como representaciones iconográficas, no llevan inscripcion alguna en sus basas, por lo que es muy difícil asignarles una fecha determinada, y de aquí que todos los arqueólogos que han estudiado aquella serie de monumentos, estén acordes en creer que muchas de ellas, á pesar de su posicion tradicional y de su factura especial, son posteriores á la época en que ya los templos de la Grecia estaban llenos de obras maestras de Fidias ó Praxiteles ó del cincel firme y seguro de Lysippo, que sin sacrificar la nobleza de la actitud y el tipo, sabia definir al individuo por los trazos especiales que le distinguian de todos los hombres del mismo pais y del mismo siglo. A veces por el aire de la cabeza, por el arreglo del tocado, por otros indicios análogos se cree adivinar en algunas de estas estatuas obras que no son muy anteriores á la reduccion de la Isla á provincia romana, y aún que algunas traspasan este limite; notándose áun en aquellas que parecen ménos antiguas cierto sello característico de las antiguas esculturas chipriotas, que revelan la tenacidad de aquel pueblo en conservar sus remotas prácticas á despecho del tiempo y de los ejemplos de otros pueblos más adelantados en el cultivo del arte. Sin embargo, á partir de la conquista de Alejandro y el triunfo definitivo del helenismo, la escuela chipriota no pudo sustraer-

se á la influencia artística que le venia del exterior, pero siempre con más de un siglo de retraso.

Los monumentos tan á deshora y por ventura encontradós en Chipre, demuestran que en aquel mundo griego tan movible, tan activo, donde se sucedian con tanta rapidez las constituciones y los imperios, las formas literarias y las escuelas artísticas, la Isla encantada, de los voluptuosos y sensuales amores, formaba una verdadera excepcion. Vista de léjos y en conjunto, parece escapar durante muchos siglos, tanto como sus hijos pudieron, á la ley del cambio ó de la trasformacion. Aunque la raza y la lengua griegas predominen, conserva una fisonomía especial, con su estado social sólidamente estable, su sabia agricultura, su industria muy activa y muy adelantada, su alfabeto incómodo y atrasado, su indiferencia para las letras y las ciencias, su arte sin movimiento y sin ideal, pudiendo decirse, hasta donde las comparaciones pueden ser exactas, que el Chipre de la antigüedad fué la China de la Grecia.

Hay, sin embargo, una diferencia que caracteriza más aquella especial civilizacion. Chipre, la China griega, era una isla colocada entre el Egipto, la Siria, el Asia Menor y la Grecia propiamente dicha; era una China abierta, que jamas dejó de estar en estrechas relaciones con sus vecinos, y de llamarles á sus costas y á sus puertos hospitalarios. A causa de su situacion topográfica, los que la habitaban servian de intermediarios entre el Oriente y la Grecia, trasmitiendo los gérmenes que debian producir en el suelo de Grecia más brillantes flores y más bellos frutos que en su tierra natal, y que en aquel punto provisional de parada, donde habian logrado con tanta facilidad aclimatarse. Chipre es una de las comarcas donde los griegos se encontraron mejor colocados para recibir de los fenicios el caudal de procedimientos técnicos en artes é industrias, que forma lo que con razon se llama *el alfabeto del arte*. No era sola aquella isla donde tenian ocasion de sentir las mismas influencias; pero en ninguna parte como en ella pudieron recoger más modelos ni podian estudiarlos más fácilmente. Que aprovechase ménos á los griegos de Chipre, nada tiene de extraño: tenian demasiada sangre oriental en sus venas, ejerciase la accion del elemento fenicio sobre ellos muy de cerca, y muy de antiguo y muy constantemente, para que pudieran ni sospechar siquiera la origi-

nalidad y la perfeccion á que llegaron sus hermanos en otros países, donde la tradicion apénas existia y donde eran únicos y soberanos señores.

## VI

Cuanto llevamos dicho nos facilita el estudio de los curiosos é importantes objetos que allí adquirimos, así de escultura como de cerámica.

En el interior, y al exterior de las ruinas del templo ya mencionado, las excavaciones pusieron de manifiesto el gran número de estatuas de diversos tamaños, relieves, aras votivas, vasos, lámparas y trozos de ornamentacion arquitectónica, labrado todo ello en la misma piedra caliza del país, que formaban el riquísimo Museo de Cesnola y que tuvimos la fortuna de ver y admirar. Nada se encontró allí de mármol, ni de barro, ni de vidrio, ni de metal. Todos los objetos que en el Museo Cesnola se encontraban de estas materias, eran procedentes de las cámaras sepulcrales de Larnaca, la principal poblacion, como es sabido, de la costa, y de la cual se halla á pocas horas el lugar de Golgos, donde las excavaciones y el hallazgo tuvieron lugar.

Tambien se encontraron cámaras sepulcrales en los alrededores del templo, y en ellas algunas estatuas, cipos y relieves, áun cuando ya de la época romana.

Es circunstancia ante la cual no debemos pasar inadvertidos, la de que las estatuas, por punto general, sólo tienen labrada la parte anterior, indicando haber estado hechas para adosarse á un muro; lo cual, unido á la serie de pedestales juntos, á manera de zócalo corrido interior del templo, confirma nuestra creencia de que sirvió para colocar las estatuas, que por esta razon sólo presentaban concluido su frente, todo lo cual acontece de la misma manera en las del Cerro de los Santos, segun dejamos ya consignado en nuestro extenso trabajo sobre aquellas antigüedades, presentado á la Real Academia de la Historia.

Algunas de las esculturas chipriotas hay, que sólo tienen concluido un costado, como si estuvieran destinadas á verse sólo de esta manera y no de frente.

En la mayor parte de las estatuas alli descubiertas, y que tuvimos la fortuna de estudiar, excepcion hecha de aquellas en que ya se nota la influencia griega y de la época romana, se encuentra la misma inamovilidad egipcia que tanto caracteriza á las españolas de Montealegre. Como éstas, aparecen igualmente rigidas, graves, sin expresion, con las piernas unidas ó separadas por muy poca distancia, con los brazos pegados al cuerpo ó doblados sobre el pecho ó el vientre, para llevar diversos simbolos, vasos, cistas, palomas, cabezas de toro ó de vaca, de la misma manera, excepcion hecha de estos últimos simbolos, que hemos visto en las estatuas de Montealegre. Los caractéres artisticos egipcios son tambien los que en las estatuas de Chipre predominan; pero mezclados con los asirios de tal modo, que se ve claramente en ellos la completa compenetracion de ambos artes y de ambas culturas. Estatuas hay adornadas con collares marcadamente egipcios, siendo tambien de este mismo origen el chal que les cubre las caderas, y una especie de delantal interior, adornado con el uroeus, miéntras la barba, artisticamente dispuesta en menudos rizos, lo mismo que los que se ven sobre la frente, y el casco que cubre la cabeza, son enteramente asirios. Elocuente ejemplo de esto nos ofrecen los principales fragmentos esculturales de una estatua dibujada en la primera lámina que acompaña á este estudio.—Con los trajes ceñidos á las caderas, formados más bien con chales que con túnicas, alternan las de esta clase, largas hasta los piés y de tradicion asiria, que ya calificó el conde de Cailús como propias de Chipre (1); los gorros y cascos de generacion asiria con los de origen egipcio, siendo notable entre aquellos cascos el que ciñe una cabeza de guerrero que figuró en la Exposicion restrospectiva del año 1868 en Paris, cuyo casco cónico lleva ademas yugulares ó carrilleras para proteger el cuello y el rostro; casco que se relaciona sin género de duda con alguno de los que se hallan en las esculturas de Montealegre.

Es circunstancia que debe tenerse en cuenta, que, asi como señalan las abundantes esculturas de Chipre las distintas influencias artisticas que en ellas se notan, asi tambien en los adelantos del arte mismo se encuentran marcadas diferencias, debidas, ya al atraso de la época en que la es-

(1) *Recueill d'antiquité*, t. VI.

cultura se labró, ya al mayor ó menor mérito del artista ó del artifice.

Hay ciertas figuras de barro cocido, toscas en extremo, que parecen referirse á un periodo muy primitivo de la historia del arte, y que han sido objeto de un curioso articulo publicado en el *Museo Arqueológico*, que ve la luz en Paris (t. I, año de 1875), por M. J. Geslin, en las cuales, sin embargo, no nos atrevemos á decir si puede verse la infancia del arte, cronológicamente hablando, ó el estado de atraso en que se encontrase el artista. Hoy mismo, como en todas las épocas, viven á la vez el inspirado escultor y el indocto figurero, que labra en barro sus esbozos esculturales para venderlos á bajisimo precio entre gentes ignorantes, empleando para hacerlos procedimientos técnicos enteramente iguales á los que supone con gran acierto M. Geslin se emplearon gradualmente en las *terras cottas* que copia en su artículo, alguna de las cuales tiene hecha la informe indicacion de los cabellos rizados, de muy análoga manera á la que se encuentra en algunas de las cabezas descubiertas en Montealegre.

Entre estas figuras, ó muy primitivas ó debidas á ménos que mediano artifice, son muy notables las dos que se ven en la lámina segunda representando la primera una mujer sentada, con un niño en los brazos, y la segunda un hombre de pié, con larga túnica, el brazo izquierdo cayendo á lo largo del cuerpo, y el derecho sostenido en un pliegue sobre el pecho, del mismo modo que se observa en figuras romanas, con túnica y manto. Esta chipriota que nos ocupa, parece que lleva interiormente otra segunda túnica. En la cabeza tiene una caperuza cónica, con caidas á la espalda, de construccion análoga á la que cubre la cabeza del niño que tiene en la falda la otra figura femenil sentada, cuya cabeza parece cubrirse con una toca. La factura de estas dos estatuitas, principalmente de la última á que acabamos de referirnos, no puede ser más rudimentaria, pues áun prescindiendo de las injurias del tiempo, claramente se ve en ellas que se encuentra la piedra apénas desbastada, y sin que el que la labró se atreviera á concluir más tan tosquísimos esbozos, pues sobre estas superficies apénas esculpidas, se encuentran restos de pintura, como en otras varias de las descubiertas en Chipre. No creemos aventurar demasiado en suponer que el grupo de la mujer y el niño representan, de la manera más tosca que ha podido idearse, á Isis y Horus, habiendo puesto el que la labró

gorro cónico al último, en sustitucion del pschent que le caracteriza. La mucha rudeza del artífice y la adulteracion natural de las creencias en un país que fué dominado por tan diversas gentes, debieron dar origen á que se apartase al labrar este simulacro de la tradicional y característica manera egipcia, al representar á Isis y Horus, conservando sólo el pensamiento generador de la composicion, la mujer con el niño, cuando esculpió esta ruda imágen, bien como ex-voto, bien para venderla á los más rudos habitantes del interior de la Isla.

Ex-voto creemos tambien la otra figura que de tamaño natural está igualmente reproducida en la lámina, y que ya hemos descrito, figura, que, á pesar de su rudeza, revela más adelantado artífice que la anterior, y en cuyo rostro, cubierto con el gorro de tradicion asiria, se ve con sus trazos propios claramente acusados el tipo chipriota, aquel tipo más asiático que africano, de ojos grandes, abiertos, segun la gráfica frase de un observador, en forma de almendra, pero más levantada siempre la comisura exterior que la interior; de nariz recta, derecha, algo redondeada por la punta; de boca pequeña y labios carnosos; de barba saliente; tipo que, á pesar del trascurso de los siglos y de las diversas modificaciones por que ha pasado la Isla, se conserva todavía entre los naturales del país, y se trasparenta en las mejores esculturas descubiertas en aquel territorio, aunque pertenezcan á la buena época de la influencia griega.

El pié que en la misma lámina se halla, de igual procedencia y en la misma clase de piedra esculpido, revela en la perfeccion de su modelado esta última influencia, siendo ademas notable ejemplar para la indumentaria antigua por la forma de la sandalia, de indudable tradicion asiria. Es extraño que el artista, al modelar la planta y parte lateral de este pié, borrase la correa que bajaba á sujetar la suela de la sandalia. Acaso copiándolo del original hecho por el maestro, inexperto oficial corrió el instrumento con que esculpía la dócil piedra, borrando la correa trazada de antemano.

La cabeza que en la primera lámina se halla, propia de una estatua, que debió ser colosal, revela tambien mejor artista que el de las dos figuras anteriores, áun cuando todavía no del período de adelanto enteramente griego, al que corresponde el pié de que acabamos de ocuparnos. El

tipo es marcadamente chipriota, pero el tocado egipcio, aunque alterado por la moda en la parte superior, como si en ella la toca se ensanchase, siendo el único ejemplar de esta clase que hemos visto entre las esculturas descubiertas en aquella isla; pero lo más notable es el torso y la otra cabeza que en la misma lámina reproducimos, y que, aunque faltando el cuello, creemos pudieron pertenecer á una misma estatua. El torso lleva collares simbólicos como los que se encuentran en cubiertas de momias egipcias. La cabeza tiene el tocado y barba rizados á la manera asiria ó persa, notándose la particularidad de que el torso tiene la mano sobre la parte inferior del pecho, cerrada como para sostener la copa ó cista, de la misma manera que se ve en muchas figuras de nuestro *Cerro de los Santos*. Es tambien importante este fragmento para la indumentaria de aquella época y aquel pueblo, por la ceñida túnica que viste y el cinturon que la sujeta más abajo de la cintura.

No ménos curiosa es la figura del perro, á medio desbastar, en cuyo procedimiento técnico se ve análoga manera de practicarlo que el usado por los egipcios.

Curiosa en extremo es la coleccion de cabecitas que de igual procedencia trajimos á nuestro Museo, y que reproducimos en las otras láminas, casi de su natural tamaño. Llevan tocados diferentes, en los que se ve, ya el cónico gorro, ya otro bastante original, pues parece un birrete (lámina III, núm. 2: con este mismo tocado vimos una figura con túnica corta y llevando en la mano una especie de copa, perteneciente á la coleccion Cesnola); ya coronas de hojas, ya adornos á manera de cofias con lazos, ya el cabello cayendo á mechoncitos, ó mejor rizos sobre la frente, ó en bucles á los lados, revelándonos todo ello en aquellos remotos tiempos, la constante versatilidad de la moda.

Analogía se encuentra, como no puede ménos de suceder, entre alguno de estos tocados y los que llevan muchas de las figuras de la repetidamente citada coleccion Cesnola; pero todas ellas, segun pueden ver nuestros ilustrados lectores en las láminas que fielmente las copian, pertenecen, ya á los tiempos en que la influencia helénica predomina en el arte chipriota, de tal modo, que algunas bien pueden pertenecer cronológicamente á la época de la dominacion romana. Otras cabezas, que tambien se ha-

llan en aquella coleccion, presentan caractéres de mayor antigüedad, y barbas y tocados decididamente de tradicion asiria, habiéndolas tambien de carácter marcadamente romano.

La mayor parte de las que tuvimos la fortuna de traer para nuestro Museo, presentan la particularidad de no estar concluidas, pareciendo bocetos ó esculturas sin terminar. En el procedimiento técnico tienen una especial manera de hacer los ojos, los cuales aparecen formando un plano en relieve sobre la superficie del rostro, indicándonos que el artista los dejaba de tal modo al ir rebajando la superficie de la piedra para modelar la cara, y que despues iria afinando y esculpiendo los párpados y el interior del globo del ojo, al tiempo que fuese tambien repasando todo el resto de la cabeza. La misma particularidad se halla en figuras de Montealegre.

Pero ¿cuál pudo ser la causa de hallarse tantas de la misma manera bosquejadas y no concluidas? En nuestro juicio, estas cabecitas formaban parte de otras tantas figuras, que serian ex-votos, como lo es la que ya hemos citado de la coleccion Cesnola, que lleva un birrete igual á la que copiamos con el número 2 en la lámina III, ó bien figuras de adorno como las que se encuentran en Grecia y Roma, principalmente de barro cocido; y los artistas dedicados á esta escultural industria, las prepararian de tal manera para irlas repasando y concluyendo segun lo exigiese la demanda que de las mismas se hiciera, y hasta el precio en que se concluyera el ajuste.

Ejemplo de esto mismo nos ofrecen en el dia talleres análogos, sobre todo en Italia.

Pero si en objetos de escultura tan importantes resultados se han obtenido de las excavaciones llevadas á cabo en Chipre, no ménos importantes los ofrecen sus obras de cerámica, sin embargo de que los alfareros chipriotas jamas fabricaron ni pintaron esos hermosos vasos, admirables bajo la doble relacion de la industria y del arte, que tanto enaltecen la cerámica griega. Y lo que es más; ni sus opulentos príncipes ni sus magnates pensaron en emplear sus riquezas en adquirir aquellas notables obras de cerámica, que salian de los talleres de Corinto y de Aténas, como hacian en Italia con los etruscos de Vulci y Nola, los comerciantes y los tiranos del Bósforo Cimeriano. Entre los centenares de vasos que se han re-

cogido en las necrópolis de la Isla, apénas hay uno ó dos que tengan figuras negras con inscripciones griegas, y éstos han sido sin disputa importados ó producto de estériles é infructuosos ensayos; y de los de la gran época de la cerámica helánica, de figuras rojizas sobre fondo negro, ni uno solo ha aparecido. No es ni presumible siquiera, que si tan artística industria hubiera existido en la Isla, se hubieran borrado por completo sus huellas, por lo que es más verosímil, que los alfareros chipriotas, sin preocuparse por los adelantos de su industria en otros paises, reprodujeran siglos y siglos, con una fecundidad estacionaria, las formas extrañas y caprichosas, los dibujos, á la vez complicados y elementales, á que estaban acostumbrados sus constantes consumidores. Muy tarde ya, y solamente hacia la época ptolemáica y romana, es cuando los vasos de vidrio reemplazan en los sepulcros chipriotas aquellos productos de la cerámica indígena, sin que por esto pueda inferirse que se hubiera suspendido su fabricacion ni modificado sus procedimientos.

La misma falta de progreso, el mismo apego á la tradicion y á la rutina que hemos notado en el arte, encuéntrase en los vasos; que es condicion ineludible y ley histórica, la de que si el arte se muestra estacionario, la industria languidezca, pues los productos de ésta reciben la influencia del primero, de tal modo, que cuando la rodea una atmósfera artística, no hay oficio que no aspire á convertirse en arte, así como cuando el medio en que se desenvuelve la actividad productora carece del creador y progresivo sentimiento de la belleza, no hay arte que no descienda de su elevada altura, cayendo en las rutinas del mercenario oficio.

La cerámica chipriota, conserva constantemente la tradicion fenicia, y ofrece grande analogía con las antiguas de Mycenas y Troya; aire de familia, que se encuentra en los escasos adornos que contiene, y que se elevan á la más remota antigüedad. Círculos concéntricos, discos ó redondelas, líneas onduladas, rombos en ajedrezado, bandas perpendiculares y ángulos, solos ó contrapuestos, son los elementos decorativos de estos vasos, en cuyo empleo, si bien se encuentra monotonía, obsérvase tambien el deseo de producir efecto con las combinaciones que forman las líneas, cruzándose é interrumpiéndose. Algun arqueólogo, como el erudito Frœhner, cree que en estos adornos guardábase inalterable respeto á

prácticas consagradas, no viendo en ellos el efecto del capricho hijo de la fantasía, sino la aplicacion de una regla invariable; siendo tales ornatos, más simples ó más complicados, como una herencia de casi todos los pueblos primitivos. Nosotros respetando el parecer de tan erudito escritor, no estamos, sin embargo, de acuerdo con su juicio, creyendo más bien, que dadas análogas condiciones, todos los hombres en las primeras manifestaciones de su aptitud artística se valen de unos mismos medios, porque son los más elementales, y los que acuden por lo mismo ántes que ningunos otros, á la fantasía del que pretende realzar un objeto cualquiera por medio de ornatos. Colocados á grandes distancias unos de otros pueblos, sin relacion alguna entre sí, ni noticia acaso de su existencia, emplean análogos adornos, porque no pueden emplear otros, hasta que la mayor ó menor aptitud de las razas ó de los individuos, el medio en que viven, los séres que les rodean, van desarrollando sus facultades imaginativas, y dando orígen á las más sublimes creaciones artísticas en los unos, miéntras los otros por causas precisamente contrarias permanecen en un estacionario atraso. Líneas rectas, onduladas y circunferencias, son los grandes elementos de toda combinacion decorativa, ántes de que se sospeche siquiera que pueden imitarse por medio de ellas los objetos que rodean al artista en embrion, hasta que como sucede tambien en algunos vasos chipriotas, el artista trate de elevarse á más altas esferas; y entónces, plantas, aves, reptiles y cuadrúpedos, le prestan nuevos asuntos para enriquecer sus obras. Así vemos en los chipriotas, sustituir á las combinaciones de líneas y figuras geométricas, flores de loto, árboles, serpientes, pájaros, siendo su asunto más favorito la rosácea sagrada, enmedio de dos cigüeñas, adornos en los que ya se ve influencia y simbolismo religioso, lo mismo que en los ojos pintados en el cuello ó embocadura de los vasos, y en ciertas cruces pequeñas, de brazos, con las extremidades en voluta, que se encuentran en algunos. Despues de subir de la línea al símbolo, imitando para ello objetos de la naturaleza vegetal ó animal, el artista daba un nuevo y atrevido paso queriendo reproducir *á priori*, y sin previos estudios, la figura humana, que traza con el mismo candor infantil que hace sus primeros esbozos un niño. Y no se contenta con una figura sola en esta ó en la otra actitud. Desde luégo se lanza á trazar cua-

dros que encierran un pensamiento completo, ya sea una procesion de sacerdotisas, ya una lucha de toros, ya un carro tirado por caballos á galope, rodeado de figuras, en las que acaso quiso representar divinidades, repitiendo los asuntos ó variándolos y contraponiéndolos en una y otra parte del vaso. Escasos son los colores que en todo esto emplea, pues no pasan de una especie de sepia oscura, y un ocre rojizo, uno y otro en diversa gradacion, hasta poner el primero casi negro, y el segundo casi incoloro. Indudablemente, en estos primeros intentos del arte que hallamos en los vasos chipriotas, encuéntrase el gérmen de aquellos hermosos productos de la cerámica griega, convertidos por alfareros y pintores en verdaderas obras de arte; pero como dijimos hace poco, los estacionarios habitantes de aquella isla no pasaron de aquí, como no pasaron en la escultura, ni en ninguna otra manifestacion del verdadero arte. A lo más que se atreven es á realizar los últimos intentos que hemos apuntado; pero ni la emulacion de ver los adelantos de sus vecinos, los griegos, los enardece, ni siquiera la intuitiva emulacion les mueve, cuando mezclan con ellos su sangre. Y lo que es más extraño: los mismos griegos en cuanto se establecen en la Isla, quedan estacionarios, y parecen haber perdido sus facultades creadoras, como si el ambiente voluptuoso que allí se respira enervase las facultades del ingenio.

Y así debia suceder. El hombre que vive únicamente la vida perezosa de los sentidos y que sólo tiene pensamiento para procurarse toda clase de placeres sensuales, queda esclavo de la materia y vive como las plantas y los animales que le rodean, sin levantar la vista á las altas esferas de la contemplacion religiosa, ni al cielo del arte, que es una de sus más elevadas y sublimes manifestaciones. Produce objetos en los que procura imitar séres reales, para satisfacer necesidades de la vida ó del culto, puramente sensual tambien, que ocupa en su alma entumecida el lugar de la verdadera aspiracion religiosa; pero falta á sus obras el sello del genio, que no es otra cosa sino el resultado de la abstraccion del espíritu en busca de la perfecta belleza; falta ese *algo* inexplicable, con razon llamado *quid divinum*, porque sólo de la Divinidad emana, cuando la humana inteligencia, levantándose sobre el cuerpo perecedero y variable, busca el tipo de la belleza imperecedera y permanente. Si el hombre viviera

sólo para cumplir el pobre destino de conservar la especie y gozar de la vida del cuerpo, no pasaría nunca en sus obras de un tipo primitivo, como jamas variaron el castor, la abeja ni la hormiga en la construccion de sus moradas, verdaderamente maravillosas en el sentido de su construccion, pero siempre inalterables y sin el menor indicio ni el más ligero intento de variacion ó de adelanto. Los primeros de dichos séres, en la historia del mundo, las hicieron, como las harán los últimos, el dia en que plegue á su inmenso Hacedor destruirlo ó modificarlo. El hombre, en tanto, avanza, estudia, crea y parece agitarse eternamente por realizar la fábula de los titanes. Hijo de Dios, aspira á serlo, y si no lo consigue en toda la extension de la palabra, cuando digno de su origen se levanta sobre su cuerpo humano y vive en las regiones de lo infinito, alcanza una de las más altas cualidades del Sér Omnipotente; y creador como Él, crea la Ciencia y crea el Arte, penetrando con la fuerza del pensamiento y de la imaginacion donde sólo es dado penetrar, de cuantos séres pueblan el universo, al hombre, hecho por Dios á su imágen y semejanza.

El exámen de todos los vasos chipriotas encontrados hasta el dia, justifican lo mismo que las esculturas el estado estacionario en que por las razones indicadas vivió el arte en la Isla (1); y la noticia detallada de

(1) Para comprobacion de nuestro aserto en lo que se refiere á los vasos, y como importante noticia para el conocimiento de la cerámica chipriota, presentamos en esta nota á nuestros lectores la noticia de los vasos chipriotas de que dió cuenta en su memoria tambien citada, el comisario rúso, que trató en vano de adquirir para el Museo del *Ermitage* la rica coleccion Cesnola, y de las que se encontraban en París en la de M. Alberto B*** publicados por Frœhner.

Al dar cuenta el primero de los objetos que componían la célebre coleccion del afortunado cónsul anglo-americano, dice así *(a)*:

C.—VASOS

1162-2341. Mil ciento y ochenta vasos (cuatro de los mismos, lám. XVI, 1-4); de vario tamaño y forma, en su mayor parte ánforas. Arcilla blanquizca. Sin adorno alguno.

Muchas vasijas de este grupo están copiadas en el *New Monthly Magazine* de Harper, Julio, 1872, págs. 197, 198.

2342-2370. Veintinueve vasos de magnitud y forma variadas. Barniz negro mate; sin ningun adorno.

2371-2405. Treinta y cinco vasos (uno de ellos, lám. XVI, 11) de diferentes tamaños; ordinariamente son frascos con asa. Barniz negro mate. Ornamentacion de rayas afectando figuras geométricas.

2406-2652. Doscientos cuarenta y siete vasos de variada forma y tamaño. Barniz negro mate. Ningun adorno.

2653-2842. Ciento noventa vasos (tres de ellos, lám. XVI, 10, 14, 15) de varia forma y tamaño. Barniz negro mate. Los adornos son rayados de figura geométrica.

2843-3182. Trescientos cuarenta vasos (dos de ellos, lám. XVI, 6, 8) de varia forma y tamaño. Arcilla rojiza. Adornos pintados de color negro, que representan figuras geométricas, circulares en su mayor parte.

(a) Las láminas á que se refiere son las que van unidas á dicha Memoria, y el número primero el de la coleccion.

dichos vasos, que pertenecientes á la coleccion Cesnola y á la de M. Alberto B*** acabamos de dar á nuestros lectores en la nota, ademas de ser del mayor interes para el conocimiento de los caractéres de esta clase

---

3183-3992. Ochocientos y diez vasos (ocho de esta especie, lám. XVI, 5, 7, 9, 12, 13; lám. XVII, 1-3) de diferente tamaño y forma, sobre todo ánforas. Arcilla blanquizca. Adornos de color negro ú oscuro, con figuras de vegetales ó geométricas.

Algunos vasos de este grupo están dibujados en el *New Monthly Magazine* de Harper, Julio, 1872. Págs. 192, 198.

3993. Vaso con dos asas (lám. XVII, 4). Arcilla blanquizca. Sobre el vientre del vaso á cada lado un pez de color negro mirando á la derecha.

3994-3995. Dos vasos. Arcilla blanquizca. Representacion parecida á la del número 3993.

3996. Vaso (lám. XVII, 12, 13) guarnecido arriba con dos dobles asas y abajo con tres piés. Arcilla blanquizca con figuras negras. A cada lado un pájaro volando á la derecha. Debajo del arranque de la doble asa, máscara humana entre adornos de plantas.

3997. Vaso con dos asas (lám. XVII, 7). Arcilla blanquizca con figuras negras. A cada lado un pájaro mirando á la derecha, rodeado de adornos geométricos.

3998-4017. Veinte vasos (tres de ellos, lám. XVII, 5, 6, 10) de varios tamaños y forma, casi exclusivamente de aguamanil. Arcilla blanquizca; figuras negras sobre fondo no barnizado. Sobre la panza, ave, ya posando ya volando hacia la derecha.

4018-4021. Cuatro vasos (dos de ellos, lám. XVII, 11, 14) en forma de aguamanil y de varios tamaños. Arcilla blanquizca sin barniz. Figuras negras. En el vientre, caballo parado ó corriendo hácia la derecha.

4022. Ánfora (lám. XVII, 8, 9) alta de unos seis decímetros. Arcilla blanquizca con figuras negras. A cada lado del vientre (entre asa y asa), á mano izquierda, una carroza tirada por dos caballos, parados y con direccion á la mano derecha. Sobre la carroza, de dos ruedas, hay dos personas, una tras de otra, vestidas, de las cuales la de adelante empuña las riendas. Delante del tiro de caballos, dos hombres desnudos, que están en pié y se miran uno á otro. Tienen algo levantadas las manos. Debajo de cada asa del vaso un ave á la derecha.

4023. Pequeña alcuza. El fondo rojizo está veteado con líneas enrejadas ó entretejidas de color negro.

4024-4031. Ocho pequeñas tazas con dos asas. Barniz negro brillante.

4032. Pequeña taza con dos asas y un pié. Figuras negras sobre fondo rojizo con contornos rayados. A cada lado una persona vestida, sentada, mirando á la derecha, orlada de pámpanos.

4033. Pequeña taza con un pié y dos asas. Figuras negras sobre fondo rojizo con rayados contornos. A cada lado cuatro figuras vestidas, contiguas unas á otras en ademan de descanso. Están adornadas con sarmientos y pámpanos.

4034. Vasija (lám. XVI, 18) en figura de pez. Sobre el dorso una asa. Arcilla blanquizca.

4035-4040. Seis vasos (dos de ellos, lám. XVI, 19, 22) con figura de ave. Asa sobre el dorso. Arcilla blanquizca.

Harper en su *New Monthly Magazine*, Julio, 1872, ha dibujado los ejemplares marcados con el número 4038 y 4039.

4041-4045. Cinco vasos (uno de ellos, lám. XVI, 25) con un asa. En el vientre una cabecita saliente de toro. Arcilla blanquizca.

El diseño de los números 4041 y 4042 está en el *New Monthly Magazine* de Harper, Julio, 1872, pág. 198.

4046-4059. Catorce vasos (tres de ellos, lám. XVI, 16, 17, 20) con figura de un cuadrúpedo indesignable. Asa en el dorso. Arcilla blanquizca.

Tres vasos de este grupo pueden verse en el *New Monthly Magazine* de Harper, Julio, 1872. Pág. 198.

4060. Anfora (lám. XVI, 24). Arcilla blanquizca. En el cuello un mascaron de relieve y pintado de color negro.

4061. Vaso con asa (lám. XVI, 23). El cuello tiene la forma de mujer con rizos colgantes. En el vientre del vaso dos caños (*a*); debajo zonas con líneas de color negro. Arcilla blanquizca.

4062. Vaso con asa (lám. XVI, 21). Su forma es la de una tosca figura de mujer con los brazos plegados sobre el vientre. A la altura del pecho un caño. Arcilla blanquizca.

4062. Vaso con asa (lám. XVI, 26) con la figura de un busto de mujer. Barniz rojizo mate.

Todo estos vasos se han hallado en Dali, Alhambra y Karavostasi.

---

(*a*) Arrancan del pecho, como si quisieran semejar los pechos de la mujer (*Nota del traductor*).

de cerámica, hasta que nosotros trajimos los vasos objeto de este estudio, completamente desconocida en España, sirve para comprender las observaciones que su estudio sugiere acerca del origen y época de estos vasos,

---

## D.—LÁMPARAS

4064-4778. Setecientas y quince lámparas de un solo mechero, en parte sin asa. En la plataforma superior se hallan ornamentos de relieve tomados de figuras geométricas y de plantas ó vegetales. Una porcion considerable de estas lámparas debe adjudicarse al arte fenicio, atendida su decoracion y la sencillez de sus formas.

4779-5331. Quinientas cincuenta y tres lámparas. La parte superior está enriquecida con varias figuras (*a*) de relieve.

5332-5368. Treinta y siete lámparas en cuya parte inferior están marcadas estampillas de fábrica, griegas y romanas. En el área superior hay de relieve ornamentos ó dibujos figurativos.

Parajes en que se hallaron todas estas lámparas: Dali, Alhambra, Karavostasi y Larnaka.

## COLECCION DE M. ALBERTO B*** PUBLICADA POR FRŒHNER

---

### I. CERÁMICA PRIMITIVA.—VASOS FENICIOS DE ADORNOS GEOMÉTRICOS

1. Copa semiesférica de paredes muy gruesas con cuello y asa elevada; fabricacion egipcia.

Tierra roja.—Altura, 0,095 metros; ancho total, 0,26 metros.

2. Copa semiesférica de paredes gruesas, con un pequeño apéndice perforado. El interior y la bordura del orificio están pintados de negro; en lo exterior, por debajo de esta bordura, se desarrolla una banda de color violáceo.

Tierra amarilla.—Altura, 0,095 m.: diámetro, 0,15 m.

3. Pequeño vaso oval, barnizado de rojo por fuera y de negro en lo interior. Trazos diagonales, contrapuestos, formando lo que los franceses llaman *barba de flecha*, y otros adornos lineales grabados á trazos.

Altura, 0,07 m.; diámetro, 0,08 m.

4. Lecitus piriforme de barniz rojo, con el mismo género de decoracion.

Altura, 0,14 m.

5. Copa adornada con granulaciones de relieve parecidas á las de la fresa ó del madroño, quedando liso únicamente el borde.

Tierra blanca; barniz moreno.—Altura, 0,07 m.; diámetro, 0,078 m.

6. Gran *Prochous* de asa plana, el cuerpo adornado con dos círculos y dos nervios salientes.
Esta clase de cerámica es sumamente rara.

Barniz gris oscuro.—Altura, 0,29 m.

7. Œnochoe de panza cónica.

Tierra gris.—Altura 0,29 m.

8. Licitus de tierra gris adornado con estrías hechas á punzon. En medio de la panza tiene una banda ó zona lisa.

Altura, 0,14 m.

---

(*a*) ¿Humanas? (*Nota del traductor.*)

sobre la cual ha emitido con gran acierto atinados juicios M. Murray, en la obra ya citada de Cesnola, intitulada, *Cyprus: its ancient cities, tombs, and temples*.

---

9. Objeto de barro cocido *(terra cotta)*, simulando un *guttus*, de paredes gruesas, compuesta por un lado de una testa de un toro, y por otro de la parte anterior de un pájaro. La cabeza de toro tiene los labios entreabiertos; el cuello del pájaro forma el del vaso. Debajo tiene una pequeña basa en forma de embudo.

El toro figura en las monedas de Chipre y en el famoso vaso de Amathonta. Entre los griegos, Βοῦς Κύπριος, había llegado á ser una locucion proverbial.

Tierra rojiza de color de ladrillo: pintura negra y rojo oscuro: labor grabada á trazos.—Altura, 0,21 m.: longitud, 0,25 m.

10. Toro cuyo cuerpo está deprimido tendiendo á formar un cuadrilátero. Vaso de estilo primitivo con cuello estrecho que se une al asa. Adornos lineales.

Tierra blanca; pintura negra, 0,14 m.: longitud, 0,19 m.

11. Toro gris con rayas blancas; *guttus* adornado con un asa y un anillo. El asa está colocada en la espalda; el anillo cubre la frente del toro.

Tierra gris: pintura blanca.—Altura 0,155 m.: longitud, 0,20 m.

12. Toro rojo con rayas blancas; *guttus* con un asa plana.

Tierra rojiza aladrillada: pintura blanca.—Altura, 0,15 m.: longitud, 0,21 m.

13. Toro de color oscuro con rayas blancas; vaso de estilo primitivo con una asa plana y alta.

Tierra oscura; pintura blanca.—Altura, 0,135 m.: longitud, 0,20 m.

14. Rhyton en forma de cuerno de toro, con un asa. Adornos geométricos.

Tierra blanca; Pintura negra.—Altura, 0,20 m.

15 Rhyton en forma de cuerno de toro, adornado con dentellones y líneas onduladas.

Tierra blanca; pintura roja.—Longitud, 0,14 m.

16. Otro, con un busto de cuadrúpedo saliente, un anillo sirviendo de asa, y un pico en forma de pico de pájaro. Adornos geométricos al trazo.

Tierra blanca; barniz rojo.—Altura, 0,12 m.

17. Otro, terminado por un lado por un *protomo* de cuadrúpedo, y por el otro por un gollete saliente. Adornos lineales; asa alta.

Tierra roja; pintura negra.—Altura, 0,15 m.: longitud, 0,19 m.

18. *Guttus* en forma de barrilete, con un asa y adornado con un busto ó protomo de cabra. Los pelos y otros detalles grabados al trazo. Un gollete horizontal en el pecho.

Tierra amarilla coloreada de rojo.—Altura, 0,15 m.: longitud, 0,17 m.

19. *Guttus* en forma de paloma, cuyo pico sirve para beber.

El asa y un segundo cuello, saliente, cubre la espalda del ave; está rota. Tierra roja con baño blanco.—Longitud, 0.23 m.

20. *Guttus* en forma de cuerpo de pájaro. Cuello con embocadura trilobada y un pequeño apéndice en las dos extremidades del vaso; en medio un asa. El cuello está adornado con cinco y la panza con nueve anillas. Adornos geométricos.

Tierra blanca; pintura negra.—Longitud, 0,19 m.

Entre los varios vasos hallados en Chipre por aquel afortunado explorador, que ofrecen una fisonomía enteramente nueva en la historia del arte cerámico antiguo, llama con justicia preferentemente la atencion de

---

21. Vaso de panza rectangular. El cuello, que termina en pico de pájaro, está adornado con un pequeño pájaro. Losanges y triángulos.

Tierra roja aladrillada; pintura roja fuerte.—Altura, 0,175 m.

22. *Guttus* en forma de salmon sostenido por tres pequeños piés y surmontado por un cuello recto, que sirve de punto de apoyo al asa. Las agallas están grabadas á la punta.

Tierra blanca.—Altura, 0,13 m.; longitud, 0,21 m.

23. Vaso á manera de calabaza, surmontado de un cuello y de un busto humano con el brazo derecho. El busto, de estilo primitivo, tiene el cuello desmesuradamente largo, y el brazo muy corto; los ojos y la boca grabados á la punta. Estrías y líneas en relieve. La panza tiene dos aritos y un asa pequeña.

Tierra blanca; trazos de ptura negra.—Altura, 0,15 m.

24. *Guttus* en forma de anillo sobre tres piés. El asa es alta, el cuello recto, y termina en pico de pájaro; toda la superficie del vaso está cubierta de anillitas, contándose diez y nueve sobre el anillo ó parte principal del vaso, ocho en el cuello y tres en el asa. Dentellones y losanges ajedrezados.

Tierra blanca; pintura uegra.—Uno de los piés está perforado; los otros dos son modernos.—Altura, 0,17 m.

25. Vaso en forma de anillo, con ornatos de cuadrados y líneas onduladas. Lleva cuatro anillas, está montado sobre cuatro piés, y tiene un asa alta, y un apéndice en forma de cabeza de pájaro.

Tierra blauca; pintura roja. Altura, 0,09 m.; diámetro, 0,09 m.

26. Vaso formado de tres pequeñas cyphus yuxtapuestos y surmontado por un asa muy elevada. Adornos ajedrezados.

Tierra blanca; pintura roja.—Altura, 0,21 m.

27. Vaso de tres bolas superpuestas, con un asa pequeña y un cuello terminado en pico de pájaro. Diez y seis anillitas. Adornos ajedrezados.

Tierra blauca; pintura negra tirando á rojo.—Altura, 0,21 m.

28. Vaso formado de tres recipientes esféricos, de los cuales los dos primeros sirven de soporte al tercero, y surmontado de un cuello ó gollete que termina en pico de pájaro. Veintitres arillos ó anillas están escalonados en toda la superficie. En el interrior de cada bola se eleva un pequeño tubo por el cual se pasaba un cordon, como si el asa y las anillas no fueran suficientes para sostener sólidamente el vaso. La panza está adornada con estrías en relieve, simulando bandas y colocada sobre cuatro piés.

Tierra blanca; trazos de color negro.—Altura, 0,19 m.

29. Frasco de panza alargada y como dividida en dos compartimientos por medio de dos entalles verticales. Lleva once anillas, fijas las unas en el cuello, las otras en el cuerpo del vaso. Dibujos geométricos de tinta roja.

Tierra blanca.—Altura, 0,15 m.

30. Frasco redondo, con cuatro anillas. Las valvas están adornadas con círculos concéntricos en relieve.

Barniz moreuo.—Altura, 0,12 m.

31. Frasco de panza prolongada con once anillas. Adornos cuadrados á manera de ajedrezado.

Tierra blanca; pintado negro.—Altura, 0,20 m.

Murray la clase representada por los tres vasos de dicha coleccion, que copia en las figuras 1.ª, 2.ª y 3.ª de su monografia, asi como otra de la obra de Cesnola. En este último se ven dos cabras enfrente una de otra,

32. La misma forma. La panza lleva dos entalles perpendiculares, y el cuello termina en un pico de pájaro. Lleva quince anillas distribuidas en los bordes del vaso, en el asa y en el cuello. Adornos de cuadrados.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,20 m.

33. Frasco de panza prolongada con veintitres anillas distribuidas en toda la superficie del vaso. El cuello termina en pico de pájaro. Adornos geométricos.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,20 m.

34. Pequeño vaso globular, con asa, siete anillas y cuello en forma de pico de pájaro. Círculos, cuadrados, y otros dibujos geométricos.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,12 m.

35. Pequeña taza adornada con líneas onduladas, triángulos, losanges, etc. El asa está formada por un doble tallo, con cuatro anillas, y surmontada por una cabeza de toro.

Tierra blanca; pintura negra. Los ojos del bucráneo están grabados al trazo.—Altura, 0,10 m.

36. *Guttus*, con asa, doce anillas, cuello terminado en pico de pájaro, y con tres pequeños apéndices sirviéndole de piés. Triángulos formando cuadros.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,15 m.

37. *Guttus*, cuya panza, rodeada de doce anillas, semeja una copa semiesférica con su cubierta. El cuello con dos anillas, y terminado en pico de pájaro. Asa alta. Adornos de cuadrados.

Tierra blanca; pintura negra. El cuello está roto.—Diámetro, 0,10 m.

38. Lecytus de panza esférica, con quince anillas y colocado sobre tres piés pequeños. El asa va unida á un cuello estrecho que termina en tubo más estrecho. Siete frisos de triángulos formando cuadros rodean el cuerpo del vaso.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,18 m.

39. Vaso piriforme con tres piés y doce anillas. Cuello estrecho terminado en pico de pajaro unido por un asa al cuerpo del vaso con siete anillas. Adorno: círculos concéntricos, losanges, cuadrados, etc.

Tierra blanca; pintura roja.—Altura, 0,20 m.

40. Vaso piriforme con un asa y un doble cuello que termina en dos tubos estrechos. Lleva repartidas en toda la superficie veintiseis anillas; entre los dos cuellos se han hecho dos orificios suplementarios. Adornos geométricos.

Tierra blanca; pintura roja oscura.—Altura, 0,14 m.

41. Plato con dos asas. En el interior, círculos concéntricos; en el reverso, círculos enrejados. El borde está abollonado y pintado de negro.

Tierra blanca; pintura negra y roja. Diámetro, 0,20 m.

42. Vaso de panza esférica, con un asa y un apéndice perforado. Adornos lineales.

Barniz rojo; adornos grabados al trazo.—Altura, 0,21 m.

43. Vaso esférico de dos asas adornado con círculos concéntricos; alrededor del cuello un floron groseramente dibujado.

Tierra blanca; pintura negra y parda.—Altura 0.15 m.

con uno que podemos llamar motivo de adorno entre ambas, del cual halla otra variedad en la figura 3.ª, que sea el que quiera su significado, es el mismo que se encuentra en la célebre patera de Curium (pág. 329 de

44. Vaso esférico, con cuello saliente, un asa y un adorno colocado entre los dos montantes del asa. Adornos lineales.

Tierra blanca: pintura negra tirando á roja.—Altura, 0,13 m.

45. Gran vaso de panza globular estrechándose hácia la base; cuello sesgado; asa plana. Adorno: líneas y cintas onduladas, trazadas perpendicularmente.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,30 m.

46. Grande œnochoe de panza esférica, con un asa plana, adornada con cuatro discos y muchos círculos. Sobre el borde del cuello se ve á cada lado un ojo profiláctico.

Tierra blanca; pintura roja y negra.—Altura, 0,27 m.

47. OEnochoe de panza esférica adornada de círculos que la dan la apariencia de dos escudos superpuestos. El campo está sembrado de discos de todos tamaños, y por debajo del cuello se ve una fila de ruedecillas suspendida de tres cardones.

Tierra roja; pintura negra.—Altura, 0,23.

48. *Prochous* adornado de círculos concéntricos. Por debajo del asa, pintada de negro, se ven dos pequeños cordones atados por un nudo.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,215 m.

49. Anforisca adornada de círculos y de una bordura en forma de N. invertida.

Tierra blanca; pintura bistre.—Altura, 0,13 m.

50. Anforisca de panza esférica adornada con círculos. Sobre cada asa una flor.

Tierra blanca; pintura negra tirando á rojo.—Altura, 0,14 m.

51. Anforisca de panza globular adornada con dos círculos concéntricos.

Pintura negra tirando á rojo.—Altura, 0,115 m.

52. Ánfora adornada de círculos, de losanges y de otros adornos geométricos.

Pintura roja y negra.—Altura, 0,20 m.

53. Ánfora con laboras geométricas. El asa está formada por dos tallos. Encontrada en Karpasso.

Tierra blanca; pintura negra y roja.—Altura, 0,20 m.

54. Ánfora de panza abultada, con pequeñas asas planas. Ruedas y círculos concéntricos de color y de espesor vario.

Tierra rojiza; pintura roja y negra.—Altura, 0,38 m.

55. Ánfora de cuello muy largo adornada con ruedas y círculos concéntricos de color y de espesor vario. Las asas están pintadas de negro.

Tierra blanca; pintura negra y roja.—Altura, 0,55 m.

56. Gran ánfora. La panza adornada con muchos órdenes ó líneas de ruedas y de círculos concéntricos de color y de espesor vario. En el cuello adornos geométricos. Las asas pintadas de negro.

dicha obra), en cuya patera, monumento de la mayor importancia para el estudio comparativo de estos ornatos, se emplea dicho motivo tambien para dividir grupos de figuras colocadas las unas frente de la otras y haciendo

---

En este género de cerámica los vasos de grandes dimensiones son extremadamente raros.

Tierra blanca; pintura negra y roja.—Altura, 0,71 m.

57. Pequeña hidria de tres asas adornada con volutas y círculos concéntricos.

Pintura parda.—Altura, 0,12 m.

58. Hidria de tres asas adornada con círculos concéntricos y con enrejados.

Tierra blanca; pintura roja aladrillada.—Altura, 0,18 m.

59. Lecythus adornado con círculos rojos alternando con círculos negros. El cuello está adornado con una cabeza humana.

Tierra blanca.—Altura, 0,07 m.

60. Lecythus de panza esférica adornado de redondelas superpuestas.

Tierra rojiza; pintura negra y roja.—Altura, 0,11 m.

61. Lecythus de panza esférica adornado de redondelas superpuestas.

Tierra rojiza; pintura negra y roja.—Altura, 0,125 m.

62. Lecythus de embocadura trilobada, adornada con círculos y otros dibujos geométricos.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,125 m.

63. Lecythus de panza esférica. Dibujos lineales: á cada lado del orificio, un ojo.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,16 m.

64. Vaso piriforme de doble cuello, uno de los cuales va unido á un asa pequeña. Adorno de cuadrados.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,12 m.

65. Vaso piriforme de tres piés, el cuello adornado con dos pequeños apéndices, y unido al cuerpo del vaso por un asa pequeña. Adorno de dentellones y enrejados.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,13 m.

66. Pequeña taza plana con un asa, adornada de círculos y otros dibujos geométricos.

Tierra blanca; pintura roja.—Diámetro, 0,11 m.

67. Taza plana con un asa. Círculos y bordura de N invertida.

Tierra roja aladrillada; pintura roja.—Diámetro, 0,125 m.

68. Pequeña taza plana de una sola asa. Volutas y adornos pintados de negro.

Diámetro, 0,12 m.

69. Pequeño vaso en forma de *pyxis*, de larga embocadura y con dos asas rectas.

Tierra blanca; círculos concéntricos pintados de rojo.—Altura, 0,07 m.

el mismo papel que el árbol sagrado en los relieves asirios, árbol con el cual tiene á la verdad tal semejanza, que Helbig, hablando de la patera de Curium *(Annali de l'Inst. Arch.*, 1876, pág. 6), le llama desde lué-

---

70. Pequeño frasco lenticular adornado con círculos concéntricos.

Pintura roja y negra.—Altura, 0,098 m.

71. Frasco lenticular circuido de un reborde que disimula la juntura de las valvas y termina por arriba en dos apéndices perforados. Un asa enlaza el cuello con el cuerpo del vaso. Barniz negro, adornos simulando cordoncillos pintados de blanco.

Altura, 0,22 m.

72. *Prochous* de asa plana, con un saliente más alto que el orificio. Delante de la panza un apéndice en forma de hoja. Adornos lineales, punteados en su mayor parte y dispuestos en bandas verticales que se prolongan hasta el interior del vaso.

Tierra blanca refinada; pintura negra.—Altura, 0,37 m.

73. La misma forma y el mismo género de ornamentacion; sólo falta la hoja delante de la panza.

Altura, 0,20 m.

74. Gran copa con su asa. Los mismos ornatos.

Altura, 0,15 m.; diámetro, 0,22 m.

75. Lecythus de panza abultada. Rosáceas y adornos lineales punteados.

Altura, 0,16 m.

II VASOS PINTADOS FENICIOS

76. Gran plato de dos asas.—*Exterior:* en medio de muchos círculos concéntricos una cruz Losanges, trenzados y otros adornos lineales.—*Interior*: círculos.

Tierra blanca; pintura roja y negra.—Diámetro, 0,20 m.

77. Copa adornada de flores de loto y dibujos lineales.—Encontrada en Karpasso.

Tierra de rojo aladrillado; pintura negra y roja.—Altura, 0,15 m.; diámetro, 0,15 m.

78. Œnochoe piriforme, encontrado en Karpasso, adornado de dibujos geométricos y de una rosácea, cuyas hojas están pintadas alternativamente de negro y rojo perfilado de negro. Asa formada de dos tallos yuxtapuestos: boca trilobada con un ojo en cada lado.

Tierra blanca; pintura roja y negra.—Altura, 0,13 m.

79. Ánfora. La panza está dividida en muchos compartimientos. La zona central representa un ánfora de estilo primitivo, con su pié, y rodeado por cálices de flores; un pájaro picoteando una de estas flores, pende de una de las asas del vaso. A cada lado del cuadro se ve un enrejado, y en el friso ó zona interior un delfin á la izquierda. El mismo asunto se encuentra reproducido en el reverso. Tres filas de dentículos, de hojas de yedra y de crucetas adornan el cuello y la parte superior de la panza. Las asas están adornadas de florones y de triángulos superpuestos.

Tierra blanca; pintura negra y purpúrea —Altura, 0,20 m.

go el árbol sagrado asirio. Sin embargo, debe observarse que en esta patera dicho motivo ornamental se encuentra cinco veces entre grupos evidentemente egipcios por el rostro, el traje y el asunto de la composicion,

---

80. Copa. Dos aves acuáticas con las alas desplegadas, parecidas á las que figuran en el número de los jeroglíficos, están de pié delante de una gran flor simbólica, adornada de una rosácea y rodeada de hojas. En el campo una corona.

En el reverso el mismo grupo con dos coronas en el campo.

Círculos concéntricos encuadran el asunto, y adornan el pié y el interior del vaso.

Tierra blanca; pintura negra y roja.—Altura, 0,15; diámetro, 0,20 m.

81. Œnochoe de embocadura trilobada; sobre la panza una cigüeña en medio de un conjunto de adornos variados. El gollete está adornado con dos ojos, círculos y dentellones. Sobre el asa, pintada de negro, se ven las extremidades de dos cintas.

Tierra blanca; pintura negra y roja.—Altura, 0,20 m.

82. Œnochoe de embocadura trilobada. Cigüeña y algunos adornos en el campo. El cuello está rodeado de círculos concéntricos; un ojo colocado á cada lado del orificio, como un talisman. El asa está adornada de cintas negras.

Tierra blanca; pintura negra.—Altura, 0,18 m.

83. Gran barril con dos umbílicos: en medio de círculos concéntricos y de estrías, una cigüeña con las alas desplegadas, de estilo arcáico. Una rama colocada entre el pico y el cuello del pájaro, sirve para llenar el campo. El cuello en forma de embudo se une al cuerpo del vaso por un asa pintada de negro.

Tierra blanca; pintura roja y negra.—Altura, 0,31 m.

84. Barrilete encontrado en Karpasso. Dos mujeres presentadas de perfil, se dirigen procesionalmente hacia la derecha. Cada una lleva en la mano izquierda una flor de loto, en actitud de olerla. Tienen collares y largas túnicas rojas oscuras, bordadas con franjas negras, y adornadas con discos, estrías, cuadrados y rombos. La mujer que abre la marcha, lleva una corona en la mano derecha. En el campo ¿una corona? y dos adornos á modo de ramas dobles con unos adornos repetidos á todo lo largo semejando hojas semicirculares. Dibujo rudimentario.

En el reverso dos pájaros acuáticos.

El asa está adornada de líneas negras; el cuello rodeado de círculos; los dos umbílicos adornados de rosáceas y surmontados de flores.

Tierra blanca; pintura negra y purpúrea.—Altura, 0,24 m.

85. Gran ánfora de panza esferoidal, estrechándose hacia el pié. *Anverso:* Carro á la izquierda tirado por dos caballos que parecen empenachados con plumas, y montado por dos personajes, de los cuales, el primero lleva las bridas. Delante del carro un grupo de dos figuras afrontadas, vestidas con túnicas largas y separadas por una planta. Una quinta figura igualmente de pié delante de una planta se ve detras del *diphros.*

Estas figuras humanas son del más primitivo estilo. A juzgar por su cabellera, muchas de ellas deben representar mujeres. El pintor no indicó ni brazos ni piernas. Los bustos redondeados y echados hacia atras terminan como si fuesen pilares ó columnas. Los paños están adornados de puntos ó glóbulos (στιγματα), de triángulos y de líneas paralelas.

Las ruedas y la caja del carro son mucho más elegantes que las que se encuentran en una *terra-cotta* de igual procedencia, que lleva en el mismo catálogo de que tomamos estos datos el número 155, lo que prueba que ciertas *terras-cottas* chipriotas se remontan á grandísima antigüedad. En el campo dibujos lineales, y alrededor del pié algunos círculos concéntricos.—*Reverso:* El mismo asunto; pero el centro de la composicion casi borrado. Sin embargo, las dos caras se completan mutuamente. Asas planas adornadas de nervios.

El mismo asunto, con algunas diferencias, siendo la principal la de aparecer desnudas las figuras que se ven

lo que puede dar motivo para creer que sea un elemento ornamental egipcio; sin embargo, la misma patera examinada con detenimiento, ofrece otros elementos asirios bien definidos, por lo que puede afirmarse que los

---

delante del carro, se encuentra en el vaso ya citado de la coleccion de Cesnola, que dejamos anotado en la página 707, número 4022.

Tierra blanca; pintura negra tirando á rojo.—Altura, 0,39 m.; diámetro del orificio, 0,265 m.

86. Vaso pintado de forma primitiva. El centro de la panza está dividido en tres compartimientos yuxtapuestos y separados entre sí por ramas. El cuadro central representa un mascaron ¿de Medusa?; flores simbólicas ocupan los otros compartimientos; y los mismos asuntos se encuentran en el reverso del vaso. En la parte baja, dos cazadores á caballo persiguen jabalíes.—*Reverso*: Bordura de triángulos y losanges; ramos en las asas. El cuello está adornado de discos y crucetas.

Tierra blanca; pintura negra; contornos grabados al trazo. Mala conservacion en la pintura.—Altura, 0,34 m.

III VASOS DE BARNIZ ROJO ADORNADOS CON CÍRCULOS CONCÉNTRICOS

87. Œnochoe encontrado en Citium (Larnaca). En el cuerpo del vaso cuatro discos formados de círculos y de otros dibujos geométricos. El asa se compone de dos tallos.

Altura, 0,24 m.

88. Œnochoe de panza globular; el asa formada de dos tallos yuxtapuestos. Adorno, círculos concéntricos y tres órdenes de redondelas. Dos de estas redondelas están suspendidas de un triple cordon.

Altura, 0,22 m.

89. Œnochoe de panza esférica, adornado de círculos y discos, uno de los cuales está suspendido por tres cordoncitos. Asa formada de dos tallos.

Barniz rojo; pintura negra.—Altura, 0,21 m.

90. Œnochoe de panza esférica adornada de discos y de círculos intersecados. Por debajo del cuello se ve una rueda adornada de una pequeña cruz y suspendida de tres cordones. El asa está formada con un doble tallo.

Barniz rojo; pintura negra.—Altura, 0,21 m.

91. Œnochoe de panza esférica, adornado de círculos, de redondelas, de una cruz con brazos curvos semejante pero no idéntica al *swastika* de los Budistas; y por último, dos pequeños cuadriláteros, dividido cada uno en seis partes, y con un anillo en cada ángulo.

Barniz rojo; pintura negra.—Altura, 0,13 m.

92. Œnochoe adornado con círculos y ruedas. A cada lado del orificio un ojo.

Altura, 0,07 m.

93. Anforisca adornada de redondelas y círculos.

Barniz rojo; pintura negra.—Altura, 0,135 m.

94. Anforisca de panza esférica; el cuello en forma de embudo. Redondelas y círculos.

Altura, 0,12 m.

fabricantes de la patera de plata y de los vasos han introducido modificaciones en unos y otros elementos, combinándolos, y dando un nuevo testimonio de la compenetracion de ambas civilizaciones: el único pueblo de la antigüedad que ha realizado esta combinacion ha sido, como lo ha demostrado Helbig en sus investigaciones, publicadas en los *Anales* ya citados, el fenicio, bien el pueblo propiamente así llamado, bien, como afirma apoyándose en los datos que ofrecen objetos encontrados en Italia y Sicilia, la rama occidental de esta raza que conocemos bajo el nombre de cartagineses. No debemos naturalmente deducir de esto que en todas las obras de los fenicios los dos elementos del arte asirio y egipcio se encuentren igualmente confundidos, pues si así fuese, el vaso que sugiere estas observaciones á Murray, no podria llamarse fenicio, porque los animales pinta-

---

95. Lecythus de panza esférica con cuello en forma de embudo.

Altura, 0,112 m.

96. Lecythus de panza esférica y cuello ancho. Círculos y ruedas.

Altura 0,057 m.

97. La misma forma y la misma decoracion.

Altura, 0,073 m.

98. Lecythus estrecho hacia la parte inferior y rodeado de círculos negros.

Barniz rojo.—Altura, 0,087 m.

99. Lecythus adornado de círculos concéntricos y de una cruz de brazos curvos; cuello en forma de embudo.

Altura, 0,085 m.

100. Pequeño lecytus adornado de círculos; cuello en forma de embudo.

Altura, 0,055 m.

101. Guttus de asa elevada y de doble cuello, el uno en forma de embudo, y el otro saliendo de en medio de la panza. Redondelas y círculos concéntricos.

Altura, 0,12 m.

102. Scyphus plano de dos asas. Círculos concéntricos por dentro y fuera.
103. Copa de una sola asa. Círculos concéntricos en el interior y alrededor del orificio.

Barniz rojo; pintura negra.—Altura, 0,075 m.; diámetro, 0,15 m.

En las figurillas de terra-cotta de estilo primitivo, tambien chipriotas, calificadas acertadamente como fenicias, ó por lo ménos del especial estilo propio de las obras cerámicas de que da cuenta el mismo catálogo, así como en las que reproduce Doell y el mismo Cesnola en su obra, encuéntrase tambien el mismo empleo de figuras geométricas en los adornos.

dos en él, como tambien el árbol, tienen un carácter asirio positivo, y no hay absolutamente nada que deje reconocer en él la influencia egipcia. Las rosetas colocadas en las espaldas y las caderas de las cabras son parecidas á las que se ven á menudo en los relieves asirios, y los cuadriláteros oblongos que están entre las dos rosetas parecen contener una inscripcion que el pintor sólo acertó groseramente á bosquejar, como se halla tambien en otro vaso chipriota del Museo Británico, al lado de uno de los caballos de un grupo, en un carro evidentemente asirio por la posicion de los caballos, el dibujo del carro, el cochero y el arquero, que se vuelve y dispara su flecha miéntras los caballos siguen corriendo. Admitiendo que tales cartuchos contengan inscripciones, debemos suponer que sean asirias, análogas á las que se encuentran en la patera de Curium y en otras pateras de la misma clase. Y es circunstancia que no debe perderse de vista la de que las inscripciones cuneiformes así escritas dentro de cartuchos, se encuentran á menudo en las esculturas de Asiria; y á ellas corresponden las que se ven con frecuencia en los vasos de plata de trabajo fenicio. Puede, pues, concluirse que el vaso de Cesnola citado (pág. 55 de su obra), y muy probablemente el vaso del Museo Británico, son productos fenicios, bajo la clara influencia asiria. De los otros tres vasos que ocupan la sagaz crítica de Murray, el primero y el segundo tienen cada uno una figura evidentemente egipcia, así como egipcio es tambien su principal adorno. En ambas el traje, el collar y el tipo etnográfico son egipcios, miéntras por el contrario, la figura rudamente modelada en el vaso que cita señalándole con número 1.°, no es ni egipcia ni asiria, sino la obra rudimentaria de un alfarero que seguía inconscientemente una tradicion de épocas primitivas, en que el arte no ofrece carácter determinado, pareciéndose en ellas las obras de todos los pueblos.

Los motivos que adornan los lados de estos dos vasos no son egipcios ni tampoco asirios: pertenecen más bien á un género de adorno llamado por Conze, indo-europeo, y que este arqueólogo supone haber sido traído á Europa por aquella raza. Que sea esto lo verdadero, ó que Helbig (*Annali de l'Inst. Arch.*, 1875, pág. 221) ande más atinado al creer que tales elementos decorativos fueron usados por la raza indo-europea despues de su establecimiento en Europa, á causa de su comercio con

Oriente, ello es lo cierto que todos están conformes en que el motivo ornamental de círculos concéntricos fué producido por los progresos en el arte de trabajar los metales. Un ejemplo de su profusa aplicacion en la industria aeraria, se puede ver en los dos discos descubiertos en Tarquinia y grabados en los *Monumenti de l'Inst. Arch.*, x, pl. 10.—El otro motivo ó elemento funicular del vaso número 1, copiado por Murray (pág. 394), y el fragmento del mismo entre los piés de la figura del número 2 (página 395) han tenido su origen en los progresos del arte del trenzado y retorcido, notándose que la costumbre de llenar y de adornar los vasos con esta clase de ornatos, así como con los de ondulaciones y formas laberínticas, es muy frecuente en la cerámica primitiva de Camirus, como puede verse en el Museo Británico y en los trabajos de Conze, Aufange, de Griech y Kunst. Al explicar los progresos en la ornamentacion por los adelantos industriales, es muy difícil atribuir su orígen á una sola raza ó pueblo particular, á ménos que los progresos mismos no puedan atribuirse tambien al mismo pueblo; y si en el asunto que nos ocupa se quisiera, aunque sin razon, eliminar á los egipcios, en cuanto á los asirios y fenicios seria imposible atribuir superioridad á unos ú otros, sabiendo que estas dos naciones, desde la antigüedad más remota, eran muy hábiles en los procedimientos de varias industrias.

Uno de los ornatos característicos en muchos vasos chipriotas son las bandas verticales á lo alto del vaso en vez de ser horizontales ó alrededor, como se acostumbra en los más primitivos. Que esto perjudique á la elegancia del vaso no puede negarse, cuando se recuerda la insistencia con que los griegos, artistas por temperamento, emplearon en sus vasos bandas horizontales, demostrando así con gran acierto el verdadero principio de semejantes adornos, los cuales se encuentran tambien del mismo modo en los vasos atenienses, así en los arcáicos con sus elementos ornamentales geométricos, como en los más modernos, con sus dibujos de figuras. Aquellos ornatos verticales pudieron ser producidos únicamente por el natural deseo de ofrecer novedad á los consumidores, lo cual difícilmente se hubiera ocurrido á los alfareros chipriotas en una época de verdadero progreso en su arte. Bien es cierto que, como ya indicamos, en Chipre no ha existido semejante progreso, completamente atenidos los artífices á re-

producir siempre los mismos procedimientos. Se ha indicado por algunos, que los numerosos círculos concéntricos tan frecuentes en los vasos chipriotas, podian ser el resultado de las imitaciones de vasos de madera, en las cuales la direccion de la veta, cortada de traves, marca círculos concéntricos; pero como precisamente los vasos chipriotas los llevan á los lados, verticalmente, más que en sentido horizontal, no es aceptable semejante conjetura.

La pintura de los vasos chipriotas empieza por elementos ó motivos geométricos, desarrollados por los progresos de la industria, y pasó despues por la influencia oriental á la representacion de animales y plantas, y por la griega probablemente, á la de la figura humana.

En algunos vasos como en los ya citados del estudio de Murray, números 1 y 2 (pág. 291), se combinaba el elemento decorativo geométrico con el de la representacion de la figura humana, lo cual comprende en un solo vaso la primera y la segunda época de este arte. Cuando tal acontece, los elementos ornamentales están dibujados claramente y con esmero, miéntras que las figuras llegan casi á lo ridículo; de lo cual se podria quizas deducir, que el alfarero tenía mucha práctica en el primer linaje de adornos y poca en las últimas, confirmándose la opinion de que aquellos adornos aparecieron en los vasos ántes que las figuras humanas; sistema este de ornamentacion que quedó reducido al estrecho círculo de infructuosas tentativas, segun demuestran los escasísimos vasos chipriotas que en las colecciones trascritas se encuentran de esta clase, y el abundante número que hay del primer sistema, que fué el generalmente seguido á pesar de infructuosos ensayos, sin duda inspirados, como llevamos dicho, en los vasos griegos.

El elemento de los círculos concéntricos quedó en las obras de bronce hasta la época romana, lo cual impide el que pueda considerársele como indicio de antigüedad de los vasos en que se encuentra, no teniendo ningun medio seguro en las obras cerámicas chipriotas para poder averiguar su fecha, sin que respondan siquiera á los caractéres que marcan diferentes épocas, más ó ménos determinadas, en la pintura de los vasos griegos. Cierto es que existen en la coleccion Cesnola el gran vaso, copiado en la obra de éste, lámina XXIX, y otro de Corium con figuras negras que re-

presentan á Hércules y el leon Nemeo; pero ademas de las inscripciones griegas de éste, ambos tienen un carácter totalmente griego, y son tan diferentes de los demas vasos chipriotas, que bien puede asegurarse fueron importados á la isla, de las comarcas griegas, y de ninguna manera hechos ni pintados en aquélla.

Hay otra clase de vasos, si bien en escaso número, que si no demuestra un arte adelantado, deja ver por lo ménos la influencia de la escultura griega, como sucede en algunos que llevan figuras modeladas de bulto, mencionados en la enumeracion de estos objetos pertenecientes á la coleccion Cesnola y á M. Alberto B***; y en el Museo Británico consérvase uno, cuyo busto está modelado con tal libertad y maestría, que parece obra, y probablemente lo sería, de algun artista encastado en la buena escuela de Fidias. Nótase que en los vasos con figuras, ó parte de ellas, esculturales, el adorno pintado es muy sencillo y más correcto en sus combinaciones, aunque sus colores vivos distan mucho de la tranquila armonía que encontramos en los vasos griegos de cualquiera época.

Ademas de los vasos en que se halla representada de bulto la figura humana ó parte de ella, los hay, como habrán observado nuestros lectores en la enumeracion de la nota, que reproducen formas de animales, groseros en apariencia, y generalmente adornados con sencillos motivos lineales pintados sobre el barro, los cuales es muy difícil decidir que pertenezcan á un periodo anterior á los de figuras humanas. Los productos cerámicos de otros paises con los que mejor pueden compararse los vasos chipriotas, son los vasos encontrados en un sepulcro Etrusco en Tarquinia, y publicados en los *Monumenti de l'Inst. Arch.*, x, lám. 10, entre los cuales hay un vaso en forma de animal y pintado con groseras figuras de gansos, dos pateras con triángulos y líneas en laberinto rayadas en el barro, todos los cuales se creerian sin ninguna dificultad procedentes de Chipre, si se hubieran colocado entre los de la coleccion Cesnola. Allí tambien se encontraron dos discos de bronce (*loco citato*, lám. 10), ricamente adornados con franjas de círculos concéntricos, de idéntico aspecto al de los que se encuentran en varios vasos chipriotas, si bien este elemento ornamental, aplicado á la superficie recta de un disco, no puede aparecer de igual manera en la superficie esférica de un vaso. Estos objetos, aunque

encontrados en el sepulcro, no pueden aceptarse como de fábrica etrusca en el estado que hoy tienen los conocimientos arqueológicos, por lo que bien pudiera admitirse la conjetura de que hubieran sido importados por comerciantes fenicios, quedando sólo por averiguar si tal importacion se verificó en los tiempos del contacto cartaginés con la Italia, ó en un período más remoto, por medio del comercio con los fenicios del Oriente. Si Helbig tiene razon en atribuir las pateras de plata y las otras antigüedades de Cœre, Prænesta y otros lugares de Italia, á los tiempos cartagineses, habría por el momento una presuncion favorable para admitir que sean de la misma época los vasos de Tarquinia; pero no como indica Murray para referir á la misma necesariamente los vasos de igual clase encontrados en Chipre, porque los cartagineses no son más que los continuadores del arte de la civilizacion fenicia, y siendo ésta la originaria de la Isla, lo natural es que á ella pertenezcan los vasos y no á los cartagineses, que apénas tuvieron establecimientos en Chipre.

A excepcion de varios vasos, en que ya hemos señalado la procedencia ó la influencia griega, todos los de Chipre, aunque con bastante variedad en la combinacion de sus elementos ornamentales, son bastante homogéneos en su materia, colores, dimensiones y en los procedimientos técnicos, demostrando pertenecer á un pueblo en el cual apénas se notan señales de progreso artístico. Que su orígen sea fenicio, ademas de las consideraciones apuntadas y otras que todavía expondremos, lo justifica uno de los vasos citados que lleva inscripcion fenicia grabada ántes de haberse cocido el barro; y los demas que ofrecen los mismos caractéres ornamentales, aunque no tengan inscripciones, es consecuencia lógica que sean tambien fenicios. Dicho vaso y sus análogos, que son en número considerable, llevan un sistema de adorno geométrico diferente del de los círculos concéntricos y fajas que hemos ya considerado como fenicios, lo cual aumenta en gran escala el número de vasos chipriotas que deben considerarse como de fábrica fenicia. Este nuevo sistema de ornatos consiste principalmente en losanges y ajedrezados dispuestos en bandas horizontales y verticales, cuyos adornos, empleados sin mezcla de otros, hecha abstraccion del barro, de los colores empleados y de la forma del vaso, guardan grande semejanza con la cerámica primitiva de adornos geométricos encontra-

da en Aténas. A veces hállase tal género de ornato mezclado con dibujos representando animales, notándose cuando tal sucede la tendencia al dibujo geométrico en la reproduccion de los séres animados. En algunos de dichos vasos, donde se ha querido copiar un cisne, se le ha hecho el cuerpo casi con un círculo y sus alas con dos triángulos.

Los animales generalmente representados en los vasos chipriotas, son cisnes y algunas veces aves acuáticas. Acaso el cisne tuviera algun significado simbólico que le diera preferencia para tales adornos en los vasos, con exclusion de otros animales, principalmente cuadrúpedos. Esta última circunstancia es digna de tenerse en cuenta, pues los vasos griegos arcáicos, ademas de los cisnes, esfinges y otros animales propios del pais, suelen llevar otros de diversas regiones, como leones y tigres, en los que se ve claramente la influencia asiática que recibieron los alfareros griegos por medio de los fenicios, siendo muy singular que los fenicios no reflejasen en su propia cerámica aquella influencia, que los griegos recibieron por su conducto. Y no puede decirse que nos faltan ejemplares para el estudio, puesto que hay gran número de vasos encontrados en ciudades que los fenicios ocuparon durante varios siglos. Sólo uno existe en el Museo Británico, descubierto por el general Cesnola, que pertenece distintamente á dicha última clase llamada asiática, y que por su barro, la aplicacion del adorno, la forma y todo su aspecto, se distingue como ejemplar único entre todos los demas vasos de Chipre; de manera que esta excepcion, debida á algun artífice más distinguido ó de genio más levantado, no puede establecer una regla general.

Los vasos con losanges, ajedrezados y otros motivos rectilíneos, ofrecen, como hemos dicho, la mayor semejanza con los primitivos vasos geométricos de Aténas y otros lugares griegos; pero éstos, por punto general, están mucho mejor concluidos, pudiendo sospecharse que el gran vaso de la coleccion Cesnola copiado en su obra, lámina XXIX, fuera hecho en Aténas. Encuéntranse en él laberintos y espirales, dos motivos muy raros en los vasos chipriotas, en los que las filas de círculos concéntricos, dispuestas con una dureza mecánica, reemplazan las filas de espirales dibujadas tan graciosamente y sin interrupcion por una mano muy diestra en aquel excepcional vaso. Que los círculos concéntricos se en-

cuentran unidos á otros adornos en los vasos atenienses, no puede negarse; pero no figuran como en Chipre, donde aquéllos constituyen, por decirlo así, la moda dominante.

Los más hermosos ejemplares de vasos chipriotas con motivos rectilíneos puede considerarse, como casi cierto, que pertenezcan al mismo periodo que los vasos atenienses de adornos análogos. A consecuencia del comercio activo de Aténas con los fenicios de Chipre, los atenienses aprendieron aquel sistema de adorno, que despues, como sucedió en todos los ramos de la actividad humana, elevaron á mayor perfeccionamiento. Cuando lo dejaron para seguir otros sistemas, conservaron algunos de sus elementos, como el laberinto en las partes inferiores; pero como sistema, quedó enteramente abandonado. Los chipriotas, en tanto, siguieron su sistema de círculos concéntricos hasta los últimos tiempos de su historia, por lo cual no puede deducirse la fecha de sus vasos por encontrar en ellos adornos geométricos.

En cuanto á la clase de vasos con ornatos rectilíneos y círculos concéntricos tallados en el barro, que se han encontrado con útiles de bronce y groseras figuras de barro cocido, debemos considerarlas como pertenecientes á un periodo en que los motivos ornamentales originados por el progreso de la elaboracion del bronce pusiéronse en boga; pero aquí surge tambien la dificultad de fijar el principio de este progreso. Precisamente, el mismo adorno se encuentra en el bronce de los discos de Tarquinia ya mencionados, y necesitaríamos subir á un periodo muy remoto para buscar el origen de tal adorno en los vasos, si quisiéramos indicar los lentos y regulares progresos en el arte de la alfarería en Chipre, áun solamente bajo este punto de vista. Sin duda, los vasos con figuras humanas de estilo egipcio, son evidentemente posteriores, dados los antecedentes históricos que dejamos apuntados, pero no demuestran ningun desarrollo regular, y no se puede decir con exactitud durante qué tiempo fueron fabricados. El vaso, con un carro, del Museo Británico es la imitacion de un asunto asirio; miéntras otros de la misma clase representados en las páginas 247 y 261 de la obra de Cesnola, y el de la coleccion de M. Alberto B*** demuestran influencia griega de la tercera época; pero son tambien ejemplos aislados de imitacion de estilos extrajeros, y todo lo

que se puede deducir definitivamente de ellos es que debieron ser fabricados cuando tales asuntos eran respectivamente de moda en Asiria y Grecia. Aquella época en el arte cerámico corresponde al siglo IV ántes de J. C., y para la Asiria, como más antigua, á más remota fecha; pero admitidas estas mismas para aquellos vasos chipriotas, queda la dificultad de resolver qué hicieron los artistas chipriotas que en tan remota época se manifestaban tan hábiles imitadores, de pueblos más adelantados, desde aquel período, en los siglos que les subsiguen. No puede esto explicarse más que considerando, segun indicamos, los tales vasos como una excepcion que no llegó á formar escuela, continuando los artistas apegados al estacionamiento tradicional con los sencillos sistemas ornamentales, lo cual explica la maravillosa exactitud con que éstos están reproducidos en varios vasos, pero especialmente, en los que llevan bandas de numerosos círculos concéntricos colocados, ya verticalmente, ó ya vertical y horizontalmente, cortándose las unas á las otras con admirable precision.

Entre los vasos con adornos geométricos, merecen especial mencion dos existentes en el Museo Británico, que pertenecieron á la coleccion Cesnola, por la combinacion de sus líneas ornamentales construidas como pudieran estarlo en un plano de arquitectura. Sus adornos están formados con círculos concéntricos, cortados por la interposicion de triángulos, entrecortándose uno al otro, y llenos con líneas oblicuas: el segmento de círculos de un lado juega con el segmento del otro, repitiéndose en otros puntos del vaso el mismo motivo. Los colores, que son púrpura y negro sobre fondo leonado, se conservan con todo su vigor.

Que pertenezcan á la época de los vasos geométricos antiguos, confírmase por la circunstancia de encontrarse en ellos las cruces que el doctor Schlieman llama *suartikas*, empleadas con frecuencia en los vasos asiáticos para llenar los huecos, y que en los vasos chipriotas se pueden considerar como recuerdo tradicional de un antiguo sistema de ornamentacion.

Despues de cuanto llevamos expuesto, bien poco tenemos que añadir para que nuestros ilustrados lectores aprecien en todo su valor la pequeña pero notable coleccion de vasos chipriotas que tuvimos la fortuna de traer á nuestro Museo al regresar de nuestro viaje á Oriente, adquiridos

todos ellos en Larnaca, gracias á la generosidad del cónsul italiano, que con el mayor desprendimiento los cedió para España, así como los notables fragmentos escultóricos ya descritos. Todos aquellos vasos pertenecen á los adornados con figuras geométricas, que como hemos visto son los más antiguos, y algunos por sus grandes dimensiones son de gran rareza, segun anota en la coleccion de M. Alberto B***, el docto arqueólogo que formó su catálogo. En la lámina que á ellos dedicamos se ven fielmente reproducidos, con la escala al pié para conocer exactamente sus medidas, por lo que renunciamos al inútil trabajo de irlos describiendo uno por uno, como es necesario en un catálogo enumerativo al que no se acompañan dibujos. Para conocer su hermandad con los pertenecientes á la coleccion Cesnola, como que proceden de los mismos parajes y del mismo periodo de exploraciones, no hay más que ver y comparar los dos rojizos que ocupan los extremos de la primera línea de nuestra lámina con el dibujo que hay en la obra de Cesnola, página 40; y en la Memoria tambien citada de Doell, con el diseño número 3.281, 3 de su lámina XVII: los dos de figura de barrilete que damos en la nuestra, con la figura 17, página 405 de dicha obra de Cesnola, en el apéndice escrito por Murray, aunque diferenciándose algo el adorno, y con el núm. 2.932 de la Memoria de Doell, 8 de su lámina XVI, y los demas comprendidos en dicha nuestra lámina, con los que aparecen en la lámina II, página 17 y en las páginas 65, 102, 181, 275 y 408 de la repetida obra de Cesnola, así como en la Memoria de Doell, con el número 2.177, 3 de su lámina XVI, 3.522, 7 de su lámina XVI, y 3.549, 12 de la misma lámina.

No tenemos, en verdad, en esta coleccion vasos con figuras, pues éstos son rarísimos, y en el exámen que hemos hecho de las colecciones conocidas, sólo hemos encontrado tres, sobre los cuales ya hicimos las observaciones que su estudio nos sugirió; pero los que nuestro Museo posee, por su tamaño y por su ornato son de la mayor importancia, y demuestran que, á pesar del atraso que eternamente se nos echa en cara y sin disponer ni en una ínfima proporcion de los recursos con que cuentan en otros paises los establecimientos en que se cultivan y coleccionan los monumentos de las pasadas edades, España no perdona medio para seguir el movimiento científico en los descubrimientos que ocupan la atencion de

los sabios, y con los que cada dia se abren nuevos horizontes á la historia nunca completamente escrita de la Humanidad.

¡Quién sabe si el estudio de estos vasos, en su comparacion con los de otros paises, cuya antigua historia se cree envuelta todavía en los nebulosos misterios de lo desconocido, podrá servir, como hemos indicado ántes de ahora, para señalarnos el camino que pueblos fenicios recorrieron en viajes hasta hoy perdidos para la ciencia!

La investigacion que parece más humilde, es á veces, por providencial arcano, la luz colocada sobre la montaña que conduce al hombre como faro salvador entre las tinieblas de lo pasado, á descubrir los hermosos y dilatados horizontes de la verdad, hacia donde camina en fatigosa pero gloriosa marcha la crítica histórica.

---

# INDICE DEL TOMO II

# PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

QUE SE HAN PUBLICADO DEL TOMO II



